A. ALONSO
ENCUADERNADOR
POSTIGO 14

D-21
2562

S. G - 15
7 - 10

B.P. de Soria
61100770
D-1 924

D-2
3562

526

HISTORIA UNIVERSAL

9770

D-1
924

HISTORIA UNIVERSAL

R-823

DE

CÉSAR CANTÚ

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS

VERTIDA AL ESPANOL

EN VISTA DE LAS REFORMAS Y CORRECCIONES HECHAS POR EL AUTOR EN LA

ÚLTIMA EDICION ITALIANA

POR DISTINGUIDOS LITERATOS

Y CONTNUADA HASTA **1888**, BAJO LA DIRECCION DE

D. FRANCISCO NACENTE Y SOLER

AUTOR DE VARIAS OBRAS CIENTÍFICAS É HISTÓRICAS

ILUSTRADA CON UN ATLAS DE MÁS DE 500 LÁMINAS
QUE FORMAN LA HISTORIA MÁS COMPLETA DE **trajes, armas, muebles, monumentos,** ETC.,
DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTRA ÉPOCA,

POR

HERMANN WEISS

AUMENTADA
CON CENTENARES DE FIGURAS CORRESPONDIENTES Á LA **Indumentaria Española**
Y Á LA **Arqueologia** DE TODAS LAS ÉPOCAS.

TOMO NOVENO

BARCELONA
F. NACENTE, EDITOR, PASEO DE GRACIA, 149, Y CALLE DE VALENCIA, 346.
1888.

Esta obra es propiedad del Editor, quien se reserva todos los derechos de propiedad literaria y artística de la misma, y perseguirá al amparo de las leyes á todo aquel que la reimprima ó que reproduzca sus láminas fraudulentamente.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

CONTINUACION DEL LIBRO DÉCIMOSEXTO

CAPÍTULO XXX

PEDRO EL GRANDE Y CARLOS XII.

Encontrábase Pedro á la edad de 17 años al frente de la más grande monarquia de Europa, cuyo territorio se estendia desde Arkangel hasta el mar de Azof y era habitado por un pueblo tosco, pero unido, que obedecia á grandes, tambien esclavos. No tenia Pedro ni costumbres ni educacion; pero en medio de las orgias, Lefort le inspiraba, con sus aventureras relaciones, el deseo de regenerar á la nacion. Sin razon se creeria que era un proyecto filosófico nacido del conocimiento de las causas. Viendo los tristes efectos de la barbarie indígena, pensó remediarla no tratando de corregir al pais poco á poco, sino haciéndole del todo europeo, injertándole en el extranjero sin cuidarse de si este injerto al morir él, dejaria más enfermo el trono (1).

Parece que el grito de guerra de la Rusia ha sido desde un principio: *¡Dadme agua, que tierra tengo!* Habiendo hecho construir Pedro algunos barcos, se ejercitaba en maniobrar con ellos en el lago de Perezlaf, cerca del monasterio que habitaba. Aquel juego de niños debia tener con el tiempo sérias consecuencias, así como sus cincuenta compañeros, convertirse en doce mil guerreros. Despues de haber nombrado general á Lefort, que no habia mandado nunca, le concedió tambien el empleo de almirante de la escuadra, que no sólo no existia, sino que ni siquiera tenia nombre en aquella lengua; y por primera vez vió el mar Blanco á un monarca ruso. Pidiendo después á la Alemania y á la Holanda ingenieros, barcos y artilleros; obligando á los ricos y á los prelados á proporcionarle los medios necesarios para un armamento, hizo construir buques en Venecia y en Holanda. Cuando se apoderó de Azof, base de sus proyectos, fortificó aquella plaza, é hizo su entrada en Moscou con el fausto de un antiguo romano, con objeto de inspirar, además del gusto á la gloria, la idea de su superioridad. Entre tanto enviaba jóvenes á Italia, Alemania y Holanda á aprender las costumbres y artes de los pueblos civilizados; quiso después adquirir él mismo estos conocimientos, cuya necesidad conocia. Confiando, pues, la regencia al boyardo Fedor Romanodowski, viajó de incógnito. Viósele trabajar en los talleres de Saardan y Deptford, confundido con los obreros por su actividad en el trabajo y sus vicios; ocupóse en Amsterdam en procurarse nociones de anatomia é historia natural, examinó en Lóndres la constitucion civil y eclesiástica, admirando la libertad de cultos, las colecciones de armas, pero sobre todo la marina: en todas partes contrataba con promesas hábiles obreros que fueron con él á Rusia. Vió tambien á Cleveris, Dresde y Viena, en la que se le dió una fiesta en que el emperador y la emperatriz, vestidos de huéspedes, servian á la mesa á personas enmáscaras de todos los paises y de todas las clases (1698). Dirigíase á Italia, cuando tuvo que acudir á sus Estados.

Una vez acostumbrados los labios á beber en la copa del poder, es difícil que no se renueve la sed. Sofia, que nunca habia renunciado á la esperanza ni á las intrigas, aprovechó la ausencia del czar para hacer sublevar de nuevo á los strelitz, que, sin em-

(1) Un diario de las empresas de Pedro, escrito bajo su direccion é impreso por órden de Catalina II en 1707 y 1772, alcanza hasta el 22 de octubre de 1721. Fué traducido al aleman por Luis Cristo. Buchmeister (Riga, 1774), le añadió otro tomo comprendiéndolo todo en el título de *Beyträge zur Gesch. Peters des Grossen.*

Véase tambien á NESTEXURANOI, *Mem. de Pedro el Grande.*

GORDON, *Gesch. Peters des Grossen.*

SCHLOZERS, *Historische Unlersuchung über Russlands Reichsgrundgesets.*

OUSTRIALOV ha reunido todos los documentos oficiales sobre la vida y las acciones de Pedro el Grande.

bargo, fueron vencidos. Habiendo acudido Pedro, hizo instruir el proceso á los prisioneros rebeldes (1698), de los cuales dos mil fueron ahorcados y cinco mil decapitados: él mismo derribaba las cabezas á centenares, y señores de elevada categoria, que eran sospechados de inteligencia con los amotinados, seguian su ejemplo. Se mandaba á treinta, cincuenta y hasta cien desgraciados á la vez acostarse boca abajo, y poner la cabeza en un tajo de una longitud proporcionada á su número hiriéndoles el hacha unos tras de otros. No pudiendo ó no atreviéndose á condenar á su hermana, hizo ahorcar á tres rebeldes de sus ventanas, y sus cadáveres permanecieron en ellas todo el invierno, teniendo en la mano las peticiones que habian dirigido á la princesa. Probablemente entonces fué cuando instituyó ó resucitó la cancilleria secreta, terrible tribunal inquisitorial, que duró hasta 1762. Repudió á Eudoxia Federowna, su mujer, porque manifestaba horror á aquellas matanzas.

Semejante hombre no podia menos de desear la guerra para recobrar los paises arrebatados á sus predecesores, y cuya pérdida le impedia estenderse por el Báltico. Encontróse, pues, enemigo natural de la Suecia, y aliado de todo el que le fuera hostil.

Carlos XII de Suecia. — Los nombres de Pedro el Grande y Carlos XII están unidos en la memoria de los hombres; rodeados ambos de algo de romancesco y teatral, contrastan con el genio positivo que habia adoptado la sociedad. Los dos, de un carácter fuera de las costumbres comunes, el uno encontrando un trono consolidado por su padre, un tesoro bien provisto, una buena escuadra, un escelente ejército, no tuvo necesidad siquiera de recurrir á los desafueros que naturalmente le repugnaban; adquirió el otro el suyo libertándole sanguinariamente de los numerosos obstáculos que encontraba, sin haberle detenido nunca ninguna idea de humanidad. Pedro se dirigia por cálculo hácia un objeto bien meditado; Carlos se lanzaba á él impulsado por una pasion dominante. Las victorias del uno le inspiraron una loca osadia, el otro aprendió á vencer en sus derrotas; el uno constituyó la grandeza de su pais, y el otro causó la ruina del suyo.

Fué educado Carlos XII en las ideas religiosas, que forman el carácter de su casa; su madre, que tuvo poco cuidado en cultivar su talento, se dedicó mucho á desarrollar el vigor de su cuerpo. Inclinóle su padre á dedicarse á los ejercicios militares y á conocer la constitucion del pais, inspirándole un sentimiento profundo hácia la prerogativa real. Aficionado Carlos á las matemáticas, emprendió varios viajes; amaba la caza, sobre todo la que ofrecia más peligros. Declarado mayor antes de la edad de costumbre, cuando el obispo de Upsal levantó la corona para colocarla sobre su cabeza, se la arrebató de las manos, y él mismo se la puso.

La paz de Ryswick habia apagado el humor belicoso de los reyes de Europa; pero como se preveia que se empuñarian las armas por la sucesion de España, todos se ocupaban subrecticiamente en procurarse aliados; y Carlos recibió proposiciones de la Inglaterra, de los Estados Generales, de Luis XIV, que aun recordaban á Gustavo Adolfo. Pero sus vecinos, que pensaban no encontrar en él más que á un jóven aturdido, creyeron favorable el momento de indemnizarse de las pérdidas que habian sufrido.

Ocupaba el trono de Polonia, como ya hemos visto, Federico Augusto, elector de Sajonia, deseoso de rivalizar con Luis XIV tanto en conquistas como en magnificencia, y ocupar en la guerra á una turbulenta nobleza. Con el pretexto de dirigir las armas contra la Puerta, hizo ir de Sajonia nuevas tropas, y llamó á alistarse bajo sus banderas á los lituanios, que agitaban facciones nacidas en tiempo de Sobieski, y reanimados entonces, entre la nobleza y los Sapieha. Aquel aumento de fuerzas causaba inquietud á los polacos, que varias veces intimaron á Augusto el que las licenciase en el término del *Pacta conventa*. Pero la envidia que se tenian los tres ejércitos lituanio, polaco y sajon estuvo espuesta estallar en lucha abierta, y no permitió al rey de Polonia adelantar en su empresa contra la Suecia. Aunque la paz de Carlowitz asignó Kaminiec y la Podolia á la Polonia (1699), su adquisicion se debió á intrigas más bien que á las armas, y Augusto se manifestaba impaciente por recobrar de la Suecia los paises que le habian sido cedidos en los tratados anteriores, principalmente la Livonia, donde se habian aumentado los descontentos. Tuvo una entrevista con el czar Pedro, y ganó su confianza con su cortesania natural, con la sangre fria con que sostenia las apuestas de los más intrépidos bebedores, y su fuerza que llegaba á cortar la cabeza de un buey. Ambos príncipes se unieron para obrar contra la Suecia. Pedro, que queria recobrar el acceso del Báltico, habia procurado en vano obtener de los suecos, con las negociaciones, á Narva ú otro puerto en aquel mar. El Sleswig era un gérmen de enemistades entre la Suecia y la Dinamarca; aquella provincia, arrebatada á la casa de Holstein durante la guerra de los Treinta Años, habia sido adjudicada á la de Gottorp, bajo la soberania danesa: habiendo recibido después guarniciones imperiales Federico III de Holstein-Gottorp, fué considerado como traidor por Cristian IV, resultando animosidad entre ambas ramas de aquella familia. Aumentóse aun más ésta cuando Federico III casó á una de sus hijas con Carlos X de Suecia, que por el tratado de Copenhague le hizo adquirir la soberania de Sleswig y de la isla de Femern. Unióse, pues, cada vez más la casa de Holstein-Gottorp á la Suecia, resultando de esto un rompimiento declarado. Ahora bien, Federico IV de Dinamarca rompió la primera lanza contra el Holstein, mientras que un cuerpo sajon, enviado por Augusto III, atacaba el Hannover. Preveyendo Carlos XII la tempestad que iba á estallar,

reclamó fuerzas navales á sus aliados, protestando «que no empuñaria nunca las armas si no era provocado; pero que una vez en la mano, no las abandonaria hasta ver destruido á aquel que se hubiese declarado el primero su enemigo.» Las escuadras combinadas bombardearon á Copenhague, después de lo cual desembarcó Carlos de repente en la isla de Seeland; pero como proclamaba que su único objeto era procurar tranquilidad al duque de Holstein, pronto se firmó la paz en Traventhal. Esta primera campaña se terminó en seis semanas (agosto de 1700).

Batalla de Narva, 30 de noviembre.—Todos alabaron la moderacion de Carlos XII. Aquel príncipe, que aspiraba sin embargo á la gloria militar de Carlos X y de Gustavo Adolfo, no aceptaba la paz sino para vengarse del rey de Polonia. En efecto, dirigióse repentinamente á la Livonia, invadida por Augusto. Pero entonces el czar Pedro declaró la guerra á la Suecia para recobrar las antiguas posesiones rusas, y puso sitio á Narva. Acudió Carlos á la cabeza de cinco mil infantes y tres mil caballos: atacó á cincuenta mil rusos, mató doce mil, se apoderó de ciento cuarenta y cinco cañones, y obligó á los demás á rendirse. No supieron dar los rusos otra razon de la derrota, que la de que los suecos eran hechiceros; é hicieron rogativas públicas á san Nicolás, para que los libertase de aquellos encantadores. Pero conociendo Pedro la inferioridad de sus ejércitos, se dedicó á instruirlos en las costumbres militares y en la disciplina. Después de haber abolido el cuerpo de los strelitz, más peligroso en la paz que útil en la guerra, sustituyó á él una infantería regular á la alemana, instituyó la órden de San Andrés para recompensar el mérito militar, y envió tropas al rey de Polonia con el título de auxiliares, pero en realidad para que se educasen á su lado; de manera que puede decirse, que la misma Polonia preparó las armas que debian destruirla. Pedro quiso pasar por todos los grados militares con ascensos regulares. Sólo después de la batalla de Pultava fué cuando sus oficiales le rogaron ascendiese del grado de coronel al de general. Hasta confirió al anciano boyardo Romanodowski, presidente del consejo de gobierno, el título de czar, manifestándole la mayor consideracion, como si fuera un señor de quien hubiera sido súbdito. «Aquel continuo simulacro, aquel espectáculo sostenido de sumision y disciplina que un déspota ofrece á su pueblo, aquella perseverante afectacion en no ascender de empleos sino por grados y á fuerza de servicios, aquella escena única en su especie pareció estravagante y exagerada; pero era necesaria, y apenas bastó para arrebatar á la orgullosa obstinacion de los nobles rusos, todo pretexto de murmurar y de desobedecer. Para domeñar su orgullo (2), que irritaba la obligacion de ganar por grados, con el trabajo y el mérito, los empleos que creian debidos á su nacimiento, era necesario proponerse de continuo él mismo por modelo.»

Habiendo conocido tambien Federico de Dinamarca la imperfeccion de sus tropas, organizó una milicia nacional que ascendió á diez y ocho mil hombres. Por el contrario, los triunfos de Carlos XII le inspiraron osadia, y despreciando ya á los rusos, estableció sus cuarteles de invierno en la Livonia, y cuando llegó la primavera ocupó la Curlandia.

Con disgusto veian los polacos que Augusto los comprometia en una guerra (1701), como duque de Sajonia, con un ejército extranjero sostenido por aquel príncipe en su pais. Pidieron, pues, á Carlos los considerase como neutrales; pero sin inquietarse éste de su declaracion, dejó á sus tropas se portasen con ellos como en un pais enemigo. De esta manera creia acumular odios contra Augusto que era la causa, al paso que no conseguia más que irritar á los polacos. Entró Carlos en Varsovia sin encontrar resistencia; derrotó enteramente á los enemigos cerca de Clisson, con un ejército tres veces menos numeroso que el suyo; y aquel príncipe austero, que encontró á quinientas mujeres en la comitiva de Augusto las despidió sanas y salvas con una escolta, sin querer ver siquiera á la hermosa Königsmark que le habia enviado Augusto para negociar con él ó seducirle. Adelantóse siempre victorioso, contestando á todas las proposiciones que se le hacian, que no queria retirarse hasta que fuera depuesto Augusto.

Este era tambien el deseo de una faccion considerable de los polacos que, gracias á este apoyo, venció, sustituyéndole Estanislao Leczinski (1704), palatino de Posnania. Uniéndose Augusto á la Rusia, consiguió apoderarse de Varsovia; pero apenas habia vuelto á recuperar sus provincias, cuando sus mismos partidarios cesaron de obrar en favor suyo. Habiendo sido coronado Estanislao, hizo una alianza con la Suecia, confirmando el tratado de Oliva. Toda la ventaja que Carlos XII procuró sacar de aquel arreglo, fué precisarle á unirse á él para obligar al czar á darle satisfaccion de sus agravios. Persiguió entonces á Augusto, asolando las provincias polacas con incursiones de aventureros, hasta el momento en que, entrando en el patrimonio de aquel príncipe, le obligó á rendir las armas.

Cuando victorioso en Sajonia disponia Carlos á su antojo de reinos, se vió adulado por todas las potencias; Marlborough queria que se mezclase en los asuntos de Occidente; Luis XIV le aconsejaba volviese á desempeñar el brillante papel de Gustavo Adolfo, y su ministro Piper no cesaba de inclinarle á partidos aventurados. Carlos se proclamaba protector, no sólo de los protestantes de Alemania, sino de los que dependian de la casa de Austria. Aunque tuvo por qué quejarse de la corte austriaca, y le hizo temer una invasion, declaró que le perdonaba á condicion de que se de-

(2) SEGUR, *Memorias*.

volviera á los protestantes de Silesia el derecho de ejercer su culto; y el emperador José se vió precisado á consentir en ello.

Carlos habia empeorado sus asuntos divirtiéndose en batir á un enemigo que imploraba ya la paz en lugar de atacar inmediatamente á los rusos, aturdidos aun con la derrota de Narva. Cuando vió Pedro á su rival internarse en la Polonia, ya habia reunido tropas y la victoria le favoreció en la Livonia (1702). Encontró entre los prisioneros á Catalina, con quien después se casó. Conquistó á Notenburg en la Neva, después á Kantzi, lo cual le procuró un puerto en el Báltico. Embarcóse allí, haciendo á bordo el servicio de bombero, se apoderó de dos barcos suecos; y aquella primera victoria naval conseguida por su patria fué celebrada como se merecia. De esta manera perdia Carlos, por ambicion de hacer un rey, todo el fruto de su victoria, al paso que Pedro, cuyo genio no se sospechaba, entraba en la Ingria con la resolucion de no salir de ella; y conociendo la gran importancia del Neva, se establecia en sus orillas. Como Kantzi no le parecia bastante bien situada, fundó la ciudad de Petersburgo en la isla del Neva, y la eligió para su capital, como más conveniente para guerrear contra la Suecia y atraer colonos de ultramar, además de ofrecerle más facilidad en las comunicaciones con la Europa.

Aun hizo y aseguró otras conquistas. Sostuvo en todo su vigor á las facciones rivales en la Polonia, donde sin obstáculos saqueó á los castillos, para enriquecer á su naciente capital. Carlos, que habia perdido un tiempo precioso obedeciendo á la pasion más bien que al interés, marchó en fin en persona contra los rusos (24 setiembre 1706), y habiéndolos bloqueado cerca de Grodno, los redujo á los mayores apuros. Entretanto duraban las negociaciones para la paz. Verificóse ésta con la renuncia de Augusto al trono de Polonia, y el reconocimiento de Estanislao. El elector de Sajonia tuvo que romper además toda alianza contra la Suecia y la Polonia, con la Moscovia, y restituir los prisioneros. Entre ellos estaba el livonio Patkul, que habia sido condenado á muerte por haber sostenido con demasiado calor á la nobleza de su pais. Habiendo conseguido fugarse, publicó contra la Suecia escritos violentos, y se encontraba entonces en la corte de Sajonia como embajador del czar. Fué no obstante preso y entregado á Carlos, quien le hizo descuartizar sin juicio como súbdito rebelde y condenado ya. Cobardia de un rey y ferocidad de otro.

Declarando nula un partido polaco la renuncia de Augusto (1707), se unió al czar, que prometió no reconocer á ningun rey si no era elegido por la nacion. Volvió Carlos apresuradamente á Sajonia, y reuniendo sus fuerzas entró en Polonia con cuarenta y cuatro mil hombres aguerridos. No juzgó el czar á propósito presentar la batalla, y evacuó el pais. Habiendo pasado Carlos el Vístula por encima del hielo (1708), le persiguió de cerca, pasó después el Beresina, y secundado por los muchos descontentos que habian producido las innovaciones de Pedro, se lisonjeaba de entrar en Moscou y hacerle deponer. Pero de repente se detuvo en Mohilef, y prestando oidos á consejos imprudentes ó desleales, se dirigió hácia la Ukrania.

Mazeppa.—Aquel Kmielnicki, hetman de los tártaros de la Ukrania, que habia asolado la Polonia en tiempo del rey Casimiro, se sometió con el pais á los moscovitas cuando fué vencido. Pero pronto arrepentido, recomendó á morir á Wigohiski, que debia sucederle como hetman, libertar á la nacion de su yugo, pero reunirla á la Polonia. Sin embargo, no estando ya esta potencia en estado de sostenerlos (1685), dejó á la Rusia asegurarse en la posesion del pais y aumentar el número de los descontentos, no respetando sus privilegios. Tenian entonces por hetman á Juan Mazeppa, hombre audaz y de disimulada ambicion, que habiendo adquirido el favor del czar, le sirvió útilmente contra Cárlos. Encontrándose acampado al frente de los cosacos en la Polonia meridional, entró en relaciones con los jesuitas, con el rey Estanislao, y concibió la idea de hacerse independiente. Pintó á los suyos con negros colores las innovaciones del czar, y los animó á rebelarse, siguiendo el ejemplo de los cosacos del Don, que se habian sustraido al yugo moscovita. Después de haberse fortificado, hizo entender á Cárlos que tan pronto como llegara, se reuniria á él. Seducido este príncipe con la esperanza de procurarse tan poderoso aliado, se dirigió hácia aquella banda, sin aguardar los refuerzos y convoyes que llevaba Lövenhaupt. Alegre Pedro con aquella falta, marchó contra Lövenhaupt; y habiéndole derrotado en Liesna, cogió el convoy destinado á Cárlos, del cual no pudo salvar Lövenhaupt, haciendo una retirada muy aplaudida, más que cinco mil hombres. Esta fué la primera victoria conseguida por los rusos contra tropas disciplinadas.

Unióse Mazeppa á Cárlos; pero Baturino, su residencia, fué ganada y reducida á cenizas. Nombróse otro hetman, mientras que Cárlos debia establecer sus cuarteles de invierno en comarcas desiertas, entre cosacos, espuesto al hambre, á la sed y á continuos ataques. Haciendo la guerra por aficion á ella, Cárlos XII no sabia á dónde iba. Cuando estuvo en Smolensko, habia preguntado á su jefe de estado mayor lo que tenia que hacer; Cuando llegó esta segunda vez cerca de Koromak, le dijo: *Preguntad el camino de Asia*: á la respuesta de que se hallaba enteramente en otra direccion: *Sin embargo*, replicó, *Mazeppa me ha asegurado que estaba próximo, y debemos de todos modos poder decir que hemos llegado á ella*. Ahora bien, en lugar de marchar sobre el Dnieper y sostenerse en comunicacion con la Polonia, como se lo aconsejaban Piper y sus mejores oficiales, se detuvo en Pultava. Los cosacos zaporogos, que se habian declarado en su favor, se ofrecian á tomar aquella plaza por asalto; aguardaba tambien allí al ejército

del kan de Crimea, á quien la Puerta, que comenzaba á temer al czar y deseaba tenerle ocupado, habia mandado se uniera al rey de Suecia.

Batalla de Pultava.—Emprendió, pues, Carlos el sitio de la plaza, sin tener ninguno de los instrumentos necesarios (1709), gastando en él dos meses, mientras que los rusos asolaban todos los alrededores. Doce mil cosacos y otros tantos suecos, restos de los cuarenta y cinco mil hombres que habian salido de Sajonia, y de los diez y seis mil que habia llevado Lövenhaupt, era todo lo que le quedaba á Carlos: aquel príncipe temerario los aventuró sin municiones contra ochenta mil rusos provistos de una formidable artilleria. Nueve mil suecos fueron muertos, otros muchos quedaron prisioneros; y herido Carlos, huyó en su carruaje con Mazeppa: temiendo haber sido vendido por el kan, no se atrevió á refugiarse en Crimea, y volvió á pasar el Dnieper. Habia dejado al otro lado del rio los restos del ejército bajo el mando de Lövenhaupt, con órden de ganar la Crimea; pero desprovisto aquel general de todo, tuvo que rendirse con todo su ejército.

Conoció Pedro que aquella victoria era decisiva para su imperio; así es que escribia: *Con la ayuda de Dios, la piedra fundamental de Petersburgo se encuentra perfectamente colocada.* Podia decirse, por otra parte, que habia concluido la gloria de la Suecia. Sin ejército Carlos, sin dinero y sin amigos, habiéndolo confiado todo á su fortuna, no poseia más que su valor y una temible tenacidad, que le sostuvo durante cinco años que empleó, en medio de las aventuras más novelescas, en escitar á los turcos á tomar las armas. Habia conseguido, acompañado de Mazeppa y quinientos caballeros, llegar á Otchakof á través de áridos desiertos; pasó allí á Bender, en Moldavia, donde en virtud de la hospitalidad recomendada por el Coran, fué acogido por los turcos Pero una vez curado de sus heridas, no pudo salir del pais, en atencion á que los europeos vigilaban todos los caminos, con objeto de impedir la vuelta del perturbador de la paz.

La desgracia despertó simpatias en su favor; pero no podemos considerar en aquel rey más que á un aventurero testarudo, que entregado enteramente á su pasion, no contó por nada la efusion de sangre y la ruina de su pais, con objeto de satisfacer un capricho. No tuvo ambicion; porque ¿qué grandes proyectos formó, escepto el de vengarse de los príncipes que le habian ofendido? No manifestó crueldad sino para con los suecos culpables de haber dirigido las armas contra él (3). No tenia aficion á los placeres, á las mujeres, á la corte y al lujo, y no se cuidaba siquiera del aseo. Exacto observador de la justicia, piadoso hasta el esceso, sencillo y franco, sabia apreciar el mérito sin consideracion al nacimiento; conciso en su conversacion, uniendo á una gran memoria conocimientos muy variados, era adorado de su ejército por sus costumbres militares, que le hacian tomar parte en las fatigas, en los juegos y en los peligros del soldado. Cuando llegó á verse privado de la actividad, se entregó desesperado á una ociosa agitacion, cansando tres caballos al dia, haciendo maniobrar á los soldados, y ejecutando largas marchas. La Puerta le proporcionaba víveres y 500 escudos diarios. La Francia le enviaba tambien dinero, del cual una parte se empleaba en los gastos que reclamaba su clase y en regalos para conservar á los amigos. mandándose otra á Constantinopla con objeto de adquirir allí partidarios; pues la desgracia habia triunfado en él de los escrúpulos religiosos, que le habian separado hasta entonces de una alianza con los infieles.

Estanislao Poniatowski servia en aquella ciudad sus intereses, tratando de indisponer á Acmet III con Pedro. Tenia en su favor á la sultana validé que le llamaba *mi leon*. El pueblo, que se hallaba maravillado con tantas hazañas y con las victorias que *Cabeza de hierro* habia conseguido contra *Barba blanca*, se hallaba dispuesto á socorrerle. El visir Kiurli-Ali dijo un dia á Poniatowski: *Cogeré á vuestro rey por una mano, y con una espada en la otra le llevaré á Moscou con doscientos mil combatientes.*

Era, pues, el de Cárlos un destierro más activo y lleno de esperanza que el de Napoleon. Pero Pedro no se dormia: sabia tambien gastar á tiempo el dinero, y consiguió hacer consolidar por la Turquia la paz de Carlowitz. Añadióse al tratado, que Cárlos podia atravesar la Rusia con cien suecos y doscientos turcos hasta los confines de la Livonia; pero el rey de Suecia se negó á firmarle; y sus esperanzas se reanimaron (1711), cuando el nuevo gran visir Baltagi-Mehemet declaró la guerra al czar. Encontróse Pedro encerrado entre el Pruth y el Danubio con treinta mil hombres, sin víveres y desalentados. Al recibir esta noticia, partió Cárlos, deseoso aun de teñir su espada con la sangre rusa. Después de haber hecho cincuenta leguas á caballo, pasado el Pruth á nado, atravesó el campo turco con la rapidez del rayo; pero ¡cuán grande fué su despecho cuando supo al llegar que acababa de arreglarse un armisticio, y que se habia perdido la ocasion de esterminar á los rusos! Dirigió violentas recriminaciones al gran visir, que le escuchó con la impasibilidad musulmana y le contestó con buen modo. Despues de haberle destrozado brutalmente Cárlos su caftan con sus espuelas, tuvo que emprender el camino de Bender, mientras que el czar, bien distante de la obstinacion caballeresca del rey de Suecia, se resignó á aceptar las condiciones de un enemigo que podia perderle, reservándose indemnizarse en mejores tiempos.

(3) Por lo demás, en la batalla de Frauenstadt, el general Rehuschöld hizo degollar, muchas horas después que habia cesado el combate, á mil quinientos prisioneros rusos que pedian cuartel.

La Turquia, para quien semejante huésped era ya incómodo, estipuló siempre con la Rusia su libre paso por el territorio moscovita; pero Cárlos se negó á marchar al invitársele á ello, y cuando se le intimó decididamente, persistió en su negativa, fuese por temor de ser vendido ó por efecto de su natural terquedad. En su consecuencia, el mufti declaró que, sin violar la hospitalidad, se podia despedirle por fuerza. Los subsidios que se le pagaban tanto á él como á sus cosacos y valaquios fueron suspendidos; y como éstos le abandonaron, se quedó solo con trescientos soldados. Pronto llegaron á faltarles los víveres y forraje; además los tártaros le atacaban en su campamento, lo que le obligó á fortificarse, trabajando él mismo como el último soldado y con sus ministros. En vano se esforzaron los embajadores de Inglaterra y Prusia en decidirle á marchar; la Puerta tuvo paciencia, pagó sus deudas y le proporcionó otra vez víveres; pero, cansada, dispuso matarlos á todos. Mas se obstinó Cárlos en permanecer, y con sus trescientos hombres desafió el poder otomano. Atacado por los turcos y los tártaros (1713), sostuvo el ataque, prometiendo y dando á sus valientes, títulos y grados. Los genízaros, que admiraban á Cárlos y sus liberalidades, creyeron en su dicho de que la órden de la Puerta era falsa, y se negaron á pelear. Sesenta de los más ancianos trataron de convencerle de la necesidad de marchar, y se negó á recibirlos. Atacáronle, pues, forzaron la trinchera é hicieron prisioneros á los suecos. Pero el rey se retiró á una casa con tres oficiales y cuarenta criados, resuelto, decia riéndose, á defenderse *pro aris et focis*. Determinados los turcos á concluir, la incendiaron; y el rey á quien sofocaba el humo, hizo una salida repentina para guarecerse en otro edificio; pero se apoderaron de su persona. El respeto que le manifestó el bajá vencedor contrastaba con la altaneria del prisionero, que fué conducido honrosamente á Adrianópolis.

Ya entonces se encontraba la Suecia arruinada. En 1709 se calculaba que la guerra habia costado cuatrocientos mil hombres. Todas las contribuciones se habian duplicado; era preciso emplear la fuerza para reclutar marinos; la clase media se veia precisada á dar su vajilla de plata bajo el título de préstamos y todas las potencias del Norte eran hostiles á la Suecia. Carlos protestaba desde su prision contra todo tratado y mandaba órdenes que no podian cumplirse siempre. Exigia de todos sacrificios en relacion á su obstinacion, y contestaba á las humildes manifestaciones que le dirigia el senado: *Enviaré á Estocolmo una de mis botas para que gobierne*. La pobre Suecia se veia, sin embargo, amenazada de la guerra por todas partes. Habiendo abdicado Estanislao en una dieta de pacificacion tan tumultuosa que corrió en ella la sangre, fué invitado Augusto por los polacos á recobrar la corona; y reconocido generalmente se reconcilió con el czar. Uniéronse á ellos la Dinamarca y la Prusia, y declaróse la guerra á la Suecia, que no tenia para defenderse más que un pequeño número de nuevos reclutas. El emperador y los demás príncipes tomaban tambien parte en aquel conflicto, para hacer respetar los Estados germánicos. Luis XIV hacia todo lo posible para dividir á los enemigos de la Suecia y sostener á Leczynski, cuya elevacion habia sido el objeto principal de Carlos. Pero la regencia sueca conocia que era imposible pensar en restablecer al rey de Polonia, cuando ella se encontraba apenas en estado de defender sus propios hogares.

En medio de la humillacion del pais, los aristócratas abatidos por Carlos VI recobraban osadia, y no les faltaban motivos para declamar contra el despotismo, cuando la terquedad del nuevo rey en suscitar enemigos á la Rusia en el Danubio y el mar Negro, permitian á aquella potencia arrancarle sus mejores adquisiciones en el Báltico. Desesperando, en fin, Carlos de hacer entrar en la Turquia en sus planes, se decidió á volver. Dinero tomado á usura le puso en estado de desplegar un lujo increible en una embajada que envió á Constantinopla para pedir un empréstito. Pero el sultán le contestó que sabia dar y que consideraba indigno de él el prestarle. Regalóle magníficas armas, soberbios caballos árabes, y le dió trescientos hombres para su escolta. Habiéndose separado Carlos de su comitiva, atravesó de incógnito la Valaquia, la Transilvania, la Hungria, el Austria, y llegó en diez y seis dias á Stralsund, sin haberse acostado en una cama.

Al momento, como si hubiese estado aun en los dias de su omnipotencia, intimó al rey de Prusia le entregase á Stettin y las demás plazas de la Pomerania ocupadas indebidamente, y que le habian dejado en depósito las demás potencias. En vano se le ofrecieron millones para que desistiese de su pretension: entró con los suecos en el territorio prusiano, animado por la Francia, que habia renovado su alianza con él, y prometia grandes subsidios. Pero los aliados del Norte sitiaron á Stralsund (1715), y cercaron de tal manera á la plaza, que el tenaz Carlos se decidió á proponer la paz. Tocóle entonces su vez de sufrir una negativa, y huyó de la ciudad, que fué ganada por el enemigo, para volver á sus hogares, sin más recurso que su valor.

Como acontece por lo comun cuando ha pasado el peligro, no tardó la discordia en estallar entre los aliados, á los cuales se habia reunido el Hannover. Si bien es cierto que Pedro estaba satisfecho con ver á la Suecia humillada, no queria, sin embargo, dejarla someter por la Dinamarca, prefiriendo conservar ambos Estados débiles y rivales. La Polonia no queria que el rey Augusto sostuviese, á expensas de la república y con peligro de la libertad, las tropas sajonas, cuando ya no habia motivo para conservarlas: en su consecuencia, conforme al uso nacional, se confederó para echarlas (1746). Resultó de esto una guerra,

que duró hasta el momento en que el rey se comprometió, por el tratado de paz de Varsovia, á licenciar á los sajones, escepto á su guardia, á no declarar la guerra al extranjero sin consentimiento de la dieta, y á no permanecer ausente más de tres meses al año. De esta manera se vió Augusto reducido á la imposibilidad de mezclarse en la guerra del Norte. El rey de Dinamarca era el alma, con el apoyo de la Inglaterra y de la Holanda, que Carlos irritaba contra él dejando atacar por sus corsarios á todo barco que llevaba provisiones á sus enemigos. Habiéndose puesto el czar al frente de su escuadra, parecia encontrarse en vísperas de invadir la Scania, cuando vaciló, y suscitó sus pretensiones con respecto á Dinamarca. Como no se le atendiese, rompió con aquella potencia, y la Suecia se salvó de un gran peligro; habiendo después obtenido todos en particular lo que deseaban, se disolvió la liga.

Después de haber contribuido por su parte el baron de Görtz á la prosperidad del Holstein, habia entrado al servicio de Carlos XII en calidad de ministro. Era un hombre diestro, pero que confiaba demasiado en las intrigas de la diplomacia. Al frente de la administracion de la hacienda, y encargado de la direccion de los negocios extranjeros, se dedicó á llenar el tesoro con todos los recursos del crédito, arte aun novicio, recurriendo á las obligaciones del Estado, á los empréstitos, á la alteracion de las monedas; y para desbaratar las intrigas de sus enemigos se hacia conferir plenos poderes. Aquel hombre de Estado, dotado de una grande astucia, se entendia con el cardenal Alberoni, que teniendo medios para todo, se proponia reformar las rentas de España, como Görtz las de Suecia. El plan que ambos ministros maquinaban, era para hacer á la Francia y á la Inglaterra menos arrogantes, asociar la locura de Carlos á la de los jacobitas; haciendo desembarcar á este príncipe en las costas británicas, para ponerse al frente de los partidarios del Pretendiente. Eran por su parte continuos cebos para procurarse dinero; pero en efecto, Pedro se vió obligado á hacer un tratado particular con la Suecia y la España (1718), que podia cambiar el aspecto de la política.

Muerte de Carlos XII.—Mientras que se negociaba, proseguia Carlos las hostilidades: queria conquistar la Noruega como indemnizacion de las pérdidas que habia sufrido en el mar Báltico; pero fué muerto en el sitio de Fredericshall á la edad de treinta y seis años: díjose entonces que le habia herido una bala enemiga; pero en el dia se cree en un asesinato. Dejó á la Suecia sin ocupar el alto lugar á que se habia elevado, empobrecida, despoblada, sin comercio y sin posesiones (4).

Su sobrino y discípulo, Cárlos Federico de Holstein, perdió, por demasiada confianza en su herencia, la ocasion de hacerse elegir. Cansado el pais de héroes, temió que conservase las ideas del tio que le habia educado; y Ulrica Leonor, princesa de Hesse-Cassel, hermana de Cárlos XII fué proclamada; como no podia hacer presente pretensiones dinásticas, aceptó todas las condiciones, y tuvo que renunciar al despotismo introducido por Cárlos XI. El partido patriota, es decir, aristocrático, volvió otra vez á prevalecer. Estableciόse que las tres clases de señores, caballeros y simples nobles, no votarian ya por curias, de modo que formasen tres votos colectivos, sino que habria un voto para cada dos mil familias nobles, cada miembro del alto clero, cada consistorio, provincia y ciudad, lo cual aumentó el poder de la pequeña nobleza. Permitióse á los nobles dedicarse al comercio, y se prohibió á la clase media comprar los bienes de los nobles. La dieta debia convocarse lo menos cada tres años; realmente representó á la nacion, y llegó á ser depositaria del poder soberano. Un senado de diez y seis miembros obtuvo la direccion de los negocios en union del pais, á veces sin él y hasta á pesar suyo. De esta manera se consumó la ruina de la Suecia, pues el gobierno se puso en manos de una aristocracia venal deseosa de dominar, y cuyos intereses eran opuestos á los de la nacion. Aquella revolucion produjo otra en 1772.

Muerte de Görtz.—Ulrica hizo poner presos á todos aquellos que se habian manifestado partidarios del duque de Holstein, y enjuiciar á Görtz por crímenes imaginarios: este ministro fué decapitado. sin que le fuese permitido dar cuentas. Vióse en esto una intriga urdida para evitar el que se supiese que el dinero que habia en el tesoro á la muerte de Cárlos habia sido sacado por la reina y sus partidarios. Pidió Görtz que se pusiese en su sepulcro esta inscripcion: *En el momento de dar la paz al mundo, el héroe á quien servia ha perecido, y con él la monarquia. ¡Dios salve al pais de peores males! Muero tambien, y es hermoso morir al mismo tiempo que su rey y que la monarquia.* «*Mors regis, fidesque in regem et ducem meum, mors mea.*» Görtz fué una de esas víctimas expiatorias sobre las cuales se descarga el odio público. La Suecia, que un insensato monarca habia reducido á la última ruina, se regocijó del asesinato de aquel que en cierto modo habia reparado los desastrosos efectos de las locuras de Cárlos. Lo más triste que hubo en aquella iniquidad, es que cortó de raiz los tratados que aquel ministro se hallaba próximo á concluir con el czar, que, por el contrario, se unió á la Francia y á

(4) Pueden consultarse sobre Cárlos XII varios biógrafos, y principalmente Nordberg; Voltaire le convierte en héroe de una interesante novela; Adlerfeld le considera bajo el aspecto militar. De Hammer ha publicado hechos nuevos con respecto á las relaciones de Cárlos con los otomanos. Voltaire ha ignorado las cartas escritas en latin por un oficial sueco que habia estado con Cárlos en Pultava y en Bender, cartas publicadas en Alemania en 1811 con el título de *Vertraute Briefe eines Schwedischen offiziers an einen Freund in Wien.*

la Inglaterra para no estar espuesto á perder sus provincias. En su consecuencia, desembarcó en el territorio sueco, lo asoló, y llenó de terror á Estokolmo. Ocho ciudades, ciento cuarenta castillos, mil trescientas setenta y una aldeas, cuarenta y tres molinos, diez y seis almacenes, dos fundiciones de cobre y catorce de hierro fueron destruidas por los rusos, que se llevaron gran cantidad de animales. Este fué el golpe de gracia para la Suecia.

Los ingleses despacharon una escuadra para proteger á Estokolmo, y concluyóse la paz con ellos con la cesion á su rey, como elector de Brunswick-Luneburgo, de los ducados de Brema y Werden, y formándose una liga entre ambos Estados, con objeto de detener los progresos del czar en el Báltico.

La Suecia convino con la Polonia en una tregua (1720), que ha durado desde entonces. Hizo la paz con la Prusia, cediéndole Stettin, el distrito situado entre el Oder y el Péene, y otros territorios, como tambien las ciudades de Damn y Golnau con sus dependencias más allá del Oder.

La Dinamarca, que habia conquistado una gran estension de terreno, pretendia conservarle; pero como no se queria escluir enteramente á la Suecia de la Alemania, se convino en que la Dinamarca restituiria la parte de la Pomerania que ocupaba hasta el Péene, Stralsund, la isla de Rugen, y las ciudades de Marstrand y Wismar, al paso que la Suecia renunciaria á la exencion del peaje en el Sund y en ambos Belt, se comprometeria á pagar seiscientos mil rixdales, y que la mitad del Sleswig perteneceria á la Dinamarca. ¿Pero qué importaba? Aquella potencia habia batido á su rival; y sus reyes conocieron que no se debian buscar ya conquistas ni mezclarse en una política que pudiese arrastrarlos á la guerra, sino atender á la prosperidad interior. No tardó Ulrica en abdicar en favor de Federico, su marido, poniéndose nuevas restricciones al poder real.

Paz de Nystadt.—Pedro habia continuado sus asolaciones hasta el momento en que la mediacion de la corte de Francia puso un término á la guerra en el Norte con la paz de Nystadt. Segun el tratado, la Suecia cedia á la Rusia la Livonia, la Estonia, la Ingria, una parte de la Carelia y todas las islas situadas en las costas de aquellas provincias desde la frontera de la Curlandia. Pedro restituia la Finlandia con dos millones de rixdales, en compensacion de la Livonia. Se comprometia á no mezclarse en nada en la alta administracion de la Suecia, y dejarle comprar cada año por valor de cincuenta mil rublos de trigo en Riga, Revel y Arensburgo. Cansados los polacos de las tropas rusas que ocupaban su pais, se unieron á la Suecia, con la que renovaron el tratado de Oliva, garantizándose mútuamente su independencia contra las amenazas del czar. Escluido el duque de Holstein del trono de Suecia, que Pedro le habia asegurado, despojado de su patrimonio por los daneses, supo guardar silencio; pero su descendencia estaba destinada á suceder al vencedor de Cárlos.

Reconciliada la Suecia con todas las potencias, se encontró despojada de casi todas sus posesiones en Alemania, y de sus privilegios en el paso de los estrechos. Por el contrario, la Rusia, de potencia asiática que era, se habia convertido en europea, y sus ejércitos habian adquirido reputacion. Millares de suecos prisioneros sirvieron para instruir á sus tropas y á sus habitantes, y para establecer manufacturas. Pedro solemnizó con grandes fiestas la paz de Nystadt, poniendo en libertad á los condenados, escepto á los asesinos y reos de lesa majestad, y condonando lo que se debia al tesoro. Adjudicáronle los títulos de grande, de padre de la patria; y el de *emperador de todas las Rusias*, manifestó oficialmente el predominio que habia adquirido en el Norte.

Dirigió entonces más eficazmente la energia de su indomable voluntad hácia la civilizacion de su pais. Pronto se vió elevarse en la isla fangosa del Neva, desecada á costa de varios millares de vidas, una de las más hermosas capitales de Europa, mientras que el czar se contentaba con una choza que ni un artesano hubiera querido habitar. Aun muestran los rusos con orgullo aquella habitacion de Pedro en señal de lo que debe sufrir el que quiera hacer grandes cosas. Hácia allí fué hácia donde, dirigida la mirada de la Europa, dió á los rusos una ciudad, una nacion, una historia. En efecto, hácia él es preciso remontarse, si se quiere comprender la Rusia.

El censo hecho en el imperio dió doscientas setenta y una ciudades, cuarenta y cuatro mil aldeas, setecientos quince mil pueblos, cinco millones noventa y cinco mil ochocientos cincuenta y siete habitantes sujetos á la capitacion, sin comprender en ella doscientos cincuenta mil hombres empleados en los ejércitos y en la marina, toda la nobleza, los magistrados eclesiásticos y civiles, y los propietarios. Pedro estableció en los caminos posadas, relevos de correos, piedras miliarias; construyó un hospital, sacó rebaños de la Sajonia y de la Polonia para procurarse lanas indígenas; estableció fábricas de paños, papel y telas; hizo esplotar las minas de hierro y fundir cañones. Pensó tambien en atraer á Rusia el comercio de la seda que hacia la Persia. Con este objeto, mandó esplorar el mar Caspio, y fundó una sociedad de comercio en Chamakia en el Chirwan; pero fué asaltada por los lesgos (1722), que la destruyeron y saquearon los almacenes. Empuñó, pues, Pedro las armas; y habiendo llegado con grandes dificultades al mar Caspio, entró en el Derbent. Con objeto de obtener entonces socorros del usurpador del trono de Persia, le cedió la ciudad de Bakoa, con algunas provincias de la antigua Hircania y de la Albania. Abrió, uniendo los ocho grandes rios de su imperio, comunicaciones entre las provincias del mar Blanco, el Caspio y el Báltico. El capitan Behring, á quien envió á reconocer si el Asia estaba

separada de la América, descubrió el estrecho que tiene su nombre (1728). Tenia tan elevada idea del servicio de la marina, que decia: *Si no fuera emperador de Rusia, quisiera ser almirante inglés.* Los peligros que presenta el golfo de Finlandia, no le permitieron trasladar a Petersburgo el comercio de Arkangel. Sin embargo, vió á fines de su reinado mil doscientos barcos entrar en sus puertos, y dejó cuarenta buques de guerra y doscientas galeras. Pero no le fué posible emplear en la marina y en la artilleria más que á extranjeros.

La prensa comenzó entonces á producir en Rusia otra cosa que almanaques. Si un sacerdote imprimió que Pedro era el Antecristo, otro le contestó negándolo, porque el número 666 apocalíptico no se encontraba en su nombre, y no tenia la señal de la gran bestia. Esta era la ignorancia del pais. El que sabia calcular con bolas puestas en hilos, era considerado como un sábio; apenas sabian leer los sacerdotes; la embriaguez era un vicio general (5). Así era que el czar animaba á los jóvenes á estudiar en las universidades extranjeras. Estableció en su imperio una escuela de náutica y otras para la enseñanza de las ciencias aplicadas. Corrigió é hizo corregir las cartas geográficas. Alentó á los escritores rusos á traducir libros extranjeros, y él mismo sostuvo una correspondencia con Leibnitz. Fundó tambien en Petersburgo una academia de ciencias, un gabinete de historia natural; y para atraer á él á los curiosos, hacia distribuir refrescos. Puede en suma decirse, que no dejaba pasar un mes sin introducir alguna innovacion.

Para improvisar de aquella manera, era preciso ejercer un poder despótico. Es cierto que la costumbre del servilismo era en el pais el estado natural (6). El hijo era esclavo del padre, la mujer del marido, los campesinos del señor. Sumergido el vulgo en la miseria, creia que el paraiso no se habia hecho para él, sino para los boyardos y los príncipes. Sin embargo, tanto unos como otros eran azotados por las calles si robaban, sin que se considerasen envilecidos ni por el castigo ni por el crímen, y daban gracias al czar cuando en las fiestas se dignaba maltratarlos ó mutilarlos para divertirse. Tan inexorable Romanodowski, y tan poderoso como su señor, tenia en su antecámara un oso que ofrecia agua y pescado á las personas que llegaban, arrancándoles sus vestidos de encima á los que tenian la desgracia de beber ó comer de mala gana. Este ministro quiso dar muerte como hechicero á un geómetra que habia adivinado cuántos ladrillos habia en un edificio de forma regular.

El Tchinn.—Pero aunque sin dignidad, la nobleza estaba llena de pretensiones. Pues, para no encontrarse en lucha con el antiguo espíritu moscovita, fué por lo que Pedro trasladó su residencia de Moscou á Petersburgo, ciudad situada tan lejos del imperio, que llegará una época en que será imposible gobernar desde allí las provincias. Se dedicó después á destruir el feudalismo, recurriendo al gran espediente de la revolucion, es decir, al hacha del verdugo; habiendo conseguido de esta manera todo lo que queria, dividió todo el pueblo en catorce clases, que no se derivaban ni del nacimiento ni del nombre, sino sólo del favor del príncipe, de las cuales cada uno tiene sus privilegios propios, y corresponden á los grados militares. Los individuos de la décima cuarta se acercan á los siervos, mas no pueden ser maltratados por sus amos. Existe, pues, en el pais un movimiento ascendente y descendente, una ambicion universal, que no pudiendo ser satisfecha sino por un solo hombre, sostiene á todo el mundo en la docilidad.

Pedro sustituyó al antiguo consejo de los boyardos un senado de ocho miembros, al que estaban subordinados los diferentes departamentos. Las contribuciones no se cobraron ya por los boyardos, sino por la clase media, incapaz de resistir á las voluntades soberanas. Cesaron, pues, los boyardos de ser interrogados sobre las leyes; sus campesinos fueron separados del terruño para ser alistados en el ejército permanente; sus hijos se vieron precisados á servir, y como algunos recurrieron á la astucia para sustraerse, dispuso Pedro que todo noble, desde la edad de diez años hasta treinta, que no se hiciese inscribir en los alistamientos militares, se le confiscarian sus bienes y llegarian á ser propiedad del denunciador, aun cuando éste fuese su esclavo.

Iglesia.—El poder del patriarca, rodeado de una brillante gerarquia, repugnaba á aquella autocracia de hierro. Cuando murió aquel dignatario, Pedro, en lugar de reemplazarle, nombró un vicario ó exarca, en cuyo tribunal se decidian los negocios de poca importancia; los más graves los resolvia el príncipe ó una asamblea de obispos reunidos en Moscou. Duraron las cosas de esta manera veinte años, en los cuales Pedro arregló todas las materias eclesiásticas: abolió el uso del beso que se daban á la entrada de año el jefe de la Iglesia y el del Estado. Gravó los beneficios de los diferentes empleos, y á medida que moria un arzobispo ó un metropolitano, le sustituia un simple obispo.

Entre tanto multiplicaba los decretos de reforma. Dispuso formar un catálogo de todos los frailes, y prohibió que ninguno de ellos pasase de su

---

(5) Ivanowitch Cremonodan, enviado á Venecia por el czar, hizo reir mucho y hablar de él en Italia. Queria tocar las decoraciones que habia en el teatro para convencerse de que no eran más que tela y madera. Se maravillaba de que la marea al subir y bajar no se llevaba los palacios que creia flotantes.

(6) *Gens ad servitutem nata potius quam facta,* dice Possevino; *Gens illa magis servitute quam libertate gaudet,* dice el baron de Herberstein; *Rerum Moscovit. commentarii;* y prosigue en estos términos: «El czar habla y todo se ejecuta. La vida y la fortuna de los seglares y del clero, de los señores y de los ciudadanos, todo depende de su suprema voluntad. Ignora la contradiccion; y todo en él parece justo, como en la divinidad.»

convento á otro sin una dimisoria, queriendo que se escluyese á los seglares y á toda persona extranjera, que ningun religioso poseyese en su celda tintero y pluma sin permiso espreso, y que nadie tuviese facultad de establecer nuevos monasterios. Formó tambien una lista de sacerdotes y clérigos, á quienes obligó á mandar á sus hijos á las escuelas; determinó la edad é ilustracion necesarias para recibir las órdenes, y prescribió el secreto y la dulzura tanto en la confesion como en las penitencias.

Después de haber dispuesto los ánimos con una vacante de veinte años (1721), declaró su intencion de no nombrar patriarca; y como algunas personas quisieron oponerse á aquella innovacion, se golpeaba el pecho diciendo: *Ved á vuestro patriarca*. Los muchos bienes afectos á aquella dignidad se reunieron á las rentas públicas, que tenian necesidad de ellos. En el reglamento eclesiástico que dió, creó un *santísimo sínodo director*, elegido por todas las clases del clero y encargado de vigilar el dogma, el culto y la instruccion pública; nombrar para los beneficios, salvo la aprobacion del czar y de los señores; examinar los candidatos para los empleos de obispos, dar dispensas, resolver los casos ceremoniales, juzgar los asuntos eclesiásticos y administrar los bienes de la Iglesia. El número de los miembros del sínodo no está determinado; pueden hasta ser seglares, y uno de ellos que, con el título de procurador representa al czar, ejerce el derecho de veto. En un ukase dirigido á aquel sínodo (1724) organiza Pedro las órdenes monásticas, que encuentra muy numerosas y degeneradas; pero, sin embargo, necesarias, tanto para ofrecer un asilo á los que se sienten especialmente llamados á la vida solitaria, como para ser un plantel de obispos, teniendo la iglesia griega la costumbre de no sacarlos sino de los monasterios: pero como la diferencia del clima, decia, no permite que los frailes vivan del mismo modo en el Mediodia, donde primero se establecieron, que la ociosidad los corrompe y los hace ridículos á los extranjeros, que los plebeyos acuden á los conventos porque encuentran su bienestar, cree que deben sacrificarse por el bien público; que los soldados inválidos se repartan en los monasterios para ser servidos por los monges; y si aun quedan sin ocupacion, que labren las tierras, y que las monjas cuiden de los enfermos é instruyan á los huérfanos hasta la edad de siete años, ó hilen. Manda que los conventos de educacion eduquen á la juventud hasta los treinta años, ora para la vida seglar, ora para el estado eclesiástico. Para entrar en el clero es preciso un noviciado de tres años, y sólo á los cincuenta se pueden pronunciar votos. Al juramento que prestaban los obispos de desempeñar dignamente su jurisdiccion pastoral, añadió el de no escomulgar á nadie por odio personal, portarse pacíficamente, gobernar á los frailes segun los cánones y la disciplina, no construir más iglesias que las necesarias, no ordenar sacerdotes ni diáconos por interés, visitar dos veces al año su diócesis, y no mezclarse en las cosas temporales (7). Quitóse á los obispos el derecho de imponer penas aflictivas.

La iglesia rusa, tal como ha sido organizada por el czar Pedro, tiene en cada catedral un protopope, dos tesoreros, cinco popes, un protodiácono, cuatro diáconos, dos lectores, dos sacristanes y treinta y tres coristas. Las iglesias parroquiales tienen dos popes, dos diáconos, dos coristas y dos sacristanes.

El juramento del clero ruso es más despótico que la fórmula inglesa: «Juro (dice) fidelidad y obediencia, como servidor y sujeto á mi natural y verdadero soberano, á los augustos sucesores que le plazca nombrar en virtud de la autoridad suprema de que está revestido. Le reconozco por juez supremo de esta asamblea espiritual. Juro por el Dios que todo lo ve, que creo hacer este juramento en el sentido y con la fuerza que los términos manifiestan á todos los que leen ó escuchan esta fórmula.»

En suma, Pedro trastornó enteramente la civilizacion de la Rusia, introduciendo una enteramente material, es decir, de artes y de industria, sin comenzar por el corazon, sin dar idea de derechos, de deberes, de propiedad, ni instituciones sociales religiosas basadas en el carácter del pais y en la historia. Despreciando profundamente á su nacion, se propuso corregirla, no desarrollando en ella los elementos naturales é históricos, sino precisándola á modelarse con arreglo á los extranjeros, como si hubiese querido reducir las cabezas kalmucas al tipo francés. Aun no introdujo de la cultura extranjera más que las formas esteriores, y sólo en la clase elevada. Menos refinadas las costumbres alemanas, se propagaron, por el contrario, entre el pueblo; de aquí la inmensa distancia que aun subsiste en el dia entre el czar y los señores. Este movimiento no pareció, pues, al mayor número más que un ultraje á la nacionalidad. La dignidad del hombre no se manifestó en ninguna institucion; y no hubo gérmenes de mejora esparcidos en las masas, que son sin embargo la fuerza vital de las naciones. Embrutecida la poblacion por una larga servidumbre, tenia necesidad de un amo para acomodarse á las grandes empresas; encontróle en Pedro, pero éste era un señor despótico enteramente, por educacion, por superioridad de genio, tal vez por necesidad, y que despreciaba las preocupaciones nacionales. La orden que se dió á todos los rusos de afeitarse la barba ó de pagar cien rublos al año, descontentó más que todo lo demás, no tanto por ser un atentado al derecho que cada uno tiene de ser dueño de su per-

---

(7) GLENKING, *Costumbres de la iglesia rusa.*
SCHMIDT, *Hist. crítica de la iglesia griega moderna y de la iglesia rusa.*
STRAL, *Historia de la iglesia rusa.*

sona, sino por las ideas supersticiosas que les hacia considerar como un insulto á la criatura de Dios pretender corregirla, y desfigurar para con san Nicolás al pueblo que protegia. No se recibió ya en la corte á nadie con el traje nacional: escepto á los eclesiásticos, á los aldeanos ó cosacos, á los kalmucos ó tártaros; si alguno se presentaba con el traje talar del pais, era obligado á acortarlo con arreglo á un modelo colgado de las puertas. Las mujeres, escondidas hasta entonces con tanta severidad, pudieron mezclarse á la sociedad de los hombres; y se presentaron vestidas á la europea, en las reuniones introducidas por el czar. En lugar de rollos, dispuso Pedro que se escribiese en hojas de papel como en los demás pueblos de Europa; dispensó á los obreros de tres cuaresmas y á los militares de comer de vigilia, intimando á los capellanes diesen el ejemplo.

Era costumbre en las bodas comunes no encender fuego, y no beber más que aguardiente é hidromiel; pero aunque conformándose rigorosamente á esta costumbre cuando su matrimonio, Pedro hizo conocer los inconvenientes, y que no se abstuviesen ya de ello en adelante. Mandó se comenzase á contar el año, no en el 10 de setiembre, sino en el mes de enero, lo que pareció á sus súbditos una subversion del órden de la creacion, que segun ellos, se verificó en otoño: por su parte la Europa pudo hacerle un cargo por no haber adoptado la reforma gregoriana. Pedro sabia que sus súbditos odiaban á los extranjeros á quienes consideraban impíos y ateos, y sin embargo les precisó á enviar entre ellos á sus hijos para educarse. El patriarca habia prohibido el tabaco como una cosa impura, y Pedro concedió su privilegio á una compañia inglesa. Hizo ridículas parodias de los ritos del culto griego que queria abolir; mas con objeto de no parecer que se inclinaba á la iglesia latina, celebró la fiesta del cónclave, en la que era elegido papa por cardenales ébrios un viejo charlatan, y cumplimentado por cuatro tartamudos que balbuceaban su elogio.

En resúmen, cuando Pedro se habia propuesto una cosa que decia útil al bien general y que tal vez la juzgaba tal, la queria á cualquiera precio, no sólo sin procurar convencer, sino á pesar de aquellos en quienes iba á recaer. Hará cortar millares de cabezas, porque cree de esta manera afeitar la barba. Arrancará los hijos á sus padres para arrojarlos en la corrupcion de las universidades lejanas, porque la educacion extranjera le parece un bien: porque cree ventajoso fundar á Petersburgo, sacrifica más hombres, que mueren de fatiga y de enfermedad, que los que le hubiera costado una sangrienta guerra; puebla aquella ciudad y la de Taganrog, arrebatando familias enteras á sus hogares y ocupaciones para llevarlas á una distancia de cien millas á morir en trabajos obligatorios y no retribuidos. Estableció infinidad de impuestos vejatorios sobre los menores objetos de consumo; y abusando los agentes subalternos de un poder ilimitado, distraian una parte de los productos. El mismo ejercia el monopolio del tabaco, de la corteza del roble, del alquitran; daba al dinero el valor que le agradaba; era el único vendedor de bebidas espirituosas, y el solo negociante con la China y la Siberia. Pudo improvisar su ejército con hombres á quienes pagaba un sueldo diario, y á veces no recibian nada; que pagaban las culpas de los generales, y que si faltaban los víveres, se dejaban morir de hambre. Después, cuando aquellos soldados tan dóciles tenian veinte y un años de servicio, el czar les enviaba á abrir canales.

No es de admirar que en un pais en que el hombre no era otra cosa que una fuerza, que emplear ó que vencer, Pedro haya sido el único autor de su obra, sin haber sido ayudado por todos los grandes hombres de que habitualmente se encuentra rodeado un gran rey. Aquella fuerza feroz de voluntad fué, dicen, necesaria para domar la brutalidad de la nacion; y se alababa de haber *vestido como hombres un rebaño de fieras*. Tememos, sin embargo, que para adular al rey, se haya calumniado á la naturaleza humana; muy desgraciada seria, si para ser conducida al bien tuviera necesidad de semejantes instrumentos.

Alejo.—Pedro repudió á Eudoxia su mujer, porque era apegada á las costumbres de su pais. Habia tenido un hijo llamado Alejo, que después de haber estado abandonado hasta la edad de trece años, fué confiado entonces á los cuidados de Menzikoff. Aquel director, que habia conseguido el favor particular del czar por cierto mérito que poseia, quiso reprimir al czarewitch con ayuda de medios violentos, y le dejó entregarse á los estudios teológicos. Nombrado regente Alejo por su padre, aunque sólo en el nombre, cuando marchaba para hacer la guerra, le dirigió una carta en la que espresaba las quejas de los pueblos contra sus innovaciones. Descontento Pedro, le mandó casarse con una princesa extranjera, siempre con la idea de corregir los vicios nacionales con ayuda de las virtudes exóticas; y su eleccion recayó en Cristina Sofia de Brunswick-Luneburgo (1711). Era ésta una jóven de escelente carácter, á quien su marido trató con la dureza que acostumbraba hasta en sus amores; así es que, después de haber pasado una vida de amargura, murió de pesar dejando un hijo. Irritóse entonces aun más el czar contra Alejo, irritacion que sostenian el mayor número de aquellos que, ministros ciegos de sus voluntades, conocian que sus bienes y vida estaban en peligro; si el czar tenia por sucesor á un príncipe opuesto á sus ideas, era escitado aun más contra su hijo por aquella voluntad de hierro que no conocia ningun obstáculo, ya procediese de la naturaleza ya del hombre.

Pedro, como ya hemos dicho, habia conocido una huérfana llamada Catalina (1705), nacida de padres oscuros, que después de haberse casado con un dragon, fué robada por Menzicoff. Habiéndola visto el czar al lado de su favorito, se enamoró de ella y quiso poseerla. Aprendió aquella

jóven la lengua del pais, adoptó la religion griega, y supo con una docilidad absoluta cautivar el corazon de su amante, al paso que dedicaba todos sus cuidados á hacerse querer de aquellos que la rodeaban. Dió dos hijas al czar, que la declaró solemnemente su mujer en 1711 (8). Cuando después tuvo de ella un hijo, se concluyó toda armonia entre Alejo y él. Queria mejorar las costumbres del czarewitch, es decir, cambiarlas, por temor de que si aquel príncipe llegaba á sucederle, no destruyese todas las innovaciones que le habian costado tantos cuidados, y no tenian más base que su despótica voluntad; procuraba pues inspirarle aficion á un trabajo activo, y sobre todo al de la guerra. Hubiera querido, si no le convenia ponerse en campaña, que al menos dirigiese el armamento de las tropas; obstinándose el príncipe en no salir de su inercia, le amenazó con escluirle de su sucesion *como se liberta uno de un miembro gangrenado.* Respondió Alejo que, sintiéndose débil de espiritu y cuerpo, no se opondria en nada al cumplimiento de la amenaza de su padre. Se limitaba á recomendarle su hijo. Esta era una renuncia; pero una renuncia temporal; mas ¿quién podia saber si se les antojaria un dia á los rusos proclamar á Alejo, tal vez hasta sustituirlo á su padre? Llamado, pues, Pedro al extranjero por la necesidad de nuevas guerras, mandó se le vigilase. Informado de su carácter melancólico y de sus habituales relaciones con gentes sospechosas, le intimó unirse á él ó encerrarse en un convento. En lugar de obedecer, huyó el czarewitch á Viena, donde su cuñado, el emperador Cárlos VI, le acogió, y asignó por vivienda el delicioso palacio de San Telmo de Nápoles. Determinado Alejo por las instancias de su padre á volver á Rusia, se declaró incapaz de sucederle en el trono; y Pedro destinó á ocuparle al hijo del czarewitch. Sin embargo, á pesar del perdon prometido, hizo buscar con severidad á las personas que habian podido aconsejar á Alejo la desobediencia á sus órdenes. Obligó, pues, poco á poco al príncipe á confesarse culpable, y á otros con él, de deseos, intenciones y quejas; y aquellos á quienes denunciaba de esta manera, fueron castigados con la muerte. El mismo czarewitch fué declarado culpable de crímen capital por ciento cuarenta y cuatro jueces. Cuando le anunciaron su sentencia, fué atacado de aplopegia; habiendo vuelto en sí, pidió ver á su padre, en cuya presencia abjuró sus errores, y espiró después de haberle pedido perdon (5 de julio de 1718).

Esta fué la relacion oficial; pero la voz pública acusaba á Pedro de haberle muerto por su propia mano, sin recurrir al subterfugio de aquellos inicuos procesos que deshonran á las naciones civilizadas; las gentes sensatas creen qne le hizo envenenar ó decapitar. Es lo cierto, que de cuando en cuando se sentia destrozado por los remordimientos, y exclamaba: *¡He vertido mi sangre!* Para calmarlos, dió libertad á cuatrocientos prisioneros, comulgó tres veces en siete dias, é imploró oraciones en las iglesias de toda creencia. No por esto cambió; pues hizo azotar á Eudoxia como cómplice de su hijo, y la encerró en un convento. Habiendo sabido que sostenia inteligencias, acudió con prontitud, y todo el que fué acusado ó sólo sospechoso, fué exterminado. Hizo decapitar á un hermano que tenia, enrodar al arzobispo, aplicar al tormento y después empalar á Gleboff. que decian era su amante. En el momento de espirar este último, le escupió en el rostro á Pedro, que asistia á su suplicio; y habiéndole hecho cortar el emperador la cabeza, la enseñó él mismo al pueblo, profiriendo imprecaciones contra su víctima.

«En aquel año de 1718, época de la exheredácion y muerte de su hijo mayor, fué cuando procuró más ventajas á sus súbditos, con la policía general, desconocida antes, con las manufacturas y fábricas de todas clases, que estableció ó perfeccionó, con nuevos ramos de un comercio que comenzaba á florecer, y con aquellos canales que unen los rios, los mares y los pueblos que la naturaleza ha separado... Nombró un teniente general de la policía de todo el imperio, establecido en Petersburgo, á la cabeza de un tribunal que vigilaba el sosten del órden de un estremo á otro de la Rusia. El lujo en los trajes, y los juegos de azar fueron severamente prohibidos. Estableciéronse escuelas de aritmética en todas las ciudades del imperio. Las casas para los huérfanos y los espósitos, que se habian comenzado ya, se concluyeron y dotaron. Se acabó con la mendicidad... Se fijaron y uniformaron los pesos y medidas, como tambien las leyes... Los fanales con que Luis XIV fué el primero que alumbró á París, iluminaron durante la noche la ciudad de Petersburgo... El czar estableció un tribunal de comercio, cuyos miembros eran la mitad nacionales y la mitad extranjeros, con el objeto de que el favor fuese igual para todos los fabricantes y artistas. Un francés estableció una fábrica de hermosos espejos en Petersburgo con los socorros del príncipe Menzicoff. Otro hizo trabajar en alfombras, con arreglo al modelo de los Gobelinos... Un tercero introdujo hilanderias de oro y plata... Pedro dió treinta mil rublos, con todos los materiales é instrumentos necesarios, á los que emprendiesen manufacturas de paño y otras telas de lana. Aquella útil liberalidad le puso en estado de vestir á sus tropas con paños hechos en su pais: antes se llevaban estos paños de Berlin y otros paises extranjeros. Fabricáronse en Moscou tan buenas telas como en Holanda; y

(8) El arzobispo de Novogorod, queriendo aprovechar aquella circunstancia para obtener el título de patriarca, representó al czar que la ceremonia del matrimonio pertenecia sólo á las atribuciones de un patriarca. Pedro por toda respuesta le aplicó un par de palos, y el arzobispo dió la bendicion nupcial. *Mem. secretas de Duclos.*

cuando ocurrió la muerte del czar habia ya en Moscou y en Yaroslaf catorce fábricas de lino y cáñamo. Las minas de hierro fueron entonces esplotadas mejor que nunca; descubriéronse algunas de oro y plata, y se estableció un consejo de minas para inquirir si las esplotaciones producirian más que lo que costaban. Formó Pedro en este año (1718) el plan del canal y de las esclusas de Ladoga. Niveló él mismo el terreno; se conservan aun los instrumentos de que se sirvió para abrir la tierra y roturarla: este ejemplo fué seguido por toda su corte, y apresuró una obra que se miraba como imposible y ha sido concluida después de su muerte. El gran canal de Cronstadt, que con facilidad se deja en seco, y en el cual se carenan y componen los barcos, fué tambien comenzado en el mismo tiempo, así como el que junta el mar Caspio al golfo de Finlandia y al Océano.

«Ocupado en estos trabajos que se ejecutaban bajo su direccion, llevó Pedro sus cuidados hasta el Kamschatka, á la estremidad del Oriente, é hizo construir dos fortalezas en este pais, tan largo tiempo desconocido al resto del mundo. Entre tanto, ingenieros de su academia de marina, establecida en 1715, se esparcieron por todo el imperio para sacar cartas exactas, y poner al alcance de todos los hombres aquella vasta estension de comarcas que habia civilizado y enriquecido. El comercio esterior estaba en la mayor decadencia antes de él, y le hizo renacer. Caravanas siberianas fueron á traficar á la China, donde los rusos hicieron entonces uno muy ventajoso; traian oro, plata y pedreria. Los más gruesos rubíes que se conocen en el mundo fueron traidos de la China al príncipe Gagarino, pasando después á manos de Menzikoff, y son en el dia uno dé los adornos de la corona imperial... El comercio marítimo atrajo desde entonces anualmente más de doscientos barcos á Petersburgo. Se aumentaba éste de dia en dia, disminuyendo mucho el de Arkangel, situado en un pais muy lejano é impracticable. El de la Livonia permaneció siempre bajo el mismo pié. Pero en general, la Rusia traficó con éxito; mil y doscientos barcos entraban todos los años en sus puertos, y Pedro supo unir la utilidad á la gloria.

«El padre del czar habia hecho redactar un código con el título de *Oulogenias*, el cual era insuficiente, y por esto Pedro le desarrolló y mejoró interin se podia redactar un código completo de leyes. Existia un tribunal de boyardos que sentenciaba en última instancia los asuntos contenciosos: la categoria, la clase y el nacimiento daban entrada en él; era preciso que la ciencia la diese: este tribunal fué disuelto. El emperador creó un procurador general, al cual unió cuatro asesores en cada uno de los gobiernos del imperio; se les encargó vigilasen la conducta de los jueces, cuyas sentencias pasaban al senado que estableció: á cada uno de aquellos jueces se les dió un ejemplar del *Oulogenias*, con las adiciones y variaciones necesarias. La mayor parte de las leyes que tenia eran sacadas de la Suecia, y no tuvo dificultad en admitir en los tribunales á los prisioneros suecos instruidos en la jurisprudencia de su pais, y que sabiendo la lengua del imperio quisieron permanecer en Rusia. Concluyó en 1722 su nuevo código, y prohibió con pena de muerte á todos los jueces separarse de él (9).

No veia la Puerta sin inquietud engrandecerse semejante vecino; pero deseoso Pedro de no ser inquietado por aquella parte para poder asegurarse en el Báltico (1723), se reconcilió con el divan por la paz de Constantinopla, mediante la cesion de Azof y la destruccion de Taganrog, quedando libre del tributo que los czares pagaban al kan de los tártaros. Cuando después adquirió de la Persia á Derbent, y de esta manera se encontró confinando con los turcos (1723), temió esta potencia que una vez dueño del Cáucaso, no lo fuese tambien del mar Caspio y del Euxino. No se evitó, pues, la guerra sino con una division de las conquistas. En su consecuencia la Puerta adquirió á Tauris, Erivan y otras plazas, al paso que la Rusia aseguraba la posesion de las ciudades de Baku y Derbent, de las provincias de Ghilan, Mazanderan y Asterabad.

Segundo viaje de Pedro.—Hizo Pedro un segundo viaje á Europa con Catalina con objeto de instruirse y con miras políticas. Estuvo en Copenhague, Lubeck, Schwerin, la Holanda, París, visitando á los reyes en sus cortes, escitando la risa y la admiracion á la vez con sus estravagancias y grandeza. Siempre ébrio, bárbaro como todo lo que le rodeaba, convertia á su capellan en bufon después de haberle besado las manos al salir de misa; del mismo modo obraba con la princesa Galitzin, á la que trataba peor que á un perro. Habia colocado al lado de la czarina á damas ridículas, verdaderas mujeres de bárbaros, para mortificar á las que tenian derecho á ocupar aquellos puestos. Mal vestida, sin elegancia ni modales, era la burla de la alta sociedad (10). Con respecto á Pedro, deseoso de ver todo lo que podia sugerirle alguna mejora, prestaba interés á los menores detalles. No hubo honores y obsequios de que no fuese objeto en París. Como se negó á admitir el alojamiento

(9) VOLTAIRE, *Historia de Pedro el Grande.*

(10) La margrave de Bayreuth se espresa de esta manera en sus *Memorias* (Brunswick, 1810): «La czarina era pequeña, gruesa, muy morena, sin gracia ni modales; bastaba verla para conocer su baja clase: por su traje se la hubiera creido una cómica alemana. Su vestido era de corte antiguo y sobrecargado de plata y suciedad; parecia comprado á algun judío. Se ponia adornos de pedreria en el pecho, en el que un dibujo estravagante representaba una águila doble, cuyas plumas eran de oro muy bajo y mal montadas. Una docena de joyas con retratos de santos y reliquias colgaban del reverso de su traje, y haciendo ruido cuando se movian, la hacian parecerse enteramente á una mula.

real que se le ofreció en el Louvre, y al cual prefirió una vivienda particular, fué tratado en él como en la corte.

Un dia que comia en casa del duque de Antin, en el palacio de Petit-Bourg, vió aparecer en los postres su propio retrato que acababan de pintar. En su visita á la casa de la moneda, recogió una que habia caido á sus piés, y vió en ella su efigie con la leyenda *Vires acquirit eundo*. Ofreciéronle obras maestras en los talleres de los artistas. En la fábrica de los Gobelinos, en las tiendas de los plateros, en los almacenes, todo lo que parecia ser de su gusto se le regalaba de parte del rey. La academia de Ciencias le nombró uno de sus miembros. La Sorbona le propuso que reuniese la iglesia griega á la latina, á la cual no accedió, pues queria ser papa y no obedecer á nadie. Cuando vió el sepulcro de Richelieu: *Grande hombre*, esclamó, *te hubiera dado la mitad de mis Estados por aprender de tí á gobernar la otra*. Quiso tambien conocer á una mujer que como Catalina habia reinado sobre su dueño; y permaneció algunos instantes sumergido en sus reflexiones cerca del lecho de Mad. Maintenon, entonces enferma. Abandonó después á París, que quedó maravillado de la singularidad y gran variedad de su talento, que harán siempre de Pedro un monarca digno de admiracion hasta la más remota posteridad, á pesar de los grandes defectos de su origen bárbaro, de su pais y de su educacion» (*Saint-Simon*).

Habiendo muerto su último hijo varon y quedando solamente el hijo de Alejo, Pedro hubiera querido trasmitir la corona á una de las hijas que habia tenido de Catalina antes de haberse hecho público su matrimonio. Promulgó al efecto la primera ley fundamental del imperio ruso, que da al soberano el derecho de elegir su sucesor (11), é hizo prestar juramento al heredero que designase. Pero murió antes de haber tomado una resolucion con respecto á esto.

Sus últimos años fueron llenos de amargura por las infidelidades de Catalina, que, no teniendo ya nada que esperar después de haber sido condenada solemnemente (17 de mayo de 1724), cesó de prodigar á su esposo aquella tierna asistencia de que tenia necesidad. Habiéndola sorprendido el czar con un tal Moëns, dió muerte al amante; pero no se atrevió á añadir el asesinato de la emperatriz al de tantos millares de hombres, al de su hijo, á sus persecuciones contra su hermana y contra su primera mujer.

Muerte de Pedro I.—¿Abrevió Catalina sus dias? ¿detuvo, para reinar sola, la mano que iba á dar, por un acto de suprema voluntad, el imperio al hijo de Alejo? El mundo lo creyó, Pedro espiró en el vigésimo tercer año de su reinado, y el cincuenta y dos de su edad, con atroces dolores en la vejiga. El título de estraordinario le conviene mejor que el de grande. Tenia ya cincuenta años cuando se presentó en traje de batelero, bailando con su mujer en un baile tártaro; y se le veia seguido de doscientos músicos y gentes ébrias recorrer las calles de San Petersburgo introduciendo la orgia en las casas que visitaba. Cuando dormia, un oficial le servia de almohada. Perteneciéndole todo lo que el pueblo poseia, pudo decir, después de la paz de Nydstadt: *Hubiera podido continuar la guerra veinte y un años más sin contraer deudas*. Hasta su familiaridad tenia algo de déspota y bárbaro, como la de un hombre que nunca se le ha contradicho. En su cólera maltrataba no sólo á sus soldados, sino á sus íntimos consejeros, y no apreciaba otro mérito que la ciega obediencia. El que sabia conseguir su favor por este medio, podia ejercer sobre los demás un absolutismo semejante: convicto Menzikoff varias veces de robo y concusion, fué siempre absuelto.

Habiendo suscitado una cuestion en el senado entre este favorito y Chafiroff, uno á otro se acusaron de los mayores desafueros, y Pedro les impuso á cada uno una multa de 10,000 rublos por haberle faltado al respeto; mandó después se hiciese una indagacion sobre sus recíprocas inculpaciones; pero antes de que se concluyese despojó á Menzicoff de sus bienes y le impuso un castigo corporal. Condenó á Chafiroff á muerte; pero cuando su cabeza se hallaba ya colocada bajo su cuchilla, le perdonó en consideracion á sus servicios y le envió á Siberia.

La obra de Pedro está á la vista de todo el mundo: es ese imperio ruso que se estiende amenazador sobre la Europa (12). Con objeto de que no pe-

---

(11) El emperador Pablo estableció el 16 de abril de 1797 un órden de sucesion más regular, es decir, el derecho cognativo, mezclado al de primogenitura, no admitiendo á las hembras sino á falta de varon.

(12) Véase el cuadro de los acrecentamientos sucesivos de la Rusia desde el reinado de Pedro el Grande hasta nuestros dias.

1.° Varias provincias arrebatadas por él á la Turquia á lo largo del mar Negro hasta el Danubio y Pruth, que comprenden 1.902,000 habitantes divididos en cinco gobiernos.

2.° Los paises de los antiguos mongoles, tártaros y cosacos, que forman tres gobiernos con 3.289,000 almas; y la Besarabia.

3.° En Asia, una porcion de la Armenia: la Georgia arrebatada á la Persia, en 1801 y 1813, además de las provincias al Oeste del mar Caspio entre el Kour y el Araxe; al Este de aquel mar, los kanatos de Erivan y Nakkhitchevan, cedidos por el tratado de 1817. El tratado de Turkend- tchai, en 1827, ha hecho á la Rusia dueña única de la navegacion en el mar Caspio. Las espediciones militares de 1858-60 le han dado en el estremo Oriente la vasta region bañada por el Amour; las de 1859 y 1873, los kanatos koland de Bukhara y Samarcanda.

4.° La Livonia, la Curlandia, la Estonia, la Finlandia.

5.° Cuando la primera particion de la Polonia (1772) la Rusia obtuvo los *Palatinados*, reunidos después bajo el nombre de Rusia Blanca.

reciese con él, marcó para sus sucesores la línea de conducta que habia observado y que debian seguir. Véanse sus prescripciones: «Hacer todo lo posible para dar á los rusos las formas y costumbres europeas; sostenerse constantemente en pié de guerra; estenderse por todos los medios posibles hácia el mar Negro y el Báltico: comprometer á la casa de Austria á arrojar á los turcos de Europa, y con pretexto de sostener un ejército permanente, establecer almacenes y astilleros en el mar Negro, y adelantarse hasta Constantinopla; estar muy unido á la Inglaterra que favorecerá los adelantos de la marina rusa y la ayudará á dominar en el Báltico y en el Euxino; persuadirse que el comercio de la India es el del mundo, y que el que le tiene en su mano es dueño de la Europa; mezclarse en las cuestiones de la Europa, y sobre todo en las de la Alemania; fomentar los celos de la Inglaterra, de la Dinamarca, del Brandeburgo contra la Suecia, y la anarquia en Polonia, hasta que una ú otra se vean subyugadas; sacar partido del sentimiento religioso de los griegos cismáticos diseminados por la Hungria, la Turquia y la Polonia meridional; irritar entre sí las cortes de Francia y Viena, y aprovecharse de su mútua debilidad para ganarlo todo» (CHOPIN).

6.° La segunda y tercera particion de la Polonia le proporcionaron las provincias de que se componen los gobiernos de Minsk, Kief, Podolia, Wolhynia, y Grodno, con más de cinco millones de habitantes.

7.° El ducado de Varsovia, erigido en reino en 1815, con un simulacro de nacionalidad y constitucion, ha desaparecido desde 1832.

La poblacion de la Rusia ha seguido la progresion siguiente:

1689, al advenimiento de Pedro el Grande al trono.	16 mill.
1763, al advenimiento de Catalina II.	21 »
1769, á su muerte.	33 »
1838.	56 »
1877.	87 »

CAPÍTULO XXXI

ITALIA.—DOMINACION ESPAÑOLA.

La Italia se habia detenido, y la época en que se deticne una nacion, se encuentra próxima á la de su decadencia. Los extranjeros dieron impulso á la suya; cayeron sobre ella en el momento en que sus diferentes Estados que temian el engrandecimiento unos de otros (1) no habian preparado ningun medio de defensa, y labraron la desgracia de todos.

El poder absoluto de los antiguos tiranuelos habia oprimido á los italianos; pero no envilecido, en atencion á que se veia ó realmente se encontraba una especie de legitimidad. En adelante la dominacion no era ya más que un hecho, y la victoria habia sometido irremisiblemente á Nápoles y á la Lombardia á los españoles, Florencia á los Médicis. Los políticos italianos habian deseado que una mano robusta curase con el hierro y con el fuego las *gangrenadas úlceras* de su pais; un príncipe enérgico que reprimiese á los pequeños señores con la fuerza y con la astucia; que ejerciese una justicia igual y severa; que estableciese leyes en interés general, para que el mando procediese de ella y no del hombre. Cumplióse su deseo, pero para alcanzar un mal peor. El principado no produjo la unidad, ni la tirania la tranquilidad; en lugar de florecer el comercio murió cuando cesaron las guerras. En vez de la paz, la desolacion. Setenta años de ella (1559-1629), lejos de producir el remedio de los pasados males, no hicieron más que ulcerarlo; agotáronse las riquezas en su fuente. Sucedió una opresion sistemática á las violencias de la guerra. Cesaron los combates sin que se produjera la seguridad; pues el pais era recorrido por mercenarios rapaces ó soldados extranjeros, causa de la miseria y de la peste. En todas partes no se contemplaban más que necesidades de los príncipes y miseria de los pueblos; el gran interés de los unos fué percibir grandes impuestos, y el de los otros el de morir de hambre. De aquí las sublevaciones de Milan, Palermo, Fermo, y las casi anuales de Nápoles, las prohibiciones de exportacion, la tasa en el peso de los artículos y la institucion del perfecto de las subsistencias en Roma.

El gobierno que oprimia á los plebeyos dejaba renacer el feudalismo: refugiados los barones en sus castillos, hacian todo lo que les agradaba, presentándose luego en la corte con una comitiva más bien amenazadora que honorífica. Los campos se veian inquietados por salteadores, mientras que en el recinto de las ciudades, príncipes y embajadores fomentaban el crímen pretendiendo la inmunidad para sus palacios.

El valor físico, una inteligencia viva y pronta, son cualidades de desear en los pueblos: desarrollándose el valor los hace grandes; comprimiéndose, degenera en ferocidad y astucia, á la manera que prestándose mal á las lentas combinaciones del cálculo, la vivacidad de la inteligencia concluye por dañarse á sí misma. Esto es lo que habia sucedido en Italia: la hipocresia dominó una sociedad artificial, corrompida, decrépita; en todas partes, enfática ostentacion de sentimientos falsos, ó una trivialidad sin valor, un foco de enemistades inactivas que, así como las pasiones que no se satisfacen ni se dominan, gastaban los cuerpos sin procurarles excitacion. Las relaciones que existian anteriormente de Estado á Estado por medio de los embajadores, de los negocios, de las magistraturas, de las guerras, de los estudios fueron en

(1) Maquiavelo escribió en una carta de febrero de 1508, que los magistrados de Florencia le habian declarado que, «la libertad de la Italia no tenia que temer sino de Venecia.» Y los españoles estaban á las puertas cuando se espresaba de esta manera.

adelante rotos; y cada uno se encontró confinado en su pais, sin amarle más que por costumbre y comodidad. La astucia diplomática no tuvo ya su larga y feliz prudencia: recurrió descaradamente á la perfidia, á las tramas y á la arrogancia; de aquí procedieron designios desmesurados con medios estremadamente débiles; y en lugar de la grandeza que se apoya en sí misma, se encuentra una ambicion cuya violencia hace sentir la falta de cualidades sólidas.

Dícese que una vez pasada ya la época de los capitanes aventureros, la Italia no era apta para las armas. Con mayor razon se diria que habiendo dejado de ser una nacion, no tuvo ejércitos permanentes, lo cual fué causa de que careciese de accion, pero no de aptitud; pues á pesar de la parte deplorable que hubo en las guerras de aquel siglo, el valor de los habitantes fué digno de su nombre. Si aquella Italia, en la que en otro tiempo cada ciudad habia podido poner en pié un ejército, no cesaba entonces de quejarse por las pocas tropas reclutadas por su gobierno, no era sin motivo. Podia entonces decirse de ella, como de la Suiza, que no tenia soldados, pero que los proporcionaba á todo el mundo (2). Los desterrados de la Romania, de Nápoles y de Toscana hubieran sido un siglo antes guerreros aventureros; y aquel Marcos de Sciarra, apellidado el rey de Calabria, aquel Alfonso Piccolomini y aquel Corsietto del Sambuco, descendientes de grandes familias, el Manzino *(zurdo)*, Squilleta *(campanillita)*, Marcos Turone y otros hubieran sido buscados como generales, cuando eran proscritos como salteadores.

Escluidos igualmente los italianos de las carreras en que hubieran podido ejercitar su talento, ocupándose de los asuntos de su patria, entraban al servicio de los extranjeros. Pero no admitidos en su pais en los intereses sociales de un órden elevado, á las grandes ideas de la Europa, no cooperaron á los progresos de la sociedad, y se vieron atacados de una inmovilidad letárgica en medio de considerables movimientos. Si, no obstante, la Italia conservó su nombre y su carácter, lo debió á sus tradiciones, á sus instituciones municipales, á la Iglesia, á su lengua y á su literatura. En estos elementos es, pues, donde se la debe buscar, cuando es á ella á la que se quiere estudiar y no á sus dominadores. Pero la literatura no puede sostenerse cuando la accion falta; de manera que si en el siglo anterior los extranjeros admiraban las obras maestras de la musa italiana, la ridiculizaron en aquél. Shaskspeare falsificaba sus conceptos en la escena de Lóndres; Boileau hacia proverbial el oropel del Tasso. Los mismos autores que rechazaban las estravagancias que habian invadido las letras, no sabian, para libertarse de ellas, elevarse hasta el sentimiento; se refugiaban en la manera de los escritores del siglo XVI, en imitacion de Petrarca y Boccacio; ¡y sin embargo la Reforma se habia efectuado en el intérvalo! La alianza entre los señores y los artistas estaba rota, y el saber no crecia á la par de la aristocracia del nacimiento. Algunos severos talentos se dedicaron al estudio y proclamaron verdades superiores á los tiempos; pero cuando les ayudó la erudicion vengadora, ¿dónde fué preciso buscarlos? En libros descuidados por sus contemporáneos, olvidados por la posteridad y no en la memoria del pueblo, ni en la actualidad de los negocios y de las aplicaciones.

Aquel siglo no planteó grandes problemas en moral y en política, sino cuestiones de ceremonial y sucesion, que produjeron continuas agitaciones y la guerra. Las querellas con el papa por las jurisdicciones temporales renacian por todas partes, y llegaban hasta el grado de hacer empuñar las armas, y ponian en hostilidad á los gobernadores y á los obispos. La Francia se entregaba á sordos manejos; el emperador hacia presentes sus pretensiones á los feudos; y las disputadas sucesiones hacian estallar el incendio. A cada momento conflictos de autoridad de jurisdiccion, duelos en público, ataques de aldeas á mano armada: de aquí procedia una religion de venganza y un orgullo enteramente español con sus pretensiones á las preeminencias y á los títulos; pues todos aspiraban á más de lo que habian heredado, y reclamaban franquicias que eran privilegios, en atencion á que recordaban lo que eran ante los nobles, sin manifestar las razones por que habian cesado de serlo.

Reúnese hoy el consejo; pero un síndico se retira porque no encuentra señalado para él un puesto conveniente: mañana, estando en una solemnidad religiosa, el gobernador se levanta lleno de ira porque ve colocar un pequeño escabel bajo los piés del arzobispo: una vez, toda la nobleza salió de misa, reparando que el virey habia hecho sentar cerca de sí á un sobrino suyo; otra, durante una procesion, habiéndose intimado á los nobles titulares que caminasen sin confundirse con los demás, éstos apagaron las antorchas y se retiraron á sus casas; ya se trata de un embajador que no puede ser recibido porque quiere tratar al virey de igual á igual, segun corresponde á su grado de nobleza en España; ya de la muerte de una princesa, cuyas exequias se presentan á impedir los comisionados régios, alegando que tiene armas é insignias superiores á su categoria, y hay que de-

(2) El embajador veneciano decia en 1575 del duque de Ferrara lo siguiente: «Tiene en la ciudad y en el territorio sus milicias que pasan de veinte y siete mil hombres y son gente muy buena. Se podria formar de los nobles una caballeria escelente y numerosa, pues á ellos les gusta mucho el oficio de las armas, como personas que en ninguna otra cosa se ejercitan ni se emplean en nada, y que han vivido la mayor parte en las guerras... Cuando S. E. fué á Hungria al servicio del emperador en 1566, en todo el campamento no habia tropas más hermosas, mejores ni más disciplinadas que las suyas, sin embargo de que todos los príncipes italianos trataron á porfia de mostrar al emperador sus fuerzas y grandezas.»

positar el cadáver hasta que llegue la decision de España; además, de vez en cuando dictaba esta potencia un decreto mandando que en todas las iglesias y escuelas se jurase la Inmaculada Concepcion de la Vírgen; y entonces era de ver á los obispos protestar contra la invasion en materias de su incumbencia, á los dominicos resistirse á profesar una doctrina piadosa, impugnada por ellos, á los profesores clamar que se vulneraba la libertad de enseñanza, y á Roma negar á los reyes la facultad de proponer una creencia teológica.

Estando ocupada la Italia militarmente, su historia es la del territorio y no la de los habitantes. Ni siquiera se trata de la Italia en los tratados, y sí sólo de sus dominadores. Hablóse de las antiguas repúblicas como de una enfermedad curada. Continuó existiendo la de San Marino, porque hacia lo posible porque se la olvidara. La de Luca, porque se veia sostenida por los genoveses, como un baluarte contra la Toscana, y por los españoles para que esta última potencia no pudiese engrandecerse.

Entre los pequeños Estados, la casa de Este dominó en Módena: Hércules II, hijo de Lucrecia Borgia, y marido de aquella Renata de Francia por quien fueron acogidos y favorecidos los calvinistas, fué padre de Alfonso II, cuya celebridad producida por las alabanzas del Tasso, fué recompensada con la carcel. Parma y Placencia pertenecian á los Farnesios, que se estinguieron en 1731, en el mismo año en que los Cibo, señores de Massa y de Carrara. Piombino obedecia á los Appiani, y después de ellos á los Ludovici. Los Pico poseian la Mirandola; los Gonzaga reunian bajo su mando á Mántua y Montferrato. Los pequeños príncipes de la Romania desaparecieron, y aquella nobleza guerrera cedió el puesto á otra de palacio (*soglio*), procedente de las familias papales, y cuyos títulos recordaban el nepotismo.

Débiles los pequeños Estados por sí mismos, y no sabiendo hacerse fuertes con la union, no se conservaban sino uniéndose á los enemigos de la libertad italiana y obedeciéndoles. Los más poderosos trataban de oponer obstáculos á la España, ó más bien á sus gobernadores, que querian obrar como reyes (3).

Cuatro sistemas políticos se encontraban, pues, en Italia; el de España, el de la Saboya, el de Roma y el de Venecia. La Saboya, tránsito, teatro, arena de terribles combates, vió á sus príncipes acomodar su antigua política á los tiempos modernos, hacerse generalísimos del emperador, entenderse al mismo tiempo con la Francia, y en medio de las diversiones del carnaval de Venecia hacer nuevas alianzas. Eran infieles por culpa de la geografia, como decia el principe Eugenio; y convirtiendo á su pais en un paso y campo continuo de batalla, se veian precisados á tener siempre las armas en la mano: la guerra, que arruinaba á los demás, era en ventaja suya. Inclinábanse hácia la Francia; pero la España los acariciaba por temor de una invasion análoga á la de Carlos VIII; y todos conocian la necesidad de hacerse fuertes, para conservar el equilibrio y guardar las puertas de la Italia.

Los papas, único elemento por el cual operó sobre la política europea aquella Italia que en el siglo anterior habia sido el principal motor; los papas, aunque afectos á la España por su religion, se vieron con frecuencia en lucha con esta potencia por cuestiones territoriales y por la supremacia seglar. Por lo demás, no tuvieron ya que cuestionar por la soberania con el Imperio, y sí sólo disputarle algunos restos de territorio. No volvieron en sí hasta que los turcos amenazaron á su capital.

Venecia, á quien sus intereses en Levante no permitian ocuparse de los negocios del Mediterráneo, continuaba dedicándose á sostener el equilibrio, y en su consecuencia á oponerse á la España, constante enemiga de las repúblicas y de los Estados independientes, tanto cuanto la Francia les manifestaba simpatia. Florencia habia adoptado el partido de la España, de la que era feudataria á causa de Siena y de los Presidios.

La influencia de la España fué mortífera en todos los paises por donde se estendió su cetro de oro; ayudaba á los descontentos para causar embarazos á sus enemigos, influir en la eleccion de los papas, mandar en la política de la Santa Sede y en la de los demás Estados independientes. Resultaron de esto guerras sin batalla, que no por eso fueron menos desastrosas, y todas ellas tuvieron por causa el

---

(3) Trajano Boccalini dice lo siguiente en la *Pietra del paragone político:* «Si la Italia quisiera considerar atentamente la paz de que quizá se jacta, estoy segurísimo de que no tardaria en conocer que debe lamentar este ocioso veneno que la consume, tanto como lamenta los daños que reciben sus amigos en los trastornos y guerras de otros paises.»

En otro lugar pone en boca de la Francia estas palabras dirigiéndose á España: «Quiero, con aquella libertad que es propia de mi naturaleza, deciros en confianza, que la empresa de subyugar toda la Italia no es cosa tan fácil como os figurais; pues, cuando tuve ese mismo capricho, me produjo males inmensos, y no creo que os los produzca menores á vos. Los desastres que experimenté me han convencido de que los italianos son una raza de hombres que están siempre con los ojos abiertos para escapársenos de entre las manos, y que jamás se domestican bajo la servidumbre de los extranjeros. Y aunque su mucha astucia los induce á adoptar fácilmente las costumbres de las naciones dominadoras, sin embargo, en lo íntimo de su corazon conservan vivísimo el antiguo odio. Trafican en grande con su servidumbre, valiéndose de tantos artificios, que con vestirse un par de calzones á la sevillana, os obligarán á creer que se han convertido en buenos españoles, y á nosotros, poniéndose una gran golilla de Cambray, en perfectos franceses; pero cuando luego otros desean tratar de cerca sobre el asunto, muestran más dientes que los que tienen cincuenta mazos de sierra.»

capricho de los príncipes extranjeros: sólo la guerra entre Roma y Parma tuvo origen italiano (4).

Lombardia.—Los paises sometidos á extranjeros no tienen voluntad nacional, y no pueden contarnos más que la historia de sus sufrimientos sin dignidad (5). La Lombardia se encontraba enteramente avasallada á un gobierno de conquista, que tenia á su cabeza á jefes extranjeros, administradores y militares á la vez. Ordenes tardías é inoportunas emanaban de reyes distantes, á quienes bastaba haber entregado la poblacion á un gobernador encargado de representar y ejercer su pleno poder. Era una máxima incontestable, que el gobierno del rey debia ser justo y paternal, pero absoluto, sin más límites que los privilegios de algunas órdenes y corporaciones. Aquel ilimitado poder era trasmitido á los gobernadores, poco más ó menos como á los bajaes del dia, dejándoles la facultad de reclutar soldados en caso de necesidad, de disponer de los empleos, de promulgar leyes, administrar justicia y hasta perdonar. A veces su política era diferente de la de su corte. Así fué, que sucedió el caso de haber desaprobado el rey la decision de uno de ellos, mas éste no hizo caso y dijo: *El rey manda en Madrid y yo en Milan.* Aquellos elevados funcionarios, casi todos españoles, llegaban á un pais en que las costumbres y los hábitos diferian enteramente de los suyos; encontrando tal complicacion de leyes, edictos, usos y privilegios, que les hubiera sido preciso muchos años y una séria voluntad, aunque no hubiera sido más que para conocerlos. Por el contrario, permanecian poco tiempo desempeñando sus empleos (cuéntanse treinta y seis en los ciento cincuenta años de la dominacion española), ocupados con frecuencia en operaciones militares, y aun más en cuestiones de jurisdiccion con los arzobispos, cuyas antiguas pretensiones habian resucitado después del concilio de Trento, y querian oponer un dique á aquella desenfrenada arbitrariedad.

Un senado, sombra de representacion nacional, mezcla de italianos y extranjeros, conservaba en cualidad de juez supremo el derecho de confirmar y desaprobar las constituciones del príncipe, que debian leerse tres veces para adquirir fuerza de ley; verificada aquella formalidad, se vencian las demás oposiciones. Aun subsistian las antiguas dignidades municipales, pero casi sin más atribucion que la de satisfacer las exorbitantes exigencias del fisco, que era el objeto de todas las medidas, y del que se derivaban todos los errores, todas las miserias. Impuestos establecidos con una insensata avaricia secaban las fuentes de la prosperidad pública (6), castigaban la industria y desalentaban á la agricultura; se hacia que las comunidades comprasen la redencion, y enseguida se les enfeudaba de nuevo; se arrendaban ó vendian las varias rentas, creando expresamente otras nuevas; se vendia la exaccion de donativos futuros; luego se echaba mano de los pagos asignados como crédito á los compradores de los capitales del Estado; se retenian las pagas de los soldados y magistrados; se obligaba á los comerciantes á prestar dinero; se gravaban las personas y los bienes de los extranjeros; se cometian robos en los bancos públicos, constituidos con depósitos particulares, de suerte que, agotado el capital reproductivo, los muchos holgazanes y los extranjeros vivian á costa de las fatigas del corto número de hombres laboriosos; el obrero más insignificante se veia sujeto á una contribucion de veinte escudos; todo objeto de consumo, todo producto, sufria enormes impuestos, hasta el grado de cesar las manufacturas, permanecer sin cultivo los campos, llenos de deudas los municipios y verse precisado á cada momento el Estado á dirigir sus quejas al remoto monarca que no las escuchaba.

La nobleza, que habia adoptado el fausto español, consideraba envilecedor el comercio, paralizaba su fortuna con los mayorazgos y fidei-comisos; y enorgullecida, ó eludia la justicia con la ayuda de sus privilegios, ó la retaba abiertamente. Aquel

---

(4) Pedro Nores, en su *Retrato de las casas de Roma*, 1634 ms., escribe: «El duque de Parma, de Módena, los genoveses, los luqueses son débiles. El gran duque, habiendo quedado vacio el erario en las últimas guerras de Alemania, no sintiendo mucha aficion á las incomodidades de la guerra, rodeado de pocos y no experimentados consejeros, no es apto para oponerse, sobre todo por hallarse tambien él obligado, á lo menos en la apariencia, á favorecer los intereses de los españoles. Los venecianos, separados de la sede apostólica, ¿qué pueden hacer sino gritar en alta voz: *¡Atended!* Todo en vano. El papa ve sus Estados circundados por los españoles; estando solo, no le es dado emprender nada; y ¿con quién ha de asociarse, que no tema le abandone en el colmo del peligro, desconfiando como desconfia abiertamente de los venecianos y del gran duque? Poca es, pues, la resistencia que pueden oponer los príncipes italianos. Les quedaria el recurso de pedir auxilio al rey de Francia; pero hacen como el que elige morir más bien por el veneno que por el hierro, á fin de alargar unas cuantas horas su vida; temen más la espada francesa que la lima española.»

(5) Federico Schlegel, en el *Cuadro de la historia moderna*, cap. 9, admira la organizacion que dió entonces Cárlos Quinto á las cosas de Italia, *debiéndole ésta el feliz reposo de que gozó en los tiempos sucesivos.*—«Ningun siglo ha habido tan tranquilo y seguro para la Italia como el XVI. En medio de tan dulce reposo, parecia,» etc. TIRABOSCHI, *Storia della letter. italiana.*—«A excepcion del reino de Nápoles... podemos decir que *todo* el espacio que corrió desde 1559 á 1600 debe contarse entre los más dichosos que ha disfrutado Italia, y continuó casi en el mismo estado hasta 1625.» DENINA, *Revol. d'Italia*, XVII, 4.

(6) Tambien en Toscana estaba todo regularizado por medio de decretos y prohibiciones: se determinaba qué plantas debian cultivarse, cómo debia elaborarse el pan; no se permitia salir del pais para ganarse el sustento; un dia se prohibió hilar estambres y lanas (1692), y al cabo de pocos años se volvió á permitir, siendo imposible prescindir de ello; igualmente se prohibió sazonar los guisados con murta, y luego se permitió.

feudalismo de un nuevo género se aprovechaba de la debilidad ó abandono del gobierno para anonadar con su insolencia al miserable pueblo; y rodeada de bravatas y fortificada en sus castillos, desafiaba leyes tan pródigas de ruinosas amenazas como impotentes en ejecutarlas.

Cuestiones de etiqueta, pundonor, empeño que habia que cumplir, venganzas calculadas y hereditarias, nulidades que proteger, esto era lo que ocupaba el tiempo de aquellos señores, que se hacian tiranos de su propia familia, condenando á sus hijos al claustro ó á una dependencia trabajadora y sin dignidad, con el objeto de que su hijo mayor pudiese sostener lo que se llamaba el lustre de la familia.

Por falta de ocasiones de señalarse dignamente, el valor degeneraba en furor brutal, y no se manifestaba sino en ataques á mano armada ó con salteamientos. Una soldadesca poco numerosa y mal pagada era insuficiente contra las partidas que infestaban el campo, y el gobierno que la víspera habia lanzado contra ellos fulminantes edictos y puesto precio á sus cabezas, se veia precisado al pia siguiente á capitular, y á veces hasta reclamar su proteccion. Los malvados se aseguraban la impunidad cubriéndose con la librea de un señor y prestándole su brazo para nuevos desafueros; y para encontrar seguridad contra gentes inofensivas después de sus atentados, toda casa noble, toda iglesia ,todo convento era para ellos un lugar de asilo. Los soldados eran un mal más que añadir á los demás; pues inhábiles para defender al pais, le asolaban, ora reclutando á los obreros, á los carros, á los víveres y los alojamientos, ora entregándose audazmente al saqueo. Felipe II habia creado junto á sí un supremo consejo de Italia, con un magistrado por cada pais, y con algunos españoles (1562); pero hallándose tan distante, podia hacer poquísimo.

Reino de Nápoles.—Existía en Nápoles una especie de simulacro de la gerarquia española. El virey que mandaba al mismo tiempo el ejército, con el título de gran condestable, tenia una corte en la que figuraban los altos dignatarios de la corona, á saber: un gran justicia para los asuntos criminales, civiles y hasta feudales; un gran almirante; un gran camarlengo encargado de la hacienda; un gran protonotario, custodio de los archivos reales, que era el primero que tenia la palabra en las asambleas; un gran canciller encargado de los sellos; un gran senescal gobernador de la casa real y presidente en las ceremonias, en la mejora de la cria caballar, de las selvas y de las cacerias. El parlamento continuaba existiendo con sus tres *brazos* como en Sicilia y en Cerdeña; pero rebajando al clero y sembrando la envidia en las otras tres órdenes con ayuda de títulos y costumbres fastuosas, se evitó toda oposicion, y se redujeron las antiguas magistraturas á no ser más que un vano nombre. Habia además en la ciudad de Nápoles siete *elegidos* del pueblo entre los barones y uno entre los ciudadanos, que con el título de escelencia gozaba de gran autoridad, como representante de una numerosa poblacion (7).

El virey estaba en correspondencia secreta con las potencias extranjeras, y no conocia otros límites que la obligacion de consultar, en ciertos casos, á un consejo compuesto de tres españoles y ocho italianos. Aquellos vireyes que no tenian ningun conocimiento del pais eran reemplazados cuando empezaban á conocerle. Así es que se decia que de tres años que duraban por lo comun sus funciones, pasaban el primero en hacer justicia, el segundo en reunir dinero, y el tercero en ganarse amigos para poder sostenerse. Otro proverbio añadia, que los ministros reales roian en Sicilia, comian en Nápoles y devoraban en Lombardia.

Se vendia una parte de los empleos públicos y la restante se concedia á personas ignorantes y venales. La incapacidad habitual del gobierno está probada con los comisarios que enviaba de cuando en cuando con poderes muy estensos, de los que abusaban aquellos agentes; á veces el soberano los hacia independientes del virey, y el pueblo se creia feliz cuando podia obtener que aquellos comisarios fuesen extranjeros, ¡tanto desconfiaba de sus mismos compatriotas!

Sin fuerza la nobleza para luchar contra la España, ni generosidad para unirse al pueblo, se alejaba cada vez más, por sus sonoros títulos y su fausto, de aquella masa plebeya en la que reside la vida del pais. Entregada á sus rivalidades de preeminencias, tenian á gloria la ociosidad y se avergonzaban de la industria; poderosa por sus relaciones tiranizaba á un pueblo que despreciaba, votaba sin tasa contribuciones de las que estaba exenta por sus privilegios, ó las contrataba para engordar con la miseria ajena. Las servidumbres feudales perjudicaban á la agricultura, y rebaños en corto número pastaban en campos que hubieran bastado para alimentar á todo un pueblo.

El feudalismo que Roger y Federico II se habian esforzado en estirpar de Sicilia, fué consolidado allí por los aragoneses con objeto de ser sostenidos durante su lucha contra la casa de Anjú, con el favor de los grandes. El rey Jacobo creó cuatrocientos caballeros cuando su coronacion; Federico, más de trescientos y además mu-

---

(7) Los habitantes de Nápoles se distinguian en nobles y pueblo; éste constaba de veinte y nueve *plazas*, llamadas tambien *octinas*, porque cada una elegia ocho hombres para el gobierno, con un capitan. Los nobles estaban divididos en las sedes de Nido, Capuana, Montagna, Porto y Portanova; perteneciendo quizá á las dos primeras la nobleza feudal, y á las otras la segunda nobleza. Los elegidos del pueblo eran á modo de tribunos suyos; pero á veces, como suele acontecer, eran tambien sus mártires. En 1582 el vulgo achacó la carestia que reinaba al elegido Starace, y habiéndole arrancado del lecho donde yacia enfermo, le degolló, después de insultarle y atormentarle de la peor manera.

chos condes; en fin, más de las tres cuartas partes de los concejos se constituyeron en feudos (8). Algunos barones reunian en sí ocho, diez, hasta veinte señorías distintas. Tal era Luis Roger Ventimiglia y Sanseverino de los Normandos, de los Suevos y de Aragon, por la gracia de Dios, XXII conde de Ventimiglia, marqués de Lozana, de los Alpes marítimos, conde de Ischia la Mayor, Procida, Lementini, XVIII conde-marqués de Geraci, príncipe de Castelbueno y de Belmontino, marqués de Malta y de Montesarcio, duque de Ventimiglia, baron de San Mauro, de Pollina, Bonanotte, Rapa, Calabro, Rovitella Miano, Tavernola, Plocabiava y Mili, primer conde de Italia y primer señor en las Dos-Sicilias, grande de España de primera clase, príncipe del Sacro Romano Imperio, gentil-hombre de cámara de S. R. M., con ejercicio. Hércules Miguel Branciforti y Gravina, señor de Butera, además de los diez y nueve feudos que componian el principado de Butera, era príncipe de Pietraporzia, duque de Santa Lucía, marqués de Militello, Val de Noto y Barrafranca, conde del Mazzarino, Grassoliato, Raccuja, baron de Radali, Belmonte, Pedagaggi, Randazzini, con sus aldeas y pertenencias, señor de las ciudades de Niscemi, Gran Miguel, del lago Bivière de Lentini, de los feudos de Braccaleri, Gibilixeni, Sijuni con la torre de Falconara (9).

El rey Martin puso tambien en feudo, aqüende el Faro á muchas tierras que en vano trató luego de libertar: el rey Alfonso vendia y daba investiduras para sostener la guerra á Nápoles; de tal manera, que de mil quinientos cincuenta concejos sólo ciento dos habian quedado dominiales, y que ciertos barones poseian hasta trescientas tierras. Continuaron los españoles aquel detestable sistema, de lo que resultó que en 1559, de mil seiscientos diez y nueve concejos, sólo cincuenta y tres pertenecian al dominio real, y en 1586 setenta y siete de mil novecientos setenta y tres. Rescatábanse á enorme precio de cuando en cuando, y se volvian á vender poco después, del mismo modo que el fisco traficaba con los títulos y privilegios.

La soberania pura y mixta pertenecia á los barones, no sólo á los de las antiguas familias, sino á los de las veinte y siete nuevas; además, tambien pertenecia á los prelados, que tenian la insignia de la horca en señal de sus derechos. Unos y otros juzgaban tambien los asuntos civiles y nombraban los magistrados, de lo que resultaba que la vida y fortuna de los ciudadanos estaba entregada á su capricho. En tiempo del duque de Arcos, el baron de Nardo tenia un pleito con el capítulo del feudo: pues bien, un domingo ofreció á las miradas de los espectadores, en las sillas del coro, las veinte y cuatro cabezas de los canónigos (10). Felipe III ponia en venta, sin disimular su objeto, el más precioso de los derechos, el de la justicia (11).

Las odiosas y violentas pasiones, á que se daba

(8) Gregorio, en la *Biblioth. aragonensis*, trae una *descriptio feudorum sub rege Federico*, donde se ve cuán grande debia de ser el poder de los feudatarios, poseyendo cada uno muchos castillos, en especial las familias Ventimiglia, Palizzi, Sclafani, Barressi, Passaneto, Chiaramonte, Montaperto, Lanza, Rubeo, Tagliavia, y tres aragoneses de los Alagones, Moncadas y Peraltas.

Cada feudo comprendia muchos territorios, señoríos y ciudades, que hubieran podido constituir de por sí otros tantos feudos. Así, al condado de Modica pertenecian Modica, Ragusa, Chiaramonte, Monterosso, Scicli, Comiso, Sepaccaforno, Giarratana, Biscari, Odogrillo, Dorillo y otras ciudades. Diez y nueve feudos reunidos formaban la señoria de Butera. Además, á la real cámara pertenecian Siracusa, Paterno, Mineo, Vizzini, Lentini, Castiglione, Francavilla, Villa Santo Stefano, Avola, Pantellaria y otras, que eran administradas por la reina.

(9) El que quiera ver muchos ejemplos semejantes á éste, consulte á VILLABLANCA, *La Sicilia nobile*.

(10) COLETTA.

(11) Trasladamos aquí el bando publicado en Palermo por el virey en 28 de mayo de 1621:

«.. Conviniendo al servicio de S. M. acumular la mayor suma de dinero que se pueda por cuenta de su real patrimonio, para subvenir á las urgentísimas necesidades del momento, y á la conservacion de los Estados y dominios de S. M. y su real corona, á fin de que se cumpla la órden dada en sus reales cartas, dirigidas por duplicado á S. E., con la deliberacion, voto y consejo del tribunal del real Patrimonio, ha decidido vender y enajenar así por derecho perpétuo como *ad redimendum*, toda jurisdiccion de mero y mixto imperio, alta y baja, *cum pladii potestate*, á las ciudades, universidades y tierras del reino que quieran comprarla: tambien ha decidido que se vendan á todos y cualesquiera señores, barones de vasallos y feudatarios, trozos de territorios y burgensáticos, aunque dichas baronias, feudos, territorios y burgensáticos se hallen situados dentro ó fuera de territorio y jurisdiccion de universidades; S. E. pretende tambien que todas aquellas jurisdicciones de mero y mixto imperio, vendidas y enajenadas *cum certa gratia redimendi*, se vendan ahora y enajenen *absque spe redimendi;* y esto por la mayor suma y precio que pueda convenir, así al contado como *ad tempus*. Por tanto, en virtud del presente bando, se notifica á todas y cualesquiera personas, oficiales de universidades, señores, dueños de Estados, de tierra y habitacion, barones y feudatarios, y á cualesquiera dueños de territorios y burgensáticos, que desearen comprar el mero y mixto imperio en amplia forma de dichas universidades y sus territorios, de dichos Estados, baronias y feudos, y sus territorios, y de los supradichos burgensáticos y sus territorios, sea que se hallen situados en los territorios de las ciudades patrimoniales ó de otra; que deben comparecer en el tribunal del real patrimonio con sus memoriales, prometiendo que aceptarán las ofertas beneficiosas al servicio de S. M., y que el precio será parte al contado y parte *ad tempus*. Notificase tambien á todos los oficiales de universidades, señores de vasallos, feudatarios, etc., que hayan comprado el mero y mixto imperio *cum certa gratia redimendi*, que en caso de querer comprar aquélla se presenten con sus proposiciones, de las cuales se aceptarán las que sean más beneficiosas al servicio de S. M., en el modo y forma expresados. *Promulgatur; Corsettus F. P Biblia Attuarius.*»

un libre curso, llegaron á descomponer los elementos de nacionalidad. Un concejo odiaba á otro; varias familias se enemistaron, como por ejemplo, los Perollo y los de Luna; resucitóse el nombre de los antiguos partidos angevino y aragonés para recordar que se habian odiado en otro tiempo y que debian detestarse aun: Messina pagaba con buenos millones contantes los privilegios que debian hacerla independiente de Palermo.

Los que no querian obedecer, ó eran hostiles á las leyes, formaban partidas que protegia aquel que no queria ser degollado por ellas; exigian rescate por los viajeros, y tomaban parte en las frecuentes sublevaciones que intentaba el pueblo para sucumbir el mismo dia. Cada distrito formaba una clase de Estado diferente en el que se daba asilo á los bandidos del distrito próximo, es decir, la impunidad á sus desafueros. Careciendo el gobierno de medios para reprimir aquellos salteamientos, concedió grandes poderes á los capitanes de armas que no dejaban de abusar, y causar más daño que los mismos bandidos. La ley establecia contra ellos los más terribles suplicios; ¿pero cómo se habia de poder estirparlos cuando los grandes los tomaban bajo su proteccion? ¿Y qué juez se hubiera atrevido á condenar á un noble, con peligro de convertir en enemiga suya á toda su parentela? Por esta razon los vireyes, en lugar de gastar en hacer la guerra á los salteadores, aceptaban regalos por tolerarlos.

Construíanse multitud de iglesias suntuosas y de mal gusto, al paso que el pais no tenia puertos (12). En vano pedia Palermo un préstamo para construir un espolon á su admirable puerto. En vano se repetia que, «por falta de puentes en varios rios, se ahogaban todos los años infinidad de personas, de lo que resultaba la perdicion de tantas infelices almas en deservicio de Dios, y con cargo á la conciencia de su majestad.» La industria de los azúcares, que prosperaba, pereció porque se sostuvo el derecho sobre su esportacion, al mismo tiempo que se recibia la de América.

El dominio de las islas costaba mucho; entendiéndose con este nombre las islas de Gerbes, Malta, Gozo y la ciudad de Trípoli, adquirida por la conquista; y cuando esta última y Malta fueron cedidas á los caballeros de Rodas, los sicilianos dieron gran cantidad de dinero y de hombres para fortificar la Valette. Terribles pestes se cebaron allí en 1573, y luego en 1622, cuando se encontraron los restos de santa Rosalía; y en medio de la mortandad, del hambre, de las enormes exacciones (13), habia que lamentar tambien las irrupciones de los turcos, contra los cuales se armaban en vano multitud de galeras.

Multitud de frailes poseedores de inmensos do-

---

(12) Francisco Balbi escribia al duque de Florencia el 11 de noviembre de 1549: «Los caminos no sólo en este reino, sino por todas partes hasta Roma, se hallan en tal estado, que es imposible recorrerlos sin una compañia á lo menos de cien caballos.

(13) Francisco Palermo publicó en el *Archivio storico* una preciosa coleccion de documentos sobre el estado económico del reino de Nápoles desde 1522 á 1647. Copiaremos de ellos algunos pasajes, que se encuentran en las cartas del ministro residente en Nápoles por el duque de Urbino.—31 de Diciembre de 1611: «El señor conde (de Lemos) ha inducido con buenas maneras á los Estipendiarios á firmar que se contentarán, si se les dan seis mesadas de sueldo, haciendo decir que no obliga á ninguno, pero que mirará con buenos ojos á los que lo verifiquen, y á los demás no; y que los unos estarán en lo porvenir bien pagados, y los otros mal. Así todos corren á porfia á ejecutar lo que S. E. desea, habiendo algunos que pierden 3 y 4,000 ducados, que no poseen otro tanto en el mundo.» —17 de julio de 1621: «Aquí escasea tanto la moneda, que cada mil ducados no llegan á 400 ducados de plata, por ser moneda pequeña, cortada y falsa; de consiguiente, no pudiendo ni teniendo medio el acreedor de dar salida á dicha moneda, se decide á bajar hasta 6 y 6 y medio por ciento.»—4 de febrero de 1622: «La confusion y daño increible que aun se va aumentando en esta ciudad y en todo el reino á causa de estas *zanette* de cinco granos, que son muy malas, no puede expresarse. Baste decir que es difícil poder hallar modo de vivir con esta clase de moneda, y no se ven otras: si dura un poco más tal estado, la gente se morirá de necesidad, pues todos los víveres se han puesto excesivamente caros, y lo que es peor ni aun así se encuentran.»

En las cartas del ministro residente por el Gran duque se lee:—13 julio de 1603: «Se debe caminar en el supuesto de que todas las ciudades y tierras patrimoniales que puede hoy vender y enfeudar S. M., han sido compradas ya otras veces, y se han celebrado contratos de regio dominio con cláusulas muy ámplias.» Y en otro lugar: «El virey se vale de mil artificios para sacar mucho dinero de este reino, que se encuentra enteramente arruinado... El mal gobierno que tienen todas las ciudades de este reino las conduce al último extremo... Sea de un modo ó de otro, lo que apetecen es dinero; asusta el ver sed tan inextinguible... Las fortalezas han sido reedificadas tantas veces, porque el virey del reino y otros ministros no se han propuesto ordinariamente más que arruinar las construidas por sus antecesores y reedificarlas, segun es de su agrado, lo cual ocasiona á la ciudad gastos increibles y á los ministros medios de enriquecerse.»—27 de julio de 1606: «Aquí carecemos de pan y de vino, y se han impuesto nuevas gabelas.»—5 de setiembre de 1606: «Aquí se cuentan los hombres por barrios y por las casas; y es tan grande la necesidad, que dan cinco tornesas de pan por boca; el que quiera más, tiene que comprar el pan mandado hacer para los extranjeros, que es muy pequeño.»—23 abril de 1607: «La carestia es en el reino tan grande, que vienen las comunidades juntas á Nápoles, y van gritando por la ciudad: *¡pan!* Se ha aumentado de manera el número de mendigos, que será una merced de Dios el que esta ciudad no se apeste pues la gente muere por las calles.»—10 de marzo de 1609: «En beneficio de esta ciudad se habian establecido gabelas sobre toda especie de madera y de cueros, para ver de remediar en algo tan enorme débito; pero el populacho de Nápoles, no pudiendo soportar esta novedad repentina, ha estado próximo á sublevarse.»—1621: «Aquí nos morimos de hambre... Querian restablecer tambien aquella gabela que suprimió el duque de Osuna, sobre las frutas; pero el populacho está decidido á hacer uso de los

minios, y que propagaban una devocion absurda con muchos milagros, no eran menos perjudiciales que el feudalismo. La santa Inquisicion se habia introducido en Sicilia desde 1513, sin encontrar los obstáculos que en tierra firme. Hasta se la consideró oportuna contra los abusos de autoridad cometidos por los magistrados, tanto que muchas personas se sometian voluntariamente á su jurisdiccion. Pronto comenzó á obrar no sólo como independiente, sino como superior al gobierno, llegando hasta escomulgar al Tribunal Supremo de Justicia y al arzobispo. Fué preciso que el gobernador, duque de Feria, enviase mil hombres armados contra el palacio (1602) en el que los reverendos Padres se habian fortificado. No por eso se dieron por vencidos, y presentaron por primera vez, en 1641, el espectáculo de un auto de fe.

El historiador Hugo de Moncada fué el primero que reunió el título de virey al de capitan reneral del reino y de las islas Vió al pueblo sublevado entregarse abiertamente á la rebelion. Hector Pignatelli, enviado para reemplazarle, no pudo apaciguar la sedicion: hasta se urdió una trama para asesinarle, y no supo más que oponer á los rebeldes otra conjuracion, cuyo resultado fué la matanza de aquellos que habian tomado parte en la otra; pero el pueblo no se resignó tampoco al yugo bajo sus sucesores.

La administracion de don Pedro de Toledo fué sobre todo notable en Nápoles. Español en el fondo de su corazon, hubiera deseado hacer á toda la Italia semejante á sí misma. Queriendo verlo todo por sus propios ojos, daba audiencia á todo el mundo; lo que hizo perder á los magistrados subalternos la osadia de la impunidad. Persiguió á los pícaros sin respetar los lugares de asilo, envió al suplicio á hombres notables, sentenció á muerte á ladrones y por emplear escalas de cuerda, de lo que resultó que intrigas amorosas condujeron al cadalso. Desterró á los judíos, y fundó el célebre monte de piedad. Mandó quitar de las calles los portales que sobresalian y las barracas que servian de asilo á los asesinos y prostitutas. Derribó la roca de Chiatamone, guarida de gentes sin ocupacion; reunió en lugares determinados á las mujeres de mala vida, reprimió la licencia de los *vendimiadores* (14) y las *cencerradas* que se tenian costumbre de dar por la noche á las viudas que se volvian á casar, como tambien las ruidosas quejas de las lloronas en los funerales, recogió las armas que se encontraban en las casas, adoptó medidas contra los duelos y los raptos frecuentes entonces, y reorganizó el tribunal que estableció en el palacio Capuano. Descontentos los barones de una injusticia imparcial, votaron á Cárlos Quinto el inaudito regalo de millon y medio de ducados, á condicion de que don Pedro de Toledo fuera reemplazado; pero esto no sirvió más que para consolidar su autoridad. Rodeó á Nápoles de nuevas murallas, reparó el castillo de San Telmo segun las nuevas combinaciones del arte militar, abrió la gran calle que lleva su nombre, agrandó el arsenal, estableció fuentes, fundó un hospital en la iglesia de Santiago apóstol, en la que preparó su sepulcro, y secó los pantanos que infestaban la Tierra de Labor.

Su ejemplo escitó la emulacion. El conde de Olivares hizo construir por Domingo Fontana (1595) graneros y acueductos. Un negociante de Génova le propuso, para obviar las quiebras, establecer un depósito general y privilegiado para todos los depósitos judiciales y públicos del reino. Quejáronse á Madrid los diputados de Nápoles, y fué reemplazado por el conde de Lemos. Este quiso tambien edificar, construyó el palacio real, y su hijo el de los Estudios, siempre con ayuda de Fontana.

La autoridad de los gobernadores, ya grande en tiempo de paz, era ilimitada en tiempo de guer-

---

puños contra el que la ordene... No se encuentra pan á medio dia en las tiendas, porque la plebe asustada se provee de él al alba, y toma á menudo más del que necesita; paréceme que quiere (el virey) establecer penas contra el que tome más del que la necesidad diaria exija.»—1622: «El dia de la Epifania el señor cardenal virey habia ido al arzobispado, y el *populacho infame,* achacando al gobierno lo que sus pecados le acarrean, no sólo maltrató á S. S. I. de palabra, sino que se propasó á amenazas de hecho, etc... Viendo que le falta el pan, comete estos excesos... Si cuando se opusieron á aquellas gabelas el verano pasado... hubiera ahorcado una docena, no le perderian ahora el respeto .. El pueblo, á causa del hambre, se ha sublevado tres veces en esta semana. Dicen que mañana se ajusticia á gran número de los alborotadores, y particularmente que se da muerte á algunos en la rueda, suplicio demasiado espantoso... Además de estar comidas anticipadamente todas las rentas de la corona, y de verse reducido el reino á tan gran miseria... si alguna parte de aquellas ha quedado intacta, ha sido porque la corte misma no ha tenido ánimo para arruinarla.»—1624: «Se ha impreso un proyecto para suprimir todas las gabelas... estableciendo una contribucion sobre los habitantes. Primero, sobre trescientas cincuenta mil personas que residen en esta ciudad y sus aldeas, eximiendo del pago á todos los que no pasen de cinco años, religiosos y otros privilegiados: el reparto es como sigue: ciento treinta mil que viven á jornal, pagarán un grano cada dia por cabeza; otros ciento treinta mil que disfrutan algunas comodidades, grano y medio; y dos granos por cabeza los titulados, los nobles, los comerciantes y demás personas que viven espléndidamente con coche.» etc.

(14) Durante las vendimias habia la costumbre de recorrer los lugares habitados, diciendo insolencias y palabras deshonestas á todo el que se encontraba al paso. En una de estas fiestas llegó á Acerra una compañia de comediantes, y en el momento los vendimiadores les asestaron burlas; los cómicos respondieron; pero fueron vencidos por los chistes de un tal Puccio de Aniello; al que suplicaron, entrase en la compañia, y Puccio con sus bufonadas atraia un gran concurso á sus espectáculos. A su muerte hubo otros que le imitasen, y se pretende que este fué el orígen de la máscara, que por una corrupcion de su nombre, se llamó *Pucenella* ó *Pulcinella:* Véase el *Vocab. del dialetto napoletano degli Academici filopatrii,* ad V.

ra (15), de suerte que el interés los indujo á perpetuar ésta; y lo conseguian tanto más, cuanto que por medio de la guerra era como la España podia satisfacer su frenesí de mostrarse la primera nacion del mundo.

Campanella.—Tomás Campanella, gran talento aunque desordenado, se dedicó por aversion á la escolástica, á las locuras del neoplatonismo: creia en la cábala y en la astrologia; refutaba á «los maquiavelistas y filósofos de su época, ruina del Evangelio;» y dedujo del Apocalipsis y de las profecias de santa Brígida, de fray Joaquin de Savonarola, de san Vicente Ferrer, que en el año 1600 se verificarian grandes innovaciones en el reino de Nápoles. Creyéndose destinado á llevar á cabo la necesaria renovacion política del pais, exhortaba y predicaba para que se fundase una república, de la que Stilo en Calabria, de donde él era fraile, hubiera sido el centro; el principal móvil debia ser la predicacion, y después las armas de los bandidos que en gran número se habian acogido á los conventos, segun el triunfo de las varias facciones que dividian cada pais; estaba resuelta la muerte de todo el que se opusiese á la realizacion del proyecto, en particular la de los jesuitas. Muchos se asociaron á su idea, entre ellos trescientos frailes y cuatro obispos, que no tuvieron repugnancia en buscar el apoyo de los turcos. Pero habiéndose descubierto la conspiracion, fueron presos y sentenciados. Campanella, que se empeñó inútilmente en que se le procesase por el Santo Oficio más bien que por los tribunales ordinarios, fué sometido al tormento repetidas veces y de una manera horrible (16), pasó por hereje (17) y por loco, y permaneció en la prision veinte y siete años, estudiando y escribiendo sobre filosofia y política, hasta que Urbano VIII le hizo poner en libertad: entonces se trasladó á Francia, donde obtuvo una pension y terminó sus dias.

(15) El secretario de Estado Aróstegui decia: «En tiempo de guerra quisiera ser más bien gobernador de Milan que rey de España; porque éste gobierna con las consultas y los consejos, al paso que la direccion de la guerra depende de la voluntad absoluta del gobernador.» PIETRO GRITTI, *Relaz. di Spagna, leida en el Senado de Venecia,* octubre 1620.

(16) A instancia del fiscal Sanchez (que se dirigió *personaliter* á Roma por el permiso) se le aplicaron cuarenta horas de tormento *usque ad ossa,* ligándole con los brazos torcidos y pendiente sobre un madero cortante y agudo, que se llama la *viglia;* el cual le cortó por debajo una libra de carne, además de la mucha que perdió después, magullada y podrida. Seis meses duró la cura, siendo preciso cortarle gran cantidad de carne; y más de quince libras de sangre salieron de sus venas y arterias rotas... No confesó que era hereje ni rebelde, y fué calificado de loco, no fingido, como dicen.» *Narrac. atribuida á Campanella.*

(17) Sin embargo, hay en sus cartas confesiones explícitas de ortodoxia; dice que el dogma de la predestinacion *hace á los príncipes malos, á los pueblos sediciosos y á los teólogos traidores.*

El duque de Osuna.—Aquellos movimientos, aunque de poca importancia, podian sacar partido de la rivalidad de la Francia con la España, en atencion á que la política de la época se ejercitaba voluntariamente en sembrar la cizaña entre los súbditos y los soberanos en los paises ambicionados, lo cual fomentaba los descontentos y los proyectos de los ambiciosos. Debe colocarse entre estos últimos al duque de Osuna (Tellez y Giron), primero virey de Sicilia, después de Nápoles. Era un hombre diestro, suntuoso, de gran ánimo, artífice de intrigas, que poseido de la mania de las innovaciones, se hallaba enteramente dispuesto á servirse para ello de la autoridad que se le habia confiado, y aun de más (18), y que, como todos los de su época, empleaba medios vulgares en realizar gigantescos designios. Como los modernos bajaes, el virey administraba la justicia sumariamenle: habiéndose suscitado un alboroto en una fiesta, impuso la pena de galeras á dos alborotadores; al pasar por el mercado, oyó al pueblo quejarse de un traficante en vinos ó de un arrendador de contribuciones, y mandó dar á éstos cincuenta palos; un forzado le gritó que su sotacómitre le tenia con la cadena más tiempo del prescrito, y el virey hizo soltar al galeote, y poner en su lugar al cómitre. Llamaba tambien á su cuarto á los acusados, y usando alternativamente de palabras dulces y severas, les arrancaba la confesion, mejor que si se sirviera del tormento, dice el cronista, recayendo enseguida la condena; si no conseguia que confesasen, llamaba al sotacómitre, y le mandaba darles de palos en su presencia. Dos charlatanes vendian contravenenos, y Osuna dispuso que ambos tomasen venenos, y bebiesen luego los antídotos. Uno de ellos murió, y el otro recibió de manos del virey un collar de oro y obtuvo privilegios. Una vez, como se llenase demasiado el teatro, ordenó que saliesen todos, bajo la pena de cinco años de galeras si eran plebeyos, y cinco de destierro si eran nobles. Otra vez «S. E. hizo una de sus acostumbradas y dignas obras, condenando á galeras por toda su vida á uno que se atrevió á decirle que habia concedido el privilegio del comercio de cerdos, lo cual no era verdad.» Advirtiendo que en una recepcion de los primeros individuos de la nobleza se habia introducido uno inferior en categoria, le mandó prender y apalear allí mismo. «Ha hecho ir á galeras al sacamuelas napolitano, porque le rompió un diente.» Colocaba á sus dependientes en las diversas ciudades, donde robaban á mansalva. Habiendo acudido los habitantes de Reggio en queja de un tal

(18) Osuna «hizo publicar un bando, por el cual ordenó que ningun soldado, bajo pena de la vida, pudiera desenvainar la espada en cualquier disputa que se promoviese, é imponia cinco años de galera al que desobedeciera no siendo soldado. Dos infelices hermanos que lo eran, habiendo echado mano á la espada para defenderse de un ataque, fueron ahorcados, en virtud del citado decreto: los agresores huyeron.»

Aledo que los despojaba de su hacienda y cometia asesinatos, el virey los trató de bellacos y los amenazó con la galera porque hablaban mal de uno de sus encargados: así, no atreviéndose los pueblos á quejarse, aquellos empleados «quedaron en libertad de poder asesinar á los pobres pueblos, y robaban y asesinaban impunemente á los habitantes, tanto que es imposible escribirlo.» (19) Habiendo ido luego Aledo á Nápoles con 80,000 ducados y muchas joyas, el duque, chanceándose, le dijo que hacian falta á S. M., y despojándole con tan extraña justicia, le volvió á enviar «al empleo que desempeñaba, para que obrara peor aun que antes.»

Estas miserias alternaban con fiestas magníficas y el diario del gobierno del duque de Osuna está lleno de relaciones de ellas: espléndidas cabalgatas, procesiones solemnes, regatas en el mar, banquetes, máscaras, cucañas, justas y todo esto acompañado de ricos donativos, refrescos y licores: á menudo se dejaba que la plebe y los caballeros saqueasen todos los preparativos. Ora doce carros dispuestos con los más apetitosos manjares, hasta el punto de importar quinientos ducados cada uno, eran objeto de reñidísima disputa entre trescientos hombres, en calzoncillos y tiznados de pez, que los saqueaban: «espectáculo tan nuevo como hermoso, con muchas aclamaciones y grande alegria del pueblo»; ora noventa damas vestidas de isquiotas iban á palacio á llevar regalos; ora se daba un convite para diez mil personas, y singularmente «para venticinco cortesanas, las más famosas de Nápoles, servidas con el mayor lujo: S. E. quiso ir á verlas y divertirse en su compañia.» A veces la vireina daba un baile todo de señoras, vistiéndolas á su costa; otras se representaban en cuatro puntos distantes de la ciudad las cuatro estaciones; con emblemas y los frutos y las ocupaciones propias de cada una. Siempre que el virey ó la vireina tomaban parte en la fiesta, se les presentaban muchos cestos de frutas y dulces, y ellos mandaban que se arrojasen al pueblo el cual se lanzaba á cogerlos «con gran furia, no sin menudear los golpes aplicados con las manos y los piés, como perros rabiosos, lo cual excitaba la risa de S. E. y de las damas;» para aumentar la diversion, S. E. arrojaba una cadena de oro hecha pedazos ó dinero. Todo era arreglado por el bufon del virey á quien éste solia vestir la toga para burlarse de la magistratura, ó le encargaba la decision de pleitos, en los cuales no dejaba nunca de añadir á las ridículas sentencias un buen regalo para sí (20).

Grandes cosas fermentaban en el alma orgullosa de Osuna. Conociendo la profunda aversion que existia en Nápoles entre los nobles y los plebeyos, prohibió á los primeros, desde su llegada, llamar á los segundos *canalla* (21); y condenó á muerte durante su gobierno á más de veinte y siete barones. Abolió una contribucion sobre el pan y otros impuestos onerosos al vulgo; cortó con su espada las cuerdas de la balanza que servia á un dependiente para pesar en el mercado las legumbres á fin de señalar lo que les correspondia pagar, diciendo que «los frutos de la tierra eran un don de Dios, y el premio de las fatigas del pobre.» En vista de esto, se comprende que los lazaroni le pusiesen en las nubes. Esto, sus inmensas riquezas y sus poderosas alianzas de parentesco «produjeron en él un gran deseo de reinar, no como ministro de un gran rey, sino como un soberano de un gran reino (22). Empezó, pues, á reunir tropas, aunque se estaba en completa paz, á asalariar franceses y walones, y á construir galeras. Fuéle preciso para esto gravar el pais con exacciones extraordinarias; recurrió á

---

(19) Son como casi todo lo que precede, palabras de Zazzera, adulador de Osuna al principio.

(20) Entre los muchos procesos de hechiceria, mencionaremos uno solo. La manceba de un clérigo confesó á éste un sortilegio de Victoria Mendoza contra el duque de Osuna, para que amase únicamente á ella y á su hija y yerno; en efecto, llegaron á tener gran favor y orgullo. Osuna, sabedor de lo que pasaba, se trasladó á casa de doña Victoria, y con el puñal en la mano, la obligó á confesar. Entonces él refirió todo á su mujer, atribuyendo tal descubrimiento á los ruegos de ella, la cual no cesaba de dar gracias á Dios de que hubiese destruido aquel encanto. Pero la acusada era hija del duque de Alcalá, mujer del duque de Uceda, y pariente de todos los grandes de España. Así Osuna (que la amaba) no pensó en castigarla, y lo que se hizo fué coger á muchas brujas, con sus maridos, y cumplir la ley respecto de ellas. ZAZZERA, *Governo del duca d'Ossuna.*

(21) La primera proclama que daban los vireyes, era una especie de programa indicando la marcha que pensaban seguir en su gobierno; y los pormenores á que descendian revelan las costumbres de la época. La del duque de Osuna, que cita Gregorio Letti, dice de esta manera:

«Entre los otros desórdenes que turban con frecuencia la paz del Estado, debemos contar el desprecio que se manifiesta por la nobleza á la plebe; desprecio que incita el odio de ésta hácia aquélla, no pudiendo menos la tranquilidad pública de experimentar algun perjuicio. Sabemos en particular que desagrada mucho al pueblo oir á algunos nobles y personas tituladas, servirse, al hablar del vulgo, de la palabra *canalla*. Intimamos, pues, á todos que cumplan con su deber; al vulgo que respete á la nobleza, honrándola como corresponde, y á ésta que se abstenga de despreciarlo...

»Como los eclesiásticos son en gran número en este reino, y con frecuencia los más de ellos, insinuándose y familiarizándose demasiado con los seglares, olvidan las obligaciones que les impone su carácter, muchos abusan hasta permitirse hablar en público con mucha petulancia y arrogancia de aquellos á quienes deben honrar y respetar, so pretexto de que tienen el derecho de censurar sus vicios; aunque no pretendemos arrebatarles este derecho, les hacemos saber, que no se desvien de su carácter, pues siendo tambien súbditos del rey nuestro señor, tendremos tambien especial cuidado de lo que les concierne, y haremos que sean respetados ó castigados segun la manera como se porten.»

(22) GREGORIO LETI en la *Vida* de este virey; libro que debe consultarse con cautela, como todas las obras de este charlatan.

empréstitos forzosos, se apoderó de los bienes de los comerciantes extranjeros, alojó en las casas de los particulares á los soldados, que robaban á mansalva hasta los ornamentos de las iglesias, y se alabó de haber aumentado las rentas en 1.100,000 ducados. Trató de entenderse con los potentados de Italia, quizá con Venecia, con los uscocos, con los turcos, de seguro con Francia (23), que parece no haberle prestado oidos, tal vez por temor de que su conducta fuese doble (24). Entre tanto dejaba conocer en todas sus acciones la ambicion de que se sentia animado: perdonaba reos de muerte, hacia limosnas y donativos, apoyaba la plebe contra los nobles, se atraia con halagos á Julio Genovino, elegido del pueblo, y hombre turbulento, que queria excitar tumultos á fin de degollar á los nobles ó de obtener para el pueblo igualdad de derecho, de modo que la corte, noticiosa de lo que pasaba, envió otro virey en su lugar. Cuando se le anunciaron, contestó: *Le recibiré al frente de veinte mil hombres*. Vióse, pues, obligado el cardenal Borgia á ocupar á Nápoles casi por sorpresa (25), y á reprimir con la fuerza á los malos súbditos, cuyo número habia dejado crecer su predecesor. Este, de vuelta en Madrid, fué acogido magníficamente por un gobierno débil ó corrompido; pero en cuanto se mudó de rey y de ministro, fué preso y no tardó en saberse que habia muerto de un ataque de apoplegia (1624).

Carlos Quinto habia prometido y jurado que ni él ni sus sucesores impondrian contribuciones al reino de las Dos-Sicilias sin consentimiento de la Santa Sede, autorizando al pueblo en el caso contrario para que tomase las armas. Sin embargo, no hubo virey en Nápoles que no estableciese impuestos cada vez más onerosos y fuera de razon. El conde de Monterey recaudó de gabelas particulares 44.000,000 de ducados, que empleó en su mayor parte en reclutar cincuenta y cuatro mil infantes y ocho mil caballos para el servicio de la España. El duque de Medina, que le sucedió, estableció unos 47.000,000; y decia al marcharse que habia dejado al reino de tal manera, que entre cuatro familias principales no podian hacer un buen guisado. Cuando fué reemplazado por el almirante de Castilla, pagaba el pueblo sólo por el interés de las gabelas 11.000,000 de escudos de oro, las que habian sido vendidas á noventa mil personas, de tal manera, que de aquella enorme suma no entraba un cuarto en las cajas del Estado. Exigió, sin embargo, nuevas tasas hasta llegar á 1.100,000 ducados, é hizo contribuir á los inquilinos, en atencion á que no quedaba otro recurso: resultaron de esto tales murmuraciones, que juzgó prudente suspender su recaudacion; pero «mofándose los ministros españoles de su timidez, le trataron de hombre de poco ánimo é incapaz de gobernar un convento de frailes (GIANNONE).»

No decimos nada de las exacciones cometidas por los gobernantes: el rey no tenia otra culpa que

---

(23) Lesdiguières decia á Angel Contarini, embajador de Venecia (véase su despacho de 4 de enero de 1620: «Habia proyectado un gran golpe, á saber, la empresa del duque de Osuna, cuando queria apoderarse de Nápoles. Yo fuí quien la fomentó, yo quien sugirió los medios para facilitarla: si el duque de Saboya le hubiese enviado, segun mis consejos, siete ú ocho mil infantes, y la república hubiera aceptado dos ó tres puertos en el Adriático, como el mismo duque de Osuna habia ofrecido dárselos, la cosa estaba hecha, en atencion á que bastaba obligarlo á declararse; pues esta declaracion la aseguraba todo, fijaba la volubilidad del duque de Osuna, confundia á los españoles, producia otras ideas, despertaba otros intereses, y favorecia admirablemente los progresos de Alemania.»

(24) La Francia tomó parte en muchas conspiraciones que tenian por objeto sublevar el reino de Nápoles; véase con respecto á esto á DARU, *Hist. de Venecia*, al fin del libro XXXI. El marqués de Saint-Chaumont, embajador del rey cristianísimo en Roma, habla extensamente de las tramas urdidas en favor de un señor italiano que no queria ser nombrado más que Richelieu, con el fin de emprender una expedicion contra Nápoles. «Esta expedicion, bajo cualquier concepto que se considere, seria ventajosa á Francia, aun cuando no fuera más que para dar qué hacer á sus enemigos en aquel pais; é impedirles que sacasen socorros y dinero con que conservar los demás Estados.» Esto pasaba en 1644; poco después el duque de Guisa intentó dos veces apoderarse de Nápoles. En 1652 el conde de Argenson, embajador en Venecia, escribia, que «con la ayuda de Dios, se trataba de arrancar repentinamente el reino de Nápoles á los españoles, y de conseguir que tuviese feliz éxito una conspiracion urdida hacia mucho tiempo.» En 1662 se hablaba aun de semejantes maquinaciones como tambien en 1676 y en los años sucesivos.

(25) En la correspondencia del agente del duque de Urbino antes citado, se lee lo que sigue con la fecha del 5 de junio de 1620: «El miércoles por la noche se dirigió hácia aquí el cardenal Borgia desde Prócida en una falúa, secretamente y acompañado de un corto número de personas, sin que lo supiese el duque de Osuna, á pesar de los obstáculos que oponia á su marcha y de los espías con que le tenia rodeado; y entró en Castelnuovo con.. Ayer por la mañana al clarear el dia, empezaron el mencionado castillo, las demás fortalezas y todas las galeras los disparos de artilleria de grueso y de pequeño calibre; el duque, que dormia á la sazon, se despertó al oir á un tiempo semejante tormenta de cañonazos... y pensó morir de dolor... Habiéndole dicho la duquesa, su esposa, hace cuatro noches, mientras cenaban, que lo mejor seria que dejase la entrada libre al cardenal y obedeciese la patente de S. M., el duque cogió una fuente de plata, y se la arrojó á la cara, causándole una herida. Es uno de los mayores locos que han gobernado este reino, y... se llevará consigo 200,000 ducados de oro, sin lo que ha disipado..» El 12 de junio escribia: «Lo mismo... sucedió tambien al cardenal de Granvela, el cual después de haber desempeñado el cargo de virey algunos años, empezando en 1570, fué reemplazado; y como no quisiese obedecer... tuvo don Iñigo de Mendoza, su sucesor, después de mostrar gran paciencia, que venir una noche y entrar de improviso en Castelnuovo.»

En el diario de Zezzera se refieren los acontecimientos con más extension, y merece leerse como testimonio interesantísimo del desórden y despotismo universal de aquella época.

el no impedirlas. Pero llegaban reyes y príncipes que era necesario festejar, y regalos que tenian que hacerse á los vireyes por su buena administracion. Vendíanse las tierras de los dominios, sometiéndose los hombres y las cosas á la servidumbre feudal. Sólo la ciudad de Nápoles se endeudó en 15.000,000 de ducados, cuyos intereses pagaba con exorbitantes derechos. Estableciόse el papel sellado que se usaba en España; tratóse tambien de imponer un sueldo por cabeza y diario á todos los napolitanos.

Exigiendo la guerra de la Valtelina, la de Génova, Mántua y Cataluña nuevos recursos, alistaban tanto á los malhechores como á los aldeanos, volviendo pocos á sus casas. Durante aquella época infestaban los turcos las costas, y los salteadores el interior de las tierras; los caballeros turbaban la tranquilidad de Nápoles con continuos duelos, y á veces con verdaderas batallas. Un dia, don Hipólito de Constanzo desafió á don José Caraffa por miserables motivos, y ambos adversarios salieron de la ciudad con quinientos hombres cada uno: si á esto se añade las terribles erupciones del Vesubio y los repetidos terremotos en la Calabria, se concebirá á qué deplorable estado se encontraba reducida la más hermosa parte de Italia. En vano se mandaban de diputados á sacerdotes y frailes, únicos que podian hablar á los reyes de la tierra en nombre del rey del cielo. Las necesidades de la guerra servian de pretexto y no se tenian en cuenta sus reclamaciones. Absurdas leyes de aduana incitaban al contrabando, que arruinaba á los honrados comerciantes; por otra parte, los criminales que se cogian, ó se perfeccionaban en el crímen en las cárceles, ó se veian reducidos á la miseria para comprar su libertad. Todo degradaba en las gabelas, su naturaleza, su sistema de recaudacion, el empleo que se les daba, pues no servian más que para enriquecer á los vireyes y á sus comitivas; así es, que muchas veces ellas y la detestable cualidad de la moneda habian sido motivo de graves sublevaciones. *El vil populacho* (26), creyendo tener el derecho de vivir, pretendia obtener el pan á un precio razonable, de aquellos que creia podian determinar su valor. Varias veces recurrió á las únicas razones que le quedaban, las vociferaciones y los ruegos. El gobierno le contestaba con las prisiones, la cuerda, el cadalso y «la rueda, segun costumbre alemana, después de haberlos atenaceado en carretas en los parajes públicos de la ciudad... Sus cadáveres se dividian en trozos, que se colgaban fuera de las murallas para servir de pasto á las aves de rapiña, y sus cabezas en las puertas más frecuentadas en jaulas de hierro.»

Ponce de Leon, duque de Arcos, envió al juez de la vicaria para exigir al pago á los concejos deudores (1646); pero aquel magistrado no encontrando siquiera cama donde acostarse, *no importa*, contestaba al que le hacia presente la miseria de los habitantes y la imposibilidad en que estaban de pagar: *que vendan el honor de sus mujeres é hijas y satisfagan sus deudas.*

Masaniello.—Colocado entre dos necesidades, la de dejar á los franceses, que habian ocupado ya á Porto Longone adquirir ventajas, y la de hacer morir de hambre al pueblo, prefirió el duque de Arcos el segundo partido (27). Habiendo forzado al pais á ofrecerle 1.000,000 de ducados para el sostenimiento de las tropas, recurrió á las gabelas para hacerle entrar en sus arcas. La gabela sobre la fruta era una de las más odiosas al *vil populacho*, bajo aquel clima en que el calor hace se busque con ardor, y la produzca la naturaleza con abundancia. Tenia la costumbre la juventud el dia de

---

(26) «*La vil plebe* que quiere hartarse sin cuidarse de la inclemencia del cielo ó de la esterilidad de la tierra, *viendo que le faltaba el pan*, comenzó á amotinarse, y á *perder el respeto* á los funcionarios que estaban encargados de las subsistencias.» GIANNONE, lib. XXXV, 5. El mismo autor refiere que habiéndose acercado un lazaroni al carruaje del cardenal Zacputa, gobernador entonces, con una *pagnotta* (pequeño pan) en la mano, le dijo: *Vea vuestra escelencia qué pan nos dan para comer*. Habiéndose sonreido el cardenal, el vulgo le dijo TEMERARIAMENTE en su cara: *No debeis reiros, escelencia, pues es cosa que hace llorar; y continuó profiriendo palabras* LLENAS DE INSOLENCIA.

De esta manera es cómo este escritor del siglo pasado entendia el liberalismo.

(27) Tenia más precision el cardenal Borgia, acerca del cual dice el ministro residente de Urbino: «Se guarda bien de esta canalla, que todo lo soporta, escepto la falta del pan; en llegando á este punto cesa de estimar la vida.» 28 de enero de 1622. Sin embargo, en la práctica parece no se acordaba de ello, pues el mismo residente escribia lo que sigue el 29 de abril: «El señor cardenal, queriendo ir el domingo próximo pasado á Poggioreale por pasatiempo, dejó su guardia de alemanes á la puerta de la ciudad por donde salió. Y cuando estuvo algo lejos, se le acercó un pobre con cuatro panes en las manos, y le dijo: *¡Ah! mirad, señor, qué pan tan malo comemos!* El señor cardenal le contestó: *Vé con Dios, jefe del pueblo.* El pobre le replicó osadamente que no era tal cosa; y su señoria ilustrísima mandó á sus lacayos que le prendiesen, como lo ejecutaron al momento. El pobre empezó á gritar: *¡Ah, Nápoles! ¡Nápoles!* y acudieron infinitas personas, en su mayor parte muchachos, apostrofando al señor cardenal con las voces de *Arlequin cornudo;* y con las piedras que hacian llover sobre los lacayos, consiguieron que el preso fuese puesto en libertad. Su señoria ilustrísima retrocedió á todo correr de los caballos, y los alemanes le acompañaron á su palacio.» El 6 de mayo escribia: «El miércoles por la tarde, yendo el señor cardenal virey en procesion... llevando consigo en la carroza al embajador católico, se presentó á su señoria ilustrísima un viejo con un pan en la mano, gritando: *Mirad lo que comemos, señor cardenal.* Le respondió que era un loco; y el viejo le dijo: *Si yo soy un loco, vos sois un arlequin cornudo.* Inmediatamente fué preso por la guardia de los alemanes, golpeado con los palos de las alabardas, y maltratado tanto, que el embajador se persignó

la Vírgen del Carmelo, de simular un ataque, bajo el mando de diferentes jefes, contra un castillo construido de madera en la plaza del Mercado. Uno de aquellos jefes era un tal Tomás Aniello de Amalfi (1647), *hombre muy vil* (28). Era un pescador, de edad de veinte y cinco años, reducido á la miseria por una multa á que habia sido condenada su mujer, porque los aduaneros la habian sorprendido con una media llena de harina que entraba de contrabando. Masaniello, como se le llamaba por abreviatura, armó una partida con palos y picas, desfiló con ella por delante del palacio, y para burlarse de los señores de la corte, les enseñaron lo que se tiene costumbre de ocultar. Otra vez, aprovechándose de un tumulto, producido por los empleados, que querian exigir la contribucion impuesta sobre los higos, Masaniello comenzó á gritar como se grita en Nápoles, tomando la defensa del vendedor de fruta contra los agentes de la hacienda, y dijo que no se debia ya pagar el derecho. El magistrado huyó, el pueblo se agolpó en derredor de Masaniello, y comenzó como siempre á incendiar los registros y las oficinas de recaudacion; después se dirigió al palacio del virey. Asustado éste con aquellas inmensas oleadas de pueblo y sus ruidosas vociferaciones, prometió abolir la gabela exigida. Pero se le pidió tambien lo mismo con respecto á la de las harinas y que restituyese por completo los privilegios de Cárlos Quinto; forzóse el palacio, huyó el gobernador, y desde el convento adonde se habia refugiado, concedió todo lo que se exigia de él, prometiendo una pension á Masaniello, á condicion de tranquilizar al pueblo. Negóse el pobre pescador á separarse de sus hermanos, y en el espacio de algunas horas, se hizo dueño de Nápoles; abrió las cárceles á los contrabandistas y deudores del Estado, abolió las gabelas, dejó incendiar las setenta casas de la hacienda con todos sus muebles, aunque reservando los retratos del rey, que hizo colocar en las esquinas de las calles con bujías encendidas, y obligó á todo el mundo á tomar las armas. Habiendo el duque de Maddaloni reunido una partida de bandidos, se adelantó con ellos á socorrer á la nobleza, por la cual hizo el virey asaltar á los lazaroni mientras que los entretenia con fingidas negociaciones. Envió tambien cinco asesinos contra Masaniello; pero el pueblo los degolló, y la sangre derramada incitó á derramar aun más; el mismo Masaniello se hizo feroz, y dejó al odio popular cebarse en los suplicios. Habia llegado el dia de la justicia del pueblo: ¡Muerte á los ladrones! ¡muerte á los que llevaban capa porque podian ocultar bajo ella pérfidas armas, muerte á los que no respetaban el retrato del rey y el de san Genaro! Las casas de juego eran otra de las pestes de Nápoles, y las tenian principalmente los nobles, la plebe les cayó encima y destruyó unos ciento.

Pidió el virey por mediacion del arzobispo Filamarino una entrevista á Masaniello. El jóven jefe del pueblo queria presentarse en ella sólo con los pantalones, y el gorro de pescador; pero llegando el cardenal á amenazarle hasta con la escomunion, le obligó á echarse sobre sus desnudos hombros un manto de brocado, y cubrirse con un sombrero á la española. Con este traje, que era la admiracion de los lazaroni, se dirigió á caballo el libertador á palacio con la espada, desenvainada en la mano, y en medio de los aplausos. Antes de entrar, aseguró á la muchedumbre que no habia obrado sino por el bien público. diciendo: *Tan pronto como os devuelva la libertad, volveré á mi oficio, sin pediros otra cosa que una* Ave Maria *en la hora de mi muerte.* Recibida la promesa de satisfacerle, continuó exhortándolos á no deponer las armas, sino después de haber obtenido lo que reclamaban, á desconfiar de los nobles y á incendiar el palacio si lo detenian mucho tiempo. El duque le hizo la acogida más cortés que puede sugerir el miedo y la perfidia. Comenzaron las conferencias, y como el pueblo temia que se hiciese violencia á su jefe, empezó á dar gritos amenazadores; mas habiéndose presentado Masaniello en el balcon, apenas se puso el dedo en la boca, cuando obtuvo un profundo silencio de cincuenta mil lazaroni, y les hizo volver á sus casas.

Concluido el tratado entre el virey y el «jefe del fidelísimo pueblo,» se leyó en la puerta de la catedral esplicándolo Masaniello á la multitud. Fué después jurado sobre los Evangelios y por la sangre de san Genaro, con la promesa el duque de Arcos de obtener la confirmacion del rey de España. En el discurso que pronunció Masaniello, mezcló locuras á sensateces, y queria en la misma iglesia quitarse los vestidos que le embarazaban para volver á ponerse sus pantalones de lazaroni. Al dia siguiente se le veia recorrer á Nápoles como un furioso, atropellando con su caballo á todo el que encontraba, maltratando á las personas, haciéndolas ahorcar y ahogando en el vino la poca razon que le quedaba. Hubo siempre en este hombre, de seguro, una mezcla, más bien estravagante que singular, de vanidad y honradez, de valor y pusilanimidad: «Escelencia, preguntaba al arzobispo, ¿me enrodarán? Escelencia, soy un gran pecador, y quiero confesarme. No pido nada para mí; y concluido este asunto volveré á vender pescado.»

---

cuatro veces; y á no ser el que intervino con el señor cardenal, hubiera acabado allí su vida el pobre viejo. Después el populacho comenzó á formar grupos y á gritar.» En otro lugar refiere que con motivo de estos insultos fueron reducidas á prision doscientas personas, de las cuales siete murieron en el patíbulo, y se demolieron sus casas, aunque sólo las tenian en alquiler. Los demás padecieron horriblemente á consecuencia de la aplicacion del tormento.

(28) Seguimos sirviéndonos siempre de las frases de Giannone, que las tiene muy políticas, pero tambien muy enérgicas, para los gobernadores y el gobierno siempre que su sano juicio se abre camino al través del respeto legal que profesa á la autoridad.

En el banquete que se dió en Pozzuoli, decia su mujer á la duquesa de Arcos: «Vos sois la reina de las damas nobles, yo de las del pueblo.» Durante su efímera dictadura, Masaniello habia erigido un tribunal en la plaza del mercado, en el que escuchaba las quejas; y con frecuencia juzgaba por la fisonomia. El cadalso estaba á su inmediacion, y ésta era la única pena que supo imponer en sus accesos de ferocidad. Así fué que cuando se le vió obrar como un furioso, se dijo, y tal vez con fundamento, que el virey habia conseguido, con ayuda de algun brevaje envenenado, estraviar su razon.

Las gentes sensatas se separaron de él, el pueblo, bajo le manifestó cada vez más interés; pero en fin, los sicarios consiguieron degollarle. El pueblo que la víspera le idolatraba, le arrastró por el fango. Al dia siguiente renació su amor hácia él; sintió lo que habia hecho, se entregó á ruidosas demostraciones, y le hizo exequias que nunca recibieron los reyes, pues fué llorado por ochenta mil ciudadanos. Tributáronle honores militares los mismos que le habian hecho matar. Cuarenta mil soldados con sus banderas enlutadas siguieron sus restos acompañados del clamoreo de las campanas y del estampido del cañon; todos los frailes celebraron misa por el descanso de su alma: refiérese que en el momento en que iba á ser puesto en el sepulcro, su cabeza, que habian vuelto á unir á su cuerpo, habló, y que alargó la mano para dar la bendicion á los asistentes. En el espacio de una semana fué, pues, Masaniello pescador, tribuno, rey, inmolado y santificado.

Sin embargo, la rebelion no se apaciguaba. El gobernador trató de eludir los privilegios concedidos por temor de aquel dictador de ocho dias. El pueblo pretendió que las concesiones no eran suficientemente claras: cuando fueron formuladas con menos laconismo, quiso otras; comenzó á declamar contra los españoles, á asesinar á los que encontraba; sitió al virey en el castillo Nuevo, y Francisco Foralto, príncipe de Massa, á quien se obligó á hacerse capitan del pueblo, obtuvo mejores condiciones, y las provincias pidieron lo que habia alcanzado la capital.

En este estado de cosas se presentó don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, delante de Nápoles; se capituló, el pueblo depuso las armas y festejó mucho á don Juan su libertador. Poco duró su error; pues apenas se le desarmó, cuando salieron las tropas en buen órden de los castillos, cuyo fuego asoló la ciudad (1647). El furor impulsó á los vendidos napolitanos á defenderse, lo cual impidió á los soldados hacerse dueños de ella enteramente. Entonces tuvo valor el duque de Arcos de reclamar la intervencion del cardenal Filamarino; pero indignado aquel prelado se la negó, al ver que se le habia querido convertir en instrumento de la matanza de su rebaño. Reunióse el pueblo. Los que propusieron apelar á la Francia fueron considerados como desleales, y sentenciados á muerte; el príncipe de Massa perdió la confianza pública, porque trató de conciliar los ánimos ó de dar largas al asunto. Mas pronto fué muerto, su cadáver se colgó de la horca, se presentó su corazon á su mujer, y se nombró capitan á un arcabucero llamado Genaro Anesio.

La nobleza se habia retirado al campo, y allí reuniendo tropas, interceptando los víveres, pronto redujo la ciudad á la última estremidad: pensaron entonces los habitantes en recurrir á aquella Francia tan detestada en otro tiempo, y cuyos embajadores en Nápoles habian atizado el incendio con objeto de inquietar á la España.

En aquel entonces se encontraba en Roma Enrique de Guisa, célebre por sus amorosas aventuras, y que, condenado como criminal de lesa majestad, y después absuelto, habia ido á tratar de hacer disolver su matrimonio, con objeto de casarse con una coqueta intrigante. Pescadores napolitanos que le encontraron creyeron ver en él el enviado de Dios. Aceptó el duque sus proposiciones, como descendiente de la casa de Anjú, y prometió todo lo que quisieron; no fueron menos pródigos los diputados de la *república real* de Nápoles en brillantes promesas, y aquel aventurero se puso en camino, y llegó á la capital del reino con una comitiva de veinte y dos personas, comprendiendo en ellas los diputados napolitanos y los criados, muy poco dinero tomado á crecido interés, y algunos barriles de pólvora. Llegó la alegria á su colmo; volvieron á tomar la ofensiva contra los españoles y rechazaron á la nobleza. Redobló el valor con el entusiasmo á vista de una escuadra francesa, y no se dudó que la Francia la enviase para establecer una república en Italia. La formaban veinte y nueve buques de guerra cargados de municiones, mandados por el duque de Richelieu, resobrino del cardenal. Es cierto que si hubiesen atacado á la escuadra española, desamparada como se encontraba, la hubieran derrotado; pero el duque no hizo más que desembarcar algunas municiones, y se volvió sin haber hecho nada, en atencion á que la intencion de la Francia no era comprometerse en una guerra.

Sin embargo, Enrique de Guisa se habia hecho proclamar duque de Nápoles, y habia esparcido la alegria por la ciudad por sus felices hechos de armas (29). Odiado de todos el duque de Arcos, amigos y enemigos, como causa de aquellos males, hizo dimision de su empleo, y don Juan de Austria

(29) Las memorias de Mme. de Motteville y las cartas que refiere nos demuestran qué héroe era el duque de Guisa. Habiendo sido encerrada su querida, la señorita Ponts, en un monasterio, para que no se le antojase ir á hacerse la reina en Italia, escribió Enrique de Guisa á Mazarino, quejándose de ello y del abandono en que le dejaba, añadia: «Me he engañado en mis esperanzas, y me aflige el que vuestra eminencia me retire su proteccion cuando más la necesito. He arriesgado mi vida en el mar, he reunido en un mismo partido á casi todas las provincias del

quedó dueño de algunos barrios de la ciudad, hasta que llego el conde de Oñate con el título de virey (1648). Habiendo atraido con astucia aquel señor al duque de Guisa fuera de las murallas, ocupó la ciudad. Genaro Anesio, que no podia sufrir con paciencia á Guisa como superior, al paso que éste no se cuidaba de tenerle por igual, entregó la llave de la gran torre (*torrione*), y resonaron los gritos de alegria como antes habian resonado las maldiciones. Restablecióse la tranquilidad, fué preso el duque de Guisa en su fuga y trasladado á España. De esta manera terminan las revoluciones cuando el valor y el furor no son dirigidos por la prudencia.

Poco después llegaron los socorros que Guisa habia pedido á Francia; pero ya se habia desvanecido el ardor. El duque Tomás de Saboya, que fué á probar fortuna, se vió obligado á retirarse, y los españoles lo tomaron por pretexto para vengarse. Hicieron caer la cabeza de Anesio, que sin embargo habia hecho traicion al pueblo en favor suyo, y ahorcaron á sus principales compañeros. Feroces venganzas ejerció el nuevo gobernador, conde de Oñate, imponiendo á muchas personas la muerte, la cárcel y la confiscacion. En fin, el mismo verdugo fué ahorcado, convicto de haber recibido dinero, para hacer sufrir más á los desgraciados que le entregaban.

Las gabelas habian sido abolidas por don Juan de Austria; ¡insensata medida que reducia á la miseria á noventa mil familias que vivian de ellas! Restableciéronse, pues, pero organizándolas mejor, y el fuego quedó como cubierto bajo las cenizas. Sin embargo, aun permanecian muchos nobles fugitivos ó desterrados: otros estaban muy irritados; por esta razon era por la que se solicitaba por todas partes que el duque de Guisa, que habia recobrado su libertad, volviese á la carga. Mazarino le dejó preparar una espedicion por su propia cuenta, prometiéndole asistirle en caso de que venciese. Habiéndose, pues, procurado dinero á cualquier precio, se dió á la vela (1754) desde las costas de Provenza con siete barcos de alto bordo, quince buques mercantes, seis galeras y seis tartanas; pero varios de sus buques se perdieron en la travesia. Aunque el virey se puso á la defensiva y prometió el perdon á todo el que se portase bien, el duque de Guisa desembarcó en Castellamare, y se hubiera apoderado de Nápoles si no hubiese obrado con tanta lentitud; pero falto de víveres, no viéndose secundado como lo esperaba, y blanco del odio de los aldeanos, que le era preciso despojar, tuvo que volverse á Francia con los que le quedaban. y la España echó de nuevo sobre aquel teatro su blasonado manto, forrado de una púrpura sangrienta.

Varios pintores tomaron parte en aquella revolucion y fueron víctimas de ella; otros la inmortalizaron con su pincel, como Salvator Rosa, Spartaro, Falconi, Francisco Francozano, que después intentó hacer otra, pero habiendo sido descubierto, en lugar de mandarle ahorcar el conde de Oñate, le hizo envenenar (1656).

Peste.—Aun no eran bastantes miserias para Nápoles; la peste que casi de continuo estuvo unida á las desgracias de aquel siglo, á la vez pomposo y desgraciado, se cebaba entonces en Cerdeña: como el virey de Nápoles continuaba sacando de aquel pais tropas para las *necesidades* de la guerra, llevaron consigo el contagio. En vano prohibió hablar de él y mandó á los médicos negasen que existia; el mal se estendió con el furor natural en una ciudad populosa y poco aseada. Millares de personas perecian diariamente, y los cadáveres que quedaban sin sepultura ocasionaban nuevas muertes. Opusiéronse al azote los mismos remedios que en Lombardia, á donde se habia introducido de la misma manera. Maldecia el pueblo á los españoles, á los que acusaba de ser autores del mal; pero, en lugar de imputarle, como era cierto, á su descuido, suponia en ellos una voluntad deliberada, diciendo que asalariaban á los envenenadores y magos, y que por esto era por lo que perecian más infelices que personas ricas: fueron, pues, muertas muchas personas por la muchedumbre, y otras precediendo las formas judiciales. Entre tanto la peste se estendia por las provincias; pasaba á Génova que habia preferido aquella terrible eventualidad á la interrupcion de los asuntos del comercio; y estallaba en Roma, donde tambien se creyó que procedia de los españoles, irritados de que el papa habia recibido al embajador portugués. De esta manera el pueblo atribuia el azote físico á aquellos que verdaderamente eran el azote moral del pais.

---

reino; he sostenido la guerra por espacio de cuatro meses, sin pólvora ni dinero, y he hecho entrar en la obediencia á un pueblo hambriento sin haber podido darle en todo este tiempo mas que dos dias pan. Cien veces me he escapado de la muerte que me amenazaba, ora con el veneno, ora con el puñal, todos me han vendido; mis mismos criados han sido los primeros que han causado mi ruina. La escuadra francesa no se ha presentado más que para arrebatarme todo mi crédito con el pueblo, y en su consecuencia los medios de conseguir la empresa. Pero lo que me es más doloroso es el disgusto causado á mi dama, haciéndola entrar en otro monasterio que aquel á donde yo le habia rogado retirarse. De esta manera me veo privado de la única recompensa de mis fatigas. Sin esto, poco me importaria la grandeza, la fortuna y hasta la vida; me abandono á la desesperacion, y renuncio á todo sentimiento de honor y de ambicion; no me queda otro deseo que morir, para no sobrevivir á un pesar que me hace perder la tranquilidad y la razon.»

CAPITULO XXXII

VENECIA.

Venecia se encontraba animada con otras ideas. Sus hermosos dias habian pasado, y ya no era temible al extranjero como en la época que resistia á la liga de Cambray; sin embargo, aun se hacia respetar en Oriente. Un tratado que hizo con Soliman (1521) le aseguraba la libertad de comercio, y el derecho de tener un bailío que se relevaba cada tres años en Constantinopla, mediante una suma de 10,000 ducados pagados anualmente por Chipre y 500 por Zante. Cuando vió que no podia contar con la ayuda de los cristianos, renovó su tratado de paz con el gran señor (1573), cediéndole Chipre y otros paises; ascendiendo á 1,500 ducados el tributo de Zante, pero libertándose con 8,000 pagados por una vez de toda dependencia respecto á Candia, á donde se dirigió Jacobo Foscarini con un poder dictatorial, y promulgó leyes.

Pero mientras que permanecia en guardia por una parte contra la Turquia, no podia fiarse del Austria, que la estrechaba por todas y amenazaba su existencia. Reducida, pues, á atender á su conservacion, viviendo del comercio y de la política, se dedicaba con prudencia á conservar el equilibrio, sobre todo en Italia. Oponíase, pues, á todo engrandecimiento de la España, que en cambio la detestaba cordialmente: aquel odio se aumentó aun más cuando vió á Venecia unirse á Enrique IV, que pidió ser inscrito en el libro de oro, en el que figuraron sus descendientes hasta el momento en que desterrado Luis XVIII, los borró por su propia mano, porque la espirante república le negó la hospitalidad.

Como si la naturaleza hubiese querido conjurarse como los hombres, una espantosa tempestad hizo naufragar en 1613 todos los buques que se encontraban en los puertos del Mediterráneo. A pesar de aquellos siniestros augurios, de la desventaja que resultaba en los cambios de direccion del comercio, Venecia era poderosa en el mar. En sólo el dia que Enrique VIII pasó observando el arsenal, se hizo, armó, botó al agua y equipó una galera; los dos primeros buques que el czar Pedro tuvo en el mar Negro se construyeron en Venecia, á donde envió á instruirse á sesenta oficiales jóvenes.

Venecia conservaba á los paises en que ejercia dominio sus privilegios y estatutos, y el tribunal de los Diez castigaba cualquiera violacion de los mismos. Enviaba á ellos corregidores y capitanes; el podestá presidia el consejo de los nobles que representaban á las ciudades, al paso que los representantes del territorio eran presididos por un capitan. Así las ciudades como los territorios tenian nuncios y patrocinadores en Venecia, y acostumbraban elegir un patrono entre los nobles. El pueblo vivia en Venecia contento: la señoria procuraba que reinase siempre la abundancia, y la industria estaba floreciente; el comercio con paises distantes se veia protegido, dejando complacidos y gananciosos á los que á él se dedicaban; las guerras no pesaban sobre los habitantes, pues se hacian á menudo por mercenarios y no turbaban el sosiego de la capital; la justicia se administraba con rapidez é igualdad, hiriendo tambien al noble quizá más rigurosamente; las clientelas atraian al rico el afecto del pobre, y las frecuentes fiestas divertian á todos.

La capital contaba en 1650 cerca de ciento cincuenta mil habitantes; su número se habia aumentado en una cuarta parte hácia los años de 1680. Sus rentas ascendian á 3.859,000 cequíes, y los gastos á 2.899,000 (1); y el 1.000,000 escendente se depositaba en una caja inviolable para atender á los casos estraordinarios que la malevolencia y la

(1) Informe de Bedmar.

ambicion hacian frecuentes. En la guerra de Chipre, el erario se habia encontrado en pérdida; y como se creyese que la culpa era de los Diez, se formó una conspiracion, y no obtuvieron votos para la junta, que en consecuencia quedó abolida (1583). Se confió el manejo de los caudales públicos á magistrados dependientes del senado, y se quitaron á los Diez las atribuciones relativas á cuentas, así como tambien las legislativas y políticas, dejándoles reducidos á constituir un tribunal supremo para los delitos de Estado, y ordinario para juzgar á los nobles.

El tribunal hacia pesar sobre el pais su misterioso poder y las denuncias, los secretos procedimientos impedian la seguridad del hombre honrado, la más preciosa de todas las propiedades. Partidas de espías regimentados escuchaban en las puertas y en el interior de las familias, para observar sus pasos y servir de instrumento á las pasiones. Notaron entre otras cosas que el senador Antonio Foscarini iba en secreto á casa del embajador de Francia: esto era de parte de un noble un crímen capital. Púsose, pues, preso el culpable, que confesó haber estado disfrazado de noche por aquella parte, pero para una cita con una dama por cuyo honor tenia que guardar silencio. Fué sentenciado á muerte, y poco después se conoció la verdad de su declaracion. Este hecho disminuyó el crédito que los Diez habian recobrado por el vigor que demostraron en las cuestiones con Roma (2).

Regnier Zeno hizo el cargo al dux Cornaro de que violaba la ley fundamental de 1473, dejando á su hijo revestirse con el traje del cardenal, y habiendo llegado á ser jefe del consejo de los Diez, le amonestó. Contestó el dux: empeñóse una lucha y resultaron dos partidos, los cornaristas y los zenistas: estos últimos representaban á los hombres de dinero y la clase media, inclinada á rebajar á la aristocracia y á disminuir la autoridad del consejo de los Diez. Cinco correctores elegidos para revisar las leyes de la república hicieron ver que los crímenes quedaban impunes, hasta el grado de haberse cometido en un año (1628) más en el territorio veneciano que en toda la Italia.

Ya hemos hablado (tomo VIII, pag. 169), de una ruidosa controversia con el papa, controversia en la que, aparentando Venecia representar las opiniones protestantes, se ponia en mayor oposicion con la España católica. Circulaba la noticia de que buscaba el apoyo de los herejes dándoles el suyo, y que mandaba á los reformados, en la guerra de los Treinta Años, dinero y municiones; lo que hacia decir al embajador español: *Aut Roma aut Carthago delenda est.*

Uscocos.—Llamábanse uscocos, es decir, en ilirio, fugitivos (3) los rayas que, sustrayéndose á los turcos habian abandonado la Croacia, la Albania y la Dalmacia, para refugiarse en las más inaccesibles costas. Un húngaro, señor de Clissa, fortaleza más arriba de Espalatro, habia acogido á cierto número de ellos, y desde allí caian sobre los otomanos, que concluyeron por arrojarlos. Segna (Zengh) situada en el golfo de Quarnero entre escollos inaccesibles á los buques de alto bordo, era pretendida por los húngaros y amenazada por los turcos: creyó, pues, el emperador no poder conservar aquella plaza sino instalando en ella á los uscocos. No podian vivir allí sino como corsarios, hábiles en navegar por entre aquellos islotes y bancos de arena; y no contentos con apresar los bajeles turcos, pronto persiguieron á los cristianos. Reforzados con todos los italianos y austriacos que deseaban ejercitar su valor y continuar sus desafueros, saquearon las ciudades de la Dalmacia, y se mofaban de los buques armados para destruirlos. Los turcos dirigian con este motivo amenazadoras quejas á Venecia, y Venecia las suyas al emperador, que hacia ahorcar á algunos de aquellos pícaros de cuando en cuando, pero sin ir más lejos, en atencion á que los uscocos sabian procurarse la impunidad enviando regalos á Viena. Añádase á esto que al emperador no le agradaba hacia mucho tiempo la arrogancia de los venecianos, que pretendia convertir el Adriático en propiedad suya, y reservarse los trasportes con exclusion de todos los demás, mientras que él sostenia que aquel mar debia ser libre para todos los que habitaban en sus costas.

Cansada la Puerta de quejarse en vano, declaró la guerra al Austria, que se dejó ayudar por aquellos foragidos, y que protegiéndoles abiertamente aumentó la audacia de sus asolaciones. La guerra se hizo de una manera atroz; y hubo bárbaras rivalidades de suplicios, encontrándose cada uno reducido á defenderse y hacerse justicia á sí mismo. Venecia, que carecia ya de seguridad en la nave-

---

(2) El consejo de los Diez enmendó en lo posible lo hecho con Antonio Foscarini, por medio del decreto de 10 de enero de 1622, que fué leido en el gran consejo; posteriormente se le puso en San Eustaquio la siguiente inscripcion:

ANTONIO FOSCARENO EQUITI BINIS LEGATIONIBUS AD ANGLIÆ GALLÆQUE REGES FUNCTO, FALSOQUE MAJESTATIS DAMNATO CALUMNIA JUDICIIDETECTA, HONOR SEPULCHRI ET FAMÆ INNOCENTIA VIRUM DECRETO RESTITUTA MDCXXII...

Marco Foscarini, reformador, en una arenga pronunciada en la correccion de 1761-62, decia: «Tengo por tradicion doméstica la grata y tierna memoria de aquel dia 16 de enero de 1622, en que se declaró solemnemente en el gran consejo, y pasó nota á todas las córtes, comunicándolas la trágica aventura acaecida por la noche á un ciudadano, que habia desempeñado las primeras dignidades de la patria. Entonces fué cuando mi pobre casa recibió las visitas de infinitos nobles que acudieron á manifestar sentimientos mezclados de lágrimas y consuelos, etc.

(3) *Uscock*, literalmente quiere decir, el que ha saltado dentro, es decir, penetrado en el campo de asilo; el desterrado que ha encontrado una patria.

gacion, viéndose atacada por la Puerta, entró en el Friul austriaco, sitió á Gradisca, destruyó en la costa algunas aldeas guaridas de piratas, y se unió a las Provincias Unidas y al duque de Montferrato. Entonces don Pedro de Toledo, gobernador del Milanesado, ocupó á Verceli; el duque de Osuna adelantó sus galeras por el Adriático; y glorioso con haberse apoderado de algunos buques venecianos, tomó por enseña al caballo con estas palabras: *Victorioso en el mar y en la tierra.* La paz de París concluyó las hostilidades (1617), mediante la restitucion de las ciudades cogidas al Austria, que reprimió entonces á los uscocos. Hubiera debido por su parte restituir tambien aquello de que se habia apoderado, y pagar una fuerte indemnizacion; pero de dia en dia dilataba la restitucion, quejándose tambien de que don Pedro de Toledo y el duque de Osuna se negaban á devolver Verceli y las galeras capturadas, y licenciar sus tropas.

Conjuracion de Bedmar.—En este estado de cosas, el consejo de los Diez hizo poner presos y sentenciar á muerte á varios extranjeros (1618): ignórase el motivo: el pueblo, en medio de las tinieblas que rodeaban aquellos misteriosos procedimientos, repetia en todas partes que se habian preso y ejecutado á centenares de personas; que se habia descubierto una conspiracion que tenia por objeto incendiar á Venecia y destruir la república; que una parte de la nobleza estaba en ella, y que como el embajador de España, Alfonso de la Cueva, marqués de Bedmar, habia abandonado la ciudad en aquella época, era presumible fuese autor de aquella trama. Pero no hay en todo esto más que conjeturas inciertas, tanto más, cuanto que las relaciones amigables continuaron con la España, y el gobierno no publicó ningun dato: solamente mandó dar gracias á Dios por haber salvado á la república.

Los historiadores adoptaron relaciones inventadas por la imaginacion, principalmente el abate de San Rafeal, escritor tan agradable como infiel, que compuso una pequeña novela. Segun él, el duque de Osuna habia organizado una conspiracion para aniquilar á Venecia, incendiarla, asesinar al dux y á los senadores, y ocupar la tierra firme. Para el efecto habia entrado en inteligencias con varios franceses, con don Pedro de Toledo y con Bedmar; pero en el momento en que la conspiracion iba á estallar, la casualidad ó la traicion la hizo abortar. No fué posible á los críticos que le sucedieron ilustrar positivamente los hechos por el secreto con que se rodeaba aquella república. Parece de todos modos que se trataba, en efecto, de una conspiracion urdida por algunos soldados mercenarios licenciados del servicio de Francia, al concluirse las guerras civiles, y que habian entrado al de Venecia, principalmente por un normando llamado Jacobo Pedro, hombre de valor y corsario de gran esperiencia: aquellas gentes, para reclutar compañeros, anunciarian en efecto socorros de la España; pero descubierto desde su orígen su proyecto, sólo pocas personas fueron castigadas con la pena de muerte (4).

¿Pero encontrábase verdaderamente la España complicada en aquel asunto? Repetimos que los gobiernos de entonces escuchaban y asistian voluntariamente á todo el que trataba de causar daño á sus enemigos. Ahora bien, parece probado que el apoyo de la España con que los conjurados se creian fuertes no era una pura jactancia de su parte. Hemos visto al duque de Osuna buscar todos los medios de perjudicar á Venecia, y usar de efugios para libertarse de las obligaciones del tratado de paz; hasta dejaba de conocer la intencion de arruinar pronto á aquella república: ¿pero era por aquellos medios? esto es lo que no nos atrevemos á afirmar (5).

---

(4) Esta es la idea que se forma si se lee á RANKE: *Ueber die Werschwörung gegen Venedig in jahr;* 1618; Berlin, 1832. Este autor refuta de una manera invencible á Daru, que, por el contrario, supone que Venecia estaba de acuerdo con el duque de Osuna, cuya intencion era hacerse rey. Pero que habiendo sido descubiertos sus designios, habia degollado por su seguridad, tanto á los engañadores como á los engañados, y sepultado á centenares en sus canales á los testigos de su deslealtad. Botta se espresa en estos términos: «Más de quinientas personas fueron ejecutadas, inmensa carniceria, DIGNA de una inmensa traicion.» Se manifiesta, sin embargo, constante panegirista de Venecia.

(5) En la correspondencia de los agentes del duque de Urbino en Nápoles, publicada en el *Archivio Storico*, t. X, página 229, se lee con fecha 14 de abril de 1617: «En atencion á que las cosas que están pasando pertenecen más ó menos á V. A. S., si bien es peligroso escribir acerca de ellas, no debo guardar silencio. Se armaron aquí ocho barcos, entre galeones y bergantines, sin saberse el objeto; pero luego se ha sabido por el mismo duque de Osuna que habia sido para enviarlos al golfo contra los venecianos. Con un fin idéntico se acaban de armar otros cuatro, y S. E. ha tomado prestada á la ciudad la artilleria que se conservaba en San Lorenzo. Habiéndose quejado el papa de semejante armamento, se dice que S. E. le ha escrito que los venecianos merecen esto por sus muchas culpas, con otras palabras. Se están fabricando diez barcas largas y chatas para entregarlas á los uscocos, los cuales prometen apoderarse de Venecia é incendiar su arsenal. Se ha concedido á los mismos uscocos por edicto público el que puedan hacer escala en todos los puertos y ciudades marítimas de este reino: de modo que no faltarán desastres en los mares.» Una carta de Dolisti al duque de Toscana, con fecha 8 de enero de 1618, refiere que Osuna, hallándose á la mesa con muchos barones, se jactó de que *haria entrar en su deber* á los venecianos.

CAPÍTULO XXXIII

SABOYA.—LA VALTELINA.—GENOVA.—SUCESION DE MANTUA.

Saboya.—Mientras que el resto de Italia declinaba cada dia más, formábase al pié de los Alpes un Estado destinado á impedir que el nombre italiano llegase á perecer. La Saboya contigua á la Francia y semejante á ella por sus instituciones civiles y políticas, conocia que le faltaba en parte aquella independencia necesaria á un pais para vivir con su vida propia, y aspiraba á obtenerla. El ducado de Saboya, el principado del Piamonte con el condado de Niza, la soberania del marquesado de Saluces, de Ginebra y del pais del Vaud, Bresse, Bugey, el pais de Gex, y el marquesado de Montferrato constituian la herencia de los descendientes de Humberto, el de las blancas manos.

Colocados entre las grandes potencias con un territorio fraccionado, aquellos príncipes tuvieron que dedicarse á redondearle con una incesante actividad, y procurar aumentar sus fuerzas militares que guiaban en persona. Mostrábanse respetuosos para con el emperador de Alemania, con objeto de obtener privilegios cuando se viese obligado por la necesidad; las rivalidades de los diferentes Estados limítrofes eran para ellos una ocasion de alianza ó pequeñas guerras, emprendidas siempre en provecho de su engrandecimiento, como tambien los vínculos de parentesco que encontraban medio de contraer.

Cuando Amadeo VIII, que fué el primero que obtuvo el título de duque, fijó la sucesion por orden de primogenitura prohibiendo que sus Estados se dividiesen, se retiró al castillo de Ripaille; su hijo Luis le sucedió en el gobierno. Licencioso al principio, una escesiva gordura le hizo indolente; lo cual le obligó á recurrir á la onerosa y deshonrosa proteccion de Luis XI.

Su sucesor Amadeo IX (1465), entregado á la devocion, dejó á otros los cuidados terrestres, y recomendaba al morir observar la justicia.

Yolanda de Francia, que gobernaba ya en vida suya (1472), permaneció al frente de los negocios como tutora de Filiberto I, á despecho de sus cuñados. El edicto de Moncalieri (1475) cambió el derecho feudal de la Saboya, declarando inajenables los feudos. La muerte de Yolanda acaeció poco después de la de su hijo mayor (1482): Cárlos I, su segundo hijo, bajó al sepulcro á la edad de 21 años (1489); Cárlos II se mató cayéndose de su cuna (1496).

Apenas permaneció diez y ocho meses á la cabeza del ducado, su tio Filiberto Sin-Tierra (1497). Sucedióle Filiberto II, apellidado el Hermoso, que se señaló en las guerras de Italia contra los franceses. Después de él, su hermano Cárlos III, llamado el Bueno (1504), reinó cincuenta años con poca dicha, pues Berna le arrebató el Chablais, el pais de Vaud, Ginebra y Gex, y Francisco I de Francia sus demás posesiones, porque se habia mostrado favorable á Cárlos Quinto, de quien fué abandonado cuando la paz de Crespy (1544), y que por envidia de su engrandecimiento habia permitido que en 1538 Federico II, duque de Mantua, adquiriese en herencia el Monferrato.

Manuel Filiberto, 1553.—Manuel Filiberto, Cabeza de hierro, repuso los asuntos de su casa; y después de haber contribuido con su valor á la batalla de San Quintin, hubiera podido apoderarse de París si Felipe II hubiese sido menos tímido. La paz de Cateau Cambresis le devolvió sus Estados (1559), escepto el marquesado de Saluces. Con el tratado de Lausana cedió á Berna el pais de Vaud (1561), en cambio de todo el territorio que habia ocupado al Mediodia de Lausana y del Rhin. De esta manera Ginebra, que la reforma habia sustraido á la soberania de la Saboya, se encontraba de nuevo espuesta á sufrir la ley de Manuel Filiberto, que se ligó contra ella con la Fran-

cia; pero Berna y Soleure trataron con Enrique III para asegurar la independencia de aquella ciudad (1579).

A comenzar desde su reinado, la Saboya une su destino al de la Italia. Conociendo que las armas son necesarias en un pais que debe constituirse, fortificó á Susa, Mondovi, Turin, Verceli, Burgo, Bresse y Montmeliano. Instituyó milicias que proporcionaba cada concejo, se ejercitaban en épocas determinadas y eran halagadas por medio de privilegios; los feudatarios estaban obligados á proporcionar caballos. De esta manera se procuró el duque un ejército de treinta mil hombres, escluyendo á los extranjeros; tuvo una escuadra en Villafranca (1572); restableció la orden de San Mauricio y Lázaro, instituida por Amadeo VIII, con la obligacion de sostener tres galeras contra los turcos, y se reservó el título de gran maestre que debia pasar á sus sucesores. Robustecido así su gobierno, pudo intervenir en todas las cuestiones de la época; la Francia le necesitó en las guerras de religion, y la España para defender el Milanesado.

Pero el pais se encontraba interiormente despoblado, pues apenas se contaban en él ciento cincuenta mil hombres por la parte meridional de los Alpes, y aun éstos, escepto los habitantes de Niza, eran pobres y sin ánimo para el trabajo: en todas partes odios entre güelfos y gibelinos (1), saboyanos y piamonteses, nobles y plebeyos, protestantes y católicos. Concluir las diferencias hubiera sido una cosa imposible; pero Filiberto Manuel recurrió á medidas superiores á semejantes divisiones. Tenia que gobernar un pais acostumbrado al gobierno monárquico y en el que era bien recibido el príncipe nacional, después de la sanguinaria dominacion de los extranjeros, tanto más olvidando como olvidó los motivos de venganza. En su consecuencia, los pueblos que al principio se inclinaban á la Francia, aprendieron á estimar á aquel que los libertaba del yugo extranjero. Abolió las asambleas de los Estados Generales que hubieran puesto trabas á la monarquia que creó. Estableció en Cariñan un senado con arreglo al modelo de los parlamentos franceses, y continuó lo que Brissac habia emprendido en interés del comercio y de la agricultura. Estableció la universidad de Mondovi, y llamó á Anibal Caro, para desempeñar el empleo de secretario suyo. Un dicho profundo ha salido de boca de aquel príncipe: «el que ha recibido una injuria, muchas veces la perdona; el que la ha hecho, nunca.»

Carlos Manuel.—De esta manera preparó el reinado de Carlos Manuel I, que mereció el sobrenombre de Grande (1580). Aunque casado con la infanta Catalina, hija de Felipe II, aquel príncipe hizo alianza con Enrique IV, y obtuvo de él, en cambio del Bugey, del Valromey, de Gex y de las orillas del Ródano, desde Ginebra á Lyon, el marquesado de Saluces (1601), que con la estincion de la familia de este nombre habia vuelto á recaer en la Francia como llave de la Italia.

Endeble de cuerpo, grande de corazon, fundó iglesias y hospitales, así como tambien fortalezas y galerias. Instruido en las letras y en las ciencias, las protegia, y él mismo escribió los *Paralelos* entre los grandes hombres antiguos y modernos, como tambien el *Gran Heraldo*, compilacion de escudos de armas. El *Iconocosme*, ó Historia del mundo, fué emprendido por órden suya. Alejandro Tassoni, á quien hizo una benévola acogida, da sobre su corte todos los detalles siguientes: «Comia rodeado de cincuenta ó sesenta obispos, caballeros, matemáticos, médicos y literatos, con los cuales hablaba sobre diferentes asuntos, segun la profesion de cada uno, y de seguro con un tino y una vivacidad de talento admirable: en efecto, ya se tratase de historia ó de poesia, de medicina ó de astronomia, de alquimia, de guerra ó de otra cualquier ciencia, discutia sobre todo con mucha sensatez y en cualquier idioma.»

Unia á un gran valor, una política muy hábil: sabia lo que se urdia en cualquier gabinete; así era que se decia que su corazon estaba cubierto de abismos como su pais. Afectó el presentarse al gobernador de Córdoba con un traje espresivo, que consistia en una casaca sin revés, que le sentaba bien de cualquier manera que se la pusiese. Madurando en su imaginacion proyectos muy superiores á los medios, habia tratado de hacerse elegir rey de Francia; después de la muerte de Enrique III, llegó á casarse con la viuda de Enrique IV con objeto de llegar á ser árbitro de aquel reino. Más tarde, tomó el título de rey de Chipre, á pesar de la oposicion de los venecianos, aunque aquella isla estaba ya hacia algun tiempo en poder de los turcos.

Entraba en los proyectos de Enrique IV reunir en un sólo reino la Saboya y la Lombardia (1601), con objeto de entregar la custodia de los Alpes á un poderoso Estado. Así fué que cuando aquel terrible rival del Austria cayó bajo el cuchillo de Ravaillac, el duque de Saboya, que habia aspirado á la corona de hierro, se vió obligado á pedir perdon á la España, que persistiendo en su odio, trató de destronarle para sustituirle su hijo.

Carlos Manuel, que de continuo sentia la pérdida de Ginebra, dirigió contra aquella ciudad un audaz golpe, y trató de apoderarse de ella esca-

(1) Baldu, embajador veneciano, escribia lo siguiente en 1561: «Existen muchas causas de alteraciones y divisiones entre los súbditos de su alteza; por ejemplo, las antiguas parcialidades güelfa y gibelina que aun reinan en algunos puntos. De una de ellas es jefe el señor de Racconigi, esto es, de la güelfa, de la gibelina el señor de Masino; puede decirse que de ambos personajes dependen casi todos los nobles del Piamonte. Digo que reinan aun estas facciones, porque además de los informes que he recibido, me he encontrado á la entrada de su alteza en Mondovi, donde estuvieron próximos á hacerse pedazos dos mil hombres por esta causa.» Véase tambien la hermosísima relacion del embajador veneciano Juan Francisco Morosini en 1570.

lándola: ya doscientos de los suyos habian penetrado en la plaza cuando fueron descubiertos y muertos (1612). Este fué el último ensayo de conquista que intentó del otro lado de los Alpes. Los duques reconocieron que debian buscar su grandeza en Italia, y que quedaria asegurada cuando tuviesen un pié en el mar. En su consecuencia dirigió Carlos sus miradas sobre Génova, aguardando el momento favorable para apoderarse de su territorio.

Valtelina.—En este estado de cosas la Valtelina habia sido para la Italia una causa de nuevas agitaciones. Ya hemos visto (tomo VIII, pág. 78) que avasallados los habitantes de aquel territorio á los grisones, protestantes y atacados en su religion, se habian sublevado contra ellos asesinándolos, resultando de esto la guerra. Situada como lo está entre la Lombardia y el Tirol por una parte, entre los grisones y los venecianos por otra, era objeto de envidia y celos para todos sus vecinos; pronto se convirtió en la «Elena de una nueva iliada.» El gobernador de Milan, que probablemente la habia escitado á sublevarse, le ayudaba entonces, pero tan débilmente, que no impidió á los grisones el recobrarla; tanto más, cuanto que divididos estos últimos entre dos partidos extranjeros, la faccion española habia vencido á su rival. Habiéndose unido los mismos españoles á los imperiales, habian invadido el pais de los grisones para asegurarse allí su triunfo. Pero no tardaron los vencidos en reponerse, y arrojaron á los austriacos que no pudieron degollar. Estos volvieron á la carga, y si hubieran podido tambien instalarse en la Retia, era perdida la Italia. Pero Venecia hizo conocer á la Francia el peligro que habria en dejar la Valtelina á los austriacos, que uniendo sus posesiones de Alemania á las de Italia, tendrian siempre el paso libre á la Península. La Saboya y el papa abundaban en el mismo sentido; en su consecuencia, el rey cristianísimo reclamó contra la usurpacion de los españoles. Viendo que no tenian en cuenta sus reclamaciones, envió al marqués de Cœuvres al país de los Grisones y á la Valtelina, quedando ésta ensangrentada, como tambien las orillas del lago de Como, con encarnizados combates.

Carlos Manuel aconsejaba á la Francia (1625) dividir las fuerzas españolas por medio de una diversion, invadir el Milanesado por el Piamonte, hasta ocupar tambien el Estado de Génova, y dividirle entre sí, devolviendo de esta manera injusticia por injusticia.

Génova.— Después de la conjuracion de Fiesco (tomo VII, pág. 489), la ley de Garibetto habia coartado en Génova la libertad de agregar los plebeyos á las casas de los nobles (*casati*), ó como se decia á los alojamientos (*alberghi*); pero no habia destruido los odios entre los antiguos nobles y los ciudadanos ennoblecidos (1547). Los primeros, llamados del *pórtico de San Lucas*, que estaban unidos entre sí por el préstamo hecho á España, y por este motivo á esta potencia, al paso que los demás nuevamente admitidos y llamados por esto del *pórtico de San Pedro*, se inclinaban á la Francia, querian que los nuevamente elegidos fuesen admisibles, sin restricciones á tener parte en las casas nobles, y ayudaban á los rebeldes de la Córcega.

Felipe II habia favorecido á los genoveses con la constante esperanza de asegurar su tirania en Italia, adquiriendo el territorio liguriano. Era alentado por el duque de Toscana, que se lisonjeaba de obtener una parte en él. Ahora bien, don Juan de Austria, que mandaba la escuadra, concibió el proyecto de apoderarse de Génova ayudado por los antiguos nobles, y tal vez con la idea de formarse un principado aparte (1571). Pero la nueva nobleza sublevó al pueblo; el papa, por su parte, se manifestó dispuesto á gastar millones para oponerse á aquella conspiracion: en su consecuencia, los antiguos nobles fueron espulsados, y aunque resueltos á volver á su patria hasta á precio de su libertad, no encontraron por otra parte de la España los socorros que habian esperado. Gregorio XIII, que se unió al emperador para verificar la paz (1576), hizo reformar el estatuto genovés y llamar á los desterrados. Aboliéronse los dos nombres de San Lucas y San Pedro, para no dejar subsistir más que la designacion comun de nobles á todos los que tomaban parte en el gobierno. Estos debieron además recobrar sus nombres propios de familia y renunciar al de los alojamientos á que pertenecian. En fin, reorganizado el gobierno, se compuso de doce gobernadores y de otro de ocho procuradores, de un gran consejo de cuatrocientos miembros y de uno pequeño de ciento, elegido del primero. Bartolomé Coronato, que durante aquellas turbulencias habia ejercido la tirania, aspiró entonces á ella por medio de las conjuraciones, y fué condenado á pena capital.

Además de una cincuentena de tierras de la ribera de Génova, que habian permanecido feudos imperiales inmediatos, y que se llamaban las Langhe; la casa del Carretto habia conservado en el golfo la ciudad de Finale (1590), que era tambien un feudo del Imperio; pero como continuamente resultaban dificultades con Génova, resolvio venderla á la España (1613), y aquella ciudad quedó reunida al ducado de Milan. Ahora bien, Génova la compró de nuevo al emperador en doscientas mil monedas de á cinco libras genovesas; pero aumentando sus pequeños feudos, la república se preparaba un motivo de guerras. El duque de Saboya habia comprado á Escipion del Carretto el marquesado de Zuccarellio (1568), feudo que se disputaban Génova y el emperador. Pero habiendo anulado la venta el monarca y confiscado el feudo, Génova se lo compró (1621). Irritado Cárlos Manuel, pidió socorro á la Francia, y se entendió con el condestable de Lesdiguières para conquistar y dividir el Milanesado, Monferrato, Córcega y el Genovesado. La ciudad de Génova con las cos-

tas de Levante del golfo debia permanecer de la Francia (1624), para abrirle paso al Milanesado y á la Toscana, y las de Poniente, pertenecer á la Saboya. Los armamentos de ambos Estados revelaron aquel tratado secreto. Génova, en el momento del peligro, recurrió á España, y fortificándose lo mejor que pudo, consiguió hacer convertir esta tentativa en humo. Al mismo tiempo la Francia, sin dar parte al duque, á Venecia ni al papa, hizo con la España la paz de Monzon (1626) (2). Segun los términos de aquel tratado, se restituia la Valtelina á los grisones bajo ciertas condiciones, de las cuales varias eran favorables á la religion católica; y las diferencias entre la Saboya y Génova se sujetaban á la decision de árbitros.

No pudo menos de irritarse Cárlos Manuel con este modo de obrar; y mientras que el abate Alejandro Scaglia, su ministro, se mezclaba en todas las intrigas de Richelieu, resucitaba en Génova las facciones de los antiguos nobles y de los nuevos: no vacilando en unirse á personas notadas por poca honradez para conseguir sus tramas, incitó á un sanguinario ladron llamado Julio César Vachero, enriquecido con tráficos poco leales y con el juego de dados, á intentar una revolucion. Segun los términos del estatuto de 1576, debian entrar todos los años diez plebeyos en la clase de los nobles; pero eligiendo el senado á celibatos, á ancianos ó á personas pobres, eludia la concesion. Vachero, que á pesar de su notoria infamia, era de los que más gritaban y de los más asiduos en los círculos de la plaza de las Blancas, donde se hacia la oposicion á todos los actos del consejo y á cada sentencia de los tribunales (3), no podia sufrir el verse sometido á aquellos patricios á quienes creia exceder en mérito; por lo tanto distribuyó dinero y organizó una conjuracion, cuyo objeto era atacar al senado, asesinar á los ciudadanos inscritos en el libro de Oro, devolver al pueblo la libertad, las magistraturas y los honores, hacer él mismo elegir dux y reformar la constitucion. Pero habiendo sido descubierta la trama por una traicion, fué preso y ahorcado (1628), á pesar de la proteccion del duque de Saboya, que arrojando la máscara, llegó hasta amenazar á los genoveses con represalias.

Tuvo entonces que sujetarse el duque á ambicionar á Génova, que por fin conservó á Zucarello (1631), pagándole una suma de 160,000 escudos de oro. Durante la larga paz que se siguió, fué rodeada de un cuarto recinto de murallas, que comprendiendo un espacio de ocho millas, se extiende desde el Faro hasta el valle de Bisagno, y llega á coronar la cresta de los montes. Trató de sujetar á los corsarios que infestaban sus costas; disminuyó el poder de la inquisicion, y así como llevaba las reliquias de san Juan Bautista á la costa para tranquilizar las tempestades, se esforzaba en mantenerse en paz con las potencias que fomentaban en su seno las facciones, con el objeto de humillarla y perderla; y además hacia lo posible por permanecer neutral en medio de las pretensiones y guerras acaecidas entre la Francia, la España y el Imperio.

El grito de los corsos era: *¡Antes los turcos que los genoveses!* Habiéndose puesto Pedro de Ornano á la cabeza de los rebeldes, recurrió toda la Europa en busca de socorros; hasta trató con Soliman y con los piratas argelinos, pero Génova le hizo asesinar (1569), y la isla se vió de nuevo reducida á tascar su freno.

Sucesion de Mantua.—Tenemos que referir ahora nuevos desastres. Los Gonzagas, señores de Mantua y de Guastalla (4), habian adquirido, peleando con valor en los ejércitos imperiales, el poder tiranizar á sus súbditos; y Cárlos Quinto en recompensa de sus servicios (1530), habia erigido su pais en ducado, al cual reunió el Monferrato (1533). La heredera de los Paleólogos, marquesa de este último pais, habia contraido matrimonio con Federico II de Gonzaga; y un hijo segundo, descendiente de este matrimonio, habia llegado á ser, por su union con Enriqueta de Cleveris, el tronco de la rama Gonzaga de Nevers y Rethel, en Francia. Francisco IV, de Mantua, casado con Margarita de Saboya, hija de Cárlos Manuel, murió, sin dejar más que una hija de edad de tres años llamada Maria. El cardenal Fernando, su tio, se hizo cargo de su tutela, y después hasta del título de duque de Mantua y de Monferrato. Ahora bien, Cárlos

(2) El mariscal de Crequi escribia á Luis XIII: «El duque de Saboya acusa al señor condestable de no haber querido dejar apoderarse de la ciudad de Génova, porque sostenia inteligencias secretas con los principales magistrados. No ocultaré á V. M. que podíamos hacernos dueños de Génova, pero no se ha creido que lo exigiese el servicio de V. M. El señor duque de Saboya hubiera entrado en posesion de la ciudad y querido conservarla para sí. Si V. M. quiere emprender una guerra ventajosa en Italia, enviad, señor, al mando de uno de vuestros buenos generales un numeroso y superior ejército al de Saboya, de modo que podais imponer la ley al señor duque y no pretender él disponer de todo á su antojo.»

(3) DellaTorre, narrador contemporáneo de la conjuracion, dice: «No pocas veces atendió más el senado en sus deliberaciones, á lo que sentiria y diria la plaza de las Blancas, que á lo que requerian los principios de buena administracion; y temeroso el senador de que le faltara el aura favorable que le condujese á aquella dignidad, perdia la libertad de hablar, y dilataba la resolucion de la cuestion pendiente.»

(4) Luchino Visconti adquirió á Guastalla en el Milanesado, y Juan Maria Visconti se la dió en feudo á Guido Torello (1406). De una rama de aquella familia, que dominó en Montechiarugolo, descendiente de los Farnesios, se derivaron los Torelli de Francia y los Ciolek Poniatowski, á los cuales pertenecia el último rey de Polonia. La otra rama soberana de Guastalla, concluyó en 1522, y Luisa Torello, que fué la única que sobrevivió, habiendo vendido el condado á Fernando Gonzaga de Mántua, fundó en Milan las ramas de la Guastalla (1534).

Manuel alegaba antiguos derechos de su casa al Monferrato, además de pretenderle como feudo femenino perteneciente á su nieta, con un enorme aumento por via de dote y compensacion.

El hecho es que ambicionaba la posesion de aquella fértil provincia, dueña del Pó y á dos pasos de Turin; pero los españoles se la disputaban por estar próxima á Milan, y peligrosa en manos de un príncipe guerrero por la importante ciudadela de Casal. Aunque todos los hombres prudentes aconsejaron á Cárlos no intentase una empresa que debia trastornar toda la Italia é irritar contra él á la Francia y á la España, se obstinó en ello. Sin consideracion á los demás, y sin temor por sí mismo, amenazaba y proclamaba en alta voz su intencion de asegurar la libertad de la Italia, cuyo único sosten en adelante era él (5). No habiendo, pues, producido nada las negociaciones con la España, y habiéndole mandado *obedecer* el duque de Lerma, invadió el Monferrato.

Entonces hizo la España atacar el Piamonte por el gobernador de Milan; la Toscana y la Francia se declararon en favor del cardenal Fernando, y en vano se esforzaron Venecia y el papa en triunfar de las tenaces resoluciones de Cárlos Manuel. Su hijo Filiberto desembarcó como almirante de España, mandando las tropas destinadas á marchar contra su padre; sus parientes de la casa de Nemours tomaron tambien las armas contra él, pues la España era hábil para herir en el corazon. Pero no menos intrépido Cárlos que obstinado, lisonjeó á los unos haciendo resonar en sus oidos el gran nombre de Italia; indispuso á los demás ayudado de la envidia y de la avaricia; todo lo puso por obra, y concluyó por atraer á los franceses á su partido.

Acaecia esto en la época de la guerra contra los uscocos: reunidos la España y el emperador contra Venecia y la Saboya, parecian decididos á destruir enteramente la Italia; á instigacion del Austria, las galeras del duque de Osuna y los corsarios de la Istria se disponian á atacar los bajeles de Niza y los del Adriático. Fuéle, pues, posible al astuto ministro Scaglia obtener de Venecia, no ostensibles socorros pero sí subsidios. Ayudada la Saboya por la Francia por envidia, y el valor de Lesdiguières reunido al de Cárlos Manuel, no dejaron á la España recobrar su honor militar comprometido. Sin embargo, Fernando conservó á Mantua y á Monferrato por el tratado de Pavia (1617). Aunque Cárlos Manuel no adquirió nada con aquella empresa, se aumentó su fama guerrera, pues habia sostenido con escasas fuerzas un terrible choque, y los bohemios concibieron la idea de elegirle por su rey.

A Fernando de Mantua sucedió Vincente II, que murió sin hijos (1627). Entonces Cárlos de Gonzaga, duque de Nevers, se presentó para entrar en posesion de los dominios que habian pertenecido á sus colaterales; y aumentó sus propios derechos casándose con Maria, único miembro que existia, como ya hemos dicho, de la estinguida rama. Pero Cárlos Manuel volvió á hacer presentes sus pretensiones, y se entendió con los españoles, que sin embargo habian garantizado su sucesion al duque de Nevers, pues veian un peligro en dejar á un francés adquirir dos paises de poca estension, pero muy importantes como posicion militar. Se los dividieron de antemano; y los españoles atacaron á Casal, que debia pertenecerles con otras partes de territorio. El emperador invocó á su vez los derechos de alta soberania, y pretendió que el duque de Nevers se sujetase á él en la apreciacion de sus títulos (1629); pero en lugar de suscribir á ello, pensó poner en buen estado de defensa á Mantua y á Casal. Gonzalo de Córdoba, gobernador de Milan, empleó muchas fuerzas y tiempo contra la inespugnable Casal, no sin escollo para su reputacion, mientras que Cárlos Manuel ocupaba á Trino y las demás plazas que le estaban destinadas, y hasta derrotó un ejército bastante numeroso á sueldo del duque de Nevers. A la sazon Luis XIII, que acababa de hacerse dueño de La Rochela, pasó los Alpes en persona con Richelieu, mientras que el duque de Nevers y los venecianos invadian el Milanesado, y Cárlos Manuel era derrotado en Susa.

Como poseia ya aquello en que estaba convenido con los españoles, vaciló su fe, y prestó oido á las proposiciones de Richelieu. Verificóse, pues, una liga entre él, Venecia y Mantua para libertar á la talia de los españoles; liga en la que el papa debia proporcionar ochocientos caballos, el rey de Francia dos mil. Venecia mil doscientos, Mantua seiscientos, y cada uno de ellos un número diez veces mayor de infantes. El temor no tardó en inspirar otras ideas á los franceses. No habiendo podido Cárlos Manuel adquirir de aquella manera ni el Monferrato ni Génova, se quejó dolorosamente, y cuando se presentaron las tropas francesas, les negó el paso. Entonces revestido Richelieu con el traje militar, pasó el Dora, y Montmorency, derrotó en Avigliana al duque de Saboya, que se habia unido á Espínola, gobernador de Milan, y á los soldados de Waldstein.

Este era el momento más importante para que los católicos permaneciesen unidos, con objeto de hacer frente á los protestantes en la guerra que se llamó después de los Treinta Años. Pero la política era superior al sentimiento religioso, y por un pais que no pertenecia á la Francia ni al Austria, aquellas dos potencias fueron enemigas mortales. El conde-duque de Olivares declaró que la digni-

(5) «Toda Italia, así en escritos como en discursos, se habia desatado en encomios y panegíricos al nombre de Carlos, y en afectos de júbilo y aplausos por haber hecho renacer en su persona el antiguo valor latino, augurándole la gloria de llegar á ser un dia el redentor de la libertad de Italia y el restaurador de su grandeza.» SIRI, *Mem. rect.* III, página 367.

dad de la corona de España se hallaba comprometida; decíase en Viena: *Enseñaremos á los italianos que aun hay un emperador; vamos á arreglar nuestras cuentas con ellos.* Fernando II se proponia resucitar los antiguos derechos del Imperio sobre Roma, é intentar la adquisicion de Urbino: *Hace cien años*, decia, *que se saqueó á Roma; en el dia debe estar más rica que entonces.* De esta manera se preparaban los católicos á hacer la guerra al papa.

Los hechos eran peores que las palabras; pues las terribles bandas alemanas recibieron órden de suspender por un momento sus estragos en el territorio germánico para atacar un pais nuevo é intacto. Eran la hez de los soldados aventureros, que no vivian sino del robo, que no conocian patria, ni tenian otro sentimiento que la sed del botin. Luteranos como eran, encontraban más atractivo en entregarse á sus atroces salteamientos. Bajaron, pues, á Lombardía por la Valtelina, al mando de Altringer de Galasso, y de otros capitanes cuyos nombres no pronunciaba la desgraciada Alemania sino con espanto, sembrando en todas partes la asolacion y las profanaciones. Sitiaron á Mantua (1630), y aunque ciertos de que la plaza no podia sostenerse más que pocos dias, los generales quisieron tomarla por asalto y entregarla al saqueo. Todo lo que se puede decir ó imaginar de más horrible respecto á una ciudad entregada al poder del enemigo no es nada en comparacion de lo que hicieron los alemanes en Mantua. Los daños fueron valuados en diez y ocho millones, además de la pérdida de las preciosas antigüedades que los Gonzagas habian reunido en su palacio, y sin hablar de las violencias y ultrajes de toda clase hechos á las personas y á la religion (6).

Los ungidores.—Como si no hubiese sido aun bastante, aquella repugnante soldadesca dejó á su paso la peste, de la que existia siempre un gérmen en los ejércitos. Encontrábanse en el camino que recorria cadáveres de horrible aspecto; ayudando además la incredulidad, aumentóse y se estendió el azote con una fuerza terrible, muriendo millares de personas, tanto en Lombardia como en el Estado de Venecia. Noticias de maleficios esparcidas entre los habitantes estendieron más el mal, provocando el furor popular y las iniquidades á nombre de la ley.

Tan horribles miserias no afectaban la atroz incapacidad ó la obstinada ambicion de los dueños de la Italia. No cesó la guerra hasta que la peste diezmó á los que saqueaban y á las víctimas, cuando el pais que los extranjeros se disputaban quedó desierto é inculto. Refiérese que Carlos Manuel y Waldstein estaban en inteligencia para dirigir un gran golpe contra el Austria; pero un ataque de apoplegia se llevó á uno, y los granaderos del emperador al otro.

Victor Amadeo I, que sucedió á su padre Carlos Manuel (1630), tuvo ocasion de manifestar talentos militares, hasta el momento en que el abate Mazarino, después célebre ministro, hizo un arreglo que siguió á la paz de Ratisbona, cuyo complemento fué el tratado de Cherasco. Estipulóse en él, bajo la mediacion de Urbano VIII, que los franceses y los imperiales evacuarian la Italia, y que el emperador conservaria de todos modos las plazas de Mantua y Canneto, la Francia á Pignerol, Bricherasco, Susa y Avigliana, mientras que el Mantuano y el Monferrato no fuesen asegurados al duque de Nevers, que el célebre padre José contaba poner al frente de la cruzada contra los turcos. Victor Amadeo se prestó de mala voluntad á ceder Pignerol á los franceses, llave de los Alpes, en cambio de la cual Richelieu le dejaba ocupar á Trino y una buena parte del Monferrato.

Nuevas hostilidades estallaron pronto entre la Francia y el Austria, por lo cual intimó Richelieu al duque de Saboya elegir entre la guerra ó una liga con su nacion: tuvo, pues, que firmar en Rívoli un arreglo que tenia por objeto la conquista del Milanesado, para dividirle entre los duques de Mantua y Parma que entraban en la liga (7). Urbano VIII favorecia la empresa; pero la Toscana, que no se veia espuesta, no tenia interés en ella: los demás Estados vacilaban, Venecia conservaba su papel de pacificadora.

La intencion tácita de los franceses era hacerse ceder la Saboya, con objeto de tener, además de Pignerol, el paso de la Valtelina. Enviaron á aquel valle al duque de Rohan, que lo ocupó haciendo creer, como tenia por costumbre, que era el protector de la libertad, é hizo con mucha habilidad la guerra de montañas. Entonces se reunieron contra él los lombardos, que acudieron del lago de Como, los tiroleses del Tonale, los alemanes del Braulio, tratando todos como enemigo á aquel desgraciado pais; pero Rohan los batió y restableció el órden.

Entonces el mariscal de Crequi, más bien cazador que guerrero, pasó el Tesino por Buffalora,

---

(6) La tabla Isiaca que existe en el dia en el museo de Turin, y que es el más insigne monumento de las antigüedades egipcias, fué robada entonces en Mantua, como tambien una magnífica sardónica que representaba una panegiria, y que se admira en el dia en el museo de Brunswick.

(7) Una nota contemporánea, que se encuentra en la *Correspondencia de los agentes toscanos*, año de 1636, dice: «El proyecto es que el duque de Saboya se haga rey de Nápoles, que el señor cardenal, su hermano, quede en clase de príncipe del Piamonte; que la Saboya pertenezca á los franceses, además de Niza y Vilafranca; que el duque de Mantua sea duque de Milan; que el de Parma tenga una parte más próxima á sus Estados, y que se deje á la casa de Barberina un Estado en el reino, y permanezca libre.» Sigue describiendo los medios. *Archivo histórico*, t. IX, página 318.

con el designio de saquear al menos á Milan; pero sus empresas le salieron mal; Victor Amadeo, generalísimo de la liga, obró con irresolucion, porque hacia la guerra contra su voluntad. Viéronse, pues, los franceses precisados á retirarse; fué muerto el mariscal de Crequi, y el gobernador español Leganés invadió el Piamonte y se apoderó de Verceli, después de una gloriosa resistencia. Era, pues, el peligro de los más amenazadores, si la peste no hubiera sido más poderosa que la artilleria.

Entre los grisones, donde se debatia la libertad entre las facciones de Francia y España, habiendo vencido esta última potencia á la otra, incitó á aquellos montañeses á arrojar á los franceses: tuvo que acudir desde la Valtelina Rohan, y volver pronto á su pais, desde donde por envidia no le enviaban sino insuficientes socorros. Entonces los valtelinenses se vieron obligados á dejar su suerte á merced de la España, la que los restituyó á los grisones.

El Piamonte era muy envidiado por la Francia y por la España, por cuya razon trataban de trastornar el pais (1637). Mientras que Víctor Amadeo peleaba por la Francin, Tomás, su hermano, ponia su temible espada al servicio de la España, y el cardenal Mauricio se habia constituido en Roma protector del Austria. Así fué que cuando murió Víctor Amadeo (1638) y le sucedió su hijo Cárlos Manuel II, de edad de cuatro años, la España y el Austria se concertaron para dar la tutela á los tios del jóven duque, mientras que los franceses sostuvieron á madama Real, es decir, á su madre, Cristina de Francia, hija de Enrique IV. Empeñóse una gran cuestion sobre este punto. Los tios se unieron á la España, hasta para colocar la corona en sus sienes. El emperador exigió que Cristina hiciese presente ante él sus derechos; y como ésta se negase á aquel acto de vasallaje, se pronunció en favor de los tios. En suma; la independencia del Piamonte estaba en gran peligro, entre la vivacidad francesa, la lentitud española y las divisiones intestinas. Armóse una ciudad contra otra; los galo piamonteses combatian á los hispano-piamonteses; todos asolaban y mataban, los sacerdotes, los frailes tomaban partido en la lucha y escitaban los odios.

Leganés sorprendió á Cherasco, y el príncipe Tomás á Turin (1669), pero las contestaciones que acaecieron le impidieron sitiar la ciudadela, en la que madama se habia refugiado. Acudieron los franceses á socorrerla. Presenció de nuevo Casal terribles combates á sus puertas, y el conde de Harcourt y el mariscal de Turena hicieron allí célebres sus nombres. El príncipe Tomás se vió precisado, después de un memorable sitio, á devolver á Turin, y la mano de Richelieu suscitó á la España enemigos, tanto en Cataluña como en Portugal y en el principado de Monaco, donde la guarnicion española, admitida por Luis Lanclo, tutor de Honorato II, fué degollada y devuelta la independencia al pais.

No quiso Cristina consentir nunca en llevar á Francia á los príncipes sus hijos; y desde que sus cuñados conocieron que era un triste medio para adquirir el trono recurrir á los extranjeros, hizo la paz con ellos. El tratado de Turin la reconoció como tutora; habiendo vuelto Mauricio al siglo (1643), llegó á gobernar, ó más bien, reinar, en Niza, Tomás en Ivrea y Bielle; Luis XIII los tomó bajo su proteccion, á condicion de que se declarasen contra la España; y por el tratado de Valentino (1645) cedió todas las plazas que ocupaba, excepto la ciudadela de Turin.

Sin embargo, la calma no se habia restablecido en el Monferrato, que Cárlos de Nevers habia encontrado asolado tanto por sus amigos como por sus enemigos, por la guerra y por la peste. Habiendo muerto su hijo, sucedióle su nieto Cárlos III (1637) bajo la tutela de su madre, á quien el gobernador de Milanesado, duque de Caracena, prometió ceder Casal tan pronto como se hubiese apoderado de él, si consentia en separarse de la alianza francesa. Lo hizo y ayudó á apoderarse de aquella plaza, que permaneció de los españoles, mientras que agitada la Francia por las turbulencias de La Fronda, perdia tambien á Piombino y á Porto Longone, que últimamente habia ocupado. Pero cuando Mazarino volvió al poder, restableció los negocios y concluyó la paz de los Pirineos (1659). Ya no se habló de los italianos en el tratado sino como amigos ó enemigos de las dos potencias contratantes. Se convino, pues, que la Saboya y Mantua serian regidas por el tratado de Cherasco; que el príncipe Grimaldi, de Monaco, seria perdonado y entraria en posesion de sus dominios; en fin, que el rey cristianísimo devolveria al rey de España las plazas de Mortara y Valenza á orillas del Po.

Pero estaba destinado el que Mantua no dejase de inquietar en el trascurso de aquel siglo la paz de la Italia (1665). Cárlos IV, que habia tambien heredado aquel ducado siendo niño, contrajo con los años los vicios de su padre: disipando el dinero en fiestas, gastando su salud en los placeres, perdió la esperanza de tener hijos. Por esta razon se encontró de nuevo en vigor la cuestion de sucesion. Juzgando el emperador que la mujer del duque de Lorena, hija de la emperatriz, debia ser llamada á heredar el Monferrato, comenzó secretas intrigas para asegurárselo en vida del duque. Incomodado Cárlos por envidias rivales, manifestó preferencia por Luis XIV, y envió á Francia al bolonés Gerónimo Mattioli con plenos poderes para tratar este asunto con Louvois (1679). Convínose, pues, entre ellos, que se devolveria Casal á la Francia; pero á su vuelta aquel desleal agente comunicó el tratado al conde de Melgar, gobernador de Milan. Engañado Louvois en sus proyectos, tendió un lazo al traidor; y habiéndose apoderado de su persona, le hizo encerrar en Pignerol, después trasladarlo de cárcel en cárcel acompañado de Saint-Mars á quien estaba confiada su custodia, hasta que murió

en la Bastilla en 1703. Se cree que fué el misterioso prisionero de quien se ha hablado tanto, conocido con el nombre de *Máscara de hierro* (8).

El tratado no tuvo efecto, pero no por eso estuvo menos en espectativa la avaricia de Luis XIV. Empleando alternativamente las lisonjas y las amenazas, determinó al duque de Mantua á dejar que Catinat pusiese guarnicion en la ciudadela de Casal. Después, cuando estalló la guerra (1681), el comandante francés hizo poner preso al mantuano, y Casal quedó bajo el dominio francés hasta 1695.

(8) Voltaire sacó de las *Memorias secretas para servir á la historia de Persia*, que son una historia de los primeros años del reinado de Luis XIV, que la *Máscara de hierro*, era el conde de Vermandois, nacido del rey y de la Vallière, que habia sido castigado de aquella manera por haber insultado al delfin. J. Delort trae, en la *Historia de la Máscara de hierro*, 1825, la correspondencia ministerial que prueba que aquel prisionero no era otro que Mattioli. El mismo año salió á luz el *Hombre de la máscara de hierro*, obra póstuma de Thaules, donde se sostiene que era Avedik, patriarca de los armenios, que habiendo tenido una cuestion con los jesuitas, fué robado por los franceses en Chio, y que debia guardarse con gran secreto para no producir una justa indignacion. Las tres suposiciones son verosímiles, y todavia más la que lo hace figurar como hermano gemelo de Luis XIV, cuya presencia hubiera alterado la tranquilidad pública; en todo convendrá desechar la multitud de pormenores novelescos de que se ha revestido aquella prision.

CAPITULO XXXIV

ESTADO PONTIFICIO.

La esperanza que los papas habian concebido segunda vez de volver á hacer entrar al mundo en su monarquia se desvaneció cuando la paz de Westfalia, que constituyó legalmente protestante á la mitad de Europa. Habian añadido á su dominio temporal el rico pais de Ferrara, y poco después el de Urbino: permanecian, sin embargo, sus rentas bien distantes de un estado floreciente, y preciso les era recurrir á menudo á empréstitos. Los montes, tan buscados en tiempo de Pablo V, perdieron su valor, aumentáronse las deudas en la época del emprendedor Urbano VIII, de tal manera, que en 1635 ascendian á treinta millones de escudos.

Una parte de esta suma se empleaba en ventaja general del cristianismo; otra en los gastos del Estado, en los de la guerra, en nuevas construcciones y en el engrandecimiento de las familias pontificias. Las nuevas constituciones y el temor á la opinion impedian á los papas dar principados á sus sobrinos, pero les prodigaban las riquezas; no era esto, sin embargo, un robo hecho al Estado, pues sólo consagraban á este objeto el excedente del producto de la dignidad eclesiástica. Los parientes de Sixto V formaron una familia considerable, unida á las casas más principales, pero los Aldobrandini les excedieron en poder en tiempo de Clemente VIII. Los Borghese, en 1628, recibieron de Paulo V 680,727 escudos de plata, 24,600 en valores sobre los montes; empleos cuya adquisicion hubiera costado 268,176, además de regalos en tierras, vajilla de plata, muebles y alhajas. Pero aquella familia desarmó la envidia que hubiera podido producir tanta opulencia, con un esplendor ilustrado y con sus beneficios.

Calcúlase que tres hermanos Barberini recibieron 105.000,000 mientras duró el pontificado de Urbano VIII. Habiendo preguntado aquel pontífice á una comision cuánto podia dar el papa, se le contestó que el papado se encontraba precisamente reunido á un principado temporal, del cual podia tomar para dar con toda liberalidad á su familia, para fundar un mayorazgo de ochenta mil escudos de renta líquidos, y dotar doncellas hasta el valor de ciento ochenta mil escudos (1).

Los parientes de los pontífices se procuraban tambien señoríos con el dinero ó por medio de matrimonios, ó se los concedian los reyes para ganarse el afecto de los papas; Ludovisi recibió de los Esforcias el principado de Fano, de los Farnesios, el de Fagarolo, y por matrimonio los de Venosa y Piombino. Cuando la familia de la Rovère, que reinaba en Urbino, se estinguió, los parientes del papa Urbano VIII insistian en que invistiese á sus sobrinos con aquel feudo; sus consejeros eran de aquel parecer, y los Estados vecinos no se hubieran opuesto á él: supo, sin embargo, resistirse, y reunió el ducado al patrimonio de la Santa Sede (1631). Sólo dió á su sobrino Tadeo el empleo de prefecto de Roma, que hereditario en la casa de la Rovère, producia, además de las consideraciones, 12,000 ducados anuales.

Todas aquellas familias habian establecido montes, asignando sobre las rentas de sus bienes el pago del interés á los acreedores. Las tierras de Castro y de Ronciglione estaban hipotecadas para satisfacer las deudas contraidas por los Farnesios con motivo de la guerra contra los españoles. Aquella familia era entre las nuevas una de las principales por la importancia de su principado. Habiendo llegado á disminuirse las rentas de los dominios hipotecados por haber adoptado el papa medidas en su contra, los arrendatarios, á instan-

(1) Véanse los datos en RANKE.

cias de los Barberini que envidiaban aquellas posesiones, rescindieron el tratado y reclamaron una indemnizacion. Hermosa pareció la ocasion al papa que ocupó á Castro (1642), escomulgó al duque Odoardo, é hizo adelantar tropas para arrebatarle á Parma y Placencia. Hizo Odoardo preparativos de defensa; y Módena, Parma, Florencia y Venecia, por envidia al engrandecimiento del pontífice, tomaron las armas contra él. En aquella guerra hubo poca actividad, pero no sin causar grandes perjuicios al pais; pues á los males ordinarios se unieron las asolaciones de los jefes de bandas, que enarbolando la bandera de alguna de las partes beligerantes, cometian salteamientos con ferocidad. La mediacion de la Francia produjo la paz, que volvió las cosas á su primer estado; pero habia costado 12.000,000 al gobierno pontificio y al papa la humillacion.

Inocencio X, 1644.—Este fué un motivo más de odio contra los Barberini, á los que se acusaba de la empresa y de su mal éxito: permanecian, pues, sobre aviso para no elegir á un papa de su faccion; y gracias á los Médicis, la eleccion recayó en el cardenal Juan Bautista Panfili, que adoptó el nombre de Inocencio X. Pidióse cuenta á los Barberini de sus malversaciones, por culpa de las cuales se debian gastar en intereses 1.300,000 escudos de oro sin quedar más que 700,000 para las necesidades del Estado, al paso que ellos se habian formado una renta de 500,000 escudos. No teniendo nada que contestar huyeron á Francia, y sus palacios y montes fueron secuestrados. Pero después consiguieron por mediacion de la Francia y de Olimpia Maldachina el que los absolviesen, como acontece comunmente con los grandes ladrones.

El rigor desplegado en aquellas circunstancias por el nuevo pontífice prometia un papa sin tacha, tanto más cuanto que siempre se habia manifestado avaro de las gracias, y se le llamaba en la dataria *Monseñor no se puede*. Economizó en efecto por necesidad y por las escaseces del pueblo; pero no supo resistirse á la influencia de Olimpia Maldachina, que casándose con su hermano, habia procurado á su familia importancia en razon de la riqueza de su dote. Hízola poderosa por gratitud; ella recibia las visitas de los embajadores, los regalos de las cortes extranjeras, y de aquellos que querian obtener empleos. Sus retratos figuraban en las habitaciones de los prelados. Casó á sus hijas con personas de las familias Ludovisi y Giustiani, y á su hijo Camilo con una heredera de la casa Aldobrandini, que hermosa y de talento, disputó á su suegra el supremo crédito de que gozaba. Aquellas intrigas de familia y aquellas rivalidades y amistades domésticas perjudicaron en gran manera al crédito de Inocencio (2). Por lo demás, más que septuagenario, conservó su actividad leal, obligó á los ricos á pagar á sus deudores pobres, estableció el orden y la seguridad en Roma, y hasta pensó en reformar las instituciones monásticas. Como no causaba recelo á los príncipes italianos, logró un feliz éxito en todo aquello en que se habia estrellado el ardor de Urbano. En efecto, habiendo sido asesinado un obispo que enviaba á Castro en el camino (1647), el duque Ranuccio Farnesio, que se encontraba indispuesto en la corte de Roma, fué acusado de aquel crímen. Hizo, pues, el papa asaltar la ciudad, que quedó destruida, y erigir en su lugar una columna con esta inscripcion: *Aquí fué Castro*. Entonces aquel pais y Ronciglione, que Ranuccio se decidió á cederle, aumentaron los dominios de la Santa Sede.

Cuando murió Inocencio, no hubo nadie que quisiese hacer los gastos de sus funerales (7 enero de 1655).

Alejandro VII.—Las rivalidades del Austria y de la Francia, que les habian puesto las armas en la mano, se ejercian tambien en el cónclave: cada una de aquellas potencias quiso para papa á una de sus hechuras; habia entre ellas un tercer partido, llamado *escuadron volante*, que demasiado débil para ascender un candidato al trono, era suficiente para escluirle. Después de haber durado tres meses aquel innoble debate, concluyó por dar la mayoria á Fabio Chigi, que adoptó el nombre de Alejandro VII (1655). Habia declamado contra el nepotismo, y prohibió que su hermanoy su sobrino se presentasen en Roma. Pero después la costumbre ó la adulacion le hicieron colocar á su lado á un sobrino, á quien tuvieron que confiar los embajadores los asuntos que por lo comun se confian á los ministros. El sobrino cardenal no era, pues, más que un ministro de relaciones extranjeras, como hay en otros paises, y dejaba muchas cosas que decidir á la congregacion del Estado. El papa se dedicó á la literatura y se ocupó de construcciones; pero su muerte paralizó los diferentes proyectos que habia concebido.

Clemente IX.—Clemente IX (Julio Rospigliosi) abolió el impuesto sobre los trigos (1667), rescatando el arriendo con las economias de Alejandro VII, á quien tuvo la generosidad de atribuir aquel beneficio. Trató de hacer prosperar el comercio. Frecuentaba á menudo los hospitales, no por simple curiosidad ú ostentacion; todos los dias servia en persona á doce peregrinos. No destituyó á los empleados del reinado anterior, y favoreció poco á sus sobrinos, lo que constituye virtudes privadas y negativas. La toma de Candia, que aquel pontífice habia querido evitar con tantos esfuerzos, aceleró su fin.

Clemente X.—Después de cuatro meses y cuatro dias de tempestades fué proclamado con el nombre de Clemente X, Emilio Altieri, anciano de ochenta años (1670): como no tenia sobrinos, se los creó adoptando la familia Paluzzi, que al momento invadió todos los empleos. Pero no los en-

(2) Se le ataca sobre todo en una vida de aquel pontífice en la que la credulidad se une á la mentira: está escrita por Gregorio Letti.

riqueció sino con su propia fortuna, y hasta hizo economias para aliviar al pueblo.

Habia entonces en Roma cincuenta familias que contaban más de trescientos años de nobleza; treinta y cinco más de doscientos, y diez y seis más de un siglo. Los Conti, los Orsini, los Colonna, los Gaetani eran muy antiguos, como tambien los Savelli, que todos los años libertaban á un sentenciado á muerte, y cuyas mujeres no salian sino en un coche cerrado. Aquellas familias abandonaron el campo, donde por lo comun vivian, para ir á Roma cuando los montes daban ricos productos; pero como tanto el crédito de aquellos establecimientos, como sus intereses habian disminuido mucho, comenzaron á declinar. Las familias que cada prelado, cada cardenal sacaba de la nada elevándose él mismo, se unian entre sí, otras ocupaban puestos lucrativos: aquellos enriquecidos trataban de eclipsar á la antigua nobleza, resultando puntillosas rivalidades de preeminencia y de ceremonial. Así era que se tenia que cerrar el carruaje al distinguir un personaje de clase superior; abrir las dos puertas ó una sola, segun su categoria; ceder el paso en las ceremonias.

Tantas grandes familias hacian que Roma pareciese una corte de príncipes; en efecto, cada cardenal sostenia una verdadera corte; añádanse á estos los Barberini, los Farnesio, los Chigi, los Panfili y otros señores, tanto antiguos como modernos. A porfia ostentaban el fausto: no querian ceder en esto los embajadores extranjeros, resultando que Roma vió á todas las potencias hacer brillar dentro de sus muros la mayor magnificencia. Los embajadores que éstas sostenian, no sólo tenian á su servicio una numerosa comitiva, sino guardias de á pié y á caballo. Cada corte tenia, para proteger sus intereses, á uno ó varios cardenales, que en su consecuencia se ocupaban mucho de intrigas y poco de los intereses de la Iglesia. No era posible que la púrpura no llegase á adoptar un brillo profano, cuando se la veia figurar en los consejos de los reyes, al frente de los ejércitos y en el gobierno de las provincias. Concedíase ésta á los hijos segundos de las familias de los príncipes, que á veces la dejaban por reinar.

¿Qué rigor en la disciplina se podia esperar con semejante estado de cosas? Las ideas aristocráticas del siglo infestaron hasta la misma Roma, y Alejandro VII pensaba que debia agradar más á Dios ó ser más digno de él, el que le sirviesen personas bien nacidas: los sacerdotes eran preferidos á los frailes; los cardenales salian con una comitiva de célebres espadachines, y sus parientes adoptaban cierto aire de altivez. Cuando Fernando de Médicis, que después fué duque, no era aun más que cardenal, sus orgias y arrogancia irritaron de tal manera á Sixto Quinto, que aquel pontífice resolvió ponerle preso. Envióle á llamar, adoptando sus medidas, á fin de que lo fuese á la salida de su palacio. Fué Fernando; pero al inclinarse dejó ver bajo la púrpura de su sotana una coraza y una daga, y contestó á la pregunta que le dirigió el papa con este motivo, que usaba la sotana como traje de cardenal, y la coraza como príncipe italiano. Amenazóle el papa con *quitarle de la cabeza el capelo rojo;* pero informado de que habia hecho ocupar por sus gentes los alrededores del Vaticano, le dejó ir sano y salvo (3).

---

(3) En el archivo médico, entre las *carte strozziane*, série 320, hay un manuscrito, con el título de *Relazione anomina delle entrate, spese, forze e modo di goberno di tutti i principi d'Italia*, perteneciente tambien á la primera parte del siglo XVII. Segun ella, Sixto V tenia depositados en el castillo de Santo Angelo, 3.000,000 de oro para recuperar lo que la Iglesia habia perdido, y la renta del Estado pontificio era de 2.000,000 de oro; la cual corresponderia hoy á 28.000,000 de pesetas, y entonces hubiera ascendido al doble si en los Estados del papa hubiesen existido las gabelas que se cobraban en los demás principados. No iba comprendida en aquella suma la renta libre y particular del pontífice, que se componia de las rentas de la dataria y de los oficios vacantes. Si Urbano é Inocencio habian debido constituir tantos débitos, necesario es creer que se gastaron los millones de Sixto. Aquel Estado, segun la *Relacion*, ponia sobre las armas 70,000 infantes y 5,000 caballos, en esta forma:

	Infantes.	Caballos.
Umbría.	10,000	3,000
Romaña.	20,000	4,000
Marca (bravos y gentes de armas)..	15,000	2,000
Bolonia y Ferrara.	25,000	6,000
Total.	70,000	15,000

En el mar cinco galeras; pero podia armar ocho.

En 1675, ocho años después de muerto el papa Alejandro, Gregorio Letti (Tomo II de la *Italia regnante)*, asignaba al Estado pontificio la renta de 3.000,000 de escudos; y enumerando las fuerzas de las diferentes provincias y los cañones de las fortalezas, presentaba estas cifras:

Hombres aptos para llevar las armas. . 400,000
De guarnicion, entre infantes y caballos. 4,000

	Infantes.	Caballos.
Ejercitados en las armas, y siempre dispuestos y obligados á marchar á la guerra, pero residentes en sus casas y sin más paga que algunos privilegios.	80,000	3,500
De los cuales puede armar, sin gravámen de los súbditos, y pagar, en caso de guerra, además de los que estén de guarnicion. . . .	30,000	3,000

Además de las armas de estos 83,500 hombres ejercitados, habia en las fortalezas de Ferrara y Bolonia, en el castillo de Santo Angelo, en el Vaticano, Ancona y Rávena, para otros 60,000, y municiones en abundancia. Las armas se fabricaban en el Estado, y especialmente en Tívoli; Alejandro VII habia establecido y dotado una fábrica. En Civita-Vecchia, además de muchas municiones, existian doce galeras bien armadas. *Con todo esto,* decia Letti, *es preciso ser buen príncipe, y no simple sacerdote, pues de la*

La administracion era el patrimonio de la prelacía, segun los términos de un reglamento de Alejandro VII; era preciso tener para llegar á ser refrendario de los sellos, veinte y un años cumplidos, ser doctor en derecho, tres años de práctica con un abogado, y mil quinientos escudos de renta. Encaminábanse de esta manera al gobierno de una ciudad y de una provincia, á alguna nunciatura, á un empleo en el tribunal de la Rota ó en las congregaciones; luego, segun los servicios que habian prestado, llegaban á ser cardenales y legados, elevadas dignidades que reunian al poder espiritual el temporal, aunque modificado en la Romaña por los privilegios municipales que aun no habian caido en desuso.

Todos en el naufragio de la fortuna pública procuraban atraer á sí lo más que podian del patrimonio del Estado. Los empleos y cargos eran considerados como medio de provecho personal ó de codicia. Además de lo que producian los cuatro meses de vacaciones del tribunal de la Rota, se dice que no habia auditor que no recibiese en Navidad por valor de quinientos escudos de aguinaldos. No sólo los favoritos recibian regalos de los que aspiraban á gracias, sino que se reservaban pensiones sobre los empleos que hacian obtener, ó por la justicia que se administraba ó se eludia por su influjo. A veces á los beneficios asignados se unia la obligacion de una renta en favor de algun miembro de la corte. Las cosas llegaron á tal grado, que llegó el caso de que nadie aceptase los ricos obispados de Urbino, Ancona y Pesaro, tan sobrecargados se hallaban de reservas y censos.

Resultaba de esto que eran buscados los empleos por los ricos como una ventaja personal; que se eternizaban los procesos, que no se hacia caso de las apelaciones; y el cardenal Sacchetí escribia á Alejandro VII: *Estos son males peores que las plagas de Egipto. Pueblos no conquistados por la espada, sino que han entrado bajo la autoridad de la Santa Sede por donacion de los príncipes ó por voluntaria sumision, son tratados con más inhumanidad que los esclavos en Siria ó Africa. ¿Quién puede oir semejantes cosas sin derramar lágrimas?* (4)

No habia comercio, y toda la ciencia rentística consistia en contraer deudas, en establecer nuevos montes en los que se aceptaba hasta acreedores extranjeros; de tal manera, que se mandaba todos los años sólo á Génova una suma de seiscientos mil escudos. El poder de las casas que se dedicaban al comercio se aumentuba considerablemente, en atencion á que tenian las cajas, recaudaban los impuestos, prestaban dinero y conseguian de esta manera apoderarse de los empleos civiles y eclesiásticos.

Comenzó á decaer la agricultura, primero por la acumulacion de las pequeñas propiedades en las familias ricas, después con la destruccion de los bosques, destruccion que comenzó Gregorio XIII para atender al cultivo de los granos, y continuó Sixto V para libertar al pais de salteadores. El aire fué más mal sano y no se aumentó la produccion de los granos, al paso que habia aumento en los rigores contra la exportacion, en los poderes del prefecto de las subsistencias y en la miseria comun.

Continuaba mandándose á Roma el dinero para el nombramiento de los beneficios; pues si este nombramiento estaba reservado en Francia y en Alemania al rey ó á los capítulos, no habia dejado de ser en España y en Italia un derecho pontificio muy lucrativo.

Los papas gastaban mucho en edificios: Clemente VIII hizo arreglar las habitaciones del Vaticano; Paulo V no sólo terminar San Pedro, sino que allanó y ensanchó las calles de la ciudad. Construyó en Santa María la Mayor la capilla que tiene su nombre, y trajo desde la distancia de treinta y cinco millas al Janículo el agua Paolo. El papa Gregorio XV terminó lo interior de la hermosa quinta de este nombre; debiéronse á Urbano VIII diferentes iglesias y fortificaciones; á Inocencio X la plaza Navona y la villa Panfili; á Alejandro VII, la plaza Colonna, la Sapienza, con un jardin botánico y un anfiteatro de anatomia, la columnata de San Pedro y el arsenal de Civita-Vecchia: aquel papa enriqueció tambien la biblioteca del Vaticano. Desgraciadamente los nuevos edificios se construian á veces con los despojos de los antiguos.

Los Borghese estaban autorizados para demoler los edificios ó las ruinas en todos los puntos donde edificaban; las termas de Constantino fueron destruidas en tiempo de Paulo V, para la construccion de un palacio y un jardin. Al querer quitar del templo de la Paz la columna que existe en la plaza de Santa Maria la Mayor, la bóveda que se apoyaba en ella vino al suelo. En tiempo de Urbano VIII, el bronce del Panteon fué abando-

---

calidad del pecho y del valor del papa depende la primera fuerza del Estado.

Reuniendo Letti todo lo que parcialmente habia escrito sobre los diversos príncipes de Italia, suponia á aquella península, no tan populosa como hoy:

Hombres aptos para manejar las armas. . .		1.972,000
	Infantes.	Caballos.
En servicio, y obligados á ir á la guerra.	369,000	32,200
De guarnicion, á pié y á caballo..		27,400
Milicias que pueden tomarse á sueldo sin gravámen de los súbditos, sobre la suma de 401,700.	149,500	16,000

En el mar cien galeras y catorce buques de vela bien armados.

(4) Ap. ARCHENHOLZ, *Vida de la reina Cristina*, t. IV, app. 32.

nado á Bernini para hacer el artístico púlpito de San Pedro; y se trataba de demoler el sepulcro de Cecilia Metella para aprovechar los materiales en la construccion de la fuente de Trevi: felizmente el pueblo se opuso á viva fuerza á aquel vandalismo, y Pasquin esclamó: *Lo que no hicieron los bárbaros hacen los Barberini.*

Reunian, no por pasion ó deseo, sino por diversion y ostentacion, libros, manuscritos, medallas y cuadros; multiplicaban las academias; pero el amor hácia las antigüedades habia perecido; divagaba la literatura y se olvidaba la filosofia.

No se vieron tampoco en aquella época grandes teólogos; sólo los extranjeros entraron en la liza, con respecto al jansenismo, que puso en cuestion los derechos de la Santa Sede, y fué señal de una nueva oposicion.

La corte de Roma habia resucitado sus antiguas pretensiones con respecto á las inmunidades de jurisdiccion; pero los príncipes estaban cada vez menos dispuestos á reconocerlas. El Imperio y la misma España trataban de disminuir la independencia de los nuncios; la Francia les arrebataba los asuntos matrimoniales, los escluia de los procesos criminales, enviaba sacerdotes al suplicio sin degradarlos antes, y publicaba edictos sobre la herejia y la simonia; Venecia limitaba los nombramientos reservados á Roma; así era que los príncipes católicos se hacian cada vez más independientes en las materias eclesiásticas, y el papado tuvo desde entonces que defenderse de ataques siempre nuevos, en los que la opinion estaba subordinada á la política.

Inocencio XI.—Inocencio XI (Benito Odescalchi), proclamado por el pueblo durante el cónclave (1676), hizo grandes esfuerzos para remediar aquel triste estado de cosas. Exhortó varias veces á Luis XIV á no escuchar á los aduladores, ni á atentar á la libertad de la Iglesia; dió asilo á los obispos perseguidos por el gran rey, aunque fuesen jesuitas. Pero la iglesia galicana era entonces la dócil vasalla del rey, y ya hemos visto como el monarca se portó con el papa en el asunto de las franquicias y de la regalia. Los franceses denigraron la memoria de Inocencio XI para adular á Luis XIV; pero los pueblos le consideraron como un santo, y para la posteridad es uno de los pontífices más justos y desinteresados.

Las rentas ascendian entonces á dos millones cuatrocientos mil escudos, comprendiendo en ella la dataria y los productos casuales, y el escedente de los gastos ascendia á setecientos mil escudos. No evitó, pues, aquel pontífice la bancarrota sino mostrándose riguroso consigo mismo. Abolió gran número de abusos y exenciones, y disminuyó la tasa del interés de los montes. Integro en estremo, superior á las bajas complacencias, queria promulgar contra el nepotismo una bula que todos los cardenales estaban obligados á firmar, pero no pudo conseguirlo. Dedicóse al menos á mejorar por medio de decretos las costumbres. Pretendió que las mujeres fuesen cubiertas hasta el cuello y los puños, y que los hombres no enseñaran la música á las jóvenes; prohibió las ruidosas mascaradas, y cubrió con un velo la parte del mausoleo de Pablo III que ofendia al pudor. Condenó sesenta y cinco proposiciones de moral relajada, sacadas de diferentes casuistas y defensores del probabilismo.

Alejandro VIII.—Cumplia el veneciano Pedro Ottoboni sus setenta y nueve años cuando fué proclamado papa bajo el nombre de Alejandro VIII (1689). En sus veinte y seis meses de reinado se apresuró aquel pontífice á enriquecer á sus sobrinos.

Inocencio XII, 1691.—Disponíase cuando murió á desaprobar las actas de la asamblea del clero de Francia; mas como convenia mucho á esta nacion tener un papa de su partido, hubo un conflicto que duró cinco meses, y terminó con la eleccion de Antonio Pignatelli, de Nápoles, bajo el nombre de Inocencio XII. Ocupóse aquel papa en arreglar la justicia, hizo firmar á los cardenales una bula que condenaba el nepotismo, y dícese que sus sobrinos eran pobres.

Clemente XI.—Juan Francisco Albano de Pesaro, que después de haber rehusado mucho tiempo la tiara, la admitió al fin bajo el nombre de Clemente XI (1700), continuó mostrándose muy económico en su modo de vivir: no quiso ver en su corte á ninguno de sus parientes, y les prohibió aceptar títulos ó regalos; los que deseaban agradarle tenian que obrar del mismo modo. Por lo demás, prosiguió los estudios que habian formado las delicias de su vida privada, y terminó la funesta diferencia suscitada por los ritos chinos, como tambien la cuestion del jansenismo, tanto como es posible hacerlo pronunciando una sentencia.

Hizo construir diferentes hospicios, una casa de clérigos para los eclesiásticos extranjeros, y otra para los obispos fugitivos de la Mesopotamia. Hizo tambien edificar grandes graneros, un nuevo puerto, acueductos en Roma y Civita-Vecchia, como tambien fuertes para la defensa de las costas contra las islas berberiscas. Preparó los caminos, secó los pantanos, é hizo restaurar el Panteon, trofeo de la historia de Cristo sobre los falsos dioses.

Habiendo reconocido que los jóvenes presos, aunque separados de los adultos en las prisiones, salian peor de lo que habian entrado, hizo añadir al edificio de San Miguel, en el Tíber, con arreglo á los planos de Fontana, una casa de correccion para los delincuentes de edad de menos de veinte años. Tenia además de las habitaciones de los carceleros y de un eclesiástico, sesenta celdas que formaban tres pisos en derredor de una gran sala, en cuyo fondo habia una pequeña capilla y su altar. Un prior estaba encargado de la instruccion moral y religiosa de los presos, y artesanos de conocida probidad les enseñaban oficios. Los padres podian hacer encerrar á sus hijos en aquella casa, donde se trataba de corregirlos con el látigo y la predicacion. Aquella penitenciaria, superior á las tentativas

que en nuestros dias ocupan á los gobernadores ilustrados, subsistió ochenta años.

Clemente XI envió cinco misioneros á Persia, y dos á Abisinia; comprometió á Luis XIV á obtener de los turcos mejores condiciones para los armenios y para los demás católicos de Levante. Tuvo la satisfaccion de ver á varios prelados de la iglesia griega reunirse á aquella de que era jefe, y cuyos intereses vigilaba cerca de todas las potencias. Pero encontraron obstáculo sus buenos deseos en una guerra que de nuevo trastornó toda la Italia.

CAPÍTULO XXXV

INFLUENCIA DE LUIS XIV.—MESINA Y GÉNOVA.—LOS BARBETTI.—SUCESION ESPAÑOLA.

Los males que Nápoles tenia que sufrir eran comunes á la Sicilia: podian considerarse como dos cadáveres atados á un mismo cadalso. Poco antes de la insurreccion de Masaniello, estalló una en Mesina (1646), y otra en Palermo por las gabelas, que se apaciguaron primero con la seduccion y después con el terror. Poco tiempo habia pasado cuando el hambre impulsaba de nuevo á la rebelion á aquel pais (1647), en otro tiempo granero de Italia, y el pueblo de Palermo pedia á gritos la abolicion de los derechos sobre los comestibles. Concedióles el virey marqués de los Velez lo que pedian; pero sabiendo la muchedumbre lo que valian semejantes promesas, viéndose además sostenida por el clero y por los nobles, eligió por jefe del pueblo á un batidor de oro, llamado José Alessi, que reunió fuerzas y abolió las antiguas instituciones con el designio de reformarlas en sentido republicano y arrojar á los españoles. Pero habiendo impedido Alessi que el palacio del virey, que se habia fugado, fuese entregado al saqueo, perdió la confianza popular, y los nobles se aprovecharon de ello para matarle en union de otros jefes. Mostrábase siempre la nobleza contraria á tales sublevaciones, sea porque, como clase privilegiada, estaba exenta de muchas de aquellas cargas, ó porque, teniendo capitales en los bancos públicos, trataba de evitar cuanto pudiese perjudicarles, ó finalmente, porque los empleos y cargos honoríficos que obtenian sus individuos hacian que se mantuviesen adictos á la corte. El virey, á quien el rey católico acusó de cobardia, murió de pesar; y el cardenal Teodoro Trivulzio, que no tenia menos valor que prudencia, apaciguó aquellas turbulencias prometiendo «la paz y un nuevo libro:» pero como de costumbre, la paz se convirtió en una sanguinaria persecucion, y el *libro* se quedó en lo que era.

Como las causas permanecian las mismas, las rebeliones renacian sin cesar, y la corte no veia otro medio para consolidar su libertad que oponer una parte de los sicilianos á la otra, concediendo á unos privilegios perjudiciales á todos, y fomentando los celosos odios siempre vivos entre Catana, Mesina y Palermo. Esta última ciudad habia conservado un resto de sus antiguas libertades: su senado, compuesto de ciudadanos, de los cuales las dos terceras partes eran nobles y la otra plebeyos, se ocupaba en dotar á la patria de hermosos edificios, escuelas, distinguidos profesores, y tener sujeto al gobernador español. Mesina acuñaba moneda; habia comprado á fuerza de dinero la exencion de los impuestos, que de esta manera pesaban más sobre las demás ciudades. Aquellas franquicias no impedian los abusos de autoridad por parte de los vireyes. Así fué como el duque de Osuna, que habia mandado una vez que *todos* los habitantes de Palermo saliesen enmascarados el penúltimo dia de Carnaval, hizo poner presos á todos los magistrados de Mesina, y llevarlos con cadenas por las calles de Palermo. La pretension de Mesina era además hacer dividir la isla en dos provincias para ser capital de una de ellas; pero Palermo evitó el peligro pagando una suma de quinientos mil escudos: ni una ni otra conocian (¿y quién lo conocia entonces?) que la prosperidad particular procede de la prosperidad general, y no de la decadencia de otro.

El virey Ayala, hombre vano y petulante (1660), aumentó los odios y las reclamaciones queriendo concluir con los privilegios. El duque de Sermoneta, por el contrario, apellidado *Far-moneta* (hacer moneda) por su poca delicadeza, adoptó el partido de los mesineses, y por su fidelidad cuando las turbulencias de Palermo resucitó una antigua pragmática, por la cual la seda de toda la isla

no podia ser esportada sino desde Mesina. En vano la encontró el rey «contraria á la razon, al derecho natural y á la libertad que debe haber en el comercio, y perjudicial é incómoda en sumo grado á todo el reino;» no por eso dejó la ciudad de sostener aquel derecho, y forzó el tumulto al mismo dominio real á suscribir á él (1664).

Suscitó Palermo quejas; por su parte envió Mesina persona que sostuviese su privilegio; pero su embajador quiso que se le recibiese como á los de los príncipes soberanos, y el de Palermo se opuso á ello: discutieron la cuestion con todo el calor siciliano, é hicieron reir á la corte, que convirtió aquellas rivalidades en un medio de oprimir aquel pais; después, cuando Mariana, regente del reino en nombre de Carlos II, sentenció contra los mesineses, se retiró su enviado sin despedirse, protestando. De aquí resultaron agitaciones y facciones interiores: los *Merli* eran del partido del rey; los *Malvizzi* detestaban á los españoles. El matemático Alfonso Borelli pensó resolver la dificultad, constituyendo una república semejante á la de Génova; pero sólo con gran trabajo se escapó de la horca.

Habia verificádose en aquella época (1669) en el monte Etna una de las más terribles erupciones que se habian conocido, vomitando torrentes de lava que amenazaban sepultar á comarcas enteras é incendiar á Catania; ahora bien, las asolaciones que causaba en el órden físico se reproducian en el órden moral como consecuencia de la mala administracion. Una vez dueños los turcos de Candia, amenazaron á la Sicilia; confióse la defensa de la isla al príncipe de Ligny, valiente guerrero, flamenco de nacion. Un magistrado que en tiempo de los griegos era comun á todas las ciudades sicilianas, llamado el *estratego*, no habia sido conservado más que en Mesina, desde la época de los príncipes de Suabia, donde tenia un tribunal de justicia con una autoridad pura y mixta (*mero y mixto imperio*). Un impostor, llamado Luis del Hoyo, licencioso, lleno de deudas, propuso á la reina que si queria nombrarle estratego aboliria los privilegios y formas republicanas de Mesina, como tambien el derecho atribuido á los magistrados elegidos de aquella ciudad, de ser exentos de tasas, del servicio militar y otros cargos. Aquel hombre astuto, de gran habilidad en el empleo de los medios propios para agitar á la muchedumbre y sugerirle sus propias ideas, aprovechando la envidia, el interés y el fanatismo, se arrojó al suelo tan pronto como desembarcó (1673), besando la tierra de la ciudad querida de Maria. Veíasele á menudo en las iglesias y hospitales; comulgaba con frecuencia, hacia limosnas, tenia conferencias espirituales, de tal manera, que el pueblo le consideraba un santo y creia un sacrilegio el contradecirle. Entonces sembró entre el pueblo la desconfianza contra los nobles y ricos; fingió verse precisado por el senado siempre que absolvia á algun miserable ó enviaba al suplicio á algun inocente: haciéndose sentir después la miseria, trató de que no llegase más trigo, y acusó al senado de ser la causa del hambre: llegó hasta hacer estender desde las habitaciones de los señores principales hasta la costa regueros de trigo para hacer creer que lo esportaban de noche.

No se hizo aguardar la sublevacion que esperaba: comenzaron las violencias y los incendios, y él tuvo cuidado de dirigirlos contra los senadores. Pero la pretension que suscitó de hacerlos elegir por iguales partes entre los nobles y el pueblo, como tambien una tentativa que hizo para sorprender los fuertes custodiados por la milicia urbana, revelaron su traicion y fué declarado enemigo público. No considerándose todavia vencido, se puso al frente de la hez del pueblo y de los presos, y sostenido por los Merli, incendió los palacios de los ricos y de los Malvizzi, al mismo tiempo que llamó á las tropas en su ayuda. El príncipe de Ligny, virey de la isla, acudió, y conociendo la parte abominable que habia en semejante política, condenó á los culpables y destituyó á del Hoyo; viendo después que la España se obstinaba en sostener á aquel miserable al lado del nuevo estratego enviado con órdenes muy severas, hizo dimision de su empleo, y la isla quedó entregada á los trastornos y á los escesos.

Sublevacion de Mesina, 6 de julio de 1674.—Habiendo un sastre, llamado Antonio Adam, con motivo de la solemnidad de la *Carta de la Vírgen*, espuesto un injurioso emblema contra el marqués de Crispano, nuevo estratego, aquel magistrado le hizo prender; gritaron los vecinos que se habian violado sus privilegios, y se unieron á los nobles y á los ricos contra la España. Crispano escitó á los Merli á hacer vísperas en Mesina; y habiendo convocado á los senadores en las casas consistoriales, intentó asesinarlos; pero su imperturbable sangre fria los salvó. Entonces desenvainaron la espada los Malvizzi, rechazaron las tropas que habian llegado de Nápoles, y ocuparon los fuertes. No podian esperar el resistir solos; pero como los enemigos de la España sabian siempre donde buscar ayuda, se dirigieron á Luis XIV.

La ambicion sin límites de aquel monarca no debia perdonar la Italia. Como si hubiese tenido envidia del brillo que las letras procuraban aun á aquel pais, trató de atraer á Francia á los talentos más distinguidos, y dió á los demás pensiones algunas veces merecidas, pero con más frecuencia sin merecerlas. El sistema de Colbert fué perjudicial á las manufacturas italianas, cuyos productos fueron grabados con enormes derechos de entrada, mientras que las mercancias francesas, reputadas como superiores, comenzaban á pedirse de todas partes; obligó, pues, la moda á los italianos á buscar en el otro lado de los Alpes lo que siempre habian enviado á él, hasta los vinos que les llegaron con el nombre nuevo de botellas. Conoció Luis XIV cuán ventajoso seria poseer á Mesina con detrimento de la España. En su consecuencia, sin in-

quirir demasiado el estado de las cosas, envió socorros á Sicilia á las órdenes del caballero Valbelle y del marqués de Vallavoire (1). Continuaban rechazando con ardor los mesineses la escuadra española compuesta de veinte y tres buques y diez y nueve galeras, al mando de Bayonne. Pero sin contar los trabajos de la defensa, se veian reducidos á tres onzas de pan diario; faltóles después enteramente este alimento, y por espacio de doce dias no se mantuvieron sino con animales domésticos. A la llegada de la escuadra francesa se retiraron los españoles y se aprovisionó á la ciudad (enero de 1675), pero con tal parsimonia, que el hambre empezó á ser más terrible. Luis XIV, que no favorecia á los insurrectos sino por su propio interés, envió en fin otra escuadra á las órdenes de Duquesne, y tomó á Mesina bajo su proteccion, dándole por virey al conde de Vivonne, cuyo único mérito era tener por hermana á Mme. de Montespan. Ocupándose poco en vencer á los españoles, y aun menos en reprimir á sus soldados, cuyos insultos exasperaban á los mesineses, aquel general fué la verdadera causa del mal éxito de la espedicion, que sin embargo le valió el baston de mariscal.

La Holanda, que obraba entonces en union de la España, envió á aquel punto al terrible Ruyter con su escuadra; pero fué mal secundado por los napolitanos, á quienes despreciaba; al mismo tiempo don Juan de Austria, que la regente habia nombrado teniente general del reino de Nápoles, con objeto de alejarle de Cárlos II, se negaba, precisamente por no separarse de éste, á acudir á su puesto. Perdió Ruyter un tiempo precioso del que se aprovechó Duquesne para reunir una numerosa escuadra, con la cual le dió cerca de Lipari una sangrienta batalla, pero sin resultado decisivo (8 de enero de 1676). Poco después consiguió sobre él delante de Palermo una señalada victoria; y los holandeses, que perdieron á Ruyter que murió de sus heridas, abandonaron aquel funesto mar. Hubieran podido los franceses, que habian salido ventajosos, hacerse dueños de toda la isla; pero negando los socorros Louvois, dejó perder la ocasion y con ella los frutos de la victoria. Vióse, pues, precisado Duquesne á permanecer inactivo hasta el momento en que, informado de las intenciones del rey, pidió retirarse.

Juzgaba entonces necesario Luis XIV dirigir sus fuerzas hácia el Norte: envió pues al marqués de La Feuillade, adulador servil de los grandes y terco para con sus inferiores, con orden de conducir la guarnicion de Mesina. Fué preciso engañar á los mesineses, para que la certeza de recaer bajo la venganza española no les hiciese oponerse á la marcha de las tropas. Proclamado virey en medio de las fiestas (1678), el marqués se concilió los ánimos y secundó los arranques generosos; fingiendo después que queria atacar á Palermo, confió la costodia de los fuertes á los ciudadanos, mientras que hacia embarcar á los soldados, víveres y artilleria. Los mesineses le regalaron un estandarte con la efigie de la Vírgen de la Carta, regocijándose ya de la ruina de su antigua rival. Cruelmente se engañaban. En el momento de darse á la vela, les declaró el general francés que abandonaba la ciudad, y que los que quisieran embarcarse con él acudiesen á bordo en el término de cuatro horas. Fácil es figurarse las angustias de todo un pueblo vendido tan vilmente. Cerca de siete mil habitantes se apresuraron á aprovecharse, en medio de la mayor turbacion, del ofrecimiento que se les hacia abandonando bienes, mujeres é hijos, y pasando alternativamente de los sollozos que les arrancaban aquel cúmulo de miserias á los gritos de odio y venganza.

La Francia habia gastado 30.000,000 en aquella espedicion. Mesina, la ciudad de la Vírgen, envió en su desesperacion, á pedir ayuda á los turcos; pero los españoles se anticiparon y ocuparon la plaza. Vióse reducido el número de habitantes de sesenta mil que eran á once mil; los títulos, documentos y manuscritos viejos comprados á Lascaris fueron arrebatados á aquella desgraciada ciudad. Perdió la eleccion de sus magistrados, y fué sometida á las cargas comunes: apoderóse el fisco de los bienes de los fugitivos.

Continuó Luis XIV por espacio de diez y ocho meses proporcionando subsidios á aquellos desgraciados; pero les mandó abandonar el reino bajo pena de muerte. Muchos de ellos de ricos que eran se vieron reducidos á mendigar para vivir; otros se dedicaron al robo; mil quinientos renegaron de Cristo por Mahoma, quinientos volvieron á su patria con un salvo-conducto de la España; y esceptuando sólo á cuatro, el virey los envió á todos á galeras.

Luis XIV no habia abandonado los designios que sus predecesores habian formado sobre el Piamonte (1675), é intentaba fomentar allí turbulencias para aprovecharse de ellas. Victor Amadeo II habia heredado el trono á la edad de nueve años, bajo la regencia de Juana, su madre, princesa partidaria de la Francia, que se ocupaba en tranquilizar, no sin efusion de sangre, la provincia de Mondovi, donde la contribucion sobre la sal habia producido una sublevacion. Era hermana de la reina de Portugal, cuyo rey don Pedro no tenia más que una hija. Luis XIV propuso la mano de esta jóven princesa á Victor Amadeo con la corona de aquel pequeño reino y de sus estensas colonias. Todo estaba ya convenido; no debia hacerse caso de la ley de Lamego y Victor conservar la Saboya, cuando los descontentos, que necesariamente debian sublevar el Piamonte á la idea de verse avasallados á un rey lejano y casi extranjero, se manifestaron en una conspiracion de los prin-

(1) Eugenio Sue ha publicado sobre aquella espedicion documentos muy curiosos en su *Historia de la marina francesa*, III, 133.

cipales habitantes y en los gritos de cólera lanzados por el pueblo. Esto era lo que esperaba Luis XIV, pero la regente tuvo la prudencia de romper el matrimonio proyectado, y preferir al reino que esperaba aquel de que estaba en posesion su hijo. Se negó tambien á admitir los soldados que le ofrecia Luis XIV para domeñar á los mondovitas.

Si Génova era ardientemente ambicionada por la casa de Saboya, no lo era menos por el rey de Francia, que no pudiendo olvidar que sus abuelos la habian poseido, se mezcló en todos los asuntos que la concernian. El duque de Saboya habia urdido una conspiracion con Rafael de la Torre para apoderarse de Savona, pero descubriéronse sus proyectos, resultando una corta guerra; Luis XIV entró en ella, pretendiendo que Génova debia sujetarse sin condiciones á su decision. Mas como fué poco favorable se negó á aceptar su sentencia: dijo entonces el rey que estaba en connivencia con el gobernador de Milan; exigió después de ella la restitucion de los bienes confiscados á Juan Luis Fiesco, alegando que aquel conspirador no habia tenido por objeto más que devolver la república á la Francia. Hasta le intimó desarmar á cuatro galeras de libertad que acababan de equiparse; y su embajador Saint-Olon suscitaba á cada momento esas cuestiones que el fuerte tiene costumbre de suscitar al débil. Extendióse además la noticia de que Génova vendia municiones á los argelinos; pero el hecho es que Luis XIV se dejaba llevar por sus ministros, y que después de la muerte de Colbert, que se oponia á la guerra, el que le reemplazó consiguió se volviese á emprender.

Bombardeo de Génova.—Mientras que el gran rey adormecia á los genoveses con negociaciones, enviaba bajo el mando de Seignelay, su ministro de Marina, una escuadra que, presentándose delante de la incierta ciudad, le dirigió una mezcla de acusaciones, exigencias y amenazas. Negóse la república á consentir en las humillacioues que querian imponerle, y se armó como pudo para resistir al ataque. Vióse entonces de repente destrozada por trece mil bombas; brutal abuso de la fuerza, que ni siquiera se hizo preceder de un aviso á los negociantes franceses, á los que no se les dejó tiempo de retirarse: así fué que se vieron espuestos á las balas de sus compatriotas y al furor de una irritada muchedumbre. Destrozada, incendiada y hambrienta la ciudad, cuyos daños ascendian ya á 100.000,000, no pudo libertarse de su ruina sino sometiéndose á todo. Luis XIV exigió que los genoveses rompiesen todas sus relaciones con la España, que desarmasen á las galeras sospechosas, y que el dux, á quien el estatuto prohibia salir de la ciudad, se dirigiese á Versalles con cuatro senadores, para invocar la clemencia real. En efecto, vióse obligado el dux Francisco Maria Imperiale á resignarse á este paso, y fué acogido en Francia con una magnificencia insultante. Habiéndole preguntado el rey qué era lo que le parecia más extraordinario en su palacio: *Encontrarme en él*, contestó: tratado con altivez por los ministros, le pusieron en el caso de esclamar: *El rey nos arranca del corazon la libertad; pero sus ministros nos la devuelven.*

Poco tiempo después, Luis XIV, como ya hemos visto, usaba con respecto á Roma de la misma arrogancia. La Italia sufrió, pues, mucho de aquella generacion de franceses que deseosos de poseerla no sabian más que inquietarla (2).

Los barbetti.—Se sabe que en la provincia de Pignerol los valles de Lucerna, Perosa y San Martin eran habitados por los valdenses (3). Pacíficos é ignorantes, vivieron de su industria, hasta el momento en que comenzaron á incitarlos los reformados suizos. El gobierno piamontés tuvo que vigilarlos entonces con atencion, mostrándose más ó menos tolerante con respecto á ellos. Pero habiendo introducido madama Real el culto católico en algunas localidades, los barbetti (llamábaseles así por el nombre de *barba* que daban á sus ministros en señal de respeto) se rebelaron abiertamente. Envió Cárlos Manuel á reprimirlos, y cuando fueron sometidos (1653) confirmó de nuevo los privilegios, á condicion de que no recibirian extranjeros en sus valles ni ejercerian su culto fuera de ellos, sin poner obstáculos á los misioneros.

Ciertas violaciones de estos compromisos proporcionaron algun motivo para usar de rigor, y aunque sea difícil dirigir tropas por entre aquellas montañas, sucumbieron los barbetti. Su ministro Juan Leger, que habia despertado en ellos las sospechas y se habia visto obligado á fugarse, publicó la *Historia general de las iglesias evangélicas en los valles del Piamonte ó valdenses* (Leida, 1669); exageraba los rigores que se habian ejercido que representaba como matanzas, añadiendo grabados á sus descripciones. La Europa lo creyó; Carlos Manuel pasó por un Neron, y abundaron las quejas por parte de la Holanda, de la Suiza y de Cromwell, que ofreció tambien á los valdenses perseguidos un asilo y tierras en Irlanda. En fin, un congreso reunido en Turin arregló la paz (1655), estipulando un perdon general y las concesiones anteriores, con determinacion de los límites á que debian sujetarse los barbetti.

Permanecian intactas sus fuerzas, dejábanles los medios de sublevarse de nuevo, lo que ejecutaron cuando Luis XIV revocó el edicto de Nantes. Muchos protestantes fugitivos se refugiaron entre los valdenses para sustraerse á las dragonadas y á las hogueras. Luis XIV exigió, pues, el que se les arrojase; y queriendo que el duque de Saboya extinguiese aquel foco de herejia y rebelion en las

---

(2) Ripamonti dice: *Insitam animis cupiditatem Italiæ potiundæ. Non esse credendum ingeniis, promissisque Gallorum gentes inquietæ semper et volentis inquietare alios.* Lib. VI.

(3) Véase tomo VIII, pág. 76.

fronteras del Delfinado, envió tropas para precisarle á ello ó ayudarle. Prohibió Victor Amadeo II á los valdenses el ejercicio de su culto hasta en las casas particulares; dispuso la espulsion de los ministros y de los profesores, la demolicion de las iglesias, y todos los niños debian ser educados en la religion católica, so pena de cinco años de galeras los padres y de azotes las madres. Los reformados extranjeros se vieron obligados á salir: el fisco debia adquirir sus bienes si no encontraban quien los comprase.

Mandáronse tropas á ejecutar aquel intolerante decreto, y Catinat se puso al frente de ellas. Recordando los barbetti que las montañas son los baluartes de la libertad, degollaron á sus animales y se retiraron á las cimas inaccesibles; otros empuñaron las armas para defender su creencia, y comenzó una guerra de esterminio: impulsados por el hierro y por el hambre, fueron rodeados aquellos desgraciados, muertos, arrojados en calabozos y enviados á galeras. En fin, se permitió á aquellos que se habian retirado á las montañas salir del pais (1689), y encontraron asilo en Suiza.

Tan cerca de una patria que echaban de menos muchos de ellos, quisieron recobrarla por la fuerza; y penetrando en ella un número de nueve mil, esterminaron todo lo que les opuso resistencia. Varios fueron cogidos y ahorcados; pero habiendo ocurrido un rompimiento entre la Saboya y la Francia, consintió ésta en la vuelta de los valdenses. Formándose entonces en regimientos con esta divisa: *La paciencia llega á ser furor si se la cansa*; causaron graves perjuicios en el Delfinado. Sin embargo, cuando se restableció la paz entre Luis XIV y Victor Amadeo, este último renovó su antigua intolerancia prohibiendo toda comunicacion entre los valdenses de sus Estados y los de Francia, intimando á éstos evacuar el territorio. Salieron, pues, en número de dos mil quinientes y se dispersaron por los cantones suizos.

Demasiada razon tenian los italianos en odiar á los franceses; pero estaban tambien distantes de alabar al emperador. De cuando en cuando habia señales que indicaban que no habian renunciado á sus antiguas pretensiones sobre la Italia, y que estaban dispuestos á hacerlas valer siempre que no tuviesen que temer obstáculos por parte de los franceses. Considerándose ofendido un oficial imperial por el dux de Génova, pidió la corte de Viena una reparacion. Mas como se hiciese aguardar, hizo marchar tropas contra la república (1699), que de esta manera se vió obligada á pagar 300,000 escudos por gastos de la guerra, además de otras satisfacciones. Un embajador austriaco cerca del papa, llamado Martiniz, renovó tambien las altaneras exigencias de Luis XIV, por motivos aun más frívolos; pues se trataba de precedencia en las procesiones y cuestiones de etiqueta en las ceremonias. Como era un hombre terco, sugirió al emperador despertar sus antiguas prerogativas de soberania feudal, obligando á los actuales tenedores á justificar su posesion bajo pena de deposicion. Este era el verdadero modo de trastornar la Italia, y principalmente el Piamonte, que para ponerse al abrigo se hubiera arrojado en brazos de la Francia. Desaprobó la España aquella medida que se dirigia á inquietar en sus propiedades á la nobleza del Milanesado, de la Sicilia y de la Cerdeña. Inocencio XII se declaró sosten de la independencia italiana, y las admoniciones llenas de firmeza que dirigió al emperador le hicieron revocar su edicto.

Aquel pontífice, á quien el emperador inspiraba desconfianza, habia tratado de determinar á los príncipes de Italia á unirse para disminuir las probabilidades de guerra é impedir las usurpaciones. Pero Clemente XI, su sucesor, juzgando que la organizacion de aquella liga ofrecia graves dificultades y que no seria suficiente para conseguir su objeto, prefirió declararse mediador entre la Francia y el Austria, persuadiéndolas dirigiesen sus esfuerzos contra los turcos para arrojarlos de la Europa. Aquellos eran futiles consejos, cuando dos potencias se armaban para disputar la sucesion de España. Ahora bien, la Italia, que no tenia ningun interés en ella, fué arrastrada á una guerra que la trastornó enteramente, derrocó y restauró á todos sus príncipes, y le dió en fin un nuevo lugar, con arreglo siempre á la voluntad de los más fuertes.

Guerra de sucesion.—Luis XIV y el emperador Leopoldo hicieron todos los esfuerzos posibles para obtener de Clemente XI la investidura del reino de Sicilia, pero aunque ofrecieron abandonarle dos provincias del Abruzzo, se la negó á ambos, resuelto á separarse y permanecer neutral, como padre comun de la cristiandad; y se ocupó en negociar con los Estados italianos, para hacer menos funesta una guerra que ya no era posible evitar. Venecia declaró que queria permanecer neutral; Fernando, duque de Mantua, príncipe jovial dedicado á la galanteria, negociaba con los franceses y les dejaba ocupar la ciudad en el momento en que decia estaba dispuesto á derramar su sangre por la causa italiana: pudieron, pues, dictar la ley á los duques de Módena y Parma. Pero la principal fuerza residia en el duque de Saboya, Victor Amadeo, cuyo padre y madre habian dejado bajo el aspecto militar y político, una reputacion bastante buena para incitarle á dar cima á las grandes cosas á que se sentia inclinado. Como se encontraba sujeto por la Francia, dueña de Casal y de Pignerol, se habia reunido por un tratado negociado en Venecia durante las fiestas del Carnaval, á la gran liga formada contra Luis XIV. Nombrado generalísimo de los imperiales en Italia, la jornada de Staffarda (1690) le habia colocado entre los mayores capitanes; pero sucumbió después contra Catinat, que se apoderó de Saboya y Niza. Tuvo entonces que sufrir el Piamonte por parte de los franceses una verdadera guerra de bárbaros, y como Catinat, más humano que aquellos á quienes obedecia, preguntara: *¿Qué haremos? es pre-*

ciso tener lástima de las desgraciadas poblaciones; Louvois contestaba: *¿Qué es lo que habeis de hacer? Incendiar primero y después.*

Así se hizo. Ciudades tomadas una y dos veces, conjuraciones intentadas, la furia francesa, la amistad española no menos funesta, el valor de Catinat y el del príncipe Eugenio, convirtieron aquella época en una de las más desastrosas, aunque pueda haberse señalado en ella la gloria de capitanes, y la habilidad desplegada en las manio bras y espediciones. Habiendo vuelto á ser Casal centro de las operaciones, el duque de Saboya, el marqués de Leganés, el príncipe Eugenio y lord Galway pusieron sitio á aquella plaza; y habiéndola ganado, la restituyeron al duque de Mantua, después de haberla desmantelado.

Pero encontrando Victor Amadeo más ventajas en seguir una política fluctuante, abandonó las filas de los aliados para pasarse al partido de Luis XIV, lo cual hizo inclinar la balanza. Recobró á Pignerol y á Casal; y habiendo quedado de esta manera independiente, pudo proponerse más grandes designios.

La guerra de sucesion le proporcionó la ocasion (1701). Catalina, su bisabuela, era hija de Felipe II, y se presentó entre el número de los aspirantes á la herencia española, y en una de las particiones propuestas, se trató de adjudicarle todo el Milanesado, á condicion de ceder á la Francia la Saboya, el valle de Barceloneta y el condado de Niza. No habiendo llegado á verificarse este arreglo, comenzaron de nuevo las hostilidades: entonces, sin tomar partido por la Francia ni por la España, no pensó más que en bordear en medio de la tempestad con objeto de ganar el puerto deseado. Aunque no pudo ver sin recelos á sus Estados situados en medio de las posesiones francesas, si debian aumentarse con el Milanesado, reconoció á Felipe V y le dió su hija en matrimonio, conociendo al mismo tiempo que se esponia á un ataque inmediato si obraba de otra manera.

Milan habia prestado juramento de obediencia al nieto de Luis XIV; proclamóse tambien su nombre en Nápoles; pero cierto número de vecinos creyeron el momento favorable para recobrar la independencia del pais. Por su parte, los barones, escitados por Leopoldo, conspiraron en favor de aquel príncipe; pero no siendo secundado por el pueblo, no salieron bien de su empresa. Entonces Leopoldo no tuvo más esperanza que la suerte de las armas: habiéndose, pues, fortalecido con alianzas, hizo marchar tropas á las órdenes del príncipe Eugenio, que tuvo por adversarios á Catinat y á Vaudemont. Efectuó Eugenio el admirable paso del monte Pergola, y descendió al Adigio, favorecido subrepticiamente por Venecia y Victor Amadeo, siempre vacilante en su política. Batió completamente en Chiari al presentuoso Villeroi que habia reemplazado al prudente Catinat (1702); hasta le hizo prisionero en Cremona, donde entró por sorpresa; pero fué de nuevo rechazado por los franceses en un ataque nocturno.

Entonces llegó de Francia el duque de Vendome, hombre terco, orgulloso, indolente, pero soldado feliz: bajo su mando prosperaron las armas francesas, hasta que Victor Amadeo, por antiguos motivos y nuevos pretextos, se separó de la Francia, y verificó con el emperador el tratado de Turin (1703). Leopoldo prometia sostener en el Piamonte catorce mil infantes y seis mil caballos, confiriendo al duque el mando general, tanto de aquellas tropas como de las demás de Lombardia, con ochenta mil escudos mensuales. Cedíale además el Monferrato, separando del Milanesado á Alejandria, Valenza, la Lomellina, y la Valsesia, con un camino para la comunicacion de aquellas dos provincias; reservábansele otras ventajas sobre las conquistas futuras, y principalmente la posesion del Vigevanasco.

Sitio de Turin.—Atacado repentinamente por los franceses, perdió Victor Amadeo la Saboya y la provincia de Niza, con una parte del Piamonte; ya no le quedaba más que Cuneo y Turin, lo cual le obligó á enviar su familia á Génova (1706). Vendome, que las victorias de Cassano y Calcinato habian cubierto de gloria, fué llamado á Francia para hacer frente á Marlborough, y se envió en su lugar al duque de Orleans que sitió á Turin. El valor de los piamonteses, la devocion que prestó ayuda á la bravura, y la victoria que coronó la defensa, harán para siempre memorable aquel acontecimiento, que aun celebra el Piamonte todos los años en la montaña de Superga; en la que Victor Amadeo hizo construir, en cumplimiento de un voto, una iglesia consagrada á la Vírgen (4).

Acogido aquel príncipe en triunfo en su libertada capital, recobró sus dominios y tomó posesion del Monferrato, como tambien de la parte del Milanesado que se le habia cedido. Reclamó además la entrega del Novarés y del Vigevanasco, que le habian sido prometidos por artículos secretos.

Desde aquel momento renunció la Francia á toda esperanza por parte de la Lombardia, cuyo emperador José I invistió con ella á su hermano el

---

(4) «Habian hecho llevar ciento cuarenta piezas de artilleria; y es de notar que cada cañon de grueso calibre costó cerca de 2,000 escudos.—Habia ciento diez mil balas de cañon, ciento seis mil cartuchos de una manera, y trescientos mil de otra, veinte y un mil bombas, veinte y siete mil setecientas granadas, quince mil sacos de tierra, treinta mil instrumentos para los trabajos, un millon doscientas mil libras de pólvora. Añádanse á estas municiones el plomo, hierro y hoja de lata, cuerdas y todo lo que sirve á los mineros; el azufre, el salitre y demás útiles de toda clase. Es cierto que los gastos de todos estos preparativos de destruccion bastarian para fundar y hacer florecer una gran colonia. Todo sitio de una gran ciudad exige estos gastos inmensos, y cuando es preciso reparar en la nacion una aldea arruinada, se descuida.» VOLTAIRE, *Siglo de Luis XIV*, c. XX.

archiduque Carlos. Reunióse tambien el territorio de Mantua al Imperio; y proscrito el duque como traidor, abandonó el pais con una pension de cuatrocientas mil libras que le asignó la Francia, y le proporcionó los medios de ostentar sus vicios en Padua y Verona: con él concluyó una rama de la casa de Gonzaga (5). El príncipe de Castiglione y Francisco Maria Pico, duque de la Mirandola, cuyos dominios ocupó tambien el emperador, se retiraron ambos á Venecia. Renaldo de Módena, que habia adoptado el partido del Austria, fué desposeido por los franceses, y restablecido después por el emperador, que además le vendió la Mirandola. El papa habia tenido que sufrir los insultos y asolaciones ejercidas por los alemanes en su territorio; escomulgó á los imperiales, por su invasion de Parma y Plasencia; pero no pudo impedirles pasar cerca de las puertas de su capital para ir á conquistar á Nápoles. Mientras que la Francia y la España dormian, se adelantaron á las órdenes del general Daun, defensor de Turin, y entraron en Nápoles prometiendo al pueblo sostener todos sus antiguos privilegios (1707). No pudieron llegar á Sicilia; pero para castigar al papa, el emperador ocupó á Comacchio é invadió el patrimonio de San Pedro, lo que forzó á Clemente á consentir en un arreglo que se verificó con condiciones bastante favorables.

La Cerdeña permaneció tambien fiel á Felipe V, hasta que los austriacos la ocuparon con ayuda de la escuadra inglesa. Aquella ambicion del Austria perjudicó á los proyectos de sus aliados; pues semejante diversion los redujo á la impotencia, mientras que hubieran podido aprovecharse del espanto causado en Francia por la derrota sufrida en el Piamonte, para dirigir un terrible ataque contra aquel reino, que no se encontraba preparado. Además escitaba su envidia el engrandecimiento del emperador; y el ministro inglés, que habia sido reemplazado, daba una nueva direccion á la política; túvose, pues, que pensar en la paz.

La reina Ana, que tenia una predileccion particular hácia Victor Amadeo por su valor caballeresco (1713), impuso como una de las primeras condiciones de la paz de Utrecht el que se le cederia la Sicilia, con el título de rey que deseaba ardientemente: restituyéronle además el condado de Niza, el valle de Pragelas y otros, quitándole el de Barceloneta; de lo que resultó que la cima del monte Ginebro fué la frontera entre el Piamonte y la Francia.

El emperador conservó todo lo que poseia en Italia, es decir, el reino de Nápoles, el ducado de Milan, la Cerdeña, los puertos y plazas situadas en las costas de Toscana; y á aquella España, que por espacio de dos siglos habia amenazado absorber á toda la Italia, no le quedó ni una pulgada de terreno en la Península.

La Sicilia celebró con fiestas la coronacion de Victor Amadeo; pero cuando le vió volver á sus Estados del Piamonte, le odió como extranjero; añádase á esto que la reserva piamontesa desagradaba cada vez más á la vivacidad meridional de la poblacion. Suscitáronse diferencias entre Victor y el papa, diferencias provocadas por el tribunal de la monarquia; resultaron escomuniones, castigos, destierros que hicieron desgraciado al pais, hasta el momento en que la Sicilia pudo cambiarse por la Cerdeña (1720).

Venecia habia aun despedido una vez más un vivo resplandor en la guerra de Candía, en la qne los nobles se enriquecieron, mientras que el Estado se empobrecia y consumia el fondo de reserva llamado *la gran arca*. Con objeto de obtener las sumas necesarias, sacó á subasta los empleos de los procuradores de San Marcos, bajo el tipo de veinte y cinco mil ducados, y los ascendió de tres á seis, después hasta cuarenta y uno; algunos de los candidatos los pagaron á cien mil ducados. Cierto número de personas, hasta extranjeras, fueron ennoblecidas por dinero, y de esta manera tuvieron entrada ciento sesenta y siete familias en el libro de oro, proporcionando al tesoro ocho millones de ducados. Dejó el papa que la república confiscase los bienes de los porte-croix y de los jesuatos (*crocigeri y gesuati*), condescendencia que se pagó con la admision de los jesuitas. Prestóse dinero hasta el siete por ciento, y después se redujo el interés. Venecia dió aun pruebas de energía en sus consejos y de valor militar en la nueva guerra contra los turcos, terminada con la paz de Carlowitz (1699), que mientras que subsistió la república determinó sus relaciones con la Puerta.

Quiso permanecer neutral durante la guerra de sucesion. Pero no teniendo bastantes tropas, se vió espuesta á los insultos de ambos partidos, no sólo por tierra, sino tambien por mar, lo que la hizo decaer de la reputacion que habia adquirido en la guerra de Candía.

---

(5) La otra, que reinaba en Guastalla, hubiera debido sucederle; pero no obtuvo más que los principados de Sabionetta y Bozzolo; después se estinguió ella misma en 1746.

La rama de Castiglione y Solferino pertenecia tambien á los Gonzagas. Fernando fué tambien echado en 1692 por los imperiales, y después de largas discusiones, Luis de Gonzaga aceptó del Austria una indemnizacion de trescientos mil florines.

La casa de Novellara, descendiente de Feltrino, hermano segundo de Luis, que fué jefe del pueblo mantuano en 1328, se estinguió en 1728.

CAPÍTULO XXXVI

TOSCANA.

Menos digna de compasion que los demás paises, la Toscana, de la que felizmente poco tenemos que hablar, paliaba su decadencia bajo el brillo de un póstumo esplendor. Cosme I (1), después de haber destruido la república, trató de consolidar su autoridad con la dulzura unida á una gran firmeza. Continuó dedicándose al comercio al por mayor, y se interesó en las operaciones de los grandes comerciantes extranjeros. Sacaba el cobre de la Hungría por mediacion de los Frugger de Augsburgo, como tambien granos, aceite y vinos de Levante; hacia estraer metales, y ocupaba á muchos obreros en Pietra Santa, en la esplotacion de las minas de plata. Por estos medios se enriquecieron él y su mujer, de tal manera que dejó en caja seis millones de ducados. Compró el palacio Pitti para convertirlo en residencia de sus sucesores, edificó el de los Oficios, las tiendas del antiguo mercado y del nuevo; cuadruplicó las rentas del pais que hizo ascender á un millon y cien mil ducados, y estinguió las deudas del pais. Bajo su mando el territorio florentino, contaba setecientos mil habitantes, y el de Siena cien mil; treinta y seis mil hombres dispuestos al servicio militar, y prontos á marchar (2); doce galeras servian para mantener en respeto á los berberiscos, contra los cuales instituyó la órden de San Estéban, que sostenia cuatro galeras. Este fué además un medio de satisfacer con condecoraciones á aquellos que pedian la libertad.

Academia de la Crusca.—Reorganizó las universidades de Florencia y Pisa. Sustituyó á la academia Platónica fundada por Cosme, padre de la patria, la academia Florentina, en la que entraron Carnesecchi, Domenichi, Giambullari, Segni, Benito Varchi, que fué vuelto á llamar del destierro. Cinco miembros de aquella última sociedad, á saber: Bernardo Canigiani, Juan Bautista Dati, Antonio Francisco Grazzini, Bernardo Zanchini, Sebastian de Rossi fundaron en union de Leonardo Salviati la academia de la Crusca (1582), que cuarenta años después hizo imprimir el *vocabulario* de la lengua italiana, primer modelo de los trabajos del mismo género, respetado aún en el dia á pesar de las cóleras municipales y de las desvergüenzas de los pedantes. Cosme hizo robar de Roma el cuerpo de Miguel Angel para hacerle enterrar en su patria. Dió trabajos á Pontorno, Bandinelli, Bronzino, Cellini y á fray Juan; hizo pintar por Vasari todo el palacio ducal, y como aquel artista queria pintarle en medio de sus ministros, conferenciando con ellos sobre la guerra de Siena, *¿Para qué sirven los ministros?* dijo el duque; *pintad el silencio y otras virtudes semejantes que servirán de consejos*. Hizo ir de la Sicilia á Pisa obreros para trabajar el coral y hacer espejos; aquellas industrias se perfeccionaron en el reinado de su hijo, que introdujo en el pais la porcelana, desconocida hasta entonces, y el arte nuevo de los mosaicos en piedras duras.

Pero la vida artificial que la proteccion procuraba á las artes no les impedia perecer; así fué que

(1) Véase tomo VII, pág. 485 y sig.

(2) Segun la relacion del embajador veneciano, Lorenzo Priuli en 1566, Cosme, además de las galeras que sostenia á medias con el rey católico, á razon de 6,000 ducados cada una, mantenia un ejército de veinte y seis mil hombres, llamada *el ban*, de los cuales ocho mil tenian coseletes de acero y estaban bien disciplinados: se reclutaban en todo el territorio, escepto en Florencia; sólo los sacerdotes permanecian esceptuados del servicio. Cada soldado estaba obligado á comprarse su coselete y sus armas. El duque empleaba los zapadores en mejorar las tierras; tenia además seiscientos caballos ligeros.

Cosme se vió obligado á hacer fabricar fuera la vajilla de plata destinada á figurar en su matrimonio con Leonor de Toledo. El comercio permaneció lleno de trabas, la justicia sin equitativa administracion, disminuyóse la poblacion; ambicionando los ciudadanos títulos, retiraban sus capitales del comercio para emplearlos en tierras. Los hombres más distinguidos recurrian á inepcias literarias para disfrazar su inclinacion republicana. De esta manera instituyeron la Academia del *Piano*, bajo cuyo nombre conocian la república, y pronunciábanse en ella arengas alegóricas sobre las cuestiones de la época.

Cosme admiraba á Felipe II, y seguia los consejos de Toledo y del duque de Alba, aquellos dos hombres sanguinarios que tanto despreciaban la humanidad; así es que recurria á aquellas complicadas intrigas y á aquellas violencias que sufria la época. Con objeto de asegurar su dominacion en un pais tan lleno de recuerdos, donde todos los medios parecian buenos, y donde los piagnoni no habian perdido aun la poderosa influencia de sus lágrimas, promulgó leyes de escesivo rigor contra los delitos políticos (3); pues comprendia en la confiscacion, no sólo la herencia de los niños, sino la enfiteusis y los fideicomisos, sin consideracion á los derechos de tercero. Multiplicó los esbirros, las prisiones, las relegaciones y la vigilancia, veinte y nueve edictos publicados desde el año 1537 al 69 contra los *rebeldes* (así llamaba á los que se conservaban fieles á aquella república, contra la cual se habia él rebelado) respiran una ferocidad draconiana, y castigan con el destierro perpetuo aun á los hijos de los culpados; el que habiendo tumulto saliera de su casa, podia ser muerto impunemente; en 1540 cuatrocientos treinta florentinos fueron condenados á muerte por delito de contumacia; y siendo él príncipe, fueron decapitadas ciento cuarenta y seis personas, entre ellas seis mujeres sin aquellos á quienes desde lejos se enviaban asesinos ó veneno. Por otra parte, para conocer los progresos de la Reforma, hacia numerar las hostias de la comunion, contar las gentes en las iglesias; existia en todas partes el espionaje; sin embargo, los inquisidores no podian proceder sino asistidos de delegados seculares.

No es, pues, de admirar que Cosme haya sido denigrado por los toscanos, á pesar de sus buenas cualidades (4). Felipe II, que desconfiaba de todo el mundo, le estimaba; Pio IV le queria porque habia favorecido su exaltacion y aceptado completamente el concilio de Trento, por lo cual le ofreció el título de rey que no admitió. Después cuando se trató de conceder la mano de una de sus hijas al emperador Fernando, el papa le propuso nombrarle archiduque: pero como la casa de Austria no queria que este título fuese comun á otros príncipes, se inventó el de *gran duque* y *alteza serenisima*, y Cosme fué coronado en Roma (1569), donde se sentó á la derecha del papa, á despecho de las protestas austriacas.

De cinco hijos que habia tenido de Leonor de Toledo, la epidemia le arrebató dos y á su madre. La malevolencia hizo circular la noticia, y tal vez fué una invencion, que habiendo muerto don Garcia en una riña al cardenal Juan (1562), su hermano, el desesperado padre hirió al matador mortalmente, y que Leonor no pudo sobrevivir á su dolor. Añadíase tambien que Cosme habia dado por esposo á su hijo, una mujer á quien él tenia en cinta, y que amaba más que como padre á su hija Isabel.—Exageraciones de los emigrados.

Francisco Maria.--Su hijo Francisco Maria (1574), muy inferior á él en talento y en prudencia, se entregó á merced del Austria, y se deshonró por el desarreglo de sus costumbres. Se enamoró de una jóven veneciana, Blanca Capello, robada por Pedro Buenaventura, sin detenerle su union con Juana de Austria, cuyos celos se aumentaron con el escándalo de sus costumbres.

Independientemente de los atractivos de que estaba dotada, Blanca empleaba, para fijarle, filtros y prestigios, cuyo uso le habia enseñado una judía; fingió un parto para cautivarle, haciendo morir á las mujeres que le habian procurado el niño supuesto, y á las que sabian el secreto.

En fin, fué asesinado su marido, la misma duquesa murió después, y Francisco se casó con aquella aventurera. Vergonzosos regocijos celebraron aquella union; Blanca, que fué adoptada por la república de Venecia, dominó á su antojo, en union de su hermano Victor, al débil duque, que la idolatraba (5). Imitaron los cortesanos al

(3) Habiendo hecho dar muerte Ranuccio Farnesio á varios ciudadanos notables de Parma, bajo el pretexto de haber urdido una conspiracion contra sus dias, creyó deber, para hacer cesar la noticia que le atribuia la invencion de esta conspiracion, enviar al duque Cosme una copia de las piezas del proceso por un embajador. Ahora bien, Cosme le envió en cambio un proceso, en el cual estaba probado en toda regla, que el mismo embajador habia muerto á un hombre en Liorna, aunque nunca habia puesto el pié en ella. Es preciso, en los paises en que la instruccion criminal es secreta, que los gobernantes se resignen á esta horrible duda de la justicia.

(4) Andrés Buzoni, embajador veneciano en 1576, dice de él: «Tiene, sobre todo, gran gusto en trabajar con alambiques, componiendo muchas aguas y sublimados propios para la medicacion de muchas enfermedades. Tiene casi uno para cada una. Entre otras preparaciones, hace un aceite de una virtud tan excelente, que si se frota esteriormente el pulso, el corazon el estómago, la garganta, cura todas las enfermedades, y preserva de toda especie de venenos, devuelve la salud á los apestados y liberta á los saludables: es tambien un remedio muy activo contra la púrpura, y contra toda clase de fiebres malignas. Me ha dicho que habia querido esperimentar en personas sentenciadas á muerte por la justicia, y que después de haberles administrado el veneno, los habia curado enteramente con este antídoto.»

(5) El desgraciado Tasso celebraba tambien las bodas

amo. Pedro, su hermano, asesinó á puñaladas á su mujer, para castigarla de las infidelidades que demasiado habia provocado con las suyas; su hermana Isabel fué estrangulada pocos dias después por su marido, en medio de los abrazos conyugales; aquel marido era Pablo Giordano Orsini, que habiéndose enamorado después de Victoria Accorambuona, casada con un Perretti, sobrino de Sixto Quinto, mató á su esposo, se unió á la viuda de su víctima y huyó al lago de Garda; pero pronto murió, y otro Orsini degolló á la dama y á sus cuñados.

El gran duque Francisco murió en 1587, y Blanca le siguió pocos dias después al sepulcro, sin que nada justifique las invenciones de los novelistas que han divagado sobre los acontecimientos de que fué teatro aquella corte.

Fernando I.—Tuvo por su sucesor á su hermano el cardenal Fernando (1587), que sacó tesoros inmensos del comercio de diamantes y de dos bancos establecidos en Venecia y Roma. Conservó la costumbre de la familia, y ganó considerablemente, haciendo llevar en una época de escasez granos de Inglaterra y del Norte. Cuatro buques que le pertenecian, provistos de un pasaporte inglés y holandés, trasladaban continuamente á España mercancías, suyas ó de comerciantes extranjeros; hacia sobre todo el contrabando en América y el corso contra España. Adqurió tambien gran influencia hasta en el extranjero: proporcionó dinero al emperador contra los turcos, y tropas al príncipe de Transilvania; aconsejó al papa absolver á Enrique IV, á quien por odio á la España remitió dinero. Este modo de obrar hizo que el conde de Olivares, embajador de España en Roma, inclinase al jefe de banda Alfonso Piccolomini á invadir la Toscana; pero Fernando le batió, y habiéndole hecho prisionero, le envió al cadalso, á pesar de todas las reclamaciones.

Fernando fomentó mucho el cultivo de las moreras, y se dice que la Toscana producia al reino en sedas bastas 300,000 escudos anuales, y que se fabricaba en Florencia por valor de 3.000,000 de escudos entre telas de seda, de oro, de plata y raso. Hombre resuelto y justo, formó el valle de Chiana, dando salida á las aguas; impidió los desbordes del lago Fucechio, hizo abrir canales y construir diques en la marisma de Siena, dió otro curso á una parte del Arno por el canal abierto entre Pisa y Liorna, construyó acueductos en Siena, protegió el litoral contra los piratas, con ayuda de los buques de la órden de San Esteban; y en la memorable espedicion contra Bona, dirigida por Jacobo Inghirami, once banderas, mil quinientos esclavos y gran número de armas, cayeron en poder de los vencedores. Fernando consiguió otra victoria en el Adriático contra los turcos (1607), y Juan de Bolonia fundió su estátua, erigida en la plaza de la Anunciada (1609) «con los metales arrebatados al feroz tracio.»

Protegió las ciencias y matemáticas, fundó el museo de historia natural de Pisa y dió nueva vida á la universidad de Siena. Ya siendo cardenal, habia abierto en Roma la imprenta de la Propaganda, y comprado la Venus, el Afilador, el Hermafrodita, los Luchadores y la familia de Niobe para adornar la quinta que erigió á orillas del Pincio. Tenia en su corte á los más afamados cantores. Emilio Cavalieri reunió la música al espectáculo teatral cortando el diálogo con árias; después se pensó en que los antiguos acompañaban las palabras con el sonido de los instrumentos: en su consecuencia, el romano Julio Caccini, maestro de capilla, compuso piezas, y Jacobo Peri inventó armonias para el recitado. La *Dafne*, de Octavio Rinuccini, se presentó en 1594, después la *Euridice*, del mismo autor, cuando Maria de Médicis se casó con Enrique IV en 1600; luego la *Ariana* en 1608. Fernando dejó al morir 10.000,000 de ducados y dos en pedreria.

Cosme II.—Su hijo Cosme II, débil de salud y de carácter, no queria en medio de sus dolores de gota, que se interrumpiesen las fiestas, los banquetes y los juegos; y se dedicaba á restablecer la paz y á arreglar matrimonios entre los príncipes de Europa. Todo lo hacia en union de su mujer, de su madre y de Pichena, ministro de su padre. Disminuyóse por este príncipe el derecho de las mujeres á las sucesiones, en contra de las antiguas costumbres republicanas.

Fernando habia sostenido inteligencias con todos los bajaes rebeldes á la Puerta, y en Persia con Schah-Abbas. Cosme II entró en relaciones con Fakreddin, emir del Líbano, que asustado del peligro, se refugió en Liorna, y ofreció ayudar á los cristianos á conquistar la Tierra Santa; pero no se hizo más que restablecerlo en el Líbano, adonde llamó de la Toscana á muchos obreros. Cosme concibió entonces la idea de una liga contra los turcos, que debia comprender á toda la cristiandad. Aunque nadie hizo caso de ella, éste fué un motivo para ensalzar la marina toscana, que gracias á los caballeros de San Esteban, trajo ricas capturas al puerto de Liorna.

El testamento de Cosme es un monumento de amor al bien público más que de prudencia. Recomendaba en él á su mujer y á su madre, á la que designaba por regente, no dejar residir en Florencia á los embajadores, sobre todo á los del emperador, á los de los reyes de Francia y de España, á ningun príncipe extranjero, ni á nadie sin empleo; no tomar por confesor á franciscanos; en

---

de Blanca Capello, *mujer sublime*, de la cual canta *la nobleza que es el sosten del valor;* y ensalzando los insignes méritos del gran duque, encuentra el mayor de todos en su claro juicio, con el cual como Paris prefiere á Blanca que tiene *verdadero candor, un resplandor sereno y verdadero y casto amor*, y no se cansa de alabar esta *casta beldad que dirigió su alto juicio, púdica mujer que en tranquila y santa paz se alimenta con el candor y la honestidad.*

fin, no tocar al tesoro para préstamos ó empresas comerciales.

Fernando II.—Los regentes de Fernando II desconocieron las buenas intenciones de Cosme (1621), llenando la corte de lujo, de intrigas, de frailes y de cuestiones teológicas, y prodigando los títulos de duque y marqués á personas de su servicio. En lugar de ahorrar 30,000 escudos al año, como él lo hacia, fué preciso tomar del tesoro; al mismo tiempo hiciéronle sufrir pérdidas traficando con los granos de la marisma sienesa. Desplegó entonces la corte un fausto desusado: viéronse en ella á enanos y bufones, y estendiéronse las cacerias reservadas, y se concedieron hasta á los simples caballeros. El ejemplo de los príncipes produjo después un cambio en las costumbres. A la licencia desenfrenada se unia una ferocidad manifiesta; pululaban los espadachines por todas partes, y las inmunidades, los asilos de las iglesias ponian trabas á los tribunales de justicia.

Sin embargo, la actividad de los franceses y holandeses habia desviado el comercio; el monte de piedad, que proporcionaba dinero á las viudas y á los huérfanos por un interés moderado, comenzó á prestar á la necesitada España, de la que en cambio recibió mercancías, convirtiéndose de esta manera en casa de banca y comercio, y concentrando los capitales: aquel monopolio arruinó á los comerciantes; sobrevino después el hambre, y en seguida de ella la peste de 1630, que paralizó para siempre las manufacturas. Agotado el tesoro recurrió al monte de piedad, y contrajo una deuda de 300,000 ducados que no reanimó el comercio.

Habiéndose hecho cargo Fernando II de las riendas del gobierno, trató de remediar el desórden de la regencia, é introducir el buen gusto en el lujo, la cortesania en las costumbres. Hombre escelente, lleno de consideraciones hácia sus hermanos y parientes, él mismo iba á llevar socorros durante la peste. Educado por el gran Galileo, á quien asistió en su lecho de muerte y le aconsejó amar á los sábios, predicaba á los nobles el gusto á las artes; asíduo á las reuniones de la academia del Cimento, llamó á Florencia á Juan Bautista Bulinger, á Tomás Dempster, al danés Nicolás Stenon y á otros estranjeros. Habiendo visto á Chiabrera en el teatro, le mandó llamar, y le conservó á su lado toda la representacion. Torricelli, Viviani, Bellini, Redi, Magalotti fueron el adorno de las universidades de Pisa, Florencia y Siena. Formáronse diferentes academias, y se renovó la de los Inamovibles: fué la primera que concibió la idea de divertir al público, fundando un teatro en la calle de la Pergola. Secáronse entonces los pantanos, recogiéronse las aguas termales, cultivóse el gusano de seda y varias plantas y hortalizas; los limones y las naranjas de la Toscana adquirieron reputacion. Enviáronse hombres hábiles á toda la Europa para adquirir conocimientos y objetos raros, lo que produjo la fundacion del gabinete de Física y del Museo. La reunion de animales vivos del jardin de Boboli favoreció á la historia natural, no menos que los fósiles y los testáceos reunidos en el Museo, que el príncipe enriquecia aun, enviándole de su laboratorio esencias y drogas medicinales.

Liorna.—Liorna, en la época en que Pisa florecia, no era más que una aldea que apenas se menciona, pero cuya importancia no tardaron en conocer los florentinos (6). El duque Alejandro hizo fortificaciones; pero Cosme I le fué aun más útil haciendo construir un gran muelle y abrir un nuevo canal; allí era adonde se equipaban las galeras para los caballeros de San Esteban. Francisco I puso en 1577 los cimientos de las nuevas murallas, con arreglo á los planos de Buontalenti, con hermosas puertas, puentes de piedra, fortificaciones bien dispuestas y edificios de toda clase, además del lazareto; así es que la llamaba *mi dama*. Prometia seguridad á las personas y bienes de los que iban á establecerse allí, lo que formaba un gran número de corsarios después de haberse enriquecido. Liorna fué de esta manera tambien un verdadero asilo, en el que se instalaron, sobre todo, judíos, cristianos nuevos de España, católicos é ingleses fugitivos, corsos descontentos de los genoveses y multitud de provenzales.

Habiéndose establecido mejor en tiempo de Fernando II las franquicias del puerto, en medio de la guerra universal, todos los barcos, aun los enemigos, iban á abrigarse allí. Fernando trató de formar una sociedad comercial con los negociantes de Lisboa, en la cual los toscanos emplearan 4.000,000 de ducados de oro, asegurados sobre la magistratura de los capitanes del partido güelfo. Pero, pensando después que su marina era supérflua ó demasiado numerosa, vendió á la Francia todos sus barcos, y la Toscana dejó de ser potencia marítima (1647).

En la guerra de Castro, Fernando tomó partido por Venecia y Módena, en contra de las pretensiones pontificias; llenó después la Toscana con todos los espadachines y malhechores de Italia, á los cuales llamó para reforzar su ejército. En el número de ellos se encontró la partida del célebre napolitano fray Paolo (Tiberio Squiletti). Pontremoli, en otro tiempo feudo imperial de los Fieschi, confiscado después por el duque de Milan (1650), fué cedido por la España á Fernando por 500,000 escudos, aunque los habitantes se quejaban de haber sido vendidos como rebaños; sólo la Lunigiana quedó exenta hasta 1815.

---

(6) En el *Archivio delle Reformagioni*, se lee este decreto del 7 de agosto de 1645: «Considerando que las obras del canal y puerto de Liorna, á juicio de todas las personas inteligentes, son magníficas y muy dignas, y serán con el tiempo productivas cuando una vez completas y perfectas proporcionen comodidades y provecho á nuestras ciudades, deseando que no queden sin acabar... se nombra una inspeccion de cinco oficiales...» etc.

Cosme III.—Aunque no vivió en armonía con su mujer Victoria Urbino, Fernando le abandonó el cuidado de la educacion de su hijo Cosme, á quien hizo educar entre ignorantes sacerdotes. Inspiráronle disgusto á las letras y á las ciencias profanas, con objeto de que se dedicase á la teologia. Resultó de aquí que cuando sucedió á su padre, le fué poco semejante en un reinado de cincuenta y tres años (1670-1723). Viajó, no para aprender, sino para ostentar brillo, sin llevar del extranjero más que desprecio á su patria.

Margarita Luisa de Orleans, con quien se casó sin ser amado de ella, tan viva como él era grave y devoto, hacia muy poco caso de su marido, del pais, de los Médicis y de los Rovère. Enamorada de otro, tenia horror á ser madre, y trataba de destruir los frutos de su fecundidad. Trastornó de tal manera la corte, que el gran duque tuvo al fin que permitirle volver á Francia, dejando en Italia, y encontrando entre los suyos á muchas personas dispuestas á no dar la razon á su esposo, que el odio que habia concebido contra ella no impedia fuese celoso. Ridículo por sus celos, odiado por su tiranía, llegó á ser malévolo, cruel, disimulado; su corte ofreció una mezcla de escesivo fausto, y piadosos ejercicios, de procesiones, ofrendas á remotos santuarios y conversiones de herejes. Habiendo acudido á Roma en la época del jubileo, con objeto de poder tocar las santas reliquias, privilegio de los canónigos, se hizo conferir aquella dignidad, y se presentó al pueblo con el traje que le corresponde. Cuando fué á visitar en Milan, para para cumplir un voto, el sepulcro de san Cárlos Borromeo, fué espléndidamente recibido por los príncipes de aquella ciudad; y Ranuccio I de Parma hizo construir entonces el teatro Farnesio, cuyas alegorias fueron compuestas por Pazzi, obispo de San Donnino, en el que hubo magníficos espectáculos, más importantes que la historia del pais.

Habíase asignado la primera categoria á los grandes duques después de la república de Venecia, es decir, la presidencia sobre todas las repúblicas y ducados. Pero cuando el duque de Saboya obtuvo los honores reales, fueron tantas las reclamaciones que hizo Cosme y tantos sus gastos, que el emperador le concedió la misma categoria; en su consecuencia, adoptó el título de *alteza real*. Prodigaba los regalos á todos los extranjeros, á los ministros, y sobre todo á los jesuitas de las misiones: por esta razon muchas veces no tenia con qué pagar sus tropas y empleados. Resultaba de esto que gravaba á sus súbditos, multiplicaba los espias para conocer las costumbres: si sabia que dos familias eran enemigas, arreglaba un matrimonio entre ellas, y aumentaba el número de los desgraciados; aun más, prohibió á los jóvenes frecuentar las casas en que habia doncellas casaderas.

Su hijo Fernando, discípulo de Redi, de Viviani, del cardenal Noris, se vió reducido por sus vicios á la incapacidad de amar á su mujer, y murió á los cincuenta y tres años. El cardenal Francisco Maria, hermano de Cosme, fué secularizado; pero Leonor de Gonzaga, su mujer, no permitió nunca que se le acercara aquel gastado anciano, que murió en 1711, echando de menos los dulces placeres que habia perdido.

Juan Gaston.—Juan Gaston, hijo segundo de Cosme, era el único que sobrevivia; pero su mujer, duquesa de Lauenburgo, tosca, desagradable y odiando á la Italia, no quiso nunca salir de la Bohemia. Desesperó, pues, de tener herederos; y considerándose desde entonces como simple usufructuario del pais, tuvo poco en cuenta su gloria, y descuidó sus intereses. De dificil acceso, entregado á los caprichos de un criado, no reunió más que tres consejos de Estado en sus quince años de reinado. Después de haber primero economizado, gastó después con profusion en alhajas, manufacturas, obras maestras de artes y liberalidades para jóvenes licenciosos. El pueblo sufria con el aumento de los impuestos, y su carga fué más intolerable en el terrible invierno de 1709.

Con objeto de evitar los males que su muerte debia producir, pensó Cosme en restablecer la república, devolviendo á Florencia la libertad, cuyo pais debia heredar cuando se verificase la estincion de una familia á la que con razon ó sin ella se habia revestido con la soberania del territorio por el diploma de 1530. No pudiendo hacer aceptar este proyecto por las potencias, se esforzó en trasmitir el gran ducado á la electora palatina, Ana su hija; pero Cárlos IV declaró que la Toscana, feudo imperial, volveria á recaer en la corona cuando llegase á estar vacante. Envió tropas para sostener su pretension, á pesar del interés que la España, la Inglaterra y las demás potencias marítimas tenian por la independencia de aquel hermoso pais. Entonces propuso Gascon reunirle á Módena, de la que una Médicis, descendiente de Cosme, era duquesa, y el emperador no se manifestaba disgustado de este proyecto; pero acaecieron guerras que le hicieron variar de idea.

De esta manera es cómo los destinos de la Italia se encontraban á merced de los caprichos, de las ambiciones, de las pretensiones de herencia; y aquel estado de oprobio recibia el nombre de paz

CAPITULO XXXVII

LITERATURA ITALIANA.

Aquella feliz union de las formas antiguas con las ideas nuevas, que procuró, si no la originalidad, al menos la perfeccion en la literatura francesa, faltó de todo en Italia; y si en el siglo anterior se habia descuidado el fondo por la forma, no quedó en aquel de que hablamos más que la parte material de la ejecucion y la triste necesidad de crearse dificultades para que el arte presentase algunos destellos forzados. Estamos, sin embargo, bien distantes de querer rebajar el siglo XVII, tratándole con el desprecio de costumbre; pues se ofrece á nosotros rico de los más bellos nombres, de un vigor que no conoció el siglo precedente, con talentos más originales, sentimientos más individuales y patrióticos. ¿Por qué al recordar aquellos que, faltos de fuerza, se entregaron miserablemente al mal gusto, hemos de olvidar á los que supieron preservarse de él y permanecer sin mancha? Son en corto número sin duda; pero esto es lo que sucede siempre con los elegidos.

Tasso.—A su cabeza se presenta Torcuato Tasso de Sorrento (1544-1595), alma tierna, buena y melancólica, privada de la energia que hace resistir á los males, creció bajo el peso de grandes injusticias; su mérito y su expiacion pertenecieron á su sensibilidad, y nuestro siglo, al que no conviene ya la forma de su poema, ha tomado interés por su persona y por sus misteriosos dolores.

Contrajo desde sus primeros años, bajo la influencia de un padre caballero y poeta, el gusto á los versos y la subordinacion del cortesano; y aunque su padre, que habia sufrido las amarguras de los literatos, trató de separarle de esta carrera, resolvió hacerse poeta. Lo que sin embargo prueba que la naturaleza no le impulsaba á ello imperiosamente, es que se ensayó en los diferentes géneros, sin fijarse definitivamente en ninguno, como un talento que cede menos á la necesidad de inventar que á la costumbre de reflexionar sobre las obras de otro: su musa fué alternativamente lírica, trágica, romancesca, épica, caballeresca y sagrada.

Comenzó siguiendo las huellas de su padre, por el *Reinaldo*, poema que, así como todos los demás, se encuentra eclipsado por el radiante brillo del Ariosto. Este grande nombre escitó desde un principio una noble envidia en su jóven corazon, y considerando por su parte más débil al cantor ferrarés, al que está muy distante de poder compararse, en la riqueza y poder de imaginacion, se lisonjeó de poder escederle en la regularidad, de que carecia el Ariosto. Torcuato no habló de Dante sino tarde, y la admiracion de que era tan parco con respecto á éste, la concedia voluntariamente á Camoens: resolvió, pues, tratar tambien un asunto moderno, y adoptar á Virgilio por tipo. Camoens habia cantado las hazañas de su nacion: eligió él, para celebrarla, una espedicion comun á toda la cristiandad.

El tema es de los más magníficos. Se trata de la primera y única empresa en que se reunió toda la Europa para combatir á los pueblos de Asia y Africa, no para recobrar una Elena, ó para construir las altas murallas de Roma, sino para proteger la civilizacion de la cruz contra la voluptuosa barbarie del islamismo; para decidir si la humanidad debia retrogradar hasta la esclavitud, el despotismo, la poligamia, ó lanzarse libremente á la igualdad y al progreso.

A torrentes se desbordaba la poesia en semejante asunto. La antigüedad profana ofrecia bajo los piés de los cruzados las ruinas de la Grecia y del Egipto, y todo un museo en Constantinopla, aun en pié, como un barco varado en la playa con todos sus avíos, pero sin los hombres que le tripula-

ban; la antigüedad sagrada, poblaba para él cada valle de recuerdos, cada sendero; los cedros del Líbano recordaban á Salomon y las rosas de Jericó la Sunamita. Los trasportes de David y los gemidos de Jeremias; los triunfos de Josué y los repetidos dolores de la servidumbre: las profecias anunciadas y cumplidas, la morada del primer hombre y la cuna del hijo de Dios; el jardin en que Cristo sufrió mortales angustias, y el valle á que ha de volver como terrible juez, exhalaban un santo soplo en rededor de la musa épica. Además, ¿cómo abunda lo pintoresco en los hábitos y en las costumbres de toda la Europa reunida, desde el siciliano Tancredo hasta el danés Suenon? Aquel era el siglo de la fuerza, de la variedad, de las aventuras, de las voluntades firmes é independientes. En una época en la que cada familia vivia con vida distinta, cualquier baron formaba por sí solo una historia; todo obispo habia luchado en el campo de batalla y discutido en los concilios. Un rey ó un general no trazaba el plan de una espedicion á la que tenian que cooperar millares de hombres con la impasibilidad de una máquina; pero cada piadoso infante, cada caballero en busca de aventuras *daba un paso* para consagrar su brazo á Cristo, ostentar el mayor valor que podia, y como le agradase; conflicto y union de voluntades varoniles, indomables, de las que nacian los más determinados caractéres, las aventuras más extraordinarias, la mezcla más poética, dominada por la gran unidad del pensamiento cristiano.

Encontrábase, pues, allí la religion, los recuerdos, la caballeria, los peligros, un gran proyecto acompañado de multitud de obstáculos, y que producia resultados que se diferenciaban de las esperanzas concebidas, pero sin embargo mayores que éstas. Añádase á esto que el asunto tenia el mérito de la oportunidad en una época en que los turcos inspiraban aun espanto, y en el que un nuevo ardor escitaba á la amenazada Europa, á la que no sosegaba completamente el desenlace del combate naval de Lepanto, último acto de las cruzadas.

Bastaba que semejante asunto se ofreciese bajo un aspecto poético, para que se sintiese de repente su notable importancia. Así es que con sentimiento se ve que el Tasso haya podido vacilar en su eleccion entre él y otros inferiores. Inesplicable seria su duda entre la primera y segunda cruzada, si no se reflexionase, que con arreglo al tipo virgiliano, le era necesaria la unidad del héroe. En la segunda cruzada, los reyes empuñaron las armas, mas en la primera ninguno se presentó. Tenia, pues, que faltar el Tasso esencialmente á la verdad histórica, suponiendo (lo que es muy repugnante á la naturaleza de aquella empresa) un jefe director, del que dependiesen todas las voluntades, para conseguir «libertar el santo sepulcro,» y reunir «á los hermanos errantes en rededor de los sagrados signos.»

Así como Eneas es piadoso, debia serlo tambien su héroe, y no sólo virtuoso como los héroes de Virgilio, sino religioso. Los amores son el nudo de la *Eneida*, tambien debieron serlo de la *Jerusalen libertada*. Ahora bien, despues de haber desplegado á nuestros ojos en los dos primeros cantos la majestuosa marcha de toda la Europa y los debates del Asia y del Africa, se empequeñece en los intrincados amores de Tancredo, amado de Herminia y enamorado de Clorinda; y de Reinaldo, cautivo de los encantos de Armida. Una «asamblea de los dioses del Averno» no consigue más que inclinar á una doncella á seducir á algunos de los caballeros cristianos; un encanto de la selva que proporciona la madera necesaria para las operaciones del sitio, suspende la empresa hasta qué dos mensajeros casi desconocidos van al través del Atlántico á despertar de su voluptuosidad á Reinaldo para que vaya desde tan lejos á cortar un árbol. Todo comienza entonces á marchar felizmente: gánase á Jerusalen; pero al gran efecto del *voto cumplido* sobre el sepulcro de Cristo se unen la reconciliacion de Armida con Reinaldo, que no se espresa, pero que se adivina, y la incertidumbre en que el poeta deja sobre la suerte de Herminia.

Aquellos amores, que llenan las dos terceras partes del poema, dan cierto carácter de molicie á una empresa vigorosa; y aquella regularidad la rebaja al nivel de tantas otras espediciones y sitios celebrados por la historia. El Tasso, hombre de defectos negativos, no tenia bastante vigor para escederse á sí mismo, para identificarse con los héroes que describia, para sentir como ellos y como su época; por esto es por lo que sustituye á la sobrenatural de sus pensamientos el de la imaginacion. Si el asunto le hace revelar pensamientos que le son propios, lo ejecuta con perfeccion como en los episodios de Olinda y Sofronia, Herminia y Armida, tan bien concebidos como mal colocados. En todo lo demás introduce el órden porque el órden existia en la esencia de su talento, la razon en lugar de la fantasia, el cálculo en vez del entusiasmo. Hasta careció del arte que Camoens le enseñó, el de engrandecer á su propia nacion, y aunque Tancredo y Bohemundo le diesen derecho para ello, sólo en dos versos se trata de la Italia, sin hacer mencion de ella en todo lo demás de la Jerusalen.

Pero antes de urdir el argumento de su poema habia escrito los *Discursos sobre la epopeya*, estudiado á Aristóteles, y analizado con su ayuda á Homero y Virgilio. Queria leer todas las poéticas que salian á luz; y tal vez fué culpa de estos tratados el que no comprendiese sino tardiamente la necesidad de un sentido profundo (1). Después, cuando conoció este efecto, trató de suplirlo con una alegoria, superfluidad oscura, en la que su talento no consideró más que la psicologia, que se-

(1) Véase su carta al marqués de Gonzaga de 15 de junio de 1575.

para de la historia y de la metafísica, y en la que aisla las ideas de su principio y aplicacion.

Sabemos que se ha hecho un cargo á nuestro siglo y á escritores amigos nuestros, de haber denigrado al Tasso; pero la independencia de que hacemos alarde, aun con aquellos que respetamos, es una garantia cierta que ningun deseo de lisonjear nos inclina á revelar los defectos orgánicos de una obra que es la primera obra que leen los italianos, que saben de memoria, que la han oido cantar en las playas de Mergelina y en las góndolas de Venecia. Es que la armonia poética, que existe en toda la *Jerusalen*, tiene gran influencia sobre los italianos, cuya organizacion es soberanamente musical. Pero lo que ha hecho al Tasso popular son los episodios; prueba de que no pertenecen al conjunto de su epopeya, y que no sólo son propios de la época que describe, sino de todas las demás, como tambien el tono sentimental, el color elegíaco que no abandona en los cuadros voluptuosos. Aquella dulce melancolia que le inspira, contrasta vivamente con el sistema burlesco de sus contemporáneos, tanto como el lado noble y sério bajo el cual considera á la caballeria, que los demás poetas ridiculizaron. Bajo el aspecto del arte y de la novela, no se puede negar que la obra está admirablemente escrita. Más clásico que todos los que le habian precedido, se diria que el Tasso quiso asociar la regularidad del poema de escuela á lo estraordinario del género caballeresco, Trisino y Ariosto, el razonamiento y la imaginacion; y esto, con un interés siempre vivo, con obstáculos siempre en aumento, hasta una catástrofe que á pesar de ser anunciada en el título, no deja de escitar la curiosidad.

Pero nunca se eleva á una grandeza verdadera; no aprovecha las ocasiones de ser poeta, hasta el grado de conocerlo los talentos medianos Si tiene que describir el paraiso, traduce, él que es cristiano, el sueño de Scipion (2). Las embajadas están copiadas de Tito Livio; Godofredo no sabe entusiasmar al ejército sino con las frases de Eneas; el viaje del Atlántico está calcado con arreglo al de Astolfo en el Ariosto; pide al arte caballeresco de su época la descripcion de los duelos (3), á los libros de retórica sus acompasados discursos; á los de moral escolástica las pomposas sentencias de su Godofredo, que ofrece un general perfecto, pero de una virtud demasiado tranquila, y siempre superior á las pasiones. Tancredo, el verdadero héroe, se abandona á afeminados amores, que no le impulsan á ningun alto hecho, y más bien concluyen por envilecerle. Reinaldo es estravagante; y todo su carácter consiste en estar reservado por el destino á dar muerte á Soliman y llegar á ser el orígen de los duques de Este. Así como el Tasso pagó libremente un tributo al espíritu adulador de su siglo, *desplegando* siempre *las velas en el mar de las alabanzas* (4) concibió al gusto de su época los *conceptos*, de que sin razon se le ha hecho inventor. Procura, en la gracia artificial de su trabajo, reproducir las bellezas de sus predecesores; pero con frecuencia las altera exagerándolas (5); y echa á perder las situaciones más interesantes, las más tiernas, con argucias y exageraciones; y sin

---

(2) Imitacion más servil del *Sueño de Escipion* es la cancion á la muerte de Hércules Gonzaga, en que Tasso, contemporáneo de Galileo y posterior en un siglo á Colon y Vasco de Gama, canta:

Vedi come la terra in cinque cerchi
Distinta giace, e che ne son due sempre
Per algente pruina orridi e inculti;
Deserto è il terzo ancora, e che si stempri
Pare, e si sfaccia negli ardor soverchi;
Restan sol quelli frequentati e culti,
Ma sono all'un dell'altro i fatti occulti
Quante interposte in loro e vaste e nude
Solitudini scorgi, e'n ogni parte
Quasi macchie cosparte,
Lor come isole il mare intorno chiude;
E quel chen voce e'n carte
E occean chiamato, ed ampio e magno,
Che ti sembra or, se non un piccol stagno?

Mirad la tierra como está dividida en cinco partes, de las cuales dos á causa de la nieve y los hielos presentan un aspecto horrible é inculto. La tercera está tambien desierta y parece que se disuelve y deshace por efecto del calor excesivo. Quedan sólo las habitadas y cultas, pero las cosas de la una son ignoradas en la otra. Observa cuán vastas y desnudas soledades se interponen entre ambas, y cómo por todos lados las circuye el mar, formando de ellas islas con manchas acá y allá esparcidas en un mismo fondo. Y ese que de palabra y por escrito se ha llamado Océano, y grande y vasto, ¿no te parece ahora un pequeño estanque?

(3) El Tasso fué el Justiniano de los duelistas de su siglo; sus decisiones eran respetadas como oráculos; prueba de que fué infiel á la época que describió.

(4) Existe de él una cancion en alabanza del terrible Sixto Quinto, en la que finge que busca por todas partes la clemencia sin encontrarla.

¿Ove fia ch'io la scerna?
Piu bella che'n avorio o'n marmi o'noro
Opra di Fidia, in te (se'l ver contempio)
Ha la clemenza é nel tuo core il tempio.

¿Dónde la veré? Más hermosa que obra de Fidias en oro, pórfido ó marfil, la clemencia (debes creerme) tiene en tu corazon su respetado templo.

(5) Dante hace decir á Ugolino:

Ambo le mani per furor mi morsi,
Me mordí las dos manos de furor:

y el Tasso dice de Pluton:

Ambe le labra per furor si morse.
Se mordió los labios de furor.

¿Cuál de las dos acciones es más propia?

Es muy extraño oir dar á Tasso preceptos diametralmente opuestos á los que él practicaba. «La magnificencia

embargo, hay tanto encanto, que no se esperimenta menos pesar en censurarle que en decir los defectos de un amigo.

Vivió en la corte de Alfonso, duque de Ferrara, blanco de la envidia que el mérito no puede evitar, objeto del afecto de la duquesa Leonor, lo cual probablemente fué causa de la reclusion á que le condenó el magnánimo Alfonso en una casa de locos. Durante los siete años (1579-86) que pasó en ella fué publicado su poema por otros cuando aun no le habia dado la última mano, y al momento circuló por toda la Italia, donde obtuvo un feliz éxito, es decir, que le produjo tantos enemigos como admiradores. Sin hablar de los que no perdonan nunca á los hombres superiores (6), inclinada la Crusca como todas las academias, á adoptar el partido de los muertos que no causan celos, en contra de los que existen á quienes envidian, prefirieron á él á Pulci y Boyardo, proclamando el libre desarrollo del argumento del poema, pero censurando los caractéres, los incidentes y el estilo; Salviati, que habia consagrado dos tomos á analizar el estilo de Boccacio, sutilizó sobre el del Tasso, empezando por las *armas piadosas;* Galileo publicó tambien una censura. Ahora bien, si se separa la imperdonable aspereza de las formas de aquella argumentacion sofística á que inclina constantemente el miserable deseo de encontrar defectos, muchos de los cargos que le hacen revelan, si no miras elevadas, al menos un gusto más delicado que no se acostumbra á suponer en los críticos de aquella época.

Resignóse el Tasso á la penosa tarea de defenderse, pero pareció ceder á sus adversarios, cuando emprendió refundir la obra de sus mejores años, en la que respetando cada vez más la verdad histórica, evitó varios defectos de estilo en los que corrigió algunos acontecimientos chocantes y sustituyó á escenas de voluptuoso amor, otras de ternura conyugal y paternal. Hizo se concibiese interés en favor de Argante, convirtiéndole en un Hector que peleaba por la defensa de su patria; sustituyó á Reinaldo con Rogerio, trasladando su encantada prision al Líbano, y le hizo libertar por sus amigos; en fin, suprimió los *largos y desgraciados amores de Herminia.* ¿Pero es acaso culpa de los críticos el que el vigor del poeta se hubiese desvanecido? La posteridad, que ha olvidado la primera edicion del *Orlando furioso* por la última, ha abandonado la *Jerusalen conquistada*, para volver á leer la *Jerusalen libertada* (7).

Sin embargo, el siglo del Tasso, hasta en su injusto rigor, le adjudicaba uno de los más elevados lugares, cuando discutia cuál era superior, si él ó el Ariosto: Ariosto, poeta de libre imaginacion, de ardiente fantasia sin ser sin embargo desenfrenada, que se chancea con su asunto y con los lectores, y que corta las octavas y los versos como los episodios, que mezcla cuatro ó cinco acontecimientos paralelos, y se lo hace perdonar todo por una elegancia clara y una dulce animacion; el Tasso, cuya gracia es enteramente artificial, que no se separa nunca de la forma plástica, pobre en la lengua, cojo en la octava, que pretende justificar cada pasaje con ejemplos, y no se atreve á ningun desarrollo sino para retardar ó acelerar la accion principal. El Ariosto es la espresion del renacimiento pagano en la época de los Médicis con aquella embriaguez de la forma esterior, del encanto de la moral, con el vigor de los sentidos, el impetuoso ardor de la vida y el deslumbramiento de la imaginacion. El Tasso señala la vuelta del espíritu cristiano, en la impresion piadosa que deja, en la generosidad de aquellos caballeros, en los ritos sagrados, en la compuncion, en la severa dignidad que existe en todos sus poemas. Sólo la invencion y la memoria usurparon con demasiada frecuencia el lugar de la fe real; y se conoce en aquella vacilante poesia, mezcla de verdad y de ficcion, en aquella débil dulzura la languidez que invadia tanto á la literatura como á la nacion.

La culpa de estos defectos es, en parte, de Tasso, que fué uno de esos séres que parecen predestinados á padecer. Aun después de haber sido puesto en libertad, no se sintió con la fuerza sufi-

---

degenera fácilmente en hinchazon. Para no incurrir en este defecto debe evitar el buen escritor ciertos pequeños cuidados, como el hacer que corresponda un miembro á otro, un verbo á otro, un nombre á otro, no sólo en cuanto al número sino en cuanto al sentido. Debe evitar tambien la antítesis como: *Tú veloz jóven, yo anciano y tardío;* porque todas estas figuras en que se descubre la afectacion son propias de las medianias, y aunque agradan mucho, no conmueven nada. La magnificencia del estilo nace de los mismos pensamientos, los cuales usados fuera de tiempo originan la hinchazon, vicio muy cercano á la magnificencia.» *Del arte poético.*

(6) *S'opre d'arte e d'ingegno, amore e zelo.*
D'onore han premio, ovver perdono in terra.
Deh non sia, prego, il mio pregar deluso.
Rime.

Si las obras del arte, del ingenio, del amor y adhesion sirven para obtener honor, ó sólo perdon en esta tierra, por favor, que no sea vano mi ruego.

(7) *Scrissi di vera impresa e d'eroi veri,*
Ma gli accrebbi ed ornai, quasi pittore
Che finga altrui di quel ch'egli è migliore,
Di più vaghi sembianti e di piu alteri.
Poscia con occhi rimirai severi
L'opra, e la forma a me spiaque e'l colore;
E l'altra ne formai, mastro migliore;
Nè so se colorirla in carte io speri.
Sonetti eroici, XXIII.

Canté verdaderas hazañas y héroes verdaderos, pero aumenté sus méritos, y como pintor que representa á otro mejor del que es, dí á sus personas semblantes más hermosos y altivos. Despues volví á mirar con ojos severos la obra y *me desagradaron tanto la forma como el color.* Con más experiencia formé la otra, y no sé si abrigue la esperanza de darle color en el papel.

ciente para abandonar las cortes y encerrarse en su dignidad de hombre grande; y vivió alternativamente entre lamentos y oraciones, hasta que Roma le llamó para recibir en el Capitolio la corona adjudicada en otro tiempo á Petrarca. Fué, pero moribundo; y en lugar de ir á habitar los palacios se retiró al convento de san Onofre. En aquella altura tan propicia para contemplar las glorias decaidas, fué donde lanzó el último suspiro. Siempre religioso, y aun más en sus últimos años, trató tambien de componer un poema épico, los *Siete dias del mundo creado*. Ya hemos hablado de *Aminta*, drama que ofrece los mismos defectos que la *Jerusalen*, con bellezas de estilo más castigadas; pero caractéres fuera ó superiores á la naturaleza perjudican al interés, impiden la conmiseracion. La tragedia de *Turismundo*, que versa sobre el incestuoso amor de un hermano con su hermana, abunda en las novelescas intrigas entonces en boga. Los sonetos y canciones del Tasso son considerados como los mejores despues de los de Petrarca; pero nadie los lee, como se leen poco sus obras en prosa, escritas sin pretension y sin vigor.

Marini.—Otro poeta épico, el napolitano Juan Bautista Marini (1569–1625), se formó tambien un nombre, gracias á una imaginacion rica, pero sin freno. Destinado al foro, renunció á él por seguir su aficion á la poesía (8). Habiendo pasado al Piamente, creyeron que habia querido aludir á Carlos Manuel en su *Cuccagna*, lo que dió lugar á que le pusieran preso hasta que probó haber compuesto aquella obra mucho tiempo antes de conocer al duque. Protegiósele entonces, y aquel mismo príncipe fué el que le sugirió tomar á *Adonis* por asunto de una epopeya. Perdióse, pues, toda moralidad, todo sentimiento generoso; perdióse tambien el interés que no puede unirse á las penas y á las alegrias de los seres sobrenaturales, ni á situaciones que no nos hacen pensar en nosotros mismos. Preciso será que todo descanse en el talento, sin poesía instintiva y espontánea; preciso será inmolar la belleza á la grandeza, la pureza al brillo. Marini hizo de aquella fábula un poema más largo que el Orlando furioso (contiene cuarenta y cinco mil versos), y en el que cada canto forma un cuadro aparte, con un título diferente, como el *Palacio del Amor*, la *Sorpresa del Amor*, la *Tragedia*, el *Jardin*.

Colorista fácil y armonioso, rico en poesia, posee Marini el arte de espresar maravillosamente en versos fáciles, en frases variadas y en melodiosas cadencias, las cosas más rebeldes al lenguaje poético. Pero se ve obligado á suplir la monotonia y debilidad de la naturaleza de su argumento con descripciones sucesivas, sentimientos encontrados, imágenes, pinturas y voluptuosidades; no piensa en la sana crítica ni en la correccion; adopta el capricho por única regla (9); se abandona con complacencia á la facilidad de sus ideas sin tomarse el trabajo de elegir entre ellas ni de separar ninguna, sabe poner en verso las cosas más fastidiosas, y emplea ciento diez estrofas en describir una partida de ajedrez entre Venus y Mercurio (10). Por lo demás, no considera nunca el lado serio de la vita;

(8) *Più d'una volta il genitor severo,*
In cui d'oro bolliam desiri ardenti,
Stringendo il morso del paterno impero,
Studio inutil, mi disse, a che pur tenti?
Ed a forza pliegò l'alto pensiero
A vender fole al garruli clienti,
Dettando a questi supplicanti e a quelli
Nel rauco foro i queruli libelli.
Ma perchè puote in noi natura assai,
La lusinga del genio in me prevalse,
E la toga deposta, altrui lasciai
Parolette smaltir mendaci e false...
Legge omai piú non v'ha, la qual per dritto
Punisca il fallo e ricompensi il merto;
Sembra quanto è sin qui deciso e scrito
D'opinion confuse abisso incerto ecc.
Adonis, canto IX. Estos son buenos versos.

Más de una vez mi severo padre, ávido de ganancia, haciéndome sentir más duramente su imperio, me decia: ¡estudio inútil! ¿á qué conduce? Y yo obligado á ello, humillé el altivo pensamiento á vender palabras á los gárrulos clientes, dictando á este y al otro litigante sus alegatos en medio de la griteria del foro. Pero habiendo vencido al fin la naturaleza y prevalecido en mí el atractivo del genio, abandoné la toga y dejé á otros el cuidado de esmaltar la elocuencia de palabras mendaces y falsas. Ya no hay ley que por derecho castigue el delito y premie el mérito: lo que hasta aquí se ha juzgado y escrito parece un abismo sin fondo de opiniones confusas.

(9) E del poeta il fin la meraviglia,
Chi non sa far stupir vada alla striglia.

El fin del poeta es lo maravilloso: y el que no sepa causar maravilla, váyase á limpiar caballos.

(10) Bastarán algunos trozos del c. XVIII que Sismondi *(Litt. du Midi)* cree muy bellos, para demostrar al lector la indecible negligencia del autor:

Con la tenera *mano il ferro* duro
Spinge contro il cinghial, quanto piu puole.
Ma piu robusto braccio e piu securo
Penetrar non potria dov'ei percote;
L'acuto acciar com'abbia un saldo muro
Ferito, owero una scabrosa *cote,*
Com'abbia in un'ancudine percosso,
Torna senza trar fuor stilla di, rosso.
Quando ciò mira Adon, riede in se stesso,
Tardi pentito, e meglio si consiglia;
Pensa á lo scampo suo, se gli è permisso,
E teme, e di fuggir partito piglia,
Perchè gli scorge, in riguardarlo appresso,
Quel fiero lume entro l'orrende ciglia
Che ha il cier talor, quando tra nubi rotte
Con tridente di foco *apre la notte.*

Con la *tierna* mano lanza contra el jabalí el *duro* hierro *empleando todas sus fuerzas;* pero ningun brazo más robusto y seguro podria penetrar hasta donde él penetró. El agudo acero, como si hubiese herido un *sólido muro*, ó bien una *escabrosa* piedra, ó un yunque rebota sin extraer una gota de color *rojo*.

hombre de placeres, se aprovecha de las circunstancias y trata el primer asunto que se le ocurre, sin política, patriotismo ni valor. Todo en él es énfasis, sutileza y rima sonora; en él el deleite es sistemático, sin pudor, pero sin los trasportes de la licencia. En lo que sobre todo escede, es en presentarse en escena, y robar de esta manera la gloria, como otros roban un puesto.

Así es, que apenas habia publicado el *Adonis*, á la edad de cincuenta y cuatro años, que era ensalzado hasta las nubes. Una descripcion voluptuosa, la inagotable variedad de las descripciones de amor, una imaginacion poética llena de vigor, en medio de personas que se atormentaban por la mania de la pureza, hicieron no sólo que pareciesen perdonables sus errores, sino hasta que pasasen como bellezas. Carlos Manuel le hizo caballero: fué festejado en París en el palacio de Rambouillet, donde supo ganar el afecto de la sociedad elegante, y formó una escuela de poetas, cantores de placeres amorosos. Maria de Médicis, reina de Francia, le asignó una pension de 2,000 escudos; y siempre que le encontraba hacia detener su coche delante del poeta, que celebró en seiscientos versos sus bellezas corporales. Mientras que el Tasso no podia comprar un melon por falta de dinero, Coneini autorizaba al caballero Marini para cobrar 500 escudos de oro del recaudador de las rentas; más él fué y pidió 1,000. Y cuando el ministro le dijo: *Diablo, sois un verdadero napolitano*, contestó tranquilamente: *Excelencia, felizmente no he entendido tres mil, tan poco es lo que comprendo el francés.*

Cuando volvió á Nápoles, los arcos de triunfo ofrecian á porfia inscripciones en alabanza suya: *Marini, mar de incomparable doctrina, espíritu de las liras, objeto de las plumas, materia de la tinta, fenix dichoso, honor del laurel.* ¡Tanta adoracion se tributa á aquel que habia sabido unir el tipo italiano al español, la armonía musical á la jactancia! Achillini, que habia leido sin duda á los poetas egipcios y á los caldeos, le decia: *En el fondo de mi corazon existe la idea de que sois el mayor poeta que ha habido entre los toscanos, los latinos, los griegos, los egipcios, los caldeos y los hebreos.* Achillini, poeta tambien y de los más estravagantes, era ensalzado hasta las nubes, como el *non plus ultra* de la poesía; Luis XIII le regaló 14,000 escudos por una *cancion* y un soneto que comienza de esta manera: «Sudad, oh fuegos, para preparar metales» (11).

Pero las alabanzas eran entonces de moda, y aquellos fanfarrones de la literatura, como habia tantos en la sociedad, secundaban su estilo haciéndose artífices de la gloria, adulaban las pasiones bajas con ayuda de algunos partidarios, cantando sus propios triunfos y creyendo que era hermoso dominar el siglo, cualquiera que fuese el medio que se emplease, y obtener de esta manera una vida célebre, que concluia enteramente en el sepulcro. Ya hemos visto los ataques dirigidos contra el Tasso; pero si éste contestaba gimiendo, otros respondian con energía. Acaecieron entonces rui-

---

Al ver esto Adonis, vuelve en sí arrepentido, aunque tarde, y recapacita; piensa en salvarse, *si le es permitido*, teme, y *adopta el partido* de huir, porque repara en él aquella terrible luz que á veces despide el cielo, cuando abre la noche entre nubes rotas con *tridente de fuego.*

Sismondi censura la idea que expresan los siguientes versos; sin embargo, es fácil recordar que pertenece á un celebrado idilio griego:

Col mostaccio crudel baciar gli volle
Il fianco che vincea le nevi istesse;
E credendo lambir l'avorio molte,
Del fier dente la stampa entro v'impresse;
Vezzi fur gli urti; atti amorosi e gesti
Non le insegno natura altri che questi.

Quiso besarle con el cruel mostacho el costado que aventajaba en blancura á la nieve; y creyendo libar el blando marfil, imprimió en él la huella de sus feroces dientes! Sus halagos fueron dentelladas, pues la naturaleza no le habia enseñado más actos y gestos amorosos que éstos.

Algo mejor es esta otra octava; y sin embargo, ningun mediano poeta se preciaria de haberla escrito; tantas son sus faltas y su hinchazon:

Arsero di pietate i freddi *fonti,*
S'intenerir le dure *querce i pini;*
E s.aturir dalle frondosi fronte
Lagrimosi *ruscelli i gioghi alpini;*
Pianser le ninfe, ed ulular da' monti;
E da' profondi lor gioghi vicini
Driadi e Nepée stempraro in pianto i lumi;
Quelle ch'amano i boschi, e queste i flumi.

Se abrasaron de piedad las fuentes *frias;* se enternecieron las *duras* encinas y los pinos, y de las *briosas frentes* de las cimas alpinas se deslizaron lagrimosos arroyuelos; lloraron las ninfas y lanzaron alaridos en los montes; las Driadas y las Nepeas se deshicieron en llanto en los abismos de sus vecinas cúspides; *aquéllas amantes de los bosques y éstas de los rios.*

---

(11) Hé aquí uno de sus epígramas:

Col fior de fiori in mano
Il mio Lesbin rimiro,
A fior respiro e'l pastorel sospiro.
Il fior sospira odoris.
Lesbin respira ardori;
L'odor dell'un odoro.
L'ardor dell'altro adoro
Ed odorando ed adorando, i'sento
Dall'odor, dall'ardor, ghiaccio e tormento.

Con la flor de las flores en la mano miro á mi amado Lesbin; aspiro la flor y suspiro por el pastorcillo. La flor suspira olores, Lesbin respira ardores; aspiro el olor de la una y adoro el ardor del otro; y oliendo y adorando, siento hielo y tormento.

Aun se lee en Bolonia una inscripcion hecha en honor suyo, que comienza de esta manera: *D. O. M. Claudio. Achillino. loci. genio. e. suggestu. quid. supra. mortale. spirante. legum. scientifico. pariter. atque. ad. admirationem. facundo. interpreti. uno. jam. verbo. musageti. omniscio*, etc.

dosas cuestiones entre el padre Noris y el padre Macedo, entre Moneglia y Magliabecchi, entre Viviani y otros, principalmente Alejando Marchetti y Borelli. Sergardi llegó á las manos con Gravina; á Jacobo Torelli le cortaron los dedos en un ataque nocturno; el filósofo modenés Geminio Montanari, dió y recibió muchas estocadas, y sostuvo además con Rossetti infinitas cuestiones con respecto á los fenómenos capilares; lo mismo le aconteció al napolitano Antonio Oliva, que preso por pertenecer á una sociedad infame, llamada de los Blancos, y formada en Roma en tiempo de Alejandro VIII, se arrojó por una ventana después de haber sido puesto en el tormento.

Metáforas.—Habiendo confundido Marini en un soneto sobre los trabajos de Hércules, al leon de Nemea con la hidra de Lerna, resultó una cuestion más encarnizada que si hubiese versado sobre un dogma de religion. El autor se vió principalmente hostigado por el genovés Gaspar Murtola, secretario de Cárlos Manuel y autor del *Mundo creado.* Apareció entonces un curioso diluvio de epígramas, sonetos y libelos llamados *Murtoleidas* y *Marineidas,* que no eran otra cosa que groserias é infamias. Murtola disparó un tiro á su rival, pero no le hirió, y hubiera tenido que sufrir la muerte, si Marini no hubiese intercedido por él: esto no impidió á Murtola, á quien le pesaba semejante beneficio, acusarle de haber hablado mal del duque. Tomás Stigliani, de la Basilicata que se habia separado del buen camino para rivalizar en lo que se aplaudia entonces, aunque manifestando en el *Nuevo Mundo* las maravillas de una caprichosa imaginacion, comenzó á disparar sus dardos contra el poeta en boga, bajo el símbolo del *Hombre Marino*; el otro desahogó su cólera en sonetos titulados los Melindres (*smorfie*) y en una série de cartas; después en el *Adonis*; tanto que el ofensor asustado de una infame inmortalidad, concluyó por humillarse. Pero cuando murió su rival hizo una agria censura del Adonis en el *Anteojo* (*Occhiale*), en la que no se encuentra siquiera una crítica buena sobre una obra que tanto merecia, y todo el mundo se sublevó contra el audaz que se permitia lanzar piedras contra el altar (12).

Quedó siendo Marini para la posteridad el tipo del gusto dominante en el siglo XVII. Seria curioso buscar la causa que hizo general en toda la Europa la aficion á lo exagerado y pretencioso, tanto en la literatura como en las artes, hasta en paises donde no pesaban las miserias de Italia. La Alemania tuvo la escuela de Lohenstein, la Inglaterra, el eufuismo; la España los partidarios de Góngora; la Francia, el estilo de las preciosas. Tambien fué infestada la Italia; pero las fechas bastan para demostrar que si no imitó á las demás, no fué tampoco ella la que les enseñó el mal camino. Se han podido notar hasta en el correctísimo Petrarca afectaciones y antítesis ya de sentido, ya de palabras (13). Los imitadores que eligen siempre lo peor, se valieron de estos defectos para escusar los suyos y los hicieron mayores tanto más, cuanto que multiplicando los versos sobre afecciones que no sentian, tenian que suplir con el artificio del talento la frialdad del corazon. Tambien se encuentran huellas en los mejores autores del siglo XVI, y cada vez más á medida que se aproxima uno al XVII (14). El Tasso abunda en semejantes puntos, y Marini especialmente; y no sabiendo los

---

(12) En el prefacio del *Adonis,* donde este Hugo antiguo, á semejanza del moderno, explica su sistema, Marini deja comprender que muchos negaban su incienso al ídolo. Sin embargo, decia: «Entre tanto mis libros escritos contra las reglas, se venden á 10 escudos, y no todos los encuentran; y los libros regulares están recogiendo el polvo de las librerias. La verdadera regla, querido mio, es saber romper las reglas en tiempo y lugar oportunos, acomodándose á la costumbre y al gusto del siglo.» *Cartas,* 1,627, pág. 127.

---

(13) *Del fiorir queste innanzi tempo tempie,*
Morte m'ha morto, e solo può far morte...
Delle catene mie gran parte porto.

Ya hemos citado otros ejemplos suyos. Tomo VII, página 510.

(14) Se encuentra en Gerónimo Britonio, que existió en 1530, un soneto que Crescimbeni cita en su coleccion como bueno, y comienza de esta manera:

Nascon tanti pensier dal mio pensiero
Ch'io, per troppo pensar, non so che penso,
E' in tanti modi i mie pensier dispenso.
Che dar non so di me giudizio intero.

Tantas ideas nacen en mi imaginacion, que por pensar demasiado no sé lo que pienso: y dejo divagar mis ideas de tantas maneras, que no sé emitir sobre mí mismo un juicio completo.

Hay otro de Curcio Gonzaga, poeta de 1580, en la misma coleccion que principia:

D'un ghiaccio ardente e de un gelato foco,
D'un pianto dolce e d'un timor audace,
D'un desir folle, e d'un sperar fallace,
Mi nutrisco e consumo a poco a poco, etc.
Amaro amor m'aggira in pene e in gioco, etc.

Me nutro y consumo poco á poco con un temblor ardiente y un fuego helado, con dulces lágrimas y un temor audaz, con un deseo insensato y una esperanza engañadora. Un amargo amor me llena de penas y placeres, etc.

El Aretino está lleno de estos juegos de palabras; y tomando por ejemplo uno cualquiera, dice: «En mis capítulos que tienen el movimiento del sol, las líneas de las vísceras se señalan, los músculos de las intenciones resaltan y los perfiles de las afecciones intrínsecas se dibujan.»

Léese en Guarini.

Colei che ti da vita:
A te l'a tolta e l'ha donata altrui.
E tu vivi, meschino, e tu non morì?
Mori Mirtillo, mori...
Mori, morto Mirtillo, etc.

prosistas y los poetas oponerse, aunque no fuera más que por odio á los dominadores, á la invasion de la literatura española, siguieron á Marini y adoptaron la estravagancia ampulosa, la originalidad calculada, el retumbido de las palabras sonoras, en lugar de fijarse en las ideas y en los sentimientos. Pues de todas las corrupciones, la que más seduce es la de lo alambicado del pensamiento; y una vez aficionado, es difícil perder la costumbre de él, ó persuadirse de que es malo.

Entonces la geografía, la historia, el universo no existia más que para proporcionar el único botin que se deseaba, las metáforas; las frases, el color debian predominar en el fondo, y se buscaba la argucia como argucia, lo brillante por serlo así, considerándo sólo la grandeza de la imágen, y no su delicadeza. El talento era moda, y los grandes señores del estilo y de la metáfora, como los del mundo, ostentaban el oro en sus trajes cuando no tenian camisa. Teniendo, pues, horror á lo natural, descuidando la lengua aquellos talentos falsos y afectados, creian que lo amanerado era gracia, lo ampuloso sublimidad, la antítesis elocuencia, los juegos de palabras gentileza. Ocultaban bajo un conjunto de hinchadas frases la desnudez del argumento; batian en el yunque hasta que se calentaba. Fluctuando entre la afectacion insípida y la grosera trivialidad, consistia para ellos el talento en asociar las ideas más disparatadas; y como la vulgaridad se une perfectamente con el énfasis, no hubo imágen por descabellada y frívola que fuese, que no se ataviase de metáforas. Las estrellas se llamaron los *zequies ardientes del banco de Dios, y las claras antorchas de las exequias del dia;* la luna la *tortilla de la sarten celeste;* el sol, *un verdugo que corta con el hacha de sus rayos el cuello de las sombras;* y al Montcenis, cubierto de nieve, *el archipreste de los montes con cota blanca.* Ciro de Persia, llama á los cálculos de que padecia mármoles que nacian en sus entrañas para formar su sepulcro, Marini á los esputos *espuma de leche, copos de leche,* otro á los insectos que existian en la cabeza de una hermosa *caballeros de plata en campo de oro,* otro tercero comparaba las almas á caballos que concluida su carrera, encuentran en el cielo una *provision de eternidad, y una caballeriza de estrellas.*

Pcedicadores.—La peor ostentacion de aquellos indigestos adórnos apareció en el púlpito, donde se olvidó que la sencillez es el principal mérito de la elocuencia, lo que hizo se creyese que no podia alcanzarse sino apretando los puños y con los cabellos erizados. Los mismos títulos de los sermones de aquella época revelan aquella desgraciada mania (15). Las proposiciones eran de las más estravagantes. El uno encontraba en san

---

El que te da la vida te la ha quitado y se la da á otro, ¿y vives miserable, y no mueres? Muere Mirtil, muere... muere, muerto ya Mirtil, etc.

Y en otra parte:

> Cruda *Amarilli*, che col nome ancora
> *D'amare*, ahi *lasso*, *amarantnente* insegui.

Cruel *Amarillis*, con tu mismo nombre enseñas á *amar*, ¡ay! *amargamente.*

Y en el mismo Ariosto:

> *Il vento in tanto di sospiri, e l'acque*
> *Di pianto, facean pioggia di dolore.* XXIII, 8.
> *Con l'acqua di pietà l'accesa rabbia*
> *Nel cor si spegne.* XXIV, 34.
> *Gettano l'arme in fino al ciel faville,*
> *Anzi lampade accese a mille a mille.* Id. 100.
> *Baciò la carta diece volte e diece;*
> *Le lagrime vietar che su vi sparse*
> *Se con sospiri ardenti ella non s'arse.* XXX, 79.
> *Taglia lo scudo e sin al fondo fende.*
> *Il destrier punto, punta i pié á l'arena*, etc.

Entre tanto el viento de los suspiros y el agua del llanto, formaban una lluvia de dolor.

El agua de la compasion extingue en su corazon la ardiente rabia que le inflama.

Las armas despiden hasta el cielo chispas, ó más bien mil y mil lámparas encendidas.

Besó el papel diez veces y otras diez, y las lágrimas que derramó sobre él, impidieron que el fuego de los suspiros le abrasase.

Corta el escudo, etc.

---

(15) *La tirania del amor divino*, panegírico de San Felipe Neri por Altogradi. *El lirio odorífero* de San Felipe Benicio, por Luis Sesti. *La política del cielo en el sol y en las nieves de Cristo transfigurado*, por Alfonso Puccinelli... *La quinta real de la Virgen Maria, con una deliciosa habitacion para el Dios encarnado, y un palacio real adornado de pedrería, edificado sobre el salmo «Fundamentum ejus,»* por Lorenzo Cardosi. *La pintura de Timante*, por el padre Francisco Serafini. *El zodiaco cristiano enriquecido, ó los doce signos de la predestinacion divina, esplicados por otros tantos símbolos*, por el padre Jeremias Drexelio. *El faetonte arreglado* para san Antonio de Padua, *y el Eclipse producido por la muerte del sol de las grandezas*, oracion fúnebre de Felipe IV por el obispo de Nusco, Fulgencio Arminio Monforte. Javier Aciarelli, siciliano, nos dejó *El nuevo número de la fortuna, con la vela de la sagrada carta en favor de los mesineses.* Mesina, 1699, y *Las delicias del amor nazareno que resultan de cultivar en la tierra la primavera del paraiso*, discurso sagrado sobre santa Rosalia (Palermo, 1700).

Otros discursos más graves que los panegíricos padecen los mismos defectos. *Contrapunto cuaresmal, organizado por los Santos Padres, y entonado, como muestra de respeto hácia ellos y en beneficio de las almas, en diversas catedrales*, por fray Gabriel Serafin Boni de Luca.—*Paseo para mayor elevacion de los entendimientos, con contínuos ripios de invenciones, encadenamientos, contrastes de escritos escolásticos, políticos, historias, empresas, moralidades, etc., con afectos, adagios, proverbios, erudiciones, paradojas, apólogos, juegos, símbolos, similitudes, etc., capaces de servir en casos piadosos.* Luca, 1618.

José Bonatede, tambien de Luca, tiene el *Príncipe republicano ilustrado en el Tabor; El colombino amante de Jesus. A la inmortalidad del amaranto.*

Antonio, las metamórfosis de Ovidio; otro en Santo Domingo, los trabajos de Hércules. El milanés José María Fornara, probaba en sitete discursos, en *El nuevo sol de Milan oculto bajo el santo clavo,* que aquella reliquia es un sol que nace, que ilumina, que calienta, que seca, que corre, que descansa (16). El mismo orador demostraba, en el elogio fúnebre de Felipe IV, que aquel príncipe fué *magnum pietate et magnitudine pium.* Santiago Lubiani celebraba el «solsticio de la gloria divina. la cifra de la divinidad en el augustísimo nombre de Jesus;» y en san Ignacio la *espada inflamada* presentándole como «Hércules de Vizcaya, que lleva en las llamas de su nombre la armeria de los serafines, el séquito de los milagros espantosos en los rayos de la espada, en la cual podria esculpir más victorias que Roger en las suyas,» y se escusa de no póder ensalzar esto lo suficiente «porque le falta el algebra de lo innumerable.» En san Francisco Javier el *Arquimedes* apostólico; en san Francisco de Borja un santo *entre los grandes* y grande entre los santos, en san Luis la via lactea, la nieve mística, los reverberos luminosos de la sombra.

Fray José Pablo de Como comenzaba de esta manera su cuaresma: *Para reunir contra los vicios legionales de Satanas un numeroso ejército, la penitencia toca al tambor hoy por la mañana.* Su compatriota, el padre Manuel Orchi, *cuyo talento pasaba por más angelical que humano,* dice en el prefacio de sus sermones póstumos para la cuaresma que *serán la maravilla do todo el mundo* y que era maestro en el arte de reunir las cosas más disparatadas. Comienza con la imágen del pavo real, que después de haber ostentado la pompa de su cola sembrada de ojos, se mira sus patas y queda confundido de su deformidad. Pasa después á la manzana, en la que reconoce las figuras completas del cielo y del mundo; después al juego de pelota, al cesped de los prados; al saber de Tolomeo, de Tycho, de Fracastor, á Bucéfalo, en quien vuelve á encontrar la carne, no menos difícil que él de sufrir. En fin, deja á sus oyentes un *saludable bocado que mascar.* Hace otra vez el proceso al rico bajo todas formas, saca del juicio universal una tragedia regular con sus actos, coros é intermedios. Erige en la Pascua un arco de triunfo con ocho columnas, cuatro nichos, dos óvalos, un gran vacío en la cornisa, y entre ella y el arco un *campo en cuadro, pero no cuadrado,* de tal manera, que todo el sermon se pasa en edificar y esplicar.

Trozos de erudicion profana, citas, epígramas, sartas de proverbios, divinidades paganas y astrologia son los fundamentos de su miserable grandeza. En una parte habla de las *artificiosas vueltas de un ave;* en otra, de los gusanos de seda, *que comen con un sabor soporoso y duermen en un sabroso adormecimiento.* En otra, es *la Magdalena con la frente levantada, desvergonzado el rostro y el aspecto impudente;* pero al oir á Cristo, el *Austro lluvioso de una tierna compuncion se despierta en el medio dia de su corazon, y elevando los vapores de sus confusos pensamientos, condensa en el cielo de su talento las nubes del dolor.* Sin respeto á sí mismo, á sus oyentes, ni al mismo Dios (17), no piensa más que en la imágen y en la descripcion. Tan pronto compara al hombre á un órgano, como el pecador á una lavandera que «con los brazos desnudos, levantado el vestido, coge la ropa sucia, se pone de rodillas al lado de un arroyo, sobre una piedra inclinada, la empapa en el agua, la frota con sus puños, la golpea con la palma de la mano, la enjuaga, la da vueltas, la sacude, la recoge y la tuerce; luego hace en una tina al calor del fuego una fuerte legía con agua y ceniza, y la echa en aquella hirviente composicion. Vuelve de nuevo al trabajo, redobla la fuerza de sus brazos, la de sus manos, no menos liberal de sudor que de jabon; y en fin, dirigiéndose á la cristalina agua, con cuatro frotaciones, tres sacudidas, dos enjuagaduras y una torcedura, deja la ropa más blanca y limpia que nunca.»

Poco faltaba para que sus numerosos oyentes se pronunciasen en aplausos; así es, que en el momento de dejarlos les *habla de su amor, que en pocos dias se ha hecho gigante; pues su atencion fue su nodriza, ella le envolvió y le adormeció; perdiendo después la costumbre del pecho de su madre por el áloe de una amarga marcha, se hartará con el sólido manjar de una afeccion compacta.* Sigue después el deseo de volver á verlos, *que es una preñez madura, tanto, que sufrirá los dolores del parto hasta que la gracia del cielo le sirva de Lucina para dar á luz una nueva cuaresma.*

Es cierto que no todos los contemporáneos de Segneri deliraban hasta este grado (18), pero no

(16) Encuéntrase tambien en San Francisco de Sales, un capítulo titulado: *De como el monte Calvario es la verdadera academia del amor.*

(17) «¡Oh, esclama Dios, vas á hacerme ahora encolerizar!—Pero, señor, ¿á qué juego jugamos? ¡Oh señor, á vuestras espensas habeis aprendido á portaros de esta manera! ¡cuántas veces se han burlado de vos!»

(18) No solo sucedia esto en Italia: Ulrico Megerle, llamado Abraham de Santa Clara (1642-1709), es célebre bajo este aspecto en Alemania. De él es, dicen, de quien Schiller ha tomado el discurso que pone en boca de un capuchino, en el *Campo de Wallenstein.* Al presentarse, en la guerra de los Treinta Años en las tiendas de los católicos, en las que se bailaba y se ostentaba la licencia, el religioso esclama:

«¡Oh! ¡oh! tra-le-ra-la: ¡bravo! ¡muy bien! cómo va. A fé mia, que me llamo á la parte. ¡Qué vergüenza! ¿es esto un ejército de cristianos? ¿ó somos turcos ó anabaptistas? ¿Es así como os reís del domingo? ¿Creeis que el Señor tiene las manos dormidas y no sabrá castigaros? ¿Os parece que sea éste el momento á propósito para glotonear y empinar bien y brincar? *Quid hic statis otiosi?* ¿Qué haceis ahí rascándoos la panza? La guerra hace diabluras y el ejército no piensa más que en hartarse; busca las botellas y no las batallas, los pollos y no las balas, y en lugar de se-

hay duda en que pensaron más en el efecto que en los resultados (19). Las escuelas y las academias contribuian, por lo demás, á formarlos de aquella manera: la mayor parte del tiempo se proponian argumentos inútiles, especiosos, paradójicos, con frecuencia absurdos, por ejemplo, que el vicio y la virtud no pueden ocultarse; ¿qué es mejor para una mujer vieja, haber sido en su juventud hermosa ó fea?—Otras veces eran arengas sobre asuntos puramente de invencion, embajadas supuestas, acusaciones y defensas, por crímenes imaginarios, y por esto mismo extravagantes; tésis en pro y en contra, y siempre atacando por los costados para hacer ostentacion de talento.

Hasta el título de aquellas ridículas colecciones brillaba con el mismo oropel: *Los arroyuelos del Parnaso, Los que huian de la ociosidad, Los eclipses de la luna otomaua.* El milanés Carlos Pietra Santa hizo *Los abortos de Clio;* el veneciano Marcos Boschini compuso en cuartetos: *La carta de la navegacion pintoresca... dividida en ocho vientos, por los cuales la nave veneciana es conducida al alta mar de la descripcion, como dominadora absoluta, ó la confusion de los que no comprenden la brújula.* El sienés Angel Aprosio publicaba un diccionario de seudónimos, bajo este título: *La visera levantada, hecatoste de escritores que, deseosos de ir enmascarados cuando ya no es carnaval, son descubiertos por,* etc.

Aun más, los mismos sabios no estaban exentos de esta mania en aquella época. Torricelli dice que «la fuerza de la percusion gana en la escena de las maravillas la corona de príncipe;» y que «el célebre Galileo hacia esta alhaja para enriquecer el collar de la filosofia toscana.» Montanari dió por título á un tratado contra la astrología *La caza de noche;* á otro sobre el rayo, *Las fuerzas de Eolo;* á un tercero sobre las monedas, *La moneda en consejo de Estado.* Manuel Tesauro, el Marini de la prosa, escribió en aquel estilo un tratado bastante largo de filosofia. El padre Lana compuso uno *sobre la belleza desnuda, en la que se descubren las del alma* (Brescia, 1681); cada capítulo presenta una metáfora: *la reina en el balcon,* quiere decir, el alma que deja conocer á la vista sus bellezas. *Los brevajes amorosos hechos beber á la esposa por su servidor para inclinarla al adulterio;* quieren decir los placeres del cuerpo que arrebatan el alma á Dios, y así sucesivamente (20). Las disertaciones académicas y las tésis estaban más llenas aun de metáforas (21).

Una miserable charlataneria presidia, pues, como acontece comunmente, á los funerales de la literatura y de la nacion. No se puede decir que la moda los cegase hasta el caso de no dejarles conocer su delirio; pues el jesuita Ginglaris, que en sus sermones no cede á nadie en enormidades de este género, ha escrito en un estilo prudente y correcto *La escuela de la verdad abierta á los príncipes.* Tambien escribian con pureza los que tenian menos arte en su estilo; lo que prueba, que con respecto á éstos sucede lo que con la moral, en que para ser malo es preciso esforzarse. Galileo escribió con claridad, elegancia y fuerza, emancipándose de los métodos áridos de la enseñanza; y se atribuia aquella claridad á la continua lectura del Ariosto. Las esperiencias de la academia del Cimento están espuestas de una manera clara y segura, en la que la elegancia se asocia á la filosofia. En el número de sus miembros se encontraba Car-

---

guir sus banderas, corre detrás de las cantineras. ¡Qué época de desolacion esta! Funestas señales aparecen en el cielo: el Señor ha estendido sobre las nubes el manto sangriento de la guerra, y tiene en la mano un cometa como una hacha amenazadora. El arco de la Iglesia nada en la sangre; el imperio romano se hunde, aunque Dios le protege. El *Danubio* se convierte en un rio de *daño,* las puertas de los *monasterios* no están ya *enteras,* todos los conventos están abiertos á todos los *vientos;* las *iglesias* se han convertido en *recintos;* de los bienes del clero no queda mas que *cero.* ¿De dónde procede todo esto? Voy á decíroslo. Vuestros vicios son la causa, vuestros pecados, la abominacion, la idolatria de los soldados y de los oficiales: porque el pecado es un iman que atrae el hierro de la guerra sobre un pais. La mala suerte sigue siempre á la mala vida, y el que corta la cebolla está seguro de llorar. Una cosa sucede á la otra, como la *ó* sigue á la *a. Ubi erit victoriæ spes si offenditur Deus?* ¿Cómo conseguir la victoria, si se abandona la sacristia para vivir en la taberna? La mujer del Evangelio encuentra el dinero perdido; Saul halla las burras de su padre, y José á sus hermanos; pero el que busca entre los soldados la buena conducta, el temor de Dios y la honradez, seria buscar á Maria en Venus, y no la encontraria, aun cuando encendiera cien fanales... ¿No es uno de los mandamientos no jurar el santo nombre de Dios en vano? ¿Pues dónde se oye jurar mas que en el campo de Friedland? Si las campanas del pais tocasen cada vez que decis *cuerpo ó sangre (son juramentos),* pronto se acabaria con los campaneros.

(19) Se lee en el *Diario di Roma* de 1640 á 1650 las siguientes líneas de un rígido católico:

«Con la cuaresma, la comedia concluye en las casas y en las salas de espectáculos, y comienza en las iglesias y en los púlpitos. La sagrada mision de la predicacion sirve para satisfacer la sed de celebridad ó adulacion; se enseña la metafísica, que el predicador entiende poco y que los oyentes no comprenden absolutamente nada. En lugar de instruir y corregir, se pronuncian panegíricos, con el único objeto de hacer carrera. La eleccion del predicador no depende del mérito sino del favor.» En el *Diario napolitano* de Zazzera tan citado, leemos (diciembre, 1616): «Su escelencia fué en carroza con su mujer á San Lorenzo, donde se cantó la misa con música, y predicó el padre Aquilano sus acostumbradas chanzas.

(20) Hasta el célebre Lancisi en 1720 publicaba en Roma *De natura et presagio Dioscurorum nautis in tempestate occurrentium;* cuyos Dioscuros son las parótidas críticas que aparecen en las fiebres malignas.

(21) En la Universidad de Turin Juan Andres Negro, canditato en leyes, sostuvo por espacio de quince dias novecientas noventa y nueve tesis dialécticas, físicas, mágicas, médicas, filosóficas, teológicas morales, de derecho civil y canónico y de matemáticas. Pio Appiani en nueve dias defendió cuatrocientas proposiciones legales.

los Dati, que revisaba las obras de todos los sabios antes de imprimirse. Fué buscado por Cristina de Suecia y por Luis XIV. Aun podrian designarse en Florencia algunos escritores exentos de las ambiciosas miserias de aquella época.

Gramáticos.—La Crusca continuaba sus útiles trabajos, y unos se dedicaban á estudiar los clásicos, otros á censurar ó á alabar las obras nuevas. Buommattei fué el primero que publicó en 1643 una gramática toscana. Celso Cittadini, hombre muy docto (1553-1627), buscó el origen de la lengua toscana. El padre Mambelli, jesuita de Forli (1644), dió á luz con el nombre de Cinonio sus *Observaciones sobre la lengua latina*. Daniel Bartoli escribió para defenderse de las críticas verdaderas ó supuestas, dirigidas contra él, la *Ortografía italiana* y el *Derecho y culpa del esto no se puede*; obra en la que emprendió probar con exageracion que no hay regla de gramática sin ejemplo en contra; y como no indaga si los ejemplos proceden de incorrecciones en el texto, ó si es necesario deducir las reglas de un principio más extenso, conduce á sus lectores al escepticismo. Benito Fioretti, de Pistoya (1579-1642), que tomó el nombre de Udeno Nisieli compuesto de tres lenguas (οὐδενος, *nisi*, *Eli*), y que indicaba que no pertenecia á nadie más que á Dios, hizo oposicion á la Crusca, y se declaró en contra de la desusada prolijidad de los autores. Muestra en los *Progymnasmates* un estilo bastante filosófico. Algun tiempo después (1758) publicaba el bolonés Corticelli una gramática y *cien discursos sobre la elocuencia toscana*, deduciendo las reglas del uso, pero no adoptando como tal, sino el de los clásicos, el de los escritores del siglo XIV casi exclusivamente; publicó tambien una edicion de Boccacio libre de los pasajes escabrosos. Las reimpresiones de Boccacio se multiplicaban á la par que los comentarios sobre sus escritos. Leonardo Salviati (1589), cónsul de la academia de Florencia, buen escritor, aunque la manera baja con que persiguió al Tasso le haya deshonrado, formuló en sus *Advertencias sobre el Decameron*, prudentes reglas sobre el modo de escribir correctamente.

Alejandro Tassoni comentaba á Petrarca sin parcialidad; las *Observaciones sobre el estilo*, de Esforcia Pallavicino, son á veces muy sutiles, pero con frecuencia muy convenientes: Jacobo Mazzoni, de Cesena, se eleva en la *Defensa de Dante* á generalidades estéticas muy notables. Gerónimo Gigli, de Siena (1660-1722), chistoso en las reuniones y en las comedias caseras, adaptó en el *Pirlone* el argumento del *Tartufe* á la sociedad italiana, y de una manera tan viva que provocó quejas oficiales. Publicó en Roma las obras de santa Catalina, con un vocabulario de las locuciones empleadas en ellas, y del que se sirvió para atacar la Crusca y todos los florentinos sin perdonar á los príncipes. Estos se vengaron, y quemado el libro por el verdugo, se sentó en el Indice en Roma. Gigli se retractó.

Miguel Angel Buonarrotti, el jóven (1646), admira á Petrarca; pero aquella admiracion no le preserva del mal gusto entonces en boga. Se espresa en estos términos con respecto al soneto del poeta *Amor que vive y reina en mi pensamiento:* «no encontrareis malo, muy corteses académicos, que me atreva á hablar de un asunto tan elevado; no me acusareis de locura y de temeridad cuando para obedecer al que me lo ha mandado y podia hacerlo con justicia, me he embarcado (*impelagato*) para tan grande viaje en un mar tan peligroso, en medio de la ola de una alabanza incierta, blanco de los vientos de la ignorancia y del vituperio, que podian sumergirme mientras que bogara débilmente con la navecilla de mi pobre talento.» Se creia obligado á hablar de aquella manera delante de los sábios; pero cuando empleaba el lenguaje del pueblo, volvia á la naturaleza, y no se encuentra una falta que manifieste aquella peste de mal gusto en sus comedias de la *Tancia* y de la *Fiera* (22), escritas espresamente para intercalar en ellas infinidad de términos populares, que no se encuentran en los libros, y de los que la Crusca queria tener ejemplos para su vocabulario.

Hasta extranjeros se ocuparon de la lengua italiana, entre otros Menage, que ayudado por Redi y Dati, buscó las etimologias, algunas estravagantes, todas sin sistema. El abate Regnier Desmarets tradujo el *Anacreonte* al italiano, y mereció ser contado entre los miembros de la Crusca. Tenemos tambien versos italianos de Milton y de Voiture.

No era, pues, ni por ignorancia ni por descuido por lo que se incurria en aquella afectacion pomposa del siglo XVII. Nos atrevemos tambien á decir que la atencion se dirigió entonces por primera vez sobre el artificio del estilo italiano, y se dedicaron á modular el período, á calcular las cadencias y á decir las cosas lo mejor posible. Algunos de los escritores anteriores pretendian imitar á los latinos dando á la frase giros forzados; otros escribian con naturalidad sin el menor artificio. Maquiavelo no se cuida de la eleccion de las palabras; el estilo de Varchi es cortado, el de Bembo contorneado, el de Guicciardini jadeante: los demás escritores del siglo XVI tienen períodos enredados, miembros cortados, espresiones incompletas é imágenes sin precision. Apenas se puede esceptuar al majestuoso Della-Casa, al claro Anibal Caro y al amable Firenzuola, que declaraba haber «hecho uso siempre de términos y métodos de hablar vulgares, gastando las monedas corrientes y no las piezas muy usadas.» (23) Entonces el período llegó á ser una ciencia, y á falta de otros autores citaremos á Bartoli y á Pallavicino, maestros supremos en los artificios del estilo.

---

(22) Tiene veinte y cinco actos, y se representó en cinco dias en 1611.

(23) *Diálogo sobre la belleza.*

Bartoli.—El primero (1608-1685), después de haber predicado en diferentes paises, fué llamado á Roma para escribir la historia de la Compañia de Jesús. En lugar de adaptarla á la forma de anales, la distribuyó segun las provincias, India, Japon, China, Inglaterra, Italia. Nadie puede encontrar en ella una sombra de crítica, de pensamientos ó de afectos, por lo cual nos guardaremos bien de colocarle entre los historiadores. Sólo es de admirar en él la esposicion; pero esta es toda «oro molido y perlas líquidadas.» Todo lo dice por medio de frases; y abunda en descripciones, algunas de las cuales son verdaderamente admirables, pero sin sentimiento ni espontaneidad. El todo deslumbra, pero cansa aquel estilo peculiar suyo, aquella superabundancia de modos, sutilezas y conceptos, cuyo número fatiga y cuya novedad es superficial. Se ha desenterrado últimamente del olvido á este escritor, cuyas ediciones y estractos se han multiplicado; pero el sufragio de sus admiradores no han podido mantenerle en crédito en un siglo en que se estima más la fuerza que el adorno (entre los buenos autores se entiende), y en el que es una falta decir en dos líneas lo que se puede decir en una. Sus composiciones históricas esceden con mucho á sus obras morales, á saber: *El recreo del sábio. El literato, Los símbolos trasportados á la moral, La pobreza contenta, La eternidad consejera.* Reina en ellas un tono escolástico y declamatorio, á cuyo fastidio se unen multitud de espresiones alambicadas. Con respecto á sus obras científicas sobre el hielo, la tension y la presion, sobre el sonido y la audicion, son tésis peripatéticas, indignas de darse á luz después de Galileo.

Pallavicino, 1607-1667.—Ya hemos hecho justicia á la *Historia del concilio de Trento*, por Pallavicino, que, cuando abandona la fastidiosa polémica, puede servir de modelo en el estilo á los que se contentan con una florida medianía. Después de la primera edicion, corrigió con cuidado, bajo el aspecto del lenguaje otra nueva, con el objeto de poder ser citado por la academia de la Crusca, «honor que estimaba tanto como el cardenalato.» Publicó tambien un *Tratado del bien* en forma de diálogo, y otro sobre la *Perfeccion cristiana*, de sencilla locucion. Refutó en latin las diatribas de Julio Scotti contra los jesuitas, en la *Monarchia solipsorum*; en fin, después de haber emprendido la vida de Alejandro VII, la interrumpió cuando vió á éste mismo pontífice inclinarse al nepotismo que habia al principio reprobado. Condecorado con la púlpura, conservó la sobriedad del religioso.

Segneri.—Pablo Segneri (1624-1694), jesuita tambien, no incurre en la superabundancia de los escritores anteriores. Su estilo es siempre fluido (otro tanto quisiéramos poder decir de los pensamientos), y tan distante de la aspereza de los predicadores del siglo XVI como del énfasis de los del XVII y cuando se muestra sóbrio de palabras, quita la esperanza de hacerlo mejor. Lleno de talento, de doctrina y arte, muy delicado en conocer el número oratorio, siempre animado, simpre claro, á veces hasta sencillo y conciso, otras se abandona á los defectos de la escuela, á giros de retórica, incurre en el énfasis por sostener la vivacidad del discurso; emplea con profusion las figuras de retórica, los suspensiones, las retractaciones, las reclamaciones, las antítesis y las formas dialécticas. Mucho se podria hablar sobre el fondo de aquellas reiteradas citas, de aquella costumbre de atormentar las textos para hacerlos recaer en sus alusiones y falsificar la historia para sacar ejemplos, y tambien por sus proposiciones unas veces falsas, otras pueriles ó defectuosas. Hablamos de su cuaresma, pues en los *Panegíricos*, la obligacion de ser florido le precipita en el mal gusto, al paso que en algunas obras de edificacion doméstica, como en el *Cristiano instruido* y en el *Maná del alma*, es un modelo de clara esposicion. Sus métodos fueron adoptados en las misiones, como tambien sus *Laudes*, fáciles de cantar y de comprender.

Varios escritores trataron de la moral, pero sin producir nada nuevo ni digno de alabanza. Se alaban los *Diálogos* del Tasso; ¿pero quién los lee? ¿Quién conoce de otra manera que de nombre, *La nobleza en las mujeres*, de Domenichi, la *Educacion de las mujeres*, de Dolce, la *Filosofía moral*, de Antonio Bruciati, las *Advertencias morales*, de Muzio, la *Ginipedia*, de Vicente Nolfi, y otras obras por el estilo? El amor y el honor son por lo regular sus argumentos: el uno se encuentra sutilizado platónicamente, y en su consecuencia, no puede aplicarse á la vida social ni á la historia; el otro es la quinta esencia de las sutilidades de la época, y está resumido en la ciencia llamada de la caballeria, de la cual poseemos varios tratados.

Octavio Ferrari, de Milan (1607-1682), profesor de elocuencia en la biblioteca Ambrosiana, después en Padua, ejercitaba su facundia en alabar á los príncipes que le remuneraban. Su patria le asignó un sueldo en la cualidad de historiógrafo; pero era demasiado tímido, tal vez para semejante tarea, y no terminó nada ocupándose con preferencia en redactar enfáticamente cumplimientos académicos. Adelantó más en las antigüedades y en la indagacion de los orígenes de la lengua italiana, aunque nunca la usó en sus escritos.

Magalotti.—El romano Magalotti (1637-1712), educado en Toscana, donde le detuvo la admiracion que manifestaban á su talento, escribió sobre mil asuntos, hizo relaciones de sus viajes y de los de los demás, y la *Historia de la academia del Cimento*. Aficionado á Saint-Evremond, le tradujo, y quiso imitar su filosofía espiritual, alegre y enteramente mundana. Muy apegado á los olores, hablaba y escribia sobre ellos con placer. Encargado de varias embajadas, se dió siempre tono de gran señor; llamado después á Florencia, no pudo acostumbrarse á vivir en una ciudad en la que todo le parecia inferior á su mérito, y por despecho se hizo sacerdote de la Oratoria. Pero pronto se arrepintió, se salió de la órden, y se retiró avergonzado al

campo para volver después á la corte. Escribió contra los ateos, ó más bien contra los indiferentes las *Cartas familiares* (24), «obra sistemática y profunda, y la escrita con más conciencia, de las que han salido de las prensas de Europa, sobre este asunto.» GENOVESE. La coleccion de canciones, titulada *La dama imaginaria*, procede de la cabeza y no del corazon (el título ya lo indica); el mismo Filicaja escribia al autor: «Noto en vuestros versos tal profusion de talento y hermosas ideas, que no sé cómo podreis libertaros de la acusacion de indigno disipador, no conociendo la moderacion, y queriendo siempre hacer en grande las cosas más pequeñas: haceislas crecer de tal manera, que de enanas pretendeis convertirlas en gigantes.»

Boccalini.—Hay mucho mérito en la historia del cardenal Bentivoglio, como tambien en sus cartas, pero cansan por su simetria y ostentacion. Las *Novelas* (Ragguagli) *del Parnaso* de Trajano Boccalini (1556-1613), ofrecen una invencion original, que después se ha imitado con frecuencia; la monotonia de las formas se encuentra indemnizada con la variedad interior, que consiste en sentencias pronunciadas por Apolo sobre los literatos, los hombres, los acontecimientos, y principalmente sobre la política. El liberalismo de los italianos de entonces consistia en odiar á la España, y Boccalini es su representante. Escribiendo en Venecia, baluarte de la independencia italiana, declama contra el espíritu militar y la perfeccion de las armas; elogia á la libertad, sin perdonar la insolencia de los nobles venecianos con respecto á los ciudadanos. Los mismos sentimientos respiran la *Piedra de toque* y los *Comentarios* sobre Cornelio Tácito; observaciones políticas á la manera de Maquiavelo, donde trata de hacer que agraden las materias de Estado, y enseña los medios de cortar la cadena fabricada por los españoles para avasallamiento de la Italia. «Pero en lugar de maldecir, se queja con amargura; hiere, pero sin destrozar: escitó, sin embargo, la indignacion, y fué de tal manera apaleado en un ataque nocturno, que murió de él.»

Salvini.—Antonio Maria Salvini, de Florencia (1653-1729), animado al estudio de las bellas letras por Redi, aprendió varias lenguas, y tradujo sus mejores poetas y prosistas. Dió principalmente á luz una version literal de Homero, tarea desacreditada por aquellos que habiéndole sucedido se han servido de ella para escederle. Muy buscado en la alta sociedad y en las academias, compuso para estas últimas muchos discursos y lecciones, principalmente en italiano. En efecto, era de los más hábiles, y no sólo reproducia las buenas maneras de los escritores del siglo XIV, sino que añadia nuevas riquezas tomadas de los clásicos extranjeros, recogiendo cada vez más otras de boca de sus compatriotas; así fué que mereció ser contado entre los escritores citados por la Crusca. Sus discursos académicos no son dignos de alabanza sino bajo este aspecto; pues por lo demás, son siempre ligeros, vacíos y hechos de prisa; no da razones de sus argumentos, y se contenta con citar dos ó tres autoridades. A lo más son artículos de periódico. Hay mucho que aprender en sus comentarios sobre el *Malmantile*, la *Tancia* y la *Fiera*.

Tassoni.—Alejandro Tassoni de Módena (1565-1635), se atrevió, siendo aun jóven, á combatir á Aristóteles como retórico (25), y á Petrarca como poeta; pensador original, carácter fuerte, gramático sutil y nada pedante, supo conservar el buen gusto en un siglo que le tenia perdido, y no contaminó con sus conceptos la gracia fácil ni la festividad. Con su humor jovial cantó el *Cubo robado*, no proponiéndose más que escribir una obra literaria; se rie de la libertad de la Italia, de sus incesantes y frívolas guerras: para hacer reir no se desdeña de emplear frases obscenas, y á veces hasta imágenes lascivas, y el poeta que se burla de los cadáveres

(24) Magalotti describe de esta manera á su conde, al que no asigna nombre: «Teneis dinero, nobleza, juventud, vigor, valor y conducta. Sois amado de vuestro señor, estimado de vuestros generales y cortejado de las damas .. añadid á esto la mesa, el juego, las sociedades, las diversiones, los placeres y la felicidad. De aquí procede que si haceis una campaña, todo os es favorable, porque siempre obrais como debeis; si os batís en desaño, salís siempre ventajoso, al menos así ha sido hasta ahora. En el invierno, si hay que hacer alguna accion brillante, sois siempre el primer llamado. Vais, batís al enemigo, volveis, proveeis de chales á las damas de N. Si os poneis á la mesa con mucha gente, de repente se habla de religion. Si oís hablar á alguno con poco respeto de ella; á otro, que la echa de libertino, referir con burla un pasaje de la Escritura, ó alguno, que quiere pasar por filósofo, hacer resaltar la comparacion con la corrompida razon natural, os reís, aplaudís; y todo lo que necesitarian las exigencias de vuestro corazon siendo de vuestro gusto, el placer que encontrais os sirve de persuasion, sin que lo conozcais. Sin embargo, bebeis y comeis alegremente, os levantais de la mesa hinchado de vino, concupiscencia y vanidad, y volveis á vuestra casa á las dos de la mañana. Levantais la mano por nada y maltratais al page que no acude pronto á alumbraros, al criado que se adelanta soñoliento. De cuando en cuando blasfemais para manifestar energia. Os meteis en la cama, y para conciliar el sueño, leeis un capítulo del *Tratado teológico-político*, ó del *Leviatan*; y diciendo pronto que tiene razon, os poneis á pensar antes de dormiros en Alejandro y César, que á lo más debian ser poco más ó menos como vos, pero ciertamente no más. Dormís hasta el mediodia, vais á la iglesia á ver á la alta sociedad, afectais sobre todo irreverencia, en atencion á que segun vuestro parecer aumenta la idea que se puede tener de vuestro talento, de vuestra elegancia, de vuestro valor; sólo en este caso, puedo decir que os alegrais de que haya una religion en el mundo para manifestar que no os importa. Estos son ciertamente los fundamentos de vuestro ateismo.»

(25) «Quiero decir novedades, porque este es mi objeto; y pido parecer á mis amigos, no para que me adviertan lo que he dicho contra Aristóteles, sino para que me enmienden si he dicho tontunas.» A. CAMILO BALDI.

no puede agradar sériamente. Sufria, sin embargo, hostil como era á los españoles, como todos los pensadores (26), las consecuencias de aquellas animosidades municipales tan frecuentes. Una de sus mejores ocurrencias, fué la de hacerse pintar con un higo en la mano, como la única recompensa que habia recibido de las cortes que habia adulado.

Bracciolini.—Francisco Bracciolini, de Pistoya (1566-1645), en su poema *lo scherno degli Dei*, quiso mofarse de los dioses en que no creia, como Tassoni de las épocas que ya no existian. Suscitóse una grande discusion por saber cuál de los dos habia inventado el género heroico cómico. Ni el uno ni el otro, dirá el que haya leido el *Morgante*, el *Orlando furioso* y el *Orlando amoroso*. Bracciolini, riquísimo de modos y lleno de franqueza, compuso tambien varios poemas, entre los cuales existe *La cruz reconquistada por Heraclio*, y pasa por el mejor después del del Tasso.

Aquella época fué desgraciadamente fecunda en epopeyas heroicas, morales, sagradas, cómicas, olvidadas enteramente en el dia. Exceptuamos, sin embargo, á Lorenzo Lippi (1606-1664), pintor florentino, que escribia en verso como hablaba, pintaba como veia, qué se hizo admirar tanto en uno como en otro arte por su habilidad en describir la naturaleza sin unir el mérito de la eleccion y de la disposicion. Difícil seria decir el argumento y objeto de su *Malmantile*; sin embargo, se lee con gnsto, como se escucha á un buen hablador florentino.

El *Ricardito* (*Riciardetto*), de Nicolás Fortiguerra, es una obra escrita con pureza, pero sin elegancia; en cada canto sólo tardaba un dia, y sólo trató de hacer reir con gracias estravagantes é irracionales. Francisco Redi de Arezzo, que supo de todo, compuso hermosísimos sonetos, y principalmente el *Bacco in Toscana*, que fué el primer ejemplo de brindis entre los modernos, y no ha sido igualado, aunque muchas veces haya sido imitado. El hermoso estilo, que es el que eterniza las obras, le falta al modenés Fulvio Testi, que con frecuencia pone en verso una moral propia de un sermon; pero la gracia y la facilidad hacen agradable su lectura.

Chiabrera.—*La poesia tiene obligacion de causar sorpresa. Quiero como mi compatriota Colon encontrar un nuevo mundo ó ahogarme.* De esta manera se espresaba Gabriel Chiabrera, de Savona (1552-1637), que acusando á los poetas de timidez, se elevó á las grandes imágenes y á las espresiones figuradas; ensayó metros nuevos y compuso palabras, guiado por un esquisito sentimiento musical para comprender las armonias propias de la poesia italiana. Pero si se le compara con Anacreonte y Píndaro, no se hallará en él la gracia inefable; y aunque imita la flexibilidad y riqueza de epítetos del segundo, no tiene la union que aquel establece entre sus imágenes; por lo demás sus contínuas alusiones mitológicas parecen mucho más frias de lo que son, porque no están escusadas por la necesidad de alabar á algun oscuro combatiente. Dió á la lengua construcciones nuevas, pero algunas veces impropias, imitando las antiguas formas, en lugar de haberlas tomado de las locuciones populares.

Durante una pacífica vida de ochenta y cinco años, continuó hasta el fin componiendo versos en mayor cantidad que ningun poeta italiano, y la mayor parte en alabanza de príncipes que no merecian su entusiasmo. Nos limitaremos á citar diferentes piadosos discursos en prosa; varios dramas escritos para ser puestos en música, cinco poemas épicos y varios pequeños poemas, en los que no se encuentra ni el mérito de la regularidad ni el de la imaginacion. Sus sermones del género intermedio son de los mejores que posee la Italia. Notables bellezas brillan en la multitud de sus poesias líricas; pero en realidad no se encuentra nada grande, nada que proceda de una conviccion íntima, y nadie puede decir de memoria una de sus odas.

La Arcadia.—La academia que Cristina de Suecia abrió en Roma en su palacio, fué por espacio de algun tiempo el punto de reunion de los buenos talentos. Allí se reunian Noris, después cardenal; Angel della Noce, arzobispo de Rossano; José Maria Suarez, arzobispo de Vaison; Juan Francisco Albani, que después fué papa con el nombre de Clemente XI; Manuel Schelestrate, obispos, prelados; Esteban Gradi, bibliotecario del Vaticano; Octavio Falconieri, á quien la reina dió por un panegírico un collar de oro de mil zequíes; Dati, Borelli, Menzini, Guidi de Pavia y el florentino Vicente Filicaja, que cantó:

La gran Cristina, dal cui cenno pende
E per cui vive e si sostien la fama;
Lei che suo regno chiama
Quanto pensa quant' opra e quanto intende.

La gran Cristina, de quien pende, y por quien vive y se sostiene la fama, ella á quien apellida su reina todo lo que piensa, obra y comprende.

Añádase á esta lista el mediano poeta Juan Maria Crescimbeni, de Macerata (1663-1728), que escribió la *Historia de la poesta en lengua vulgar*, cuya obra está descrita sin orden ni seguridad de gusto, en un estilo prolijo y que no tiene valor sino por las cosas nuevas, en bastante número, que dió á luz. Asombrado de la infinidad de poetas ilustres de su tiempo, desesperando poder hablar de todos y temiendo el resentimiento de aquellos cuyos nombres omitiese, en presencia de varios testigos encerró en una urna todos sus nombres y sacó á la suerte los que debia citar, haciendo un protocolo regular de todo esto (27). Después de la muerte de

(26) Se le atribuyen algunas *Filípicas* contra España y las *Exequias de la Monarquia española*.

(27) Véase *Introduccion á la historia de la poesia vulgar*.

Cristina, pensó en sostener la reunion de aquellos hombres de mérito, instituyendo la academia de los Arcades, que es la más célebre de Italia, por sus servicios y por lo que se le ha denigrado. Los catorce fundadores de aquella academia tuvieron su primera sesion en 5 de Octubre de 1690, en San Pedro Montorio; después se reunieron en los jardines Farnesio, en el monte Palatino; Juan V de Portugal dió después una suma para comprar un lugar conveniente, que fué el bosque Parrasio, sobre el Janículo.

Pronto se aumentó el número de los miembros y el de los corresponsales de aquella academia, y hubo colonias en todas las partes de Italia. Debia representar una nueva Arcadia; á todos los miembros se les habian asignado nombres de pastores y posesiones, mezclado todo de ideas campestres y pastoriles análogas al caso. Tenia por símbolo la flauta de Pan, sus archivos por granero, su presidente por custodio, y contaba los años por olimpiadas. Su objeto era estirpar el mal gusto. Pero si procedia del divorcio de la idea y de las palabras, ¿cómo esperar algo de personas que se reunian para recitar versos escritos para ser recitados? Corregíase, pues, el énfasis, pero para incurrir en lo artificial, y no en lo natural. Vicente Leonio de Espoleto, fué uno de los primeros que en la Arcadia combatió las metáforas, y restauró la fama de Petrarca, del que se habia aficionado, hasta el grado de salirse fuera de la puerta Angélica á leerle á su gusto y satisfaccion; después se creyó dar un gran paso sustituyendo á la imitacion del Petrarca la de Constanzo.

De esta manera reemplazaba la languidez á las convulsiones, pero de todos modos se habia dado el paso para corregirse; y los más distinguidos entre los que hemos nombrado introdujeron un método más original que el de los escritores del siglo XVI.

Filicaja.—El florentino Vicente Filicaja (1642-1707) fué superior á sus contemporáneos en nobleza de sentimientos, en vigor de imaginacion, en inspiracion religiosa y patriótica; se ve que habla de corazon, sin recurrir á las alas de Píndaro y de Chiabrera. Se sienten en el fondo del alma sus adioses á Florencia, se oye la voz de la Europa en las odas que dirigió al emperador, al duque de Lorena y á Sobieski, con motivo del sitio de Viena; se oyen los gemidos de toda la Italia, destrozada por la guerra de sucesion, en su soneto tan célebre sobre este asunto. Pero no sostiene con bastante arte sus principios llenos de nobleza; ignora la gracia, y se sujeta demasiado á generalidades, como un hombre que teme descontentar á los pueblos ó á los reyes.

Guidi, 1650-1717.—Muchos fueron superiores á él y á Chiabrera, como Carlos Guidi, de más imaginacion, y más seguro y feliz en el uso de la lengua. Dice que cuando se le aparece la grandeza, escribe los *himnos, hijos inmortales de su alma*; pero no encontramos en ellos ni asuntos de gran interés, ni veracidad en el sentimiento: adula con mucha frecuencia y se complace en que:

.....Con aspetti trionfali e lieti
Quasi illustri pianeti
Di sacra luce aspersi
Entrar vedrausi in Vaticano i versi.

.....Con aspecto triunfal y alegre, como brillantes planetas bañados de luz sagrada, se vea á sus versos entrar en el Vaticano.

Poeta de imágenes, las exagera comunmente; adorna y amplifica todo tanto como Chiabrera, y no apropia como éste filosóficamente su superabundancia de epítetos, sino que los usa sólo en beneficio de la armonía. Puso en verso las homilias de Clemente XI. Su oda á la *Fortuna* tiene mucha nobleza, aunque es muy vulgar hablar de este sér ideal. Guidi dirigió al príncipe Eugenio los lamentos de su patria, y Pavia obtuvo algun consuelo.

Menzini.—Benito Menzini (1646-1704), de Florencia, tiene elegancia, lenguaje poético, y se propuso por guias al Tasso y á Chiabrera. Así es que siendo inferior á sus modelos, como sucede á los que imitan sus obras, no agradan como aquellas en que manifiesta originalidad, y cansa por sus muchas alusiones mitológicas. La oda que comienza con estas palabras: *Una verde rama en una árida playa*, ofrece grandes bellezas; pero sus sátiras son mejores que sus poemas líricos, aunque no vea más que los vicios aparentes, y dé curso á su odio personal con triviales invectivas. Ataca en el *Arte poético* el mal gusto del siglo, y le proporciona vigor la cólera que le anima. Segun él, «las espresiones que se oyen en medio de la plebe, deben aprovecharse tanto por los poetas satíricos como las locuciones nobles por los poetas épicos.»

Pero no supo fundir el estilo de los antiguos y el de los modernos. Tuvo una vida agitada, y concluyó por gozar de algunas comodidades bajo la proteccion del papa; dedicóse entonces á componer malas poesías pastoriles del género de la *Academia tusculana*.

Juan Bautista Zappi, de Imola (1667-1719), doctor en derecho á la edad de trece años, asoció los triunfos del foro á los del Parnaso; pero sin evitar la pobreza, de que participó tambien Faustina Maratti, ambos poetas, *arcades ambos*. En lugar de incurrir en la fraseología vacía de los académicos, peca por demasiada imaginacion.

Carlos Maggi, de Milan (1630-1699), secretario del senado de aquella ciudad, profesor de griego, tradujo varios epígramas de aquella lengua al italiano, pero añadiéndoles muchas ideas sutiles, del mismo modo que los escultores de Luis XIV amaneraban las estátuas antiguas. Componia dramas para la llegada de los nuevos gobernadores, en los que no evitaba las palabras atrevidas, y no sabemos cómo se arreglaba con la devota gravedad de la época. Escribió en dialecto milanés magníficas

comedias, y algunos de sus sonetos respiran amor á la patria. Francisco de Lemene (-1704), su amigo, orador de Lodi, su ciudad natal, cerca del senado de Milan, compuso alegres poesias: fué muy fecundo pero alambicado; concluyó por dedicarse enteramente á los asuntos devotos.

Alejandro Marchetti, de Pistoya (1639-1714), pasó de un estudio á otro sin contentarse nunca con ninguno, hasta que Borelli le inclinó al estudio de la geometria, que enseñó en Pisa. Desarrolló allí las doctrinas de Galileo sobre las resistencias de los sólidos; pero fué inferior á los grandes hombres que pretendia igualar. Sus poesias líricas son medianas, como tambien su version de Anacreonte; no nos atrevemos á decir que la traduccion de Lucrecio vale menos por no ponernos en contradiccion con la opinion más estendida, ó más bien más vulgar (28).

Pedro Jacobo Martelli, de Bolonia (1663-1727), se propuso reformar el insulso teatro de los escritores del siglo XVI con objeto de no tener que recurrir á traducciones del francés. Se parecia no obstante á los franceses hasta en la forma de los versos, que de su nombre se han llamado *martelíano* y cuya monotonia es insoportable en la declamacion. Los llena además de imágenes líricas. de similes artificiales; en una palabra, de todo lo menos conveniente á una tragedia. Baste decir que compuso veinte y seis dramas, tres poemas, siete sátiras, un diluvio de versos líricos, para figurarse fácilmente cuál puede ser su mérito.

Teatro.—El teatro habia abandonado las bufonadas del siglo XVI; pero tambien habia perdido la originalidad. Permaneció, pues, silencioso, ó se limitó á repetir. En las fiestas en que los príncipes rivalizaban en magnificencia, se daban representaciones de gran espectáculo (29) ó dramas con música, género nuevo y preferido, en el cual Rinuccini supo evitar las afectaciones de la época (30). El calabrés Juan Vicente Gravina (1664-1718) pretendia el título de Sófocles italiano, por cinco tragedias de las más desgraciadas. Era en jurisprudencia un hombre de gran erudicion, pero vanidoso, mordaz y arisco. Sostuvo en la *Razon poética* con ayuda de una larga argumentacion, que la poesia consiste en una imitacion conveniente; pero no sabe siquiera deducir las consecuencias de este principio, y procede de una manera incoherente. Se enajenó la voluntad de todos los miembros de la Arcadia, abrogándose esclusivamente el mérito de sus reglamentos, redactados en el estilo de las Doce tablas, pero Quinto Settano fué el que le persiguió más acerbamente. Bajo este nombre se ocultaba el jesuita Luis Gergardi, de Siena (1660-1726), que compuso sátiras latinas llenas de veneno, en las que dicen, reunió las cualidades de los tres satíricos romanos, combatiendo tenazmente á los hombres y vicios de su siglo (31). Su fuerza y su elegancia le valieron una fama igual á la que Parini obtuvo después; y la lengua en que están escritos los estendió por toda la Europa.

El milanés Tomás Ceva (1648-1737), que unió

---

(28) «Todo el que tenga idea del buen gusto no puede negar (dice un moderno) que hay muy pocas en la poesia vulgar, y ninguna quizá en las traducciones de los antiguos poetas latinos, que puedan compararse á ésta, tal es su claridad, majestad, elegancia, y de tal modo reune en sí todas las condiciones que se exigen para que estas obras sean perfectas.

(29) Bastará mencionar *El barco de la felicidad*, y *El arion*, que se representaron en Turin en el palacio real, en el carnaval de 1628, por el aniversario del nacimiento de Madama de Francia.

Al correrse el telon se vieron aparecer en el cielo, con gran ruido de instrumentos, á todos los dioses propicios á los hombres; cada uno de ellos cantó un corto recitado, al que contestaba el coro. Después se presentaron los elementos simbolizados de diferentes maneras, por ejemplo, un barco representaba el agua, un teatro la tierra, un volcan el fuego, y un arco iris el aire. De repente se llenó la escena de agua como una especie de mar, sobre la cual se adelantaba lentamente el barco, que llevaba en la proa un trono muy rico preparado para los soberanos y demás príncipes de la corte. Se veian por los dos lados del buque escudos grabados con las armas de las diferentes provincias sujetas al duque de Saboya, y en medio una gran mesa servida para cuarenta personas. El dios del mar invitó a los soberanos, damas y caballeros á entrar en aquel barco, donde se les sirvió una suntuosa cena por tritones, que llevaban los manjares en las espaldas de mónstruos marinos. Durante este tiempo se representaba sobre una roca que se elevaba á poca distancia la fábula de Arion, arrojado al mar y salvado por un delfin, obra de Juan Capponi, boloñés. La música fué el prólogo: el primer acto contenia la partida de Arion de Lesbos, su patria; en el segundo se le veia cantar sentado en el delfin; en el tercero se le encontraba en Corinto, donde el rey Periandro quiso oir contar sus aventuras, y le hizo reconocer por los marinos que le habian vendido. Al final, las sirenas ejecutaban un baile, compuesto por el duque Carlos Manuel. Véase á ARTEAGA.

Puede tambien consultarse si se quiere á *Tetis* y *Flora*, *prólogo del gran drama pastoral representado en Parma en el maravilloso teatro*, etc., á *Mercurio* y *Marte, torneo real ejecutado en el magnifico teatro de Parma*, etc. Obras de Achillini.

(30) Entre los autores de dramas nos basta citar á Aurelio, veneciano, al servicio del duque de Parma. Mazzucheli enumera unas treinta y seis composiciones de este autor.

(31) Los que recuerden el discurso de José Zanoya encontrarán el principio en los versos siguientes:

Nec juvat, argentum, cum non licet amplius uti
Extrema in tabula superis donare, Deusque
Esto hæres, dicas. Renuunt patrimonia Divi,
Fœnoraque sapiunt, quamquam fraterculus ille
Piscator cœlo adscribat, geniisque beatis
Expiet, et fœde quæcumque piacula vitæ
Crimine si partum monens levaverit assem
Cœlitibus, Miseri quantum falluntur avari!
Marmore quæ patrio fabricatis templa, cruorem
Et lacrymas redolent, venis quem pauper assertis
Expressitque olim madido provincia vultu.

la poesia á las matemáticas, fué tambien un célebre latino; cantó los antiguos errores, tal vez porque los encontró más poéticos. Atribuye al abandono de Aristóteles las herejias de Lutero y Calvino. Refuta los torbellinos de Descartes y los átomos de Gassendi, como tambien el sistema de Copérnico, como contrario á la fe, y sostiene la atraccion bajo el nombre de simpatia. Es superior cuando se contenta con ser poeta, como en sus *Selvas* y en el *Niño Jesus*, que describe muy bien. Ha escrito varias vidas en buen estilo, moderado como su talento, sin perder nunca de vista la piedad; en algunas, como en la Lemene, se elevó á escelentes consideraciones sobre el arte poético.

Mecenas.—¡Se alaba la influencia de los Mecenas! En Italia si no bastaban los príncipes naturales, se encontraba proteccion y remuneraciones en Cristina de Suecia y en Luis de Francia; pero, ¿qué hombre grande formaron? Aun en los estudios más favorecidos, el mismo Tiraboschi tan indulgente, confiesa que no habia un teólogo moralista de juicio, ni uno que argumentase dignamente en la cuestion de la Grecia. En Francia, en Holanda y principalmente en Inglaterra, no se hallará un literato de algun nombre que no haya tomado parte en los acontecimientos de su patria y que no haya influido algo con sus escritos. ¿Y en Italia? La historia de Francia vive y respira de continuo en su riquísima literatura, hasta en novelas, en las tragedias, en las comedias; tanto, que seria posible escribirla, no digo fielmente, sino enteramente, estudiando estas obras. Pero, ¿y en Italia? La literatura era una charla en prosa ó versos sin seriedad, ni pasion, ni grandeza, que no hablaba al corazon, sino á la voluntad material y á los caprichos del vulgo, que se olvidaba completamente de la patria, de su pasado y de su porvenir (32). Habiendo atacado el jesuita Bonhours, en su *Manera de pensar bien en las obras de ingenio*, á los poetas italianos y sus conceptos, salió á su defensa el marqués Juan José Orsi, de Bolonia (-1733), gran maestro en la ciencia caballeresca, y nació de aquí una disputa en el interior y en el exterior, pero sin que ninguno llegase á elevarse á pensamientos verdaderamente liberales. Con razon, pues, Próspero Montani, de Pésaro, se admiraba de que todos éstos, en vez de establecer reglas nacionales del buen gusto, no supiesen más que fundarse en la autoridad de Aristóteles, de Hermógenes, de Falereo, llamando á esto «postracion de espíritu, genio mezquino y anti-liberal, vil idolatria.» Figúrese el lector el escándalo que promoveria esta opinion.

---

(32) Por esto decia Salvador Rosa:

Uscite fuor de'favolosi intrichi:
Accordate la cetra ai pianti, ai gridi
Di tante orfane, vedove e mendichi.
Dite senza timor gli orrendi stridi
Della terra, che invan geme abbattuta,
Spolpata affatto de tirani infidi...
Dite che ai tribunali e ne'governi
Si mandad solo gli avoltoi rapaci...
Dite che sol da principi si pensa
A bandir pesche e caccie, onde gli avari
Sulla fame comune alzan la mensa;
Che con muri, con fosse e con ripari,
Ad onta delle leggi di natura,
Chiuse han le selve e confiscati i mari;
E che oltre ai donni di tempesta e arsura,
Un pover galantuom che ha quattro zolle
Le paga al suo signor messe in usura...
Queste cose v'ispiri un santo zelo:
Ne state a dir quanto diletta e piace
Chioma doratta sotto un bianco velo.

Abandonad las intrigas fabulosas; acordad la cítara á los llantos, á los gritos de tantos huérfanos, viudas y mendigos. Decid sin temor los horribles gritos de la tierra, que en vano gime abatida y debilitada enteramente por pérfidos tiranos... Decid que sólo se envia para que se encarguen de los tribunales y de los gobiernos á buitres rapaces... Decid que los príncipes no piensan más que en ordenar cazas y pescas, por cuyo medio los avaros comen á costa del hambre general; que con muros, fosos y baluartes, á pesar de las leyes de la naturaleza, han cerrado los bosques y confiscado los mares; y que además de los daños causados por las tempestades y los incendios, un pobre que tiene cuatro muebles, los paga con usura á su señor... Estas cosas deben inspiraros un santo celo; no os entretengais en expresar cuánto agrada y deleita la cabellera dorada bajo un blanco velo.

CAPITULO XXXVIII

BELLAS ARTES.

No existian, propiamente hablando, como en el siglo anterior, escuelas de bellas artes, y no se puede decir que los que se formaron en Lombardia pertenecen á la escuela lombarda, formada á ejemplo del toscano Leonardo de Vinci, como los romanos no pertenecen á Rafael. Los mismos discípulos de este gran maestro se separaron de él; Julio Romano, no sólo renegó en el tono rojizo de sus carnes, sino en sus forzadas posiciones. Incurriendo los otros en la exageracion, se inclinaron á lo teatral, al efecto. El mismo mérito de los maestros era perjudicial; pues aunque admirando el dibujo de Leonardo de Vinci, la gracia de Rafael, el colorido del Ticiano, el movimiento lleno de vigor del Tintoreto, los ricos adornos de Pablo Veronese, la fuerza y perspectiva del Correggio, se creia que bastaba acercarse á la perfeccion, y mientras que imitando de ellos á la naturaleza, se hubiera podido conseguir el producir algo bueno, se contentaban con copiarlos reproduciendo sus figuras de un modo caprichoso, y por consiguiente más fácil; así era que se incurria en la afectacion agravando los defectos y exagerando las bellezas del maestro.

A pocos hombres les es concedido imitar con precision, y la menor falta denota la inesperiencia. Así es que los que seguian á Miguel Angel hacian las Venus que se asemejaban á Hércules. Los imitadores de Rafael convertian la gracia en afectacion; los venecianos y los lombardos usaban siempre escorzos y vivacidad, conviniese ó no al asunto. Deslumbraban sobre todo las peligrosas maravillas de Miguel Angel. Todo el que obraba de otra manera que él, era tenido por árido y pobre, al paso que no habia ningun embadurnador que no pretendiese *engrandecer* su estilo. Cuando los másdistinguidos artistas habian estudiado los medios de que se habia valido aquel gran genio para obtener sus admirables efectos y pronunciar tan bien sus figuras, creyó la turba que todo su mérito consistia en la anatomia; dedicáronse, pues, á ostentarla, y sin siquiera deducirla de la realidad, la modelaban de nuevo, con arreglo á ciertas convenciones que llamaban el bello ideal. Soltad la rienda á la imaginacion, y podreis, exagerando á vuestro antojo, llegar á producir caricaturas de lo mejor que han hecho los grandes hombres de quienes esperais ser émulos; y como la imaginacion desea todos los dias algo nuevo, las osadias producian las temeridades. Esto es lo que sucedió entonces: sin buscar lo razonable en el conjunto, la correccion en los detalles, lo acabado en la ejecucion, se pintaba amaneradamente, es decir,que se habia adoptado para trabajar un método espeditivo y sistemático, que aplicaba á todos los asuntos y á todas las situaciones iguales fórmulas; así, el poner en relieve los músculos menos visibles, buscar las posturas menos cómodas, hacer flotar los ropajes, hasta en los aposentos cerrados, usar de acciones violentas hasta para los afectos sosegados, pintar brazos y muslos como los de un mozo de cordel, salir del asunto con la práctica, y sobre todo bien, era el colmo del arte. Se tenian á la vista los inagotables tesoros de la naturaleza, se observaban las obras de los maestros del siglo XVI, que á veces tenian los artistas que continuar y acabar: sin embargo se queria algo nuevo, algo extravagante; un movimiento natural, un pliegue sencillo hubiera parecido demasiado trivial, y se sustituia lo convencional á lo verdadero, lo forzado á lo sencillo.

El arte perdia en Roma el gusto á lo bueno, con artistas fáciles y materiales como Nebbia, Ricci, Circignani y otros semejantes. Francisco Baroccio de Urbino estudió á los grandes maestros, y principalmente á Correggio. Pero sustituyó á la verdad las tintas rosadas, que llegaron á ser de moda. Se

dedicó, como su imitador Francisco Vanni, á los asuntos sagrados; y á aquellos dos pintores se les encargó, con Cigoli, Passignani y Castellio, hacer cada uno un cuadro para el Vaticano, encargo que les valió grandes remuneraciones. Miguel Angel, hijo de Vanni, pintor mediano, inventó un medio de preservar á los cuadros de los efectos de la intemperie. Otro Vanni, Juan Bautista, imitó primero á Allori, después á los venecianos; grabó tambien con agua fuerte, y pudo conservar de esta manera varios trabajos de Correggio. Bartolomé Schedoni, de Módena, caminó por sus huellas; pero reducido á la miseria por el juego, murió jóven. Supo variar las posturas en sus retratos, y las pinturas que se admiran de él en las galerias de Nápoles y Módena, le asignan un lugar más elevado que el de imitador.

Los Carracci.—En medio del culto que se tributaba á la mediania y al error, Luis Carracci, de Bolonia, se atrevió á buscar lo mejor estudiando las obras maestras que contenia su patria, las comparó á las composiciones de degenerados imitadores, y tomó nota de los diferentes métodos. Sostuvo las guerras que no puede evitar el que quiere reformar, y fundó una escuela que dió á la pintura italiana una luz fosfórica. Esta escuela, siendo ecléctica, comprendió que no se pintaba ya como Rafael y Miguel Angel, y que dedicándose al estudio de los grandes pintores, pero no al de la naturaleza, se figuró que el arte supremo consistia en fundir todo lo mejor que existiera.

Luis Carracci inspiró la pasion del arte á sus dos primos Agustin y Anibal, alentando la pesada circunspeccion del uno y moderando la impaciencia del otro; de tal manera, que tuvieron los honores del triunfo, aunque su extremada diligencia parecieron un esfuerzo á los ancianos. Los Carracci abrieron en su casa una academia llamada de los *Incaminati*, con escuela del natural de perspectiva, de anatomía, pastel, estampas, etc. Allí fueron á estudiar Guido, Albano, Dominiquino, disgustados de las lecciones de Calvart, que hasta entonces habia empuñado el cetro de la pintura en Bolonia. Todos tres enseñaban en union y con desinterés, y Agustin puso su curso por escrito. Proponian á sus discípulos asuntos históricos, y se adjudicaba el premio sin que tuviesen obligacion los concurrentes de seguir un método más bien que otro.

Ellos mismos variaban su estilo (1), sin esceder á los maestros en ninguna parte, sino haciendo una fusion de sus cualidades, á veces con éxito y buscando sobre todo el efecto. Agustin fué superior por la invencion; pero se dedicó más al grabado que á la pintura. Su *Comunion de san Gerónimo* es una obra maestra, como tambien el *Ecce homo* de Luis y el San Roque de Anibal, que más artista que los otros dos, y rico en poesia, resucitó el paisaje en el palacio Farnesio, como tambien el verdadero colorido, el dibujo á la vez atrevido estudiado, y la conveniencia de la accion. Las pasiones y los escesos le redujeron pronto á la impotencia de dedicarse al trabajo, y murió á la edad de cuarenta y nueve años. Luis reunia en un solo cuadro cinco ó seis cabezas de diferentes maestros. Pero los Carracci no supieron nunca unir al eclecticismo la inspiracion; se esfuerzan en acercarse á los fenómenos de la naturaleza y suplir el genio con los recuerdos: así es que existió reaccion contra aquella idea desgraciada por parte de los mejores pintores, que salieron de su misma escuela.

Dominiquino.—De este número era Domingo Zampieri (1581-1641), de Bolonia, que pensaba hacia mucho tiempo, hasta en sus paseos, en un cuadro. Escitaba en sí mismo la pasion que queria espresar, riendo, llorando é irritándose, y no se ponia á trabajar sino después de haberse formado una idea exacta de ello. Por esta razon contestó un dia á los teatinos, que se quejaban de que hacia mucho tiempo que no continuaba la cúpula de San Andrés del Val: *Continuo siempre pintándola en mí mismo.* Cuando después cogia los pinceles trabajaba con tanta constancia y velocidad, que se olvidaba de comer. Maestro y modelo escelente, huia de la sociedad y buscaba al pueblo, con objeto de aprender á «dibujar las almas, á dar color á la vida.» Adaptaba las fisonomias á los caractéres, y coronaba sus composiciones con Glorias de gran belleza. Dedicábase, pues, á ensalzar el alma; pero no sabia sostenerse sólo con la forma cuando le faltaba la idea, y se abandonaba demasiado á la imaginacion.

Juan Bautista Agucchi, aficionado á la pintura,

---

(1) Agustin Carracci revela su método en el célebre soneto en honor de Nicolino Abati, cuya poesia no vale más que el precepto.

Chi farsi un buon pittor brama e desia
Il disegno di Roma abbia alla mano,
La mossa coll' ombrar veneziano,
E il degno colorir di Lombardi
Di Michelangiol la terribil via,
Il vero natural di Tiziano,
Di Correggio lo stil puro e sovrano,
E di Raffael la vera simmetria;
Del Tibaldi il decoro e il fondamento.
Del dotto Primaticio l'inventare,
E un po' di grazia del Parmigianino:
Ma senza tanti studi e tanto stento,
Si ponga solo l'opre ad imitare
Che qui lasciocci il nostro Nicolino.

El que quiera ser un buen pintor, estudie el dibujo de Roma; el movimiento con la sombra veneciana; el digno colorido de Lombardia; el método terrible de Miguel Angel; el verdadero natural de Ticiano; el estilo puro y soberano de Correggio; la simetria de Rafael; el decorado y fundamento de Tibaldi; la invencion del docto Primaticcio, y un poco de la gracia del Parmigiano. Pero, sin necesitar de tantos estudios y afanes, le bastará con imitar las obras que dejó nuestro Nicolino.

protegió al Dominiquino contra sus numerosos rivales; le dió trabajo y le introdujo en casa del cardenal Aldobrandini, que le hizo pintar el Belveder. Hizo en Grottajerrata, para el cardenal Farnesio, los *Milagros de san Nilo*, admirables por su verdad. En la *Comunion de san Gerónimo*, que es uno de los tres mejores cuadros de Roma, y última protesta de la individualidad contra el despotismo del caballete, supo dar una feliz realidad al pensamiento de Agustin Carracci, á quien escedió en la variedad de los grupos y en la delicadeza de la espresion. Se complacia en formar contrastes entre los sufrimientos terrestres y las alegrias celestiales, como en la Vírgen del Rosario. No evitaba lo terrible, por ejemplo, en su hermoso cuadro de *Santa Inés*. Lo mismo acontece con otros pintores de aquella escuela: como Guido en la *Degollacion de los Inocentes*, y Guercino en el *Martirio de san Pedro*. El Dominiquino se aprovechó tambien de la arquitectura, de la que sacó un feliz partido para el fondo de sus cuadros. Hizo además los planos de la quinta de Ludovisi en Roma, del Belveder en Frascati, como tambien otros de un hermosísimo dibujo para la iglesia de San Ignacio en Roma; pero fué después modificado por el padre Grassi, que unió á él la fachada de Algardi.

Mientras que Poussin se hacia admirar en Francia, el Dominiquino era desconocido en Italia; los mismos Carracci, cuya ciencia contrastaba con su ingenuidad, le arrebataban los pedidos, y concluyeron por hacerle desconfiar de sí mismo hasta el grado de querer muchas veces arrojar sus pinceles, y no atreverse á más que á seguir las huellas de otro. Por su san Gerónimo le pagaron 50 escudos romanos; cuando fué después llamado á Nápoles para pintar la cúpula de San Genaro, debia recibir 50 escudos por cada figura de cuerpo entero, 25 por las de medio cuerpo, doce y medio por sólo las cabezas; pero todos los artistas del pais se conjuraron contra él, sobre todo Lanfranc y Ribera, y el veneno ó el temor del veneno concluyeron con sus dias.

Albani.—Su más querido amigo, Francisco Albani (1578-1660), de Bolonia, permaneció como él fiel á la eleccion y á la firmeza en el dibujo; más original que él en la intencion, no es sin embargo fecundo, pues todos sus cuadros se asemejan, y ha repetido varios. Adapta á sus asuntos agradables escenas campestres, y es superior en los accesorios á la parte histórica y al colorido. Elegia felizmente sus modelos, que ennoblecia, y entendia bien la alegoria. Escribió tambien sobre su arte. Después de haber envidiado á todos sus contemporáneos, vió declinar su fama y murió olvidado.

Caravaggio.—La celebridad de los Carracci pareció una tirania á Miguel Angel Morigi, de Caravaggio, que habiendo ido á Roma de simple albañil, se dedicó á la pintura sin maestro. No habiendo estudiado el dibujo, le despreciaba; y no haciendo caso de la misma ley, por desden á preceptos arbitrarios, pretendia que un cuadro debia ser la copia fiel de la naturaleza: en su consecuencia, le presentaba sin eleccion, desechando la antigüedad, las reglas y la tradicion. Grosero en su persona y modales, en su traje, envidioso de los hombres de talento, vagabundo, falto á veces de pan, tenia continuas cuestiones. Un homicidio le obligó á huir de Roma para refugiarse en Nápoles y pasar de allí á Malta, donde habiendo insultado á un caballero, fué preso. Logró fugarse y se dirigió á Sicilia; pero fué herido por sicarios que se hallaban apostados, decidiéndose á volver á Roma. Cuando desembarcó, fué equivocado por otro y puesto preso, después se le devolvió la libertad, pero encontró que se habia marchado ya la nave que le habia conducido. Encolerizado, caminó á lo largo del mar hasta el puerto de Hércules, y el ardor de un sol abrasador le causó una fiebre de la que murió á la edad de cuarenta años.

No le agradaban los tonos azules y cinabrios, de que abusaban los pintores amanerados de la época; y hacia pintar de negro su taller, el que no recibia más luz que la que entraba por un respiradero elevado, lo cual esparcia sobre sus modelos sombras vigorosas y bien determinadas. Sustituyó, en suma, al relieve del modelo, que buscaban los imitadores de Miguel Angel, independientemente de los artificios de la luz, los contrastes del claro oscuro, reemplazando de esta manera un esceso con otro. Pintaba con preferencia los asesinatos, las aventuras nocturnas, las ruinas, los harapos, los cadáveres; y cuando tuvo que pintar cuadros para las iglesias, repugnó por la cruda verdad, la que se vió obligado á atemperar. Su audacia, la estravagante eleccion de asuntos violentos y vulgares, aquel toque vigoroso con cuya ayuda conseguia grandes efectos, el relieve de las luces, que daban animacion y casi vida á las figuras, hicieron se le perdonase sus incorrecciones, su dureza y su vulgaridad; y fué considerado como jefe de una escuela que predicaba en oposicion á los Carracci la imitacion de la naturaleza. Esta es sin duda una hermosa mision; pero no se debe emprender con el orgullo de un hombre que reniega de la larga esperiencia de los que le han precedido, y del concurso de los esfuerzos comtemporáneos; no se debe interrogar á la naturaleza sin eleccion, sin un ojo ejercitado, sin el don mágico que conserva la vida en la imitacion.

Caravaggio tuvo un gran enemigo en el caballero Arpino, pintor mediano, pero de grandes preceptos y que hubiera sido un escelente periodista. Escandalizado de aquel espíritu revolucionario, proclamó el *idealismo*, espresion feliz que le hizo pasar por jefe de escuela; pero se le podria llamar el Marini de la pintura, por su afectado empeño en buscar lo ideal.

Una fecundidad sin energia y una fuerza intemperante eran, pues, el carácter de las dos escuelas que habian sucedido á la del siglo anterior, tan brillante y tan corta: escuelas vulgares ambas, como acontece cuando no se ve sino con los ojos mate-

riales; sin embargo, de cuando en cuando hubo artistas capaces de ocupar los primeros lugares.

Guido.—Las obras de Guido Reni (1575-1642), de Bolonia, que andaba siempre en busca de una manera nueva, fueron ensalzadas hasta las nubes por todos los enemigos del Caravaggio, cuyos discípulos atacaban á su vez á Guido, no contentándose sólo con palabras. Se obstinó no obstante en el estudio, aceptando los pareceres hasta de los más medianos, y en la práctica sacó partido de la pintura al fresco. Brilló por la limpieza de su pincel, y su escesiva facilidad no perjudicó á las concepciones originales. Como era aficionado á la dulzura, no desdeñaba los tonos blancos, como los discípulos de los Carracci. Estudió la belleza de los rostros, tanto en la naturaleza como en la antigüedad, en los grabados de Durero y en los cuadros de Rafael y Pablo Veronés, objeto de su predileccion, y varió hasta lo infinito tanto las fisonomias como los trajes y actitudes. Habiéndose enemistado Albani con él, y no pudiendo derribar á este rival, se dedicó, segun dicen, á inspirarle la pasion del juego; Guido se dejó seducir, y ya no trabajó sino de prisa y con descuido: así es que murió pobre y desacreditado.

Tuvo Guido por compañero en Roma á Jacobo Cavedone de Sassuolo, á quien estimaba tanto como al Ticiano. No se puede negar, en efecto, á este pintor un dibujo exacto, tranquilidad en las posturas y espresion, y un vigoroso colorido; pero, desconsolado por la muerte de su hijo, murió de pesar.

Guercino.—Francisco Barbieri, de Cento, llamado el Guercino ó el Vizco (1591-1666), se formó primero él sólo de un cuadro de Luis Carracci. Estudió después en Roma las obras de los mejores maestros. Fué amigo del Caravaggio, cuyo gusto á los atrevidos contrastes de luz y sombra contrajo, como tambien el artificio del relieve, lo cual hizo se le llamase el *mago de la pintura*. Cuidó más que él del dibujo, sin conseguir por esto la nobleza y la elegancia; pero sabia paliar sus defectos con la facilidad de su pincel, estremadamente fecundo. Un poeta italiano de nuestros dias opina que su *Agar* es superior á todos los cuadros (2).

Hombre pacífico y buen cristiano, perdonaba las ofensas, distinguiéndose en esto de los demás artistas. En efecto, Ticiano trabajaba con la daga al lado; Giorgione usaba una coraza cuando pintaba en público. La salud de Baroccio fué destruida en Roma por el veneno, que le hizo padecer cincuenta y dos años de continuos dolores. El Dominiquino fué muchas veces blanco de conspiraciones y perdió su vida en una de ellas; habiendo ido tambien á Nápoles Guido, tuvo que huir de las amenazas del Españoleto, de Caracciolo y del griego Belisario Carencio, jefes de otras tantas facciones que no se unian sino para destruir la competencia de los extranjeros. El caballero Arpino no fué más feliz por el mismo motivo. Gessi, discípulo de Guido, se atrevió á ir á pintar la cúpula de san Genaro con dos de sus discípulos, mas los robaron en una galera, sin que se haya sabido lo que fué de ellos. De Contarino de Pesaro, se sospechó que habia muerto envenenado; y ciertamente lo fué por su criada la pintora Isabel Sirani. Tempesta hizo dar muerte á su mujer, y sufrió en castigo cinco años de encierro; Agustin Tassi aprendió en las galeras imperiales á pintar marinas. Matias Preti, llamado el *calabrés*, que trabajó mucho en Nápoles y en Malta, era tambien un espadachin. Imitó á Guercino y preferia los asuntos trágicos, sin cuidarse de embellecer á la naturaleza. Concluyó con no pintar más que para los pobres.

Juan Lanfranc, de Parma, de quien ya hemos hablado, imitó á los Carracci en el dibujo y en la espresion, al Correggio en las composiciones. Obtuvo, no haciendo caso de ciertos detalles minuciosos, más soltura y contrastes más enérgicos. De esta manera pudo improvisar pinturas de gran efecto; y sus numerosas cúpulas se consideran como modelos en el arte de pintar en lontananza. Se encuentra en él espontaneidad y vigor, pero sin ciencia ni reflexion. Sus santos y sus vírgenes, como los de Carencio y otros imitadores de Miguel Angel, no tienen de celestial más que la aureola, y carecen de elegancia, así como los de los Carracci, de alma y vida.

Pedro de Cortona, 1596-1669.—Pedro Berettini, de Cortona, obtuvo éxito á pesar de su poco dibujo, colorido y de lo amanerado que era. Se ocupaba más de la composicion que de la invencion; dedicábase sobre todo á los contrastes entre los grupos y sus diferentes partes. Muy hábil en el arte del relieve, distribuye bien sus composiciones, tiene arte en la artificiosa gradacion de las tintas, y pueden llamarse hermosas pinturas la *Conversion de san Pablo*, las bóvedas del palacio Barberini, en Roma, y las del palacio Pitti, en Florencia. Ha merecido elogios como arquitecto, principalmente por la iglesia de la Paz y Santa Maria en la via Lata, en Roma, y aun más por San Martin, en el Forum, aunque haya añadido muchas licencias á ideas felices.

Ribera, 1538-1656.—José Ribera, llamado el Españoleto porque habia nacido de un soldado español cerca de Valenza, era naturalista y rebuscaba

---

(2) De los registros que existen en la biblioteca Herculana, en Bolonia, resulta que, Guercino recibió por el *Agar* 70 escudos, una libra y seis sueldos; por el *San Bruno* 781 escudos; por el *San Gerónimo levantándose del sepulcro* 295; por un *Angélica y Medor* 351; por otro cuadro 312 y medio; por los retratos del duque y la duquesa de Mántua 630. En los archivos del hospital de Milan se encuentra que por la *Anunciacion* le dieron 3,167 libras milanesas. El *san Gerónimo* del Correggio costó 47 cequíes y ser mantenido seis meses por Briseis Cossa, que añadió á este precio dos carros de leña, un cerdo cebado y trigo. El rey de Portugal le quiso comprar en 40,000 cequíes. Para sustraerle el duque de Parma al saqueo de los franceses ofreció 1.000,000, que no se aceptó.

el efecto de los colores hasta el exceso; y ejerció mucha influencia sobre la escuela napolitana. El duque de Osuna le inspiró el gusto al fausto y afectando grandeza á la manera española, tenia una carroza y librea. Un antiguo oficial desempeñaba cerca de él papel de gentilhombre; y luego que habia pintado tres horas por la mañana y dos después de comer, le decia: «Señor caballero, ¿habeis trabajado bastante? ¿quereis pasear un poco?» Por la noche recibia visitas en habitaciones muy bien amuebladas; pero una alegria natural acompañaba á este orgullo y le gustaba chancearse, aunque fácilmente se ofendia. Sus hijas estaban dotadas de una rara belleza, especialmente la mayor, Rosa-Maria; y se dijo que en la sublevacion de Masaniello, don Juan de Austria se enamoró de ella, la atrajo á su palacio y de allí la condujo á Palermo. El artista cayó en la desesperacion, desapareció y no se supo más lo que habia sido de él. Esta anécdota no encierra nada de verdad. La joven se casó con un noble español y el padre múrió en Nápoles.

De estos dos pintores fué de quien tomó lecciones, Lucas Giordano (1632-1701), llamado trabaja deprisa (*Fa presto*) por la rapidez con que terminó la galeria Riccardi, en Florencia, el Escorial é infinidad de otros trabajos. La gran viveza de imaginacion le hizo imitar el método de los diferentes maestros; y lo consiguió en la pintura, como los periodistas en la literatura, reduciendo grandes facultades á una funesta habilidad de mano. Aquellos ingeniosos pintores (*macchinisti*) se contentaban con un bosquejo, ejecutando composiciones gigantescas admiradas del vulgo. Cada uno después formaba una escuela; pero salian sectarios y no pintores, que producian con tánta más facilidad, cuanto que tenian menos que espresar.

Rosa.—Salvator Rosa, de Arenella (1615-1673), fué un pintor verdaderamente artista, es decir creador; su padre se oponia absolutamente á que abrazase una profesion que debia, decia, «conducirle al hospital.» Sufrió en efecto todas las miserias imaginables, lo que alteró en él la sensibilidad, y determinó el toque áspero y salvaje que se nota en sus cuadros, en los que nunca se admira la calma y la serenidad, sino rocas, torrentes, torbellinos, ruinas, magos, el espectro de Samuel, la conjuracion de Catilina. A veces le sucedió comenzar y concluir un cuadro en un solo dia. Tuvo fe por un momento en el heroismo de Masaniello lo cual le obligó á huir de su patria. Llevado á Roma por Lanfranc, la fatiga que le causó el recorrer la ciudad y sus alrededores para admirar los prodigios del arte, le condujo al borde del sepulcro. Una mascarada del carnaval, en la que se disfrazó de charlatan vendiendo satíricos remedios para las diferentes calamidades de la época, le dió reputacion, y al mismo tiempo se admiró su talento como pintor. Orgulloso, no buscaba dinero sino fama. Tenia conocimientos literarios y sus negligentes sátiras, iracundas, declamatorias, contorneadas, llenas de repeticiones y en las cuales toma por musa la bílis, respiran una fiereza negligente y original semejante á los toques de su pincel. No debe, sin embargo, confundirse la estrañeza con la originalidad, ni su facilidad de improvisar, repitiéndose con el genio (3), no debe tampoco creerse que las obras puedan nacer perfectas y terminadas al primer bosquejo. Nos limitaremos á recordar que en sus sátiras sobre la pintura reprende particularmente á sus contemporáneos los asuntos obscenos, las desnudeces poco convenientes, los modelos profanos, empleados para representar á los mismos santos (4).

Los maestros echaron á perder las escelentes disposiciones de Francisco Solimeno, de Nocera; sin embargo, tuvo bastante éxito, y llenó todas las iglesias y cortes de Europa de obras ejecutadas con facilidad, aunque de formas sin nobleza, de colores exagerados y de toques amanerados. Alejandro Tiarini es más moderado que los demás pintores de la escuela de los Carracci: hay menos brillantez en sus colores, que están admirablemente unidos, muy convenientes á los asuntos melancólicos que preferia. Lionel Espada tuvo un estilo que le era propio; es estudiado, pero sin eleccion: posee vigor en la invencion y en el colorido.

El florentino Luis Cardi, de Cigoli, se separó tambien del estilo habitual, tratando de imitar á

---

(3) Lady Morgan, en la *Vida de Salvator Rosa*, hace de él, de Masaniello y de algunos otros, otros tantos héroes, diciendo mil horrores de la pobre Italia; todo por amor á este país.

(4) *Queste pitture ignude e senza splogia*
Son libri di lascivia. Hanno i penelli
Sami, da cui disonesta germoglia...
Che nelle chiesi, ove s'adora e prega,
Delle donne si fanno i ritrattini
E la magion di Dio divien bottega...
E per farsi tener d' piu majuscoli
Spogliando i santi, vuol mostrar due intende
I proprii sitii ed il rigor d' muscoli
La attitudini si che son tremende!
Qual fa corvette, qual galoppa o traina
Con cento smorfie e torciture orrende...
Che d'un Angelo invece e di Maria
D'Ati il volto s'adora e di Medusa
L'efigie d'un Batillo o d'un Arpia

Estas pinturas desnudas y sin hojas de árboles, son libros de lascivia. Los pinceles esparcen semillas, de las cuales brota la deshonestidad... Pues en las iglesias, donde se adora y suplica, se hacen los retratos de las mujeres, y la casa de Dios se convierte en tienda... Para que se le considere como uno de los principales, mostrando desnudos á los santos, quiere dar á entender que comprende la situacion propia y la rigidez de los músculos. Tremendas son las actitudes. Uno hace corbetas, otro galopa ó se arrastra con gestos y contorsiones horribles... En vez de adorarse el rostro de un ángel y de la Vírgen, se adoran los de Atis y Medusa, la efigie de un Batilo ó de una harpia.

Correggio. Asoció á un prudente dibujo un colorido más vivo; aunque le falta el efecto de las tintas y la gracia de los escorzos, justamente admirada en el maestro. Poeta, músico, académico de la Crusca, anatómico, pintor, escultor, publicó un tratado de perspectiva práctica. El fué quien dirigió en Florencia los arcos triunfales y las decoraciones para las fiestas del matrimonio de Maria de Médicis con Enrique IV, y quien dibujó el pedestal para la estatua de aquel príncipe, erigida en Paris. El patio de los Strozzi, en Florencia, y principalmente el palacio Rinuccini, fueron hechos con arreglo á sus planos, como tambien el palacio de Madama en Roma, sobrecargado de adornos.

Florentinos.—Varios florentinos siguieron sus huellas, principalmente Cristóbal Allori, que ejecutó pocas obras, pero con notable talento. Carlos Dolce es igualmente naturalista y burlon, aunque se ingenia en espresar los sentimientos tiernos apropiándose tambien el colorido, que nada tiene de brillante, pero que deja mucho que desear bajo el aspecto de la armonía. Sassoferrato (Juan Bautista Salvi) (1605-1685) estudió á Rafael; y aunque se inclina á lo gracioso, pinta los ropajes con elegancia, dibuja correctamente y armoniza los colores, aunque bajo un tono demasiado rosado: tiene mucha gracia en el paisaje, y sobre todo en las vírgenes. Benito Luti, nacido en Florencia, de padres pobres, se formó él mismo y escedió á sus contemporáneos en el dibujo. Tiene armonia y gran inteligencia de colorido; pero como no conocia el arte de la intriga, prefirieron á él personas muy distantes de igualársele. Mateo Roselli se formó un nombre combinando el método antiguo con el nuevo, y sobre todo por su escelente sistema de enseñanza, en proporcion á la habilidad de cada uno. Sin tener grandes ideas, es correcto, estudia el natural, y esparce por sus obras la tranquilidad de que disfrutaba su alma. Se creeria que sus frescos acaban de ser pintados.

Uno de los mejores pintores de este género, fué Juan de Juanes, aunque se abandonó á los defectos del siglo. Baltasar Franceschini, llamado el Volterrano, ha dejado tambien frescos muy estimados en Florencia. Lorenzo Lippi profesaba la máxima de escribir como pensaba y pintar lo que veia; máxima de la que no le hicieron separarse ciertos métodos artificiales, sobre todo en los pliegues. Bernardino Barbatelli, llamado el Poccetti, ha dejado admirables obras en la Cartuja de Florencia. No se puede encontrar más verdad, sentimiento y vigor, que la que existe en la *Muerte de san Bruno*. El veronés Ligozzi, gran colorista á la manera de los de aquel tiempo, que se dedicaban á lo natural, pero con más correccion, es tal vez superior á todos los pintores de fresco de entonces en el claustro de Todos los Santos de Florencia, sobre todo en el *Encuentro de san Francisco y santo Domingo*; apenas cede á Pablo Caliari, á quien escede en el dibujo y en el arte de representar lo desnudo.

Varios distinguidos artistas escribieron sobre la perspectiva, principalmente Desargües (5); pero se abusó mucho de ella, sobre todo en las bóvedas, en las que todo se debia ver de abajo arriba, hombres, casas y árboles. La decoracion adoptó el gusto abotargado de la época, y se sobrecargaron las construcciones de follajes, vasos, pedreria, adornos grotescos y monstruosidades. Gerónimo Curti Dentone habia restaurado la perspectiva y las decoraciones teatrales, llevando el estudio del relieve hasta el grado de hacer creer que ayudaba al efecto de sus cornisas por medio de estucos. Inventó un procedimiento para aplicar el oro sobre las obras al fresco. Con el trabajó Miguel Angel Colonna, el mejor artista de frescos en las decoraciones, que sabia adaptarle al estilo de los pintores con quienes tenia que ejercitar sus pinceles. Felipe IV le hizo ir á Madrid con Mitelli.

Cremoneses.—Dos pintores de Cremona, célebre ya por sus pintores de fines del siglo XV, adquirieron entonces reputacion, Altobello Melone y Boccacio Boccaccino, «el mejor pintor moderno entre los antiguos y el mejor pintor antiguo entre los modernos» de aquella escuela, como tambien Mantegna, Guirlandajo, Vannuci, Francia en las demás.

Camilo, su hijo, «gran dibujante y colorista,» como dice Lomazzo, que le iguala á los más ilustres maestros, escita la admiracion por las obras que se ven suyas en San Segismundo. Con objeto de cerrar la boca á los que pretendian que agradaba únicamente por la verdad de los ojos, pintó á Lázaro resucitado y á la mujer adúltera, sin ojos; estravagancia que ha renovado uno de nuestros contemporaneos en el suplicio de Juana Grey.

Los Campi.—La familia de los Campi quiso aprovecharse de todos los maestros; y en una larga é incansable vida, aquellos artistas llenaron con sus trabajos á Lombardia. Julio y Bernardino conservaron un buen dibujo y un colorido digno de elogio, pero á veces se limitaban sólo á bosquejar, que era lo que hacian siempre Antonio y Vicente. Las obras de Bernardino de San Segismundo (verdadero panteon de Cremona) son de admirable efecto, y agrada la distribucion de sus santos, cuyo número es infinito sin confusion.

Distinguiremos entre los discípulos de aquel pintor, que se contentaron con imitarle y trabajar prácticamente, á Sofonisba Anguissola, á quien se cuenta entre los mejores retratistas; fué llamada por esta razon de la corte de España: vieja y ciega, después conversaba en Génova con Van-Dyck, que declaraba aprender más de aquella mujer privada de la vista, que de cualquiera otra con buenos ojos. Juan Bautista Trotti, llamado Malosso, discípulo y amigo de Bernardino, tiene un colorido muy claro, aunque dibujó con gracia y gusto. Pán-

---

(5) *Método universal para practicar la perspectiva.* Paris, 1648.

filo Nuvolone adquirió, imitándole, un método más sólido y menos seductor.

Los Procaccini.—Habiendo pasado Hércules Procaccini desde Bolonia, su patria, á Parma, abrió en esta ciudad una escuela á la manera de la que existia donde nació, con poca perspectiva, débil dibujo y fácil color, pero sacó buenos discípulos. Fuéle superior su hijo Camilo, que trabajó mucho en el Milanesado. Pintaba la *Adoracion de los Magos* en la iglesia de la Vírgen del Monte, cuando *Procaccini manus inclitæ cecidere*, 1626. La facilidad y lo natural agradan á primera vista, mas después se conoce la precipitacion. Hay más mérito en el fresco del *Juicio*, en San Próculo, de Reggio, y en el *San Roque*, que desanimaba á Anibal Carracci elegido para hacer el compañero. Su hermano Julio César llegó á ser estudiando á los Carracci y á Correggio, el mejor pintor de su familia. Carlos Antonio, que era otro hermano, se dedicó al paisaje, á las flores y á las frutas, y ejecutó varias obras para España. Hércules, hijo de Camilo, pintor que trabajaba de prisa, echó á perder el gusto de sus muchos discípulos.

Salmeggia tuvo por maestros á los Campi y á los Procaccini. Habiendo pasado después á Roma, se aficionó á Rafael, y aprendió de él la ligereza del pincel, la gracia de los movimientos y de la espresion y la pureza en los contornos. Dos de sus cuadros de la iglesia de Santa Grata, de Bérgamo, y dos en la de la Pasion de Milan, se encuentran entre lo mejor que hay, pues no cuidaba tanto de todas sus obras.

Milaneses.—Cuando pereció la antigua escuela de Luini y Gaudencio en Milan, los cardenales Borromeo, que deseaban que sirviesen las artes para brillo del culto, se vieron obligados á llamar á los extranjeros. Entre los milaneses que estudiaron fuera, se cita á Pedro Francisco Mazzucchelli, de Morazzone, buen colorista, y á Juan Crespi, de Cerano, que fué tambien arquitecto, plástico y literato. Formó á Daniel Crespi, que muy superior á su maestro, se acerca á Ticiano en los retratos, y se manifiesta lleno de recursos en las grandes composiciones; pero no se le puede conocer bien sin haber visto su historia de San Bruno en la Cartuja de Carignano. Este fué el último pintor milanés, aunque los Rossetti, los Santagostini, Meda, Isidoro Bianchi de Campione, buen pintor de frescos; Pablo y Bautista Recchi, de Como; Andrés Lanzani, formado por los Maratta, rico en ideas y medios; Ambrosio Besozzi y Francisco Caccianiga, no habian dejado de ser artistas de mérito.

El ferrarés Antonio Contri inventó un procedimiento para arrancar de las paredes las pinturas que se querian trasladar á otra parte. Después de aplicarles una tela preparada sujetándola bien estirada, cortaba el yeso, y sacaba al cabo de algunos dias toda la pintura entera y en perfecto estado. Estendiéndola entonces en una tabla unida, la aplicaba otra tela con un barniz más fuerte que comprimia con arena; y separando una semana después la primera de la segunda, se trasladaba la pintura á ésta.

Genoveses.—La escuela fundada en Génova por Perin del Vaga hizo progresos. Los Calvi ejecutaron sobre todo cuadros históricos, menos distantes de los usos y de la época que los de los venecianos; Andrés y Octavio Semini imitaron á Rafael; Lucas Cambiaso, que se formó sólo en su patria, es fecundo en imágenes, ingenioso en las dificultades, y sus galerias del palacio imperial se cuentan entre las mejores. Pintó tambien en el Escorial. Juan Bautista Castellio, llamado el Bergamasco, fué su rival, y sin embargo, su íntimo amigo. Juan Bautista Paggi, noble y literato, fué desterrado por un asesinato; habiéndose después formado en el extranjero una gran reputacion como pintor, se le autorizó para volver á su patria, y trabajó en union de Rubens y Van-Dyck. En efecto, los nobles genoveses llamaban á porfia los mejores artistas; y los Procaccini, Genteleschi, los Roncalli, el pisano Lomi, el florentino Balli, Antoniano de Urbino, Salimbeni, Sorri, Tassi, Simon Vouet, los flamencos Rosa, Legi, Wael, Malo, el aleman Waals y otros, recibian lecciones de la ciega Sofonisba.

Los jóvenes artistas genoveses pudieron formarse con arreglo á tan hermosos y variados ejemplos; y con el objeto de que no descuidasen el dibujo por el colorido, publicó Paggi la *Definicion ó division de la pintura* (1607). Juan Carlone, dibujante cuidadoso y buen colorista, introdujo en los frescos una limpieza y un brillo no acostumbrados. Su hermano Juan Bautista le excedió, y sus pinturas llaman en el más alto grado la atencion en la *Anunciada del Guastato* y en la capilla del palacio. No se distinguió menos en la pintura al óleo, y continuó trabajando en ambos géneros, sin declinar hasta la edad de ochenta años.

Bernardo Strozzi, religioso capuchino, huyó á Venecia, donde permaneció como sacerdote secular mientras vivió. Los palacios de Génova abundan en sus grandes frescos bien imaginados; y en sus telas el color es á la vez armonioso y lleno de vigor, aunque no haya eleccion en su dibujo, y sobre todo, en los rostros de los ángeles y de las vírgenes. Sin hablar de los muchos retratistas, Sinibaldo Scorza, de Voltaggio, á quien se le creeria flamenco, y Antonio Travi, llamado el Sordo, de Settri, se distinguieron en el paisaje. Juan Bautista Castigglione no cede más que á Bassano en la pintura de animales. La peste de 1657, que pareció cebarse con preferencia en los artistas, dispersó aquella escuela.

Moncalvo, es decir, Guillermo Caccia, de Montavone, es el único artista piamontés que merece nombrarse por las capillas del monte de Crea, la cúpula de San Pablo en Novara, y sus obras en los conventuales de Moncalvo. Ocupada Turin con la guerra, tenia poco tiempo para pensar en las artes. Sin embargo, fundóse allí una sociedad de

San Lucas en 1652, y poco después se erigió en academia, á la cual dió Claudio Beaumont, natural de Turin, una forma mejor. Pero con más frecuencia se llamaron del extranjero á los artistas qne adornaron los palacios reales, como Juan Miel, de Ambères, Banier, Daniel Seiter, de Viena, y al francés Carlos Deauphin y á Vanlóo.

Venecianos.—Entre los venecianos, la buena escuela produjo malos discípulos, que creyendo que el mérito consistia en trabajar de prisa, se apoyaron en los ejemplos del Tintoreto. Jacobo Palma, el jóven, echó á perder sus escelentes disposiciones, ejecutando de prisa muchos encargos. Gerónimo Forabosco fué un gran pintor de retratos. Carlos Ridolfi siguió los buenos métodos y escribió las vidas de los pintores de aquella escuela. Dario Varotari estudió á los del siglo XIV; segun se ve en san Egidio de Padua; su hijo Alejandro, llamado el Paduano, es alabado por sus escorzos; pero á nosotros nos parecen mal entendidos, y su gracia puramente convencional. Otros artistas entre los venecianos se separaron de los ídolos contemporáneos para seguir diferentes y originales métodos, como los Ricci, y más tarde Tiepolo y Rotari. Antonio Canale adquirió estudiando las ruinas romanas, una exactitud admirable de perspectiva. Fué el primero que empleó la cámara oscura para comprobar los planos y armonizar las tintas. Tambien se distinguió en el paisaje Grimaldo, llamado el Boloñés.

Carlos Maratta, de Ancona, no supo más que recomendar el estilo de Rafael, y fué comparado á este gran artista por algunos profesores sin esperiencia, por la amable dulzura de algunas de sus piadosas composiciones, que le valieron el honor de ser llamado Carlos el de las Vírgenes. Se atrevió á emprender el restaurar las habitaciones del Vaticano. Tanto él como su hermano y su hija Faustina, poetisa, están colocados en la categoria de los grandes corruptores.

Hemos pasado en silencio á muchísimos artistas, si bien se conserva nota de todas las medianías de aquella época, al paso que desgraciadamente ni aun el nombre de los artistas superiores de la Edad Media nos ha sido trasmitido. El gran mérito consistia en trabajar de prisa, cubriendo inmensos espacios en brevísimo tiempo con pincel amanerado, bosquejando fácilmente sin concluir nada, sin modelos, bocetos ni cartones. Algunos se alabaron de poder cubrir en un dia diez brazas de pared; y Cambiasi ganó á todos pintando con ambas manos. No eran, pues, más que aptitudes amaneradas y colgaduras flotantes, sin estudio de la historia y de la dignidad, contrastes exagerados de claro oscuro, trivialidad general. Creíase, sin embargo, que aquel era el siglo de oro de la pintura; y se establecieron sistemas falsos y teorias insensatas pretendiendo cada uno disertar sobre el arte.

Escultura y arquitectura.—La escultura decayó desde el momento en que pretendió exagerar los movimientos de Miguel Angel, é invadir el terreno de su rival, representando actitudes violentas, contorsiones, anatomia, ropajes enormes, y considerando la dificultad vencida como el mayor mérito, y la ejecucion mecánica como el colmo del arte, y el taladro como más admirable que el cincel. Nunca hubo en los mármoles nada más acabado que lo ejecutado por Algardi, Bernini y Le Gros; pero dirigiéndose á esta clase de mérito, descuidaron la belleza severa y correcta. No queda ya ninguna huella del sentimiento que se respira en las toscas tentativas de los artistas del siglo XIV, y en aquella exageracion del hombre no se reconoce ya á sí mismo.

En la arquitectura el mal gusto adelantaba cada vez más; y como el carácter de la corrupcion es no creer suficientes los médios sencillos, con cuya ayuda se habian elevado los maestros, las órdenes antiguas no parecieron ya ofrecer una carrera bastante grande á las nuevas fantasias, Filiberto de Delorme sostenia que debia permitirse á la nacion francesa, tanto como á las demás, inventar órdenes nuevos: y en efecto empleóse uno francés por Le Brun en la galeria de Versalles, por Rolland en el teatro de Metz y en otras partes. C. L. Sturn inventó un orden alemán. Las columnas se retorcieron, se envolvieron con pámpanos de bronce, y se variaron de una manera estravagante. En un punto parecen separadas en dos, en otro figuran estar proximas á caer pero un ángel las sostiene.

El historiador académico de la escultura dice sin razon, que «las circunstancias que ponen á prueba el talento y el mérito de los artistas habian disminuido considerablemente en Italia.» Lejos de esto nunca se habia edificado y trabajado tanto. No hay ciudad en la que no abunden las iglesias, los palacios con patios, y las estravagantes fuentes. Roma continuó las obras del siglo anterior, restauró los edificios antiguos é hizo otros nuevos. Santa Inés, San Cárlos, San Andrés, Santa Maria in Capitelli, la Victoria, la capilla de Santa Maria la Mayor, el palacio de Letran, San Juan de los Florentinos, el puente de Sant Angelo, la fuente de la plaza Navona, las villas Borghese, Ludovisi, Panfili, los palacios del monte Cavallo, de monte Citoro y varios más, fueron construidos y adornados en aquella época. Así como lo gótico habia tomado vuelo en las construcciones de los franciscanos, lo estravagante fué protegido por los jesuitas, y sus iglesias de San Ignacio y Jesús ofrecen notables monumentos de él.

Bernini.—Lorenzo Bernini es citado como tipo de peor gusto. Este napolitano (1598-1680), lleno de imaginacion, pintor distinguido, escultor y arquitecto, que ejecutó un número casi increible de obras, esculpia á la edad de diez años de tal manera, que Pablo V predijo que seria el Miguel Angel de su siglo. Muy aplaudido por sus primeras obras, sobre todo por sus bustos, que son de gran facilidad y de un gusto correcto, creyó abrirse un camino quo no fuese ni el de la antigüedad ni el

de Miguel Angel. Pero cuando siendo ya viejo volvió á ver los ensayos de su juventud, exclamó: «Pocos adelantos he hecho en el arte, si siendo joven manejaba el mármol de esta manera.» Su grupo de *Dafne* y *Apolo*, obra de sus primeros años, ofrece la reunion de todas las dificultades, sin nada convencional; y el mármol parece cera (6). Pero poco á poco se amaneró; y permaneciendo incomparable en la habilidad del cincel, no tuvo accion en las formas, ni nobleza en la espresion. Hay aun correccion en su santa Bibiana, que con la santa Cecilia de Maderno y la Susana del Fiammingo, es la mejor de aquel siglo. Bernini hizo en la iglesia de la Victoria, erigida por Maderno, en memoria del combate naval de Lepanto, y adornada con los estandartes arrebatados á los turcos, la estatua de *santa Teresa*, que llamó «la menos mala de sus obras,» y que es la obra maestra de la escultura pintoresca, como él la llamaba. Pero por no decir nada de la enormidad del ropaje, la santa cae en un éxtasis de deleite, que hace aun más inconveniente la edad adulta del ángel que se ve encima de ella. Buscó después cada vez más la novedad, y su *Angel en el puente* tiene hasta los omoplatos dislocados para ofrecer mas gracia en la actitud.

Ejecutó en el Vaticano el mausoleo de Urbano VIII sobrecargado de paños, con una Justicia de enormes pechos, que un niño aprieta de un modo indecoroso el hinchado seno, al paso que la Muerte inscribe sobre su libro el nombre del pontífice. Tambien se ve en el monumento de Alejandro VII, la Caridad con el seno comprimido, y el globo terrestre aplastado por una Verdad en un estado indecente de desnudez. Un enorme tapiz que cae sobre la puerta interior es levantado por la Muerte, que presenta su reloj de arena para indicar que ha llegado la hora. Estas son concepciones sin estudio, sin pureza ni conveniencia. Fueron, sin embargo, entonces estremadamente alabadas, lo que hizo que la espresion llegase á ser afectacion, tanto más cuanto que estando al frente Bernini de todos los trabajos, todo el que queria obtener pedidos, debia conformarse á su gusto. Acostumbrado á escitar la admiracion, habia llegado el caso de provocarla. Urbano VIII, antes de ser papa, le tenia el espejo, mientras se representaba él mismo en el *David*. Gregorio XV dijo, en la época de su exaltacion: *Os felicitais de ver a Maffeo Barberini papa, pero él se cree más dichoso de que Bernini viva bajo su reinado.*

Bernini adoptaba con talento, segun los lugares, invenciones arquitectónicas. Teniendo que sacar partido de una buena cantidad de agua en la plaza de España, pero sin poderla hacer saltar, inventó una barca que sumergiéndose, comprimia el agua, y la hacia salir por pequeños agujeros laterales (*la barcaccia*). No teniendo, por el contrario, más que un hilo de agua en la plaza Barberini, pero de gran elevacion, imaginó un triton que la hace salir de su concha por el esfuerzo de su soplo. El obelisco de la plaza Navona, rodeado de estatuas de rios, hechos por los mejores artistas de la época, tiene un aspecto grandioso, aunque carezca de la unidad de pensamiento. El papa Inocencio X pasó dos horas admirando aquella fuente, que estaba aun rodeada de andamios; después, cuando se iba á retirar, exhortó al Bernini á terminarla con prontitud y elevar las aguas, cuando de repente las vió saltar por todas partes. *Esta es una sorpresa*, exclamó el pontífice, *que prolonga mi vida diez años.*

La singular escalera de caracol sobre el plano elíptico del palacio Barberini, ha sido hecha con arreglo á sus planos. El palacio Ludovisi, en el monte Citorio, es de los mayores y más regulares. Prevaleciendo entonces la pintura de decoracion, Bernini buscó más el efecto y grandiosidad que la pureza de las formas. Esto es lo que se ve en el Noviciado de los jesuitas, en el monte Cavallo, cuyo esterior es tan pintoresco en un espacio tan estrecho, con su cúpula ovalada, cuya decoracion es muy rica, mérito que Bernini sustituyó á menudo á la correccion.

La iglesia de San Pedro en el Vaticano, obra maestra, en la que trabajó tambien aquel siglo, no era ya la espresion de Dios y del universo que llenó, sino de la grandeza de los papas. Hacia dos siglos y medio que los pontífices, los artistas y el gusto habian cambiado, así es que falta aquella unidad que constituye el mérito de las obras como de la vida. Después de la muerte de Miguel Angel, se eligió para continuar el revestimiento con arreglo á sus planos, á Jacobo Barrozzi, de Vignola, que los respetó, aunque fué muy capaz de mejorarlos. Cuando murió en 1573, Jacobo de la Porta acabó de cubrir el edificio. Aun permanecia la bóveda de la cúpula, y Sixto Quinto la hizo cerrar en dos años, segun el diseño de Miguel Angel; después en el reinado de Clemente VIII, Fontana colocó la claraboya.

Cuando se trató de hacer la nave, Paulo V, bien que no quisiese dejar profanar una porcion de terreno consagrado por la tradicion, ó porque la iglesia le pareciese insuficiente para ciertas solemnidades; sea, en fin, que ningun templo cristiano pudiese igualar en grandeza á él que era el primero en dignidad, dió la preferencia, entre los diferentes proyectos, al de Carlos Maderno, de Bissone. Habiendo ido á casa de Domingo Fontana, su tio, como modelador en estuco, habia aprendido el dibujo y la mecánica, después dió pruebas de talento en diferentes palacios de Roma, principalmente en los de Borghese y Mattei. Nótase en ellos, en efecto, la sobriedad de las formas y la

(6) Urbano VIII hizo este epígrama sobre la Dafne del Bernini.

Quisquis amans sequitur fugitivæ gaudia formæ,
Fronde manus implet, baccas seu carpit amaras.

belleza de los perfiles, aunque anuncien la decadencia del arte, y el amor del arquitecto á su antigua profesion de estuquista.

Ateniéndose Miguel Angel á la idea moral de la unidad, queria que la cúpula del monumento se desprendiese sin tener en cuenta los accesorios, que sin embargo son indispensables al rito católico. Ahora bien, Maderno, con el objeto de obedecer á las nuevas exigencias, no contento con reproducir lo que ya existia antes, añadió tres arcadas al brazo oriental de la cruz, que de esta manera cambió de griega en latina, y en el frontispicio una galeria desde donde el papa pudiese dar su bendicion *urbi et orbi*. Resultó de esto que la armonia de las partes se perdió, así como lo grandioso que es el resultado de la unidad, y que este mismo monumento parece más pequeño de lo que es en realidad. La belleza severa del resto del edificio faltó á la fachada ensanchada, sin hablar de la incorreccion de las formas y de los detalles.

Bernini trabajó más que ningun otro en San Pedro, y adornó con estatuas los pié-derechos de la cúpula. Gregorio XV le encargó la *confesion*, es decir, el altar mayor, la mejor obra que existe de fusion, y cuya altura iguala á la del palacio Farnesio. Existian ya las columnas retorcidas en el antiguo altar, y la tradicion la suponia procedente de Grecia; Bernini no fué, pues, el inventor de este género. Si todo el resto de esta composicion parece delirio aplicado á la arquitectura, y si independientemente del uso absurdo de poner cúpulas bajo cúpulas no sirve más que para poner trabas á la vista, puede escusarse como adorno, perdonando al gusto del siglo, las franjas, los festones, las volutas, y olvidando que su autor empleó la cubierta del Panteon. Tal vez se creerá que debiendo colocarse en una nave tan grande no hubiera sido posible obtener con pureza el efecto que consiguió Bernini. Es cierto que hemos visto estatuas admirables en el taller del artista, parecer mezquinas, una vez colocadas en San Pedro. Pero contestaremos á los que lo atribuyen á la forma del templo, mostrándoles el monumento del papa Rezzonico.

Encargó además Alejandro VII á Bernini el púlpito de San Pedro, masa de bronce, sólo inferior á la tribuna, y que costó setecientos mil escudos. Los cuatro doctores sostienen el púlpito, idea feliz, tanto como la de haber sacado partido de una ventana en el fondo para colocar en ella al Espíritu Santo. Sólo aquellos cuatro colosos de aspecto teatral parecen sostener por burla con un solo dedo aquel enorme peso, que parece hacer más pesado la mucha ornamentacion

La columnata de la plaza de San Pedro, que le encomendó el mismo pontífice, es el edificio más magnífico, sólo por su hermosura, que existe en el mundo. Miguel Angel habia, dicen, pensado en hacer preceder de pórticos la basílica; pero le era difícil á Bernini ponerlos en armonia con su enorme masa y su estraña portada, sin que una ú otra cosa se perdiese. Prefirió, pues, poner en semicírculo cuatro filas de columnas que ocupasen una anchura de cincuenta y seis piés. En su consecuencia veinte y cuatro pilastras cuadradas y ciento cuarenta columnas en forma de travertin, de cada lado, que tienen cuarenta piés de altura, están sobrepuestas de una balaustrada adornada con ochenta y ocho estatuas; el todo es tan exacto, que cuando se coloca una persona en un foco de la elipse, no se ve más que una sola fila.

La escalera que del vestíbulo de San Pedro conduce á la sala real, era muy difícil conservar, en atencion á que no era posible tocar á las paredes; pero Bernini supo, lo que le parecia deber de la arquitectura, convertir las dificultades en bellezas, resultando uno de los mejores efectos de perspectiva.

Las dos estatuas ecuestres de Carlomagno y Constantino, que colocó en cada una de las extremidades del vestíbulo, y que le agrandan, producen tambien excelente efecto, aunque hay alguna cosa desagradable en aquella reunion de estucos y colgaduras, que parecen figurar un huracan perpétuo.

Fontana.— Cuando se terminó San Pedro, mandó Inocencio XI á Carlos Fontana (1630-1714), de Como, discípulo de Bernini, hacer su descripcion. Aquel arquitecto hubiera podido señalarse, si hubiese sido menos incorrecto, en las grandes obras que se le encargaron en número bastante considerable. Bastará, en efecto, citar á San Miguel en Ripa, los graneros de Termini, la cúpula de la catedral de Montefiascone, el modelo de la de Fulda. Calculó que hasta 1694 se habian gastado en San Pedro cuarenta y seis millones, ochocientos cincuenta mil escudos romanos, sin contar los modelos, los edificios derribados (un campanario de Bernini costó cien mil escudos el edificarle y doce mil el derribarle), las pinturas, los ornamentos sagrados y las máquinas. Aconsejó para hacerle más magnífico, derribar todas las casas hasta el Tiber, prolongando hasta San Jacobo Scosciacavalli dos pórticos terminados por un arco triunfal, y abrir calles regulares en su derredor, empresa que nadie se ha atrevido á intentar hasta el dia.

Fontana trata sobre todo de justificar á Bernini, á quien varios arquitectos hacian el cargo de haber debilitado la cúpula, ahuecando los pilares para hacer en ellos nichos y escaleras; al paso que se probó, por el contrario, que los arquitectos primitivos habian dejado vacíos para permitir secarse los macizos. Las esplicaciones no parecieron satisfactorias, y se comenzó en 1745 á temer no cediese la cúpula. Esto dió lugar á una gran discusion entre los artistas y los matemáticos, y á multitud de proyectos unos ridículos, otros ingeniosos. El marqués Juan Poleni, de Pádua, convenció á los más tímidos con escelentes razones: sin embargo, para no contrariar tal vez á nadie, propuso rodear la cúpula de cinco grandes círculos de hierro uni-

dos por la parte exterior. Se colocaron por el arquitecto Vanvitelli, y fueron más perjudiciales que útiles, estropeando el edificio con tanto martillar y cincelar.

Invitado Bernini por Luis XIV á pasar á Francia para terminar el palacio del Louvre, se dirigió allí á la edad de sesenta y ocho años. Su viaje fué una serie de fiestas y triunfos; Fernando de Médicis le preparó una solemne entrada en Florencia. Se alojó en su palacio, y le hizo llevar en su propia litera hasta los confines de Italia. No menos obsequioso se mostró el duque de Saboya. En Francia las autoridades le tributaban honores oficiales, y los ministros y los cortesanos se conformaban á la voluntad de Luis XIV. Bernini empleaba con los príncipes la clase de adulacion que lisonjea más, la que se cubre con el velo de la franqueza. Recibió á Cristina de Suecia con su traje de trabajo, y la reina le dijo, tocándole, que era más honroso que la púrpura. Como alabase una estatua de la Verdad: «Vuestra Majestad, contestó, es la primera cabeza coronada á quien le agrada la verdad;» y Cristina replicó: «¡Pero no todas las verdades son de mármol!» Cuando trabajaba en el retrato de Luis XIV, comenzó de repente á gritar: «¡Milagro, milagro! Un rey tan altivo y francés ha permanecido una hora entera sin moverse.» Otra vez le levantó el pelo al rey de la frente, diciéndole: «Vuestra Majestad puede mostrar su frente á todo el mundo;» y al momento los cortesanos se arreglaron el pelo *á lo Bernini*. Habiéndole preguntado unas señoras cuáles eran más hermosas si las italianas ó las francesas: «Son igual mente hermosas, contestó; pero las italianas tienen sangre bajo la piel y las francesas leche.»

No se siguió el grandioso plano que dió Bernini fuese porque era muy costoso ó por rivalidad nacional; de seguro no fué por delicadeza de gusto, pues Claudio Perrault, cuyo dibujo fué preferido, cree al Bernini escelente escultor, aunque arquitecto mediano. Ricamente recompensado Bernini por el rey, volvió á aquella Roma para la que se sentia nacido, y continuó embelleciéndola. Hizo en tiempo de Clemente IX y Clemente X la balaustrada del puente de Sant Angelo como tambien diferentes pinturas y esculturas, entre otras el mausoleo de Alejandro VII: no descansó hasta la edad de ochenta y dos años, sino cambiando de trabajo.

Cuando las bellas artes se dedicaron de nuevo á imitar á los antiguos, recorrieron la carrera en su seguimiento; pero llegó el momento en que perdieron la pista; por ejemplo, para las grandes bóvedas de las iglesias y de las salas, que exigian adornos de diferente género. La escultura, que entre los antiguos habia dado reglas á la pintura, las recibió de ella á su vez entre los modernos; estravióse en su consecuencia con ella, sobre todo desde el momento en que se asoció á la pintura para los adornos dirigiendo al efecto con ayuda de formas convencionales y de una facilidad enemiga de la correccion: con objeto de agradar á la vista, buscó lo pintoresco en los ropajes, en los movimientos y en los accesorios. Esto es lo que hizo Bernini, dando á sus figuras, posturas amaneradas, sin nobleza. Fué menos incorrecto en la arquitectura, aunque es cierto que abrió el camino á todo lo peor que existe. Tuvo pocos iguales en el génio de la composicion; una imaginacion rica y dócil, recursos inagotables le hubieran proporcionado un lugar entre los más ilustres, si no hubiese afectado la pompa más que la verdadera grandeza, la ostentacion más que la riqueza.

Borromini.—Estaba reservado á Francisco Borromini (1599-1667), de Bissone, jefe de aquella deplorable turba que no conoció otra regla que el capricho, le estaba reservado, decimos, renegar de todo principio de órden y destruir todo sistema tradicional. Habiendo ido á Roma como trabajador en mármol, quedó admirado de las maravillas de San Pedro, é hizo algunos trabajos. Pero le distraia Maderno, que anciano y enfermo, le empleaba en su lugar. De esta manera se acercó á Bernini; pero la envidia le inclinó á arrebatarle pedidos y á atacar su fama. ¡Si á lo menos hubiese obrado de este modo para volverle al buen camino, y mantenerse él mismo en él! ¿Pero cuándo los censores reprenden los verdaderos defectos, y se proponen forzar á aquel que critican á corregirse? Encontraba ya el gusto alterado por la mania de la novedad, y por el partido adoptado de no diferenciar el campo propio de cada arte; ahora bien, la llevó hasta el último grado trastornándolo todo y haciendo lo contrario de lo que en otra época pasaba por ser de buen gusto. Proscribió las líneas rectas para adoptar las ondulantes, tortuosas en todos sentidos, los cartones, los infinitos ángulos salientes; no inventando nada nuevo, aunque se creyó un génio creador, se limitó á combinar de un modo estravagante, á trasponer, á colocar por sosten un accesorio ornamental, á dar apariencia de ligereza á lo que debia tener solidez y sustituir lo falso á la realidad. La arquitectura llegó á ser una ciencia de embutido, el adorno un arte de platero: cuando ya carecia de tipos sobre los cuales pudiese apoyarse la razon, Borromini la trastornó de la manera más estraña. Torció á San Juan de Letran, el mayor templo de Roma después de San Pedro; hizo el campanario de la iglesia de la Sapienza en forma de caracol, porque los demás eran rectos; replegó la voluta jónica en sentido inverso del acostumbrado; dió al San Cárlos de las Cuatro Fuentes una figura que no tiene nombre. Para obtener estos resultados engañosos, estudió mucho la construccion; sus edificios son tan sólidos como los construidos de un modo regular. Mostró, sin embargo, arte y hasta genio. La fachada de Santa Inés, en la plaza de Navona, tiene escelentes partes, lo que da lugar á que se le llame el Séneca y el Marini de la arquitectura. Llovieron sobre él las condecoraciones y las pensiones; pero á pesar de esto, no le aprobaron los buenos artistas ni Bernini, de lo cual con-

trajo una melancolía, que, concluyendo en el delirio, le indujo á suicidarse.

Pero el gusto de lo difícil sin hermosura, de lo exagerado sin fuerza, de lo estravagante sin novedad, le sobrevivió y se propagó; continuaron viéndose columnas en espiral, arquitrabes cargados, la arquitectura en perspectiva. Para adaptar á nuestras iglesias, grandes y elevadas como son, los órdenes antiguos apropiados únicamente á templos bajos y estrechos, como los de entonces, fué preciso sobreponerlos, como se ve en todas las fachadas de aquella época. Varios de los que cultivaron el género estravagante consiguieron no obstante lo grandioso, sobre todo en los patios, en las escaleras y en las grandes salas. Deliraron aun menos en la armonia que en los detalles, en los que el buscar la gracia les hizo multiplicar las líneas serpenteantes, las contorsiones y las formas sin gracia, cuya moda se introdujo hasta en los menores detalles, desterrando la sencillez, la unidad y los contrastes racionales.

Las capillas de Sixto Quinto y Paulo V, en Santa Maria la Mayor, son tipo de este gusto. En la primera, que está bien distribuida, trabajaron artistas de mérito muy diferente, y algunos de verdadero talento, como Antonio de Valsolda, que hizo en ella la estatua del papa, y en San Juan de Letran, el sepulcro del cardenal Ranuccio Farnesio; Leon de Sarzana hizo tambien en este último templo el de Nicolás IV, monumento menos estravagante y monótono que otros muchos. La capilla Paulina está sobrecargada, como todo lo que mandó Paulo V. que prodigó en ella tesoros; y el boloñés Ambrosio Buonvicino quiso escitar en ella la admiracion con los escorzos, las partes salientes y los atrevimientos de mecánica. Camilo Mariani, de Vicenza, y Scilla, de Viggin, se distinguieron más que los precedentes.

No hubiera sido, sin embargo, necesario para volver al buen camino más que renunciar á andar en busca de dificultades; pues cuando se encontró el cuerpo de santa Cecilia, Esteban Maderno, encargado de copiarle, como era, hizo una obra correcta y muy graciosa.

Algardi, 1583-1654.—No mencionaremos á multitud de imitadores, esceptuando solamente á Alejandro Algardi, de Bolonia, que no siguió servilmente á Bernini y se dedicó á la pintura y al estudio de lo antiguo. Su Leon XI, en el Vaticano, con la capa pluvial sobre las rodillas, como de costumbre, tiene pesadez. Pero se admira su Atila, trozo compuesto de cinco pedazos unidos, de veinte y dos palmos de altura y doce de ancho. Es más bien pintura que escultura, ofreciendo todas las variedades de relieve y algunas figuras salientes en falso, otras apenas indicadas, lo que forman una aproximacion viciosa de la verdad y de la imitacion. Su fachada de San Ignacio es rica y desordenada; pero la quinta Panfili es mejor.

Camilo Rusconi, de Milan, que tuvo un talento real, aunque extraviado por los malos ejemplos, mereció elogios por los sepulcros de Gregorio XIII y Alejandro VIII; pero no valen, ni con mucho, lo que los dos ángeles de la capilla de San Ignacio en la iglesia de Jesus. El toscano Juan Gonelli (el Ciego de Gambassi) continuó trabajando después de haber perdido la vista, sobre todo en retratos: sin embargo, la Toscana no produjo ningun artista de valor. Los Foggini son malos, aunque superiores á los demás. Inocencio Spinazzi es algo menos depravado; hizo en Florencia la *Fe*, cubierta con un velo, para Santa Maria Magdalena, y la estatua del sepulcro de Maquiavelo.

El Fiammingo (Francisco de Quesnoy) es el artista más correcto de su época, y el que trabajó menos. Estudió á los niños en el Ticiano, y tuvo pocos iguales en reproducir la gracia infantil y lo tierno de las carnes. Nada más encantador que los de la capilla de Filomarino, en los Santos Apóstoles de Nápoles. Su Susana en la iglesia de la Vírgen de Loreto, en el Foro Trajano, ofrece pliegues sóbrios y una dulce espresion. Pero en el *San Andrés* que hizo para el Vaticano, no se separó de las demás obras de aquel templo, que se compara al palacio de Eolo por los muchos ropajes, revoloteando en todos sentidos.

Renovóse la escuela de Nápoles con arreglo al gusto dominante, por el caballero Cosme Fansaga, de Bérgamo, que hizo muchas iglesias y fachadas, como tambien la hermosa fuente Medina. Como se querian adornar las plazas con obeliscos, y como la sencillez de los obeliscos antiguos parecia mezquina, sobrecargó de trofeos los dos de Santo Domingo y San Genaro; se puede admirar en la capilla de San Severo el colmo de la dificultad y de la extravagancia. No admite censura un *Cristo muerto*, obra de San Martin, cubierta con un lienzo, al través del cual aparece la figura: la estatua de Juana de Sangro es buena tambien. Pero después todos se entregaron á porfia á las mayores extravagancias: unas veces el *Desengaño* envuelto en una red, por Queiroli; otras el *Pudor* del veneciano Corradini, se ve desnudo al través del velo con que se cubre; la Educacion de Queiroli es aun peor; y las demás figuras ejecutadas por Celebrano, que existen en el altar mayor, como tambien los ángeles de Pablo Pérsico, pecan por los mismos errores de gusto.

Venecia tuvo tambien su parte de monstruosidades, sobre todo en los mausoleos. Con respecto á la arquitectura, la Salud, construida por Baltasar Longhena, por un voto hecho en la época de la peste de 1630, es admirada en su parte interior, aunque extravagante fuera, superabundante aunque grandiosa, y en armonia con los edificios que la rodean. La cúpula es elevada, y el conjunto produce tal efecto, que hace se perdone lo que se nota en ella de irracional. El palacio Rezzonico, cuyas proporciones son muy grandiosas, y el de Pésaro, que es uno de los más suntuosos de Italia, son tambien suyos.

Se trabajó poco y mal en la catedral de Milan.

Ya hemos pagado un tributo de elogios á Fabio Mangone y á Meda, que ejecutaron los grandiosos patios del colegio Helvético y del Seminario; Francisco Richino merece tambien mencionarse con honor. Los genoveses Parodi pertenecen á la escuela de Bernini, y están muy distantes de igualarle. Verona edificó en 1718, en el Campo de Marte, la feria, cuya ejecucion es mejor que el dibujo, y contiene doscientas setenta tiendas. El pórtico que conduce desde Bolonia á la montaña de la Guardia se debe á Juan Jacobo Monti, de aquella ciudad. El teatino modenés don Guarino Guarini, que habia leido los mejores escritores, y conocia la filosofia y la física, no dejó de llenar de malas obras á Turin, como la capilla de Santa Sidonia, San Lorenzo de los Teatinos, y sobre todo el palacio de Carignano. Aquellas contorsiones, aquellos esfuerzos en los planos, en las elevaciones, en los adornos, las ventanas ovaladas, las columnas torcidas, los frontones quebrados, los adornos estravagantes, introducidos en el órden dórico, no le impidieron ser llamado del otro lado de los montes y de ultramar. A Guarini le sigue el jesuita Andrés Pozzo, de Trento, que dibujó el altar de san Ignacio en la iglesia de Jesús, de Roma, y el de san Luis Gonzaga en San Ignacio, prodigio de riqueza y de mal gusto. Dió, en la *Perspectiva de los pintores y arquitectos*, reglas y ejemplos precisamente en oposicion á lo que debe hacer el que quiera trabajar con acierto.

Por una desgracia particular se trabajó mucho de este género en aquella época en Italia, ora por fausto de parte de los señores, ora por el lujo piadoso de los jesuitas, ó por la idea de buscar la gloria en aquello, cuando los demás caminos para conseguirlo estaban cerrados. Honorio Lunghi hizo varios dibujos, entre los cuales se nota el plano de San Cárlos en el Corso, en Roma, que no carece de mérito y grandeza. Su hijo Martin trabajó más bien con capricho que con arte, y se alaba su escalera del palacio Rusconi; hombre estraño y brutal, se dejaba maltratar por su madre, contentándose con decirle: *Querida mamá, me distes á luz sano; ¿y quieres ahora estropearme?*

Flaminio Ponzio, Juan Fiammingo, el florentino Constantino Servi, Cárlos Lombardo, de Arezzo, el romano Juan Bautista Soria, que hizo á San Cárlos de Catinari y la fachada de San Gregorio, dejaron trabajos más ó menos defectuosos. Las fachadas de las dos iglesias en la plaza del Pueblo, y en la de San Andrés del Valle, una de las mejores de entonces, la quinta Pinciana, la media naranja de Ronciglione y el palacio de la Academia de Francia, se deben á Cárlos Rainaldi. El palacio Altieri ó Jesús es un monumento magnífico de la habilidad de Juan Antonio Rossi, natural de Bérgamo, que sin embargo no sabia dibujar por su mano. El romano Matias de Rossi, que sucedió á Bernini casi en todos sus empleos, fué tambien llamado á Francia, y añadió allí la puerta á las piedras salientes.

Pablo Guidotti, de Luca, pintor y escultor, que fué tambien conservador del Capitolio, es decir, primer magistrado del pueblo romano, se entregó al estudio de las matemáticas, de la astrologia, de la jurisprudencia y de la música. Acudia á los cementerios en busca de algo que pudiese satisfacer su aficion á la anatomia. Compuso la *Jerusalen destruida*, cuyas octavas acababan con las mismas palabras que las del Tasso; trabajo que camina á la par con el que se tomó para volar por los aires, como trató de hacerlo en Luca, de donde volvió con una pierna rota. Dirigió como arquitecto las decoraciones para las canonizaciones de San Isidoro, San Ignacio, San Francisco Javier, San Felipe de Neri y Santa Teresa. El florentino Juan Coccapini no tuvo menos variedad de talento. Empleado por el emperador como ingeniero militar, hizo en su patria la quinta imperial y el convento de Santa Teresa de Jesús, enseñó en ella las matemáticas, aplicándolas tambien á la perspectiva, á las fortificaciones, á la arquitectura y á la mecánica. Nigetti dibujó, con arreglo á una idea de don Juan de Austria, la capilla de los Príncipes, en San Lorenzo de Florencia, y trabajó en piedras duras. Después de haber servido Alfonso Parigi, como ingeniero en Alemania, restauró, con ayuda de un admirado artificio, el palacio Pitti, que se arruinaba. Gerardo Silvani hizo en el curso de una vida de noventa y seis años mayor número de trabajos, entre otros, palacios que se cuentan entre los mejores de la ciudad.

Jacobo Torelli, de Fano, se distinguió en la arquitectura teatral, y fué en su consecuencia llamado á Venecia, donde inventó un mecanismo para cambiar en un momento las decoraciones, artificio que no se habia empleado hasta entonces. Aunque habia perdido algunos dedos, continuó trabajando; y habiendo ido á Francia, hizo máquinas y fuegos artificiales. Luis XIV le detuvo allí en calidad de arquitecto real; construyó en París el teatro del pequeño Borbon, y contribuyó al brillo de las representaciones de las piezas de Corneille. De vuelta á su patria, construyó un teatro que pasó por el mejor de todos, tanto, que habiéndose quemado el de Viena en 1699, dispuso el emperador que se reedificase con arreglo al modelo del de Fano. Fernando, Francisco y Antonio Galli, de Bibiena, pintores y arquitectos, se hicieron célebres por la parte del arte relativa á los teatros; y á porfía los llamaban para organizar fiestas, pintar salas de espectáculos y decoraciones.

Españoles.—El mal gusto se estendia por el resto de Europa; gracias á las academias establecidas en Roma por los príncipes extranjeros, para la educacion de los jóvenes. Entre los numerosos arquitectos españoles que trabajaban en aquella época, ninguno ha conservado reputacion fuera de su pátria; lo cual no significa que faltasen. En los primeros tiempos de la emancipacion de la península se adoptó el estilo romano. Antonelli, Calvi y otros italianos construyeron muchos castillos,

hasta que los Borbones introdujeron la fortificacion científica de Vauban, segun se ve en Barcelona, Alicante, Gerona, Figueras... En otro lugar hemos citado las obras civiles de aquel tiempo; después, fundiendo el estilo romano con el gótico fluido y el árabe delicado, se formó el estilo plateresco-arabesco llamado tambien de Berruguete, porque este artista (1561) lo empleó mucho, y es alabado singularmente por las cornisas y los monumentos sepulcrales. Se distinguieron en dicho estilo Gaspar de Tordesillas Xamete, Diego de Siloe, Daniel Forment, Felipe Virgany, Francisco Villalpando, Cristóbal de Andino y las familias de los Covarrubias, los Valdelviras y Ruiz (7). Volviendo luego al estilo romano, se construyó el Escorial, edificio sin caracter ni vida, aunque hermoseado á porfía por los sucesores de Felipe II. El arte de aquel tiempo toma su nombre de Herrera (1597), continuador de Palladio, y apasionado del estilo dórico: obras suyas son la catedral (1585), la capilla del Escorial, de más mérito (1563), y el delicioso palacio de Aranjuez.

En los reinados de Felipe IV y Carlos II se introdujo un gusto vulgar, libre de todo freno, al que dió nombre José Churriguera, natural de Salamanca, y en el cual, segun el uso de Italia, se torturaban el metal y la piedra. Madrid se vió lleno de construcciones estravagantes, no debiendo confundirse con ellas la fachada de San Fernando, obra de Ribera. Felipe II pretendió corregir el gusto por medio de una verdadera inquisicion académica. Ventura Rodriguez, ecléctico mediano, y luego Juan de Villanueva se ocuparon en ella; al estilo gótico y al árabe sustituyeron fachadas á la francesa; Sacchetti, de Turin, edificó el palacio de aquel rey; el mesinés Puvara hizo el de la Granja y el lombardo Bonavia el de Aranjuez.

Velazquez, 1599-1660.—Grandes pintores surgieron allí, cuando ya el naturalismo italiano comenzaba á prevalecer. Santiago Rodrigo de Velazquez, de Sevilla, se dedicó á estudiar la naturaleza más bien que á los maestros: tenia continuamente en su taller á un aldeano, al que hacia adoptar aptitudes y espresiones variadas; además copiaba frutas, flores y todo aquello de que tenia necesidad. Estudió en Italia á los más grandes maestros antiguos, y encargó un cuadro á cada uno de los doce pintores que ocupaban entonces los primeros lugares. Aquellas obras, que se llevó á España con otras y con diferentes modelos, sirvieron para adornar los palacios reales. Disfrazó los asuntos mitológicos que habia aprendido á tratar en Italia, vistiendo á sus personajes con trajes andaluces; pero la imitacion escrupulosa de la naturaleza, la magia del claro oscuro que hizo que se creyera vivo alguno de sus retratos y un franco pincel, le valieron ser considerado como creador de un método esclusivamente suyo, tanto que las cortes ambicionaban retratos hechos por él.

(7) Véase tomo VII, pág. 573.

Murillo, 1618-82.—Un dia llegó á su taller un jóven que, habiéndose aficionado al arte y deseoso de visitar las galerias de la Italia, habia reunido al efecto un pequeño peculio, pintando varios santos para los especuladores, que comerciaban con la América. El ardor y la habilidad de su jóven compatriota agradaron á Velazquez, que le proporcionó algunas obras. El nombre de Bartolomé Murillo pudo de esta manera colocarse al frente de la escuela española. Trabajó constantemente con amor, mejorando sin cesar su colorido y pincel. Pues si no igualó á los grandes maestros italianos, no habiendo nunca salido de su pais, se conservó puro de los defectos entonces dominantes, indemnizando sus partes débiles con lo brillante del colorido y la imitacion fiel de la naturaleza. Fué el pintor de la luz, el poeta del pueblo, cuyos harapos nos representa. Esta inclinacion *picaresca* es característica de la escuela española, que por lo demás, sacrificaba á veces, como la veneciana, las formas al colorido: copiaba mujeres hermosísimas, pero no del ideal griego: obligado á pintar con frecuencia reyes y reinos, sus modelos eran pésimos; no toleraba las desnudeces, como lo hacia Italia acostumbrada á las estatuas antiguas, y preferia los asuntos religiosos.

Pedro Subleyras fué de España á Roma, donde á principios del siglo siguiente fué considerado como el primer pintor; y tuvo el envidiado honor de hacer uno de los cuadros destinados para adornar á San Pedro. Juan Ribera imitó á Correggio, á quien dejó por Caravaggio, más apropiado á su género; Cano se formó con el estudio de los Carracci; Zurbarán pintó los rigores y las emociones de la vida monástica.

Flamencos, Rubens.—La Flandes, que habia sido la verdadera madre del colorido, se vió después arrebatar su superioridad por los venecianos. Othon Venius, después de haberse inspirado por ellos, se dedicó en su patria á igualarles, y pronto resucitó una escuela únicamente colorista, de la que Pedro Pablo Rubens fué el principal honor (1577-1640). Habiéndose aficionado al Ticiano y á Pablo Veronés, el colorido fué para él lo que el dibujo habia sido para Miguel Angel, pues no pensó en las formas y sí sólo en la luz. Con tal que hubiese encarnaciones deslumbrantes, poco le importaban las trivialidades ó estravagancias del dibujo, las formas pesadas y los cielos monótonos. Se complacia en las escenas vulgares, en las orgias; hizo un gran número de alegorias, sobre todo, muchos cuadros aduladores; era tal la facilidad de su pincel, que se conocen de él mil trescientas diez obras reproducidas por el grabado; y pasaba de un género á otro, escitando siempre la admiracion con el fuego de su composicion, pero sacrificando la exactitud de las líneas. En su admirable *Comunion de san Francisco*, en Ambères, el santo está desnudo, como el san Gerónimo del Dominiquino, pero el color lo compensa todo.

La reputacion que aquel jefe de los coloristas

esclusivos adquirió con los grandes, hizo se le confiasen misiones diplomáticas: el duque de Módena le envió á ofrecer á Felipe III un soberbio tiro de seis caballos; Felipe IV le encargó el ir á Inglaterra á ajustar la paz. La proteccion de Buckingham hizo se le acogiese en este pais con magnificencia; fué armado caballero en pleno parlamento, y recibió de regalo una espada con puño de oro guarnecida de diamantes. Pocos hombres, en una palabra, gozaron más de una gloria merecida; y amando, sabia hacerse amar. Entre sus numerosos discípulos, bastará citar, por su gran reputacion, á Jordaens, Van-Thulden, David Teniers, Breughel, que á menudo pintaban los fondos de sus cuadros, admirados todos por la reproduccion de la naturaleza sin idealismo. Algunos de sus compatriotas imitaron á los italianos, como Miguel Coxie, Francisco Floris y Abraham Janssens; otros formaron de ambas escuelas un estilo nuevo y libre, como Craeyer, Cornelio y Simon de Vos y Antonio Van-Dyck.

Van-Dyck.—Este último trató tambien los asuntos históricos (1599-1641); pero trabajó más á menudo en retratos, colocándose en esta parte inmediatamente después de Ticiano, y fué llamado de Inglaterra á Italia por el talento que manifestaba. Ejecutaba con rapidez, escediendo á Rubens en la delicadeza de las tintas y en el feliz empaste de los colores. Las marinas de Enrique Uroom, de Harlem, son muy estimadas; Pedro Muller, apellidado Tempestad, es tan célebre en este género como el Borgoñon en las batallas.

Rembrandt, 1608-1668.—Al paso que Rubens da á sus telas toda la claridad del medio dia, Pablo Rembrandt, criado en el molino de su padre, donde apenas penetraba un rayo de sol, nos ofrece sombras surcadas de luz, rasgos flamígeros en sombrías cavernas, telas negras, sobre las cuales resaltan una, dos ó varias figuras, con ojos y pedrerias centelleantes. Nunca abandonó el modo de vivir y hablar del pueblo, ni corrigió la originalidad con el gusto y la elegancia. Ejercitó tambien en el grabado aquel poder de efectos, trabajando con el buril con inesplicable artificio. El holandés Gerardo Dow fué su discípulo.

Holandeses.—Los holandeses pintan con demasiada lentitud. Slingelandt, discípulo de Gerardo Dow, empleó tres años en el cuadro de la familia Meermann, y tres meses en un cuello de encaje cuyas mallas se pueden contar. Van-Der-Heyden hacia las ruinas y paisajes con mucho gusto y armonia; lo mismo le acontece á Potter con los animales, Van-Huysum con las flores y las frutas, á Van-der-Heer en los claros de luna, y Van-der-Kabbel, de Backhuysen, y á Van-der-Velde en las marinas; este último trabajaba tranquilamente en un navío de la flota de Ruyter la batalla que mugia en su rededor. Edelinck, de Ambères, se cita por su habilidad como grabador.

Bamboche.—Habiendo ido á estudiar á Roma Pedro Van Laar (1613-1673) se dedicó á copiar, no cuadros, sino la naturaleza, y trató de las escenas de la vida comun: pintaba con Poussin y con Claudio de Lorena pasajes y ruinas; pero en lugar de animarlos haciendo aparecer héroes y batallas, colocaba aldeanos, ferias, bandidos, fiestas de aldea y otros asuntos llamados *bambochadas*, de donde procedió su sobrenombre. Por pequeñas que fuesen sus figuras, se notaban todos los detalles ejecutados con talento y vigor. Grababa tambien; y de vuelta á su patria, vió surgir un terrible rival en Wouvermans, que unió al estilo un método más concienzudo y verdadero. Nadie le escedió en la pintura de los caballos, aunque no habiendo salido de su patria dejaba que desear en ellos bajo el aspecto de la variedad. Por lo demás, concluye sus obras con arte admirable y progresion de luz.

El palacio de Amsterdam, que es el edificio más notable de la Holanda, forma la gloria de Jacobo Van Campen, de Harlem (1658). Está sostenido por trece mil seiscientos cincuenta y nueve maderos fijos en tierra y unidos; su longitud es de doscientos noventa y dos piés; su latitud de doscientos veintidos; todo está dispuesto simétricamente y adornado con muy ricos mármoles. Pero las puertas estrechas y bajas y la uniformidad de las ventanas no permite se le llame hermoso.

Alemanes.—Entre los alemanes, Leonardo Kern, de Forchtenberg, fué más célebre por sus obras en madera y marfil que por las de mármol. El silesiano Godofredo Leigeber esculpió estátuas ecuestres de hierro. Mateo Rauchmuller hizo la columna de la Trinidad en Viena, aun más cargada que los obeliscos de Fanzaga en Nápoles. Andrés Schlutter, de Hamburgo, educado en Roma, modeló la estatua ecuestre de Federico I para el nuevo puente de Berlin; estátua que fundió después Fernando Jacobi. Baltasar Permoser trabajó tambien en Berlin y en Dresde. Juan Bernardo Fischer adornó á Viena segun el gusto de la época; edificó el palacio de Schönbrunn y el del príncipe Eugenio, como tambien las grandes caballerizas de la corte; puso las agujas del Graben y de la Hoff, construyendo además la iglesia de San Carlos en cumplimiento de un voto de Carlos VI, edificio cuyo aspecto es tan pobre. Pedro el Grande empleó artistas alemanes para fundar á Petersburgo. Federico I de Prusia llamó tambien, principalmente á Bott, que construyó varios edificios en Berlin, como tambien el pórtico del castillo de Postdam, y Osander, que hizo la nueva ala del de Königsberg.

Ingleses.—En Inglaterra la arquitectura permaneció llena de trabas por la tasa de las ventanas, los derechos sobre los ladrillos y piedras, y el espíritu del pais, que quiere el mayor provecho al menor precio posible, lo que hace que calles enteras estén construidas por contrata. La mayor parte de las casas de Lóndres eran de madera. El conde de Arundel fué el primero que hizo edificios particulares de piedra.

Jones.—Iñigo Jones (1572-1652), que habia ido á Italia á estudiar la pintura, se aficionó á la arqui-

tectura dedicándose principalmente á los modelos venecianos. Habiendo adquirido pronto reputacion, fué llamado por Cristian IV á Dinamarca, de donde volvió á su patria. Las primeras obras tienen algo de género gótico, que abandonó después, mostrando que conocia á los grandes maestros italianos, principalmente á Palladio, y que sabia rivalizar con ellos. Whitehall hubiera sido el palacio más magnífico de los edificios modernos si hubiese sido concluido; el hospicio de Greenwich, á orillas del Támesis, que comenzó por ser un palacio, es digno de gran admiracion.

Wren.—Londres se incendió en 1666, y su reconstruccion escitó el genio de Cristobal Wren (1672-1723), que dibujó un plano general tal como se hace en el papel, con anchas calles, pórticos y hermosas perspectivas de edificios. Venciéronle el interés y las pequeñas consideraciones, de manera que se conservó gran parte de la ciudad con sus desgraciadas construcciones, al paso que Lóndres hubiera podido llegar á ser el modelo de una gran capital distribuida con arreglo á un plan determinado. Dispúsosela al menos con cierto órden, y la madera cedió el puesto á mejores materiales, lo que dicen disminuyó el número de epidemias. Entonces fué cuando se pensó en erigir un edificio que pudiese rivalizar con San Pedro de Roma; y Wren formó el plano de San Pablo, cuya longitud es de cuatrocientos cincuenta piés, sobrepuesto por una cúpula de doscientos ocho piés de elevacion, por ochenta y ocho de diámetro. Escepto esto, no hay nada en todo el resto del monumento que escite la admiracion y aun menos en lo interior; pues todo es en él frio y forzado. Sin embago, Wren tuvo la felicidad bien rara de comenzar y concluir él mismo su obra en treinta y cinco años, y con un solo empresario.

Aunque fué un modelo de desinterés, se le acusó de alargar la construccion para gozar de la pension que la estaba asignada, y que, sin embargo, apenas ascendia á doscientas libras esterlinas. En su consecuencia, el parlamento le suprimió la mitad hasta el fin de los trabajos. Construyó tambien el *Monumento*, como se llama á la columna de ciento ochenta y ocho piés de altura, erigido en memoria del incendio, y ejecutó multitud de otros trabajos en los cincuenta años que dedicó á su arte. Permaneció después olvidado hasta el momento en que su muerte recordó á Lóndres que habia poseido un gran artista, y fué enterrado en San Pablo con toda su familia.

Entre los arquitectos nombrados por Campbell en *El Vitrubio inglés*, hay pocos que hayan adquirido fama fuera de su patria. Mencionaremos, sin embargo, á Juan Vaesburgo, que construyó el palacio de Blenheim, que la nacion regaló al duque de Marlborough por la victoria de Hochstedl. El dibujo es magnífico, y los jardines no carecen de nobleza; sólo que el artista, buscando la variedad, ha incurrido en lo estraño y en el esceso de los contrastes.

Las pinturas se deben á Thornill, que fué apellidado por favor el Rafael inglés.

Franceses.—Los franceses habian adoptado los métodos de los italianos que habian llamado á la corte; pero se dedicaron más á la escultura que á la arquitectura. Con respecto á obras de pincel, escepto retratos, ¿quién se cuidaba de ellos, á no ser los reyes? Lo más singular es que nos trasmitiese tan escasas noticias de sus artistas un pais que hoy no sabe callar nada.

Durante las turbulencias civiles se dejó de conocer y de apreciar la pintura, cuyo arte se perdió. Volvieron á aficionarse á él cuando Enrique IV restableció el órden en el reino; pero con la diferencia de que se cuidaron menos de la arquitectura, y se olvidó la pintura sobre cristal, al paso que se buscaron los cuadros con empeño. Maria de Médicis encargó muchos trabajos á Rubens; y queriendo hacer construir en Paris un palacio digno de su patria, compró el de Luxemburgo, y encargó á Jacobo de Brosse la construccion que proyectaba (1630). Hizo su corte á la reina imitando los métodos toscanos, y particularmente el palacio Pitti con sus piedras salientes; pero como están formados de pequeñas piedras, y no de gruesos fragmentos de roca, como los de Florencia, y como igualmente los ha aplicado á las columnas, no satisfacen á la razon, además de estar interrumpidos por pabellones, de gran uso en los palacios franceses. La fachada de San Gervasio, de tres pisos, como era entonces costumbre, y el acueducto de Arcueil pertenecen tambien á aquel artista. Simon Guilin, de Paris, de la escuela de Miguel Angel, terminó en 1647 el monumento del Pont-au-Change con el bajo-relieve de la base, obra difícil por su grandeza, y digna de elogios por el método con que fué ejecutada. Habia sido educado en Roma, lo mismo que Jacobo Sarracino, de Noyon, autor de las grandes cariátides del Louvre.

A Primaticio habia sucedido (1570), como pintor de corte, el francés Santos Drubreuil, académico, que amanerado y aspirando al brillo, no adquirió con la edad ideas más sanas. Cuando murió, fué reemplazado por Freminet, que habia permanecido quince años en Italia, donde unido con vínculos de amistad al caballero Arpino, habia permanecido fiel, sin moderacion á la escuela de Miguel Angel. Ni él, ni ninguno de los que siguieron una ú otra de las escuelas exageradas, agradaron. Sin embargo, la fama de los Carracci habia llegado á Francia, y se debatian las cuestiones entre los idealistas y los naturalistas Al mismo tiempo Simon Vouet, que sin originalidad se apropiaba diferentes partes de cada uno de los maestros en boga, adquiria reputacion en Italia: llamado para suceder á Freminet, fué proclamado restaurador de la pintura; disputábanse sus cuadros, faltábale tiempo para pintar salas y dar lecciones, de tal manera, que reinó sólo hasta el momento en que fué destronado por Nicolas Poussin.

Poussin.—Nacido Poussin en los Andelys (1594-

1665), después de haber luchado en Francia con todas las dificultades que se oponen á los primeros pasos en la carrera artística, y encontrado curiosos antes que amigos, fué iniciado por Marini en el conocimiento de las letras. Pudo á la edad de treinta años cumplir el voto que ambicionaba hacia mucho tiempo, dirigiéndose á Roma, donde el mismo Marini le presentó al cardenal Barberini, diciéndole: *Vereis un jóven que tiene el vigor de un diablo*. En aquel gran museo se conservó fiel á lo pasado. Austero, permaneciendo separado de las sociedades artísticas, estudiaba y copiaba solo. Encontró á Claudio de Lorena, cuyos paisajes, género en el que obtuvo después uno de los primeros lugares, tenian ya mucha reputacion. En efecto, Claudio dedicó á ellos tal esmero, que el observador, lejos de poder comprender todo, necesita recorrer poco á poco sus telas tan llenas de cosas, tan estudiadas con grandes lontananzas, de vivos efectos de luz y de reflejos bien entendidos. Sólo las figuras dejan algo que desear.

Poussin se unió, pues, íntimamente á él, viviendo aislado, sin ocuparse del fárrago de las academias, ni de las tradiciones de escuela; y queriendo él mismo formarse su poética sufria las burlas, que el orgulloso público prodiga á los que no le imitan. Su constancia acabó por conciliarle el respeto. Comenzaron á encontrar bueno su método, sin que por esto renegasen de las aberraciones populares de entonces; obtuvo una reputacion popular entre los aficionados y artistas, que admiraban y practicaban métodos enteramente diferentes á los suyos.

Richelieu no quiso ceder al extranjero esta gloria nacional; y después de escusarse por algun tiempo Poussin, respondiendo: *Que el que está bien no necesita moverse*, cedió á una carta de la propia mano del rey que le acogió como un triunfador. Pero los artistas le hicieron una guerra que sostuvo con firmeza sin transigir con el charlatanismo del arte; y la *Cena* y el *San Francisco Javier* enseñaron á la Francia que poseia un artista de primer órden. Lahire, Dorigny, Bourdon y los demás maestros de entonces, concibieron un violento despecho, que fué mayor cuando, llamado para poner órden en las galerias del Louvre, no evitó los martillazos á los estucos y demás adornos de que las habia llenado el arquitecto real Lemercier. «Trabajo, escribia, tan pronto en una parte como en otra sin ninguna interrupcion. Soportaria con gusto estos trabajos si no fuese preciso despachar en un momento otros que reclaman mucho tiempo. Juro á vuestra señoria que si hubiese de permanecer en este pais, era preciso que me hiciese indolente como los demás de él. Los estudios, las buenas observaciones, ora sobre las antigüedades, ora sobre otras cosas, no se conocen absolutamente. El que tenga inclinacion al estudio y á trabajar con conciencia debe huir de él.» (8)

(8) *Lett. vitt.* I, 279.

Tuvo que defenderse con la pluma, de no haber hecho su Cristo, con arreglo al modelo de Júpiter, como Simon Vouet. Cansado, en fin, se volvió á su querida Roma, de la que no se separó más, después de haber abandonado como muestra de su noble venganza, el cuadro del *Tiempo que liberta á la Verdad de la Envidia para devolverla á la Eternidad*. Enemigo de las misceláneas en que se complacia la pintura de la época, decia que una media figura más de lo necesario en un cuadro, bastaba para echarle á perder. Exigia la verdad histórica en los asuntos que siempre eligió con nobleza y delicadeza, á veces con sentimiento profundo. Una hermosa disposicion en sus composiciones, grandeza de estilo, exactitud en la espresion, fecundidad en la invencion, riqueza en los accesorios, y feliz acuerdo entre el gusto y la razon, le dan una fisonomia original. Estudió hasta fines de su vida, y cuando se le preguntaba cómo habia podido conseguir la perfeccion, contestaba: *No descuidando nunca nada*. Cuestionando sobre el fruto que habia sacado de sus largas pruebas: *He aprendido*, dijo, *á saber vivir bien con todo el mundo*.

Callot.—Jacobo Callot (1593-1635), de Nancy, tiene una escuela que le es peculiar. Habiéndose fugado de la casa de su padre con una cuadrilla de gitanos para ver la Italia, los unos ofrecieron á su pincel asuntos muy variados, la otra exaltó su amor á las bellas artes. De vuelta, con sentimientos más severos é ideas mas religiosas, fué conducido por Luis XIII al sitio de La Rochela, donde se ejercitó en describir la vida del soldado, y «las miserias y desgracias de la guerra.» Pero cuando el rey le pidió inmortalizar con su buril la toma de Nancy, que habia sido entregada por una perfidia: *Señor*, contestó, *soy lorenés y antes me cortarán el pulgar. Esta respuesta os honra*, contestó el rey. *¡Feliz el duque que tiene tales súbditos!* Callot murió á la edad de cuarenta y tres años. Mezcló en la *Tentacion de san Antonio* el talento de Ariosto á la imaginacion de Dante, é hizo al diablo burlesco con la devocion de un creyente. No es grande sino en aquello en que su fantasía está en juego. Se prestaba con dificultad á la paciencia que reclama el buril, y preferia el agua fuerte, en cuyo empleo encontró el medio de sustituir al húmedo barniz el seco que le permitia dejar su trabajo aun á medio hacer. Se conservan de él mil quinientas láminas, de las cuales algunas se hicieron en un dia, pero adquirió aquella facilidad con el constante estudio. Se complacia particularmente en representar vagabundos, titiriteros y otras estravagancias semejantes. Dibuja bien, graba perfectamente, y espresa sin confusion las tumultuosas escenas de las ferias, de los sitios, de los espectáculos, ostentando en corto espacio mucho talento y delicadeza. Alb. Durero le escede en la imaginacion alemana, en la que se conserva siempre puro y sencillo, y es ideal en la espresion, falto á veces en la forma, nunca en el sentimiento, ennoblecien-

do los asuntos que toma de la naturaleza; al paso que Callot, más aficionado á la forma, nos admira y divierte á la vez. Rembrandt se complació tambien en reproducir harapos, pero tiene poesia, en lo que Callot no manifiesta más que capricho. Rembrandt descuida el contorno por el efecto, Callot el efecto por el contorno. Como francés, tiene claridad y limpieza; pero no olvidó lo flamenco ni la sencillez alemana. No basta la fantasia para encantar de una manera duradera, y causa tristeza el ver siempre el espectáculo de las miserias del hombre ó sus alegrias y dolores alterados y disfrazados.

Lesueur.— Eustaquio Lesueur (1617-1655), que nació en París, fué admitido por caridad en la escuela de Simon Vouet, en la que se encontraba tambien Carlos Lebrun, preferido y acariciado por el maestro, y donde Pedro Mignard se formaba con otros varios, atraidos por una pasion no acostumbrada que comenzaba á introducirse en favor de las artes y del dibujo. Todos acudian á Italia para admirar y aprender: deseábalo tambien con ansia Lesueur, pero no tenia los medios; fué para él una felicidad, pues la imitacion no echó á perder la virginidad de su talento. Dócil á las lecciones de Vouet, cuando vió la galeria llevada de Italia por el mariscal de Crequi, no se detuvo en el Albano, en Guido ni en Guercino, sino que se complació en contemplar las obras de Francia, de Andrés del Sarto y las copias de Rafael. La sencillez de las composiciones, la suavidad del dibujo, la exactitud de la espresion hicieron que le pareciesen aquellos cuadros muy superiores á los de sus contemporáneos. Sin embargo, Vouet siempre ocupado en satisfacer los numerosos pedidos que se le hacian, le entretenia en el ejercicio de los métodos expeditivos y de la práctica. Tuvo la ventaja de ver pintar á Poussin, que le inspiró el amor á los clásicos, al mismo tiempo que se encaminaba á lo mejor en la práctica. Le dejó, al partir, heredero de sus tradiciones y de las burlas de sus compatriotas. Para procurarse medios de subsistencia adornaba con dibujos y frontispicios los libros que fueron después muy buscados, al mismo tiempo hizo dibujos de caballete; y en fin, fué llamado para pintar la Cartuja, lo cual fué un encargo segun su genio. Lesueur hizo en veinte y dos cuadros la vida de san Bruno; y aunque su mérito consistia en la espresion, al paso que el mecanismo era lo único que se estimaba entonces, atrajo la admiracion de sus mismos adversarios. No cambiaron por eso de gusto, y se decia que semejante sistema no era bueno más que para un claustro ó para santos. En efecto, la primera condicion para imitarle seria la de poseer su alma. Lesueur tuvo tambien el valor que faltó á Poussin de copiar la naturaleza. No la estudiaba, como aquel artista, para sacar las ideas y formas que pudiese reproducir después á su gusto con arreglo á los modelos antiguos; pero lo hacia con aquellos frailes como los habia visto, con sus ademanes, con su sentimiento propio, todas las veces que, obligado por el tiempo, no se veia precisado á recurrir á los medios de práctica. Dedicóse constantemente á los cuadros piadosos, é infatigable en el trabajo, cuidó poco de su vida, que terminó á la edad de treinta y ocho años, antes de tener el consuelo de haber sido comprendido.

Lebrun.— En aquella época (1648) se estableció la Academia real de pintura y escultura, compuesta de doce ancianos (9), once académicos, dos síndicos y un rector. De esta manera concentraron cada vez más en París lo que quedaba de vida artística, suprimiendo la posibilidad de ser original, y presentar lo bello bajo diferentes aspectos. Por igual razon se hizo posible la tirania de Carlos Lebrun (1619-1690), que, si no habia inspirado aquella institucion, la dirigió, y habiendo vuelto de Italia precedido de una inmensa reputacion, fué al momento honrado con dignidades y colmado de encargos. Sostenia la majestad de su estilo y su gran facultad de composicion con ayuda de artificios convencionales que habia aprendido de los italianos; así es que producia gran impresion. Su rivalidad con Lesueur, que sólo un pequeño número podia apreciar, era enteramente natural. A porfia pintaron uno y otro el palacio Lamberg, y aunque la alegoria y la mitologia fuese el campo en que brillaba Lebrun, su rival manifestó que podia adoptar tambien en ellos correccion y profundo sentimiento.

A la muerte de Lesueur Lebrun pudo esclamar que aquel acontecimiento le sacaba una gran espina del pié. Preferido á Felipe de Champagne, que era el único pintor que habia permanecido fiel á la verdad y á lo natural, fué pintor de la corte, árbitro del gusto, dispensador de los encargos; sus obras sirvieron de modelo á sus discípulos, y se reprodujeron en los tapices y alfombras de los Gobelinos; llegó á ser el regulador de las modas, de las telas y de los muebles, de los arcos triunfales y de los catafalcos. Aquel Bernini, de París, llamaba mas bien para que le ayudaran á medianos artistas italianos, que no podian eclipsarle, ni pretender corregir los dibujos que preparaba para Versalles y Trianon. Todo el que queria obtener su proteccion y trabajo, tenia que conformarse al método del fácil y cortesano artista.

Luis el Grande, que se proponia hacer pasar á Francia el cetro de las artes, pero que queria que todo se acabase en un momento, y se complacia con delicia en las apariencias engañosas, ayudó á la corrupcion. Aquella facilidad de ostentacion en su pintor favorito servia maravillosamente á sus gustos; así es que tenia á orgullo la gloria de Lebrun, y pasaba horas enteras viéndole trabajar. Después de otras varias comisiones, le encargó

---

(9) Estos eran Lesueur, Errard, Sebastian Bourdon, Lorenzo Lahire, Sarrazin, Miguel Corneille, Perrier, de Beaubrun, Justo de Egmont, Van Obstaldt, Guillermin y Lebrun.

pintar la galeria de Versalles, en la que, en el espacio de catorce años Lebrun describió los fastos del gran rey, mezclando en ellos muchas alegorías, y todos los artificios que pueden existir sin el sentimiento. Aunque no digamos nada de las perpetuas contorsiones de las figuras, su color es lánguido, forzado su dibujo y penosa su ejecucion. Su idea de ofrecer una coleccion de cabezas que pudiesen ser otros tantos tipos de las pasiones humanas, como si las infinitas graduaciones pudieran reducirse á determinadas reglas, pueden servir para caracterizarle. Por lo demás, no resultó más que una estraña série de feos rostros (10). Audran y Edelinck, con grabar las obras de Lebrun, le hicieron aparecer mejor (1666). A sus solicitudes se debe la escuela francesa de Roma, en la que se sostiene á espensas del Estado á los jóvenes artistas que más prometen.

Mignard.—En la escuela de Vouet fué tambien en la que se formó Pedro Mignard (1610-1695), natural de Troyes. Habiéndose ejercitado después en Roma y en Venecia con los más hábiles artistas, pareció caminar á la par con Annibal Carracci y Pedro de Cortona. De vuelta á Paris, pintó al fresco la cúpula de Val-de-Grace, que es en Francia la obra maestra de éste género. Envidioso de Lebrun, y no queriendo doblegarse á su tirania, se negó á entrar en la Academia. Llegó á ser director de ella después de su muerte, y obtuvo el título de primer pintor del rey. La amistad de los literatos más afamados le proporcionaron alabanzas más de lo que merecia su composicion fria y afectada.

El modo de vestirse entonces era del peor gusto y lo menos artístico posible. Hubiera sido, sin embargo, mejor copiarlo servilmente, que endosar á bustos á la romana aquellos complicados peinados, y asociar á los retratos del gran rey, variados de mil maneras, la valona y la peluca al heroico arnés, mezcla ridícula y sin embargo general, reproducida en los monumentos y en las estátuas ecuestres. Aun más cuando Le Gros copió las estátuas antiguas para adornar á Versalles, tomó por frialdad su admirable sencillez; en su consecuencia las contorneó y abultó, como hizo Cesarotti con Homero. De esta manera se ejecutaron los suntuosos trabajos de aquella época, entre los cuales basta nombrar la plaza de Luis el Grande, que costó un millon, como tambien el monumento del mariscal de La Feuillade hecho por Martin de los Jardines, de Breda: su total altura era de treinta y cinco piés; elevándose la Victoria sobre un globo, coronaba á Luis XIV, idea enterrada en un conjunto confuso de pomposos detalles.

Puede verse el triunfo de la escuela francesa en la capilla de San Ignacio, en Jesús, en Roma, donde rivalizaron Le Gros y Theodon. Es una profusion de cartones de bronce, de niños amontonados, de adornos minuciosos, de mármoles cortados para hacer que figuren las más estrañas concepciones. En uno de los lados, la Fe lanza el rayo sobre la Herejia, figura de las más horribles, que se adelanta fuera de la base sin ningun sosten, al paso que un ángel abotagado destroza los libros de Lutero y Calvino. Aquella escultura es de Le Gros, que hizo tambien el noviciado de los jesuitas, y el San Estanislao, cuyas carnes son de mármol blanco, el traje de mármol negro, y descansa en un lecho de mármol siciliano: es una variedad que no carece de ejemplo entre los antiguos. Pedro Monnet trabajó tambien en la capilla de San Ignacio, pero aun más en el baño del landgrave de Hesse-Cassel, en el que empleó diez y seis años. Luis Levaud construyó varios palacios, la iglesia de San Sulpicio, y el colegio de las Cuatro Naciones, abusando de las curvas y de los adornos.

Puget.—Pedro Puget (1622-1694), natural de Marsella, fué llamado el Miguel Angel de Francia, porque estaba instruido en las tres artes. Estudió en Italia el método de Pedro de Cortona; y hasta esculpiendo, conservó algo del pintor. Los contemporáneos tienen por un mérito la rapidez con que trabajaba, sin tener modelo á la vista, y sin otra ayuda más que su imaginacion, lo que en la posteridad no puede imputarse más que á descuido ó presuncion. Sus mejores obras son, en Génova, la Asuncion; en el hospital de los Pobres, san Sebastian; y el beato Alejandro Sauli, bajo la cúpula de la Vírgen de Carignano. Formó proyectos para edificios en Marsella y en Tolon, pero se ocupó más del dibujo de los barcos y de la aplicacion de las máquinas á los trabajos de los arsenales.

Girardon, de Troyes, tuvo que renunciar á los buenos principios para adquirir el favor de Lebrun, y una vez obtenido no tuvo ya necesidad de hacer nada bien. Louvois preferia á Mansart; pero fué sostenido por Boileau, Racine y La Fontaine, que le llamó el Fidias del siglo. Se cree su mejor obra el monumento de Richelieu, confuso conjunto de figuras. Su estatua ecuestre del gran rey, cuyo metal no pesa menos de setenta mil libras, es una de las obras fundidas con más limpieza, y la primera en que caballo y ginete han sido hechos de una pieza; ¡pero cuánta lástima causa el traje del rey! La estatua de Luis XV por Bouchardon, en la que el héroe se halla mal colocado, es inferior á aquélla. El caballo de Pedro el Grande, en Petersburgo, por Falconet, aunque se acerca á lo natural, manifiesta cuánta distancia existe entre la crítica y la ejecucion.

Perrault.—Colbert encargó á Claudio Perrault, (1613-1688) talento universal, traducir á Vitrubio: esta era una tarea difícil, y sobre todo para él que no habia visto los edificios antiguos en Italia. Este trabajo le inclinó á penetrarse de la arquitectura y apasionarse de ella, como del arte más propio

(10) *Método para aprender á dibujar las pasiones, propuesto en una conferencia sobre la espresion general y particular*. Paris, 1667.

para perpetuar su nombre. Preparó un plano para terminar el palacio del Louvre, sin cuidarse de las conveniencias ó comodidades, y sin procurar más que la magnificencia. No podia espresarlo mejor que con una selva de columnas, en dos órdenes sobrepuestos, con nichos que se han convertido después en ventanas. Hizo tambien muchos adornos en el palacio de Versalles y en los jardines; en fin, construyó el Observatorio, sin emplear hierro ni madera.

Jacobo Lemercier, que parece haber vivido mucho tiempo en Italia, fué muy ocupado en Paris por Richelieu; construyó su palacio, como tambien los edificios de la Sorbona, cuya iglesia se separa menos de las reglas del buen gusto que ninguna otra en la capital. Trabajó además en el gran pabellon del patio del Louvre.

Blondel.—Francisco Blondel siguió la carrera diplomática (1617-1686), y fué después profesor de matemáticas del delfin. Habiéndole encargado entonces el rey echar sobre el Charente, enfrente de Saintes, un puente que las aguas se llevaban á menudo, cumplió su mision como un buen arquitecto. Nombrado profesor de arquitectura, escribió lecciones y publicó un curso de este arte, como tambien sobre el de lanzar las bombas y el nuevo modo de fortificar las plazas. Erigió la puerta de San Dionisio, cuya entrada tiene veinte y cuatro piés de ancho por cuarenta y seis de elevacion, medida que escede de la de los arcos de triunfo conocidos: dos pirámides de bajo-relieve reemplazan en ella los pié-derechos; todo está adornado con gusto y encajado en una masa cuadrada de setenta y dos piés de elevacion, setenta y tres de ancho y apenas diez de espesor.

Un capricho del gran rey le hizo dar la preferencia sobre el admirable sitio de San German al triste Versalles, «lugar el mas ingrato, sin vista, bosques, agua ni tierra, y sí arena movediza ó pantano sin siquiera aire. Quiso tiranizar á la naturaleza, y domeñarla á fuerza de arte y tesoros. Edificó sin plano general una cosa tras otra. Lo bello y lo feo se encuentran confundidos allí; lo grande se encuentra al lado de lo reducido. Nada más incómodo que los aposentos; los jardines aturden con su magnificencia, pero incomodan después de recorrerse; la violencia que se ha hecho en todo á la naturaleza desagrada; las aguas recogidas por fuerza, saltan y esparcen una humedad y olor mal sano. Se admira, pues, y se tiembla. Sin embargo, aquella obra maestra, tan ruinosa y de tan mal gusto, donde caminos enteros de estanques y bosquecillos absorbieron tanto oro, á donde nada aparece, no pudo ser terminada.» (11) El esterior es de una mediania sin carácter, aunque las grandiosas distribuciones del interior merecen elogios, sobre todo la galeria en la que Lebrun describió las hazañas del gran rey, y que pasa por ser la más magnífica del mundo. Los invernáculos para los naranjos son de hermosa concepcion, como tambien la iglesia, hecha de dos pisos, para servir á la vez al pueblo y á la corte. Pero el conjunto ha sido llamado, con razon, *un favorito sin mérito*.

Julio Hardouin (1647-1708), hábil arquitecto de orígen italiano, nacido de una hermana de Francisco Mansart, de cuya circunstancia tomó su nombre, tuvo por esto que resignarse á las exigencias del maestro y al gusto de la época. Ejecutó el hermoso castillo de Cluni, los de Trianon y Marly, con los jardines que dependen de ellos. Comenzó y concluyó en el trascurso de 1685 la casa de Saint-Cyr, cuerpo de edificio de ciento ocho toesas de desenvolvimiento, y en el que trabajaban hasta dos mil quinientos obreros. Rivalizó con Miguel Angel, sin copiarle, en la cúpula de los Inválidos; y no se mantuvo clásico en los detalles, evitando prudentemente las locuras contemporáneas. Hay mucho que decir sobre la plaza Vendome, de forma octógona; pero es la mas grandiosa de todas las plazas que se han hecho después.

Andrés le Notre (1613-1700), de Paris, no tuvo igual en el arte de dibujar los jardines; arte en el que los italianos no habian sabido aprovechar todo lo posible la oportunidad de los sitios. Introdujo en las diferentes casas de campo, en los jardines de las Tullerias, en los terraplenes de San German en Laye, en los bosquecillos de Trianon, en los setos de Marly, en los senderos de Meudon, pórticos, laberintos, grutas, parterres y una disposicion de árboles artificial. Enriqueció con mil invenciones encantadoras á Versalles, en el que se gastó tanto dinero, que Luis XIV echó las cuentas al fuego para que no quedase memoria. La regularidad con que disponia los prados, los árboles y las aguas perjudica al encanto y á la hermosura irregular de la naturaleza campestre, en la cual conviene más que en ninguna otra cosa que, «el arte, que lo hace todo, no se revele en nada.»

Antonio le Pautre dejó, además de varios trabajos, una obra de arquitectura enriquecida con disertaciones por Agustin Cárlos de Aviler. Este último fué hecho prisionero por los berberiscos cuando iba á estudiar á Roma, y llevado á Argel dibujó allí planos. Habiendo sido después rescatado, trabajó en diferentes puntos de Francia, y publicó un *Curso de arquitectura*. Habia tenido por compañero de esclavitud á Des Godetz, que escribió despues *Sobre los antiguos edificios de Roma*, obra digna de estimacion por la exactitud de las medidas y la verdad del razonamiento. El parisiense Roberto de Cotta hizo el magnífico peristilo de Trianon, varios pórticos, y hasta palacios para los príncipes de Alemania, con un gusto bastante correcto. Introdujo la costumbre de adornar con espejos las chimeneas.

Esmaltes.—Juan Toutin, platero de Chateaudun, hizo hacer progresos al arte del esmalte: encontró además matices que se aplicaban á fondos de un solo color y se fundian en el fuego, conservando

(11) Véase á Saint-Simon.

una brillantez perfecta. Otros artistas siguieron sus huellas; pero á todos les escedió Juan Petitot, de Ginebra, que vivió mucho tiempo en Italia y en Inglaterra, donde frecuentaba los laboratorios de los más distinguidos químicos; los consejos de Van-Dyck le ayudaron á perfeccionar los retratos. Su obra maestra es el retrato de la condesa de Southampton, que hizo en Inglaterra en 1642, sobre un esmalte de nueve pulgadas y nueve líneas de largo, y cinco pulgadas y nueve líneas de ancho. Hizo después el de Luis XIV, y los de los principales personajes de su corte; copió además varios cuadros clásicos que de esta manera se han perpetuado.

Varios escritores se ocuparon de la historia de las artes; Juan Pablo Baglioni continuó bastante mal á Vassari; Felipe Baldinucci cumplió mejor aquella mision, supliendo las numerosas omisiones del autor florentino. Dividió la historia en siglos y éstos en decenas; fraccionamiento vicioso, como el ejecutado en escuelas, que el que generalmente se ha adoptado. Su *Vocabulario del dibujo* es útil bajo el aspecto de la lengua; pero se conoce siempre que no es un artista el que habla. Cristina de Suecia le encargó escribir la vida de Bernini. Juan Pedro Bellori manifiesta más gusto, y da su preferencia á los antiguos. Hay historiadores particulares para las diferentes escuelas: como Cárlos Ridolfi para la de Venecia, Vedriani para la de Módena, Soprani para la de Génova, Bogiovanni para la de Nápoles, Basseri para las obras hechas en Roma; todos son los ensalzadores de los malos maestros. César Malvasia refuta vigorosamente á Vassari en la *Felsida Pittrice*. Pero habiendo llegado hasta llamar á Rafael, *il boccalaio* (en Italia se llama *pistor da boccali* á un mal pintor) de Urbino, por más que lo sintió y borró después aquella palabra en todos los ejemplares, suscitóse una increible animadversion contra él.

Mencionaremos aparte á Pedro Santa Bartoli, grabador romano lleno de gracia y gusto, qué dibujó los monumentos antiguos en la obra de Bellori. Ha conservado varios que sin él se hubiera perdido; sólo se puede sentir que los haya reducido á un carácter demasiado uniforme.

CAPÍTULO XXXIX

FILOSOFIA.

Si las literaturas se hacen en aquella época cada vez más nacionales, las ciencias, teniendo por objeto el hombre y la naturaleza, pertenecen á todos los paises, y no se pueden seguir los pasos que han dado sino considerando en conjunto las diferentes naciones.

Las universidades ayudaban poco á los progresos de la filosofia y de las bellas artes; contribuian tanto menos á los de la teologia, del derecho, de la medicina, en atencion á que no eran como en la Edad Media, los únicos centros del saber, sino sólo escalones necesarios para llegar á las profesiones lucrativas. Las de Inglaterra al menos ofrecian con ayuda de sus ricas dotaciones una existencia honrosa á gran número de personas, poniéndolas en disposicion de dedicarse á la ciencia con toda comodidad, bajo el aspecto de los libros y de los instrumentos.

La decadencia de la escolástica, es decir, de la filosofía cristiana, habia dejado en las almas un gran vacío que los pensadores trataban de llenar con combinaciones artificiales de antiguos sistemas con los que producia su imaginacion. Su proyecto parecia tanto más realizable, cuanto que la reflexion y la investigacion podian proceder con más seguridad desde que, gracias al protestantismo, se encontraba la filosofía separada de la teologia, y agrandado el dominio de las ciencias naturales. Estudiábase, pues, el sistema de los conocimientos en su conjunto y en sus partes, examinándolas, no sólo en su objeto, sino en su taturaleza y en su orígen. Cuando se habian formado de esta manera un sistema, la razon cantaba victoria, como si hubiese conseguido demostrar que podia bastarse á sí misma. Pero desengañada pronto, debia sentir su impotencia, ya que no confesarla.

Gassendi.—El provenzal Pedro Gassendi (1592-1655) de Chantersier, en la Provenza, hombre de gran saber, combatió á Aristóteles, y reprendió á sus sectarios el haber convertido la filosofía en un arte sofístico: entró en el camino del libre exámen; introduciendo después la duda sobre el mismo objeto de la ciencia, atacó á la autoridad de la física, de la metafísica, de la moral, y consideró la dialéctica científica como inútil, en atencion á que, segun él, la inteligencia natural bastaba para obtener el objeto de la vida. Su *Syntagma philosophicum* (1658), obra de mil seiscientas páginas compactas, que contiene la esposicion prolija de sus doctrinas sobre la lógica, la filosofía y la moral, no se publicó sino después de su muerte. La filosofía, segun Gasendi, es el amor, el estudio y la práctica de la sabiduría, la cual sabiduría es la disposicion moral de juzgar sanamente las cosas y de conducirse bien en la vida. Después de haber manifestado la vanidad de la antigua lógica, da un tratado precedido de una historia de aquella ciencia, lo cual era una novedad; y enseña que para pensar bien, es necesario comprender bien, concluir y coordinar del mismo modo. Toda idea procede de los sentidos, de donde se sigue que la inteligencia consiste en la percepcion de los hechos que ofrece la esperiencia y en su comparacion, por medio de la cual se eleva el individuo de las nociones particulares á las generales.

Se ocupa más de la física, criticando severamente la de Aristóteles, sustituyéndole la teoría de Demócrito, sobre los átomos; y así como en la lógica sacaba las ideas de los sentidos, de la misma manera insinúa que toda fuerza procede de la materia. Dios crió los átomos; pero su concurso basta para esplicar los fenómenos, de tal manera, que éstos últimos puedan todos reducirse, y hasta los fenómenos fisiológicos, á las leyes matemáticas. Asegura que Dios no puede ser concebido sino bajo una forma sensible, y que el alma es una ate-

nuacion que hace abstraccion de la materia. En su consecuencia, escluyó la metafísica. En la moral se inclina á Epicuro; así fué que produjo un gran rumor por la defensa que emprendió de aquel filósofo, en la que, reuniendo gran número de pasajes, quiso demostrar que su doctrina habia sido alterada, y que podia ponerse de acuerdo con las ideas cristianas.

Gassendi unia de esta manera á sus osadias de filósofo la ortodoxia del sacerdote; y sea que se sacrificase á las ideas corrientes, ó que careciese de lógica, mezclaba á su sensualismo principios espiritualistas. Cree necesaria la inteligencia para conseguir saber las cosas ocultas: por ejemplo, no vemos los poros de la piel, sin embargo la traspiracion nos convence de que existen. Incurre, pues, en perpétuas contradicciones, ó debe entenderse en un sentido menos lato su axioma fundamental, aplicándole tal vez á imágenes finitas, que proceden realmente de los sentidos, y cuya presencia es necesaria para que el talento ejerza algunas de sus facultades, y se eleve por el razonamiento á las cosas que no pertenecen á la imaginacion. Así es que admite un Dios y una alma, segun la razon, como tambien una moral cristiana; cosas que sin embargo no podian unirse á la teoría general de los sentidos, de la cual los hace depender. De esta mezcla de fe y libertad nació uu semiescepticismo particular. Miraba como cierto lo que le parecia evidente, y de allí vino lo que sentó antes de las hipótesis combatidas por la esperiencia, y que las sostienen con tenacidad contra los que se oponian á ellas. Empleó con un arte particular la sátira y la ironia contra el dogmatismo y el entusiasmo.

Amigo de Peyrese, de Hobbes, Campanella, Kepler, Mersenne y Pascal supo mucho. Debatió con el célebre médico Van-Helmont la cuestion de si era más natural al hombre vivir de carnes ó frutas. Cuando aparecieron los cuatro soles en Roma en 1629, refutó las supersticiones de la astrologia, que le habian seducido en su juventud, y demostró que este fenómeno es producido por la refraccion de los rayos del sol á través de los vapores. Observó en 1631 el curso de Mercurio bajo el sol, que Kepler habia annnciado, y su conjuncion con Venus. Apoyó el sistema de Copérnico, aplicándole la teoria de la caida de los cuerpos graves. Gassendi tuvo mucho talento natural, mucho estudio y una esposicion clara y bien ordenada. Esclamó en su lecho de muerte: *¡Hé aquí lo que es la vida del hombre!*

Descartes.—Renato Descartes, que nació en Turena (1596-1650), no edificó con arreglo á los antiguos sistemas, sino por un método nuevo. Educado por los jesuitas, después entregado á los estudios sin órden, sin crítica, sin objeto, no pudo llegar á aquella tranquilidad que la verdad llega á satisfacer en el hombre. Fué militar, viajó; pero en los momentos de descanso volvia á las dudas, aunque trataba de buscar por sí mismo la verdad, dejando aparte todos los juicios que no habia indagado por sí mismo. La geometria, que no admite sino verdades demostradas, y que procede de lo simple á lo compuesto, le pareció el método por escelencia; observando después que las matemáticas, aunque distintas en su objeto, tratan siempre de su relacion con la cantidad, llegó, como por casualidad, como decia, á un descubrimiento insigne, el medio de espresar algebráicamente las curvas geométricas.

Pero hemos discutido anteriormente sus méritos bajo este aspecto. Réstanos, pues, hablar aquí de él como metafísico. La ciencia humana debe ser el esfuerzo que la razon hace para deducir las causas primeras de las reglas de conducta aplicables á los hombres y á las artes prácticas; pero en lugar de aquélla no ofrece más que principios fundados en una tradicion ciega, y por consiguiente engañadores ó inútiles. La sociedad es obstinada en sus juicios; las opiniones luchan entre sí mismas en la filosofia, edificios construidos por arquitectos sucesivos, y cuyas partes son discordantes. Conviene, pues, destruir y renovar el fondo llenando el edificio de los conocimientos humanos, y para esto no aceptar otras ideas que las suyas propias, dudar de estas mismas ideas, y someterlas á exámen.

Montaigne, en el capítulo XXX de sus *Ensayos*, donde habla de la instruccion de los niños y crea el *Emilio*, dice que «es necesario pasarlo todo por el filtro, y no admitir nada en nuestra imaginacion por autoridad y creencia;» y Bacon que «no queda más que una sola tabla de salvacion: reconstruir enteramente la inteligencia humana, abolir todo lo que han hecho las teorias y las nociones recibidas, para aplicar el talento vírgen, y semejante á una tabla rasa, al estudio de toda cosa tomada desde sus principios.» Descartes recogió estas palabras; y en las cien páginas de su *Método*, renovó las escuelas filosóficas. No hay nada verdadero más que lo que lo es por la conciencia de una evidencia interior, ó cuando la mente adquiere una certidumbre precisa é indubitable. Es necesario volver de lo simple ó compuesto que se comprende inmediatamente, á lo oscuro ó difícil; recoger y distinguir los medios que conducen á la verdad, poniendo en balanza las dificultades para superarlas; no admitir una sentencia sin razon suficiente, ni reputar una cosa verdadera sólo porque otro la crea tal.

Si hubiese entendido y aplicado enteramente sus axiomas, no hubiera tenido el pensamiento por el conocimiento, y querido llegar á ciencia con ayuda de la duda, de la que hacia la condicion preliminar de toda filosofia; pero su misma duda le dió la conviccion de su propia actividad, y la de la percepcion de las imágenes: *Si dudo*, decia, *es porque pienso; si pienso, existo* (*cogito, ergo sum*). Encontró allí el hecho más general de la ciencia humana, y le tomó por base (1).

(1) Rosmini demuestra que la argumentacion de Des-

Una vez asegurado de su propia existencia, ¿puede estarlo tambien de las cosas que le rodean? ¿Y hay alguna idea que la imaginacion pueda concebir sin que el objeto exista? Sí, la del ser es perfecto; porque no será perfecto si le falta la existencia. Hé aquí, pues, demostrada la existencia de sí mismo y la de un objeto fuera de sí por la aplicacion de esta regla, que la misma cosa debe confirmar lo que se encuentra contenido en la idea de una cosa.

Muchas veces en la aplicacion puede incurrirse en errores: ¿cuál es, pues, la causa de vuestros errores? ¿la inteligencia ó la voluntad? No es la primera, pues que ella engendra las ideas, y ninguna de ellas podrá ser falsa; de otra manera no encerraria en sí más que lo que comprende. Queda la voluntad, que afirma una cosa que no está contenida en las ideas. Bastará, pues, en los juicios contener la voluntad en los límites de la inteligencia.

De esta manera, mediante la duda metódica, Descartes encuentra los fundamentos de la certidumbre humana. Después de haber empezado por duda de todo, concluye por creer que todo lo ha demostrado y elevado el sistema de los conocimientos. El hombre no encuentra en su propia conciencia más que las ideas de pensamiento y estension; y como difieren esencialmente las sustancias que tienen por atributo fundamental el pensamiento, lo hacen necesariamente de las que tienen por atributo la estension. Resultando, pues, dos clases de seres, el espíritu y el cuerpo, la filosofía se encuentra dividida en dos partes. La primera trata de Dios y del hombre, como sér que piensa; la inteligencia del último es finita, y por tanto comprende la idea de lo infinito, de donde se sigue que esta idea no puede ser más innata. La existencia del espacio no prueba más sino que los cuerpos existen: esta prueba resulta de que nos inclinamos á creer en las sensaciones, de manera que el autor de la naturaleza nos hubiera engañado poniendo en nosotros esta inclinacion, si era engañosa. La certidumbre del *no yo* se funda, pues, únicamente en la veracidad de Dios.

De esta manera, Descartes sienta desde luego su criterio de la certidumbre en la *percepcion clara*, es decir, en el conocimiento natural y directo. Además, como supone la posibilidad de un error, recurre á la existencia de Dios, y concluye que este conocimiento, emanando de él, no podrá ser falso. Círculo vicioso é inevitable, atendido á que no admite más que la percepcion subjetiva. Era una cosa ciertamente demasiado nueva, tomar así su punto de partida de la ignorancia; establecer algunas reglas para razonar con arreglo á ellas; dudar sistemáticamente, no para negar como los pirrónicos, sino para sustituir ideas ciertas á ideas vagas, y reducir la filosofía al estado de ciencia evidente.

Así como se distingue en los talentos el pensamiento, que es su esencia, y la voluntad, que es como el pensamiento el movimiento, del mismo modo se distinguen en los cuerpos la estension que es su esencia, y el movimiento que se produce en ella. En su consecuencia, la filosofía es la teoría de las propiedades inmutables del espacio, ó de las propiedades variables que dependen del movimiento: así es que los fenómenos materiales se esplican por la mecánica.

En los fenómenos del mundo inorgánico, comenzando desde la primera impulsion dada por Dios á la materia, no deben buscarse causas finales, que superiores á nuestra limitada inteligencia, distraen la atencion de las que obran para fijarla en las causas ocultas. La idea del espacio es una modificacion de la de la estension; ahora bien, siendo la estension la esencia de los cuerpos, no puede haber espacio donde no hay cuerpo; el vacio es, pues, imposible. Si todo cuerpo tiene estension, no los habria indivisibles; ni la divisibilidad y la estension tendrian límites, de otra manera el vacio se encontraría más allá del mundo. Pero todo el espacio está lleno de torbellinos en medio de los cuales se mueven las partículas de la materia, y su trituracion produce otras impalpables, cuya agregacion forma los cuerpos sólidos.

Aplicando la filosofía mecánica á los seres organizados, se encuentra que los animales no son más que autómatas insensibles como un reloj: en efecto, la naturaleza, que no produce nada inútil, ¿habia de haber criado almas para producir efectos que es posible obtener de otra manera? Así, pues, todos los fenómenos de la vida orgánica de los animales, tanto en los vegetales como en el hombre, pertenecen á las leyes generales de la mecánica (2).

Así, los dos elementos principales, el pensamiento y la estension engendraban dos series de hechos perpetuamente diferentes, y no quedaba ningun medio para esplicar la influencia del alma

---

cartes se encuentra en Bernardino Occhino; *Catecismo*, Basilea, 1561.

El ministro. Aun que nuestro sér sea infinitamente diferente del sér de Dios, no puede decirse que el hombre no exista. Esta misma cosa es tan clara, que no puede demostrarse otra que sea más conocida; y el que no crea ser, muestra que está privado de todo juicio. Te suplico, pues, mi querido iluminado, me digas si te parece que existes ó no.

El iluminado. Me parece que existo; pero no estoy cierto por eso de que yo exista. Pero aun cuando me parezca, quizá me engañe.

El ministro. Es imposible que lo que no existe crea que existe; tú crees que existes, luego existes.

Iluminado. Es verdad.

(2) Aquel deplorable teorema habia sido sostenido ya por Gomez Pereira, en la *Margarita Antoniana*, 1554, donde dice que la sensibilidad de los brutos no puede deducirse de sus actos esteriores, en atencion á que de otra manera nos veríamos precisados á considerarlos como dotados de razon.

sobre el cuerpo. Por esto aislaba enteramente Descartes las ciencias espirituales de las físicas; pero por la teoria de las ideas innatas, contrastaba con el sensualismo de los sectarios de Bacon, al mismo tiempo que fijaba sobre los fenómenos interiores la atencion que el filósofo inglés habia limitado á los esteriores. Introdujo tres verdades en la filosofía: la evidencia como señal única é infalible de la soberania de la razon; la distincion clara entre los fenómenos del espíritu y los del cuerpo y la existencia de otras ideas, independientemente de las que nacen de los sentidos. Oponia, pues, un dique á la irrupcion del escepticismo, enseñando á los pensamientos su propia influencia, y contenia en sí misma la luz, que domina toda la existencia.

La fórmula de Descartes da á la ciencia humana el conocimiento inmediato del *yo* como ser pensador. Verdadera pero incompleta, presentando el pensamiento como el único atributo de la persona humana concebido directamente por la conciencia, deja á la filosofía estraviarse en la indagacion de las causas y la conduce á doctrinas mecánicas.

El principio de Descartes parece muy claro, y sin embargo, considerándolo bien, es un silogismo cuya mayor universal (*lo que piensa, existe*) no está probada. Así es que toma su punto de partida de una proposicion particular, y supone la existencia; idea de la que precisamente debia dar razon. Supone el *yo* sustancial, al paso que no se encuentra en el *yo pienso* más que el *yo* del fenómeno. Supone tambien el uso de la memoria, indispensable para formar el silogismo antes de haber establecido que existe realmente. Cuando se le hizo el cargo de que le quedaba que demostrar la idea de la existencia, contestó no haber querido anunciar una cosa encontrada con ayuda del razonamiento, sino una verdad percibida de un modo inmediato. En suma, para él no existia distincion entre la percepcion sensitiva del *yo* y la intelectiva; la una inmediata y simple, la otra mediata y compleja; suponia la idea general de existencia que era precisamente el objeto de la indagacion.

Los libres-pensadores del siglo XVI, dice Cousin, no eran más que revolucionarios. Dscartes fué además legislador; no dió á luz su sistema y sí mejor que esto, un método y una direccion inmortal, que penetrando en los ánimos, los sacó de su abatimiento, y reanimó la confianza de la razon en sí misma, sin inspirarle una presuncion peligrosa. Secundada por la persecucion, produjo la filosofía sóbria y robusta del siglo XVII que fué libre y reservada, fiel á la razon y respetuosa con la fe.

No nos asociamos sino con reserva á este elogio, pero es cierto que Descartes, más que Bacon, determinó un cambio en la filosofia. Si no proclamó un nuevo *organum*, dió el ejemplo sentando una hipótesis, definiéndola y demostrándola; escluyó la ciencia griega del silogismo, y manifestó que la mayor parte de las cuestiones se reducian á la variedad de palabras: se puso, pues, en guardia contra los equívocos, estudió profundamente las relaciones de las palabras con las operaciones del espíritu, y creó la gran hipótesis del universo, movido por fuerzas mecánicas. A diferencia, pues, del canciller de Inglaterra, proveyó á las aplicaciones, acostumbró á los talentos á confiar en sus propias fuerzas, á no referirse á la autoridad y á meditar por sí mismo lo que era el medio de llegar á cosas nuevas. Ahora bien, encontró varias; aspirando tambien á la originalidad multiplicó los descubrimientos, lo que hizo se le acusase de plagio, aunque no hizo tal vez más que encontrar lo que otros habian hallado antes que él.

Su argumento de la existencia de Dios fué inventado por san Anselmo, combatido en su aparicion por Gonilon y refutado por santo Tomás. Vuelto á poner en práctica por Descartes, encontró opositores en Gassendi, en Locke, en los enciclopedistas, y en nuestros dias en Reid, Jouffroy, Remusat y los demás racionalistas, además de Kant que desencadena contra él toda su dialéctica. Fué por el contrario aplaudido por Malebranche y por Leibniz como base científica; pero la subjetividad de la sensacion habia sido proclamada ya por Galileo (3); y la duda por los escolásticos (4): Bruno y Ramus habian comenzado ya la revolucion que Descartes verificó. La fisiologia animal y vegetal ha manifestado la imposibilidad de reducir, como lo queria, la vida orgánica á leyes mecánicas (5).

Descartes manifestó un verdadero poder en todo

---

(3) El filósofo florentino dice en el *Ensayador* (Sagiatore): «Que en los cuerpos esteriores, para escitar en nosotros los gustos, los olores y los sonidos, es necesario otra cosa que grandezas, figuras y movimientos lentos y rápidos, lo que no creo. Me parece que las orejas, las lenguas, las narices consideradas separadamente, son figuras, números y movimientos, pero no olores, sabores, ni sonidos, que separados del animal vivo, no son, segun mi parecer, otra cosa que nombres, como sucede con las cosquillas y la titilacion, que no son tampoco más que un nombre, una vez que se separan de la piel que rodea á la nariz.»

(4) *Illi qui volunt inquirere veritatem non considerando prius dubitationem, assimilantur illis qui nesciunt quo vadant.* SANTO TOMAS, *in Metaph*, lib. III, c. 5.

(5) Leibnitz ha recapitulado todo lo que Descartes pudo tomar de los filósofos antiguos: «Sus dogmas metafísicos, como los que conciernen á las ideas estrañas de los sentidos, la distincion del alma y el cuerpo, y la poca confianza en las cosas materiales, son platónicas. El argumento de la existencia de Dios por que el ser más perfecto encierra la existencia, pertenece á san Anselmo y se encuentra en el libro titulado *Contra insipientem*, y habia sido muy discutido por los escolásticos.

En la doctrina de lo continuo, de lo lleno y del espacio, Descartes ha seguido á Aristóteles y á los historiadores en las cosas morales, como las abejas chupan todo lo que se ofrece á ellas en las floridas cimas.

En la esplicacion mecánica de las cosas tuvo por precursor á Leucippo y á Demócrito, que ya habian enseñado la teoria de los torbellinos. Dícese de Jordano Bruno que tuvo poco más ó menos las mismas ideas respecto á la grandeza del universo, por no decir nada de Gilberto,

lo que es posible calcular y medir. Su misma teoria de los torbellinos, aunque aniquilada por Newton, tiene el mérito de haber demostrado. que los fenómenos celestes deben ser esplicados por la aplicacion rigorosa de ciertos principios de la mecánica. Si no hizo lucir, pues, la verdad, proporcionó al menos el método para hallarla, y algunos la han llamado la *antecámara de la verdad*; pero fuera de este órden positivo, no se sujetó desgraciadamente á las reglas que proclamaba. Geómetra como era, no compuso más que novelas; mientras que se exploraba á la naturaleza, quiso adivinar, edificar sin materiales, y lanzó una mezcla de proposiciones atrevidas, de consecuencias sin premisas, de suposiciones de ninguna base. Se engañó queriendo que la evidencia fuese necesaria para demostrar que Dios existe, al paso que se la negaba al mundo esterior, y confundiendo la voluntad con la inteligencia, la resolucion con el juicio, su teoria de los animales es falsa, como tambien el principio de pasividad de las sustancias creadas. Debia venir á parar en estas conclusiones por el desprecio que manifestaba á la historia, por la razon de que la autoridad domina en ella, y por su pretension de obligar á cada uno á reconstruir del todo el edificio de las ciencias rompiendo con la tradicion, que es la única que hace el progreso posible.

Es una arrogancia estremada renegar de la obra de largos siglos, y creerse capaz de edificar una filosofía con pocos datos de sus predecesores. Desdeñando Descartes todo lo que no es razon individual é infalibilidad geométrica, concentra la ciencia en el estudio de las facultades intelectuales. Se abandona á la preocupacion, de que el principio de la ciencia debe ser único; y aunque sea prodigioso que un hombre haya podido hacer tantas cosas, no evita los más graves errores sino gracias á aquellos de que renegaba (6).

No podian reirse de un sistema tan atrevido, en atencion á que el autor gozaba de gran reputacion como sábio; y que conocia las pequeñas condescendencias necesarias para hacerse perdonar, que sabia mantenerse á la capa, y aislar su revolucion de las revoluciones religiosas y políticas de la época. No procedia del claustro, sino del ejército y de la alta sociedad; dirigíase, pues, á la sociedad, de la que sacaba una fuerza nueva, que le procuraba gran número de oyentes. Caballero y rico, no tuvo necesidad de manifestar sus ideas desde el púlpito; dedicó sus *Meditaciones* á la Sorbona, que por el órgano del más jóven y del más ilustre de sus miembros, Antonio Arnnauld, las declaró inofensivas y hasta útiles á la religion. Aduló á los jesuitas: apenas fué condenado Galileo, cuando suspendió su demostracion matemática del movimiento de la tierra. Aceptó una pension de Richelieu sin aprovecharse de ella, y enseñó la filosofía á una reina. Todo esto le sirvió de égida. Durante aquel tiempo la innovacion filosófica se estendia, y todos los pensadores se hacian cartesianos, entre ellos Bossuet, Fenelon, los solitarios de Port-Royal, las congregaciones de enseñanza, sobre todo la del Oratorio, y hasta la Compañia de Jesús.

Pero desenvolviendo su doctrina, los discípulos de Descartes manifestaron sus vicios; y el panteista Espinosa, el epicúreo Gassendi, el impío Hobbes protestaron que no hacian otra cosa que reducir las doctrinas del maestro á una forma más precisa. En Holanda, los arminianos y los cocceyanos sacaban partido de ellas para el libre exámen de la religion, sosteniendo que la verdad de las Sagradas Escrituras debia probarse con la ayuda de la razon. Entonces se hizo sospechoso Descar-

---

cuyas consideraciones magnéticas aplicadas por sí mismas al sistema del universo ayudaron mucho á Descartes.

«Aprendió la esplicacion de la gravedad por medio de la repulsion de la materia más sólida segun la tangente; hermosísimo teorema de la física cartesiana de Kepler, que fué el primero que esplicó la cosa por el símil de las pajas que por el movimiento del agua agitada circularmente en un vaso, se ven arrastradas al centro. Ya los antiguos habian indicado la accion de la luz sobre los cuerpos remotos por el símil de la vara oprimida.

»En lo concerniente al arco iris, no ha sacado poca luz de Antonio de Dominis. El mismo Descartes confiesa en sus cartas familiares haber tenido á Kepler por maestro en la dióptrica, y que precedió con mucho en esto á todos los demás; aunque después evita en sus escritos publicados esta confesion y esta alabanza.

»En cuanto á la razon que esplica la direccion de las fuerzas compuestas, se encuentra en Kepler; y Descartes deduce, del mismo modo que Kepler, la igualdad de los ángulos de incidencia con los ángulos de reflexion. Esto merecia una mencion, en atencion á que casi todo el razonamiento de Descartes se apoya en este principio.

»Isaac Vossio descubrió que Willebrood Snelio fué el primero que encontró la ley de la refraccion, aunque no se atreve á negar que Descartes haya podido hallarla tambien.

»Niega en sus cartas haber leido á Vieta; pero varios no dudan que haya visto los *Libros analíticos* de Harriott, cuya última publicacion es de 1631; tan conformes están con el cálculo de la geometria cartesiana. Harriott habia hecho la ecuacion igual á cero, y derivó de ella el que la ecuacion nace de las raices multiplicadas alternativamente entre sí; como se puede variar la ecuacion aumentando, disminuyendo, multiplicando, dividiendo las raices, y como se puede conocer la naturaleza de las ecuaciones y de las raices por el aspecto de los términos. Así Wallisio refiere que Roberval no sabia, en su sorpresa, por donde se le habia ocurrido hacer la ecuacion igual á cero, como si fuera una cantidad; cuando lord Cavendish le enseñó el libro de Harriott, esclamó: *¡Le ha visto, le ha visto!*

»La reduccion de la ecuacion bicuadrática á la cúbica, habia sido hallada en el siglo anterior por Luis Ferrari, de la que Cardan, su amigo, nos ha dejado la fórmula.

»En fin, Descartes fué con esceso despreciador de los demás, y por sed de fama no se abstuvo de los artificios que pueden parecer muy poco generosos.»

(6) En el dia se va volviendo el crédito á Descartes. Véase BORDAS DUMOULIN, *El Cartesianismo*, obra premiada por el Instituto en 1843.

tes. Todo el mundo se declaró en su contra, teólogos, filósofos, físicos, hombres de Estado; las universidades le hacian un cargo por su aversion á Aristóteles; los jesuitas se recelaban viéndole sostenido por algunos jansenistas; los protestantes le negaban la tolerancia que habia obtenido de los católicos por sus temperamentos, y Gilberto Voet, teólogo de la universidad de Utrecht, pretendia con una violencia fanática, que su demostracion de la existencia de Dios no es otra cosa que ateismo disfrazado. Resultó de esto una encarnizada lucha, que por fin consiguió el príncipe de Orange apaciguar. Las obras de Descartes denunciadas á Roma fueron puestas en el Indice *hasta su correccion*, es decir, para siempre, en atencion á que el autor habia muerto. Cuando se trasladaron en 1667 sus restos de Suecia á Francia, se prohibió al canciller de la universidad de París pronunciar el elogio que habia preparado; y el parlamento, á instigacion de la Sorbona y de la universidad, estuvo á punto de prohibir la enseñanza de la filosofía cartesiana sosteniendo la de Aristóteles. Detúvose á tiempo un golpe de Estado tan contrario al progreso y á la buena política. No obstante, los jesuitas hicieron que el rey sujetase la causa al consejo de Estado, que prohibió profesar el cartesianismo, en la universidad de París. Los padres del Oratorio (7), que se habian opuesto á esta medida, se vieron obligados á suscribir una acta de sumision, en la que entre otras cosas se dice: «En la física no hay que separarse de los principios de Aristóteles, para adherirse á los nuevos de Descartes, cuya enseñanza ha tenido buenas razones el rey para prohibir... Debe decirse: 1.° que la estension actual y esterior no es la esencia de la materia; 2.° que en todo cuerpo material hay una forma sustancial, realmente distinta de la materia: 3.° que hay accidentes reales y absolutos, inherentes á los sujetos realmente diferentes de cualquiera otra sustancia, y que pueden ser sobrenaturales sin ningun motivo; 4.° que el alma está en realidad presente y unida á todo el cuerpo y á cada una de sus partes; 5.° que la idea y el conocimiento no forman la esencia del alma racional; 6.° que no es repugnante creer que Dios puede producir varios mundos al mismo tiempo; 7.° que el vacío no es imposible.» (8)

Los peripatéticos pudieron, pues, lisonjearse aun una vez de que la fama de Bacon y Descartes seria pasajera. Pero se habia impreso el movimiento, la autoridad habia cedido el puesto á la razon, y se habian acostumbrado al libre pensar. Debia, pues, esperarse que surgiria otro filósofo, que adelantando más, derrocaria á la filosofia de que la suya se derivaba. El libre exámen cobró osadia hasta en las discusiones suscitadas por la nueva doctrina; y no mencionando á la multitud de los opositores, citaremos á Pedro Daniel Huet, de Caen (1630-1721), á quien ya hemos visto con Bossuet encargado de la educacion del Delfin, y promotor de las ediciones *ad usum Delphini*. Habiéndole determinado la amistad de Bochart á dedicarse á la literatura oriental, fué con él á Estokolmo cerca de la reina Cristina y se hizo querer, por sus buenos modales, de los sábios de aquel pais, de los de la Holanda; á su vuelta, estableció en su patria una sociedad para la perfeccion de la física, de la astronomia, de la filosofia, á la que Colbert asignó una pension para atender á los esperimentos.

Habia al principio favorecido el cartesianismo; pero la lectura de *Sextus Empiricus* le inspiró dudas, y publicó la *Censura philosophiæ cartesianæ*, atacándole por el lado verdaderamente débil, es decir, por la alternativa entre el dogmatismo y el escepticismo. Una respuesta descortés le hizo adoptar el arma de lo ridículo en las *Nuevas memorias acerca de la historia del cartesianismo*, obra que salió á luz sin nombre de autor. Supone que en lugar de morir Descartes en Suecia, se retiró á Laponia, donde estableció una nueva escuela filosófica, contra la cual dispara sus dardos estremadamente acerados. De vuelta á Paris, Huet concluyó sus dias entre sus amigos los jesuitas, y dispuso que su biblioteca quedase á disposicion del público.

No encontrando en todas partes más que insuficiencia y principios falsos, como lo demostró en un tratado póstumo *De la debilidad del talento humano*, no se liberta del escepticismo erudito sino con ayuda de la revelacion; concilia la duda con la fe de una manera particular, diciendo que Dios debe por esencia conocer los objetos tales como son, y que por esto una verdad objetiva es necesaria: supone, pues, como axioma la presciencia de Dios. El hombre puede adquirir el conocimiento de la verdad objetiva; pero no puede convencerse de poseerla de otra manera que por la fe. Ahora bien, la fe no nace de la razon, es un don de Dios; la razon no puede, pues, estender sus dudas sobre los asertos de la fe.

El padre Daniel demuestra en su *Viaje por el mundo de Descartes* que ninguna hipótesis cosmofísica es tan incoherente como la de Descartes, llena de contradicciones y suposiciones que se combaten unas á otras, lo que hace de ella una novela tan espiritual como instructiva, y perfectamente apropiada á la vivacidad francesa.

El *Arte de pensar*, que salió de Port-Royal (1664), del que probablemente fué autor Arnauld, y del que se hicieron diez ediciones con continuas mejoras, es el primer tratado que protesta contra el método de Aristóteles sin denigrarle: difiere de Descartes en lo relativo al modo de descubrir, prevenir y dirigir las preocupaciones; pero reconoce la su-

(7) M. Cousin, editor de Descartes, á quien profesa gran respeto, ha ilustrado este hecho con ayuda de documentos inéditos, en el *Periódico de los sabios*, marzo de 1838.

(8) *Coleccion de algunos documentos curiosos concernientes á la filosofia de* M. Descartes. Amsterdam, 1684.

perioridad del método cartesiano, y aunque conserva tal vez demasiadas sutilezas de dialéctica, espone la lógica con una claridad y precision superior á la de los manuales antiguos. Contribuyó á que se olvidaran los barbarismos técnicos, las subdivisiones embarazosas y pueriles, y á sustituir al latin pedantesco el francés de la más hermosa época.

Antes de hablar de los autores originales, mencionaremos al inglés Teófilo Gale, que en la *Corte de los gentiles* (1669) quiso demostrar que toda filosofia deriva de los judíos; lo que puede ser cierto, considerando á este pueblo como el depositario de la tradicion primitiva. En la primera parte, titulada *Filologia*, establece su tesis con ayuda de la lengua, modo nuevo aun, y que tiene el mérito de haber conocido su importancia.

Rodulfo Cudworth, discípulo de la escuela platónica y religiosa de Inglaterra, cuyo centro era la universidad de Cambridge, supo asociar con el sistema intelectual del universo (1678), la gran erudicion de la antigua escuela á la libertad de la nueva, sin ser sin embargo original. Sostiene la libertad de la voluntad humana contra las tres clases de fatalismo; el fatalismo materialista de Demócrito y de Hobbes, el fatalismo teológico de algunos escolásticos, y el fatalismo estoico, que confunde la Providencia con las leyes de la naturaleza. Opone al primero las demostraciones de la existencia de Dios, combatiendo las teorias innobles é inmorales de Hobbes con un vigor digno de semejante adversario. No terminó más que esta sola parte. Demostraria en las demas á los nominalistas que la justicia y el bien son eternos é inmutables por naturaleza; á los estoicos, que el hombre es libre y responsable de sus acciones.

Su teoria, de una doctrina plástica, para espresar la accion de las leyes físicas sin la continua intervencion de la divinidad, fué adoptada por algunos, sobre todo por los fisiologistas. José Granwill demuestra en el *Escepticismo científico* la debilidad de la razon humana, y la imposibilidad de establecer un dogma demostrativo; adelanta á Hume, afirmando el carácter accidental de la causalidad.

Malebranche.—Nicolás Malebranche (1638-1715) natural de París, mal configurado de cuerpo, se hizo misántropo, y buscó el retiro en la congregacion del Oratorio. Habiendo visto por casualidad en casa de un librero el libro de Descartes *De homine*, aquellas nuevas ideas, un estilo claro, la aparente solidez de los principios le agradaron hasta el punto de hacerle esperimentar violentas palpitaciones. Dedicóse, pues, á la filosofía, y aunque admirador apasionado de Descartes, conservó su independencia complaciéndose en sus propios descubrimientos. Recto y rigoroso por carácter y por misticismo religioso, juzgó severamente las debilidades morales é intelectuales del hombre.

Para esplicar Descartes la union entre el cuerpo y el alma, recurria á la intervencion de Dios, sin conceder á ésta más que la facultad de dirigir las fuerzas motrices del cuerpo. Conociendo Malebranche la dificultad de esplicar aquella direccion, cambió la hipótesis de la intervencion de Dios en la de las causas ocasionales.

Comienza por distinguir las ideas, no sólo de las sensaciones, sino de los sentimientos. La sensacion es una modificacion del alma, respecto á lo que sucede al cuerpo, al cual está unida. El espíritu no concibe nada con ayuda de sentimientos; pero es advertido de su estado presente sin comprenderlo, al paso que las ideas son la vista de lo que existe, no una simple modificacion del espíritu, sino la manifestacion de un objeto exterior real. Los objetos de las ideas son eternos, inmutables, necesarios, y no aparecen al espíritu, ó se le aparecen tales como son. En su consecuencia, aquello de que se tiene idea existe, y cuando decimos tener idea de cosas que no existen, es porque las confundimos con los sentimientos. La ciencia debe basarse en la idea de Dios, porque esta idea implica todas las demás, que son fases particulares de la idea universal del sér. Siendo finito el *yo*, de donde procede la filosofia, coexiste con lo infinito, y como la nocion de lo finito no encierra la de la existencia necesaria, resulta la idea de la creacion. Contemplando todos los mundos posibles, realizó Dios aquel en que debian reflejarse las perfecciones divinas, en atencion á que no existia ninguna razon para dar la preferencia á los menos perfectos, y que obrar sin razon no está en la naturaleza de Dios.

¿Pero existen en este mundo cuerpos y espíritus? ¿Son diferentes entre sí? La estension, que es la esencia de la materia, ¿es la sustancia ó la modalidad? No se puede pensar en un círculo ó en un cuadrado, sin concebir la estension, y por lo mismo la cuadratura ó la redondez son modificaciones de aquélla; pero se puede pensar en la estension sin hacerlo en otra cosa: no es un modo simple, sino una sustancia, lo que quiere decir que la materia existe; y como la idea de la materia no implica la del pensamiento, es enteramente diferente del espíritu.

Dios, que produce siempre lo más perfecto, debió crear un mundo de espíritus capaces de conocer y amar; pero podria producir en nosotros las impresiones aun cuando la materia no existiese. En su consecuencia, las impresiones no prueban la existencia real de los cuerpos esteriores, que no sacan su certidumbre sino de la revelacion (9).

---

(9) Malebranche fué refutado por el siciliano Miguel Angel Fardella, que murió en Pádua en 1718, que empleó en contra su mismo argumento: la existencia del mundo corporal no puede probarse de otra manera que por la revelacion. El sistema de Malebranche fué sentado primero por el francés Tommasini, y por el capuchino tirolés, Juvenal de Anannia *(Solis inteligentiæ qui non succedit non*, etc., Augsburgo, 1686) que la espuso con más latitud y moderacion.

Pero ¿qué relacion existe entre los espíritus, cuya existencia está demostrada, y los cuerpos cuya existencia se ha revelado? Cuando *yo* quiero, mi brazo se mueve, y por él los demás cuerpos; sin embargo, la sustancia pesada y la estensa son por esencia independientes una de otra. La modificacion recíproca es, pues, de pura apariencia, y su correlacion resulta de las leyes generales establecidas por el Criador; leyes por las cuales produce ó los movimientos en el cuerpo cuando el alma quiere, ó las modificaciones en el alma cuando los cuerpos están presentes, de tal manera, que Dios es causa verdadera é inmediata de estos efectos; los espíritus y los cuerpos no son más que causa ocasional. Siendo, pues, las ideas la esencia divina, y no subsistiendo la inteligencia sino por estas ideas, todo lo vemos en Dios, hasta el mundo corporal. Como están fuera de nosotros, y Dios las produce en nuestro espíritu, la inteligencia es una revelacion incesante. Si Dios es, pues, la causa eficiente, la atencion del hombre, por lo que Dios la produce, es la ocasional. El progreso en el conocimiento de la verdad estará, pues, en proporcion de la fuerza de la atencion, así como el error provendrá de que se confundirán los sentimientos con las ideas.

En efecto, los sentidos, hasta el más noble, que es la vista, nos rodean de continuas ilusiones, no porque sean ellos los que nos engañan precisamente, sino por el juicio que formamos sobre los objetos. El único medio de llegar á la verdad es la union con Dios, union debilitada por el pecado original, hasta el grado de que él solo es capaz de conservar la pureza del corazon y la timidez del espíritu: al mismo tiempo este pecado alteró el alma y el cuerpo hasta el punto de hacerlos parecer una misma sustancia, y hacer prevalecer al cuerpo. Hay, pues, peligro en no discernir bien los sonidos confusos con que los sentidos llegan á nuestra imaginacion de la pura verdad que resuena en el alma, tanto más cuanto que el cuerpo habla más alto que Dios, y que juzgamos en nuestro orgullo, sin aguardar las palabras de verdad necesarias.

De esta manera es como Malebranche, que por lo demás razona con acuerdo, y sutileza, se confía plenamente en la iluminacion superior. Indagando los diferentes errores que proceden de los sentidos, de la imaginacion, de la inteligencia, de las inclinaciones naturales, de las pasiones, afirma que todo el mal en este mundo nace del error; pues si el hombre no cediese no pecaria, en atencion á que sólo la voluntad juzga y razona, al paso que la inteligencia no hace más que ver las cosas y sus relaciones. Ahora bien, Dios es causa y término, tanto de nuestro amor como de nuestra inteligencia. La voluntad es libre, activa, siempre inclinada al bien; pero puede dirigir la inteligencia hácia los objetos que queremos, para espresarlo segun la verdad, preservándonos de las apariencias engañosas. Pertenece, pues, al deber del hombre regularizar sus movimientos con arreglo á juicios claros; concentrar su atencion sobre las ideas, para consultarlas sin cesar, y hacer depender de ellas nuestros deseos, no admitir nunca enteramente más que proporciones evidentes, imposibles de rechazar sin repugnancia interior; y no amar absolutamente un bien, si no se puede sin remordimientos. La moral de Malebranche se deriva pues de la metafísica. En efecto, si el órden de las cosas es establecido por Dios, el hombre no tiene necesidad de otra virtud que de amar el órden moral del mundo.

Sus doctrinas son admirables precisamente por la unidad, con la cual reduce un sistema tan estenso á un pequeño número de principios generales, en los que quiere imitar á Dios en la estremada sencillez de la creacion. Claro, conciso, elegante en un estilo en el que siembra metáforas á propósito, vivo y á veces elocuente, sin ser nunca declamador, no hay metafísico que consiga mejor poner á la vista ideas tan abstractas sobre las cuales se esparce como una tranquila revelacion, y en esto se aproxima á Platon. En el fondo, partidario del cartesianismo, perfecciona aquella doctrina en la parte que habia quedado más imperfecta, es decir, en la lógica y en la teoria del conocimiento; desenvuelve la asociacion de las ideas con más amplitud que ningun otro, recomienda no embarazar la ciencia con términos nuevos, no sujetarse á la autoridad, ni creer que la doctrina consiste en haber leido mucho; escribe prudentes reflexiones sobre el contagio de las imaginaciones fuertes, que se dejan conocer en la influencia de algunos grandes hombres y en ciertas opiniones, como la mágia y las apariciones, haciendo notar que el número de los hechiceros se aumenta en los puntos donde se les envia á la hoguera. Cuando trata de las pasiones, hace una sátira punzante y sin conmiseracion de las locuras de la humanidad, sobre todo de los sabios y de las personas de la alta sociedad; intolerante (como acontece á menudo á los hombres estudiosos) con respecto á todos los que se dedican á otras ciencias, ataca vívamente á los astrónomos, á los bibliófilos, á los eruditos, y se manifiesta violento adversario de Aristóteles, irritado tal vez de la oposicion que hacian sus sectarios á todo procedimiento para llegar á la verdad (10).

Ejercia entonces en la filosofía una influencia

(10) Si saben que Aristóteles ó alguno de sus sectarios haya deducido nunca una verdad de los principios de su física particular, que se espliquen, que lo prueben, y no se hablará más de Aristóteles sino con elogio. Los libros de este filósofo están tan oscuros y llenos de términos tan vagos y generales, que se les puede atribuir con alguna apariencia de verdad, los mismos sentimientos de los que le son más opuestos; se le puede hacer decir todo lo que se quiere porque no dice casi nada, aunque haga mucho ruido; como los niños hacen decir á las campanas todo lo que quieren porque hacen mucho ruido y no dicen nada.» MALEBRANCHE.

mayor que su maestro (11). Consistió su error en establecer como principio, que el alma se conoce, no por ideas, sino por sentimiento, y por observar los cuerpos tales como se presentan á los sentidos, más bien que como asunto, lo que le condujo al sistema de las *causas ocasionales*. No conocemos únicamente los cuerpos por la observacion esterior, sino por una interior, que nos revela las cualidades esenciales y nos las presenta como materia del sentimiento fundamental. La estension de los cuerpos no perjudica á la sencillez del *yo* que siente, como le objetó Arnauld, que emprendió refutarlo sobre las bases del conocimiento, y la diferencia entre las ideas subjetivas y objetivas. Niega principalmente que comprendamos los objetos de una manera inmediata, y que las ideas de éstos constituyan los objetos inmediatos de nuestras percepciones; quiere que percibamos inmediatamente los objetos, de donde se infiere que las percepciones son representativas por su naturaleza y una modalidad del alma, acercándose de esta manera al kantismo y confundiendo las sensaciones con las ideas, es decir, la percepcion sensitiva con la percepcion intelectual. Oposicion enérgica, sin acrimonia, de que Malebranche se quejó, contestando sobre cada punto, pero débilmente.

Otros varios filósofos trataron en aquella época de la naturaleza del alma y de su orígen: pretendian unos que fuese material, otros engendrada por los padres en el momento de la concepcion. Formáronse, pues, en la filosofia y en la teologia dos sectas, la de los *traducianos* y la de los *creacianos*. Resultó de esto, que las cuestiones sobre la naturaleza de los espíritus y la posibilidad de la magia se reanimaron. Baltasar Bekker, libre pensador de la Westfrisia, que habia escrito para tranquilizar á los ánimos sobre los desastres que se temian del cometa de 1680, niega en *El mundo encantado*, que los espíritus tengan ninguna accion sobre los hombres, sosteniendo á la manera de Descartes, que el espíritu no puede obrar sobre los cuerpos. Es una obra prolija y fastidiosa, escepto la cuarta parte, que ofrece interés por las relaciones que contiene. Este libro estuvo muy en boga. Los magistrados de Amsterdam intentaron formar al autor un proceso en regla, y vióse precisado á esponer con claridad sus sentimientos, no por eso dejó de prohibírsele enseñar sus opiniones, y concluyó por ser privado de su cátedra (12).

Espinosa.—Baruch Espinosa, que nació en Amsterdan de judíos portugueses (1632-1677), y fué educado por Moisés Mortera, rabino afamado, hizo sobre los libros hebreos (y esto no debe olvidarse) los estudios que los demás filósofos hacian sobre los libros griegos y latinos. Pero pronto conoció que en el estudio de la teologia las doctrinas y los métodos de sus correligionarios no le eran suficientes. Manifestó dudas en las ideas aplicadas á los ángeles, á Dios y al alma. En su consecuencia fué acusado en la sinagoga; tratóse de atraerle con dádivas, después (si el hecho es verdadero) se quiso asesinarle; en fin, fué escomulgado. Repudiado por sus hermanos, se asoció á los cristianos cambiando sus nombres en el de Benito, estudió el latin y el griego, y se entregó enteramente á buscar lo bueno y lo verdadero. Retirado al campo, vivió del producto de los vidrios ópticos que fabricaba; jóven aun, consiguió la madurez por la meditacion solitaria; y aficionándose á Descartes, dedujo de sus doctrinas por un método estrictamente geométrico, un sistema metafísico nuevo, tanto en la forma como en la regularidad, y se espresó con una conviccion profunda. Adquirió, pues, gran reputacion, y se vió llamado por cristianos á diferentes cátedras, que no admitió. Amigo seguro, de estremada frugalidad, de un carácter afable, estraño á la ambicion y al temor, murió á la edad de cuarenta y cinco años (13).

Habia reconocido las inexactitudes de Descartes y Bacon, y su ignorancia de la verdadera naturaleza del espíritu humano, como tambien las fuen-

(11) «Malebranche tiene una gran semejanza con su ilustre contemporáneo Pascal, aunque no haya entre ellos relaciones que yo sepa, y no se puedan aprovechar de sus escritos uno de otro: ambos genios ardientes, de gran imaginacion, talento vivo, sarcástico, severo, intrépido, desdeñoso de la opinion popular y de las reputaciones establecidas, ambos imbuidos en la idea de una gran diferencia entre el estado primitivo del hombre y su situacion presente, y resolviendo bien los fenómenos de su ser, los dos de diversa manera y en un grado diferente, escépticos y rigorosos en la exigencia de las pruebas, haciendo ambos poco caso de los conocimientos humanos fuera de las regiones matemáticas, conservando los dos un rigor moral y una piedad ferviente y entusiasta; pero en Malebranche el sentimiento religioso oprime menos, su mirada se pasea por la luz sin ser deslumbrado por ella, al paso que sobrecogido Pascal de respeto ante ella, baja sus párpados. Es sostenido por un deseo menos tímido de la verdad, con mayor confianza en las inspiraciones que penetran su alma; es más pronto en adoptar una opinion nueva; pero está menos sujeto á hacerlo con un sofisma para defender una opinion antigua; hay menos energia pero más abundancia y variedad.» HALLAM, *Literatura de la Europa*, etc.

(12) Se puede comparar este tratamiento con el que Galileo sufrió en Roma.

(13) BENEDICTI DE ESPINOSA.—*Opera quæ supersunt omnia, per Henr. Eberh. Gottob. Paulus.* Jena, 1802.

Obras de Espinosa, trad. por M. Saiset. Paris, 1842.

B. Von Espinosa sammtliche Werke aus dem Lateinischen, mit dem Leben Espinosa's von Berthold Auerbach. Stuttgard, 1841, 5 tomos.

AMANDE-SAINTES.—*Historia de la vida y obras de Espinosa, fundador del exégesis y de la filosofia moderna.* Paris, 1842, 5 tomos. Es un panegírico, como se ve por el título.

Damiron ha publicado una disertacion sobre Espinosa en el 4.° tomo de las *Mem. des sciences morales.*

Leon de Montbeillard publicó en 1851 un exámen de la *Etica*, de Espinosa, con el fin principal de negar su rigor raciocinio, y destruir los pretendidos axiomas y pomposos teoremas de que se compone aquella obra.

tes del error; y siendo aun jóven, compuso su *Etica*, anuncio de un sistema á que dió su nombre, y que en suma es el panteismo materialista, en el cual habia sido precedido por Jordano Bruno.

Lo que no tiene necesidad de otra cosa para existir es sustancia, como enseñaba Descartes; parecia resultar de esto que sólo Dios existia realmente, y que los seres finitos eran atributos de la sustancia única que existia por sí misma. Los cartesianos esquivaban esta consecuencia diciendo, que una sustancia no tiene necesidad de otra como objeto en la cual ha de residir, sino como principio y causa; y que en su consecuencia los seres finitos eran sustancias incompletas, pero reales, aunque tuviesen necesidad de Dios como principio y causa. Espinosa combatió esta diferencia, y negó que pudiese existir una causa y un motivo. La sustancia que produce y la producida tiene atributos ó diferentes ó idénticos. En el primer caso, la una no podia ser causa de la otra; en el segundo no serian diferentes. Descartes distingue la materia del espíritu por sólo el motivo de que el pensamiento, atributo de éste, no es la estension, atributo de aquélla; mostrando de esta manera que las sustancias no pueden ser distintas sino por la misma distincion de los atributos; ahora bien, como los atributos del productor y del producto son idénticos, no pueden constituirse en sustancias diferentes.

Este dilema fundamental no puede sostenerse, y no demuestra nada. Dos sustancias que tienen los mismos atributos no serán sin duda especificamente diferentes. ¿Pero qué es lo que impide que bajo los mismos atributos existan dos sustancias numéricamente distintas? Si hasta la causa debe contener lo que existe en el efecto, ¿resulta por esto que deba contenerlo del mismo modo? ¿No podia contener la causa infinita de una manera completa, lo que comunica de una manera finita á sus efectos? Siendo esta causa perfecta é imperfecta en sus efectos, éstos son distintos.

Espinosa desenvolvió sus dilemas de mil maneras; y cuando cree haber probado que las diversas realidades no pueden ser reconocidas sino como atributos de una sustancia única, trata de buscar su naturaleza, y se pregunta si es material ó espiritual. Ahora bien, como los cartesianos no admiten más que dos atributos fundamentales, el pensamiento y la estension, y como esta última supone la materialidad, trata Espinosa de probar que el pensamiento, así como la estension, no pueden ser más que una propiedad de la sustancia material. ¿Y qué resulta de esto? En psicologia, la inteligencia y la voluntad son simples modificaciones del organismo; en moral (y es ya una contradiccion, una moral al lado de una necesidad absoluta), el vicio y la virtud no existen desde el momento en que todo es idéntico, y necesariamente producido por la energia de la sustancia: en política el derecho se reduce á la fuerza. De esta manera, así como Hobbes parte de la enemistad universal, Espinosa lo hace de la identidad absoluta, y llega como él á la funesta doctrina de la soberania de la fuerza, que en uno conduce al despotismo, y en otro á la anarquia.

Las naciones no están obligadas á observar los tratados que han hecho, sino mientras duran los motivos que los han preducido (14). El derecho natural es el poder dado por la armonia del mundo á todo el que forma parte de él; de donde se sigue, que cada uno se procura lo que la razon y sus apetitos le hacen considerar como útil, sin más límites que su poder. No hay, pues, culpas morales, pues todo pecado seria un ejercicio del poder propio al individuo; y lo que la razon nos declara ser malo, lo es relativamente á las leyes de su propia naturaleza, pero no al órden universal. Siendo comun á todos este poder ilimitado, se reduce á casi nada en la práctica, y produce una perpétua guerra (15). Con objeto de sustraerse á ella los hombres han cedido una parte de sus derechos; lo que ha producido el derecho civil y el derecho político. Las leyes son las espresiones de este contrato, y no pueden, pues, ser violadas sino cuando lo exige la salvacion pública. El que posee el poder tiene un derecho universal limitado únicamente por el poder de ejecutar; y esto no sólo en las cosas temporales, sino tambien en las religiosas. El derecho privado de los ciudadanos es la libertad repartida á cada uno por las leyes del Estado como necesaria á su conservacion; no pueden, pues, usarlo contra el poder público (16).

Lejos de atacar de frente á la teologia, Espinosa la declara digna de respeto; sólo reclama la facultad de igualarla á la filosofia, con intencion de separar una de otra. Las creencias que implican la obediencia á Dios y la confianza en sí mismo

---

(14) *Fœdus tamdiu fixum manet, quamdiu causa fœderis pangendi, nempe metus damni, seu lucri spes, in media est... ne dici potest, quod dolo vel perfidia agat, propterea quod fidem solvit simulatque metus vel spei causa sublata est.* Tract theolog. polit., c. III.

(15) El derecho de hostilidad contra todos está espuesto de una manera esplícita por Espinosa en el c. XVI del *Tractatus teologico-politicus: Per jus et institutum naturæ nihil aliud intelligo, quam regulas naturæ uniusjusque individui, secundum quas unumquodque naturaliter determinatum concipimus ad certo modo existendum et operandum. Exempli gratia, pisces a natura determinati sunt ad natandum, magni ad minores comedendum; adeoque pisces summo naturali jure aqua potiuntur, et magni minores comedunt. Nam certum est, naturam absolute consideratam jus summum habere ad omnia quæ potest; hoc est, jus naturæ eo usque se extendere, quo usque ejus potentia se extendit. Nec hic ullam agnoscimus differentiam inter homines et reliqua naturæ individua. Jus itaque naturale uniuscujusque hominis non sana ratione, sed cupiditate et potentia determinatur. Quidquid itaque unusquisque qui sub solo naturæ impetu judicat, id summo naturæ jure appetere et quacumque ratione sive vi, sive dolo, sive precibus, sive quocumque demum modo facilius poterit, ipsi capere licet, et consequenter pro hoste habere eum qui impedire vult quominus animum expleat suum.*

(16) *Tractatus politicus.*

pertenecen á la fe, al paso que la filosofía aspira á conquistar la verdad, la certidumbre, que no puede obtenerse sino por la razon. ¡Ironía orgullosa, como si se pudiese aislar la piedad de la razon! Sus opiniones religiosas están manifestadas en su *Tratado teológico-político*, el único publicado en vida suya (1670), en el que hace nacer las prácticas religiosas del temor, y recurrir á espedientes de los que no se esperaria ningun socorro si se fuese feliz y se tuviese libre la razon. A los tiranos pertenece sacar partido de esto; pero en los gobiernos libres cada uno debe seguir la opinion que le agrada. En efecto, dice, la filosofía no es contraria á la piedad ni á la paz del Estado, es hasta su condicion.

Pero la religion (principio de piedad enteramente diferente de la filosofía) no es ni la querida ni la criada de ésta, y debe dejarle una completa libertad, conservándola para sí misma (17). El Estado tiene derecho para regularizar tanto la filosofía como la religion, pero sin disminuir la independencia concebida al razonamiento, ni impedir pensar lo que se quiere y decir lo que se piensa, con tal que sea con sencillez y buena fe. No hay milagros. La sucesion de los acontecimientos se verifica por leyes que Dios no varia. Las religiones, parto del espíritu humano, no son absolutas, sino relativas á las circunstancias en que se produjeron, y convienen á Dios, con tal que inclinen á los hombres á la virtud.

El hombre debe, segun Espinosa, adquirir las verdades con las únicas fuerzas de su talento; las profecías no merecen una certeza más que humana, en atencion á que yerran á menudo, que no proceden de los hombres más eminentes de la nacion, que se deja conocer en ellas la personalidad, y que se contradicen unas á otras. En este punto examina á los profetas, y á la historia hebrea, con una crítica que no ha sido escedida por los atrevimientos modernos. Se encuentra ésta en estas palabras: «No es necesario para la salvacion creer en Cristo segun la carne; basta creer en el Eterno, hijo de Dios, es decir, en su eterna sabiduría, manifestada en todo, principalmente en el espíritu humano, y sobre todo en Jesucristo.» Saca por consecuencia de esto que á la libertad filosófica no se le pueden poner trabas sino por la autoridad de las revelaciones. ¿Pero hasta qué punto está acorde la libertad con el órden político? El gobierno más oportuno de todos, segun su parecer, es el democrático, en el que todos son aptos para formar el soberano, que después es el árbitro natural del derecho religioso, y no reinando Dios esteriormente sobre los hombres sino por los soberanos. Pero por universal que sea el poder soberano, no puede estenderse sobre los espíritus, no pudiendo nadie ceder su derecho natural de razonar y juzgar. Se deberá por interés y utilidad pública ceder el derecho de accion, nunca el de pensar.

El axioma primitivo de Espinosa de que Dios no ama con amor intelectual é infinito sino á sí mismo (18), revela uno de sus defectos capitales, de confundir la inteligencia con la voluntad, de tal manera, que el amor no será más que una idea añadida á un cierto modo de existir, pero sin relacion esencial uno con otro. Si Dios no ama á los hombres, ¿cómo se han de amar ellos entre sí? En efecto, no hay necesidad de amor para la beatitud á que Espinosa los destina, siendo cada uno un poder independiente del otro, animado de la única fuerza que les hace preservar en sí, escitado por el único deseo de comprender las causas y de referirse á Dios por la correlacion de las ideas; ideas simples y desde luego no conexas, en atencion á que no tienen correspondencia inmediata, escepto por el foco comun de donde procede. No funda, pues, Espinosa las relaciones morales de los hombres, sobre su solidaridad en un solo cuerpo. Deben vivir en comunidad, no por sus afectos sociales, que son los únicos que hacen la vida humana completa, sino sólo porque sus ideas se perfeccionen. Debe querer para los demás el bien que desean para sí mismos, pero sólo para que este bien aproveche á la emancipacion de la razon. La conducta del hombre tiene, pues, por regla el egoismo, como debia suceder desechando la caridad. ¡Moral orgullosa de la inteligencia, que convierte en una locura los piadosos instintos de la humanidad, y que declara mala é inútil la compasion (19), en atencion á que inquieta la feliz tranquilidad, que debe ser el objeto de todos los esfuerzos del hombre! Privado de la esperanza, del arrepentimiento, de la inspiracion religiosa, el hombre permaneceria en un aislamiento lógico pero desconsolador, sin buscar el amor de Dios (20) ni el de los semejantes, y sí sólo la beatitud del conocimiento que se consigue identificándose con el pensamiento infinito.

En suma, Descartes habia dicho que conservar era producir de nuevo; no somos, pues, más que aptos para las operaciones de Dios, que nos forma del mismo modo que nosotros formamos nuestras ideas, nuestros afectos y nuestras voluntades. Algunos de sus discípulos habian sacado ya esta consecuencia, y Espinosa no tuvo necesidad más que de dar un paso para llegar al panteismo. Por

---

(17) *Nec theologiam rationi, nec rationem theologiæ ancillam... Unæquæque suum regnum obtineat; nempe ratio regnum veritatis et sapientiæ, theologia autem pietatis et obedientiæ... Philosophiæ scopus nihil præter veritatem fidei, nihil præter obedientiam et pietatem.*

(18) *Deus, proprie loquendo, neminem amat; nam Deus nullo lætitiæ affectu afficitur. Deus seipsum intellectuali amore infinito amat.* Parte V, pr. 35.

(19) *Commiseratio per se mala et inutilis est.* Parte IV, pr. 30.

(20) *Qui Deum amat, conari non potest ut Deus ipsum contra amet.* Parte V, pr. 19.

esto es por lo que Leibniz le llamó *cartesianismus immoderatus*. Con efecto, pensador atrevido, como Descartes, emprendió su carrera sin escrúpulo de conciencia y una prudente conducta; sacó francamente todas las consecuencias de su sistema, es decir, la invalidez de la Escritura y la destruccion de las religiones. En Malebranche, por el contrario, se conoce la lucha entre el principio establecido y las consecuencias rechazadas; y á pesar de su fraternidad real con Espinosa, le ataca, y llega á tratarle hasta de miserable.

El método es la parte más original de Espinosa. En lugar de pasar, como es costumbre, de lo conocido á lo desconocido, de lo claro á lo oscuro, invierte el órden, y pasa de lo general á lo particular, del ente á Dios, de Dios al hombre, á la sociedad, á la naturaleza; como si supiese que la sustancia se comprende mejor antes del modo, la causa antes del efecto, lo increado antes de lo creado: método de proceder de los más peligrosos y del que abusó. Hizo de la geometria lo que los escolásticos habian hecho del silogismo, como un medio de probar la verdad y la mentira. No se encuentra, en efecto, en las *Eticas* un pasaje, una frase, ó siquiera una palabra que no esté comprendida en la estrecha y severa forma geométrica; nunca se demostró con más evidencia que los métodos propios para las verdades del órden físico no pueden convenir á las del órden moral. Es cierto que Espinosa no trataba de popularizar su ciencia; dice más: «El vulgo y los que piensen vulgarmente no lean este libro, antes que interpretándolo malignamente, como es costumbre, les cause fastidio.» (21) El conde de Boulainvilliers intentó hipócritamente en su *Refutacion de los errores de Espinosa*, ponerse al alcance de las inteligencias comunes. Con el pretexto de hacer un servicio á la religion dando luz á los argumentos del ateismo para refutarlos victoriosamente, espuso las proposiciones irreligiosas de Espinosa, y concluyó diciendo que la Providencia no dejaria de suscitar defensores á la verdad; que él mismo hubiera emprendido una tarea, si su edad y sus ocupaciones se lo hubiesen permitido. No pasó desapercibido el lazo; pero despojado el sistema de Espinosa de su séquito y de su método, severamente demostrativo, pareció absurdo en su desnudez (22).

Locke.—En Juan Locke (1632-1704), de Wrington, recae el mérito de haber hecho popular la metafísica, si es un mérito introducir una facilidad, que no enseña nada y hace eluda de todas las dificultades, una claridad que no es más que la sencillez de la nada. Gran observador y buen descritor de los hechos, carece de precision en el estilo; y en los asuntos oscuros como aquellos de que él trata, procede en un tono familiar medio positivo, haciendo poco caso de los sábios, y manifestando su respeto al buen sentido, método que conviene tambien al discurso ordinario, pero no á un tratado que verse sobre tales materias.

Los gérmenes del sensualismo que Bacon habia estendido, fueron desarrollados por Locke. Afirmando que las ideas anteriores á toda especie de percepcion eran una pura ilusion, consideró el alma como un simple poder de actividad lógica, á la cual los sentidos proporcionan las ideas de las cosas, al paso que las de los modos de ser y de la percepcion son proporcionadas por la reflexion. Pero lo que entendia por reflexion no es constante, y parece restringir esta palabra á las diferentes operaciones de nuestro espíritu en el acto de pensar, creer, querer, comprendiendo otras ideas, como las de duracion, y tal vez tambien las de número, poder y existencia, que es imposible derivar de las sensaciones esteriores, y que sin embargo no pueden ser consideradas como modificaciones del alma. Ahora bien, la importancia que da á la reflexion es tan ligera, que sus discípulos creyeron escluirla sin creer cambiar su sistema, reduciéndole á la pura sensacion.

Recurre para esplicar cómo son representativas las sensaciones á la hipótesis de Demócrito relativamente á las especies sensibles que, emanando de los cuerpos entran en los órganos humanos, y son trasmitidas por ellos al sensorio comun. Y en atencion á que esto no proporcionaria la certeza de los espíritus finitos, la aplica al órden sobrenatural.

Después de haber encontrado en cierto modo las ideas simples, pasa á la correspondencia entre estas ideas y las cosas, de las que depende el conocimiento. Pero para probarla, seria preciso compararlas; ¿mas cómo hacerlo, si el objeto no se conoce sino por medio de la idea? Locke no nos da en esto otra contestacion que la que consiste en suponer que las ideas simples son necesariamente la representacion de las cosas.

No conoció, pues, las graves dificultades que ocurren para esplicar la formacion de las ideas. En la aplicacion de su doctrina, las ideas de sustancia se presentan á él; y como encuentra que no puede proporcionarse por los sentidos, niega su existencia, como si el hombre pudiese razonar sin ella. No sospechando que una cualidad comun y general no tiene existencia sino en nuestro espíritu, y que las sensaciones no pueden procurar sino cualidades particulares, supone en los cuerpos algo de comun, y admite que lo que es comun pasa, tanto como lo particular, en las sensaciones, desde que las cosas son notadas por los sentidos; éstos proporcionarian, pues, ideas particulares y generales que se deducen por medio del análisis. De esta manera es como hace desaparecer la suprema dificultad de la psicologia, á saber, como es posible

(21) *Vulgus ergo et omnes qui cum vulgo iisdem affectibus conflictantur, ad hæc legenda non invito; quin potius vellem ut hunc librum prorsus negligant, quam eumdem perverse, ut omnia solent, interpretando, molesti sint.*

(22) La *Arcana atheismi revelata* de Fr. Cuper, se resienten de la misma hipocresia.

á la inteligencia percibir la idea comun: ya entonces no hay necesidad de una síntesis anterior á este análisis, que forme los objetos de la esperiencia.

Como el lenguaje tiene una parte considerable en la formacion de las ideas abstractas y se convierte en causa de los numerosos errores, Locke emprende tratar las relaciones que existen entre las palabras y las ideas, con objeto de evitar las ilusiones que nos causan. Recomienda no emplear ninguna espresion á la que no se refiera una idea *clara* y *distinta*, sin lo cual las palabras no son más que ruidos sin significacion. Nada mejor que esto; pero en el libro II, dice que no tenemos una idea *clara* y *distinta* de una figura de mil lados: estamos, pues, privados de razonar sobre esta figura, y sobre otras muchas cosas de mayor importancia, se conoce á menudo en él la falta de la geometria, tan importante á los lógicos, y es más fácil combatirla que comprenderla; hay tambien en él tanta vaguedad, que Stewart (23) llega á creer que hubiera admitido en la inteligencia humana el orígen de nuevas ideas. El hecho es que la espresion capital de *idea* está mal definida por Locke, y empleada en sentidos tan diferentes, que resulta una confusion inextricable (24).

Locke no verificó una restauracion; no hizo más que poner la filosofia al alcance del vulgo, pero á éste le es muy difícil juzgar á sus maestros con rectitud. Locke fué incompleto en la observacion, ligero en su modo de distinguir los hechos característicos de los que no varian sino accidentalmente, y de establecerlos con solidez. Rara vez tocó el punto capital de la cuestion, y trata de sueños los más grandes trabajos de sus predecesores. Cuando se buscan en él doctrinas fijas, os deslumbra con imágenes: la idea clara es un objeto que el espíritu humano tiene delante de los *ojos;* la memoria es una caja en la que están encerradas las ideas, ó un *escribiente* que toma nota de ellas; la inteligencia es una *cámara oscura,* en la que la luz penetra por algunas aberturas. Introduce sin cesar juicios en el desarrollo de la sensibilidad, sin parecer notarlo ni esplicar cómo son posibles. Llama á los ojos los *jueces* de los sentidos, atribuyendo de esta manera á éstos la facultad de juzgar; tan mal distinguia la naturaleza de la sensacion de la de la inteligencia. Cree las ideas anteriores á los juicios, aunque dice en otra parte. «No puede haber conocimientos sin juicio.» De esta manera profesa que «todos los conocimientos se derivan de los sentidos,» y al mismo tiempo que «existe un conocimiento *à priori*, es decir, necesario y universal;» hechos que nadie puede negar; y como estas dos proposiciones se contradicen, llegaba al escepticismo. Confunde tambien las sensaciones con las ideas, queriendo que el alma reciba pasivamente las ideas simples de la impresion de las cosas esteriores, de tal manera, que ciertos filósofos que le han sucedido y reducian los conocimientos humanos á la pura sensacion, han podido llamarse idealistas.

¿Pero para qué hemos de insistir, si él mismo en el prefacio de su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690), dice haberle comenzado «por casualidad, continuado por gusto, escrito por fragmentos sueltos, abandonado á menudo y vuelto á emprender, segun su honor y la ocasion? (25)

Ensalzáronle sin embargo los ingleses, por simpatia de opiniones religiosas y políticas. Habiéndole conocido Voltaire por ellas, proclamó su sistema en Francia: en el que abandonando lo mejor que tenia, acogieron con avidez aquellas de sus doctrinas que inclinaban al materialismo y á la duda, lo que le valió una especie de idolatria. Pero ya d'Alembert le hacia el cargo de haber descuidado dos indagaciones capitales: ¿cómo pensamos alguna cosa fuera de nosotros? ¿cómo reunimos en un solo objeto las diferentes cualidades sensibles notadas por nosotros?

La filosofía de Descartes se derivaba de una observacion interior del hombre sobre sí mismo; la de Locke de una esterior: Descartes partia de la menor de un silogismo, sin conocer que suponia la mayor; aparentando Locke desecharlo todo, aceptó muchas más suposiciones, es decir, toda forma de conocimiento, contentándose con partir de la materia. Los sensualistas le tomaron por maestro, que confundiendo la esperiencia mecánica con la que recibimos, en un sentido más elevado, de los objetos esteriores por medio de los sentidos, reprenden á sus adversarios el que escluyan la esperiencia de las ciencias. Locke tiene, sin embargo, el mérito de una sencillez tranquila y clara: destruyó varios errores sobre la naturaleza y orígen del conocimiento; manifestó, llegando al ultimo límite del empirismo, hasta qué punto podia satisfacer la inteligencia; y dando el ejemplo del análisis psicológico de las percepciones y de las ideas, abrió el camino para llegar á la percepcion de la psicologia empírica.

Locke tomó tambien parte, como ya hemos dicho, en las cuestiones de derecho civil y natural

---

(23) *Preliminary dissertation to Encyclopedia.* Parte II.

(24) Locke admite alguna cosa de natural, es decir, de innato, precisamente donde combate las ideas innatas: «Si tuviese que habérmelas con lectores sin preocupacion, no tendria para convencerlos de la falsedad de las *ideas innatas* más que demostrarles que los hombres pueden adquirir todos los conocimientos que tienen con el simple uso de las facultades naturales.» *Ensayo filosófico sobre el entendimiento humano.*

(25) De Maistre le trata con dureza en sus *Veladas de San Petersburgo.* «Vil filósofo... el *Ensayo* es ciertamente lo peor que la falta absoluta de genio y estilo pueden producir más destructor.» Velada VI.—Siente que haya sido «compendiada, y por decirlo así, concentrada por una pluma italiana, que hubiera podido ejercitarse de una manera más conforme á su vocacion.» *Id.*

suscitadas por la revolucion de Inglaterra, y se declaró abiertamente contra la monarquia absoluta, como incompatible con la sociedad civil. Admite un estado de naturaleza, pero no el de la guerra, universal, como Hobbes, llamando tal á aquel en que falta un juez superior. Con respecto á la moral, toda la suya se resuelve en religion, y la religion es el cálculo del interés.

Clarke, 1675-1729.—No debemos olvidar á Samuel Clarke, de Norwich, no gran filósofo por sí mismo, pero muy hábil para dar valor á la filosofía de los demás; y que cuando dominaban las ideas de Locke defendió las verdades naturales del órden moral y religioso y la dignidad moral del hombre, contra las estravagancias sistemáticas, la existencia de Dios y sus atributos contra el ateismo de Hobbes y el panteismo de Espinosa; el espiritualismo y la inmortalidad del alma contra Locke y Dodwell; el libre albedrío contra Collins, y el desinterés contra Locke. Deduce la existencia de Dios de las ideas de espacio y de tiempo; en efecto, nosotros concebimos un espacio sin límites y una duracion sin principio ni fin; pero estas ideas no son sustancias, sino propiedades y deben tener un sujeto en quien residir. Este sujeto es Dios (26).

Leibniz.—Sea lo que se quiera, la filosofía habia dejado de apoyarse en la erudicion, para dedicarse al estudio del hombre interior y esterior; y Godofredo Guillermo Leibniz (1646-1716), de Leipzig, puede, bajo este aspecto, compararse á los grandes filósofos. Constante en el trabajo, hasta el grado de permanecer semanas enteras en su sillon; deseoso de saber, se afilió á una sociedad de alquimistas de Nuremberg, y cuando conoció la importancia de la historia y de la jurisprudencia, concibió el proyecto de una enciclopedia de todas las ciencias. Publicó, siendo aun jóven (1688), la obra titulada: *Novus methodus docendæ discendæque jurisprudentiæ, cum subjuncto catalogo desideratorum in jurisprudentia*, en la que anunciaba consideraciones importantes, puestas despues en práctica, para perfeccionar el estudio del derecho romano.

Inventó un mecanismo aritmético, y otro para el agotamiento de las aguas en las minas del Hannover; se mezcló en la diplomacia, cuando el tratado de Nimega, y sostuvo el derecho de embajada de los príncipes de Alemania. Matemático de primer órden, intentó introducir un sistema de numeracion binario en lugar del decimal, y aun se debate la cuestion si fué él ó Newton el primer inventor del cálculo infinitesimal. Desde su juventud concibió la profunda idea de un alfabeto de todos los pensamientos humanos, que comprendiese los elementos de las más sencillas ideas, y sirviese para espresar las diferentes combinaciones, de tal manera, que pasando de lo simple á lo compuesto, y de lo compuesto á lo simple, pudiese demostrar toda clase de verdad. Pero no pasó á la ejecucion.

Invitado por el duque Ernesto Augusto á escribir la historia de la casa de Brunswick-Luneburgo, introdujo en esto ideas nuevas, como lo diremos en otra parte. Estuvo en correspondencia con los más distinguidos de sus contemporáneos; gran consejero, se atrevió á desdeñar los ídolos de la época, y declaró «buscar siempre y en todo los verdaderos principios.» Habiendo fundado el elector de Brandeburgo la academia de Ciencias de Berlin (1682), á imitacion de la de Francia, fué presidente con Othon Mencke de Leipzig; y las *Actas de los eruditos* que comenzaron á darse á luz en 1685, hicieron que él publicase sus ideas filosóficas.

Se dedicó á la filosofia en los intérvalos de variados estudios; no como un pensador que quiere ser original, sino como un gran literato, que se propone corregir de sus errores los sistemas opuestos. No dió siquiera una filosofia que le fuese propia, ni se esforzó en combinar la teoria con la práctica. Emprendió combatir el sensualismo dominante, refutando por un lado á Bacon, y por otro á Descartes, con objeto de obtener la unidad y variedad en supremo grado, tratando de probar las verdades cristianas con ayuda de la ciencia, para procurarles de esta manera una base sólida y una gran aplicacion.

¿Hasta dónde habia llegado, en efecto, el cartesianismo? Algunos de sus sectarios se habian dejado deslumbrar con la idea de Dios, hasta el punto de que á fuerza de pensar en el Criador habian perdido el sentimiento de la creacion, considerándole como causa, no sólo eficiente, sino inmanente, y comprendiéndolo todo en él. Otros se enorgullecian con el poder del *yo*, hasta el grado de anonadar á Dios. Sólo la fe podia conciliar en un misterio ambos términos, que en definitiva no podian repudiarse, aunque no conocíamos ni el vínculo ni la manera de coexistencia.

Leibniz parte del cartesianismo; pero le modera en su autor, combatiéndole en la idea de sustancia, que es su base, y oponiéndole la de fuerza de causa sustancial: al mismo tiempo le da extension en Malebranche y Espinosa, mostrando la necesidad de esta verdad, humanamente inexplicable, que acepta la coexistencia de lo finito é infinito, de la libertad y de la necesidad, de la criatura y del Criador; coordina, pues, lo que Descartes ha comenzado; grande y profundo talento, es el genio de la unidad, de la armonia, de la comprension.

Descartes admitió como base de la filosofía el estudio del pensamiento; pero en lugar de analizar la inteligencia y sus leyes, dejó la filosofía por la ontologia, la observacion por el raciocinio y la hipótesis; y preocupado por la idea de sustancia olvidó todo lo demás. Esta idea esplicada por Espinosa, produjo el panteismo puro y por Male-

(26) Leibniz le refuta negando que el espacio sea un atributo de Dios; su doctrina es la de los Nuevos Arrianos como se ve en la *Doctrina de la Escritura sobre la Trinidad.*

branche el panteismo disfrazado. El elemento empírico que habia sido despreciado por Descartes, fué tomado por Locke, que desconoció el carácter de las ideas de razon, de lo cual provino el sensualismo. Leibniz, colocándose entre los dos, admite como origen de nuestras ideas la esperiencia y la razon; y no reduciendo sólo á ideas el entendimiento humano, hizo una distincion entre éstas y las sensaciones, diciendo que estas últimas representan los hechos y aquéllas, verdades necesarias. Sin embargo, sus ideas generales le condujeron al otro esceso, el de negar que las sensaciones tengan un origen esterior suponiéndolas originadas por la actividad del alma que las produce sin concurso del mundo esterior. Locke se dirigió solamente á la sensibilidad; Leibniz interrogó al entendimiento para conocer la realidad de las cosas, y hace emanar del fondo del espíritu tanto el conocimiento de los universales como el de las cosas reales, con lo que confunde el mundo de las abstracciones con el de la realidad.

A pesar de la admiracion general, emprendió combatir con benévolo tono el *Ensayo*, de Locke, sin exagerar sus disentimientos, uniendo más bien sus opiniones, y tratando de conciliarlas, como debian hacer siempre adversarios que se estiman. Admite, pues, su principio, de que el «hombre tiene una facultad de pensar, otra de pasar de las sensaciones á las ideas abstractas, y en su consecuencia, de formar juicios y razonamientos.» Esta concesion le hace indagar cómo debe constituirse la facultad de pensar, con objeto de cumplir las operaciones que Locke le atribuye, para que sea posible esplicarlas sin admitir alguna cosa innata, como tambien dar algun sentido razonable á su suposicion, de que muchas ideas nacen de la reflexion.

Manifiesta á cuántos errores conduce este modo de hablar del alma por analogia, aplicándole las espresiones de ventanas, cera, tabla rasa; sosteniendo que es necesario admitir una *inteligencia agente*, pues una percepcion no nace naturalmente sino de otra, como el movimiento de sí mismo. Esto es lo que él deducia, no del exámen de la facultad particular de conocer, sino de las facultades en general, que no serian facultades si careciesen de accion; y en esto es en lo que se separaba demasiado de la cuestion, y entregándose al idealismo y á las hipótesis, pareció un visionario y fué abandonado.

El hombre (para comenzar por la antologia, fundamento de todo su edificio) está en relacion inmediata con todo el universo, de que él mismo es una parte. Descartes habia establecido dos sustancias en la naturaleza, la materia y el espíritu. Todos los fenómenos del universo nacian, segun él, de una impresion esterior; la esencia de la materia, es decir, la estension, seria idéntica en todos los cuerpos; y la diferencia no resultaria de las cualidades inherentes, sino de las leyes mecánicas generales.

Por el contrario, Leibniz sólo reconocia las sustancias simples, en atencion á que si las hay compuestas, debe haberlas tambien simples. Lo compuesto no es sustancia, sino relacion; y los únicos séres reales son las mónadas, último fundamento de los conocimientos reales. No sólo cada una de ellas tiene cualidades, sino que las de cada una deben tener un carácter que las distingan de las demás; si no fuera así serian idénticas. La agregacion de estas mónadas no podian cambiar sin un cambio que preexistiese en ellas, cuya causa debe ser necesariamente interior, puesto que son simples (27). El cambio se verifica por grados; y al paso que las unas se modifican, otras permanecen las mismas, de tal manera, que cada mónada comprende pluralidad de afecciones y modificaciones; de lo que resulta la multiplicidad en la unidad.

La mónada representa, pues, el universo, y por el principio dinámico interior puede cambiarse ó desarrollarse sin límite necesario á su actividad: esta variacion de estado de las mónadas es la percepcion. El pensamiento existe en el mundo, es decir, en un número dado de mónadas, y la percepcion es distinta de la modificacion que se verifica en el seno de la mónada, lo cual supone, antes que ella, una percepcion confusa de estos cambios. La percepcion puede, pues, existir en dos estados, simple y hasta confusa, además distinta. Esta última tiene tambien dos grados: ó se fija en los hechos simples que corresponden á las sensaciones, como sucede á los animales, ó se añade al conocimiento distinto de las verdades necesarias, como sucede en el hombre.

Leibniz admitia, pues, en el alma dos cosas innatas, las ideas insensibles (hubiera debido decir desapercibidas) de todas las cosas, y ciertos instintos que se unen á ella, y que los inclinan á reflexionar sobre las mismas ideas, á pensar en ellas actualmente. Estas insensibles percepciones se habian escapado á Locke, y Leibniz les concede gran importancia; ahora bien, refutaban á Locke, que rechazaba las ideas innatas, en atencion á que si se admitian las tendríamos desde el momento de nuestro nacimiento. Pero las ideas innatas de Leibniz no son las ideas perfectas que suponia Platon, sino embriones que la actividad instintiva del alma conduce á su complemento. No habiendo, pues, estudiado á fondo la naturaleza de la facultad intelectual, no conoció el vínculo íntimo de las ideas entre sí, ni como la una engendra á la otra, de tal manera, que basta suponer una primordial.

Las percepciones distintas de las cosas sensibles están unidas entre sí por medio de la memoria, imitacion de la razon; las percepciones racionales

(27) SALINIS. No es verdad que los cuerpos sean un conjunto de puntos simples, en atencion á que éstos escapan á los sentidos, y que los mismos cuerpos elementales tienen una extension contínua.

por medio de una ley superior fundada en dos principios que son la base de todo razonamiento: la razon suficiente y la contradiccion. Con ayuda de la primera, conocemos que nada sucede sin una razon de ser de una manera más bien que de otra. Por la otra juzgamos falso todo lo que implica el sí ó el no, de donde se sigue que se cree verdadero todo lo que se encierra en una nocion. En la primera se fundan las teorias concernientes á los hechos, en la otra las que se refieren á las verdades necesarias.

De esta manera es cómo el espíritu puede llegar á la unidad objetiva, es decir, á encontrar el principio, no sólo del conocimiento sino de las cosas. En efecto, si remontándose á la série de hechos contingentes, se encuentra el suficiente motivo de cada hecho particular en otro anterior, éste no ofrece la suficiente razon de toda la série. Si se prosigue, pues, hasta el estremo el principio de la razon suficiente, debe considerarse la última razon de todos los hechos como una sustancia necesaria; así es, que si las verdades necesarias, eternas, tienen una realidad, esta realidad debe existir en una sustancia igualmente necesaria; de tal manera, que si el sér necesario no existe, no existen tampoco verdades necesarias ni cosas contingentes. Cuando el espíritu humano llega á Dios, que es la mónadas de las mónadas, el sér necesario del cual todo sér real es una fulguracion, posee la unidad objetiva; y ha encontrado entonces la primera mónada, y puede formar sobre ella la teoria del universo.

Bayle habia dejado conocer los defectos de todas las teodiceas, como tambien las contradicciones de los filósofos y de los teólogos sobre la bondad y justicia de Dios, sobre sus relaciones entre los atributos, entre la Providencia y el libre albedrío; de tal manera, que era preciso admitir un destino ciego, suponer con Descartes una libertad enteramente diferente sin influencia de Dios, ó someter absolutamente la razon á la fe. Las tristes consecuencias de semejantes conclusiones agitaban á la reina de Prusia; y á invitacion suya, compuso Leibniz su *Teodicea*, en la que niega que dos verdades puedan contradecirse, aunque los misterios de la fe no puedan esplicarse por la razon. Resolvió los dos problemas originales de la imperfeccion del mundo y de la accion recíproca de las criaturas, el primero por el optimismo, que considera al mundo como el mejor posible; el otro por la armonia preestablecida, en consecuencia de la cual, al criar Dios una mónada, determinó sus relaciones con todas las demás. Los espíritus y los cuerpos operan con sus únicas fuerzas esteriores como si no existiese otra sustancia; pero en virtud de la armonia preestablecida, el mundo corporal y el espiritual proceden como dos relojes que, aunque independientes uno de otro, marcan las mismas horas; por efecto de resortes interiores en los cuales el obrero ha realizado sus ideas. Al paso que Newton sostenia que el mundo tiene necesidad de tiempo en tiempo de ser corregido por la intervencion de la Divinidad, Leibniz le considera perfecto, hasta el punto de suplir casi la necesidad continua de la Providencia. Malebranche supone la influencia continua de Dios, y Leibniz la sustituye con una armonia preestablecida.

Separando algunas de sus hipótesis parciales, el espiritualismo trascendente, indicado por Leibniz en la autoridad suprema del conocimiento, se une perfectamente al platonismo de los primeros doctores; así es que su plan filosófico es, al menos bajo un aspecto general, una de las más libres y felices esplicaciones de la fe, ante cuyas santas oscuridades se reclinaban tanto él como Malebranche, reconociendo los derechos de la razon.

Pensador liberal, sabia encontrar hasta en las opiniones más desacreditadas algun buen lado, y conseguia con un gran sentimiento en la armonía, y con ayuda de conjeturas llenas de delicadeza formar un conjunto. De esta manera es como de la comparacion de los diversos sistemas puestos en presencia de las necesidades de su siglo, dedujo su sistema propio, con la intencion de dar á la filosofía la precision de las matemáticas. Y como se apercibió, combatiendo á Locke, de la ventaja que proporcionaba á la filosofia inglesa el ser popular, no empleó más que las dos lenguas más conocidas entonces, la francesa y el latin.

La escuela que fundó en Alemania se caracterizó por una inclinacion sistemática, y por la propension al idealismo, fuese místico ó racional. El idealismo místico fué representado por Cristian Tomasino (1655-1728) de Leipzig, gran jurisconsulto, que fué ensalzado hasta las nubes por los protestantes alemanes, como si hubiese purgado la reforma de los errores que Lutero habia dejado. Fué profesor, primero en aleman, á imitacion de los franceses, y publicó en aquella lengua una obra periódica para dar á conocer las novedades literarias por medio de estractos y críticas; después para ridiculizar los métodos bárbaros aplicados á la filosofia, como tambien las disensiones de los protestantes. Su osadia é ironia hicieron mucho ruido, y continuó dos años su publicacion en medio de los ataques literarios. Habiéndose en fin casado Mauricio Guillermo de Sajonia con una calvinista (1689), y escrito un teólogo luterano contra el peligro de semejantes alianzas, clamó Tomasio contra la intolerancia teológica. En su consecuencia, el elector suspendió el periódico y las lecciones del profesor, cuyo arresto dispuso. Huyó entonces á Halle, á donde se llevó á tantos discípulos, que le ocurrió fundar allí una universidad.

Tomasio combina en su sistema el sensualismo con el misticismo, sentando la imposbilidad de derivar de los sentidos las verdades más elevadas, y pareciéndole siempre, sin embargo, el que la inteligencia opera sobre un fondo proporcionado por los sentidos. Concedia, pues, al espíritu humano dos órganos para llegar á la verdad: la inteligencia y la voluntad. De la sensacion nacen las nociones

racionales sobre las cuales opera el entendimiento; del amor se desprenden las verdades de sentimiento, de tal manera, que al mismo tiempo que una parte de la filosofia permanecia sensualismo, la otra se trasladaba al misticismo, admitiendo una percepcion de la verdad, independiente de la inteligencia. Aplicó principalmente las ciencias á reducir á teoria la moral y el derecho, y debe agradecérsele el haber contribuido poderosamente á ello, haber hecho cesar los procesos por sortilegios (28), todavia frecuentes, aunque el jesuita Spee los habia ya reprobado hacia sesenta años. De todos modos sostuvo opiniones estrañas, diciendo que la poligamia, el concubinato, el incesto y el suicidio no están condenados sino por las leyes humanas; que toda la moral no estaba contenida en el *Decálogo*; que la esclavitud era legítima pero no la pena de muerte; que el poder real era de origen divino, y que la jurisdiccion teológica no puede sentenciar en cuestiones problemáticas.

Cristian Wolf (1679-1764), considerado como el primero de los filósofos alemanes después de la muerte de Leibniz, dió el último golpe á la filosofia peripatética, y agrandó aun más en el fondo que en la forma la de su predecesor y amigo.

Después de Wolf, Walter de Tschrinhausel buscó el arte de hacer descubrimientos y un método para las observaciones científicas, siempre con arreglo á los procedimientos matemáticos.

Después de la conmocion impresa por Leibniz á la teoria de Locke, esta teoria no podia ser comprendida sino por filósofos vulgares, aun antes de que apareciese Kant. Sin embargo, como no todos podian abrazar el sistema del filósofo aleman, resultaban dudas sobre la autoridad de su crítica; por otra parte, seducia la aparente facilidad con que el filósofo inglés deducia de la esperiencia ideas fundamentales de la ciencia, sobre todo en una época en la que no se conocia mejor sistema para determinar el vínculo del saber con la esperiencia. La escuela negativa se entendia, pues, agrandada por el concurso de Hobbes, Espinosa y Bayle. Pues el mismo Bossuet, Papin, Nicole y Pascal, que habian sostenido, con ayuda de diferentes medios, el principio de la autoridad, habian conmovido tambien la razon humana declarándola incapaz de terminar nada concluyente, y de aquí procedió el que inclinaban al escepticismo á aquellos que no sabian, como ellos, refugiarse en la fe.

(28) *De origine et progressu processus inquisitorii contra sagas*, 1712.

CAPITULO XL

CIENCIAS SOCIALES.

Siempre hemos visto derivarse los sistemas de moral de la metafísica; y ya en el capítulo anterior hemos indicado algunas consecuencias prácticas de esta última ciencia, deducida de sus doctrinas. Podemos distinguir cuatro escuelas principales en moral y en política: los teólogos, que se fundaban en la revelacion, ó al menos en la ley positiva de Dios; los filósofos platónicos, que cifraban toda justicia en las relaciones intrínsecas y eternas de las cosas; los materialistas, que tomaban por base el egoismo absoluto; los jurisconsultos, que la apoyaban en las leyes emanadas de los hombres. Bossuet y su honrosa comitiva nos han ofrecido una moral que tal vez no se fundaba exactamente en bases científicas, pero que siempre se dirigia hácia la mejoria práctica del hombre y de la sociedad. Este prelado hacia el cargo á los protestantes en su *Historia de las variaciones*, de haber consagrado la insurreccion armada contra los soberanos por motivos religiosos. Los que no podian negar una doctrina probada por sus decisiones y por su historia, se vieron reducidos á decir que en los acontecimientos del siglo pasado, la religion no habia intervenido sino como pretexto. Pero el indomable Jurieu, sostuvo como máxima general el derecho de sublevarse en defensa de la religion y la soberania de la muchedumbre, estableciendo que el pueblo hacia los soberanos; que repugnaba á la razon admitir que un pueblo se diese un jefe sin ciertas convenciones, y que no habia necesidad de que el pueblo tuviese razon para que sus actos fuesen válidos.

Emprendió Bossuet el refutarle en la *Quinta advertencia á los protestantes*, verdadero tratado de política, en el que destruye los ejemplos del Antiguo Testamento alegado en favor de la insureccion, y muestra la docilidad de los primeros cristianos bajo reyes opresores, y la ventaja para los pueblos de tener un jefe, y sofocar todo elemento de revolucion que se abriga en el fondo de los corazones, para no conceder más que los ruegos y la paciencia con respecto á la autoridad pública. Habiendo dicho Jurieu que «necesariamente en toda sociedad debe haber una autoridad que no tenga necesidad de tener razon para convalidar sus propios actos, y que esta autoridad no puede existir sino en el pueblo,» Bossuet le preguntó, si tenia el derecho de hacer mal, de violar la justicia; añadiendo que no puede concebirse el pueblo antes de que esté constituida la sociedad; y constituida ya con leyes, jefes, magistrados, ¿cómo puede manifestarse regularmente la voluntad del pueblo? Esta, pues, obra como un hecho, no como un derecho. Supone que el derecho reside en los reyes, y para que éstos no sean déspotas, los somete á la justicia de Dios; y en todo caso cree menos peligroso sufrir que entregar el poder á la multitud. Pero él mismo no sabe esplicar cómo se han establecido las monarquias. Eleva tambien á demasiada altura á los reyes en su *Política sagrada*, aunque imponiéndoles graves deberes. Los convierte en dioses de la tierra, si bien revelando su debilidad, y sometiéndolos al Dios de los dioses.

Aunque de hecho se violasen descaradamente las reglas del derecho, los diplomáticos apelaban continuamente á esta regla, y no sólo á la conveniencia: por lo demás, las discusiones pedantescas á que se entregaban en medio de las negociaciones son escusables en una época en que aun no se admitian generalmente estos principios. Establecido una vez el sistema del equilibrio, resultaba la necesidad de intervenir cada vez que se veia desarreglado. Esto es lo que claramente enseña Fenelon en el *Exámen de conciencia sobre los deberes de los reyes*. Deduce la autoridad soberana del dominio que Dios ejerce sobre el sér y el bien de su criatu-

ra. Ahora bien, como hay necesidad absoluta de que haya en la tierra tambien una necesidad absoluta que haga las leyes y castigue la abnegacion, esto prueba que Dios, que ama el órden por esencia, quiere que su autoridad se confie á jueces supremos (1). Estos fundamentos religiosos han perdido su oportunidad desde el momento en que el estado de los espíritus y las cosas cambió, y se sustituyeron las instituciones á las creencias, los contrapesos y vínculos de una autoridad sábia, á la autoridad moral del respeto y del amor.

Al paso que Grocio se habia esforzado en estender entre los Estados independientes las leyes de la justicia y de la humanidad, universalmente estendidas entre los individuos, Hobbes destruyó el argumento, y manifestó que la resolucion moral entre las sociedades vecinas reproducia lo que debia pasar entre los individuos antes del establecimiento de un gobierno. Hobbes y Espinosa fueron el tipo de la moral egoista, que el buen sentido ha reprobado felizmente. Pero, prescindiendo de estas inhumanas locuras, la filosofía moral habia decaido de su elevado rango, considerando en las acciones, no su conveniencia intrínseca, sino su relacion con el bien, en un sentido más extenso sin duda que el que los antiguos habian aplicado á lo útil, pero sin que fuese lo honrado.

El primero que en la indagacion de los derechos y deberes distinguió la razon de la revelacion como diferentes fuentes de los conocimientos, fué Samuel Puffendorf, de Chemnitz, en Sajonia. Embajador de Suecia en Dinamarca, y prisionero en este pais en la época en que Carlos IX invadió las islas danesas, meditó sobre aquella violacion, sobre el derecho de gentes, como tambien sobre las bases dadas al mismo derecho por los publicistas. Llamado después á Heidelberg como profesor, tomó por manual el libro de Grocio, y conociendo lo que le faltaba, trató de suplirlo (2). La ciencia moral, dice, posee una certidumbre demostrativa; pero toda regla de moral se refiere á Dios, que no podia dar otra al hombre que aquella en que vive. Distinguimos el bien del mal por medio de la inteligencia: este juicio, cuando se aplica á nuestras propias acciones, se llama conciencia; pero ésta no puede ejercer jurisdiccion independientemente de la razon y del conocimiento.

Hobbes habia dividido el derecho en derecho natural del hombre y en derecho de los Estados ó de gentes, fundados sobre idénticos preceptos. Puffendorf se acomoda á él en su eclecticismo, y no reconoce otro derecho de gentes, voluntario ó positivo, que la ley propiamente dicha; las acciones son buenas ó malas, segun se conformen ó no á las leyes. La ley no puede obligarnos sino en tanto que emana de un superior (3). Pero como es una cosa precisar, y otra imponer una obligacion, esta obligacion no puede producirse sino de un gran beneficio recibido del superior ó de una espontánea sumision á su voluntad (4). Y para que las leyes obliguen, es necesario que conozcamos tanto á ellas como á la autoridad del legislador.

El estado de naturaleza es una teoria y no un hecho, pues en una condicion semejante, el hombre no está sometido á ningun mortal; no es, sin embargo, capaz de recibir una ley, ni es dueño de hacer todo lo que le plazca. La ley natural se deriva, no del consentimiento de las naciones ni de la autoridad personal, sino de la condicion de, hombre; puede conocerla con ayuda de la razonl y de Dios procede su obligacion. No se funda en la voluntad intrínseca, ó en la torpeza de los actos, en atencion á que Dios no podria crear un alma á que fuesen aplicables las leyes naturales presentes: siendo las cosas tales como son, la ley natural permanece inalterable. El consentimiento universal no es tampoco una base suficiente para la ley natural; pues aun admitiendo la posibilidad de obtenerle, pocos hombres reflexionarian bastante sobre los motivos de su asentimiento. Hace tambien la guerra á la teoria del interés personal; pero no consigue más que demostrar que los hombres se engañan á menudo en sus cálculos. En su consecuencia, en el estado de naturaleza, la inclinacion á perjudicar, unida á la necesidad de ser ayudado, produce la sociabilidad, que es la primera ley de la naturaleza; en atencion á que el carácter y las necesidades del hombre, sin poder ser perjudiciales ó útiles, prueban que fuera de la sociedad no podria gozar de muchas cosas necesarias y cómodas. Las acciones que se dirigen á la asociacion son, pues, obligatorias, y las que le son contrarias, prohibidas.

Segun los publicistas de su época, el derecho natural comprende no sólo las reglas de la justicia, sino tambien la moral: abraza, pues, los deberes con respecto á los demás y á nosotros mismos. Puffendorf ha tratado de ellos, y añade en su resúmen los deberes con respecto á Dios, aunque no considere esencial el dogma de la inmortalidad del alma. No manifiesta, como Grocio, escrúpulos sobre el derecho de defensa; niega el derecho de atacar al que injuria á un tercero, á menos que

(1) *Ensayos filosóficos sobre el gobierno civil.* Duguet, de Port-Royal componia en la misma época la *Institucion de un príncipe* para la educacion del de Saboya, fundando tambien la política en la religion. Espone gran número de escelentes máximas, aunque no sean nuevas, con órden y claridad; pero su obra es fria y metódica.

(2) *De iure naturæ et gentium*, 1672. Resumió despues esta obra en el *De officiis hominis et civis.*

(3) Lib. II, c. 3 par. 23.

(4) ¿No implica esto un derecho moral anterior, diferente del que resulta de la teoria general de Puffendorf? Barbeyrac, por el contrario, comentándole, saca la obligacion de nuestra dependencia natural de la autoridad suprema de Dios, que puede castigar ó recompensar, segun se obedezca ó no.

no haya una convencion espresa. Con respecto á las promesas, la mayor parte imponen derechos perfectos: pero los hay imperfectos. Ya aquí se presentan las cuestiones en las que se ejercitaron más los casuistas, y que están distantes de resolver de una manera victoriosa. Recurre á menudo á convenciones hipotéticas entre los hombres, se muestra demasiado pródigo de las reservas mentales, de las espresiones ambiguas, hasta de las mentiras directas (5), y no cree que el juramento aumente la obligacion. Funda inexactamente el derecho de dar muerte á los animales, sobre la ausencia de las mútuas obligaciones entre el hombre y ellos. La propiedad sobre las cosas se deriva de un contrato espreso ó tácito entre los hombres cuando todo era aun comun; contrato que se estendió á medida que los hombres conocieron la ventaja de la separacion de posesiones (6).

Pasando después al precio y á los contratos onerosos ó lucrativos, compara el derecho romano con la sana razon y la justicia. Cree con arreglo á doctrinas económicas generales en el dia, nuevas entonces, que el dinero se ha introducido de comun acuerdo entre los pueblos civilizados, como medida de valor, y repudia los escrúpulos de Grocio con respecto á la usura (7).

Relativamente al matrimonio y á los derechos que resultan de él, cree que la dominacion natural del hombre sobre la mujer procede de una promesa de obediencia, que es su solucion habitual, y que el derecho de los padres se deriva del deber general de sociabilidad; de lo que resulta la necesidad de conservar sus hijos y amarlos, como tambien de un consentimiento presumible de los hijos en reconocimiento de los cuidados de que han sido objeto. Hace igualmente derivar de un contrato fundado en la necesidad la dominacion del amo sobre el esclavo.

De las familias primitivas es donde hace proceder el gobierno civil. Habiendo conocido los hombres el mal que uno puede hacer á otro, se unieron en sociedad civil por un pacto convenido entre sí. Siendo este pacto unánime, cada disidente conservaba su libertad natural; luego por una resolucion de la mayoria, se decidió que la comunidad seria gobernada por ciertos jefes. Después un nuevo pacto entre éstos y la comunidad estableció la dependencia. La soberania se funda, pues, en las convenciones, y no es conferida por Dios, sino indirectamente, como cualquier otro poder humano. Puffendorf se inclina á la monarquia absoluta, aunque no se atreve á pronunciarse decididamente con respecto á materias eclesiásticas. El poder supremo no es responsable, y no podria ser ligado por la ley que él mismo ha dado: olvidando además su teoria de un contrato, afirma que el gobierno no se ha establecido para bien de los gobernados; y aun cuando así fuera, el príncipe puede juzgar mejor que el pueblo lo que es en ventaja pública. Admite de todos modos que los príncipes se vean restringidos en su autoridad por ciertas leyes que no puedan violar, una vez aceptadas. Puede acaecer que el súbdito se vea vejado por el soberano; pero es necesario sufrir las injurias ligeras, hasta evitar en las graves toda resistencia personal, y no insurreccionarse nunca contra el tirano ni castigarle, sino limitarse á la defensa individual. Con respecto á la obediencia que se debe al usurpador, aunque adoptando el partido de los derechos del príncipe legítimo, quiere que la obediencia que se le promete sea temporal; no resuelve el escabroso problema de los medios que se deben emplear en la restauracion del príncipe de derecho, por los que han jurado fidelidad al que lo es de hecho.

Las penas son males impuestos por la autoridad, en razon de una transgresion anterior; no se pueden considerar, pues, como tales, la esclusion de los empleos públicos por motivos políticos, ni el aislamiento de los enfermos en interés de la salud pública. No deben imponerse sino para obtener ventaja, de la misma manera que se corrige al culpable para impedir la reincidencia del crímen; y encuentra absurda tanto la idea de la venganza como la del ejemplo. El objeto del delito, el perjuicio causado á la comunidad, y la malicia del delincuente, le sirven de medida para la pena. Nadie puede ser castigado por culpa ajena, ni una comunidad por los actos de sus antepasados, á pesar de su ficticia inmortalidad.

La parte concerniente al derecho internacional es una compilacion de Grocio y otros publicistas, sin crítica ni precision. Trata de conciliar á Grocio con Hobbes, fundando la ciencia del derecho natural en la sociabilidad, no desinteresada como en Grocio y haciéndolo independiente de la religion. Puffendorf fué admirado de sus contemporáneos, por la desacostumbrada invasion de la jurisprudencia natural en la filosofia moral; pero Leibniz le juzgó «poco jurisconsulto y absolutamente nada filósofo.» En efecto, no hizo dar ningun paso á esta ciencia; frio y sin imaginacion, escluye el sentimiento, y se confunde en las citas, que le convienen menos que á ningun otro, en atencion á que tiene poco en cuenta á la autoridad; prolijo en la esposicion, confuso, incierto y sus consecuencias son erróneas.

Nos limitaremos á mencionar el *Compendio* del doctor Zouch, jurisconsulto inglés (8), que intro-

(5) Barbeyrac adelanta más, concediendo el derecho de disimular cuando nuestro interés y el de nuestro prójimo lo exigen.

(6) Barbeyrac niega este contrato imaginario y funda el derecho en la ocupacion individual.

(7) Gerardo Noodt *(Sobre la usura*, 1698) trata tambien de probar que es legítima por naturaleza y por religion.

(8) *Juris et judicii specialis, sive juris inter gentes et quæstionum de eadem explicatione*, 1650.

dujo la denominacion de *jus inter gentes*, para distinguirle del *jus gentium* de los romanos, que indicaba el derecho natural. Esta espresion fué adoptada después por el canciller d'Aguessau, y reemplazada después por la del *derecho internacional*. Leolino Jenkins, que sucedió al doctor Zouch como juez en la corte del almirantazgo, resolvió con imparcialidad equitativa varias cuestiones de presas y de derecho marítimo, que se le encargaron por el rey y por el consejo.

Al paso que una escuela negaba con Puffendorf todo otro derecho de gentes que el natural aplicado á las sociedades políticas, otra, que tenia á su cabeza á Samuel Rachel, profesor en Kiel, fundaba el primero sobre el segundo modificado por el uso y los convenios: negaba que hubiese, además del derecho natural, otras leyes positivas obligatorias entre los individuos, entre súbditos y soberanos, como tambien entre los Estados independientes. La primera es la ley municipal ó civil, la segunda el derecho público, la tercera el derecho de gentes. Este último, de institucion positiva, se funda en el consentimiento espreso ó tácito, de las naciones que no reconocen á ningun superior comun (9).

Educacion.—Los tratados de educacion pertenecen á la moral; y aunque hayamos visto en el siglo anterior á algunos escritores formarse una reputacion, sobre todo en Italia, por sus ideas con respecto á esto, ninguno de ellos la ha tratado *ex-profeso*. El arte de educacion era en general muy descuidado, principalmente fuera de Italia, y usaban, ó un rigor escesivo que destruia lo natural, ó una insensata indulgencia que la abandonaba á sus caprichos. Los jesuitas habian sido tal vez los primeros en cultivar á un mismo tiempo en la práctica el cuerpo y la inteligencia, modelando á los jóvenes con arreglo á lo que llamaban las artes de la caballeria, y procurándoles convenientes descansos y vacaciones saludables en los campos. Pero era dificil no flaquear. Milton nos enseña, en su *Tratado de educacion*, cuánto habia decaido ésta en Inglaterra, entregada á pedantes que enseñaban las letras sin la menor inspiracion liberal, ó que se hacia en la misma familia, en la que se sacrificaba la cultura á la moralidad bien ó mal entendida. «Llamo, dice, educacion completa y generosa, la que pone á un hombre en disposicion de sostener con justicia, habilidad y magnanimidad los empleos públicos y privados, sea en paz ó en guerra.» Pierde de vista esta noble idea en la práctica, limitándose a sugerir el estudio de los libros de la antigüedad, escelentes si se quiere, pero que no pueden hacer alcanzar el objeto indicado.

Este punto fué tratado filosóficamente por Locke en los *Pensamientos concernientes á la educacion*. Lejos de hacerle consistir en cargar la memoria de palabras, quiere que se cultiven las facultades morales é intelectuales, la salud, los talentos sociales, para formar hombres, segun su destino, en la vida presente y en la futura, es decir, para la virtud y la felicidad. Indica al efecto reglas para desarrollar el cuerpo, la inteligencia y la moralidad; pero cree demasiado en la eficacia de la educacion hasta el punto de hacer depender de ella enteramente las costumbres y los talentos. Quiere que los niños permanezcan mucho tiempo al lado de sus padres, y que no sean tiranizados. Pero careciendo de la costumbre y trato de ellos, erró á menudo en sus consejos, y por oposicion á la escesiva indulgencia de algunos incurrió en un error escesivo, aunque reprueba los golpes, muy frecuentes entonces, género de castigo, que no corregirá nunca á aquellos á quienes no han bastado las represiones y humillaciones. «Que los niños, dice, no esperen nunca lo que pueda procurarles placer, sino lo que les proporcione utilidad.» Sólo él que no es padre puede sugerir semejante precepto para una edad descuidada, que no piensa más que en gozar de lo presente.

Conociendo las ventajas é inconvenientes de la educacion pública y de la privada, Locke se inclina en favor de la última, determinándose á esto sobre todo, por el mal estado de las escuelas. Insiste, en efecto, en que se haga conocer al jóven todo lo que debe encontrar en el mundo, á fin de que al entrar en él no se vea desconcertado y espuesto á dar pasos en falso. No debe causar admiracion, si al ver á los caballeros ingleses, insiste tanto en las ventajas y en la necesidad de la cultura y de las lenguas hábiles. Hace, sin embargo, notar la locura de enseñar el latin á jóvenes á quienes se les destina al comercio, que no abrirán nunca en su vida un libro escrito en esta lengua. Quiere, pues, que se les enseñe primero el francés; en geometria; son suficientes los elementos de Euclides; pero debe instruírseles en la geografía, en historia, en cronologia, en el dibujo y en la jurisprudencia de Grocio y Puffendorf. No hay necesidad de decir que recomienda el estudio de los clásicos ingleses para perfeccionar el estilo. La paciencia, carácter de Locke y un amor tranquilo á la verdad, aparecen en los detalles higiénicos, en el modo de reprimir las inclinaciones muelles ó tímidas, la presuncion y la energia, como tambien en las observaciones que hace sobre los juegos. Los cambios introducidos en las costumbres sociales han hecho útiles algunos de sus preceptos, así como los progresos de la pedagogia han demostrado la vanidad ó falsedad de algunos de sus métodos particulares.

La educacion del delfin hizo que varios franceses meditasen sobre este asunto, resultando obras inmortales que ya hemos visto. Se debe tambien mucho al celo concienzudo de los solitarios de Port-Royal, que compusieron libros, cuyo uso no se ha abandonado aun, ó que no han sido reemplazados. Fenelon se ocupó de la *Educacion de las doncellas*, tema nuevo en el mundo, aunque lo haya tratado de un modo aplicable á uno y otro sexo.

(9) *De jure naturæ gentium*, 1676.

No trata de formar sábios, sino jóvenes bien educados. Indulgente por carácter y amor, quiere hacerlos felices en este mundo y en el otro y evitarles llantos. Los castigos deben ser suaves, presentarse la religion y la virtud bajo un aspecto amable. «De todas las cualidades de los niños, dice, la única de duracion es un razonamiento recto; crece con ellos, con tal que esté bien cultivado, mientras que las gracias de la infancia se desvanecen, que la vivacidad se estingue y á menudo la ternura del corazon se pierde, cuando las pasiones y el trato con los hombres endurecen á los jóvenes que han entrado en el mundo.» Deben, pues, dedicarse ante todo á formarles un juicio recto y sólido. Sus críticas contra el esceso de los adornos y de la delicadeza, que distraen á las mujeres de sus acostumbradas ocupaciones, de la vida sedentaria y de la de los campos, serán agradecidas por los mismos que no participan de su opinion sobre lo poco necesario que es darles conocimientos variados. Desaprueba que se dediquen á la lectura, y afectado sin duda de los abusos de que las *Preciosas* le ofrecian ejemplo, pretende que se enseñe á las doncellas, «que debe poseer su sexo un pudor en lo concerniente á la ciencia, casi tan delicado como el que inspira el horror al vicio.» Y participamos de su parecer cuando manifiesta que no debe enseñárseles el italiano y el español, lenguas que no pueden hacer más que aumentar las probabilidades de las lecturas peligrosas. Más vale el latin, pero sólo para aquellas que tienen bastante conocimiento para no inclinarse á ser sábias.

Aun se nota en esto el supremo don de los franceses, el buen sentido y la utilidad práctica inmediata. Por lo demás, han dicho poco de las cosas relativas á las ciencias sociales, y no hubieran podido menos de discurrir débilmente bajo un despotismo corruptor y perseguidor.

En Italia, la cuestion política se encontraba irrevocablemente decidida, y los talentos no podian tratar más que problemas económicos, conciliables con el avasallamiento del pais. Tenemos á la vista un monton de libros que atestiguan las miserias de aquella desgraciada comarca y que sugieren remedios, pero todos momentáneos y sin grandeza de miras. En la estadística, ó en la aritmética política, fundada por sus padres en el siglo anterior, los italianos se dejaron adelantar por los ingleses que introdujeron en ella el espíritu filosófico, como lo prueban las *Observaciones de Graunt sobre las tablas de mortalidad* (1661); *la Aritmética política*, de Petty (1691); las *Observaciones sobre el estado natural y político de la Inglaterra*, por Gregorio King, y el *Ensayo sobre las vias y medios*, de Cárlos Davenant (1693).

Economia política.—En la economia, el sistema predominante, ya que no único, era el mercantil, designado con el nombre de Colbert, que consideraba á los metales como única riqueza verdadera, y á las producciones naturales como medios de procurárselos. En su consecuencia, la suma de la riqueza estaba invariablemente fija, y una nacion no podia adquirir una porcion más considerable sin perjudicar á otra; de aquí la recíproca enemistad que hizo que los gabinetes y administracion de aquella época escluyese de los mercados nacionales las producciones extranjeras, y forzase á los extranjeros á recibirlas de su pais. De esta manera introducian la balanza del comercio ideal, sobre la errada creencia de que el dinero era la única riqueza. A pesar de los errores que hemos tenido que señalar en otras partes, el sistema esclusivo contribuyó á devolver á las artes útiles la estimacion que habian perdido, y precisar á los gobiernos á ocuparse de ellas, no sólo como orígen de las rentas, sino como instrumento de gloria y opulencia. Este sistema multiplicó las relaciones entre los diferentes paises, y protegió los viajes y los descubrimientos.

Cuando todas las especulaciones se dirigieron hácia el Nuevo Mundo, los capitales empleados tardaban mucho en volver á entrar: fué, pues, preciso suplirlos con el crédito; pero, para no conservar en las cajas capitales improductivos, los mismos negociantes conocieron la ventaja de usar del crédito dándole una nueva fórmula. Los bancos, invencion italiana, como hemos visto, operaron primero tímidamente como depósitos, sin emitir billetes, sino por valor del dinero que tenian en caja. Estos billetes estaban reducidos á certificados que se endosaban como nuestras letras de cambio, sin hacer más que facilitar la trasmision del dinero. Este debia ser, sin embargo, de buena ley; y como, por el contrario, los diferentes Estados le alteraban, pronto se estipularon todos los pagos en monedas de banco.

Los de Venecia y Génova eran administraciones públicas por cuenta del gobierno. Pero se fundó uno en Amsterdam por comerciantes que habian reconocido que todo gasto que se evita en el capital fijo del pais es una mejora de su renta. Si se sustituyen, pues, billetes al capital muerto que no produce nada, desaparece entonces la desventaja que resulta de su falta de empleo. La Holanda estaba, además, invadida entonces por monedas extranjeras de todas clases, gastadas y de mala ley, tanto que, valiendo la moneda nueva un noveno más, se llevaba al extranjero, y no quedaba en la nacion para descontar las letras de cambio. No recibiendo el banco moneda sino por su valor intrínseco, cada vez se acreditaban más sus billetes. La ciudad de Amsterdam habia salido garante de su pago, y las ventajas que procuraba al comercio aumentaron su valor.

Hasta la época actual no se habian emitido sino sobre dinero efectivo depositado, ó sobre el oro y plata en barras, que se conservaba siempre con gran cuidado, resistiendo hasta la tentacion de las necesidades públicas. Sin embargo, se habia conocido que el numerario no es necesario al comercio, convirtiéndose el crédito en un capital más honroso, pues está fundado sobre la fidelidad. Entonces

se convirtieron los bancos de depósito en bancos de circulacion, que emitian más billetes que el dinero que tenian en caja. Los tenedores de los billetes estaban seguros del pago; tratábase sólo de calcular el número de aquellos cuyo pago se pediria, para tener reservado el capital necesario. Con el resto de los efectos de comercio se pudieron descontar y sostener la industria. Es cierto que si los bancos de circulacion ofrecen más ventajas, tambien lo es que prestan menos seguridad que los que sólo son de depósito, pues los efectos negociados pueden no ser pagados á su cumplimiento; abusando, además, de su principio, pueden tambien arruinarse, y se arruinaron á menudo.

De esta manera se fundaba la teoria del crédito en la práctica. La Inglaterra estableció su sistema rentístico instituyendo la deuda pública. Otros Estados destinaron fondos á la amortizacion de ésta, y aunque no consiguieron por este medio extinguirla, quedó al menos el principio. La Holanda amortizó por primera vez en 1655, reduciendo el interés del cinco al cuatro; Inocencio XI le redujo en 1685 de cuatro al tres.

Jurisprudencia.—Muchos legistas se dedicaron á los diferentes ramos de la jurisprudencia, la mayor parte empíricamente. Jacobo Godofredo trabajó treinta años en una edicion del Código Teodosiano (1665), é hizo una obra inmortal. Gaudencio Paganini, jurisconsulto de 1638, se pronunció contra Justiniano porque habia abolido la ley de agnacion, y se manifestó favorable á los derechos de las mujeres. Lleno de respeto para con la antigüedad, invocaba el derecho escrito contra la ley natural, secundado en esto por toda aquella escuela, exclusivamente clásica, que denigraba un príncipe del bajo imperio para ensalzar á los jurisconsultos del siglo de Augusto.

Bernardo Van-Espen (1646-1718), el más sabio de los canonistas y adorno de la universidad de Lovaina, se manifiesta desfavorable á la Santa Sede en el *Jus ecclesiasticum universum*, para servir á los príncipes, aunque saca gran partido de Tomasio, y esto tanto más, cuanto que se unió á los jansenistas y sostuvo al obispo cismático de Utrecht. En el *Tratado histórico-canónico de las censuras eclesiásticas*, y en la *Promulgacion de las leyes eclesiásticas*, enseñó descaradamente á los príncipes á no cuidarse de las excomuniones y á infringir las leyes de la Iglesia.

La jurisprudencia práctica y consultiva prevalecia siempre en Italia, sobre todo en el reino de Nápoles, que, rigiéndose con arreglo á costumbres é instituciones locales, no podia referirse á los trabajos de los extranjeros. Fundándose, pues, en casos prácticos, se habian publicado inmensas colecciones, á las cuales habian recurrido los abogados y los jueces, que se apoyaban más bien en el número de las autoridades que en el derecho. Las decisiones de la Rota romana y de la corte de Santa Clara, en Nápoles, tienen celebridad. Se encuentra, por lo demás, en los autores de teorias y tratados, una excesiva abundancia de erudicion y sutilezas escolásticas dichas en mal latin. Segun el espíritu casuístico, se dieron á luz muchas Cautelas, esto es, en suma, artificios con que eludir ó violar la ley; por ejemplo, para que un deudor no pagase enteramente á su acreedor, ó para que un beneficiado no perdiese el beneficio por cometer un homicidio, ó para que se pudiesen proferir injurias impunemente. Algunos adquirieron en este particular gran fama, como sucedió á Cipollo, Ferrario y otros. De Luca, nombrado cardenal en 1681, escribió el *Doctor vulgar*, esponiendo su doctrina en italiano, á fin de que la jurisprudencia fuese conocida hasta de los profesores; y apeló de las sutilezas de forma y forenses á la razon y al sano juicio.

En las cuestiones de derecho feudal y canónico, el buen sentido y la prudencia nó bastaban á las prácticas positivas; preciso era, pues, recurrir á la historia. De esta manera comenzaba la jurisprudencia histórica, que debió tanto á Francisco Andrés, cuyas obras tuvieron menos influencia sobre aquella innovacion que su ejemplo y sus lecciones. Sus escritos, con respecto á la sucesion de Flandes y España, fueron un modelo que debieron imitar los que discutieron aquella cuestion, y de esta manera se estendió la arqueologia del derecho.

Gravina.— Las diferentes partes de esta ciencia habian sido ya discutidas é ilustradas en Francia y en Alemania. Pero cuando los hombres especiales han trabajado laboriosamente en los detalles, es preciso un talento que los resuma y emplee como materiales de un gran edificio. Esto es lo que hizo Juan Vicente Gravina (1664-1718), de Rogliano, que comprendiendo el vínculo oculto de la legislacion romana, y sabiendo coger el hilo necesario para guiarse en su interpretacion, compuso una obra más histórica que filosófica. Conduce la jurisprudencia á su orígen, en lugar de detenerse en vanas palabras. Desarrolla felizmente, en el *Orígen y progreso del derecho civil*, el cuerpo del derecho romano, distinguiendo las épocas y evoluciones sucesivas; ejemplo nuevo que deja conocer mejor á los jurisconsultos segun la intencion de las doctrinas. Llama edad antigua de la legislacion aquella que se refiere á las leyes de las XII Tablas, y que se apoya en la supersticion de las formas. Sigue la edad media de los intérpretes y de los magistrados, en la que la equidad natural templa el rigor de los términos: la edad moderna, que comienza con Augusto, es variable é incierta; después se vió reducido el derecho en la edad muy moderna posterior á Justiniano, á forma de ciencia. Luego que comenzó á decaer, se restableció en la escuela de Irnerio, Accursio, Bartolo y Cujas, intérpretes y glosadores. Pretende, en interés de la ciencia y de las leyes, que el jurisconsulto reuna la habilidad en la lengua latina, un buen razonamiento y un conocimiento suficiente de la historia. Ahora bien, posee estas cualidades y el arte de

copiar bien; pero cada vez que quiere remontarse de los hechos á la ideologia y á la metafísica del derecho, es incompleto y vacilante, inclinándose á las doctrinas de Hobbes, pues admite el derecho, no precisamente del más fuerte, sino del mas sabio. Tampoco parece haber advertido cuanto favoreció á la jurisprudencia romana la aproximacion del cristianismo. No conoce la jurisprudencia canónica y feudal tanto como el derecho romano; así es que no debemos considerarnos deudores con respecto á Gravina, sino de este último derecho, perdonándole alguna pedanteria de principios en razon de la osadia de la innovacion.

Vico trató de introducir la filosofia en el derecho, distinguiendo la jurisprudencia en práctica, histórica y filosófica. Las grandes abstracciones, por medio de las cuales trató de unir los hechos, no fueron comprendidas por su siglo.

Cuando Leibniz, de edad de veinte y dos años, publicó en Francfort sus *Methodi novæ discendæ docendæque jurisprudentiæ* (1668), los que consideraban esta ciencia como muy dificil de adquirir, y que reclamaba un gran trabajo, se rieron de su presuncion. Sin embargo, esta primera de sus obras es admirable, pues une á una erudicion superior la solidez de la docta literatura, fuerza de inteligencia y un estilo conciso, en el que no aparece, ni imaginacion, ni entusiasmo, ni paradoja, atributos comunes á la juventud. Espone con precision, en el prefacio de la *Coleccion de los actos diplomáticos* (1693), sus ideas sobre el derecho natural y el derecho de gentes. El derecho es el poder moral; necesidad moral la obligacion. Entendemos por poder moral el que prevalece en un hombre de bien, como si fuera un poder físico. Es hombre de bien el que ama á todos los hombres tanto como se lo permite la razon. La sabiduria es la ciencia de la felicidad, ciencia de la que se deriva la ley natural, en la cual hay tres grados: el derecho escrito, ó justicia comentativa, la equidad ó la justicia distributiva, la piedad y la probidad, ó justicia universal. Además de las reglas de justicia que se derivan de este origen divino que se llama ley natural, hay una ley voluntaria establecida por la costnmbre ó por la autoridad de un superior. Así es, que la ley civil en lo interior de la república es sancionada por el poder supremo del Estado; al paso que fuera la ley voluntaria de la nacion no es establecida sino por el consentimiento tácito de las naciones. Esta ley no es necesariamente la de todas las naciones y de todos los siglos, pues los indios difieren á menudo de los europeos en las nociones del derecho internacional, y entre nosotros mismos puede cambiar con el tiempo. La base del derecho internacional es la ley natural, modificada segun los tiempos y lugares. Leibniz cree que los grandes legisladores de la antigüedad no ceden á los mejores geómetras en fuerza, sutileza y profundidad de razonamiento. Desaprueba la disposicion dada á las leyes por Justiniano, y sugiere unas nuevas segun el órden natural. Aunque haya abandonado estos estudios por otros, no por eso deja de ser un título de gloria inmortal para él, el haber unido la jurisprudencia á la filosofia moral, á la historia y á la filologia.

Domat.—El pensamiento de Leibniz fué realizado por Domat (1625-1695), que dispuso las *Leyes civiles*, de Justiniano, en su *órden natural*. Compatriota de Pascal y depositario de sus papeles, vivió modesto y piadoso con los demás solitarios de Port-Royal y quiso ser enterrado entre los pobres. Escribió, para elevarse él mismo al conocimiento de la verdad, é instruir á sus trece hijos, un *Tratado de las leyes civiles en su órden natural*, que no publicó sino por órden del rey, y fué considerado como el mejor monumento de la jurisprudencia teórica y práctica en Francia. Habia estudiado la geometria, y parte con esta ciencia de máximas generales para llegar de una manera lógica á las disposiciones particulares. Jurisconsulto, filósofo por excelencia, interroga á lo pasado en favor de las futuras generaciones; abre el camino á la reforma de las leyes, y sobre la justicia es sobre la que quiere establecer la legislacion á la luz del cristianismo. El mismo título de su libro demostraba que creia, como cristiano, en un sistema racional de las relaciones sociales; pero como jurisconsulto, creia tambien en el valor absoluto del órden civil, tal como estaba establecido de hecho. Para evitar la contradiccion, era necesario suponer las relaciones sociales de acuerdo con los principios racionales, de tal manera, que bastó para tener completo el derecho, unir aquellos dos elementos, y encontrar su encadenamiento lógico. Tal es la conclusion de Domat. Así es, que por una parte describe un cuadro de la sociedad real como un hecho legítimo, y por otra, establece la teoria de la equidad natural en su perfeccion.

Conoció que los axiomas generales de justicia, sobre los cuales se apoya el antiguo derecho, no proporcionan las reglas de la ley moral, en tanto que se funda en un sentimiento imperioso de la conciencia, no en una evidencia racional, de tal manera, que es preciso remontarse á un principio más estenso. La conciencia prohibe matar, y sin embargo, algunas veces es cosa lícita, otras un deber. ¿Por qué ley, pues, el homicidio está generalmente prohibido y algunas veces impuesto? Los antiguos desconocieron este elevado orígen de la justicia, y de aquí procede que al lado de las leyes que engrandecen á la humanidad, establecieron otras que la degradan. Domat se remonta á este orígen, y encuentra el fin del hombre en la posesion del bien supremo, que es Dios: en su consecuencia, su ley es el amor práctico del soberano bien, que no podria adquirirse sino por la union con nuestros semejantes. Redúcese, pues, al amor práctico del prójimo en vista del bien supremo, es decir, á amar á Dios en los hombres.

De esta manera introduce el cristianismo en la jurisprudencia, de donde los protestantes y los filólogos le habian desterrado, y le eleva á la suprema

ley de la caridad, que no cree suficiente el abstenerse de causar perjuicios, sino que quiere que mútuamente se ayuden. Cuando el antiguo derecho permite al propietario usar y abusar de su cosa, el género humano debió perecer; entonces surgió la obligacion de socorrer á los pobres, en atencion á que todo el hombre que vive en sociedad tiene derecho á existir. Si en los casos dudosos la jurisprudencia romana pretende que se dé la preferencia á las consecuencias rigorosas de la ley positiva, Domat quiere que sea interpretada con ayuda de la equidad. La ley romana en su inflexible lógica considera superior la sucesion testamentaria á la legítima. Domat cree en la herencia necesaria para trasmitir con las funciones de la vida social los medios físicos de cumplirla; en su consecuencia coloca á la voluntad social antes que á la del individuo. En el derecho público no considera al poder como una propiedad privada; para él las clases y profesiones son oficios relativos á la existencia del cuerpo político.

Una vez establecida la soberania como de derecho divino, no hay necesidad de indagar cuál es el órgano infalible de lo justo y de lo verdadero. Si para sus doctrinas la jurisprudencia de Domat es á veces insuficiente, inspiró, sin embargo, en la aplicacion sentimientos humanos y buenos principios. En cuanto á la teoria, no se elevó á la ley del progreso continuo, y encontró en el dogma del pecado original la procedencia de la desigualdad entre los hombres, y la obligacion de resignarse á ella. Pero ya se habia anunciado una completa renovacion por la escuela filosófica, en la que Malebranche habia comenzado á establecer la teoria idealista de la ley moral, y Leibniz y Wolf habian proclamado la fórmula del progreso de los hombres individualmente, y de toda la humanidad hácia la perfeccion.

CAPÍTULO XLI

CIENCIAS HISTÓRICAS.

El mundo comenzaba á conocerse mejor á sí mismo, y cada vez era más apto para comprender aquella continuidad de acontecimientos que une las antiguas generaciones á las nuevas. Pero los socorros con que se ayudaba la historia, estendian más bien sus conocimientos que sus miras.

Geografia.—Los resultados de los viajes no correspondieron á lo que de ellos se esperaba, y ya los hemos examinado en el libro XIV. El florentino Cosme Bruneti, Juan Bautista y Gerónimo Vecchietti, de Cosenza, viajaron y observaron; pero sus relatos no se publicaron. El romano Pedro della Valle, recorrió posteriormente en 1614 la Turquia, la Persia, la India, y publicó la descripcion de estos paises como erudito que sabe hacer comparaciones y apoyarse en monumentos, pero no sin dar crédito á fábulas. El napolitano Francisco Gemelli Carreri dió la vuelta al mundo en 1698, y publicó la relacion de su viaje traducida á varias lenguas, en la que demuestra gran credulidad. Tal vez es cierto que dió como cosas vistas por él algunas que tomó de otros: sin embargo, sus últimas indagaciones le devuelven el crédito sobre algunas particularidades. Los mejores viajes á Oriente son los de los franceses Chardin, Bernier, Trenvenot y Tavernier; Neuhoff penetró en China con la embajada holandesa, y la describió como buen observador. Otros holandeses publicaron viajes; de los ingleses, que poseen pocos, el principal es el de Nampier al rededor del mundo (1697). Kircher ha dicho buenas cosas sobre la China y Ludolf sobre la Abisinia, porque ambos habian visto los paises de que hablan. La obra de los jesuitas sobre la China es aun la mejor que se debe consultar. Las obras elementales son poco importantes.

Se conoce, comparando la mejor carta del mundo publicada en 1651 por Nicolás Sanson, con la hecha por su hijo en 1692, cuán pocos progresos habian hecho los conocimientos geográficos en aquel intérvalo. La ciencia de los mapas fué creada por de Lisle, que trabajó bajo la direccion de Cassini, y aprovechó los descubrimientos de la astronomia y de la erudicion. El padre Vicente Coronelli, autor inagotable, fué llamado á París para construir dos globos de doce piés de diámetro, más célebres por las inscripciones en honor de Luis XIV con que los adornó, que por ningun otro motivo.

Literatura oriental.—De esta manera se cultivó tambien con distincion la literatura oriental; pero se propusieron siempre por único objeto los libros bíblicos. Se imprimieron en 1657, *La Biblia poliglota*, de Brian Wanton, en nueve lenguas, menos magnífica y más cómoda que la de París publicada por Lelong. La *Bibliotheca Orientalis* (1660), de Hottinguer, de Zurich, es inferior á la reputacion que tiene. Bochar mostró gran saber, sobre todo en lo concerniente al pueblo hebreo, pero se han desacreditado sus etimologias Pocoke ayudó mucho á la literatura árabe. El padre Luis Marracci, de Luca, tradujo y refutó el Coran, y fué llamado á Roma para hacer una version de la Biblia en árabe. Dedicóse tambien al armenio. La *Biblioteca Oriental* (1697), de de Herbelot, forma época, y ofrece recursos preciosos, aun después de tantos nuevos estudios. Galland popularizó la Arabia, traduciendo *Las Mil y una noches*. Hayde (*Religionis persarum historia*, 1700) fué el primero que proporcionó aclaraciones sobre la religion de Zoroastro; ignoraba, sin embargo, la lengua de los antiguos persas, é intérpretes mahometanos le indujeron en error. No se conocian las lenguas indias, aunque ya se poseian gramáticas del talmul, y tal vez de otras.

Anticuaria.—Dedicándose á las antigüedades, pecaba aun la erudicion por su minuciosa futili-

dad, pero llegó á ser más circunspecta. Si se habia creido en el siglo anterior á Annio de Viterbo, los *Etruscarum antiquitatum fragmenta*, publicados en 1632 por Curcio Inghirami, engañado ó engañador, pronto quedaron convencidos de mentira. Juan Meursio comenzó muy pronto sus trabajos sobre la Grecia, y principalmente sobre Atenas, cuya condicion civil y científica dió á conocer. La obra fué después acabada por Hubbo Emnio en la *Vetus Græciæ illustrata* (1626), y por Petit en el Comentario sobre las leyes atenienses (1635). La *Germania*, de Felipe Cluwer (1616), y aun más la *Italia antigua*, ofrecen un precioso repertorio.

Ecequiel Spanshein fué el primero que estudió científicamente las medallas, no sólo examinando su autenticidad y rareza, sino la utilidad que podria sacar de ellas la historia. No obstante, esta aplicacion habia sido ya hecha por Felipe Paruta en la *Sicilia descrita por las medallas* (1612), obra aumentada por otro y principalmente por Torremuza. Vicente Mirabella publicó el plano de la antigua Siracusa, y Próspero Parisio las más raras medallas de la Magna Grecia. Vaillant volvió de Grecia con gran número de medallas, sobre todo de los Seleucidas, y se sirvió de ellas para ilustrar la historia con ayuda de tranquilas indagaciones y un escepticismo templado. Varias disertaciones de la Academia francesa son un modelo bajo este aspecto. El mejor sistema numismático fué dado á luz por Jober, en la *Ciencia de las medallas* (1692).

Otros eruditos fijaron su atencion en la inscripciones relativas á cada pais, aunque la falta de suficiente crítica los indujeron á errores, copiados después con confianza por los que les sucedieron. Citaremos en Italia á Bellori, á los Falconeri (*Inscriptiones athleticæ*) y sobre todo á Rafael Fabretti, de Urbino, tan celoso en recogerlas como lleno de sagacidad en esplicarlas. Los empleos públicos que se le confirieron en Roma, no le distrajeron de sus estudios, y caminaba por el Lacio en busca de antiguos restos en un caballo no menos paciente que él, y tan acostumbrado á aquella ocupacion, que desde el momento que llegaba á alguna ruina, se detenia, como para advertir á su amo, que se declaraba deudor á aquel inteligente animal. Las principales obras de Fabretti son sus tres disertaciones. *De aquis et aquæductibus veteris Romæ* y otra sobre la columna Trajano (1680 83), además de su coleccion de inscripciones, que es la primera en la que no se encuentran muchas falsas, y están dispuestas de manera que se ilustran recíprocamente. Roma fué siempre el terreno de las principales indagaciones, y en esta ciudad fué en la que Juan Ciampini publicó sus aclaraciones sobre las antigüedades sagradas (*Vetera monumenta*). Buscó allí el orígen de las primeras iglesias, la manera cómo estaban construidas y adornadas de mosaicos: trata la cuestion de saber si la Iglesia empleaba en un principio el pan ácimo, cuestion que se ventilaba entonces. Examinó tambien el Libro pontifical y las Vidas de los papas del bibliotecario Anastasio. Lorenzo Pignoria (1631), uno de los eruditos más profundos del siglo, se dedicó á trabajos arqueológicos en Padua, tratando de descorrer el velo de los geroglíficos egipcios y esplicar la tabla Isiaca.

Dejemos á un lado á los que no se han dedicado más que á ciertas antigüedades parciales, en atencion á que los últimos descubrimientos les han hecho, en su mayor parte, perder mucha de su importancia.

Cronologia.—Ilustrada la cronologia con los trabajos de los anticuarios, llegó á ser una ciencia. El sistema de Userio, muy cómodo para los que no tienen tiempo de dedicarse á indagaciones especiales, fué adoptado por Bossuet, Calmet y Rollin. Userio se sujetó al texto hebreo; pero Pablo Pezron (*Antigüedad descubierta*, 1687) se forzó en establecer la cronologia de los Setenta; resultando un gran escándalo, como si se hubiese querido atacar la Vulgata, lo cual no impidió á su sistema prevalecer después. Los que quisieron determinar la cronologia de otras naciones, como Juan Marschand en el *Canon chronicus ægyptiacus*, no trabajaron sino á tientas. Los italianos Leon Alacci, *De mensura temporum*; Riccioli, *Chronologia reformata*, y Gerónimo Vechietti, *De anno primitivo*, están á gran distancia de Petavio y Escaligero.

Varios sabios, después de Newton, buscaron la cronologia en las variaciones del cielo producidas por la precesion de los equinoccios y la nutacion, es decir, comparando el estado del cielo en un tiempo dado al del dia. Pero las antiguas observaciones eran demasiado imperfectas; y en todo caso, no se podrian comparar sino desde la época en que la verdadera astronomia nació en Grecia, época poco distante de la nuestra.

Erudicion.— Francisco Bianchini, de Verona, bibliotecario de la familia Ottogoni, se dedicó á un método particular de historia universal, supliendo con los monumentos el silencio de los historiadores para determinar la cronologia. Esplica varios símbolos, y reconoce mitos en la historia: para él la guerra de Troya nació del comercio, en la que Elena figura la libertad, y de esta manera esplica las diferentes ficciones de la mitologia. No se remonta más que hasta la fundacion de la monarquia asiria, y lo que se ha descubierto después la ha hecho envejecer. Muy instruido en las matemáticas, hizo diferentes descubrimientos relativos al planeta Venus, y habiendo trazado un meridiano en la cartuja de Roma, se proponia prolongarle hasta el Adriático y el mar Tirreno. Estos trabajos no le distrajeron de la arqueologia; y en sus aclaraciones sobre el Columbarium de la familia de Augusto, descubierto entonces en la Via Apia, dió luces sobre las costumbres romanas. De esta manera se supo que en la casa de aquel príncipe habia cerca de seis mil esclavos; que estaba subdividido el trabajo hasta el punto de haber algunos ocupados únicamente en pesar la lana hilada por

la emperatriz, otro en guardar sus pendientes, uno para cuidar de su perrita, etc.

Fué un singular personaje el florentino Antonio Magliabecchi (1633-1714). Colocado en casa de un joyero, su pasion á los libros le valió la amistad del cardenal Leopoldo de Médicis, y Cosme II le confió la biblioteca que habia fundado. Verdadero devorador de libros, su viaje más largo fué ir á Prato á reconocer un manuscrito. Feo, grosero, siempre solitario, sin tener siquiera un criado, vestido con un traje sucio y raido, sin mudarse de camisa sino cuando se caia á pedazos, permanecia todo el dia sentado en su sillon: dormia y comia, sin interrumpir su lectura; y los restos de los manjares se pudrian en medio de montones de libros arrojados unos sobre otros, únicos muebles de su aposento. Tenia, para calentarse las manos, una copilla con fuego; y no notó un dia que se quemaba su vestido, hasta que su piel comenzó á tostarse. Todo lo que leia se le quedaba grabado en su memoria de hierro; y recordaba tan bien el lugar de todos los libros amontonados en su derredor, que cuando los buscaba, no tardaba en encontrarlos.

Los más sábios recurrian á él de todas partes, como á una biblioteca viva (1), y contestaba con exactitud y estension á las preguntas de cada uno, citando hasta las espresiones y páginas: «Jamás he tomado anotacion, escribia á Fontanini en 1698, de nada de lo que he leido, por lo cual me han reprendido hasta estos príncipes serenísimos. Tengo diferentes cosas en la imaginacion; pero no puedo fiarme de mi memoria, y me es casi imposible hacerlas, en atencion á que todos mis libros están amontonados.» Dice en otra carta al mismo: «Todos saben que tengo todos mis libros amontotonados, lo que hace que para buscar uno tenga que revolver doscientos..... El muy noble señor Rostgaard podrá deciros que habiendo tenido necesidad del tomo II de las obras de Libanio, le dije al momento donde le tenia; pero le fué preciso revolver cerca de quinientos tomos en folio, bajo los cuales estaba. Recuerdo los datos que deseais sin tener necesidad de buscarlos; pero de ninguna manera me fiaré de mi memoria sin comprobarlos en los libros en que los he leido.» Contestando á todo el mundo, buscaba con afan la fama y la obtuvo muy grande. Tan cortés como era con los extranjeros, tanto desprecio y enfado mostraba á sus compatriotas. Escitaba sus celos y se regocijaba al verlos indisponerse unos con otros. Trataba á Viviani de burro, atacaba á Redi, Magalotti y Coccapani y otros, pero encontró personas que á su vez le vencieron. No escribió nada, y como no sabemos medir las facultades sino por los actos, tememos vernos obligados á colocarle entre aquellos que para conservar su reputacion, tienen necesidad de no publicar las obras que prometen á menudo.

Otro estravagante erudito, es el jesuita Teófilo Rainaud, de Niza, que se negó á admitir el obispado de Ginebra, y que habiendo entablado en Chambery una correspondencia con el padre Monod, preso entonces en el castillo de Montmeillan por haber desagradado á Richelieu, se atrajo la venganza de este ministro, que le hizo poner preso y enjuiciar. Reconocióse su inocencia; pero como los poderosos tienen la costumbre de persistir, para que no aparezca que no tienen razon, fué de nuevo preso: habiéndosele devuelto otra vez la libertad, consiguió el favor del legado del papa, lo cual le valió ser empleado en varios asuntos. No escribió menos de noventa y tres obras, sin corregirlas siquiera, y ejerció contra los jansenistas su satírica inclinacion. Dotado de una prodigiosa erudicion, la derramaba al acaso, hasta el punto de que nunca el título de sus obras correspondia á la materia que trataba en ellas; por ejemplo, en el tratado *De la rosa bendita*, habla de la cuaresma.

El jesuita Juan Hardouin (1646-1729), de Quimper, se formó tambien una desgraciada reputacion. Emprendió la edicion de Plinio para uso del delfin, edicion de que otros dos no se habian atrevido á encargarse. Su Plinio tuvo eco; pero el orgullo que concibió hizo que más de un sábio descubriese los errores que tenia en gran número. Incurrió defendiéndose en tal abundancia de sutilezas y paradojas, que le hicieron más célebre que su erudicion. Sostuvo en la *Cronologia esplicada por las medallas*, que la historia antigua habia sido revisada en el siglo XIII; que de todos los clásicos, no habia llegado ninguno á nosotros más que Ciceron, Plinio, las *Geórgicas* de Virgilio, las *Sátiras* y *Epístolas* de Horacio: que todos los demás autores habian sido falsificados por frailes de la Edad Media, y descubrió los solecismos. Atribuia á la impostura los escritos de Casiodoro, de Isidoro y de San Justino; los concilios, cuya coleccion reimprimió, eran en su opinion, más ó menos quiméricos, hasta el de Trento.

Aquella atrevida crítica parecia amenazar á los libros santos, lo que le obligó á retractarse; pero no renunció por esto á su estravagante opinion. Incansable trabajador, podia, con una memoria muy segura y una sostenida atencion, colocarse en primer lugar, si no se hubiese complacido demasiado en la singularidad. Sostiene, con respecto á Homero, que sus ensalzadores y detractores (la cuestion estaba en su mayor fuerza) no tenian una justa idea de él, que el verdadero héroe del poema es Eneas, y que su objeto es consolar á los troyanos de sus reveses. Como consecuencia de este encadenamiento, que hace que los errores se enlacen como las verdades, pretendió que Jansenio y Quesnel, Descartes y Malebranche, Arnauld, Nicoli y Pascal eran ateos.

(1) Entre los anagramas que fueron una de las pretensiones de aquel siglo, citaremos los dos siguientes: *Antonius Magliabechus*, donde se encontró: *Is unus bibliotheca magna;* y *Evangelista Torricellius* de que se hizo: *Enviresci Galileus alter.*

Cuesta trabajo admitir las paradojas esparcidas en sus noventa y dos obras (2); y no es de desear que su escepticismo histórico llegue á prevalecer. Manifestó, sin embargo, un conocimiento superior de la antigüedad, y osadía en su modo de juzgarlo, anticipándose á ciertas apreciaciones modernas, y ayudando á conmover la ciega veneracion que las academias y los sábios profesaban á todo lo que habia sido trasmitido por los antiguos. Ya hemos referido los debates que se suscitaron en Francia sobre esta cuestion. Bacon habia emitido ya un pensamiento muy hermoso, á saber, que nosotros somos los verdaderos antiguos, y lo que se llama la antigüedad del mundo, es su infancia. Tassoni se atrevió á sostener, que los tiempos modernos no son inferiores á los antiguos. Lancilloti, aunque sacerdote y miembro de varias academias, emprendió probar (*L'Oggidi owero gl'ingeni non inferiori ai pasati*) que el mundo no se habia moralmente empeorado ni afligido con mayores males que en lo pasado, y que las fuerzas intelectuales no habian degenerado. En lugar de capítulos dividió su obra en *desengaños;* combatiendo en cada uno de ellos una preocupacion, escribió libremente con resolucion y saber. En los yerros (*Farfalloni*), de *los antiguos historiadores*, ridiculiza su credulidad, y hasta escede á varios modernos en la crítica de la historia romana.

El teólogo inglés, Jorge Hakewill emprendió la misma tarea en la *Apologia*, ó declaracion del poder y de la providencia de Dios en el gobierno del mundo (1627). Niega la perpétua y universal decadencia de la naturaleza, que ciertas personas querian estender hasta las estrellas y los elementos. Con respecto al hombre en particular, dice que el carácter moral de la antigüedad es exagerado, sobre todo en lo concerniente á los romanos, y no concede aun en las letras superioridad á los antiguos. La polémica le ha hecho sentar juicios que el buen gusto reprueba; nadie, sin embargo, dudará de su erudicion, aunque cede en vivacidad á Lancilloti, á quien parece no haber conocido.

Los padres de la congregacion de san Mauro que se introdujeron en Francia en 1618, se señalaron con trabajos de erudicion, bajo la direccion de Achery, que publicó en trece tomos, con el título de *Spicilegium*, gran número de documentos descubiertos últimamente. Saint-Marthe comenzó la inmensa obra de la *Gallia christiana*, que sus compañeros continuaron hasta llegar á once tomos. Edmundo Martene y Lucino Durand, su fiel colaborador, además de su cooperacion á la obra anterior, dieron á luz el *Thesaurus novus anecdotarum*, y la coleccion de los antiguos historiadores y monumentos históricos, dogmáticos y morales. De allí salieron tambien el *Arte de comprobar las fechas* y la *Historia de Francia*; Felibien escribió la de la abadia de San Dionisio y la de la ciudad de París; Lobineau la de Bretaña, y hubo otros más. La edicion de san Agustin mezcló á aquellos padres en los debates comprometidos sobre la gracia. Publicóse por Juan Mabillon de Saint-Pierremont una edicion de san Bernardo, que coleccionó en nueve tomos las actas de los santos de la orden de san Benito; después en cuatro tomos de *Anacleta*, todo lo que habia sacado de inédito de las bibliotecas de Alemania, Francia é Italia. Redactó los *Anales generales* de su órden, y dió reglas á las demás en sus importantes tratados *De re diplomatica*, como tambien el de los *Estudios monásticos*, en el que sostuvo contra el abate Rancé, que la obligacion de estudiar es antigua en los frailes. Colbert le envió, por su diplomacia, una pension de 20 mil pesetas, y él no quiso aceptarla: *Soy pobre é hijo de padres pobres. ¿Qué se diria si buscase en el claustro lo que no me hubiese atrevido á esperar en el siglo?* Le Tellier, al presentarle á Luis XIV, dijo: *Os presento al hombre más docto de vuestro reino*; y Bossuet añadió: *Y al más humilde*. Bernardo de Montfaucon creyó que la erudicion profana le era necesaria para ocuparse de la impresion de los padres griegos: discutió, pues, sobre el papiro, sobre el foro de Alejandria, y sobre otros asuntos. Los italianos son particularmente deudores á estos dos últimos benedictinos, de haber exhumado é ilustrado, en el *Iter italicum* y en el *Diarium italicum*, muchas cosas relativas á su pais, sobre el cual se engañan, sin embargo, á menudo.

Otros varios religiosos se dedicaron á trabajos históricos sobre las órdenes á que pertenecian, como Mabillon sobre la de los benedictinos; y como la tranquilidad de los conventos, los mútuos socorros que se encontraban en ellos facilitaban las indagaciones, la historia eclesiástica se ilustró del todo.

Deben concederse los mismos elogios á los trabajos de Godefroy, de Baluze, á los de du Cange, Ruinart, y otros muchos. Luis Tomasino, del Oratorio, dió un estenso tratado de la disciplina eclesiástica, y otros diferentes relativos á las cuestiones de la gracia, á la usura y á los medios de sostener á la Iglesia. Antonio Pagi, fraile franciscano, comentó los Anales de Baronio, corrigiendo los errores año por año. El trevisano Oderico Ricaldi, del Oratorio, los continuó desde 1198 hasta 1364, resumiéndolos después en un estilo más correcto que el entonces en uso. Los *Anales del Antiguo Testamento*, por Agustin Tornielli, de Novara (1610), pueden servir de introduccion á Baronio. Monseñor Marcos Battaglini publicó una *Historia general de los concilios*, en un estilo prolijo y una crítica poco exacta, como la *Historia de las herejías*, de Bernini (1705). El florentino Fernando Ughelli, de la

(2) Véase un epitafio que se le hizo, y que merece referirse: *In expectatione judicii—hic jacet hominum paradoxotatos—natione gallus, religione jesuita—orbis litterati portentum—venerandæ antiquitatis cultor et deprædator—docte febricitans—somnia et inaudita commenta vigilans edidit—scepticum pie egit—credulitate puer—audacia juvenis—deliriis senex—verbo dicam—hic jacet Harduinus.*

órden de Cister, fué el primero que dispuso la série de todos los obispos de Italia, acompañándola de documentos, lo que hizo (1642-1648) ocho años antes de la *Galia cristiana*. Roque Pirro le añadió la *Sicilia sacra*.

El abate Claudio Ferry, de Paris, no es original en su *Historia de la Iglesia*, demasiado prolija para una obra elemental; pero se le ha llamado el *Juicioso*. Espone con claridad las cuestiones abstractas, y toca con detencion los acontecimientos del mundo pertenecientes á la religion: contribuyó mucho á hacer perder á la corte de Roma el afecto de los literatos. Se leen más, sin embargo, sus *Disertaciones*, que están escritas con gusto, facilidad, claridad, concision y sin sequedad, y parecen con cierto aire de sencillez apoyarse en los hechos. Natividad Alejandro, dominico de Ruan, doctor de la Sorbona, atacó en su *Historia eclesiástica*, en latin, (32 tomos en 8.º), varias proposiciones adoptadas por Roma. Así fué que Inocencio XI puso en el Indice esta obra, pero fué borrada por Benedicto XIII.

Entusiasmado Enrique Noris (1631-1704), de Verona, con las obras de san Agustin, entró en su órden, y concibió, mientras estaba en Roma, la idea de la *Historia del pelagianismo*, en la que indagó el origen de aquella herejia. Los jesuitas temieron que incurriese en los errores admitidos con respecto á la gracia, y resultó un escandaloso debate. Pero Roma sostuvo á Noris. El gran duque Cosme III le llamó á Pisa para desempeñar una cátedra de historia eclesiástica; y describió en aquella ciudad los cenotafios de Cayo y Lucio, hijos de Visanio Agripa; se ocupó tambien en determinar el origen de la colonia Pisana, después las eras de algunas ciudades del Asia. Inocencio XII quiso tenerle por conservador de la biblioteca del Vaticano; y en el momento en que los jesuitas trataban de hacerle condenar por la inquisicion de España, le condecoró con la púrpura. Las distracciones y ocupaciones del cardenalato no le distrajeron del estudio; entonces fué cuando escribió la *Historia de los donatistas y de las investiduras*.

Se cita tambien con elogio el *Sacrorum oleo chrismatum myrothecium sacro-prophanum* (1625-1637) del padre Fortunato Scacchi, de Ancona, en el que trata del uso de los oleos, y la obra del milanés Octavio Ferrari sobre los discursos sagrados, y sobre las epístolas eclesiásticas (1612), obra hecha, segun aseguran, con arreglo á los manuscritos de uno de sus tios. El escritor que dió más luz sobre la liturgia fué el cardenal Bona de Mondovi (*De divina psalmodia; rerum liturgicarum libri duo*), que habiendo sostenido que se consagraba el pan fermentado en los primeros siglos, encontró un contradictor en Mabillon. El cardenal siciliano, Maria Tommasi, contribuyó tambien mucho á ilustrar aquella materia publicando varios manuscritos litúrgicos (*Codices sacramentorum non gentis annis vetustiores*, 1680) con responsorios y antífonas.

Bollandistas.—Desfigurada la historia eclesiástica por las leyendas populares y libre de la crítica, habia proporcionado medio á los herejes de hacer el cargo á la Iglesia de impostura é ignorancia. No vacilaron los jesuitas en examinarla, persuadidos de que la verdad luciria más; y las *Actas de los santos* fueron un nuevo tesoro de historia. Comenzadas por Bollando fueron continuadas por Papebrocchio, ayudado por Vaert, y después por Sollier y Van de Bosch; pero habiendo designado los bollandistas al beato Bertoldo como fundador de los carmelitas en el siglo XII, esta órden, que pretendia derivarse directamente de Enoch, anterior al diluvio, la encontró mala. Cuando se hizo notar á los carmelitas que Noé y sus hijos, que eran los únicos que habian sobrevivido al diluvio, eran casados, se limitaron á reclamarse descendientes de Elias, y sostener que todos los profetas y los más ilustres filósofos habian pertenecido á aquella órden. Aunque el hecho parezca increible, esta tésis fué sostenida con seriedad (3); se llegó hasta acusar á los bollandistas de haber declarado falsas las decretales anteriores al papa Siricio, la donacion de Constantino y el milagro de la Verónica. La inquisicion de España prohibió los tomos que contenian los pasajes acriminados; pero mejor informada después se retractó.

Ya hemos hablado en otra parte de los historiadores que no pueden considerarse sino como literatos. La España no ofrece ninguno de que tengamos que ocuparnos ahora. Comenzó entonces á encontrarse mejor crítica en la apreciacion de la verdad entre los ingleses, y la *Historia de la reforma*, por Gilberto Burnet (1679), es la primera que se apoya en documentos abundantes. Hubo en Italia muchos historiadores, pero pocos notables. El cardenal Bentivoglio escribió, como en rivalidad con el padre Fabian Estrada, las guerras de Flandes, con buen estilo, pero sin que se encuentren los particulares datos que su posicion hace esperar.

El paduano Dávila recibió los nombres de Enrique Catalino, en reconocimiento de los beneficios que el rey y la reina de Francia habian concedido á su padre después de su espulsion de Chipre, donde desempeñaba el empleo de condestable. Sirvió á la república de Venecia en altos empleos, y murió asesinado cerca de Verona cuando iba á tomar posesion del gobierno de Crema. Se considera hasta por los franceses como una de las mejores su *Historia de las guerras civiles*. Conoce los sitios y costumbres, espone los hechos con claridad; pero desfigura los nombres franceses, y quiere sutilizar sobre las intenciones de los príncipes.

---

(3) Fué uno de los litigios más ruidosos, no sólo de aquel siglo, sino de toda la historia eclesiástica, el de los carmelitas con los jesuitas; reduciéndose á la cuestion entre la devocion contemplativa y la activa, entre la tradicion irrecusable y la crítica.

Escribiéronse entonces muchas historias municipales, como las de Juan Antonio Summonte, Francisco Capecelatro, y el padre Giannetasio, en latin, para el reino de Nápoles; de Pedro Gioffredo para Niza; del canónigo Ripamonti, en un latin de una fluidez verbosa para Milan. En Venecia, Andrés Morosini, hábil en el gobierno é instruido en las materias de erudicion, sucedió á Paruta, escribiendo en latin. Juan Bautista Nani refirió los hechos desde 1613 hasta 1671; fué continuado por Miguel Foscarini y Pedro Garzoni, pero tenemos una nueva prueba de los sacrificios á que los obligaba la proteccion oficial en una órden que se ha encontrado hace poco, en la cual el magistrado manda á dicho Garzoni que suprima varios pasajes concernientes á la adquisicion y pérdida de la isla de Chio, donde con «peligrosa exactitud ha revelado materias secretas y delicadas.» Galeazo Gualdo, Maiolino Blisaccioni, Alejandro Ziliolo, Pedro Jorge Capriata, ilustraron tambien la historia contemporánea, como tambien Ferrante Pallavicino, que por sus dichos obscenos fué decapitado en Aviñon.

Conocióse entonces la importancia de los antiguos escritos. Juan Pedro Puricelli buscó con cuidado en los archivos de Milan é hizo imprimir las *Ambrosianæ basilicæ monumenta*. Félix Osio, tambien milanés, dió á luz las crónicas de Albertino Mussato de Rolandino, de los Morena, de los Corcuci y otras más: Canino Pellegrino hizo otro tanto con varias crónicas concernientes al reino de Nápoles. Agustin Marcardi, de Sarzano, describió con talento las reglas del arte histórico, aunque en un estilo prolijo; pero lo mejor en semejante materia es estudiar á los mismos historiadores, y no imitar sobre todo el ejemplo que ha dado en la *Conjuracion de Fiesco*.

El marqués de Ottieri escribió la *Historia de las guerras acaecidas en Europa, y particularmente en Italia, por la sucesion de España*. Declara haber empleado en ella una manera de escribir sencilla, libre y exenta de pasion, lo que significa fria y fastidiosa. Se conoce además su ignorancia en los detalles militares de acontecimientos que nos han sido referidos por hábiles capitanes. Hace sobre todo interminables digresiones, de las que se escusa sin cesar; lo que inclina á no perdonarle.

El milanés Gregorio Leti (1630-1701) adquirió mayor celebridad: habiéndose hecho calvinista en Lausana y viéndose obligado á buscar recursos para vivir con su pluma, se dedicó á tratar sus asuntos favoritos, es decir, que no dejó de maldecir á Roma, á Inocencio X y Alejandro VII. De esta manera mereció el título de ciudadano de Ginebra; pero pronto perdió el favor de sus huéspedes y tuvo que dirigirse á Paris y Lóndres, donde elogió á Luis XIV y á Carlos II mientras recibió sus regalos, dispuesto á injuriarlos cuando cesase su generosidad. Fué más feliz en Holanda, donde habiéndose enamorado de su hija, el sabio Le Clerc le hizo nombrar historiógrafo de Amsterdan. Ha dejado cerca de cien tomos de historia, obras mal digeridas y prolijas. Como se le preguntase si los detalles con que habia enriquecido las vidas de Felipe II, Isabel y Sixto V eran ciertos: *¿Qué importa*, contestó, *que no lo sean, si están bien imaginados?* Pero no sabe siquiera cubrir la mentira con ayuda del talento y el estilo, pues es siempre tan descuidado como fastidioso.

Periódicos.—El benedictino Victor Ciri, de Parma, está fuera de la línea comun. Aun jóven, emprendió una coleccion en la que daba cuenta de los acontecimientos diarios; esto le dió reputacion, pues el italiano se encontraba entonces tan generalizado como el francés en el dia. Luis XIV llamó para que permaneciese á su lado á aquel dispensador de gloria, á quien nombró su capellan y su historiógrafo. Visitábanle los embajadores y los ministros para proporcionarle datos á su manera, y ayudarle á engañar á la posteridad. Independientemente de quince gruesos tomos de su *Mercurio político* (1635-1655) los ocho de sus *Memorias secretas* (1601-1640) están llenos de documentos auténticos que los hacen muy fastidiosos, á pesar de su valor. Refiere con estension, confunde los acontecimientos, censura á Luis XIII y á Richelieu, alaba á aquellos por quien está pensionado, pero no por eso deja de servir de útil correctivo á los historiadores franceses

Situada Venecia en los límites de Levante y centro del comercio, era favorable á las innovaciones: así es que vió nacer allí las gacetas, llamadas de esta manera por la pequeña moneda con que se pagaban estos periódicos. Estendióse su uso, y el médico Renaudot las llevó á Francia en 1631 y obtuvo su privilegio. Pero recordemos que Voltaire contaba como una maravilla que salian en Lóndres doce por semana.

El genovés Juan Pablo Marana publicó en Paris *El espia turco*, en el que supone que un escrupuloso musulman, agente secreto de La Puerta, visita disfrazado la capital de Francia desde 1635 á 1682, y sostiene una correspondencia con varios de sus compatriotas de diferentes posiciones. Esta obra fué continuada por varios escritores, y los primeros tomos traducidos al inglés, los últimos del inglés al francés. La idea de un turco que escribe es enteramente falsa; sin embargo, agradaba la seria independencia de aquel mahometano que juzgaba las ridiculeces y frivolidades de nuestra sociedad como un hombre estraño á ella, y su no acostumbrada manera de considerar los acontecimientos, las anécdotas, la política y las cuestiones teológicas y metafísicas del momento. Por no decir nada de las *Cartas judias* del marqués de Argens, imitador servil é insípido de aquella obra, Montesquieu sacó de ellas la idea de sus *Cartas persas*; pero el Mahmud de Marana, si no es levantino, tiene al menos originalidad, al paso que el *Usbek* de Montesquieu es casi un parisiense, con sus ideas enteramente francesas, civilizadas y refinadas.

Entre los historiadores franceses, Vertot, buen

narrador, se dedicó á los asuntos dramáticos para esponerlos en sus *Revoluciones*. Saint-Real describió la *Conjuracion de los Gracos* y la de *Venecia*, imitando á Salustio, hasta tener como él poco en cuenta la verdad. La *Historia de la liga de Cambray*, por Dubost, está llena de interés; y la de *Enrique IV* por Perefixe es de una sencillez que afecta. La *Historia del comercio y de la navegacion antigua*, por Huet, ha perdido de su precio con las indagaciones posteriores; la *de los emperadores romanos*, por Tillemont, es una obra sin lagunas. El parisiense Adriano de Valois fué el primero que examinó con imparcial erudicion la historia antigua de los francos, y describió en buen latin las vicisitudes, después el imperio de Valerio hasta la segunda raza (4), en la que se detuvo, «cansado de la inmensidad del trabajo.» Lo que queda de ella se apoya enteramente en pruebas históricas, hasta el punto de contarse entre las fuentes. Las inducciones no carecen de recto sentido, aunque al escritor le falte color y sentimiento íntimo. Reconoció la distincion de las dos razas de conquistadores y vencidos; pero por amor á la pureza clásica suavizó las cosas, los nombres, las palabras, es decir, que la desfiguró y modeló los primeros reyes con arreglo á los príncipes sus contemporáneos. Aunque no haya preocupaciones en sus trabajos y busque con sinceridad la verdad, no tiene toda la delicadeza necesaria para conseguir los detalles. Pasó, pues, desapercibido, dejando á otros, aunque inferiores en mérito, el honor de ser citados como jefes de escuela.

El padre Gabriel Daniel, de Ruan, correcto y claro al referir los hechos de los francos, carece de datos sobre sus leyes y costumbres, y es parcial en lo concerniente á la Iglesia; y falsifica los anales de la nacion en favor de la autoridad real, y arrebata á los cronistas el encanto y poder de la narracion contemporánea.

Se encuentra uno tanto más dispuesto á alabar las tentativas hechas en Francia para sustraerse á las antiguas preocupaciones, cuanto que toda innovacion era sospechosa. Francisco Mezeray, de Argentan, no supo guardar silencio acerca de la institucion de los Estados Generales y de sus atribuciones; no quiso disfrazar lo pasado para justificar el despotismo presente; mostró las iniquidades del poder, y vió que «en tiempo de la segunda raza el reino estaba sujeto á la ley de los feudos, y se gobernaba como un gran feudo, más bien que como una monarquia.» Por tanto se le acusó de «adular siempre al pueblo á espensas de la corte, y de complacerse en notar lo que habia de odioso é ignominioso en el gobierno de Francia» (Bayles); en vista de esto, Colbert le dijo: *Sois historiógrafo del rey y pensionado por S. M.; debeis escribir la historia como quiera y no como vos la entendais. Debo mandar que cese vuestra pension.* Mezeray hubiera debido responder: *Mi libro me sobrevivirá y se sabrá porqué fué castigado*; pero lo que hizo fué resignarse á corregir, y en premio obtuvo media pension. No era sólo á la corte á la que desagradaba la verdad. Así es que La Curne de Sainte-Palaye redactó para la academia de las Inscripciones las Memorias sobre la caballeria, de la manera que debian agradar á los *grandes señores* que formaban parte de ella; después, cuando las hizo imprimir, restableció la verdad en las notas, que á menudo se contradicen con el texto.

Cuando Fenelon pidió á todos los intendentes del reino datos sobre las antigüedades de cada provincia, y sobre los usos y fórmulas de su gobierno, para instruccion del duque de Borgoña, el escrito más notable con respecto á este asunto fué el del conde Enrique de Boulainvilliers (5). Habia conseguido estudiando las *Capitulares* publicadas por Baluzio, conocer á la antigüedad; y ayudado por las ideas de su casta, consiguió saber que en la Edad Media los hidalgos eran iguales entre sí, y muy superiores al resto del pueblo. Hace proceder la presente condicion del reino de la conquista de los francos, que se establecieron en la Galia, reduciendo á servidumbre á los naturales, despojados de todo derecho político, lo que fué causa de que ellos solos quedasen siendo nobles: todos libres, iguales y exentos de impuestos, gozaban de los bienes reservados al dominio público, eran juzgados por sus pares, tenian la libertad de atacar y defenderse á mano armada, votar las leyes y deliberar en las asambleas generales. Estas asambleas fueron abolidas por Cárlos Martel, y restablecidas por Carlomagno; después no se encuentran ya huellas de ellas hasta la caida de los Carlovingios, cuando se desmembró el reino. Hugo Capeto no fué, pues, elegido rey por el parlamento, pues no habia parlamento. Después sucedió el régimen de los feudos, durante el cual, iguales los nobles entre sí, quedaron de hecho y de derecho siendo los únicos grandes del Estado, sin conocer las distinciones de títulos. Este órden de cosas cambió con la emancipacion de los siervos, y su elevacion á la condicion de sus amos, objeto á que continuamente se dirigió el tercer Estado, para hacer al gobierno absoluto, y principalmente lo consiguieron Richelieu y Luis XIV.

Esta historia de la nobleza, tan conforme á la que proporcionó la historia general, para quien la examina con conocimientos más recientes, inspiró á los nobles una idea orgullosa de su elevacion. Creyeron su derecho más fuerte porque estaba fundado en la conquista; pero en vísperas de acaecer la Revolucion, Sieyes les dijo: «Sí, pero el tercer Estado conquistara ahora á los conquistadores.» En tonces el libro de Boulainvilliers pareció un insulto á la clase media, y fué atacado con chanzonetas

(4) Adriani Vilesii, *Gesta veterum francorum*, t. III, 1646-1658.

(5) *Historia del antiguo gobierno de Francia.*

y pullas. Juan Bautista Dubos, secretario perpetuo de la Academia francesa, emprendió después la tarea de refutarle eruditamente (6). Niega la conquista franca, y quiere que los francos vinieran á las Galias como aliados de los romanos, donde respetaron la administracion del pais y el estado de las personas. Sólo hácia el año 1000 el desmembramiento de la soberania y el cambio de los cargos en señoríos, hicieron surgir contra el rey y contra el pueblo una casta dominadora que produjo los efectos de la conquista. Esta es una idea falsa, cuyo único mérito consiste en haberse anticipado á Savigny para sustentar la supervivencia del derecho romano.

Leibniz.— La Alemania cita al gran Leibniz, á quien se ofrece el problema difícil de referir la existencia de una nacion á la de todas las demás. Encargado de escribir sobre la casa de Brunswich-Luneburgo, recogió una infinidad de materiales que cundieron en sus manos, y que publicó bajo el título de *Codex juris gentium diplomaticus*, repertorio de los más ricos, no sólo por la política, sino tambien por el carácter, la lengua y el conocimiento de los pueblos. Además, en el prólogo se remonta al principio del derecho natural y del derecho de gentes con profundidad suma. Los trabajos preparatorios de su historia le suministraron materiales para muchas obras, entre otras para una coleccion de los historiadores que habian hablado de la casa de Brunswich, ejemplo que produjo los trabajos de Andrés Duchesne y de Muratori. Pero, cosa más importante, al tratar Leibniz del Brunswich, reconoció la necesidad de referir á aquel territorio la historia de Alemania, y á ésta la historia universal, á la historia del hombre la del planeta que habita, de tal modo, que se halló conducido por los accidentes de una familia soberana á meditar sobre el estado primitivo del globo, conexion que creemos inevitable, cuando no piensa uno en limitarse á un simple fragmento. No llegó á término la obra. Tambien debemos mencionar su *Investigacion* sobre el orígen de los francos, á quienes supone procedentes del Báltico. Contradíjole el padre Tournemine y Gundlingius, discusion que derramó nuevas luces sobre las razas bárbaras.

Se ve en su *Ensayo sobre el orígen de los pueblos*, y en su correspondencia, que Leibniz aspiraba á remontarse por medio del análisis y de las etimologias, á la cuna del género humano, á recomponer una lengua primitiva, y á descubrir por este medio las relaciones entre las palabras y las ideas. Esta aplicacion de la filologia á la historia era nueva, y la proseguia recogiendo en todas partes noticias de los viajeros, de los misioneros, de los sabios: conocia que es fácil abusar de las etimologias, pero que la verdad procede del error muy á menudo; así como las ciencias se enriquecieron con la investigacion de los *tria magna inania*, la piedra filosofal, el movimiento continuo y la cuadratura del círculo.

Filosofia de la historia.—La historia daba un gran paso elevándose á la dignidad de filosofia, y cesando de ser simplemente un arte, una narracion; se aplicaba á considerar los hombres como una sola familia, á juntar los acontecimientos de las generaciones pasadas en una sola concepcion que ayudaba á adivinar los acontecimientos venideros. Ya Pascal habia dicho: «que toda la série de los hombres, en el espacio de tantos siglos, debe ser considerada como un solo hombre, subsistiendo siempre y aprendiendo de continuo.» Bossuet, en su *Discurso sobre la historia universal*, hace que las naciones pasen revista al pié de la cruz, en rededor de la cual llegan á agruparse todos los sucesos.

En el curso de las vicisitudes humanas, los antiguos no sabian observar más que el fenómeno, la obra del momento, el dia que resbalaba aislado de todo lo que le habia precedido y debia seguirle. O son fatalistas como Tucídides, ó ven como Herodoto, Tito Livio, Plutarco y hasta Tácito, la intervencion continua é inmediata de la divinidad; métodos ambos que impiden al espíritu distinguir este admirable concurso de la libertad humana y de la Providencia divina, que constituye la historia. Asombrado Ciceron de los grandes trastornos de su tiempo, fijó en ellos su mirada; pero educado en las ideas del fatalismo, si tiene valor para combatir las ideas corrientes sobre la adivinacion, una vez derrocado el destino, no le sustituye ninguna influencia para guiar las acciones humanas. El patriotismo antiguo, distinguiendo hasta á las naciones por sus divinidades particulares, no permitió abarcarlas bajo un solo aspecto hasta el instante en que el cristianismo proclamó la fraternidad universal, y en que la historia eclesiástica acostumbró á los talentos á referir todos los sucesos á los sucesos de la Iglesia. En tiempo de san Agustin, la doctrina del fatalismo habia caido; él se adhiere del todo á la de la Providencia, propende á justificarla en medio de los males de su época, demostrando que no afligian menores calamidades á los siglos del paganismo, que la sangre de Abel clamó siempre contra la de Cain, que la ciudad de los hombres estuvo siempre en lucha con la de Dios: cree al hombre responsable de sus actos, de los cuales asigna siempre gran parte al impulso divino, á la gracia.

Bossuet.—En tiempo de Bossuet la historia habia adquirido estension y esperiencia; lo que san Agustin no vió más que en gérmen, aparecia desarrollado; pero Bossuet no columbró más que un punto de una escena tan vasta, la accion de Dios sobre la nacion escogida, á la cual subordina *los imperios*. Desaparece el hombre; no porque Bossuet niegue su poderío (7), sino porque no presta

(6) *Historia critica del establecimiento de la monarquia francesa en las Galias*, 1734.

(7) Dice de Cromwell en la oracion fúnebre de Enri-

atencion más que á las revoluciones de un órden superior, y porque la grandeza de los siglos modernos es para él un himno *al Dios que desde lo alto de los cielos empuña las riendas de todos los reinos*. La importancia que atribuye al pueblo judío puede parecer escesiva; pero si este pueblo es el custodio de la tradicion, si en su seno debe nacer el Mesias, ¿hay alguno más digno de servir de centro á las acciones de la humanidad entera? ¿No tenian costumbre los antiguos de considerar únicamente á su nacion, menospreciando á los bárbaros? Pues bien, Bossuet toma el desquite, subordinándolos ó avasallándolos á esta nacion cristiana que desciende del Eden al Calvario, y se derrama desde allí sobre todo el mundo.

Por lo demás, en él nunca se hallan observaciones triviales: siembra sobre la historia griega y sobre la historia romana, reflexiones latas, seguras, profundas, y ciertos juicios históricos son de una exactitud que no ha sido superada hasta el dia. Montesquieu estuvo muy distante de igualarla en los vigorosos toques con que bosquejó la política de Roma. De consiguiente, Bossuet queda como modelo del objeto general que la inteligencia debe proponerse, á saber, de coordinar racionalmente las séries fundamentales de los hechos humanos con arreglo á un plan único. Tambien demostró de qué modo se puede decir la verdad á los reyes, hasta adulándoles, porque al mismo tiempo que habla al príncipe serenísimo, le enseña el órden de la Providencia dirigiendo las cosas de aquí abajo, sin que los más poderosos monarcas, simples instrumentos en la mano de Dios, puedan alterar cosa alguna.

Vico.—Juan Bautista Vico, nacido en Nápoles, de padres pobres, se dedicó á la enseñanza para ganar su vida, y estuvo cuarenta años de profesor de retórica en la universidad de su patria, haciendo versos de circunstancias, panegíricos en honor de los nuevos vireyes, diatribas contra los rebeldes que sucumbian, elogios para los venturosos del dia. Desconocido á sus contemporáneos, y á sí propio, se elevó casi sin saberlo al primer lugar bajo el aspecto de la doctrina; buscando á tientas, proponiéndose problemas, de cada uno de los cuales se derivaban otros, se habia acostumbrado á hallar medios de resolverlos, y para ensanchar en su soledad el círculo de sus conocimientos. Fortificóle la lucha, ensanchó su sistema; refutando el ingenio, llegó á serlo él mismo, y adivinó lo que otros han descubierto posteriormente. Pero cuando quiere justificar con auxilio de la erudicion sus propias concepciones, incurre en errores graves. Sin embargo, segun lo exigia su época, la erudicion fué su punto de partida. Leyó los libros que la casualidad ponia en sus manos, admiró muchos de ellos, sobre todo los antiguos clásicos, á Dante Leibniz, Newton y al *tres veces máximo* Bacon: pero léjos de conformarse con sus ideas, las ajustó á las suyas propias. Toma por guia á Grocio y á Descartes, pero halla que el primero ha reunido abstracciones sueltas de la historia y que se ha convertido en jurisconsulto de los filósofos y no de la historia; que el otro ha mutilado la historia, las lenguas, la erudicion, reduciéndolas á líneas geométricas. Censuraba á Descartes, comparándole á Crisipo, por exigir orgullosamente la evidencia matemática en las verdades que no son susceptibles de ella, diciendo que su método puede producir críticos, pero ningun otro descubrimiento; que el menosprecio de la erudicion conduce á menospreciar á los hombres, á destruir los medios y el socorro de la mente; que el axioma *yo pienso, luego existo*, no prueba la existencia más que por medio de los fenómenos, y que el fenómeno no es negado por los escépticos, sino su realidad, y que no dudan de la conciencia, sino de su validez (8). En su sentir no es el método, sino el ingenio quien elevó á Descartes á tanta altura: la induccion se trasluce á vueltas de la sequedad afectada de su razon, como al mismo tiempo que quiere abolir lo pasado, deja columbrar que lo ha hecho objeto de sus meditaciones.

En vez de esta indiferencia hácia la erudicion, elevó la filologia á la categoria de ciencia haciendo de ella la filosofia de la autoridad, el órden y la razon de los hechos que, aproximando las ideas lejanas, las fecundiza; no abraza únicamente las lenguas, sino tambien las costumbres y las acciones de los hombres; y empleando la crítica que llama *arquitectural*, quiere *con ella recomponer, suplir, enmendar, ilustrar los restos de la antigüedad*. Por tanto indaga los vestigios de la sabiduria itálica en el lenguaje (9), y atribuye la metafísica á los antiguos italianos. En esta tarea de buscar en las raices de los vocablos las raices de los pensamientos, se equivocó á menudo por falta de erudicion, si bien abrió el campo al nobilísimo arrojo de otros.

Medita al mismo tiempo sobre la historia de Roma trazada en la sucesion de sus leyes. Pero la rigidez de las XII Tablas desmentia la cultura y la superioridad de los italianos; la historia luchaba con la filosofia, la autoridad con la razon, el derecho romano con el derecho nacional de Grocio. Para ponerlos en armonia recurre Vico á un acuerdo preestablecido en Dios entre la materia y el espíritu. De Dios se derivan la justicia y la virtud, la necesidad y la utilidad; ó como decimos ahora, los intereses sirven para desarrollar las ideas de la justicia, de suerte que, mientras los hombres se esmeran en satisfacer sus necesidades materiales, la

queta de Inglaterra: «El no dejaba nada á la fortuna de lo que podia quitarla con la prevision y el consejo.»

(8) *De nostri temporis studiorumratione*, 1708.

(9) *De antiquissima italorum sapientia ex originibus linguæ latinæ eruenda*, 1710.

Providencia les conduce á la realizacion del tipo eterno de la justicia.

Una vez establecida esta idea de la historia romana como una conquista sucesiva de la equidad, resuelve los problemas y las objeciones de sus antecesores de una manera inusitada, conciliando el derecho ideal de Platon y el derecho político de Maquiavelo.

Pero no habiendo comenzado la historia con Roma, debió investigar como las aristocracias feudales surgieron del estado de naturaleza, é imaginó que el hombre, embrutecido en los doscientos años que siguieron al diluvio, hasta el punto de perder todas las tradiciones y el idioma, se sintió, conmovido por el rayo, y entonces sospechó la existencia de un Dios; tomó de los bosques incendiados por el fuego celeste una chispa para sus necesidades, para las artes y para quemar los cadáveres; avergonzándose de la promiscuidad, arrebató á una mujer y la trasladó al fondo de alguna caverna; de aquí el origen de la familia, de los refugios, de la cultura y *del pudor del cielo, de los vivos, de los difuntos;* los padres se confederaron y se estableció el patriciado, conservando el privilegio de la familia y de la religion (10).

El mito, la etimologia, la tradicion, el lenguaje se prestan mútua ayuda para manifestar la esplicacion del derecho en la historia, y para demostrar que los hechos de la historia romana se reproducen en todas las demás. Todavia no poseia la erudicion bastantes hechos para desmentir á Vico, de modo que para adivinar le dejaba el campo libre. Las lenguas y la religion son sus únicos documentos; la mitologia es la espresion lírica de la historia primitiva; el vocabulario un depósito de las conquistas de la verdad y del derecho, formado bajo el impulso de la necesidad; la poesia, que es el lenguaje heroico, las fases espresadas por medio de los hechos, le reproducen en todos los pueblos la historia de Roma. Esta última fué conservada por las leyes; apenas subsisten algunos fragmentos de las otras, pero podian construirse por analogia con ésta. Y no hay tradicion que no sepa hacer que se refiera á la historia romana, objeto de sus meditaciones.

La historia bíblica se opondria á esta marcha de todas las naciones, desarrollando de una manera uniforme las ideas de la humanidad bajo el impulso de lo útil y de lo necesario en la familia, en la ciudad, en la nacion. No atreviéndose á interpretarla Vico la deja á un lado, reconociendo en el pueblo hebreo una marcha particular é indisputable. Homero contradijo tambien esto bosquejando costumbres corrompidas y largos viajes, celebrando divinidades envilecidas, que nada tienen que ver con el patriciado romano. Ahora bien, Vico, para esplicarlo, ensancha la ciencia y descubre una edad divina, una edad heróica y una edad humana, caractéres dobles y poetas de una época corrompida, que se hacen la regla del universo y atribuyen á las comarcas lejanas los nombres de su pais propio, haciendo creer en viajes imposibles en aquel estado de tosquedad.

Entonces resulta de aquí la historia ideal eterna que absorbe en leyes inmortales de razon las manifestaciones particulares de Roma, de Atenas, de Esparta, de los hombres, de los lugares y de los tiempos. El derecho se realiza en la historia eterna de las naciones empezando por la violencia, enmascarándola después bajo fórmulas solemnes, ennobleciéndola en las ficciones que eluden éstas, después haciéndose equitativa en las democracias y en las monarquias, siempre bajo el influjo establecido de la necesidad y de la utilidad, de las pasiones y de los intereses, desde la gruta en que el salvaje se refugió asustado por el rayo, hasta el trono sobre el cual coloca el pueblo á su representante, al emperador que nivela los derechos.

Estas épocas sucesivas de los dioses, de los héroes, de los hombres, tienen cada una ideas y un lenguaje propio, una religion y una jurisprudencia particulares; hay, pues, una política y una moral de los pueblos y una de los filósofos, como hay un derecho histórico y un derecho filosófico (11).

Esta historia ideal, eterna, hallada por la meditacion, la aproxima Vico á los hechos humanos, á los cuales la compara, eliminando las particularidades de los lugares y de los hombres para no dejar subsistir más que su última significacion que muestra á la Providencia, ordenando con un mismo y eterno consejo las cosas grandes y las pequeñas. Los filósofos no han presidido á la civilizacion, como pretenderia Grocio; y los personajes de Pitágoras, de Dracon, de Solon, de Esopo, superiores al vulgo, son símbolos ó caractéres que figuran una sociedad ó una série de hombres; el mismo Homero á quien antes habia admitido como un poeta ciego, mudó luego de aspecto para él: pues las meditaciones posteriores le *arrastraron* y *violentaron* hasta el punto de creerle un mito como Hércules y Pitágoras; no es un poeta, sino la poesia personificada; jamás fué superado, porque no se supera la inspiracion inculta de todo un pueblo. Vico hizo otro tanto respecto de la historia romana, reduciendo los reyes á caractéres políticos, sobre cada uno de los cuales acumuló el pueblo los efectos de una revolucion lenta; así como se han atribuido á las XII Tablas leyes plebeyas obtenidas más tarde por el triunfo de la democracia.

En suma, Vico fué quien primero conoció que la historia debe estar sujeta á cierta ley, la cual buscó, al paso que Bossuet trató de hallar su objeto. El primero consideró las naciones en sí mismas y los hechos como fases de su vida; el otro no vió en

(10) *De universi juris principio et fine uno*, 1714.—*De constantia philologiæ*, 1721.

(11) *Scienza nuova*, 1726.

ellas más que instrumentos, y no fijó sus ojos más que en lo que podrá mostrar su oportunidad para los designios de Dios. Para Vico el acaso está desterrado de la historia; la omnipotencia de los grandes hombres está escluida de ella; todo es providencial, todo está, pues, establecido de antemano; y no sólo en todas las naciones, sino en los *mundos infinitos*.

Ofrece la prueba en la *renovacion de la barbárie*, en la Edad Media, donde encuentran que renacen los símbolos, el lenguaje, las clientelas; lo cual da testimonio de que el mundo ha vuelto á tomar su antiguo curso para precipitarse todavia, en una época más ó menos remota, en la barbarie. Así su sistema de los círculos y de la erudicion que le lleva hácia lo pasado, le hacen negar diez y siete siglos de progreso, así como la inmortalidad del cristianismo, y la emancipacion del esclavo, fuera de discusion ahora.

Aunque para él eran una cosa misma la ciencia y la belleza; aunque admiraba á los clásicos y el estilo histórico, *medio* entre la prosa y el verso; aunque los contemporáneos le alabaron como humanista, la forma de sus escritos impidió estender bien su idea (12); y no fué comprendido hasta que otros habian llegado á donde él, y aun más allá. No conviene hacer de Vico un ingenio aislado, un fenómeno en medio de un mundo poco adelantado para comprenderle. Conoció lo mejor que hubo en su tiempo; refutó á Grocio y á Descartes; se aprovechó de los trabajos de Gravina y de Sigonio, especialmente del platonismo de Leibniz. Supone que el terror del rayo creó los dioses, sin saber que entre los pueblos salvajes el dios es el cómplice de los delitos y el enemigo de una civilizacion que encadena los instintos. Manifestando la marcha de la civilizacion en las fórmulas del derecho romano, no se apercibió de que el gran pueblo se levantaba en medio de la civilizacion anterior á las ciudades itálicas; que la civilizacion de ellas era por consiguiente un desarrollo y no un tránsito de la barbarie á la cultura; que era tradicional y no espontánea. Traslada al origen de la sociedad improvisada los conocimientos de las sociedades ya constituidas, las necesidades de propiedad, de familia, de religion, de esclavitud. Refutando á Descartes, que establecia por criterio el juicio del individuo, le sustituyó el sentido comun, la voz universal de los pueblos; pero ¿quién no ve aquí todavia dominar el error durante generaciones enteras, y á las mejoras nacer de la razon individual que precede á la razon general? De suerte que el sentido comun es la espresion del estado social, no de la verdad y de la razon. Encierra en un círculo fatal la marcha de las naciones y atribuye el poder de Roma á su situacion, confesando, sin embargo, que los pueblos son, en cuanto al juicio y la voluntad, tales como la educacion los hace. Como el imperio de la erudicion duraba todavia en su tiempo, se estendió en lo concerniente en la antigüedad, y siempre le faltó la inteligencia de la época moderna; ni aun siquiera trató de adquirirla, persuadido de que el *férreo mundo* se hallaba en un siglo de decadencia. Al ver la civilizacion declinar en su tiempo y en su pais, creyó que tal era la suerte inevitable de la humanidad y buscó las causas inmensas de perdicion en los acontecimientos parciales de la nacion que dominaba sobre la suya. Las ciencias físicas y los descubrimientos de doctrinas nuevas en el Oriente, vinieron después á romper su círculo similar y á demostrar que el catolicismo, la emancipacion del hombre, los grandes descubrimientos impiden al hombre retroceder camino empujado por el fatal giro de los mismos sucesos. La erudicion desmintió la pretension de adaptar todas las pasiones á la historia de los romanos.

Sea como quiera, en medio de tantos errores quedan las conquistas maravillosas de este ingenio ignorado, que dominado por aquella *melancolía que da grandeza*, se hizo enteramente antiguo, *introdujo* la filosofía en las fábulas, y pobló los desiertos ante-históricos con las creaciones de su imaginacion, dominando al mismo tiempo lo presente y lo porvenir; que halló en la historia los tipos racionales; que advirtió la distincion entre el pueblo y la plebe; que dió al célebre pasaje de Clemente de Alejandria sobre la escritura egipcia, la interpretacion con que se honra á nuestros contemporáneos; que disminuyó las maravillas chinas, y presintió la importancia de las naciones escíticas; que, estableciendo ciertas reglas de raciocinio, dudando de algunas preocupaciones, destruyendo otras, planteando muchas cuestiones, verificando á menudo descubrimientos, y aun más frecuentemente dirigiendo á otros autores en esta senda, se anticipó en más de un siglo al vuelo de la crítica y á la creacion de una historia ideal de la humanidad, de los siglos pasajeros contemplados en el númen de la eterna sabiduria.

Apresurémonos á añadir que, desaprobando las investigaciones ociosas, dijo que el objeto de la filosofía era «comprender la verdad y la dignidad de las acciones que debe el hombre ejecutar mientras goza de vida;» y que, al contrario de los muchos escritores que no han hecho más que exagerar la degradacion del género humano, sostuvo que «la filosofía, para ser útil á los hombres, debe elevar y dirigir al caido y al débil, no torcer su naturaleza, ni abandonarlos en su corrupcion.»

(12) ¿Por qué ninguno de los editores modernos ha pensado en darle ortografía y division moderna? Haciendo con él lo que con Guicciardini, seria mucho más fácil comprenderle.

CAPÍTULO XLII

CIENCIAS NATURALES Y EXACTAS.

Las academias serian muy recomendables, si presentasen una union de fuerzas y voluntades hácia un objeto comun; pero, por el contrario, ó los trabajos eran individuales, ó á lo más manifestaban el progreso de las ciencias y producian algunas aplicaciones útiles. No hablamos de las academias literarias, en gran número, sobre todo en Italia, donde se ocupaban, dice con gracia Boccalini, en el *importante oficio de convertir las lanzas en ruecas*. Hubieran podido ser tanto más útiles en aquel siglo, cuanto que faltaban los medios que en el dia ponen al hombre estudioso y aislado en comunicacion con todo el mundo. Bacon concibió la idea en su *Nova Atlantis*, de una sociedad nacional para el progreso de las ciencias naturales: esta novela, menos impracticable que sus demás utopias, se fundaba en una dotacion pública destinada á sostener y alimentar á la ciencia, que decia, no habia poseido un *hombre entero*. Lo que sobre todo le probaba la necesidad, era el miserable estado de las escuelas y de las universidades, en las que todo estaba dispuesto de manera, que el saber estuviese circunscrito y excluida la innovacion; al paso que «en las artes y las ciencias, así como en las minas, todo debia resonar con trabajos nuevos y continuos progresos.»

Lo que proyectaba se hacia ya en Italia: desde 1611, la academia de los *Lincei* habia sido fundada bajo la proteccion del marqués Federico Cesi; pero fué sobre todo notable la academia del *Cimento*. Aun vivia Galileo; y el príncipe bueno, pero débil, que no habia sabido preservarle de la persecucion, profesaba tambien hácia aquel ilustre anciano la veneracion que se le tributaba, tanto de cerca como de lejos. Sin embargo, sus doctrinas se estendian, y lo que es aun más importante, su método. Roma era de las primeras en aprovecharse de él con actividad, y Benedicto Castelli, discípulo de Galileo, era llamado para enseñarle en ella. Ayudándose con el cálculo y con la esperiencia apoyó algunas de las verdades descubiertas por su maestro, é ilustró ó aplicó otras. Notó la irradiacion de las estrellas y la atraccion del iman. Demostró antes que Hevelio la oportunidad de los diafragmas en los instrumentos de óptica, y reconoció que los cuerpos espuestos al sol se calientan de diferentes maneras segun su color. Alentó, sobre todo, á los jóvenes al estudio de la geometria, determinando á ello á Cavalieri, á Miguel Ricci, á Nardi, á Magiotti y á Torricelli, que hicieron progresar en Roma la filosofia esperimental. El anciano Galileo conservaba, sobre todo, afecto á los tres últimos, á los que llamaban *mi triunvirato*, como tambien á Peri, á Aggiunti y á Soldani; y al espirar en los brazos de Torricelli y de Viviani (1642), los dejó herederos de su doctrina y de su mision.

Torricelli.—Habiendo leido Evangelista Torricelli (1608-1647), de Faenza, el tratado de Galileo sobre el movimiento, escribió tambien sobre este asunto con tanto talento, que el ilustre anciano quiso tenerle á su lado, y al momento fué nombrado profesor en Florencia, pero murió á la temprana edad de treinta y nueve años. En su obra sobre el movimiento, dió la primera idea de aquel ingenioso y útil principio de mecánica, de que dos pesos atados, de tal manera, que el centro de gravedad no se eleve ni se baje para cambiar de situacion, permanecen siempre en equilibrio. Reconoció que el agua sale de una abertura con la velocidad que adquiriria un cuerpo cayendo desde el nivel de la superficie al de aquella abertura; teorema fundamental para la ciencia del movimiento de los fluidos. Aplicó tambien el método de los indivisibles á la cuadratura de la cicloide (lo que en vano le cuestionó Roberval) y á la medida del só-

lido hiperbólico. Simplificó el microscopio de Galileo, y mejoró los vidrios del anteojo, determinando, no con la práctica, sino con el cálculo, la curva más favorable. No considerando más que una palabra vacía de sentido en el horror del vacío, con cuya ayuda los antiguos filósofos esplicaban ciertos fenómenos, estudió todo lo que se habia escrito sobre la presion del aire (1), y descubrió á fuerza de inducciones el barómetro, que causó una revolucion en la física y creó una ciencia nueva (2). Aquella preciosa aplicacion habia sido conocida por el mismo Torricelli, que escribia á Ricci, dándole consejos, «que podria con su instrumento llegar á conocer cuándo el aire era más ligero ó más pesado,» y que el aire, «muy pesado en la superficie de la tierra, es cada vez más ligero y puro á medida que subimos á las altas cimas de las montañas;» lo que puso Pascal en práctica midiendo con el barómetro la altura de Puy-de-Dome. Al paso que Descartes se atribuia los descubrimientos ajenos, Torricelli sentia que Galileo no hubiese conocido los efectos de la presion de la atmósfera. Tal vez ayudó tambien el gran duque Fernando II, que se ocupaba de ella, á perfeccionar el termómetro, de que se sirvió el primero aquel príncipe para medir las variaciones de la temperatura diaria, y hacer empollar los huevos de gallina por medio del calor artificial.

En efecto, Fernando II y su hermano Leopoldo buscaban asíduamente instrumentos nuevos y los medios de mejorar ó aplicar los antiguos, para comprobar los fenómenos naturales. El primero inventó un higrómetro y un hidrostammo, combatió las influencias lunares, reconoció que el calórico propende á equilibrarse y que los cuerpos le trasmiten con más ó menos facilidad. Encontró tambien el medio de condensar el vapor contenido en el aire ambiente, y de destilarle por el hielo, como se llamaba entonces la condensacion, enfriando los vapores de los diferentes espíritus, sin elevar la temperatura. Notó los gusanos en el vinagre y el aumento del peso de la plata en su paso por la copela, al paso que las sales disueltas en el agua no cambian de naturaleza por su evaporacion: sus largas observaciones sobre el péndulo le ayudaron en las indagaciones acerca de la propagacion de la luz y del sonido, como tambien en los esperimentos sobre la balística.

Academia del Cimento.—No habia ramos de la ciencia que Leopoldo no investigase por su parte en compañia de los hombres más distinguidos, y á él fué al que se le ocurrió la idea de una academia destinada á reunir los esfuerzos aislados; llamóse del *Cimento*, porque se proponia *probar y reprobar*. El más eminente de sus miembros fué el florentino Vicente Viviani (1622-1703), que habiéndose aficionado con los frailes, sus maestros, á la geometria más bien que á la lógica de entonces, mostró un espíritu matemático superior. A la edad de diez y seis años enseñó la geometria á Fernando II. Trató de la resistencia de los sólidos, estendió la doctrina de los cuerpos flotantes, y desde entonces se conoció la teoria de las ondulaciones, que, aplicada al principio á la acústica y generalizada después, nos inició en tantos secretos de la naturaleza. Se propuso después suplir el libro perdido de Apolonio de Perga sobre las secciones cónicas; y cuando se halló el antiguo manuscrito, se conoció que no sólo le habia adivinado el moderno escritor, sino escedido en mérito. Introdujo en la academia su espíritu geométrico, y la indagacion cándida de la verdad.

Después de él se presenta el napolitano Alfonso Borelli (1608-1679) que ayudaba á Viviani, y en el *Tratado de las fiebres malignas de la Sicilia*, como tambien en otro sobre el movimiento de los animales, asoció útilmente las matemáticas y la medicina. En la primera parte de este último, considera los movimientos esteriores dependientes de la voluntad; en la otra, que es más útil pero menos segura que la primera, los movimientos interiores involuntarios. De esta manera formó la parte más bella y rica de la física animal. Redujo los elementos de la antigua geometria á doscientas proposiciones *(Euclides restitutus)*, é introdujo y designó la verdadera teoria de los cometas, cuando sostiene que el de 1664 no giraba en rededor de la tierra, sino en el del sol, y en una órbita semejante á la parábola. En la teoria de los satélites de Júpiter se entregó á la hipótesis, pero comparando los satélites á la luna, fué el primero que comprendió el principio de atraccion recíproca, el más fecundo que pudo recibir la astronomia. Desgraciadamente oscureció su gloria con una envidiosa malignidad. Desterrado por la sublevacion de Mesina en 1676, se refugió en Roma, donde la proteccion de la

---

(1) Cuando Pascal estendió por Francia sus indagaciones sobre el vacío, el jesuita Natividad publicó, para refutarle, *El lleno del vacío* (1648). Su dedicatoria al príncipe de Conti merece leerse, tanto por las ideas como para hacer ver que el mal gusto no era sólo de la Italia.

«Monseñor: La naturaleza se ve hoy acusada de vacío, y yo trato de justificarla ante vuestra alteza. En un principio alguno sospechó esto, pero nadie habia tenido aun el atrevimiento de convertir las sospechas en hecho y de compararle con los sentidos y los esperimentos. Yo hago ver su integridad, y demuestro la falsedad de los hechos que se le imputan y la falsedad de los testimonios que se presentan. Si todos conociesen la naturaleza como vuestra alteza, á quien ella ha descubierto todos sus arcanos, no se veria acusada por nadie, y se guardarian muy bien de formarla un proceso con testimonios falsos y esperimentos mal hechos y peor confirmados. Espera, pues, señor, que vos la hagais justicia de todas estas calumnias. Si para una justificacion completísima es necesario que presente tambien esperimentos y devuelva testimonio por testimonio, alegaré el espíritu de vuestra alteza que llena todas sus partes, y que penetra las cosas del mundo más oscuras y ocultas, y ninguno se atreverá á asegurar por respetos á vuestra alteza que hay vacío en la naturaleza.»

(2) Un siglo después, la universidad de Wittemberg establecia en honor de aquella invencion la fiesta *Sæcularia Torricelliana.*

reina Cristina no le impidió sufrir hambre, hasta el momento en que las Escuelas pias le procuraron asilo.

Francisco Redi (1625-1694), de Arezzo, médico y poeta, apareció en un tiempo en que á cada víscera se atribuia un remedio propio, y á cada síntoma su específico, originándose de la multiplicidad de éstos una complicacion de brevajes monstruosos. Redi distinguió el error en que estaban los médicos, y se propuso no aventurarse á dañar con remedios falaces; pero no teniendo seguridad de cuáles eran buenos, no empleó casi ninguno y practicó la medicina espectante (3). Examinó los insectos y las sales con una prudente incredulidad en lo maravilloso, y escribia limpia y correctamente, aunque por lo general era muy prolijo.

Aquellos sabios y los demás académicos tenian corresponsales en el extranjero, entre los cuales citaremos á Miguel Angel Ricci, de Como, después cardenal, que dió á los alemanes mejor idea de los algebristas italianos. Estendió hasta más allá de los Alpes los descubrimientos de Torricelli y los trabajos de la Academia, y en todas partes era buscado como juez en las cuestiones científicas de la época.

Recogió la Academia sus principales esperimentos en el libro de los *Ensayos* (4), en el que se deja conocer sin cesar, con el horror á anticuadas insulseces, una investigacion llena de delicadeza sobre los puntos oscuros de la ciencia: así es que se trata de la presion del aire, de los efectos del vacío, de la propiedad del calor y del frio, de la propagacion del sonido, de la luz, del calórico, de los efectos magnéticos, de las atracciones eléctricas, de la velocidad positiva, de los proyectiles, de la digestion, de la fosforescencia; tambien se encuentran allí las observaciones astronómicas. La compresibilidad del agua fué tambien objeto de los esperimentos, que produjeron una conclusion negativa, aunque las de Canton, recientes entonces, después las de Perquins, Orsed y otros la hayan demostrado completamente y determinado el grado.

Los *Ensayos* fueron redactados por Lorenzo Magalotti, secretario de la Academia, más literato que sabio, en un lenguaje claro y en un estilo muy diferente del de la época. Aun permanecieron como monumento literario, aun cuando toda la Europa no los acogiera como primer modelo de las indagaciones experimentales (5).

La academia del *Cimento* apenas vivió diez años; deplorables rivalidades entre Viviani y Borelli turbaron la concordia necesaria á sus trabajos; el príncipe Leopoldo fué á Roma como cardenal, y aquellos á quienes la luz desagradaba se alegraron de ver morir una asociacion que se dedicaba á hacerla brillar.

Sociedad real de Lóndres.—Pero el ejemplo no fué ineficaz. En 1645 Wallis, Wilkins, Glisson y otros sabios ingleses quisieron en medio de las sangrientas agitaciones de su patria formarse un santuario tranquilo para el estudio, reuniéndose todas las semanas en una casa de Lóndres, para ocuparse de la filosofia natural, y sobre todo de experimentos. Habiéndose establecido una parte de ellos para mayor tranquilidad en Oxford, resultaron dos pequeñas sociedades en relacion entre sí. «Nuestro objeto era, dice Wallis, abandonar la teologia y la política para discutir sobre las investigaciones filosóficas... la circulacion de la sangre, las válvulas de las venas, los vasos linfáticos, la naturaleza de los cometas y de las nuevas estrellas, los satélites de Júpiter, la forma ovalada de Saturno, las manchas del sol y su rotacion sobre su eje, como tambien las desigualdades de la luna, las fases de Venus y Mercurio, las mejoras de los telescopios y vidrios que se adaptan á ellos, la pesadez del aire, la posibilidad del vacío, el horror de la naturaleza hácia él, los experimentos de Torricelli sobre el mercurio, la caida de los cuerpos graves y su aceleracion, como tambien otras aun no conocidas, independientemente de las diferentes partes de lo que se ha llamado *filosofia nueva*.» Después del restablecimiento de los Estuardos (1660), aquellos sabios se reunieron con regularidad y obtuvieron el título de Sociedad Real. Como Oldenburgo, editor de las *Philosophical Transactions*, era uno de los primeros veinte miembros; las materias tratadas en aquellas reuniones, como tambien los experimentos, se dieron á luz en aquella hoja. Fué un verdadero cuerpo de filósofos que obraba de acuerdo y sistemáticamente, distribuyendo á cada miembro su trabajo, y discutiendo sobre el adelanto de los conocimientos.

Academia de las Ciencias.—Los primeros miembros de la academia de Ciencias de París fueron matemáticos (1666); entraron después químicos,

(3) Escribia á Lanzoni: «Me alegro ser del número de los profesores que no inquietan á los pobres enfermos con tantos y tan variados remedios, sabiendo que la naturaleza lo que desea es poco y bueno, y se repone con remedios sencillos y una dieta arreglada, mientras que, por el contrario, se agrava mucho con tantos jarabes, píldoras, electuarios y otros compuestos galénicos, inventados, segun creo, no para otra cosa que para saciar la codicia de los boticarios.»

(4) Ha sido reimpreso con motivo del tercer congreso de sabios italianos *(Saggi di naturali esperience fatti dell' academia del Cimento, terza edizione florentina.* Florencia, 1841), con una historia de aquella academia por Vicente Antinori.

(5) El preámbulo deja conocer la opinion de que el alma lleva consigo ideas innatas, y que se reducen á muy poca cosa.

«No es esto decir, el que la soberania bienhechora de Dios, en el momento en que crió nuestras almas, no deje de dirigir una mirada, por decirlo así, sobre el inmenso tesoro de su eterna sabiduria, adornándolas como piedras preciosas con los primeros destellos de la verdad.»

botánicos y anatómicos. Entró, por mediacion de Thevenot, que habia conocido á los sabios italianos, en correspondencia con la Academia del Cimento, á pesar de Borelli, que temia, decia, que «se llegase, segun la costumbre antigua, á achacar á los extranjeros el ser los autores é inventores de los descubrimientos y especulaciones de nuestros maestros, como tambien de lo que nosotros mismos hayamos encontrado.» Publicó la del Cimento sus *Memorias*, y en 1697 fué organizada con arreglo al modelo de la Academia francesa y al de la de Inscripciones de Bellas letras. Se acercaba cada vez más á la idea de Bacon en tener miembros pensionados del gobierno, obligados á leer memorias y á dar cuenta anualmente de sus trabajos: de esta manera libertaba á los hombres de ciencia de las angustias de la pobreza. En la sociedad inglesa fueron, al contrario, los sabios los que contribuyeron al coste de las *Transactions*, y excitaron á producir memorias dignas de ser insertadas.

Podemos añadir, aunque gozaba de menor fama, la academia fundada en Viena por el médico Bausch, á la que se le concedió en 1670 el título de real, con la proteccion del soberano. La sociedad de los *Curiosos de la naturaleza*, establecida en Augsburgo, comenzó el mismo año á publicar sus actas con el título de *Miscelánea*. El elector de Brandeburgo fundó en 1700, por sugestion de Leibniz, la academia de Berlin. En Italia Grabielli habia fundado en Sena la sociedad de Fisiocríticos; y en 1686 en Brescia, el padre Lara y Bernardino Boni la *Academia philoexoticorum naturæ et artis*.

Química.—La nueva direccion de las ciencias apoyadas en el cálculo y en la esperiencia, facilitó sus progresos. Esta ciencia habia conseguido, dirigida por el instinto enérgico de la riqueza y de la salud, ciertos resultados felices, y los italianos no se quedaron á la zaga de los demás. Se preparaban empíricamente mil remedios, como el sublimado corrosivo, los jabones medicinales, las aguas destiladas y la triaca que se debia á Venecia, así como á Florencia los estractos. Muchos cultivaban la química orgánica, y con especialidad Servio de Espoleto que estudiaba la leche; Barbato de Padua y Baglivio, la sangre; callando algunos otros para hacer mencion de Angel Sala, y de Juan Francisco Vigani, de Vicenza, que desterrados ambos de su patria á causa de sus opiniones religiosas, florecieron el uno en Alemania en 1639, y el otro en Inglaterra hácia 1683. El primero combatió la charlataneria, los remedios universales y la trasmutacion; y al hablar del azúcar, del tártaro, de la destilacion y del antimonio, se nos presenta diligentísimo ensayador y observador ingenioso, y llega hasta los confines de la ciencia moderna, cuando manifiesta que el aceite de vitriolo no es más que el *vapor sulfuroso con* ALGUNA COSA *del aire atmosférico*. Vigani, continuando en sus esperimentos, comprendió que un compuesto determinado (sal) resulta de la combinacion de igual cantidad de un mismo ácido con una cal metálica (óxido) (6). En cuanto á las aplicaciones, Antonio Neri, clérigo florentino, da en su *Arte vitraria* (1612) escelentes reglas acerca de la fabricacion de los esmaltes, de los vidrios de colores, de las piedras artificiales y de los espejos metálicos. Martin Poli, de Luca, inventó un medio de causar muchísimas muertes en las batallas, secreto que dió á conocer á Luis XIV, quien le colmó de elogios y regalos, pero haciéndole dar palabra de no publicarle nunca. Vicente Casciarolo, de Bolonia, estudiando las piedras blancas que se hallaban en las inmediaciones de su patria, y calcinándolas con clara de huevo y otras materias orgánicas, obtuvo hácia el año 1602 un nuevo producto que daba luz por la noche, y á que se llamó *piedra solar*, con lo cual previó medio siglo antes el descubrimiento del fósforo hecho por Brand.

La química se cultivó con especialidad en la Academia de Londres, dándole un aspecto científico Juan Becker y Roberto Boyle. Nacido el primero en Epira, y muerto en Lóndres en 1685, sentó en la *Física subterránea* (1669) una teoria que perfeccionada por Stahl, ha permanecido hasta nuestros dias. Independientemente del agua y del aire considera tres sustancias en la composicion de los cuerpos: la tierra fusible y vitrificable, la inflamable ó sulfúrea y la mercurial. De su intima combinacion con el agua se forma un ácido universal, de que proceden los cuerpos ácidos; las piedras resultan de la combinacion de ciertas tierras, los metales, de todas las tres en proporciones variadas.

Boyle.—Roberto Boyle (1626-1691), jefe de los filósofos esperimentalistas, siguiendo los métodos de Bacon, cuyos términos adoptó, dejó seis tomos, parte de metafísica y teologia y parte de física. Entre los primeros, los más filosóficos son el Libre exámen de la idea recibida concerniente á la naturaleza; el Discurso de las cosas ultranacionales; los Medios de conciliar la razon con la religion, la Escelencia de la teologia, las Consideraciones generales sobre el estilo de las Escrituras; tratados claros, sin prevenciones sistemáticas y que anuncian un deseo independiente de hallar la verdad. Habiendo negado los cartesianos que se pudiese sacar en consecuencia una Providencia inteligente de la conveniencia manifiesta de los medios con el fin del universo, Boyle lo refutó en su disertacion sobre las causas finales; y al paso que la mayor parte de los teólogos hacian del hombre el objeto único de la creacion, conoció, como buen fisiologista en los animales y en el órden general, objetos en los cuales el hombre no tiene nada que ver.

Boyle disertó tambien sobre la hidrostática, y tal vez fué el primero que se dedicó á trabajos químicos sin haber conocido la farmacia ó la docimástica. Atacó fuertemente en el *Químico escéptico* (1661)

(6) HOFFER.

á la escuela yatroquímica de Van-Helmont, dudando no sólo de la existencia de los cuatro elementos de los peripatéticos, sino tambien de aquellos que les habian sustituido los modernos y supone átomos diferentes en forma y tamaño, cuya union produce lo que se llama elementos; doctrina admitida en el dia (7). Sus observaciones sobre el frio, el fósforo y el éter le hacen superior á sus contemporáneos. Sin haberse libertado de la credulidad de su época, variaba sus investigaciones, con objeto de descubrir la verdad: las preservaba tambien de las preocupaciones, de la supersticion, de los absurdos, y no referia los fenómenos á un sistema y á esplicaciones hipotéticas.

Otto de Guerricke, de Magdeburgo, tal vez inventó la máquina eléctrica, formada de un globo de cristal que se hacia girar, y ciertamente á él es á quien se debe la máquina neumática (1654). Boyle la perfeccionó escluyendo el agua, con la cual se obtenia antes el vacío, y pudo comprobar varias propiedades del aire, su elasticidad, su necesidad para la combustion y la vida, su accion como vehículo del sonido; y todos los principios que dependen de la presion atmosférica, adquirieron la conviccion que dan los esperimentos. Wren marchó por el mismo camino, y Mariotte demostró por medio de esta máquina, que los cuerpos de diferente peso bajan en el vacío en igual tiempo; y que la densidad y elasticidad están en proporcion de la fuerza que comprime.

El doctor Roberto Hooke de Wihgt, muy aficionado á las hipótesis, tuvo una perseverancia incansable y una imaginacion muy versatil; pero era envidioso de la gloria de los demás y orgulloso de la suya, llegando hasta á atribuirse ajenos descubrimientos, que en efecto perfeccionaba, como lo hizo con la máquina neumática, la campana de los buzos, los relojes, cuyo volante está arreglado por medio de la espiral, como tambien varios instrumentos astronómicos. Emitió tambien ideas muy acertadas sobre la mecánica práctica. Encontró errada como Wren, la hipótesis cartesiana de que las mareas son producidas por la presion de la luna sobre la atmósfera á su paso por el meridiano. Estudió la atraccion capilar y, en una palabra, todas las partes de la física, hasta el grado de que, si hubiese concentrado su aplicacion en un pequeño número de objetos, hubiera podido llegar á ser digno émulo de Newton (8). Bosquejó en la *Micrografía* una hermosa teoria de la combustion, prometiendo desarrollarla, lo que no hizo. Esplicó tambien en *El Lampas* el modo cómo arde la luz.

Mayow adoptó aquella teoria; pero la oscureció á fuerza de adiciones y sutilezas. Sus ingeniosos esperimentos sobre el aire y la respiracion le honraron más, como tambien sus felices conjeturas sobre la combustion de los metales, y principalmente sobre la afinidad.

El *Curso de química*, de Lemery, farmacéutico de París, disipó muchas tinieblas, y abolió el inútil barbarismo del lenguaje; pero seria avanzar demasiado si dijéramos que cambió el aspecto de la ciencia; este mérito estaba reservado á Stahl.

Historia natural.—No habia viajero ni marino que no pudiese proporcionar á la historia natural alguna observacion ó novedad; pero no sabia coordinarlas. La zoologia se contentaba con descripciones esteriores, sin anatomia, á menudo sin exactitud; cuando, en fin, Juan Ray, de Essex, olvidó lo pasado para dirigirse á lo futuro. Publicó (1676) la ornitologia de Francisco Willoughby, con quien habia recorrido el continente; después la *Historia de los peces* (1686), aun mejor, cuya clasificacion se le atribuye. Su *Sinopsi methodica animalium quadrupedum et serpentini generis* (1693); si añade pocas especies nuevas, es, sin embargo, la primera en que las clases generales están fundadas sobre la naturaleza, estableciendo divisiones segun los animales tienen sangre ó no. Los primeros respiran por los pulmones, los demás por los bronquios; entre éstos algunos tienen el corazon con dos ventrículos, otros con uno solo. En la primera clase ciertos animales son vivíparos, otros ovíparos. Aunque Ray supo que los cetáceos deben colocarse, no entre los pescados, sino entre los mamíferos, como los cuadrúpedos, respetó la preocupacion vulgar. Distingue además los cuadrúpedos en ungulados y en unguiculados; los primeros en polípedos, bisulcos y cuadrisulcos; los otros en bífidos y multífidos; estos últimos tienen los dedos ó unidos ó separados, ya parcialmente ya del todo. Además de los cuadrúpedos *análogos*, forma una clase de los *anómalos*, que ó no tienen dientes ó los tienen dispuestos de una manera particular, como los insectívoros, el puerco espin y el topo. Determina con brevedad y precision los caractéres específicos, así es que indicaba á la vez una nueva senda de las clasificaciones racionales, y él mismo la recorria tan bien, que los naturalistas ingleses siguieron mucho tiempo sus divisiones, y algunas han permanecido.

Habia hecho, asimismo, uso de la anatomia comparada; pero la anatomia zoológica puede considerarse como fundada por el arquitecto Claudio Perrault y por Duverney. El médico inglés Lister, observador exacto y sagaz, redujo á ciencia el estudio de las conchas (*synopsis conchyliorum*, 1685). Escepto los pescados, los demás animales de sangre fria no habian ocupado á ninguno que se dedicara á la zoologia hasta Redi. Después de haber

(7) THOMSON, *History of Chemistry*.

(8) Con objeto de arrebatar el mérito en la originalidad á los más estraños delirios de los naturalistas, diremos que Hooke, en una leccion sobre la luz, supone las ideas materiales, y el cerebro compuesto de ciertas sustancias aptas para fabricarlas. Las ideas de la vista proceden de una especie de materia semejante á la piedra de Bolonia, las del oido de otra materia que se asemeja á las cuerdas de violin ó á los vidrios, y el alma puede en un dia fabricar millares de semejantes ideas, uniéndose como eslabones, y apenas se forma una es rechazada del centro.

descubierto el sitio del veneno en la víbora, refutó la doctrina estendida de la generacion equívoca de los insectos, aunque para esplicar ciertos casos recurrió á hipótesis atrevidas y falsas. Las verdades que señaló son menos notables que el método que siguió para descubrirlas y demostrarlas con cuidado y buena fe, empleando mucha moderacion en sus refutaciones. Tuvo por discípulos á Bonomo, á Cestoni, á Sangallo, á del Papa y á Lorenzini, que fué el primero que dió la exacta descripcion del torpedo, cuyo órgano escitador marcó.

Este infinito número de pequeños seres que parecen sustraer á los sentidos el misterio de su organizacion, habia permanecido descuidado hasta el momento en que Malpighi, Leuwenhoek, y otros se dedicaron por medio del microscopio á descubrir este nuevo mundo. Al momento la multitud de naturalistas se dividió para combatirlos ó aplaudirlos. Los unos hicieron presente las ilusiones microscópicas, al paso que los otros se dedicaron á convencer á los sábios de la importancia de semejantes observaciones. De esta manera se aumentó el conocimiento de los animales infusorios, y el boloñés Marcelo Malpighi (1628-1694) sacó consecuencias de gran interés para la anatomia y la fisiologia comparadas. Reveló con ayuda del microscopio, que no era sin embargo más que un lente de cristal, la estructura del pulmon, y siguió en el huevo con una admirable paciencia, el desarrollo del primer bosquejo del embrion, el levantamiento lateral de aquella membrana, que se llamó después blastodérmica, y la primera aparicion de la columna vertebral, como tambien la del sistema nervioso y sanguíneo. Estos hechos permanecieron infecundos en su imaginacion, en atencion á que, fijo en la preexistencia y fuerza centrífuga, concluia en sentido inverso de la observacion. En efecto, aunque rechazando la epigénesis, buscaba la homogeneidad, es decir, un tejido primitivo, cuyos organismos no fuesen más que modificaciones. Ahora bien, Malpighi juzgó tales los *esporos* ó folículos glandulosos en la estructura íntima de los organismos.

Así es que cuando Leuwenhoeck, Hartsoeker y Bohn descubrieron los animáculos espermáticos, la teoria de la evolucion establecida por Harvey, y sostenida con varias correcciones por el observador italiano, pareció destruida, y el nuevo sistema encontró partidarios, entre los que podemos contar á Lancisi.

Swammerdam, en su *Historia general de los insectos*, establecia cuatro clases, segun las formas de sus cuerpos y sus metamórfosis. El médico Antonio Vallisnieri (1661-1730), de la Garfagnana, á quien Malpighi habia aficionado á la historia natural, renovó los esperimentos de Redi sobre la generacion de los insectos, descubrió tambien el ovario en otros animales, y sacó en consecuencia que todos éstos nacen de un huevo, y todos los vegetales de una simiente. Meditó más sobre la generacion del hombre, cuyos infusorios espermáticos de Leuwenhoek escluyó, y tambien los huevos de Stenon.

Anatomia.—La anatomia humana se reformó á mediados del siglo, lo que en parte debió al aumento de las comunicaciones. El sistema de Harvey, aunque aun no probado, ganaba terreno, secundado como era por la trasfusion de la sangre intentada en los perros en Inglaterra en 1657 (9), y con la que Francisco Folli de Poppi hizo tanto ruido, que se le consideró como autor de aquella operacion, con la cual esperaba rejuvenecerse la humanidad doliente. Cuando después Malpighi en 1661, y Leuwenhoek en 1690 demostraron con microscopios la circulacion por los pequeños vasos, y la anastomosis de las arterias y venas, el sistema de Harvey fué confirmado.

Malpighi descubrió la construccion del pulmon, del hígado, de la lengua y de toda la piel, sembrada de papilas, animada por filetes nerviosos; describió la masa cerebral, la estructura grandular de las vísceras y la del nervio óptico en muchos peces, con lo cual destruia la teoria de Descartes, que decia pasaban los rayos luminosos al través del nervio óptico para llegar al cerebro; trató de las fibras espirales del corazon que Borelli, seis años antes que Stenon, habia demostrado ser de estructura muscular; y demostró con mucha anterioridad á Albino que el color de los negros no reside en la epidermis, sino que le produce la secrecion del tejido mucoso que hay entre ésta y la piel. Mesina, siempre en espectativa de quienes eran los mejores profesores, le llamó; pero algunas enemistades le intimidaron y entristecieron hasta que fué nombrado primer médico de Inocencio XII con cuyo motivo tuvo que interrumpir sus trabajos. Escribió su vida, en la que rechazó los malévolos ataques que no le faltaron, como acontece con todo innovador. Su discípulo Antonio Maria Valsalva, de Imola (1723), dió un análisis mejor de la oreja, y mereció ser alabado y defendido por Morgagni; estudió el cerebro, su ramificacion y la circulacion de la sangre en este órgano; la anatomia del corazon y del aparato respiratorio, é introdujo muchas mejoras en los hospitales. Tambien fué un buen anatómico el veneciano Juan Domingo Santorino (-1737). Anteriormente Julio Casserio, de Plasencia, habia estudiado ya los órganos del oido, cuya construccion esplicó mucho mejor Duverey sesenta años después (1683), y segun dice Fontenelle, «llegó á hacer de moda el estudio de la anatomia.»

Mayow, en su *Tratado de la respiracion* (Londres, 1668), indica la necesidad del oxígeno; pero ya Hooke habia demostrado que los animales mueren en el aire que les falte. Independiente-

(9) La trasfusion de la sangre, indicada ya por Marsilio Ficino y por Cardan se practicó en Italia antes que en Lóndres por Fracassati, Montanari y Manfredi.

mente de los microscopios perfeccionados y de los micrómetros, recurrió tambien á las reacciones químicas, primero sobre los huesos, cuya naturaleza fibrosa y vascular se reconoció entonces. El holandés Ruysch perfeccionó el naciente arte de inyectar las preparaciones anatómicas. Del estudio anatómico de las partes se pasó al fisiológico de su uso y de sus relaciones, en lo que se distinguieron los italianos Redi, Liceti, Baglivi, Pancchioni, y de Marchettis. Con el auxilio de los microscopios y de las inyecciones se conoció la anastomosis de las extremidades vasculares, el paso de la sangre de las arterias á las venas, la influencia del aire sobre ella, la absorcion del quilo, las secreciones, la digestion, la geneneracion y otros fenómenos, diversamente explicados por los médico-químicos y médico-mecánicos.

Santorio Santori, de Capodistria (-1636), en la *Medicina estática*, expone las observaciones recogidas casi por espacio de treinta años examinando la balanza, para apreciar la traspiracion cutánea. Es muy notable el compendio de la *Cefalogia fisionómica* (1673) de Cornelio Ghirardelli, en la cual sostiene la localizacion de las facultades mentales en diferentes partes del cerebro, y la correspondencia de los órganos de éste con las protuberancias del cráneo, bases de craneoscopia de Gall.

La fisiologia no recibió menos luz con el descubrimiento que hizo Pecquet, no del canal torácico, conocido ya de Eustaquio, sino de su uso para la conservacion del quilo de que se forma la sangre. La *Anatome cerebri*, de Willis, médico de Oxford, es una obra capital, no menos rica en descubrimientos que en imaginacion, y en la que se demuestra mejor de lo que se habia hecho hasta entonces, que los nervios se desarrollan del cerebro. Asigna asimismo á cada una de las partes del cerebro funciones mentales particulares, antigua hipótesis que ha vuelto á estar en moda en nuestros dias. La *Neurographia universalis* (1648) de Vieusseux, de Mompeller, perfeccionó los descubrimientos hechos ya sobre la anatomia de los nervios, distinguiendo los que nacen de la médula espinal, y siguen las delicadas ramificaciones de los que se estienden por la piel (10).

La anatomia comparada comenzó á considerar las relaciones entre la estructura del cuerpo y el poder de las funciones de la vida animal, á lo que socorrió mucho las teorias de las causas finales. Al napolitano Marco Aurelio San Severino se debe, aunque en estilo bárbaro, el primer tratado de esta ciencia, estableciendo que los órganos de los diversos cuerpos difieren sólo en las proporciones entre los de su especie. German de Nápoles y el toscano de Liagno compararon los esqueletos de varios animales.

Los médicos paracelsistas y helmonsianos no habian cesado de existir. El holandés Francisco Dubois (Sylvius) propagó la teoria de la química medical, suponiendo en el cuerpo humano una fermentacion perpétua cuya perturbacion produce las enfermedades, procediendo la mayor parte de un esceso de ácido, y muy pocas de un orígen alcalino. El espíritu especulador de sus compatriotas contribuyó tal vez á hacerle prescribir con profusion el uso del té y del tabaco. Estos pretendidos químicos, para quienes la vida animal no era más que un procedimiento químico, sin distincion entre los cuerpos mixtos y los cuerpos orgánicos, se estendieron algo por Inglaterra, y mucho por Alemania. Los esperimentos sucesivos que hicieron sobre los humores del cuerpo produjeron útiles resultados, y Lázaro Riverio, de Mompeller, merece particular elogio.

En Italia Galileo y su escuela se habian vuelto á dedicar al estudio de la física y de las matemáticas, formándose con estos elementos los médico-matemáticos, los cuales querian esplicarlo todo por las leyes de la estadística y de la hidráulica, lo que les inclinó á estudiar la anatomia. Ya hemos dicho cómo Borelli aplicó las matemáticas á la medicina; suponiendo que el alma es la causa de los movimientos animales; que muchos de estos movimientos se ejecutaban bajo la influencia de la voluntad, racional ó instintiva; que esta voluntad tiene necesidad de instrumento; como son los músculos, que reciben exteriormente la propiedad motiva trasmitida únicamente por los nervios; aplicando la exactitud matemática á una ciencia tan misteriosa como la fisiologia; quiso asimilar el mecanismo artificial al animal, el equilibrio de las poleas á la organizacion, y sujetó á formas algebraicas, no sólo la contraccion muscular, sino todos los fenómenos de la vida. El danés Nicolás Stenon hizo lo mismo en Florencia, donde publicó su *Miologia* y el *Prodrome del sólido*. Presentó mejor que ningun otro la seccion del corazon, y pretendió esplicar por reglas matemáticas la figura del músculo y su accion. El romano Juan Bautista Lancisi (1720) se dedicó exclusivamente á las observaciones prácticas, explicó á sus discípulos en el primer gimnasio patrio un curso de anatomia; nombrado después proto-médico, se le consideró como un oráculo; publicó las tablas anatómicas de Eustaquio, y muchos opúsculos de medicina é historia natural, y principamente el tratado del movimiento del corazon y de los aneurismas. Lorenzo Bellini (1704), de Florencia, antes de cumplir veinte años públicó una tésis anatómica sobre la estructura de los riñones, y estudió después la de la lengua. Desgraciadamente no disimulaba la elevada idea que tenia de sí mismo, lo que le produjo muchas amarguras. Aquella escuela tuvo por campeones á Archibaldo Pitcairn y Herman Boerhaave, que combinando después sus doctrinas con las teorias químicas y humorísticas, fué proclamado primer médico de Europa, título que á la posteridad cuesta trabajo el conservarle.

(10) PORTAL, *Historia de la anatomia.*—SPRENGEL, *Historia de la medicina.*

Sin embargo, una escuela empírica se dedicaba á la observacion y á los esperimentos, sin sujetarse á ningun sistema; y esto es lo que hizo Tomas Sydenham. Este médico, que pudo observar la peste de Lóndres en 1666 y las viruelas de 1668, enseña que la ciencia curativa debe proceder por medio de la historia natural de la enfermedad, de la aplicacion estable y consumada de los remedios, y tratar de reducir las afecciones mórbidas á clases ó especies. Atribuia mucha influencia á las variaciones ocasionadas por los cambios atmosféricos: creia corruptibles los humores del cuerpo, difíciles de encontrarse las causas morbíficas, y trataba el empleo de los específicos de charlatanismo. Varios médicos estudiaron, siguiendo sus principios, las constituciones epidémicas, principalmente el modenés Bernardino Ramazzini y Jorge Baglivio. Este último modificó la doctrina médico-mecánica negando que las enfermedades dependan únicamente de los sólidos viciados, y sospechando la existencia de una fuerza vital, primer paso que se dió para enlazar la física con la vitalidad. Este sistema yatrofísico establecido por él y Pacchioni es el que contenia mayor número de las verdades que más tarde se comprobaron. Baglivio dejó sin embargo escelentes preceptos de medicina espectante, abrió el camino á una clasificacion metódica de las enfermedades.

En general los principales médicos cesaban ya de considerar los males como entes abstractos, y los examinaban como modo de ser del organismo; así que, estudiaban las relaciones entre la máquina humana y los agentes externos, cuyo poder se deducia, no de las teorias establecidas de antemano, sino de sus efectos. Esto no obstante el oro potable gozaba aun de crédito. Hiciéronselo beber á Gregorio XIV por valor de quince mil escudos: se empleaba para sostener la salud de Rodolfo II.

La casualidad habia descubierto á los habitantes de Quito la febrífuga propiedad de la quina, pero no se estendió su uso, hasta que habiendo sido atacada de unas tercianas muy tenaces, se sugirió el uso de este remedio á la vireina del Perú, condesa de Chinchon. Quiso al principio que la esperiencia se hiciese en pobres, clase destinada ordinariamente para toda especie de pruebas, y habiendo correspondido el éxito, hizo distribuirle en gran cantidad. De aqui el nombre de *polvos de la condesa*, que les dió el vulgo, y el de *chinchona*, que le atribuyó Linneo. En España se conoció muy pronto; los jesuitas la estendieron con afan; el cardenal de Lugo, su procurador general, la aconsejó á Luis XIV, y como se curó, los *polvos de los jesuitas* se pusieron de moda. En esto se dividieron los médicos en dos campos: los sectarios de Galeno, que creian que las fiebres tenian por causa ciertas materias mórbidas que debian evacuarse, rechazaban con obstinacion la quina; los que consideraban sus efectos, la proclamaban divina. Añadiremos para la historia de las opiniones, que muchas personas la rechazaban porque procedia de los jesuitas, y afirmaban que era un veneno introducido por ellos para esterminar a todos los heterodoxos (11). La esperiencia proporcionaba casos en pro y en contra, en atencion á que no siempre se empleaba el remedio en dosis y condiciones convenientes. Tal vez se debe la determinacion á un grosero empírico, llamado Roberto Tabor, de Cambridge (1681), que vendia por las calles un misterioso febrífugo compuesto por él, adquiriendo gran reputacion en Lóndres y en Paris. Habiendo muerto en esta última ciudad, compró y publicó su secreto el delfin; ahora bien, se encontró que tenia por base los *polvos de los jusuitas*.

Los médicos de Italia, menos embebidos en las preocupaciones de Galeno y de los árabes, y atendiendo más á las razones patológicas y á las curas prácticas, que á la moda de entonces de querer explicar la naturaleza de los remedios y su modo de obrar, sostuvieron la quina; después del genovés Sebastian Bado, Francisco Torti, natural de Módena, fué el más decidido en combatir á los enemigos de este medicamento; prescribiéndole tambien aun en los casos en que era perjudicial; posteriormente se extendió su uso á otras enfermedades especialmente á la languidez. Toda la quina que vino á Europa hasta 1772 se sacaba de los bosques de Loja y de los de las cercanias, entre el 3.° y 5.° grados de latitud austral; pero después se ha encontrado en otras partes de la América meridional, de más ó menos eficacia. La quina roja fué introducida en Inglaterra en 1779 por haber capturado un buque español, y se encontró que tenia doble poder que la otra; pero muy pronto los especuladores la sustituyeron con otras cortezas, con lo cual perjudicaron grandemente el crédito de la verdadera.

Este medicamento y otros remedios nuevos, cuyos efectos no podian esplicarse con ayuda de las hipótesis admitidas hasta entonces, convencieron á los sabios de que existen en las leyes de la organizacion y de la vida un carácter particulat que hace inesplicables los de la materia inerte, y que en su consecuencia la esperiencia es superior á todos los sistemas.

Por este tiempo en Nápoles, en Sicilia y en Malta entró la moda de curar las enfermedades por medio del hielo. En cuanto á las aguas minerales, se continuó su uso y se mejoró el análisis. Horacio Monti compuso un *Tratado para dirigir los ejércitos y los navegantes* (1627); y el napolitano Lucas Antonio Poncio, otro mucho más extenso (*De militum in castris sanitate tuenda*, 1685), en el cual trató de mejorar la condicion del soldado, á quien la sociedad condena á tan crueles sufrimientos. Aunque más adelante Pringle trató este asunto con más amplitud, á los italianos se debe la primera tentativa. El siciliano Fortunato Fedeli fué el primero que publicó un libro de medicina legal (12), apro-

(11) BRUNACLUS, *De la quinina*, p. 16. Venecia, 1661.
(12) *De relationibus medicorum libri IV, in quibus ea*

vechándose de los trabajos sueltos del siciliano Ingrassia y del milanés Selvático. Poco después el romano Pablo Zacchia en sus *Quæstiones medico-legales* (1621), dió un tratado completo de esta materia, lleno de doctrina, erudicion y muchos casos prácticos.

Botánica.—La botánica, que se habia abierto un buen camino en el siglo anterior, se limitó en el de que hablamos á dar nombres, describir y dibujar. Los holandeses la ayudaron mucho, el *Hortus indicus malabaricus*, de Rheede, que habia sido gobernador en la India, dió á conocer muchas plantas nuevas, como tambien el *Herbarium Amboniense*, de Rumphius. Por medio de las flores de los paises particulares, se enmendaron las descripciones de las plantas, y se distinguieron las que se hallaban confundidas, notándose sus analogias y diferencias con las demás. Octavio Brembati, de Bérgamo, estudió la estructura de las flores y la influencia de la atmósfera sobre ellas; Juan Ciassi, de Treviso, describió perfectamente los principales fenómenos de la vegetacion; Jacobo Zenoni examinó las plantas de Bolonia y mejoró el medio de disecarlas y conservarlas; las de Sicilia las describió Pablo Boccone, natural de Mesina, que fué el primero que nos dió á conocer el modo con que los machos fecundan las hembras; las flores de Malta las describió tambien Felipe Cavallini; Antonio Donati dió noticia de las que crecian en el litoral de Venecia; finalmente, casi todos los paises de Italia fueron objeto de este estudio (13).

Una vez hallado el microscopio, Henschaw conoció los vasos respiratorios ó traqueas de las plantas y Hooke su tejido celular. Puede decirse que antes de este descubrimiento la naturaleza y marcha de la vegetacion eran ignoradas, pues no se conocia de la anatomia vegetal más que las más evidentes verdades, deducidas de la observacion de los jardineros ó de los aficionados.

José Aromatari, de Asis, habia indicado en una carta de cuatro páginas sobre la generacion de las plantas por medio de las simientes (Venecia, 1625), la analogia entre los granos y los huevos, como tambien el destino de los cotiledones (14). Brown hizo tambien, en el *Exámen de los errores vulgares*, algunas observaciones sobre el nacimiento de los botones en las plantas, y sobre el número comun de cinco en las flores. Pero estas indagaciones quedaron en gérmen hasta el momento en que los libros de anatomia animal surgieron á Nehemias Grew (1628-1711), de Coventry, la idea de que las plantas podian ofrecer disposiciones del mismo género, pues son obra del mismo autor. Dedicóse á elaborar la hipótesis; y presentó en 1670 en la Sociedad Real de Lóndres un libro, en el que se puede decir que creó la anatomia vegetal, haciéndola progresar más que ningun inventor con sus descubrimientos. Atribuyéronle el del sistema sexual de las plantas, aunque las supuso á todas hermafroditas, ignorando lo que Cesalpino habia dicho ya. Pero la verdadera teoría de los sexos la estableció Rodolfo Jacobo Camerario, profesor de botánica en Tubinga, apoyando en esperimentos la hipótesis de Grew, y mostrando que las flores privadas de estambres no dan simientes fecundas. Woodward espuso en la *Philosophical transactions*, sus esperimentos sobre la nutricion de las plantas; esperimentos que consistian en ponerlas en vasijas con agua, pesar después los vegetales y el agua, los unos se habian aumentado y la otra disminuido. Van Helmont, que los renovó, sacó en consecuencia que el agua puede trasformarse en materia sólida. Kenelm Digby esplicó la necesidad del oxígeno, gas descubierto poco antes por Bathurst, á la vegetacion.

Tambien la anatomia botánica trataba de reducir todos los séres organizados bajo una sola ley, hallando uniformidad en su estructura íntima y diversidad solamente en las formas y en las apariencias. Marco Aurelio Sanseverino (*Zootomia democritea*, 1645) basó sus trabajos en esta síntesis, en la cual posteriormente adelantó mucho Malpighi, que antes de Grew elevó la botánica á ciencia, y la utilizó para los progresos de la anatomia y de la fisiologia animal. Espuso aventajando á Grew la estructura y el desarrollo de las semillas, tratando el asunto con mejor órden y más concision; su *Anatomes plantarum idea* se imprimió á espensas de la academia de Lóndres (1671). Como nuevo en este estudio, se vió obligado á examinar analíticamente todas las partes en clases y especies diferentes; la corteza, el tronco, las ramas, la semilla, las hojas, los frutos las flores, las raices, la germinacion, las monstruosidades y los abortos.

Jung, de Hamburgo (*Isagoge philosophia*, 1679), entró en vias de una clasificacion mejor, observando con perspicacia las modificaciones de los órganos hasta en las diferentes plantas, y tratando con cuidado los caractéres y el lenguaje botánico. Roberto Morison, de Aberdeen, profesor de botánica en Oxford (15), ordenó los vegetales, no segun las apariencias, sino con arreglo á los órganos de la fructificacion. Cesalpino habia enseñado ya aquella distribucion; pero así como lo habia hecho para la circulacion de la sangre, no llevó su indagacion hasta los detalles, y la gloria recayó en Morison, aunque no haya caracterizado por sus frutos mas cinco de las siete clases que Cesalpino habia distintamente clasificado.

---

omnia quæ in forensibus de publicis causis medici referre solent, plenissime traduntur. Palermo 1602.

(13) Véanse los citados en el tomo IV de la *Historia de la medicina*, de Renzi.

(14) Véase á SPRENGEL, *Biografia universal.*

(15) *Hortus Blesensis*, 1669; *Plantarum umbelliferarum distributio nova*, 1672; *Historia plantarum universalis*, 1678.

Caminando Ray por sus huellas (16) describió seis mil novecientas plantas, fundándose en el fruto y definiendo mejor las familias naturales, precisando la diferencia de las flores completas y la de las incompletas; en fin, estableciendo la division de monocotiledóneas y dicotiledóneas. Si aquel botánico, si Pablo Hermann, Cristóbal Knaut y Pedro Magnol erraron por falta de principios ciertos en la combinacion de los caractéres, y tambien porque quisieron hacer derivar las clasificaciones de las afinidades botánicas, y descubrir el método natural, al menos son escusables en una época en que la estructura y funciones de los órganos eran poco conocidas.

Conociendo Quirino Bachman (*Rivinus*), profesor en Leipzig, por lo que faltaba á los demás, que la mejor clasificacion era la que facilitaba más el estudio, volvió á los métodos artificiales; pero en lugar de sacar los caractéres solamente del fruto, los tomó tambien de las modificaciones de la corola (17). Forma, con arreglo á Cesalpino, acusando á Morison de haberle desnaturalizado copiándole, diez y ocho clases, subdivididas en noventa y un géneros; y aunque reunió varios, que al principio fueron considerados inclasificables, no supo establecer un sistema uniforme, lo que estaba reservado á José Tournefort, de Aix (18). Sienta su base en la corola, y distribuye las clases por la variedad de la estructura más bien que por el número de los pétalos, los géneros por la flor y el fruto reunidos, y algunas veces por diferencias menos esenciales: así era que se encontraba dispuesto á constituir géneros nuevos, más bien que á reconocer especies irregulares. Apartándose, sin embargo, de lo que Rivin habia hecho, divide los vegetales en yerbas y árboles, que distribuye en veinte y dos clases: once de flores simples, con una ó varias hojas; tres de flores compuestas, una de apétalas, una de criptógamas, una de arbustos, y cinco de árboles clasificados después de su floracion. Aunque la corola que le sirve de regla falta á menudo, y aunque todas sus variedades no puedan colocarse en las clases de Tournefort, las órdenes están, sin embargo, bien diferenciadas, siquiera los géneros y las especies se multipliquen hasta el exceso y no se haya tenido en cuenta los estambres. Micheli (1737), que fundó el jardin botánico de Florencia, reconoció las flores y las simientes de los hongos.

Geologia.—La atencion se dirigió tambien en aquella época sobre la admirable estructura del globo terrestre, lo que hizo dar los primeros pasos á la ciencia enteramente nueva de la geologia. Dominados algunos sabios por la idea de las causas finales, creian que el mundo habia sido creado tal como es, porque se adapta lo mejor posible á sus habitantes. Pero á los observadores debian chocar sus irregularidades, sus evidentes señales de un trastorno, casi de una ruina, que atestiguaban una uniformidad anterior y la existencia de los fósiles y restos de animales marinos, encontrados á montones en parajes distantes del mar. Se recurria para la esplicacion de estos fenómenos al diluvio universal; ¿pero bastaba este corto período para probar la altura en que se encontraban algunas capas de conchas y su inmensa cantidad? Algunos llegaron hasta negar que fuesen animales verdaderos, y pretendian que eran caprichos de la naturaleza.

Los cuerpos marítimos que se encontraban en las montañas fueron estudiados, además de Vallisnieri, por Steluto, el jesuita Cesi y el pintor napolitano Agustin Scilla, el cual comparando los fósiles con los órganos de diferentes animales, se convenció de que aquéllos no eran simples minerales. Los italianos, que fueron los primeros que se dedicaron á este estudio, no establecieron teorias satisfactorias. El jesuita aleman Atanasio Kilcher, erudito, de un saber variado y original, llegó hasta hacerse bajar al Vesubio. Publicó todo lo que sabia de geologia en diez libros que tratan de la corteza y del interior del globo (19), y otros dos que hablan de la alquimia y otras artes relativas á la mineralogia, llenos todos de charlatanismo é insulseces. Dedicándose á estudiar la estructura del territorio toscano, el danés Stenon fundó la cristalografia y la geologia (20). Estableció que las capas de tierra son el depósito de un fluido, y que son diferentes en su composicion; que fueron horizontales durante algun tiempo; después, por un sacudimiento ocasionado por el incendio de los vapores subterráneos ó por el desquiciamiento de las capas superiores, adquirieron las inclinaciones que presentan, formándose de esta manera las montañas. Sostuvo que los restos de animales han pertenecido realmente á seres orgánicos, y dedujo tambien del exámen de territorio toscano seis mutaciones sucesivas, de tal manera, que habrá sido dos veces llano y seco, dos quebrado y montuoso, y otras dos cubierto por las aguas. Generalizó tambien el hecho de que varios cuerpos, y sobre todo las sales cuando se disuelven, vuelven á recobrar su forma.

Tratando en Inglaterra Tomás Burnet, regente de Charterhouse, de conciliar los fenómenos conocidos con el génesis mosaico, supuso que la tierra habia sido creada por Dios enteramente llana y árida, y que las aguas estaban contenidas en la tierra, hasta el momento en que para producir el diluvio abrió Dios los abismos, de donde resultaron los rios y los mares (21); pero más osado que

(16) *Methodus plantarum nova.—Historia plantarum universalis*, 1686, 1704.
(17) *Introductio in rem herbariam*, 1690.
(18) *Institutiones rei herbariæ*, 1694 y 1700.
(19) *Mundus subterraneus*, 1662.
(20) *De solido intra solidum naturaliter contento.*
(21) *Telluris Theorica sacra*, 1694. Este sueño del au-

razonador, suelta la rienda á su imaginacion, al mismo tiempo que ignora demasiado los hechos geológicos, mas los que le refutaron manifestaron que no sabian más. Hooke, Lister y Woodward introdujeron en este estudio más filosofia y mayor conocimiento de los fenómenos. El primero declaró que el diluvio mosaico no bastaba para esplicar la existencia de los fósiles marinos, y adivinó lo que parece demostrado en el dia, á saber: que una porcion de la corteza del globo debió en un tiempo haber sido levantada por una fuerza subterránea, y otra porcion deprimida (22). Lister conoció que ciertas capas se prolongan á largas distancias, y propuso hacer cartas geológicas: Woodward tuvo más conocimiento con respecto á las rocas estratificadas, aunque su teoria fué tan aérea como las demás.

Leibniz supone en su *Protogea* que la tierra se enfrió gradualmente después de una fusion ígnea, y que las aguas se reunieron hasta cubrir su superficie; que la tierra tuvo al principio el mismo nivel; pero que algunas de sus partes se hundieron por el desquiciamiento de grandes cavernas abiertas en su seno (23). Después del cataclismo, las capas formadas por el sedimento de las aguas se endurecieron, para ser después vueltas á cubrir por otras capas procedentes de nuevas inundaciones. Bien se ve cuánto se acercaba Leibniz á las teorias modernas, y como se liberta de las trabas que se procuraba la ciencia, pretendiendo que los dias de la creacion eran dias naturales. Llega tambien á detalles concernientes á la formacion de los minerales y cristalizaciones, á lo que llama geometria de la naturaleza inanimada.

Bernardino Ramazzini, de Módena, que en las *Efemérides barométricas* sostenia la importancia de los cambios en la salud, hablando de las fuentes de su patria, casi describe el artificio que hoy conocemos con el nombre de pozo artesiano, el cual se obtiene con un aparato que profundiza la tierra, «llegando un momento en que el agua salta con tanto ímpetu que arrastra piedras y arena, llenándose en un instante casi todo el pozo de agua y conservándose constantemente de este modo:» sabe cuál es la temperatura elevada de estos manantiales, asegura que desde tiempo inmemorial se buscaban en Módena, y supone que el agua de los mares esparcida por las capas de la tierra, tiende á su ascension segun las leyes ordinarias de la hidráulica (24).

Matemáticas.—Las matemáticas se habian unido á la física, hasta el grado de que los progresos de una de estas ciencias caminaban á la par con los de la otra. Kepler habia notado los fenómenos celestes, las relaciones numéricas; *felices* descubrimientos que consiguió con una inmensa série de cálculos. Aquellas teorias hacian conocer la necesidad de nuevas investigaciones, que apoyándose en el cálculo, sirviesen para la comprobacion de los primeros, ó para el uso en la práctica. Ahora bien, los cálculos eran muy largos y cansados: por ejemplo, para cada oposicion de Marte, era preciso llenar diez hojas de papel, y Kepler repetia siete veces cada cálculo. Ya hemos visto (tomo VIII, pág. 233) como la aritmética logarítmica suplió esta necesidad de la ciencia.

Se atribuye á Descartes, que dió á luz sus grandes invenciones en un pequeño tomo de seiscientas páginas en 4.° (1637), el honor de haber creado la geometria moderna, calificada por la aplicacion del análisis. Partió del problema de Apolonio y de Pappus, titulado *Locus ad quatuor rectos*. «Dada la posicion de cuatro líneas rectas, determinar un punto desde donde, bajando perpendiculares sobre las cuatro líneas, el tamaño de cierta combinacion complexa de rectángulos producidos por estas perpendiculares pueda permanecer constante.» Habiendo resuelto este problema por medio de una ecuacion de dos incógnitas, vió que este principio podia ser generalizado, hásta el punto de formar la base de toda la geometria de las curvas; y como

---

tor inglés se encuentra ya en Francisco Patrici: *Dialogo primo sulla retorica*, en el que finge que esto se encuentra en los antiguos anales de la Etiopia, y que un etiope los refiere en España á Baltasar Castiglione, mezclando á ellos estravagancias mitológicas y fantásticas.

«Al abrirse la tierra por muchos parajes con un horrible desquiciamiento y rayos, cayó toda en sus propias cavernas de debajo de tierra, y las llenó absorbiéndose ella misma. Resultó de esto que fué más pequeña y que se alejó del cielo una distancia infinita, sepultándose en sí misma con todas las cosas que contenia. Los elementos que se encontraron más elevados fueron arrojados fuera por su peso y por la union de sus partes; y en proporcion de su ligereza y de su mayor ó menor pureza, volaron acercándose más al cielo. Pero aquellas de sus partes á que habia quedado cerrada la salida por las ruinas que ocuparon las cavernas permanecieron debajo, las unas en las mismas cavernas que antes, cambiando las otras de lugar. Ahora bien, ha sucedido que en los parajes en que cayó una mayor masa de tierra, y que no pudo ser sepultada en las cavernas, quedó en elevacion; apretada después por su propio peso y condensada por el frio, han llegado á ser montañas y rocas. En los parajes en que se sumergieron las enormes masas de tierra, dejaron descubiertas las aguas: lo que produjo los mares, los lagos, los rios, las grandes y pequeñas islas, como tambien los escollos diseminados por alta mar. Los metales, el oro, la plata y los demás, que en los primeros tiempos eran hermosísimos y preciosos árboles, quedaron cubiertos por las ruinas.» P. 6. Venecia, 1562.

(22) LYELL.—*Principles of geology*, t. I, p. 3.

(23) Si en la época de Leibniz no se hubiese sentado la teoria de los levantamientos, no se hubiera tomado el trabajo de refutarla: *Ut vastisimæ Alpes et solida jam terra eruptione surrexerint minus consentaneum puto. Scimus tamen et in illis deprehendi reliquias maris. Quum ergo alterutrum factum oporteat, credibilius multo arbitror defluxisse aquas spontaneo nisu, quam ingentem terrarum partem incredibili violentia tam alte ascendisse.* Sect. 22. Es curioso que Lancelloti en los *Vapores* sostenga que los montes descienden.

(24) *De fontium mulinensium admiranda scaturigine.*

toda curva descrita segun una ley dada, se espresa por una ecuacion con dos variables, la geometria se encontró en el terreno del álgebra.

Una vez que salió de los estrechos límites en que habia permanecido por espacio de tantos siglos, pudo lanzarse á lo infinito. En lugar de un pequeño número de curvas simples y particulares, abrazó las propiedades de todas las clases de curvas, distintas y ordenadas segun los grados de las ecuaciones que las representan, é infinitas como ella. No se comprendió desde luego, cómo se deducen las diferentes propiedades de la curva de su ecuacion. Descartes se dedicó tambien á este órden de investigaciones fundadas en la solucion de este problema: Tirar una targente á una curva.

Edigio Roberval, talento original é inventor. que habia determinado el área de la cicloide, mejoró el método de la cuadratura propuesto por Cavalieri; encontró otro fundado en principios geométricos para tirar tangentes á las curvas, cuando éstas son producidas por la interseccion de dos líneas que nacen de cierta razon recíproca.

Pedro Fermat, de Tolosa (-1665), que estaba en correspondencia con los hombres más distinguidos de su época, y era muy instruido, tanto en la antigua geometria como en la moderna, la enriqueció con varios descubrimientos, entre otros, con el medio de eliminar de las ecuaciones las cantidades irracionales. Intentó con Pascal aplicar el cálculo de las probabilidades á los juegos; simplificó los métodos para encontrar la mayor y menor de las ordenadas de una curva, como tambien sus tangentes; y poco faltó para que alcanzase el mayor descubrimiento de los tiempos modernos. El sábio teólogo Isaac Barrow se acercó tambien á él, concibiendo la idea del triángulo, llamado después diferencial: y dió una solucion del problema de las tangentes, del que debia resultar el cálculo diferencial.

Aquellos dos sábios consideraban la geometría como una aplicacion secundaria, y casi como un recreo; el mismo Pascal, que sobresalia en ella, y que en sus problemas sobre la cicloide dió el mayor ejemplo de la belleza geométrica, no parecia hacer gran caso de ella. En efecto, escriba á Fermat: «Hablando francamente, creo á la geometría el más noble ejercicio del talento; pero tan inútil, que me parece que hay poca diferencia entre un simple geómetra y un hábil artesano. Así es, que le llamo el más hermoso oficio del mundo; pero en fin, un oficio, bueno para ensayar nuestras fuerzas, pero no para emplearlas en él.» Se podia hablar así cuando aun no se habian hecho las grandes aplicaciones.

Wallis.—El inglés Juan Wallis (1616-1703), uno de los mayores geómetras, y que fué al mismo tiempo teólogo, filósofo, literato, hizo progresar grandes problemas que se agitaban entonces, como la rectificacion y cuadratura de las curvas; llevó hasta el más alto grado las indagaciones dinámicas en el *Ensayo sobre las mareas*, y en la *Mecánica celeste*: manifestó gran fuerza inventiva en la *Aritmética de los infinitos*, en la que ya aparecian en gérmen los métodos, con ayuda de los cuales Newton debia pronto analizar las leyes más complexas de los fenómenos físicos. Trató la cuadratura sobre bases más generales que ninguno de sus predecesores, y encontró que en todos los casos en que el valor de la una podia espresarse en los términos de la otra, sin esponentes negativos y fraccionarios, podia determinar al valor del área en términos finitos. Nicolás Mercator (*Kauffmann*) agrandó esta investigacion imaginando reducir ciertas espresiones á una série continua de números, por medio de lo cual obtuvo la cuadratura de la hipérbole (1667).

Wallis resolvió otros muchos problemas y aplicaciones, y fué ayudado por su amigo Carlos Wren, hombre de gran habilidad en astronomia y en dinámica, de la que se separó poco después para dedicarse á la arquitectura. Sus investigaciones se dirigieron de concierto sobre la teoria de la colision de los cuerpos, y fueron seguidas poco después por Huyghens, con arreglo al principio desarrollado entonces por primera vez de que la accion y reaccion son iguales, y en direccion opuesta.

Cálculo diferencial. — Ya en el problema de la cuadratura de las líneas curvilíneas, Wallis habia tenido la ingeniosa idea de introducir en la série de las áreas conocidas las intermedias. Newton estendió este método inventando séries generales, aplicables á esta cuadratura; y de esta manera llegó al teorema del binomio, aplicado tambien á la cuadratura de las curvas. Después encontró las fluxiones, que determinaban mejor el método de las indivisibles; y habiendo comunicado por enigmas su descubrimiento á Leibniz, éste adivinó ó encontró por sí mismo el procedimiento, al que dió el nombre de *cálculo diferencial* (1684). Este cálculo, mucho más fácil y practicable que el cálculo integral, su inverso, es el mayor de los descubrimientos; generaliza los métodos para resolver con problemas relativos cantidades finitas, y hasta las propiedades ocultas que contienen por esencia el principio de los límites. Leibniz determinó que en todos los casos, la cantidad se halla circunscrita á ciertos límites, y determinó el método de espresarla. Leibniz y Newton reconocian el uno por relacion al otro lo que mútuamente se debian en el descubrimiento de las fluxiones ó de los cálculos diferenciales; pero sus partidarios, personas que siempre incurren en el exceso, y los periodistas que de buen grado atizan las cuestiones, turbaron esta noble union, tratando antes la cuestion de prioridad. Resultó un incendio, excitado más aun por el orgullo nacional, y por el amor propio del sabio (25).

---

(25) Entre los que tomaron partido en la cuestion entre Newton y Leibniz, se encuentra el abate Antonio Conti, de Pádua, uno de esos talentos que todo lo comprenden, pero

Los nuevos cálculos fueron poderosamente ayudados en sus progresos por los problemas, ó puramente analíticos ó mecánicos geométricos, que alternativamente se proponian los partidarios de uno y otro. Así es que Bernoulli le propuso los de la curva catenaria, de la línea que cae con rapidez, de las trayectorias octógonas, de los teutocrona en un medio resistente. Las soluciones de estos problemas y su prioridad llevaban la lucha al terreno de la ciencia positiva, conflicto de sentir aunque resultaron soluciones importantes, y mejores métodos en ventaja del nuevo análisis.

Otros se oponian enérgicamente al nuevo sistema, por afecto al antiguo, y se esforzaban en hacer resaltar los casos parciales que conducian á resultados inexactos. Los Bernouilli se dedicaron á estender las ideas de Leibniz; pero fué un triunfo cuando el marqués del Hospital publicó en 1690 el *Análisis de los infinitamente pequeños.*

Así como después de Descartes se habia reducido la geometria al dominio del cálculo, se poseia ahora el medio de considerar las funciones de todo género, de modo que se buscasen por el cálculo todas sus formas y modificaciones; método, que consagrado después con el nombre de método diferencial, es, á los que le habian precedido, como el vapor á las demás fuerzas motrices.

Física.—Estos eran tambien socorros para la física, que tan gloriosamente habia entrado en la senda del progreso. La ciencia del movimiento de las agua fué inventada por el padre Castelli (1710), de Brescia. Debió tambien mucho al dominico Guglielmini, de Bolonia, á quien su *Tratado físico-matemático sobre la naturaleza de los rios* valió la superintendencia general de las aguas de Bolonia, y la cátedra de higrometria, fundada espresamente para él.

El jesuita Francisco Lana-Terzi, de Brescia (1687), se dedicaba por gusto al estudio de las ciencias naturales, pero más por capricho que por profundizar la ciencia. Habiéndole hecho renunciar su delicada salud á la enseñanza de las matemáticas, examinó la constitucion de las montañas de su pais (26), como tambien la cristalizacion, materias en las que se apoyó sobre teorias que después se han abandonado. Fundó en su ciudad natal la academia de los *Filoesóticos* y propuso varias cosas nuevas en el *Magisterium naturæ et artis*, tales como enseñar, por ejemplo, á hablar y á escribir á los sordos y á los ciegos de nacimiento, hacer relojes perpétuos y autómatas, estraer la raiz cuadrada de un número por el solo medio de una adicion y una sustraccion, sin contar una infinidad de secretos más seductores que fundados. Imaginó tambien un globo aereostático hecho de planchas de metal, y aligerado por la estraccion del aire; y se queja de no tener los medios de ejecutar este esperimento y otros. Así como adelantó en esto á Montgolfier, tambien lo consiguió con el inglés Tull en la invencion de una máquina para sembrar.

El padre Tomás Ceva, de Milan, poeta y matemático, encontró el instrumento para la trisección del ángulo.

Mecánica.—Guillermo Amontons, de Paris, una de las lumbreras de la academia de las Ciencias, mejoró con sus esperimentos la invencion de los termómetros, de los barómetros y de los higrómetros: dió una teoria del frotamiento, é hizo un reloj para los barcos. La construccion de éstos, de los arados, de las prensas de imprenta, y las máquinas en general, fueron el objeto de su principal estudio, en el cual era dirigido por su deseo de encontrar el movimiento perpétuo y por su sordera. El jesuita Pablo de Hoste nos dejó el *Tratado de la construccion de las naves*, y el *Compendio de matemáticas indispensables para un oficial*, que fueron los libros más usados para formar marinos.

Huyghens.—Cristiano Huyghens, de La Haya (1629-1695), fué el primero que demostró la relacion entre la longitud del péndulo y el tiempo de las vibraciones. Buscando en qué curva un cuerpo suspendido daria iguales las vibraciones de los arcos, determinó la cicloide y formó un péndulo destinado á producir hasta en los grandes arcos, movimientos isocronos. Se le deben á él, ó al menos á sus esperimentos, el descubrimiento del centro de oscilacion, que tuvo parte en las mayores especulaciones de la mecánica analítica. Un cuerpo solicitado por fuerzas que se dirigen á diferentes puntos, fué tambien el objeto de sus observaciones. Cuando la Sociedad Real llamó la atencion de sus miembros sobre la colision de los cuerpos (1668), Huyghens, Wallis y Wren determinaron las leyes, es decir, la igualdad de accion y variacion, estableciendo que la misma fuerza comunica la celeridad en razon inversa de la masa de los cuerpos.

Leibniz dió gran impulso á la mecánica teórica introduciendo el *principio de la razon suficiente*, aunque la desacreditó exagerándola; y el de la *ley de continuidad*, por la cual nada pasa de un estado á otro sin atravesar todos los estados intermedios. En fin, afirmó que la fuerza de un cuerpo en movimiento no es proporcionada á su celeridad, sino

---

que por abrazarlo todo no terminan nada. Estaba en Inglaterra cuando Leibniz le dirigió una carta en la que acusaba de parcialidad el juicio dado por la Sociedad Real de Lóndres. El abate Conti enseñó la carta á Newton que declaró consentir en que examinasen de nuevo la cuestion. Pero comparando las piezas del proceso, encontró algunas que por su anterioridad alejaban de Newton toda sospecha de plagio. Con esto descontentó á Leibniz, y descontentó tambien á Newton, dando á conocer que todo aquel juicio académico habia sido dado bajo su direccion; que él mismo habia dictado las cartas que convenia publicar en el *Commercium epistolicum*, y que él mismo tambien habia puesto las notas.

(26) *Saggio della storia naturalle della provincia di Brescia.*

al cuadrado de esta celeridad. Suscitaron vivas contradicciones con respecto á esto: ahora bien, aunque la diferencia pareció enorme, el resultado era en efecto el mismo, pues la diferencia consistia únicamente en que unos buscaban el tiempo y los otros el espacio.

Leibniz habia llamado *fuerza muerta* á la simple presion, y *fuerza viva* á la fuerza en movimiento. Juan Bernoulli dedujo de esta la *conservacion de las fuerzas vivas*, es decir, la permanencia, durante cada cambio gradual, de todo sistema de cuerpos conexos en el conjunto de los productos de sus masas por los cuadrados de la celeridad; teorema que abrevia la solucion de muchos problemas, y que Daniel Bernoulli tomó por base de su *Hidrodinámica* (1738).

Optica.—En la óptica Willebrond Snell, de Leida, consiguió lo que no habian podido alcanzar el árabe Al-Hazen, el polaco Vitellion y Kepler. Encontró la ley de refraccion, que reunió la desviacion del rayo refractado á la perpendicular y al ángulo de incidencia, en la relacion de una razon constante entre los senos de los ángulos formados por los ángulos incidentes y refractados. No habiendo Snell espresado su pensamiento en el lenguaje claro de la trigonometria, Descartes pudo atribuírselo en su *Dióptrica* (1637), deduciendo la ley de la hipótesis arbitraria de que la luz camina con tanta más rapidez cuanto más densos son los átomos. Fué contrariado en esto por Fermat, que se apoyaba tambien en una hipótesis, la de la accion mínima que las subsecuentes indagaciones han confirmado después. Sosteniendo, pues, que la luz se retarda por la densidad de los átomos, dedujo que la refraccion está regularizada por la ley de los senos.

El danés Erasmo Bartholin notó que un cuerpo pequeño observado al través de un cristal de espato de Islandia, parecia doble; Huyghens estudió este hecho, y determinó las leyes de la doble refraccion (27). Habia publicado la hermosa teoria de la luz (28) para esplicar los simples fenómenos de la óptica entonces conocidos; pero después en manos de los filósofos subsecuentes pudo bastar á la esplicacion de los fenómenos más complicados. Suponia un éter inconcebiblemente sutil, esparcido en todo el espacio y en todos los cuerpos, más condensado en los más densos. Las ondulaciones escitadas en este éter se propagan en diversas direcciones, segun el impulso originariamente comunicado por cierta accion de los cuerpos luminosos. Estas ondulaciones propagadas del centro á la circunferencia como en el agua que hiere una piedra, hacen esperimentar á nuestros ojos al llegar allí, la sensacion de la vista. Fuéle fácil esplicar la reflexion y la refraccion tanto ordinaria como doble, y la razon constante entre los ángulos de incidencia y de refraccion en el mismo medio. Los hechos debian confirmar esta hipótesis; pero quedará incompleta mientras no se esplique por qué las ondulaciones del fluido luminoso son esferoidales en el caso de los cristales, y esféricas en los otros casos.

El jesuita Francisco Maria Grimaldi publicó en Bolonia, en 1665, diferentes casos ópticos de grande importancia, entre otros el de la inflexion de la luz y la doble refraccion producida por el rayo solar al caer sobre el prisma. No se detuvo la curiosidad en este problema, y él mismo lo esplicaba con ayuda de una condensacion y de una espansion alternadas, en vez de esplicarle por la refrangibilidad de la luz.

Veinte y seis años antes de que apareciera la *Optica* de Newton, José Antonio Barlari, de Savignano, publicó *el Iris, obra físico-matemática* (Bolonia 1678), después de haber esplicado claramente la opinion de Aristóteles sobre este punto, y de haberla declarado insuficiente, emprende examinar: 1.° los colores del primer arco iris y los del segundo, en el cual se hallan enteramente invertidos; 2.° la figura constante y perfectamente circular de los dos arcos iris, y su situacion respecto del sol; 3.° como la parte visible de este arco se hace mayor á medida que el sol está más elevado en el horizonte. Sostiene que la nube no basta para producir el arco iris mientras permanece en estado de nube, sino que es necesario que resolviéndose en gotas muy menudas sea herida de frente por el sol; y esto lo prueba por el efecto de las lluvias artificiales y de las cascadas, así como por la esfera de cristal llena de agua espuesta al sol, en la cual se ven distintamente los colores del iris hasta la declinacion del grado 42 de rayo visual sobre la línea que pasa por el centro solar, al par que aparecen en sentido inverso á la inclinacion del grado 53. Espone todo esto empleando mucho la geometria y la trigonometria, indicando muy á las claras (p. XXVIII y XXIX) la refraccion, así como el modo con que nacen los colores de la inclinacion diversa que hace tomar á los rayos. Si esta obra no es conocida por los extranjeros, culpa es de los italianos, en atencion á que no ha sido mencionada más que por un corto número de sus escritores. Su autor murió en olor de santidad.

Astronomia.—Las persecuciones no retardaron el triunfo del verdadero sistema del mundo. Aunque ciertas personas se considerasen todavia como obligadas á algunas contemplaciones respecto de la opinion que se creia conforme á los sentimientos de la Iglesia, algunas adaptaban con este objeto el hecho á la Escritura como Tycho-Brahé; y otros, la Escritura al hecho como Foscarini. El jesuita Juan Bautista Riccioli, de Ferrara, coleccionó en su *Almagesto* todo lo que habian escrito los astrónomos hasta su tiempo, y pretendió dar un nuevo sistema que no tuviera que chocar con las preocupaciones, y no hace mencion de las leyes de Kepler.

(27) Esta observacion ha producido en nuestros dias el magnífico descubrimiento de la polarizacion de la luz.

(28) *Tratado de la luz*, 1690.

Otro jesuita, Honorato Fabre, francés, gran penitenciario en Roma, declaró que una vez demostrado el movimiento de la tierra, la Iglesia tendria que esplicarse sobre el modo con que convendria entender lo figurado en los pasajes de la Escritura. Esto bastó para que el Santo Oficio le intentara un proceso, de cuyas resultas estuvo encarcelado cincuenta dias.

Descartes, después de haber dado á la nueva geometria gran generalidad, se inclinó á creer que el sistema del mundo y la filosofia de la mecánica podian tambien construirse sobre una teoria deducida de un corto número de axiomas presupuestos. Ahora bien, se figuró hallarlos en algunas ideas metafísicas de la divinidad, de los que sacaba, por via de deduccion, las leyes de la naturaleza y el motivo por el cual las cosas están constituidas como las vemos. Pero al par que pretendia por un encadenamiento de consecuencias determinar las modificaciones posibles de los agentes materiales, parece que se contradice aceptando la esperiencia y la induccion, aunque en realidad no fuese más que como auxiliares subordinados á sus teorias. Sin embargo, fué el primero que intentara esplicar y enlazar uno con otro todos los movimientos planetarios con ayuda de los principios físicos, que aun encerrando suposiciones gratuitas, no carecian de carácter filosófico.

Después de haber sentado las ideas del movimiento de la materia y de sus atributos, es decir, la estension, la impenetrabilidad y la inercia, trataba de raciocinar sobre esfas bases *à priori*. El espacio está lleno por la materia, y todas sus partes están dotadas de movimiento en direcciones infinitamente variadas, y de sus combinaciones nacen un movimiento circular y la fuerza centrífuga, de tal modo, que la materia viene á distribuirse en una infinidad de torbellinos que se limitan y se circunscriben alternativamente. En pequeño la materia más sutil sustituye al torbellino en que se balancean los cuerpos más densos, y así sucesivamente por acrecimiento la tierra y los planetas son los centros de un torbellino donde la materia sutil se halla oprimida hácia el centro, mientras que la fuerza centrífuga la rechaza de allí; después estos mismos planetas son impulsados circularmente en el gran torbellino del sistema solar con la misma tendencia.

Ya Kepler habia descubierto las leyes del movimiento de los planetas, con las cuales no ofrecia el sistema de Descartes conformidad alguna, ya que no esplicaba más que la circularidad de las órbitas, cuando precisamente estaba demostrado que no existen círculos. Pero aunque fundada sobre postulados imaginarios y que no esplican los hechos, esta hipótesis fué acogida con idolatria, atendido que hablaba á la imaginacion y á los sentidos. Habiendo visto cada cual los efectos del torbellino en el aire ó en el agua, podia, por consecuencia, figurarse otro tanto en el movimiento de los planetas al rededor del sol. Esta idea de enlazar inmediatamente la naturaleza á la divinidad sonrió á las gentes piadosas; pareció oportuna en las escuelas para reemplazar al gastado sistema de Aristóteles, tanto más, cuanto que el tono metafísico de las especulaciones cartesianas mantenia las discusiones escolásticas.

Gasendi (1592-1655), de Chantersier, sectario de Galileo, sostuvo el sistema de Copérnico, y demostró la analogia que existe entre las leyes del movimiento establecidas por los mecánicos, y las del movimiento de la tierra. Observó antes que nadie el paso de un planeta sobre el sol, el de Mercurio; Kepler, que le habia predicho, murió antes de que este hecho hubiese venido á comprobar la elipticidad de las órbitas; después se pudo examinar el paso de Venus en 1639. Así se acreditaban las leyes de Kepler entre los astrónomos, quienes aun adoptando las órbitas elípticas, ensayaban el modo de que se refiriese el movimiento á algun centro; porque todavia no habian comprendido á Kepler lo suficiente para ver que la ley que habia descubierto era verdaderamente la de la naturaleza, á saber, un movimiento al rededor del foco en que está situado el sol; movimiento uniforme, no en la velocidad lineal, sino en las intersecciones por las cuales pasa el rayo de luz.

Sin embargo, se adelantaba en el conocimiento del cielo, merced á los progresos de las matemáticas y de la mecánica. Huyghens, que se ocupaba con estremado cuidado en los telescopios, los construia de una longitud desmesurada, y empleaba en ellos cristales objetivos que tenian hasta ciento treinta piés de longitud focal (29); ahora bien, aumentada así la dimension además de que resultaba un tamaño más considerable, disminuia el inconveniente de los diversos matices con que la descomposicion del color rodea la imágen. Adaptando Huyghens el micrómetro al telescopio, y sustituyendo Picard á los simples niveles el telescopio de cuadrante, fortalecieron los ojos del observador para nuevos descubrimientos, y fué el primero que dió además cronómetros de exactitud estrema. Modificando el principio teórico sobre que está fundado el telescopio de refraccion, se pudo inventar el telescopio de reflexion, que quizá es todavia más sencillo, pero exigia otras combinaciones más sencillo, pero exigia otras combinaciones más para reducirse á la práctica, y á esto llegó el escocés Jacobo Gregory, cuyas investigaciones fueron de grande auxilio para la óptica. El danés Olaus Rœmer parece haber tenido hácia el año 1690 la primera idea del anteojo de tránsito.

Huyghens descubrió, que la apariencia anómala de Saturno procedia de un anillo con que está rodeado. Lionville habia descubierto desde 1619 la precesion de los equinoccios; Juan Bayer, de Augsburgo, habia dado un nombre á cada estrella, distinguiéndolas con ayuda de las letras griegas y

(29) Dícese que el francés Adrian Auzout, su contemporáneo, los hizo de seiscientos piés.

latinas; Mercator, en sus *Instituciones anatómicas* (1676), empleó el cálculo decimal. Juan Hevelio, de Danzick, dibujó la superficie de la luna, y además de la libracion de este planeta en latitud, observada por Galileo, halló la de en longitud.

Fué una gran ventaja para la ciencia la fundacion de los observatorios, cuyo gasto es superior á los medios de que un particular dispone, y que reune una série de hechos á los cuales la vida de un particular no basta. Estos establecimientos fueron destinados á las atribuciones de un oficial público, cuando la exactitud de las observaciones astronómicas llegó á ser una cosa importante. El que Tycho-Brahé habia hecho construir, fué desgraciadamente abandonado; pero el observatorio nacional de París fué fundado en 1667, el de Greenwich en 1675; y á pesar de los inconvenientes del clima, suministró más observaciones sistemáticas que toda la Europa junta. Juan Flamsteed, autor de dos obras sobre la *Ecuacion del tiempo* y sobre la *Teoria lunar*, fué nombrado para tomar la direccion de aquel observatorio, y se aplicó á ella con asiduidad, redactando un *Atlas celeste* mejor que el de Bayer, y en el cual se determina la posicion de tres mil estrellas, y especialmente la de las del zodíaco.

Halley; 1656-1742.—Habiéndole sucedido el inglés Edmundo Halley, introdujo allí muchas mejoras prácticas y surgió perfecciones en las tablás de la luna. Concerniente á este planeta hizo un descubrimiento en extremo importante, porque hasta entonces se habia creido que los movimientos de los planetas eran uniformes, y halló que en la luna eran algo acelerados. Observando el fenómeno raro del paso de Mercurio sobre el sol, tuvo la feliz idea de aprovecharse de él para determinar los paralajes de los planetas. Jóven todavia, estuvo un año en Santa Elena (1676), y á pesar de las incomodidades del clima estudió á los astros del hemisferio meridional. De vuelta en Inglaterra, volvió á partir inmediatamente con direccion á Danzick á fin de platicar de su descubrimiento con Hevelio. Llegó allí el 26 de mayo de 1679, y sin perder el tiempo en saludos y en conversacion, se pusieron á observar juntos, como gentes que se conocen hace mucho tiempo. Y es que se habian encontrado efectivamente en la patria comun hácia la cual dirigian ambos sus miradas.

Newton, 1642-1727.—Isaac Newton, el hombre más ilustre de este siglo, como Galileo lo habia sido del precedente, recogió é hizo madurar los progresos anteriores á su venida al mundo. Nació en Woolsthorpe, el dia que en que murió el ilustre florentino, y desde su niñez se aplicaba á mejorar los instrumentos, que servian para sus juegos. Estudió después sucesivamente los elementos de Euclides, la geometria, de Decartes; la aritmética de los infinitos, y de Wallis la óptica, de Kepler; pero en sus estudios supo emplear la uniformidad de método de que carecian aquellos preciosos materiales. Habiendo crecido en breve su nombre, fué nombrado presidente de la Academia Real, é inspector supremo de las casas de moneda. Dotado de un temperamento muy dulce y de una alma tranquila, siguió su carrera hasta la edad de ochenta y cinco años, á pesar de sus inmensas y variadas ocupaciones, rodeado de la más estensa gloria; por último, fué sepultado al lado de los reyes en la abadia de Westminster.

Newton introdujo innovaciones en la mecánica, en la óptica, en la astronomia, é impulsó á un punto diferente de aquel en que la habia hallado las ciencias á que tocó. Multiplicó los esperimentos en la química, é indicó, quizá antes que otro alguno, la atraccion electiva; pero meditó principalmente sobre el calor y sobre la variedad de temperatura producida por el cambio de los cuerpos en sólido, en líquido ó en gas, lo cual le permitió señalar términos fijos á la escala del termómetro. Dió tambien orígen á las dos divisiones principales de la química, estableciendo una graduacion metódica del termómetro, de modo que se pudiesen comparar las observaciones hechas en cualquier punto, é indicando la naturaleza de la afinidad consistente en la atraccion recíproca de las moléculas, lo cual rechazaba muy lejos las hipótesis gratuitas de puntos, de anillos, de broches, con cuya ayuda se creia que se sostenian entre sí los elementos.

Fijando en la óptica una atencion escrupulosa sobre el prisma y sobre los efectos de los cristales lenticulares, llegó á deducir que la luz del sol no es homogénea, sino compuesta de una infinidad de rayos primitivos, diversamente refrangibles; refrangibilidad inherente al mismo rayo, hállese sometido á cualesquiera modificaciones (30). Descubrió tambien la reflexibilidad de la luz, la cual hace que los rayos más ó menos refrangibles sean tambien más ó menos reflexibles y presten á los objetos diversos colores segun el diferente grado en que son reflejados. Tambien reconoció la difraccion ó inflexion de la luz ya descubierta por Grimaldi.

Una vez conocida la naturaleza de la luz, Newton se dedicó á aplicaciones prácticas. A fin de evitar las aberraciones producidas por la refraccion, formó telescopios de reflexion (31), cuyo perfeccionamiento no debia tener límites, y mejoró de

(30) Guillermo Herschell demostró, y H. Engelfield comprobó después, que existen en un rayo solar rayos de calor que no son luminosos, y rayos luminosos que no dan calor.

(31) Newton creyó que jamás se podrian evitar los colores prismáticos en el telescopio de refraccion; pero fué una de las poquísimas cosas en que se engañó, porque á consecuencia de los raciocinios del sueco Klingestiern, Dollond inventó un vidrio particular *(flintglass)*, con cuya ayuda se impide la dispersion sin dañar á la refraccion. Resulta de aquí que los telescopios de refraccion se han perfeccionado de tal modo, que hoy se abandonan los de reflexion completamente.

tal modo la construccion de Gregory, que su telescopio, cuya longitud no era más que de seis pulgadas, hacia ver el objeto de más tamaño y más distinto que el de seis piés. Construyó un microscopio sobre un principio análogo, y espuso los diversos esperimentos de la composicion y recomposicion de la luz. Escudriñó igualmente con imponderable delicadeza los colores presentados por capas estremadamente ténues de aire ó de líquido, y formó la *escala* que lleva su nombre. Dió tambien la esplicacion verdadera del arco iris. Para resolver el dificilísimo problema de la vision, supone que los objetos luminosos irradian en todas direcciones particulas imperceptibles, sujetas á la atraccion y á la repulsion, de tal modo, que los fenómenos de la luz pueden esplicarse por las leyes dinámicas. Huyghens, que por el contrario, suponia la luz producida como el sonido, por un movimiento de vibracion comunicado por el cuerpo luminoso á un fluido muy elástico, no habia podido dar razon de la formacion de los colores en la refraccion ordinaria de la luz por medio del prisma (32). En suma, Newton sometió al exámen esperimental una clase entera de fenómenos que hasta entonces no habian sido observados más que á título de simple curiosidad, y hasta Wollaston no volvió á verse ningun adelanto de esta clase.

Tambien introdujo Newton grandes mejóras en la mecánica y en la dinámica. Wallis (1669) habia establecido un sistema completo de estadística sobre el principio de Stevin y de Galileo, á saber, que el equilibrio se verifica siempre que hay igualdad en la suma de los *momentos*, es decir, en el producto de la fuerza y del peso por la velocidad del punto en que es aplicada. Varignon dedujo en el *Proyecto de una mecánica nueva* (1687) toda la teoria del equilibrio del único principio de la composicion de las fuerzas. Pero los *Principios* de Newton (33) que reduce á la geometria pura las tres *leyes del movimiento* y mide la accion mecánica por los efectos que produce, causaron una revolucion completa. Todos los movimientos celestes se derivan de esta ley sencilla, que cada partícula de materia atrae á todas las demás con una fuerza proporcional al producto de sus masas é inversa del cuadrado de las distancias mútuas; lo cual da las explicaciones de todas las perturbaciones. Un cuerpo, que por una fuerza impulsiva continuaria moviéndose uniformemente en línea recta, si otra fuerza obra sobre este cuerpo en una tendencia inclinada sobre la primera, deberá moverse por la resultante que determinará la diagonal del paralelógramo, cuyos dos lados representan las dos fuerzas. Newton funda sobre este principio sencillo su teoria de las fuerzas centrales que hace concebir exactamente el movimiento al rededor de un centro. Ricamente dotado bajo este aspecto de la invencion geométrica, llegó á evidenciar este insigne teorema: «que un cuerpo lanzado en línea recta y sujeto á la accion de una fuerza central girará en alguna de las secciones cónicas cuando la fuerza varie en razon inversa del cuadrado de la distancia del foco.»

El inmenso poder de su entendimiento le hizo hallar consecuencias matemáticas en diferentes casos. Ya Kepler habia dado las tres grandes leyes inductivas del movimiento celeste, y aventurado la hipótesis de que el sol atraia los cuerpos que se hallaban en su esfera de accion con una fuerza que se atenuaba á proporcion de la distancia, y además que la luz disminuye de intensidad como los cuadrados de las distancias. Bouillaud observó tambien, después de haber introducido las órbitas elípticas en su sistema astronómico, que «si la atraccion existe, disminuye como el cuadrado de las distancias.» Borelli (34) sostiene más claramente, que todos los planetas se mueven al rededor del sol segun una ley general, y lo mismo los satélites al rededor de los planetas; y que esta fuerza de que el sol es el único orígen, los sostiene de tal modo, que estos astros no pueden apartarse de su centro de accion.

Hooke, que habia intentado medir las variaciones de la gravedad con ayuda del péndulo, quiso dar un sistema del mundo fundado sobre tres suposiciones: 1.ª que todos los cuerpos celestes gravitan hácia los centros, atrayendo, no sólo sus partes propias, sino tambien los otros cuerpos celestes en la esfera de su actividad; 2.ª que todos los cuerpos en movimiento sencillo lo continuarán en línea recta, mientras que otra fuerza no les haga derivarse por una curva compuesta: 3.ª que las fuerzas son tanto más poderosas, cuanto más inmediato está á su centro el cuerpo atraido. Invitaba á examinar estas hipótesis para hallar la verdadera ley con cuya ayuda pudiesen explicar los astrónomos los movimientos celestes.

Así se hallaba abierto el camino para llegar al descubrimiento de la gravitacion y de sus leyes, pero parece que Newton llegó á él por otro camino. Los cuerpos propenden á moverse en línea recta; sólo una fuerza esterior puede mantenerlos en un movimiento circular; de consiguiente si los planetas, girando con estremada rapidez en rededor del sol, no escapan por la tangente de la curva, es forzoso decir que se lo impide una fuerza cualquiera. Conocida es la anécdota de la manzana que cayó sobre la cabeza de Newton en un jardin donde descansaba, y que le hizo reflexionar sobre

(32) Sin embargo, no fué desaprobada por Newton la teoria de las ondulaciones ó vibraciones, que prevalece ahora. En una de sus cartas á Boyle inserta en 1822 en la *Biblioteca universal de Ginebra*, admite la propagacion de la luz mediante las vibraciones del éter preexistente, y esparcido por todas partes; hasta cree que la existencia de este éter puede tambien dar la esplicacion de los fenómenos de la gravedad y de la atraccion.

(33) *Philosophiae naturalis principia mathematica.*

(34) *Sobre los satélites de Júpiter*, 1666.

si la luna hubiera podido caer de este modo. Al comparar las leyes de la caida de los cuerpos graves, establecida por Galileo, en virtud de la cual los planetas se mantenian en su revolucion al rededor del sol, afirmó que propendian á caer en este astro por una fuerza igual á la que les rechazaba en línea recta.

Esta ley del movimiento centrípeto y centrífugo no está limitada á nuestro sistema solar; este sistema está tambien atraido en su conjunto por el sistema de las estrellas, y los cuerpos celestes se atraen unos á otros en proporcion de las masas y en proporcion inversa de los cuadrados de las distancias.

Entonces pudo explicar Newton un gran número de fenómenos sorprendentes: demostró que las aberraciones de la luna y las irregularidades aparentes de los otros planetas nacian naturalmente de las leyes de la gravitacion; que sucedia lo mismo con la nutacion de la tierra, con su figura esferoidal, con la precesion de los equinoccios, con el flujo y reflujo.

La apariencia y los movimientos de los planetas eran considerados como anómalos. El napolitano Alfonso Borelli fué el primero que sometió su curso al cálculo. En una carta al padre Estéban de Angeli, profesor de matemáticas en la escuela de Padua, sobre el cometa de setiembre de 1664, demostraba que era imposible representar su movimiento, ora con el sistema de Tycho-Brahé, ora con el de Tolomeo, no así con el de Pitágoras, que habia comprendido con ayuda del cálculo que los cometas describen una parábola al rededor del sol, y que si se podia observar largo tiempo se hallaria una órbita elíptica. Repite en otra carta al gran duque, de 4 de mayo de 1665, que no puede creer que la marcha de los cometas sea rectilínea, sino que siguen una curva semejante á la parábola (35). No tenemos las demostraciones que promete; pero en esto tambien se habia anticipado á Newton en tres lustros, y lo que aparecia confusamente á Dorfel, está esplicado á las claras. Tambien Hevelio habia establecido ya que el movimiento de los cometas es más curvo en ciertas partes que en otras, formando una parábola que tiene su vértice en el punto en que más se acercan al sol. Newton no vió en esto más que un nuevo caso de la ley de gravitacion, esta forma que procede de la fuerza misma de las proyecciones originarias.

Así se enlazaban á su principio todos los descubrimientos anteriores, los fenómenos del cielo con les leyes dinámicas, los teoremas geométricos con las hipótesis aventuradas. Termina con un himno á la causa primera, deduciendo las pruebas de su existencia y de su perfeccion, leyes admirables que rigen los fenómenos naturales.

La adhesion al cartesianismo, esa masa de verdades tan diferentes de lo que se habia enseñado hasta entonces, y la imposibilidad de demostrarlas con los antiguos métodos de investigacion matemática, fueron otros tantos obstaculos á la teoría de la atraccion. Su claridad y hasta su sencillez le hacian desfavorables aquellos que no concebian la filosofía sino como dificil para la inteligéncia.

Calcular y meditar, tal era la vida de Newton. Alguno le preguntaba cómo habia llegado á tan admirables descubrimientos. *Pensando siempre en ellos*, respondió. Le acontecia á veces sentarse en la cama para vestirse, y se apoderaba de él de repente la meditacion quedando así abstraido horas enteras. Otras se olvidaba de comer, y las costumbres ordinarias no tenian trabazon ninguna con sus pensamientos. Escribia á Bentley: *Si he prestado algunos servicios al público, no son debidos más que á la perseverância y á una meditacion paciente.* En el prefacio de sus *Principios* dice: *Toda la dificultad de la filosofía consiste en investigar en pos de los fenómenos del movimiento, las fuerzas de la naturaleza y en demostrar detrás de ésta los demás fenómenos.*

No tuvo en las matemáticas abstractas más rival que Leibniz. Su industriosa paciencia le llevó á inventar en sus esperimentos métodos, sin ejemplo hasta entonces, para investigar los efectos de la causa cuya accion reconocia: espíritu estremadamente vasto, abarcaba las relaciones más remotas, y reunia los elementos esparcidos de la verdad en teorías inmensas. Tambien conocia la utilidad de las hipótesis para esplicar los hechos; pero para esto queria que se cuidase ante todo de que el objeto tomado por causa no fuese igualmente hipotético, sino que existiese en realidad, después que fuese apto para producir los hechos que se querian esplicar con su ayuda.

Tan poco caso hacia, ó parecia hacer de las matemáticas y de sus propios descubrimientos, que sentia haber comprometido por ellas su tranquilidad. No publicó de buen grado ninguno de sus escritos, sino por haber sido impulsado á ello, y por estorbar los plagios. Se negó repetidas veces, ora á combatir á sus opositores, ora á ilustrar las dudas: *Yo no sé*, decia, *lo que pensará el mundo de mis trabajos; pero me parece que me asemejo á un niño que halla divirtiéndose en la ribera unas veces una piedrecilla, otras una concha más bella que las que encontraron allí sus camaradas, mientras que tiene delante de sí un inmenso Océano de verdades todavia no descubiertas.*

La historia y la cronologia, á la cual intentó con más atrevimiento que fortuna aplicar las verdades astronómicas, servian de distraccion, segun decia, á sus numerosos estudios. Esta frase suya *¡Oh física, sálvame de la metafísica!* pareceria indicar un sensualista puro, cuando, por el contrario, no se libró de la mania teológica de su siglo, complaciéndose en lo que llamaba *fantasia mística;* hasta escribió numerosas disertaciones sobre la teologia, y

(35) ZACH.—*Zeitschrift für Astronomie*, t. VIII, página 379, año 1827.

turbó la luz que le iluminaba queriendo trasladarla en medio de las tinieblas del Apocalipsis, materia sobre la que tambien Napier habia emitido necedades.

Los Cassini.—No dejaremos la astronomia sin pagar un justo tributo de elogios á una ilustre familia italiana: Juan Domingo Cassini, nacido de padres ricos en el condado de Niza, fué educado por los jesuitas. Se aplicó un tanto á la astrología que le inspiró aficion á la astronomia, y á los veinte y cinco años ya enseñaba esta ciencia en Bolonia, donde habia sucedido á Cavalieri. Se hizo conocer en un principio por el exámen del cometa de 1652, género de estudio estimado entonces y cuyo valor ha decaido ahora. Resolvió el problema en que Kepler y Bouillaud habian zozobrado. «Dados dos intérvalos entre las posiciones verdadera y media de un planeta, determinar geométricamente su apogeo y su escentricidad.» Fijó por medio de manchas la rotacion de diversos planetas sobre sus ejes, mejoró las tablas de refraccion, construyo el célebre meridiano de San Petronio, uno de los mayores instrumentos de astronomia que existen, á fin de servirse de él para precisar la ley de las variaciones diurnas del sol. Cassini se aplicó á este estudio para comprobar un punto fundamental de la teoria de Kepler, á saber, que la tierra acorta su marcha cuando está más distante del sol, y la acelera cuando está más cercana; y quedó airoso.

Confirmó tambien la importante ley de las refracciones, indicada por Tycho-Brahé, que, sin embargo, pensaba que cesaba desde que el astro se elevaba á 45 grados encima del horizonte, al par que Cassini demostró que esta ley no era interrumpida en ninguna altura. Así las medidas más delicadas se hicieron del dominio de los astrónomos, y las tablas de sol, que por seguir la moda tituló *Oráculo de Apolo*, parecieron un prodigio.

En 1664 comenzó sus estudios sobre Júpiter, del cual determinó la rotacion y las sombras que sus satélites arrójan al pasar entre este astro y el sol; dió en 1668 las efemérides, que son admirables por la época en que aparecieron. De esta manera se completaba el descubrimiento de Galileo; los navegantes tenian un medio de conocer las longitudes, y el espectáculo de otro sistema planetario, que representaba al nuestro en pequeño, confirmaban la doctrina de Pitágoras y Copérnico, dando una nueva prueba de las leyes que habian sido asignadas á los movimientos de la tierra.

Habiéndose encargado á Cassini determinar los confines entre la Toscana y los Estados Pontificios, estudió con Viviani el curso del Pó y el de la Chiana; la situacion de los Apeninos, y las conchas fósiles que se encuentran en ellos; señaló con claridad en aquel estudio los pocos manantiales, conocidos ya entonces en el ducado de Módena, y que en el dia se tienen por una novedad con el nombre de *pozos artesianos*. En recompensa de sus servicios, el papa le nombró inspector de las aguas; la academia de Ciencias de Paris le tuvo de sócio corresponsal; llamado después á Francia por Luis XIV, «como Sosígenes de Egipto lo habia sido á Roma por Julio César (FONTENELLE),» fué á este reino, en el que se naturalizó.

Los honores que le prodigaron le estimularon á hacerse más digno de ellos. Fué con Picard uno de los principales motores del viaje á Cayena para observar el paralaje de Marte, muy próximo entonces á la tierra. Fijóse el valor exacto de la paralaje del sol, que se encontró ser precisamente de diez segundos, como Cassini lo habia creido; se reconoció tambien matemáticamente la distancia del sol á la tierra, y en su consecuencia, las verdaderas dimensiones de nuestro sistema planetario, que Kepler habia creido menores que lo que son en realidad. Descubrióse tambien que la pesadez disminuye dirigiéndose al ecuador; lo que conducia á encontrar la verdadera forma de la tierra.

Estos méritos pertenecen á otros; pero durante aquel tiempo Cassini meditaba sobre la luz del zodíaco, indicada de un modo pasajero por Kepler, y estableció que el sol está rodeado de una especie de nebulosa, que se prolonga en sentido de su ecuador hasta más allá de Venus. Luego que Huyghens descubrió el primer satélite de Saturno, observó otros cuatro, á los cuales se apresuró á dar el nombre del gran rey, sin haberse apercibido de los otros dos que descubrió después Herschel, en 1789. Hizo conocer la libracion de la luna, y perfeccionó, si es que no encontró, para todos los paises, los eclipses de sol por la proyeccion de la sombra de la luna sobre el disco de la tierra, y sirvióse de ella para determinar las longitudes terrestres.

Así, pues, aunque Cassini no habia hecho ningun descubrimiento capital, la naturaleza de los que hizo popularizó su nombre hasta tal grado, que fué considerado por muchas personas como creador de la astronomia en Francia, y por todas como uno de los adornos más notables del reinado de Luis XIV. El genio de la astronomia pareció hereditario en su familia. Jacobo (1677-1756), agregado desde la edad de diez y siete años á la academia de Ciencias, y desde la de diez y nueve á la de Lóndres, recorrió la Europa; después á su vuelta se unió á su padre para ejecutar el célebre meridiano del observatorio de París, comenzado por Picard en 1669, y que llegó entonces hasta el Rosellon y Dunkerque; pero en aquella medida encontró que el valor medio de los seis grados y medio al sur de Paris, era sensiblemente más grande que la de los grados del Norte: aquella diferencia indicaba en contra de la opinion comun, que los grados disminuian hácia el polo, es decir, que la tierra se aplanaba en lugar de alargarse, lo cual desmentia la hermosa teoria de Huyghens y Newton sobre la formacion de la elipsoide terrestre. Esto ocasionó gran debate. Para resolverle se midió el paralelo entre Brest y Strasburgo, medida que produjo el mismo resultado que el meri-

diano, siendo una y otro falsos; pero los defensores de la verdad no se desanimaron de la doble sentencia dada contra ella, y por fin la descubrieron. Cuando se encontró demostrada después de la espedicion científica del Norte, César Francisco Cassini se dedicó á corregir los trabajos de su padre, y dió al meridiano, aunque sin perfeccion del todo, la suficiente exactitud para llegar á ser la base de las grandes operaciones geográficas á que habian contribuido tres generaciones de aquella familia.

De esta manera crecia el talento del hombre; y Bossuet, que lo observaba desde las alturas del Sinaí, esclamaba: «No soy yo de aquellos que hacen gran caso de los conocimientos humanos, y sin embargo, confieso que no puedo contemplar sin admiracion los maravillosos descubrimientos que ha hecho la ciencia para penetrar la naturaleza, ni tan grandes invenciones como ha hallado el arte para acomodarlas á nuestro uso. El hombre ha casi cambiado el aspecto del mundo... se ha elevado hasta los cielos; para marchar con mayor seguridad, ha enseñado á los astros á guiarle en sus viajes; para medir con más igualdad su vida, ha obligado al sol á darle cuenta, por decirlo así, de todos sus pasos... ¿Pero cómo una criatura tan débil hubiera podido adquirir tal ascendiente, si no tuviese en su mente una fuerza superior á toda la naturaleza visible, un soplo inmortal del espíritu de Dios, un rayo de su luz, un rasgo de su semejanza?» (36)

---

(36) *Sermon del viernes de la cuarta semana de cuaresma.*

EPÍLOGO

Este siglo puede ser considerado como una era de paz después de las profundas conmociones del siglo precedente, á pesar de tantas guerras frívolas. Pertenecen á la época anterior las revoluciones, como la de Cromwell, y ministros como Richelieu. En ésta se trata de vencer el entusiasmo por la regularidad, el fanatismo por la tolerancia, el desórden por la elegancia, la originalidad del pensamiento por la rectitud del espíritu y por el órden moral de la mediania; siglo episódico que quiere aparecer grande sin considerar lo pasado ni lo venidero, que reforma pero con ideas parciales. No ya la libertad ni la religion, sino la política, la hacienda, el comercio son los que pesan únicamente en las mismas balanzas donde la sangre no se considera de peso ninguno. Reteniendo los príncipes en sus manos todos los poderes nacionales, dan á los pueblos el reposo en cambio de sus franquicias y á condicion de no hacer nada en ventaja propia. La Fronda es la parodia de la Liga, como el jansenismo es la parodia de la reforma. En vez del concilio de Trento tenemos la bula *Unigenitus*, y el arte domina más que la idea en las composiciones. Talentos cultivados como Fenelon y Bartoli suceden á toscos ingenios por más que fueran originales, Racine á Shakspeare, Puffendorf á Grocio: los viajes no son más que una continuacion de los de Colon y Vasco de Gama, la literatura eclesiástica es sustituirla á la teologia, la aplicacion á la invencion, el talento al ingenio. Turena combate al servicio de Luis XIV, como Eugenio al del emperador. El valeroso Cárlos XII no consiente parangon con los héroes de la guerra de los Treinta Años: si Torrecelli adquiere renombre es como discípulo de Galileo. Boileau y Menzini promulgan las reglas de un arte que no produce obras maestras como para desmentirles. Bayle y Leclerc comienzan en el periodismo el combate de personalidades. Leibniz predica un eclecticismo conciliador.

Entretanto, el espíritu filosófico adquiere madurez y se reacciona para arrojarse á nuevas batallas. Hay menos sábios profundos, pero la cultura intelectual se halla más estendida; hay menos ciencia, pero está mejor asentada: se emplean las lenguas vivas: el espíritu de investigacion se ha aumentado y han sido rechazadas las antiguas preocupaciones; por máxima permanece la fe separada de la razon, la teologia de la filosofía, la imaginacion del raciocinio, y de aquí procede que lo uno decae y lo otro triunfa. A todo se da publicidad, hasta á las frívolas aventuras; medio cierto de reducir al nivel ordinario hasta lo que es grande. La necesidad, ó por lo menos el deseo que esperimenta el espíritu humano de obtener el asentimiento de los demás, da cuna á las academias; después de haberse ejercitado la esperiencia en el mundo material, siente propensiones á lanzarse al mundo metafísico.

No figura la Italia sino como presa ajena, y sus esfuerzos por emanciparse se reducen á motines, hasta el momento en que disminuyen sus padecimientos con la disminucion de sus esperanzas. España y Portugal, que en las vicisitudes del siglo anterior habian ocupado con ella el primer puesto, yacen en la sombra mientras se acercan dias luminosos para otras naciones, y aun en éstas es servil el pensamiento. Vico, el único cuya mente se eleva á especulaciones originales, no es comprendido, y Buhle no hace mencion de este grande ingenio. Ciertamente no consistia esto, como se ha asegurado, en que allí dominaba el catolicismo, porque Francia era católica, y se derramaron en ella muchas luces. La Universidad, la Sorbona reconocen por juez supremo, en las cosas eclesiásticas, al papa. Sin embargo, ¿cuántos grandes pensadores

no se elevaron entonces? El cartesianismo fué un error brillante; pero enseñó á investigar la verdad con las propias fuerzas, y á sacudir el yugo de las autoridades escolásticas. Si la Iglesia concibió de ello espanto, considérese que este susto produjo á Malebranche y á Espinosa, adversarios y talentos gemelos á pesar de todo.

La relacion íntima entre los progresos de la filosofía y los de la lengua nacional pudo descubrirse en Alemania, donde el pensamiento, cuya libertad se habia allí proclamado, se quedó muy en zaga por haberse descuidado la lengua. En Inglaterra la inhábil dominacion de algunos soberanos hizo que los pensadores tuvieran que combatir a la vez contra las creencias y contra la tirania, de donde resulta que la política, la filosofía y la religion se desarrollaron paralelamente.

Pero en todas partes, como en este pais, las cuestiones políticas se hacen religiosas, y Luis XIV espulsa de su reino á los protestantes, al par que los protege en Alemania y negocia con la Puerta; pone á la Iglesia trabas el Estado, y el entendimiento superior de Bossuet se halla reducido á sostener las incoherencias galicanas, y á encomiar los escesos de Luis XIV. Sin embargo, la religion conserva todavia fuerza de ley, seduce la imaginacion por las prácticas, el espíritu por los debates, el corazon por las instituciones. Se multiplican los establecimientos creados para las misiones y para la educacion del clero; las gentes del mundo elegante terminan una vida disipada con una conversion sincera; los grandes escritores hacen profesion de cristianismo, y Galileo, Pascal, Descartes, Malebranche, Leibniz, Newton toman la pluma en su defensa. Pero este apoyo que le prestaron tantas pruebas acumuladas de la existencia de Dios, indican que habia necesidad de responder al reto que provocaba la irreligion por la voz de Socino, de Espinosa, de Bayle, de Hobbes, ¡de Hobbes, que negaba la existencia de Dios y creia en los demonios!

A pesar de todo, no era admitida la tolerancia de las creencias y del culto, y mientras España y Francia se causaban un perjuicio inmenso con la espulsion de los moriscos y de los herejes, los calvinistas declaraban en Gap que el papa era el Antecristo; los arminianos y los gomaristas se desgarraban entre sí en Holanda, y para escluir del trono á un heredero católico, se revolucionaron en Inglaterra.

Avanzando las ciencias de la investigacion por las huellas del siglo antecedente, llegan á nuevos resultados. Tournefort reduce la botánica á principios generales, como Vauban el arte de las fortificaciones; Lemery abre á la química el camino por el cual debe empujarla Stalh posteriormente; Reineau, Sauveur, Napier, Descartes y Leibniz dan á las matemáticas mayor ensanche; las reglas eternas de los movimientos celestes adivinadas por Kepler, son demostradas por el gran Newton, uno de aquellos talentos que saben compendiar los progresos anteriores para crear una vasta síntesis.

Fué perfeccionada la marina, así como el arte de fortificar las plazas; se midió la tierra como las órbitas escéntricas de los cometas; Bayle introdujo la máquina neumática; Torricelli el barómetro; Auzout el micrómetro; otros los relojes de péndulo, de espiral, de repeticion. Bottiger inventó la porcelana, que Tschirnhaus, otro sajon, hizo rivalizar con la de la China. Se aprendió á pintar sobre el esmalte, el uso de la quina, del chocolate, del café; se propagaron los periódicos: el español Juan Pablo Bonet halló el medio de enseñar á hablar á los sordo-mudos. Tavernier, Thevenot, Chardin nos familiarizaron con el Oriente, Ludolf con la Abisinia, los jesuitas con la China; algunos ingleses encontraron en su camino las ruinas de Palmira, otros las de Herculano y otros las de Palenque.

Adquirieron las ciencias morales más importancia desde el momento que la sociedad, habiendo cesado de reposar sobre la religion, propende á asentarse sobre principios racionales, á aplicar el derecho público á las relaciones entre los pueblos bajo el nombre de derecho de gentes, á dar por base á la legislacion positiva las teorias del derecho natural, y á sustituir reglas genéricas á las condiciones particulares deducidas de la historia y del carácter de cada pais. Pero en la práctica, cuestiones de ceremonial, de dependencia, de inmunidades llenan de ruido y de intrigas las cortes, que hacen consistir su orgullo en el celoso goce de pequeñas distinciones. Se agita friamente en Viena la cuestion de cómo se recibirá allí á su libertador Sobieski. Hubo más disputas sobre el título de archiduque ó de gran duque, ambicionado por Cosme de Toscana, que sobre la paz de Constanza.

Semejantes diferencias hacian que pasaran por largos trámites los tratados internacionales: sin embargo, atestiguaban que los Estados entendian negociar con libertad é independencia. En efecto, la diplomacia adquiria entonces el primer puesto, y se estrechaban más las relaciones entre las potencias á consecuencia de la mayor regularidad en el sistema de las embajadas. Fernando el Católico fué el primero que las estableció fijamente en ciertas cortes; Richelieu enseñó á tener embajadores cerca de los pequeños Estados, que se creian halagados por ser ésta una señal de soberania. Desgraciadamente se quiso agregar á semejante adelanto un sistema de espionaje; las relaciones secretas y las luchas de preeminencia fueron gérmenes de discordias y hasta de guerras; y si la diplomacia sirvió á veces para poner coto á ambiciones conquistadoras, no fué con menos frecuencia causa de rompimientos que descontentaron á los pueblos (1).

---

(1) Suecia y Polonia debatieron prolijamente la cuestion de los *et cætera*. Así Ladislao, rey de Polonia, tomaba respecto de Cristina el título de *rey de Polonia, gran príncipe de Lituania*, y después tres *et cætera*, queriendo que ella se contentara con el de *reina de Suecia, gran princesa designada de Finlandia*, y un solo *et cætera*. Uno de los

Entonces se desplegó una diplomacia capciosa y de doble lenguaje, que no desdeñando el puñal ni el veneno, apoyó las tramas dirigidas contra las potencias rivales. Un duque italiano se mezcló á miserable gente para hacer que Génova se sublevase, y su ministro pasó por haber urdido maquinaciones en Nantes con objeto de destronar á Luis XIII. Gabriel Naudé, bibliotecario de Mazarino, el Maquiavelo de su siglo, nos revela esta política convertida en pagana, y haciendo de la salud del pueblo la ley suprema. Richelieu decia claramente: *Antes de comenzar una empresa la reflexiono bien; cuando la he resuelto, marcho en derechura al objeto, lo derroco y atropello todo, y luego lo cubro con mi purpúreo ropaje.* De aquí las violaciones manifiestas del derecho de gentes que se pretendieron paliar con raciocinios, la independencia de las naciones hollada torpemente: aquel derecho de no intervencion que se habia respetado hasta cuando la Inglaterra llevó á su rey al cadalso ó cambiaba de dinastia, fué vulnerado respecto de los débiles. Se dispone del Mantuano, del Montferrato, de Parma y de Plasencia, sin oir á los príncipes, y todavia menos á las poblaciones. En la guerra de sucesion de España, verdadero retroceso á la barbarie, pierde tanto el derecho de gentes como habia ganado hasta entonces, y la independencia de las naciones es injuriosamente desconocida.

Las guerras que cada potencia hacia antes aisladamente, sin que las demás se creyeran obligadas á tomar parte en ellas, á no mediar un interés propio, á consecuencia del parentesco y de la observancia de los tratados, se emprenden en lo sucesivo por naciones de diferentes y hasta opuestos intereses, formando grupos políticos en discordancia con los de la historia y de la geografía. En un principio, la Alemania es centro de uno de ellos, y después la Francia, á la cual se agregan en pro ó en contra la España, Portugal, los Paises-Bajos, la Gran Bretaña, la Suiza, la Italia; al par que Venecia, la Hungria, la Transilvania llegan á colocarse en torno del imperio otomano, y que el Norte combate por la Livonia, de cuya posesion parece depender la supremacia septentrional.

Se encarnizan las guerras con no menos ferocidad que en cualquier otro tiempo, no sólo en Hungria por los turcos y en Escandinavia por los rusos, sino por los franceses en el Piamonte y en el Palatinado, por los piamonteses y por los austriacos en Francia. Además se consagra en interés de la paz la opresion que han producido las guerras.

No obstante, fué una mejora positiva la creacion de los ejércitos permanentes: si no aprovechó á la riqueza ni á la moral, ni quizá al sostenimiento de la paz, dejó á lo menos á los ciudadanos permanecer tranquilos en sus hogares, y los males de la guerra disminuyeron cuando las relaciones de los ejércitos entre sí y con el pueblo estuvieron mejor determinadas. El uniforme adoptado por los soldados contribuyó al mantenimiento de la disciplina. Los almacenes, las provisiones, el salario anularon la necesidad del saqueo y por consiguiente las represalias. La formacion de los regimientos dió origen á un espíritu de cuerpo que constituyó como una nueva familia. No hubo ya disturbios suscitados al culto en los paises disidentes; se hizo más llevadera la condicion de los prisioneros de guerra; los tribunales militares pusieron á cubierto á las poblaciones de las pasiones privadas; introdujéronse reglas exactas para las treguas, los armisticios, las capitulaciones; se debió hacer intimacion á las plazas fuertes antes de atacarlas; los comandantes fueron autorizados para rendirlas cuando una tenaz defensa no produjera más resultado que una inútil matanza. Por último, la dignidad de nacion y de hombre fué respetada.

Propende la legislacion á regenerarse en lo que conservaba de feudal todavia, abatiendo los vestigios de aquel gobierno, restringiendo el derecho canónico á las especialidades eclesiásticas, haciendo regir una ley única para las personas y las cosas, y declarando la guerra á los privilegios. El ejemplo de la Francia, que elevaba la monarquia hasta pretender trasformarla en iglesia, contribuyó á que redundasen en provecho del poder central los progresos obtenidos por la ciencia.

Allí, donde ha prevalecido la monarquia, debe aspirar la aristocracia á fortalecerse con algun antiguo derecho; en Francia los parlamentos no sacan su osadia sino de la certidumbre en que se hallan de que sus miembros no pueden ser espelidos de la silla que han comprado. Continúan subsistiendo las representaciones en las comarcas donde el elemento feudal no ha sucumbido bajo el elemento racional. En Inglaterra se consolida el elemento aristocrático; la nobleza territorial prevalece en Alemania hasta el punto de llegar á la soberania; los Estados de Suecia restringen la prerogativa real; se hace despótica la nobleza polaca; en la Romania se multiplican las familias de los príncipes.

Habíanse hecho indispensables los recursos para las grandes empresas, y los gobiernos para aumentar sus rentas recurrieron á las ideas de los teóricos y al concurso de los hombres prácticos. Sin embargo, todavia falta esperiencia al arte de crear

---

motivos por los cuales Cárlos X declaró la guerra á la Polonia en 1655, fué porque Juan Casimiro le habia llamado al escribirle *rey de Suecia*, con solo dos *et cætera*. Graves diplomáticos harian una larga disertacion para probarnos cuánto hay en esto de importante. En lo que á nosotros toca, séanos lícito, como profanos, oponerlos á los que se rien de *Filioque* y de lo que se llama las otras sutilezas de los concilios; como tambien recordaremos á los que se mofan de ciertas espresiones introducidas por aquellas asambleas para concordar las opiniones ó para determinar más estrictamente su sentido, esos otros términos inventados por la diplomacia, de secularizacion, de legitimidad, de mediacion, de no intervencion, etc.

la riqueza y de repartirla convenientemente, y no se descubren los lazos que unen á la riqueza privada con la del Estado. Esto es lo que hace triunfar el sistema comercial en todas partes, y como la cantidad del dinero era reputada por la única riqueza, no se piensa más que en allegar la mayor suma posible. Cuando se vió en un principio á la Holanda, y después á la Inglaterra, llegar con el comercio marítimo y las manufacturas á una prosperidad maravillosa, se concibió la opinion de que el secreto de su grandeza se hallaba en estas dos grandes industrias, y se dedicaron todos á favorecerlas descuidando lo restante. Creyéndose más prudentes y cuerdos los gobiernos que el interés privado, quisieron dirigir las fábricas y las empresas, regular por tarifas las entradas y salidas; consideraron como supremo bien el aislamiento, y quisieron en su consecuencia, que cada nacion se bastase á sí propia, es decir, que no tuviera que comprar ni que vender nada, al mismo tiempo que veian la gloria en la estension del comercio.

El impulso que ya habia recibido el tráfico, la necesidad de los géneros extranjeros que se habia hecho popular, y la libertad que aun quedaba al comercio, que es su principal elemento, eran las causas de aquella prosperidad que se atribuia á los reglamentos equivocadamente.

Así se hicieron las colonias en extremo importantes, y el poder marítimo determinó las oscilaciones de la balanza política desde entonces. Pero el comercio vino á ser la guerra de la paz, durante la cual los Estados no cesaban de acecharse con desconfianza. Mútuamente recelosos, pretendian obtener de su vecino lo que estaban muy distantes de querer concederle, y con esto se multiplicaban las ocasiones de guerra. Cuando ésta se habia roto, se aspiraba á hacer el mayor daño posible al enemigo; de aquí la piratería y las patentes de corso: las colonias padecian mucho por las cuestiones europeas, y era violada la libertad de los que permanecian neutrales.

Esto es lo que hizo posible la grandeza de Inglaterra. Su revolucion fué la primera en que las franquicias nacionales fueron proclamadas claramente, y en que los representantes de la nacion y no de una clase vinieron á declarar al rey una guerra manifiesta. Salió de ella constituida de tal modo, que caminó de progreso en progreso hácia aquella libertad razonada en que vió una necesidad particular y local, y que más tarde proclamara como una necesidad general la Asamblea constituyente de Francia. Tambien la España, al pasar á los Borbones, se detuvo en su afrentosa decadencia, aunque debiera tardar todavia en poder desarrollar los gérmenes de libertad dejados en su seno por el catolicismo y por la Edad Media. Desposeida el Austria de este dominio, ve levantarse á un lado la Prusia, que forma como una segunda Alemania con intereses, cultura intelectual y religion distinta; al otro el Piamonte, que dueño de las llaves de Italia, mantiene el equilibrio entre ella y la Francia. En vez de ser el Imperio un mediador entre el Austria y la Francia, se convierte en un instrumento en manos de ésta, y prodiga su sangre por causas que no la importan nada: después, á fines de siglo, ya no habia alemanes, ni liga católica, ni liga protestante, sino austriacos y prusianos agitados siempre, pero sin hacer nada nunca.

Entretanto los pueblos de la Europa oriental adquieren importancia por los acontecimientos asiáticos, como por el comercio los de Occidente. Cesa la Turquia de ser fanática y de colocar la religion al frente de todas las negociaciones. Recibe embajadores, y cede contra los preceptos del Coran algunos territorios poseidos por ella. La espada de Sobieski le traza bajo los muros de Viena el fatal: *No pasarás más adelante*, y la paz de Passarowitz viene á señalarle los límites dentro de los cuales se debe reducir á defenderse. Su decadencia determina para el Austria una nueva grandeza y la emancipacion de la Hungria, así como la caida de los mongoles habia producido la elevacion de la Rusia, que teniendo siempre fijos los ojos en el mar Negro y en el Bósforo, se ingenió para mezclarse en los negocios de Europa, y quiso introducir la civilizacion de ésta en Finlandia.

En suma, este siglo se mostró inícuo sin grandeza, apasionado sin generosidad; no ofrece ninguna exaltacion, sino raciocinios, cálculo, innobles intrigas para conseguir un objeto distinto del que se proclamaba; y á escepcion de la revolucion de Inglaterra, no se encuentra en su curso ninguno de aquellos acontecimientos que hieren la imaginacion y arrastran los corazones. Designándole bajo el nombre del siglo de Luis XIV, no sólo se incurre en un acto de adulacion, sino que se manifiesta que la Francia habia prevalecido de tal manera en Europa por su cultura intelectual, que la daba el tono é imponia su lengua como de general uso. De la simpatia que inspiraba esta civilizacion interior nació la grandeza del pais más bien que de las conquistas de sus soberanos. Teniendo en pié grandes ejércitos hasta durante la paz (Enrique IV habia tenido catorce mil hombres, ciento cuarenta mil tuvo Luis XIV) obligó á los demás paises á imitarle, á escepcion de la Inglaterra y de la Holanda, que venturosamente no pudieron hacerlo, gracias al celo de los representantes de sus respectivas naciones, y de aquí resultó aquella llaga europea envenenada por Federico II, que después con Napoleon se hizo gangrenosa.

Repudiando Luis XIV la costumbre de no tener más que un ministro omnipotente, repartió los negocios entre muchos secretarios de Estado; en esto se aplicaron á imitarle los demás reyes, aunque ni con mucho tuvieron el saber y la esperiencia suficientes. Su ejemplo produjo la ruina de las soberanias parciales, y así como el cardenal Richelieu habia demolido los castillos de la Auvernia para hacer poderosos á los reyes, Cromwell, enemigo de

ellos, demolió los de Escocia é Irlanda. Luis XIV acostumbró á los magnates á abandonar sus castillos por la corte; y colocando á menudo en altos destinos á personas del Estado llano, alentó á esta clase. Con efecto, aunque parece menospreciarla, ó más bien no conocerla, cuando la monarquia se presenta desembarazada de todo escollo, de repente se ve levantado uno en los escritores. El gran rey puede desvanecerlos, pero les hacen estallar sus persecuciones; y ora en efímeros folletos, ora en enormes libros en folio, ora en escritos sobre las cuestiones del momento, invitan al pueblo á reconocer sus derechos, aguardando á que suene la hora de reclamarlos.

LIBRO DECIMOSÉTIMO

Guerras dinásticas.—Grandeza de la Prusia.—Literatura filosófica é influencia de la opinion.—Incremento ruso.—Predominio inglés.—Libertad americana.—Conquista de la India.—Triunfo de las ciencias.—Preludios de la Revolucion.

CAPÍTULO PRIMERO

CONSECUENCIAS DE LA PAZ DE UTRECHT.—FELIPE V.

No introducia la paz de Utrecht ningun principio general en el derecho público; sin embargo, todos los tratados subsecuentes se refirieron á aquella paz, en atencion á que su cumplimiento importaba á aquellos á quienes habia aprovechado, sobre todo á la Inglaterra, cuya grandeza habia consolidado, como el tratado de Westfalia la de la Francia. La descendencia protestante, reconocida entonces, consideraba el tratado de Utrecht como su única garantia, y fundaba sus ideas de equilibrio europeo en su alianza con el Austria: era, decian entonces, la alianza del protestantismo más independiente con el más legítimo catolicismo. La Inglaterra, á quien las estipulaciones de aquella paz dejaban dueña del mar, pudo dar libre curso á la ambicion, que para ella es una necesidad, en atencion á que tiene que dominar en el Océano para que no la inquieten en su pais. Regida por personajes ilustres, con toda la energía del egoismo nacional, vió aumentarse desmesuradamente su comercio é industria. Inaccesible á sus enemigos por su posicion insular, fuerte con un espíritu público que las leyes han contribuido á desarrollar, y por la magia del crédito que ha sido la primera en conocer, no aspira á dominar en el continente, pero se opone á todo el que lo pretende: si se ve amenazada en sus posesiones trasatlánticas, trastorna la Europa para distraer su atencion; en aquel tiempo saciaba su sed de oro en la India, que le indemnizara de la pérdida de sus colonias de América, destinadas después de haber sacudido su yugo á ser una nueva Inglaterra.

El emperador debe, como señor de los Paises-Bajos, permanecer unido á ella; el Portugal, que por necesidad habia reclamado su alianza durante la guerra, quiso conservarla en interés de su comercio; pero se arruinó, por el contrario, en provecho de los ingleses con el tratado de Methuen (1703), obligándose á recibir sus telas de lana, á condicion de que su vino no pagaria á su entrada en Inglaterra, más que la tercera parte del derecho que se cobraba al de Francia. La Inglaterra podia con facilidad ganar á su partido á la Saboya y á los príncipes de Alemania con subsidios que le era fácil procurarles, gracias al sistema de empréstitos, muy eficaz ya, á pesar de la novedad.

La Holanda, que habia sido formada por el patriotismo y constancia de sus habitantes, y que en su lucha para romper el yugo español, después para resistir á Luis XIV, habia sido bastante fuerte para rivalizar con la Inglaterra, conoció á sus espensas cúánto tenia que perder en mezclarse en las cuestiones de las grandes potencias. Después de haber prodigado su oro y su sangre para enriquecer á la Inglaterra y aumentar el poder del Austria, se encontraba ya dependiente de la pri-

mera por alianzas de familia, y afirmó con la paz su propia decadencia. Renunciando á sostener fuerzas respetables descendió en la opinion, y llegó al estado intermedio, que no presenta bastante fuerza para mandar, ni oscuridad para desarmar la envidia. Es cierto que tenia un recinto de fortalezas, ¿pero de qué servian guarniciones insuficientes? Reducida á no ser más que mercantil, se preservaba de las sorpresas con la vigilancia, y de las enemistades con la condescendencia.

La Alemania comprende los dos Estados más belicosos, ve á sus príncipes ocupar varios tronos en la Europa; y sin embargo, su importancia no se aumenta, porque carece de comunidad de intereses, y de una fuerte constitucion.

El Austria se habia estendido por Italia; pero los acrecentamientos de territorio no son ventajosos más que á una buena administracion: de otra manera no hacen más que ofrecer un campo más estenso al ataque. Después de haber perdido la alianza de familia que le unia á la España, permaneció siempre menos activa que pasiva tratando de conservar, y espiando sin cesar las ocasiones de engrandecerse, contrabalanceando el poder de las demás naciones, pero sin imprimir movimiento á ninguna. Así como se habia elevado la Saboya para hacer frente á la Francia, se erigió en reino la Prusia contra el Austria, aumentando la grandeza artificial de aquélla, una série de ilustres capitanes, y supliendo con ayuda de fuerzas morales é intelectuales, lo que faltaba al pais en fuerza numérica y compacta.

Era tambien para el Austria un motivo de inquietud ver el Holstein entregado á la Rusia, que de esta manera adquirió derecho de sufragio en el Imperio.

Habiendo verificado este gran pais, así como la Inglaterra, su revolucion en el siglo anterior, pudo entonces ocuparse de lo que hacian los demas Estados, y llegar á ser fuerte. Llamó la civilizacion de fuera con detrimento de su desarrollo original, y aumentó su poder tanto como su influencia.

La Francia, que hasta entonces habia dirigido pomposamente la política europea, se encuentra reducida á segundo órden; aunque dominando aun en ambos lados de los Pirineos. Pero el progreso intelectual le prestó una influencia nueva; y si en el siglo anterior habia producido obras cuya esquisita perfeccion recordaban los tiempos de Pericles y Augusto, esparce en éste sus ideas por toda la Europa, como lo proclama en las plazas públicas. Pero á aquella infusion de doctrina se asocia la depravacion moral: las clases medias están sanas, pero las elevadas corrompidas; la razon popular es muy superior á la del gobierno; de aquí entre los poderes, límites indeterminados, una administracion vacilante en el reino, y una política sin energia en el extranjero.

La Suecia, creacion instantánea de un gran rey, yace debilitada por las audaces locuras de otro príncipe, y permanece como la presa designada de un vecino, cuyo nombre no se pronunciaba siquiera en otro tiempo en Europa.

Detras de estas grandes potencias, la Polonia se obstina en no avanzar, es decir, en no trasformarse; llegará al fin el momento en que se verá conquistada sin haber peleado.

La Suiza conserva el espíritu militar, pero para el servicio ajeno; de esta manera gana dinero y pierde influencia.

En Italia los extranjeros no dominan ya sino sobre la Lombardia, y se ocupan en rejuvenecer esta hermosa provincia. Cuarenta y ocho años de paz permiten á los habitantes adquirir saber y riquezas; pero, como no alimentan ni grandes temores ni grandes esperanzas ó vivas pasiones, se vuelven muelles, y se conoce en los príncipes mejor voluntad que aptitud parr dar al pais instituciones estables, y que ofrezcan garantias.

En suma, cada vez se dirigen más á lo positivo. La Prusia vence, con su disciplina militar, á la monarquia austriaca, compuesta de elementos heterogéneos; la industria y el buen sentido práctico de los ingleses á la indolencia española y á la vacilacion de los franceses; el despotismo ruso á la turbulenta aristocracia polaca. En todas partes se consolidan las monarquias destruyendo los obstáculos que aun quedan de la Edad Media, y prosiguiendo la unidad administrativa. Sólo en Inglaterra se habia unido cada vez más la aristocracia á la monarquia, pero en los demás paises, trataba de destruir todos los demás poderes. El poder real era considerado generalmente como una providencia, lo que hacia que en lugar de examinar sus actos, se inclinasen ante él. Luis XIV, cuyo poder habia sido largo y brillante, habia acostumbrado los ánimos al despotismo, y hasta se creyó necesaria esta forma de gobierno para estirpar lo que, habiendo sobrevivido á la Edad Media, no servia ya después de haber producido tambien el bien en su época, más que para poner trabas al progreso y á la igualdad civil. Las clases privilegiadas, los derechos señoriales, las inmunidades del clero y de las corporaciones, las pretensiones de Roma, los parlamentos fueron alternativamente batidos en brecha, lo que hacia que los gobiernos fuesen absolutos y se emancipasen de toda obligacion, poniéndoles de esta manera frente á frente de los pueblos, que aprendieron á conocer sus derechos, aguardando el momento de reclamarlos.

En la política esterior, la moral fué conculcada con descaro sin tener en cuenta las nacionalidades y las antiguas posesiones, con sólo la idea de redondear los reinos. Sin consideracion más que á la conveniencia, se sacrifica á los débiles que habian quedado sin defensa, para evitar una lucha entre los fuertes; no se valúa la prosperidad del Estado sino con arreglo á la configuracion y estension de su territorio, el número de sus habitantes y el producto de las contribuciones. La estadística es el único dato de la prosperidad de un pais, y se hace ostentacion de sus aduladoras indicaciones. Se in-

venta la política llamada de gabinete, toda de intrigas sin lealtad ni buena fe, que considera más hábil á aquel que sabe engañar mejor.

En ningun tiempo se habian entablado tantas negociaciones, ni sobre cuestiones de tanta gravedad; pero siempre se calculó la conveniencia, y no la justicia. Un sistema de alianzas contra alianzas fué el preferido para sostener el equilibrio artificial establecido cuando la paz de Westfalia, y restaurado imperfectamente en Utrecht; edificio enteramente convencional como la poesia, como la pintura y la arquitectura, como el modo de vestirse en aquella época. El comercio es un interés nuevo y de mucha importancia: se diria que los gabinetes se han convertido en mostradores; se hacen tratados, ligas, guerras por tarifas, por esclusiones de mercancias, por la pesca y por el derecho de visita. Las guerras europeas comienzan ó se propagan en las colonias; pero tambien de ellas es de las que verá el mundo surgir el nuevo ejemplo de una democracia de grandes proporciones.

Las deudas que se contrajeron hicieron se inventase el papel-moneda, que aumenta los recursos de los gobiernos, y los ayuda en empresas, que de otra manera no serian ejecutadas. El dinero se convierte en motor universal; con él pudieron subsistir los ejércitos y los gobiernos que no concedian al hombre ninguna dignidad; con él se fomentaron las facciones en los paises rivales; el fausto tomó el lugar del mérito; los negociantes y agiotistas, nueva simiente, se enriquecieron á porfia.

Este espíritu mercantil templa la intolerancia religiosa, y hace que tanto la administracion como la hacienda se dediquen á útiles aplicaciones. La importancia de las letras se deja conocer, y de protegidas, se convierten en protectoras. El estudio de las lenguas, los viajes más frecuentes, el francés, cuyo uso se estiende, facilitan la comunicacion de las ideas y de las opiniones; admítense á los pensadores en los gabinetes, ó al menos se tiene en cuenta su parecer. Segun ellos, todo debe someterse á la esperiencia; resultando que los autores llegan á ser un poder, que la administracion y la política se elevan al estado de ciencias, repudiando el misterio y las antiguas preocupaciones. El saber aproxima á las clases; y al paso que el plebeyo se eleva hasta los antiguos hidalgos, éstos procuran hacerse perdonar sus privilegios, rebajando sus pretensiones y siendo de un acceso más fácil.

En el movimiento, que forma uno de sus caractéres más distintivos, aquella época no retrocede ante ninguna duda: aventura las hipótesis más atrevidas, porque la realidad no le ha arrebatado aun ninguna ilusion. Pero al paso que en ciertos paises el pueblo, lleno de nuevas ideas, se dirige á la revolucion, en otros permanece apegado de tal manera á lo antiguo, que hace revoluciones para conservarlo. Viendo los príncipes que no pueden resistir al impulso, procuran dirigirle; pero con intenciones restrictivas que no satisfacen á los innovadores, al paso que quebrantan la fe de los conservadores.

De esta manera aquel siglo de pocos acontecimientos volvia á emprender la obra comenzada en el XVI, y que, suspendida en el trascurso del anterior, debia verificarse con una terrible violencia en el siguiente (1).

Las grandes potencias que habian impuesto á la Europa la paz de Utrecht no habian tenido en cuenta los sentimientos é intereses del mayor número; así es que aquellos á quienes habian sacrificado se quejaban. Asegurada la sucesion protestante en Inglaterra, atacaba la fe de todos los católicos y la lealtad del legitimista. La barrera de fortificaciones, pues, entre la Francia y los Paises-Bajos, sostenida á espensas del Austria, era á la vez un cargo gratuito contra esta potencia y un embarazo para las tres. Si la perpetua separacion de las dos coronas de Francia y España ayudaba á la política, habia sin embargo precisado á los pueblos á cambiar el órden de sucesion. La particion de la herencia española entre la Francia y el Austria no aprovechaba en nada á los neutrales, al mismo tiempo que desagradaba á los dos

---

(1) Los periódicos adquirieron importancia, sobre todo los de Holanda, por la libertad que reina en ellos. Los franceses tienen las *memorias*, los alemanes sus *colecciones de hechos*. Cada reino tuvo sus historiadores particulares, de mayor ó menor mérito, y que la mayor parte fueron resumidos por escritores posteriores. *La historia de mi época y la de la guerra de los Siete Años*, por Federico II, como tambien su correspondencia, ofrece el comentario más importante, ya que no el más verídico. Será tambien interesante consultar:

Memorias del duque de Saint-Simon, de los dos Walpole, etc.

Mem. of the courts of Berlin, Dresden, Warsaw and Vienna, por WRAXALL. Londres, 1800, 2 tomos en 8.°

Política de todos los gabinetes. Cuadro histórico de la Europa.—Memorias ó recuerdos históricos, por SEGUR.

Historia de los Estados de la Europa, desde 1740 á 1748, por ADELUNG.

Curso de historia de los Estados europeos, por SCHOELL, tomos desde el XXXVIII al XLVI.

Coleccion de tratados, por SCHOELL y KOCK.

Cuerpo diplomático, por DUMONT.

Historia de la diplomæcia francesa, por FLASSAN.

Chronologisches handbuch, desde 1740 á 1809, por WEDEKIND.

Hist. of principal States of Europe from the peace of Utrecht, por JOHN RUSSELL.

Hist. de las revoluciones políticas y literarias de la Europa en el siglo XVII, por SCHLOSSER.

Historia de la Europa y de las colonias europeas después de la guerra de Siete Años hasta la revolucion de julio, por LANGLET.

Gesch. der mehrwürdigsten Bündnisse und Friedenschlüsse, etc. por VOSS. 5 tomos en 8.°

La *Historia Universal* de los literatos ingleses tiene alguna importancia por ser contemporánea.—*La Biographie Universelle*, en los artículos que se refieren á este siglo, es una fuente histórica por ser obra de escritores que conocieron á los personajes.

Estados interesados. Carlos VI, jefe de la casa de Austria, consideraba como un robo, que se le habia hecho, las coronas que adornan la frente de Felipe V, y guardaba rencor á la Francia y á las potencias marítimas. Desde luego el objeto principal de la guerra de sucesion no quedaba decidido, pues los dos pretendientes al trono de España no se reconocian uno á otro.

Felipe V.—Después de la muerte de Luis XIV cesó la España de mostrarse satélite de la Francia Emancipado Felipe V de su política, no podia resignarse á ver desmembrada su monarquia, y sacrificado el comercio del pais al interés de los ingleses en cuyo poder estaba Gibraltar, como una roca en que se hallaba sujeta su cadena. Tenia tambien algunos escrúpulos sobre la validez del testamento de Carlos II; y al mismo tiempo que se consideraba un rey poco legítimo aquende de los Pirineos, no podia distraer su pensamiento del trono de Francia, al que habia renunciado á pesar suyo. Asi es, que tenia fija sus miradas en la cuna de su sobrino, cuya infancia era débil y enfermiza; pero comprendió que hallaria un obstáculo para sucederle en el duque de Orleans, regente del reino, y heredero presunto de la corona. Odiando á aquel príncipe tanto como se lo permitian su carácter débil y su devocion, trataba de arrebatarle la regencia; pero conocia que no podria conseguirlo sino con el apoyo de la Inglaterra. Viéndola, pues, ocupada en sostener la obra que habia emprendido, procuraba al menos inquietarla favoreciendo las pretensiones del caballero de San Jorge, que es como se llamaba al hijo del destronado rey Jacobo II.

Parecia, pues, comprometida la paz europea por el nieto de aquel que tan gravemente la habia turbado en el siglo anterior. Es cierto que Felipe V no carecia de valor y que contestaba cuando se le preguntaba el puesto que debia ocupar el rey en una batalla: *El primero, allí como en todas partes.* Declaró que no queria vivir, como los príncipes austriacos sus predecesores, encerrado en su palacio, y hubiera podido sacar gran partido de los castellanos, cuyo valor se habia avivado en las vicisitudes pasadas, y que voluntariamente se hubieran vuelto á establecer como dominadores. No eran, sin embargo, más que momentáneas ilusiones, pues desprovisto Felipe del valor necesario para las grandes resoluciones, descansaba en algun favorito del cuidado de los negocios públicos y de los suyos propios, para volver á caer en su indolencia.

Tuvo un gran pesar con la pérdida de su mujer, la amable é intrépida Luisa, que habia sabido mantenerle en buena inteligencia con la corte de Francia y con su abuelo, y la cual no pudo gozar en paz de un trono que habia contribuido á conquistar. Entregóse entonces enteramente á la princesa de los Ursinos, que no tenia ni juventud ni hermosura. Su ardiente temperamento y una conciencia timorata le hubieran hecho casarse con aquella mujer á pesar de la edad, si ella misma no hubiera preferido darle una compañera cuyos años estuviesen más en relacion con los suyos, y cuyo carácter no pudiese hacer peligrar el poder que ejercia (1714). Engañóse, sin embargo, al fijar su eleccion en Isabel de Farnesio, de Parma, que debia suscitar tantas guerras y negociaciones, como en otro tiempo se habian visto por las franquicias populares ó por las libertades religiosas.

El cardenal Alberoni.—Esta eleccion le habia sido sugerida por Julio Alberoni, que, nacido en Plasencia, habia pasado por todas las clases de la sociedad. Sábio, cocinero, negociante, intérprete, bufon, empleado en difíciles intrigas, fué siempre muy hábil para sus adelantos (2). Campistron, que habiendo sido robado en un viaje que hacia á Italia, fué acogido por Alberoni, se lo propuso á Vendome por secretario, precisamente cuando el duque buscaba uno que le acompañase á una espedicion á Italia. Otros cuentan que teniendo que conferenciar en Parma el obispo de Santo Domingo con Vendome, y no sabiendo el francés, tomó á su servicio á Alberoni; y que habiendo encontrado éste al cínico general sentado en un vaso de noche en que pasaba una gran parte de la mañana, en lugar de mostrarse resentido de aquella impolítica, le pareció lo mejor imitarle, lo que agradó al general francés y le valió entrar á su servicio. En España supo ganar la voluntad de la princesa de los Ursinos: habiendo sido nombrado conde y enviado á la corte de Parma, se aseguró el reconocimiento de esta casa, determinando el matrimonio de Felipe V con Isabel (3), y su favor creció para con la nueva reina. El primer acto de Isabel fué despedir á la princesa de los Ursinos, que habia salido á recibirla. Púsosela en un carruaje con el traje de etiqueta que llevaba; y de esta manera le fué preciso atravesar á fines de diciembre, y rodeada de guardias, una parte de la España. Felipe no mostró por esta absoluta resolucion ni lástima ni descontento (4).

«El orgullo espartano, la tenacidad inglesa, la

---

(2) Dubos y Saint-Simon hacen su caricatura: como tambien Poggiali *(Memorias históricas de Plasencia)*, Ortiz *(Historia de España)*, Coxe *(La España bajo el reinado de los Borbones*, II,-27-28). Bignami *(Elogios del cardenal Alberoni)*, hacen su panegírico. Es bien apreciado por Juan Russell, en la *History of principal States of Europe from the peace of Utrecht*, II, 112. Pero los documentos publicados por el mismo Alberoni, primero en Génova, después en Roma, deben sobre todo consultarse.

(3) El mismo Alberoni refiere en las notas sobre su vida, haber dicho á la princesa de los Ursinos, que Isabel «era una buena lombarda, harta de manteca y queso; que se haria de ella todo lo que se quisiera; y que iria á España con las condiciones que quisiese imponerle la princesa.»

(4) «En las posadas de España (dice Saint-Simon, que describe de una manera pintoresca las desgracias y el viaje de Mad. de los Ursinos), no hay nada absolutamente para las personas, y sólo se os indica dónde se vende lo más

flexibilidad italiana y la vivacidad francesa formaban, dice Federico II, el carácter de Isabel, mujer singular, que caminaba audazmente al cumplimiento de sus designios. Nada la sorprendia, nada podia detenerla.» Sabia contener su carácter dominante, y resignarse á la soledad con un marido melancólico, sin perder su alegria. Le hizo padre de un hijo, y sin esperanza de ver ascender al trono á este niño, precedido que habia sido por otros tres hermanos del primer matrimonio, quiso prepararle una rica herencia. Para conseguir este objeto de toda su vida, aisló al rey, que sombrío, devoto sin ser religioso, tímido y obstinado, de un ánimo apocado, y necesitando ser dirigido, deseoso, sin embargo, de figurar en la balanza política, lo concedia todo á su mujer, su única compañera. Ahora bien, la reina, de un carácter ambicioso, pero sin conocer la política ni los negocios, educada en el retiro, y con una vida aun más retirada en el trono, odiando á los españoles y odiada por ellos, no tenia confianza más que en los italianos, principalmente en Alberoni.

Aquel extranjero, á quien habia hecho cardenal, se contentó con poseer el poder de un ministro, como confidente del rey y de la reina, sin ambicionar el título. Ganó el favor de la nacion castigando á aquellos que habian aumentado los empleos públicos; después propuso grandes proyectos con objeto de destruir el principio moderno, y de volver á la España su antigua grandeza.

El tesoro se hallaba agotado; el pueblo desalentado, no habia ni ejército, ni marina, ni poderosas alianzas; la única riqueza consistia en los productos del territorio, que felizmente defendian los Pirineos. Los caminos (él mismo nos lo dice en su *Testamento político*) estaban interrumpidos, como en la época en que cada provincia formaba un reino diferente. Apenas podian las acémilas atravesar la Castilla; no habia barcos en los magníficos rios de la Península, y las mercancías remontaban el Guadiana, el Ebro y el Tajo á lomo, sin que se pensase en hacerlos navegables, ó se permitiese á los holandeses emprender los trabajos necesarios. «Los restos de los grandes caminos romanos no inspiran una noble emulacion. Se ha oido, por decirlo así, el ruido de los trabajos con que la Francia ha reunido dos mares por un canal de setenta leguas, sin resultar más que una estéril admiracion.» Comparaba con exactitud la España á la boca por donde todo pasa sin quedar nada en ella, recibiendo el pais de sus colonias consideradas riquezas, y consumiéndolas sin producir nada.

Trabajaba Alberoni diez y ocho horas al dia, sin asustarse de los menudos detalles de economia. Comenzó por restablecer las rentas y la industria; fundó una fábrica real de paños en Guadalajara, llamando de Holanda en una sola vez á cincuenta familias con sus utensilios, y de Inglaterra á tintoreros. De esta manera pudieron trabajarse las lanas indígenas en el pais, y vestirse el ejército con telas nacionales. Fabricóse en Madrid manteleria y telas de Holanda: cuatrocientas religiosas aprendieron á hilar como en este pais, y á los niños espósitos se les enseñó esta clase de trabajo. Abriéronse tambien fábricas de cristales, prosperó la agricultura, y volvieron á poblarse las soledades españolas. Disminuyó Alberoni los gastos, haciendo económica la administracion, y limitando los innumerables empleos civiles y militares de la casa real. Protegió el comercio de las colonias, obligó al clero á contribuir á las cargas públicas, á pesar de la prohibicion del papa, y desterró á los sacerdotes más tenaces en sostener sus privilegios. Contrató empréstitos, impuso contribuciones á los ricos, vendió empleos, reclutó un ejército entre los contrabandistas y los migueletes de Aragon, y pronto tuvo la España sobre las armas sesenta y cinco mil hombres, una marina, muchos cañones, y en Barcelona una de las mejores ciudadelas.

De esta manera preparaba la ejecucion de estensos proyectos, que sólo el éxito podia salvar del cargó de temeridad. No pensaba, en efecto, en nada menos que en colocar á su rey en el trono de Francia, y en investir á don Carlos, hijo de Felipe y de Isabel de Farnesio, con los ducados de Parma y Plasencia, uniéndoles la Toscana; en hacer independiente la Italia, arrojando de ella á los austriacos. Procuraba, pues, escitar contra ellos á Victor Amadeo, mientras que estaban ocupados con los turcos. Debian haber sido arrojados de Nápoles por una escuadra española, recibida por este soberano en los puertos de Sicilia, y secundada por los descontentos del reino; entonces se hubiera reunido la Cerdeña á la Sicilia, Nápoles y los puertos toscanos á la España: Comacchio se restituiria al papa, el ducado de Mantua se dividiria entre los venecianos y el duque de Guastalla, los Paises-Bajos católicos entre la Francia y la Holanda.

Tratado de Westminster.—Fingió al efecto adular á la Inglaterra evitando los motivos de queja, y asegurándole las ventajas estipuladas por el tratado de Utrecht; pero al mismo tiempo que de esta manera conseguia el favor del ministerio whig dirigido por Townshend y por Walpole, favorecia bajo cuerda al Pretendiente y procuraba en secreto una reconciliacion entre el czar y Carlos XII, para arrojarlos contra Jorge I y restablecer á Estanislao en el trono de Polonia. Concibió Jorge recelos, y de aquí su alianza con el Austria (1716) *para la recíproca defensa de sus pose-*

---

indispensable para las primeras necesidades. La carne por lo regular está cruda, el vino espeso, malo, agrio; el pan duro, á menudo el agua no vale nada, no hay cama más que para los arrieros; de tal manera, que es preciso llevarlo todo consigo.» Alberoni escribió al mayordomo del duque de Parma: «El golpe que la reina acaba de dar, es digno de Jimenez, de Richelieu, y de Mazarino. ¿Creeriais que con solo este remedio muchos males reputados por incurables se han curado?»

siones presentes y futuras; frase que aludia á la Sicilia, ambicionada siempre por los austriacos.

Conjuracion de Cellamare.— Alberoni recurria más bien á las intrigas que á las armas; escitaba á los húngaros y á los turcos contra el Austria; prestaba ayuda á los jacobitas en Inglaterra; urdia una conspiracion en Francia para sorprender al duque de Orleans (1718), arrebatarle al jóven Luis XV, convocar los Estados generales y hacer nombrar regente al rey de España. La duquesa del Maine era el centro de aquella conspiracion, en la que estaban comprendidos muchos señores, sobre todo de la Bretaña. La correspondencia con la corte de España pasaba por manos del príncipe de Cellamare, embajador en Paris; y ya se prometian una revolucion interior, que debia favorecer el descontento universal. Pero el abate Dubois, alma y vida del duque de Orleans, tuvo aviso é interceptó las cartas que probaban, si no una verdadera conspiracion, al menos inteligencias y ofertas. Fué, pues, presa la duquesa del Maine, como tambien el príncipe de Cellamare y otras varias personas.

Perdonó el duque de Orleans; pero no encontró salvacion contra las intrigas de Alberoni más que en una alianza con la Inglaterra, aunque la opinion pública estaba en contra de esta monstruosa liga. Por otra parte; habiendo hecho poner preso el emperador en Milan á un embajador de España, y declarado Felipe la guerra al Austria, este monarca reveló el tratado que le unia á la Francia y á la Inglaterra. Negóse la Holanda á comprometerse por no perder las ventajas que le procuraba la paz con los españoles. Comenzaron los ingleses las hostilidades sin declaracion anterior: sin embargo, Felipe hizo frente á toda la Europa; secundado por el intrépido Alberoni (1719); y se apoderó de la Sicilia, que Victor Amadeo habia cedido al emperador en cambio de la Cerdeña.

Todos los odios se dirigieron, pues, contra Alberoni, y las mismas armas de que se sirvió se volvieron contra él. El regente recurrió á los medios más bajos para conseguir su ruina. Ganó al confesor de Felipe y á la nodriza de la reina para perderle en su ánimo, sobre todo cuando el mal éxito le acusaba de imprudencia. Resultó de esto que el cardenal fué destituido de repente, y la misma á quien habia hecho reina le negó una audiencia. Registróse minuciosamente sus papeles y todo lo que le pertenecia; después se le despidió. Ascendido á la cumbre «sin haber tenido tiempo de contar los escalones,» como decia la princesa de los Ursinos, tal vez dejó que se apoderase de él el vértigo. Así como los ensalzados de la nada, no pensó más que en hacer ostentacion de su poder; deseoso siempre de moverse y de imprimir el movimiento, consideraba el objeto y no los obstáculos. Obligado á servir las pasiones ajenas, y no pudiendo fiarse de los españoles que le odiaban, apareció nada más que como un presentuoso; pero pudo decir al cardenal Polignac: *La España era un cadáver, y lo he reanimado; cuando mi marcha, ha vuelto á tenderse en su ataud.* La sed del poder no se apaga en los labios una vez que han saboreado sus dulzuras, y hasta sus amarguras; y Alberoni, cuando emprendió su marcha, estaba persuadido de que no habia terminado su carrera, y se comparaba á aquellos capitanes aventureros á quienes á porfia se buscaban cuando eran licenciados. Cuando llegó á Sestri, en la costa de Génova, recibió prohibicion de Clemente XI de dirigirse á Roma; pero á la muerte de aquel pontífice fué llamado al cónclave, y hasta obtuvo algunos votos para el papado. Inocencio XIII le declaró exento de todo cargo, después de examinar las imputaciones dirigidas contra él: pudo, pues, vivir en Roma, refugio de los grandes que habian perdido el favor. Proyectó una alianza cristiana para arrojar á los turcos de Europa y dividir su territorio. Rávena fué dotada por él con útiles establecimientos; una revolucion que dirigió en San Marino se volvió en su contra; pero Plasencia conserva señalados monumentos de su ilustrada beneficencia (5).

Separado Alberoni, resignóse Felipe V á instancias de su mujer á la cuádruple alianza (1720), renunciando á las provincias separadas de la monarquia española, y reunióse un congreso en Cambray para consolidar los tratados con varias alianzas. El emperador, que tenaz en su odio contra la España la veia con envidia favorecida por las otras dos potencias, ponia contínuas dificultades en las fórmulas de la recíproca renuncia. Concluyó, sin embargo, por adoptar su partido, y dió á don Carlos, hijo de Isabel de Farnesio, la investidura de Parma, Plasencia y Toscana, bajo la garantia de la Francia y de la Inglaterra, contra las pretensiones del papa y del Gran duque.

Obstinábase, no obstante, el emperador en pretender el título de rey de España, sobre todo el de rey católico y el de gran maestre de la órden del Toison de oro. Sin tener más que hijas, habia promulgado una pragmática-sancion (19 de abril de 1713) en la que disponia que á falta de varones sucederian sus hijas con preferencia á las de José I, arreglándose la sucesion entre ellas por órden de

---

(5) Alberoni escribió á Voltaire para darle gracias del bien que habia dicho de él en la *Vida de Carlos XII;* y el 12 de marzo de 1735, le contestó Voltaire: «La carta con que vuestra eminencia me ha honrado es de un precio tan lisonjero para mis obras, como debe serlo para vuestras acciones la estimacion de la Europa. No me debeis ningunas gracias, monseñor. No he sido más que el órgano del público al hablar de vos. La libertad y la verdad, que han dirigido siempre mi pluma, me han valido vuestros sufragios. Estos dos caractéres deben agradar á un genio como el vuestro: todo el que no os estime podrá ser un hombre poderoso, pero no un gran hombre.

»Quisiera estar en disposicion de admirar de más cerca á aquel á quien he hecho justicia desde tan lejos. No me lisonjeo de tener nunca el honor de ver á vuestra eminencia. Pero si Roma comprende sus intereses para querer al menos restablecer las artes, el comercio, y devolver algun esplendor á un pais que en otro tiempo era dueño de la

primogenitura. Hízola aprobar por los Estados provinciales de todos los paises austriacos, y por las hijas de José I, casadas con los electores de Sajonia y Baviera; y desde entonces su política tuvo por único objeto obtener la confirmacion de las demás potencias. Pretendia, pues, el asentimiento de la España, á la que repugnaba dárselo, y pedia que se limitase en Italia á sus antiguas posesiones. Aprovechaba con este motivo el rey de Cerdeña la ocasion de solicitar una categoria igual á la de los demás soberanos. Las potencias marítimas estaban disgustadas porque el emperador hubiese establecido en Ostende una compañia para el comercio de las Indias. Estos eran graves embarazos para la diplomacia

Una hija de Felipe V habia sido educada en la corte de Francia como futura esposa de Luis XV. Ahora bien: el duque de Borbon, ministro entonces, temblando por la debilidad del jóven rey, no quiso dilatar más el asegurar una sucesion que debia separar del trono al duque de Orleans. Despidió, pues, á la infanta que aun no era nubil, para sustituirla con Maria Lesczinska. Esta afrenta irritó á Felipe V, que, á pesar de la corte y de sus ministros, concluyó la paz con el emperador (1725), aceptando la pragmática-sancion, dejándole durante su vida los títulos que deseaba, y renunciando á sostener la resistencia de los señores italianos. El gran maestrazgo del Toison de oro quedó sin decidirse. Ambos monarcas se prometieron mútua mente socorros para recobrar á Gibraltar y Mahon; y Felipe concedió á los súbditos del emperador el derecho de traficar libremente en sus puertos y en las Indias, derecho de que gozaban ya los holandeses y los ingleses.

Veinte y cinco años de rencor cedian, pues, el puesto á una amistad que despertó la desconfianza de las cortes europeas. Se sabia que el ministro español Riperdá derramaba el oro en la corte de Viena, y que hasta habia tocado una parte al emperador (6). Hablábase de un matrimonio entre Maria Teresa de Austria y don Carlos de España, matrimonio que podia un dia reunir el Austria, la España y la Francia.

Pensó, pues, el rey Jorge en oponer á estos proyectos una alianza de las potencias del Norte, que se verificó en Hannover. Este tratado es notable por ser el primero en que los príncipes de Alemania se comprometieron con un extranjero, en no cumplir las obligaciones de la constitucion germánica, es decir, en no socorrer al Imperio si declaraba la guerra á la Francia. Jorge habia prometido no comprometer á la Gran Bretaña en guerras ó gastos por sus posesiones en el continente. Pero tenia un parlamento avasallado, y un hábil ministro: hacia resonar en sus discursos las frases de maquinaciones papistas, intereses protestantes, equilibrio de los poderes, libertad, seguridad del reino; palabras cabalísticas, dice Smollett, que fascinaban á la nacion y la inducian á desastrosas uniones.

Hubo entonces una multitud de acuerdos particulares para obtener adhesiones á ambos tratados de Hannover y Viena: habiendo sido descubiertos los artículos secretos del último, Carlos VI los habia desmentido; y en prueba, sacrificó á la España entrando en la cuádruple alianza, teniendo por objeto hacer reconocer la pragmática-sancion. Esta bajeza no le aprovechó. Concluyóse la paz en Sevilla entre la Francia, la España y la Inglaterra, con renovacion de los tratados de comercio que importaban á esta última potencia. Se convino en que la España indemnizaria á los ingleses, después de cesar las hostilidades, de los perjuicios que habian sufrido, y que Liorna, Porto-Ferrayo, Parma y Plasencia recibirian seis mil hombres de tropas españolas, para asegurar la sucesion de estos Estados á don Carlos.

Los hombres leales se escandalizaron de un acuerdo que repugnaba á intereses, que sostenidos primero con calor, se habia verificado sin intervencion del emperador, con quien hasta entonces se habia caminado de acuerdo, y disponia de los dominios italianos sin el concurso de los poseedores actuales y del señor soberano. Nada decimos de los pueblos, de quien nadie se ocupaba en aquellas guerras dinásticas, en las que cada uno iba descaradamente en pos de su interés particular. Herido el emperador en su orgullo, y aun más ofendido al ver desechada su pragmática, envió tropas á Italia, y ocupó los Estados del príncipe de Farnesio, que acababa de morir.

Una política sin pudor y enteramente artificial debia carecer de estabilidad, pues le faltaban ideas; así fué que pronto se indispuso la Inglaterra con la Francia (1731), y para contrabalancearla, se unió al Austria: después, en un segundo tratado de Viena, se garantizó la pragmática-sancion en union de los Estados generales, se aceptó la sucesion de Parma y Plasencia, y se abolió todo comercio de los Paises-Bajos con las Indias orientales. La España se adhirió igualmente á este tratado, lo cual valió los dos ducados á don Carlos. Juan Gaston, gran duque de Toscana, se resignó al heredero que se le imponia, y concluyó en Florencia, con España, una *convencion de familia*, designando para sucederle al infante don Carlos, que prometió sostener los privilegios del pais. Sólo entonces pudo considerarse como terminada la guerra de Treinta años por la sucesion de España, y así como cuando habia comenzado, las potencias marítimas y el Austria se encontraban unidas contra los Borbones; equilibrio que parecia un elemento de paz; pero nuevas intrigas de gabinetes y ambiciones de familia debian trastornar pronto á Europa.

En este estado de cosas suscitóse entre la España y la Inglaterra una enemistad parcial. Felipe V

---

mas hermosa parte del mundo, espero que os escribiré entonces con otro título que el de vuestra eminencia,» etc.

(6) Coxe en *Carlos VI*, c. 87.—*Memorias secretas de* Foscarini.

habia sufrido siempre con impaciencia las onerosas condiciones comerciales impuestas á su pais por los ingleses cuando la paz de Utrecht, tanto más, cuanto que éstos, con la ayuda de un activo contrabando, habian aumentado con mucho las ventajas de sus operaciones en América, con gran detrimento de la España. No habiendo conseguido nada con sus protestas, envió buques de crucero para visitar los barcos que encontrasen en la América española, y secuestrar todas las mercancias de contrabando ó las demás destinadas á las colonias de España, ó que se esportasen de ellas.

Quejáronse los ingleses pidiendo la guerra; y aunque el ministro Walpole procuró evitarla, estalló con la impetuosidad de un movimiento nacional. Absurdas noticias circulaban sobre las crueldades de que se hacian culpables los cruceros españoles, y tanto el rey como sus ministros lo creyeron, ó fingieron creerlo. Pope concluyó su carrera, y Jonhson comenzó la suya llamando al pais á las armas. Glover hizo oir cantos belicosos; regocijóse el populacho con manifestaciones, mientras que mezclándose el príncipe de Gales á la exaltada turba, bebia y vociferaba con ella. Enviáronse al momento órdenes á las escuadras inglesas para ejercer represalias contra los buques del rey de España (1739), y como se encontraban ya á la ofensiva, cuando se declaró públicamente la guerra, hicieron al momento presas, y ocuparon á Porto Belo. Sin embargo, la Gran Bretaña permaneció sola en aquella guerra, que la Europa consideraba injusta. No por eso dejaron de continuar las hostilidades durante la guerra de sucesion de Austria, y no concluyeron con la paz de Aquisgram. Estipulóse, por fin, en Madrid (1750), que la Gran Bretaña renunciaria al *asiento*, mediante cien mil libras esterlinas que pagaria la España á la compañia inglesa; pero no se suprimió el derecho de visita.

CAPÍTULO II

FRANCIA.—LA REGENCIA.

Dirigiremos ahora nuestras miradas hácia la Francia, para conocer á los competidores de Felipe V y de Alberoni. Luis XIV habia llevado hasta el colmo la unidad de su gobierno, pero sin sentarle en una base sólida, en atencion á que la hacia depender enteramente de la voluntad del rey, después de haber destruido todos los obstáculos que las antiguas instituciones hubieran podido oponer. Nada aseguraba, pues, aquella centralizacion contra la accion legítima del pueblo, ni contra la obra del tiempo. En efecto, una y otra zaparon aquel pomposo edificio, resultando una época sin dignidad, en la que todo fué dirigido por la intriga y el favor, rey, ministros, generales y gobierno, y donde la política cambió con las queridas.

Luis XIV dejaba un nieto de edad de cinco años y medio, bajo la tutela de Felipe, duque de Orleans, encargado de proteger aquella cuna que habia quedado en medio de tantos féretros. Reunió el duque el parlamento, que deseoso de protestar contra su propio anonadamiento, insultando al *leon muerto*, ante el cual habia temblado durante su vida, abolió el injurioso testamento por el cual Luis XIV establecia límites á la autoridad del tutor y aumentaba las del duque del Maine, bastardo legitimado; y estableció como sétima ley fundamental del reino, que en las minorias, el príncipe de la sangre más próximo seria regente de derecho (1).

Adulado el parlamento por el regente, se apresuró á aprovecharse de un reinado nuevo y vacilante para recobrar el derecho de manifestacion que le habia arrebatado el gran rey. Llamó á los que habian sido desterrados en virtud de la bula *Unigenitus*, y pensó en restablecer tambien á los hugonotes en sus derechos; rebajó tambien á los príncipes legitimados, declarándolos inhábiles para suceder. De esta manera enseñaba á la nacion á desobedecer, como tambien á no creer en la infalibilidad de los reyes.

El regente parecia tambien querer obrar en todo en oposicion á Luis XIV. Hizo imprimir el *Telémaco*, y tomó de él las frases de que se componia su primer discurso. Abrió al público su biblioteca particular, hizo instruir proceso á los agiotistas y contratistas, pagó á los soldados, disminuyó los gastos, moderó los impuestos, puso en libertad á los jansenistas, y estableció, en lugar de los secretarios de Estado del reinado anterior, diferentes consejos que debian discutir los negocios antes de presentarlos á la regencia. Inspirados aquellos actos por el odio y por la política, fueron aplaudidos, porque Luis XIV era odiado. Creyóse destruir la

(1) LEMONTEY, *Hist. de la regencia y de la minoria de Luis XV.*

VOLTAIRE, *Compendio del siglo de Luis XV.*

CAPEFIGUE, *Felipe de Orleans.*

Y una multitud de memorias, especialmente las del mariscal Richelieu, publicadas por Soulabie, son una fuente de datos muy importantes sobre la corte de Luis XV. Aquel bajo intrigante ganó de tal manera la confianza del mariscal, que le entregó toda su correspondencia y le proporcionó todos los datos que le pidió Soulabie repitió con imprudencia sus relaciones, en las que se nota la tendencia de denigrar la virtud y revelar las mayores torpezas, en cuya indecente complacencia la verdad padece tanto como gana la aficion á lo estravagante.

Lacretelle ha hecho una historia del siglo XVIII, que ha continuado después para concluirla en la época en que comienza su otro resúmen de la revolucion francesa; obra en la que ha procurado dar á la historia moderna el movimiento de narracion de que los antiguos nos han dejado inimitables ejemplos.

tirania unitaria de aquel monarca con la creacion de los consejos; pero conocióse con la esperiencia que continuaban en realidad setenta obedientes opresores, que se daban importancia á pesar de ignorar las aplicaciones y detalles de los negocios. Concluyó, pues, el duque de Orleans por disolverlos.

Ocupó mucho al duque de Saint-Simon, cuyas *Memorias* son un verdadero tesoro. Ardiente jansenista, indispuesto con los príncipes legitimados, celoso partidario de los privilegios de nacimiento, inclinó al regente á llamar al ministerio á la nobleza, que parecia escluida desde la época de Mazarino, y rebajar tanto á los literatos como á los abogados. Pero la nobleza se habia acostumbrado á someter su dignidad á las doradas cadenas de la corte.

El Regente.—Felipe de Orleans, nacido de un padre que Luis XIV habia tenido al principio en la ignorancia, alejado después de los negocios, poseia una elevada inteligencia, una bondad y justicia á toda prueba, y estaba dotado por la naturaleza de las más felices cualidades para hacer el bien. Luis XIV, que le habia concedido la mano de su primera hija, le tuvo constantemente en la inaccion, y si le permitió mostrar valor é inteligencia en la guerra de la sucesion española, pronto concibió recelos, y estuvo á punto de acusarle como culpable de aspirar á la corona de España.

Cuarenta años pasados sin probabilidad de reinar, le permitieron conocer á los hombres y á las cosas más de lo permitido á los príncipes nacidos en el trono. Verboso y espresándose con claridad, su memoria le proporcionaba siempre anécdotas é historias, que amenizaban la conversacion; justo y exacto en las cosas positivas, no tenia pretensiones ni arrogancia; su deseo hubiera sido más bien mandar en los ejércitos que gobernar el reino. Leia con rapidez, y conservaba lo que habia leido; pero le era imposible detenerse mucho tiempo en una misma cosa, y era más apto para adivinar los negocios que para estudiarlos. Desgraciadamente habia sido educado por el abate Guillermo Dubois, hijo de un boticario de Brives, que le enseñó á considerar la moral como una preocupacion vulgar, y la religion como una invencion humana. Entregóse, pues, tanto por esto como por despecho á la hipocresia del anciano rey, á un descarado libertinaje, y abrazó sistemáticamente lo peor que tenia entonces la corrupcion. Rodeado de una partida de disolutos de elevada categoria, renovaba con ellos todo lo que las sátiras de la antigüedad recuerdan de más repugnante. Bellas y graciosas mujeres llenas de talento tomaban parte en las orgias, en las que se despreciaba todo sentimiento de religion y virtudes domésticas. En ellas, para olvidar Felipe mejor su clase de príncipe, olvidaba su dignidad de hombre. Queria más bien hacer ostentacion del libertinaje que entregarse á él, lo que le hacia inventar estravagancias. Los dias más santos eran los que elegia para tener sus partidas más escandalosas, y reunir á las personas de peor fama. La duquesa de Berry, su hija, llegó hasta tal grado en el olvido de la modestia, que hizo concebir sospecha de incesto.

En su mania á las novedades, el duque de Orleans se aficionó á la pintura; él mismo trabajaba y hacia preciosas colecciones. Otras veces se dedicaba á la química, cuyos secretos y trasmutaciones trataba de sorprender. Después de haber procurado persuadirse con sus lecturas y discursos de que Dios no existe, se le ocurria ver al diablo y hablarle; y pasaba noches enteras en subterráneos en hacer evocaciones; interrogaba lo futuro en un vaso; todo esto para cambiar y buscar lo extraño.

Sin embargo, no dejaba á sus queridas dominar. Cuando la Tencin quiso mezclar á los placeres consejos de política, no obtuvo más que una cínica respuesta. Dejó hablar á la hermosa señora de Sabran; llevándola después delante de un espejo, le dijo: *¿Os parece que con semejante rostro se puede hablar de asuntos tan tristes y tan serios?* Ella fué la que en una cena dijo aquellas palabras que han sido célebres: *Dios después de haber creado al hombre, tomó un resto de barro para hacer el alma de los príncipes y de los criados.*

El ejemplo del jefe del Estado hizo que el desarreglo fuese de moda. Hasta los menos apasionados lo aparentaban, y se introdujo en la sociedad un libertinaje cultivado y sistemático, en el que la vanidad tenia más parte que los sentidos. Cómplice Dubois de aquellos escesos, aumentaba su favor; pagado á la vez por la Francia y por sus enemigos, acumulaba los empleos y las pensiones (2). Cínico, de repugnantes modales, despreciado, se atrevió á pedir el arzobispado de Cambray, al cual se unia el título de príncipe del imperio, y, lo que es más, el recuerdo de Fenelon, y le obtuvo. El regente le preguntó: *¿Dónde encontrarás el infame que consienta en consagrarte?* Sin embargo, la Francia gastó, dicen, ocho millones para obtener á aquel miserable el capelo de cardenal; cuando el papa se lo concedió hubiera debido arrojarle del santuario. El canciller d'Aguessau, discípulo de Port-Royal, tan pobre de genio como rico de virtudes y talento, escepto la habilidad política y la energia civil, se opuso á la admision de Dubois en el consejo real, en cualidad de cardenal, lo que le valió el destierro. Los duques se retiraron como vejados en sus derechos. Resultó, pues, que Dubois quedó de primer ministro, encargado de todos los negocios de que el regente deseaba desentenderse (3).

Colocado aquel príncipe entre una gloria des-

---

(2) Segun los cálculos de Saint-Simon, tenia Dubois más de millon y medio de pesetas de renta, á saber:

En beneficios.	324,000 ptas.
Como ministro.	150,000 »
Por empleos.	100,000 »
Pensiones de la Inglaterra. . . .	960,000 »

(3) Felipe, á pesar de su alto nacimiento, de su talento

lumbradora y grandes reveses, fué juzgado tal vez con escesiva severidad, y denigrado más de lo que merecia: nadie podria negar, sin embargo, que su gobierno se señaló con deplorables desórdenes. Poquísimos medios habia para reprimir el delito y muchos para eludir la justicia; un capitan de suizos, atacado por la multitud en su propia casa, sostuvo en ella el sitio á tiros; y un lacayo espuesto á la vergüenza fué libertado por cinco mil de sus compañeros: los pajes de los príncipes daban batalla á los pajes de los embajadores en el mercado de San German, y de los registros parroquiales se arrancaban las hojas que podian impedir ó revelar los fraudes.

Hacienda.— Las rentas se encontraban agotadas hasta tal punto, que faltaban todos los años 77.000,000 para atender á los gastos corrientes, lo que acumuló una deuda de 2,062.000,000, que equivalian á 3,786.000,000 del dia. Saint-Simon proponia una bancarrota; pero no se atrevieron á declararla abiertamente (4), y se recurrió á un paliativo, procediendo á una revision de los créditos que redujo la deuda á 1,635.000,000. Todos los billetes se redujeron á una clase. La moneda se fundió con un quinto más de valor; después se estableció para juzgar las prevaricaciones, las concusiones, las malversaciones de los contratistas del Estado, una cámara ardiente que pronunció contra ellos atroces penas, la muerte, la galera y la picota. A los servidores se les admitia á deponer contra sus amos; se ofrecia una ganancia á los denunciadores concediéndoles una tercera parte de las multas y confiscaciones, como tambien la proteccion real contra las persecuciones de los acreedores. Con tales medios se queria estinguir la deuda pública, y no era tan gran crímen ser concusionario como rico.

Cuatro mil cuatrocientos padres de familias fueron comprendidos en esta nueva proscripcion, y se vieron obligados á permanecer encerrados en los magníficos palacios que habian construido. Algunos huyeron, otros se dieron la muerte, varios compraron su perdon á los favoritos, y la indulgencia se convirtió en un tráfico. Las restituciones decretadas ascendieron á 300.000,000, pero la intriga ó el favor los redujo apenas á 15: cortos resultados en comparacion á la execracion pública que aumentaba el aspecto de tantas gentes arruinadas, al paso que otros engordaban con sus despojos. En fin, la

---

raro y grandes virtudes, vivió en continuas vacilaciones, y pareció decaer cada vez más: Dubois, que habia salido de la nada con defectos naturales, tuvo en la voluntad el ardimiento que su amo tenia en la imaginacion, y contínuamente se elevó. En la práctica del gobierno ambos despreciaban á los hombres, mentian descaradamente y prometian sin fe. La única independencia del príncipe y la inquieta viveza del ministro no podian acomodarse á la gravedad del cargo que representaban, y su corte no cesó de ser un campamento en desórden. Luis XIV, que tan útilmente habia empleado el arte de ocuparse con método y de elogiar con gracia, no trasmitió estos dos secretos á su sobrino, que amigo de las audiencias pomposas, fué siempre presa de los importunos, y nunca estimuló con un solo elogio á sus más fieles servidores. Por el contrario, el arzobispo se mostraba económico de su tiempo hasta la inconveniencia, y pródigo de alabanzas hasta la trivialidad. Cuando el ingenioso Brancas decia: *Tenemos un regente que gobierna como un bribon*, definia exactamente la política de este príncipe, que satisfecho con armar contiendas, jamás llegaba á introducir una verdadera division entre los enemigos. En cuanto á Dubois, resuelto, vivo de genio, caminó siempre adelante, no dejó en pié ningun obstáculo, consiguió cuanto se propuso y no debió nada á la casualidad. Todo lo obtuvo, escepto la buena reputacion; y el mayor prodigio suyo fué acostumbrar al yugo á un amo vano, ingenioso, desconfiado, mil veces más difícil de dominar que el rey débil ó la mujer de alcances limitados, que habian servido de juguete á Richelieu y á Mazarino.

El alto nacimiento del regente hizo que se imputasen delitos imaginarios; la baja estraccion del ministro movió á la envidia á exagerar sus vicios; uno y otro, rodeado de enemigos y de ultrajes, desdeñaron la venganza, aquél por inclinacion natural, éste por cálculo egoista. (Escribia á la Tencin: *En el fondo, el objeto de todas mis acciones es conseguir el fin que me he propuesto. La venganza, aunque dulce, no pasa de ser un consuelo; y no puede ejercerse sin perjudicarnos un poco á nosotros mismos.)* Señores absolutos de todos los tesoros de Francia, Felipe dejó 7 millones de deudas, y Dubois una simple herencia en bienes muebles que no valia dos años de su renta. La necesidad trastornó su reinado con estrañas novedades que ninguno de ellos queria; el duque porque desconfiaba de su constancia para sostenerlas, y el arzobispo porque se sentia demasiado fuerte sin necesidad de su auxilio. La muerte les cogió en el colmo del poder; pero mientras el regente abandonó sin sentimiento una existencia llena de placeres, el favorito siguió hasta el furor una vida llena de dolores. Si Dubois, sin modelo ni imitadores en su carrera política, no tuvo las debilidades de la edad avanzada y cubrió los defectos del hombre con la aplicacion del administrador, en cambio el indolente y escandaloso Felipe adornó la autoridad que no supo ejercer con las gracias de un buen natural, con el ascendiente de la gloria militar y con las chispas de aquel ingenio elevado de que el cielo dotó á algunos de su raza. Suponiendo á estos dos hombres privados del auxilio que mútuamente se prestaron, puede conjeturarse que el gobierno de Felipe habria terminado en una sangrienta ironia y el de Dubois en un innoble despotismo. Pero el preceptor y el discípulo, moderados el uno por el otro, formaron una especie de soberano mixto, tolerable para los pueblos, y acaso conveniente en aquellas épocas de relajacion en que los hombres de genio están fuera de las condiciones de su tiempo, en que los hombres de bien no hacen más que cometer errores, y en que el estado de la sociedad no consiente mayores virtudes. Si la regencia debe conocerse por estos últimos rasgos, será ya un gran motivo de censura el haberlos merecido.» LEMONTEY, obra citada, II, 97.

(4) «A nuestro advenimiento á la corona, no habia los más pequeños fondos... En medio de una situacion tan violenta, no hemos dejado de desechar la proposicion que se nos ha hecho de no reconocer los compromisos que hemos contraido.» Declaracion real del 7 de diciembre de 1717. Este es el mejor comentario del reinado del gran rey. Después de su muerte, se liquidó una deuda de 2,062.138,000, cuyo interés ascendia á 89.143,153.

cámara ardiente cayó bajo el peso de la maldicion universal.

Sistema de Law.— Encontrando Dubois insuficientes con mucho los remedios rentísticos del duque de Noailles, ministro de comercio, presentó al regente un hombre que prometia amortizar la deuda del reino, aumentar las rentas y disminuir los impuestos, creando un valor ficticio equivalente al real. Era el escocés Juan Law, que se alababa de ser discípulo de Locke y Newton. Tan llenos de deudas se encontraban los gobiernos en el siglo anterior, que era preciso encontrar medios de adelantar sin nuevos impuestos. Aun no se conocian las combinaciones del cambio. Varios bancos se habian establecido en Europa; pero sólo el de Inglaterra estaba regido por principios racionales. Law, que los habia estudiado, concibió ideas mucho más claras que ninguno de sus contemporáneos (5); y viendo que el crédito habia hecho prosperar á la Holanda, al paso que las demás naciones luchaban contra la miseria, exageró el poder de aquel elemento de riqueza y la actividad de la circulacion.

Haced abundar el dinero y vereis á la industria y á la prosperidad de la nacion aumentarse, pues con el dinero se puede imponer el trabajo. Se consigue este resultado con bancos de circulacion, que permiten hacer tanto dinero como se quiera. Ahora bien, toda materia por apta que sea para representar valores puede llegar á ser dinero, y el papel es más propio para este uso que los metales. El crédito individual, es decir, el de los banqueros y demás comerciantes de dinero, es funesto á la industria, en atencion á que los avaros prestamistas tratan como déspotas á los trabajadores que necesitan capitales. «Es preciso sustituir á la comandita del crédito individual la del crédito del Estado; el soberano debe dar el crédito y no recibirle.» Palabras notables en boca de un amigo del pueblo; tambien decia que un artesano que gana veinte sueldos, es más digno de estimacion que un terreno que produce veinte y cinco mil libras.

Un honrado comerciante, añadia Law, hace negocios por el décuplo de lo que posee, y saca una ventaja décupla. ¿Si el Estado atrae á sí todo el dinero, qué beneficio no puede conseguir? Erraba no calculando la vigilante asistencia del hombre privado y su buena fe; se equivocaba, atribuyendo al crédito efectos que no son sino su consecuencia. Law no conoció tampoco que el dinero en circulacion debe estar en proporcion de los valores que circulan en el cambio; de otra manera su mayor cantidad encarece los precios, y no aumenta la riqueza. Se engañó aun más cuando creyó que se podia dar al papel un valor forzado.

Desde 1705, la Inglaterra se encontraba escasa de numerario, Law le habia propuesto la formacion de un banco que hubiera emitido billetes hasta el valor de todas las tierras del reino. No habiendo sido escuchado, propuso su plan á Victor Amadeo, que contestó no ser bastante poderoso para arruinarse. Ofreciólo tambien á Luis XIV, declarando estar dispuesto á perder 500,000 francos en el caso en que sus promesas no se realizasen; mas no fué más dichoso. Vióse entonces acogido por el regente, á quien propuso crear un banco de descuento, mediante el cual el gobierno tendria el beneficio de todos los monopolios, facilitaria todas las operaciones de hacienda, y se procuraria bastante dinero para atender á sus desmesuradas necesidades. Hubiera sido preciso para llenar su objeto un banco general y nacional llamado á percibir todas las rentas públicas, y esplotar todos los privilegios que el gobierno hubiera tenido á bien concederle; pero no pudo obtener más que la autorizacion de establecer un banco de circulacion (1717), con sus propios fondos y por su cuenta y riesgo: esto es lo que hizo con un capital de 6.000,000, dividido en acciones de 5,000 francos que se compraban pagando una cuarta parte en dinero y lo restante en billetes del Estado, cuyo precio era entonces muy bajo. El edicto añadia que aquel banco ofrecia la ventaja de cambiar el dinero á un interés crecido, por papel que se podria realizar de un momento á otro. Para comenzar sus operaciones, el *banco de Law y compañía* obtuvo el arriendo de la moneda, después el de todas las rentas públicas mediante 52.000,000 al año, á condicion de prestar al rey 1.200,000,000 al 3 por 100, para el reembolso de las rentas perpetuas. Estendióse el banco por toda la Francia, y fué tal la aceptacion, que pronto ascendió la suma emitida á 12.000,000.

Hasta entonces todo iba lo mejor posible. El banco no complicaba sus operaciones con préstamos ni negocios de comercio; estaba en correspondencia con las provincias, con los directores de las casas de moneda; tenia en su poder las cajas de los particulares, descontaba, recibia depósitos, emitia billetes pagaderos á la vista y en moneda inalterable. El banco de descuento reanimó instantáneamente el comercio, estinguió la usura, fijó el interés del dinero, anudó las relaciones con el extranjero: habiéndose multiplicado la riqueza con el crédito y el comercio con la circulacion, se restableció la fortuna pública y privada; ya no se formaron repentinas fortunas á espensas de la miseria comun, sino fundadas en el bienestar general. Levantáronse mil seiscientos embargos en Paris; aumentóse en tres quintos el valor de las manufacturas; una enorme afluencia de extranjeros aumentó el consumo. Buscáronse goces y lujo; y al paso que los particulares se procuraban carruajes, trajes de valor y bebidas heladas, se abolieron los

(5) THIERS, en la *Enciclopedia progresiva*, art. *Law*, y BLANQUI, *Hist. de la economia política*, hablan de él con admiracion, al paso que STORCH y ROSSI, en su *Curso de economia política*, le condenan. Véase tambien á EUGENIO DAIRIE, *Noticia histórica sobre Law*, al frente de las obras de este célebre rentista.

impuestos sobre los comestibles, se mandó que fuese gratuita la enseñanza de la universidad, y se emprendieron trabajos públicos.

Propuso entonces Law la abolicion de los impuestos y de los préstamos; diciendo que bastaba que todos llevasen su dinero al banco público, sacándolo sólo á proporcion de sus necesidades, y se hizo creer de aquellos á quienes habia acostumbrado á prodigios. Ofrecia todo lo que puede seducir una teoria nueva espuesta con claridad; ideas atrevidas emitidas con seguridad, un sistema completo que evitaba todo otro estudio, una perspectiva ilimitada de riquezas y goces. Personas enriquecidas con el robo y las concusiones no entendian nada del crédito, de los bancos, ni de la teoria del dinero. Los cortesanos, perseguidos por sus acreedores, se alegraron de poderles pagar en billetes. No debe, pues, causar admiracion que una general embriaguez invadiese la Francia, y que por todas partes se estendiese la mania de cambiar oro por papel.

Era una cosa prodigiosa el haber organizado los bancos con tanta prontitud; el haber hecho circular el oro donde antes no se encontraba quién prestase dinero al treinta por ciento, y haber procurado un considerable valor á billetes que antes nadie queria, y que hubieran llegado á ser la moneda universal, si de ellos no se hubiese abusado. No contento Law con haber emitido billetes diez veces más de su valor real, pensaba en reunir á todos los capitalistas de Francia, con objeto de poner en comandita los elementos de la riqueza pública; lo cual hubiera ofrecido una hipoteca, sobre todo los bienes inmuebles, asegurando el crédito hasta al pequeño propietario. Era una gran idea; pero aun no se conocia la economia pública, y de esta manera no se podia atribuir á su proyecto su justo valor. No encontrando preparada la opinion, fuéle preciso unir á sus planes preocupaciones en relacion con el espíritu de la época, lo que le hizo especular sobre las colonias.

Habia fundado en las orillas del Misisipi, descubierto á fines del siglo XVII, una colonia que no habia prosperado, en atencion á que en lugar de cultivar el territorio, no se habian ocupado más que en descubrir minas. Un comerciante llamado Crozat se habia hecho conceder las tierras de la Luisiana; pero tuvo grandes pérdidas por quererlas cultivar. En este estado se estendió la noticia de que habia en aquellos paises más tesoros que en Méjico y en el Perú: esto se decia al oido, como secreto inventado para despertar la curiosidad; se pagaba á viajeros para estender cuentos de este género; se hacia pasear por la ciudad á iroqueses cargados de oro y pedreria, y se llevaba oro en barras á la casa de moneda. Estos medios se ponian en obra por Law, que fundó la compañia del Misisipi, á la que se le concedió un privilegio de veinte y cinco años para el comercio de la Luisiana, y para el de los castores del Canadá. Concedíansele las minas que descubriese; se la habia revestido con el derecho de hacer alianzas y construir fortalezas, y las mercancias que importase no debian pagar durante diez años más que la mitad de los derechos de entrada. Reunió después á estas ventajas la propiedad del Senegal, y la trata privilegiada de negros; en fin, se fundió en la antigua compañia de las Indias Orientales y de la China: por esto tomó el nombre de Compañia de las Indias, y se le autorizó para crear 25 millones de nuevas acciones, cuyo valor debia pagarse en billetes del Estado.

El oro del Misisipi llegó á ser proverbial en Francia, y todos desearon tomar parte en aquella rica especulacion. Todo Paris se dirigia á la calle de Quincampoix, punto de reunion de los agiotistas: ¡felices se consideraban los que podian cambiar su dinero por acciones cuyo valor llegó á ser treinta veces mayor que el capital! Nobles, comerciantes, señoras y personas de la clase media se dirigian desde por la mañana temprano á aquella calle: centenares de millones se contrataban en un solo dia; cuando llegaba la tarde, costaba trabajo echar á la gente, y muchos pasaban la noche en el mismo punto para ser los primeros al dia siguiente. Law vendia en treinta mil francos la legua cuadrada de tierra en la Luisiana, que nadie habia visto, y los compradores enviaban allí colonos para desmontarlas, asignando á cada familia, que recibia gratis sus útiles y víveres para un año, doscientas veinte fanegas. Como era más cómodo tener en el bolsillo billetes que oro para negociar las acciones, se sostuvieron con preferencia al numerario. El gobierno no tenia otra cosa que hacer más que emitir nuevas acciones; era un favor obtenerlas de primera mano, y además un medio de halagar al gobierno.

El regente y los principales señores de la corte asistieron á la reunion de los accionistas, que recibieron por un solo semestre, siete y medio por ciento, reemplazando así la aristocracia del banco á la majestad de la corte de Luis XIV. Lisonjeándose el duque de Orleans con la idea de poner la deuda pública al cargo de la compañia, la favoreció menos por ilusion que por cálculo; no tuvo en cuenta las manifestaciones del parlamento, y nombró á Law contador general de rentas. Decidióse que los billetes del banco se recibirian como dinero en las cajas públicas; hasta se le declaró banco real; y trataron de sostenerle con órdenes y prohibiciones. Law, como todos los economistas de su época, creia que la riqueza de un pueblo consistia en la moneda, que por tanto debia ésta multiplicarse lo más posible, y que así como la multiplicacion indefinida del dinero, que convencionalmente presenta riquezas positivas, aumentaria indefinidamente la riqueza pública, del mismo modo el papel-moneda, signo convencional sin ningun valor fuera del pais, podria reemplazar al metálico universalmente adoptado. No hubo, pues, proporcion entre el capital que garantizaba los billetes y su emision: éstos billetes, como se decia entonces y lo repiten aun algunas personas, equivalian á

dinero. Ascendieron á 70, después á 100 millones, y por último á 1,000. El dividendo llegó á ser en 1720 de cuarenta por ciento; y las acciones se alzaron hasta el valor de diez y ocho y veinte mil libras.

Prestábanse fondos á la hora con una exorbitante usura, y sin embargo los agiotistas adquirian grandes beneficios. Uno de ellos, á quien se le habian entregado billetes para venderlos, estuvo dos dias sin presentarse, y ya se creia que los habia robado, cuando se le vió volver y devolverlos exactamente; pero en aquel intérvalo habia ganado un millon. Enormes fortunas se improvisaron de aquella manera: nació una nueva aristocracia, y más de un medrado se paseaba en el carruaje que en otro tiempo conducia; la moral pública se conmovia con aquellos cambios de fortuna, que contribuyeron á separar á muchas personas de los largos y tranquilos caminos de un trabajo diario.

De esta manera fué cómo se corrompió una institucion muy útil. Aquellas relaciones de un banco real con la compañía de las Indias orientales introdujeron un desenfrenado agiotaje; el regente quiso hacer una máquina rentística que pudiese servir dócilmente á sus necesidades, en lugar de dejarle la independencia de una institucion comercial. Law tuvo que caminar acorde con el gobierno por una senda de recíprocas concesiones, momentáneos privilegios, ruinosos espedientes, sin considerar lo futuro. La prohibicion de hacer pagos en dinero que escediesen de seiscientas libras, obligó á todo el mundo á tener billetes; el correo no trasladó ya numerario; en fin, se prohibió tener en casa más de seiscientas libras efectivas, ya fuese en oro ó plata, escepto los plateros. Así es que un banco que se estableció para activar la circulacion del numerario, concluyó por prohibir el oro y la plata y alterar la moneda. Debia favorecer la libertad, y todas las casas estaban llenas de espias para denunciar al que guardaba dinero en metálico; en vez del genio de la industria se evocó el demonio del agiotaje. Law, que habia proclamado que el crédito no existe sino á condicion de ser libre, no cesaba de solicitar órdenes para hacerle obligatorio. Habia contado demasiado con la moda, omnipotente en Francia, pero que pasa pronto. Comenzaron á calcular que todos los metales preciosos que habia en Francia no bastarian, ni con mucho, á reembolsar la masa de billetes y acciones. Trataron, pues, de realizarla en dinero, ó más bien en alhajas, vajilla de plata y todo lo que tenia valor desde que el numerario habia desaparecido. Esto hizo que todo se encareciese de una manera estraordinaria, y proporcionó á otros un nuevo medio de enriquecerse.

El duque de Noailles, que se habia opuesto al establecimiento del banco, fué despedido, y reemplazado por el conde de Argenson, que en un principio habia tratado de remediar el mal con un contrasistema reprobado por el regente; pero sorprendido entonces por una eminente ruina, no encontró otro recurso que la bancarrota. Fué en efecto tal el asimilar los billetes de banco á las acciones de la compañía, es decir, valores verdaderos á otros imaginarios, un capital de diez mil libras á una accion nominal de quinientas. Entonces comenzó una série de desastrosos edictos, que cada vez arruinaron más el crédito. Ya los billetes habian perdido el ochenta y cinco por ciento. Veinte te mil familias se vieron reducidas á la miseria para enriquecer á un pequeño número de bribones, y el pueblo no podia procurarse pan con las manos llenas de aquellos símbolos engañadores de una riqueza anonadada. Aquel sueño tan brillante fué seguido de un deplorable desengaño.

Law fué destituido, y se pusieron guardias para defenderle del furor del pueblo. Era un hombre de bien, dotado de muchos conocimientos, generoso y hasta desinteresado, segun la opinion de algunos. Cuando se le hizo comparecer á dar sus cuentas, todos esperaban una gran confusion; pero, por el contrario, las presentó con un admirable órden, gracias al método de partida doble, que habia aprendido de los italianos, y que rechazaba el interés de los rentistas. Sus errores eran los de su época. El parlamento de Inglaterra habia adoptado en 1720 el bill que concedia á la compañía del Sur el comercio de contrabando con las colonias españolas de la América meridional, y se hacian en el *Change alley* tantas locuras como en la calle de Quincampoix, en atencion á que todos se hartaban de aquellas atrevidas especulaciones, que se llamaban bolas de jabon (*bubbles*). En fin, huyó Law, no sin trabajo, con dos mil luises, ¡él que habia ido á Francia muy rico! La Inglaterra no se atrevió á recompensarle de haber arruinado á su rival. Acogido en Venecia, vió que la regencia se esforzaba en arruinar en Francia el crédito, que era la fuerza de la Inglaterra, y oprimir con medios desastrosos á los que se habian enriquecido, sin conseguir llenar el tesoro. Fué por un momento llamado á Trieste por el emperador, para indicar los medios de hacer prosperar el comercio en Levante. Si se hubiese sujetado á las prudentes doctrinas espuestas en sus *Consideraciones sobre el numerario*, hubiera hecho de la Francia la primera potencia rentística. Creó el valor industrial encontrando un empleo para los pequeños capitales, y admitiendo á los trabajadores en el goce de los privilegios de la propiedad. Sin embargo, la memoria de un hombre que merece un elevado lugar en la historia de la economia pública ha quedado llena de oprobio (6).

---

(6) Law se habria distinguido en cualquier situacion; y si fué aventurero, tuvo cualidades capaces de ennoblecer esta figura. Era de estatura alta, de hermosa presencia, de modales distinguidos y seductores. Los mismos que censuraban la ligereza de sus teorias, lo reconocieron por hombre de honor y amigo generoso. Habiendo llegado á ser más rico que ningun soberano, su ánimo no cambió; sen-

Los efectos eran más reales que las causas. Las clases y los partidos se mezclaron en el terreno del agiotaje, la desigualdad de las condiciones se desvaneció entre la igualdad de la debilidad y de la avaricia; la prodigiosa movilidad de las formas rompió el encanto adherido á los nombres aristocráticos; á Law, plebeyo extranjero, se habian prodigado halagos y adulaciones como en otro tiempo al rey, y así se disminuyó la distancia de los grados; abandonáronse muchas preocupaciones feudales; la riqueza se separó de la tierra para emplearse en la industria, lo que hizo florecer á las manufacturas para satisfacer el lujo increible de los ricos improvisados; la propiedad comenzó á fraccionarse, y los nuevos poseedores cultivaron el suelo con más ardor, y con la facilidad que les procuraron los capitales; el espíritu de empresa se manifestó, y se aprendió á conocer el poder de la asociacion. Aquel estado de cosas se hizo sentir particularmente en las provincias del interior de la Francia, donde la civilizacion estaba atrasada, el dinero no tenia antes valor, los productos del terreno no tenian salida, el comercio era nulo y difícil la percepcion de los impuestos.

La necesidad de placeres, de emulacion, la industria sacudieron la indolencia general: aumentóse el lujo, los propietarios libertaron sus bienes de las hipotecas, construyéronse nuevos edificios, y se conoció que las grandes empresas podian llevarse á cabo con la reunion de pequeños capitales (7). Entonces se estudió tambien más las ciencias de las riquezas. Se habian formado, mientras duró el *sistema*, hábiles rentistas y banqueros, como los hermanos Duverney y Samuel Bernard, á quien tal vez se le contara algun dia entre los grandes innovadores; pero al paso que los súbditos, en general, habian saciado la sed de goces, el atrevimiento en las empresas, el gusto al comercio, el gobierno concibió desconfianza, odio y desprecio á la opinion pública; de lo que resultó que comenzaron á marchar en sentido inverso.

Estos eran frutos que el tiempo debia madurar; interin, la deuda de la Francia habia llegado á ser de dos mil cuatrocientos millones efectivos; aumentóse el descontento y la posicion del regente era cada vez más difícil. Los príncipes legitimados aprovecharon todas las ocasiones de perjudicarle, aun cuando no fuese más que en su reputacion, é introducian en todo la discordia. Creyendo los bretones violados sus privilegios, empuñaron las armas con la intencion de formar una confederacion del género de la de Polonia, y fué necesario acudir á los suplicios para hacerlos entrar en el deber. Felipe V, ó más bien Alberoni y la duquesa del Maine, que los habian incitado á la rebelion, urdieron después la conspiracion de Cellamare, que ya hemos mencionado. El duque de Orleans perdonó á los culpables, más bien por insensibilidad que por generosidad, y no quiso considerar más que una intriga en lo que otros creian una maquinacion. Ni siquiera trató de conocer el nombre de los conjurados, y sí sólo obligó á la duquesa á revelarle completamente el hecho.

Peste de Marsella. — A los males de la regencia se añadió la peste que estalló en Marsella. Absorto como se estaba en las brillantes ilusiones de Law, no se prestó atencion á los preludios y primeros síntomas del mal. El canciller d'Aguesseau decia: «El bien público exige que se persuada al pueblo de que la peste no es contagiosa, y que el ministerio se conduzca como si estuviese convencido de ello.» Algunos de los médicos enviados para observar el azote, sostuvieron que no procedia de Siria, y que se desarrollaba por causas naturales. El único contagio (decian) es el miedo: cesad de temer por vosotros mismos, asistid á los demás, y tendreis seguridad. El hecho es que la enfermedad estalló con una fuerza tan terrible, que morian hasta mil personas diarias; y la falta de víveres aumentaba aun los estragos que causaba. La caridad se señaló en medio de aquellos sufrimientos: el papa envió tres mil cargas de grano; pero considerando en esto el ministro de Francia en Roma, un cargo contra el descuido del regente y de Dubois, hizo todo lo que pudo para que no llegasen á su destino. Habiéndose dado á la vela el barco que las llevaba, fué capturado por un corsario berberisco; pero informado que fué de su destino, le dejó proseguir. El obispo Francisco Javier de Belzunce rivalizó en celo con san Carlos Borromeo; el caballero Roze enterró él mismo los cadáveres para inspirar valor á los demás. El jesuita Millet reunió al cuidado de las almas empleos civiles, en calidad de comisario de sanidad. El pintor Serres asistió á los enfermos, cuyas miserias representaba. Veinte y seis religiosos franciscanos, diez y ocho jesuitas

---

cilla, decente, hospitalaria, continuó siendo su casa; y el carácter elevado de su mujer no llegó á ser arrogante, sino al ver las bajezas nauseabundas de los que la rodeaban... Su conversacion era viva y precisa; no admitia adornos ni frases rebuscadas. Si era necesario un sofisma para unir la cadena de sus argumentos, lo atravesaba con arte y volvia inmediatamente á sus ideas justas, luminosas y profundas. Su dialéctica llenaba el ánimo de gérmenes tan fecundos, que la confianza de los que le habian oido hablar se fortificaba ordinariamente con la reflexion; y aun después de caido dejó admiradores, cuyo entusiasmo no pudieron entibiar las prevenciones del pueblo. Debe tambien confesarse que sus conocimientos nuevos, variados, bien digeridos, lo hacian en muchos puntos superior á cuanto le rodeaba. Algunos principios republicanos que llevó á Francia se disiparon naturalmente sobre el suelo francés. Dos cosas le faltaron: la naturaleza que le concedió el ímpetu del genio, le negó la paciencia; la fortuna que le preparó un magnífico teatro, no siempre le dejó la eleccion de los actores.» LEMONTEY, ob. cit. I, 345.

(7) Entre las demás ventajas fué inmediata la que obtuvo el comercio de libreria, poco estenso hasta entonces, y que desde aquel momento tomó vuelo, y mediante las suscriciones pudo publicar obras que necesitaban capitales superiores á la fuerza de un editor, y que el comprador no hubiera podido tomar si hubiese tenido que pagar el precio de una vez.

y cuarenta y tres capuchinos de cincuenta y cinco que acudieron de las demás provincias, perecieron víctimas de su caritativo celo. Al lado de la virtud se señalaban todos los excesos de la lubricidad; la prostitucion caminaba con la cabeza erguida y los matrimonios se le asemejaban, tan corta era la viudez. La peste no habia apagado los odios teológicos; y más de un sacerdote con la bula *Unigenitus* en la mano, negaba la absolucion á los disidentes. Pero los padres del Oratorio se dedicaron á administrar el Viático y consuelos á todos, á pesar del entredicho que aquella conducta les acarreó. Sólo los frailes de San Victor permanecieron encerrados, lo que les preservó y deshonró. Acusado Belzunce de jansenismo, no obtuvo el capelo de cardenal, que brillaba en la obscena frente de Dubois.

Es notable que ningun jefe eclesiástico, civil ó militar muriese. Las precauciones que se habian descuidado para oponerse á la introduccion del mal, se multiplicaron para impedir que se estendiese. Cinco años después, contaba Marsella la misma poblacion que en 1719: aquellos que el miedo habia hecho huir habian vuelto, dispuestos á desaprobar lo que se habia hecho, y calumniar á los hombres generosos que se habian quedado en la ciudad. Marsella, libre de la peste, fué dedicada al sagrado corazon de Jesús; ella que antes de acabarse el siglo habia de ahorcar al crucifijo.

Entre tanto crecia Luis XV en medio del continuo temor del veneno, bajo la severa direccion del obispo de Fleury, en quien habia puesto todo su afecto y confianza. Cuando se le declaró mayor de edad, el duque de Orleans abandonó el poder para entregarse enteramente á los placeres; Dubois permaneció siendo ministro hasta el momento en que la muerte le sorprendió, sin que quisiese recibir los sacramentos.

Es necesario convenir que se habia dedicado al bien del pais. Como todos los grandes ministros, buscó la igualdad en los impuestos, y con el pretexto de los caminos y puentes se ocupó en hacer medir y tasar las tierras; favoreció los derechos de la Santa Sede y las jurisdicciones eclesiásticas, y consiguió hacer aceptar en Francia la bula *Unigenitus*. El encarnizamiento con que persiguió á aquellos á quienes el banco habia enriquecido, hizo que tal vez se exagerasen sus vicios. No se pronunció oracion fúnebre en honor suyo; pero la extraordinaria baja de las acciones de la compañia de las Indias mostró cuánta confianza inspiraba.

El duque de Orleans le sucedió en los negocios; pero pronto murió tambien en los brazos de su última querida (8), dejando el timon del Estado á Luis Enrique, duque de Borbon, tan escaso de talento como avaro y vengativo, y rodeado además

---

(8) Con frecuencia el duque de Orleans se elevó sobre el vulgo de los príncipes, y con frecuencia tambien mereció ser confundido con los más abyectos de entre ellos. Ningun descendiente de Enrique IV le imitó mejor en el ardor durante las batallas, en el ingenio vasto y sutil, en la diestra familiaridad, respuestas agudas, y en aquel conjunto de prendas que gana los corazones y somete las voluntades. Enrique se abandonó con mucha frecuencia y por mucho tiempo al amor; Felipe no conocia ni freno, ni pudor, ni delicadeza en sus vergonzosos deleites, y esta diferencia de modales establece tanta diversidad en su carácter, que un paralelo entre ambos seria una profanacion. Además de los vicios que originaban el desórden de sus costumbres, Felipe tenia uno todavia más contrario á la bondad, y que sin embargo no oscureció la suya, y era una desconfianza universal, un razonado desprecio de los hombres. Consentia en ser engañado por ellos, pero queria á su vez engañarlos con cierto refinamiento; y habiendo conseguido en alguna ocasion su objeto por caminos oblícuos, acudia siempre á ellos, faltaba á su palabra y se reia de la promesa. El odio no entraba en su alma, pero la amistad no tenia más que el calor del momento, siendo sin consistencia, porque rara vez se apoyaba en la estimacion. En el hábito de una vida muelle ó desenfrenada dormian con frecuencia sus cualidades más espléndidas; y por lo mismo sorprendia cuando las manifestaba todas en alguna grande ocasion. Pretenden que conocia á fondo todos los ramos de la ciencia militar, y sin embargo mientras fué regente evitó la guerra; servicio prestado á Francia y al género humano, que atenuaria mucho los cargos que se hacen á su memoria, si hubiese sido más cauto en la paz y no hubiera contribuido imprudentemente al aumento del poder marítimo de Inglaterra. Su impiedad, su ateismo no dependian del fatal error de un sistema: eran una escusa para yer sus vicios, un condimento de sus disoluciones. Se inclinó á la tolerancia sin establecerla por medio de leyes, pero estendió la incredulidad con el ejemplo. En el año mismo de su muerte habia ido con pompa y desvergüenza grande á comulgar á la parroquia el dia de Pascua, después de haberse encenegado el dia antes en los placeres con embriaguez mayor que nunca, no obstante que Saint-Simon casi de rodillas le suplicó que no diese semejante escándalo.

¿Fué en efecto incestuoso? ninguna acusacion se ha repetido más que ésta, y ninguna es menos susceptible de pruebas y de escusas dirigidas á desvanecerla; sin embargo, sus autores le presentan de modo que la hacen muy inverosímil. Dicen que cometió este delito sucesivamente con sus tres hijas la duquesa de Berry, la abadesa de Chelles y la Valois, que fué después duquesa de Módena; pero es difícil creer que poseido de estos horribles amores pudiese ver tranquilamente como vió la desenfrenada pasion de la Berry al conde de Rioms y la indiscreta ternura de la Valois hácia el duque de Richelieu, pues que el amor incestuoso de un padre hácia sus hijas debia producir las convulsiones de los celos, del furor, del remordimiento... Orleans oyó veinte veces esta acusacion sin alterarse; y cuando Luis XIV decia: *mi sobrino es un fanfarron de delitos*, aludia tal vez al modo demasiado débil con que se defendia de la acusacion de incesto, de suerte que debe restringirse el sentido de esta nefanda palabra.

Por el contrario, el duque se ponia furioso cuando leia los envenenamientos que le imputaban. Habia leido sin conmoverse las primeras estrofas de las infames *Filípicas* de La Grange Chancel, y para ostentar calma é imparcialidad, elogiaba inoportunamente su mérito poético; pero cuando vió en estos culpables versos que se le imputaba la muerte del delfin y de la delfina, se manifestó conmovido; pues era ésta la primera vez que llegaba á sus oidos aquella calum-

de favoritos y de mujeres, dominado sobre todo por la señora de Prie, que se habia entregado á él por motivos menos escusables que el amor y la ambicion.

Polonia.—Continuaba la Polonia sufriendo con el triste sistema de república, y se habia convertido en campo de las intrigas de toda la Europa. Elegido rey Estanislao Lesczinski bajo la proteccion de Carlos XII, habia tenido que ceder el trono á Augusto de Sajonia; pero se preveia que á la muerte de este príncipe la Francia volveria á colocar á Estanislao, cuya hija, Maria, se habia casado con Luis XV. Renovando las potencias el escándalo que habia dado en los asuntos de Italia, disponian del reino en vida del rey. El Austria y la Rusia, que destinaban al trono de Polonia á Juan V de Portugal, habiendo conseguido ganar la Prusia á su partido, guarnecieron las fronteras con tropas, y mandaron á Varsovia 36,000 ducados para ganar á los electores.

Pero á la muerte del rey (1723) su hijo Federico Augusto se presentó de repente como candidato. Tenia como esposo de la archiduquesa Maria Josefina pretensiones á la sucesion austriaca. En su consecuencia, Carlos VI ofreció pronunciarse en favor suyo á condicion de que se renunciaria á sus pretensiones y reconoceria la pragmática-sancion. Tambien le prometió su favor la Prusia é igualmente la Rusia, bajo la condicion de reconocer los títulos y pretensiones que esta potencia decia tener sobre la república polaca. Derramóse el dinero, y dejáronse oir amenazas. Sostenido Lesczinski por la Francia por sus escelentes maneras, obtuvo la preferencia; pero algunos palatinos se separaron de la dieta para elegir á Federico Augusto; al mismo tiempo entraron en el pais cuarenta mil rusos «para proteger la libertad de la eleccion,» é incendiaron, destruyeron los castillos de los nobles, que habian coronado á un ciudadano. Carlos VI envió por su parte otras tropas. En vano fué el que Luis XV clamase contra aquella iniquidad de imponer un rey á otro pais: el pequeño cuerpo de tropas que habia enviado para sostener á su suegro, encontró asoladas las costas por los rusos, y fué hecho prisionero. Huyó con trabajo Estanislao de la sitiada Dantzick; fué recibido por la Prusia, que se negó á entregarle al Austria y á la Rusia.

Era un caso de guerra. Esta no era temida por los rusos, á quienes Pedro y Menchikoff habian enseñado á vencer en batalla campal y Munich á ganar plazas. En Francia la pedia una numerosa faccion. Luis XV la consideraba como un piadoso deber; con impaciencia soportaba Villars el verse inútil, y los antiguos soldados de Luis XIV ardian en deseos de pelear y vencer otra vez. Declaró, pues, la Francia la guerra al emperador, y la España se unió á ella, impulsada á hacerlo por la reina Isabel de Farnesio, irritada por las humillantes formalidades impuestas por Carlos VI á don Carlos para la investidura de Parma y Toscana, y tambien por su negativa de conceder al infante la mano de Maria Teresa. Conociendo la Cerdeña que no podia aumentar su territorio sino á espensas del Austria, se unió á aquellas dos potencias. Al momento ocuparon los franceses la Lorena cuyo duque, Francisco Estéban, debia casarse con Maria Teresa. Villars entró en Italia, y uniéndose á los sardos, invadió el Milanesado. Carlos VI pidió socorros á la Inglaterra y á la Holanda; pero descontenta ésta porque le dejaba las fortalezas de los Paises-Bajos desguarnecidas, se escusó de proporcionárselos; el rey Jorge. que su ministro Walpole mantenia en disposiciones pacíficas, declaró no estar obligado á sostenerle en un acto de violencia. La Rusia, que era la única aliada de Carlos, estaba á quinientas leguas: fuéle, pues, contrario el éxito de las armas al principio de las hostilidades. Cuando murió Villars en Turin, en la misma habitacion en que habia nacido, los mariscales de Maillebois, Coigny y Broglie, que le sucedieron, pasaron el Pó y ocuparon al pais hasta la Secchia, sin dejar al Austria más que Mantua. Don Carlos de Parma se apoderó tambien de Nápoles y derrotó á los imperiales en Bitonto; pasando después á Sicilia (1734), se hizo dueño de ella, y fué proclamado en Palermo rey de las Dos Sicilias (1735).

Tratado de Viena.—Faltándole al príncipe Eugenio de Saboya, general en jefe del ejército imperial, las provisiones más necesarias, le costó gran trabajo el impedir que los franceses se estendiesen por Suabia. Cuando murió después, tuvo Carlos VI que aceptar la paz, tal como la proponia el cardenal Andrés Fleury, que habia sido promovido al ministerio. En su consecuencia abdicó Estanislao el trono de Polonia, conservando, sin embargo, durante su vida, el título de rey y los honores de soberano; concediósele la Lorena en indemnizacion para volver á recaer en Francia después de su muerte. El duque Francisco obtuvo en indemnizacion la Toscana con el pequeño pais de Falkenstein, con el objeto de que no fuese considerado como un extranjero cuando aspirase á la corona imperial. El rey de Cerdeña adquirió el territorio de Novara y Tortona como feudos del imperio, y la soberania territorial en las Langas: el emperador consiguió Parma y Plasencia, renunciando á Castro y á Ronciglione; pero se cumplió su más ardiente voto, pues vió garantizada la pragmática-sancion de la manera más solemne.

---

nia, y no salió de su largo abatimiento sino para llorar y hacer dolorosas declamaciones sobre la perversidad humana. Pudiendo ejercer contra los libelistas una venganza provocada entonces por la opinion pública y que los tribunales habian sancionado, limitó la pena de La Grange á una reclusion en la isla de Santa Margarita. Este logró escaparse, y vertió todavia hiel sobre las cenizas del príncipe que le habia librado de una pena infamante. Esta inclinacion á la clemencia, este divino atributo de los reyes grandes y buenos, protege la memoria del duque de Orleans é inclina á escucharlo más de lo justo, ya que fué desmesuradamente calumniado.

CAPITULO III

EL IMPERIO.—CARLOS VI.

El santo imperio romano, como se llamaba entonces á la Alemania, se componia de trescientos setenta y seis Estados desiguales, independientes unos de otros y sólo dependientes del emperador; entre los cuales doscientos noventa y seis eran Estados imperiales participantes de la soberania, además de un gran número de tierras inmediatas.

Cuando, comenzando desde 1683, llegó á ser permanente la dieta en Ratisbona, el emperador y los príncipes cesaron de presentarse en persona, y se hicieron representar por sus delegados. El ceromonial y las pretensiones rivales absorbieron la mayor parte del tiempo, y la lentitud de la asamblea llegó á ser proverbial. Los asuntos más importantes y más urgentes se decidieron en consejo privado de los príncipes, que se hicieron independientes.

En el interior, los Estados del Imperio ejercian la soberania territorial, poco diferente de la soberania absoluta. Los vasallos del Imperio poseian los feudos por herencia, con derechos de vida y muerte, el de hacer las leyes, aun las contrarias al derecho comun, cobrar contribuciones, acuñar moneda, contraer alianzas, sostener tropas y emplearlas á su gusto. Las constituciones, modeladas con arreglo á la del Imperio, habian cedido el puesto al poder de los príncipes. No habia código comun, ni aduanas comunes; en la moneda existia la mayor confusion, hasta el grado de contarse quinientas once clases. Tratóse en 1738 de verificar una reforma, y se volvió á emprender en el reinado siguiente, sobre todo por los cuidados de Grauman, de Bruselas; pero nunca se consiguió la uniformidad.

Era, pues, una mezcla de gobiernos que no pertenecian á las clasificaciones establecidas ó que permanecian débiles, diseminados y carcomidos. Los impuestos no se pagaban, el ejército era objeto de burla, escepto en algunos paises, que habiéndose dedicado especialmente á las armas, vendian sus soldados y tambien asimismo á los que más pagaban; los tribunales ó no sentenciaban ó no eran escuchados; durante aquel tiempo, todos los miembros de aquel gran cuerpo pensaban en engrandecerse; todo sentimiento de nacionalidad se habia perdido, y tanto los poderosos como los extranjeros podian dar libre curso á todas sus intrigas, á todos los medios de corrupcion.

Debilitada la Alemania en tiempo de Luis XIV por las largas guerras, y sin ejercer más que una influencia dudosa en la balanza política, recobró su antiguo lugar con la paz de Utrecht. Pero se vió precisada, encontrándose unida al Austria, á mezclarse en todas las cuestiones de aquella casa, sin ninguna ventaja propia. Los arbitrarios actos de Leopoldo y José I habian hecho que la dieta verificase una *capitulacion perpetua*, en la que se encontraban confirmados los privilegios del cuerpo germánico y restringidos los del emperador. No pudo ya proscribir á un elector sin el consentimiento de la dieta, ni designar en vida suya su sucesor.

La casa de Austria, que era la más poderosa de las de Alemania, poseia la Hungria, la Bohemia y el archiducado del que sacaba su nombre. Adquirió por el tratado de Utrecht á Milan, Mantua, la Cerdeña y los Paises-Bajos; con la paz de Passarowitz, el banato de Temeswar, Belgrado y la Servia, que en todo componian veinte y cinco millones de súbditos y 75.000,000 pesetas en rentas (1).

---

(1) Se encuentra en la *Historia de Maria Teresa* (1743), tomo V, la distribucion de las rentas del reino. Además de los empleados del órden judicial y administrativo, cuarenta mil personas vivian á sueldo del imperio, y costaban nueve millones y medio. Se encuentra en los gastos de cocina

Ciertas provincias estaban separadas y amenazadas por temibles enemigos: habia en todas estados provinciales, sin cuyo parecer no se podian establecer nuevas cargas. Apenas bastaban las rentas de los Paises-Bajos para la administracion y sostenimiendo de las guarniciones. Aunque aumentó su territorio, perdió el Austria parte de su influencia, por la estrecha política de Carlos VI y por su condescendencia con los príncipes á quienes queria hacer favorables á su pragmática-sancion.

Carlos VI.—Carlos VI, cuya bondad personal mitigaba el absolutismo del gobierno (2), de un carácter arrebatado, aunque lento, no poseia el sentimiento de su dignidad. Protegió las artes fundando una academia de pintura, escultura y arquitectura; creó la biblioteca de Viena y el gabinete de las medallas; llamó á su corte á Metastasio, que no fué él sólo que le proclamó el Tito del siglo. Era aficionado sobre todo á la música, y compuso una ópera que se cantó en el teatro de la corte, por los primeros señores, desempeñando él mismo su parte en la orquesta, y las dos archiduquesas bailaban en la parte de baile. Pero fuese una desgraciada casualidad ó falta suya, estuvo continuamente en guerra; y después de haber encontrado al Austria en camino de conseguir una nueva grandeza, la dejó debilitada. No estimando más que á los españoles, trataba de toscos á los alemanes, á quienes habian cobrado odio porque habian abrazado friamente su causa y deplorado la muerte del emperador José. Federico II dice que habia sido educado para obedecer, y no para mandar. Sus más importantes asuntos consistian en epilogar sobre el ceremonial, en inquirir los secretos domésticos, en ir de caza ó dedicarse á otras frívolas ocupaciones. Al mismo tiempo abandonaba el Estado á sus ministros, aunque se guardase bien, como todos los príncipes débiles, de demostrarse avasallado á su voluntad. No trataba con ellos sino por escrito, y mediador de esta correspondencia era Juan Cristóbal Bartenstein, que adulándole, le preparaba los medios de confundir al consejo y tener razon en presencia de sus ministros, lo que no hacia más que aumentar su irresolucion y poner trabas á las deliberaciones.

El príncipe Eugenio—El más ilustre de ellos era el príncipe Eugenio, que detuvo un siglo de decadencia del Austria. Hombre modesto, sin segunda intencion, rudo en sus maneras, pero sosteniendo su palabra con la firmeza de un soldado, no obtuvo nunca por completo la confianza de Carlos, que dominado por confidentes y escuchando la envidia de los otros en sus propios celos, le olvidaba cuando la guerra no le hacia necesario. Así era que Eugenio decia á Villars: *Vuestros enemigos están en Versalles y los mios en Viena.* Consolóse de ello abandonando los negocios para dedicarse á las letras, á las bellas artes, á la sociedad de las mujeres amables, y llegó á la edad de setenta y dos años con toda la potestad de su talento. Los reveses que sufrió el Austria después de su muerte probaron lo que puede un hombre en la suerte del Estado.

Eugenio habia desaprobado la adquisicion de los Paises-Bajos, previendo que seria un teatro abierto siempre á las guerras con la Francia, y que difíciles de conservar, su pérdida produciria la de toda la orilla izquierda del Rhin. Carlos VI no le escuchó, y dió una nueva organizacion á aquel reino aboliendo los consejos de hacienda y privado, para destinar todos los negocios sólo al primero.

Mientras que los ministros se ocupaban de los asuntos políticos, Carlos VI dirigió su atencion al comercio movido tambien por miras particulares de ganancia. Permitió que la diplomacia extranjera esforzase con dinero sus pretensiones; en vez de hacerse los arriendos en los lugares respectivos, los aspirantes acudian á la corte, y ofreciendo una suma al emperador, obtenian bajo condiciones ventajosísimas aquello que era objeto de la subasta. De esta suerte el erario público jamás se aprovechó del aumento de las rentas, cuyo producto, en su mayor parte, pasaba al bolsillo de Su Majestad (3). Sabiendo que dos cosas habian faltado

---

una partida de 4,000 florines para peregil; en las de la cueva, doce pintas de Hungría proporcionadas á la emperatriz viuda para beber antes de acostarse; dos barriles de vino de Tokay para empapar el pan de los papagayos del emperador; quince cubos de vino para un baño; 40,000 escudos para la halconeria.

Podemos conocer la proporcional riqueza de los diferentes Estados por la reparticion de los subsidios que pedia el emperador en 1730, como sigue:

	Florines.
Bohemia.	3.200,000
Moravia.	1.066,666
Silesia.	1.133,333
Baja Austria.	900,000
Alta Austria	4 0,000
Estiria.	390,000
Banato de Temeswar.	330,000
Servia.	80,000
Croacia.	24,000
Carintia.	136,666
Carniola.	78,333
Tirol.	120,000
Austria anterior.	110,000
Hungria.	2.500,000
Transilvania.	760,000
Esclavonia.	100,000
Frontera militar.	47,000
Estados de Italia.	2.600,000
Total.	14.025,998

No se incluye en este estado los Paises-Bajos y los vasallos de Italia.

(2) «Aunque el emperador sea piadoso, justo, clemente, el gobierno es en realidad más tiránico que el de los turcos.» COXE.

(3) La *Historia secreta* de MARCOS FOSCARINI, Floren-

constantemente al Austria, fuerzas marítimas y riquezas, fundó en Viena un banco y una sociedad para el comercio de Oriente. Hizo tratados con la Puerta, y cubrió el Danubio de barcos; concedió á los brabanzones el derecho de navegar libremente por las Indias, y habiendo reclamado el mismo favor las demás provincias, estableció, por sugestion del príncipe Eugenio, una compañia en Ostende, con un privilegio de treinta años y un capital de 6.000,000, dividido en seis mil acciones que se despacharon en cuarenta y ocho horas, y ascendieron al momento en un quince por ciento. Los Estados generales le hicieron presente sus quejas, como si hubiese atacado su derecho al comercio de Oriente; resultando la guerra que hemos visto, y que Carlos terminó con las demás, abandonando sus pretensiones para obtener el reconocimiento de la pragmática-sancion.

En Hungria trató Carlos de determinar de una manera fija los servicios personales, á que obligaban los señores al bajo pueblo, de hacer al ejército más fuerte asegurando su sostenimiento con un impuesto permamente, y de suprimir el abuso frecuente en las casas señoriales, de casar á los segundones en el círculo de las familias de aldeanos, que de esta manera se encontraban exentos de los impuestos. La nobleza trató de distraerle de sus proyectos multiplicando las quejas con respecto á la administracion; los protestantes levantaron la voz, porque se exigia de ellos para entrar en la dieta un juramento en contra de su conciencia; y se opusieron, aunque en vano, á que la corona fuese hereditaria hasta en la línea femenina.

Carlos hizo más, pues separó un distrito de la Hungria entre Presburgo, Buda y Odemburgo, para reunirle al Austria. Anuló la inmunidad de las tierras que habian adquirido los nobles desde 1680; percibió con rigor un diezmo de las rentas eclesiásticas concedido por el papa para fortificar á Belgrado y Temeswar, é indujo á la dieta á poner límites á la servidumbre de los aldeanos. Permitió el ejercicio del culto protestante en particular, pero no en público, escepto en los puntos en que se habia establecido en 1681, donde, sin embargo, determinó el número de los ministros; todo el que entraba en el foro tenia obligacion de prestar juramento, en el que se tomaba por testigos á la Vírgen y á los santos. José Ragoczy (1738), que intentó en aquel reino una revolucion en nombre de la libertad, lo que queria decir, de los privilegos de los nobles, se habia comprometido con el gran señor, cuya asistencia habia reclamado, á cederle todas las conquistas que hiciese; pero murió de la peste.

Si el principio del reinado de Carlos VI habia sido glorioso, concluyó de una manera deplorable. Descontento de sus ministros, vendido por los agentes subalternos, humillado en presencia de las potencias marítimas, vió arrebatarle la Lorena al imperio y á su propio yerno. Cedió la parte del Milanesado y el resto de la Italia, agotó el tesoro y debilitó el ejército; pero todo esto no era nada á sus ojos con tal que llegase á hacer aceptar la pragmática-sancion, único objeto de su política; para colmo ocurrió la desgraciada guerra contra los turcos; después la paz de Belgrado, contra la que en vano protestó, poniendo á sus generales presos (1740). Una indigestion terminó sus dias, á la edad de cincuenta y cinco años.

---

cia, 1843, es un documento muy importante sobre aquel reinado. Prueba principalmente la descarada venalidad y el modo deplorable cómo la Italia se hallaba gobernada.

CAPÍTULO IV

PRUSIA.—GUERRA DE LA SUCESION DE AUSTRIA.—PAZ DE AQUISGRAM.

No dejaba Cárlos VI herederos varones, y durante sus veinte y nueve años de reinado, su política no se habia dirigido más que á asegurar á su hija Maria Teresa la herencia de sus posesiones austriacas. Primero el rey de España, después la Rusia, la Dinamarca, los electores de Baviera y Colonia, la Gran Bretaña, los Estados Generales, el Imperio, y por último, Luis XV habian aceptado aquella pragmática-sancion.

Estas eran engañosas seguridades, así es que el príncipe Eugenio le contestó cuando se las alababa: *Mas valdrian doscientas mil bayonetas*. Eugenio hablaba como un soldado; pero es cierto (pues no se trataba del voto popular) que hubiera debido preparar á su hija un buen ejército y grandes economias para hacer valer en todo caso sus derechos. Ahora bien, á esto es á lo que no habia atendido; y apenas cerró los ojos, cuando surgieron multitud de pretendientes al patrimonio reunido con tanta laboriosidad por el Austria.

Maria Teresa.—Desde la edad de nueve años habia sido educada Maria Teresa con Francisco de Lorena, que después fué duque de Toscana, resultando entre ellos un amor como rara vez se encuentra en los matrimonios de los príncipes. A la muerte de su padre, se proclamó soberana de los Estados hereditarios, y su marido coregente, sin dejarle, sin embargo, la menor parte en el gobierno. Pero era preciso adquirir aquellos paises, y no tenia más que 100,000 florines en caja y treinta y seis mil soldados, además de las guarniciones de Italia y de los Paises-Bajos; mas la capital estaba hambrienta y los enemigos surgian por todas partes.

Pretendientes.—El elector de Baviera, además de haberse casado con la hija segunda de Jorge I, descendia de la archiduquesa Ana, hija de Fernando I, á la cual se la habia garantizado la sucesion austriaca á falta de herederos varones (1); añádase á esto que habiéndose separado el archiducado de Austria de la Baviera en 944, ésta pedia que volviese á ella después de la estincion de la linea varonil.

La hija mayor de José I habia llevado sus derechos al elector de Sajonia, rey de Polonia, que además como descendiente de Alberto el Degenerado, landgrave de Turingia, suscitaba pretensiones al Austria y á la Estiria, que decia usurpadas á sus abuelos por Ottokaro de Bohemia, después por Rodolfo de Habsburgo.

El rey de España reclamaba la Hungria y la Bohemia, en virtud de un convenio entre Felipe II y Fernando Gratz; pero su objeto real era obtener por transaccion un señorío en Italia para el infante don Felipe.

Apoyábase el rey de Cerdeña en un estatuto de Carlos Quinto del año 1549, para revindicar el Milanesado. Pero el pretendiente más fuerte y más resuelto era Federico II.

Prusia.—El acrecentamiento de la Prusia es un prodigio del poder del hombre. Este reino no tiene fronteras naturales, ni vínculos de lenguaje ó raza: se ha constituido únicamente por la guerra y la política. Por la paz de Thorn (1466), la Prusia habia dejado de ser independiente, pues una buena parte de su territorio habia estado reunida á la Polonia durante tres siglos, al paso que la parte oriental continuaba perteneciendo á la órden teutónica, que reconocia la soberanía de la Polonia (2). A los polacos no les agradaban aquellos

---

(1) Esto era lo que decia la copia bávara del contrato; pero los austriacos presentaron otra, en la que se leia *herederos legítimos*.

(2) MANSO, *Gesch.. des Preussischen staats*.

amenazadores vecinos; por su parte, los caballeros teutónicos soportaban con impaciencia la dependencia: pidieron, pues, al Imperio (1498) que se anulase la paz de Thorn, y negaron el tributo. Resultó de esto una guerra; después, cuando la paz de Cracovia que se siguió (1525), confirmó Segismundo, rey de Polonia, aquel país á Alberto de Brandeburgo, como ducado secular y feudo polaco hereditario. Este jefe de la órden teutónica secularizó su feudo en la época de la Reforma. Introdujo en ella la confesion de Augsburgo, bajo pena de escomunion á los predicadores que se separasen de ella; y habiendo ocasionado Osiander turbulencias por dogmas divergentes, con respecto á la justificacion, su yerno Funk fué implicado en un proceso y ahogada la *herejía* en sangre. Alberto, hombre débil, atormentado sin cesar por los remordimientos de su apostasia, y rodeado de intrigantes, no es digno de memoria sino por haber fundado la universidad de Königsberg (1544). Su hijo Alberto Federico, que le sucedió á la edad de quince años, perdió la razon á los diez y ocho. Multiplicáronse, pues, las intrigas con respecto á la regencia, como tambien las turbulentas agitaciones de los luteranos, que concluyeron por arrojar á los calvinistas.

Tuvo por su sucesor á su yerno Juan Segismundo (1618), de la casa de Brandeburgo, elector del imperio, que dominaba además el ducado de Prusia, es decir, en la parte oriental, por la cual dependia de la Polonia, como dependia del Imperio por la marca de Brandeburgo y el ducado de Cléveris. Estendíase su autoridad de esta manera por mil cuatrocientas cuarenta y ocho millas cuadradas, pobladas por un millon y cien mil habitantes. Promulgó un código fundado en el derecho romano, es decir, favorable á los derechos ducales.

Federico Guillermo.—Después de su reinado, cuya duracion fué muy corta, y de el de Jorge Guillermo, su hijo, que fué muy agitado, apareció Federico Guillermo, llamado el Gran elector, verdadero fundador de la monarquia prusiana (1640). El tratado de Westfalia añadió seiscientas millas cuadradas á sus posesiones, que se encontraban diseminadas desde el Vístula al Rhin; las comunicaciones eran además muy difíciles entre ellas, y durante la guerra de Treinta Años, los suecos, los holandeses, los polacos las recorrieron impunemente. Era, pues, la paz para él el objeto más importante, y sacrificó á ella sus pasiones é intereses. Educado en la escuela de la desgracia, aprovechó las circunstancias, recobró á Spandau y á Custrin; despidió, mediante un sacrificio de dinero, á los suecos de la Marca, y sostuvo á los calvinistas en la época de las negociaciones para la paz de Westfalia, de manera que se le considerase como jefe de aquel partido. Era su intencion sacudir la dependencia de los polacos, que sin cesar se mezclaban en las sucesiones y en los asuntos interiores del país. Colocado entre ellos y los suecos, enemigos capitales, trató de hacerse necesario á ambos, y emprendió defender hasta la Prusia Real contra la Suecia. En reconocimiento de este servicio, prometió Casimiro (1656) emanciparle del vínculo feudal; pero habiendo acudido Carlos X le ganó á su partido, prometiéndole una parte de la Polonia. Contemporizando de esta manera, consiguió Federico Guillermo hacer reconocerse independiente en la época del tratado de Welau (1657), y desde entonces se le ve figurar como jefe de un Estado soberano.

Pretendia que este título se le debia por la despótica dominacion que ejercia en su país (3), al paso que no creyendo los Estados que la Polonia hubiese podido trasmitirle más derechos que los que ella misma ejercia, reclamaban el sosten de sus privilegios, y sostenian que él no podia declarar la paz ni la guerra, hacer alianzas sin su consentimiento, introducir en el país tropas extranjeras, ni imponer contribuciones ó nuevos derechos. Atúvose el elector á la negativa, y parte eludiendo las dificultades que encontraba, parte poniendo presos á los jefes que le eran un obstáculo, organizó el país á su manera, sin concederle otra cosa que las sesiones de la dieta cada seis años, y el predominio de los luteranos, dejando á los reformados sólo cuatro iglesias (1663). Después de haber sido inducido á lo que puede considerarse como el acta constitucional de la Prusia, es decir, á prometer no emprender guerras, ni establecer impuestos sin consentimiento de los Estados, se esforzó constantemente en reducir aquella promesa á la nada, y descontentó de esta manera á los prusianos, que reconocieron que una constitucion sin garantias era una arma embotada. Varios jefes de la oposicion fueron condenados, y preso Kalkenstein, en el territorio polaco, destinado al cadalso. Habiéndose conmovido la Europa con aquella violacion del derecho de gentes, Federico Guillermo condenó á sus agentes, pero para reintegrarlos pronto.

Con objeto de defender la soberania que habia conquistado, reclutó un buen ejército en las filas de aquellos que la paz de Westfalia dejaba sin sueldo, y le acostumbró á los combates en las guerras de la Francia, su aliada, con la Suecia. En su consecuencia, invadieron los suecos el Brandeburgo (1675), cometiendo horrores apenas creibles. El gran elector se retiró á Franconia para reparar su pérdida y atender á los socorros prometidos por el imperio; pero viéndose engañado en este punto, prometió libertar él solo á su país. Marchando contra el enemigo, con el mayor secreto se apoderó de varios fuertes, y derrotó completamente á Fehrbellin, á los suecos, á quienes las anteriores guerras

---

(3) Aquella estraña pretension se ha vuelto á poner en uso en nuestros dias por los príncipes de Alemania, que habiendo sido reconocidos independientes del Imperio, cuando la paz de Presburgo, creyeron de esta manera encontrarse emancipados de las leyes fundamentales de cada Estado.

habian valido la reputacion de invencibles. Al momento el nombre de Federico Guillermo, terror de la Alemania, que solo y en un pais arruinado, habia triunfado de aquellos soldados, fué ensalzado hasta las nubes, y todos solicitaron su amistad. Pero cuando la Francia y la Suecia se unieron contra él, le fué preciso aceptar la paz en San German, en Laya, restituyendo todo lo que habia ocupado de la Pomerania sueca.

Desde aquel momento se ocupó tranquilamente de la política esterior é interior. Con objeto de restablecer sus rentas, se unió á la Francia, que pagaba á sus aliados, y trató de impedir la guerra de Luis XIV con las reuniones. Cuando la revocacion del edicto de Nantes, dió asilo á veinte mil refugiados, que llevaron á su pais las artes y la civilizacion, merced á sus consejos de prudencia y á su habilidad. Acogió tambien á los judíos arrojados de Austria; estableció los correos, favoreció la agricultura, abrió el canal de Mühlroser, entre el Spree y el Oder, aseguró los bienes del Estado, fundó una marina y protegió el comercio de Africa. Llamó á sus Estados á extranjeros distinguidos por su saber, como De Roceles y Gregorio Leti; proporcionó á Puffendorf los medios de concluir su trabajo, fundó en Berlin una biblioteca y una galeria de cuadros, monedas y obras plásticas. Cultivó la música y embelleció á su capital, en la que los jardines y calles de árboles que plantó parecieron maravillas. Precisado á contemporizar, careció su política de vigor; tuvo, no obstante, buena parte en todos los tratados de aquella época, y supo de tal manera aprovecharse de ellos, que dejó á Federico III, su hijo, dos mil cuarenta y dos millas cuadradas, con millon y medio de súbditos (1668).

Este príncipe, débil de cuerpo, pero instruido en la historia, y poseyendo varias lenguas, era arisco, inconstante, receloso, pródigo; su celo hácia el protestantismo hizo que escediese á uno de sus sucesores en la idea de convertir en unos solos á los luteranos y calvinistas. Favoreció á los desterrados franceses, hasta el punto de fundar para ellos un colegio y un tribunal superior; embelleció á Berlin, con arreglo á los planos del arquitecto Nehring, y proporcionaba á todo el que queria edificar, cal, ladrillo, tejas y madera, pagando el quince por ciento del gasto. Comenzó el magnífico arsenal, bajo la direccion de Andrés Schluter. Aquel habilísimo arquitecto hizo tambien la estatua ecuestre del gran elector, y sugirió á Federico la idea de fundar una academia de bellas artes (1696), como habia fundado ya la universidad de Hall (1694), ilustrada por el célebre Tomás de Leipzig, y con arreglo al plano de Leibniz, la Sociedad real de Berlin, concediéndole el privilegio (1711), que aun conserva, de la venta de los almanaques. Se es deudor á este sabio cuerpo de la introduccion de la morera y el gusano de seda en la marca de Brandeburgo.

Sofía Carlota, segunda esposa de Federico III, llevó á Prusia los modales de la sociedad elegante, el gusto al saber y á las artes. La comedia, la ópera italiana, los bailes, los paseos, la conversacion de los hombres instruidos y de los extranjeros, embellecieron la corte, en la que supo mantener la armonía sin recurrir á la intriga. Hermosa, le agradaba rodearse de mujeres que lo fueran; instruida, tenia gusto en conversar con las que tenian talento. Sostuvo con Leibniz una correspondencia seguida, de la que resultó la *Teodicea*, y favoreció á los principales poetas alemanes. Si hemos de dar crédito á Federico II, se negó á admitir en su lecho de muerte la asistencia del ministro, diciendo: *Dejadme morir sin disputar;* y dirigiéndose á una de sus amigas que lloraba, añadió: *No me compadezcais; pues voy á satisfacer mi curiosidad sobre cuestiones que Leibniz no ha sabido resolver plenamente: el espacio, lo infinito, el ser, la nada, y proporciono á mi esposo la ocasion de una pompa fúnebre, en la que podrá ostentar su magnificencia.*

De esta manera hacia una picante alusion al poco amor de su marido hácia ella, y á su fausto, que á veces degeneraba en prodigalidad insensata, hasta el grado de dar, por ejemplo, un feudo de cuarenta mil escudos á un cazador. Se concibe, pues, que aquel príncipe ardia en deseos de alcanzar la corona, sobre todo desde que habia visto al duque de Brunswick-Luneburgo ascendido á la categoria de elector, al príncipe de Orange en el trono de Inglaterra, y al elector de Sajonia, rey de Polonia. Como acontece á menudo, en efecto, el que los nombres produzcan las cosas, le parecia que con el título de rey se emanciparia «de aquel yugo de servidumbre, bajo el cual la casa de Austria tenia á todos los príncipes de Alemania.» (4) Solicitó, pues, la aprobacion de las potencias; y en fin, lo más difícil y necesario de obtener, la del emperador Leopoldo, que obtuvo prometiendo dar siempre su voto para el Imperio á favor de los primogénitos de los archiduques. Pero el príncipe Eugenio esclamó: *Leopoldo hubiera debido hacer ahorcar á los ministros que le dieron este imprudente consejo.*

Federico I.—Adoptó, pues, Federico el título, no de rey de los vándalos para no herir la susceptibilidad de la Suecia, ni el del rey de Prnsia por consideracion á la Polonia, sino el de rey en Prusia (1701). Coronóse por su propia mano con pompa sin igual, é hizo todo lo posible para hacerse reconocer por la Europa. Pero ni el papa ni el gran maestre de la órden teutónica, cuya capital estaba en Mergenthein, quisieron nunca consentir en ello, considerándole como hereje y usurpador de las posesiones eclesiásticas. Lo mismo aconteció con la Francia y la España, que consideraban en él á un enemigo, pero las demás potencias le admitieron, con objeto de poder emplear en interés suyo su oro y tropas, en guerras que no le concerniesen. «Fué un verdadero cebo el que Federico dejó á sus

(4) Federico II.

sucesores; pareció decirles: *Os he adquirido este título, á vosotros pertenece haceros dignos de él; he sentado las bases de vuestra grandeza, vosotros debeis concluir la obra.*» De esta manera es cómo se espresa aquel de sus sucesores, que se dirigio á este objeto con la más viva pasion.

Federico, á quien se le llamó entonces *primero*, manifestó que conocia la política europea, sabiendo evitar las hostilidades en épocas de continuas luchas; en fin, cuando la paz de Utrecht, que se firmó cincuenta dias después de su muerte, se reconoció el título de reino á la Prusia, con la plena soberania de Gueldres, del pais de Kessel y del bailío de Krieckenberg. Los principados de Neufchatel y Valengin se le aseguraron tambien, mediante la cesion á la Francia del principado de Orange.

Federico Guillermo I.—Aquel príncipe tuvo por sucesor á Federico Guillermo I (1713), que de edad de veinte y cinco años, pero prudente y circunspecto, se dedicó á poner órden en el gobierno, economia en la hacienda, á organizar la justicia, fijando su atencion en los menores detalles. De los cien camarlengos de su fastuoso padre, no conservó más que doce, y vendió sus ricas caballerizas, como tambien las demás dispendiosas superfluidades. No se mostró pródigo sino en una cosa, en el sostenimiento de su ejército, que el príncipe Leopoldo de Anhalt, uno de los mejores discípulos del príncipe Eugenio, organizó y reclutó por medios inmorales. Asignó á cada uno de los capitanes un distrito en el que pudiese reclutar soldados de grado ó por fuerza, con la única condicion de que no estuviesen casados; y con el objeto de que esta condicion no hiciese contraer uniones precoces ó inconvenientes, nadie podia casarse sin licencia del capitan; lo cual era un manantial de abusos y vejaciones. El sistema de los cantones, de los cuales cada uno debia proporcionar á ciertos regimientos treinta hombres en tiempo de paz y ciento en el de guerra, no pudo continuarse cuando se fijó la talla del soldado para cada fila (5). Fué, pues, preciso reclutarlos en el imperio, y obligados los oficiales prusianos á proporcionar cada uno cierto número de ellos, iban por todas partes en su busca, inquietando las ciudades, los regimientos con tal tenacidad, que varios príncipes los hicieron poner presos y ahorcar.

Era indispensable un ejército á un pais sin fronteras en medio de poderosos Estados, para evitar las humillaciones, en una época en que la fuerza lo decidia todo. Pero Federico Guillermo consideraba el suyo como un lujo, como un objeto de parada. Todo estaba en él reluciente y pulimentado, los soldados, los fusiles, las fornituras, las bridas, las sillas, los estribos. Se trenzaban con cintas las crines de los caballos; «y con poco que hubiese durado la paz (dice Federico II), es de creer que en el dia se pondrian lunares y colorete.

Se complacia sobre todo en ver bajo sus banderas hombres de elevada estatura, y formó de aquellos colosos el regimiento de los *grandes granaderos*. No atendia para procurárselos ni á las privaciones ni á los gastos; y al paso que ocurria á menudo á los príncipes de su familia levantarse de la mesa apenas satisfechos, pagaba á los cuarenta y tres granaderos de la parada de Postdam, á razon de mil florines cada uno. Daba cinco mil florines á un gigante, treinta y dos mil quinientos francos á un irlandés de siete piés. Bastaba para ganar su benevolencia, procurarle hombres de una estatura estraordinaria, y este es el medio que empleó el ministro imperial Seckendorf para tenerle bajo su dependencia.

De esta manera llegó á ser Berlin la Esparta del Norte, después de haber sido la Atenas bajo su predecesor; y como aquella mania soldadesca pasó á las costumbres, todos empezaron á llevar el traje estrecho, la espada larga y la pipa. Lo que hay de raro es que las inclinaciones militares de Federico Guillermo le hacian pacífico; tanto temia perder sus hermosas tropas; resultando que hasta sufrió injurias, y se le tenia poca consideracion en Europa. Fuera de esto, no tenia ningun lujo, descuidando hasta las gracias de su persona. Sus costumbres eran vulgares: bebia y fumaba en la taberna con los oficiales, jugaba al chaquete á sueldo la partida, golpeaba é injuriaba al primero que se le ocurria; si encontraba una mujer en la calle, le decia que seria mejor que estuviese en su casa cuidando de sus hijos; si veia á un sacerdote le reprendia por no estar leyendo la Biblia, y á veces acompañaba la reprension con bastonazos. Tan variable de humor como de política y de religion, no comprendia otro derecho que la voluntad real, otras ocupaciones que las militares; no entendia nada de cuestiones religiosas y filosóficas. Encontraba absurdo que se profesasen creencias diferentes, y hasta que se ocupasen de literatura. Designó por sucesor á Leibniz, como presidente de la academia, á una especie de bufon llamado Gundling, intrépido bebedor, que cuando murió le enterraron en un tonel. Tenia horror al Antiguo Testamento, y prohibió á su capellan el citarle, al paso que era partidario del Nuevo. Creia que un reino debia ser gobernado como una familia, es decir, empleando alternativamente el rigor y la dulzura, pero siempre con arbitrariedad y sin consultar á nadie. Prohibió los procesos por hechiceria, cambió la naturaleza de los bienes-raices, autorizando á los nobles á convertir los feudos en alodiales, trasmisibles hasta á las mujeres, y á rescatarse, mediante cuarenta rixdalers al año, de la obligacion de propor-

(5) Los soldados de las primeras filas no podian tener menos de seis piés, y varios regimientos no admitian sino los que pasaban de cinco piés y ocho pulgadas. Se ha calculado que un hombre de cinco piés y diez pulgadas, costaba 700 escudos, uno de seis piés 1,000 y así en proporcion. Mas de 12.000,000 salieron de esta manera del pais, durante su reinado, para los alistamientos.

cionar un hombre y un caballo. Engañado por el alquimista Cayetano, le hizo ahorcar vestido de papel de oro en una horca dorada. En su capital los particulares no podian edificar sino con arreglo á los planos de los arquitectos, que indicaban los lugares y el método de construccion, sin que se concediese ninguna indemnizacion.

Habiendo dado sus predecesores en arriendo enfitéutico terrenos de poca consideracion, que fueron después de gran producto para los concesionarios, anuló arbitrariamente los contratos para arrendar aquellos mismos terrenos al que más ofreciese. Aumentóse la prosperidad agrícola. No sólo atendia sin lista civil á los gastos de la corte con las rentas alodiales de la corona, sino que ayudaba al tesoro del Estado. Hizo medir y estimar los bienes-raíces con el objeto de distribuir los impuestos en razon de la nueva riqueza; y de esta manera pudo poner en pié hasta sesenta mil hombres, que repartidos en las ciudades y provincias, consumian los géneros y se vestian con trajes del pais. Quiso poblar con colonias las tierras deshabitadas, y gastó en diez años (1721-1731) 5.000,000 de escudos. Veinte mil familias se establecieron en Prusia, sin contar diez y ocho mil salzburgueses, que huian de las persecuciones religiosas del Austria.

Aquella creciente prosperidad debia inquietar al Austria. Suscitó, pues, enemigos á Federico Guillermo, lo que le hizo inclinarse al lado de la Francia y de la Inglaterra. Aquella alianza no era menos contraria á la política que á su propio sentimiento; pues llamaba á Jorge II *mi hermano el comediante*, así como este príncipe le llamaba *mi hermano el sargento*. Pero el hábil Seckendorf supo separarle de aquella liga y unirle al Austria dándole en feudo el Limburgo.

Su hijo Federico, que teniendo una salud débil, amaba la soledad y la tranquilidad, era blanco de sus desdenes: llegó hasta odiarle cuando se estendió la noticia de que se queria casar con la hija de Jorge II. Si este príncipe compraba libros, su padre se los arrebataba; si tocaba la flauta, su padre se la rompia; le golpeaba, le arrancaba los cabellos, le amenazaba con estrangularle, le arrestaba. Habiendo intentado huir de aquella tirania, fué sometido por su padre á un consejo de guerra como desertor, y atado á una ventana, se vió obligado á ver azotada por el verdugo la joven que habia tratado de auxiliarle en su fuga; maltratada por su padre la hermana que imploraba por él, y fusilado su confidente Katt. El mismo fué condenado á muerte; y si se libertó fué porque Carlos VI le reclamó como príncipe del Imperio.

Federico II —Sucedió Federico II á su padre á la edad de veinte y ocho años (1740). Poseia su actividad, la osadia de su carácter, la irascibilidad, la economia, la inclinacion á la justicia y á las armas, y unia á estas cualidades el amor al saber y á la filosofia libre, trasplantada á Prusia por los franceses fugitivos. Ganó la opinion en su favor proclamándose discípulo de Voltaire, que á su vez le protegió con sus elogios, y prometió al mundo un nuevo Tito. Federico escribió bajo esta inspiracion el *Anti-Maquiavelo*, que es una sátira de las perfidias, astucias, actos arbitrarios de los reyes, de sus vicios; en una palabra, de los medios con los cuales, una vez ascendido al trono, procuró su grandeza.

En efecto, su política era la del interés. Consideró á la religion como una útil preocupacion para el pueblo; sus dioses fueron la fuerza y el talento, sin por eso llegar á ser cruel. Habiéndole hecho adquirir la observacion y la historia un golpe de vista exacto, resolvió cumplir y hasta esceder á las esperanzas de sus padres. Si ellos habian adquirido el título de rey, quiso realizar sus prerogativas, y ejercer los derechos sin límites en un campo proporcionado á su grande alma. Apenas hubo ascendido al trono, «estudia su posicion, comprende lo pasado, lo presente, lo futuro; ve diseminadas sus provincias, débiles y divididos sus recursos, precario y rodeado de temibles vecinos su poder; es verdad que su casa no se encuentra encerrada en las arenas del Brandeburgo, como lo estaba hace un siglo, ha estendido á todos lados, y tanto cerca como lejos, sus dilatadas ramas; tiene posesiones en el Báltico, en el Weser, en el Oder, en el Elba, en el Rhin, y hasta en las fronteras de Francia y Suiza; pero casi todas aquellas posesiones, sin union, sin comunicacion, sin relaciones entre sí, son más bien elementos de grandeza y motivos de guerra, que medios de fuerza. Adornando más bien que consolidando su abuelo aquella naciente fortuna, no ha tomado lugar entre los reyes de Europa; pero aquel brillo es para la Prusia un peso superior á sus medios, y 35 ó 40 millones de rentas apenas pueden sostener débilmente á aquel prematuro título. La casa de Austria y la Rusia están limítrofes á sus Estados por dos estremidades, y son colosos con los cuales no puede medir sus fuerzas. La Sajonia pertenece al Brandeburgo; y este hermoso electorado, unido á la Polonia, seria para él, si estuviese bien gobernado, una potencia capaz de imponerle. La Suecia incomoda á sus fronteras por la parte de la Pomerania; y vencidos siempre los suecos por su bisabuelo, el grande elector, han hecho á su vez temblar á su abuelo bajo el mando de un Carlos XII, que la naturaleza puede reproducir. En Alemania la casa de Austria tiene desde mucho tiempo la principal influencia; y lejos de pensar la Prusia en disputársela, le es afecta casi servilmente. Cuando el Imperio se alarma sobre su constitucion, y reclama los augustos tratados de Westfalia, que son la base, no busca protectores en su seno: la Francia ha tomado á su cargo el papel de defender la libertad germánica; y si hubiese en el Imperio una casa que pudiese pretender aquella noble garantia, la de Hannover (6), que ocupa actualmente el trono de Inglaterra, y que puede ba-

(6) GUIBERT.

lancear todos los medios de aquella podersoa nacion, parece más bien destinada á ello que la de Brandeburgo.»

Pero las naciones y sus jefes son cosas muy diferentes; y bajo este aspecto Federico podia concebir buenas esperanzas. ¿Qué mejor ocasion para comenzar su carrera que atacar á la indefensa hija de Carlos VI? Reclamó, pues, ciertas partes de la Silesia, usurpadas por el Austria á la casa de Brandeburgo; pero sus verdaderos motivos eran un tesoro bien provisto, setenta y dos mil soldados aguerridos, el amor á la gloria, á la persuasion de que las rentas del Estado eran suyas, y que podia disponer de ellas. Es cierto que violaba los tratados; pero «la moderacion es una virtud que los hombres no deben practicar siempre en rigor, en atencion á la corrupcion del siglo.» (7) El silencio de que se rodeaba, pues, haciéndolo todo por sí mismo, hacia perder las huellas á los embajadores extranjeros, que permanecian en acecho como espias para prevenir y adivinar sus proyectos. Ahora bien, sin decir una palabra, sin enviar ningun aviso, sin buscar aliados ni escuchar á los embajadores, al mismo tiempo que enviaba á Viena á proponer un acomodo, ocupó la Silesia, y esta fué la chispa que determinó un incendio general.

Sus tropas tenian al frente al pomeranio Schwerin, que habia peleado en Blenheim á las órdenes de Marlborough, en Bender á las de Cárlos XII, y prestado á diferentes potencias un valor poco comun. El cardenal de Fleury, anciano octogenario, que no queria, como el rey filósofo, presentarse delante de Dios, siendo perjuro, trató como siempre de desempeñar el papel de pacificador y garantizar solemnes promesas; pero el mariscal de Belle Isle, que tenia costumbre de concebir grandes proyectos y esponerlos con evidencia, demostró cuánto convenia á la Francia debilitar al Austria, su antigua rival, estableciendo pequeños Estados. En efecto, la Alemania se encontraba minada por agentes que derramaban el oro para hacer elegir otro emperador que el esposo de Maria Teresa; y aunque Cárlos VI hubiese comprado con buen dinero contante los votos necesarios para asegurar la eleccion de su yerno, se ofreció la corona al elector de Baviera con el nombre de Cárlos VII y una parte de los dominios austriacos. La Francia, la España, la Prusia, la Polonia, la Cerdeña, el elector de Colonia y el elector Palatino, se unieron para dividir la herencia de la casa de Habsburgo, sin dejar á Maria Teresa más que la Hungria, los Paises Bajos, la Baja Austria, la Estiria, la Carintia y la Carniola.

La Inglaterra continuaba aliada al Austria; pero Walpole, árbitro de un parlamento venal, temia la guerra; y Jorge, que vió el Hannover amenazado, prometió permanecer neutral (8). Al momento invadieron los franceses la Alta Austria, y el elector de Sajonia se hizo proclamar rey de Bohemia.

Maria Teresa paseó su embarazo por sus pueblos, quejándose *porque no tendria siquiera una ciudad donde parir*. Se atrevió (lo que no hubiera ocurrido á ningun rey) á apelar al afecto de sus súbditos, y se confió á los húngaros, aunque tantos motivos tenian de queja contra su padre. Hermosa, y sufriendo aun de su parto, se presentó á la dieta, vestida con el traje nacional, la corona angélica en la cabeza y la espada al lado. Después de haber ganado el favor de los magnates aceptando el juramento de Andrés, que habia sido abolido por Leopoldo (9), pidióles su proteccion para el jóven archiduque; y todos esclamaron con entusiasmo: *Moriamur pro rege nostro Maria Theresa!* Todo el que podia llevar las armas fué soldado, organizóse una infanteria; nunca habian salido tantas provisiones de la fértil Hungria, nunca se habian percibido con la violencia tantos tributos como en aquel momento procuraba un espontáneo entusiasmo; pero el esceso del celo llegó hasta la crueldad.

Trenck.—El prusiano Francisco de Trenck (1711-1749), nacido en Calabria, habia sido educado entre los croatas, y el valor que habia adquirido en aquella nacion salvaje se unia á la avaricia y al desprecio del hombre. De elevada estatura y estremado vigor, hacia saltar las cabezas con gran habilidad. Se espresaba muy bien, y en siete diversas lenguas; siempre en la vanguardia, saqueaba todo lo que podia y enviaba su botin á sus castillos de Hungria. Bandidos esclavones se habian organizado en un cuerpo de panduros, para hacer una continua guerra á los turcos y proteger la Esclavonia; pero á menudo asolaban el pais. Si el Austria enviaba tropas á reprimirlos, las maltrataban y se refugiaban en impenetrables selvas. Si una aldea los descubria, era arrasada; si se veian rechazados, se sucedian unos á otros hasta que conseguian vengarse. Trenck les hizo la guerra á lo lobo, sin dejarles descansar, matándolos uno á uno y haciendo alarde de lealtad con respecto á ellos. Habiendo hecho empalar al padre de un harumbajá (de esta manera es como se llamaban sus sie-

---

(7) *Historia de mi época*, cap. 2.

(8) La Francia tenia entonces 180.000,000 de rentas, de los cuales treinta eran absorbidos por el interés de la deuda; ciento sesenta mil soldados y ochenta navíos ó fragatas: la España sesenta y tres mil hombres, cincuenta navíos de línea y cerca de 60.000,000 de renta, pagado el interés de la deuda. La Inglaterra tenia ciento treinta navíos de línea y treinta mil hombres de tropas regulares; en tiempo de paz, no tenia más de 60.000,000 de renta; pero podia aumentarlas mucho en caso de guerra. La Holanda poseia cuarenta buques de guerra, treinta mil soldados y treinta y seis millones de rentas. La Rusia ciento sesenta mil hombres, cuarenta buques de guerra y 45.000,000 de renta. El Austria no tenia sesenta mil hombres efectivos: sus rentas eran sesenta millones pero tenia muchas deudas.

(9) Voltaire se engaña al decir que aceptó tambien el artículo 31 que autoriza la insurreccion.

te jefes electivos), fué reconocido la misma tarde, mientras que rondaba por la costa, por el hijo, que le invitó á pasar el rio y batirse en duelo; pero, mientras que preparaba sus armas, Treck disparó un pistoletazo á su adversario, le cortó la cabeza, y la clavó al lado del cadáver de su padre. Otra noche que andaba errante en medio de los bosques, oyó en una casa el sonido de instrumentos. Entró y vió que se celebraban las bodas de un harum-bajá. *Eres nuestro perseguidor*, le dijeron; *pero siéntate á la mesa*; *estás cansado*; *come*, *bebe*; *mañana pelearemos*. Se sentó, y aprovechando el momento favorable, disparó un pistoletazo á cada uno de los que estaban á su inmediacion, y huyó.

Casi los habia vencido cuando, estallando la guerra de sucesion, obtuvo de la corte de Viena la autorizacion de levantar un cuerpo franco, amnistiando á todos los bandidos que se presentasen para entrar en él. Encontrándose los panduros encerrados entre la Sava y la Sarzawa, les propuso tomar servicio en su cuerpo; y aceptaron la ocasion que se les presentaba de continuar saqueando y matando. Estos fueron los panduros que, vestidos de rojo y con grandes anillos de plata, renovaron bajo el mando de la piadosa emperatriz los horrores de la guerra de los Treinta Años. Menzel, jefe de los panduros, promulgaba esta ordenanza contra la milicia de Baviera, el 7 de Enero de 1742. «Si la milicia se atreve á resistírseme, no la reconozco ya por milicia, y no la haré castigar por las leyes de la guerra; pero los que forman parte no tendrán que esperar de mí más que ser condenados á cortarse uno á otro las narices y las orejas, y entregados después á la jurisdiccion civil para ser ahorcados.»

Los generales que Carlos VI habia hecho poner presos por el mal éxito de la guerra de Turquía, estaban entonces útilmente empleados por su hija. Ayudada por el oro de la Inglaterra y de la Holanda, envió al príncipe Carlos de Lorena al frente de un buen ejército á ocupar y asolar la Bohemia; después cuando se ganó á Praga, organizó carreras de carros guiados por señoras, y ella misma tomó parte en aquel ejercicio (10). En este estado de cosas, habiendo desembarcado los españoles en Italia, se acercaban á la Lombardía por la Toscana. El rey de Cerdeña que concibió recelos, se entendió con Maria Teresa para proteger el Milanesado y el Estado de Parma. El cardenal de Fleury, siempre económico, poco convencido por otra parte de la bondad de la causa adoptada, dejaba á la Francia en suspenso, sin tomar medidas eficaces. El emperador Carlos VII, príncipe benévolo y generoso, el más animado adversario de Maria Teresa, pero el más leal, por confesion propia suya, no tenia menos osadía que Federico, y no fué menos denigrado, porque no consiguió su objeto. Pero veia con sentimiento los estragos que la ambicion atraia sobre la Alemania; además se encontraba en tal penuria, que aceptó del duque de Noailles una letra de cuarenta mil escudos.

Es cierto que los prusianos vencian por la unidad y por la prontitud; pero Federico no se proponia otro objeto que su ventaja: así es que hizo la paz en Berlin con Maria Teresa, mediante la adquisicion de la Alta y Baja Silesia, de la Moravia y varios derechos, sin preocuparse de sus aliados. La guerra continuó con probabilidades diferentes, y los ingleses tomaron parte en ella, después de haberse indispuesto con la España por los derechos de navegacion de que hemos hablado. Jorge Anson, á quien mandaron á Chile y al Perú, y el almirante Vernon que se encontraba cerca del istmo de Darien con cincuenta buques de guerra, quince mil soldados de marina y otros tantos de desembarco, hicieron un inmenso botin. Se combatia, pues, por una sucesion en ambos hemisferios. No seguiremos, pues, ni las vicisitudes de la guerra, ni las intrigas de aquella diplomacia sin dignidad, que se llamaba ciencia de Estado, y que consistia únicamente en artificiosas y especulativas negociaciones, en atencion á que nadie tenia intencion de aniquilar al Austria. Maria Teresa sentia las cesiones que se habia obligado á hacer á Federico, y se procuraba aliados para arrebatárselas. Para el efecto hizo grandes concesiones al rey de Cerdeña; pero en cambio, aspiraba á la posesion de Nápoles. Lobkowitz (1744), á quien se envió para invadir el reino, asoló los Estados Pontificios, á los que no preservó su neutralidad, é hizo en el territorio de Velletri una de aquellas guerras de movimientos que arruinan el pais sin decidir nada.

La Francia, que hasta entonces no habia intervenido sino como aliada, declaró la guerra á Maria Teresa, con el pretexto de *escritos incendiarios* estendidos por sus ministros. Federico II aparentaba el estar indignado de la obstinacion de la hija de Carlos VI contra el emperador legítimamente elegido, y que no sólo queria inclinarle á la abdicacion, sino privarle de sus posesiones hereditarias: alegando, pues, que se veia obligado á defenderle como á su señor elector, propuso las condiciones; y como no fué escuchado, se unió á la Francia y á los Estados del Imperio. La reina de Hungria opuso á esta liga, llamada *union de Francfort*, la cuádruple alianza del rey de Polonia, del elector de Sajonia, de la Gran Bretaña y de la Holanda, y se preparaba á perpetuar una guerra que toda la Europa deploraba. El ejército francés era mandado por uno de los mayores capitanes, el mariscal de Sajonia, que aumentó la importancia de la artilleria y de los movimientos rápidos. Batió á los austriacos en Fontenoy y en Rocoux. Un *ejército pragmático*, mandado por la Inglaterra, que especulaba sobre los azotes, penetró en Alemania por el Hannover; su *martillo de oro* abrió las *puertas de hierro de los sajones;* la Holanda

(10) FANTIN DES ODOARDS, *Historia de Francia*, tomo II.

siguió á la Inglaterra, *como la chalupa sigue á un barco de línea* (11), y el pais quedó arruinado, al paso que los españoles y los franceses hacian en Italia hermosas é inútiles espediciones. Con objeto de arrojar á Lobkowitz de las Legaciones que asolaba, marchó Gages contra él con los españoles (1745), y se unió al ejército que la Francia y la España enviaban en socorro de Génova. Aquella república habia declarado la guerra al rey de Cerdeña por el marquesado de Finale, que le habia vendido Carlos VI, y que Maria Teresa acababa de dar á Carlos Manuel, con el pretexto de que tenia de ello necesidad para ponerse en correspondencia con las potencias marítimas. Pero sesenta mil enemigos reunidos contra aquel príncipe se apoderaron de Tortona, Placencia, Pavia, Asti, Alejandria, Casal, le batieron en Bassignana, y don Felipe entró en Milan. Habiendo reparado Carlos Manuel sus pérdidas durante las entabladas negociaciones, batió á los franceses, que se vieron precisados á volver á pasar los Alpes; ocupó á Savona y el Finale. Asustada Génova abrió sus puertas á los austriacos mandados por el marqués Antonielo Botta Adorno (1746). Para secundar éstos á la Inglaterra, que queria vengarse del mal que le habian hecho los franceses sosteniendo al Pretendiente en Escocia, se habian adelantado hácia la Provenza, cuando los tratamientos brutales que ejercian en Génova irritaron contra ellos á la muchedumbre; el pueblo se sublevó y les arrojó después de haber asesinado á gran número (12).

Entonces Carlos VII, que se habia retirado á Francfort, donde habia recibido la corona que le habia atraido tantos males, para vivir en la oscuridad, terminó sus dias. Su hijo se reconcilió con Maria Teresa, que le restituyó los paises arrebatados, á condicion de que daria su voto á Francisco de Lorena, y reconoceria el voto electivo de Bohemia. Fué, pues, elegido este príncipe emperador en presencia del ejército austriaco (1745). En esto se desplegó más que nunca una política tortuosa. Quejándose Inglaterra y los Estados generales de Holanda, de que el Austria ganase tanto en una guerra que no se habia emprendido sino por ella, amenazaron tratar aparte con la Francia. Maria Teresa, con la obstinacion que sólo el éxito justifica, se negó á todo arreglo. Declaró que su conciencia no le permitia disminuir la herencia de su hijo, cuya integridad habia jurado sostener, é hizo alianza con la Rusia y la Polonia, con notorio detrimento de la Prusia, con la que estaba en negociaciones. En efecto, la Rusia, que por primera vez tomaba parte directa en los acontecimientos de la Europa meridional, envió al socorro de la emperatriz treinta y siete mil hombres hácia el Rhin.

Paz de Aquisgram.—Aquella irrupcion, que asustó á la Europa la predispuso á la paz, que se concluyó en Aquisgram. Tuvo por base la restitucion de los prisioneros y de las conquistas hechas, tanto en Europa como en las Indias (1748). La Francia devolvió, pues, á don Felipe de España los ducados de Parma, Placencia y Guastalla. Las nuevas adquisiciones hechas por el rey de Cerdeña del Vigevanasco, de una parte del territorio de Pavía, del condado de Angera, que habia obtenido de Maria Teresa por el tratado de Worms en 1743, se le confirmaron. De esta manera el Tesino llegó á ser una línea fronteriza desde el Lago Mayor hasta el Pó. El marquesado de Finale quedó de los genoveses, que, así como el duque de Módena, fueron restablecidos en sus privilegios y antiguos derechos. Los que manifestaban pretensiones á los territorios de que se disponia, dirigieron al congreso protestas que registró, sin resultar nada más.

Inglaterra habia querido mantener el equilibrio por medio de los subsidios que pagaba á la Rusia y al Austria. De esta manera obtuvo la direccion de la guerra, fué la árbitra de la paz y persuadió al mundo de que su intervencion era una necesidad. Se reconoció, por una parte, la pragmática-sancion, por otra, la sucesion de la casa de Hannover al trono de Inglaterra. El ducado de Silesia y el condado de Glatz quedaron de la Prusia, lo que rompió la unidad germánica, estableciendo un poder que rival del Austria y sin antiguas alianzas, debia desarreglar las que existian para procurarse obras nuevas.

La paz de Utrecht habia dejado á la Francia grande aun después de tantos reveses, y le habia asegurado el trono de España. La de Aquisgram, después de tantas victorias, no le procuró otras ventajas que recobrar el cabo Breton; y en lugar de aniquilar al Austria, la hizo más poderosa que nunca.

Maria Teresa, educada por su padre en la idea de poseer la monarquia sin participacion, la consideraba como un depósito que hubiera sido impío disminuir. Así es, que aunque todo se lo debió á la Inglaterra, cuando el embajador de aquella potencia pidió presentarle sus felicitaciones con motivo de la paz, contestó que más bien debian ser pésames, y que podia desde luego evitarle esta conversacion.

La Inglaterra adquirió una elevada opinion de sus fuerzas, viendo que la Francia no podia igualarle en las rentas y en la marina; pero no podia rivalizar con la Francia en los ejércitos de tierra. Los Estados poderosos quedaron convencidos de que podian hacerse mucho daño, pero no destruirse. «Desde que el arte de la guerra se ha perfeccionado; desde que la política ha sabido establecer entre los príncipes un equilibrio de poder, las grandes empresas produjeron rara vez los efectos que se debian aguardar. Fuerzas iguales por ambas partes, y la alternativa de pérdidas y ventajas hacen que al fin de la más encarnizada guerra, los enemigos se encuentren poco más ó menos en el

(11) Todas espresiones de Federico II.
(12) Véase más adelante, cap. XXVIII.

estado en que se encontraban antes de emprenderla. El aniquilamiento de las rentas (13) concluyó por precisar á aquella paz que debia ser la obra de la humanidad, no de la necesidad.»

Pero todos conocian que la paz no podia ser duradera, porque los enemigos quedaban fuertes é irritados.

(13) Carta del 2 de Enero de 1759 á Fouquet.

CAPÍTULO V

FEDERICO II.—GUERRA DE LOS SIETE AÑOS.

Ya los acontecimientos nos han dado á conocer á Federico II de Prusia. Pequeño de estatura y feo, dotado de grande memoria, con poca imaginacion; no se procuraba placeres físicos escepto los de la mesa: amaba mucho los del talento, y se complacia en los rasgos picantes y en las sátiras. Puro lógico, no sabia conocer ni la belleza del arte antiguo, ni la profundidad de la ciencia moderna. Amaba á sus padres, muy poco á su mujer, y tal vez no quiso á ninguna otra. Tuvo amigos y no favoritos, tratándolos bajo un pié de igualdad, y sabiendo servirse de ellos en caso de necesidad. Detestaba la afectacion y el fingimiento; pero aun aparentando un aire de confiada franqueza, no dejaba de disimular y fingir. Las contrariedades domésticas que tuvo que sufrir habian embotado en él la benevolencia; así es que con la edad madura á los sentimientos suaves y dulces reemplazó en él la acrimonia; y al fin de su vida permanecia encerrado y solitario. La fuerza de su voluntad le hacia conseguir su objeto; y parecia tenaz en sus proyectos porque los meditaba con madurez. En los peligros se mostraba grande, activo, rico en recursos, y parecia sacar de las fatigas del gobierno vigor para soportar las físicas.

Ganaba las batallas con valor, á los ricos con títulos, á los literatos con favores, las conciencias con libertad, á los vencidos por el respeto y á los indigentes con socorros. Toleró la libertad de la prensa; ningun rey fué blanco de tantos libelos, y nadie los dejó tan impunes. Viendo á multitud de personas agolparse á leer un pasquin dirigido contra él, le hizo poner más bajo con el objeto de que pudiesen leerle con más comodidad. *Nos hemos comprendido*, decia; *dejo á mi pueblo decir lo que quiera, y él me deja hacer lo que me agrade.* No era tanto liberalismo de su parte como efecto de su confianza en las bayouetas. Así es, que cuando se le hablaba de alguno que decian que le odiaba: *¿Cuántas bayonetas tiene á su disposicion?* contestaba.

Acogió en su corte á varios sábios franceses, como tambien á los italianos Algarotti, y Denina. En su conversacion con ellos se mostraba vivo, algo libre, interesante, cáustico y sobre todo en irreligion, como era moda entonces. Su perspicacia en conocer los defectos y debilidades ajenas no denota un buen natural, ni tampoco las chanzas que tenia con su servidumbre; chanzas tanto más sangrientas, cuanto más elevada era la persona de que procedian. En su santuario de Postdam, el nuevo Juliano se reia de Dios, de los reyes y hasta de los filósofos. Su padre se servia del palo y él del epígrama, cuyos ataques son mucho más crueles; y no dejaba de decirlos contra los pequeños príncipes alemanes llenos de deudas y de vanidad, contra la gazmoñeria de Maria Teresa los atractivos de las Pompadour, las pretensiones poéticas del cardenal de Bernis, las galanterias de Catalina II y la intolerancia de Voltaire.

Habiendo sido muy descuidada su educacion, no sabia más que el francés, y éste, mal, teniendo sus secretarios que corregir á menudo sus solecismos y enmendar sus rimas. Voltaire se mofó de él como poeta; pero se le cuenta entre los buenos historiadores, porque trató una materia que conocia bien. Se conformó á la moda de la época escribiendo las *Memorias de la casa de Brandeburgo*: el estilo es pesado, las reflexiones carecen de profundidad, y los cuadros de animacion; pero las causas están bien indicadas en ellos, los hechos bien espuestos, y su política abunda en delicadeza. Si no se encuentra en la *Historia de mis campañas* la vigorosa y original sencillez de César, muestra en ella el genio de la táctica moderna, y

una abnegacion no menos rara que difícil haciendo su propia crítica. Adopta en la *Historia de mi época* el tono filosófico, y se estiende con gusto sobre el progreso del deismo en Francia.

Se le debe el haber introducido el lenguaje vulgar en la jurisprudencia, en la que es tan importante que el pueblo pueda comprender lo que de tan cerca le toca. Es cierto que desdeñando él mismo el idioma nacional que florecia entonces, no se dedicaba más que al francés, y que espresa en su libro *De la literatura alemana, sus defectos, sus causas y los medios de corregirlos*, como se hubiera podido hacer medio siglo antes. Hablóse mucho de ello. Se le acusó del crímen de lesa patria; pero las buenas máximas esparcidas en la obra dieron su fruto y se evitaron los defectos que señalaba.

Aunque déspota, y careciendo de simpatías hácia el pueblo, era generalmente amado, y los filósofos le proclamaban un Antonino; los alemanes encontraban en sus descuidadas maneras y en su valor el tipo de su nacionalidad, aunque él mismo no la comprendió en realidad ni pensó en ella absolutamente. Sus enemigos se veian precisados á estimarle, y su recuerdo ha sido explotado útilmente en la guerra contra Napoleon para despertar el valor prusiano, como se invocó después entre los franceses el de Napoleon (1).

No dejaba cometer ninguna arbitrariedad á los magistrados ni á sus ministros: se reservaba él solo su monopolio, y con frecuencia hizo poner presas á personas por odio personal ó por capricho. Todo lo hacia por sí mismo, y se servia de los empleados como de simples comisionados. Desempeñaba por sí los negocios que en otras partes los ministros hubieran abandonado á sus subalternos. El mismo era su camarlengo, su escribiente, su intendente, y no creia que la unidad de miras fuese conciliable con la division del trabajo. No quiso tampoco nunca un consejo de Estado, que sin embargo, en las monarquias absolutas, es un medio de conservar y trasmitir la práctica del gobierno. Los talentos y la probidad eran inútiles para servirle; bastábale ser una máquina dócil al impulso que se le daba. Como era bastante para ser ministro saber escribir, la actividad intelectual no recibió por otra parte ningun impulso, y todo se redujo á formas minuciosas. Tenia la costumbre de decir: «No dejemos nada para mañana;» en su consecuencia, leia todas las mañanas un monton de cartas, decia las respuestas que se habia de dar á ellas, las firmaba y hacia despachar. El dia le empleaba en revisar cuentas y pasar revista á su guardia con la minuciosa atencion de un sargento. Pero al paso que las demás potencias devoraban las rentas públicas, él hacia prosperar las suyas con la economia, aunque el sistema de confiar las aduanas á extranjeros y convertir el tabaco y el café en objeto de un monopolio, fué muy oneroso al pueblo. Teniendo en todo la mayor economia, retribuia pobremente á sus embajadores; él mismo se vestia mezquinamente, hacia vender la caza de sus dominios, y aunque aficionado á la mesa, no gastaba en su casa más de 50,000 francos al año.

Si la economia de su predecesor y la suya impidieron á la Prusia tener grandes establecimientos, admirados en otros paises, abrió la academia de Ciencias y Bellas Artes, compró el museo de antigüedades del cardenal Polignac, é introdujo la ópera, cuyos gastos eran hechos por él, y convidaba á ella á quien queria. La sencillez de sus maneras evitó la ruinosa imitacion de Luis XIV, y á ejemplo suyo, los príncipes de Alemania abatieron su orgullo, y cesaron de arruinar sus rentas con un insensato lujo, y de comprometer la paz con orgullosas puerilidades de ceremonial (2).

Careciendo la Prusia de la asamblea de los Esta-

(1) Independientemente de sus obras, en las que se encuentra su mejor retrato, Federico está admirablemente descrito por el príncipe de Ligne, que no iba á la corte por el temor de la acogida que mereceria, de lo que allí él diria, y del traje de ceremonia que se pondria: pero que se encontraba en su lugar sin pretender el distinguirse, y temer pasar desapercibido. Véase tambien á CAMPBELL. *Federico el Grande y su época*. Lóndres, 1842.

(2) Entre aquellos fastuosos príncipes citaremos al duque Cárlos Eugenio de Wurtemberg, que tenia una corte de gran soberano, con trescientos ó cuatrocientos caballos de los más hermosos en las caballerizas, gran mariscal, caballerizo, montero y copero mayor, multitud de camarlengos y gentiles hombres, magníficas guardias, correos, lacayos, cazadores cargados de oro: un salon de ópera que podia contener cuatro mil espectadores, y una de las mejores orquestas de Europa, dirigida por el célebre compositor italiano Nicolás Jomelli. Los mejores cantantes los contrataba Stuttgard, y no se reparaba en los gastos de las decoraciones. En un baile figuraron sesenta bailarinas de las más distinguidas discípulas de Noverre, que compuso para aquel teatro los bailes titulados *Los Amores de Enrique IV, de Medea y Jason*, y *Las Danaides*, cuya primera representacion asustó de tal manera á muchos espectadores, que huyeron. Vestris, *dios del baile*, bailaba allí los tres meses de licencia que le permitia la ópera de Paris. Cárlos Eugenio gastaba enormemente en sus viajes; construyó edificios, compró libros, grabados, estatuas, y fundó la academia de Bellas artes. Queria al mismo tiempo tener un numeroso ejército, y gastaba todos los años millon y medio de florines. Proporcionó seis mil hombres á la Francia, é hizo la guerra al rey de Prusia con diez y ocho mil.

H. DE MALTIZ, en el *Leibniz y las dos princesas eléctricas*, publicado en 1863, dió curiosos detalles sobre las cortes de Alemania. Conocíanse sólo en ellas las costumbres extranjeras, se hablaba el francés, se vivia á la francesa y la Italia proporcionaba las diversiones. Los príncipes rivalizaban en borracheras é intemperancia, pasaban semanas enteras en bailes, orgias, mascaradas y locuras de toda especie. Cada uno debia tener una concubina tolerada por su esposa, la que se indemnizaba con amantes. Al principiar Jorge I, rey de Inglaterra, la campaña contra Francia, su madre, la princesa Sofia, quiso que llevase consigo 77 criados, 15 lacayos, 132 caballos de lujo, 2 maestresalas, 4 cocineros, uno para los asados y otro para rellenar capones,

dos que se encontraban en todo el resto de Alemania, era una verdadera autocracia, y la unidad de gobierno suplia á la disparidad de tantos paises. No obstante, la monarquia tenia ciertas restricciones establecidas por la costumbre, y la administracion se veia libre de la arbitrariedad por medio de los colegios que la dirigian. Federico no podia menos de consolidar la tirania, él que consideraba la fuerza, no en la constitucion y en la propiedad, sino en el ejército y en el tesoro. Ahora bien, el estado militar permaneció enteramente separado del civil, y la debilidad de la constitucion interior se ocultó bajo las apariencias de la fuerza pública. Sintiéndose capaz de hacer grande á su pueblo, no pensó en las instituciones, ni en otra cosa más que en sí mismo y en medios que, en manos despóticas, son los más prontos y eficaces. Estas eran ideas en relacion con su época, como la mania de mezclarse en todo. Así era que los reglamentos sobre el comercio, sobre las manufacturas, sobre la agricultura se sucedian con rapidez. Pero queriendo ser filósofo, no supo hacerse superior á ciertas preocupaciones, y sostuvo rigorosamente en sus ejércitos la distincion entre nobles y plebeyos. Concedia con dificultad pasaportes, y fijaba á los que lo obtenian el gasto que debian hacer durante el viaje, como tambien el tiempo que debian emplear. Entendia poco de comercio, y aniquiló las sociedades comerciales queriendo protegerlas; concedió privilegios, y, lo que es más, alteró las monedas.

Ejército.—El cambio más admirable de aquel príncipe fué adquirir gusto á las armas, que al principio habia detestado, pero de tal manera, que un hombre que habia crecido en medio de los libros, llegó á ser el verdadero fundador del nuevo arte militar. Habia habido antes que él grandes generales, como Gustavo Adolfo, Condé, Turena, Montecuculli, Eugenio; pero obraban por inspiracion y no sujetos á reglas, y todo quedaba abandonado al valor y á las fuerzas materiales. Louvois habia convertido los ejércitos en una parte regular de la administracion, y formado almacenes para atender á las necesidades de los soldados, que antes vivian á discrecion del pais. Gustavo Adolfo habia introducido el uso de la artilleria ligera; después se habian perfeccionado los arcabuces, se sustituyeron las bayonetas á las picas, y las compañias se formaron en tres filas. Federico Guillermo introdujo en la infanteria la union de todas las partes, que facilita las maniobras y las hace uniformes.

Federico II convirtió la Prusia en una monarquia militar con doscientos mil soldados, casi todos indígenas, divididos en regimientos de campaña, regimientos de guarnicion y batallones francos. En Italia se llamó por primera vez *ejercicio*, el estudio que hacian las bandas de aventureros para adiestrarse en el manejo de las armas, que después fué perfeccionado por los suizos y los españoles. Los ejercicios de la infanteria comunal de Francia consistian en el tiro de flechas y de dardos; la caballeria hacia tambien ejercicio individualmente, y se acostumbraba al combate personal. Estos ejercicios variaron muy poco cuando se introdujeron las armas de fuego, y hasta principios del siglo XVII no dejaron de ser aislados para hacerse en masas.

El español Basta, en el año 1600, publicó una táctica de caballeria, y Walhausen de Hamburgo otra de infanteria, y en 1647, el francés Lostelnau lo imitó, aplicándola á los guardias franceses, que eran el único cuerpo del ejército de Francia que hacia el ejercicio en tiempo de Luis XIII. En 1707, para imitar á los españoles, se publicó un libro, en que se resumian los ejercicios; pero Federico II fué el que conoció y demostró verdaderamente su importancia. Por lo tanto su ejército tenia ejercicio todos los dias y campañas todos los años, frecuentes paradas, gran reserva de armas y mucha artilleria. Suprimió la absurda costumbre de hacer avanzar á los oficiales por antigüedad. Sostuvo una rígida disciplina, y un mariscal de campo que hubiese tenido una cuchara de plata, hubiera sido castigado severamente. Gracias á él, soldados sin entusiasmo patriótico ni religioso fueron héroes, con ayuda del palo y del ejercicio.

Sus primeras espediciones no prometian un gran general; pero en la batalla de Hohenfriedberg, la Europa pudo conocer el génio del que iba á ser inventor de la guerra moderna. Sometióla á las concepciones del talento, pues calculó todos los elementos y la redujo al estado de ciencia mixta. Tan superior en la estrategia, como en la táctica, aunque escedia en la segunda, en la que no dejó nada á Napoleon que añadir, las combinó. En lugar de las masas que se creian necesarias para resistir al choque de la caballeria, y que ofrecian al cañon un mayor campo de carniceria, redujo los batallones á tres filas; de esta manera pudo desplegar un frente doble y triple, proporcionar á las partes movimientos más rápidos y coordinar las marchas de manera, que pudiese conservar la superioridad numérica en los puntos en que queria atacar decidi-

---

y 20 cocheros. Besser recibió 3.000 thalers por el canto fúnebre de la reina Carlota. Este fausto se asociaba á costumbres toscas, y más de una vez el príncipe Jorge cogia por el cuello á su mujer diciéndole: «¡Te estrangulo!»

La reina Carlota fué llamada la *domadora de osos*, porque solamente ella supo inspirar respeto al czar Pedro cuando visitó la corte de Hannover. Este emperador se embriagaba con aguardiente en presencia de las señoras, á las que decia impertinencias de todo género. Condenó á la horca á uno de sus servidores por una leve falta y á otro á perder la lengua; afortunadamente las amonestaciones de su embajador impidieron la ejecucion de esta inícua sentencia. Habiendo sabido que la esposa de su embajador en Dresde esparcia murmuraciones que le ofendian, mandó cortarle la lengua, pero como se resistiese, el verdugo se la arrancó. Un dia dijo que le daba lo mismo una derrota que una victoria, con tal de que pereciera un gran número de enemigos, porque, añadió, puedo sacrificar tres rusos por un sueco.

damente. En él recae la honra de haber introducido como regla entre los modernos, el órden oblicuo, que consiste en no avanzar paralelamente todo el frente de batalla, sino en concentrar el esfuerzo principal en un solo punto. Comunicó al soldado el instinto de la estrategia acelerada, que triplica el número, no deteniéndose por escrúpulos de moral, violando los territorios, atacando Estados inofensivos y contando con que la victoria le diese la razon. Por una dicha particular, tuvo en su hermano Enrique un escelente ejecutor de sus designios, en cuya fidelidad y actividad podia descansar con seguridad, cuando tenia que acudir á otra parte.

Habia habido tambien en Francia una reforma en la milicia. Antes se alistaban de diez y ocho á veinte mil hombres, la hez del pueblo, con un gasto de tres millones. Pero como faltaban los alistamientos voluntarios en tiempo de guerra, se suplia á ello con medios violentos. Paris Duverney habia pensado en una leva, á la que en efecto se recurrió en 1726, por medio de una quinta de sesenta mil hombres, divididos en cien batallones. El Austria tenia, cuando ocurrió la muerte de Leopoldo, sesenta y cuatro mil soldados, repartidos en veinte y nueve regimientos de iufanteria, ocho de coraceros, seis de dragones, dos de caballeria ligera y tres de húsares. Cada regimiento de caballeria constaba de cinco escuadrones, divididos en dos compañias de á cien hombres. Este número fué siempre en aumento hasta 1735, en que el ejército se componia de ciento cincuenta mil hombres: ascendió en 1745 á doscientos setenta mil, y en 1788 á trescientos sesenta y cuatro mil. La quinta se introdujo en Francia, á ejemplo de la Prusia, en 1762, aunque concedian á muchos soldados la facultad de permanecer en sus casas diez meses del año recibiendo una paga de 10 florines anuales. Daun introdujo el uso de hacer maniobrar todos los regimientos del mismo modo.

Todas las potencias se encontraban, pues, dispuestas á una nueva colision, y se conocia que no podia tardar mucho en estallar.

Las diferencias por el comercio entre la América, la España y la Inglaterra se habia adormecido, pero no resuelto, por el tratado de Aquisgram y Madrid. Alegre la Inglaterra con haber arruinado en el cabo de Finisterre la marina francesa, la veia con envidia reparar sus pérdidas con grandes gastos, y construir en diez años ciento once navíos de línea, cincuenta y cuatro fragatas, y un número proporcionado de buques de menor porte; procuró, pues, la ocasion de un rompimiento. La isla de Tabago, la más oriental de las Antillas, habia sido ocupada al principio por curlandeses, después por los hermanos zeelandeses Lambsten, bajo la proteccion de la Francia, hasta el momento en que el mariscal de Estrées la redujo á un desierto. Habiendo pretendido los franceses su posesion en 1748, sufrieron oposicion por parte de los ingleses, que continuaron inquietando las comarcas septentrionales de la América. Suscitaban particularmente dificultades por los confines de la Arcadia ó Nueva Escocia, como tambien por la soberania de las dos orillas del Ohio, que pretendian pertenecer á la Virginia, al paso que los franceses la unian á la Luisiana. Otras causas de litigio nacian de que los dos pueblos abrazasen partidos opuestos en las sangrientas querellas de los reyes de las Indias orientales. Despues de haber discutido algun tiempo sus pretensiones, los ingleses, que con impaciencia aguardaban la ocasion de un rompimiento, comenzaron las hostilidades sin declaracion de guerra, se apoderaron de varios buques de guerra enemigos, y dieron caza, como verdaderos piratas, á los barcos mercantes, en los parajes de la América.

De esta manera estalló la guerra por remotas posesiones. La Francia se esforzaba en no hacerla europea, conociendo que no podria causarle gran perjuicio á la Inglaterra: no pudo, sin embargo, resistir á la tentacion de ocupar el Hannover, objeto de la predileccion de Jorge II.

Entonces este príncipe comenzó á buscar aliados, y encontró que se le unieron la emperatriz de Rusia, el landgrave de Hesse-Cassel, el duque de Sajonia-Gotha, y el conde de Schaunburg Lippe. Maria Teresa debia á la Inglaterra el haber salido con felicidad de la guerra de la sucesion austriaca; pero la gratitud le pesaba, pues le ofendia el tono que aquella potencia usaba con ella, lo propio que la ostentacion en periódicos y en el parlamento, de la proteccion que el último vástago de los Habsburgos habia obtenido del leon británico. No quiso, pues, tomar partido por la Inglaterra; y habiendo guarnecido con tropas sus fronteras, no se opuso, en cualidad de emperatriz, á la invasion de Hannover por los franceses. No envió tampoco tropas á los Paises-Bajos, segun los tratados, lo que hubiera impedido á la Holanda empuñar las armas.

Encontrábase, pues, trastornado el sistema europeo, y se observaba á qué partido se inclinaria Federico II, potencia nueva que no tenia alianzas tradicionales. Francés por el lenguaje, por su lectura, por sus sentimientos, no podia tener cuestiones con aquel remoto reino, al cual le unia un odio comun contra el Austria. Pero confiando poco en la política femenina de Versalles, se decidió de repente por la Inglaterra (1756). Era un golpe maestro por su parte, pues le hacia aparentar una especie de supremacia sobre el Imperio, comprometiéndose á no sufrir la presencia de los extranjeros. La alianza del rey filósofo, que aseguraba el Hannover á la Inglaterra y no le causaba recelos, al mismo tiempo que agradaban sus extravagancias, fué acogida con popular entusiasmo, y la simpatia cimentó una union que no estaba fundada en la naturaleza.

Pero Federico habia perdido las simpatias de cuatro mujeres con sus epígramas, y se habian convertido en enemigas suyas: resultaron de esto torrentes de sangre. Maria Teresa, que ambicionaba con gran tenacidad las posesiones de sus abue-

los, consideraba la Silesia como si se la hubiesen arrebatado. Sus nobles cualidades no ahogaban en ella su sed de venganza. La devocion le hacia considerar en su enemigo al enemigo de Dios, que insultaba las cosas santas y establecia en la Silesia la religion protestante. ¿Y qué importaba que por esta causa sufriese los estragos de la guerra el pais comprendido entre el mar Blanco y el golfo de Vizcaya?

Hacia tres siglos que la enemistad con el Austria constituia la historia exterior de la Francia; desde el tiempo de Enrique IV era el constante objeto de su política, hasta el punto de subordinar á ella sus intereses y los de su religion. Largas guerras é hipócritas treguas habian agitado el mundo, sólo porque se creia que la destruccion de aquella casa era un bien para la Europa. Austria habia cesado, sin embargo, entonces de ser amenazadora, y parecia necesaria para reprimir á la Prusia y á la Inglaterra. Esto es lo que deseaba el cardenal de Bernis, como tambien el príncipe de Kaunitz, que dirigia los consejos de Maria Teresa, y la misma Maria Teresa, la más austera de las madres, la más orgullosa de las princesas, escribió á la concubina de Luis XV, dándole el título de prima. Se concibe cuánto se lisonjearia la vanidad de la Pompadour. Pronto desde el fondo de su tocador, al que eran admitidos los marqueses y los abates al honor de verla peinarse, salieron nuevas máximas. ¿Qué motivos tenian la Francia y el Austria para considerarse enemigas? Demasiado habian aniquilado á la Europa por espacio de tres siglos, y siempre en ventaja de las potencias inferiores, en la guerra de los Treinta Años, para engrandecer á la Suecia; en la de la Gran alianza, para crear la Saboya, y últimamente, para consolidar la casa de Brandeburgo. Debian, pues, unirse en adelante contra el enemigo comun, y aniquilarle, no para saciar la avaricia ajena, sino para engrandecerse ellas mismas.

Tratado de Versalles.—Tratábase, pues, en el fondo, para aquellas dos potencias, de destruir á la Prusia y dominar ellas en la Europa. Sólo el Austria podia ganar, sin procurar ninguna ventaja á la Francia, que después de haber hecho tanto por crear la Prusia, después de haber ofrecido constantemente su apoyo á los pequeños Estados de Alemania contra las usurpaciones del Austria, declaró sus intereses solidarios de los de la emperatriz, se unió á ella, cuya ruina habia querido, y se comprometió en una sangrienta guerra, no sólo extranjera, sino contraria, tanto á sus intereses como á la opinion pública. Este tratado fué verdaderamente la obra maestra de la política austriaca, y el último término de la ceguedad francesa.

Todo se dispuso entonces para dar á la guerra, que ya se preparaba sordamente, toda su terrible importancia. Los franceses mandados por el mariscal de Richelieu, se hicieron dueños, con admirables golpes de mano, de la ciudadela de Menorca, del puerto de Mahon y del fuerte de San Felipe, que se consideraba, después de Gibraltar, como el más inexpugnable (3), al mismo tiempo que se apoderaban de varias plazas en el Canadá.

El elector de Sajonia se habia declarado en contra de la Prusia á instigaciones de su mujer, á la que habia ofendido Federico. Era gobernado por el conde de Bruhl, que tenia tantos títulos y empleos como habia podido reunir. Formó la más rica coleccion de cuadros después de Mazarino, é hizo derribar parte de las fortificaciones de Dresde para agrandar sus jardines. Prodigaba el dinero en fiestas, bailes, teatros, y castigaba como criminales de lesa majestad á los que hablaban mal de él. Dejó á su muerte 12.000,000 efectivos, mientras que la Sajonia perecia de miseria. Este pais fué el palenque en el que se disputaron la posesion del Canadá. Federico sorprendió á Dresde; la reina de Polonia, hija de un emperador, suegra del delfin, se sentó sobre el cofre donde habia ocultado la correspondencia de su marido; pero fué en vano; los papeles se mandaron á Federico, que los hizo publicar, y de esta manera manifestó á la Europa que agresor en la apariencia, no habia hecho más que defenderse de una gran trama urdida por el Austria y la Rusia, no sólo para arrebatarle la Silesia, sino para destruir la monarquia prusiana; que no habia, pues, atacado sino para evitar un ataque (4). Después de haber ocupado la Sajonia, la consideró como su proveedora, y sacó de ella sin consideracion soldados y contribuciones. Así es que se ha calculado que perdió noventa mil almas, y setenta millones de rixdalers en contribuciones y provisiones para el enemigo.

Asustáronse entonces de Federico. El Imperio, que, sin embargo, nada tenia que temer, fué inducido por el Austria á declararle la guerra. Aquel príncipe fué citado á comparecer, y se intimó á todos los nobles el que abandonasen su servicio. La Suecia tomó tambien partido contra él. Isabel de Rusia temblaba al pensar que una palabra suya enviaria á la muerte á millares de sus súbditos; pero le repitieron las palabras picantes dichas por Federico, y firmó, con las lágrimas en los ojos, el tratado de alianza por el cual se separaba de la Inglaterra para unirse á los enemigos de la Prusia (5).

---

(3) Los filósofos, con quienes Richelieu tenia relaciones de amistad, exageraron la gloria de aquellos hechos de armas. Luis XV le preguntó á su vuelta: *¿Cómo habeis encontrado los higos de Menorca?*

(4) La historia de la guerra de los Siete Años ha sido escrita, además de por Federico II, por Archenholtz, Rezow, Rheddesen, etc.

Para los tiempos que se siguieron, véanse:

MANSO, *Gesch. des Pruss. Staates.*

CÁRLOS GUILLERMO FERNANDO, archiduque de Brunswick-Luneburgo, *Den kwürdigkeiten meiner Seit* (1778-1806), 5 tomos; obra escrita con mucha libertad.

(5) El asentimiento de Isabel á la alianza de Versalles,

Nunca se habia formado una liga más terrible. La Francia, el Austria, la Rusia, la Sajonia, la Suecia, la Confederacion germánica debian atacar por diferentes partes los Estados de Federico. Ya se dividian sus despojos: el Austria, la Silesia; la Francia, una parte de los Paises-Bajos; la czarina, la Prusia oriental; Augusto de Sajonia, Magdeburgo; los suecos, una parte de la Pomerania. Apenas podia contar con doscientos mil hombres que oponer á medio millon de soldados; además habia descontentado á los católicos. No tenia, como Venecia, lagunas donde encerrarse, ni como la Suiza, desfiladeros en que defenderse; todo estaba abierto para llegar á él, ¿qué podia oponer?

Su genio y el entusiasmo de los pueblos. No tenia deuda pública, remotas colonias que proteger, aliados que satisfacer, consideraciones que guardar, ni intrigas de queridas ú oposicion por parte de los parlamentos ó ministros; su tesoro era rico, su ejército superior á ningun otro en disciplina; su voluntad era la ley suprema. Esto es lo que le permitió ofrecer el maravilloso espectáculo de la naciente Prusia haciendo frente á toda la Europa.

Indiferentes y cantando se adelantaban los franceses á esponerse á todos los peligros, para ejecutar lo que se habia dispuesto en el tocador de una cortesana. Los rusos caminaban á palos; los austriacos, muy hábiles en las negociaciones, no tenian tan buena parte en el campo de batalla, y se dejaban batir imperturbablemente; el ejército del Imperio era malo y ridículo. Los enemigos de Federico atribuian su superioridad á su ejército compuesto de soldados aguerridos, que ejecutaban hábiles maniobras, y disparaban cinco tiros por minuto. Dedicábanse, pues, tambien á perfeccionar aquellas máquinas humanas; pero no conocian ni la celeridad de sus movimientos, ni el método prudente como disponia las marchas para diseminar sus fuerzas y reunirlas con prontitud en caso de necesidad. El general austriaco Brown tenia grandes conocimientos militares; pero estaba lleno de trabas por las consideraciones debidas al príncipe de Lorena, cuñado de la emperatriz, que le habia investido con el mando; al paso que Federico, concibiendo y ejecutando solo, caia de improviso sobre el enemigo y le batia.

Mientras que Richelieu ocupaba el Hannover, que tuvo mucho que sufrir, Federico II entró en Bohemia. Consiguió en Praga una memorable victoria, en la que perecieron veinte y cuatro mil austríacos y diez y ocho mil prusianos, como tambien los dos generales enemigos Brown y Schwerin; este último, de edad de setenta y dos años, habia aconsejado á Federico no atacar. Vióse entonces el Austria próxima á perderse; pero encontró para defenderse el valor del conde de Daun, que se habia señalado ya en varias guerras y en los gobiernos de Nápoles y Milan, y cuya habilidad era grande en elegir las posiciones. Era secundado por el irlandés Lascy, que habia peleado con Munich por la Rusia, y por el livonio Laudon, que, formado tambien en la escuela de los rusos, y después jefe de los panduros, debia, á la costumbre de mandar tropas ligeras, una audacia y rapidez estremada.

Batallas de Rosbach y de Leuthen. — Derrotado Federico en Kollin, se vió obligado á abandonar el Hannover y todo el pais entre el Weser y el Rhin, entregado á las asolaciones de los franceses, que imitaron al insolente Richelieu. En medio de sus felices ó desgraciadas espediciones, Federico no habia dejado de hacer versos; y no olvidó los epígramas cuando Clemente XIII envió el capelo rojo y una rica espada bendita al conde de Daun, vencedor del rey hereje. No podia, pues, escapar sino con triunfos al ridículo con que la Europa le hubiera cubierto en cambio de sus burlas, desde el momento en que la fortuna hubiera cesado de sonreirle. Ahora bien, creyéndolo todo perdido sin remedio, tomó la resolucion de suicidarse; pero, antes de morir, quiso salvar su reputacion, escribiendo á Voltaire, quien era dueño de la fama. Escribió la carta, recobró valor, y atacó á los enemigos en Rosbach. Antes de la batalla, pronunció una arenga que la mitad del ejército pudo oir: «Amigos, dijo, la suerte de todo lo que nos es y debe sernos caro, se encuentra en la espada que vamos á desenvainar para pelear. Ni tengo tiempo ni creo deber hablaros mucho. Sabeis que ni vigilias, ni fatigas, ni peligros he dejado de participar hasta ahora con vosotros; y me veis dispuesto á perecer por vosotros y con vosotros. Todo lo que os pido, amigos mios, es que pagueis mi celo con celo, mi afecto con afecto. No añadiré más que una palabra, no para animaros, sino como prueba anticipada del reconocimiento que os deberé. Desde este momento hasta que nos retiremos á cuarteles de invierno, el ejército recibirá doble paga. Portaos como hombres, y no espereis sino en Dios.» Empeñó entonces la batalla y derrotó al enemigo, perdiendo apenas noventa y un soldados, tantos eran sus recursos cuando la necesidad urgia. Poco después derrotó en Leuthen á sesenta mil austríacos con solo treinta y cinco mil soldados; hizo veinte y un mil prisioneros, se apoderó de ciento treinta y cuatro cañones, y recibió seis mil desertores. Esta era, en un mismo año, la cuarta batalla campal que ganaba.

«Nunca tal vez, dice él mismo, ofreció un solo

---

fué llevado por el caballero Eon de Beaumont, una de las frívolas estravagancias de la época. Después de haber estudiado derecho en Paris, fué empleado como espía en San Petersburgo, vestido de mujer. Fué admitido en el número de las damas de honor de la emperatriz, y durmió seis meses con la princesa Daschkoff sin descubrir su sexo. La emperatriz se sirvió de él en misiones diplomáticas; después llegó á ser secretario de embajada, sirvió en la guerra de los Siete Años, y alternó de tal manera entre el papel de hombre y el de mujer, que se quedó en duda sobre su verdadero sexo. Habia nacido en Tonnèrre el 4 de octubre de 1728; murió en Lóndres el 24 de mayo de 1810.

año en los anales del mundo, en tan limitado teatro, tantos acontecimientos sorprendentes, hechos gloriosos, inesperadas y casi milagrosas catástrofes. Triunfa primero el rey de Prusia; quedan vencidas todas las fuerzas del Austria, destruidas sus esperanzas. En un momento todo cambia; el ejército repara sus pérdidas y queda victorioso; derrotado, abatido y abandonado el rey por sus aliados, rodeado de enemigos, se encuentra á orillas del precipicio. Al momento se repone; y el ejército combinado del Austria, la Francia y el Imperio es rechazado. En otro punto, cuarenta mil hannoverianos se someten á doble número de franceses, sin poder estipular otra cosa que el no quedar prisioneros de guerra, y los franceses quedan dueños de todo el pais entre el Weser y el Elba; pero de repente empuñan de nuevo las armas los hannoverianos, libertan á su patria, y en poco tiempo dejan de creerse los franceses en seguridad en la orilla derecha del Rhin. En aquella campaña pelearon cuatrocientos mil hombres; diéronse seis batallas campales, y fueron destruidos tres ejércitos. Reducidos los franceses á la última miseria, son derrotados sin pelear; los rusos quedan vencedores, y huyen como si hubieran sido vencidos; después de haberse ligado cinco grandes potencias para vencer á un Estado proporcionalmente pequeño, emplearon todas sus fuerzas contra él y fueron vencidas.»

Las victorias de Federico escitaron un verdadero entusiasmo en Inglaterra. En todas partes se veia su retrato: hubo iluminacion por el aniversario de su nacimiento; Pitt hizo decretarle un subsidio de setecientas cincuenta mil libras esterlinas al año para alistar soldados; y sugerido por Federico, puso al frente del ejército destinado á defender la Alemania oriental, á Fernando de Brunswick, á quien pronto se le consideró como el segundo general de su siglo.

Los sencillos alemanes habian temblado al espectáculo de las barbaries cometidas por los elegantes franceses. Conocian que si Federico hubiese muerto, se hubieran perdido las libertades germánicas y el protestantismo. Se sentian fascinados por el valor y sobriedad de aquel rey, que demostraba que el poder del genio es superior á la fuerza física, y que victoriosamente luchaba contra los franceses, los austriacos y los rusos.

Por su parte Federico estaba bien distante de insultar con su fausto tanta miseria, de que la guerra era causa; y debió adquirir gran confianza en sí mismo cuando encontró en el campo de Soubisse á multitud de vivanderas, cocineros, cómicos, peluqueros, papagayos, quitasoles y cajas de agua de Colonia. Y confesaba deber más bien sus felices éxitos á las faltas de sus enemigos que á su propia habilidad.

«El método que he empleado no ha sido bueno, sino por las faltas de mis enemigos, por su lentitud, que ha secundado mi actividad, y por su indolencia en no aprovechar nunca la ocasion. No podria proponerse por modelo; la imperiosa ley de la necesidad me ha obligado á dejar mucho á la casualidad. Los austriacos han mostrado más arte y perfeccion; los franceses, aunque previsores é inteligentes, con su inconsecuencia y ligereza, trastornan de hoy á mañana lo que podia darles muchas ventajas con su habilidad: los rusos, tan feroces como ineptos, no merecen que se les nombre (6). Pero si alabo la táctica de los austriacos, no puedo menos de criticar sus planes de campaña y su conducta en las principales partes de la guerra. No era de esperar con fuerzas tan superiores, con tantos aliados como esta potencia tenia a su disposicion, sacar tan poca ventaja. No puedo menos de admirarme de la falta de concierto en las operaciones de tantos ejércitos, que si hubiesen hecho un esfuerzo general, aniquilaran todas las tropas prusianas á un mismo tiempo. ¡Qué lentitud en la ejecucion de sus proyectos! ¡Cuántas ocasiones no han dejado escapar! En una palabra, ¡cuántas enormes faltas á las que debemos nuestra salvacion!»

El Austria, en efecto, hubiera querido vencer sin que le costase hombres ni dinero. Cuando se verificó un armisticio, no estipuló nada en favor de los príncipes que le habian favorecido, y los dejó espuestos á la venganza de Federico, que asoló la Franconia y adelantó sus escursiones hasta Ratisbona, lo que hizo aceptar su proposicion de conceder la paz á todo el que retirase sus tropas. Después, cuando los rusos invadieron la parte de sus Estados que les estaba destinada, haciendo Federico trescientas millas en veinte y cuatro dias, con catorce mil hombres, los alcanzó en Custrin y los derrotó; después de lo cual rechazó á Daun y á Laudon, que asolaban la Sajonia.

Batalla de Kunesdorf.—Pero las poblaciones se hallaban aniquiladas, y sus enemigos estrechaban su alianza. Así es, que el año siguiente (1759) la campaña fué desastrosa para él. Esperimentó en Kunesdorf una completa derrota, y habiéndose salvado con trabajo en hombros del capitan Pritwitz, escribió á su ministro: *Todo se ha perdido. Salvad la familia real y los archivos. ¡Adios para siempre!* Los austro-rusos se adelantaron hasta Berlin imponiendo enormes contribuciones y entregándose á un saqueo desenfrenado, para saciar su venganza y la avaricia de los soldados de Tottleben.

Batalla de Torgau.—Reducido Federico á la defensiva, dispuso levas, hizo recoger, como pudo, pan, patatas y armas. ¡Que se arruine el pais, que perezca la juventud con tal que el reino se salve! Derrotó á Laudon en Liegnitz, y atacó á Daun en Torgau, donde se dió una de las más sangrientas batallas de que hace mencion la historia. Cuatrocientos cañones destrozaron á los prusianos y destruyeron sus famosos granaderos. Ya se cantaban *Te Deum* en Viena, y se declaraba á Federico de-

(6) Carta de 2 de enero de 1759 á Fouquet.

puesto de sus feudos, derechos y privilegios, cuando se supo que, merced al refuerzo de Ziethen, habia ganado la victoria.

Viendo Federico á la Rusia encarnizada en su pérdida, suscitó contra ella á la Puerta y al kan de los tártaros (1761). Arbitro Pitt del parlamento inglés, hizo considerar aquella guerra como nacional y de interés comercial; lo que valió al rey de Prusia el que continuasen los subsidios. Como las hostilidades no se detenian en los límites de la Europa, las escuadras de la Gran Bretaña arrebataban á la Francia varias de sus posesiones en el Ganges, como tambien Pondichery y Mahé, en la costa del Malabar; y de esta manera se encontraban escluidos de la India. Perdian en Africa el fuerte de San Luis del Senegal, la isla de Gorea y todos sus establecimientos en aquel rio, en el que el oro y los esclavos eran un gran manantial de riquezas. Veian arrebatárseles el cabo Breton en la América, donde habia nacido el pretexto de aquella guerra. Cuando después, en la memorable batalla de Quebec, perecieron los dos generales en jefe Montcalm y Wolf, todo el Canadá fué ganado por los ingleses, y Rodney ocupó la Guadalupe, la Dominica, la Martinica, la Granada, San Vicente, Santa Lucia y Tabago. Cada nueva escuadra que equipaba era capturada y destruida; tanto, que perdió de esta manera treinta y seis navíos de línea y sesenta y cuatro fragatas. Pensó en invadir la Inglaterra é hizo grandes preparativos en Bretaña, en Dunkerque y en los puertos de Normandia; pero los primeros buques que salieron de Tolon fueron batidos en la costa de Lagos, y los otros incendiados en Quiberon.

Pacto de familia.—El duque de Choiseul, jefe del ministerio francés, era afecto á la Pompadour y á la casa de Lorena; resolvió aplicar algunos remedios á tantos desastres uniendo todas las ramas de la casa de Borbon. La España obedecia al pacífico Fernando VI, que á pesar de sus contestaciones con la Inglaterra, no podia decidirse á una alianza con la Francia, hasta cediendo á Mallorca. Se habia igualmente negado á unirse á la Inglaterra, aunque le ofrecia Gibraltar y grandes compensaciones en América. Pero cuando murió (1759) Cárlos III, que le sucedió, se manifestó hostil á la Gran Bretaña, por temor de que no se engrandeciese más aniquilando la marina francesa. Consintió, pues, en el *Pacto de familia*, por el cual aun se pudo decir que no habia Pirineos (1761). Se convino en que se reputarian comunes los enemigos, y que mútuamente se garantizarian sus posesiones, comprendiendo las del duque de Parma y las del rey de las Dos-Sicilias; los socorros que mútuamente debian proporcionarse se determinaron, y debian hacer en caso de guerra, todos sus esfuerzos por una y otra parte, estipular unidas los tratados de paz y dividir las ventajas.

Este tratado era secreto; pero habiendo tenido conocimiento de él los ingleses, se arrojaron sobre la España, y atrajeron á su partido al Portugal (1762). Habiendo muerto en aquellas circunstancias Jorge II, Pitt se habia visto precisado á ceder el poder á los torys, mal dispuestos en favor del rey de Prusia. Pero por otra parte murió la czarina Isabel (5 enero de 1762), y Pedro III, amigo personal de Federico, y que ya habia protestado contra la injusta guerra que se le hacia, suspendió tambien las hostilidades, y le devolvió todo lo que los rusos habian ocupado. Catalina II, que sucedió á aquel príncipe destronado por la violencia, detuvo los socorros que destinaba á la Prusia, pero confirmó la paz. La Suecia entró tambien en arreglos, y Federico no tuvo ya en su contra más que á los austriacos, á los franceses, á los sajones y á los imperiales.

Abrióse entonces una nueva campaña, cuyo hecho más memorable fué el sitio de Schweidnitz. Durante aquel tiempo los ingleses arrebataban á la España Manila y las Filipinas en la Oceania; y en América la Habana con los tesoros que habia en ella. Maria Teresa, que tenazmente se habia opuesto á toda union, mientras que habia visto que la carniceria de los rusos evitaba se derramase la sangre de sus tropas, se resignó entonces á proponer una paz que reclamaban altamente los príncipes del Imperio, arrastrados por ella á una guerra opuesta á sus intereses. Firmóse por fin en París.

Convínose desde luego en el canje de los prisioneros (1763), de los cuales veinte mil franceses se encontraban en poder de la Inglaterra, además de un número mayor que habia perecido por el mal trato. La Francia renunció vergonzosamente á toda pretension sobre la Acadia, el Canadá, el cabo Breton, como tambien á las demás islas y costas, tanto del rio como del golfo de San Lorenzo. Sus súbditos obtuvieron la facultad de pescar en el banco de Terranova y en el golfo de San Lorenzo, pero á tres leguas de distancia de las costas inglesas, y á quince del cabo Breton, y se les prohibió fortificar las islas de San Pedro de Miguelon, que les cedió la Inglaterra. En América, las islas de la Bella Isla, la Martinica, la Guadalupe, Maria Galante, la Deseada se devolvieron á la Francia; á la Inglaterra, las de Granada con las Granadinas, San Vicente, Santo Domingo y Tabago, la Florida, el fuerte de San Agustin, la bahía de Panzacola y todas las posesiones al Este y al Sur del Mississipi, cuyo curso debia ser el límite entre las dos potencias, con la libertad de navegar. Lo mismo aconteció con el rio Senegal, en el que recobraron los franceses la Corea. En las Indias orientales, la Inglaterra restituia los fuertes y factorias de Coromandel, el Malabar, Orica, Bengala, tales como eran en 1749; la Francia devolvia Natal y Tabanonhy en la isla de Sumatra, obligándose á no sostener tropas en Bengala, y á renunciar á toda adquisicion que se hiciese desde la misma época. En Europa, Menorca y San Felipe volvian á ser recobradas por la Inglaterra, así como el Hannover por el landgrave de Hesse; y por el conde de Lippe, las tierras tomadas á este se-

ñor. Las posesiones del Portugal, en Europa, quedaban libres, y se le restituian las colonias que le pertenecian antes.

Paz de Hubertsburg, 15 febrero.—La paz se verificó después en Hubertsburg entre la emperatriz y el rey de Prusia. Maria Teresa renunció á toda pretension á los Estados de Federico, se comprometió á hacer que se le devolviese la ciudad y el condado de Glatz, como tambien las fortalezas de Wesel y Güeldres. El rey prometió secretamente su voto para el imperio á José, hijo de Maria Teresa, y apoyar á otro archiduque, con el objeto de que se casase con la heredera del duque de Módena. Quedaron así como compensados los perjuicios entre Federico y el rey de Polonia, elector de Sajonia; los prisioneros y las ciudades ocupadas se devolvieron por una y otra parte.

Siete años de carniceria dejaron, pues, á la Europa en el mismo estado que antes (7), escepto el que la Inglaterra, además de sus adquisiciones en América, habia conseguido el objeto que se habia propuesto, de debilitar á la Francia. Fuerte esta potencia por sí misma y por sus numerosas alianzas, perdió el continente americano, y firmó la más humillante paz. La Prusia, que parecia deber sucumbir á los golpes de la Europa conjurada, no tuvo que sentir la pérdida de una pulgada de terreno; y grande en la opinion, fué contada entre las principales potencias, que ya fueron cinco. El Austria, que queria poseer la Silesia, se quedó con su deseo. La humanidad cita á todos aquellos príncipes á su tribunal, y les pide cuenta de la pérdida de ochocientos noventa y nueve mil hombres (8); número al que aun se podria añadir.

Desde aquel momento miró Federico con sospechas á la Inglaterra, que no estando ya unida al Austria, tuvo menos actividad en sus intrigas en el continente, pero ostentó su orgullo en los mares, y pretendió ejercer el derecho de visita, cuyas vicisitudes hemos indicado en otra parte.

Cuando de vuelta Federico en Berlin oyó los aplausos del pueblo, se afectó y esclamó: *¡Vivan mis hijos! ¡Viva mi querido pueblo!* Pero la ciudad habia sido varias veces entregada al saqueo; la juventud habia perecido: los enemigos habian saqueado por valor de quinientos millones, é impuesto otros tantos de contribuciones. No existian ya en los asolados campos ni bueyes ni caballos. La poblacion habia sido diezmada: en ciertas provincias sólo se veian mujeres labrando, y en otras no habia quedado una persona que labrase la tierra. El dinero habia desaparecido, las leyes estaban olvidadas; el ejército no tenia oficiales y se admitian en él á todos los que se presentaban, fuesen ladrones, desertores ó contumaces.

Dedicóse el rey á cicatrizar aquellas heridas y á evitar la repeticion de los males. Indemnizó con donativos á los paises que habian sufrido más; y desde 1763 hasta 1786 destinó á este uso 24 millones de escudos de Prusia, equivalentes á 104 millones de francos al año. Cuando el saqueo de Berlin, el rico negociante Gotskowski habia manifestado un celo y una estremada caridad: hízole,

---

(7) «Si examinamos, dice Federico II, en la *Historia de la guerra de los Siete Años*, las causas que han trastornado los acontecimientos de una manera tan inesperada, encontraremos que las siguientes razones impidieron la pérdida de los prusianos: la falta de union y armonia entre las potencias de la gran alianza; sus diferentes intereses, que no les permitieron convenir en ciertas operaciones; la poca union entre los generales rusos y austriacos, que los hacia circunspectos cuando la ocasion exigia que obrasen con vigor para aniquilar á la Prusia, como efectivamente lo hubieran podido hacer; la política demasiado refinada de la corte de Viena, cuyos principios la hacian encargar á sus aliados empresas de las más difíciles y atrevidas, para conservar al fin de la guerra su ejército en mejor estado y más completo que el de las demás potencias, de lo que varias veces resultó que los generales austriacos, por una escesiva circunspeccion, descuidaron dar el golpe de gracia á los prusianos, cuando sus asuntos estaban en un estado desesperado; la muerte de la emperatriz de Rusia, con la cual la alianza del Austria fué enterrada en un mismo sepulcro; la defeccion de los rusos y la alianza de Pedro III con el rey de Prusia, y en fin, los socorros que aquel emperador envió á Silesia.

»Si por otra parte examinamos las pérdidas que los franceses sufrieron en aquella guerra, observaremos la falta que cometieron en mezclarse en las turbulencias de Alemania. La clase de guerra que hacian á los ingleses era marítima; cambiaron y descuidaron el objeto principal para correr tras de un objeto estraño, que verdaderamente no tenia que ver con ellos. Hasta entonces habian adquirido, como los ingleses, ventajas en el mar; pero desde el momento en que se distrajo su atencion por la guerra de tierra; desde que los ejércitos de Alemania absorbieron todos los fondos que hubiera debido emplear en aumentar sus escuadras, su marina careció de las cosas necesarias, y los ingleses adquirieron un ascendiente que los hizo vencedores en las cuatro partes del mundo. Por otra parte, las escesivas sumas que Luis XV pagaba en subsidios, y las que costaba el sostenimiento de los ejércitos de Alemania, salian del reino, lo que disminuyó en la mitad la cantidad de numerario que se encontraba en circulacion, tanto en Paris como en las provincias; y, para colmo de humillacion, los generales que la corte eligió para mandar sus ejércitos, y que se creian Turenas, cometieron graves faltas.»

(8) Este cálculo es de Federico II, que lo formuló de esta manera:

Rusos en cuatro batallas y en las marchas. . .	140,000
Austriacos en cuatro batallas eampales sin contar las guarniciones de Breslau y Schweinidtz.	140,000
Franceses..	200,000
Ingleses y sus aliados..	160,000
Suecos..	25,000
Soldados de diferentes círculos.	28,000
Prusianos en diez y seis batallas, sin contar los pequeños combates..	180,000
Hombres que perecieron en Prusia, por las incursiones de los rusos.	20,000
Id. en la Pomerania, en la Nueva Marca y en el electorado de Brandeburgo.	6,000
	899,000

pues, el rey, donativo de 150,000 rixdalers, y empleólos éste en establecer una manufactura de porcelana que compró después el rey, y fué una de las más famosas del pais. Federico puso en estado de defensa los fuertes de la Silesia, abrió el puerto de Stettin y el canal de Swina, á cuyas orillas se fundó una ciudad. Abrevió por medio del canal de Plauen la comunicacion entre el Elba y el Oder; otro canal que iba de Custrin á Wrietzen le sirvió para desecar á lo largo del Oder, estensos terrenos que se poblaron con dos mil familias. Introdujo la morera y las fábricas de seda, sacó merinos de la España para mejorar los rebaños, y llamó á sus Estados á trabajadores en lana: estas eran operaciones contra la naturaleza, en las que se manifestaba una buena intencion, aun cuando fuese inconsiderada. Estableció herrerias donde se encontraba mineral. En los once años que siguieron á 1747, el número de las aldeas se aumentó en doscientas ochenta; y en cuarenta años la poblacion en un millon ciento veinte mil almas, es decir, en una tercera parte. Agrada ver estas mejoras contadas por Federico, con no menos placer con que otros, y él mismo cuenta los asesinatos y picardias de los reyes.

Jurisprudencia.—La jurisprudencia habia sido hasta entonces una mezcla de derecho romano y canónico, de costumbres sajonas y germánicas; y de esto resultaba la falta de principios generales y la incertidumbre de las aplicaciones. Con objeto de remediar esto, se multiplicaban los edictos, que producian obstáculos y contradicciones. Federico hizo primero dar á luz un proyecto de código de procedimientos, sobre el cual tenian que informar los mejores jurisconsultos después de un año de práctica. Fué seguido por el proyecto del *Corpus juris Fridericiani*, fundado en el derecho romano. Ambos eran la obra del gran canciller Samuel Cocceyo, que introdujo el órden y la regularidad en los procedimientos, suprimió varios vergonzosos abusos, apresuró la decision de los negocios, y ordenó cada tres años una visita á los tribunales de justicia para castigar las prevaricaciones. Su muerte interrumpió la mision que habia emprendido; después Cramer y Suarez reformaron el código, segun el parecer de los más hábiles legistas; pero numerosos inconvenientes determinaron á abandonarle. La atrocidad de las penas se mitigaba en él, si bien era un nuevo modo de agravarlas el prohibir á los sentenciados la asistencia de un sacerdote y los socorros de la religion. Los abogados quedaron abolidos, y las partes obligadas á pleitear en persona. Se conservaba el procedimiento inquisitorial; pero Federico se reservaba el derecho de reformar las sentencias.

Esta reserva bastaria para revelar sus despóticas intenciones. Por lo demás, no entendia nada de legalidad ni de las minuciosidades jurídicas. Trataba á los jueces de burros, y los deponia; enviaba oficiales á examinar procesos estraños á sus conocimientos; y viendo las objeciones de los jurisconsultos, sus lentitudes, supuso una conjuracion organizada entre ellos, y les tomó odio. Preséntale una vez un molinero, llamado Arnold, una reclamacion contra una sentencia que creia injusta, y condena á los jueces á encierro. Pero cuando después del proceso que se les intruyó fueron declarados inocentes, no por eso dejó de creer que existia una conjuracion general, y mandó poner presos á otros magistrados hasta que se convenció del error en que habia incurrido.

Volviósele entonces á ocurrir la idea de un código aleman que Cramer se encargó de redactar con reglamentos de procedimientos espeditivos, y prometió recompensas á los que indicasen oportunas mejoras.

Cramer tendia á la unidad; pero reconoció que la abolicion súbita de las costumbres era una falta (9). Dispúsose, pues, el que se recogiesen, con objeto de hacer una eleccion entre las mejores, y dejar subsistir aquéllas como código provincial, por escepcion de la ley general, pero Federico no vió la obra acabada: el código no se puso en vigor hasta 1795; pero el artículo primero de la introduccion dió fuerza de ley á los estatutos locales; y sólo á falta suya debia recurrirse á la ley general. ¡Estraña contradiccion!

En resumen, no parece que los filósofos tengan que alabarse mucho de aquel adepto. Su política fué la de un déspota sin fe y sin remordimientos, que se apresuró á hacer olvidar su *Anti-Maquiavelo*. Creyó, como ellos, que el amor á la verdad consistia en descomponer, en negar y en no creer. Manifestó en su correspondencia particular un cínico desprecio á toda creencia; pero aplicaba el egoismo de aquella escuela á sus intereses de rey, y decia: «Si quisiese castigar una de mis provincias, se la daria á gobernar á un filósofo.» Aplaudia cuando le hacian concebir la idea de dar un mentís á Cristo restableciendo el reino de Jerusalen, pero no hacia nada; y cuando Voltaire le aconsejaba abrir en sus Estados un asilo á los filósofos de Francia: «Sí, contestaba, con tal que respeten lo que debe respetarse y observen decencia en sus escritos.» Es decir, que amaba la libertad mientras que no atacaba á sus derechos.

---

(9) Mirabeau se espresa de esta manera: «El Código de Federico es un análisis de las leyes romanas, apropiadas á las costumbres prusianas por un jurisconsulto que, creyendo ciencia la erudicion, como tantos otros, y las leyes positivas sabiduria, habia establecido en un gran libro *que no puede haber derecho natural sin proceder del derecho civil romano*. Resultó de esto un inesplicable conjunto de dificultades é incertidumbres, que obligó á Federico á dejarle olvidar.

CAPITULO VI

INTERIOR DE LA FRANCIA.—CÓRCEGA.—LUIS XV

El duque de Borbon, ministro de Luis XV, era tan odiado del pueblo como el rey, que concluyó por despedirle (1726); y le sustituyó con Andrés Hércules de Fleury, el único hombre honrado y de desinterés que existia en aquella depravada corte.

Cuando ascendió al ministerio, encontró la hacienda aniquilada, pereciendo el comercio, nulo el crédito, sin opinion el rey, y una inmensa corrupcion de costumbres; con el extranjero una peligrosa guerra, y en lo interior del reino, resucitadas las cuestiones del jansenismo. Dotado de una digna y mesurada urbanidad, costumbres puras, dueño de sus pasiones, religioso sin hipocresía, económico sin grandeza, administrando el reino como una familia, y economizando, como dice Saint-Simon, hasta los cabos de vela; prudente sin génio, enemigo de todo lujo, hasta del del talento, no puede compararse ni á Richelieu ni á Mazarino; pero, ascendido al ministerio después de una série de ministros dilapidadores, consumió en él una parte de su fortuna. Su ministerio puede compararse al letargo que un médico procura á un enfermo en peligro, con objeto de reparar sus fuerzas y ponerle en estado de sufrir un nuevo acceso del mal. Amaba el poder como el avaro ama el oro, sin buscar sus ventajas esteriores y sus goces. Supo obtener mucho con limitados recursos, conservó la paz por economia, disminuyendo el ejército. y sin embargo, aumentó la influencia francesa. Alejó de los destinos á los ladrones é intrigantes, aunque no supo evitar las prevenciones y los delatores; en fin, tenia algo de cortesano, pues ignoraba el reconocimiento.

Los grandes y los pequeños le obedecieron con menos dificultad que á Luis XIV, é inspiró á su discípulo el rey una idea absoluta del poder real, el arte de disimular y el deseo de la paz á cualquier precio. Para conservarla adulaba á los ingleses, y llegó hasta dejar perecer la marina, con objeto de no causarles recelos. Así era que se le declaraba árbitro para sentenciar en las cuestiones de los reyes. Apaciguó las turbulencias civiles de Ginebra y otros cantones suizos; allanó las dificultades que Clemente XII tenia para reconocer al rey de Nápoles; después, cuando la guerra de Polonia, adquirió para la Francia la Lorena, que le era necesaria después de la conquista de la Alsacia, y ponia á Paris á cubierto de una sorpresa.

Córcega.—La Francia adquirió tambien en aquel siglo la Córcega, que más tarde debia darle un señor. Los corsos no habian podido nunca acostumbrarse al yugo genovés, y varias veces invocando los mal observados pactos y reclamando contra la creciente opresion, se habian levantado armados contra la república. Nacion salvaje, y tan entregada á la ociosidad (1), que era preciso que la Italia y la Cerdeña le proporcionasen cultivadores, viviendo entre odios de familia, de ambicion,

(1) «Que no la inercia, sino los gravámenes insoportables apartaban á los corsos del trabajo, lo prueban aquellos que en Toscana y en los Estados de Roma dirigian prósperos establecimientos agrícolas, y en los que en las Indias, América y en otras partes se enriquecian por caminos diversos, entre los cuales Filippini cita á un Rotschild de su tiempo que ocupaba el *primer lugar de toda la cristiandad por su riqueza* como comerciante particular. De Córcega han salido ministros, legados *à latere*, cardenales, vireyes, almirantes, generales. En la cabaña ahumada del pobre encontrareis retratos de obispos y coroneles y oireis decir: este fué tio, primo, pariente nuestro. Un corso defendió á Brescia de Maximiliano; un corso salvó á Marsella en tiempo de Enrique IV; un corso con sus consejos hizo recobrar la corona al emperador de Marruecos; un corso renegado, Lázaro de Bastia, fué rey de Argel; una

de partido, fomentado por sus señores, proseguia obstinadamente las venganzas contra toda la parentela del agresor, las trasmitia por herencia, y pueblos enteros tomaban en ellas parte; las torres para los ricos, las asperezas de los montes para el vulgo, eran el refugio de asesinos á quienes la opinion absolvia de sus crímenes y daba un diploma de honor. Sin embargo, la vida pobre les acostumbraba á las privaciones; las discordias les hacian intrépidos y el afecto doméstico les daba amor á la patria.

El odio que hacia que los corsos se matasen unos á otros, era aun más encarnizado contra los genoveses considerados como enemigos comunes. Los genoveses por su parte los consideraban como colonos, sin ocuparse de instruirlos.

El gobernador de Bastia gozaba de un ilimitado poder: podia condenar á galeras ó á muerte sólo por su conviccion, sin forma de proceso, y suspender á su antojo una instruccion criminal. La aristocracia genovesa iba á la isla á desempeñar los empleos, sin conocer las leyes, con el deseo de ganar más que los miserables sueldos que les estaban designados. La recaudacion de las contribuciones era una continua ocasion de escándalos, como tambien la prohibicion de usar armas (2); de tal manera que todos los años estallaba una rebelion. Para evitarlas Génova, publicaba bandos draconianos, condenando á muerte á todo el que *procurase* que fuera ofendido cualquiera *agente* de la república ó cometiese un *acto próximo* á la ofensa; á los que enviaran ó recibieran cualquiera cosa de un rebelde ó le hablasen, aunque fueran sus padres ó sus hijos, ó no revelasen las maquinaciones y hasta las sospechas. No contenta con esto aquella república, perseguia tambien á los muertos y á sus descendientes.

Habiendo puesto en 1729 los insurrectos á su cabeza á Andrés Cecaldi, hidalgo de la isla, y á Luis Giafferi, intrépido patriota, espulsaron á los genoveses (1731). Estos, indignados de que un puñado de gente pobre se atreviese á pedir justicia á su *soberana natural*, recurrieron á Cárlos VI. El emperador envió contra los rebeldes á ocho mil soldados mandados por el general Wactendock, y seis mil cuatrocientos á las órdenes del príncipe de Wurtemberg, pero los corsos mataron á mil en un solo encuentro. Adoptando entonces Carlos un lenguaje conciliador, los comprometió á confiarse en la clemencia austriaca y á contar con la impunidad; pero apenas depusiéron las armas bajo la promesa de ventajosas condiciones, el Austria entregó algunos de sus jefes á los genoveses; publicó una nueva amnistia, y dió al gobierno una forma más estensa, pero enteramente ilusoria, pues carecia de garantias. Resueltos ya los corsos á conquistar su independencia, levantaron la cabeza, y proclamaron la república bajo la proteccion de la Inmaculada Virgen, eligiendo á Giafferi, general primado, en union de Jacinto Paoli, deponiendo sus odios ante el objeto comun de alcanzar la libertad y convirtiéndolos en emulacion heroica. Los genoveses tomaron á su servicio suizos y grisones, y hasta recurrieron al innoble recurso de perdonar á los malhechores, á los bandidos, para que empuñasen las armas contra la Córcega, pero no consiguieron sofocar el incendio.

El rey Teodoro.—Aquí se presenta un extraño accidente. Un noble westfaliano, Teodoro, baron de Neuhof (1736), que se habia dedicado á la carrera de las aventuras, se presentó en Córcega á buscar otras nuevas. Tenia cuarenta años, hermosa presencia y distinguidos modales. Después de haber entrado al servicio de los Estuardos cuando la tentativa del desembarco en Inglaterra, y haber secundado á Alberoni en sus intrigas, habia sido empleado por Law en su banco, donde vió acumularse los tesoros y después disiparse con una rapidez mágica. Encontrándose en Florencia en cualidad de residente por el emperador Carlos VI, entró en inteligencias con los corsos que habia conocido en Génova, cuando se encontraba preso en esta ciudad por deudas. Después de haber pedido en vano subsidios para la Córcega á diferentes cortes, obtuvo de la regencia de Tunez un barco, cuatro mil fusiles y mil zequíes, suma que, con los zapatos de cuero que llevó y sus brillantes promesas, determinaron á los corsos á confiarle la direccion de los negocios. Titulándose, pues, «Teodoro I, por la gracia de la Santísima Trinidad y por la eleccion de los muy gloriosos libertadores de la patria, rey de Córcega;» acuñó moneda (3), instituyó la órden de la Redencion, é hizo á Gé-

---

corsa robada por los piratas fué primera mujer del emperador de Marruecos; y si la pastorcilla de Pontenovo no hubiese rechazado la mano de Bernardotte, sargento de Córcega (donde Masena servia de cabo) una pobre corsa se habria sentado en un puesto más eminente que Carolina y Elisa, reina de Suecia; pero quedándose pastora no renegó de su culto por una corona, y vivió exenta de penas y mejor que una reina. El espíritu aventurero y el ardimiento calculador de los corsos es propio de todos los tiempos; ellos corren el mundo con la espada ó con la lanceta bendiciendo los matrimonios ajenos ó celebrándolos con ventajas personales. Cuando el tercer destierro de Paoli, sus compañeros, descontentos de Inglaterra, que habia acogido á los más ingratamente, pasaron á Irlanda, á Gibraltar, á Alemania, á Egipto, á la Martinica, á Ceilan. En esto Génova hizo un bien á los corsos, pues echándolos fuera del nido, ejercitó sus alas en más largo vuelo, é hizo que el mundo conociera mejor aquella angosta isla.» TOMMASEO.

(2) Los genoveses prohibieron en 1715 usar armas, declarando que se cometian todos los años más de mil asesinatos. Veinte y ocho mil se contaron en los treinta y dos años de la dominacion genovesa. En tiempo de Paoli apenas hubo tres al año. Bajo la dominacion de la moderna Francia todavia hay más de ciento, aunque desde algunos años van disminuyendo.

(3) Las monedas del rey Teodoro eran buscadas como

nova una atrevida guerra. Sin embargo, cuando disipó el poco dinero que le quedaba y se desvanecieron sus ilusiones, adoptó el partido de buscar socorros en el extranjero. Preso por deudas en Holanda, determinó con la promesa de ventajas comerciales, á una compañia de comerciantes judíos á pagar su rescate, y proporcionarle cinco millones, con los cuales armó una escuadrilla, volvió é indujo á los corsos á tomar de nuevo la resolucion de defenderse, manifestando á todas las naciones que la felicidad de su isla requeria el gobierno de un soberano, el cual, no poseyendo otros Estados, fijara en ella toda su atencion, abriendo los puertos á todas las naciones extranjeras con perfecta neutralidad y produciendo la abundancia en su reino. Viéndose los genoveses espuestos á perder aquella isla, trataron con la Francia, que temiendo que la Inglaterra ó la España se apoderasen de ella, se entendió con Viena, y mandó tropas para restablecer la paz. Entonces huyó el rey Teodoro, y fué á morir en la miseria en Lóndres (1755), donde su epitafio recuerda que la *fortuna le dió un reino, y le negó un pedazo de pan.*

Después de haberse resistido mucho tiempo los corsos, se vieron precisados á someterse; pero cuando se llamó á los soldados franceses para pelear en la guerra de sucesion austriaca, Giafferi y Matra hicieron que la isla se rebelase de nuevo. Sostenido el conde de Rivarola por la Inglaterra, espulsó á los genoveses; y la independencia se hubiera asegurado si los corsos hubiesen sabido reprimir sus odios y celos. Giafferi, que habia quedado solo investido con el mando, consiguió establecer el órden; ocupábase en organizar el gobierno, en civilizar el pais, cuando fué asesinado (1753), y todo se trastornó de nuevo.

Paoli.—Entonces Jacinto Paoli, que refugiado en Napoles, educaba á su hijo Pascual con ejemplos de virtud, sencillamente generosa y sagazmente altiva, le envió á combatir por su patria (4). Pascual marchó á Córcega (1755), y habiendo sido aclamado jefe, mereció la confianza de los corsos; y probando con sus palabras y con su ejemplo que «con la libertad todo se puede sufrir y para todo se puede encontrar remedio,» condujo felizmente la guerra mientras restauraba el pais; supo establecer el órden en una nacion, cuya historia es una série de revueltas, y demostró que su pais era capaz, no sólo de vengarse, sino de ser generoso (5). Matra, ofendido de verse pospuesto al jóven Paoli, escitó una guerra civil, pero murió en ella. El estandarte de San Jorge no ondeaba sino en las fortalezas de Bastia, de San Florencio, de Calvi, de Algagliola y de Ajaccio; barcos corsos inquietaban tambien el comercio de los genoveses. La república no vió entonces otro partido que adoptar que ceder sus derechos á la Francia (1768), lo que verificó en el tratado de Compiègne, con el pretexto de empeñarle la isla como prenda de sumas que le debia; pero en realidad por cuarenta millones de libras tornesas como precio de la cesion, con garantia de la posesion de la isla de Capraya y sus Estados de tierra firme. Aquella innoble venta irritó á los corsos, que animados por Paoli, resolvieron mostrar que eran hombres, y no rebaños, con que sus amos pudiesen traficar á su antojo. Uniendo la fe al valor y el fervor religioso al amor patrio, los clérigos y los frailes animaban á la defensa del pais, entonando sobre el campo de batalla el himno de la esperanza, y sirviendo de escritores, de embajadores, de pagadores (6). Roma

---

un objeto curioso, hasta el grado de pagar por monedas de cinco sueldos cuatro zequíes. Decian:—THEODORUS REX. —REGO PRO BONO PÚBLICO.

(4) Pascual escribiendo á su padre le llamaba siempre *Señor mio.* Ya hacia algunos años que era jefe de la isla, cuando le envió á pedir algun cubierto de plata, y Jacinto le respondió que Soliman, el gran turco, los hacia y los usaba de palo. En una cuenta del zapatero, Paoli escribió que debia rebajarse el valor del becerro, porque era suyo; y sin embargo se negó á recibir de Francia una pension de 50,000 francos, y murió pobre mientras nadaban en oro los compatriotas suyos que se habian declarado por Napoleon.

(5) Boswell, que refiere con estension la insurreccion corsa, habla tambien de la invitacion dirigida á Rousseau por Paoli, y de la que hablaremos en otra parte. Ya el filósofo de Ginebra habia dicho en el *Contrato social*: «Hay en Europa un pueblo capaz de legislacion, éste es el pueblo corso. El valor y constancia con que supo recobrar y defender su libertad, mereceria que algun sábio le enseñase á conservarla bien.» La gloria de ser él mismo aquel *sábio* lisonjeó por un momento al escritor ginebrino, pero pronto alegó sus desgracias, las persecuciones de que era objeto y otras mil dificultades. «Pero, nota Boswell, que Paoli tenia demasiado buen sentido para someter la legislacion de su patria á un extranjero que enteramente ignoraba sus costumbres ó inclinaciones. Sé que este general respeta mucho más las costumbres establecidas que el mejor sistema ideal. Por otra parte no hubiera sido posible hacerle aceptar de repente á los corsos; y era preciso prepararlos poco á poco, y apoyando una ley en otra, formar un edificio completo de jurisprudencia. Paoli tenia intencion de conceder á Rousseau un generoso asilo, aprovecharse de su gran talento, y sobre todo emplear su pluma en describir las heroicas hazañas de los valientes insulares.»

(6) Pommereuil refiere que Maillebois, general de los franceses, para asegurar la victoria *hizo ahorcar gran número de clérigos y frailes*, dos mendicantes con sus hábitos y un cura-párroco entre dos aldeanos. Refiérese tambien el hecho de un fraile, que cuando los corsos iban á rendir las armas ante Maillebois, viendo injuriadas torpemente su nacion y su persona por un coronel francés, uno de aquellos que gustan de hollar la autoridad sagrada para ser pisoteados por la profana, tomó un arcabuz y le tendió en tierra muerto. Conducido inmediatamente á morir ahorcado de un árbol inmediato entonó el *Te Deum* y lo continuó hasta que perdió la voz. Después de otros ahorcamientos, no tan motivados como éste, la república, para desengañar á los capuchinos de sus doctrinas *estravagantes y temerarias*, envió á Córcega cuatro, no italianos sino franceses. Habria debido enviarlos antes de ahorcar á nadie.

les sostenia, y enviaba, en vez de los obispos desertores, un visitador apostólico cuya cabeza fué puesta á precio por Génova (7). Los domingos en la misa se hacia conmemoracion de los que habian muerto por la patria; los ancianos y las mujeres escitaban á los jóvenes á mostrar valor: una pidiendo entrar á ver al general decia: *dejadme pasar; he perdido tres hijos:* otra le dijo: *un hijo mio ha muerto en la guerra, pero me queda otro, y he andado sesenta millas para venir á ofrecerle por la patria.*

La primera campaña costó á la Francia varios millares de soldados y treinta millones; pues el heroismo y la disciplina combatieron contra la desesperacion y el conocimiento perfecto del terreno. El duque de Choiseul, ministro entonces, obstinándose en vencer, redobló sus esfuerzos, y los isleños después de la derrota de Pontenuovo, habiéndose multiplicado las traiciones y los sobornos, desesperados de obtener el cumplimiento de las promesas que les habia hecho la Gran Bretaña, se sometieron. Paoli, verdadero héroe, que habia fundado un gobierno, reconciliado los ánimos, dado á los libres abnegacion, actividad á los inertes, fuerza á un dominio nuevo, importancia europea á un islote, prudencia á sus pasiones y á las ajenas; que habia sabido convertir las facciones en nacion, mandar con respeto, amar á la patria con severidad, trocar en marca de infamia la venganza que antes se habia mirado como un honor, buscó asilo en Inglaterra, donde fué honrado, festejado, escribiendo á todas las potencias y recibiendo de ellas los consuelos y promesas de que suelen ser pródigas con los emigrados, mientras tienen esperanzas de utilizarlos. Los corsos que no quisieron sufrir el yugo se convirtieron en salteadores, que por espacio de veinte años hicieron insegura y peligrosa la residencia en aquella posesion. Con diez mil vidas y con 80 millones adquirió Francia una isla de ningun producto, pero de grandísima importancia para la seguridad de las costas de la Provenza y de su comercio en el Mediterráneo; y al principio no pudo conservarla sino con los rigores militares, castigando á todo el que encontraba con armas y á todo el que recordaba lo pasado.

Interior de Francia.—La Francia se encontraba en lo interior presa de los sufrimientos y agitaciones. Bajo el ministerio del duque de Borbon se habian dado varias ordenanzas, buenas ó malas. Prohibióse mendigar, pero sin que se atendiese á la existencia de los indigentes. El robo doméstico, por pequeño que fuese, se castigaba con la pena de muerte, lo que produjo la impunidad, porque nadie denunciaba. En 1724 el ministro de justicia de Armenonville promulgó el *Código Negro*, especie de legalidad aplicada á la manera de tratar á los negros en las colonias. El que Luis XIV habia dado, conservaba la atrocidad romana, y el esclavo era una cosa, como en las XII Tablas: la indulgencia cristiana se dejaba conocer en el nuevo; pero la avaricia halló en él pretextos para eludir las restricciones y estender las facultades de los amos.

Dos medidas rentísticas se añadieron á la série de las que escitaban el odio sin inspirar temor. Consistia la primera en cobrar por espacio de doce años el dos por ciento sobre el producto de todas las tierras, y la otra obligaba á todo el que poseia una concesion real á obtener la confirmacion del nuevo rey, á costa de dinero; lo que se llamaba *alegre advenimiento*. De esta manera se procuraron cuarenta y ocho millones, de los que apenas entraron la mitad en el tesoro.

Luis XIV habia promulgado cincuenta y una leyes contra los protestantes, antes de revocar el edicto de Nantes. Cuando murió, muchos de ellos volvieron y pidieron volver á sus asambleas; pero ciertos magistrados se armaban en contra de su antigua intolerancia, y pretendian arrebatarles sus hijos para educarlos en la religion católica. Un edicto renovó los rigores de que eran objeto; prohibiéronse todos los cultos menos el católico, bajo pena de galeras los hombres, encierro perpétuo las mujeres, y confiscacion todos. Muchos de ellos emigraron, sobre todo á Suiza; y como se conoció con semejantes resultados la inoportunidad de la ley, se dejó caer en olvido, pero atrajo sobre el molinismo de la corte y sobre el jansenismo de los parlamentos, primero el odio, después el desprecio. Más tarde se quiso volver á poner en vigor, cuando la incredulidad sin freno de la corte la hacia menos escusable; y dos hechos llamaron la atencion. Un tal Juan Fabre encontró medios de permanecer siete años en galeras en lugar de su padre, condenado á sufrir aquella pena por haber asistido á las predicaciones. Acusado Juan Calas de haber muerto á su hijo (1762) porque tenia inclinacion al catolicismo, fué condenado á muerte, por pruebas absurdas, por el parlamento de Tolosa. Voltaire se hizo el intérprete de la indignacion pública, y se revocó la sentencia... tres años después de haber sido ejecutada.

Luis XV.—Luis XV era uno de los hombres más hermosos de su reino. Tenia el genio vivo, un juicio recto, pero era débil y temeroso, tanto por su enfermiza infancia como por su educacion en medio del ceremonial de la corte (8). Habiendo sido poco cultivada su inteligencia, se encontraba

(7) Botta desaprueba al papa por haberlo enviado sin permiso de Génova.

(8) Madama Campan dice en sus memorias: «Era muy diestro en hacer ciertas pequeñeces, sobre las cuales no se fija la atencion sino á falta de otra cosa mejor. Por ejemplo, hacia saltar muy bien la parte superior del cascaron de un huevo, con un solo golpe de su tenedor; así es *que los comia siempre*, y los tontos que asistian el domingo se volvian á sus casas, menos encantados de la hermosa figura del rey que de la destreza con que partia los huevos.» ¡Tan admiradores eran del fausto los franceses en vísperas de la Revolucion!

á disgusto con las personas instruidas, en una época en que la instruccion se habia hecho general; así es que preferia estar rodeado de jóvenes. Ahora bien; la juventud se encontraba pervertida por los ejemplos de la regencia, y todo lo que el cardenal Fleury pudo obtener, fué el que dejasen de ostentar la licencia. Aficionado locamente desde sus primeros años á la caza, pasaba el rey todo el dia en ella, y la terminaba con cenas de una desastrosa profusion.

Diósele por mujer á Maria Lesczinska (1725), hija del destronado rey de Polonia, que se consolaba en la desgracia con la filosofía que enseña á desafiarla, y con la religion que hace hasta bendecirla. Maria, que habia crecido en medio de las virtudes domésticas, era un ángel de bondad; pero no inspiró nunca amor á su marido. Aunque por su condescendencia, su dulzura, su virtud y su fecundidad, que le daba un hijo cada año, conservó la estimacion y las consideraciones de su marido, expió con veinte y dos años de penas el honor de llevar la corona (9). En los primeros tiempos de su union, Luis no hacia caso de otras mujeres; y cuando se hacia delante de él el elogio de alguna belleza, preguntaba: *¿Es más hermosa que la reina?* Obstinábanse, sin embargo, los cortesanos en darle una querida con la esperanza de llegar á ser los dueños por el vicio como lo era Fleury por la virtud; y pusieron por obra las más diestras seducciones para separarle de sus deberes conyugales. Una vez que gustó la copa, se embriagó con ella. Sus sucesivas y casi contemporáneas relaciones con cuatro hermanas de la casa de Nesle escandalizaron á un mundo corrompido, é hicieron despreciar á aquel á quien ya se habia dejado de estimar.

La influencia de las mujeres destruyó la del cardenal de Fleury, que no pudo evitar que el rey se aliase con Maria Teresa de Austria. Cuando murió aquel prelado, no quiso nombrar otro ministro; todo lo disponia la duquesa de Chateauroux, que entonces era su querida. Sin embargo, supo ésta inspirarle una vergüenza varonil, y le indujo á ponerse al frente del ejército de Flandes. Pero tanto como se regocijó el pueblo de encontrar un rey guerrero, otro tanto se escandalizó al ver presentarse en el campo en su seguimiento á aquella omnipotente querida, que se jactaba de hacer de él lo que Isabel de san Luis. En este estado de cosas, cae de repente el rey enfermo: los sacerdotes le reprenden aquel doble adulterio, le hacen presente que deplorable seria que el nieto de san Luis muriese en los brazos de una cortesana, y de esta manera consiguen despida á la duquesa y recibir á la reina, que voló á la cabecera de la cama de su arrepentido esposo. Luis curó; y el pueblo que le creyó enmendado de sus errores, le apellidó el *Muy amado*.

La Pompadour.—Pero pronto volvió á sumergirse en su antiguo fango. La duquesa, que le habia perdonado solamente su despido con la condicion de que castigaria á aquellos de quienes tenia ella quejas, no tardó en morir; y pronto fué reemplazada por la marquesa de Pompadour, hija de un carcinero, mujer de las más amables y de las más corrompidas, cuyo imperio sobrevivió al amor. Sin ser capaz de fuertes y poderosas combinaciones, su arte era de todos momentos. Distraia á Luis de sus dos males más graves, el fastidio y los negocios; queria saberlo todo, para tener que contar, de que reir, y poder rebajar ó realzar á los autores, á los magistrados y á los diplomáticos. Aficionada á las artes y á todo lo que podia agradar ó distraer al rey, y ennoblecer á la Francia, conoció que le era preciso rodearse de personas de mérito, y que le fuesen afectas. Reunió una selecta biblioteca, hizo establecer la fábrica de alfombras de la Savonnerie, aumentar la Galeria del Louvre, y que la entrada fuese pública, comprar á Picot el secreto de trasladar la pintura de un lienzo á otro, embellecer á Versalles con arreglo al gusto á que se dió su nombre; y ella misma sirvió de modelo más de una vez á los artistas que adornaban la mansion real con cuadros y estatuas. Firme en sus resoluciones, dotada de un exacto golpe de vista, se mezclaba tanto en la política esterior como en la interior, y dirigió á los ministros y generales en los veinte años que reinó. Disponia del tesoro, mediante simples billetes pagaderos con sólo la firma del rey, sin tener que dar cuenta de su inversion (10). Se sirvió de ellos para favorecer el naciente mérito, sostener á las personas medianas, orgullosas con una proteccion que los hombres de genio desdeñaban, socorrer á los pobres y á los huérfanos aparentando filosofía y filantropia. Cuando el parto de la delfina, sugirió al rey la idea de dotar seiscientas doncellas en lugar de gastar el dinero en fiestas. Ella misma dotaba á muchas sobre sus propiedades, y los cortesanos hacian otro tanto por imitacion.

Durante aquel tiempo, aquella favorita cortesana dirigia á su antojo un gobierno cuya debilidad é incapacidad se dejaba conocer cada vez más. Hemos visto á la emperatriz Maria Teresa escribirle familiarmente en una urgente necesidad: así es, que lisonjeada con aquel paso, no menos que herida por los epígramas de Federico II, hizo madama de Pompadour verificar por el tratado de Versalles una absurda alianza, detestada por la nacion. Para firmar aquel tratado, hizo nombrar al

(9) El abate Proyart ha coleccionado varios dichos felices de Maria Lesczinska: *Tener vanidad de su clase es dar á conocer que se es inferior á ella.—La misericordia de los reyes es hacer justicia, y la justicia de las reinas es ejercer la misericordia.—Los cortesanos nos gritan:* Dadnos sin contar; *y el pueblo:* Contad lo que damos.

(10) En tiempo de Luis XIV, las *cartas de pago al contado* ascendieron á 10.000,000 al año; en el de Luis XV ascendieron en un solo año á 180.000,000.

abate Bernis, ministro de Negocios extranjeros; pero como él trataba de separarla, aunque hechura suya, de una guerra contraria á los intereses de la Francia, fué sustituido por el duque de Choiseul, y puso á Fouquet en el ministerio de la Guerra. Con su ayuda consiguió estrechar la alianza con la emperatriz, con gran detrimento del reino; pues la Francia perdió de esta manera, después de inmensos sacrificios, el Canadá, el cabo Breton y la Luisiana, al Este del Mississipí, y le fué preciso ceder á la España el resto de aquella comarca, con la Nueva-Orleans, como indemnizacion de la pérdida de La Florida.

Cuando conoció la marquesa que se desvanecia el prestigio de sus encantos, se arregló de manera de procurar al rey, á quien amaba por su poder y no por su persona, amores pasajeros, teniendo cuidado de dirigir ella misma su lubricidad. El parque de los Ciervos era uno de los sitios que contenia varias elegantes habitaciones, pobladas de jóvenes destinadas á los placeres del amo. Para llenarle, se introdujo la afliccion en las más virtuosas familias; durante años enteros se prepararon seducciones á la inocencia y á la fidelidad; hasta se educaron niñas, para ser entregadas en la flor de la edad á la impudicia. Algunas tuvieron la desgracia de enamorarse de aquel libertino sin entrañas. Todas salian de aquel serrallo enriquecidas, pero depravadas; y á veces se las casaba fecundado ya su seno. No era tampoco raro que una querida del rey pasase de su lecho á un lugar de prostitucion, que uno de sus hijos figurase en los tablados de los saltimbanquis, ó que pereciese en un hospital.

Aquel harem de un rey cristianísimo, que fué escandaloso aun después de las orgias del regente, costó cien millones á la Francia. No pudiendo los cortesanos rivalizar con él, se entregaban desenfrenadamente á los escesos del vicio y á un juego frenético. La mala disposicion de una fiesta dada por madama de Pompadour; el poco miramiento del rey, que hacia comer consigo á su querida y al hermano de ésta; la crónica lúbrica de las nuevas víctimas reales, tales eran los graves intereses de que se ocupaba la corte.

Luis XV pensaba que se le perdonarian sus desórdenes, porque sostenia la religion católica, y se creyó precisado á unirse al Austria, con la esperanza de destruir el protestantismo con la monarquia prusiana. Creia, con su abuelo, que los reyes eran una cosa superior, aun á los ojos de Dios. Habiendo amenazado una vez á Choiseul con el infierno, como el duque le contestase que lo mismo le pasaria á él: «Yo, replicó, soy otra cosa, soy el ungido del Señor.» Gastado á los treinta años, los placeres no eran para él más que un medio de evitar el fastidio y la saciedad. Incapaz de manejar un poder legítimo, le parecia necesaria una autoridad absoluta, y aparentaba las formas cuando le faltaba la firme voluntad. A veces pasó sin ministros, y siempre sostuvo una correspondencia secreta con sus embajadores en las cortes extranjeras, á las que hasta enviaba agentes particulares y espias. Unos y otros debian hacerle relaciones redactadas con más franqueza que la que por lo comun se usa en la correspondencia oficial. A esta innoble manera de inquirir la verdad, unia la debilidad de no saber aprovecharse de ella, y dejaba á su consejo adoptar medidas que el conocimiento de los hechos les hubiera hecho desechar.

Alentábase la incredulidad en medio de los desórdenes interiores, y se adornaba con el nombre de libre exámen. Podian ya conocerse sus sugestiones en algunos actos del gobierno. Al mismo tiempo que los filósofos proclamaban que todos los ciudadanos deben contribuir igualmente á las cargas públicas, las deudas del Estado inclinaban á abolir los conventos para apropiarse sus bienes. El recaudador general Machault prohibió establecer ningun colegio, seminario, casa religiosa ú hospital sin licencia del rey, y decretó que las manos muertas no pudiesen adquirir, recibir ó poseer sin una concesion legal. El clero no se atrevió á oponerse á ello; pero obró de otra manera con respecto á la pretension que suscitó de obtener un estado general de sus bienes, con objeto de sustituir al *don gratuito* un impuesto regular.

Los ánimos estaban muy irritados por la bula *Unigenitus*, que excluia del santo ministerio á personas piadosas y consideradas, y dejaba morir á otras sin sacramentos. En 1730 se prohibió por los tribunales bajo pena de rebelion, entregarse á ninguna discusion sobre la gracia y los límites de la autoridad eclesiástica. Pero si los jansenistas no componian ya *provinciales*, exhalaban su bilis en malas canciones, y ostentaban milagros con gran provecho de la irreligion. Además sus enemigos no cesaban de denunciarlos como perturbadores y rebeldes á la autoridad. El arzobispo de París Cristóbal de Beaumont, prelado virtuoso y caritativo, pero muy obstinado consideró como un sacrilegio administrar el Viático á los moribundos sospechosos de jansenismo; mandó, pues, que no se concediese sino á los que presentasen una cédula de confesion dada por el cura de su parroquia. Suscitóse con este motivo gran rumor, el parlamento declaró que se habia hecho culpable de abuso; que la bula *Unigenitus* no era de fe, y prohibió negar la comunion sin más causa que la falta del certificado del cura.

De esta manera comenzó entre el clero y el parlamento una encarnizada guerra, ridícula en sus accidentes, pero terrible en sus consecuencias; «veíase todos los dias al verdugo quemar pastorales de obispos que discutian la jurisdiccion del parlamento; agentes de policia obligando al clero á dar la comunion á los enfermos, con bayoneta armada.» (11) Los escritos y discursos multiplicaban las profanaciones, desacreditando á ambos partidos y favoreciendo á la incredulidad. Tan adelante fueron

(11) VOLTAIRE.

las cosas, que el parlamento secuestró los bienes del arzobispo, y propuso convocar á los pares para juzgarle.

Ley del silencio.—El consejo del rey anuló este decreto, como tambien el primero; el parlamento, que no deseaba otra cosa que aprovechar la ocasion para ostentar autoridad, se excedió de sus atribuciones; en su consecuencia el rey le desterró. Fué vuelto á convocar cuando el nacimiento del delfín, y se mandó guardasen un silencio absoluto, tanto el parlamento como el clero (1754). ¿Pero era esto posible? Llamado Benedicto XIV á dar su opinion, contestó con la encíclica *Ex omnibus christiani orbis* (1756), en la que declaró que la bula *Unigenitus* era de fe, y que no se podia contravenir á ella sin peligro de la salvacion; permitia, sin embargo, administrar los sacramentos á enfermos disidentes, con tal que no se hubiesen opuesto públicamente á la bula. El parlamento desechó aquella encíclica como abusiva, pero el rey mandó se registrase.

Estraña la sociedad de San Sulpicio á aquellas cuestiones teológicas, queria mantenerse en los límites de las funciones necesarias al éxito de su vocacion; abstenerse de pelear, pero no de edificar; preparar ministros á la Iglesia en los diferentes grados de su escala; acostumbrar á los estudios sérios y á emplear bien el tiempo. Muy dóciles, con respecto á sus pastores, aunque no estuviesen obligados á ello, los de San Sulpicio supieron mantenerse en las diócesis de los obispos disidentes: exentos de ambicion, formaban, con ayuda de sus dotaciones, distinguidos discípulos. Languet, cura de San Sulpicio, distribuia un millon en limosnas al año, y sus muebles se componian de un jergon y dos sillas de paja.

Pero en aquella declarada guerra del parlamento, de los jansenistas, de los literatos, el verdadero vencido era siempre la corte. Ya hemos visto al parlamento volver á adquirir vigor durante la regencia. Cuando después fueron necesarias nuevas contribuciones para la guerra de Polonia (1732), se negó á registrarlas. Fué, pues, preciso que el rey desde lo alto de su trono mandase la inmediata ejecucion de sus edictos, declarando al parlamento que podia hacer manifestaciones; pero que debia obedecer después de haber oido la voluntad soberana, y no interrumpir el curso de la justicia por cualquiera razon que fuese.

Habiendo tenido Luis XV otra vez necesidad de dinero para la guerra contra Inglaterra (1755), el parlamento se negó á registrar los edictos bursátiles. Tuvo, pues, el rey que recurrir á un tribunal de justicia, el cual declaró en diferentes ordenanzas que las cámaras del parlamento no podian reunirse sin permiso de la gran cámara; que el derecho de denuncia no pertenecia más que al procurador general; que era preciso tener diez años de servicio para tener voto deliberativo; en fin, que nunca podia interrumpirse el curso de la justicia. Aquellas ordenanzas parecieron tiránicas. Los librepensadores, que comenzaban entonces á estar de moda, hicieron suya la causa del parlamento, y todos los órdenes del Estado fueron trastornados, en atencion á que cada uno de ellos aspiraba á la independencia. No hay secta que ponga el puñal en manos de sus afiliados; pero cuando se ha declamado contra el poder señalado como malo, funesto y tiránico, siempre hay uno, lógico absoluto, que se dirige rectamente á las consecuencias. En el momento en que por todas partes se clamaba contra el tirano, un tal Roberto Francisco Damiens pensó en libertar de él á la tierra (1757). Apenas sufrió Luis un arañazo, y tanto el pueblo como la clase media, y hasta las damas, hicieron gala de asistir á su suplicio, que fué de los más atroces (12). Esto fué lo bastante para que el rey recobrase el amor de la nacion que, eminentemente monárquica, estaba acostumbrada á considerar las alegrias y penas de la corte como penas suyas. El parlamento se reconcilió con el rey, que revocó los edictos más odiosos, desterró al arzobispo y perdió la voluntad de los jesuitas.

Las guerras ocasionadas por una política de tocador y las dispendiosas ignominias de la corte arruinaban la hacienda; fué, pues, preciso, establecer nuevos impuestos, y hacerlos aceptar por los parlamentos de provincia. Enviáronse para ello á personas de confianza para hacer entender diestramente que eran necesarios; pero al mismo tiempo para disolver los parlamentos en caso de negativa, segun los términos de las cartas reales que se les habian entregado: esto fué bastante para esparcir el terror. Pareció que todos los privilegios se habian destruido de un solo golpe: presentábanse manifestaciones sobre la miseria del pais; pero no se les prestaba atencion, y continuaban entregándose á medidas á menudo arbitrarias y de mala fe, siempre insuficientes. Los ingenios que Law habia despertado, estudiaban la naturaleza de las riquezas, y establecian teorias que se dirigian á suprimir la guerra, la pobreza, la opresion. Las principales fueron las del doctor Quesnay y del intendente Vicente de Gournay, de los cuales el uno preconizaba la agricultura y el otro la industria, como única fuente de riquezas. Encontrando Quesnay injusto el sistema fiscal que molesta cien veces al propietario y al cultivador, pone trabas á la circulacion y esportacion de granos, proclamaba la necesidad de un impuesto único sobre el producto neto de los bienes-raíces. Gournay, adelantando más en el espíritu del análisis, demostraba que los diversos géneros

(12) «A las cuatro y tres cuartos de la tarde, el 28 de marzo, comenzó su suplicio en la plaza de Grève. Se le quemó la mano derecha armada con el cuchillo parricida, con un fuego de azufre; después se le atenacearon los brazos, las piernas, los muslos, los pechos, y en las úlceras se vertió plomo derretido, aceite hirviendo, resina, cera y azufre ardiendo; en fin, se le descuartizó. Permaneció vivo todo este tiempo, que fueron tres cuartos de hora, con intrépida firmeza.» etc. *Relacion de la época.*

de industria se daban la mano, y sólo pedia que el gobierno no les opusiese obstáculos, sin cesar de repetir: *Dejad hacer, dejad pasar* (13). Aquellos dos sistemas tenian por objeto obtener la libertad, pues ambos querian que el rey buscase su fuerza en su union con el pueblo; que considerase los propietarios como la nacion, y la prosperidad nacional, igual á la de los pueblos comarcanos, en una especie de fraternidad industrial.

Pero el rey entendia poco de aquellas doctrinas, y las aplicaba todavia peor. Para secundar las ideas de los fisiócratas y reponer la muerta marina, se permitió esportar granos desde ciertos puertos determinados, en buques franceses, sin que semejante comercio denigrase á los hidalgos que le emprendiesen. Pero mezclóse á ello el fraude, y barcos extranjeros agotaron pronto los almacenes. Fué, pues, preciso suspender la ejecucion de aquella medida, que quedó desacreditada por su mala aplicacion.

Blanco el delfin de las burlas de la corte por la regularidad de sus costumbres, era el objeto de las esperanzas del pueblo; pero murió á los treinta y seis años (1765), y fué seguido al sepulcro por su mujer y su madre, después por madama de Pompadour que, conservando el poder hasta el fin, recurrió, en su lecho de muerte, al arrebol y á la firmeza para ocultar el mal que la consumia. Los literatos la sintieron; Luis XV la olvidó; el pueblo la maldijo y esperó.

La du Barry.—El duque de Choiseul heredó su omnipotencia, y una jóven de baja clase, de una prostitucion precoz, le sucedió en el título de querida, gracias al refinamiento de una innoble lubricidad, con la cual consiguió despertar las gastadas pasiones de Luis XV, sexagenario entonces. La señorita Lange, como se la llamaba, encontró pronto un conde du Barry, que le dió su mano y título, lo que le procuró su admision en la corte. Sostuvo su predominio, no escitando el respeto y el interés, sino entregándose á bajas familiaridades, sin recurrir al pudor para embellecer el deleite, y desconociendo la simple educacion. En vano los libelos y canciones, con los que se acostumbraba á templar el absolutismo monárquico, recordaban al rey sus cien predecesores: aquella alma enervada, que no tuvo nunca otro valor que el del escándalo, quiso que la du Barry fuese presentada en la corte: de ella dependió el ministerio, el equilibrio de la Europa, la suerte de las colonias americanas. La verdad histórica nos precisa á describir aquella política innoble y aquellas repugnantes costumbres; y ¿quién puede admirarse de que la revolucion progresase en aquella monarquia de una moralidad odiosa, de dilapidaciones sin fin, y de abyectas especulaciones sobre las miserias públicas, que se habia hecho despreciable, y era temible por su policia secreta y sus golpes de Estado?

Choiseul, ministro brillante, que aspiraba á útiles reformas y vigilaba el engrandecimiento de las potencias europeas, no podia resolverse á doblegar su frente ante la nueva favorita; y, fuese por dignidad ó por despecho de no haber podido sustituirle su propia hermana, no ocultaba el desprecio que le inspiraba; tal vez incitó bajo de cuerda al parlamento á la nueva guerra que declaró entonces al rey; con respecto á esto, se dice que la du Barry hizo colocar en su habitacion de tocador un cuadro de Van-Dyck, que representaba á Carlos I huyendo de sus perseguidores; y cuando el rey entró: *La Francia*, le dijo (este era el nombre que le daba, como á un criado), *mírate en este cuadro. Si dejas obrar al parlamento te hará cortar la cabeza, como el de Inglaterra á Carlos I.* Fué, pues, desterrado Choiseul, y aunque el pueblo no le amaba, le bastó su desgracia para que con profusion se le manifestase interés y hasta idolatria. Su retrato se veia en todas partes; á porfia se solicitaba ir á Chanteloup, adonde se habia retirado, para desinfeccionarse á su lado, decian, del aire de Versalles. Ofrecia, cosa rara, el espectáculo de la desgracia adulada al igual del favor.

Fue reemplazado por el duque de Aiguillon, nieto de Richelieu, que, feliz rival del rey en los tan prodigados favores de la du Barry, habia sido el instrumento de aquella cortesana para derribar á Choiseul. El parlamento aspiraba á hacerse considerar como sucesor de los Estados Generales; queria que todos los tribunales supremos del reino formasen un solo cuerpo repartido en diversas clases, establecidas en diferentes puntos; y como de ello resultaba una union general contra la monarquia, pidió la disminucion de los impuestos. Luis XV declaró en su tribunal de justicia que los parlamentos no eran más que tribunales y órganos de la voluntad real; que tesis contrarias á la religion, á las costumbres, á la soberania habian sido sostenidas por ellos, y que en su consecuencia les prohibia servirse de las palabras *unidad, indivisibilidad, clases*. El parlamento persistió y cesó sus funciones jurídicas, lo cual, introduciendo el desórden en todos los negocios, precisó al rey á devolverle sus facultades.

Entonces Aiguillon, en union del abate Terray, recaudador general, pensó en domeñar la resistencia de los magistrados. Repitióse por todas partes que el parlamento sacrificaba sus deberes á cuestiones particulares; después, en la noche del 19 de enero de 1771, dos mosqueteros se presentaron á la puerta de cada uno de los miembros del parlamento, exhibiendo la órden que el rey les enviaba de volver á emprender sus trabajos y firmar al momento su aceptacion ó negativa. Sorprendidos antes de haber podido ponerse de acuerdo, la mayor parte se atrincheraron en la negativa; confiscáronse, pues, sus empleos, y se les condenó á destierro. Treinta y ocho que al principio se habian adheri-

(13) Véase el capítulo IX.

do, se retrajeron al dia siguiente. Suplióse el vacío que resultó con un parlamento compuesto de consejeros de Estado y relatores; pero ningun abogado se presentó á pleitear

Parlamento Maupeou.—En su consecuencia, convocóse el 13 de abril un tribunal de justicia, en el que fué disuelto el parlamento, el tribunal de cuentas, y reemplazado por el gran consejo; suprimióse la venalidad de los empleos y las especies; es decir, que la administracion de la justicia debia ser gratuita, ó más bien, que las partes continuarian pagando, pero no á los jueces. Los demás parlamentos del reino fueron tambien suprimidos, amalgamados ó modificados del mismo modo. Este golpe de Estado contra el cual protestaron todos los príncipes de la sangre, era obra del canciller Renato Maupeou. Se comprendia que el antiguo parlamento, dispuesto siempre á conceder víctimas á un gobierno á cuyas buenas medidas ponia trabas, habia merecido sucumbir; ¿pero era posible fiarse de aquella partida de rentistas y mujeres perdidas que le habian derribado? *La plaza de recaudador general está vacante*, decia al abate Terray Maupeou, á quien la du Barry habia nombrado jefe de justicia: *es una hermosa plaza en la que se gana muy buen dinero*; *quiero que te la den*. Sostuvo su palabra: y el abate Terray puso por obra en sus funciones medios á la vez inhábiles y despóticos. Muchas personas se libertaron por el suicidio de las vejaciones rentísticas, otros se entregaron al contrabando, que se hacia lucrativo con el trabajo; y de esta manera era cómo se administraban las rentas: con respecto á la judicatura, tal era la fuerza de la costumbre, que se consideraba como una cosa innoble distribuir la justicia á espensas del rey. No se podia concebir que magistrados con emolumentos pudiesen ser hombres íntegros; y se les negaba todo crédito porque no se les veia rodeados de grandes fortunas, como se estaba acostumbrado á ello. Sin embargo, si no se hace caso del modo despótico, Maupeou tenia razon de alabarse de ser el autor, pues hizo callar las facciones y entrar en el parlamento á magistrados de mucho prestigio.

El nuevo cuerpo judicial registró los edictos pecuniarios propuestos por el abate Terray, que imaginó varios expedientes para restablecer la hacienda, y consiguió con la reduccion de las rentas disminuir anualmente en trece millones los intereses de la deuda pública, que aun ascendian á sesenta y tres; el déficit anual era de 25.000,000, al paso que llegaba á 120 y 130 cuando el rey habia ascendido al trono.

Luis XV veia el espíritu de la nacion caminar de progreso en progreso; pero en lugar de tratar de dirigirlo, declaró que era inevitable un cambio, y se encerró en su egoismo. Conocia que la monarquia se desquiciaba; pero creia que duraria tanto como él, y no se cuidaba de lo que sucederia después de su muerte (1774). Cuando, atacado de viruelas, estaba en sus últimos momentos, su capellan se espresó en estos términos: «Aunque el rey no tenga que dar cuenta de su conducta más que á Dios, siente haber dado escándalo á sus súbditos, y declara no querer vivir ya más que para la religion y hacer el bien de sus pueblos.»

Así fué, como hasta un acto de humildad cristiana fué en aquella monarquia pronta á disolver un acto de orgullo, y, sin embargo, aquella misma monarquia protestaba aun de su omnipotencia.

CAPÍTULO VII

COSTUMBRES.

Los hechos del reinado de Luis XV nos han ofrecido en parte las costumbres y opiniones de aquella época. Ya en tiempo de Luis XIV se habian relajado, á pesar de la austeridad del viejo rey, que no castigaba los escesos por temor de causar escándalo. Madama de Maintenon que se habia alabado de haber hecho de moda la devocion, tuvo tiempo para ver cuán poco duraban las modas. La hipocresia, último homenaje tributado al absolutismo real, se descubria en todo, y más bien se imitaba el descarado libertinaje de Ninon que las gazmoñerias cortesanas. Habíase formado en derredor de aquella célebre cortesana una sociedad de libertinos que se divertian en cantar al compás de los vasos, las alegres poesias de Chaulieu y las impias de Juan Bautista Rousseau. Los incrédulos se reunian en casa del príncipe de Conti. Molière habia podido ya sin escandalizar los oidos, presentar en escena sus sucios chistes; y Le Sage hizo representar en 1709 su *Turcaret*, cuadro á lo vivo de una sociedad muy depravada.

En un pais acostumbrado á modelarse con arreglo á la corte, nada fué más funesto que los ejemplos del regente. ¿Quién se hubiera permitido calcular sus gastos, cuando se prodigaban en la compra de un diamante tesoros que en vano reclamaban las necesidades públicas? ¿Quién se hubiera atrevido á mostrarse sóbrio y casto en medio de las cenas de la regencia? Aquellos mismos cortesanos á quienes no dominaba la pasion creian un deber el ostentar el desórden y la licencia, y mostrarse ébrios cuando el príncipe daba traspieses.

Los bailes de máscaras comenzaron en 1716 y llegaron á darse hasta ocho por semana. Las casas de placer en que los señores se indemnizaban familiarmente de la incómoda circunspeccion á que se veian condenados en sus palacios, habian desaparecido en tiempo del gran rey; pero entonces se aumentaron. El partido de la duquesa del Maine censuraba aquel descaro; algunos honrosos restos de Port-Royal se oponian al torrente; pero la mayor parte se dejaba arrastrar por él. Se comenzó por avergonzarse de la felicidad doméstica, y no atrever á presentarse en público con su mujer. Una peligrosa necesidad de hacerse amigos y conservarlos introdujo el sigisbeismo; y estipulábase en los contratos de matrimonio que la mujer no estaba obligada á vivir con el marido.

El palacio del regente servia de asilo contra las leyes prohibitivas del juego, que producia sus febriles alegrias. La princesa de Valois, de edad de diez y ocho años, y prometida del duque de Módena, iba á encontrar á su esposo precedida de jugadores de faraon, y pasaba la noche jugando y el dia durmiendo. Los más elevados personajes se entregaban á esta mania, y sus costumbres se estendian por las provincias. Formóse entonces una clase particular, la de los caballeros de industria, que vivian como grandes señores y libertinos, sin más recursos que los que ofrecian la estafa y los naipes. No pudiendo el gobierno impedirlo, pensó en vigilar los juegos, y autorizó ocho academias, mediante una suma de 800,000 libras, destinada á atender á los pobres vergonzantes. A orillas del abismo la nobleza se acercaba de esta manera á él, cada vez con más indiferencia, en medio de fiestas, intrigas y una corrupcion cubierta con el velo de la elegancia. Las sociedades epicúreas del Temple, de Sceaux del Caveau, en parte báquicas y en parte literarias, en las que el talento particular de cada uno contribuia á la diversion de todos, adquirieron celebridad.

Las costumbres sufrieron un nuevo sacudimiento con la rapidez con que el banco de Law enriqueció á unos y empobreció á otros. En el ardor de la ganancia, las casacas galoneadas se hallaron en-

tonces en contacto con el sayal, la púrpura de los prelados con la cola del traje de las prostitutas, y estendiéndose las ideas económicas, arrebataban al comercio la degradante tacha que se le habia impreso hasta entonces: fué el lujo más ingenioso, pero frívolo, efímero; las dilatadas galerias cedieron el puesto á gabinetes separados, con todas las comodidades que pudieron reclamar el estudio y los placeres secretos. Las artes representaban escenas no sólo de deleite sino libertinas; los literatos se habian convertido en aduladores del público; estudiaban el arte de agradar, de aprovecharse del momento, y buscaban los aplausos de las reuniones. Aumentóse el uso de los espejos y se dispusieron con artificio; las porcelanas y las curiosidades de la India adornaban los aposentos; amábanse los olores, y se cultivaban tambien las flores para manifestar un aire de sencillez que formaba contraste con la multitud de criados vestidos de escarlata, cargado el sombrero de grandes plumas, y cuyo servicio no carecia de escándalo. Su mayor mérito consistia en conocer el escudo de armas y las libreas para saber á qué carruajes debia el de su amo ceder el paso, y aquellos á quienes tenia derecho de exigírselo: un error los esponia á ser maltratados en público ó despedidos. Los lacayos, que antes se empleaban en tocar algun instrumento en las antecámaras, quedaron entonces ociosos, hasta que su servicio los llamaba á correr delante de los caballos de sus amos.

Introdújose entonces la costumbre del té, á imitacion de los ingleses, al paso que se estendia el del café, del chocolate y vinos de lujo, con el nuevo nombre de *botellas*. Los trajes no se hacian ya tan cargados, y se ajustaban al cuerpo, segun la moda septentrional; el tamaño de las pelucas se disminuia, y muchas personas se presentaban con su pelo. Sin embargo, Franklin calculaba aun después, que la Francia podia formar un ejército con los peluqueros y sostenerle con los polvos que empleaban. Los exorbitantes gastos arruinaban á las familias, lo que les precisó á acallar sus pretensiones aristocráticas para unirse á los opulentos plebeyos, y echar, como decian, estiercol de la clase media en las tierras feudales. Luis XIV habia en otro tiempo adulado al banquero Bernard; la aristocracia imitó su ejemplo, pero no su dignidad, y humilló sus blasones ante una arca. Comerciantes enriquecidos con las especulaciones se elevaban á la par de familias, en las cuales la toga ó el baston de mariscal eran una herencia tradicional; y olvidando su humilde orígen, fueron más ridículos que la nobleza al olvidar sus pretensiones. Sin embargo la ociosidad, la galanteria, la prontitud en desenvainar la espada por un sí ó un no, pasaba aun como carácter destintivo de un ilustre nacimiento: «He visto, dice el príncipe de Ligne (1), á los jóvenes ilustres vestidos desde los piés hasta la cabeza y la espada al lado desde las siete de la mañana; no andaban á pié por las calles, sino que iban á caballo con una gran comitiva, y nunca al trote; las grandes damas traian ginetes á las portezuelas, pajes y multitud de lacayos en el coche. Los niños temblaban delante de sus madres, las señoritas no se atrevian á hablar delante de las mujeres casadas, los ministros escuchaban sin contestar; pero una vez sabidas las grandes acciones, hacian llover sobre sus autores los beneficios y las distinciones.»

El teatro estaba bien distante de la importancia y universalidad que ha adquirido desde entonces. Causaba aun á las personas timoratas una especie de escándalo. En Italia, los eclesiásticos que predicaban la cuaresma lo prohibian á los fieles; el padre Tornielli persuadió de no asistir á él á los habitantes de Novara; Ginebra no permitió nunca que se estableciese dentro de sus muros. Cuando de Muy, amigo del hijo de Luis XV, y después ministro en tiempo de Luis XVI, fué encargado de acompañar á París al rey de Dinamarca para hacerle ver todo, le abandonó á la entrada del teatro donde su religion no le permitia entrar (2).

Las diversiones á que la alta sociedad se entregaba con preferencia, eran los bailes, las intrigas amorosas y las fiestas. Los grandes señores y los banqueros ostentaban la costosa posesion de las bailarinas y cantatrices, en cuyas puertas se veian parados sus carruajes, y las mujeres sostenidas brillaban en los paseos en coches tirados por cuatro caballos.

Los salones y la conversacion era una necesidad general para los franceses, y adquirieron el arte de hablar, que les es propio, pero cada vez se pierde más. Les era preciso, para tener éxito, adquirir cierta cultura, y esto con poco trabajo; de aquí una curiosidad general, que á menudo era superficial. De esta manera se estendia el espíritu de sociedad que nivela las clases sociales, y el esceso de política que á veces es efecto y á veces causa de la sequedad de sentimientos, que produce ciudadanos sin celo, escritores sin originalidad, familias sin felicidad.

Si la galanteria enseñaba á los franceses á dar

(1) *La vieja Europa.*

(2) Los teatros de los jesuitas eran una cosa aparte. Cada colegio tenia el suyo, en los que los actores se renovaban con los discípulos, y cada uno tenia su repertorio, que comprendia la tragedia, la comedia, la ópera, los bailes y el diálogo. El amor, y todas las pasiones peligrosas estaban desterradas de ellos; no habia papeles de mujeres, es decir, que faltaban los habituales recursos de la escena. Representaban en Roma en 1706, *La Toma de Jerusalen*, y *La Pasion de Jesucristo*, en la que figuraban El Pecado, La Penitencia y La Gracia. El padre Granelli compuso en este género varias tragedias, que no son de las peores del teatro italiano. A veces iban tambien los discípulos á representar fuera del colegio. Los de Reims bailaron en un baile heroico cuando la coronacion de Luis XV, y los del colegio de Luis el Grande representaron en las Tullerias, *Gregorio, ó los inconvenientes de la grandeza.*

importancia á cosas insignificantes, se encontraba corregido el egoismo, atemperada la ambicion; inspiraba el respeto á la debilidad, la aversion á la avaricia y demás innobles inclinaciones, una franqueza y una dignidad de modales que pertenecia á la generosidad, un carácter comunicativo y amable urbanidad que no ha sido igualada por ninguna nacion. Es cierto que los extranjeros le hacian el cargo de ser todos iguales, tener todos el mismo aspecto, el mismo traje, igual lenguaje, las mismas ideas, las mismas faltas y el mismo modo de vivir (3). Se decia que con conocer á uno se conocia á todos.

No tenian costumbres políticas, pues no existia ninguna senda abierta en que ejercer la elocuencia y la destreza en los negocios públicos; no se conocia ninguna probabilidad de esperar gloria. No quedaba más que la carrera de los empleos, que despreciados por los grandes señores, eran el patrimonio de la pequeña nobleza. Sólo los magistrados hereditarios del Parlamento se ocupaban en los asuntos concernientes á los intereses nacionales.

En lugar, pues, de haber oposicion al gobierno, existia la mania general de ser protegido por la corte. El sastre, el zapatero deseaban titularse proveedores del rey, y se ocupaban más del protector que de los parroquianos, satisfechos con respirar, aun cuando fuese en los últimos confines, la atmósfera de aquella corte para la cual el principal mérito era saber agradar.

Los segundones de las familias destinados á consumirse en una esterilidad necesaria al lustre de sus casas, eran otros tantos focos de corrupcion, y se dedicaban á intrigas amorosas que los preparaba á las de ambicion. De aquí la influencia de las mujeres, convertida en verdadero poder motor. Así es, que los hombres trataban de seducirlas para obtener su amor y empleos. Todo se ponia en juego con este objeto, la hermosura, la riqueza, las distinciones. Sin escrúpulo se cedian las queridas, y hasta las mujeres propias. Las damas querian tener dinero para engalanarse, y esto para poder elegir entre los adoradores; después se hacian protectoras por fastidio, por compromiso, por necesidad de verdadero amor. De esta manera se mezclaba el amor y la galanteria. Sólo los empleos venales se libertaban de este conflicto de intrigas. Las demás carreras comenzaban por el amor, en el que no tenia parte el corazon, y las frívolas costumbres contraidas en la juventud se prolongaban hasta la ancianidad. Las personas honradas quedaban separadas de las que se encontraban á la moda; los que se ocupaban de los negocios, de aquellos que pasaban su vida en necedades; y los hombres razonables, de los *petimetres* y pisaverdes.

Los que conocian el arte de medrar abandonaban la carrera recibida de sus padres para emprender su vuelo; y conseguidos los empleos adulando, llevaban á ellos todo su servilismo. La administracion procedia de esta manera sin ruido, sin encontrar obstáculos; por el contrario, se anticipaban á sus órdenes, hasta se excedian á ellas, y de esta manera le evitaban la vergüenza de mandar una injusticia. El gobierno no vejaba, pues, más que á aquellos que no ocupaban cierta posicion: era una desgracia ser un simple particular donde todos los protegidos lo podian todo.

Los grados militares eran reservados á los títulos ó á la proteccion. Aun más, con semejantes medios se obtenian las dignidades eclesiásticas y los beneficios. El abate Coutin hacia madrigales amorosos, el abate Grecourt poesias licenciosas, el de Pure la *Historia galante de las Preciosas*; el de Aubignac escribia la *Relacion del reino de la Coqueteria*.

Lo que aun quedaba del antiguo gusto apenas encontraba un asilo en la reunion de la duquesa del Maine; la mayor parte de los demás presentaban sus homenajes á la fácil Ninon. La modestia, la estudiosa soledad no era ya la costumbre de los escritores. Ostentando variados conocimientos, buscaban en los salones efímeros aplausos, y daban importancia á bagatelas. En medio de aquella elegante sociedad, de aquel mundo ligero, de la molicie de las costumbres y de la osadia de las ideas, el número de folletos se aumentó considerablemente; se formó una baja literatura, que mercenaria y clandestina, dió publicidad á todos los escándalos, divulgó en estilo obsceno las atrevidas ideas que autores dignos de estimacion habian cubierto con un velo ó corregido con sensatas reflexiones.

A costa de los concienzudos trabajos y de los talentos selectos, adquirieron gran crédito las graves nulidades, las importantes frivolidades, las sutilezas graciosas, y en su consecuencia, las mujeres. Versos licenciosos ó picantes, libelos infamatorios, las novelas del abate Prevost, de madama Graffigny, de Crebillon hijo, las *Cartas persas*, el *Gil Blas*, *La Doncella de Orleans*, de Voltaire, ofrecian á la clase ociosa, que pedia goces intelectuales y literarios, un entretenimiento lleno de atractivo. Cuando Fontenelle, resto respetado del siglo anterior, introdujo la astronomia en los tocadores elegantes, se trató de conocer á Newton, y se le comparó al inepto Maupertuis, como tambien á Leibniz con Locke. Un billete de Voltaire, un epígrama de Piron, una comedia, una

(3) «Perdóneseme el que lo diga, el francés, el primero de los hombres civilizados... tenia en su lenguaje las costumbres del papagayo, y en sus acciones las del mono. Decia lo que oia; hacia lo que veia hacer; decia las mismas cosas y con las mismas palabras que los demás; tartajeaba, repetia sus palabras, ó embrollaba lo que decia, ya tuviesen una ú otra costumbre sus modelos. Todos se vestian del mismo modo, con la misma hechura, los mismos colores: montaban á caballo del mismo modo, bailaban todos de igual manera. Cuando los ingleses iban á Francia les chocaba aquella afectada semejanza. Creian encontrar siempre la misma persona en escena, en los paseos, en el bosque de Bolonia; habia algo de servilismo en aquella imitacion de lenguaje y modales.» ROEDERER, *Luis XII*, etc., tomo III, p. 226.

novela nueva, eran un acontecimiento en que se ocupaban todos los salones: se disertaba en lugar de entregarse á la amena conversacion, y á la confianza llena de encantos que reinaban en otro tiempo (4). Resultaba de este barniz de conocimientos superficiales, que lo profundo en el saber parecia superfluo, así como la sutileza hacia inútil la fe. Las mujeres á la moda distribuian en sus conversaciones la gloria y la infamia, y sin ellas nadie podia formarse un nombre en la sociedad (5).

La casa de madama Geoffrin y la de madama Tencin se convirtieron en lo que en otro tiempo fué el palacio de Rambouillet. Esta última, novelista, monja secularizada, queria resucitar á Ninon, y esponia á sus hijos á la caridad pública. Prostituida á Dubois, amada de Montesquieu, ambiciosa para con los demás, reunia en su casa á los hombres de más imaginacion de la época, á los que llamaba sus *animales* y su *corral*. El talento servia de manto á todo, al robo, á la infamia, y hasta á la humilde cuna. Resultaba de aquí que aunque perjudicando, hacia que la autoridad fuese más suave, el clero más tolerante, la nobleza más familiar; unia las personas sin confundir las clases; introducia una política general, en la que la aristocracia perdia sus pasiones, aunque conservando sus distinguidas maneras, y obtenia que los derechos de la inteligencia caminasen á la par con los del nacimiento.

Al mismo tiempo que la corte perdia en consideracion, los literatos adquirieron una posicion independiente, y conocieron su importancia. Hume, que llegó entonces á París, quedó admirado de aquel culto al talento, y escribia á Robertson: «Quiero permanecer aquí; los literatos y las letras son mejor tratados que por nuestros turbulentos bárbaros de Lóndres (6).

Esta mania de ostentar agudo ingenio, que protege la ignorancia, hizo que se procurasen los ataques dirigidos contra las cosas más santas; y la obscena alegria de las cenas del regente abrió el camino á las orgias de la impiedad. Los *buenos* ingenios quisieron, pues, ser ingenios *fuertes;* y adjudicándose el título de filósofos, hacian consistir la fuerza en despreciar las ideas recibidas por la educacion en materias de fe. En los salones resplandecientes por los espejos, los dorados, los brillantes medallones, las guirnaldas, refinamientos

---

(4) «Esta anatomia del alma se ha introducido hasta en nuestras conversaciones; disértase en ellas, no se habla; y nuestras sociedades han perdido sus principales atractivos, el calor y la alegria.» D'ALEMBERT, *Pref. de la Enciclopedia.*

(5) El descaro semi-oficial de las *pequeñas cenas* habia precedido al del ateismo. En los deslumbradores salones que el gusto de la época cubria de espejos, de dorados estucos, de medallones, de amores, de guirnaldas, obra del pincel de Boucher; en las aristocráticas saturnales, en las que la licencia, enervada por el abuso, y cansado el deleite de sí mismo caia en el fastidio, la incredulidad, como un gran estimulante, reanimaba la alegria de la fiesta. Al salir de allí el civilizado blasfemador, con puños de encaje, se presentaba en la alta sociedad, seguro de una favorable acogida si era elegante, si sabia vivir, si, en una palabra, era hidalgo, y sobre todo si tenia, como salvo conducto, el talento ligero y burlon, cuyos delicados rasgos habian formado la celebridad del académico Fontenelle; pues era preciso entonces pagar con el talento, única moneda que corria en la sociedad. Se alababa, se vendia, se cambiaba, se prestaba, se mendigaba de una manera ú otra; pero era necesario tener talento, aunque fuese ajeno. Recibido, adquirido ó robado, era necesario tenerle absolutamente. Ciertos usureros prestaban sobre el talento segun su tarifa; y á sus tiendas, en las que se fabricaban las reputaciones del dia, se las llamaba *oficinas del talento*

»Con el trascurso de los años las mujeres alcanzaron el apogeo de su influencia. Bajo aquel reinado de la imaginacion, de graves nulidades, de importantes frivolidades, y la pérfida y graciosa sutileza, que es la esencia de su vitalidad, supieron rivalizar con los talentos superiores, y eclipsar á los de segundo órden. Las novelas y los libelos no formaban el total de la biblioteca de una mujer: á menudo blancas manos abandonaban el abanico por el sério compás, describian rectángulos y polígonos, ojeaban los Elementos de Euclides y la teoria de las ecuaciones. Nobles matronas rodeaban á Maupertuis en el jardin de las Tullerias, discutian sobre Newton y Leibniz, pretendian rivalizar con Euler, obtenian menciones honoríficas, se arrancaban las cartas de los sábios que habian marchado á determinar la figura de la tierra; y estendian su solicitud hasta estos remotos trabajos. Otras adquirieron, sin escribir y sin hacer números, igual preponderancia, como reinas de la gracia y del talento en la conversacion. Su corte la formaban los literatos, los geómetras y los primeros personajes del Estado. Sus salones eran los oráculos de la reputacion; así era que se intrigaba para obtener el difícil honor de ser admitido á ellos: soberanas del gusto y de la opinion, animaban con satírica vivacidad las ideas materiales de las matemáticas.

»La costumbre de las burlas picantes, el escepticismo tanto en los afectos del corazon como en las creencias del alma, el barniz superficial de las ciencias positivas, alejaban cada dia más de las verdades metafísicas. Hubiera sido una vergüenza participar de la fe sencilla del pueblo. Se creyó que nuestra religion era estrecha, mezquina, absurda; en más de una ocasion, se trató de ilustrarla, en relacion con la dignidad de la raza humana. Emanciparse de las leyes del cristianismo, condenar de esta manera á sus contemporáneos y predecesores, reclamaba grande osadia. Así es que desde aquel momento los *buenos talentos* se llamaron *talentos fuertes;* los fuertes, se adjudicaron el título de filósofos, en atencion á que «los que tienen la fuerza de emanciparse de las preocupaciones de la educacion en materia de religion, son los únicos filósofos verdaderos.» ROSELLY DE LORGUES.

(6) Pero d'Alembert decia con más sensatez: «Los sabios no tienen siempre necesidad de ser recompensados para aumentar su número: ejemplo, la Inglaterra á quien las ciencias deben tanto sin que el gobierno haga nada por ellas. Es cierto que la nacion los considera, que hasta los respeta; y esta especie de recompensa, superior á todas las demás, es sin duda el medio más seguro de hacer florecer las ciencias y las artes, porque el gobierno es quien da las plazas, y el público quien distribuye la estimacion.» *Dic. pref. á la Enciclopedia.*

de la moda para reanimar el gusto gastado, la incredulidad ostentaba la sátira; y el blasfemo era bien recibido, cuando se presentaba con traje elegante y cargado de encajes, sobre todo si sobresalia en rasgos malignos y de talento: se hacia objeto de esas burlas á Moisés y á los profetas; la Biblia se mezclaba con el humo de la embriaguez, y los dias consagrados por la Iglesia eran los elegidos para las más escandalosas orgias. Fuera del talento, no quedaba nada, ni fe ni entusiasmo, ni afecto á la verdad, ni á la patria, confundida en la vaga denominacion del género humano. Ridiculizaban todo, no se seguia más que el capricho, y no se apoyaban más que en su propia razon.

Aquel estado de cosas aumentaba la influencia de París, que se habia ya estendido á medida que la sociabilidad se esparcia entre la nobleza. En 1474 Luis XI habia querido pasar una revista á los habitantes de aquella capital que se encontrasen en estado de llevar las armas; como encontró cien mil vestidos de escarlata con cruces blancas, se asustó y no renovó un espectáculo que revelaba su fuerza á los parisienses. Enrique III decia que París era una cabeza demasiado grande, y pensaba en disminuirla. En la época de la regencia se contaron hasta un millon cuatrocientos mil habitantes. El barrio de San German se formó, en tiempo de Condé, precisamente en el punto en que habia dispuesto que no se construyesen más que cabañas.

Francmasoneria.—En París bullian tambien las sociedades secretas, imitacion asimismo inglesa. La vanidad ha querido referir á remota antigüedad el orígen de la francmasoneria; no hay nombre ilustre al cual no se haya atribuido su institucion desde el arcángel San Miguel hasta Sócrates y Cromwell; y esta asociacion adoptó y hermoseó cuantos sueños habian inventado hasta entonces las sociedades misteriosas para ennoblecerse. Unos la hacen derivar del templo de Salomon, otros de los misterios egipcios; fué, segun ellos, perfeccionada por Manés, cuyos discípulos estendieron el culto del G. A. D. U. (*gran arquitecto del universo*). Enseñó en los primeros tiempos la civilizacion á los europeos bajo el nombre de Pitágoras; después, en la Edad Media, conservó las tradiciones del saber. Los europeos fueron iniciados en ella en la época de las cruzadas, por conducto de los hospitalarios y templarios, á cuya destruccion sobrevivió en el misterio. En realidad, las logias masónicas no eran, como ya hemos dicho, más que una de las numerosas asociaciones, con ayuda de las cuales la industria buscaba en la Edad Media una defensa, en medio de tantos enemigos, una asistencia en tan gran penuria de recursos. La tradicion de los medios arquitectónicos se conservaba entre sus afiliados con el celoso cuidado, comun entonces á todos los métodos. La iglesia de Estrasburgo en 1277 fué fabricada por una sociedad de francmasones; y la semejanza de las construcciones contemporáneas indica la igualdad de ritos. Aquella asociacion fué reconocida por los príncipes, y el emperador Maximiliano confirmó los estatutos (7).

En Inglaterra los primeros vestigios de la francmasoneria se encuentran en 1327, y á esta sociedad pertenecian todos los lores. En 1425 el Parlamento prohibió los capítulos ó congregaciones de masones; pero Enrique IV volvió á permitir su reunion; en 1500 estaban dirigidos por los caballeros de Rodas; y en 1502 era su protector Enrique VII, y sus dignatarios los primeros oficiales de la corona, á cuya cabeza el mismo rey, en traje masónico, puso la primera piedra de la abadia de Westminster. En la época de la revolucion de Inglaterra, la tirania dominante y el carácter taciturno de aquel pueblo inclinaron á constituir sociedades secretas. Fueron ingertadas en las logias masónicas, toleradas en el pais para que no se les considerase como innovaciones en el caso de que fuesen descubiertas, y se las rodeó con los símbolos bíblicos, de que estaba lleno entonces todo el lenguaje. Los desterrados jacobitas las introdujeron en Francia. Pero además de que en este pais son menos aficionados al secreto, la suspicaz persecucion de Luis XIV les impidió propagarse. El Pretendiente ingles instituyó varias; el regente, que era aficionado á todo lo que podia ofrecer á la concupiscencia el aguijon del misterio y de la prohibicion, le agradó aquella moda inglesa como todas las demás; y la primera logia existió en 1725, bajo la presidencia de tres jefes extranjeros, lord Derwemwater, el caballero Maskeline y sir Heguettye. Precisamente en aquella época dejaba de ser secreta la francmasoneria en Inglaterra, y en el mes de abril de 1724 hubo bajo la presidencia del gran maestre conde Alkeith, una asamblea pública, en la que cinco adeptos, después de haber recibido el mandil de cuero, el martillo y la llana, fueron en aquel traje á pasearse por la ciudad.

---

(7) Los que no teman entregarse á un mar de escritos místicos, tan oscuros como estravagantes, pueden encontrar luces con respecto á esto, en un libro bastante raro de un autor italiano, titulado: *El misterio del amor platónico de la Edad Media, derivado de los misterios antiguos, por* GABRIEL ROSSETI, 5 t., Lóndres, 1840. Todo se encuentra apoyado en él en la existencia de las sociedades secretas, en las que los antiguos misterios se conservaron por tradicion.—La francmasoneria, como es natural, ocupa en la obra un gran puesto, y el autor toma por lo serio hasta sus puerilidades y su jerga, hablándose de ella principalmente en el tomo III.

Véase tambien á REGHELLENI.—*De la Masoneria, considerada como resultado de las religiones egipcias, judia y cristiana.* Gante, 1828. *Espíritu del dogma de la francmasoneria.* Bruselas, 1825.

CLAVEL.—*Hist. pitt de la Franc-masonnerie.* Paris, 1841.

RAGON.—*Cours interpretatif des imitations anciennes et modernes. Edition sacrée*, 1842.

Puede leerse un estensísimo y hostil informe sobre los iluminados y francmasones en las *Memorias para la historia del jacobinismo* del abate Barroel; tomo III y IV.

Cuando la muerte de lord Arnouester, en 1736, segundo gran maestre de Francia, la corte dió á entender que si la eleccion recaia en un francés, seria encerrado en la Bastilla. Fué, sin embargo, elegido el duque de Antin, y bajo él consiguió la masoneria francesa establecerse permanentemente. En tiempo del príncipe de Clermont, príncipe de la sangre, en 1744, se prohibieron las logias; pero aquella prohibicion hizo se aumentasen y estendiesen por las provincias; en fin, las de París se emanciparon de las de Inglaterra.

Andrés Miguel Ramsay, miembro de la academia de Lóndres, ayo de los hijos del Pretendiente, y autor estimado por diferentes obras, que convertido por Fenelon, habia renunciado al deismo, fué uno de los más ardientes propagadores de la masoneria en Francia. La creia instituida en Palestina, en la época de las cruzadas, para reedificar las iglesias destruidas por los sarracenos, y debió, segun él, modificarse en Inglaterra, para no causar recelos á la reina Isabel, que veia en los francmasones papistas disfrazados. Ramsay se proponia, en su calidad de gran canciller, convocar en París á los diputados de todas las logias de Europa, y hacer ir á todos los miembros, que calculaba serian tres mil, á imponer diez luises á cada uno para la impresion de un diccionario francés, que comprendiera las artes liberales. El discurso que se pronunciaba en una de sus cenas de cada semana, versaba comunmente sobre este asunto. El ministro Fleury disuadió á Ramsay de seguir este proyecto de concilio. Renunció, pues á ello; después escribió la *Historia de la masoneria*, que no se imprimió; pero confiesa haber disimulado cuánto contribuyó á la restauracion de los Estuardos en el trono de Inglaterra.

Aquella asociacion conservó en la Gran Bretaña un carácter sério; pero en otras partes se convirtió en alegres reuniones, en una herejia galante que no causaba perjuicio á nadie, y que hasta era útil por su beneficencia. En Francia presentaba el tipo de una sociedad constituida sobre principios diferentes de la civil; en sus logias no habia prerogativas hereditarias; en las paredes se veian estampadas reflexiones y pensamientos diversos; entre las colgaduras negras y los emblemas mortuorios se leia esta inscripcion: *Si tienes en algo las distinciones humanas, vete; aquí son desconocidas.* El neófito oia decir al orador que el objeto de la masoneria era abolir toda diferencia de raza, de color, de patria, estirpar los odios nacionales y el fanatismo; pues que el templo del arquitecto del universo habia sido levantado por sábios de varios climas. Sobre el trono del venerable de cada logia se veia el triángulo con el nombre hebraico de *Jehová* como señal de que el único deber religioso del iniciado era adorar á Dios. Perteneciendo á estas logias una multitud de personas opuestas á los trastornos sociales, las más ardientes instituyeron nuevos grados secretos á los cuales no se llegaba sino pasando por pruebas calculadas para demostrar el progreso de la educacion revolucionaria. Hubo, pues, treinta y tres grados, de los cuales, los cuatro primeros tenian símbolos de albañiles; los del 15° al 18°, indicaban una especie de caballeria religiosa, y en el 30° se recibia la solucion del problema velado en los precedentes. Aquel misterio ofrecia atractivo á las imaginaciones y las estimulaba. Los visionarios veian en ella una escuela de perfecciones quiméricas y un misticismo tenebroso; los charlatanes un conjunto de prestigios: ciertas personas se sirvieron de su nombre para dedicarse á robos; mayor número encontraron en aquella institucion un recurso para remediar su indigencia.

Era imposible que los príncipes no desconfiasen de aquellas reuniones secretas, de aquella inteligencia misteriosa entre personas de todos los climas; proscribiéronse, pues, las logias en Francia en 1727; después en Holanda en 1735, y sucesivamente en Flandes, Suecia, Polonia, España, Portugal, Hungria y Suiza. En Viena, en el año de 1743, una logia fué invadida por soldados: los francmasones entregaron sus espadas, y fueron conducidos á la cárcel ó puestos en libertad bajo su palabra. Resultó de esto gran escándalo, en atencion á que entre ellos se encontraban personas de elevada categoria; pero declararon no poder contestar al interrogatorio, ligados como estaban por la promesa del secreto. El gobierno se contentó con esto, y los puso en libertad, mandando sólo el que no se verificasen reuniones de aquella clase.

Ya Clemente XII las habia escomulgado en Italia; Benedicto XIV (1751) renovó el anatema, y al momento Cárlos III les impuso en el reino de Nápoles, donde se habian estendido mucho, las penas que se aplicaban á los perturbadores de la tranquilidad pública. Los demás príncipes le imitaron.

Semejantes prohibiciones dieron á aquellas sociedades el atractivo de un peligro que arrostrar; todo el que pensaba queria estar afiliado en ellas: los discursos versaban sobre lo más osado que soñaba entonces la filosofía, y no contribuyeron poco á estender las ideas revolucionarias, especialmente después que se pusieron de acuerdo con los iluminados de Alemania.

CAPÍTULO VIII

LITERATURA FILOSÓFICA.

Las costumbres y los sentimientos que acabamos de bosquejar se reflejaban en la literatura, una parte de la cual tenia mucho del siglo anterior como de costumbre, al par que la otra preparaba los espíritus á las innovaciones (1). Lo bello dejaba de ser cultivado como bello y se convertia en instrumento para las ideas y los partidos. Después de haber sido la literatura moral, religiosa, monárquica bajo el patrocinio de Luis XIV, aceptaba el escepticismo y la inmoralidad, idolatraba el ingenio, aspiraba al triunfo de un instante. En los círculos de las bellezas á la moda comenzó una reaccion contra los escritores del siglo anterior, y contra Racine y Boileau especialmente; Fontenelle y La Motte fueron los jefes de ella. Fontenelle era como el nudo que enlazaba la una época á la otra. Ligero y dulce, tibio de alma como de talento, popularizó sus conocimientos, é hizo hablar á las ciencias el lenguaje de la sociedad. Ajeno al entusiasmo compuso tragedias. Saboreó el escepticismo de Bayle, y más todavia una existencia sin afectos, sin odios, sin ideas. Asestó epígramas contra la fe, aunque sin comunicar bastante certidumbre é importancia á sus creencias, propias para formarse prosélitos, no dejándose arrastrar por su siglo, y absteniéndose tambien de marchar en sentido inverso. La Motte introdujo un frio análisis en todos los asuntos que trató: hizo canciones y dramas, al propio tiempo que demostraba la inutilidad de los versos; disecó á Homero, pretendiendo traducirlo: quiso que la oda fuese el desarrollo de una idea filosófica y no un canto de inspiracion (2).

En el poema de *La Gracia* por Luis Racine, se encuentra algo de la elegancia de su padre; y acredita más ciencia teológica que fe en el de *La Religion*, donde resulta monotonia de la sutileza de los raciocinios y de la carencia absoluta de entusiasmo. Puede considerársele como inventor ó introductor de la poesia filosófica, aunque se ocupase tambien en el arte y se ejercitara sobre te-

(1) BARANTE, *De la literatura francesa durante el siglo* XVIII.
VILLEMAIN, *Curso de literatura francesa.*
LACRETELLE, *Historia de Francia.*

(2) *Les vers sont enfaus de la lyre:*
Il faut les chanter, non les lire.
A peine aujourd'hui les lit-on.

El abate Antonio Conti, de Pádua, revela la decadencia de la literatura francesa en una carta dirigida á Maffei: «El estilo de los franceses degenera visiblemente de aquella elegancia y de aquella pureza, que hicieron comparar el siglo de Luis XIV al siglo de Augusto. De esta corrupcion son acusados dos autores, Fontenelle y La Motte.

»Fontenelle ha querido ingerir el ingenio en la filosofia, y la filosofia en las obras de ingenio. La mezcla de la metafísica y del ridículo constituye un carácter original, y Fontenelle se da aires de haber obtenido este resultado. Las antítesis de su *Diálogo de los muertos*, están elegidas con sutileza, pero siempre es Fontenelle el que habla. En sus *Elogios de los académicos*, las luces científicas aparecen eclipsadas por la abundancia de los epígramas.

»La Motte ha encontrado el secreto de generalizar las ideas singulares de Homero, de Píndaro, de Anacreonte, de Horacio. Pretende en su consecuencia haber mejorado á los antiguos.—Sustituye á las voces compuestas usadas por ellos, definiciones de un gusto particular. Llama, por ejemplo, al que vende pájaros cantores, *vendedor de gorgeos;* á una colmena de abejas, *un palacio melífero;* á una fruta de estraordinario tamaño, un *fenómeno hortense;* á una zorra que moraliza en una de sus fábulas, un *Pitágoras de larga cola*,» etc.

mas antiguos. Campistron y otros imitadores de Racine dieron muestras de habilidad, aunque sin carácter particular de sentimiento ni de formas. Crebillon, el cual detestaba la forma, creyó que se podia hacer algo mejor que imitar. Hastiado de las insulseces y de las desleidas ternuras de los héroes de Racine, buscó lo sombrío, se alejó de la sociedad á la cual aborrecia, y dirigió sus tragedias hácia una clase de belleza superior á la forma. Voltaire le llamaba su maestro antes de dedicarse á denigrarle por despecho de verle levantado á su altura.

Lucas Vauvenargues (1715-47) pertenece asimismo á la escuela precedente: habia aprendido de Pascal á profundizar los abismos del corazon, al mismo tiempo que Fenelon le habia inspirado benevolencia. Habiendo ingresado muy pronto como oficial en el servicio, cayó enfermo durante la retirada de Praga, y se puso á meditar sobre los problemas de la vida, con dudas, si bien con profundo talento. Desengañado de la gloria y de las esperanzas que habia imaginado, no cayó en la misantropia. En vez de abandonarse al desden y á la tristeza, confió en la bondad y en la generosidad de la naturaleza humana. Al principio de su libro se expresa de este modo: «El hombre se halla hoy en desgracia entre los pensadores, y parece que se porfia sobre quién le cargará con más vicios, pero quizá ha llegado la hora de que se eleve, y de que se haga restituir todas las virtudes.» Lleva á tal grado la precaucion, que *apenas se atreve á decir* que hay debilidades inseparables de nuestra naturaleza (3). No es religioso, pero ama los sentimientos nobles y elevados; aborrece la persecucion y combate la doctrina del interés personal. No habiendo vivido entre la sociedad corrompida de la capital, no la odió, ni aun la conoció lo suficiente; pero padeció con el hombre, y describiendo los dolores de los demás, puso la mano sobre los suyos propios.

Muy diferente de él Carlos Duclos (1704-72), talento libre y cáustico, educado en Paris, protegido por la corte, fué amigo de muy distintos personajes. Escribió para las gentes placenteras las *Confesiones del conde de ...*, série de aventuras y de retratos de aquella sociedad escandalosa, en que el libertinaje se hacia razonador y filósofo. Así la frialdad con que hace cometer ó refiere las acciones licenciosas de los demás es una obscenidad sin ejemplo. Sus *Consideraciones sobre las costumbres* no contienen más que esas observaciones que hace uno cotidianamente y luego olvida. No ataca, ni se irrita, ni quiere comprometerse al decir la verdad, ni deshonrarse adulando; pintor y no predicador, sobresale especialmente en retratar á los literatos y á los hombres de mundo. Ha dejado tambien aquellas series de anécdotas á que se aplicaba entonces el nombre de historia, sazonándolas con sus propias pasiones (4).

Renato Le Sage (1668-1747), uno de los últimos que pintaron más bien que escribieron, sustituyó la novela de costumbres á los perpetuos amores heroicos del siglo antecedente. El nuevo engerto de proveedores y agiotistas, contra los cuales disparaba sus más punzantes saetas, hizo cuanto pudo por estorbar la representacion de su *Turcaret* (1709): en vano le ofrecieron 100,000 francos con tal de que lo retirara. Tenia ya cuarenta y cinco años cuando tomó del *Diablo cojuelo*, de Luis Velez de Guevara, su *Diable boiteux*. A pesar de la uniformidad de invencion y de lo inconexo de las aventuras, tuvo gran éxito la obra á causa de las personalidades que se encuentran en ella, porque las *Cartas persas* habian hecho de moda las alusiones políticas y escandalosas en las novelas. Si Asmodeo es un buen diablo, observador de escenas disparatadas, Gil Blas es un hombre, lo cual hace más natural la composicion; pero tambien domina allí el espíritu de observacion maligna; la curiosidad está sostenida, y el ridículo produce con ayuda de los contrastes que ofrece, una galeria de retratos donde no se encuentra un hombre de bien. La novedad de esta novela en medio de las contemporáneas, consiste en arrostrar la verdad, que el autor descubre con exactitud y espresa con valentia. Jamás se encuentran allí sentimientos elevados y caballerescos; el egoismo, el servilismo, la pusilanimidad de la especie humana se ven pintadas sin disgusto. Por lo demás, las aventuras escandalosas son idilios para lo que entonces pasaba cotidianamente. Le Sage piensa con libertad sin ser no obstante revolucionario ni religioso: no guarda miramientos á la corte; parodia á Voltaire, pero siempre con aquella tranquilidad de alma que fué el patrimonio de su vida. Aquellos que han pretendido que tradujo el *Gil Blas* de un manuscrito español, que nadie ha podido sacar á luz nunca, no hacen más que dar testimonio de la fidelidad con que representó las costumbres españolas.

El abate Antonio Prevost (1697-1763) tuvo una existencia llena de aventuras tan numerosas como se encuentran en sus novelas. Educado con los jesuitas, se hizo soldado, volvió después á ser jesuita ferviente, y luego le volvemos á ver oficial libertino; pobre y rico alternativamente, se *sepultó*,

(3) «Hay flaquezas, *si nos atrevemos á decirlo*, inseparables de nuestra naturaleza.»

(4) Declara en sus *Memorias secretas sobre los reinados de Luis XIV y de Luis XV*, querer escribir la historia de los hombres y de las costumbres. «Me detengo poco en los sucesos, que se parecen en todas las edades, que tan vivamente hieren á sus autores y contemporáneos, y tan indiferentes son para la generacion siguiente. En lo moral como en lo físico todo se debilita y desaparece con la distancia. Pero la humanidad interesa en todos los tiempos, porque los hombres siempre son los mismos... Parece que los cobardes fueron los que levantaron el templo de la gloria, para no colocar allí más que á los que les infunden miedo.»

después de haber perdido á una amante, entre los religiosos de San Mauro, á la edad de veinte y dos años; predica, trabaja en las colecciones, y en medio de estas tareas vuelve á asaltarle la aficion al mundo; escribe una novela y ameniza las largas veladas de los reverendos padres contándoles aventuras. Obtiene licencia para pasar al convento de Cluny, cuya observancia es menos severa; pero no hallándose todavía satisfecho, huye á Holanda, donde publica las *Memorias de un hombre de categoría*, y la vivacidad con que describe las pasiones atestigua que en su razon no se habian estinguido. En efecto, habiéndose unido á una protestante, pasa á Inglaterra, donde da á luz *El Pro y el Contra*, *Cleveland* y *Manon Lescaut*. Le proporcionan celebridad más bien sus aventuras que sus obras. De vuelta en Francia publica la *Historia de los viajes*, traducida en parte del inglés, y superior á la descolorida coleccion de La Harpe. Acababa de morir á la edad de sesenta y seis años cuando se apresuraron á proceder á su autopsia, y se descubrió que todavia palpitaba su corazon bajo el escalpelo del cirujano. Si hubiera trabajado más sus novelas, aventajaria sin duda á los escritores modernos por la pasion y la naturalidad, por una habilidad estremada en el enlace de las aventuras, y por el arte de aumentar el interés progresivamente. Las comunica más vida porque frecuentemente se pinta á sí propio. Introduce en *Manon Lescaut* los personajes más degradados; y sin embargo, el interés está sostenido; hay verdad en los estravíos de un alma honrada, que llega á ser noble y hasta sublime por el esceso del infortunio.

Marivaux, cuyas miradas se fijaban en el punto raquítico de los sucesos humanos, tuvo éxito en las novelas, que sufren las prolijidades más bien que el drama.

Entre las diversas novelas de madama de Tencin se cita por la pasion y la naturalidad el *Conde de Comminges*. La última escena en la que la jóven, que hasta hizo que la recibieran de monge en la Trapa, ocultando su sexo, hace en voz alta su confesion en su lecho de muerte, y revela su pasion en presencia del conde, que por amor á ella se ha consagrado á las mismas austeridades; esta escena, repetimos, es un trozo admirable.

Podríamos citar aquí á Pluche, feliz colorista del *Espectáculo de la naturaleza*, y á Lefranc de Pompignan, hombre de ideas sérias y de versos trabajosos, pues ambos pretendian reformas sin revolucion; pero el porvenir no era para ellos.

Habíase habituado la Europa á pedir á la literatura francesa los placeres del ingenio, tragedias, oraciones fúnebres, pensamientos, discusiones; porque el interés se hallaba allí sostenido por una delicadeza desconocida hasta entonces, y por una conveniencia tal que hasta daba aire de franqueza á la lisonja, y de dignidad á la sumision. Los numerosos protestantes desterrados cuando la revocacion del edicto de Nantes, que se habia dedicado á la enseñanza habian divulgado aquella mezcolanza de naturalidad y de reminiscencias, de pedanteria y de actualidad que caracterizaba la literatura y las maneras francesas. Ya se consideraba el conocimiento de esta lengua indispensable para las personas bien educadas: era empleada en todas las cortes; los diplomáticos la daban la preferencia sobre cualquiera otra. Habiendose aumentado el número de lectores, se estendió la profesion de literato y se hizo un oficio, y como se propendia á esplotar las pasiones populares convenia que el escritor fuera claro. Ahora bien, siendo la lengua francesa la más clara de todas, se convertia en uno de los instrumentos más eficaces. Con ella se aficionaba Europa á la claridad y á la donosura; la elegancia de los escritores hubo de considerarse como la única medida de la civilizacion de un pueblo; el único mérito de un libro consistia en que se comprendiera como una novela; se trató de pedanteria, de ergotismo, de metafísica, todo lo que exigia estudios é investigaciones, y no se podia decir en un círculo del mundo elegante. De ello debian resultar, no ya sólo placeres, sino sacudimientos, cuando haciéndose belicosa esta literatura, llegará á figurar como el poder supremo del siglo, y preparará con la guerra de la pluma la guerra más terrible de la espada.

En este sentido se habia formado á ejemplo de los protestantes refugiados y de los ingleses. Muchos franceses empujados hácia Suiza ú Holanda por la persecucion religiosa, se habian puesto á escribir con sañudo atrevimiento, envolviendo en la misma ira á los reyes y á los sacerdotes, á quienes atacaban en su orígen histórico como en la veneracion de los pueblos. Bayle, Baillet, Juan Leclec, d'Argens y otros inundaron la Francia de volúmenes y de opúsculos que sirvieron de tipo y de almacen á los enciclopedistas.

Filosofismo en Inglaterra.—En Inglaterra rechazando los puritanos toda otra regla que el Evangelio, habian intentado una reforma radical desde la revolucion de 1649. De consiguiente aquellos que tenian empeño en la conservacion de los privilegios y del antiguo sistema social, tuvieron interés en atacar la verdad y la autoridad de las Sagradas Escrituras; de tal manera, que entre las dos facciones religiosas se habia formado una tercera de incrédulos y de burlones. Agriados por la recelosa persecucion de los Estuardos, volvieron con el príncipe de Orange, y envalentonados por la victoria confundieron en la misma aversion á la religion y al partido vencido. Ya Shaftesbury, confidente de Cromwell y después gran canciller de Carlos II, habia acogido y estimulado *los libre pensadores*, como se les denominaba, al mismo tiempo que enseñaba una filosofia ligera y tolerante. Las doctrinas subversivas del orden social publicadas por Hobbes, aplicadas por Harrington, Sidney y Locke produjeron un diluvio de obras irreligiosas. Toland, en el *Cristianismo desenmascarado*, proponia una nueva Iglesia: Tomás Woolston sustentaba que los milagros de Cristo eran puras ale-

gorias; Collins negó la necesidad de la revelacion, diciendo que basta amar á Dios y á los hombres: Tindal reprodujo sus argucias combatiendo todas las religiones positivas, sin perdonar la moral ni el dogma. Dodwell se propuso probar «con la Escritura y con los primeros padres que el alma es naturalmente mortal;» sus osadias democráticas granjeaban aplausos al *Mendigo*, de Gay. Hume, caminando por las huellas de Locke, habia avanzado hasta negar que la religion pudiera fundarse sobre los principios de la razon, y que de los efectos pudiera deducirse la causa; así socavaba toda demostracion metafísica, moral ó física de la inmortalidad.

Lord Enrique Bolingbroke se arrojó con ardimiento á esta guerra contra el altar y el trono. Consagrado desde su juventud á la erudicion incrédula, pensaba que convenia dejar la supersticion al pueblo, si bien emancipando de ella á las clases elevadas. Habiéndose hallado al principio del establecimiento de la casa de Orange alejado de su patria, y luego escluido solamente de la tribuna, su elocuencia política, tan fácil como calorosa, se ejercitó en opúsculos enérgicos como las *Reflexiones sobre los partidos*, la *Idea de un rey patriota*, las *Cartas sobre la historia*, y hostigando en ellas al ministro Walpole, se elevaba á consideraciones metafisicas, patrocinaba el epicureismo en la práctica, y en teoria se hacia corifeo de los deistas (5). Dió á Pope el asunto del *Ensayo sobre el hombre*, en el cual está poetizado el deismo, y propendió de continuo á sustituir al reinado ideal de los teólogos el reinado de la naturaleza. En su sentir todo es empirismo: el espíritu debe ser considerado como un objeto físico: Descartes es un loco siempre que se eleva á consideraciones generales; por último, «la mejor de las filosofias es saber vivir, esto es, saber acomodarse al tiempo, á las personas, á los negocios, cuando la razon lo exige.»

Leibniz, que acababa de morir en Alemania, era olvidado. Vico vivia desconocido en Italia, y todo el que aspiraba á ideas libres, se las pedia á Inglaterra. Allí fué á inspirarse la literatura francesa; pero si la libertad de la imprenta y de las opiniones permitia difundir con menos peligro estos sentimientos, porque al ruido que metian se mezclaba el de otros intereses y opiniones contrarias ó divergentes, adquirieron otro influjo muy distinto al pasar á Francia. Entre los ingleses, la filosofía de los sentidos y de la esperiencia era mantenida á raya por aquel sentimiento indígena de moderacion que existe en las opiniones científicas no menos que en las relaciones esteriores, lo cual hace que el aniquilamiento del elemento espiritual y divino no condujese á la demolicion tan rápidamente. Pero mientras los ingleses tenian necesidad de una creencia, de un sentimiento moral, se engolfaron los franceses en una sensual y fanática adoracion de la naturaleza. Fontenelle habia dicho: *Si yo tuviera la mano llena de verdades, no las dejaria salir de ella sino una á una.* Entonces, por el contrario, cada cual se imaginó saberlo todo, y quiso propalarlo á voz en cuello. Se quiso emancipar á la raza humana, avasallada por los nobles y embrutecida por los sacerdotes, operar una reaccion contra el siglo precedente haciendo alarde de escepticismo, predicando la reforma social y la preeminencia de los modernos sobre los antiguos.

Así fué aplicado el libre exámen, no solamente á la religion y á la política, sino tambien á la naturaleza, al hombre, á la sociedad. En su consecuencia cundieron por todas partes dudas, en todas partes sistemas, en todas partes el amor á la paradoja. No se hablaba más que de filosofía, y el gran filósofo era Locke: se encomiaba el análisis y siempre se partia de datos arbitrarios. ¡La razon, la razon! se repetia de continuo, y muchos se lisonjeaban de reconstruir con su ayuda el corazon y la inteligencia humana.

Divididos sobre la forma concordaban los filósofos en la creencia de que la fe es incompatible con la inteligencia. El hombre existe por sí mismo y para sí mismo: se elevó desde el estado salvaje inventando el lenguaje, la sociedad, las ideas del derecho y del deber; todas las instituciones son una creacion de su talento. De consiguiente la religion es absolutamente libre; aborrecimiento con especialidad á la religion cristiana que impone creencias y deberes; odio á los privilegios que repugnan á la igualdad primitiva. ¡Maravillosa audacia del espíritu que no respetaba ningun hecho esterior! Detestaba todo el estado social y denigraba al hombre, que no tenia más que menosprecio y risa para las opiniones contrarias á la suya, y que de este modo se hacia despótico en mayor grado que las instituciones que atacaba. En vez de impulsar al entusiasmo las magnificencias naturales reveladas por los progresos de la ciencia, más admirables y ordenadas en su variedad de dia en dia, suministraban argumentos para rebajar nuestra especie. Por amor al hombre y á la libertad se encomiaban la inteligencia del orangutan y la constitucion de los chinos. Una vez separado el órden espiritual del órden temporal, se vió manifestarse aquel singular carácter de la inesperiencia y de la ambicion que apareció después lleno de peligros, cuando se aplicó su filosofía á los hechos.

Montesquieu, 1680-1755.—Carlos Montesquieu de Burdeos, era hombre de graves estudios y presi-

(5) A pesar de todo, Bolingbroke no profesaba las ideas revolucionarias de sus sectarios, y escribia á Swift el 12 de setiembre de 1724: «Se llaman comunmente espíritus fuertes aquellos á quienes considero como plagas de la sociedad, porque sus esfuerzos propenden á romper los vínculos de ella y á quitar al hombre un freno poderoso, siendo tan feroz animal y cuando se le debe reprimir con diez frenos más,» etc. Diferia en otro punto de sus prosélitos, pues decia que la constitucion inglesa se compone de un rey sin esplendor, de una nobleza sin independencia y de unos Comunes sin libertad.

dente, nacido en un tiempo en que, segun hemos dicho, los escritos se componian en su mayor parte de facilidad en hablar y de impotencia en examinar; quiso tambien hacerse de moda, y creyó necesario añadir el atractivo de la vivacidad á cosas que brillan lo suficiente por sí mismas, la justicia y la verdad. Se estrenó con sus *Cartas persas* el más profundo de los libros frívolos segun le define un crítico. Falsa como era su idea, no tenia nada de nueva en hacer que juzgara de nuestra civilizacion un extranjero, á quien no se le escapa ninguna estravagancia, ninguna contradiccion bajo la influencia de la costumbre; pero en obras de esta clase la invencion es lo de menos; y en la de Montesquieu los incesantes tiros asestados contra Luis XIV, contra Law, contra el despotismo y las costumbres de la corte, hallaron en los círculos políticos una viva simpatia. Encantó sobremanera al mundo elegante aquella descripcion del serrallo, donde se ve al amor despojado de todas sus delicadezas, degradado por los celos, reducido á no ser otra cosa que un deleite animal: las gentes graves saborearon aquel estilo de escudriñar los actos de la corte y de criticar la frivolidad de la sociedad. Sus agudezas se convirtieron en proverbios, y con tanta mayor facilidad, cuanto que no parecian inspiradas más que por el odio. Se comprendió que el epígrama podia acomodarse á las ideas más elevadas, á las materias más severas, é imitando muchas gentes aquel tono breve y sentencioso que disimula la superficialidad, se creyeron profundos como Montesquieu porque eran ligeros á semejanza suya.

Semejante escepticismo, tales reflexiones y rasgos tan escandalosamente atrevidos por parte de un presidente del parlamento, indican desde luego que la opinion habia ya recibido una direccion mala, y que no habia quien se atreviera á negarse á rendirla sacrificio. *El templo de Gnido*, del mismo autor, pintura de un carácter voluptuoso, fué otro sacrificio nuevo que la ofreció en homenaje.

Montesquieu, acompañado de lord Chesterfield que le decia: «Vosotros los franceses sabeis hacer barricadas, pero no barreras,» emprendió un viaje á Italia para estudiar aquel museo de pequeños Estados. Allí encontró en las repúblicas libertad sin independencia; en Toscana un absolutismo sin opresion, y al par que se asustaba de Venecia como de un fantasma, «una de las cosas que más le agradaron fué ver al primer ministro del gran duque en jubon y con sombrero de paja sentado delante de su puerta en una silla de palo.» Y entonces añade: «¡Venturoso aquel pais, donde el ministro vive tan sencillamente y tan desocupado!» En Inglaterra y en Holanda frecuentó el tratado de los hombres políticos y razonadores, que *soltaban la carcajada al solo nombre de religion*, pero se espantó oyendo publicar y repetir en alta voz lo que apenas se atrevian en otras partes á murmurar al oido.

Regresó á Francia al tiempo en que los espíritus, vueltos en sí del largo desvanecimiento del reinado de Luis XIV, y conmovidos por el sistema de Law, se dedicaban á estudiar el gobierno, la hacienda, la justicia. Bajo el ministerio de Fleury se fundó una academia militar y política; en el palacio de Rohan habia otra; y asimismo llegó á formarse una sociedad más atrevida, denominada el *Club del entresuelo*, donde se reunieron Bolingbroke, d'Argenson y el abate Saint-Pièrre. A este último, «espíritu quimérico, escritor duro y el más torpe de los hombres de bien,» (6) debe el diccionario la voz *beneficencia;* los utopistas le deben la escuela que promulga la perfectibilidad indefinida de la especie humana. Escluido de la Academia francesa por haber criticado el gobierno de Luis XIV, tomó de aquí mayor atrevimiento para proponer reformas, reformas de un hombre de bien y que no ofendian á la corte, como por ejemplo, alejar de ella á los favoritos, distribuir mejor los empleos, instituir una alta academia para señalar al rey en terna los ministros de quienes debia valerse. En suma, donde quiera que descubria un abuso, proponia enmiendas, dirigia á los ministros memorias con este objeto, é imprimia verdades importantes en medio de sueños, que las hacian tolerables, ó impedian que se fijara en ellas la censura. En su *Proyecto de paz perpetua* no se trataba menos que de trasformar la sociedad hasta en sus últimos cimientos. D'Argenson aventuraba menos quimeras; un solo rey, una sola fe, una sola ley. Pero aunque el rey en su sistema debe ser absoluto, investido con la plena autoridad legislativa, no quiere la centralizacion, sino instituciones municipales, y no disimula los abusos de la antigua monarquia.

De esta suerte buscaba el talento un contrapeso al despotismo establecido por Luis XIV, y el ingenio de Montesquieu se fortificaba en medio de hombres de este temple. En sus *Consideraciones sobre la grandeza y la decadencia de los romanos* (1734), los hechos no dejan lugar á ninguna duda. Anticipado bajo el aspecto de las reflexiones y sobrepujando en la penetracion por Maquiavelo y Bossuet, no da á conocer de ningun modo el senado, ni el pueblo, ni las luchas de los plebeyos, ni los clientes, ni el tribunal; pero despliega mucha elocuencia para hacer contrastar aquel gobierno vigoroso con el sistema indolente y enmohecido de la Francia. Veinte años trabajó en el *Espíritu de las leyes*, y viente y dos ediciones de esta obra hechas en diez y ocho meses, dieron testimonio de cuándo se fijaba la curiosidad en el gobierno civil, que por largo tiempo habia sido un arcano. Ni aun siquiera obtuvo la aprobacion de la escuela filosófica (7); la posteridad le critica, sin embargo, continúa leyéndole seducida por aquella

---

(6) LEMONTEY.

(7) Helvetcio apartaba á Montesquieu del designio de publicar este libro considerándole demasiado defectuoso y propio para dañar á la reputacion del autor de las *Cartas*

elevacion de miras, aquella claridad, aquella interpretacion sagaz de la historia y aquel modo de deducir testimonios de todos tiempos y de todos paises. No busca, á semejanza de un hombre de convicciones profundas, el abuso para corregirlo, sino que quiere hallar su razon y su puesto: indiferente entre Dracon y Cristo, entre el gobierno de Japon y el de Atenas, justifica toda ley, toda religion; acepta la historia tal cómo es, sin que intente esplicarla, ni comprender cómo las instituciones se armonizan con las necesidades. Comprende que debe buscarse la significacion de los hechos en la naturaleza del hombre; pero las leyes que define como las *relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas* son las del universo, no ya las positivas deducidas de los pactos entre los hombres. Detesta el despotismo; pero en vez de esforzarse en destruirlo, lo considera como un efecto necesario de la corrupcion. No comprende las revoluciones ni el bien que se oculta bajo la idea del mal. Maquiavelo nada habia visto grande en las luchas italianas más que la habilidad y la fuerza de carácter cualquiera que fuese su rumbo. Montesquieu en una época tranquila descubre en el triunfo la recompensa natural del honor y de las virtudes. A diferencia de los teóricos del dia se apoya en los hechos; pero en vez de consultarlos para deducir de ellos la verdad, los reune sin crítica en apoyo de su teoria; cuando no se los suministra la historia recurre á las relaciones de América y de la China, aun cuando hubiesen sido alternadas por el interés, por la vanidad, por la ignorancia. Así ha deducido muchos principios falsos de hechos inexactos, apoyando en hechos falsos principios verdaderos, y no ha distinguido ni los paises ni los tiempos. En medio de este cúmulo de anécdotas sacadas de civilizaciones diferentes en extremo, en medio de cuadros sociales incoherentes, en que no se halla más que un encadenamiento ilusorio de analogias metafísicas, se le escapan muchas esplicaciones que no pueden deducirse más que de antecedentes y de circunstancias, hasta sin alteracion de las formas esteriores, y que hacen que Carlos XII no pueda ser en ningun caso un Atila.

De consiguiente no ve más que accidentes allí donde Vico no habia descubierto más que generalidades, independientemente de los casos particulares. A diferencia de Vico, cree á los pueblos formados por los grandes hombres: Mahoma y Confucio crean la civilizacion de sus respectivos paises: los códigos constituyen las naciones. Si no encuentra otra esplicacion más plausible recurre al clima, que produce para él lo que la sucesion de los hechos produce para los verdaderos filósofos. Era paradójico, y por lo mismo agradó. Pero además de que la teoria materialista de la legislacion deducida de los climas era necesariamente precoz, olvidaba en el estrecho círculo de sus conocimientos que sobre la patria de Solon dominaba el turco. Es superior á sus contemporáneos en considerar los fenómenos políticos como sometidos, no menos que los demás fenómenos, á leyes naturales indeclinables. Pero el plan que se habia propuesto no fué completado en su conjunto ni podia serlo; entra en la clase comun de aquellos trabajos generales de que Aristóteles dió el modelo primitivo, sin llegar á igualarlo, sobre todo si se atiende á los tiempos.

Su division de los gobiernos es esencialmente escolástica, como si se sujetara el mundo á clasificaciones de palabras: después de haber inventado las suyas, ajusta á ellas bien ó mal todos los siglos, todos los pueblos, sin asustarse de la diferencia que existe entre la república de Atenas y la de Holanda, entre la monarquia inglesa, la otomana y la de Luis XIV, única que conoce. Somete todas las materias, y hasta las religiones, á aquellas distinciones de poder legislativo, ejecutivo y judicial, de gobiernos aristocráticos, democráticos y monárquicos, lo cual le aparta del encadenamiento histórico. Después de haber dado diversos móviles á las naciones humanas, segun los gobiernos bajo los cuales viven, al par que el hombre es el mismo en todas partes, establece el principio de que las repúblicas están fundadas sobre la virtud, y escluye ésta de las monarquias, si bien añade que alude sólo á la virtud política, esto es, el amor á la patria y á la igualdad; y sostiene que para las repúblicas es nocivo el comercio; al paso que conviene á las monarquias, que necesitan del lujo y de la pompa. No le causa inquietud que le desmientan Cartago, Rodas, Venecia y la Holanda. Su tipo supremo y universal es la constitucion parlamentaria de Inglaterra, cuyos complicados resortes hizo conocer efectivamente, así como las garantias dispensadas á los súbditos por la ley de *habeas corpus*, por el jurado, por la oposicion, por la libertad de imprenta, por el derecho de acusacion judicial contra todo individuo. Sin embargo, le tenemos en cuenta el que se aplicara á un tipo existente, más bien que á utopias, y seguramente

---

persas. Voltaire, que á pesar de todo estimaba á Montesquieu como filósofo irreligioso, decia que le afligia ver en un libro que podia ser tan provechoso á la filosofia, «una multitud de paradojas, la verdad sacrificada al ingenio, ningun órden, citas casi siempre falsas, ejemplos tomados de pueblos del centro del Asia, apenas conocidos, y de viajeros mal informados ó mentirosos, y una infinidad de raciocinios falsos. Este libro es un laberinto sin hilo, un edificio mal fundado y construido irregularmente, en el cual hay muchos aposentos magnificamente barnizados y dorados; un gabinete mal situado con hermosas balaustradas de cristal de roca. Después de leerlo no se sabe lo que se ha leido. Yo desearia conocer la historia de las leyes, los motivos que las han establecido, descuidado, destruido, renovado: desgraciadamente no he hallado más que ingenio, burlas, imaginacion, errores. Una dama que tenia tanto talento como Montesquieu, decia que su libro era *de l'esprit sur les lois;* mejor no se le ha definido nunca. El autor no camina, anda á saltos, brilla, mas no ilumina; leia superficialmente, y juzgaba con ligereza.»

prestó un servicio acostumbrando á los espíritus á discutir sobre los hechos, á indagar el sentido de ellos, á comparar los gobiernos. Aunque no fuese innovador, ni con mucho, y aunque venerase al rey, á las leyes y al pais, auxilió con sus escritos al partido revolucionario, que perdió un moderador á su muerte; y entonces quedó solo el gran agitador del siglo.

Voltaire, 1694-1778.—Francisco Arouet de Voltaire (1718), natural de Chatenay, aprendió con los jesuitas á hacer versos como se hacian en el siglo precedente. Su *Edipo* le proporcionó acceso á las sociedades elegantes, que maravillándose de encontrar tanto ingenio en el autor de una tragedia, le permitieron hablar de igual á igual con los grandes señores. Pero ófendido el caballero de Rohan de sus mordaces chistes, hizo que le dieran de palos sus lacayos. Voltaire le envió una esquela de desafio, de cuyas resultas fué llevado por la policia á la Bastilla, donde estuvo encerrado seis meses. Irritado contra un pais donde el privilegio de la cuna establecia tanta diferencia entre los ciudadanos, pasó á Inglaterra y se ingirió en los círculos de los dispensadores de renombre. De Bolingbroke tomó la osadia; aguzó su malignidad natural en sus conversaciones con Swift, y aprendió de Pope á enlazar ideas profundas á imágenes brillantes, y en la sociedad de todos aprendió la sonrisa de una docta incredulidad, y el sarcástico contentamiento en la persuasion de que cuanto existe es bien que exista.

El movimiento de una sociedad libre, la originalidad de sus caractéres, las mil nuevas formas de los *clubs* y de las asociaciones religiosas, la libre discusion de los negocios públicos, la inteligencia trasformada en un medio de llegar al poder, la ovacion de los hombres ilustres, la literatura fundada, no sobre la opinion de la corte, sino sobre la opinion del pueblo, dieron á su imaginacion una energia imposible de adquirir en el continente, donde las preocupaciones, la costumbre y el ceremonial eran otras tantas trabas ominosas. De vuelta en París hizo conocer á Shakspeare, á Locke, á Newton la vacuna, el jurado y otras instituciones ignoradas en Francia. Si la corte hubiera sabido hacerle las caricias que deseaba, quizá se hubiese dedicado á adular los vicios más bien que á combatir los errores. Pero con un gobierno sin vigor, que ponia trabas á la emision del pensamiento sin saber refrenarlo, Voltaire se hizo un mérito de una oposicion sin peligro, y adulando ciertas pasiones, protestando que le habian robado su manuscrito, que el editor lo habia alterado, recurriendo á otros subterfugios que quitarian hasta á la verdad el prestigio del candor y de la valentia, diciendo lo que el siglo ya pensaba, y tratando las cosas serias en tono de burla, cautivó los ánimos generalmente; después la persecucion le hizo poderoso, porque las opiniones que se castigaban en él eran las de su tiempo.

En las *Cartas inglesas*, la primera de sus obras que fué condenada, ataca á Pascal y á Newton con una intencion evidentemente anticristiana. *La Doncella de Orleans* le valió una gran reputacion entre la turba patricia, cuya educacion se habia formado en las cenas del regente, por el motivo de que era una obra grandemente criminal, y de que no estaba impresa, cuando después esta «parodia sacrílega de un sublime episodio nacional» (8) fué dada á la imprenta, el público complaciente imputó á alteraciones hechas por el editor lo que veia allí débil ó defectuoso.

¡Cuánto bien hubiera hecho Voltaire, si hubiera acometido la empresa de dirigir la opinion en el sentido del triunfo y edificacion de la sociedad nueva sobre las ruinas de la vieja! Al revés, para nada tiene en cuenta la reflexion; todo es sentimiento y vivacidad de espresiones, todo buen juicio de una energia implacable; y como este buen juicio le revela la pobreza del espíritu que le rodea, marcha hácia su objeto sin miramiento á los hombres ni aun á los santos, sin cuidarse siquiera de si él mismo pensará mañana de otro modo. La esperanza le habia hecho adular al regente; encomió á Inglaterra por venganza, exaltó á Shakspeare cuando no le conocia nadie, y le denigró cuando le temió como un rival. Bajo un aire de independencia se descubre una cortesania asidua respecto de todo lo que es autoridad. Nadie conoce mejor el arte de dar á las alabanzas un giro espiritual que las hace doblemente gratas. Pocos hombres le igualaron en aquella cólera de que estaba animado contra sus rivales, y que parece exclusiva de la ambicion impotente; y agotando toda la retórica de la ira y del despecho, proporcionaba una satisfaccion á sus émulos despreciables.

Voltaire era tanto más peligroso, cuanto que era el primer poeta de su tiempo, tiempo á la verdad poco poético; y presentando las ideas nuevas bajo la bella forma del siglo precedente, pretendia, no sin razon, ser colocado al nivel de los autores más ilustres. Escritor insigne, sabia mantenerse en ese medio, sobre el cual está la declamacion y debajo del cual está la trivialidad; enérgico y moderado, natural y correcto, debe al estilo gran parte de sus triunfos, y su superioridad sobre los literatos enfáticos que siguieron su bandera. Pero en su carrera poética no fué arrastrado por el ímpetu del genio que se ignora á sí propio. Trató á Dante de bárbaro, mientras que exaltaba á Tasso; intentó hacer pasar á Corneille por un plagiario de los españoles, y le echó en cara todos sus nobles atrevimientos, las frases vivas y los idiotismos (9).

---

(8) Tomamos esta apreciacion del *Elogio de Voltaire* por Harel, premiado en 1844 por la Academia francesa. Los que quieren ver al héroe del siglo XVIII divinizado con los sentimientos y las espresiones del siglo XIX, pueden recurrir á este escrito.

(9) Galiani, aunque afecto á aquella filosofia burlona, opuso á las últimas críticas de Voltaire sobre Corneille

De aquí resultó, que osado en todo lo que no era asunto de estilo, habituó la lengua á tal timidez, que lo hubiera hecho vulgar si hubiese perdido la correccion elegante que tenia.

Se habia dedicado con espíritu crítico á la poesia, y viendo que faltaba á su pais una epopeya, dijo: *Yo le dotaré con una.* Pero no permitiéndole su desden hácia la religion buscar el asunto en los tiempos, lo tomó en el siglo del exámen; y aunque eligió el héroe más popular de la Francia, quizá no le era posible elevarle hasta el ideal épico, y no le elevó ciertamente. La *Henriada* está compuesta dentro de todas las reglas, con todo el ceremonial de los poemas calcados sobre la *Eneida*. Allí se encuentran una tempestad, una narracion, una Gabriela abandonada, un descendimiento á los reinos de la muerte, una prediccion de grandezas y de infortunios. Pero el siglo que describia no era suficientemente sencillo para tolerar tales invenciones, así como no tenia bastante frescura de imaginacion el siglo á quien hablaba. Jamás ofrece escenas campestres ó de una índole apacible; diserta en el paraiso sobre la gravitacion de Newton y sobre la tolerancia religiosa; siempre es la razon la que habla. Como obra política puso en su poema grandeza, ideas elevadas, y pintó bien los caractéres, aunque sin crear un solo tipo. Es un trabajo de ingenio y gusto, emprendido por pundonor y sin creencia en su obra, sin respeto hacia el arte, y donde mezcla á hermosos arranques trivialidades que no justifica el entusiasmo. Federico II pone la Henriada al lado de la *Eneida*, porque no habia leido el poema de Virgilio; la posteridad la coloca debajo de la *Farsalia*, y encuentra que la fábula es allí menos poética que la historia.

Contribuyendo en la tragedia á la reforma comenzada por aquel Crebillon de quien renegaba, quiso sustituir la severidad á las insulseces y aproximarse á la pompa del teatro griego, así como á la grandeza inglesa; de consiguiente se ensayó en géneros distintos; pero no llegó á la perfeccion en ninguno de ellos. Conocia maravillosamente el secreto de las emociones poderosas y del efecto que se debia producir sobre los espectadores, sin hacerse de ello un caso de conciencia á imitacion de Racine. Busca más bien los golpes de teatro, el prestigio de las decoraciones, las frases declamatorias, la ostentacion de grandes sentimientos, que el fino estudio del corazon humano propende más bien á las conmociones apasionadas que á la correccion, al éxito inmediato más bien que á la inmortalidad. Imita inoportunamente, se resigna á todas las reglas del arte, conserva la declamacion y las perífrasis, pero no la sencillez de sus dos grandes predecesores: tiene magníficos pasajes, muy hermosos versos, pero carece de un estilo que le sea propio. En *Edipo*, en *Artemisa*, en *Mariamne*, se habia constituido el mejor imitador de Racine: quiso posteriormente figurar por sí mismo, y se mostró más apasionado y en los recursos dramáticos más atrevido. En el *Merope* tomó menos prestado de los antiguos que de Maffei, creyendo mejorarle, precisamente cuando hacia lo contrario (10). Su *Orestes*, en que prescindió del todo de confidentes y de amores, ofrece mucha más complicacion de la que consiente el carácter griego.

Abrumó de desprecio á Shakespeare, que le habia arrancado una admiracion de artista, cuando se le evocó para demostrar lo que le habia tomado, y cuán inferior queda siempre el talento al genio. Hasta se hace un mérito de haber sido el primero en reunir algunas perlas en medio del inmenso estiércol de aquel *histrion bárbaro*. A imitacion suya introdujo espectros, pero sin grandeza, ni dignidad, ni gusto. En el *Bruto* imitó el *Julio César* del autor inglés, aquella pieza en que tan grande y natural papel representa el pueblo, y bosquejó perfectamente el amor de la libertad y las intrigas de los reyes caidos, aunque sin atreverse, como su modelo, á presentar la verdad desnuda. Creyó deber añadir en el segundo *Bruto* algo al horror que inspira el parricidio; pero esta tragedia es tan débil como la de *Catilina* y todas aquellas cuya trama se urde en la escena.

Sale más airoso en los asuntos modernos cuando saca al teatro personajes cristianos, desterrados desde el *Cid* de la escena. Es esencialmente poética la invencion de la *Zaira*; pero bajo el aspecto de la verdad se queda muy en zaga de la pasion de Otelo y de la perversidad de Yago. Tampoco se encuentra en este drama á las mujeres de Oriente nacidas para el amor y para sus trasportes. Están pintados de mano maestra los cautivos cristianos; pero el interés que inspiran hace perder en dignidad á aquella Zaira que persiste en su amor hácia el feroz Orosman.

Así como Voltaire puso aquí en contraste á los orientales y á los europeos, opone en *Alcira* á los españoles y á los peruanos, donde es magnífica la lucha de la heroina entre sus nuevos deberes y sus sentimientos y sus costumbres antiguas. En el *Tan-*

---

una doctrina digna de reflexion: «del mérito de un hombre sólo tiene derecho á juzgar su siglo; pero un siglo tiene derecho á juzgar de otro. Si Voltaire ha juzgado al hombre en Corneille, es absurdamente envidioso. Si ha juzgado el siglo de Corneille y el grado en que se hallaba el arte dramático de entonces, puede hacerlo, y nuestro siglo tiene derecho de examinar los siglos precedentes... He insistido sobre notas gramaticales que me enseñaban que tal palabra ó tal frase de Corneille no estaba en buen francés. Esto me ha parecido tan absurdo como si me enseñaran que Ciceron y Virgilio, aunque italianos, no escribieron en tan buen italiano como Boccacio y Ariosto. ¡Vaya una impertinencia! todos los siglos y todos los paises tienen su lengua viva, y todas son igualmente buenas; cada cual escribe la suya.» Carta á d'Epinay.

(10) Esta tragedia escitó tal entusiasmo, que el público rogó á la duquesa de Villars, en cuyo palco asistia á la representacion, que le diera un abrazo.

credo están reproducidos los sentimientos caballerescos del Cid y los sacrificios generosos; pero en la ejecucion se halla embarazado el poeta y decae. En el *Mahoma*, conforme á las ideas del autor sobre religion, el profeta no es más que un hábil impostor, como si se pudieran producir grandes efectos sin entusiasmo (11). El fin que allí se propone le induce tambien á exagerar las crueldades que hace cometer al profeta. Apenas merece que nos detengamos en su análisis el *Huérfano de la China;* es una de esas tragedias de rutina que no piden á la historia más que un nombre y una catástrofe: desde el principio hasta el fin está calcada sobre lo falso.

Napoleon decia de Voltaire que «no conoció en la tragedia ni las cosas, ni los hombres, ni las grandes pasiones.» Sin embargo, es el género en que más sobresalió su talento, porque no habla en su propio nombre. Era demasiado maligno para ser gracioso en la comedia, demasiado superficial para desarrollar un carácter completamente, y sin par para hacer burla de las opiniones y de las doctrinas, no sabia penetrar bien el lado ridículo del carácter, el único que se podia poner en escena.

Viendo que su siglo en su gusto de oposicion y de reformas, queria máximas filosóficas, modeló sobre esta aficion su poesia; y así como habia urdido sus tragedias sobre tésis morales, compuso, á imitacion de Pope, *discursos en verso.* Sus poesias filosóficas ofrecen todas las bellezas que pueden esperarse de una moral sin religion, de una metafísica sin creencias; instruyen sin conmover; sin haceros mejor os dan lecciones sobre la vida; además siempre tienen otro objeto distinto que el del arte, porque propenden á favorecer la independencia de la razon, á divulgar el escepticismo, á relajar el freno de las costumbres, y ataja á la inspiracion el sensualismo.

No se puede acusar á Voltaire de haber querido derrocar la religion y la moral deliberadamente. Ya no habia buenas costumbres y las creencias estaban quebrantadas; sólo tuvo el deseo de agradar, y se resignó á las exageraciones inevitables cuando se quieren ejercer enérgicas represalias. Se lisonjeó de contribuir á la emancipacion de los pueblos; pero creyó llegar á ella con la relajacion de las costumbres y el debilitamiento de las creencias, que son, por el contrario, los sostenes del despotismo. Tambien propenden á la reforma con auxilio de la licencia sus deliciosas novelas, donde, al estilo inglés, no se propuso ofrecer un cuadro sencillo y verdadero de la sociedad, ó al estilo moderno, el desarrollo de una pasion, sino la demostracion de una tésis, para hacer penetrar sus ideas hasta en la clase más numerosa, permaneciendo siempre dentro de las condiciones del gusto y del arte: su objeto era combatir la política, la religion, los usos, con una ironia fecunda é inimitable, é inspirar la moral del deleite.

En este género concibió igualmente la historia. Schlegel ha dicho que Voltaire hizo menos daño con sus impiedades, que con el falso espíritu que introdujo en la historia, propagando la costumbre de la oposicion y del epígrama, cuando se habia mostrado séria bajo los reyes precedentes, en cuya época desempeñaba el papel oficial de aduladora (12). Habiendo convertido Voltaire en un arma la historia como todo lo demás, no escogió entre la elocuencia de los grandes siglos literarios y la sencillez de los tiempos primitivos, sino que se resignó en sus declamatorias prolijidades á trazar caricaturas en vez de retratos. Su *Historia de Carlos XII*, en que los hechos hallan esplicacion en la narracion misma, y donde llegó á inspirar interés hácia un héroe esencialmente belicoso, sin justificar por eso la guerra, es más épica que la *Henriada*, porque se trataba únicamente de pintar, en lo cual es incomparable por la rápida elegancia y por la sencillez, cosa que no impide que se eleve á veces hasta el entusiasmo. En oposicion á la decadencia del gusto, á las paradojas de Rousseau contra las letras, á la libertad de los filósofos, que dejaba de agradarle desde que le robaba aplausos, al temor que el gobierno manifestaba tener á los escritores, escribió el *Siglo de Luis XIV*, donde se muestra únicamente panegirista sin revelar el fondo de las cosas ni la mudanza sobrevenida entonces en las costumbres, sin recordar que un rey tiene otros deberes que el de excitar la admiracion, y que la Francia tiene otras glorias que la elegancia de sus escritores. ¿Pero podia comprender aquel siglo un hombre como Voltaire, que habia sido siempre adulador de los reyes, que habia querido ver destruidas las historias que revelan sus delitos (13); que detestaba á los curas y á los frailes porque habian enfrenado la arbitrariedad real y favorecido al pueblo (14), aquel pueblo tan vil á sus ojos? Por tanto, sean ó no justas las guerras de que habla, y aunque aquel lujo arruinó á la Fran-

(11) Voltaire se burlaba sin duda de sí propio y de los demás cuando escribió á Benedicto XIV la siguiente dedicatoria: «Santísimo padre, vuestra santidad perdonará el atrevimiento de uno de los más ínfimos fieles, aunque de los mayores admiradores de la virtud, en someter al jefe de la verdadera religion esta obra contra el fundador de una secta falsa y bárbara.» La respuesta con que Benedicto XIV honró al autor de la *Doncella de Orleans*, no tiene tampoco la dignidad conveniente.

(12) Gomberville proponia sériamente en 1620 reservar á los reyes el derecho de hacer escribir la historia y de condenar á ser desollado vivo al que la escribiera sin la autorizacion competente. (*Discurso de las virtudes y de los vicios de la historia*, p. 158.) Mucho más tarde Camusat *(Historia crítica de los periódicos)* desaprueba la libertad de éstos, por la plausible razon de que á Agripina no le hubiera parecido bien que un periodista *indiscreto* anunciara las circunstancias particulares de la muerte de su esposo.

(13) Entre otros pasajes véase la *Correspondencia*, tomo III, pág. 276; Carta á Federico II.

(14) Id. p. 134.

cia, todo le mueve á admiracion; y á fin de que resplandezca mejor el barniz que derrama sobre esta época, trata de bárbaros á los siglos anteriores. A estilo de ciertas vidas de santos, distribuye en categorías distintas los diferentes hechos, y no sabe abarcar de una sola mirada los sucesos, los caractéres, las costumbres. ¿Qué resulta de esto? Conoceis los casos particulares y las anécdotas, pero no el siglo, y no podeis pronunciar sobre esta época un fallo fundado.

El *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* es una tésis contra el poder eclesiástico. Con una erudicion que parece grande porque es descarada, y á la cual no se puede hacer el cargo de ser incompleta, por el título mismo de la obra y el método elástico del autor, refiere á los orígenes menos conocidos los hechos y las anécdotas; pero, en lugar de servirse de ellas para dar originalidad á la relacion de las acciones principales, y vida á la pintura de los movimientos sociales, las reparte en capítulos diferentes; sistema cómodo para sustituir sus opiniones á los hechos, y él mismo á la verdad. Los grandes desastres y las desgracias magnánimas le hacen sonreir; no aprecia el poder de los caractéres, y no coloca á los hombres en su lugar. Se complace en designar pequeñas causas á grandes hechos, en rebajar á los héroes y en «ridiculizar á ambos hemisferios.»

De esta manera la gloria que Voltaire hubiera adquirido emancipando á la historia, y familiarizando el mundo con las ideas nuevas é independientes, fué echada á perder por un espíritu de sistema y por el título de filósofo á que aspiraba; sus obras sirvieron para corromper el sentimiento histórico, que entonces, como todo lo demás, sufria la influencia de la filosofía de Locke, filosofía que todo lo hacia derivar únicamente de la sensacion. El salvaje siente una necesidad, reflexiona en ella, y encuentra el medio de satisfacerla; observa á los animales y aprende; así la invencion procede por línea recta y lógicamente. De esta manera es como Buffon, Raynal y Temple establecian la civilizacion, y Condillac, todo el sistema del conocimiento. Pero el salvaje abandona con dificultad su indolencia habitual. Pues bien, deben esperarse estos casos estraordinarios que no se renuevan sino á intérvalos muy remotos, y para esto multiplicar los siglos hasta lo infinito. Con respecto á las ideas innatas, á tradiciones de una civilizacion anterior, nada existe; se sustituye á ellas la naturaleza, la inteligencia, la lógica. Es cierto que algunos recurren á generaciones anteriores á las nuestras; pero éstos van á buscarlas por una parte, aquéllos por otra, en Tartaria, en Siberia, en la Nueva Holanda, con tal que no haya sido donde las coloca la más antigua tradicion, y que no se pregunte de dónde la adquirieron aquellos paises. Los hay que atribuyen los descubrimientos y la civilizacion al genio; pero el genio, segun Helvecio, no es más que una combinacion fortuita de sensaciones, lo cual hace que volvamos al mismo principio.

Una vez separado á Dios, la historia no fué más que un conjunto de accidentes. El acaso crea las religiones entre los hombres asustados por un cataclismo; el acaso que conduce á un ermitaño á Jerusalen produce las cruzadas; la casualidad de morir crucificado un nazareno, desarregla la sublime arquitectura del imperio romano. Aun más, la casualidad de chocar un cometa con el sol, hace separar algunos fragmentos, y produce este hermoso órden planetario, como tambien el globo terrestre sobre el cual la casualidad nos agita un instante para arrojarnos después entre los átomos errantes.

¿Para qué sirve, pues, estudiar la historia, si lo pasado no puede instruirnos nada sobre lo futuro? A lo más tendrá, como lo pretende Condillac, la utilidad del ilota ébrio en los festines de Esparta (15). Otros la hacen inútil á fuerza de escepticismo (16). Ya Bayle habia abierto la brecha, encontrando que todas las opiniones se presentaban con igual séquito de pruebas. En vano Freret (17) ensayó una operacion metódica, asignando límites á la duda: acumularon con interés las contradicciones y errores encontrados en una y otra parte, hasta el punto de llegar Volney á afirmar que no existia historia verdadera sino hacia un siglo, es decir, desde el momento en que Venecia comenzó á tener gacetas, «monumentos instructivos y preciosos hasta en sus errores, porque sus contradicciones ofrecen bases fijas para la discusion de los hechos.» (18) Además así coma el Usbek de Montesquieu encontraba ridículas nuestras costumbres, porque las comparaba á las suyas, todos pretendian juzgar las de otras épocas con arreglo á las ideas del dia, y medir todo tamaño con la vara de París.

Reducíase, pues, la historia, á un conjunto de hechos incoherentes, ó á una série de razonamientos abstractos: repugnante sin ser cierta, ofrecia en sus relatos, no acontecimientos sino reflexiones, y no decia cómo las cosas habian sucedido, sino por qué. De esta manera se quedaba el lector en la ignorancia; pues es preciso para comprender bien los libros y las obras de los tiempos pasados, amor y cariño á ellos: los que sólo quieren extraer

---

(15) Tambien Rousseau dice que los hombres sensatos deben considerar la historia como un tejido de fábulas, cuya moral es muy á propósito para el corazon humano.

(16) Se ha calculado que empleando, durante ochocientos años, diez y ocho horas diarias, no se llegarian á leer todas las obras históricas que contiene la Biblioteca Real.

(17) *Sobre la certidumbre histórica.*

(18) VOLNEY, *Lecciones de historia pronunciadas en la escuela normal*, p. 57. El plan que traza de una historia merece leerse: reclama para ejecutarle el minucioso trabajo de una academia general, histórica, filosófica, dividida en siete secciones, una céltica, otra helénica, una fenicia, otra anglo-sajona, dos para las lenguas mongolas y kalmukas, sanscrita y china, una para confrontar las lenguas del Asia Oriental con las de la América Occidental. De seguro saldrá de esto una obra filológica, pero nunca una historia. ¡Y una historia escrita por una academia!

la sustancia atacan su mérito y no buscan más que el charlatanismo del saber haciendo ostentacion de conocimientos positivos.

No se debe sin embargo creer que se dejase entonces de estudiar seriamente la historia; se diria que hasta algunos se obstinaban en este estudio para protestar en contra de la ligereza que todo lo invadia. La Bletterie permanecia con los conservadores; pero envolviéndose en un estilo florido, quita á su *Historia de Juliano* la originalidad del asunto. Resucitando el presidente De Brosses á Salustio, cuyo estilo recordaba algo, no descuida ningun detalle hasta el más minucioso; ama las antiguas costumbres, pero al mismo tiempo el libre exámen, y pareció original haciendo su relacion como á retazos. Le Beau sabia el latin mejor que nadie en Francia: pedante, pero exacto, da algunas luces sobre el intrincado laberinto del Bajo Imperio; pero, ó desconoció la importancia del cristianismo y de las misiones, ó temió que se le tratase de escritor preocupado.

Rollin, 1661-1741.—Carlos Rollin, de la escuela modificada de Port-Royal, amigo sincero y cordial de la juventud, ve como hombre honrado en todos y en todas partes su propia honradez, hasta entre los romanos, pero admira, con los héroes de Plutarco, á los humildes y pacientes obreros del Evangelio. Sospechoso de haber escrito folletos jansenistas, oye al cardenal Fleury, reprenderle por no limitarse á las *cosas de su esfera*. Perseguido por el regente, no se atreve la academia á admitirle en su seno, y sufre sin quejarse. Habiéndosele prohibido la enseñanza, emprendió á la edad de sesenta años escribir la historia romana y la antigua, y el público le concede la recompensa que le negaba el gobierno. El mismo Federico II le dirige cartas tan lisonjeras como á Voltaire. Falto de erudicion verdadera, y aun más de crítica, no pesa las autoridades; y le basta que una cosa sea dicha por un antiguo, para que la crea, pero agrada por el sabor moral y por la buena intencion de sus escritos. Muestra la misma bondad del alma en su *Tratado de los estudios*, obra en la que se encuentran sencillas impresiones de lo bello y un juicio sano. Refiere el arte al buen sentido y á la esperiencia del genio, educando á los jóvenes para la sociedad.

Montfaucon, Winckelman, Caylus meditaban sobre el arte antiguo. Manuscritos árabes, turcos y persas enriquecian la Biblioteca real. Fundábanse cátedras de lenguas orientales; Renaudot, Herbelot y Petit de la Croix revelaban la historia civil, política y religiosa de Oriente. De Guignes describia las vicisitudes de los hunos y de los turcos; Anquetil du Perron traia de la India y de la Persia los códigos sagrados, así como Galland trajera las *Mil y una noches*. Continuaban dedicándose en la academia de las Inscripciones á una crítica sin pasion, y se meditaba en ella, ademas de lo concerniente á los griegos y latinos, sobre las instituciones nacionales. No se puede dejar de alabar bajo este aspecto la paciencia de Foncemagne, de La Porte du Theil, de Bartelemhy y de Vaillant. Los padres de San Mauro continuaban sus laboriosas compilaciones; y bastará citar los cinco tomos de documentos de Brequigny (1763-1790), en cuyos prefacios se trata de los tiempos pasados de la Francia con una conciencia tan severa como ilustrada, y se establecia con toda claridad el problema de las libertades municipales de la Edad Media, de manera que pueda proporcionar los medios de encontrar el origen del tercer estado. Comenzó en 1778 la gran coleccion de los historiadores de Francia, que dió impulso á tantas otras; y se vieron aparecer la *Historia del Languedoc* de dom Vaissette, la de *Bretaña* de dom Morice, la de *Borgoña* de dom Plancher, y la *Historia literaria*, impresa á espensas del rey; la coleccion de los diplomas y la *Gallia christiana* de los frailes de Sainte-Marte: dom Clemente, Clemencet y Durand publicaban el *Arte de comprobar las fechas*.

Pero no eran éstos los historiadores de la muchedumbre; y la inculta sencillez de los eruditos no podia prevalecer sobre el ruido sentencioso y vacío de los filósofos, sobre todos aquellos talentos, en moda entonces, que sentaban con seguridad máximas sin vínculos entre sí, y parecian profundos sin poseer el conjunto de la materia que trataban.

Anquetil (1723-1806) se atrevió á emplear en el *Espíritu de la liga* las espresiones de los antiguos cronistas, abandonadas antes de su época, como duras y rancias; pero abusó después de las citas, hasta el punto de llegar á ser casi un compilador. Refiere con naturalidad y sencillez, pero pais por pais y con ideas preconcebidas; hace reflexionar poco, rara vez se afecta, y nunca se indigna. Compensa los hechos más horribles con algunas buenas cualidades, y cree haber penetrado el fondo de las cosas, porque dice algunas palabras felices sobre la Liga ó sobre la diplomacia de Enrique IV.

Precisado á vivir Boulanger (1722-1759) como ingeniero de minas en las entrañas de la tierra, encontró en todas partes huellas de un diluvio, y pensó en descubrir sus efectos sobre nuestra raza. Estudió, pues, el latin para comprender á los romanos: encontrándolos demasiado modernos, interrogó á los griegos; pero reconoció la necesidad de remontarse á los orientales; y habiendo aprendido su idioma, escudriñó sus tradiciones, y escribió una historia universal rica en fecundas ideas, aunque truncadas é incoherentes. Tanta paciencia no hubiera merecido más que elogios, si no hubiese tenido por objeto el no hacer resaltar más que la duda y la negacion.

Filósofo, y sin embargo, enemigo de los filósofos, el presidente Henault (1685-1770) hizo la historia árida en su *Compendio cronológico;* pero popularizó las indagaciones sobre los primeros tiempos de la Francia, sosteniendo siempre el absolutismo de los reyes. En sus *Observaciones* esplicó la historia de Francia con ayuda de las leyes y costumbres, y predicó al menos, si es que él no lo hizo, que debia evitarse el anacronismo general

de pintar nuestro siglo cuando se describe otro. Sério y austero, no podia mezclarse á los burlones. Hace el cargo á Voltaire de mala política y mala moral; pero idólatra de la antigua sociedad, no comprendia los progresos de la nueva, y censor de su época, admira á Esparta excediendo á Rousseau.

Su ejemplo aumentó los cuadros históricos, los resúmenes, las historias universales. Saint-Marc escribió la de Italia con arreglo á Muratori; Mehegan emprendió una moderna en continuacion á la de Bossuet, del que está bien distante en la forma, y aun más en las ideas. Hardion compuso para uso de las princesas una historia universal, larga y frívola á la vez. Colocaremos en la misma línea los *Discursos sobre la historia* y la *Historia universal* que Millot y Condillac escribieron para instruccion del duque de Parma. Mably (19), hermano del último de estos autores, razonador árido, pero intrépido, desfiguró en sus *Observaciones sobre la Historia de Francia* la historia nacional, para acomodarla por fuerza á su sistema político de la democracia, sin conocer, sin embargo, los progresos de ésta á través de las instituciones católicas y francas. Es una absurda y temeraria novela; pero fué ensalzada hasta las nubes porque su tendencia agradaba entonces. Siguiendo la moda, denigra las costumbres de su siglo, encuentra en todo frivolidad, y alaba lo antiguo; método escelente para hacer la historia inesplicable. Así es que trató de barbarie todo lo que ofrecia el sello de los tiempos y de los caractéres; no consideraba como dignas de elogio más que las repúblicas de la antigüedad, y en lugar de caminar adelante, creia necesario retrogradar á lo pasado.

Era sin duda una gran idea la de aplicar la filosofía á la historia, es decir, erigirla en ciencia más ó menos rigorosa, y esplicar las obras de los hombres y las de la sociedad. Pero la intolerancia y las preocupaciones la estraviaban; se renegaba de los hechos, y se descomponian en anécdotas. El clasicismo pagano se introducia en la historia no menos que en la literatura y en la política.

Si existe una ciencia que viva de accion, que tenga necesidad de permanecer con el pueblo, de inspirarse con lo sublime y lo virtuoso, es la historia. Ahora bien, los filósofos eran estraños á los asuntos públicos; erigian en su gabinete un altar á la verdad, del que se consideraban como ministros. Pero no pensaban tanto en hacerla eficaz, como en obtener el incienso de los lectores, es decir, de la clase culta. De aquí los defectos principales de sus historias y de las demás obras de la época, que se reducen á tésis tan pronto de retóricos como de sofistas, en las que las fisonomias se encuentran desfiguradas para hacerlas asemejar á las que se querian censurar ó alabar, y los hechos bajo el pretexto de interpretarlos filosóficamente, están alternados hasta el punto de llegar á ser alusiones.

Raynal, 1713-1796.—Guillermo Raynal de Saint-Geniez era un buen abate ex-jesuita, que se ocupaba doctamente de su *Historia de las Indias*, de un arte y de una clase rebajada hasta entonces, haciendo el elogio del comercio y predicando la rehabilitacion de los trabajadores. Pero, temiendo que no se prestase más atencion á esta obra que á las anteriores que habia publicado, se entregó á declamaciones ampulosas y virulentas, tomadas de las peores improvisaciones de Diderot, con todo el entusiasmo de los plagiarios, y sembrándolas de digresiones incoherentes, de reprensiones y de consejos dados con petulancia á todos los gobiernos; pero no pudo, aun atacando á los reyes y á los sacerdotes, obtener los honores de la persecucion, y su anónima obra se vendió casi con libertad. Como á cualquier precio queria que se le condenase, hizo otra edicion con su nombre y retrato, añadiéndole declamaciones y evidentes alusiones al ministro Maurepas. Fué, pues, quemado su libro por mano del verdugo, y pudo entonces dar libre curso á su clamoroso despecho. Su método es razonar sobre todo lo que se le ocurre, tanto sobre los diamantes de Golconda como sobre la pimienta de las Maldivas, sobre los judíos y sobre los bohemios; sustituir á las verdaderas particularidades los adornos de la moda; todo sin crítica, sin conciliar las contradicciones, y adoptando lo que le proporcionaban sus colaboradores oficiales (20). Su estilo consiste en ser hinchado todo lo posible, y terminar sus períodos con sentenciosas esclamaciones; su filosofía en declamar sin cesar contra la perversidad del hombre civilizado y contra toda religion, pero sobre todo contra la nuestra; lo que bastaria para hacerle reconocer como cristiano, á despecho de su pretension de escribir de manera que no se pueda juzgar de qué pais es, ni á qué fe pertenece (21). Impetuoso con pasion, como en la víspera del ataque, convirtió la palabra en un instrumento de demolicion; con poca fe y mucha vanidad quiso sustituir á la verdadera independencia y á la verdadera filantropia una independencia y una filantropia que no eran ni la antigua caridad cristiana

(19) *Observaciones sobre la historia de Francia.*

(20) El más laborioso entre ellos fué Pechmeia, á quien no citamos más que para recordar su amistad con el médico Dubreuil, Decian á Pechmeia: *No sois rico.—No*, contestaba, *pero Dubreuil lo es.* Atacado este último de una grave enfermedad, hizo llamar á Pechmeia y le dijo: *Amigo, mi mal es contagioso, sólo á tí puedo permitir asistirme; haz retirar á todo el mundo.* No tardó en morir y Pechmeia sólo le sobrevivió algunos dias.

(21) «¡Oh verdad santa! á tí sola he respetado. Si mi obra encuentra aun algunos lectores en los siglos venideros, quiero, que al ver cuán libre he sido de las pasiones y de las preocupaciones, ignoren el pais en que he nacido, bajo qué gobierno he vivido, qué empleos he desempeñado en mi patria, y qué culto he profesado; quiero que me crean todos su conciudadano y amigo.»

ni el nuevo egoismo, tanto, que desagradó á unos y á otros. Ningun autor, dice Barante, habia hasta entonces faltado hasta aquel grado á la razon en las ideas y á la mesura en su espresion (22). Delirante en sus opiniones y ridículamente enfático en sus términos, Raynal ostenta principios opuestos al buen órden, en cualquiera sociedad que sea. No hay crímenes cometidos en las ultimas turbulencias de Francia á que no apele aquel declamador. Sin embargo, cuando acaeció la revolucion, desaprobó sus escesos; pues la confianza que el autor, encerrado en su despacho, tiene de sí mismo, cede después á las rudas lecciones de la esperiencia.

El sábio Nicolás Freret (1688-1749) habia examinado con atrevida crítica á los Evangelios, cuya autenticidad zapaba, por la razon de que habian circulado muchos apócrifos en un principio; y decia que si Cristo hubiera destruido el mal y el pecado, no hubiera habido una série de persecuciones y guerras de religion ocasionadas por el cristianismo.

Tales eran los que hacian ostensible profesion de historiadores; pero otros del mismo bando recurrian tambien á la historia para encontrar en ella armas contra la revelacion, contra los gobiernos, y para hacerla depositaria de sus odios. Voltaire habia enseñado á asegurar sin exámen y decia: *No vacileis en decir con osadia hasta una mentira; siempre quedará alguna cosa de ella.* En efecto, muchos de sus asertos se propagaron entre el vulgo de las personas instruidas; y los defensores de la verdad tienen aun que oir el que se les haga un cargo por las que él sentaba, con una ignorancia igual á su descaro, en la guerra detallada que renovaba diariamente contra la Biblia, la fe, la antigüedad, con arreglo á un programa más impudente aun que impío (23). Fijando su atencion sólo en los fenómenos como debe serlo el sensualista, no observa más que movilidad y capricho en la marcha del mundo; todo lo somete á pequeñas causas, y hace la sátira de la Providencia: difícil seria enumerar sus errores históricos. Para él los egipcios son miserables albañiles, aunque sus maravillosos edificios comenzasen entonces á revelarse; para él, que niega la antigüedad de la Biblia, el más antiguo de los libros sagrados es el Ezur-Vedam, catecismo compuesto en indio por un jesuita; el Zendavesta rivaliza en antigüedad con el Sadder, que él tomó por el nombre de un autor, al paso que es un comentario hecho hace trescientos años; en su opinion, tan hóstil á la fe de su pais, Cristo fué condenado con justicia, porque *el que se levanta contra la religion de su patria merece la muerte*; para él, que hace un cargo á la inquisicion por sus hogueras, toda tolerancia con los vencidos es una cobardia. Cita con falsedad; contesta á un razonamiento que se le opone, á un error que se le indica, con una argucia ó una groseria. Pinto, judío de Burdeos, se queja de los continuos insultos que dirigia contra su nacion: Voltaire le da la razon, pero no deja de proseguir el curso de sus injurias.

Entonces el abate Antonio Gueneé (1717-1803), sucesor de Rollin, buen escritor, instruido en el conocimiento de las lenguas antiguas y modernas, y que habia traducido del inglés á varios apologistas, emprendió combatir á aquel genio burlon, con ayuda de la erudicion, sin descuidar el talento y el gusto (24). Por consideracion á un siglo

---

(22) Turgot escribia á Morellet (Mem. I, 215): «Estoy admirado al ver la incoherencia de sus ideas y de que las paradojas aun las más contrarias sean alegadas y defendidas con el mismo entusiasmo, la misma elocuencia y el mismo fanatismo. A veces es tan rigorista como Richardson, tan inmoral como Helvecio y tan entusiasta de las suaves y dulces virtudes como de la intemperancia y del valor feroz; considera á la esclavitud abominable y al mismo tiempo quiere esclavos, así como desvaria en física, en metafísica y á menudo en política.» etc.

(23) «Por las tradiciones de los profetas, y antes de ellos por las de los patriarcas, nuestra religion se remonta al nacimiento de la sociedad. Esta antigüedad es bien imponente; es preciso absolutamente desacreditarla, ridiculizar su cuna, conmover sus columnas, los libros de la Biblia. Habiendo hecho risibles á los graves patriarcas, convencido á Moisés de ignorancia y crueldad, escupido al Génesis, será pura diversion burlarse de los profetas, afirmar que su mision era un oficio, que no se ejercia allí como otro arte; un profeta, propiamente hablando, era un visionario que reunia al pueblo y le contaba sus sueños; era la especie más vil de hombre que hubo entre los judíos, y se asemejaba exactamente á los charlatanes que divierten al pueblo en las plazas de las grandes ciudades. Admitido esto, fácil nos seria demostrar que un hombre diestro, emprendedor, que habia adquirido en sus viajes nociones de física, del arte de los juglares, y hasta del magnetismo, eligió para esplotar la credulidad pública un pais lejano, ignorante, separado de la civilizacion romana por su lenguaje y costumbres, con una esperanza sepersticiosa, que aplicándose algunos pasajes de los visionarios judíos, llamados profetas, consiguió engañar á la multitud, pasar por el Mesias, lo que significa enviado, encargado de una mision Colocados los burlones de nuestra parte, se sacudirá bien á los buenos apóstoles, á los doce pícaros, sobre todo á los escritorcillos Márcos, Juan, Lucas y Mateo; se espurgará su Evangelio y se les sacudirá el polvo. Con toda seguridad podemos decir, que el culto cristiano, como todos los demás, es la obra más ó menos imperfecta de los hombres apasionados, embusteros y ciegos; que si fuera de Dios, naturalmente haria superior la dignidad moral á los supersticiosos temores de la conciencia; pero que en realidad, en lugar de ser hecho á imágen de Dios, el hombre ha hecho á Dios semejante á él, dándole los defectos y vicios de que él mismo adolece. Cuando se hayan repetido todas estas cosas, habrá llegado nuestra época. Pero como entre todas las religiones, el cristianismo es el único que ofrece una imponente série de relaciones y hechos, esta sucesion continua es la que debe romperse, esta venerable antigüedad, es la que importa destruir.» VOLTAIRE. *Biblia esplicada, Espíritu del judaismo.*

(24) *Cartas de algunos judíos portugueses, alemanes y polacos á M. de Voltaire.*—Otros revelaron tambien, ó combatieron los grandes errores en que habia incurrido

intolerante, no se atreve á manifestar abiertamente sus creencias; pero desarrolla muy bien la legislacion mosaica, y pone en evidencia las bellezas poéticas de los libros santos. Fuerte atleta, se sirve contra Voltaire de su arma habitual, la ironía; y con una admirable flexibilidad de tono y forma, con una abrumadora moderacion, le indica millones de errores, inescusables ignorancias, sobre todo su intolerancia peor que la de un inquisidor. Voltaire no le contestó sino con triviales burlas: ostentó talento y adoptó un aire de triunfo, sin destruir un solo cargo ni refutar un solo razonamiento (25); y sin embargo, no dejó el siglo de leer á aquel que se habia hecho adulador de sus pasiones y sentimientos.

Maupertuis.—Es que el siglo tenia la mania de saberlo todo sin haber aprendido nada, y de hablar de las ciencias de que apenas conocia los elementos. Recurrióse, pues, tambien á las ciencias para combatir las creencias. Descartes habia dominado en Francia, hasta el momento en que fué proclamada en esta nacion la gloria de Newton por Maupertuis (1698-1759). Pretendiendo colocarse entre los sectarios de la naturaleza y los que ven en todo causas finales, sostiene Maupertuis que la materia es capaz de pensar, y que sin embargo Dios existe. El sistema de la naturaleza lo prueba, segun él, en su conjunto, al paso que no podria hacerlo en sus detalles. Después de haber refutado varias demostraciones de la existencia de Dios, quiso establecerla sobre la ley de economia, por la cual la naturaleza emplea siempre, para conseguir su objeto, la menor cantidad de fuerza, lo que escluye la idea de la casualidad, suposicion falsa cuya consecuencia no es necesaria. En su *Ensayo de filosofía moral* sentaba que la felicidad es la suma de bienes estraida de ella la de males; que en la vida comun ésta escede á aquélla; y buscando los medios de remediarlo, encontraba que la moral cristiana, superior con mucho á la de los estoicos, era muy poderosa, pero las reglas vagas que propone, consisten en tratar de evitar los momentos desgraciados. Habiendo formado parte de la espedicion científica enviada para medir un grado del meridiano bajo el círculo polar, adquirió una reputacion de sábio cuyo reflejo recayó sobre Newton, á quien habia proclamado. No se atrevió sin embargo á chocar de frente con las doctrinas físicas de su época, y estaba bien distante de la vivacidad con que Voltaire espuso las nuevas teorías, caminando por sus huellas; así es que á este último es á quien se atribuyó el mérito de haber sido el primero en dar á conocer al filósofo inglés.

Pero al paso que Newton admiraba al Criador en sus obras, Voltaire, hombre de lucha, convirtiéndolo todo en arma, se sirvió de la atraccion para decir que Dios es supérfluo, ó considerarle como idéntico al mundo, y suponer la materia eterna capaz de pensar y querer. Buscó tambien en las colecciones de los misioneros, para hablar de la China y de la India. Pero quiso mostrar en la primera el tipo de una sociedad bien ordenada, y una cronologia que desmintió á la Biblia; en los poetas indios, una moral más pura que la de Moisés y anterior á su ley, una série de siglos pasados antes de la época adamita; cosas que decia con tanta más confianza, cuanto menos conocidas eran.

Buffon (1707-1788) no niega á Dios; pero coloca su trono extremadamente léjos, esplicándolo todo con leyes físicas y disimulando ó ignorando las de la Providencia. Esta naturaleza, «sistema de leyes establecidas por el Criador para la existencia de las cosas y la sucesion de los séres,» le parecia que se revelaba lo bastante en los dos fenómenos de la reproduccion y de la conservacion. Después de haber casi reducido las leyes generales y necesarias á estas dos solas, como tambien las relaciones de dependencia y conveniencia, deja á Dios «ejercer, desde su reposo, los dos poderes extremos de crear y destruir, al paso que el hombre permanece bajo la mano de la naturaleza, en la cual consiste el bien y la conveniencia, á condicion que el hombre concurra á ella y la coordine, obrando contra el esceso de las fuerzas motrices.» Se concibe cuánto debia agradar una ficcion que sustituia al brazo de Dios el indiscreto choque de un planeta para crear este bello órden del mundo.

Bailly (1736-93), discípulo de La Caille y su sucesor en la Academia, adoptó la parte más débil de Buffon, es decir, las hipótesis, el enfriamiento progresivo de la tierra, la temperatura elevada de los paises septentrionales; y para rivalizar con Voltaire, hacia derivarlo todo de la sabiduria de los bracmines, buscó el orígen en una Atlántida, en la que el hombre se elevaria de la condicion de bruto al estado de ser razonable; disperso después por la tierra cuando aquella isla fué sepultada, llevó consigo algunas partículas de los conocimientos primitivos.

Volney (1757-1820) lanzó blasfemias líricas desde el fondo de las ruinas de Oriente, que registró para encontrar el «justo equilibrio de fuerza y sensibilidad que constituye la sabiduria;» y les pidió testimonio de una antigüedad en oposicion á las tradiciones bíblicas.

Dupuis (1742-1809) creyó «que no basta analizar las fábulas sagradas, sino que es preciso examinar el culto en sí mismo. Los males que las religiones han hecho á la tierra son muy grandes; una historia filosófica de los cultos y de las ceremonias religiosas, del imperio de los sacerdotes sobre las diferentes sociedades, seria el más espantoso cuadro que el hombre pudiese tener de sus desgracias y de su delirio.» Mezcla, pues, la astronomia á la

---

Voltaire. Véanse entre otros los *Errores de Voltaire*, por Nonnotte, y el *Suplemento á la filosofia de la historia*, por Larcher.

(25) Voltaire escribia á d'Alembert: «El secretario judio... es maligno como un mono; os muerde con sangre fria fingiendo abrazaros.» (8 de diciembre de 1776.)

erudicion para buscar el orígen de los cultos en las fases de los astros, convertidos en acontecimientos de héroes. En su consecuencia, el Antiguo y Nuevo Testamento no son para él más que leyendas calendarias, ni la religion otra cosa que una impostura; y saca en consecuencia que «el hombre, para tomar su lugar natural, deberia colocarse en la clase de los animales, á cuyas necesidades la naturaleza atiende con leyes generosas é invariables.» Empeñado en esta senda, no es estraño que poco tiempo después condenara á Robespièrre, porque «quiso un Ser supremo y altares; porque, en sus últimos discursos declamó contra la filosofia, y conoció la necesidad de unirse á una religion.» (26)

Ocupado enteramente el ilustre médico Cabanis (1757-1808) en destruir las barreras que separan á la medicina y á la filosofia, pretendió reunir y confundir el órden material y espiritual, esplicar la imaginacion y el espíritu sin Dios; y en las *Relaciones de lo físico y de lo moral del hombre*, manifiesta que el temperamento, las enfermedades, el alimento determinan la virtud y el genio, ó sus contrarios.

Otros muchos secundaron aquella alianza de las letras con las ciencias para combatir á la divinidad. Paris queria diversiones, variedad, asuntos de conversacion, pero al mismo tiempo cultura intelectual, con la condicion sobre todo de adquirirla con pocos esfuerzos. Las cuestiones abstractas relativas á la naturaleza del hombre á los misterios de la vida y del mundo reclamaban tiempo, seriedad y conciencia. Los grandes escritores del siglo anterior, como Pascal, Malebranche, Descartes y Huet, parecian pedantes erizados de latin, á los que era preciso abandonar con los trajes de sus contemporáneos. Se hubiera querido tener una filosofia cómoda que lo esplicase todo, que todo lo reuniese, y que no exigiese ningun trabajo.

Condillac, 1715-80.—Condillac satisfizo esta necesidad; y adoptando la doctrina de Locke, que empobreció, redujo toda la filosofia á la sensacion. Recordar, imaginar y juzgar es sentir. Galileo *vió* que la tierra giraba; Kepler *vió* la armonia de los astros. La metafísica, cuya ambicion es descubrir la naturaleza de los seres que se sustraen á los sentidos, es una locura; tocar, ver, esperimentar, en esto es en lo que consiste la filosofia. Condillac no sólo admite que los conocimientos se adquieren únicamente con ayuda de los sentidos, sino que hasta prescinde de esta débil parte que Locke habia concedido á la espiritualidad llamando la atencion. Locke habia supuesto una tabla lisa; Condillac ennobleció la idea inglesa é hizo una estatua. Si se le presenta una rosa, siente su olor, le percibe, le agrada, después recuerda esta impresion, la desea de nuevo, distingue esta impresion duradera de la primera, que es actual; se queja de verse privado de ella, y conoce la sucesion, el tiempo, lo posible y lo imposible. Del perfume de una rosa no tarda en llegar á los teoremas de la astronomia.

Esta era una bonita ficcion para hacer comprender á una infanta de España ó á cualquiera mujer, la sucesion de las ideas con tal que no reflexionase que para sentir, aquella estatua debia tener cierta cosa que no tienen las demás, y que él llamaba á esta cosa alma ó espíritu. Esto merecia bien una esplicacion de nuestro filósofo. ¡Hermoso análisis el de comenzar por la suposicion de que el hombre puede ser enteramente esplicado por la sensacion! De seguro, despojándose de todo lo demás, no podria llegar más que al materialismo en atencion á que la sensacion no puede restituirle lo que arbitrariamente se ha quitado. Es, pues, de admirar que se haya tomado por el lado sério esta chanza, y convertido en el fundamento de toda la metafísica del siglo pasado (27). Pero Condillac tiene todo el atractivo del método, y reduce, con tanta más claridad cuanto menos profundo es, la ciencia del pensamiento al estado del conocimiento vulgar, libertándola de lo que tenia de demasiado elevado. ¡Triste filosofia que creyéndose completa, se imaginaba no tener ya ninguna necesidad de estudios y parecia elevar sus discípulos cuando rebajaba la ciencia! Todos se enorgullecieron con poder filosofar con tan poco trabajo; y satisfecha la curiosidad, no se dejó ya al genio y al tiempo la posibilidad de hacer alguna cosa más útil y más grande. La Harpe ha dicho que «la sana metafísica no comenzó en Francia, sino con las obras de Condillac,» y nosotros decimos que cesó con él. Cuando para ser filósofo bastó tener sentidos, todos filosofaron, es decir, nadie. Ante la irrupcion de aquella pretenciosa charlataneria, los pocos pensadores guardaron silencio para evitar las burlas; y el siglo llevó la sátira al esceso contra el buen sentido, titulándose filosófico.

Después que las blasfemias y las verdades fueron laboriosamente dadas á luz por otros, sin que el vulgo les prestase atencion, Voltaire las trasformaba con un arte admirable para hacerlas inteligibles; las embellecia, las modelaba, las lanzaba al

(26) *Compendio del orígen de todos los cultos*, c. 10.

(27) Seria perder el tiempo el querer demostrar las contradicciones de aquellos filósofos; pues se podria sacar de los más impíos un devocionario. Pero no debemos callar el que Condillac, gran enemigo de las ideas innatas, cree, sin embargo, en ellas, y piensa que los sentidos no hacen más que despertarlas. Véase el pasaje cuyo principio hará reir: «Antes del pecado original, el alma... exenta de ignorancia y de concupiscencia, mandaba á los sentidos, suspendia su accion y la modificaba á su antojo. Poseia, pues, ideas anteriores al uso de los sentidos; pero las cosas cambiaron con la desobediencia, y Dios le arrebató aquel imperio: quedó, pues, dependiente de los sentidos, como si fuera la causa física de los que *no son sino la causa ocasional;* y no tiene otros conocimientos que los trasmitidos por los sentidos.» *Ensayo sobre el orígen de los conocimientos humanos*, p. I, sec. I, c. 1, párrafo 8.

mundo que las adoraba, y se convertia en su representante Pero se deleitada en reirse de sus prosélitos, del espíritu de Montesquieu, como de la geologia de Maupertuis, de la química de Lavoisier, y del énfasis de los innovadores literarios. Hace un cargo á Rousseau por sus *insolencias* de haberse atrevido á proclamar la igualdad y la independencia, lo que es, á sus ojos, el *orgullo de un loco* (28). Sólo á sí mismo se adjudica aplausos, y á veces pregunta con ingenuidad: *¿Creeis que Cristo tuviese más talento que yó?*

De esta manera es cómo distribuia la gloria y las injurias. Poco considerado al principio en la corte, fué colmado de sus favores cuando madama de Pompadour fué omnipotente. Debióle á ésta el título de historiógrafo y el de gentil hombre de cámara, como tambien su admision en la Academia, y en cambio le prodigaba adulaciones y poemas.

Cuando estaba indispuesto con la corte ó irritado contra los envidiosos, se retiraba á Cirey, al lado de la marquesa del Chatelet. La muerte de aquella señora le decidió á abandonar la Francia, y prestó oidos á las proposiciones de Federico de Prusia, que deseaba tenerle en su corte como uno de aquellos muebles que honran al amo; y para poseerle todo lo hubiera dado, decia, escepto la Silesia. Eran dos ambiciones en presencia una de otra, y tenia poco bien que esperar de ellas. Voltaire creia que mil luises que se pusieron á su disposicion por su viaje era una mezquindad, y pidió otros tantos para su sobrina. Cuando llegó á Berlin, se prosternó ante el cetro, la lira, la pluma, la espada, la imaginacion, la universalidad del rey, y en cambio, le hizo gentil hombre y caballero, le concedió veinte mil libras de pension, y puso á su disposicion los carruajes reales. El mismo Federico hizo la corte á su huésped, y dijo que quisiera titularse rey de Prusia, marqués de Brandeburgo y poseedor de Voltaire. Pero aquella fiebre de afecto no tardó en calmarse, pues Federico era avaro, y creyó haberle comprado demasiado caro; Voltaire era ambicioso, y creia disponer del oro reunido por su sacerdote. El rey hizo disminuir su racion de chocolate y de café; el poeta se vengó de ello guardándose en el bolsillo las bujias de la antecámara real: sucedieron después las reticencias, luego las insolencias. Sonrióse el rey al ver al filósofo implicado en sucios agiotajes, en cuestion y en celos con las demás notabilidades de su corte. Voltaire ridiculizó los versos del rey, satirizó á Maupertuis, á quien el príncipe habia nombrado presidente de la Academia; y aunque protestó que no tenia parte en la publicacion de aquellas diatribas, Federico exigió de él una humillante retractacion, y le quitó la cruz de sus órdenes y la llave de gentil hombre (29). Comenzaron entonces entre ellos las groseras injurias. Resuelto Voltaire á alejarse de aquel rey filósofo que, «abatia á los humanos llamándolos sus hermanos: que político y autor peligroso, buscaba la sabiduria lleno de pasiones como estaba,» (30) mandó el rey en su seguimiento á los gendarmes, que registraron su equipaje con el pretexto de que se llevaba los papeles de su amo.

Insultado Voltaire por el jefe coronado de los filósofos y de los incrédulos, escluido de una patria que habia insultado desde su asilo real (31), se refugió en el lago Leman, «en la más hermosa ciudad del universo, en un pais libre y tranquilo, en el que la naturaleza es risueña, y en el que la razon no se ve perseguida;» encantado con poder ser propietario en el único punto en que no le era permitido, en atencion á que ningun católico podia establecerse en Ginebra, alternó entre las *Delicias*, y Ferney, entre la Suiza y la Francia. Entonces pareció conocer que el poder no tenia necesidad de apoyo; é hizo con una libertad igual á su exasperacion, una guerra sin consideracion á los reyes y á los sacerdotes, á las leyes y al culto, á las preocupaciones perjudiciales y á las verdades necesarias. Cierto ya de la gloria, no reflexionó ya ni en las cosas ni en el estilo; proclamado salvador por los que arrancaba de una cobarde tirania, era maldecido como el Antecristo por aquellos á quienes escandalizaba con su burlona impiedad. Atacó, sobre todo, en su correspondencia con d'Alembert, á la religion como á una conjuracion de sesenta siglos contra la libertad y el buen sentido, que apenas era de alguna utilidad á la vil muchedumbre. Cuando después con los años le faltó el poder del genio, dió libre curso á su vanidosa inquietud en innoble cólera literaria, sin conocer más que sólo dos inspiraciones, la Biblia y sus enemigos, es decir, la blasfemia y el insulto. Multiplicó los libelos bajo diferentes nombres (32); pasó las horas en corregir aquel infame poema, abusó del gusto y de la moral, que debia haber entregado al fuego. Al mismo tiempo procuraba persuadirse que era aun el legislador de los filósofos; pero por todas partes veia que se sustraian á su impe-

---

(28) Cartas á Richelieu del 15 de febrero de 1774, y de 11 de junio de 1770.

(29) Voltaire dice, con el aire de un héroe, que él mismo se las envió; pero resulta de la *Correspondencia inédita*, publicada en Paris por T. Foisset, que Federico se las pidió.

(30) *Assemblage éclatant de qualités contraires,*
Ecrassant les humains et les nomment ses frères...
Pletri de passions et cherchant la sagesse
Dangereux politique et dangereux auteur
Mon patron, mon disciple et mon persecuteur
La ley natural.

(31) Escribia á Federico: «Señor, cada vez que hablo á vuestra majestad de cosas sérias, *tiemblo como nuestros regimientos en Rosbach.*»

(32) Escribia á d'Alembert: «Los filósofos deben ser como los niños pequeños. Cuando éstos hacen alguna travesura, nunca son ellos quienes las hacen, sino el gato.» (14 de agosto de 1767.)

rio, y reprobó las exageraciones de sus prosélitos, como el que deplora los estragos causados por un torrente cuyos diques ha roto él mismo.

En efecto, todo campeon lleva en su comitiva una turba de aquellos que, no pudiendo escederle, se dedican á exagerarle. El baron de Holbach (1723-89), aleman, establecido en Paris, talento muy mediano que escribia al acaso y sin razon, con deliberado intento daba entonces frecuentes convites, en los que se hacia una guerra abierta á Dios y á las demás *preocupaciones*, respetadas por el patriarca. Proponíanse en ellos las reformas sociales más atrevidas que hayan podido ocurrir después á la imaginacion de los revolucionarios de cualquier pais que sean. En el prólogo de su primer libro, que fué el *Cristianismo revelado* (1767), sostuvo que la religion no era necesaria ni útil; que los dogmas cristianos eran incoherentes y absurdos, y que todos los males del género humano, desde quince siglos á entonces, procedian del cristianismo. Parece haber sido el autor del *Sistema de la naturaleza* (1770), aunque, con arreglo al método enseñado por Voltaire de poner sus obras bajo el nombre de personajes supuestos ó muertos, haya sido atribuido á un tal Mirabaud, oscuro traductor del Tasso, que decian haber esclamado: *Soy el bienhechor del género humano, pues le libro de Dios.*

En realidad esta obra, cuyo intolerante fanatismo despertó la bilis hasta de Voltaire, era el complemento de los esfuerzos que hacian los amigos de Hobbach, los cuales entusiasmados con las contínuas orgias, se propusieron no dejar nada inviolado ni en el cielo ni en la tierra, ni en el corazon del hombre. Afírmase que el pensamiento es puramente la facultad de sentir: en otros términos, las sensaciones no corresponden más que á las cosas sensibles, atendido á que no existen seres espirituales; ellos nos señalan únicamente la materia y el movimiento, y las combinaciones producidas por el movimiento sobre la materia vienen á ser los seres particulares. Conocer un objeto es haberle sentido, y sentirle significa haber sido conmovido por él. «En su consecuencia, la ciencia y el pensamiento están reducidos al movimiento; no es posible que haya ideas generales..... Ninguna nocion puede ser la misma rigurosamente en dos hombres... Cada hombre tiene, por decirlo así, una lengua para él solo, y ésta es incomunicable á los demás.» Este empirismo atrevido llega, pues, de esta manera á las miserables proposiciones con que habia comenzado la filosofia de Heráclito y Protágoras. Otra combinacion produce los cuerpos organizados; y adquiriendo mayor fuerza, da nacimiento al sentimiento, efecto de un organismo dado. Las acciones humanas resultan pues necesariamente, ó del movimiento interior de los órganos, ó de los movimientos esteriores que los modifican. Tal es el célebre sistema en el que el alma, el cuerpo, el amor paternal, la gratitud, la conciencia fueron pulverizadas arruinadas é infamadas. Horrible terquedad de un hombre viejo, empeñarse en cerrar delante de sí todo porvenir, querer la destruccion, enfurecerse contra la idea consoladora de otra vida.

El Marqués de Argens (1704 71), que era muy amigo de Federico II, y á quien habia nombrado presidente de la seccion de bellas artes en la academia de Berlin, imitó á Voltaire y á Montesquieu en sus *Cartas chinas, judías y cabalísticas;* después con aquella erudicion fácil que seduce, á pesar de la falta de objeto y de acuerdo, zapó las creencias en la *Filosofia del buen sentido*, como tambien en las *Reflexiones filosóficas sobre la incertidumbre de los conocimientos humanos*, en la que sólo á las matemáticas conserva un carácter positivo, y se declara contra los dogmáticos. Fué leido generalmente, en atencion á que cada uno se dejaba persuadir con facilidad de lo inútil que era entregarse á estudios cansados, y de que la filosofia no tenia importancia sino porque enseñaba la vida de la sociedad.

El inglés Mandeville (1670-1733), observador sagaz y triste, habia hecho á fuerza de talento la sátira de la sociedad, dando relieve á aquellos absurdos que chocan á todo hombre de buen sentido cuando se ven aislados de las circunstancias que los rodean. En su obra titulada *Los vicios privados forman la fortuna pública*, representa la inmoralidad como causa determinante de la prosperidad de una nacion. La moral no es, segun él, más que un artificio del legislador, y la sociedad no subsiste sino por el egoismo, la astucia y la envidia. Hace después el cuadro de una *república de abejas*, que feliz como era, se encuentra trastornada, desde el momento en que Júpiter le concedió la virtud. En su consecuencia, la benevolencia no es más que imbecilidad; es una locura abrir escuelas al pueblo; todas las instituciones se derivan de una bajeza; el lenguaje fué inventado para engañar, y todos los hombres serian viles si se atreviesen á serlo.

Helvecio.—Después de él, Helvecio (1715-1771) aplicó en su libro del *Espíritu* (1758) el sensualismo á la moral, como Condillac lo habia aplicado á la psicologia empírica. Si en la inteligencia no existe más que sensacion, no hay en la voluntad más que placer y dolor, pues no puede ejercerse sino sobre los elementos proporcionados por la inteligencia. Deduce de esto como una consecuencia enteramente lógica, que la moral del interés es la única posible; y para indemnizar al lector de todos los nobles consuelos que le ha arrebatado, ofrece por objeto al egoismo, el amor á la humanidad, sentimiento sin energia porque es genérico. Inteligencia mezquina, cree que el talento de los que le rodean es el de todas las generaciones y de todos los paises; con la pretension de ser original, no hace más que imitar y sacar consecuencias de las doctrinas conocidas ya, ver las cosas tan sólo por un lado, amplificar lo peor exagerando á La Rochefoucauld, comentando á Mandeville, imitando á Montesquieu y mutilando á Locke. Este último habia deducido de los sentidos todos los conocimientos humanos, pero

estando dotados de ellos los animales, ¿de donde procede la superioridad del hombre? De mejor conformacion en la mano, contesta Helvecio. Por lo demás, buen sugeto en el fondo, pero ávido de fama cuanto corto de ingenio, se ocupó en recoger lo que les salia de los labios á los ídolos del dia, esponiéndolo en toda su desnudez, exagerándolo (33) y revelando el verdadero fondo de toda aquella filosofía, el interés individual, hasta el punto de causar horror y repugnancia á los mismos de quienes destilaba la quinta esencia (34).

Parecia que el teorema fundamental del libre exámen y la igualdad social no podian establecerse sólidamente sino admitiendo la paridad orgánica de los hombres con su orígen; pero en lugar de buscar en la naturaleza la causa de las desigualdades, la atribuia á las influencias ambientes. Algunos indicaban el clima, otros la educacion, que, segun Helvecio, basta para hacer razonable al hombre del estado salvaje. Era, pues, del poder de los gobiernos modificar á su antojo á la humanidad por las leyes y la educacion; ¿pero esta consecuencia no dirigia exactamente á la necesidad de la tirania como le ha sucedido á Hobbes cuando se encaminaba á la libertad?

Estudiando aquellas obras llenas de frivolidad con un aparato de ciencia, causa admiracion ver á todos sus autores hablar de análisis y de esperiencia, y arriesgar al mismo tiempo las hipótesis que más carecen de fundamento. Abolieron las ideas innatas, y le sustituyeron la naturaleza, no menos inteligente que aquéllas. ¿Quién vió jamás la Atlántida? ¿Quién supo nunca la cuna del hombre en el Norte? ¿Quién la antigüedad remotísima del género humano? y, sin embargo, éstos son los axiomas ó argumentos de los filósofos. Nadie ha visto al hombre en el estado salvaje; nadie le ha visto sin ideas, sin idioma, con un solo sentido al cual hayan podido añadirse sucesivamente los demás. Estos son, sin embargo, los *hechos* de que parten los sistemas que estaban más en boga (35).

Ahora bien, el lenguaje era precisamente, como lo será siempre, el gran escollo de la filosofia atea. La Mettrie atribuye su invencion á un genio desconocido salido de en medio de la humanidad brutal, como puede surgir uno entre los perros y los monos. Condillac ensalza como dignos de altares á los inventores de un recurso tan precioso. Maupertuis le considera como resultado de un pacto social entre los hombres, que habiéndose reunido en aquella ignorancia primordial, hicieron tales proezas de análisis, que una academia moderna no hubiera podido conseguir en el dia.

No hablamos de multitud de escritores y libros muy cómodos para las malas conciencias; pues parecia que habia una especie de union general para tratar ligeramente los mayores problemas de la filosofia, de política, de economia y de religion. El uno desmenuzaba la ciencia en favor de la muchedumbre; el otro estudiaba la naturaleza del comercio y de la industria; aquél buscaba el orígen de las cosas y de las ideas, la organizacion del mundo y del hombre, y su fin; las hipótesis eran infinitas, y cada una de ellas arrancaba una piedra del antiguo edificio; la química, la fisiologia, la anatomia hacian la guerra á Dios. En su consecuencia, la metafísica se redujo entonces á la sensacion, el culto al deismo, el lenguaje á una álgebra, la poesia á un silogismo, la moral al temperamento, la legislacion á un cálculo de latitudes, la historia á un engaño, el estilo á una salva de epígramas.

Pero, con objeto de llegar á una batalla campal, era preciso reunir las fuerzas diseminadas de los combatientes, y llevarlas unidas al ataque. La proposicion que hizo un librero de traducir un diccionario inglés de Chambers ofreció la ocasion. Esta obra dió pronto nacimiento á un nuevo trabajo, que fué la *Enciclopedia metódica*, aplicacion del sistema de la asociacion, en la que el número tuvo que suplir al talento. Diderot y d'Alembert se pusieron al frente de la empresa.

Diderot.—Nacido Diderot (Dionisio de Langres) en una humilde clase (1713-1784), habia sido educado por los jesuitas; y habiéndose casado jóven, debió al principio á esta circunstancia el haberse preservado de los vicios. Pero pronto abandonó á la madre de sus hijos, y se dedicó para vivir y hacer papel, á escribir efímeras producciones, prefacios, anuncios, discursos, encíclicas, comedias, sátiras, y en una palabra, todos los géneros. Con objeto de adquirir reputacion, se declaró ateo y dirigió uno de los más atrevidos ataques contra la religion, en sus *Pensamientos filosóficos* (1746). Lleno de fuego, pero sin alimento para sostenerle, y con talento, era incapaz de una aplicacion constante. Crítico atrevido é ingenioso, aunque á veces se abandone á arranques líricos y á una manera pretenciosa, combatió el gusto falso y convencional de su época, llamando á los escritores á la verdad del traje, á la realidad de los sentimientos y á la observacion de la naturaleza. Pero se enredó estrañamente en la práctica, y no manifestó en sus lastimeros dramas, género del que sin razon se le ha querido hacer inventor, más que la exageracion

(33) Mad. Deffand decia de él: *C'est l'homme qui dit le secret de tout le monde.*

(34) Lo que pensaba de su pais lo dice en el prólogo *Del hombre:* «Por fin mi patria ha recibido el yugo del despotismo, y ya no producirá más escritores célebres... Este pueblo no podrá nuevamente hacerse célebre bajo el nombre de *francés*. En el dia esta envilecida nacion es el desprecio de Europa; ninguna crisis saludable le devolverá la libertad y perecerá por consuncion. El único remedio á sus desgracias es la conquista, y los que deciden la eficacia de este remedio son el azar y las circunstancias.»

(35) Uno de los autores más ardientes de estos sistemas decia: «Los filósofos pierden un tiempo precioso en establecer sistemas que nos imponen, hasta que los pretendidos hechos que les sirven de base hayan sido desmentidos.» RAYNALD, *Hist. de la filosofia*, t. III.

de las pasiones. Mezcló en sus novelas, en las que imitó á los ingleses, una familiaridad de discurso expresiva, lo sentimental y lo obsceno, hasta tal grado, que para leerlas es preciso haber perdido todo pudor. Lógico insidioso, pintor agradable, causó mucho mal, no cesando de predicar una moral perversa con su licencia doctrinaria y declamatoria.

En su *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, imitacion inglesa, pregunta qué es la virtud moral, y qué influencia ejerce la religion sobre la probidad. Tanto en esta obra como en todas las demás, trata de acercar al hombre al estado de naturaleza en el que la virtud se encuentra establecida por una inclinacion benévola, sostenida por la razon, lo que supone una union primitiva entre el sentimiento y la razon que la sociedad alteraria. En la *Carta sobre los ciegos* introdujo aquel Saunderson, discípulo de Newton, que aunque ciego, profesó la óptica; y le hace negar á Dios, porque no le ve. Así es que uno de los más maravillosos triunfos del espíritu humano, la educacion de los ciegos, no le inspira más que una objecion, y aun esta objecion carece de fuerza; pues todo hombre que ve, podria decir que no toca á Dios. Prosigue diciendo que la materia, reuniéndose, formó una infinidad de séres, de los cuales sobrevivieron los menos imperfectos; que las ideas de virtud y vicio nacieron igualmente de la casualidad, de manera que el ciego no tiene el sentimiento del pudor. Tales son las tésis que contínuamente desarrolla en sus obras.

Comprendió el gran movimiento que se verificaba entonces, el progreso que se seguiria á él, no parcialmente como los demás creian, ó en las letras, en las artes, en la política ó en la religion, sino en todo á la vez, y se convirtió en órgano, en director, diríamos casi en la caricatura de la insurreccion filosófica. Aquella escuela no publicó nada en que él no tuviese parte: capaz de hacer fermentar todo, pero incapaz de llevar nada á la madurez, no dejó ninguna obra, no dejó más que su nombre y el ejemplo de cómo se puede llegar á ser famoso á fuerza de trabajo y á pesar de la falta de genio (36).

D'Alembert. 1717-83.—D'Alembert (Juan de Paris) tenia mucho más mérito, y la moderacion era propia de su carácter. Hijo natural de la célebre marquesa de Tencin, su madre le habia abandonado; quiso reconocerle cuando se hizo ilustre; pero se negó á ello con justo desden; y lleno de reconocimiento hácia la pobre vidriera que le habia recogido en la calle, continuó viviendo con ella. Habiendo sucedido á Fontenelle en calidad de secretario de la Academia, sus *Elogios* aumentaron su reputacion, aunque no sean tan espirituales como los de su predecesor, y no se encuentre en ellos ni facilidad ni elevacion de estilo. Dotado del genio matemático, trató de aplicarle de una manera útil y sacar partido de la teoria de los infinitesimales. No tenia más que veinte y seis años cuando publicó su *Tratado de dinámica*, en el que fué el primero que estableció el fecundo teorema de que en el movimiento existe á cada momento igualdad entre los cambios de éste y las fuerzas que le han producido; lo que permitió resolver muchos problemas, tanto de geometria pura como de astronomia.

D'Alembert hubiera podido con tanto saber y un talento tan recto, ocupar un lugar entre los hombres de genio, si no hubiese tratado de ser el jefe del partido filosófico, y de predicar las utopias dogmáticas impuestas por la moda. En su *Ensayo sobre los literatos*, describe las bajezas que cometian los que buscaban la familiaridad de los grandes, y se subleva contra la necedad de las epístolas dedicatorias. Se esfuerza, en sus *Elementos de filosofia*, en establecer el razonamiento y la moral por medio de demostraciones geométricas. «No se debe, dice, considerar como legitimo el uso de lo supérfluo, mientras falte á otro lo necesario; y la porcion legítima de la fortuna de un hombre es la que se ha formado, no con lo necesario de los demás, sino con lo supérfluo.» Esto es muy bueno; pero el matemático hubiera debido decir qué es lo supérfluo.

En aquella obra redujo á sistema el materialismo, que habia sostenido ya en sus *Cartas;* y no disimuló, en la *Defensa del abate Prades* (que habia comparado en una tésis pública los milagros de Jesucristo á los de Esculapio) que el combatir á la religion, era á sus ojos una cosa santa.

Enciclopedia.—Con objeto de remediar el inconveniente que hubiera resultado para la *Enciclopedia* de la variedad de colaboradores, se confió su direccion á d'Alembert y á Diderot, que refundian los artículos para someter aquella compilacion á una idea filosófica: esto era manifestar al espíritu humano sus conquistas, y completar su emancipacion, tratando de cada una de las ciencias. Con objeto de dar un método á la Enciclopedia, redactó d'Alembert el discurso preliminar, que es el mejor trozo de aquella obra mediana; y como para enorgullecer al hombre que camina como conquistador con sus propias fuerzas, trazó en él el cuadro de los conocimientos humanos. Tomó la idea de Bacon, cuyos defectos reprodujo, pues, bajo el aspecto de la disposicion y de la genealogia. Si le es superior en conocimientos positivos, y en el deseo de demostrar el progreso general en los progresos parciales, le es inferior en imaginacion (37), no po-

(36) El mayor elogio de Diderot está en la *Enciclopedia nueva*. Creemos dar una prueba de buena fe citando á los que opinan de diverso modo que nosotros.

(37) Bacon habia dicho: «La cronologia y la geologia son los dos ojos de la historia;» y d' Alembert dijo: «La cronologia y la geografia son los dos vástagos y los dos sostenes de la historia.»

see tampoco en el mismo grado el calor que parece indispensable para la persuasion, que no deja siquiera razonar y discutir, sino que hace admirar. Siguiendo á Locke, estableció que el hombre no saca sus conocimientos sino de los sentidos; pero destruyó después este principio, esceptuando una ley moral interior (38): con frecuencia insiste en las verdades morales, que no cree menos ciertas que las verdades geométricas. En la materia reconocia propiedades que no tienen nada de comunes con la facultad de querer y pensar; y en el *Ensayo sobre los elementos de la filosofía*, estableció espresamente que el pensamiento no puede pertenecer á la estension, proclamando sin vacilar la sencillez de la sustancia pensante. Pero la moda y la condescendencia lo colocaron en breve en el número de los filosofantes vulgares, á quienes tan en alto grado superaba.

Tejiendo la genealogia de los conocimientos humanos, satisfacia á la curiosidad activa que se lanza inconsiderada á las cuestiones de orígen. Rousseau habia hablado del orígen de las desigualdades, Montesquieu de las leyes, Buffon del de la naturaleza, Condillac del de las ideas. Pero d'Alembert presentando el de las ciencias nos muestra á los hombres distribuyéndose el encargo de inventar, como los enciclopedistas se habian distribuido el de esponer. Después de haber considerado en la primera parte á la *Enciclopedia* como una esposicion del órden y del encadenamiento de los conocimientos, d'Alembert la considera como un diccionario de los principios generales y de las particularidades más esenciales de cada ciencia y de cada arte. Pasa entonces revista á las grandes conquistas de aquel medio siglo, y nunca se ha visto un cuadro filosófico de tal vigor, y sin embargo de una inteligencia tan general, noble sin declamacion, docto sin hacer alarde de ciencia. Tropieza, sin embargo, desde los primeros pasos, en adoptar su punto de partida desde el renacimiento de las letras, y después de haber descrito con los colores más sombríos la ignorancia de la Edad Media, «fué preciso, dice, para devolver la luz al género humano, una de aquellas revoluciones que dan á la tierra un nuevo aspecto. El imperio griego está destruido; su ruina hace refluir sobre Europa los pocos conocimientos que habian sobrevivido. La invencion de la imprenta, la proteccion de los Médicis y de Francisco I reanimaron los talentos, y la luz renace por todas partes.»

Nos hallamos tan adelantados en el dia, que encontramos una objecion casi para cada uno de sus asertos. Se esperimenta, no obstante, placer al leer este discurso que expone el poder intelectual del hombre, y que hace frente, al abrigo de prudentes consideraciones, á preocupaciones entonces poderosas. Y si ahora agrada, ¡cuánto no debia agradar más entonces! ¡Cuánto no debió lisonjear la mania universal de saberlo todo y de saber con facilidad!

Hubiera sido posible, moderando la exuberancia desordenada de Diderot con el método de d'Alembert, establecer acuerdo en la variedad á la vez rica é indisciplinada de los talentos secundarios que concurrian á la obra; pero d'Alembert se retiró pronto, y su colega continuó durante veinte y cinco años dirigiendo aquella máquina en la que las artes, las ciencias y el sentimiento se habian convertido en armas para uso de la filosofía.

Diderot se reservó revisar todos los artículos y redactar los de artes y oficios, en atencion á que quiso asignar á la tecnologia una parte tanto mayor cuanto menos caso se hacia de ella; ahora bien, tuvo que emplear muchos cuidados, pasar muchos trabajos para hablar sin precedentes. Hábil en comprender la capacidad de sus colaboradores mejor que lo que ellos mismos sabian hacerlo; poseyendo nociones poco profundas, pero universales; uniendo á la tenacidad del trabajo la facilidad de estilo, que habia adquirido en sus primeros tiempos de penuria; benévolo con aquellos que querian adularle, sin desdeñarse de concurrir á obras de pacotilla, con tal que ayudasen á la causa que servia con pasion, Diderot era un escelente jefe de obreros secundarios, ejecutores de la destruccion. Poseia el arte de analizar las menores cosas, tanto un telar de medias como una idea metafísica, é inspirarse en los libros y las obras ajenas, para formar páginas brillantes; no tenia escrúpulos de alterarlas y de hacer decir herejias á un santo padre (39). Redactó hasta novecientos noventa artículos sobre todas las materias. No tenia, pues, tiempo de leerlos ni meditarlos. Sobre cualquier hecho que se presentase á él, inventaba una teoria para esplicarle, é incurriendo en el sensualismo inglés, asociaba, sobre todo en política y en moral, los hechos y los sueños, el cinismo y la majestad,

(38) «Nada es más incontestable que la existencia de nuestras sensaciones. Asi es que para probar que son el principio de todos nuestros conocimientos, basta demostrar que pueden serlo: pues en buena filosofia, toda deduccion que tiene por base hechos ó verdades reconocidas, es preferible á la que no se apoya sino en hipótesis, aun cuando éstas sean ingeniosas.» El primer axioma *incontestable* fué refutado por Hume: la verdad que sirve de conclusion lleva en sí misma la sentencia de todos los filósofos de aquella época, y sobre todo del que la proclama, y añade: «para formar las nociones intelectuales, no tenemos necesidad más que de reflexionar sobre nuestras sensaciones... La primera cosa que nuestras sensaciones nos enseñan... es nuestra existencia.» Estas son dos hipótesis que se oponen á lo que él llama «espíritu filosófico» de su tiempo, «que quiere verlo todo y no suponer nada.»

(39) Citando en el artículo *Hojas* un pasaje de Bossuet, se encuentra en todas partes las palabras *naturaleza* y *leyes generales*, sustituidas á *Dios* y *Providencia*, de tal manera, que aquel mismo á quien combatia, parece pertenecer á la secta filosófica.

la incredulidad y el misticismo; se alababa de tener «al universo por escuela y al género humano por discípulo.»

La clasificacion general de la *Enciclopedia* pertenece á la escolástica. Hace abstraccion del hombre, de sus ideas y de sus necesidades, hasta en los dogmas de una ciencia que no subsiste sino por el hombre; todo se refiere en ella á la naturaleza, y no distingue los procedimientos tecnológicos sino por la sustancia sobre la cual se emplea. Las manufacturas son como un apéndice de la historia natural; encuéntranse en la metalurgia las monedas, los tiradores de oro, los plateros, los doradores, etc.; en las piedras finas los lapidarios y los joyeros; siempre el hombre bajo la materia. De esta manera se colocaban en una misma categoria artes enteramente diferentes, y se separaba á aquellas que tenian similitud. El vidriero que ajusta vidrios á las ventanas está clasificado con el óptico que construye telescopios; el guantero no se encuentra con el sastre, pero sí con el curtidor; la farmacia no está unida á la química, y sí á la medicina; la arquitectura naval y la navegacion se acomodan á la hidrodinámica, aunque ilustres almirantes no puedan construir un batel, y los más hábiles obreros de un arsenal reconocer una latitud.

Los artículos concernientes á la historia natural eran confiados á Daubenton; la hidráulica y la botánica á d'Argenville; la electricidad y el magnetismo á Monnier; la gramática á Dumarsais; la táctica á Leblond; las bellas artes á Landois y á Blondel; la balística y los colores á Bernouilli; la astronomia y la fisiologia á Lalande; la química á Moreau; la música á Rousseau; la crítica, la historia y la literatura amena á Voltaire y Marmontel; la erudicion á Jacourt; la jurisprudencia á Formey y á Toussaint; la metafísica, la lógica y la moral á Ivon. Por lo que concierne á la medicina y á las ciencias análogas, Sprengel «declara que muchos colaboradores parecen conocer menos la materia que un candidato aleman que publica su primera tésis.» Pero la parte moral y política de aquella obra causa lástima (40). La de bellas artes es pedantesca. En la historia se sujeta al pironismo de Bayle, al paso que en las ciencias exactas se camina, por el contrario, en seguimiento de Newton, señalando con toda claridad el punto á que se habia llegado entonces.

Era sin duda una idea magnífica la de formar el inventario de todo lo que se sabia hasta entonces, para determinar á donde debian dirigirse las nuevas indagaciones; era un objeto muy loable el popularizar la ciencia, volver á fomentar la industria, imponiendo á cada escritor la obligacion de revestir sus ideas con una forma inteligible, y excitar la curiosidad pública. Habia algo que ganase la voluntad en aquel concurso de tantos hombres de talento, médicos, oficiales, abates, trabajando sin esperanza de ganancia, ni aun de gloria, pues á veces hasta su nombre se ignoraba. Pero en la práctica la obra parecia mediocre. Algunos fragmentos de una originalidad notable se han perdido entre las pobres medianias; no hay una parte que pueda llamarse completa. Como se habia hecho una obra de partido, eran preciso ideas audaces y paradojas; todo está exagerado en ella, por la necesidad y la impresion del momento. Los progresos del talento, las esperiencias hechas y por hacer, lo cierto y lo incierto, el hombre y la sociedad, á todo se pasa revista, y todo es tocado con la piedra infernal, para ser curado y reformado; Diderot halla el medio de colocar el ateismo donde menos se creeria encontrarle. Sin conciencia, la *Enciclopedia* se ha encontrado tan imperfecta que después de un intérvalo tan corto, no sólo no se la lee ya, sino que no merece ser consultada.

Es, pues, más bien un hecho que un libro; y no se le debe apreciar literaria, sino políticamente. Los sacerdotes reconocieron el peligro de aquel demonio que valia por toda una legion; el gobierno concibió recelos de semejante asociacion; pero no tenia bastante osadia para oponerse á ella abiertamente, ni bastante habilidad para conseguirlo concediéndole proteccion; y después de haber, tímidamente suspicaz, prohibido hasta la *Vida de Carlos XII*, dejaba imprimir aquel curso de ateismo, ó no se oponia á él sino segun el capricho de la Pompadour, soberana dispensadora de las mercedes y de la gloria. Sin embargo, se estendió y leyó. La literatura se convirtió en aliada de las ciencias: sabiendo los autores que las clases ociosas rechazan por la pedanteria, todo lo habian espuesto con verbosidad, con facilidad, con evidencia, evitando siempre asustar con un tono sério. Todo estaba sazonado de filantropia, nombre que se sustituyó al de caridad, y que dispensaba de éste, pues se aplicaba, no á individuos sino á toda la especie. Dejáronse llevar de la mania de dar de todo esplicaciones claras; y sacaron de hipótesis materialistas puramente arbitrarias, consecuencias estravagantes, que no tardaron en dar funestos frutos. Opúsculos, publicaciones periódicas reproducian aquellas ideas bajo mil formas, lo que hacia que la generacion nueva creciese bajo su influencia, tanto más, cuanto que habiéndose abolido la Compañia de Jesús, la instruccion habia caido en poder de los discípulos y sectarios de la *Enciclopedia*.

Así es, que á través de las débiles resistencias, se estendieron las ideas desorganizadoras, la audacia de la impiedad, la indiscrecion de la palabra, el espíritu de la incredulidad. Sembróse á manos

(40) En la palabra *Inmortalidad* se habla de la que se adquiere en la memoria de los hombres; pero no se dice una palabra de la vida futura. En el artículo *Epicuro* se lee que es, «el único, entre todos los filósofos antiguos, que haya sabido conciliar su moral con lo que podia creer como verdadera felicidad del hombre, y sus preceptos con los apetitos y las necesidades de la naturaleza.»

llenas lo sublime y lo ridículo, el error y la verdad; el escepticismo se sostuvo por la intolerancia, y la negacion se convirtió en fe. Voltaire era acusado de timidez porque admitia la existencia de Dios, y el ateismo vino á ser el clamor general; y el que no queria esponerse al cargo de anticuado ó á una censura sin apelacion, debia hacer coro. La irreligion tomaba el lugar del sentimiento, aun entre las personas honradas. Los reyes ambicionaban las alabanzas de los enciclopedistas y procuraban merecerlas haciendo la guerra al cristianismo: Gustavo III de Suecia y Estanislao Poniatowski bebieron en aquella fuente envenenada; Catalina II y Kaunitz pagaban corresponsales encargados de informarles de todo lo que Voltaire y los suyos podian decir ó escribir. Federico II observaba sus querellas detras de una hilera de bayonetas, escuchaba por política sus lecciones y se reia de las cosas sagradas, acogiéndolos por último en sus Estados cuando llegaban á ellos fugitivos. Daba á d'Argens y á Maupertuis buenos empleos, consultaba á Helvecio sobre la reorganizacion de las aduanas y de la hacienda. Se le debe el triunfo momentáneo del abate de Prades, de la Beaumelle, del abyecto La Mettrie, del que un ateo ha dicho que habia predicado la doctrina de los vicios con la arrogancia de un insensato.

¿Pero se les ha de acusar de perversidad y conjuracion para destruir las leyes políticas y religiosas? Esto no podria conciliarse con la filantropia que todos ostentaban, con la sensibilidad que se mezclaba á toda la literatura de aquella época, á las novelas y á la historia, á la poesia y á la jurisprudencia. Sabemos bien que el que hace circular moneda falsa no es tan culpable como el que la falsifica; creemos que proclamando Helvecio el amor de sí mismo, no ha querido recomendar su propia ventaja á la de todos; admitimos que ha creido que este amor hacia virtuoso. Sin embargo, si se quita este barniz de humanidad y de osadia que deslumbra, se notará en los filósofos el temor de encontrar la verdad. El desprecio de la raza humana se nota en algunos; en otros se ostenta la inmoralidad con intrepidez. Rousseau, que decia, que cuando se bastaban á sí propios los hijos, todos los vínculos que los unian á sus padres quedaban rotos (41), echaba á sus bastardos en la inclusa. Linguet, en la *Teoria de las leyes*, quisiera introducir de nuevo la esclavitud doméstica. Maupertuis proponia entregar los condenados á los cirujanos, con objeto de que sorprendiesen en el cerebro auu vivo el mecanismo del pensamiento. Hay una novela en la que se desprecian todos los vínculos naturales, hasta el punto de aprobar la antropofagia. Varios niegan lo mio y lo tuyo; otro dice que nadie, si no le contuviese la vergüenza, vacilaria entre la muerte de un hijo y la pérdida de su fortuna (42).

(41) *Contrato social*, l. 1, c. 2.

(42) «Decidme si hay un padre que sin la vergüenza que le contiene, no quisiera mejor perder su hijo, que su fortuna y el bienestar de su vida.» DIDEROT.

La Mettrie, 1709-1751.—El médico La Mettrie proclamó que sólo el vulgo distinguia el cuerpo del alma; pero que el filósofo debia reirse de ella, cultivar la verdad como sabio, estender el error como ciudadano, estudiar al hombre para engañarle. Aquel hombre, cuyo mérito consistió en ser más descarado que los demás y en no dulcificar las consecuencias, ni siquiera se le nombraria, si no se tuviese necesidad de recurrir á él para verle revelar tambien las consecuencias que los maestros habian tenido cuidado de disimular. El *Arte de gozar*, los *Discursos sobre la felicidad*, el *Hombre-máquina*, el *Tratado del alma* no se recomiendan sino por el escándalo que dieron, destruyendo toda conciencia y dirigiendo hacia el vicio, hácia el mismo crímen, si se tiene interés en ello Segun él, el hombre es un reloj movido por las pasiones; sus virtudes y sus vicios son el resultado de su organizacion. El hombre es una planta que se mueve; el clima y la digestion le convierten en un héroe ó en un malvado; los animales se perfeccionarán y llegarán á ser hombres, desde el momento en que un genio les conceda la palabra. Mientras que la filosofía se ocupa de la verdad, la moral y la religion no hacen más que urdir mentiras útiles á la sociedad, y la civilizacion no es otra cosa que un tejido de mentiras para uso del pueblo. El filósofo debe, pues, aislarse enteramente del vulgo, razonar por sí mismo, pero no trastornar el órden social. La Mettrie murió de indigestion en Berlin, y el rey Federico no tuvo vergüenza en pronunciar su elogio.

¡Estraño medio de ensalzar al hombre, vilipendiándolo; estraño modo de buscar la dignidad moral del individuo pretender que se halla en su aislamiento y negar audazmente la libertad humana! «Si estuviésemos más instruidos, dice Diderot (43), veríamos que lo que existe, existe como debe ser, que no hay nada independiente en las estravagancias ó en la virtud de los hombres.» Voltaire añade: «Un destino inevitable es la ley de toda la naturaleza. Seria una estraña contradiccion el que cuando los astros, los elementos, los animales, los vegetales obedecen irresistiblemente á las leyes de un gran ser el que sólo el hombre pudiese dirigirse por sí mismo.» (44) En su consecuencia, Helvecio concluia directamente que hay «hombres tan en mal hora nacidos, que no podrian ser felices sino por medio de acciones que los condujesen al cadalso.» (45) Voltaire y el autor del *Sistema de la naturaleza* proclaman que el fin justifica los medios y que la mentira es permitida si es útil (46).

(43) *Enciclopedia*, artículos *Evidencia*, *Etiope*.

(44) *Principio de accion*.

(45) *El espíritu*, disc. I, c. 4.

(46) *Sistema de la naturaleza:* «Si el hombre, por su naturaleza, se ve precisado á amar su bienestar, tiene que

¿Qué más? Los dos corifeos de los filosofantes ¿no se ensuciaron con composiciones nefandas?

Pero lo que afecta es que aquellos filósofos trastornaban el mundo con sus doctrinas sin estar convencidos de la verdad de lo que proclamaban. La Mettrie decia: «No moralizo tanto de viva voz como por escrito; en mi casa digo lo que me agrada; á los demás lo que creo saludable y útil. Aquí prefiero la verdad como filósofo, al error como ciudadano.» D'Alembert comenzaba su testamento: «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo.» Diderot se complacia en ver á un fraile, ó la procesion del Corpus; amaba á sus hijos con un afecto tierno y sencillo, los educaba religiosamente, admiraba las bellezas de la naturaleza, y repetia á menudo estas palabras de su anciano padre: «Hijo mio, es una buena almohada la razon; pero la cabeza descansa aun mejor sobre la de la religion y la de las leyes.» Hablaba con entusiasmo de Dios, y cuando se admiraban, contestaba: «Os hablo segun mi inspiracion presente. Puedo ser ateo en la ciudad, pero no en el campo; y como aquel de que habla Montesquieu, soy un ateo ó deista por semestres.» Voltaire decia tambien: «La buena ó mala salud forma nuestra filosofia. «¡Oh que buen tiempo es este siglo de hierro!» exclamaba; y cuando d'Alembert le profetizaba el triunfo de sus doctrinas: «¡Oh! entonces, le contestó, habrá gran barullo.»

De esta manera se destruian con opiniones, vacilantes ó satíricas, las más consoladoras certidumbres; arrebataban á los sufrimientos humanos la esperanza en la otra vida, para no dejar en ésta más que el martirio, aunque proponiéndose el placer como único objeto.

Pero se diria que en aquella guerra hecha, por confesion de Burke ante la Asamblea constituyente, «á todo lo que tenia como bien ó como mal alguna autoridad sobre los hombres,» no comprendian qué males podian resultar. Persuadidos de su propia fuerza, como otros podrian estarlo de su probidad, creian que el mundo estaria mejor regido por la lógica de Condillac; que la moral podia enseñarse como la aritmética: que las fáciles virtudes de los cosmopolitas se preferian á las difíciles del ciudadano y del cristiano; que las mejoras llegarian con la persuasion de la inteligencia, y se cumplirian por la bondad de corazon (47). Ninguno de los filósofos quiso, en efecto, la revolucion tal como se verificó después; ninguno previó las fases inevitables, ninguno indicó de qué lado provendria la salvacion.

Resonaba tambien la tribuna inglesa con las osadias políticas. Pero primero la lengua de aquel pais no se hallaba tan estendida; tratábase además de mejoras positivas que introducir en algunas leyes interiores; al paso que en las discusiones abstractas y especulativas de los escritores franceses se trataba de una grande y general reforma, que debia verificarse sin detenerse en los obstáculos de la realidad y de la necesidad. Aquel absolutismo, las simpatias á la literatura y las costumbres francesas hicieron que semejantes ideas se estendiesen á paises remotos.

La Inglaterra, que habia dado el impulso, lo recibia á su vez, y talentos muy distinguidos, sobre todo los historiadores, se vieron estraviados por aquellas preocupaciones. En Rusia se hizo sentir la misma influencia, no sobre los pueblos, sino sobre los gobernantes. En Italia las trabas que sufria el pensamiento impedia que el mal se estendiese; pero al mismo tiempo fué un obstáculo á que se elevasen poderosas voces para oponerse á él: así es, que escepto Gerdil (pues apenas puede citarse á Spedalieri, que tanto necesita ser refutado), no se vieron entrar en la lid campeones de la verdad en el pais en que tiene su asiento sagrado; la grave Germania no vió en ello más que el complemento de la reforma religiosa: en su consecuencia, los periódicos se dedicaron á disecar aquella doctrina y á propagarla, de tal manera, que llegó á penetrar en las masas.

Bonnet, 1720-93.—Algunos pensaron en hacer la guerra á los enciclopedistas, sosteniendo la religion sin apelar más que al raciocinio. Así el ginebrino Bonnet, en la *Palingenesia filosófica* (1769), parte del naturalismo y de la estatua de Condillac para indagar, por induccion, el mundo trascendental, y saca con buena fe las consecuencias morales (48).

---

amar los medios; seria inútil y tal vez injusto pedir al hombre ser virtuoso, si no lo fuera sin hacerse desgraciado. Si el vicio le hace feliz, debe amar el vicio.»

VOLTAIRE, *Correspondencia general*. «La mentira no es vicio, sino cuando causa daño; es una grandísima virtud cuando hace bien. Seamos, pues, más virtuosos que nunca. Debe mentirse como un diablo, no con timidez, sino con osadia y siempre... Los grandes políticos deben siempre engañar al público.»

(47) No un jesuita, no un pleitista, sino Robespièrre decia de los enciclopedistas, en la época en que la guillotina segaba diariamente la cabeza de ciento cincuenta víctimas, y en la que era preciso abrir un canal para dar corriente á la sangre destinada á producir la igualdad filantrópicamente predicada: «Aquella secta fué siempre en política inferior á los derechos del pueblo; en moral, fué mucho más allá de la destruccion de las preocupaciones religiosas. Sus corifeos declamaban á veces contra el despotismo, y estaban pensionados por los déspotas. Hacian alternativamente libros contra la corte, y dedicatorias á los reyes, discursos á los cortesanos y madrigales á las cortesanas; altaneros en sus discursos, adulaban en las antecámaras. Aquella secta proclamó con gran celo la opinion del materialismo, que prevaleció entre los grandes y pisaverdes; se le debe en parte la especie de filosofia práctica que, reduciendo el egoismo á sistema, considera la sociedad como una guerra de astucia, el éxito como la regla de lo justo y de lo injusto, la probidad como un asunto de gusto ó de educacion, el mundo como patrimonio de astutos bribones.» (18 floreal, año II.)

(48) Mientras Condillac, metafísico, en la hipótesis de la estatua no habia pasado de la abstraccion, Bonnet, na-

Manifiesta que los males y los desórdenes de esta vida hacen creer en otra; pero cree que todos los seres que sufren, hasta los animales, deben elevarse en la escala de la inteligencia, y si por todas partes admira un encadenamiento de la sabiduria infinita, por otro lado sueña en una trasmigracion que haria pasar las almas de los hombres y las de los animales de un cuerpo á otro, perfeccionándose siempre.

Al mismo tiempo el sueco Linneo habló de la Divinidad con un respeto que entonces era valor, y en sus trabajos se aprovechó de todas las ocasiones de presentar en relieve las admirables obras de Dios. Tambien el médico suizo Haller se inspira con la Divinidad. Reimar prueba en las *Verdades fundamentales de la religion natural*, puestas al alcance del pueblo (1754), que Dios existe, en atencion á que es preciso admitir que el hombre y los animales fueron creados por una inteligencia superior, y porque la naturaleza inanimada se dirige constantemente á un objeto general. El judío aleman Mendelssohn prueba la inmortalidad del alma en el *Phedon*, y la existencia de Dios en sus *Horas matutinas*. Jacobi protestó en nombre del sentimiento contra el raciocinio puro, é invocó las palabras de la fe, demasiado olvidadas por los filósofos.

Rousseau, 1712-78.—Además, la necesidad de creer en la moral, en la virtud, en lo que los materialistas llamaban ilusiones, se hacian sentir fuertemente aun á varios de aquellos que se entregaban á las ideas nuevas, y al filosofismo, escuela de odio y desprecio, querian oponer por esta vez el amor; esto es lo que hizo que la reaccion de Juan Jacobo Rousseau produjese tanto efecto. El mismo reveló en sus *Confesiones* sus vicios, y hasta sus debilidades: presentándose de esta manera como tipo moral de la humanidad, aspira á la justificacion sistemática de los más tristes estravíos. Pues aunque se pinta como envidioso, egoista, orgulloso, nos inclinamos á creer bueno á aquel que declama contra los malos; nos interesamos tambien por las faltas contadas con aire de candor, y con la persuasion que nadie ha usado mejor que él (49).

Sólo dos años después de la publicacion del *Espíritu de las leyes* comenzó Rousseau á escribir conforme al gusto de la época, que Diderot le habia enseñado; y sostuvo para esto una paradoja; á saber, que el progreso de la naturaleza intelectual corrompe las costumbres. Es la obra de una alma indignada de la presuncion de los literatos, del despotismo de las academias, del desden que se ha manifestado al autor, no sólo cuando era escribiente ó aprendiz de relojero, sino cuando fué á Paris con dos descubrimientos, uno para volar, el otro para copiar música con más facilidad. Ataca con justicia los escritos inmorales y obscenos, no menos que las obras impías; pero maldiciendo á las letras, maldice al siglo, como si las culpas del siglo procedieran de la cultura del talento. La academia de Dijon, cuyo programa le habia inspirado su primera produccion, determinó la segunda preguntando cuál era el orígen de la desigualdad entre los hombres. Entonces Rousseau, odiando á la monarquia enervada de Luis XV, hizo la guerra á todas las instituciones sociales; gritó al siglo embriagado con su propia perfeccion: «Un salvaje, un caribe que aplasta la cabeza de sus hijos para volverlos imbéciles, es más sábio y más feliz que vosotros.» Orgulloso delirio de una sensibilidad irritada que se indigna contra las riquezas que no posee, y sin olvidar una injuria una vez que la ha recibido, marcha paso á paso en busca del orígen, hasta que llega á formar un sistema con toda la apariencia de la lógica y de la elocuencia. Con este objeto Voltaire le dirigió felicitaciones irónicas: *Leyéndoos*, decia, *se desea andar en cuatro piés*.

Creyendo que no bastaba demoler, sino que era preciso reedificar, repudió el sensualismo material, y se esforzó en sustituir á los dogmas racionalistas el sentimiento religioso. En lugar del epicureismo egoista de su tiempo, quiso corregir la moral y cambiar el órden político y doméstico, restituyó á la filosofia lo que le quitaban, es decir, la elocuencia y el sentimiento, lo que le ganó el afecto de las mujeres y de aquellos que amaban la virtud y aborrecian el ateismo. En una época en que se complacian en marchitar las ilusiones, en el que abandonarse á su corazon pasaba por una debilidad, y en el cual las novelas estaban llenas de los estravíos de los sentidos, la *Nueva Eloisa* debió producir un efecto inmenso. Se acercó en ella cuanto pudo á la naturaleza, sustituyó el estudio del corazon á los golpes teatrales, á la sazon en boga, y preludió las familiares novelas de nuestro siglo. No obstante, el ejemplo no habia sido felizmente elegido: Saint-Preuxes es un pedante; Julia dice lo que las demás han esperimentado sin decirlo; analiza sus sentimientos, calcula cada paso de la pasion, conoce las impresiones que produce y las que siente; verdadero espiritualismo de la licencia, al cual es imposible entregarse sin desposeer á la mujer del delicioso encanto del pudor, de la ignorancia de sí misma, de su abandono involuntario, en una palabra, de lo que constituye su gracia.

Rousseau profesa muy pocas teorias; pero las repite bajo cien formas diversas, y de esta manera les da fuerza. Talento falso con conocimientos incompletos, tiene menos ciencia que los enciclopedistas; su profundidad no existe más que en las palabras y su moralizar tiene sobre todo cierto

---

turalista, fija su atencion en el estado orgánico de aquélla; y da mucha importancia al alma y á sus facultades activas, al revés de Condillac, que la cree enteramente pasiva.

(49) Esto es lo que declara con énfasis desde su principio: «Que la trompeta del juicio final suene cuando quiera... Ser eterno, reune en mi rededor la innumerable multitud de mis semejautes, que escuchen mis confesiones, que lloren mis indignidades, que se avergüencen de mis miserias... y después que uno solo te diga, si se atreve: *¡Yo he sido mejor que este hombre!*

sabor pedantesco. Su estilo, atractivo para ciertas personas, por su tono imperioso y sus axiomas convincentes, tiene algo de énfasis y de esmerado. Exacto á veces, no es jamás sencillo, y deja apercibir que la espresion no nace al mismo tiempo que el pensamiento. Los filósofos, que desde sus primeras paradojas le habian saludado como á uno de los suyos, bien pronto se encontraron ofendidos por lo que él creia y por lo que negaba, humillados por el genio de aquel apóstata de su filosofia, irritados de la independencia que constituia su fuerza. Mientras que ellos se elevaban adulando la opinion, Rousseau quiere formarse un nombre contrariándola; maldice á la ciencia y la sociedad, avergonzado de que sean reyes de la opinion cierta clase de personas: proclama la igualdad por odio á la nobleza; sostiene la existencia de Dios, porque era negada en los festines de Holbach; se hace salvaje, porque Helvecio es afeminado y voluptuoso; atribuye todo á la educacion, porque la moda proclama la influencia poderosa del clima; en fin, quiere depurar la moral con los sentimientos de familia y con el ejemplo de las sencillas costumbres republicanas. Misántropo en el seno de la política y de la elegancia francesa, demócrata en medio de los admiradores de Luis XIV, está persuadido de la perfectibilidad del hombre, cuando todos no hacen más que dudar y burlarse de ella.

Tanto sus escritos como su vida están en una perpetua contradiccion. Teme tanto la dependencia de parte de los talentos superiores como de los corazones benéficos, y se irrita cuando se le desprecia; busca la soledad, pero para que se ocupen más de él en los salones, en los que no se presenta; finge despreciar la gloria, y la ambiciona. De esta manera es como pasa, por medio de todas las pequeñeces del talento que el siglo XVIII asociaba á tanta osadia, una existencia pesarosa sin afeccion, cambiando de queridas, arrojando á sus hijos en el hospicio, haciendo la guerra tanto á los enciclopedistas como á los sacerdotes, describiendo en sus escritos una edad de oro, al paso que su vida era una blasfemia y una maldicion continua; creyendo que todo el mundo se ocupaba de él y le hacia una guerra sin tregua (50), y en medio de todo esto proclamando la virtud y el sentimiento.

En medio de verdades que echa á perder con su impaciencia, Rousseau representa el movimiento del pueblo hácia lo futuro. Tal vez fué el único que vió que una gran catástrofe era inminente, y que no era posible evitar sus efectos sino volviendo al antiguo culto, salvando á la moral del naufragio en que perecia el dogma. Porque mientras Fenelon queria que la felicidad de todos dependiese de la bondad de uno solo, como se deriva del padre el bien de la familia, como depende de Dios el bien del género humano, Rousseau estaba persuadido de que á la libertad no se llega por las instituciones sino por la virtud.

Este es el objeto de su *Emilio*, el pensamiento del *Contrato social*. Al paso que Montesquieu se apoya en la historia, y pretende deducir con extremado rigor lo que será de lo que fué, Rousseau rechaza el testimonio (51), y no examina más que la naturaleza humana. Hostil á la sociedad, pretende que el hombre se encamine al bien independientemente de las leyes que ha hecho. En su opinion, la naturaleza lo ha hecho todo bueno, y la sociedad lo ha vuelto todo malo; preciso seria, pues, volver á las selvas vírgenes y á la época en que ningun maléfico genio habia tenido aun la idea de plantar un coto, ni inventar los malditos nombres de lo *tuyo* y lo *mio*. Para él la sociedad existe por una adhesion voluntaria de cada una de las partes; y por lo mismo se encuentra sujeta á todas las cláusulas rescisorias que dependen del capricho de cada contratante. Ya hemos visto proclamar en Inglaterra la doctrina de un pacto social, en virtud de la cual los hombres, renunciando á su independencia natural, se reunieron en sociedad abdicando una parte de su libertad (52). ¿Cómo se puede llamar independencia á

---

(50) «Yo no seré acusado, ni preso, ni juzgado, ni castigado en la apariencia; pero sin aparentarlo se procurará por todos los medios hacerme la vida odiosa, insoportable, cien veces peor que la muerte; se me pondrán centinelas de vista; no daré un paso sin ser seguido; se me quitarán todos los medios de saber nada aunque sea de lo que me concierne; no podré enterarme de las noticias públicas más indiferentes, ni aun de las que traen las gacetas; no se dejarán correr mis cartas y escritos sino por manos de aquellos que me venden; se truncará mi correspondencia con cualquier otro; la respuesta universal á cualquiera pregunta mia será *no lo sé:* en toda reunion mi presencia producirá un silencio universal; delante de mí las mujeres no tendrán lengua y los barberos serán discretos y silenciosos; viviré en el seno de la nacion más locuaz como en un pueblo de mudos; si viajo se predispondrán todas las cosas para hacer de mí lo que se quiera, á donde vaya me darán en custodia á los pasajeros, á los criados, á los mesoneros; apenas hallaré nadie con quien comer en las posadas; apenas hallaré un albergue que no esté aislado; finalmente, se cuidarán de esparcir tal horror hácia mí por donde vaya, que á cada paso que dé, á cada objeto que vea, quede lacerada mi alma; lo cual sin embargo no impedirá que como á Sancho Panza se me hagan mil reverencias burlescas con otros tantos cumplimientos y muestras de respeto y admiracion; cortesias de tigres que parece que se sonrien en el momento en que se disponen á despedazar su presa.» Carta á *Saint-Germain*. Esta es la quinta esencia del egoismo.

(51) «Comencemos por desechar todos los hechos, no corresponden á nuestra cuestion.» *Discursos sobre el origen de la desigualdad entre los hombres.*

(52) Se encuentran los mismos elogios del estado salvaje en todos aquellos que fueron ó quisieron aparecer descontentos de la sociedad. Entre mil bastará citar á Montaigne, *Ensayos*. c. 30, que en la suposicion de la feliz condicion de los salvajes en la *Francia antártica*, ataca á la república de Platon y á las sociedades civiles. Shakspeare le ha imitado en la *Tempestad*.

un estado en que el hombre, reducido á la pura sensacion, era esclavo de los fenómenos fortuitos, seguia por única ley sus necesidades, que su inferioridad relativa á los demás animales no le permite satisfacer sino por casualidad, y se encontraba avasallado de espíritu y cuerpo á la inculta naturaleza? ¿En qué épocas se verificó este pacto? ¿Dónde se encuentra su texto original? ¿Cómo *séres estúpidos y limitados* pudieron comprender que seria bueno llegar á ser séres inteligentes, hombres, y en su consecuencia entenderse todos juntos para avenirse á un contrato, sin haberse antes reunido en sociedad? ¿Cómo enajenar derechos necesarios á la conservacion y al perfeccionamiento? ¿Cómo cederlos para siempre, de tal manera que los hombres futuros estuviesen ligados por obligaciones aceptadas anteriormente sin su consentimiento? Estas eran objeciones en las cuales aquellos escritores no pensaban (53) El hombre tiene deberes, decian; ¿puede observarlos de otra manera que por un pacto? Y no llegaban hasta preguntarse porqué el hombre ha de verse ligado por semejante pacto, ó si se veian atacados con demasiada viveza, contestaban que en definitiva no era más que una hipótesis, sin cuidarse de si las consecuencias resultaban viciadas por la falsedad de la suposicion.

Rousseau examina, pues, cuáles fueron las bases de aquel contrato, y las precauciones que se debian adoptar para hacerle observar, de lo que deduce la teoria de la soberania popular. No existe soberania sino la de todos, y esta soberania no puede ser ni enajenada, ni dividida, ni representada: así como tiene todo el poder, tiene toda la justicia; no puede engañarse, y aun cuando se engañara debia ser obedecida; sus juicios son absolutos y pronunciados bajo formas legislativas. De esta manera es como establece el despotismo del Estado (54). No hizo más que repetir con más elocuencia lo que todos decian (55), y aquellos que le consideraron como un declamador elegiaco y un arisco sofista, no podian menos de admirar todo lo que hay de poesia en él; pero el siglo dió una nueva prueba de su buen sentido, considerándole como un filósofo, creyendo que razonaba, y viendo en él el representante de una escuela (56).

Considerábase la educación como una sola y misma cosa que la enseñanza: estaba regularizada al acaso, ó con arreglo á prácticas irracionalmente trasmitidas. Rousseau trazó en su *Emilio* un curso de educacion, que fué agradable, porque le dió una forma novelesca, tomando el niño desde su nacimiento para indicar los cuidados que se habian de prodigar tanto á su cuerpo como á su corazon y á su inteligencia. Fué un libro útil porque hizo abandonar las costumbres detestables, porque libertó á los niños del tormento de las fajas y de los corsés con ballenas, y les devolxió la leche de su madre (57). Al mismo tiempo la *Con-*

---

(53) «El órden social es un derecho sagrado que sirve de base á todos los demás: sin embargo, este derecho no procede de la naturaleza; está, pues, fundado en las convenciones.» ROUSSEAU. ¿Pero cómo lo que no procede de la naturaleza puede ser un derecho?... Además, ó el órden social es necesario al bien del hombre, y el hecho no será más que la realizacion de un órden natural, ó no es necesario, y en tal caso nunca podrá servir de base á los demás derechos. Aquí tambien Montaigne habia precedido á los modernos diciendo: «Las leyes de la conciencia, que decimos proceden de la naturaleza, nacen de la costumbre; y teniendo cada cual en veneracion interna á las opiniones y usos aprobados y admitidos acerca de él, no puede desprenderse de ellas sin remordimiento, ni aplicarlas sin aprobacion.» *Ensayos*, I, 42.

(54) «No conozco ningun sistema de servidumbre que haya consagrado errores más funestos que la eterna metafísica del *Contrato social.*» BENJAMIN CONSTANT, *Curso de política constitucional*, t. I. pág. 329.

(55) Hasta Montesquieu dice: «Apenas los hombres se establecen en sociedad, la igualdad que existia entre ellos cesa, y comienza el estado de guerra.» *Espíritu de las leyes*, XI, 6.

(56) El mayor panegírico de Robespièrre es el que ha hecho Lamartine en su *Historia de los Girondinos*. Sin embargo, empieza con estas palabras: «La filosofia de J. J. Rousseau habia penetrado profundamente la inteligencia de Robespièrre, llegando á ser para él un dogma, una fe, un fanatismo. En la apoteosis de Rousseau, Cambacères, presidente de la Convencion, pronunció un discurso donde entre otras cosas decia de él: «Político sublime, pero siempre sabio y benéfico, la bondad fué la base de su legislacion; dijo que en las agitaciones violentas debíamos desconfiar de nosotros mismos; que no es justo lo que no es humano, y que es un tirano aquel que se muestra más severo que las leyes. El gérmen de sus inmortales escritos está en esta máxima, *que la razon se engaña con más frecuencia que la naturaleza.* Estas frases, que eran la mayor condenacion del sistema de entonces, fueron *interrumpidas por las lágrimas y los aplausos de los espectadores.* Nuevas políticas, 24, vendimiario, año III.

(57) Tansillo escribió un poema titulado *La Nodriza*, exhortando á las damas nobles á criar por sí mismas á sus hijos:

Nutre bestia i nemici per pietade
E noi mandiamo i nostri figli altrove:
O vituperio dell' umanitade!

(Los animales alimentan por piedad á sus enemigos, y nosotros confiamos á otras manos á nuestros hijos: ¡oh vituperio de la humanidad!.)

Escevola de Sainte-Marte, poeta latino del siglo XVI, exhortaba ya á las madres á criar por sí mismas á sus hijos.

Dulcia quis primi captabit gaudia risus,
Et primas voces et blæsæ murmura linguæ?
Tunc fruenda alii potes ista relinquere demens?
Tantique esse putas leretis servire papillæ
Integrum decus, et juvenilem in pectore florem?

Y antes que este hizo iguales exhortaciones, Fray Gerónimo Savonarola en sus sermones. Por lo demás, el *Contrato social* es una imitacion del *Ensayo sobre el gobierno civil;* y el *Emilio* y el *Vicario saboyano* lo son de las *Cartas sobre la educacion* y del *Cristianismo racional* de Locke.

fesion del vicario saboyano hacia levantar al cielo los ojos que se habian fijado en el fango, y devolvia al sentimiento sus derechos en la demostracion de las supremas verdades.

Pero al mismo tiempo ¡cuántas ideas falsas no se mezclaban entre estas verdades! Dirige continuamente la educacion por medio de circunstancias preparadas artificialmente, y con golpes teatrales rodea á su discípnlo de un mundo arreglado espresamente para él: pretendiendo que cada niño reconstruya por sí mismo la civilizacion, é invente lo que pueda aprender, reduce al hombre á la condicion de los brutos, que no enseñan á sus hijos lo que han aprendido. Rousseau no se apercibió de que una generacion no puede conocerse á sí misma, si no conoce á las que le han precedido; que si todo hombre debe ocuparse en educar á otro, no queda tiempo ni posibilidad para el progreso. Por otra parte, no establece otro fundamento para la moral, que el interés personal. Mientras que Aristóteles y Platon habian tenido á la mira á la sociedad, Rousseau no considera más que al individuo. Predispone á su discípulo contra la sociedad, como contra un enemigo; y cuando se vea colocado entre los hombres, será hostil á todas las reglas comunes, es decir, muy desgraciado. ¿Qué es de su mismo *Emilio*? Un hombre dispuesto á aceptar todo lo que le sucede, la esclavitud en Argel ó el adulterio en su casa, sin sentir la imperiosa necesidad de mejorar á los demás ni á sí mismo (58).

Este libro, cuya impresion se obtuvo con artificios, fué inmediatamente condenado por el arzobispo y el parlamento de París, sufriendo la misma suerte en Ginebra. En contestacion á su mandamiento, dirigió el autor al arzobispo una virulenta carta, en la que sostiene la libertad de conciencia, no como incrédulo y con tono satírico, sino por medio de razones sérias, entre otras, que la sociedad se encontraba en contradiccion con sus propias instituciones, á la vez tiránica y enervada.

Rousseau consideraba á los filósofos como bajos é impostores, ambicionando sólo fama (59); por su parte éstos le creian un salvaje, y no pudiendo perderle con la sátira, trataron de conseguirlo por la fuerza. Envidioso Voltaire de una gloria que no se derivaba de la suya, empleó todos los medios posibles para difamar á aquel *malvado* que tenia entre sus parientes, á un zapatero. El parlamento decretó su arresto y huyó. Rechazado de su patria, la Suiza, fué inducido por Hume á refugiarse en Inglaterra, de donde pronto se alejó maldiciendo al amigo, al que trató de traidor. Perseguido entonces por todo el mundo, ó creyendo serlo, asustado de tantas enemistades, como tambien de toda proteccion, de las pensiones que querian concederle, de los aplausos que se le tributaban, vivió desgraciado, desconfiando de todos, y concluyó, segun todas las probabilidades, por abreviar él mismo sus dias.

Tembló y hace temblar en lo que Voltaire no hace más que hacer reir. Este último se constituyó órgano de los odios, de las ideas, de las esperanzas del siglo, de lo que resultó que las transmitió como inspiraciones y con inmensa eficacia. Poseido Rousseau de un desmesurado orgullo, quiere imponer al siglo opiniones que cree suyas, pero que no son otra cosa que la exageracion de las que han sido proclamadas ya: lleno de desconfianzas y tratando de inspirarlas á las naciones, como si fuese parte de la felicidad el desconfiar siempre, una pasion de su época le sirve de arma para combatir á otra, y logra hacerse popular combatiendo la popularidad. Desprecia á los grandes y á los pequeños, y no sabe vivir sin su estimacion; cree en Dios y no confia en él; ama la virtud y no cree en ella; idolatra la verdad y se postra ante el altar de la mentira; pasa la vida desdichada de quien no se fia de los hombres ni espera en la divinidad: quiere enseñar á raciocinar y desbarra y se contradice continuamente; nos pide el alma, pero es para arrojarla en un mar de ilusiones y de engaños; quiere hacer feliz al género humano y lo desprecia. Siempre individualista, su *Contrato social* puede convenir á Ginebra, el *Emilio* á un solo niño, y muchas de sus teorias á un hombre aislado que piense y sienta como Rousseau, pero no á la generalidad. Voltaire, espresion del sentido comun, es claro, variado, abundante en el estilo, jamás afectado ni declamador, como tampoco grande, ni patético, ni sublime. Rousseau se coloca fuera del sentido comun, y por lo mismo, de la sencillez; declama y exagera el arte para paliar lo absurdo de sus principios; pero raciocina mejor que Voltaire, deduciendo consecuencias lógicas, aunque de premisas falsas, y espone magníficamente los grandes sentimientos para los cuales Voltaire no tiene más que una risa sardónica. Como poeta, Voltaire derrama el arte en todo: se rie, revela los abusos y los crímenes, pero no protesta contra lo presente, no indica reformas para lo futuro. Dotado Rousseau más de sentimiento que de razon, concentra en sí mismo todos los sufrimientos de su época, protesta sin cesar y sueña utopias. El uno personifica el epígrama, el otro la elegia;

(58) Siete años antes del *Emilio* (1755) se habia publicado el *Código de la naturaleza*, de Morelly, verdadero código de comunismo. Es singular que en él se encuentren las ideas capitales sobre la educacion desarrolladas por Rousseau: que las madres crien á sus hijos, que no se dé á los niños ninguna idea de la divinidad; que se reduzca la religion á un estricto deismo, y se proscriban aquellas ficciones ingeniosas en que los niños se deleitan. No quiero inferir de aquí que Rousseau copia de Morelly, sino que tales eran las ideas corrientes.

(59) «¿Dónde está el filósofo que por su gloria no engañaria de buen grado al género humano? ¿Dónde está aquel que en el secreto de su corazon se propone otro objeto que distinguirse?» Y en otra parte: «Oh Montaigne, tú que haces alarde de franqueza y verdad; sé sincero, si un filósofo puede serlo.» *Emilio*, IV.

el uno duda y se burla, el otro duda y se asusta; Voltaire adora á los reyes tanto como desprecia al pueblo, y por hacer la corte á aquéllos ataca á los clérigos y á la religion; revolucionario en ésta, y tan servil en política, que cree que la causa de los filósofos es la causa de los reyes (60): Rousseau, republicano, defiende al pueblo; y con gran escándalo de Voltaire hace de su héroe misántropo un carpintero. Voltaire diviniza la razon que separa. Rousseau el sentimiento que reune, aquél se rie de todo lo pasado y goza con lo presente; Rousseau padece con lo presente, pero confia en el porvenir. Voltaire censura la sociedad, pero se acomoda á ella; recibe títulos de la corte, tiene vasallos, hace la trata y goza agradablemente de la vida. Rousseau no transige, sufre, se indigna y no puede respirar en medio de un siglo perverso. El arma del primero es un implacable buen sentido; la del segundo, la exaltacion del sentimiento, el entusiasmo de la verdad y la justicia. La escuela de Voltaire pereció tan pronto como cumplió su mision; la de Rousseau comienza el movimiento de renovacion, tanto en el arte como en el sentimiento.

Saint-Pièrre, 1737-1814.—Bernardino de Saint-Pièrre, que es su principal sucesor, recibió de él el impulso religioso, aplicado al pensamiento filosófico. Imaginándose en su fantasia las reformas que la sociedad necesita, quiere hacerse jesuita para convertir á los americanos; después se dirige á Malta para hacer la guerra á los turcos. Desconocido en aquella Francia que amaba *porque habia producido á Fenelon*, pasa á Rusia á proponer sus ideas á Catalina y á Orloff; pero le cuesta gran trabajo obtener el entrar á servir en el ejército, que no tarda en abandonar para pelear en favor de los polacos. Resuelto á fundar una república, elige á Madagascar, pero vuelve sin haber conseguido su objeto. Introducido por d'Alembert en el círculo de los filósofos, se encuentra á disgusto en él, ridiculizado por sus desgracias y virtudes, lo que hace que se aisle en su pobreza, feliz cuando puede encontrarse con Rousseau (61); pues ambos detestaban á aquella turba de personas felices que lanzaban, al salir del teatro ó de sus espléndidos festines, epígramas contra Dios y contra la humanidad.

Ahora bien, Dios y la naturaleza, que son los únicos que pueden dar una alma al arte, habian desaparecido, sin dejar más que débil armazon una luz enteramente artificial, en lugar del puro y claro sol; el sentimiento, la delicadeza de las formas, la variedad del estilo se habian desvanecido. Todos aquellos pintores, sin escluir á Buffon, describian los campos desde sus palacios de París y con arreglo al Jardin de Plantas; así es que son acompasados y convencionales. Aunque Rousseau haya visto los Alpes y amado el campo, la naturaleza es en él amanerada; representa los parques y los jardines ingleses, pero no el grandioso aspecto de las montañas; además entre la naturaleza y él se presenta siempre el hombre, y el odio que tiene á éste, anubla á sus ojos aquélla. Saint-Pièrre, que amaba las soledades, los prados, el mar y los poetas, comprendió el acuerdo del corazon humano y de la creacion, manifestó con sencillez su entusiasmo en los *Estudios de la naturaleza* (1784). No es un libro superior; pero es tan diferente de lo que se escribia entonces, que agradó á las almas apasionadas, á pesar de lo que se encuentra en él de vago y truncado; al paso que provocó el hastío de los pisaverdes por las ilusiones que hay diseminadas en él, y las burlas de los filósofos por las ideas religiosas que le dominan. El incomparable idilio de *Pablo y Virginia* (1788) parecerá un acto de vigor á los que saben cuánto valor se necesita para ir contra la corriente. Cuando la leyó en el salon de madama Necker, unos se retiraron, otros se durmieron, pero el pueblo comprendió.

Hay pocos hombres que tengan bastante fe en sí mismos para darse la razon contra todo el siglo; Saint-Pièrre se corrigió, es decir, que se estravió, y en la *Cabaña india* (1791) criticó á la sociedad y á las academias, mostrando en abstracto un grande amor á la justicia y á la humanidad. Entregóse después al optimismo providencial, hasta negar casi el mal, buscando las causas finales, y convirtiendo á la naturaleza en un tipo de belleza, de bondad, de conveniencia absoluta, en el que la armonia del cielo con la tierra no ha sido nunca trastornada sino por el hombre, que civilizándose abandonó las majestuosas selvas por las infectas ciudades (62). Vednos, pues, otra vez en la misantropia de Juan Jacobo; ved de nuevo culpada la

(60) Además de los pasajes ya citados escribe á d'Alembert: «No se sospechaba que la causa de los reyes fuese la de los filósofos; sin embargo es evidente que algunos sabios que no admiten dos poderes son los primeros sostenes de la autoridad real.» *Correspondencia*, t. XVIII, página 18.

(61) «Un dia habiendo ido con él (Rousseau) á pasear al Mont-Valerien, al llegar á lo alto acordamos pedir á los ermitaños que nos diesen de comer por nuestro dinero. Llegamos poco antes de que se pusieran á la mesa, y cuando estaban en la iglesia; Juan Jacobo me propuso que entrásemos á rezar nuestras oraciones. Los ermitaños cantaban entonces las letanias de la Providencia, que son bellísimas; y después que hubimos orado en una capilla y que los ermitaños se encaminaron al refectorio, Juan Jacobo me dijo conmovido: «ahora esperimento lo que dice el Evangelio: *cuando esteis muchos reunidos en mi nombre, yo estaré con vosotros*. Esperimento una sensacion de paz y de felicidad que me penetra el alma.» Yo le respondí: «Si Fenelon viviese, serias católico;» á lo cual replicó fuera de sí y con lágrimas en los ojos: «Si Fenelon viviese, trataria de ser su lacayo para merecer después el ser su ayuda de cámara.» *Estudios de la naturaleza*, t. III, notas.

(62) En los *Estudios de la naturaleza* y especialmente en el VII, opone la naturaleza á la sociedad presentando al

civilizacion en descargo de la Providencia; todo el bien procede de Dios, todo el mal del hombre, como si el hombre no fuese el objeto principal de la Providencia. Sin embargo, aun cuando incurra en la exageracion para contestar á sus contradictores, Saint-Pièrre conserva su admiracion á la naturaleza, se atreve á permanecer cristiano, y encamina los ánimos hácia la reaccion contra el movimiento filosófico, y la relajacion artística.

Condorcet.—Puede colocarse al marqués de Condorcet (1745-1794), natural de Ribemont, al lado de d'Alembert: admitido demasiado jóven en la Academia, por sus trabajos sobre el análisis y sobre el problema de los tres cuerpos; afamado ya en Europa como geómetra, lo fué como escritor, cuando publicó, en cualidad de secretario de aquel cuerpo sábio, los *Elogios* de los académicos. Rico de conocimientos, dotado de una elevada inteligencia, estraño al espíritu esclusivo y de partido, llegaba por el análisis á sistemas atrevidos, y se le llamaba un volcan cubierto de nieve. En lugar de deplorar en el hombre una manifiesta decadencia, admira sus progresos sucesivos, doctrina de que no renegó en presencia de los cadalsos revolucionarios. En el *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1793), pretende «demostrar, con el razonamiento y los hechos, que ningun término está asignado á la mejora de las facultades humanas; que la perfectibilidad del hombre es indefinida; que sus progresos, en adelante invencibles, no tienen otro límite que la misma duracion del globo.» Con este objeto, recorre la historia en nueve épocas; conjetural en las tres primeras, establece la última desde Descartes hasta la Revolucion. Aquella idea de los progresos solidarios de todas las naciones y de todos los siglos, no se habia presentado aun á los filósofos, que calumniaban el catolicismo y echaban de menos la sociedad pagana. Pero, para que la prueba de Condorcet fuese completa, debia no haber omitido nada de la historia, al paso que no hace más que elegir; además, no considera más que el lado estético é intelectual, y descuida el sentimiento; por otra parte, el espíritu irreligioso de su siglo no le dejó conocer las relaciones del hombre con todo el universo, ni con otro órden de cosas. Así, no esperando la inmortalidad, se lisonjea de la duracion indefinida de la vida terrena.

Concluyó estableciendo sobre los progresos futuros de nuestra especie, conjeturas que hubiera querido fundar matemáticamente en lo pasado, y las reduce á la igualdad entre las naciones, á la igualdad entre los ciudadanos, y á la perfeccion real del hombre. La primera consistirá en adoptar las mismas creencias políticas, y consagrar el principio de la soberanía nacional; la destruccion de la aristocracia sacerdotal y nobiliaria producirá entre los individuos igual particion de riquezas, de derechos, de instruccion, y hasta la mujer será elevada y perfeccionada. Para probar que en sus obras Condorcet se olvidó á veces de la moral, basta decir que en el progreso de las ideas morales preveia que podria encontrarse medio de abandonarse á los placeres sensuales sin llenarse de hijos. Otras ideas ridículas introdujo tambien entre sus ideas generosas; hízole creer en el perfeccionamiento del individuo el incremento de las ciencias, en las cuales cuanto más se avanza más se dilata el campo, mejorándose los métodos y multiplicándose las observaciones hasta el punto de hacer creer que aquél es ilimitado. Lo mismo observó respecto de la industria, que cada dia adquiere nuevas máquinas y fuerza. «Llegará un dia, en que el sol no verá ya sobre la tierra más que hombres libres, sin otro dueño que la razon. Los tiranos y los esclavos, los sacerdotes y sus estúpidos ó hipócritas instrumentos no aparecerán ya sino en la historia y en los teatros. Los gérmenes de la supersticion y de la tirania se verán aniquilados bajo el peso de la razon.» Este himno al progreso es sublime si se considera que lo entonaba bajo el hacha de los que se llamaban republicanos, lo cual no le hacia abandonar sus esperanzas, bien que ninguna de éstas se elevase á una esfera superior á la tierra.

Ya Roberto Turgot habia leido en 1750 un discurso sobre los beneficios del cristianismo, en el que consideraba á éste, á pesar de la impiedad dominante, como una mejora sobre el paganismo. Proclamó después el progreso como vocacion de la humanidad en otro discurso, bosquejo de historia universal, imperfecto, sin duda, pero que es el primero en que se honra á todo el género humano y se le considera como perteneciente á la série de hechos y fenómenos, recibiendo y trasmitiendo una herencia, aumentada de continuo con conocimientos y moralidad. Con esta idea es con la que sigue paso á paso la marcha de la humanidad. Pero la filosofía materialista no le permite ver las leyes eternas, los derechos superiores, ni una Providencia; de aquí procede que sucumbe á la duda, y esclama: «Busco en esta sucesion de opiniones el progreso del espíritu humano, y casi no veo en ellas más que la historia de sus errores.»

Los libros de polémica, es decir, la mayor parte de los de Voltaire, una parte de las obras de Rousseau, todo lo de Diderot y la *Enciclopedia*, perecieron después del triunfo; los demás envejecieron. Pero siempre en las cuestiones pasajeras se mezclan con los apasionados errores eternas verdades, y los unos permanecen sepultados, las otras sobrenadan. Hemos tenido que hacer violencia á nuestras simpatias para juzgar con severidad á hombres que combatieron tantos funestos errores, produjeron la emancipacion, la dominacion de la literatura, y á quienes debemos, si no verdades completas, muchos principios verdaderos y fecundas semillas.

---

hombre moral en su estado primitivo y corrompido después: tema ordinario de los declamadores del dia.

La literatura, militante en la polémica periódica, y uno de los medios más activos de influir en las ideas, perdió la delicadeza del siglo precedente. El orgullo que inspiraba el juicio propio impedia qué se creyese necesario reforzarlo con lo pasado, y aquella ambiciosa disposicion hizo que se considerase á los antiguos como de poco valor; buscáronse, pues, ideas nuevas, espresiones forzadas, giros estravagantes, vanos adornos en lugar de la pura sencillez; adquiriendo la lengua precision y rapidez, perdió en elegancia y colorido. Las frases tenian fuerza; pero á menudo carecian de exactitud; y si aquella petulancia de estilo cuidado agrada al principio, á la larga cansa. Voltaire se queja varias veces de que el gusto se pierde, de que las innovaciones se suceden, y de que se camina á la barbarie; el siglo XVIII es, segun él, la cloaca de todos los que le han precedido. Tal vez la razon de las culpas que con tanto desprecio revela Voltaire, está en aquella frase de su contemporáneo Vauvernagues: «es necesario tener alma para tener gusto. Los grandes pensamientos vienen del corazon.»

Algunos cultivaron el arte con desinterés. Montesquieu estudiaba largas horas, ensayaba, ensayaba de nuevo, se desesperaba; Buffon proclamaba que sólo el estilo hace á un libro inmortal, y trabajaba el suyo sin cansarse. En la imperturbable majestad del genio, que no conmueve ni las censuras ni los elogios, consiguió su éxito, describiendo las sensaciones que esperimentó; usa en sus generalidades de una sencillez persuasiva y de mucha claridad; sus frases son elevadas y graves, lo que hace que se sienta más el que no haya podido unir el órden moral al órden físico. Tal vez esto es lo que le precisó á recurrir á veces al énfasis y á períodos en que se encuentra más pompa oratoria que verdad pintoresca, porque no apelaba al corazon ni establecia armonia ninguna entre las escenas de la naturaleza y el sentimiento que debe escitar (63). Una gran parte de sus escritos ha perecido tambien, para no dejar subsistir más que las grandes verdades y las nociones relativas á la náturaleza del hombre, siempre la misma en su inmensa variedad.

La elocuencia sagrada, que instruye y afecta, cesó de hacerse oir. Hubiera sido necesaria en medio de una atmósfera de duda, de almas ardientes y atrevidas, cuando el siglo inducia á los oradores á desplegar una pompa ficticia, á acariciar las opiniones, á no chocar con la moda, á hacerse perdonar el Evangelio, abandonando el dogma, á sujetarse en la teologia académica á una moral enteramente humana y á disimular su propia creencia. Desecháronse aquellas formas populares que aun recayendo en el vulgo, elevan á veces á una sublimidad original, para adoptar un estilo más florido, que no era propio de la severidad apostólica, y ya no fueron pontífices los que predicaron, sino literatos. Unicamente los Padres André y Bridaine se atrevieron á hacer oir una elocuencia atrevida y dramática, y sus sermones agradaron como una estrañeza.

Un lenguaje sencillo y severo, una discusion grave y mesurada que busca los principios para hacer de ellos la base de los razonamientos, habian reemplazado en la elocuencia del foro á la ostentacion de erudicion, de retórica y de imaginacion; pero habiendo acaecido el filosofismo; aquella manera sencilla y positiva pareció mezquina, quisieron desarrollar ideas generales, teorias en lugar de hechos. La elocuencia adquirió de esta manera más estension, y produjo en el público no menos efecto que las obras literarias. El proceso de los jesuitas, después el de Lally y el de La Barre dieron lugar á algunos discursos notables; y la Chalotais y Servan obtuvieron, entre sus contemporáneos, una celebridad que se desvaneció con los intereses á que se dirigian.

Thomás, 1732-85.—El panegírico es un género falso en todo lo que no sea delante del altar; esto es lo que hace que los *Elogios* de Antonio Thomás de Clermont-Ferrand pequen por su base. Pensador laborioso, pero rico de aquella erudicion que se apreciaba entonces, quiso colocarse entre los filósofos sin renegar de la moral y se esforzó penosamente en conseguir la elocuencia; pero en lugar de verla en el pensamiento, en la poderosa emocion de la realidad, la buscó en el énfasis de un estilo atormentado, hasta para las cosas pequeñas, en el empleo de las ideas y composiciones tomadas de las artes y de las ciencias exactas: ahora bien, la falta de espontaneidad quita el efecto á aquel fárrago, como tambien á todo el entusiasmo que se afecta por la patria y las bellas acciones. Renunció, sin embargo, algunas veces á los espedientes del arte, para recurrir á su corazon en el *Ensayo sobre las mujeres* y en el *Elogio de Marco Aurelio*, en el que se coloca realmente en medio de la antigua Roma, entre el pesar de lo pasado y los temores de lo futuro. Esta obra agradaba tambien á sus contemporáneos porque espresaba de una manera encubierta verdades que no se podian decir con descaro. El ensayo sobre los *Elogios* es cansado por su monotonia; y además, el elogio no es un género distinto, para el cual tengan que darse reglas aparte. Apenas, analizando todos los panegíricos dictados por la adulacion, ha creido dignos de mencion aquellos elogios de los Padres de la Iglesia, que han quedado superiores á todos los demás porque están llenos de espontaneidad.

Marmontel.—Francisco Marmontel del Bord, prosista fácil y elegante (1723-1799), moderado en sus opiniones filosóficas, manifestó alguna independencia en las literarias. Después de haber sentado paradojas en sus *Elementos de literatura* para marchar en sentido inverso de la corriente, las

(63) D'Alembert decia: *No daria un óbolo por el estilo de Buffon.* Voltaire le hacia el cargo de poetizar la prosa, y de «hablar de física en un estilo ampuloso.»

abandonó; y no ocupándose de los detalles de práctica, sino del sentimiento de donde nacen las artes de imaginacion, buscó las causas que podian influir sobre ellas, no las reglas, que nunca produjeron el talento. Sus *Cuentos morales* describen hechos y sentimientos tomados del órden habitual de las cosas. Nadie, sin embargo, debe formarse ilusion sobre este título de *morales*; pues bastarian para revelar la corrupcion de las costumbres de la época, los consejos sin energia que da, y la única virtud que parece conocer es la de salvar las apariencias.

Aquel siglo era verdaderamente el de la crítica, en el sentido vulgar de esta palabra; y como no podia ejercerse sobre los grandes intereses, se volvia contra sí misma y estudiaba el arte, pero demostrando que no bastaba para evitar el mal y alcanzar el bien. Los jesuitas atacaban en el *Diario de Trevoux*, á las falsas doctrinas y á las aplaudidas medianias, con argumentaciones de talento y fundadas. El *Diario de los Sábios* era dirigido por los frailes de Santa Genoveva, y las *Noticias eclesiásticas*, por los padres de San German de los Prados. Luis Racine, el abate Fleury, Rollin habian dado buenos preceptos; pero más bien sobre el estilo que sobre la idea, sobre la forma que sobre el principio de lo bello. El padre André, qué fué el primero que tomó de Platon y de los Santos Padres las teorias de lo bello y las llevó más allá que ningun otro (64), hizo un libro más elegante que original. Montesquieu le copió sin igualarle. Diderot pretendió completarle con ayuda del materialismo, y tiene hermosos rasgos pero sin una séria firmeza de principios. Condillac impide toda poesia á fuerza de querer ser exacto siempre; y basa el arte de escribir sobre estos dos errores, á saber: que todo se reduce á las ideas sensibles, y que el precepto único estriba en enlazarlas. La satírica vivacidad de Voltaire, alma y representante de aquel siglo, debia hacer perder el sentimiento de lo bello clásico tan sencillo, de la belleza de la Edad Media tan llena de energia, y no conceder admiracion más que á la ausencia de defectos, ó á lo más, á la libertad filosófica, tal como él la comprendia.

La Harpe.—Francisco La Harpe (1739-1803), talento elegante y tímido, ardiente de cuando en cuando, á quien Voltaire habia designado por su heredero, pero que engañó estas primeras esperanzas; cuando abandonó la incredulidad, escribió artículos en periódicos y lecciones, que reunió después en su *Curso de literatura* (1799). No busca las reglas generales, pero las muestra en la composicion de tal ó cual obra. A veces consigue la verdadera elocuencia reproduciendo los sentimientos despertados en él por las bellezas y los defectos literarios, y saca del absolutismo de sus opiniones la energia del lenguaje; pero se deja llevar sin mesura de sus preocupaciones, sin apercibirse de que son sugeridas por influencias estrañas, por odios, por amistades, por la conformidad de opiniones; su talento no se doblega á los tiempos y á las civilizaciones diferentes; hace demasiado caso de los artificios de la composicion, de los cálculos de arte en las obras maestras, y descuida la inspiracion, las circunstancias, el carácter. La antigüedad se escapa á su ceguera filosófica, que no comprende más que el siglo anterior; no sólo desfiguró siempre el talento de los autores antiguos, sino que llenó sus tradiciones de errores groseros, lo que hace que sea un guia infiel.

El *Viaje del jóven Anacarsis*, de Juan Barthelemy de Casis (1716-1795), pertenece tambien á la crítica: este escritor, en medio de aquel desden de erudicion, tuvo el valor de trabajar treinta años sobre los clásicos, cuyos hechos recapituló, pero sin animarse con su imaginacion. La idea no era nueva; en efecto, algunos jóvenes ingleses, durante su permanencia en la universidad de Cambridge, habian reunido los frutos de estudios sérios en las *Cartas atenienses*, con un sentimiento poético muy superior al del autor francés, á quien le era desconocido este trabajo. El inmenso cuadro de la civilizacion griega no podia revelarse bien en su conjunto, y hubiera sido preciso añadir á aquel espectáculo el interés que escita un observador, no contemporáneo ni escita, sino rico con toda la esperiencia y coh toda la filosofía moderna. La sencillez griega está mal reproducida por el ingenioso abate, que para ser elegante disimula la fisonomia helénica. Encuentra las originalidades del teatro griego groseras é intolerantes, porque no estaban conformes al ceremonial de Luis XIV, y pone en accion á la sociedad francesa en Atenas y en Corinto.

En Lebrun (1729-1807),el espíritu filosófico ponia trabas á la imaginacion; era la cólera y la venganza la que le proporcionaban inspiraciones contra indignos rivales suyos. Se ve en las poesias de Chenier la pintura, el arte, el deleite, pero nada ideal. Fuerte Lorenzo Gilbert (1751-1780) con su conciencia, declaró la guerra á los enciclopedistas, y lanzó contra el siglo una sátira verdadera y bien sentida; murió en el hospital, y su último canto es uno de los mejores trozos de poesia francesa.

Delille.—Jacobo Delille de Aigueperce tuvo (1738-1813), por el contrario, mucha fortuna: lleno de viveza, se hizo amar sin causar recelos, y obtuvo la simpatia en razon de sus defectos. Agrada por sus giros graciosos, por sus vivas anécdotas, sobre todo por el talento en describir, y pasó toda su vida en buscar asuntos en que pudiese dar libre curso á su imaginacion; así es que fué el representante de la poesia descriptiva, cuyo estudio es pintar bien, sin conseguir nunca hacer un cuadro. No se le deben pedir ideas, entusiasmo de la naturaleza, inteligencia de la historia, ni grandes conocimientos; busca las ideas en los libros ajenos, sobre todo en las

(64) *Indagaciones filosóficas sobre la naturaleza de lo bello.*

obras en prosa, para repetirlas en armoniosos versos. El prefacio de las *Georgias*, que es su mejor trozo, está traducido de Dryden. Aprendió trabajando á reproducir en francés el poema de Virgilio, el artificio del estilo descriptivo, y su obra maestra en este género fué el poema de los *Jardines* (1782). En una época en que la prosa habia adquirido con Rousseau y Buffon algo de hinchado, debiera haber cambiado tambien el tono del verso; pero temiendo, por el contrario, toda osadia, no poseyó mas que un vago instinto de melodia y elegancia.

No se metió con el partido filosófico; después, sin que nada le obligase, abandonó la Francia el 9 termidor, y volvió en 1802 sin ser llamado. Publicaba de cuando en cuando composiciones en las que se divertia en pintar bagatelas, en hablar de ciencia, en describir diversiones, paisajes y esperimentos. Aquella forma agradaba, y le valia ser casi divinizado: duquesas inglesas, princesas polacas le escribian dándole gracias; su aparicion en la Academia era una solemnidad; sus lecturas eran aplaudidas y hacian correr lágrimas; sus admiradores le llevaban á su casa en brazos, y se hacian tiradas de cincuenta mil ejemplares de sus composiciones.

Fontanes es como el anillo entre Delille y Chateaubriand, que le debió el ser el primero que le alentara. Fluctuando entre lo voluptuoso y lo devoto, hizo discursos en favor del emperador Napoleon; pero tambien se atrevió á contradecirle. Su amigo Joubert no concluyó nada. Chateaubriand publicó en época posterior sus *Pensamientos*. Decia de Voltaire: «Así como el mono tiene movimientos encantadores y facciones repugnantes; conoció la claridad y se aprovechó de la luz, pero para diseminarla y quebrar todos sus rayos;» de le Sage: «Sus novelas parecen escritas en un café por un jugador de dominó, al salir de la comedia;» de La Harpe: «La felicidad y abundancia con que expresa el lenguaje de la crítica le hace parecer hábil; pero no tiene tal habilidad;» de Barthelemy: «*Anacarsis* da idea de un hermoso libro, y no lo es.»

Otros escritores se ejercitaban en la tragedia. Dubelloy manifestó que los asuntos nacionales podian ser objeto de estas composiciones, poniendo en escena á *Gaston* y á *Bayardo*, como tambien el *Sitio de Calais*. Saurin hizo oir en su *Spartacus*, con una fuerza que recordaba á Corneille, los acentos de la libertad, cuyo advenimiento estaba próximo. Ducis, cuyo talento no se inclinaba ante el siglo, conocia la necesidad «de salir de aquellas formas cuya belleza estaba ya gastada;» pero no se atrevió á intentarlo sino á medias. En una época tan poco histórica, no comprendió los cuadros en que Shakspeare describe tan completamente la vida humana: no conoció más que las terribles emociones que despierta con la pintura de los afectos y de los dolores domésticos. Tampoco conocia más que por estracto al gran poeta inglés, y creyó deber pulirle para hacer que agradase á los espectadores franceses. Aunque suprimió todo lo original de Shakspeare, el gusto se asustó; pero poco á poco se acostumbraron á él, y Le Tourneur se aventuró á dar una traduccion de aquel teatro, tratado de bárbaro por Voltaire. Desgraciadamente carecia de idea y gusto; lo natural y lo sencillo, que produce la admiracion en el texto, desaparecieron bajo un lenguaje correcto ó mutilado y la pesada perífrasis. Los aplausos tributados al poeta inglés turbaron el sueño de Voltaire, que afectó temor de que «se incurriese en lo exagerado y en lo gigantesco.» Denunció á la Academia la aficion en favor de «aquel saltimbanqui, que hacia contorsiones y tenia dichos de talento.» Diderot le comparaba «al San Cristóbal de Nuestra Señora, informe coloso, groseramente esculpido.»

Aquel talento que revela la naturaleza como por instinto, habia desaparecido de la comedia; y á la vez que se esforzaban y lograban algunos producir efecto, sabian tambien despertar el interés hácia personas imaginarias. Reproduciendo Luis Gresset (1709-1777) con verdad el lenguaje y las maneras de los salones de Paris, inmortalizó en el *Vert-Vert* y en el *Picaro* las modas efímeras; pero sintiendo más tarde el haber hecho sacrificios á los ídolos de la época, atacó al egoismo y proclamó la verdad entonces combatida.

Piron.—Fuera de las sociedades elegantes, vivia Alejo Piron, de Dijon (1689-1773), con su talento y epígramas; de inteligencia superior á sus obras, era buscado y temido; y á pesar de su reputacion, se huia de él. Poeta de oficio, ensayó todos los géneros; tuvo en sus versos la misma indiferencia que en su vida, y vivió hasta la edad de ochenta y cuatro años, con su pobreza independiente. Después de haber comenzado con una obra impia, que ni siquiera se puede nombrar, concluyó con la devocion, y tradujo himnos. Sus contemporáneos quisieron oponerle á Voltaire, y él mismo creyó á veces que llegaria á rivalizar con él en la tragedia y en las mordaces sátiras. No perdonaba á nadie. Asistiendo un dia á la lectura de Voltaire, no dejaba pasar un verso ni una escena cuando conocia alguna señal de imitacion, sin inclinarse, y como se admiraban: «No os parezca malo, dijo; tengo costumbre de saludar á mis antiguos conocidos.» Preguntándole el arzobispo de Paris si habia leido su pastoral, *No, monseñor*, contestó, *¿y vos?* Habiéndole rechazado la Academia de su seno, improvisó el epitafio tan conocido que no perecerá (65). Su *Metromania* (1738), que está escrita con esquisito arte y admirable talento, es la mejor comedia del siglo, aunque la humanidad sea en ella estraña al arte.

Collin d'Arville dió á la comedia un tierno interés y verdadero sentimiento. Dancourt no dejaba de atacar con talento y vivacidad las preten-

(65) Ci-git Piron, qui ne fut rien,
Pas même académicien.

siones de los ensalzados de la nada; Legrand y Dufresny sacan lo ridículo de la misma fuente. En las composiciones de Destouche, la clase media adquiere ya más dignidad, y no se presenta sólo á escitar la risa.

La tragedia representando á la clase media contaba ya ejemplos entre los ingleses; la Chaussée y no Diderot pudo ser considerado en Francia como su inventor, cuya *Escuela de los maridos* es sin embargo un modelo de este género. Aunque se reprobase aquella especie de tragedia, manifestaba el progreso popular, pues sustituia en la escena la clase media á la nobleza. El error consistia en hacer de estas producciones un género diferente, en el que se introducia el mal gusto, lo pedante, la afectada sensibilidad, una manera lánguida é ideas de suicidio. Después de haber intentado Voltaire destruir esa innovacion con los epígramas, le pagó tambien tributo en *Nanina* y en el *Hijo pródigo*. Sebastian Mercier, que en su *Cuadro de Paris* se habia emancipado de la tirania de las reglas para pintar las costumbres con toda libertad, publicó en 1773 sin nombre de autor, un *Nuevo ensayo sobre el arte dramático*. Emprende demostrar en esta obra, llena á la vez de osadias y paradojas, que «el nuevo género llamado drama, que resulta de la comedia y de la tragedia, por tener lo patético de la una y las sencillas descripciones de la otra, es infinitamente más sutil, más verdadero, más interesante, porque es propio de la generalidad de los ciudadanos.»

Así la comedia que habia asociado al principio mucha filosofia á una ingénua alegria; después tuvo la alegria sin la filosofia, y por último el interés sin la alegria. En efecto, habian imaginado servirse del teatro como un medio de guerra; y Rousseau, en una célebre carta dirigida á d'Alembert contra los espectáculos, denigró á Molière, á cuyas obras preferia un mediano drama inglés, porque era moral. Sedaine, que escribia *vaudevilles* filantrópicos contra los abusos de la época y en favor del pueblo, de donde habia salido, era aplaudido en todas partes. Palisot atacaba á los filósofos en el teatro, y sostenia á la monarquia y los principios morales. En medio de aquellas tentativas, la comedia, á la que faltaba su fuego natural, sacaba otro del espíritu de partido, y no se detenia, pues, en los límites de lo ridículo, contra el cual, en semejante caso, una mitad del auditorio protesta, al paso que la otra aplaude.

CAPÍTULO IX

CIENCIAS SOCIALES.—FILANTROPIA.—MEJORAS.

Lo vano de las doctrinas enciclopedistas se dió á conocer siempre que fueron aplicadas á los hechos, y se quiso dar, con ayuda de abstracciones, una moral á los individuos ó á las naciones. Las relaciones internacionales se habian arreglado en la Edad Media por un derecho superior; pero cuando sucumbió, fué preciso buscar otras bases, y se inventaron sistemas, unos útiles y otros funestos, deducidos todos del asunto, pero no de la eterna verdad, y en la que se adoptaba la sociedad por fin, mas no como medio.

La época que se siguió al tratado de Westafalia puede ser designada como la primera del derecho internacional: al frente de los escritores que han hablado de ella se encuentra á Fenelon y después de él á Puffendorf, á Leibniz, á Espinosa, á Zonck, á Jenckins, á Selden y á Samuel Rachel, que propusieron un sistema propio para mantener el equilibrio entre las potencias.

Con el tratado de Utrecht comenzó la segunda época, en la que el derecho de gentes fundado por Grocio en los ejemplos antiguos, se hizo racional, ó como se decia entonces, filosófico, y se confundió con el derecho natural. Aun aquellos que tenian en el derecho romano la misma fe que los teólogos en la Biblia, adoptaron lo mejor que les fué posible las ideas de perfectibilidad humana y de asociacion universal.

Así como Grocio, Puffendorf y Barbeyrac, el ginebrino Juan Jacobo Burlamaqui surgió del seno de la religion reformada (1694-1748), para completar el edificio de la jurisprudencia de la república humana. En su tratado del *Derecho político y de gentes*, y los *Principios del derecho natural*, que fueron publicados después de su muerte, resume en lenguaje vulgar, refunde y espone con claridad las doctrinas de sus tres predecesores, siempre como protestante.

Hace, pues, derivar la ley y la obligacion de la felicidad del hombre y no de la misma verdad; y da por regla, no la voluntad general, sino la de cada individuo. Ahora bien, no permitiendo esta teoria conciliar los deberes con respecto á sí y con respecto al prójimo, en atencion á que no se ven las diferentes aplicaciones de un deber idéntico con respecto á la humanidad, hace desaparecer la distincion entre el derecho y la simple moral, entre la rigorosa justicia y la beneficencia. Si un solo hombre no ha dado su consentimiento á una ley aceptada por todo el género homano, no está obligado á ella. En la posibilidad de obtener esta unanimidad de todos los contrayentes, las instituciones humanas no deben alterarse; toda innovacion es ilegítima por necesaria que sea; al paso que no hay iniquidad ni usurpacion que no pueda ser legítima por algun convenio tácito. Este orígen humano borra el derecho divino, pero aniquila tambien el derecho popular: la única libertad necesaria es la libertad individual: de aquí la admiracion general en el siglo XVIII en favor de la constitucion inglesa. Pero al mismo tiempo que la fraccion noble dirigia sus miradas hácia aquella libertad aristocrática, la nacion observaba la miseria del pueblo.

Al paso que la escuela de Puffendorf consideraba á la ciencia del derecho internacional como una rama de la filosofia moral, es decir, como el derecho natural de los individuos aplicado á las sociedades independientes llamadas Estados, Wolf dió (1) el primer tratado sistemático del derecho, separado de la ética y de las demás ciencias análogas. Grocio consideraba el derecho de gentes voluntario como de institucion positiva, y fundaba

(1) *Jus naturæ*, 1718.

la obligacion en el consentimiento general de las naciones; Wolf, por el contrario, ve en él una ley impuesta por la naturaleza de los hombres, como consecuencia necesaria de su union social, y á la cual ninguna nacion puede negar su asentimiento. Grocio confunde este derecho voluntario con el de costumbre; Wolf sostiene que el primero es obligatorio á todas las naciones, y que el segundo no lo es sino cuando está establecido por la costumbre y el consentimiento tácito.

Vattel.—Su voluminosa obra, erizada de formas científicas es difícil de leer; pero se le puede hallar en el *Derecho de gentes, ó principios de la ley natural aplicados á la conducta de las naciones y de los soberanos*, por Vattel (1714-1767), de Neufchatel, obra que se ha estendido, porque su estilo es claro y sus sentimientos liberales. A diferencia de Wolf, considera el derecho de gentes en su orígen como el derecho natural aplicado á las naciones, pero modificado por la diferencia que existe entre las naciones y un individuo. Una parte de este derecho es necesaria é inmutable, de lo que resulta que las naciones no pueden separarse de ella; otra es voluntaria, derivada como lo es de un consentimiento espreso ó tácito. Después sigue el derecho *convencional*, que se deriva de tratados con los Estados individualmente, y el derecho de *costumbre*, nacido de usos establecidos entre naciones particulares. Rechaza la hipótesis de la república universal.

Ligero y elegante, hace gratuitas distinciones entre un derecho interior y esterior, perfecto é imperfecto, voluntario y arbitrario, lo que le hace justificar lo menos susceptible de justificacion. Así es, que deriva el derecho del conquistador de la justa defensa de sí mismo, y se circunscribe á este límite. Pero después en el derecho voluntario de gentes, se encuentra que «toda adquisicion hecha en guerra formal es válida, y que la conquista ha sido siempre considerada como un título legítimo entre las naciones.» (2) Estableció constantemente reglas diferentes entre los particulares y las naciones; no se remonta á las fuentes más elevadas; para él la guerra está legitimada observando las formas admitidas, que son pedir satisfaccion, y si no se obtiene, declarar preventivamente las hostilidades.

El derecho patrimonial de los soberanos, que se sostenia aun en tiempo de Grocio, es refutado por Vattel. Declara que los reyes son hechos para los pueblos, y no los pueblos para los reyes; éstos son un medio y no un fin, y como un medio no es bueno sino en cuanto conduce á un fin; el poder de los reyes es condicional. Cualquiera que sea el órden político, la soberania pertenece á los pueblos, que como los individuos, tienen derechos indefectibles é inajenables. Siendo el derecho superior á la voluntad humana, la voluntad nacional no puede nada sobre él; de manera, que permanece en los eternos límites de lo justo. Como el ejercicio inmediato de la soberania no es posible en una gran nacion, es necesario, y en su consecuencia legítimo, que delegue sus poderes. Esta es la base del gobierno representativo.

Rousseau se apoderó de estos dogmas, y sostuvo con una lógica imperturbable, que el derecho se identifica con la soberania, que la voluntad general no puede engañarse (3), que repugna á la naturaleza del cuerpo político que el soberano imponga una ley que le hace inviolable, que en su consecuencia ninguna ley, aun cuando sea el pacto social, puede ser obligatoria á la masa del pueblo; y precisamente porque la soberania no se puede enajenar, no debe ser representada. En esto se ve al poder absoluto trasferido de los reyes á los pueblos, que le ejercen inmediatamente; toda otra legitimidad no existe; la soberania del pueblo se convierte en base del derecho político, y la accion del gobierno se restringe tanto cuanto se dilata la de los individuos y las naciones. «Si el pueblo quiere hacerse mal á sí propio, ¿quién se lo ha de impedir? esclama Rousseau, y así reniega de la razon, del derecho, de Dios.

Mably, 1709-85.—Gabriel Mably (4), hizo las ideas de Rousseau más populares exagerándolas y haciéndose archivero del pueblo, del cual Rousseau era el publicista. El primero adoptó intrépidamente y dedujo con lógica severa lo que tenian de más despótico y salvaje las doctrinas filosóficas, y se anticipó á los socialistas más atrevidos. Rousseau habia sostenido que eran perjudiciales al Estado el lujo y las riquezas, y que el mejor seria aquel en que todos fuesen pobres. Mably sacó la consecuencia, y viendo que no podia haber igualdad de bienes sino con el comunismo, lo proclamó. Segun Mably, todo lo que sea refinamiento de una sociedad, cultivo del talento, entusiasmo por la bello, es perjudicial y debe desterrarse (5); y hasta el poder divino del amor y del deber lo sacrifica á la fuerza brutal de la necesidad y del instinto. Quiere que para suprimir las desigualdades, ocasion de todos los males, se suprima la propiedad que es su fuente; que la conciencia se doblegue á una educacion y á una religion del Estado, subordinada á la política como entre los romanos (6). Así donde

(2) *Derecho de gentes*, l. III, cap. 13, par. 201, 195.

(3) *Contrato social*, I, 7; II, 3.

(4) *Derecho público de Europa fundado en los tratados*, 1748.

(5) «Cuando pienso cuán funestos han sido para los atenienses los ingenios agradables y cuántas injusticias, violencias y tiranias han hecho cometer á los romanos los cuadros, las estatuas y los vasos de la Grecia, pregunto para qué puede ser útil una academia de pintura. Dejad creer á los italianos que sus fruslerias honran las naciones. Entre nosotros se viene á buscar modelos de leyes, de costumbres y de bienestar, y no de pinturas.» *De la legislacion, ó Principios de las leyes*. Lib. II, cap. 1.

(6) Lib. IV, cap. 4.

Rousseau respeta el progreso, Mably lo combate aconsejando que se renuncie á la floreciente civilizacion para reducirse á la condicion de Esparta. Pero pregúntese al uno y al otro si convendria hacer la esperiencia: responderian que la sociedad está demasiado pervertida para que pueda esperarse su curacion. Sin embargo el esperimento se llevó á cabo, y el *Contrato social* fué el código de la revolucion francesa, como el de la inglesa habia sido la Biblia.

El *Proyecto de paz perpetua*, presentado por el abate de Saint-Pièrre al congreso de Utrecht, habia causado alguna emocion. Consistia en formar una república europea compuesta de diez y nueve Estados con voto en la dieta general, y obligada á hacer ejecutar sus decisiones con las armas. Rousseau publicó un *Estracto* de él en 1761; pero se separó, sin embargo, mucho de aquel utopista. «El mal de las sociedades políticas presentes, dice, procede de que deben dedicar á su seguridad esterior los cuidados y medios que debian consagrar á su mejora interior. No sucederia de esta manera si las naciones hubiesen hecho un pacto social que evitase las guerras esteriores, como han atendido á las guerras civiles. Esto es lo que produciria una confederacion, como en Alemania, Sicilia y Holanda. Además, toda la Europa civilizada tiene una religion comun, posee tradiciones romanas que le servirian de vínculo, si la intolerancia y la falta de suficientes garantias no hiciesen siempre ceder el derecho ante la voluntad del más fuerte. El que en el dia piensa en la monarquia universal manifiesta más ambicion que genio, la atencion en que la igualdad de disciplina, el equilibrio de las fuerzas y más rápidas comunicaciones hacen imposible á uno solo la conquista de toda la Europa. La Alemania, que es su centro, la impedirá siempre, á pesar de los defectos de su constitucion, y la paz de Westfalia permanecerá base del sistema político. Para sostenerle, es preciso un movimiento de accion y de reaccion; para fortificarle seria necesario una confederacion general que tuviese un poder legislativo supremo, un tribunal y un poder coercitivo. El buen sentido bastará para demostrar á las potencias cuán ventajoso les seria someter sus pretensiones respectivas á un árbitro imparcial en lugar de recurrir á las armas, cuyo uso aprovecha rara vez aun al mismo vencedor.»

Las doctrinas de los publicistas clásicos están resumidas en la *Ciencia del Gobierno*, en ocho partes, por Gaspar de Real, que las trata de una manera más práctica que Burlamachi y Vattel. Una triste uniformidad existe en los escritos de Pothier, sobre el derecho de tiempos y lugares diferentes; el derecho romano, el real, el de costumbre, todos ofrecen una semejanza sin color, efecto de la fria lógica, con ayuda de la cual quiere conciliar la aplicacion á los tiempos modernos, conformándose a aquella equidad que dirigió las últimas compilaciones de los romanos cristianos: de todos modos, sin criticar las leyes ni lanzarse á teorias legislativas, superiores á la razon y al derecho natural, se sujeta á modificar el derecho antiguo, á hacerle más humano en la aplicacion, de manera que se encuentra así trasformado, á través de su lucido buen sentido, en una práctica sencilla y suave.

Conviene recordar aquí á Montesquieu, *El Anti-Maquiavelo* de Federico II, el *Comentario* de Rutherforth sobre Grocio, el hábil é ingenioso *Comentario* de Valin sobre la ordenanza de 1681; á Heineccio que es el mejor publicista elemental, y en fin, al español Abreu, favorable á las pretensiones de la Inglaterra sobre los mares. En todos estos autores, la ciencia del derecho público interior se une á la moral, á la política y al derecho positivo de Estado, hasta el momento en que fué separada por los filósofos de la escuela crítica que siguieron á Kant (7).

El fecundo y exacto Bynkershoek, de Middelburgo, fué el primero que ofreció una esposicion crítica y sistemática del derecho de gentes marítimo, eligiendo las cuestiones particulares de más práctica aplicacion. Segun él, lo que está conforme á las luces de la razon, obliga, cuando es observado por la mayor parte de las naciones más civilizadas. El derecho de gentes es, pues, una presuncion fundada en la costumbre; de donde se sigue que cesa de estar en vigor, desde el dia en que aparece la voluntad contraria á aquella de que se trata. Su obra sobre el derecho de los embajadores es de gran importancia. Si se compara la generosidad que se respira en todo el mundo con la sórdida política de aquel siglo, con sus astucias en la paz, los salteamientos en la guerra, se conoce cuán poco valor tiene un derecho público que no se funda en la conciencia y no se apoya en Dios.

Una tercera época de esta ciencia comenzó más tarde, cuando el derecho de gentes fué observado por el lado positivo y práctico. Dedujéronse entonces de la coleccion de documentos y tratados los actos y las reglas que debian dirigir á los diplomáticos y á los soberanos.

El presidente Henault, al publicar el *Derecho público fundado en los tratados*, habia revelado ya lo que hasta entonces se habia considerado como arcanos de la diplomacia.

Juan Jacobo Moser de Stuttgart (8) se ocupó toda su vida del derecho público, principalmente del de Alemania. A comenzar desde la muerte de Cárlos VI, se apoya en ejemplos, y escluye las especulaciones filosóficas, porque ve que los principios abstractos no son observados por los soberanos. Jorge Federico de Martens publicó en 1788 un *Compendio del derecho de gentes moderno de la Europa, fundado en los tratados y en las antiguas costumbres*, que fué después un manual. Parte de

---

(7) Fichte, Schomlz, Heidenreich, Hofflbauer, Schlötzer. Burkärdt, Pölitz, Egger, Krug, Bauer, Rotteg, etc.

(8) *Versuch des neusten europäischen Volkerrechts in Friedens und Kriegszeitern*; diez tomos, 1777-1780.

la idea de Vattel, el que este derecho es una modificacion del derecho natural aplicado á arreglar las relaciones entre las naciones.

Bentham.—Reducido de esta manera el derecho al hecho, no debe causar admiracion el que Jeremias Bentham, de Lóndres (1748-1832), proclamase la utilidad como medida única del derecho. Fundó sobre esta base un proyecto de paz perpetuo. Un soberano no tiene mejor medio de arreglar su conducta para con las demás naciones que buscar la mayor ventaja de todas. La ley internacional tendria, pues, por objeto el interés general: 1.° porque una nacion no perjudicaria á las demás, sino en cuanto es necesario á su propio bienestar; 2.° porque haria á las demás naciones el mayor bien compatible con el suyo; 3.° porque no sufriria de las demás naciones ningun perjuicio, escepto aquel que reclamase su propio bien; 4.° porque recibiria el mayor bien de las demás naciones, menos el que se debe á su propio bienestar. Los primeros dos puntos serian deberes, y los otros dos constituirian derechos; y no conociéndose hasta ahora para impedir ó castigar las violaciones otro medio sino el de la guerra, el código internacional deberia proveer á que ésta hiciese el menor mal compatible con el bien que se buscase por medio de ella.

La guerra es una especie de litigio, con ayuda del cual una nacion revindica sus derechos á espensas de otra. Las causas que por lo comun la producen son: la incertidumbre en los derechos de sucesion; las agitaciones intestinas entre vecinos, derivándose de este orígen ó de las disputas sobre el derecho constitucional; la incertidumbre en materia de fronteras; la incertidumbre de derechos sobre paises nuevamente descubiertos; los odios y las preocupaciones religiosas; las cuestiones entre los Estados límitrofes. Convendria, pues, para evitarlas: 1.° reducir á código las leyes no escritas, pero que están en uso; 2.° hacer nuevos convenios y leyes internacionales sobre todos los puntos indeterminados; 3.° perfeccionar el estilo de las leyes y de los demás actos. Pero como estas causas dependen de los intereses y pasiones humanas, los remedios serian insuficientes; en su consecuencia, Bentham imaginó una paz perpetua fundada en dos puntos esenciales: 1.° la reduccion y determinacion de las fuerzas militares y navales; 2.° la emancipacion de las colonias, que son puramente onerosas á la metrópoli, precisada como está á defenderlas con una fuerte marina.

Seria indispensable un tribunal arbitral para evitar las disidencias de opinion entre los negociadores de dos potencias, y su decision salvaria el honor de la nacion que sucumbiera. Convenios muy difíciles se han realizado, como la neutralidad armada, la confederacion americana, la dieta germánica, la liga suiza. La historia demuestra de esta manera que la confianza entre las naciones no está fuera de la naturaleza. Podria, pues, formarse un congreso general, al que cada nacion enviara dos diputados, y que tuviera autoridad para hacer ejecutar su decision, mandarla publicar en ambos Estados, y declarar esceptuado de la Europa aquel que no se atemperase á ella. Como último espediente podria fijarse el contingente de cada Estado para la ejecucion de las sentencias pronunciadas. Pero se evitaria semejante necesidad autorizando al congreso á dar la mayor publicidad á sus juicios motivados, lo que seria un llamamiento á la opinion.

Tal era el sueño de Bentham en 1789, un momento antes de la conflagracion general, en que se vió la más impudente violacion de los tratados positivos.

Kant.—Ya habia estallado, cuando otro filósofo, Manuel Kant, de Königsberg (1724-1804), imaginó una paz perpetua, establecida tambien sobre una confederacion de toda la Europa, representada por un congreso permanente. Es la primera condicion de ella el que los Estados sean republicanos, es decir, que cada ciudad concurra por medio de sus representantes á hacer las leyes y á decidir la guerra; pues un déspota vacila poco en recurrir á las armas, pero el pueblo sabe que se espone á todas las cargas y á todos los males que siguen á un llamamiento á la fuerza. Por constitucion republicana entiende un gobierno limitado por una representacion nacional, en que el poder legislativo, al paso que la democracia hace imposible toda representacion, y es necesariamente despótica, en atencion á que la mayoria de soberanos de que se compone no se encuentra limitada. Es tambien preciso para la paz perpetua que la alianza esté fundada en una confederacion de Estados libres; ahora bien, actualmente, el estado natural de las naciones es el de la guerra declarada ó inminente, y sus derechos no se dilucidan sino en los campos de batalla, en los que la victoria corta la cuestion, pero no la resuelve. Debe, pues, la paz estar garantizada por un pacto especial, que tenga por objeto poner un término á todas las guerras, y por el cual renuncien las naciones á la libertad anárquica de los salvajes, para formar una *civitas gentium*. Si por casualidad un pueblo se constituia en república (gobierno que tiende por su naturaleza á la paz perpetua), llegaria á ser el centro de aquella confederacion, en atencion á que otras se asociarian á ella para preservar su propia libertad, segun el derecho público. «Pues si es justo esperar que el reinado del derecho público se verificará con los progresos graduales, pero indefinidos, la paz perpetua, que sucederá á las treguas llamadas hasta ahora tratados de paz, no es una quimera, y sí un problema cuya solucion nos está prometida con el tiempo. Ahora bien, verosímilmente se abreviará éste con la uniformidad de los progresos del espíritu humano.» (9)

Sin embargo, el desórden de la hacienda nacido

---

(9) *Programa de paz perpetua.* Es refutado por Hegel

de los crecientes apuros del gobierno y de la necesidad de satisfacer á las exigencias de la política de gabinete y de familia, hizo que los ánimos meditasen sobre el orígen y distribucion de las riquezas, sobre el lujo, sobre la agricultura. El sistema de Law ayudó á aquella ciencia, y se vieron llover los libros sobre el crédito, sobre la poblacion, sobre las manufacturas, para esplicar la crisis acaecida, y razonar sobre lo que cada uno habia esperimentado. Como la propiedad territorial era la única que no habia perecido en aquella tormenta, sino, que por el contrario, se habia mejorado, se creyó que las tierras eran la unica riqueza real. De aquí nació la economia política, primer sistema de fórmulas precisas que tenian por objeto, bajo una apariencia de reforma política, facilitar la recaudacion de los impuestos y remediar los males de la Francia.

Hasta entonces la economia política no habia abandonado sus pañales, aunque la Inglaterra, por sus complicadas relaciones con el antiguo y nuevo mundo, hubiese dado á luz algunas verdades. Así es que la compañia de las Indias habia conocido por esperiencia que el dinero era el mejor medio de cambio con el Asia; pero como la preocupacion pública sostenia que la nacion que esportaba más cantidad de numerario perdia, fué necesario disfrazar las operaciones y abundar en el mismo sentido. Josias Child, Guillermo Petty, Dudley Nort, Locke, Stewart discurrieron muy bien respecto á esto, sin alcanzar la verdad sobre la natnraleza y fuentes de la riqueza.

¿Vive la sociedad de oro y de plata? que coma todo el año los productos de su propio territorio, y al fin se encontrará sin más cantidad de oro y plata. Estos metales no sirven, pues, más que para facilitar los cambios, mientras que la subsistencia no se saca sino de los géneros de consumo; de donde resulta que la riqueza consiste, no en el precio, sino en la cosa. Tal era la induccion que se sacaba; ahora bien, después de haber dado una grande importancia á las artes que producian el oro, se pasó á descuidarlas de hecho por la agricultura.

Quesnay.—El médico Francisco Quesnay (1694-1774) fué el primero que analizó la formacion y la distribucion natural de las riquezas, deduciéndolas todas de la tierra, que proporciona á los trabajadores la primera materia y el alimento. El trabajo aplicado á la agricultura produce el alimento, además un escedente de valor que debe añadirse á la masa de las riquezas, y que llamado por él *producto neto*, debe pertenecer al propietario del terreno como renta disponible después de pagados los gastos anuales y la anticipacion primitiva. Las demás industrias no pueden añadir la más mínima cosa, ni á la masa de aquellas sobre las cuales ejercen su accion, ni á la riqueza general de la sociedad. Los operarios, pues, no producen sino lo que consumen durante la obra; y terminada ésta, la suma total de las riquezas se encuentra ni más ni menos como al principio, á no ser que hayan ahorrado algo del consumo. De aquí deduce Quesnay que los propietarios deben, pues, tener la preeminencia sobre los demás ciudadanos. Pero de esta orgullosa doctrina resultaba una consecuencia que es enteramente en contra de la agricultura. En efecto, ¿cómo imponer gabelas á gentes reducidas á un simple salario? Todas las contribuciones deben, pues, ser soportadas por la tierra y pagadas del producto neto. ¿Qué resta que hacer á la sociedad? Multiplicar las producciones agrícolas, de que los propietarios sacarian con que avivar la industria; y si en esta operacion se encareciese el trigo, nada importaba en opinion de Quesnay, porque tambien se aumentaria el precio de los salarios.

Pero si las estrecheces económicas en que se encontraban hacian el que los franceses analizasen el poder fecundo de la riqueza, la política era para ellos más urgente aun; los fisiócratas mismos confundieron la economia con la política, y de aquí procedió el nombre dado á esta ciencia, no separando los intentos del gobierno de los principios independientes de las voluntades.

El intendente Vicente de Gournay, educado en el comercio, después de haber meditado sobre las obras del holandés Juan de Witt y de los ingleses Child y Culpepper, que tradujo, no lo vió todo en sólo la agricultura, y se ocupó más de la práctica que de las especulaciones. Un valor nuevo no es, segun él, producido solamente por la tierra, sino tambien por el fabricante. Cada uno conoce su interés mejor que un estraño; los reglamentos, las gabelas, todos los obstáculos opuestos á la produccion y á la circulacion son funestos. *Dejad hacer, dejad pasar*, fué la consigna en la guerra contra las trabas puestas al comercio.

Roberto Turgot, que esplicó la teoria de las monedas, enseñando que no sacan su valor de la autoridad del gobierno, sino de su valor intrínseco, llevó el sofisma de Quesnay hasta dividir á los trabajadores en dos clases, la una *productora* de las verdaderas riquezas con ayuda de la tierra, y la otra *estéril*, sin producir por la industria más que lo que ella consume. Así, mientras los filosofantes predicaban la igualdad, se dividian los hombres en productivos y estériles, y en el puesto de la antigua aristocracia se colocaba una nueva; así tambien mientras por un lado se exaltaba la inteligencia, por otro se la deprimia relegándola entre las clases estériles.

Pero en verdad, ¿qué mérito tendria el grano producido por la agricultura, si la industria no hiciera pan de él? ¿La madera, si no fuese trasformada en casas y en muebles? ¿La simiente no aumenta de valor en el seno de la tierra tanto como el oro en la mano del joyero? La historia prueba, por otra parte, que la industria y el comercio, mejor que la agricultura, aumentan el valor permuta-

---

en sus *Grundlinien der Philosophie der Rechts*, y por Fichte en su *Grundlage der Naturrechts nach Principien des Wissenschaftlehre*.

ble por la division del trabajo ó por la aplicacion de las máquinas. Génova y Venecia no tuvieron campos, en atencion á que un pueblo manufacturero y comercial puede importar muchas más subsistencias que lo que sus tierras le proporcionan.

De cualquier modo que sea, este principio quedó establecido firmemente por los economistas, á saber: que las riquezas de una nacion son los objetos de consumo reproducidos por el trabajo incesante de la sociedad. Tenian la ventaja de estar unidos en una sola idea; empleaban el tono dogmático que impone al vulgo, términos semejantes, una precision matemática y cifras. No descuidando nada, ennoblecian la condicion del aldeano, separaban la vista de las ciudades para dirigirla á los campos, hacian la guerra á los monopolios practicados en todas partes y proclamados por los teóricos (10). Y aunque sus teorias estén desacreditadas, es necesario rendir homenaje á sus excelentes intenciones. Los escritos del abate Morellet, de Dupont, de Nemours, de Chastellux, que agradan aun por el calor y la filantropia que se encuentra en ellos, gustan porque no sólo suponen la fuerza como fundamento de paz entre las naciones, y la buena conducta en la paz entre los particulares, sino porque añaden el interés bien entendido de las unas y el de las otras, el cual consiste en la mejora de las clases bajas y en la igualdad social.

Por desgracia los economistas, con el deseo de asegurar una autoridad tutelar, consideraban casi únicamente á la ciencia con relacion á la administracion y al gobierno, haciendo del rey un padre de familia, es decir, un déspota, por cuidado que se tomasen en embellecer la cosa; y se mostraban convencidos de que les seria imposible resistir á la evidencia, con la cual le hacian aparecer todo en ventaja de la bondad y de la regularidad; en una palabra, confiaban más en un hombre que en todos, en el buen sentido y buena voluntad de uno solo que en la del pueblo; error escusable en el momento en que vivian aquellos primeros reformadores.

Quesnay pone por epígrafe, al frente de su *Cuadro económico*: «*¡Pobres aldeanos, pobre reino; pobre reino, pobres aldeanos!*» é indicando la distribucion de las rentas territoriales, toma por objeto principal de los impuestos los préstamos y los gastos públicos. Sin que fuese adoptado *aquel despotismo legal*, se esparcian, sin embargo, algunas doctrinas útiles: los abusos de los maestrazgos, de las aduanas, de los servicios personales se ponian al descubierto; combatíanse las preocupaciones; atacábase la esclavitud del trabajo; glorificábase la agricultura; se desenmascaraba á los hacendistas y arrendadores de tributo; y se pedian con tanta más osadia remedios á los males sociales cuanto más pronto se creia obtenerlos. ¿Y cuáles eran éstos? La libertad de comercio, la fraternidad de las naciones, nada de tasas personales, ni contribuciones indirectas, en atencion al falso principio del producto neto. De esta manera es como los economistas ayudaban á la obra revolucionaria de los enciclopedistas, aunque con principios más positivos.

Smith.—Estos y otros sistemas se dirigian á fundar una ciencia económica; pero la Francia se descuidó de ella por las reformas políticas, cuya idea se mezclaba con aquélla. En Inglaterra la Revolucion se habia verificado en el siglo anterior, y las colonias, las grandes especulaciones, ofrecian un campo más estenso; la patria de Law debia, pues, dar nacimiento al creador de la ciencia económica. El escocés Adam Smith (1723-1790) fué á Francia en el momento en que los economistas agitaban las cuestiones vitales, y en el que llamado Turgot al ministerio trataba de ponerlas en práctica. Aficionóse á él, pero no se satisfizo, viendo que, sin querer hacer pasar sus dogmas en la práctica, les bastaba explicar la fisiologia social, y trataban de todas las cuestiones sin resolver ninguna. De vuelta á su patria, meditó diez años sobre esta materia, sometiéndola á la práctica, para sacar consecuencias; entonces dijo en contra de Quesnay: *La tierra no producirá sin trabajo; así, pues, el trabajo es la verdadera riqueza* (11). Con el trabajo, la tierra produce con regularidad, y las manufacturas florecen; el *trabajo anual* de una nacion es la fuente, tanto de las producciones necesarias al consumo, como de aquellas con que se procuran los productos de los demás paises. En efecto, la riqueza consiste en el *valor cambiable* de las cosas: es rico aquel que produce más, ó que posee objetos que con el trabajo han adquirido un valor que no tendrian de otra manera. El valor cambiable es diferente del valor útil, porque se puede con el primero procurarse muchas cosas, y el segundo no se puede dar cambio. ¿Qué cosa hay más útil que el agua? No se puede, sin embargo, convertirla en objeto de cambio; al paso que con un diamante, tan poco útil, se pueden comprar muchas mercancias. La relacion entre dos valores que varian, espresados en otro valor convenido, al que se le da el nombre de moneda, se llama *precio*. El precio *nominal* difiere del precio *real*, que representa el trabajo que las cosas han costado; diferentes accidentes hacen que el precio corriente se separe del precio natural, y tres elementos concurren á establecerle, pues debe de añadirse á la *renta* de la tierra, que ha proporcionado la primera materia, renta que los economistas valúan sólo por el nom-

(10) Ustariz escribió en 1740, después de haber sido ministro, en la *Teoria y práctica del comercio:* «Es nesario emplear todos los medios rigurosos que nos pueden conducir á vender á los extranjeros mayor cantidad de nuestras producciones que lo que ellos nos vendan de las suyas. En esto es en lo que consiste todo el secreto; esta es la única actividad del comercio.»

(11) *Indagaciones sobre la naturaleza y causas de las riquezas de las naciones.* 1776.

bre de producto neto, el salario del obrero y el beneficio del empresario.

Smith tuvo, pues, la prudencia de no hacerse esclusivo, y dejó una gran parte á la tierra, como tambien á los productos acumulados con la economia y el ahorro, lo que constituye los capitales, que no son sólo el oro y la plata, sino toda riqueza cualquiera obtenida por el trabajo, sobre todo cuando está empleada en crear otras por un trabajo nuevo. El capital es *fijo* si se trasforma en taller con sus utensilios; *circula* si sirve para pagar el salario á los obreros y comprar primeras materias. Si mejorais vuestros fondos, es un capital fijo; el dinero y los víveres son un capital circulante. A veces el uno se trasforma en el otro mediante el dinero contante, billetes ú obligaciones, que valen aun más cuando las condiciones del préstamo son liberales. Pero en las combinaciones, por las cuales los productos del trabajo se cambian entre sí por medio del dinero, ¿quién arreglará el precio de las cosas? La demanda y la oferta.

Smith dió el mejor análisis del trabajo. Indicó que los progresos de aquel elemento de riqueza están en proporcion de subdivision, y producen la necesidad de los cambios; de tal manera, que las máquinas se convierten en bienhechoras de la humanidad, á pesar de sus pasajeros inconvenientes. Observa egregiamente que todos los productos que requieren igual trabajo son iguales; que no hay produccion por escelencia, y que la agricultura, la industria y el comercio son aplicaciones del trabajo igualmente necesarias y legítimas. La riqueza puede, pues, crearse, aumentarse, conservarse, acumularse, destruirse; la esterilidad del trabajo es un error, y las clases manufactureras se libertan del predominio de las clases agrícolas.

Pasando después á las rentas del soberano y del Estado, como cuerpo político, determina á qué gastos debe toda la sociedad contribuir, cuáles son los que deben pesar solamente sobre ciertas clases, y las ventajas del sistema colonial. Todo el que es apto para crear valores debe al Estado subsidios y contribuciones, en cambio de la plena libertad de su trabajo; no hay profesiones estériles desde que cada uno puede dar á las cosas un valor permutable por medio del trabajo. Todos pueden, pues, adquirir independencia; la economia llega á ser una virtud activa, y el campo de los valores cambiables es infinito. Mientras que la parte que los economistas atribuian al gobierno era tal, que hacian que su ciencia y la política fuesen dos cosas sinónimas, Smith pretende que el gobierno permanezca pasivo. Suprímanse las trabas, y los capitalistas preferirán en su interés privado, el empleo que aproveche más á la industria nacional. La paz, contribuciones soportables y la justicia bastan para ascender á un pueblo de la barbarie á la civilizacion. El interés individual es el móvil de cada uno, y la competencia la mejor proteccion. El egoismo es, pues, el fondo de su sistema; por el egoismo es por lo que se trabaja, se inventa, se pasa cuidado por mejorar su condicion. Que todos se ingenien, y esta actividad bastará á la prosperidad y á la riqueza de la nacion. En su consecuencia, libertad absoluta, libre competencia, emulacion y hasta emancipacion de las colonias. La ley de la moral privada es la simpatia; la ley de la jurisprudencia natural, la justicia; la ley de la formacion de la riqueza, el trabajo libre.

Smith oponia estas teorias á los fisiócratas, sin adoptar su tono dogmático, sino sencillamente y sacando sus ejemplos de los objetos más usuales. Si no fué siempre exacto en sus consecuencias; si combatiendo errores arraigados incurrió á veces en el exceso; si no conoció la importancia de la tierra y de los capitales; si no dió la teoria más exacta de las máquinas; si aficionado á valores cambiables no pensó en los morales, que son la gloria y el adorno de las naciones, y si prescindió de los médicos, de los abogados, de los sacerdotes, de los magistrados, sin conocer que el talento es un capital acumulado y que los brazos son dirigidos por la cabeza, debe perdonársele, en consideracion á las dificultades que encontró, á la inesperiencia que habian manifestado sus predecesores y al carácter de la filosofía escocesa, que trataba de suplir con el método la falta de principios. Además, ni Smith ni sus discípulos consideraron si en la libre creacion de las riquezas se convierten ó no en detrimento de los pobres; de tal manera que la Inglaterra que fué la que aplicó con más estension su competencia universal, vió crecer en la misma proporcion el pauperismo. Desde que á esta avidez de interés privado se ha añadido el enorme poder de las máquinas de vapor, se ha dudado aun más del mérito de aquella creacion de riqueza, que sin freno de justicia ni de moral, sumerge en la miseria á multitud de personas; al paso que las riquezas tienen necesidad, para ser tales, de encontrarse igualmente repartidas entre todos los productores. Felizmente la posicion de la Inglaterra, sobre la cual Smith ha fundado sus doctrinas, no será nunca la de toda Europa. No, el hombre no está destinado al trabajo solitario, á la hostilidad de la paz, y tenemos la confianza de que la *asociacion* se sustituirá un dia á la *competencia*.

Las doctrinas de Smith penetraron con rapidez en la práctica, hicieron sucumbir muchas trabas, dieron mejor idea de las colonias, reanimaron el crédito público y redujeron las balanzas de comercio y los sistemas restrictivos, no menos que las teorias de los fisiócratas, á no ser más que errores históricos. Habian sido, sin embargo, útiles antes de él á la Francia, con métodos liberales, por gusto á la innovacion en favor de la clase más numerosa y más honrada. Una nacion simpática no podia, como Smith, concebir su mision esclusivamente como un mercader, al que le basta realizar una gran ganancia. Pretendia la destruccion de los restos del feudalismo, y convertir el azadon en cetro, estudiando entre tanto lo mejor.

En efecto, la cuestion de saber qué es más útil

si la agricultura ó la industria abraza todos los elementos de la vida social; y como el comercio reclama justicia, seguridad, libertad, se piden en su nombre nuevos códigos, igualdad de derechos, abolicion de las trabas de las aduanas, de las manos muertas y de los fideicomisos. Los escritos de los filósofos están llenos de estas reclamaciones. Sólo los ánimos apocados se disgustan de los principios, por abusos, y reniegan del impulso general que han dado, porque han sido mal aplicados. Aunque hayamos desaprobado la inconsiderada crítica del siglo, no por eso dejaremos de proclamar las inmensas ventajas que procuró, no tal vez inventando, sino repitiendo y popularizando las ideas de mejora y aplanando los obstáculos que se oponian al bien. Si Anteuil, Holbach, Grimm, Galiani y otros eran epicúreos que no pensaban más que en gozar; si Rousseau y Helvecio detestaron la sociedad como una inmensa injusticia organizada por la fuerza y la astucia, lo que les hacia repudiar un lujo que encadena, una ciencia que agita, un órden que oprime, y buscar la felicidad entre los salvajes, la mayor parte de los demás profesaban el amor á la humanidad; hacian la guerra á la antigua religion, pero para sustituir á ella la filantropia; y sosteniendo que el hombre es bueno ó malo, no por naturaleza, sino por la educacion ó por los gobiernos, se dedicaban á corregir la una y mejorar los otros. Aquí es donde comienza realmente la parte poética de aquel racionalismo, que era un deseo universal de lo mejor, el presentimiento de un porvenir más feliz para el mayor número, la voluntad de conseguirlo con las artes y las ciencias y sobre todo con la razon, sustituida á todo y en breve divinizada.

En su consecuencia, reformóse la educacion, las madres criaron á sus hijos, la instruccion se libertó de la pedanteria, una franca sencillez sucedió á la estricta etiqueta: las doctrinas de los fisiócratas causaban vergüenza á las cortes por su lujo, por sus gastos y ostentacion; y con aquellas doctrinas se introducian en el gobierno la economia, la probidad y la severidad entre comerciantes.

Las leyes eran una amalgama de derecho romano, bárbaro, feudal y comunal; no habia en Francia, segun dicen, menos de quinientos cuarenta prácticas consuetudinarias, de tal manera, que se tenia razon en una provincia y en otra no. La discordia originaria de principios ponia en lucha el fisco y la jurisprudencia, la jurisdiccion eclesiástico y la secular; en la duda se recurria á la ley escrita, sin remontarse nunca á un derecho general, superior á los estatutos particulares. Las propiedades se veian llenas de trabas por las manos muertas y por restos de servidumbre personal, que impedian hasta testar. La industria era restringida por las corporaciones y gremios, que de sociedades de mútua asistencia, se habian convertido en trabas para todos. Los gobiernos habian llegado á centralizar los diferentes elementos, que constituyen el poder público, y á arrebatar á los particulares los poderes de la soberania. A la autoridad suprema se habia concedido el derecho de rechazar las agresiones esteriores, mantener la paz en el interior, distribuir la justicia en lo civil y en lo criminal, conservar el dominio público, administrar el dominio útil del Estado, dirigir las provincias y los municipios en su administracion privada, segun lo reclamara su esperiencia. Pero, en lugar de pensar que la mejor autoridad es la que se hace menos sentir, pretendió á menudo administrar todos los asuntos de la sociedad; intervenir en cada uno de los actos de la vida, en los intereses domésticos, en las sucesiones, en los convenios voluntarios entre particulares, y atraer á sí lo que las partes confiaban antes á los notarios.

La Europa sentia sobre todo los efectos y abusos del poder judicial. Los procedimientos secretos, la instruccion inquisitorial, con ayuda de la cual el juez puede hacer, decir lo que quiere al acusado, á los testigos intimidados ó ignorantes, continuaban subsistiendo; se condenaba aun por contumacia, y se aplicaba la confiscacion de bienes, que es la más injusta de todas las penas; no se concedian defensores por crímenes que merecian el cadalso, al paso que se permitian por asuntos de algunos sueldos. Si de diez jueces, seis sentenciaban á la pena de muerte, se aplicaba sin tener en cuenta que el crímen no habia parecido claro á los otros cuatro, ó de que no le habian encontrado tan grave. Se arrancaban aun confesiones con el tormento. No hablamos de los crímenes de Estado, en los que el esceso pareció siempre escusable, ni tampoco de los castigos impuestos á los blasfemos, ni de los procesos repugnantes (12).

Está reconocido en efecto que los tribunales se inclinan al rigor y á agravar las penas más de lo que es la intencion del legislador, como si tuviesen una especie de amor propio en castigar y descubrir á los culpables. El parlamento de Paris de tan celebrada equidad se obstinó, durante todo el reinado de Cárlos Quinto, en negar un confesor á los sentenciados á muerte, á pesar de una órden del rey y una bula del papa. Cuando Luis XVI dispuso en 1778 que hubiese un intérvalo entre la sentencia y la ejecucion capital, el parlamento se resistió á aquella órden, oponiendo á ella sofismas. El ministro de Justicia, Armenonville, que

(12) En la jurisprudencia ordinaria de Europa se castigaban con pena de muerte sobre unos cuarenta delitos. De la Madeleine, en el *Discurso sobre la necesidad de suprimir las penas capitales*, asegura haber visto en Lyon desde el año 1760 al de 1770 perecer en el último suplicio 102 personas en la flor de su edad; que en aquella época el parlamento de Dijon condenó á muerte á 36; el de Aix á 172; el de Grénoble á 158; el senado de Chambery á 22, y la comision de Valence á 46. Son particularmente notables los escritos de SERVAN, *Discurso sobre la administracion de la justicia criminal*, 1766; DUPATY, *Memoria sobre tres hombres condenados á la rueda;* BRISSOT, *Teoria de las leyes criminales*, 1780.

conoció las consecuencias de la terrible declaracion que castigaba con la muerte cualquier robo, recomendó no aplicar una pena desproporcionada; pero los magistrados prefirieron sujetarse á la legalidad para tener ocasion de imponerla.

Aun cuando hubiera existido un buen código, ¿qué ataques no hubiera sufrido con las órdenes reservadas del rey, por las cuales hacia el soberano poner preso ó desterrar á aquel á quien queria? Por otra parte, los arrendadores y asentistas de las rentas, que querian tener á su disposicion esbirros y calabozos, para ayudarles á recaudar los impuestos y castigar á los contraventores, suspendian la justicia, cuando no la estraviaban. Otros actos arbitrarios resultaban de las leyes religiosas, cuyo rigor parecia tanto mayor cuanto más contraste formaba con la inmoralidad de la corte. Habia en 1746, en las cárceles ó en galeras, doscientos protestantes condenados por el parlamento de Grénoble por haber ejercido su culto. En 1762 el de Tolosa condenó á un ministro á la pena de muerte. Varios célebres procesos pusieron en relieve los vicios de las leyes criminales, los de Calas y Fabre, de que ya hemos hablado; el de La Barre, jóven aturdido, que fué enviado al suplicio por sospechas de haber roto un crucifijo; el de Lally, administrador de la India francesa.

Los filósofos se aprovecharon de estos hechos, y los convirtieron en un tema de declamaciones; las artes apelaron á la indignacion y á la piedad, reproduciéndolos en dibujos, novelas, y dramas. Morellet encuentra en Italia el *Directorium inquisitorium*, y da á luz su traduccion, traduce el libro de los *Delitos y de las penas* por Beccaria, y se venden siete ediciones en un año. Voltaire se hace bendecir de los oprimidos, cuyo protector se declara.

Sin embargo, los mismos filósofos, aunque tan atrevidos en sus teorias, creian que el cambio no podia proceder sino del trono; á él invocaban, y esperaban, pues, que se verificaria tranquilamente. Con esta esperanza, muchos particulares se dedicaban á instruir y mejorar al pueblo, hacer prosperar la agricultura, á estudiar las enfermedades de los animales y á introducir estranjeras plantas. Cristiano Malesherbes, que debia después ser defensor de un rey destinado al cadalso, se habia dado á conocer en 1756 combatiendo la multiplicidad y rigor de los impuestos. Siete años después redactaba cinco memorias sobre la legislacion de la prensa, y al mismo tiempo enriquecia los jardines y bosques con nuevas especies. La primera sociedad económica se instituyó en Zurich en 1747. Fundóse una de agricultura en París en 1761, y pronto fué imitada en las provincias. Las cuestiones frívolas habian cesado en las academias: «Los programas de sus premios, dice Marmontel, interesaban por las intenciones sanas y profundas, ora bajo el aspecto de la moral y de la política, ora bajo el de las artes útiles y benéficas: causaba admiracion la grandeza de las cuestiones, que más que ninguna otra cosa, manifestaban la direccion y progresos del espíritu público.» La academia de Ciencias, en 1787, encargó á Bailly un informe sobre la construccion de hospitales, donde reunió todo lo que las ciencias y la práctica sugerian de mejor para consuelo de la humanidad. La de Besanzon, teniendo en consideracion las frecuentes carestías, propuso en 1771 un premio al que encontrara un nuevo alimento para el pueblo.

Parmentier.—Parmentier (1737-1816) pensó que la patata le proporcionaria este alimento. Conocida ya hacia algun tiempo, no era admitida por la preocupacion ó por el descuido; pero se obstinó en triunfar de él. Obtuvo del gobierno un terreno en la llanura de Sablons, é hizo poner en moda por las señoras la flor de este tubérculo; estableció centinelas al rededor del campo, para dar á entender que tenian en gran estima sus productos, y para estimular el deseo al fruto prohibido; después dió un convite al que asistieron Franklin, Lavoisier y otras celebridades, y la patata se presentó bajo todas sus trasformaciones.

Duhamel, 1700-82.—Duhamel estudió la anatomia de gran número de plantas, y dió un tratado general de los *árboles frutales* y otro del *cultivo de las tierras*. Desarrolló en esta última obra un nuevo método, propuesto por el inglés Jethro Tull, que consistia en reemplazar el estiércol con varias labores, método que se reconoció después como falso. Publicó otros escritos no menos útiles á la ciencia que á la economia, y esplicó la formacion de los huesos y la de las maderas, adoptando siempre á la esperiencia por guia.

Claudio Bourgelat, de Lyon, se ocupó de los caballos y de sus enfermedades; y escribió para la *Enciclopedia* los artículos relativos al arte veterinario, cuya primera escuela abrió en su ciudad natal en 1762. El abate Rozier, tambien de Lyon, que le sucedió, estendió y mejoró aquella ciencia. Dedicándose después á la agricultura, buscó en sus viajes y en la ciencia nuevas fuentes de prosperidad para el pais; un *Curso de agricultura* que publicó, está escrito con calor y sencillez. El médico Helvecio enseñó las sopas económicas, llamadas después á la Rumford; al paso que Parmentier mejoraba el pan de municion, Daubenton introducia los carneros merinos. Lombe establecia en Derby una hilanderia de seda, cuyas veinte y seis mil quinientas ochenta y seis devanaderas, movidas por el agua, daban en veinte y cuatro horas enorme cantidad de hilo de seda torcida. Oberkampf fundaba en Jouy una manufactura de telas pintadas, y una fábrica de hilados de algodon en Essonne, industria enteramente nueva. Las indianas de Francia se hicieron de moda en la corte, y hasta la misma Inglaterra las buscó.

Afectado el abate de Lasalle, canónigo de Reims, con la ignorancia de los hijos del pueblo, fundó la *Escuela de los hermanos* (1679), y el caballero Paulet introdujo entre ellos la enseñanza mútua. Oberlin de Estrasburgo instituyó en su parroquia

asilos para la infancia; y con objeto de destruir la miseria, fecundo manantial de males, mejoró la economia rural: un estéril y aislado canton de los Vosgos fué trasformado por él en un jardin. El baron Montyon, que debia después hacerse bendecir para siempre por los premios que estableció, fundaba entonces el primero (1780) para los esperimentos útiles á las artes, otro para la obra literaria más provechosa á la sociedad, un tercero para el esperimento que hiciese menos perjudiciales las operaciones mecánicas, y para el artesano que simplificase un procedimiento industrial; y un cuarto para el que encontrara los mejores medios de suplir y economizar el trabajo de los negros.

Aumentóse el número de las máquinas; estableciéronse las bombas para incendios, el alumbrado público y los cementerios al aire libre. Perfeccionáronse los relojes; se introdujo el tártaro emético y los socorros á los ahogados. La química mejoró los procedimientos de las artes y de la farmacia. Bertholet enseñó á blanquear las telas con cloro. Lavoisier se ocupó de obtener el nitro sin incomodar á los ciudadanos en sus casas; mejoró la pólvora, los métodos agrícolas y la cria del ganado. Poissonier encontró el medio de hacer potable el agua del mar; Serguin enseñó á curtir los cueros por un nuevo sistema; Thenard y Brongniart, á mejorar las pinturas al óleo y sobre esmalte, como tambien á hacer macerar el cáñamo por procedimientos químicos. Ya Chaptal proclamaba que la ciencia es estéril si no es aplicable: se servia, pues, de su fortuna para multiplicar los esperimentos, y arrancar á la naturaleza secretos provechosos á la humanidad; introdujo las fábricas de alumbre artificial, de ácido sulfúrico, de sosa y los lavaderos de vapor. D'Arcet, protegido por el conde de Lauraguais, buscando el medio de imitar las porcelanas de la China, examinó profundamente los métodos de los alfareros y vidrieros, hizo progresar los análisis químicos con ayuda del fuego, y sus descubrimientos dieron celebridad á la fábrica de Sèvres. Los hermanos Mongolfier simplificaban los procedimientos de las fábricas de papel, la fabricacion del albayalde y la estereotipia; aplicaban el ariete y la prensa hidráulica, y lanzaban al espacio los primeros globos aereostáticos. Constantino Perier introducia en París bombas para elevar el agua y distribuirla por los diferentes barrios, como existia ya en Lóndres (1779) y su *bomba para incendios*, de Chaillot, era una escuela de maquinistas. El hábil mecánico Vaucanson, de Grénoble, cuyos autómatas, que tocaban instrumentos, eran admirados, como tambien los gansos que comian y digerian, perfeccionó las hilanderias de seda y una máquina para fabricar las telas con flores. Reveillon hacia papeles pintados; Lenoir, instrumentos de matemáticas; Argand, lámparas de doble corriente; Reaumur comenzaba la fabricacion de la hoja de lata y del hierro colado. La jardineria se mejoraba tambien. Ambrosio Didot introducia el papel vitela, y la estereotipia le procuraba el medio de dar ediciones más correctas y á mejor precio. Recordaremos tambien las numerosas obras de medicina popular, entre las cuales bastará citar las de Tissot y Hufeland.

La vacuna.—Las viruelas, que se habian hecho indígenas en Europa desde el siglo VIII, habian comenzado á hacer mayor su fuerza desde 1500, y todos los años causaban la muerte de medio millon de europeos: de diez individuos ocho eran atacados por ellas, un sétimo sucumbia, los demás perdian alguno de sus miembros, ó quedaban desfigurados. Los griegos modernos y los circasianos tuvieron conocimiento, no se sabe dónde, de un medio propio para evitar este mal, ó al menos sus estragos: consistia en ingertarle artificialmente en la persona que se queria preservar, y los padres lo practicaban con sus hijas, á fin de que conservasen su belleza y pudiesen poblar los serrallos turcos. La Europa no habia ignorado aquel procedimiento; pero habia desdeñado su uso (13), hasta que Maria Wortley Montagú dió á conocer su utilidad. Supo cuando se encontraba en Constantinopla, donde su marido estaba de embajador en Inglaterra, que una vieja de la Tesalia inoculaba la viruela con ceremonias supersticiosas, que pretendia haberle sido reveladas por la Virgen: así era que hacia, decian, una incision en cruz en la frente ó en la barba, después aplicaba encima la mitad de una nuez, y exigia en cambio que se le diesen cirios. Aunque la operacion fué dolorosa, lady Montagú quiso que su hijo la sufriese (14), y procuró después poner esta costumbre en moda (1718) entre las madres de Europa, al paso que Maitland, su cirujano, se ocupaba en persuadir á los médicos. El gobierno permitió hacer la prueba de aquel método en los condenados de Newgate, y después en la inclusa. La princesa de Gales no temió esponer á él á sus hijos, y el ejemplo venció á las preocupaciones y á la supersticion. Más tarde Isaac Maddox, obispo de Worcester, creó bajo la proteccion de Marlborough una sociedad para la propagacion de aquel descubrimiento, que proclamaba desde el púlpito, cuando otros le trataban de impío. El conde Stahrem-

(13) Timonio, médico griego, que habia estudiado en Oxford y en Padua, publicó en 1715 una *Historia variolarum quæ per incisionem excitantur*. En 1717, Klaunig, médico de Breslau, daba conocimiento de ella en las Efemérides de la academia Leopoldina Carolina, de la inoculacion que habia aprendido de Skragenstiern, primer médico del rey de Suecia. Un tal Boyer, estudiante de medicina de Mompellér, la tomó por asunto de una tésis. Pueden verse en Sprengel las pruebas del conocimiento anterior de la inoculacion, y del uso que se hacia de ella en la China, en el Indostan y en la Arabia.

(14) Con razon tienen los ingleses una especie de culto á los cortos renglones en que lady Montagú informó á su marido de la operacion. Véanse: *Sunday march* 23, 1718.—*The boy was engrafted last tuesday, and is at this time singing and playing, very impatient for his suspper I pray God my neat may give as good an account of him. I cannot engraft the girl, her nurse has not had the small pox.*

berg, embajador de Austria, fué el primer aleman que se aventuró á ensayarlo en sus hijos. El príncipe Federico de Hannover se hizo operar por Maitland; Maria Teresa se hizo inocular, como tambien los jóvenes archiduques; Catalina de Rusia siguió aquel ejemplo; y triunfaron con recompensas y solemnidades de la resistencia de las madres. En 1777 Washington sometia todo su ejército á aquella operacion. Preverini, médico romañol, la introdujo en Italia, sirviéndose de una aguja en lugar de la friccion, de los vejigatorios ó de las hilas empapadas, que se usaban antes de él. La condesa Buffalini es citada como una ardiente propagadora de aquella práctica (15), que fué defendida teológicamente por tres sacerdotes florentinos, Adami, Berti y Veraci. Tronchin, célebre médico, la introdujo en Ginebra; el inglés Argent fué llamado á Dinamarca para inocular á la condesa de Bernsto.

En Francia las viruelas hacian más estragos en la clase acomodada, en atencion á que los cuidados que se tenian con los niños hacia que las contrajesen en una edad más avanzada; además, la costumbre habia impuesto á las mujeres la obligacion de permanecer á la cabecera de la cama de sus maridos cuando eran atacados de ella, con la certeza de perder la vida, ó al menos su belleza. Durante la regencia, las fiestas y las frecuentes reuniones aumentaron la fuerza del mal, que en 1723 hizo morir en sólo París á veinte mil personas. Sin embargo, no se pensó allí en la inoculacion; una carta sobre este asunto, dirigida por la via de la prensa á Dodart, primer médico de Luis XV, por Lacoste, no produjo efecto. Se repetia en las tésis y en los libros que la inoculacion mataba á muchas personas; que no impedia el ser atacado de las viruelas; que no hacia evacuar toda la materia morbosa; que procedia de ignorantes empíricos, que se oponia á los designios de la Providencia, y que los antiguos no la habian conocido. La academia de Medicina rechazaba aquel remedio, no por inhumanidad, sino por la aversion de costumbre en los cuerpos sábios á todo lo que hace dudar de ellos, y la precision de admitir verdades nacidas fuera de su seno. Se escandalizó cuando Chirac, médico del regente, propuso formar una academia que sostuviese una correspondencia con todos los médicos de Europa y fecundase la verdad con ayuda de esperimentos. ¡Es tan dulce dormir cuando se ha conseguido un asiento cómodo! Continuaron, pues, por espacio de treinta años matando á los atacados de viruelas, sea dándoles estimulantes, segun el método francés, ó cuidándolos por el de Sydenham. Luis XV murió de ellas; y cuando Luis XVI se dejó inocular á ruegos de su mujer, las acciones públicas esperimentaron una gran baja. La Condamine dió á luz en 1754, una ardiente apologia de la inoculacion, en la que demostraba, que si se hubiese introducido en 1723, hubiese evitado á la Francia setecientas sesenta mil víctimas de viruelas. Se le contestó; pero Catti, para triunfar de las vacilaciones de la Francia, propuso un premio de mil doscientas libras para aquel que hiciese presente un solo caso en que las viruelas naturales apareciesen después de la inoculacion; y obtuvo del rey la autorizacion de inocular á los discípulos de la escuela militar (1769).

Jenner.—En fin, la verdad venció y los gobiernos emplearon hasta la fuerza para vencer la preocupacion. Eduardo Jenner (1749-1823) observó después (1776), que, en ciertos condados en Inglaterra, los que guardaban las vacas, contraian, ordeñándolas, una especie de pústula que les preservaba de las viruelas, de tal manera, que ni la inoculacion prendia en ellos. Multiplicó las observaciones, los esperimentos, y publicó sus inmortales *Indagaciones sobre las causas y efectos de la viruela vacuna*, libro que se tradujo al momento á todas las lenguas.

Sordo-mudos.—Un sordo-mudo era considerado en una familia, no sólo como una desgracia, sino como un oprobio, al mismo tiempo que el vulgo veneraba en ellos algo de sobrenatural, como se hace en el dia, con respecto á los idiotas en el Valais. Se habian hecho tentativas sobre su educacion, sobre todo en España y en Italia, á principios del siglo XVIII. El judío portugués Pereira instruyó en París á los sordo-mudos, y presentó algunos á la Academia y al rey; pero no existian aun los métodos fijos, ó se querian guardar en secreto.

L'Epée.— Una viva compasion hácia aquellos desgraciados hizo al abate L'Epée (1712-1789), hacer frente á las preocupaciones y contrariedades para crear un intermedio entre el lenguaje hablado y la inteligencia de sus discípulos; multiplicó, pues, y fijó los signos corporales apropiados al sordo-mudo. El abate Sicard, que perfeccionó después aquel método, puede considerarse como su segundo inventor. Para estenderle, el abate L'Epée se dedicó á aprender varias lenguas; y como Catalina II le dirigiese felicitaciones por su embajador: *Que me envie más bien*, dijo, *un sordo mudo que instruir*. Habiéndole ofrecido José II una abadia, le contestó: *No es á mí á quien haceis bien, sino á mi obra*. Pidióle, pues, fundar en Viena un instituto semejante: «¡Ojala que las diferentes naciones, repetia, abran los ojos sobre las ventajas de una escuela para los sordo-mudos de su pais! ¡Les he ofrecido y ofrezco mis servicios; pero que recuerden que no aceptaré ninguna recompensa, cualquiera que ésta sea!» (16)

---

(15) La Condamine; *Memorias*, 1758, p. 769—772.

(16) Cítase entre aquellos de sus discípulos que llegaron á ser profesores, al abate Stork, de Viena, al abate Silvestri y al abogado consistorial de San Pedro en Roma, Ulrich, en Suiza, Angulo y Alea, en España, Dole y Guyot en Holanda, Sicard, Salvan y Huby, en Francia. El abate

Hay fundó en 1786 una escuela de ciegos.

Este espíritu filantrópico se mostraba tambien en las medidas emanadas de los reyes. Apenas se habian construido en el fastuoso reinado de Luis XIV cinco puentes, y los caminos estaban en tal estado, que la mayor parte de las gentes viajaban á caballo. En el siglo XVIII los caminos se mejoraron, se multiplicaron los puentes, y el de Neuilly, entre otros, es una obra maestra de Perronet. En 1662 el abate Laudati, italiano, obtuvo privilegio para establecer tanto en París como en las demás ciudades del reino, estaciones en las que se podia alquilar una linterna y un hombre para hacerse acompañar con luz; la tarifa era cinco sueldos cada cuarto de hora por el alumbrado de un carruaje, y tres sueldos por las personas á pié. Comenzaron en aquella época á poner alumbrado en las calles. La Universidad de París habia introducido las mensajerias, y obtuvo del rey por cedérselas, una suma anual sobre su producto, con el cargo de dar gratuitamente lecciones. Tomaron entonces más estension y regularidad; el servicio del correo interior se organizó para lo interior de la capital, con arreglo al proyecto de Chamousset (1759). En 1728 se habian puesto letreros que indicaban el nombre de las calles; agrandóse el Jardin de Plantas, se comenzó la esposicion de las artes en el Louvre (1740). En 1769 se prolongó el pretil á lo largo del Sena, desde Nuestra Señora, hasta la esplanada de los Inválidos. En 1776 se estableció un banco de descuento y el monte de Piedad el año siguiente. En 1780 se fundó la Sociedad filantrópica y una escuela gratuita para enseñar á hacer el pan. El rey dispuso que los enfermos del hospital tuviesen cada uno su cama y se colocasen en salas diferentes, segun la clase de enfermedades.

Hablamos con preferencia de Francia, no tanto porque por lo comun hacen más ruido en ellas las innovaciones, cuanto porque á menudo ejerce la mision de iniciadora, y hace que sus mejoras sean comunes en toda Europa dándoles publicidad. Por lo demás, este espíritu de filantropia, es el carácter de la cultura intelectual en toda Europa. Aparte nos ocuparemos de los italianos.

Cárceles. Howard.—Capturado el inglés Howard (1727-1790) en el mar por un corsario francés, meditó en su cautiverio sobre los males de los presos, y resolvió declararse su protector. Revelando con viveza sus sufrimientos al público, obtuvo que se suavizasen. Viajó después por toda Europa, por una parte de Asia y Africa, examinando los presidios y galeras y distribuyendo consuelos y socorros. Declaró que las prisiones de Inglaterra eran miserables en estremo, y aun más las casas de correccion, donde por tenacidad constitucional se continuaba dando á cada detenido un pan de un sueldo cada dia, aunque pesaba la mitad menos que en la época en que se habia hecho la ley. Además se encontraban confundidos, sin trabajo, sin instruccion y sin limpieza, personas de todas clases, sexos y edades. A menudo las fiebres de las cárceles los diezmaban; y como los edificios eran poco seguros, se ponian grillos á los presos, que quedaban espuestos á los malos tratamientos de los carceleros: no era tampoco raro que éstos prolongasen sus penas á su antojo, al paso que en otras partes se permitia á los vecinos ir á beber y jugar con los presos. Lo mismo acaecia en Irlanda y Escocia, aunque la mayor estension que habia adquirido la instruccion y el sentimiento de la dignidad personal hacia que los crímenes fuesen muy raros.

En Suecia, un oficial de la cancilleria debia visitar todos los sábados las cárceles, dispuestas con mejor órden y menos inhumanidad que en otras partes. En Dinamarca, aun se ponian grillos á los presos por asesinato; los azotes, la horca, la rueda se ejecutaban aun en las plazas públicas. Los infanticidios eran muy frecuentes en el pais, y las mujeres culpables de este crimen eran condenadas á perpétua reclusion, y salian todos los años el dia-aniversario de su culpa de su calabozo, para ser azotadas públicamente. Los rusos eran verdaderos bárbaros, y hasta los particulares tenian en sus casas cárceles.

En Holanda, por el contrario, habia órden y aseo: se hallaban establecidas las convenientes separaciones, distribuidas las horas del dia; médicos estaban encargados de la vigilancia, se celebraba el oficio divino los dias de fiesta, y á los carceleros se les designaba con los nombres de padres y madres. Habia habitaciones para encerrar, á peticion de sus padres, á los jóvenes de mala vida, lo que estaba en uso de toda Alemania, donde hasta se inscribia en las habitaciones de esta especie el nombre de algun pais, con objeto de poder contestar que los detenidos se hallaban, por ejemplo, en la India, en Francia ó en Italia. Por lo demás, habia pocos detenidos en Alemania, en atencion á que los procedimientos se instruian con prontitud, y que los sentenciados tenian obligacion de trabajar en los caminos y en las fortificaciones. Ya no habia calabozos en las torres, pero se continuaba aplicando el tormento, escepto en Prusia, teniendo que ganar los sentenciados su vida trabajando y mendigando. En Hamburgo el carcelero era al mismo tiempo el verdugo. En Manheim y otras partes se daba la bienvenida y la despedida á los presos aplicándoles una buena paliza. En Gante, los Estados de Flandes habian hecho construir una buena casa de correccion.

La Francia estaba muy atrasada, muchos desgraciados eran encerrados en calabozos subterráneos, tanto en las provincias como en el mismo Paris, aunque una compañia fundada en aquella ciudad en 1753, se ocupase en procurar socorros á los presos, y estaba destinada á cada cárcel una hermana de la caridad. Las prisiones de la Bastilla eran temidas con razon. Tambien en Suiza se

---

Assarotti introdujo en Génova, y sostuvo aquella enseñanza con sus propios recursos.

ponian grillos á los presos, aunque los juicios eran prontos: los sentenciados á las penas más graves debian barrer las calles con un collar de hierro al cuello; los demás hilar y tejer.

En España, escepto Navarra, continuaba usándose el tormento; los juicios no tenian fin; los carceleros daban habitaciones y aliviaban de las cadenas por dinero. Dos miembros del consejo privado debian visitar las cárceles todos los años, con poder de disminuir las penas. Los libertinos y vagabundos eran encerrados en la magnífica prision de San Fernando, cerca de Madrid, donde usaban un traje uniforme y se dedicaban á un trabajo regular. En Portugal, la sociedad de la Misericordia, compuesta de personas de distincion, socorria á los presos, pagaba por los que no podian hacerlo un tanto á su salida, y en algunos puntos no vivian sino de limosna. Los procesos eran muy largos, y los carceleros permitian á los detenidos salir, á condicion de presentarse al llamamiento.

Las cárceles eran deplorables en Turin, y no mejores en Milan, escepto la casa de correccion. Los plomos y pozos de Venecia han conservado una siniestra fama. Luca tenia la costumbre de enviar sus delincuentes á Venecia ó á Génova; tuvo después malas cárceles. En Toscana el gran duque Leopoldo habia hecho disponer algunas mejoras. En Génova los deudores insolventes, las mujeres y los acusados por diferentes delitos, eran con prudencia repartidos entre diferentes puntos. Las cárceles de Roma tenian más apariencia que efecto; las de Nápoles contenian á desgraciados sin aire ni trabajo. Howard dijo á José II que la horca era preferible á las fortalezas austriacas. Aquel filántropo inglés, honrado con el título de padre de los presos, decia: «Los culpables deben estar solos en celdas separadas, y ocuparse de algun trabajo. Si están reunidos tendrán vergüenza de volver al buen camino; dejadlos solos consigo mismos, y podrán concebir la vergüenza del mal. El hombre solitario conoce su debilidad, teme más de lo que espera, y no emprende cosa mala. La soledad y el silencio aumentan el pavor que causa el delito, inclinan al alma á la reflexion, y la reflexion lleva al arrepentimiento. El malvado es un hombre depravado; se purifica en el recogimiento y en la tranquilidad, y las horas taciturnas en que se piensa hacen volver á más hombres estraviados ó culpables al amor al órden y á la honradez, que los más severos castigos.»

Agricultura.—La agricultura estaba enteramente descuidada en Alemania, sobre todo en las provincias de que se formó la Prusia. Los grandes propietarios se ocupaban en intrigar en las ciudades, dejando sus tierras á arrendadores ó colonos sin conocimientos ni medios de mejorarlas. El hannoveriano Alberto Thaer, después de haber estudiado los métodos y prácticas de la Inglaterra, estableció en Celle una especie de escuela rural, publicó un tratado sobre la agricultura inglesa (1794), escribió después los anales de la agricultura. Mitterpacher, de Buda, dió en latin el primer curso completo de este arte, que tradujo después á todas las lenguas.

Godofredo Copley instituyó, en la Sociedad Real de Lóndres, un premio en favor del que hiciera mejores esperimentos en interés de la conservacion de los hombres. Este premio fué adjudicado al capitan Cook, que verificó sus memorables espediciones sin perder más que un corto número de marinos. El inglés Guillermo Hawes fundó la sociedad humanitaria destinada á dar socorros en caso de muerte aparente, inhumaciones precipitadas y asfixia por inmersion. Enrique Pestalozzi introdujo en Zurich métodos razonados de educacion, que tenian por objeto la vida y no la escuela, y en los que no habia nada de los sueños de Juan Jacobo; se dedicó, en union de Fellemberg, á instruir á los niños pobres, con objeto de hacerlos hombres honrados. El abate Gautier, que trabajaba con el mismo objeto, hacia amena la instruccion á sus discípulos.

Arkwright.—Ricardo Arkwright, que nació en el Lancashire de una familia pobre de la que era el décimotercio hijo (1739-1792), se habia dedicado á buscar el movimiento continuo; pero no tardó en conocer que valia más abandonar este estéril estudio para encontrar los medios de ayudar la industria entre la cual crecia. La Inglaterra habia comenzado entonces á tejer indianas, en lugar de esportarlas del pais de donde habia recibido su nombre, pero hacian la urdidura con hilo de lino para que tuviese suficiente solidez, y el algodon de la trama era hilado á mano. Haciendo frente á la pobreza, Arkwright estableció en su casa un aparato para hilar mecánicamente, y pronto fundó fábricas al efecto. Perseguido como todos los innovadores, triunfó de sus enemigos con el éxito, y murió cierto de haber dotado á su patria y al mundo de un mecanismo que proporcionaria muy baratas las telas reservadas hasta entonces á los ricos.

Watt, 1736-1819.—El escocés Jacobo Watt debia ejercer una influencia aun mayor. Perfeccionando las máquinas de vapor para hacerlas regulares y precisas, se ocupó en aplicarlas á las necesidades de la industria, empleándolas primero en desaguar la minas de carbon de Kinneil. Habiéndose después asociado á Boulton, rico fabricante de Birminghan, construyó máquinas que daba á los mineros, sin exigir de ellos en cambio más que la tercera parte de la economia que resultara en el combustible, lo que le produjo enormes sumas. A esto es á lo que se limitó en el trascurso de aquel siglo una aplicacion que en el nuestro debia adquirir tan grande importancia.

De esta manera comenzaba el pueblo á elevarse con ayuda de la compasion: los señores querian hacerse perdonar sus desproporcionados goces; los escritores le daban nuevas inspiraciones y nuevos héroes, los filántropos buscaban con sinceridad el bien de tal manera, que resultaba una benevolen-

cia universal, una especie de culto á la humanidad. En medio de aquel empuje hácia la mejora dada á la sociedad en nombre de la filantropia, como en otras épocas en nombre de la caridad, se tuvo que deplorar grandes delirios; por odio á los errores viejos se difundieron muchos nuevos: proclamábase ante todo la esperiencia y se rechazaba aquella que el género humano habia hecho en tantos siglos, costando millones al Estado y la ruina á muchas familias algunos de los nuevos esperimentos. Quísose explicar por medio de las abstracciones de Newton, la formacion del feto y de las montañas. Los mismos geómetras sostuvieron que escitando la exaltacion del alma hasta cierto grado, era posible adivinar el porvenir. Se atacó á la propiedad; consideróse á la sociedad como una perversion del hombre.... Pero la filosofia, que tenia por creencia los derechos del talento y por objeto los progresos de la humanidad, mostraba á los que le acusaban de aquellas locuras las mejoras como obras suyas; y cada vez más absoluta, libre de las dudas, complaciéndose en sí misma, proclamaba contra lo pasado una bandera en la cual estaba inscrito *Razon* y *Filantropia*.

CAPÍTULO X

SUPRESION DE LOS JESUITAS.

De esta manera se veia doblemente atacada la sociedad por las doctrinas enciclopédicas y las económicas, por la ciencia y los intereses. Era imposible que tan gran masa de ideas revolucionarias no produjese efecto real; su primer triunfo fué la destruccion de la Compañía de Jesús. Hemos visto que esta sociedad habia sido instituida para oponerse á las reformas, y que habia conseguido detener al protestantismo. Ahora bien, surgió de nuevo este espíritu de independencia, y encontrando á su paso esta barrera la destruyó. Una compacta organizacion habia hecho que la Compañía de Jesús alcanzase la inaudita grandeza que, habiéndola hecho un objeto de temor para toda la Europa, tanto para los pueblos como para sus opresores, le atrajo la persecucion en un siglo que proclamaba la tolerancia.

Nacidos cuando las letras y la civilizacion se encontraban en su apogeo, los jesuitas, en lugar de hacer querer retroceder á la sociedad, de predicar la pobreza, de hacer la guerra á las doctrinas, secundaron el movimiento. Dedicáronse á la instruccion de la juventud, muy descuidada entonces; no se ocultaron en los desiertos, sino estableciéndose en las ciudades, en las cortes, y haciéndose valer en todas partes, dirigieron á los reyes. Academias, teatros, partidas de campo, ejercicios gimnásticos fueron los medios de que se sirvieron para preparar á sus discípulos á la vida social; sus iglesias ofrecian á las bellas artes motivo para ejercitarse; buscaban en las misiones las ventajas corporales, al mismo tiempo que la salvacion de las almas; y así como enriquecian la farmacia procurándole la quina, dulcificaban el rigor de los ayunos introduciendo el uso del chocolate. En resúmen, se trasformaban segun la marcha del siglo; y al paso que éste se mofaba de los franciscanos porque eran sucios, de los dominicos por ser perseguidores, de los de la órden del Cister por su ociosidad, y de los cartujos porque se encerraban en la vida contemplativa, veia mezclarse á él á los jesuitas vestidos como el resto del clero, misioneros en las colonias, poetas agradables, escritores civilizados, historiadores cuidadosos á usanza de las escuelas: eran al mismo tiempo cortesanos y afables, que conocian las debilidades de la época y sabian modelarlas, publicistas de una libertad anterior, y al mismo tiempo superior á la de los filósofos.

Pero, lejos de entender el progreso á la manera del siglo, es decir, como un divorcio de lo pasado y con la Iglesia, permanecieron estrechamente unidos á Roma. Si el pontífice desaprobaba algunas de sus tolerancias que habian tenido en las misiones de la China ó del Malabar, no vacilaban en obedecerle, aunque tuviera que costarles las conquistas compradas con dos siglos de martirios, y la esperanza de convertir al mayor imperio del mundo. Hasta tal grado sostenian los derechos de la corte de Roma, y con tal tenacidad, que no cedian un ápice á la creciente necesidad de emancipacion que se hacia sentir en todas partes. La superioridad adquirida por aquellos eclesiásticos, que además no estaban sujetos á las austeridades prescritas por las antiguas reglas religiosas, inspiraba envidia á las demás órdenes, que desaprobaban su espíritu secular. Imputábanles tambien haberse separado de su primera institucion, para consagrarse absolutamente á instituciones mundanas y hacerse acoger bien de los poderosos.

Al entrar en la Compañia de Jesús en lugar de renunciar á sus bienes, se disponia de ellos en favor de la casa, y el donador conservaba su administracion durante toda su vida. En su orígen, los cuatro votos no eran proferidos sino por un corto número, que viviendo de limosnas, no se dedica-

ban sino á la vida espiritual; al paso que los coadyutores desempeñaban los cargos administrativos y las ocupaciones temporales: se podia, pues, ser rigoroso en la eleccion, y los unos vigilaban á los otros. Después se introdujo la costumbre de dar los cargos á los mismos profesos; de esta manera pudieron llegar á ser rectores y provinciales, lo cual suprimió la oposicion, disminuyó el rigor de la eleccion, y abrió el campo á la ambicion. Algunos generales pensaron en una reforma; pero encontraron resistencia; y aun por desviacion del principio originario, estrictamente monárquico, se estableció como consecuencia de las ideas constitucionales de la época, un vicario al lado del general.

Las escuelas de los jesuitas no estaban tan florecientes como cuando se encontraban solas: conservaban, sin embargo, el arte, tan difícil como importante, de hacer amar á los discípulos sus maestros y el estudio. Aunque es cierto que daban la instruccion gratuitamente, aceptaban regalos, y manifestaban preferencia hácia los hijos de buenas familias; de esto resultaban relajaciones en la disciplina, hasta tal grado, que hubo varias veces en los establecimientos, riñas, sublevaciones y hasta asesinatos (1).

En Italia, los jesuitas eran los que escribian mejor, lo que, sin embargo, no quiere decir que lo hiciesen bien. En Francia, donde redactaban *El Diario de Trevoux*, ocupaban un lugar avanzado en la literatura militante: empleaban una crítica séria, erudita, picante, en conservar la pureza de la lengua contra los innovadores, y el exámen equitativo de los hechos, la sólida erudicion contra los escépticos y epicúreos.

Viendo al mundo separarse cada vez más de las prácticas religiosas, las disminuyeron tanto como fué posible; y con objeto de que los cristianos no rompiesen el freno por demasiado tirante, prefirieron aflojarle, buscando escusas á los estravíos hasta el punto que se podia hacer sin disculpar el desafuero. Algunos de ellos han dicho que el pecado es un alejamiento voluntario de la regla de Dios, que consiste en el conocimiento de la culpa y en la perfecta union de la voluntad (2). Deducíase de esto, con una sutileza enteramente escolástica, una indiferencia que convertia á la pasion, al ejemplo y á la costumbre en otras tantas escusas. Algunos escusaron el duelo, cuando no se podia evitar sin perder el honor ó sus grados; como tambien la violacion de un juramento prestado sin intencion interior de mantenerle (3). Declararon que en los casos de duda respecto de actos no absolutamentes pecaminoso se podia seguir la opinion probable, es decir, la que hubiese sido sostenida por un autor grave; que tambien se podia, para apaciguar los escrúpulos, acomodarse á la más indulgente (4). Estas son las máximas relajadas de que les hemos visto acusados en las *Provinciales* (5), libro que les dió un golpe irreparable, mayor de lo que creyó Pascal, y que fué el manifiesto de una guerra á muerte entre los jansenistas y los jesuitas. Como éstos eran om-

---

(1) D'Alembert decia: «Habremos vencido la mayor dificultad cuando la filosofia sea librada del poder de los grandes granaderos del fanatismo y de la intolerancia; los demás no son más que cosacos y panduros que no resistirán á nuestras disciplinadas tropas.» (OBRAS, t. XV, página 296.) Y Duclos, otro escritor filosófico, en su *Viaje á Italia*, pág. 40, maravillándose de la envidia que las otras órdenes tenian á los jesuitas y del júbilo *hasta el escándalo* que manifestaron cuando su supresion, añade: «Ha caido el primer rayo sobre la Sociedad, árbol cuyo tronco atravesaba las nubes; pero ¡cuántos frailes deben pensar que si se cortan las encinas, con el hacha se siega la hierba!» *(Viaje á Italia,* p. 40.) Y «Una vez hayamos aniquilado los jesuitas, tendremos fácilmente vencido al infame,» escribia Voltaire á Helvecio en 1761.

El mismo Voltaire que habia sido educado por los jesuitas, en otra carta de 7 de febrero 1746, decia: «En los siete años que he vivido entre los jesuitas ¿qué he visto entre ellos? Una vida muy laboriosa y frugal; y las horas del dia repartidas entre los cuidados que nos prestaban y los ejercicios de su austera profesion. Lo atestiguo con millares de personas educadas como yo, y estar seguro de que no ceso de admirarme de que se les pueda acusar de enseñar una moral corruptora. Así como los demás religiosos han tenido, en épocas de oscurantismo, casuistas que han sostenido el pro y el contra de cuestiones en el dia resueltas ú olvidadas, ¿pero en verdad debe juzgarse su moral por la ingeniosa sátira de las *Cartas provinciales* ó ciertamente por el padre Bourdaloue, por el padre Cheminais, por sus otros predicadores y por sus misioneros? Comparando las *Cartas provinciales* con los sermones del padre Bourdaloue, se aprenderá con las primeras el arte de burlarse y el modo de presentar aun las cosas más indiferentes bajo aspectos criminales, es decir, á insultar con elocuencia y con el padre Bourdaloue á ser severo consigo mismo é indulgente con los demás. Pregunto, pues; ¿de parte de quién está la verdadera moral? ¿y cuál de estos dos libros es más útil á los hombres? Y me atrevo á decir que no hay nada más contradictorio, más inícuo y más vergonzoso para la humanidad, que acusar de moral relajada á hombres que sobrellevan en Europa la vida más dura y que van á buscar la muerte en los estremos de Asia y América.»

(2) FRAY TOLEDO y BUSEMBAUN.

(3) *Privandus alioqui, ob suspitionem ignaviæ, dignitate, officio vel favore principis.—Qui exterius tantum juravit sine affimo jurandi, non obligatur, nisi forte ratione scandali, cum non juraverit, sed luserit.* BUSEMBAUM. *Medulla theologiæ moralis*, lib. III, tratado 4, capítulo I, du. 4, artículo I, núm. 6; tratado 11, capítulo 2, du 4, número 8.

(4) SA, *Aphorismi confessariorum: Potest quis facere quod probabili ratione vel auctoritate putat licere, etiam si oppositum totius sit; sufficit autem opinio alicujus gravis auctoris.*

BUSEMBAUM, lib. I, c. 3: *Remedia conscientiæ scrupulosæ sunt:* 1.° *Scrupulos condemnare;* 2.° *assuefacere se ad sequendas sententias miliores, et minus etiam certas.*

(5) Si es posible recomendar la moderacion á la pasion, invitaremos á los que lean este capítulo, á repasar aquel en que tratamos del jansenismo, y es el undécimo del libro anterior.

nipotentes en los últimos años del reinado de Luis XIV, se les imputaron los rigores insensatos contra sus ilustres adversarios, cuyos partidarios les declararon un activo odio. Pudo este tener libre curso cuando los parlamentos recobraron la superioridad, y por una estraña desviacion, se dedicaron en lugar de administrar justicia á tomar parte en las cuestiones teológicas.

Tenian, pues, los jesuitas en su contra á los dominicos, por su oposicion á la doctrina de santo Tomás; á los franciscanos por su gran autoridad en las misiones; á los párrocos cuyas funciones invadian, á los miembros de la universidad, por la competencia que hacian á sus escuelas, aunque sin privilegios; á los obispos que lo mismo que los gobiernos tendian á localizar la autoridad, mientras ellos eran ardientes defensores de la autoridad universal pontificia: á los comerciantes, porque tenian en ellos á activos concurrentes, que no teniendo que pagar contribuciones, podian vender más barato que ellos. Tenian sobre todo en su contra á los jansenistas, que les hacian el cargo de tener consideraciones con el siglo, de hacerse el sosten de la libertad y del poder de la voluntad humana, y autorizar devociones como el Sagrado corazon y otras que les parecian inconvenientes (6). Llegaron hasta desenterrar de los libros de sus casuistas, obras escritas en latin para instruccion de los directores de conciencia, pasajes indecorosos, como se podrian sacar de los tratados de medicina.

Era natural que los filósofos no concibiesen recelos de las órdenes envejecidas, y sí de la que jóven y activa, poseia la instruccion y el conocimiento del mundo. Sentian no poder destruir las demás sino pasando por encima del cadáver de aquellos genízaros de la Santa Sede, como los llamaban. Los mismos reyes, que trataban de concentrar en sus manos la autoridad, no debian ver con gusto que aquellos padres se libertasen de ella, y de que siendo muy numerosos, y estando unidos entre sí por una correspondencia tan pronta como segura, informados de todo lo importante y esparcidos por todos los paises de la tierra, se unian en Roma á un jefe cuyo poder era absoluto sobre cada uno de ellos. Por otra parte, la compañia tenia fama de escesivamente rica. Se hablaba de toneles de polvo de oro amontonados en sus subterráneos, de cajas dirigidas á ciertas de sus casas, y que confiscadas por los resguardos se habia encontrado que contenian, en lugar de chocholate, barras de oro puro: resultó de esto que los reyes, cuyas rentas se hallaban mermadas, esperaron procurarse un poderoso socorro, confiscando tales riquezas (7).

Cuando hombres de partido y opiniones diferentes hacen la guerra á un hombre ó á una institucion, sin tener en cuenta los medios que emplean, se puede tener certeza de que la causa es enteramente otra de la que se alega.

Las remotas misiones establecidas por los jesuitas eran sostenidas con los productos de sus tierras, es decir, especias y objetos fabricados por los colonos. Para cambiar aquellos géneros por los que son necesarios á la vida, era preciso mandarlos á Europa. Se depositaban al efecto en almacenes en Lisboa, donde cada provincia tenia un procurador de la compañia para recibirlos, venderlos, y comprar con su producto lo que reclamaban las necesidades de los padres y de los neófitos. Véanse, pues, á los jesuitas comerciantes, con casas de espendicion y giro, y entregándose á especulaciones: de aquí su aspecto mercantil, mucho más en relacion con el siglo que con el espíritu religioso. El Colegio romano hacia fabricar paños en Macerata; tratábanse asuntos de comercio entre los diferentes colegios y con las colonias.

Los papas creyeron que el comercio no convenia á religiosos (1741), y Benedicto XIV renovó la prohibicion que habia hecho ya con respecto á esto Urbano VIII; después otra bula del mismo año prohibió á los obispos americanos, sumisos á Portugal, reducir á los indios á esclavitud, venderlos, cambiarlos, separarlos de sus mujeres é hijos, ó privarlos de su libertad de cualquiera otra manera. Aquella órden era digna del padre de los fieles; pero no podia de repente ponerse en práctica en las misiones, en que los jesuitas eran á la vez señores y padres espirituales de personas sin esperiencia.

Entonces ocurrió un incidente estraño; el padre

(6) Cuéntase que Godwin, arminiano, capellan y confidente de Cromwell, fué el primero que pensó en tributar un culto particular al sagrado corazon de Jesús. El P. Colombière, jesuita refugiado en Francia con los Estuardos, confesor de la duquesa de York, quiso introducir aquella devocion entre los católicos. Fué ayudado en aquella mision por las visiones de una tal Maria Alacoque, cuya vida y revelaciones, contadas más tarde por el obispo de Soissons, escitaron, por la sencillez del estilo, las burlas de los filósofos y escandalizaron á las personas sensatas; desde entonces el culto tributado al Sagrado Corazon se ha estendido, gracias á los jesuitas, aunque haya sido vivamente combatido, ora por los jansenistas, ora por los parlamentos, y no favorecido por Roma; resultó de esto que aquella mística imágen llegó á ser una señal de reconocimiento en las filas del partido jesuítico. La hemos visto combatida tambien como tal en nuestros dias, aun después de haber obtenido la sancion del tiempo y de la autoridad.

(7) En la época de la supresion la órden estaba dividida en seis asistencias: Italia, Francia, Alemania, España, Portugal, Polonia, y cada una de ellas tenia un representante cerca del general. Estas asistencias formaban cuarenta y una provincias, con veinte y cuatro casas profesas consagradas al cuidado de las almas, al mismo tiempo que habia para la educacion seiscientos sesenta y nueve colegios, sesenta y un noviciados, ciento setenta y un seminarios, además trescientas cuarenta residencias y doscientas setenta y una misiones. El número de jesuitas ascendia á veinte y cinco mil quinientos ochenta y nueve, de los cuales once mil doscientos noventa y tres eran sacerdotes repartidos en mil quinientas cuarenta y dos iglesias.

La Valette, procurador general de las misiones en las islas francesas, después superior, y en fin visitador general, se entregaba al comercio al por mayor; hizo construir en la Martinica toda una calle de casas, almacenes y talleres; estableció en Santo Domingo una casa de comercio, compró negros é hizo el contrabando con las Barbadas. Tenia correspondencia y almacenes en varios paises de Europa, hacia negocios de comercio muy en grande y giraba sobre los hermanos Lioney, de Marsella, grandes sumas á cuenta del azúcar, el añil y el café que les enviaba. Habia hecho tratos con ellos por valor de millon y medio, y mandado dos barcos cargados de mercancias; pero habiendo estallado á la sazon la guerra de 1755, fueron capturados sus buques por los ingleses, y sus corresponsales de Marsella tuvieron que suspender los pagos. No habiendo podido los acreedores obtener socorros ni de los jesuitas ni del padre Ricci, su general, citaron á toda la órden ante el consulado de Marsella, y los autorizó para verificar un embargo de los bienes de la órden, hasta la suma de 1.502,226 libras esterlinas que se les debian. Los jesuitas objetaron que el padre La Valette habia violado las constituciones de la órden comerciando, y que toda ella no debia pagar las obligaciones de uno de sus miembros. En su consecuencia, el consejo de Estado, á quien se sometió el asunto, pidió que se presentasen aquellas constituciones. En lugar de acallar el proceso pagando, no vacilaron los padres en presentarlas á sus declarados enemigos, tan poco peligrosas las consideraban; pero observándolas con penetracion, el parlamento descubrió en ellas que los bienes de los jesuitas eran propiedad comun é indivisible; ahora bien, habiéndose hecho las especulaciones del padre La Valette en provecho y con conocimiento de la sociedad, dueña del establecimiento de la Martinica, la declaró deudora, condenándola á daños y perjuicios (1762).

Pero una tempestad más temible se preparaba en aquellas misiones del Paraguay que hemos admirado en otra parte (8), y que fueron su primer escollo. Los españoles y los portugueses estaban de continuo en cuestiones por la frontera de sus colonias de Asia y América, sin que la famosa demarcacion de Alejandro VI pudiese evitarlas. Los portugueses, que pretendian que toda la costa del Brasil les pertenecia hasta el límite natural del rio de la Plata hácia el Mediodia, fundaron en la orilla izquierda de aquel rio la colonia del Santísimo Sacramento (1680). Resultaron de esto guerras, durante las cuales las parroquias de los jesuitas en el Paraguay tuvieron que sufrir mucho. La colonia del Santísimo Sacramento, que se disputaban, cambió varias veces de dueño. En fin, se convino en 1750, por el tratado de Madrid, en que derogando todos los convenios anteriores, las Filipinas y las islas adyacentes pertenecerian á la España; que el Portugal conservaria todo lo que poseia en el rio de las Amazonas y en el distrito de Mato-Grosso; que cederia la colonia del Santísimo Sacramento y las posesiones adyacentes en la orilla septentrional de la Plata, rio reservado únicamente á la navegacion española; que en cambio recibiria todo el territorio situado en la orilla septentrional del Ibiari y la orilla oriental del Uruguay.

En aquel terreno se encontraban precisamente siete parroquias ó reducciones, fundadas por los jesuitas en el Paraguay, como ya hemos dicho. Ahora bien, un caballero portugués llamado Gomez Pereira, gran artífice de proyectos, estendia la noticia de que en el Paraguay abundaba el oro, que los jesuitas sacaban tres millones de cruzados todos los años, y que éste era el motivo por el que mantenian aquel pais en un aislamiento misterioso. Habia, pues, propuesto atraer á la dominacion portuguesa los siete distritos del Uruguay mediante la cesion á España de la colonia del Santísimo Sacramento. Su idea agradó á la corte de Lisboa, y aun más á la de Madrid, que cediendo un estenso terreno improductivo, recibia una plaza de gran importancia para las posesiones americanas, al mismo tiempo que escluia á los portugueses del comercio con el interior de la América septentrional.

Se habia decidido primero el que los habitantes permaneciesen en el pais, cambiando sólo de dueño; pero se decretó después que saliesen de él; ¡hablamos de hombres y no de rebaños! Los jesuitas, que perdian en aquellos arreglos treinta mil colonos, hicieron reclamaciones, manifestando á los españoles que los portugueses, y en su consecuencia los ingleses, se aprovecharian con detrimento suyo de las magníficas selvas de aquellas comarcas. Fueron poco escuchados. El padre Vizconti, general de los jesuitas, recomendó al provincial del Paraguay no oponerse á la ocupacion de las siete reducciones, y hasta abandonarlas inmediatamente. Pero aquel sentimiento profundo que nos dice somos dueños del territorio en que hemos nacido, bastó para dar á conocer á los indios la iniquidad de aquella medida (9): repugna-

(8) Tomo VII.

(9) Los indios, escribia el provincial, están firmemente persuadidos de que el rey no quiere separarlos de las tierras que han poseido durante ciento treinta años, y sobre las cuales ha sido confirmado su derecho por diferentes reales cédulas. Con esta confianza han construido, no simples aldeas, sino verdaderas ciudades con gran número de edificios cubiertos de tejas y con pórticos de piedra, bajo los cuales se puede pasear á lo largo de las casas sin temor de la lluvia. Los de sus magníficas iglesias, en los cuales han gastado lo menos posible, les han costado, con los adornos, cien mil escudos; sin hablar de la de San Miguel, en la que trabajaron durante diez años, unas veces ochenta, y otras cien hombres; y cuya construccion, toda de piedra, no puede valuarse en menos de doscientos mil escudos. Añádase á esto el recuerdo que les afecta mucho,

ba sobre todo á los colonos del Santísimo Sacramento ir á estériles llanuras. Incendiaron los postes de madera con las armas de España que se encontraban en el territorio natal; y empuñando las armas contra los españoles y los portugueses, aguardaron á pié firme á las tropas, que en media hora mataron á dos mil y dispersaron é hicieron prisioneros á los demás.

Como se sabia que los jesuitas tenian sobre ellos la mayor autoridad, se creyó que los habian escitado, y que su intencion era fundar una república en medio de las posesiones de un rey para hacerles rebelarse contra él. Lo que hay de cierto, es la ilimitada influencia de los jesuitas en Portugal, pues el mismo padre Georgel, su celoso defensor, dice: «La corte de Lisboa habia prodigado á aquellos padres todo lo que puede manifestar la más ilimitada confianza, el crédito más preponderante. Eran no sólo en la corte directores de las conciencias y conducta de los príncipes y princesas, sino que el rey y los ministros les consultaban en los negocios perentorios; no se hacia nada, en la Iglesia ni el Estado, sin su consentimiento ó concurso.» El Portugal estaba entonces gobernado por el ministro Sebastian José de Pombal, que educado en las ideas francesas, se habia propuesto sacar á la nacion de aquel entorpecimiento, pero con medios absolutos. La órden de los jesuitas debia causarle recelos, deseoso como estaba de no encontrar obstáculos: especulador, la competencia de aquellos hombre activos no podia menos de incomodarle; adicto á los filósofos queria ser considerado por ellos, y dirigia golpes á donde indicaban. Mandó, pues, espresamente á su hermano, de gobernador de Marañon y del Para, con tropas y plenos poderes, encargándole secretamente buscase un pretexto para arrojar á los jesuitas de las misiones; sordo preludio de la tempestad. Después, en la noche del 19 de setiembre de 1757, los jesuitas recibieron de repente la órden de salir inmediatamente de la corte sin llevarse nada, y para no volver á presentarse. Al momento comenzó Pombal contra ellos una guerra de pluma, como se usaba entonces, denigrando con razon ó sin ella la conducta de los padres en América, designándolos como autores del descontento y de la rebelion que sus órdenes habian ocasionado en el Paraguay, y pidiendo á Su Santidad hiciese cesar los abusos, los escesos, los crímenes diarios de aquellos padres, y les recordase su primitiva y santa observancia. Benedicto XIV, cercano á terminar sus dias, publicó una bula (*In specula*), en la que declaró que informado por el rey de Portugal de que se habian introducido gravísimos abusos entre los jesuitas en la dominacion portuguesa, habia autorizado para reformar los escándalos, con objeto de que no se repitiesen, al cardenal Francisco Saldanha, á quien Pombal habia designado para aquel oficio. Ahora bien, Saldanha, sin oir á ninguno padre, redactó un decreto en el que se manifestaba muy informado de sus actos, y, culpándolos por dedicarse al comercio, les intimaba declarasen en el término de tres dias los objetos en que comerciaban sus capitales, sus letras de cambio, con el objeto de que pudiesen aplicarse á servir mejor á Dios. Al mismo tiempo otros delegados del cardenal esploraban sus casas y sus libros en el Paraguay, en Marañon y en el Brasil, y como encontraron allí pruebas de comercio, suspendieron á la mayor parte las licencias de predicar y confesar.

De repente, sin saberse de dónde procedia, estendióse la noticia de que se habian disparado tres tiros contra José, rey de Portugal. Nadie los habia oido: el rey no habia visto á un alma, escepto á su cirujano y á Pombal; pero se repitió que el atentado habia sido dirigido por mano de los jesuitas, y una comision, presidida por Pombal, se instituyó para juzgar á los culpables. Reducidos á prision gran número de nobles y puesto en el tormento el duque de Aveiro, confesó haber querido matar al rey por instigacion de los jesuitas. En vano se retractó despues que se le dejó de martirizar, pronunciósе la sentencia sin que dijera nada de positivo sino conversaciones, noticias de conspiracion: en su consecuencia, Ferreira, gentil-hombre de cámara del rey, fué condenado al fuego y los demás á la rueda (1759). Leonor, de los marqueses de Tavora, por la *gracia de Dios*, que habia sido vireina en Goa, mujer instruida y hermosa, fué decapitada, su marido descuartizado, sus hijos, yernos y criados ahorcados, sus bienes confiscados, sus palacios arrasados y su nombre abolido. Los tiempos de más barbarie no ofrecen tan atroces ejecuciones.

La indignidad del proceso es la mejor prueba en favor de la inocencia de los acusados, pues bastará decir que además del profundo secreto con que fué instruido, el rey prohibió que se revisase. Curioso el mundo de conocer la verdad, no pudo descubrir otra cosa sino que al volver el rey de una cita amorosa con la marquesa de Aveiro, fué asaltado por el marido y cuñado. Esto es lo que parecia más probable: lo más inverosímil es que existiese una conspiracion. En el fondo era una venganza de Pombal, al que se le habia negado la mano de una Tavara para su hijo. Sin embargo, concediósele después de aquellos sangrientos pre-

---

árboles que han plantado, y su largo cultivo en el cual han empleado más de treinta años para procurarse con su fruto una continua bebida. El valor de aquellas plantaciones en las siete poblaciones pasa de un millon. Sus sembrados de algodon, cuyo fruto sirve para hacer el hilo, y éste para las telas, no son de valor inferior al de los árboles: no pueden disimular que al marchar dejarán un millon en ganado, tanto carneros, como vacas, caballos y mulas, etc... La vida de los misioneros está espuesta, tan resueltos están los indios á no obedecer. Los neófitos están determinados á pasar bajo la autoridad de Portugal, antes que abandonar sus propiedades. En fin, la *salvacion de sus pobres almas se encuentra gravemente comprometida* por aquella injusta medida que los espone á desobedecer á sus superiores.»

ludios. El ministro suscitó aquel incidente, ó supo aprovecharse de él para batir á la vez á la aristocracia y á los jesuitas. Estendióse, pues, la noticia de que los jesuitas habian sido los instigadores del crímen (1759), y principalmente los padres Juan Alejo de Souza, Jnan de Matos y Gabriel Malagrida.

Clemente XIII (Cárlos Rezzonico), que acababa de suceder á Benedicto XIV, se habia mostrado mejor dispuesto que su predecesor con respecto á los jesuitas. Lorenzo Ricci, su general, le habia presentado una reclamacion contra aquel sistema de imputar á la Compañia los errores de algunos de sus miembros; y, representándole que el rey de Portugal habia sido mal informado por una persona malévola, le rogaba encargara á él mismo la visita de las diferentes casas de la órden, *á fin de evitar mayores desgracias*. Esta última frase fué cogida al vuelo por los adversarios de los jesuitas, como comprendiendo la amenaza cumplida después con la tentativa de regicidio; y se publicó que «sus residencias eran cenagales venenosos y apestados, de donde los desgraciados ejecutores del parricidio habian sacado el veneno.» En fin, el rey los amenazó con recurrir á los *remedios estremos*, es decir, á la espulsion de sus Estados. Practicando entonces Pombal la máxima cuya enseñanza se atribuia á los jesuitas, de que el fin justifica los medios, declaró culpables á los jesuitas, y dispuso que: «no por via de jurisdiccion, sino como medida económica, y para la proteccion de la persona real y de la tranquilidad pública,» sus bienes fuesen secuestrados y sus personas encerradas, asignando á cada uno sesenta céntimos diarios. Al momento dirigióse un acta de acusacion al papa sobre el comercio que hacian, su tirania en el Paraguay, y sobre el regicidio, cuya prueba se aseguraba se hallaba en cartas interceptadas. A peticion del procurador fiscal, permitió Clemente XIII proceder contra toda persona eclesiástica implicada en el regicidio; suplicó, sin embargo, al rey en particular, que evitase los suplicios, y al mismo tiempo distinguir entre el cuerpo y algunos miembros infectos, que él mismo habia encargado á Saldanha cortar, con objeto de volver á la órden su antigua pureza.

En este estado de cosas, publicáronse escritos llenos de veneno contra la Compañia (10), sabiendo sus autores que en una época de partidos no se presta atencion á la verdad sino á aquellos que gritan más. Se comenzó por prohibir la enseñanza á los jesuitas, que se dió á los seculares; haciéndose traducir para la enseñanza nuevos libros, que se llegaron á tomar hasta de los que usaban los protestantes alemanes. En fin, fueron arrojados del reino como rebeldes, declarados traidores y enemigos del Estado. Ciento treinta jesuitas se embarcaron cantando *In exitu Israel de Ægipto*, y fueron llevados, unos á Civita-Vecchia, y otros á otras partes. Cuatrocientos noventa y cuatro padres, que se encontraban en el Brasil, fueron embarcados, y trasladados á las cárceles de Lisboa ó abandonados en los Estados del papa. Hízose lo mismo con los de las Indias orientales. De doscientos veinte y cuatro jesuitas presos en el reino, treinta y siete murieron, treinta y seis fueron deportados; los demás permanecieron presos hasta la muerte del rey, y entonces se les hizo salir del territorio.

En la guerra empeñada entonces con los filósofos, se habia apoderado de Roma un temor que procuraba ocultar en proporcion de su espanto; de tal suerte que, para no causar el menor motivo, moderaba el celo de sus defensores. No se atrevió, pues, en un principio á sostener á los jesuitas, y de esta manera alentó nuevos ataques. No pudo sin embargo disimular entonces el ultraje que se le habia hecho con la espulsion sin haberla prevenido. Pero cada vez más osado Pombal, despidió al nuncio, llamando á su embajador, y emprendió innovaciones eclesiásticas. Hizo encerrar en una torre al arzobispo de Coimbra, por una encíclica publicada por este prelado contra los libros impíos, y que fué quemada por el verdugo. A los setenta prisioneros de Estado presos por órden suya, se añadieron otros muchos; y el tribunal especial de *Inconfidenza* condenó á varios personajes de distincion (11).

El jesuita Malagrida, natural de Como, era un visionario que, entregado á una especie de quietismo referia los más estraños cuentos (12). El pueblo y los príncipes de la familia real le veneraban; pero Pombal le tenia un odio particular, por creerse aludido en el *Aman* de un drama que aquel jesuita habia hecho representar (1761). Aunque Malagrida tenia entonces setenta y tres años, aunque fué preso como visionario en el momento del atentado,

---

(10) Uno de los más malévolos es éste: «Deduccion cronológica y analítica, primera parte, en la que están revelados durante la série sucesiva de los gobiernos portugueses desde Juan III, hasta el presente, las horribles matanzas hechas por la Compañia llamda de Jesus, en Portugal y en sus posesiones, por medio de un plan y sistema conservado por ella desde el momento en que ha entrado en este reino hasta aquel en que ha sido espulsada por la justa, sabia y prudente ley de 3 de setiembre de 1759; publicada por el doctor JOSÉ ESCABRA DE SILVA,» etc. Lisboa, 1767.

(11) El príncipe de Kaunitz se chanceaba á menudo con el duque de Choiseul con respecto al marqués de Pombal. *¿Ese caballero*, decia, *tiene, pues, siempre á un jesuita montado en las narices?*

(12) Decia en la *Vida de santa Ana*, que cuando estaba aun en el seno de su madre, lloraba, y hacia llorar de lástima á los querubines y serafines que estaban con ella; que desde entonces habia hecho votos, etc. En el *Tratado de la vida y del imperio del Antecristo*, afirmaba que existirian, segun le habian revelado, tres *antecristos*, el padre, el hijo y el nieto; que este último naceria en Milan de un fraile y de una monja en 1920, que se casaria con Proserpina, furia del infierno, etc.

fué condenado al fuego, con la mitra puesta, y enviado á la hoguera al frente de otros cincuenta y dos. «El esceso de lo ridículo, dice Voltaire, se unió al esceso del horror.»

El primer golpe contra los jesuitas se dió, pues, en el Portugal; pero procedió, segun parece, de los paises donde se encontraban los inefables agitadores de la opinion, y un gobierno enemigo de aquella órden. El cardenal Fleury habia enseñado á Luis XV que los jesuitas eran malos maestros, pero que se podian convertir en escelentes instrumentos. Entonces madama Pompadour, su querida, y el duque de Choiseul, su ministro, muy mal dispuesto en su favor por su amistad con los enciclopedistas, le repetian de continuo que la Iglesia habia durado quince siglos sin jesuitas, y que bien podria subsistir sin ellos; que aquellos religiosos eran los enemigos de los reyes, y que permitian dar muerte á los malos príncipes; que por otra parte conspiraban para apresurar el advenimiento del delfin al trono. Ahora bien, más deseoso Luis XV del descanso que de la verdad, dispuso, por indolencia, se revisasen las constituciones de los jesuitas, con objeto de asegurarse si no tenian nada en contra de la moral, de la religion y de la política. Jacobo de Flesselles, presidente de la comision, opinó que se debia conservar un cuerpo tan útil; pero propuso reformas para obviar los peligros que ciertos ánimos temian, principalmente la de que se obligase al general á nombrar un vicario que residiese en Francia, y de quien dependieran únicamente todos los jesuitas del reino.

El delfin tuvo conocimiento de estas intrigas, y protegió á los jesuitas. Ya era blanco de las burlas de aquellos cuya depravacion no imitaba. Luis XV le odiaba, como á un censor de sus desórdenes; la marqueza de Pompadour pensaba que en union de la reina y de los jesuitas, espiaba un momento de debilidad ó de razon en el rey para hacerle emprender una vida mejor. Fijóse, pues, en la destruccion de aquella órden, tanto por libertarse de sus enemigos, como por indisponer á Luis con su familia, y merecer bien de los filósofos, que la comparaban á aquella Inés Sorel, cuyos consejos habian libertado á la Francia de los ingleses. Choiseul y los filósofos, cuyos escritos eran devorados por toda la Europa con el atractivo del fruto prohibido, se hicieron fuertes con aquellos odios mujeriles. Dedicáronse á acusar á los jesuitas de mal gusto en literatura; después á hacerles un cargo por su espíritu mercantil, cargo ridículo en boca de aquellos que no cesaban de atacar á los frailes por su ociosidad; luego se les motejó de liberales, asustando á Luis con la descripcion de aquellos hombres que permitian la muerte violenta dada á un tirano; y llegaron hasta decir (y el siglo del análisis es el único que puede creer en semejantes cuentos), que aspiraban á una monarquia universal, cuyas misiones del Paraguay debian ser el primer fundamento.

Difícil era ponerse de acuerdo en medio de tan terribles odios. Celoso el Parlamento de su propia dictadura, desaprobó las consideraciones que se usaban; y como se habia hecho independiente del mismo rey, declaró abuso toda bula pontificia ó breve que concediese privilegios á la órden. Segun él, la institucion de la sociedad repugnaba á la autoridad de la Iglesia, de los santos concilios, de la sede apostólica, de los superiores eclesiásticos y civiles, pues permitia conferir órdenes sin que fuese necesario hacerlas confirmar por el papa, y mandaba obedecer al general como al mismo Jesucristo, era, pues, un poder monárquico, que escedia de los límites del contrato social, que establece obligaciones recíprocas entre la sociedad y los miembros que la componen.

En este estado de cosas, el procurador general Luis de la Chalotais leia en el tribunal de Rennes dos juicios sobre la constitucion de los jesuitas, obras maestras de elocuencia judicial, y á la vez de vehemencia. Manifestando igual fuerza, pero más reserva, el abogado general Monclar, publicó sobre sus doctrinas un informe en que decia que eran una mezcla de despotismo y servilismo. A porfia obraron en el mismo sentido los demás procuradores generales; el parlamento de Paris hizo imprimir un *Estracto de los asertos perniciosos y peligrosos, enseñados y sostenidos por los titulados jesuitas*, dividido en diez y ocho capítulos que recopilaron los padres de San Mauro; y condenó los escritos de veinte y siete jesuitas (13), impresas con autorizacion de la sociedad, á ser quemadas por mano del verdugo, por contener doctrinas sediciosas, ó contrarias á la política y á la moral. Se prohibió á todos los súbditos del rey entrar en la órden, frecuentar las escuelas, los noviciados, las misiones, ó tener trato con sus miembros. La misma sentencia les mandaba prestar juramento como todos los demás eclesiásticos, y profesar las libertades de la iglesia galicana y los cuatro artículos.

Luis XV convocó el alto clero para examinar aquellas constituciones; pero los cuarenta y cinco obispos y cardenales convocados, escepto uno solo, le suplicaron conservar una institucion tan ventajosa (1762), decian, á la Iglesia y á la educacion, honrada con la confianza del rey y del pueblo. No se cuidó el Parlamento de su consejo; sin oir á los jesuitas, los destruyó por pertenecer á un instituto vicioso y digno de condena, mandando que no tuviesen correspondencia con su general, y que no ejercieran funciones, á menos que prestasen juramento al rey y á las *libertades de la iglesia galicana*, y se comprometieran á *combatir los principios inmorales* de la Compañia (14).

---

(13) Citaremos entre ellos á Bellarmino, Molina, Salmeron, Vazquez, Suarez, Lessio, Escobar, Busenbaum, Colonia Lacroix, Jouvency, y el *Compendio histórico* de Horacio Torsellini.

(14) La resolucion del Parlamento de 1672 condena á los jesuitas «como notoriamente culpables de haber ense-

Resignáronse los jesuitas, y no prestaron el juramento más que cinco, de cuatro mil que eran. El arzobispo de Paris dirigió elogios á los miembros de la órden, lo cual era una desaprobacion de la manera ilegal con que habia procedido el Parlamento: en su consecuencia, hizo éste quemar la pastoral por el verdugo, y el rey desterró al prelado á cincuenta leguas (1764). Cediendo después á las intrigas de la Pompadour y á la política de Choiseul, suprimió *irrevocablemente* la órden en Francia. «Los parlamentos, dice Voltaire, la suprimieron por algunas reglas de su instituto que el rey podia reformar; por máximas horribles, es cierto, pero desdeñadas, publicadas la mayor parte por jesuitas extranjeros, y rechazadas por los que eran franceses. En los grandes asuntos hay siempre un pretexto que se presenta, y una verdadera causa que se oculta. El pretexto para castigar á los jesuitas era el peligro de sus malos libros, que nadie leia; la causa, su crédito, del que abusaban.

La república de Génova habia concedido á los jesuitas un asilo en Córcega; pero cuando ocupó aquella isla un cuerpo de tropas francesas con objeto de apaciguar tan largas discordias, fueron arrojados en barcos y enviados á Génova con un calor sofocante.

La víspera del domingo de Ramos del año 1766 se sublevó el pueblo de Madrid pidiendo la rebaja de los víveres, y una satisfaccion sobre diferentes agravios. Ni el rey, ni los embajadores, ni los soldados pudieron apaciguarle, cuando mezclándose los jesuitas á la multitud, consiguieron tranquilizarla de tal manera, que los amotinados se dispersaron gritando: *¡Vivan los jesuitas!* Esto fué bastante para que el duque de Choiseul persuadiese al rey de que eran los autores de la sedicion, lo que hizo que se les odiase y temiese.

Carlos III, hombre religioso y de claro entendimiento, les habia asegurado su proteccion, pero asediado después por el conde de Aranda, su ministro, adepto á los filósofos (15), creyó en peligro su propia vida con sus maquinaciones. Presentáronle después una carta supuesta del padre Ricci (escrita, decian, por el mismo duque de Choiseul), en la que el autor afirmaba tener en su poder suficientes documentos para probar que Carlos era adulterino. No fué preciso más. Después de un proceso enteramente secreto (abril de 1767), órdenes selladas con el mayor cuidado, como si se tratase de la salvacion pública, fueron dirigidas á los alcaldes de todos los pueblos de España para ser abiertas á la misma hora, y ejecutadas bajo pena de muerte; en ellas se disponia la espulsion de los jesuitas. Prendiéronse, pues, á seis mil en un momento, ancianos, jóvenes, sabios, enfermos, nobles, sin ninguna distincion; hízose inventario de sus bienes, y después de haber permitido á cada uno tomar su breviario, un saco, y el ajuar de su uso, se les metió en las bodegas de unos barcos que los trasladaron á Civita-Vecchia. Creyendo el papa que era una iniquidad arrojar así á sus costas, sin darle siquiera aviso, á personas extranjeras á sus Estados, se negó á recibirlos. Génova y Liorna hicieron otro tanto. En fin, después de seis meses desembarcaron en las costas de Córcega, donde tuvieron que sufrir una verdadera hambre y toda clase de privaciones. Por último, consintió el papa en recibirlos, á condicion de que la España les aseguraria un pequeño socorro. Otro tanto aconteció en las colonias de América, Africa y Asia.

Pronto se dió á luz una pragmática anunciando que la seguridad del Estado y otros motivos que el rey *reservaba en su augusto corazon*, sin contar una conspiracion urdida para asesinarle y desmembrar á la monarquia, le determinaban á espulsar á los jesuitas y á confiscar sus bienes. Tributaba al mismo tiempo elogios á las demás órdenes que no se mezclaban en asuntos temporales, y asignaba á cada jesuita cien pesos, ochenta á los legos, y nada á los novicios; añadíase (cosa notable) que si alguna vez se publicaba á título de defensa, algun escrito contrario á aquella real resolucion, toda la sociedad perderia el derecho á la pension; que se consideraria como un crímen de lesa majestad hablar en pro ó en contra de aquella ordenanza, «pues no pertenece á los particulares juzgar ó interpretar las disposiciones del soberano.» Artículo XVI. Hecho esto, Cárlos esclamaba: *He conquistado un reino.*

Vivamente sintió el papa aquellos actos, y escribió en términos llenos de afliccion. *¿Y tú tambien, hijo mio?* le decia; y le manifestaba los buenos servicios de la Compañia, tan amante de los intereses del cielo y de los del Estado; afirmando por Dios y los hombres que si alguno de sus miembros habia

---

ñado en todos tiempos y constantemente con aprobacion de sus superiores y generales la simonia, la blasfemia, el sacrilegio, el maleficio, la astrologia, la irreligion, la idolatria, la supersticion, la lujuria, el perjurio, el falso testimonio, las prevaricaciones de los jueces, el hurto, el parricidio, el homicidio, el suicidio, el regicidio. . como favorecedores del arrianismo, del socinianismo, del sabelianismo, del nestorianismo... de los luteranos, calvinistas y otros innovadores del siglo XVI... como reproductores de la herejia de Wiclef y de los errores de Pelagio, de los semipelagianos, de Casio, de Fausto, de los marselleses... y como protectores de la impiedad, de los montanistas, á la vez que propagadores de una doctrina injuriosa á los santos padres, á los Apóstoles y á Abraham.

(15) «El conde de Aranda es el único español de nuestros dias á quien la posteridad pueda inscribir en sus libros... El es el que queria grabar en el frontispicio de todos los templos y reunir en el mismo escudo los nombres de Lutero, Calvino, Guillermo Penn y Jesucristo... el que queria que se vendiesen las ropas de los santos, los muebles de las vírgenes, y convertir las cruces, los candeleros, las patenas, etc., en puertos, posadas y caminos reales.» Marqués DE LANGLE, *Viaje á España*, t. I, pág. 127. Escribia en 1785.

turbado al gobierno, la Compañía no solamente era inocente en su instituto y espíritu, sino tambien piadosa, útil, santa en su objeto, en sus leyes, en sus máximas. Le conjuraba, pues, por la salvacion de su alma, revocara ó suspendiera su decreto, hasta que un exámen imparcial hiciese prevalecer la justicia y la verdad. Todo fué inútil. Obedeciendo el rey de Nápoles á las órdenes de España y á las instigaciones de Tanucci, dió tambien un decreto de expulsion contra la Compañía. «Haciendo uso de la autoridad suprema é independiente que Dios le ha confiado y está inseparablemente unida por su omnipotencia á la soberania,» escluyó á los jesuitas del territorio de las Dos Sicilias (noviembre), é hizo invadir durante la noche sus celdas, de que fueron arrojados sin poder sacar de ellas otra cosa que sus trajes, y conducidos al puerto más cercano para ser embarcados en él. Parma obró del mismo modo, y *todos los príncipes de la casa de Borbon* estuvieron de acuerdo en pedir la abolicion de la órden.

Con otro general, y usando de la flexibilidad de que se acusaba á los jesuitas, tal vez hubiera sido posible salvar la órden trasformándola. Pero Ricci no veia más que la injusticia hecha á la Compañía á pesar de lo que pudiera suceder. *Sint ut sunt, aut non sint*, contestó, y permaneció como un capitan de barco que quiere salvar su tripulacion ó perecer con ella. Por otra parte, pedir al papa la supresion de los jesuitas, era (decia d'Alembert) como si se hubiese pedido al rey de Prusia el sacrificio de sus granaderos; ¿no eran los mejores campeones, de los derechos pontificios? ¿no eran ellos los que con sus reclutamientos en Chile, el Paraguay y la China compensaban las pérdidas que hacia sufrir la herejía y el cisma? El papa contestó, pues, que la órden habia sido espresamente aprobada por el concilio de Trento y las constituciones de sus predecesores; después lo confirmó con la bula *Apostolicum* (1765). Protestó, escribió, pero no tenia á nadie en quien apoyarse.

Entre tanto, los príncipes suscitaban por todas partes pretensiones en perjuicio de la Santa Sede: se apoderaban de sus derechos y de sus dominios; tratóse hasta de bloquear á Roma para que el pueblo se amotinase contra el papa, «único medio de obtener la abolicion de los jesuitas.» (16)

Encontrábase, pues, la Iglesia completamente trastornada cuando murió Clemente XIII, comerciante veneciano, que se atrevió á hacer frente á los descendientes de san Luis, y es el último papa que recuerda los de la Edad Media. Lo que se llamaba astucia italiana y omnipotencia de los jesuitas, debia entonces haberse puesto por obra cerca de un cónclave, del que dependia la vida ó muerte de la órden. Las intrigas de todos los ministros y cardenales pertenecientes á las diferentes cortes; las amenazas de los embajadores; el orgulloso desden de José II, que no asistió sino para satirizar á los papas, á los jesuitas y á los reyes; más de treinta esclusiones emanadas de los príncipes de la casa de Borbon hicieron se dilatase la eleccion.

Clemente XIV.—Recayó por fin en Lorenzo Ganganelli, que tomó el nombre de Clemente XIV (1769). Era un hombre de afables virtudes, de un carácter conciliador, á la vez sencillo y ambicioso, cuando la irreligion amenazaba á los tronos y á los altares. Viendó á los reyes hacer causa comun con ella, y que atacaban los derechos de la Santa Sede, proyectando establecer en todas partes patriarcas nacionales, independientes de Roma, creyó que ya no era tiempo de resistir, y que convenia ceder, sin conocer que un poder enteramente moral debe dirigir la opinion, y no someterse á ella. Tenia, no obstante, confianza en la palabra de Cristo, y escribia á uno de sus amigos: *La Santa Sede no perecerá porque es la base y el centro de la unidad; pero arrebatarán á los papas todo lo que les han dado.* Dejaba, pues, á los príncipes el que relajasen cada vez más los vínculos que unian las naciones á Roma. Se pretendió que en el cónclave (las actas genuinas de éste prueban lo contrario) se habia obligado á destruir á los jesuitas, y hasta que habia hecho concebir la esperanza de trasladar la Santa Sede á Aviñon (17). Lo que hay de cierto es, que al momento que se entronizó levantó el monitorio, que su predecesor habia lanzado contra Parma, y envió á Portugal el nuncio que habia sido llamado.

No bastaba á los príncipes haber echado á los jesuitas de sus Estados: pretendian que no existiese disidencia entre el poder civil y la autoridad eclesiástica; querian que un cambio de ministro ó de querida no les espusiese al peligro de verlos volver resentidos y triunfantes. En su consecuencia, la Francia, la España y Nápoles, obrando de acuerdo, insistieron en que se pronunciase la abolicion por el papa, y que tanto el padre Ricci, su general, como el cardenal Torrigiani, su protector, fuesen puestos á disposicion de las potencias. Para

(16) Despacho del 30 de noviembre de 1768, dirigido por el marqués de Aubeterre al duque de Choiseul.

(17) Véanse los *Documentos* en SAINT-PRIEST. Su libro de la *Destruccion de los jesuitas*, dictado por la cólera de un enciclopedista, es sin embargo bastante sincero, y puede leerse con fruto. Hemos consultado las obras mas virulentas publicadas entonces sobre este asunto, escepto las de las materias cuya lectura no hemos podido resistir y nos han convencido de la importancia de conocer los hechos, de cualquier parte que sean referidos. Se exagera en favor de los jesuitas la historia de Cretineau Joly, que para defenderlos acusa á la Iglesia, al papa y á todo lo sagrado. En la *Vida de Clemente XIV* del docto prelado Theiner, ab ndantísima en documentos, no sólo se le disculpa sino que se le elogia, presentando la abolicion de los jesuitas como una dura, pero inevitable necesidad, y diciendo que el papa se avino á decretarla en la firme persuasion de que era un bien para la Iglesia.

sostener aquella demanda, Tanucci, irritado personalmente contra Clemente XIV, hizo quitar los mármoles que adornaban hacia un siglo el palacio Farnesio, en Roma, para trasladarlos á Nápoles; el gran duque de Toscana hizo despojar al palacio Médicis; actos que, con aire de insulto, herian vivamente á un pueblo lleno de ardor por las artes, como el de Italia; no se recibió al nuncio en Madrid, y Aviñon (18), Benevento y Ponte-Corvo fueron ocupados, con la declaracion de que no serian devueltos mientras el papa no cediese. Hasta llegaron á decirle que estaba rodeado de puñales y venenos de los jesuitas, como su predecesor, muerto, decian, por resultas del veneno de los filósofos. Ahora bien, para librarse de aquel peligro y evitar la visita de los embajadores, Clemente XIV, «pontífice afable y benévolo, pero á quien Dios no habia criado para tan violentas tempestades,» (19) se hacia pasar por enfermo, no comia sino manjares muy sencillos, dispuestos por un religioso, y vivia sin amigos y sin consejos.

Prometió, con objeto de ganar tiempo, no nombrar un sucesor al padre Ricci, no admitir novicios, y reunir un concilio cuando todos los soberanos estuviesen acordes. Negoció la traslacion de la Santa Sede á Aviñon; en fin, imploró tregua y piedad de los inexorables ministros, mostrando las llagas de su macerado cuerpo. Sin embargo, aprobó lo que las tres cortes habian hecho, y usó de gran rigor con respecto á los jesuitas, suprimiendo algunos de sus colegios, enviándoles visitadores, agravándolos con impuestos, dejando á sus acreedores vender sus muebles en pública subasta, oprimiéndolos con medidas fiscales que repugnaban á su carácter. Después pidió á los reyes le indicasen las causas de la sentencia solicitada para poderla motivar. Carlos III las hizo en efecto redactar; pero burlándose Choiseul de las *frailadas* del papa, no permitió que se le enviasen, y se contestó que los motivos se encontraban en los edictos de cada soberano, lo cual bastaba; que los reyes no daban cuenta de su conducta al pontífice, y que no le habian tomado por juez.

Hizo, pues, Ganganelli redactar el breve de supresion por Morefoschi; pero le encontró más *curial que pontificio*, y pensó que la forma debia estar más en relacion con la majestad del sacerdocio. Entre tanto las cortes insistian en que se concluyesen las dilaciones: Clemente se desconsoló, lloró y protestó que iba á abdicar; así es que le pareció ver la mano de Dios en las cartas que le dirigieron (1770) las cortes de Lóndres, San Petersburgo y Berlin, es decir, un papa griego, uno anglicano y un filósofo ateo, en favor de una órden que acababan de espulsar un rey cristianísimo, otro católico y uno fidelísimo.

Este fué un motivo para que la España, es decir, el ministro Aranda, por mediacion del embajador Floridablanca, exigiese la resolucion del papa, negándose á creer en sus enfermedades, y prometiendo el que se le restituirian al momento Benevento y Aviñon (20), á lo que Clemente contestó: «Un papa dirige las almas y no trafica con ellas.» Pero la misma Maria Teresa le dejaba en una

(18) La mania de despojar comenzaba entonces á pasar de los filósofos á los reyes, que debian trasmitirla á la plebe. Voltaire escribia á Federico II (8 de julio de 1770): ¡Plugniese á Dios que Ganganelli tuviera alguna hermosa posesion cerca del territorio prusiano y V. M. no estuviese tan lejos de Loreto! ¡gran cosa seria burlar á esos arlequines fabricantes de bulas! Tengo gusto en ridiculizarlos; y creo que V. M. lo tendria mayor en despojarlos.

Federico, mostrándose más filósofo que el filósofo, respondia (17 de julio): «Si Loreto estuviese junto á mis tierras, no estenderia la mano para tomarla. Sus tesoros podrian seducir á los Mandrin, á los Conflans, á los Turpin y á otros semejantes, no á mí. Y no es decir que yo respete los dones consagrados por la estupidez; pero creo que debe respetarse lo que el público venera y evitarse el escándalo. El que se cree más sabio que los demás debe por compasion con sus debilidades no chocar con sus preocupaciones. Seria de desear que los pretendidos filósofos de nuestro siglo pensasen del mismo modo.» Pero poco después este mismo rey escribia: «Creo que el ministro de Francia no dejará que se le escape de las manos Aviñon, ya que la tiene en su poder.»

(19) SAINT-PRIEST, p. 137.

(20) Artaud, en la *Vida de Leon XII*, c. 50, ha publicado una carta del duque de Choiseul al cardenal de Bernis, del 26 de junio de 1769, carta segun la cual Carlos III fué el principal motor de aquella obra, mientras que el papa hizo cuanto estuvo en su mano para dar largas al asunto. Véanse algunos pasajes: «No dudo que V. E. comprenderá que me ví forzado á dar este paso, no sólo por la deferencia que el rey de Francia debe al rey su primo Carlos III, en este asunto jesuitico, asunto que se ha agravado por efecto de las circunstancias y por la aversion que el rey de España tiene á los jesuitas, mucho mayor que la que les tiene el señor de Oeras (Pombal); sino tambien para evitar á V. E. muchas disputas y reclamaciones, de las cuales jamás nos librariamos, porque en España no se abandonan fácilmente ciertas prevenciones si no se han destruido desde el principio.

Yo creo con el rey de Nápoles que el papa es un hombre débil ó falso; débil si titubea en hacer aquello que su inteligencia, su corazon y las promesas que ha hecho le imponen; falso si trata de burlar á los reyes con esperanzas ilusorias. En ambos casos las consideraciones son inútiles con él ni nos servirán de nada; si es débil, lo será todavia más cuando advierta que nadie tiene que temer de nosotros: si es falso, seria ridículo dejarle concebir la esperanza de que pudiéramos someternos á sus falsedades. Esto haríamos, señor cardenal, si esperásemos á que el Padre Santo obtuviera el consentimiento de todos los príncipes católicos para la abolicion de la orden de los jesuitas, y V. E. comprende las dilaciones, las dificultades que se suscitarian. La corte de Viena no dará el consentimiento sino con restricciones y con una negociacion ventajosa; la Alemania lo dará difícilmente; la Polonia, escitada por la Rusia para hacernos mal tercio, lo rechazará; la Prusia y la Cerdeña (lo sé perfectamente) harán lo mismo. Así, pues, el papa no llegará jamás á reunir el consentimiento de todos los monarcas; y proponernos semejante cláusula, es tratarnos como á niños que no entienden las cosas de los hombres

posicion difícil, contestando que se trataba de un asunto de Estado y no de religion; y mientras que daba buenas palabras al papa, prohibia al arzobispo de Milan publicar la bula *In cœna Domini*, y procuraba aprovecharse de aquel rompimiento para apoderarse de Plasencia. En fin, se adhirió á la abolicion de los jesuitas, impulsada por José II, que ambicionaba sus bienes con impaciencia (21), y que insertó la cláusula espresa de poder usar de ellos á su antojo. No quedaban ya subterfugios que emplear. El papa hizo una numerosa promocion de cardenales, con objeto de tener un gran partido en el consistorio; y cuando el breve *Dominus ac Redemptor meus* fué aprobado por todas las cortes, se publicó (1773).

Este breve contenia el elogio de la sociedad. San Ignacio la habia erigido sobre santas bases; los pontífices le habian concedido privilegios y honores por sus buenos servicios: sin embargo, se le habia acusado de haber deseado demasiado los bienes de la tierra; de haber dejado germinar en su seno las semillas de disension contra las demás órdenes, con las universidades, con los príncipes, que habian manifestado sus quejas ante la Santa Sede: ésta habia tratado en vano de adormecerlas: pero los soberanos más adictos á la sociedad se habian declarado contra ella. En su consecuencia, el pontífice, por *amor á la paz* de la Iglesia, y con arreglo al ejemplo de sus predecesores, que por prudencia habian abolido los templarios y los humillados, pronunciaba la supresion de aquella órden. Sus miembros debian entrar en las filas del clero secular, ó si lo preferian en alguna órden religiosa, pero sin mezclarse en la administracion pública. Se prohibió á todos el hablar ó escribir sobre la supresion ó institutos de su antigua compañia, cláusula que ponia al universo católico en el caso de desobedecer.

Tratábase de una órden muy poderosa, inmensamente rica, cuyo general mandaba despóticamente á veinte y cinco mil miembros queridos de los pueblos, al mismo tiempo que eran admitidos en la familiaridad de los reyes. Se concibe, pues, qué precauciones eran necesarias para impedir una conflagracion general. Mandáronse órdenes con el mayor secreto á remotos paises; los soldados pontificios ostentaron todo su heroismo; las bayonetas que se habian dirigido contra las monjas de Port-Royal tomaron por asalto las casas de los jesuitas. Pero, cosa admirable, no encontraron la menor oposicion. Aquella poderosa órden, aquella órden vengativa cedió al primer mandato; cruzó las manos sobre su pecho, y espiró deplorando la debilidad del pontífice, ó la intolerancia de los tiempos.

En medio de tantas abominaciones achacadas á los jesuitas, no se encuentra un culpable. Las pruebas de sus desafueros debian resultar de los archivos de que se apoderaban; de esta manera hubiera podido unir la posteridad su reprobacion á la de los contemporáneos, pero aun se aguardan estas pruebas. Los ministros prometian pagar las deudas públicas con los tesoros de la compañia, y Cárlos III decia que iba á ser su Perú: arrojáronse, pues, sobre el botin, distinguiéndose Roma con una avaricia feroz, que los mismos republicanos no han escedido, y los fondos que tenian en los bancos públicos quedaron á beneficio de los respectivos gobiernos porque, segun se decia, faltando el acreedor, se habia estinguido el crédito. Se hizo jurar al padre Ricci dar una cuenta exacta de los bienes de la órden; y como no se encontraron los tesoros que se esperaban, el general fué preso en el castillo de San Angelo, sin que se le pudiese hacer confesar otra cosa sino que las únicas riquezas de la órden eran las que procedian de la piedad de los fieles.

Poco tiempo después, Clemente XIV, cuya salud y razon se habian alterado gravemente, murió rodeado de fantasmas implorando misericordia. Díjose que habia sido envenenado por los jesuitas: es la verdad que los médicos no encontraron en su cuerpo ninguna señal de veneno. El buen sentido

---

ni los negocios de las cortes. Pero donde más se burla el papa de nosotros es donde propone que al consentimiento de los monarcas se agregue el del clero. Este último no puede darse en las formas legales sino reuniendo un concilio, y no puede reunirse un concilio en pais católico sin la voluntad de los príncipes ó del pontífice.

Toca, pues, solamente á los príncipes de la casa solicitar del papa la estincion de una sociedad que les es hostil; y sólo en favor de los príncipes de la casa de Borbon deberá determinarse S. S. á tener esta *condescendencia*. Si el papa quiere hacer este servicio al rey de Francia y al rey de España sin desagradar á los demás, ¿por qué no hace en sus Estados lo mismo que se ha hecho en Francia y España? Estinga la órden de los jesuitas en sus dominios temporales, y publique una bula en que declare que aquellos príncipes que quieren todavia á los jesuitas, puedan conservarlos como una agregacion particular, cuyo superior resida en cada uno de los Estados que tenga tan buen gusto.

La hora de decidirse ha llegado, y todo el mundo sabe que los reyes de Francia, de España y de Nápoles se hallan en guerra con los jesuitas y sus partidarios. ¿Serán oprimidos? ¿no lo serán? ¿Vencerán los reyes? ¿Vencerán los jesuitas? Esta es la gran cuestion que actualmente agita los ánimos de todos los gabinetes y origina tantas intrigas, tantas dificultades en todas las cortes católicas. A decir verdad, no se puede ver este cuadro sin comprender que es indecoroso; y si yo fuera embajador en Roma me avergonzaria de ver al padre Ricci antagonista de mi señor.»

(21) SAINT-PRIEST, pág. 155.—No sabemos hasta qué grado son auténticas las *Cartas inéditas de José II, emperador de Alemania*. Paris, 1822. Respiran un sentimiento de odio hácia todas las órdenes monásticas, y en particular hácia la de los jesuitas, contra quienes dirige las más envilecedoras acusaciones prodigándoles nombres injuriosos. Acusa á la casa de Austria y á su madre de ser partidarios suyos; en fin, exhorta al duque de Choiseul y al conde de Aranda á darles el último golpe. «Si pudiese odiar, dice, detestaria á esa raza de hombres que persiguió á Fenelon, produjo la bula *In cœna Domini*, é hizo á Roma tan despreciable.» Dió á conocer los mismos sentimientos cuando su visita á Roma, visita descrita en los despachos de Aubeterre, que ya hemos citado.

hacia que se preguntase por qué si habian tenido medios y voluntad de hacerlo, no lo habian hecho antes del golpe decisivo que se les dió; ó por qué no habian envenenado más bien á los fuertes que les habian molestado, que al debil que habia sufrido la violencia. Pero, en las épocas de efervescencia no se escucha al buen sentido.

Pio VI, que sucedió á Clemente XIV, no se atrevió á poner al padre Ricci en libertad por consideracion á los príncipes. Siguió, pues, en el castillo de San Angelo, sin que apareciese de sus actos ni de su correspondencia la prueba de que se consideraba aun investido del generalato de que le habia despojado la bula pontificia. Habiéndosele ofrecido un obispado, á condicion de firmar un escrito que se le presentaba, se negó á ello (1775). En el momento de morir, declaró por escrito, que pronto á comparecer ante el tribunal cuya justicia es la única infalible, atestiguaba como convicto de la verdad y perfectamente informado por su cualidad de superior de la órden, el que la Compañia de Jesus no habia dado ningun motivo para su abolicion, ni él la más ligera causa para su prision; que por lo demás perdonaba sinceramente á sus enemigos, dando gracias á Dios de que le hiciese abandonar este valle de miserias, deseando que la muerte pudiese dulcificar las penas de los que sufrian por la misma causa. Repitió aquella protesta al recibir el Viático, suplicó á todas las personas presentes la hiciesen publicar, y lanzó el último suspiro. Pio VI mandó se le hiciesen solemnes exequias, y dispuso fuese enterrado al lado de sus predecesores. El obispo de Comacchio, que pronunció su oracion fúnebre, le proclamó mártir.

Así pereció aquella Compañia que no tuvo infancia ni vejez. El pontífice habia añadido á la bula de supresion la prohibicion de insultar á los jesuitas por su abolicion; como si la prohibicion de un papa importase á sus enemigos. Así se manifestó una embriaguez de alegría, como si se hubiese redimido otra vez á la humanidad: hubo en Roma pasquines insultantes; los poetas cantaron y elogiaron; y en Lisboa se cantó un *Te-Deum*, hubo iluminaciones y se dió la órden de perseguir á todo jesuita que penetrase en Portugal y á toda persona que hablase mal del breve pontificio (22).

Creyeron, en fin, los príncipes poder dormir en paz habiendo desaparecido aquellos predicadores de los derechos del pueblo. No aceptaron, sin embargo, una bula tan tenazmente solicitada, sino con reservas, contra todo lo que les parecia atacar su autoridad y la de los obispos. Habiendo sobre todo recomendado el papa que los bienes de la compañia se empleasen en obras pias, declararon que podian disponer á su antojo de ellos. De esta manera es como la debilidad alentaba á nuevos insultos.

Los filósofos, que habian provocado el golpe, le convirtieron en un pretexto para insultar á la religion como perseguidora. Lejos de suprimir Catalina II á los jesuitas en sus Estados de Polonia, pidió al papa el que los confirmara, y les concedió las atribuciones episcopales de que habitualmente estaban investidos los misioneros; escribia al pontífice en tono filosófico: «El temor no conviene al carácter de vuestra santidad, y su dignidad no puede avenirse á la política mundana cuando no se encuentra conforme á la religion. Si protejo á estos pobres religiosos perseguidos, no es por capricho, sino con razon y justicia, y con la esperanza de la utilidad que sacarán mis pueblos. Esta sociedad de hombres pacíficos é inocentes vivirá en mi imperio, porque creo que de todas las corporaciones es la más propia para instruir á la juventud y á las personas sin cultura, inspirándoles sentimientos de humanidad, de sumision y enseñándoles los verdaderos principios de religion cristiana. No tengo que temer las cábalas ó manejos de los sacerdotes; y bajo mis leyes no se persigue á nadie sino por razones evidentes. No he podido ver nunca las pruebas de los desafueros de que se acusa á esta órden; y me atrevo á decir que vuestra misma santidad tampoco las ha visto.» Concluia pidiendo al papa conservar los jesuitas en Rusia, dejándole á ella el cuidado de satisfacer á las cortes hóstiles á la órden, que no querrian declararle la guerra por esto (4 de junio de 1783).

Federico II prohibió la publicacion de la bula, declarando, que queria conservar á los jesuitas porque eran los mejores sacerdotes y profesores que conocia. Insistian sus amigos los filósofos, con toda

---

(22) Carlos Botta, rabioso enemigo de los jesuitas, refiere que los jansenistas se mostraron duros con ellos, y añade: «pero mucha mayor humanidad mostraron los filósofos, auxiliando con dinero, consejos y favor á los proscriptos discípulos de Ignacio; los cuales escitaban la compasion pública porque muchos de los que salian desterrados se hallaban reducidos al mayor estremo por las enfermedades, por la edad ó por la pobreza.» Libro XLVIII. El mismo Botta enumera sus culpas que, segun él, consisten en haber querido sobresalir estudiando para esto más que nadie; elegir con gran cuidado los novicios, prolongar sus pruebas de suerte que no profesaran sino estando bien seguros de lo que hacian; tener mayores escuelas que las universidades; granjearse la confianza de los padres y el amor de los alnmnos; y estar tan unidos entre sí, que los mismos que disgustados se salian de la órden, nunca hablaban mal de ella.

Leo (protestante) dice: «el papa tenia derecho para suprimir la órden, y en los intereses de la Iglesia podia haber razones suficientes para ello; pero que un sumo pontífice olvidara hasta tal punto el principio por el cual Roma se habia elevado sobre todo el mundo, que cediera á las instancias de los poderes temporales presentadas en forma insultante, son cosas que prueban claramente que la Santa Sede habia descendido á un estado de debilidad no enteramente originado por las circunstancias, sino culpa en gran parte del hombre que la ocupaba, sin estar dotado del heroismo que requeria su elevada posicion.» *Historia de Italia*, lib. XII, c. 4.

la perseverancia de los perseguidores, en que los espulsase; pero repetia qne las leyes saben castigar al culpable donde se encuentra sin confundir á los inocentes con los criminales; que la tolerancia, aun cuando se le acusase de ella, era el defecto que se debia deplorar menos en un soberano (23). Aburrido, no obstante, de sus objeciones, dispuso que los jesuitas renunciasen á su hábito y á su nombre, pudiendo continuar dedicándose á la instruccion pública, como sacerdotes del instituto real de las escuelas. Fueron despues expulsados por su sucesor.

No reflexionaron los gobiernos en que una sociedad que habia perdido su influencia política y la que ejercia sobre la opinion pública, no debia ya inspirar temor. No pensaron en que la destruccion de una órden que dirigia la educacion y las conciencias no podia verificarse sin un trastorno moral, y sin que quedaran desprovistos de profesores los colegios antes de que se pensara en reemplazarlos (24). Los bienes que bastaban á personas que vivian en comunidad, eran insuficientes para pagar la enseñanza secular; resultó de esto que las rentas se empeñaron, en lugar de florecer.

Los príncipes habian probado que no reconocian ya ningun obstáculo á sus voluntades: los pueblos, que comenzaban á pedir libertades, conocieron que no podian obtenerlas sino por vias ilegales y violentas. El temor de parecer injusto hace que muchas personas lo sean; ahora bien, este es el sentimiento que ha dictado hasta ahora los juicios formulados sobre este hecho. Pero se puede decidir ya si fué el resultado de una idea generosa ó innoble. Con respecto á la cuestion de si fué un bien ó un mal, no se podrá decidir sino despues de haber probado que la misma Revolucion lo fué (25).

---

(23) Véase su correspondencia con respecto á esto con d'Alembert en el t. XVIII de las obras de este último, y principalmente sus cartas de 7 de enero, 11 de marzo y 15 de mayo de 1774.

(24) Sin embargo, un enemigo de los jesuitas escribia en tono de reprension en 1815: «Los hombres á quienes se acusa de haber impreso el movimiento ó preparado las vias á la Revolucion ¿no habian sido, en su mayor parte, educados en los colegios de los jesuitas?» DE PRADT, *Congreso de Viena.*

(25) Cuando hemos escrito por primera vez este capítulo y el diez y nueve del libro XV, aun no se habia resucitado el temor á los jesuitas, ni las consecuencias siempre escesivas del miedo, ni las persecuciones deshonrosas, ni las deplorables reacciones.

CAPÍTULO XI

TURQUIA Y PERSIA

Ha llegado la ocasion, en las complicaciones de la política, de mencionar una potencia cuya decadencia ha visto el siglo pasado, y cuya destruccion verá tal vez el nuestro.

Cuando la paz de Passarowitz, el sultan Acmet III habia perdido el banato de Temeswar y Belgrado, con una parte de la Servia y algunas porciones de la Valaquia, pero habia adquirido la Morea con las islas comarcanas; Cerigo era la única que les quedaba á los venecianos; en su consecuencia, sus súbditos le hacian el cargo de haber disminuido el Imperio; sus guerras con la Rusia no fueron tampoco felices; pero aunque victorioso Pedro el Grande, sentia haberse visto precisado á consentir en la concesion de Azof; y para recobrar aquella plaza sostenia buques en el Don, cuando sorprendiéndole la muerte, dejó á sus sucesores el cuidado de continuar sus empresas por el lado de Oriente. Sin embargo, las dos potencias enemigas parecian estar acordes en aprovecharse de las turbulencias de la Persia.

La Persia comprende cuatro poblaciones diferentes. Nunca las tribus nativas que tienen una vida nómada en las montañas entre el golfo Pérsico y la Armenia, es decir, en el Kerman, el Fars, el Irab y el Curdistan, han sido avasalladas; sin embargo, mantienen á raya las tribus turcas, tártaras y turcomanas, que son otras dos razas, por las cuales el pais ha sido sucesivamente conquistado. En fin, las tribus árabes habitan el pais abierto, trafican en el golfo, y no dependen sino de nombre.

Sometidos los persas á un gobierno despótico, están divididos en cuatro clases; los guerreros, que tienen la preponderancia por la ley mahometana; los magistrados, los artesanos y los agricultores. Ocupados tranquilamente en el trabajo, reparan los males que hace sufrir al pais el afeminado y tiránico gobierno de dueños educados en el harem, y que no conocen más que la embriaguez del deleite y de la barbarie. En medio de aquella embrutecida y sanguinaria genealogia, se vió surgir de repente á Shah-Abbas el Grande, que se cubrió de gloria en los cuarenta años de su reinado. A su muerte, la gloria del Iran quedó por algun tiempo eclipsada: los nacionales no tienen costumbre de describir un siglo de decadencia, y los escritores europeos no hablan de él sino como de una época de tirania y debilidad.

Sefi.—La última voluntad de Shah-Abbas llamó al trono á su nieto Saint-Mirza, que se tituló Shah-Sefi (1628), y al cual se le tributó homenaje haciéndole sentar sobre tantas alfombras como príncipes de su casa habian reinado. Educado en el harem, ocultaba, bajo un aire de dulzura, un alma feroz; y no sólo esterminó á sus parientes por temor, sino á otros muchos, á quienes hizo perecer á sangre fria. Habia hecho sacar los ojos á su propio hijo Abbas; pero como se afligiese de ello en el momento de morir, un eunuco, que se habia atrevido á desobedecerle, le presentó sano y salvo (1642), y él le proclamó su sucesor.

Abbas.—Escelentes ministros dirigieron la infancia de aquel príncipe; trataron de reformar el lujo y las costumbres de la corte, como tambien suprimir el uso del vino, al que Abbas el Grande se habia aficionado. Pero tal vez la severidad de sus maestros hizo que Abbas odiase tan incómodas trabas; y desde el momento que lo pudo, se entregó á la licencia y á la crueldad. Vivió en paz hasta la edad de treinta y cuatro años, tolerando las diferentes sectas; pero temibles á aquellos que se acercaban á él, hizo morir á gran número, y con sus desórdenes abrevió su propia existencia.

Soliman.—Su hijo Sofi tomó el nombre de Soliman (1666), para evitar los siniestros augurios que acompañaron á su primera coronacion. Cuéntanse

de él atrocidades apenas creibles, en medio del despotismo oriental. Hizo quemar á todas las mujeres de su harem, para castigarlas de haberse negado por devocion á embriagarse, y dió muerte al eunuco que habia salvado á algunas de las que le eran más queridas para evitarle un tardío arrepentimiento. Mientras que se embriagaba y obligaba á sus ministros á imitarle, los usbekos asolaban todos los años el Corasan, y los tártaros las costas del mar Caspio. Ali-Kuli-Kolan los reprimió; pero gran guerrero, tenia un carácter tan turbulento, que se le tenia encerrado hasta el momento en que era necesario. Así es, que se comparaba al leon del shah: *Se me encadena cuando no sirvo; se me suelta cuando se me necesita.* En una partida de caza que se le habia permitido por indulgencia, habiendo sabido Kuli-Kolan la muerte de Soliman, se lanzó sobre su guardian y le dió muerte, diciendo: *Esto es para que sepais que no debeis dejar libre un hombre á quien el rey os ha mandado guardar.* Dirigióse después á la corte, alabándose de aquel rasgo de fidelidad.

Antes de morir, habia dicho Soliman: *Si aspirais á la tranquilidad, ascended al trono á Hussein-Mirza; si deseais la gloria, coronad á Abbas-Mirza.*

Hussein.—Los eunucos con objeto de dominar, prefirieron á Hussein (1694), príncipe débil y fanático, que no concedia los empleos sino á mollahs y á piadosos sinds; sus colegios se convirtieron en guaridas de asesinos. Uno de ellos gobernaba la Persia á su antojo, llevando su fanatismo hasta hacer arrojar todo el vino y las aguas de olor que se encontraban en la corte, y romper los vasos que aquellos licores habian manchado; los herejes fueron perseguidos, principalmente los sufitas, y entre tanto todo era decadencia y envilecimiento en los negocios públicos. Hussein no pronunció siquiera una sentencia de muerte; y tranquilo en medio de las continuas sublevaciones, vivia en la indolencia.

El Candahar, situado entre los mongoles y los persas, se veia sometido unas veces á unos y otras á otros. No obedecia, pues, á nadie más que á los jefes elegidos por cada una de las tribus.

Afghanes.—La principal era la de los afghanes, que habitando las montañas entre la India y el Corasan, pertenecian á otra raza que los persas, los tártaros y los indios; algunos los creen descendientes de los judíos que llevó esclavos Nabucodonosor. Musulmanes después, respetaron poco al gobierno, que trataba de reducir al mismo estado á las diferentes tribus; y fluctuando entre la Persia y la India, fueron siempre súbditos inciertos y peligrosos. Una de sus familias ocupó el trono de Delhi.

Cuando Abbas el Grande se apoderó del Candahar, las tribus de Guilge y de Abdalli fueron sometidas por la Persia, cuyo gobernador las oprimia y descontentaba; pero en fin, Abbas nombró jeque de Ispahan á uno de los suyos, llamado Sidon, cuyos descendientes (*siducios*) fueron reverenciados como santos, y en su consecuencia, obedecidos. Sin embargo, los afghanes se inclinaban más bien en favor de Delhi que de Ispahan; Hussein envió, pues, allí como gobernador, con objeto de mantenerlos sujetos á Georgin-Kan-Wali, es decir, al príncipe de la Georgia, con un ejército. Domeñó á los afghanes, á los que trató como pueblo conquistado: quejáronse; pero no obteniendo sus quejas ninguna satisfaccion, urdieron una revolucion: su jefe Mir-Weiss, que habia sido enviado en rehenes á Ispahan, supo ganar á su partido á los enemigos de Georgin, pintándole como un ambicioso temible, y suplantarle en el favor de Hussein; al mismo tiempo pensaba, observando la voluptuosa debilidad de aquel reino, en los medios de salvar á su patria. Habiendo hecho la peregrinacion á la Meca, obtuvo allí de los doctores musulmanes una declaracion en la que se manifestaba ser santa la guerra contra los siitas, y un deber el destruirlos.

En este estado de cosas, envió Pedro el Grande como embajador á la corte del shah á un aventurero armenio, llamado Israel Orii, concediéndole la exencion de todos los derechos, de todas las mercancias que él y su comitiva llevasen. Llevó, pues, este hombre consigo á un centenar de amigos con objeto de enriquecerlos á la par que él, y se presentó como descendiente de los reyes de Armenia. Mir-Weiss indujo en el ánimo de Hussein las sospechas de una maquinacion de la Rusia para apoderarse, de acuerdo con Georgin, de la Armenia y de la Georgia. De esta manera obtuvo ser enviado á su patria en cualidad de kalanter ó primer magistrado, con objeto de vigilar á Georgin. Irritado este último, ultrajó á Mir-Weiss pidiéndole su hija por esclava; pero habiendo escitado Mir el resentimiento de los afghanes, le asesinó en medio de una fiesta con todos los suyos (1708), apoderóse de la fortaleza de Candahar, tomó el título de jefe de los afghanes, y pensó en asegurarse provocando al pueblo á la guerra contra los herejes. En lugar de un ejército, fué una embajada de Ispahan. Mir contestó á los enviados persas insultando á la molicie del rey, y jurando por el pan, la sal y el Coran, no envainar la espada hasta haber destronado á Hussein y sometido á la Persia. La victoria se encargó de absolver sus amenazas del cargo de temeridad, y el Candahar se hizo reino independiente.

Mir-Weiss dejó al morir dos hijos: el mayor, Mahmud, que habia llegado á la edad de diez y ocho años, se hizo proclamar (1715), marchó contra Ispahan que contenia seiscientos mil habitantes y la puso sitio. Ya un cometa habia esparcido el espanto (1722), y se habia intentado apaciguar la cólera del cielo arrojando de la poblacion á las prostitutas, y prohibiendo el vino. El terror paralizó la defensa; las magníficas casas de recreo con que Abbas el Grande habia embellecido los alrededores de Ispahan fueron presa de los bárba-

ros; cobarde Hussein hasta el fin, recorrió vestido de luto las calles de la hambrienta ciudad, saludando á sus súbditos; después entregó al vencedor la diadema real. De esta manera concluyó la dinastia de los Sofis. Mahmud abusó de la victoria con ferocidad, é hizo degollar á los grandes, hasta el momento en que Aschraf (1725), su pariente, le arrancó el cetro con la vida. El fetwa permitió á los turcos reducir á esclavitud á los hijos y á las mujeres de los cristianos, y usar de ellos á su antojo, sin obligarlos á cambiar de religion; pero dispuso recurrir hasta á la violencia para forzar á los siitas á renunciar á su herejia, y prescribió abstenerse de toda relacion con las mujeres que persistiesen en ella. Las crueldades ejercidas contra los persas eran, pues, legales, y tan atroces como son de costumbre en las guerras religiosas. Durante aquellas conmociones, el czar Pedro habia ocupado á Derbend, y entrando los turcos en la Georgia y en la Armenia, se apoderaron de Tauris y Chirvan.

Thamasp II.—Aquellas ocupaciones estuvieron á pique de hacer declararse la guerra entre la Turquia y la Rusia, pero la Francia se interpuso entre ellas. Garantizáronse pues mútuamente las adquisiciones hechas, prometiéndose estenderlas y sostener á Shah-Thamasp, hijo de Hussein. En efecto, haciendo la guerra al usurpador se apoderó la Puerta de Hamadan (1725), lo que le costó veinte mil hombres; después de Tiflis, y se prometia ver pronto la destruccion del imperio de los siitas. Pero sucedió de otra manera: después de haber perdido ciento cincuenta mil hombres, tuvo que aceptar la paz y reconocer al usurpador; conservó, sin embargo, las dos provincias que habia conquistado. Además el Chirvan y el Guilan estaban ocupados por los moscovitas. El Corasan y casi todas las provincias meridionales se encontraban bajo el poder de los afghanes; la Georgia rehusó la obediencia. No quedaba de esta manera á Thamasp más que la provincia de Mazanderan, donde la fortaleza de Ferabad y las montañas le proporcionaban un asilo.

Nadir.—Abandonando Nadir, hijo de un pastor del Corasan, las pacíficas ocupaciones de los suyos, se habia puesto á la cabeza de una partida para asaltar las caravanas que iban en peregrinacion á Mesched; su partida llegó á ser bien pronto un ejército cuando su patria fué invadida, y peleó contra los afghanes, haciendo temblar á Aschraf en en el trono del Iran. Entonces ofreció las fuerzas de que disponia á Thamasp, si le queria elegir por su atematdulet. Thamasp le besó en la frente, prometióle considerarle como un padre, y le confirió una autoridad sin límites. Tomando en su consecuencia el título de Thamasp-Kuli-kan, ó jefe de los esclavos de Thamasp, marchó contra los afghanes, y de victoria en victoria recobró las provincias conquistadas. Vencido Aschraf, hizo asesinar á Hussein, y se retiró con una pequeña partida hácia el Candahar; pero fué en fin atacado por los beluchis en medio de los arenales de Sedjestan, y muerto con los suyos.

Después de haber acompañado al shah á Ispahan, Kuli-kan intimó á la Rusia y á la Turquia devolver las provincias de que se habian apoderado. Aquella intimacion llegó á Constantinopla en el momento en que el viejo Ibrahim, gran visir de Acmet III, celebraba nuevas nupcias, en medio de los jardines alumbrados por millares de lámparas de cristal colocadas en el cáliz de las flores. Absorto Acmet con aquellas espléndidas distracciones, hubiera consentido en todo, si no hubiera temido la indignacion de los ulemas, de los genízaros y del pueblo, que le obligaron á declarar la guerra. Con objeto de prepararse á ella sin verse obligado á tocar los inmensos tesoros que habia reunido, fué necesario gravar las mercancias con un nuevo impuesto; y el pueblo bajo, sobre el que pesaba, se resignó á él por odio religioso. Pero aun no se habia reunido el ejército en Scutaria, cuando se supo la derrota del seraskier por Kuli-kan, como tambien la toma de Tauris, de Hamadan y la ocupacion de toda la Georgia.

Este revés hizo estallar el descontento. Hiciéronse cargos á Acmet por la paz de Passarowitz, por su indolencia, que no abandonaba sino para ocuparse de las mujeres, de las flores, de los pájaros, sin pensar en el reino sino para guardar los tesoros, arrancados al pueblo por el gran visir. Patrona-Kalil, Muslu y Emir-Ali, el uno trapero, el otro frutero, y el tercero cafetero, comenzaron á amotinar la muchedumbre (1730), que se insurreccionó, y recorrió las calles pidiendo se reemplazase al gran visir. Los genízaros huyeron, en lugar de reprimir á los sediciosos; los magistrados siguieron su ejemplo; y Kalil, que quedó dueño de Constantinopla, hizo abrir las cárceles, nombró al agá de los genízaros é instituyó otros oficiales. Acmet desplegó el estandarte del Profeta, y prometió treinta escudos á todo el que fuera á unirse á él, pero Kalil apostó seiscientos hombres en los alrededores del palacio, con órden de disparar sobre cualquiera que se acercase al sagrado estandarte. Los genízaros, que se habian puesto en camino para la Persia, fueron á unirse á su tropa, cuyo número se aumentaba cada vez más; Acmet esperó tranquilizarlos arrojándoles los cadáveres del gran visir, del capitan bajá su yerno, y del kiayn; pero querian que se los entregasen vivos, y que él mismo fuese depuesto.

El gran señor fué, pues, á buscar al serrallo á Mahmud, su sobrino, de edad de treinta y cuatro años, que se encontraba encerrado desde que habia sido depuesto Mustafá II, su padre, y le nombró padischah, diciéndole: «Tu padre ha perdido el imperio por su ciega complacencia con el mufti; yo le pierdo por mi confianza en Ibrahim: sírvate esto de ejemplo. Y se dirigió con sus hijos á ocupar el retiro que abandonó el nuevo sultan (1). Encon-

(1) Constantinopla vió en tiempo de Acmet la primera imprenta.

tróse en la morada de Ibrahim por valor de 32 millones, y una caja de pedreria estimada en 45, sin contar el tesoro del serrallo; tantas riquezas podia aun proporcionar el imperio otomano en su decadencia.

Mahmud. I.—Mahmud I comenzó su reinado á merced de una muchedumbre sublevada, y le fué preciso mucha fuerza, prudencia y perfidia para restablecer la tranquilidad. Quiso ver a Patrona-Kalil, que, nuevo Massaniello, se presentó á él vestido de simple genízaro con las piernas desnudas. Invitado por el sultan á que pidiese una gracia, le contestó: «Me basta ver á vuestra alteza en el trono. Las personas que saben la historia me dicen que no se deja morir en la cama á los que hacen sultanes, pero yo he libertado al pais de sus opresores y esto me basta.» Pero insistiendo Mahmud y jurando por el alma de sus padres que queria recompensarle, pidió Kalil la abolicion de los arrendamientos vitalicios introducidos en el nuevo sistema de hacienda de Ibrahim, y que aunque ventajosos eran odiosos al pueblo, y fué escuchado. Kalil y Muslu continuaron distribuyendo las dignidades y Mahmud los dejaba obrar; aunque teniendo cuidado de rodearse de personas de corazon, entre otras de Kaplan, kan de los tártaros: éste último fomentó los celos y el descontento, que no tardaron en manifestarse contra un demagogo de baja estofa; después, cuando los genízaros, y luego el pueblo se hartaron, Kalil fué sentenciado á muerte en union de los demás jefes. Regocijóse de ello el populacho de Constantinopla, y de que se enviase al suplicio á seis mil rebeldes y un millar á galeras: hecho esto publicóse una amnistia, y el pueblo comenzó de nuevo á sufrir, á esperar y á ser engañado.

Durante aquel tiempo Nadir-Kuli-kan proseguia en Persia el curso de sus victorias; pero quejándose Shah-Thamasp de permanecer en tutela, quiso ponerse al frente del ejercito, y fué derrotado por los turcos, que recobraron á Tauris y á Hamadan (1731), precisándole a cederles la Armenia y la Georgia, y á adoptar el rio Aras como límite entre ambos imperios. Los turcos adquirieron de esta manera un territorio de más de doscientas leguas de longitud.

Abbas III.—Cayó entonces Thamasp en descrédito (1732), y como la gloria de Kuli-kan se habia aumentado tanto, concibió ó maduró el proyecto de suplantarle. Saliendo del Candahar, en la otra estremidad del imperio, con un ejército de turcomanos y tártaros usbekos, afectos al general que los habia acostumbrado á la victoria, se dirigió sobre Ispahan, é hizo sustituir á Thamasp por Abbas-Mirza, niño de ocho meses, en cuyo nombre gobernó. Cuando se presentó á aquel niño al homenaje de los grandes, comenzó á llorar: *¡Escuchad!* esclamó entonces Kuli-kan, *pide las provincias cedidas vergonzosamente á la Turquia*. Al momento marchó contra Bagdad, y la sitió. Osman-Topal (el cojo), gran visir de la Puerta, logró rechazarle; y ambos ejércitos, fuertes de setenta mil hombres, tuvieron mucho tiempo la victoria indecisa. Quedó, en fin, vencido Kuli-kan (1733), y se construyó una pirámide de treinta y cinco mil cabezas para celebrar la victoria otomana.

Paz de Erzerun.—La envidia del divan escaseaba el dinero á Topal. Pero este general lo obtuvo de las tribus árabes, pasó los desiertos que protegen la Persia, y vencedor de nuevo, se negó á la paz que se le proponia. Esta fué su desgracia; pues habiendo reanimado Kuli-kan el valor de su ejército, volvió á la carga, y dió muerte al mismo Topal. Hizo entonces una paz ventajosa con la Puerta, que amenazada de una guerra con la Rusia, se vió precisada á cederle la Armenia y la Georgia, y á reconocerle por legítimo soñ de Persia. El Guilan y el Chirvan habiau sido cedidos ya por la czarina, y la monarquia persa habia recobrado de esta manera sus antiguos límites. Colmado de gloria Kuli-kan, habia sido proclamado en la fiesta de Neuruz, libertador de la patria; fué aun más alabado, cuando se dedicó á corregir los abusos del gobierno.

Shah-Nadir.—En este estado de cosas murió violenta ó naturalmente el jóven Abbas; y reunido el ejército en la llanura que existe entre el Cur y el Araxes, esclamó á una voz: *Kuli-kan es el único digno de reinar sobre nosotros; Kuli-kan es el gran shah de Persia.* Todos los asistentes tocaron tres veces la tierra con la frente, y se arrastraron de rodillas en su rededor besando la orla de su traje; después fué llevado en el trono en brazos de los suyos, que le juraron fidelidad, y adoptó el nombre de Shah-Nadir (1736). Amado y temido, verificó las comenzadas reformas: arregló el órden de sucesion, y abolió la costumbre de encerrar á los príncipes en el harem, deseando que pudiesen adquirir esperiencia de los negocios, y alejó severamente á los eunucos del palacio. Embelleció y fortificó á Ispahan; suprimió varios impuestos, disminuyó los derechos de entrada; hizo distribuir granos á los pobres, y se cultivaron las tierras desiertas. Queriendo borrar cada vez más el recuerdo de la destronada familia, y comprendiendo que el reino seria débil mientras subsistieran en él costumbres y prácticas religiosas hostiles á la accion del poder real, exigió que los musulmanes se reuniesen en un solo rito, sin distincion entre la secta de Omar y la de Ali, amenazando con su indignacion á todo el que se permitiese injuriar de hecho ó de palabra, por motivo de religion. Aquel edicto descontentó mucho á los mollahs; hizo que se le presentasen, y les dijo: *¿En qué empleais vuestras rentas?—En sostener los ministros del culto, las mezquitas y los colegios*, contestaron.—*Yo me encargo de atender á ello; y pues estos son los instrumentos* (enseñaba á sus soldados) *de que Dios se ha servido para reponer el Imperio, mando que vuestros bienes se empleen en su sostenimieuto.*

Fué turbada la paz por los afghanes del Candahar, á quienes sostenia el gran mogol; pero Shah-

Nadir los venció, y fundó cerca de la ciudad destruida de Candahar la nueva de Nadir-Abbad, que en el dia tiene el nombre de la antigua. Hecho esto, la venganza y la ambicion le hicieron dirigirse á la India por el camino de Alejandro Magno; adelantóse con un parque de artilleria arrebatado con astucia á la Rusia, y al frente de un ejército ál cual habia inspirado su valor, su paciencia y su ambicion.

Después de la estincion de los Gaznevidas, varios príncipes mahometanos habian reinado en aquel pais hasta Tamerlan; uno de los descendientes de aquel conquistador, llamado Mohammed-Shah, ocupaba á la sazon el trono (1739), y «no estaba nunca sin un vaso en la mano y una hermosa en sus brazos.» Los vireyes de Cabul y de Lahor no pudieron resistir á Nadir; Mohammed, que peleó en persona en Karnawl, perdió treinta mil hombres, sus equipajes, su artilleria y sus elefantes. Fuéle preciso entregarse á merced del vencedor, que le llevaba en su comitiva cuando entró en triunfo en Delhi. Nadir obró allí como dueño, y se ocupaba en reunir tesoros, cuando estalló una insurreccion de los señores mongoles, que costó la vida á seis mil persas. Concibió Nadir tal cólera, que dispuso pasar á cuchillo á aquella gran ciudad. Cien mil cadáveres se encontraban ya tendidos en las calles, cuando un dervis se presentó á él: *Si eres un dios*, esclamó, *muéstrate clemente como él; si un profeta, enséñanos el camino de la salvacion*; *si un rey, no nos degüelles, y haznos felices* —*No soy ni dios, ni profeta, ni rey*, le contestó Nadir; *pero sí un guerrero que Dios envia en su cólera para castigar á las naciones*. Y sin haberse hartado con la sangre que habia hecho correr, quiso el oro de los vencidos; dos mil millones les fueron arrancados con los más bárbaros tormentos (2). Deseando entonces establecer órden en el Indostan, devolvió la corona á Mohammed, declarando á los grandes que «si se rebelaban contra el emperador que les daba, borraria su nombre del libro de la creacion.» Impuso al emperador un tributo de setenta millones, dejándole inútil representante de los Timuridas, pues la verdadera autoridad pertenecia á un regente y á un consejo que habia establecido. Asignó á la Persia las provincias situadas en la orilla derecha del Indo, y quiso que el gran mogol se reconociese su tributario. En las provincias al oeste del Indo, el gobernador del Sind se negó á someterse, y costó más el domeñarle que verificar la conquista de la India.

Después de haberse casado con una princesa de la sangre de Tamerlan, Nadir volvió á emprender el camino de su patria, llevándose los despojos de la India en trescientos elefantes, diez mil caballos y otros tantos camellos y mulas. A la vista de aquellos tesoros, las tribus de las cercanias se lanzaban á recobrar ó á recoger alguna parte; avenidas de los rios añadian dificultades á la marcha. Después, con pretexto de que los soldados se disgustarian del oficio de las armas, si eran demasiado ricos, dispuso shah-Nadir el que se depositasen en el tesoro todas las piedras y objetos de oro, bajo pena de muerte á los contraventores. Dejóles sólo el dinero acuñado, porque las penosas marchas y el peso de la armadura no les permitian llevar sino pequeña cantidad.

Apenas estuvo de vuelta en su capital, que los lesgos y los tártaros usbekos turbaron la paz. Fuéle preciso, para rechazar sus incursiones, ir á someter los paises de Kiva, Bókara y Carism. Los esclavos persas, á quienes libertó en gran número en aquellas comarcas, le sirvieron para poblar una ciudad que hizo construir en el lugar donde habia nacido; después depositó sus tesoros en el cercano castillo de Kelat. Envió á la Puerta considerables regalos, y al czar Pedro una embajada cuyo lujo deslumbró á los aun toscos moscovitas.

No pudiendo soportar la ociosidad, corrió Nadir á someter los paises del Cáucaso. Pidió á la Puerta la demolicion de sus nuevas fortificaciones, y el reconocimiento del rito jaférico, como quinta secta ortodoxa, asignándole un puesto de honor en la Meca, pero se negó á consentir en ello. Entonces atacó á Bagdad (1743), después á Mossul, con diferentes alternativas. En fin, verificóse la paz en Kerker entre «el sublime y poderoso shah-Nadir, brillante como la luna, deslumbrador como el sol, joya del mundo, centro de la belleza de los muslemis y de la verdadera creencia de Mahoma: soberano cuyas tropas igualan el número de las estrellas, monarca que ocupa el trono de Jerges,» y «el soberano dominador, sombra de Dios, espejo de justicia, protector de los verdaderos creyentes y de los reyes, cuyo ejército es tan numeroso como las estrellas, verdadero sucesor de los califas, servidor de dos ciudades santas, dueño de dos continentes y de dos mares, sultan é hijo de sultan, tres veces poderoso, tres temible, tres magnífico, tres magnánimo emperador. Mahmud el conquistador.» El padishah renunciaba por aquel tratado á las pretensiones religiosas; y en su consecuencia los que pertenecian á la secta enemiga podian hacer la peregrinacion á la Meca, aunque sin acudir allí en caravanas completas.

Una bala que hirió á Nadir en medio de las gargantas del Mazanderan le hizo suspicaz con respecto á las conjuraciones, lo que aumentó su ferocidad de ambicion habitual, hasta el punto de hacerle uno de los más crueles tiranos. Sostenia á su servicio á doscientos cincuenta mil soldados, de lo que resultaba que el pais, que habia perdido

(2) Se ha calculado que Delhi perdió entonces diez mil millones de pesetas, y los alrededores cuatro mil. El enorme diamante de los Mongoles, que tiene pulgada y media de longitud, una de ancho y media de espesor, cayó entonces en poder de Nadir. Después de su muerte pasó á Ahmed, jefe de los afghanes, su compañero de armas, y en 1812 fué motivo de una guerra entre los afghanes, y Ranejit-Sing, jefe de los sikhs, quedó su poseedor.

su comercio con las guerras civiles y extranjeras, no podia sufrir el gasto. Precisado á aumentar los impuestos, vió suceder el odio á la admiracion que habian escitado sus primeras empresas. En fin, fué asesinado en el campo por algunos oficiales (junio de 1747), que le imputaron la intencion de hacer degollar á todos los soldados persas por las tropas extranjeras.

Las rivalidades estallaron en medio de aquella muchedumbre de todos los paises que se habia reunido bajo su mando. Reanimáronse los implacables odios de los sunnitas y de los siitas; y, despues de haberse degollado unos á otros en rededor de su ataud, se volvieron cada uno á su país. Ali-Kuli-kan, su sobrino, que se declaró fautor de la conjuracion y vengador del culto nacional, no tardó en acudir: después de haberse apoderado del tesoro de Kelat, se hizo saludar con el nombre de Adil-shah, rey de justicia. Comenzó por desembarazarse de toda la descendencia de su tio; pero un año después fué destronado por su propio hermano Ibrahim. Este fué á su vez abandonado por el ejército en el momento en que marchaba contra el shah Rok, nacido de Riza-Kuli y de una hija del shah Hussein, que habia sido proclamado en el Corasan y en el Irak-Adjemi. Entonces el shah Rok, como descendiente de los sofis y de Kuli-kan, trató de avasallar todas las provincias; pero Acmet-shah, amigo de Nadir, que retirado con los afghanes y los usbebos en el Candahar, habia fundado un nuevo imperio afghan, refugio de los sunnitas, comenzó á hacerle la guerra. A ejemplo suyo, otros kanes quisieron hacerse independientes cada uno en su comarca, de lo que resultó que el desórden y la guerra se encontraban en todas partes. En fin, el shah Rok, hecho prisionero por el dervis Mirza-Seid-Dub, tambien descendiente de los sofis, fué cegado, después puesto en libertad por Acmet-shah, que por respeto á Kuli-kan, le dejó el Corasan.

Ali-Merdan, uno de los mejores generales de Kuli-kan, presentó un niño nacido, decia, de un hijo del depuesto shah-Hussein, y le hizo proclamar en Ispahan bajo el nombre de Ismael (1750), con objeto de reinar él como regente; pero pronto fué asesinado Ali por Kerim-kan, que nacido de una familia muy pobre se apoderó de la autoridad, y se esforzó en estenderla á otras provincias. Vivió ochenta años, protegió el comercio, y su administracion fué memorable. Un dia, que después de haber dado su audiencia acostumbrada, se retiraba cansado, un hombre se precipitó en el salon: *¿Quién eres?* preguntó Kerim. *Un mercader; y los ladrones me han robado todo lo que poseia.—¿Pues qué hacias cuando fueron?—Dormia.—¿Por qué dormias?*—replicó Kerim encolerizado.—*Porque creia que tú velabas por mí.* Esta atrevida respuesta mereció gracia y recompensa. Kerim fué suplantado por Mohammed-Hassan, que consiguió en diez y ocho años de regencia, restablecer un poco la paz; pero apenas murió cuando estallaron las disensiones más vivas que nunca (1759), para no cesar en todo aquel siglo.

Guerra civil. Dinastia de los Kayaros.—Dos fracciones destrozaban el pais, la de los kurdos y la de los kayaros; la una sostenia á la familia de Kerim-shah en el Iran, es decir, en las provincias meridionales; la otra al Norte, en el Afghanistan, era favorable á la familia de Mohammed-Hassan, que residia en el Cabul. Sucumbieron los primeros; y habiéndose estinguido la raza de Kerim en 1794, Aga-Mohammed-kan quedó solo dueño de la Persia. Esterminó á todos sus hermanos, y decia: «Si he derramado tanta sangre, es únicamente para que este niño (y enseñaba á su hijo) pueda reinar en paz.» Habiendo sido asesinado (1796), tuvo por sucesor á su sobrino Baba-kan, con el nombre de Feth-Ali, y con el título de shah, es decir, rey, al paso que sus predecesores no eran llamados sino regentes (wakil). Encontrábase la Persia, cuando él se hizo cargo de ella, en la mayor miseria. No habia comercio ni agricultura, y ya en el siglo anterior Chardin apenas habia encontrado diez millones de habitantes, cuando el pais podia contener cuatro veces más. Mohammed trató de reponerla; favoreció las artes y la poesia, y envió dos embajadores á Napoleon, que pensaba en servirse de aquel príncipe para secundar sus gigantescos proyectos contra la Rusia y la Inglaterra

No se aprovecharon los otomanos ni del rápido momento en que se repuso la monarquia de los siitas, ni de la decadencia en que se cayó. En la época en que se encontraba en guerra con Kuli-kan, el gran señor mandó á Kuplan-Guerai, kan de los tártaros de Crimea, conducir un ejército á Persia, y someter en su camino á los pueblos del Cáucaso septentrional (1733), poco dóciles con respecto á Constantinopla, desde que los rusos habian estendido su dominacion hasta Derbent. La czarina Ana pensó en aprovecharse de aquella ocasion para vencer á los turcos, é impidió la marcha del kan. Veinte mil rusos de tropas regulares, mandados por el general Leonteff, que habian entrado en el pais de los tártaros nogais, en medio de las estepas de la Ukrania y de la Crimea, lo incendiaron y saquearon todo; pero el frio y la peste, terrible aliada de los turcos, los precisaron á retirarse (1735).

Aquellos tártaros eran los restos de la terrible Horda de Oro, que después de haber mantenido en la servidumbre ó en el terror á la Rusia y á la Polonia, reducida al fin á sufrir el vasallaje de la Puerta, le servia de milicia contra los rusos, los polacos y los húngaros. Ivan II habia subyugado á los de Kasan, de Astracan y de la Siberia; quedaban aquellos que, además de la Crimea, poseian el Kuban, las dos Cabardias, y las vastas regiones situadas sobre el Danubio, el Dniester, el Bog y el Dnieper. Rusia deseaba someterles, porque así hubiera dominado el mar Negro, objeto de sus continuos esfuerzos, y dictado leyes á la degenerada Turquia.

Comenzó una guerra regular, guerra en la cual

la Rusia pudo emplear tropas formadas por buenos generales, principalmente por el feld-mariscal Cristóbal Münnich, caballero de Oldemburgo, que dirigiendo las operaciones de la guerra, hacia ejecutar como hábil ingeniero el admirable canal de Ladoga (1732). A la menor desobediencia hacia atar los soldados á los cañones, y les obligaba á arrastrarlos un gran espacio de camino. Viendo que muchos de ellos fingian indisposiciones por no pelear, prohibió el estar enfermo bajo pena de ser enterrado vivo: algunos, en efecto, sufrieron este castigo. Negándose un batallon á entrar al asalto de la incendiada Otchakof, hizo volver contra él las baterías. Introdujo los cadetes, refrenó la caballeria tártara con los caballos de frisa, y fué el primero que tuvo la idea de domeñar la Turquia, sublevando las poblaciones cristianas sujetas á su dominio.

Münnich pasó el Don (1736), se dirigió á la Crimea, y llegó, haciendo una guerra de bárbaros, á Bachisarai, residencia del kan; incendió el palacio, la biblioteca y dos mil casas. El hambre y las enfermedades le obligaron á retroceder sin haber formado establecimientos: y los calmucos, súbditos de Rusia, se arrojaban sobre los tártaros del Kuban, y hacian un rico botin. Volviéndose á campaña Münnich con 70,000 hombres (1737), embistió á Otchakof y se apoderó de aquella plaza por asalto. Se adelantó hasta Moldavia y Valaquia, donde entabló inteligencias con los cristianos del pais; pero las enfermedades le obligaron á volverse. El feld-mariscal Lascy habia asolado tambien la Crimea, y reducido á cenizas un millar de aldeas.

Cárlos VI, que se habia comprometido á socorrer á la czarina Ana, esperaba reparar por aquella parte las pérdidas sufridas en Italia. Envió, pues, un ejército contra los turcos, á pesar de la escasez de su erario; pero estaba compuesto de reclutas y mal equipado. Ahora bien, como no sufria sino reveses, hizo se formara causa al conde de Seckendorf que le mandaba, y se le puso preso (3); y además, otros oficiales superiores fueron depuestos. En aquel estado, el conde de Bonneval, que se habia disgustado de su servicio, conducia á los turcos á la victoria. Desconfiando, pues, de sus generales y embajadores, estaba dispuesto á hacer la paz á cualquier precio. El conde de Neipperg, que fué el encargado de negociarla, se condujo de manera que pareció un traidor, hasta el momento en que los documentos publicados por su hijo, no permitieron hacerle cargo más que de una inconcebible ligereza. Cedió, pues, Belgrado y la fortaleza de Sabacz, la provincia de Servia y la Valaquia austriaca (1739), estipulando que los austriacos que se hiciesen esclavos podian ser rescatados por los particulares. Así es como la presuntuosa incapacidad de los consejeros de Carlos sacrificaba el mejor fruto de las victorias del príncipe Eugenio. Una paz que no se hubiera aceptado cuando el enemigo se encontraba á las puertas de Viena, dejaba á aquella ciudad abierta á los turcos; y Münnich, que, pasado el Dniester (1739), se dirigia á Bender, se vió detenido por negociaciones «las más estrañas y deplorables que presenta la historia.» (4)

Sola entonces la Rusia y no fiándose de shah-Nadir, que ofrecia atacar de nuevo á los turcos, hizo la paz, conservando sus límites anteriores, demoliendo la fortaleza de Azof, y dejando desierto, como medida de seguridad, el territorio comarcano. Las dos Cabardias quedaron libres para formar una barrera entre ambos imperios, los esclavos se restituyeron sin rescate; la Puerta reconoció el título de imperial á la Rusia, y permitió á sus súbditos visitar los santos lugares sin pagar tributos. La Rusia renunciaba, es cierto, á la adquisicion del mar Negro, objeto de la guerra, y se comprometia á no sostener en él buques; pero destruia los obstáculos que la paz del Pruth habia puesto á su ambicion. El divan se dirigió en tales circunstancias por consejos del marqués de Villeneuve, embajador de Francia. El tratado de comercio que aquel ministro concluyó con la Puerta, quedó como regla de las relaciones entre ambas potencias.

Mahmud hubiera podido aprovecharse de la difícil posicion en que se encontraba el Austria (1740), comprometida á la sazon en la guerra de sucesion; pero se ofreció, por el contrario, como mediador, esponiendo escelentes reflexiones morales: no tuvieron, sin embargo, influencia sobre aquellas ambiciones humanas, y permaneció espectador inactivo de la lucha. No gozaba Constantinopla á pesar de todo tranquilidad: las sublevaciones que de continuo se verificaban, obligaban al sultan á cambiar sus ministros; millares de casas se encontraban incendiadas, y el incendio no se apagaba sino con sangre. Ocupado Mahmud en reprimir la rebelion y en preservar su propia vida haciendo perecer á los demás, no pudo hacer el bien que era capaz de hacer, ni se ocupó de la política esterior. Aficionado á la magnificencia, sacrificó las costumbres sencillas y frugales de su nacion, y las necesidades del lujo se introdujeron en el vulgo imitador.

Tuvo por sucesor á Otman III, su hermano (1754), que, habiendo vivido hasta los cincuenta y cinco años encerrado en el serrallo, pudo entonces, por primera vez, dirigir sus miradas, no sobre los negocios, sino sobre las calles, los palacios, y ver otras caras que eunucos ú odaliscas. Se divertia, pues, como un niño en observarlo todo: entregándose á ligerezas y absurdos caprichos, cambiaba á cada momento de ministros; otras veces, temiendo perder un trono que no esperaba, se entregaba á las crueldades. Vengábase el pueblo con incendios, destruyendo en uno de ellos las dos terceras partes de la ciudad. Próximo á morir, se hizo trasladar al kiosco que se eleva en la punta del serrallo (1757), para recibir el último saludo de la escuadra.

(3) THERESIUS, *Versuch einer Lebens bes chreirbung des feld marschal Grafen von Seckendorf*. 1792.

(4) SCHOELL.

CAPITULO XII

RUSIA.

Los rusos, nacion diestra é imitadora, habian sido hechos guerreros por Pedro I. Empleando aquel príncipe en su servicio á los mejores oficiales y soldados de Carlos XII y de toda Europa, realizó completamente el sistema cuya ejecucion no habian podido conseguir Luis XIV y Federico Guillermo; y lo consiguió porque tuvo que habérselas con poblaciones más materiales y nacidas para obedecer. La imprudencia de Carlos XII, la debilidad de los polacos, los desastres de Luis XIV, la depresion del Austria le habian ayudado á hacer su imperio poderoso, su ejército temible. Todas las provincias que rodean el Báltico le obedecian; la Polonia y la Suecia eran sus tributarias.

La Europa habia temblado de verse invadida por nuevos bárbaros, que aun no habia avasallado la civilizacion; pero la rudeza de la nacion la hizo capaz de progresar, no obstante la perversidad de la corte.

Catalina I.—Habiendo muerto Pedro sin haber designado á su sucesor (1725), algunos querian que Catalina reinase, como si la hubiese predestinado coronándola; otros pedian á Pedro, su nieto, de edad de diez años, nacido de aquel czarewitch Alejo, cuya muerte habia solicitado. Se intrigó, se buscaron apoyos en los soldados y en el santo sínodo; pero Catalina, «esclava coronada, que no sabia leer ni escribir, sostuvo con tanto carácter como presencia de ánimo el papel de mujer, de viuda, de madre y de madrastra. Después de haber cerrado los ojos del terible esposo, cuya confianza habia conservado, satisfizo todas las formalidades del dolor; puso el tesoro en seguridad, ganó á los soldados, hizo obrar segun sus intentos á Menzicof, su favorito; presentóse por todas partes segun la costumbre del pais, con profusion de trajes de luto, llorando, conspirando y reinando.» (1) Prometió ser madre de la nacion; y en efecto, alivió los impuestos, llamó á los desterrados, é hizo quitar las horcas de las calles. Continuó en lo esterior las enemistades de la Rusia con la Inglaterra, y la alianza con el Austria y la Prusia.

Pedro II.—Menzicof gobernaba en realidad bajo su nombre. Dícese (pues la historia de Rusia se asemeja aun á la de los romanos y á la de las naciones bárbaras) que habia dado muerte á Pedro con objeto de reinar en su lugar; y que habiéndose después convenido con el Austria para casar á su hija con el futuro czar, se desembarazó de Catalina cuando la vió buscar en nuevos amantes un apoyo para sustraerse á su dominacion. Cuando lanzó el último suspiro á la edad de treinta y ocho años, Menzicof cogió al jóven Pedro II y le llevó á su palacio (1727), en el que redactó un decreto de proscripcion contra sus enemigos, sobre todo contra los que se oponian al matrimonio de Pedro con su hija. Pero habiéndose insinuado los príncipes Dolgoruki en la confianza del nuevo czar, le decian que Menzicof trataba con aquella union de arrebatarle toda autoridad. Tanto hicieron, que el omnipotente favorito fué desterrado. Sus riquezas, que se confiscaron, ascendieron, dicen, á nueve millones de rublos en papel, á cuatro en especies, y á ochocientos milrublos en alhajas; además ciento cinco libras pesaba la vajilla de oro, y cuatrocientas veinte la de plata. Habiéndole sucedido los Dolgorouki en la confianza de Pedro, declararon al czar y á Catalina, que pertenecia á su familia, futuros esposos (1730); pero no tardó en morir

(1) LEMONTEY.

de las viruelas, y con él se estinguió la descendencia masculina de los Romanof.

Ana.—Los Dolgoruki supieron hacer recaer la eleccion de una czarina en Ana, que tenia menos derechos á este título, y era hija de Ivan, hermano mayor de Pedro el Grande, viuda del duque de Curlandia, con la esperanza de que la aristocracia podria reponerse con detrimento del poder de los czares. Impusiéronle, pues, una capitulacion, por la cual prometió no emprender nada sin el consentimiento del senado, y sobre todo no tener á su lado á su favorito Biren. Aceptólo todo, resuelta á no cumplir nada. Una pretendida diputacion de la nobleza, del clero y de la nacion le suplicó destruir la capitulacion como desagradable á la Rusia, y Ana declaró reinar por derecho hereditario. Los Dolgoruki fueron desterrados, y reemplazados por Ostermann y Biren (2): este último gobernó despóticamente, y pareció haberse propuesto poblar la Siberia con los restos de la nobleza rusa; justificaba sus inhumanidades diciendo que eran necesarias para gobernar á los rusos. Si queria perder á uno de sus enemigos, le bastaba tener alguno que gritase: *Sé la palabra y la cosa*, lo que indicaba el conocimiento de una conspiracion y la voluntad de revelarla. Ahora bien, con tal que el denunciador fuese bastante fuerte para sufrir por tres veces el knut sin desdecirse, el acusado se veia obligado al mismo tratamiento, y se continuaba maltratando de esta manera alternativamente á uno y otro, hasta que uno de los dos se declarase culpable ó calumniador. Este espediente fué puesto en práctica contra varias personas de distincion, y en particular contra los Dolgoruki. Fueron acusados de conspiraciones contra la czarina, y enviados al suplicio.

Aunque poseyendo un buen ejército, no era aficionada Ana á la guerra: así es que restituyó á la Persia, como ya hemos visto, las provincias arrebatadas á aquella potencia por Pedro el Grande, que costaban más de lo que producian. Logró, no obstante, la victoria, tanto en Turquia, como en Polonia y en Curlandia. Los nacionales estaban furiosos contra los *alemanes*, nombre bajo el cual designaban á Ostermann, Biren y Münnich; pero todo el que clamaba contra su despotismo era preso ó enviado á Siberia. Ana reprimió con su firmeza á un pueblo inquieto en su servidumbre, y no sacrificó uno á otro á su amante y defensor. De Moscou, donde residia Pedro II, trasladó la corte á San Petersburgo. Construyó á Oremburgo sobre una montaña de jaspe, en la confluencia del Or con el Ural (1737), impuso un rey á la Polonia, después juguete de la Rusia; y habiendo quedado vacante el ducado de Curlandia, poseido por la casa de Kettler, feudo de la corona polaca, consiguió con sus seducciones, apoyadas en un fuerte ejército, hacer recaer la eleccion en Biren.

Ivan VI.—Aquel favorito habia persuadido á la czarina el designar por su sucesor á Ivan (1740), hijo de su sobrina casada con el duque de Brunswick, y obtuvo la regencia á la muerte de la soberana. Pero el feld-mariscal Münnich, que sobresalia en la intriga á proporcion de lo inhábil que se le creia, intrigó contra Biren, que fué desterrado; y Ana Mecklemburgo, madre de Ivan, proclamada regente. Esperaba Münnich, en recompensa, el título de generalísimo; pero Ana lo confirió á su marido, y hasta se vió pronto depuesto del empleo de primer ministro, porque favorecia á la Prusia, al paso que la regente se inclinaba al Austria.

Isabel.—Isabel, hija de Pedro el Grande, no se habia presentado á hacer valer sus derechos al trono únicamente por voluptuosa inercia. Pero un barbero francés, llamado Lestocq, urdió una conspiracion á su favor (1741), y se presentó á ella con un papel en el que se la veia representada, por una parte, con la cabeza afeitada, y á él espirando en la rueda; y por otra, ella en el trono, y él sentado á sus pies: «Esta tarde lo uno: ó mañana lo otro, le dijo.» Isabel los dejó obrar; y la revolucion, que comenzó por la tarde con quinientos granaderos, se habia verificado al dia siguiente por la mañana. Cuando el jóven Ivan se despertó, se encontró en los brazos de la nueva emperatriz; y oyendo las aclamaciones del pueblo, gritó con los demás: *¡Viva Isabel!* Entonces la hija de Pedro el Grande no pudo menos de decir: «¡Pobre niño, no sabes que gritas contra tí mismo!»

Fué una verdadera insurreccion contra los extranjeros, que fueron asesinados y espulsados de todo el Imperio. Los que servian en el ejército adoptaron sus medidas para defenderse y entraron al servicio de otras potencias. Restableciéronse los trajes nacionales; ostentóse la ignorancia y la groseria, un lujo sin elegancia y una intolerante supersticion. Los grandes proyectos que los rusos eran capaces de efectuar, pero no de conseguir, fueron abandonados. Robábanse niños para hacerlos esclavos, con pretexto de convertirlos. Isabel, que habia ganado la voluntad de los soldados con degradantes voluptuosidades, obtuvo entonces, como jefe de la Iglesia, una veneracion sin límites. Habia prometido, no por clemencia, sino por espanto á todo lo que recordaba la idea de la muerte, que no enviaria á nadie al suplicio; pero el knut, la amputacion de la lengua, la deportacion á Siberia castigaron á los antiguos favoritos, bajo el acostumbrado pretexto de una conspiracion urdida por ellos. La familia destronada fué confinada á Oremburgo é Ivan encerrado en una prision; á Ostermann, Münnich y otros se les envió á la Siberia. Si Isabel no instituyó, al menos sostuvo la cancilleria secreta, inquisicion política sin piedad; y ochenta mil personas, destrozadas por el knut, mutiladas y hambrientas, poblaban los aires de la Siberia con sus desesperados lamentos. Muchos de

(2) Desde este momento adoptó el nombre de Biron, para pasar por pariente de la familia francesa; debilidad que ha tenido tambien un gran poeta en nuestros dias.

aquellos individuos habian sido sus amantes, y todos tenian obligacion de ocultar su apellido.

Bestouchef, hombre tan grosero como corrompido, tan vigoroso de espíritu como de cuerpo, tenia á la czarina bajo su dominacion, y sacrificaba el pais á su avaricia; pero los lascivos caprichos de Isabel le daban rivales efímeros de todas clases y de toda nacion. Tales fueron Razumofski, aldeano ignorante de la Ukrania, corista de la capilla, que le agradó por su hermosa voz; el príncipe heredero de Hesse-Homburgo y La Chetardie, embajador de Francia, que se llevó millon y medio de regalos.

La política variaba segun querian aquellos amantes. Bestouchef, favorable al Austria, consiguió derribar á Lestocq, que se inclinaba á la Francia, y después de un imprudente proceso, le hizo sentenciar á muerte, cuya sentencia fué conmutada en destierro perpetuo, con 2 rublos diarios. De repente se hizo devota Isabel: se casó con Razumofski; después, para reprimir la licencia de la capital, hizo poner presas á multitud de mujeres. A las que traficaban con sus gracias, se encontraban mezcladas otras honradas por denuncia de enemigas ó rivales. Los que tenian hijos naturales tuvieron que legitimarlos con el matrimonio, por desigual que fuese, sopena de ser enviados á las minas de Oremburgo.

Isabel fundó la universidad de Moscou y una academia de bellas artes en Petersburgo, y suministró á Voltaire los materiales para la historia de su padre. Amaba el teatro, y formó uno nacional, para el que escribió Alejandro Sumazakof nueve tragedias, imitando á Racine, diez comedias y una ópera puesta en música por un italiano, la primera que se ha cantado en Rusia. El italiano Juan Locatelli introdujo allí la ópera cómica y el baile. Aunque derramó lágrimas al saber la muerte de sus súbditos en los combates, consideraba á la guerra como el estado normal de la Rusia, que debia, segun ella, permanecer continuamente amenazando á los Estados comarcanos. Estendió sus posesiones, traficando en provecho de sus enemistades ó de sus alianzas. Adquirió con la paz de Abo la provincia de Kymenogorod, la fortaleza de Nyslot, y las islas situadas en la embocadura de Kymene, que le cedió la Suecia. Avasalló enteramente á la Rusia los Estados de Curlandia y Semigallia; domeñó la Turquia é hizo temblar á Federico II cuya capital ocupó algun tiempo.

Cosacos.—Fué para la Rusia un gran paso el haber sometido á los cosacos, mezcla formada de los restos de los antiguos cazaros, polotzos, mongoles, turcos, circasianos y lituanios, aventureros de todos los paises, cuya existencia espresa la decadencia del antiguo espíritu asiático, y el creciente predominio de la civilizacion europea. Constituyen los cosacos como el anillo entre los nómadas asiáticos y los ejércitos regulares de Europa, fundiendo pueblos que se habian hecho antes la guerra, y que ligados poco á poco al suelo por la religion y la costumbre, deponen la barbarie y ahorran la necesidad de arrancar á la agricultura los hijos de una nacion ya establecida. Los cosacos llamados zaporogos, es decir, que habitan encima de la catarata del Dnieper, habian vivido bajo el patronato de la Rusia y de la Polonia hasta el momento en que se entregaron enteramente á la primera en 1686. Cárlos XII los sublevó en su favor cuando peleaba contra Pedro; y su jefe Mazeppa marchó con una parte de ellos en su socorro (1708); pero después de la batalla de Pultava fueron empalados y descuartizados á millares, y los demás vueltos á la servidumbre. Los que no habian podido atravesar el Dnieper, en Otchakof, establecieron á las orillas de aquel rio una nueva setcha (trinchera) bajo el kan de los tártaros de Crimea, y fueron gobernados por el hetman Felipe Orlik, que habia sucedido á Mazeppa. Habitando en un cierto número de casas dispersas y mal construidas, debian pertenecer cada uno á treinta y dos *kurenes* ó barrios, que formaban otras tantas familias bajo un hetman, comiendo en comunidad y dependiendo todos de otro hetman general. No habia ninguna mujer en la setcha, y el que queria casarse salia de ella; pero reclutaban fugitivos de otras naciones, y mancebos que robaban. Al principio del año se verificaba una asamblea general en la que los campos, los rios, los lagos se distribuian á la suerte, no entre los particulares, sino entre los kurenes; y elegian por unanimidad de votos á los nuevos hetmanes, si los antiguos no agradaban. De esta manera se reunia tambien una asamblea estraordinaria cuando habia alguna espedicion que emprender, ó cualquier otro grave interés que discutir. Un juez decidia los negocios de poca importancia; los demás quedaban sometidos á todos los jefes reunidos.

Habiendo aniquilado los rusos á aquella horda, recibieron los tártaros á los zaporogos en la orilla izquierda del Dnieper, y la Rusia conservó sobre los cosacos de la Ukrania la soberania que perdia sobre los primeros. Habiendo ido á Moscou, su hetman Daniel Apóstol, obtuvo allí varias ordenanzas favorables á su nacion, el alivio de los impuestos, la libertad de comercio. En fin, después de haber permanecido los zaporogos ochenta años bajo el poder de los tártaros, invocaron la dominacion rusa, y trasladaron en número de dos millones su setcha á Podpolnaya. A la muerte de Apóstol (1734) abolió Ana el empleo de hetman, y estableció en el pais un gobierno ruso. Pero Isabel restableció aquella dignidad (1751) para un hermano de su favorito Razumofski, partidario de los cosacos. Más tarde, cuando la paz de Kainargi, habiendo suscitado los cosacos zaporogos algunas pretensiones sobre la parte de la provincia cedida por la Puerta, hizo Catalina destruir su setcha (1775); lo que precisó á emigrar á gran número á Besarabia, después á Moldavia. Otros fueron enviados á la costa oriental del mar Azof (1787) con el nombre de cosacos del mar Negro, donde más

tarde (1804) obtuvieron una organizacion particular.

Con objeto de asegurar la sucesion en la descendencia directa de Pedro el Grande, Isabel hizo ir á su lado á Pedro, duque reinante de Holstein-Gotorp, nacido de Ana, hija mayor de Pedro; y habiéndole hecho abrazar la religion griega, le prometió por esposa á Sofía de Anhalt-Zerbst, que recibió en su nueva religion el nombre de Catalina. Jóvenes ambos se divertian alegremente juntos; pero pronto se vieron contrariados en una corte de favoritos. Bestouchef, que odiaba á Pedro, trataba de arruinar su influencia y le rodeaba al efecto de espias, temible semilla de aquella época. En efecto, Catalina, instruida y espiritual, concibió odio contra su marido, que parecia merecerlo. Borracho, frecuentando malos lugares, feroz y receloso, hacia locos gastos en soldados y edificos, hasta el punto de estar siempre sin dinero. El nacimiento de un hijo no le reconcilió con su mujer. Habiendo después entablado secretamente relaciones con el rey de Prusia, soñaba á ejemplo suyo en reformas en las tropas y en el gobierno.

Sin embargo, presentándose Catalina como víctima de su marido, se disponia á hacerle traicion; y habia ganado la voluntad de Bestouchef, y después el amor del embajador polaco Estanislao Poniatowski. Habiéndole sorprendido Pedro disfrazado en los jardines, le despidió. Catalina, á la que perdonó, no interrumpió ni sus galanterias ni sus intrigas, pues su proyecto era sustituir á su marido su hijo Pablo, con objeto de reinar como tutora. Habiendo sido descubierta la conspiracion, Bestouchef fué desterrado por traidor, y Catalina volvió á obtener su perdon. Entre los soldados, á quienes se entregaba sin ser conocida, distinguió á Gregorio Orlof, á quien confió en secreto una ambicion que los goces no bastaban á satisfacer, y que no cesaba de ambicionar el trono. Cansado Pedro de tantos enemigos, hizo decir á la czarina «que renunciaba al brillante porvenir que le reservaba para retirarse al Holstein.» No accedió Isabel á sus deseos. Pronto el escorbuto producido por el abuso de las especias y licores espirituosos, la condujo al sepulcro á la edad de cincuenta y dos años. Encontráronle diez y seis mil trajes, dos grandes cajas de cintas, zapatos á millares, y piezas de telas nuevas á centenares. En sus últimos dias, dispuso la libertad á los contrabandistas y presos por deudas; ahora bien, los primeros eran trece mil, y los otros veinte y cinco mil.

Pedro III. —Pedro llevaba al trono (1762), que no habia deseado, tosquedad, pero un buen corazon. Comenzó por perdonar á los desterrados que no eran culpables de crímenes. Viéronse, pues, volver á aparecer los antiguos ministros Biren, Münnich, Lestocq. No maltrató á los favoritos de su tia, pagó las deudas de su mujer sin indagar el orígen, y mostró en público consideraciones que ella no merecia. Visitó á Ivan VI, que casi se habia quedado ciego y embrutecido en su prision, cuyo rigor suavizó; en fin, dejó de embriagarse (3). Dedicóse entonces á multitud de reformas, de las cuales algunas eran importantes, pero se mezclaron á ellas faltas políticas de mucha gravedad. Pedro abolió la cancilleria secreta y el tormento, concedió libertad á la nobleza, que antes dependia en todo de la voluntad imperial, alegando que ya se encontraba suficientemente formada por los cuidados de sus predecesores; sólo la impuso la obligacion de hacer instruir á sus hijos, ó si no poseian mil vasallos ponerlos en la casa imperial de los cadetes. Abolió los monopolios, disminuyó el precio de la sal, hizo leyes suntuarias y de policia, favoreció las manufacturas adelantando fondos á los que las fundaban, concediéndoles exenciones de derechos por diez años. Estableció un banco para hacer préstamos á las empresas agrícolas, adoptó medidas para hacer más ventajosa la exportacion de granos, de ganado vacuno y alquitran, disminuyendo al efecto los derechos y recogiendo datos; en fin, suprimió las compañias de comercio, que quitaban á la masa de la nacion la ganancia de considerables beneficios.

Con objeto de concentrar en sus manos el poder eclesiástico y la autoridad secular, lo que Pedro I no habia podido realizar, Pedro III embargó los bienes del clero; confió la administracion á una junta económica, y asignó á cada uno de sus miembros una renta igual á la que tenia cuando los bienes se encontraban á su disposicion. Quiso tambien simplificar el culto aboliendo las imágenes, pero cedió en esto á la oposicion del arzobispo de Novogorod. Verificó tambien reformas militares, descendiendo hasta los más minuciosos detalles, á ejemplo de Federico II, á quien llamaba su maestro, y cuyo nombre no pronunciaba nunca sin quitarse el sombrero. El mismo se arruinó por proporcionar dinero á aquel príncipe, y se unió á él contra los austriacos, teniendo más bien consideracion á sus simpatias y á la justicia que á las conveniencias políticas, que le invitaban á aprovecharse de la guerra de siete años para hacer temibles sus ejércitos. Pensaba tambien en su mania de innovaciones, en dar á la Europa una nueva organizacion. Es cierto que no podemos juzgarle sino por sus intenciones, pues no concluyó nada, y además se mostró incierto é ignorante en la práctica.

Catalina, cuyos amores con Orlof, asegurados por nuevos vínculos, podian ser de un momento á otro turbados por los celos de su esposo, resolvió perderle, y se unió al favorito para conseguirlo. Resignada á los desdenes demasiado merecidos de Pedro, se hacia compadecer, al paso que no tenia derecho más que á la reprobacion, y abusaba tanto de la confianza de su marido, como de su có-

(3) No hay vicios y culpas que los aduladores de Catalina no hayan atribuido á Pedro; su memoria fué rehabilitada por un anónimo de una vida impresa en Tubinga en 1808, muy rica en documentos.

lera. Tuvo de esta manera muchos cómplices, de los cuales cada uno queria ser el jefe de la conspiracion, y tambien el solo que gozara de sus favores. Pedro habia descontentado á las tropas cambiando los uniformes, al clero secuestrando sus bienes, y á ninguno agradaba el que no se hubiese consagrado. Fomentaba Catalina el descontento mostrándose tan partidaria de las costumbres nacionales como su marido parecia despreciarlas; hizo circular la noticia de que el czar habia formado el proyecto de poner presa á toda su familia, y hasta á su hijo, como adulterino. Tuvo Pedro conocimiento de aquella conspiracion por Federico, que tenia interés en conservarle. Pero fuese bondad ó indolencia, despreció sus consejos. Cuando después se aumentaron los indicios, distrajo Catalina su atencion con fiestas, en medio de las cuales apresuraba la preparada revolucion.

Cuando supo Pedro que acababa de estallar (28 junio 1762), pareció haber perdido la cabeza. Corrió por el palacio buscando á la czarina en los armarios, debajo de las camas, y lanzando furiosos gritos, á los cuales contestaban los aullidos de los suyos. Münnich, que habia conservado su sangre fria y su fidelidad, le exhortó á ponerse á la cabeza de los regimientos alemanes, pero escuchó más bien los terrores de la favorita y de las demás damas, no hizo más que vociferar; escribió manifiestos, mandó lo imposible, tembló de ser asesinado, y acudió en fin á Cronstadt para fortificarse, pero se habian adelantado á él (4). Catalina habia reunido á los conjurados; tanto un regimiento como el populacho estaban sobornados, y fué proclamada emperatriz. Anunció un manifiesto que habia salvado la religion amenazada, la gloria rusa comprometida, y la constitucion: vestida con el uniforme militar y el ramo de encina en el sombrero, marchó contra su marido, en medio de los hurras, de tropas ébrias y de la proteccion de los embajadores extranjeros, deseosos de aniquilar la influencia prusiana. Pedro dirigió á su mujer cobardes súplicas, y ofrecia abdicar, pidiendo sólo que le dejase vivir y leer novelas: concedióselo; pero, abandonado de todos, fué blanco de los peores tratamientos; en fin, los Orlof le envenenaron, y como tardaba en dar el último suspiro, concluyeron por darle de puñaladas.

Apresurémonos á decir que los asesinos no recogieron el fruto de su crímen. Gregorio Orlof, que tuvo siempre en la mejilla la cicatriz de una mordedura de su real víctima, esperaba sentarse al lado de Catalina; pero ella no queria tener ningun dueño. Cayó, pues, en desgracia: más tarde, y en sus momentos de delirio veia sin cesar delante de sí el infierno y el espectro del czar. Creyéndose mal recompensado, su cómplice, el piamontés Odart, tomó parte en una conjuracion, y le costó trabajo huir.

(4) CASTERA, *Vida de Catalina II.*

Catalina II.—Mostróse Catalina afligida con la muerte de Pedro, y pensó en hacérsela perdonar, con beneficios al pueblo, y ganando á su partido á los reyes de Europa. Apresuráronse éstos á reconocerla, sin esceptuar Federico de Prusia, y perdonó á los que se habian mostrado partidarios de su esposo. Ganó la voluntad del pueblo haciéndose coronar en Moscou, y espresando en sus decretos una benevolencia no acostumbrada; la de los soldados, concediéndoles grados en los regimientos; y la del clero, devolviéndole la administracion de sus bienes. Pero pronto, con pretexto de dar al clero una organizacion estable, nombró un colegio de economia que administrase sus fincas, dando á los eclesiásticos un sueldo proporcionado, y mandando que lo demás se emplease en los hospitales y en los veteranos. Encontróse entonces que el clero poseia novecientos diez mil ochocientos ochenta y seis aldeanos. Esta fué una de las numerosas innovaciones que verificó para hacerse admirar de los filósofos, conociendo que tenia necesidad de ruidosos sufragios; pero tuvo la destreza de no precipitar nada, y tanto, que sus ordenanzas parecen el fruto de la meditacion.

No gozó constantemente de paz en el interior. En un viaje que hizo Basilio Mitrowitz, sargento ukraniano, emprendió destronarla, sin recursos, inteligencias ni habilidad. Seguido de un puñado de soldados, comenzó por tratar de libertar á Ivan VI; pero los dos oficiales á quienes se habia encerrado con él para custodiarle, tenian órden de darle muerte, si alguna vez se trataba de libertarle. Ejecutaron su consigna, y resistieron. Pero Mitrowitz entregó pronto su espada, y fué condenado á muerte sin que se buscase ni condenase á nadie más. Los dos asesinos de Ivan fueron recompensados, y sus parientes enviados á Dinamarca. En la sociedad se dijo que era un golpe preparado por Catalina, y que habia prometido á Mitrowitz el perdonarle.

Como la corte no habia hecho celebrar misas por Pedro III, fué éste un motivo para suponer que realmente no habia muerto; y lo menos siete impostores se presentaron sucesivamente con su nombre. El primero fué un zapatero remendon de Voronia, que pronto murió en el cadalso; después lo fué un desertor en las fronteras de Crimea, llamado Zernichef, que tambien fué sentenciado á muerte. Estéban Petit, médico, desertor croata, se dió á conocer como czar, y fué hecho coronel por los montenegrinos, á quienes guió en su rebelion hasta que fué muerto. Otros cuatro falsos Pedros aparecieron en 1772: uno entre los cosacos, que espiró bajo el knut; otro en los montes Urales, que huyó, y un tercero que se habia escapado de la cárcel, fué tambien sentenciado á muerte. Habiendo manifestado sus quejas los cosacos del Don y del Oural, por la violacion de sus privilegios, fueron sus diputados arrojados á palos. Para vengarse resolvieron, pues, presentar un falso Pedro, que reclamase el trono, no para él, sino para el

czarewich Pablo. Recayó la eleccion para desempeñar aquel papel en Jemilian Pugatchef, á quien ayudaron dos hombres hábiles, Krasnoborodko y Perfiliof. Este último fué preso, pero se le devolvió su libertad en consideracion á su carácter intrigante y á condicion de hacer abortar la rebelion. Anunció, por el contrario, cuando estuvo de vuelta que habia tenido conversaciones con el gran duque, que le habia prometido presentarse pronto á la cabeza de un ejército. Esto fué lo bastante para aumentar el número de los partidarios del pretendido Pedro III, que, lanzando manifiestos, promulgando ukases, relevó á sus súbditos del juramento prestado á la usurpadora. A fin de que los alemanes no pudiesen descubrir que ignoraba su lengua, les hacia dar muerte; y para hacer creer que era sostenido por la aristocracia rusa, dió á los que le rodeaban los más ilustres nombres moscovitas. Hizo acuñar moneda con la leyenda *Petrus redivivus et ultor*. Encontróse pronto seguido de un ejército considerable de calmucos, de cosacos y basquiros, con una artilleria de setenta cañones; atrincherados los insurrectos detrás de parapetos de hielo, rechazaban á las tropas que se renovaban contra ellos; de manera que se apoderaron de Casan y la entregaron á las llamas. Pero cuando los rusos concluyeron la paz con la Turquía, fué ya imposible apagar un incendio que introducia el espanto en San Petersburgo. Aunque los calmucos velaban fielmente por Pugatchef, concluyó por ser hecho prisionero y sentenciado á muerte, en union de los que le habian ayudado. Cien mil personas habian perecido, varias ciudades quedaron destruidas; y para borrar el recuerdo se abolió el nombre de Jaik, sustituyéndolo con el de Ural.

La Rusia ocupaba ya una octava parte del mundo conocido; pero no estaba habitada sino por veinte millones de almas; apenas correspondian cincuenta habitantes por miriámetro, al paso que la Francia y la Inglaterra tenian dos mil. Aquel imperio era una aglomeracion de naciones, diferentes en costumbres, tradiciones, religion, y muchas eran nómadas, y hablaban un idioma que no se comprendia en Petersburgo. La mayor parte del comercio consistia en materias brutas, y el imperio no poseia más de cincuenta mil rublos de renta. Catalina hubiera debido mantenerle en paz, pues el imperio no tenia necesidad de estenderse y sí de civilizarse; ahora bien, hizo, por el contrario, continuas guerras, cuyo resultado se encargó de justificarla. No contenta con reinar despóticamente en Rusia, quiso dictar á la Europa su absoluta voluntad, como Luis XIV y Napoleon: meditó, pues, una confederacion de las potencias del Norte entre la Rusia, la Polonia, la Suecia, la Dinamarca, la Sajonia, la Prusia y la Gran Bretaña, para hacer contrapeso á las casas de Austria y de Borbon; pero no se realizó. No desperdició, sin embargo, ninguna ocasion de ejercer su avaricia sobre sus vecinos. Continuando los proyectos de Pedro el Grande, tuvo consideraciones Inglaterra, á la que concedió ventajas comerciales, minó la influencia francesa, intimidó á la Prusia, y al mismo tiempo alentó al Austria. Fomentó las discordias de la Persia para aproximarse á la India, entabló relaciones con la China y con el Japon; y sobre todo batió en brecha el poder de los turcos.

CAPÍTULO XIII

POLONIA

Nos hemos visto precisados á describir medio siglo de guerras causadas únicamente por odios y envidias entre las tres potencias predominantes. Vamos á verlas ahora unirse para consumar uno de los hechos más odiosos de que hace mencion la historia, que desaprobaron hasta los mismos que tomaron parte en él, y que corrompió la moral pública, acostumbrando á los Estados á violencias que debian más tarde encontrar imitadores.

La república polaca fué el Estado más poderoso del Norte, hasta que el engrandecimiento de la Suecia, de la Turquia, de la Rusia y de la Prusia le arrebató la supremacia, y le hizo perder varias de sus provincias; tenia aun más que sufrir por su constitucion interior. Una vez que se permitió á los extranjeros presentarse como candidatos para la eleccion al trono, quedó abierto el campo á sus agentes, á las inteligencias, á las maniobras secretas.

Todo interregno era, pues, una revolucion y una guerra, en la que la sangre corria á menudo, ostentando los extranjeros las corrupciones y vergonzosas intrigas, tanto para favorecer á su protegido como para alejar al de sus rivales.

El poder supremo del Estado era la dieta; pero como sus decretos debian ser unánimes (*nemine contradiscente*), podian impedirse con que un noble dijese: *Sisto activitatem* (1). Para remediar aquel fraccionamiento de la autoridad, formábanse confederaciones de nobles que se reunian en cuerpo con un objeto determinado, y cada confederacion se daba leyes y estatutos como si hubiese sido un cuerpo soberano. El remedio era más peligroso que el mal; pues cuando toda la nobleza de un círculo, de un palatinado, de una provincia se reunian, pretendian tener preponderancia en la dieta; el Estado se encontraba dividido en otros tantos pequeños Estados, y la guerra civil quedaba organizada.

Los grandes trataban de colocar á sus hechuras en los tribunales; lo que era muy importante en un pais en el que encontrándose las propiedades como fideicomisos é inajenables, pero sobrecargadas de hipotecas, proporcionaban frecuentes ocasiones de procesos. Entre tanto nadie se cuidaba del pueblo, el cual seguia sujeto como siervo al terreno que lo alimentaba y agoviaba.

Sucumbian á la sazon las instituciones feudales en toda Europa á impulsos de la monarquia que vencia. ¿Cómo la Polonia sin tercer estado, sin rentas, comercio ni subordinacion, habria podido, con ayuda sólo de su valor personal y de sus recuerdos nacionales, sostenerse contra el nuevo sistema de centralizacion?

La diversidad de religion habia sido el orígen de nuevas discordias. Nunca en las provincias lituanias, en otro tiempo sujetas á la Rusia, los griegos que existian en ellas en gran número, habian podido unirse á los católicos. Las ideas republicanas de los calvinistas habian agradado á muchas personas de aquella turbulenta nobleza. Segismundo II confirmó á los nobles griegos y protestantes, ó á los *disidentes*, como se les llamaba, los derechos políticos y la aptitud para todos los empleos y dignidades. Pero comenzóse en tiempo de Segismundo III á restringírseles la libertad de culto y los derechos políticos, á pesar de la intervencion de las potencias vecinas. Cuando después Carlos XII se mostró ardiente partidario del luteranismo, la dieta por reaccion (1717) mandó destruir todas las iglesias de los disidentes edificadas des-

(1) Este es el famoso *liberum veto*, el cual dura todavia en el senado ruso, especie de tribunal supremo, pero no de apelacion, donde el parecer contrario de un solo individuo basta para que el negocio de que se trata no pueda ser fallado, y vuelva á la asamblea de las secciones unidas.

pués de la ocupacion sueca, y prohibió introducir aquel culto en las nuevas localidades; en fin, viéronse los disidentes escluidos de la cámara de los nuncios.

Habiendo sido preso en Thorn un estudiante católico con motivo de una riña escitada por una procesion, amotinados sus condiscípulos, pidieron que se le pusiese en libertad, gritando que se violaban sus privilegios; y como no fueron escuchados, llegaron hasta derramar sangre, y forzaron el colegio de los jesuitas. Grande importancia dieron éstos á aquel acontecimiento en toda Europa, representando aquel tumulto, como un ataque contra la religion. Una comision especial instruyó rigorosos procedimientos, acelerándolos todo lo posible; para que príncipes protestantes no se interpusiesen; muchos de los presos fueron conducidos al suplicio ó á penas menores, sin esceptuar á personas de elevada categoria. En vano aconsejaba el nuncio del papa, Satini, la clemencia y la humanidad: el superior de los jesuitas se negó á prestar el juramento de que dependia la suerte de los condenados: ejecutáronse las sentencias y adoptáronse medidas para asegurar el predominio á los católicos. Conmovióse la Europa, las potencias limítrofes declararon que se habia violado el tratado de Oliva. Pero la dieta de Grodno pareció desafiar las amenazas; escluyó á los representantes ingleses, amenazó al rey de Prusia y despidió al nuncio del papa, que fué sin embargo vuelto á admitir cuando se justificó; después la dieta de convocacion de 1735 declaró á los disidentes inhábiles para todos los empleos y dignidades.

Aquella intolerancia religiosa y una descarada corrupcion habian hecho desastrosa la época vacante que siguió á la muerte de Augusto II (1733). La dieta de convocacion declaró entonces que no debia nombrarse sino á un polaco, é invitó á los embajadores extranjeros á retirarse de Varsovia; pero ninguno de ellos quiso hacerlo: y como la república les decia que no creia ser responsable de lo que pudiera suceder, el ministro prusiano contestó que para lavar un insulto hecho á un embajador, no bastaria el ahorcar á toda la nobleza polaca. Aquella arrogancia irritó los ánimos hasta el punto de ser asaltado; pero fué sostenido por los ministros austriaco y ruso, y pronto un ejército moscovita entró en el pais.

Habia recaido unánimemente la eleccion en Estanislao Leczynski; pero la Rusia no le queria; é hizo nombrar en una taberna, adonde se llevaron á algunos nobles hasta atados con cadenas, á Augusto III, elector de Sajonia. Resultó de esto la guerra que ya hemos narrado; y mientras que ésta proseguia hasta en América y en el Milanesado, la Polonia, que era la causa ó pretexto, no presenció otros hechos de armas que el sitio de Dantzick, dirigido por el general austriaco Lascy, en el que los rusos perdieron gran número de combatientes, pero redujeron á la plaza á capitular cuando la abandonó Estanislao.

Augusto III.—El heroismo y los sufrimientos de aquel príncipe aumentaron el número de sus partidarios; pero, viendo saqueado el pais, abdicó. Fué reconocido Augusto (1734) y se corrió un velo sobre los acontecimientos de los últimos veinte años. Quedaban, sin embargo, los decretos contra los disidentes, y el *liberum veto* que impedia remediar los desórdenes reconocidos. En efecto, ya no fué posible concluir una sola dieta en medio de las disensiones de aquellos pequeños tiranos, que no conocian más que la independencia, y no tenian ninguna idea de la dignidad que exige la libertad, y de la fuerza que da el órden. Debe, sin embargo, decirse, que aquellas discordias impidieron á la Polonia el tomar partido en aquellas vergonzosas guerras, en las cuales los reyes de Europa hacian correr la sangre de los pueblos para satisfacer sus caprichos

Augusto III, príncipe generoso, amigo de la magnificencia y de las artes, hizo construir, con un enorme gasto, un calvario, al que se llegaba por un camino de varias leguas, alumbrado todo él. Si se ha de dar crédito á la princesa Guillermina de Prusia, tuvo trescientos cincuenta y cuatro hijos naturales. Convirtiendo en medio político su vigor de libertinaje para afeminar las almas con el vicio, recurria á la violencia para precisar á las damas á acudir á sus bailes, de donde se las trasportaba ébrias y deshonradas. Sostuvo mucho tiempo la paz en el pais; pero aquella tranquilidad disminuyó el ardor belicoso de los polacos, y su reputacion guerrera sufrió con ella. Los odios religiosos parecian tambien adormecidos; pero no por eso dejaba de aparecer cada vez más la gangrena que roia al pais. Para remediar el mal, se pensó en cambiar de constitucion, y resultaron dos partidos, ambos opuestos á la unanimidad del voto: dirigido el uno por Potocki, temia, estableciendo la mayoria, que se aumentase el poder del rey que conferia los empleos; queria, pues, evitarlo concediendo los nombramientos á un consejo permanente y soberano; y además, no admitia las reformas sino cuando el trono estuviera vacante. En el otro partido, los Czartoriski, descendientes de los antiguos duques de Lituania, cuya clientela era numerosa en el pais, deseaban una monarquia fuerte y hereditaria, tal vez porque aspiraban á ella; hubieran querido, pues, disminuir la autoridad de los grandes empleos y de las grandes familias y aumentar la de los tribunales; con este objeto, se declararon sostenedores de la corte, y tuvieron en su partido á los personajes más distinguidos. Pero Juan Clemente Branicki, gran mariscal de la corona, descubrió sus intenciones, y se dedicó á contrariarlos apoyándose en la Francia. No les faltaba á los Czartoriski más que proporcionarse recursos por bajo mano. Su sobrino Estanislao Augusto Poniatowski, que se encontraba en San Petersburgo, estaba en estado de conocer los sentimientos de aquel gabinete; y, aunque sin valor ni instruccion, pero hermoso, insinuante y gracioso, elevaba sus

esperanzas hasta el trono, confiando en las predicciones de los astrólogos, y principalmente porque Catalina, enamorada de él, le prometió hacer elegir rey de Polonia á él ó á Adan Czartoriski.

Cuando Augusto III, que habia vivido siempre en la dependencia de la Rusia, abandonó la desgraciada Polonia (1763) para ir á morir en Sajonia, comenzó un deplorable interregno en el pais. Apresuráronse los Czartoriski á verificar reformas durante la vacante del trono, abolieron los grandes empleos, reprimieron á las familias poderosas, debilitaron á los señores limitando su poder sobre sus siervos, derogaron los privilegios de las grandes ciudades y de provincias enteras. Los regimientos de la guardia tuvieron que depender enteramente del rey, como tambien la casa de moneda y los correos; la corona fué investida del derecho de apropiarse cuatro de los más ricos dominios, y trataron sobre todo de abolir el *liberum veto*. Todo esto lo hicieron en algunas semanas, sin procurar apoyarse en la voluntad de la nacion, mientras que la Prusia y la Rusia se oponian á las reformas, interesadas como estaban en que continuase el desórden.

Estanislao Poniatowski.—Ambos partidos, acordes en rechazar un rey extranjero, presentaban como candidatos una de sus hechuras. ¿Pero cómo esperar que más de mil electores diesen un voto unánime en medio de tantas pasiones? ¿Y de qué servia discutir, cuando Catalina habia ya resuelto? Sesenta mil rusos en las fronteras, diez mil en las puertas de Varsovia, debian asegurar la *libre eleccion* de su amante. Turcos, genízaros, húngaros y prusianos llenaban la ciudad y las galerias del edificio. Estanislao fué, pues, elegido. Descendiente de una familia italiana, pero poco poderosa (2), y no se recomendaba por más cualidades que por las de su buena presencia y agradables maneras; pero las desventuras con que pagó su elevacion al trono, le han granjeado la indulgencia de la posteridad. Descontentó á los polacos el mismo dia de su coronacion (1764), por no presentarse con el traje nacional, y la cabeza afeitada, pues no habia podido decidirse á sacrificar su negra cabellera. Unido por una parte á la Rusia, por otra á los Czartoriski, que ejercian un poder absoluto, pronto conoció su peligrosa nulidad en el trono que ocupaba, pues se encontraba á merced del príncipe de Repnin, embajador ruso, en otros tiempos su compañero de licencia, que se habia convertido entonces en un contradictor violento, pronto á hacerle sentir el acicate desde el momento en que intentase resistir.

Todo el pais se encontraba á la sazon fraccionado en confederaciones de nobles, resueltos á sostener sus derechos con las armas, sólo la Lituania contaba catorce, que pretendian, bajo la presidencia de Radzivil, asegurar la república, y tal vez destronar á Estanislao. Los *disidentes* habian tenido que recurrir á la czarina (1767), que contenta con la ocasion de mostrarse filósofa, rechazando una intolerancia que ella misma habia provocado, los tomó bajo su proteccion. Pero la dieta, en la que prevalecian los *republicanos* (llamábase de esta manera á los adversarios de los *disidentes*), lejos de consentir en la libertad de cultos, confirmó las ordenanzas que se habian dado contra ellos. Se ingeniaba Estanislao con destreza para conservar al menos algunas de las prerogativas reales, y manifestaba condescendencia con el embajador ruso Repnin, que amenazaba con la Siberia á los patriotas, y á Branicki, su jefe. La dieta extrordinaria, convocada por el rey en Varsovia, fué rodeada de tropas rusas; Repnin habló en ella como amo, y como los obispos de Cracovia y de Kief, como tambien el general de la corona, resistiesen, los hizo poner presos y conducir á Siberia, con aplausos de los filósofos, asalariados por la czarina. Después, sin cuidarse de las oposiciones, dictó reformas que garantizaban á los disidentes la libertad de su culto, pero que dejaban subsistir todo lo radical que habia en los males del pais. Temblaba el orgullo nacional al presenciar aquellos actos de dominacion ejercidos por la Rusia; los que ocupaban los primeros empleos veian con dolor disminuida su autoridad, y comprometida su dignidad; y los obispos perdian la esperanza de reunir á su rebaño la porcion disidente.

Impotentes los señores contra la fuerza esterior, pensaron en recurrir al pueblo, del que no se habian cuidado hasta entonces; y fuese que no les pareciese oportuno decirle las razones positivas, ó que no las hubiere comprendido, escitaron sus pasiones, estendiendo la noticia de que la Rusia y la Prusia querian destruir la fe católica, y que era preciso defenderla con las armas. Enemistada ya la muchedumbre con los rusos diseminados en el pais, se inflamó al llamamiento de sus amos, y aunque la nacion no tenia ejército hacia cuarenta años, no deliberaba sobre sus propios asuntos, y no obraba sino con arreglo á las influencias extranjeras, mostró aun su antiguo carácter independiente y guerrero.

La Francia, que habia tenido siempre predileccion por los *franceses del Norte*, y que se habia esforzado en sostener la libertad de las elecciones, pero no habia podido conseguirlo, habia llamado á su embajador, creyendo que no podia permanecer en medio de tantas intrigas sin comprometer su dignidad. Sin embargo, por sus agentes secretos animaba á los ánimos á la defensa de la libertad y de la religion. Kasinski, obispo de Kaminiec, recorrió varias veces el país, alentando á los patriotas, y organizando una confederacion, que debia comenzar sus operaciones tan pronto como la Rusia retirara sus tropas, como lo solicitaba ardientemente la Puerta, que hacia algun tiempo se habia hecho protectora de la independencia polaca.

(2) Descendia de los Torrelli, antiguos señores de Guastalla. Véase SCHOELL, t. XX, p. 117.

Confederacion de Bar, 21 febrero 1768.—Pero el jurisconsulto Pulawski, ennoblecido últimamente, hombre de un carácter emprendedor, desplegó más resolucion, y formó en Bar y en Podolia una confederacion que adoptó por símbolo el aguila herida, con las palabras: *Aut vincere aut mori.*—*Pro religione et libertate.* Desaprobó el obispo aquella imprudencia, mas esto no le impidió correr á las diferentes cortes á buscar ayuda. Por su parte Repnin obligó á Estanislao á reclamar en un *senatus consilium* auxilio contra los rebeldes. Comenzó entonces una guerra civil: la Rusia lanzó contra la Ukrania á los cosacos zaporogos, que se entregaron á toda clase de ferocidades. Adquirióse la certidumbre jurídica de la matanza de cincuenta mil hombres, á los cuales deben añadirse tal vez otros cien mil. Para que todo llevase el sello de la barbarie en el siglo de los filántropos, los rusos eran mandados por el conde de Tottleben, uno de los caracteres más viles de aquella época, que jugador, ladron y libertino, se complacia en la matanza. Los confederados trasladaron entonces el consejo general á Teschen, después á Eperies, en Hungria, y formaron diferentes cuerpos, á los cuales la Francia proporcionaba anualmente setenta y dos mil francos de subsidios. Las tierras del rey fueron asoladas; Krasinski se esforzó en establecer algun órden en medio de la anarquia, y en regularizar aquel heroico valor, que no era de ninguna utilidad á la patria. Fundábase la esperanza de los polacos en Mustafá III, que se habia opuesto á la invasion de su pais, y que en efecto, declaró la guerra á la Rusia; pero como fué batido, las confederaciones parciales se fundieron en una confederacion general, que resolvió tomar la ofensiva.

El violento Repnin habia sido reemplazado por el débil pero honrado Wolkonski. Estanislao obtuvo el permiso de reunir una dieta, que censurando la anterior por haber apelado á Catalina, envió á suplicar á la czarina retirase sus tropas é indemnizase al pais de las horribles devastaciones que habia sufrido. Enfurecióse Catalina, y no habiendo obedecido Estanislao, declarando la guerra á los confederados, se convirtió en su enemiga, al mismo tiempo que la confederacion, adherida á la Puerta, le declaraba depuesto del trono (1770).

Durante el interregno, la confederacion general se apoderó de las riendas del gobierno. Hizo dar cuenta á los mariscales de las exacciones cometidas, y se ayudó de los escelentes consejos del coronel Dumouriez, enviado secreto de Luis XV. Esperaba tambien convocar la Dieta de Hungria; pero aunque los polacos rivalizasen en valor personal, no supieron restablecer la disciplina y la union. El valiente y generoso Oginski fué batido, Braniki murió, y las derrotas que sufrieron, adornaron con sus primeros laureles la frente de Suvarof. Saldern, hechura del ministro Panin, fué encargado por la Rusia de pacificar el pais á toda costa, procurando, sin embargo, no dejar vacante el trono, y empleó para ello la violencia. Reducidos los confederados á la desesperacion, decidieron robar á Estanislao, acto permitido por las costumbres polacas, con tal de que no se trate de un asesinato. Tres hombres resueltos lo consiguieron, en efecto; pero habiéndose extraviado, dejaron la empresa á medias: hízose pasar por una tentativa de regicidio; lo que proporcionó á los potentados un nuevo pretexto para considerar el avasallamiento de la Polonia como de interés comun para ellos.

Desmembracion de la Polonia.—Por una parte, pues, anarquia, corrupcion, incertidumbre, enemistad interior, debilidad respecto del extranjero; por otra, una voluntad tenaz, un designio fijo y constante de destruir á los polacos. ¿Podia ser dudoso el resultado? Ya tantos desastres, agravados con el hambre y la peste, habian hecho concebir la idea de dividir la Polonia. ¿Pero quién fué el primero que se atrevió á proponer el dar un golpe que estaba en las ideas de todos? Esto no se ha determinado aun, pues el historiador de la casa de Austria se espresa de esta manera: «Fué una accion tan odiosa, que cada una de las tres potencias se esforzó en echar la culpa á las otras dos. La proposicion ha sido atribuida generalmente á Federico II, pero él la negó; y los descubrimientos sucesivos parecen disculparle (3). El príncipe de Kaunitz y José II, que aspiraban al engrandecimiento del Austria, esperaban conseguirlo á espensas de la Turquia, dispuesta como estaba á pagar con algunas provincias los socorros que le proporcionasen contra la Rusia; pero cuando se hizo la paz entre aquellas potencias, vieron con dolor arreglos que trastornaban sus proyectos. Enviaron, pues, tropas á ocupar ciertas porciones de la Polonia (1770), que pertenecian, segun ellos, al reino de Hungria, como tambien las salinas de Bochnia y Wieliczka que componian la principal renta del rey de Polonia. Siendo la intencion del Austria conservarlas y no asolarlas, se portaron sus tropas en aquellas comarcas de una manera ejemplar; al paso que los prusianos, á quienes Federico II habia hecho entrar en la Gran Polonia, con el pretexto de formar un cordon sanitario contra la peste que se cebaba en ella, manifestaban una barbarie igual á la de los rusos.

Atacado Estanislo por ambas partes, llamó en su ayuda á la Rusia, que invadió á su vez el territorio. El príncipe Enrique, hermano de Federi-

---

(3) Véanse sobre todo las *Memorias y documentos auténticos relativos á las negociaciones que precedieron á la particion de la Polonia, sacadas de la cartera de un antiguo ministro del siglo* XVIII. Weimar, 1840, obra del conde Gortz. Puede tambien consultarse la *Historia de las tres desmembraciones de la Polonia*, por FERRAND. Paris, 1820; una nota en el *Curso de Historia*, de SCHOELL, t. XXXVII, página 157; la obra muy estudiada de RULHIÈRE, *Historia de la anarquia de Polonia*, en que se poetiza demasiado la resistencia; y las *Memorias sobre la historia de Polonia después de la paz de Oliva*, 1842, por RANKE.

co II, se dirigió á San Petersburgo, para concertarse con Catalina: José II acudió tambien y pareció á aquellos ambiciosos negociadores que el único medio de satisfacer sus pretensiones era dividirse la Polonia. Mucho tuvo que trabajar Kaunitz para hacer adoptar sus fines al carácter honroso de Maria Teresa. En fin, declaró que conservaria las trece ciudades del condado de Zips, que habian pertenecido á la Hungria y después se habian dado en prenda á la Polonia. Los rusos contestaban que se perderia el equilibrio; que las demás potencias querrian tambien tener parte, y que valia mucho mejor entenderse por medio de negociaciones que descender al campo de batalla. Consiguióse de esta manera apaciguar los escrúpulos de Maria Teresa, haciéndola entender que era el único medio de evitar la efusion de sangre (4). Ejemplo inaudito de tres potencias de intereses diversos, uniéndose para desmembrar un Estado cuya única culpa era no poder resistir. El arreglo no fué conocido sino cuando se hizo público, con los documentos en apoyo de los derechos que no tenian otro peso que el de las armas (5). Maria Teresa declaraba en su manifiesto, que el pais de que se apoderaba habia pertenecido en lo antiguo á la Hungria, que si sus predecesores no le habian reclamado, no debia atribuirse sino á su bondad y generosidad; que si alguno de ellos, como Rodolfo II, lo habian cedido, habian obrado sin derecho, en atencion á que el derecho canónico invalida las cesiones hechas por un rey, y aquellas en que consiente un menor; que se debian dar gracias á la Providencia, que habia presentado á la casa de Austria la ocasion de recobrar derechos tan evidentes y bien fundados.

El gran Federico usaba de argumentos de la misma fuerza, pero Catalina no se tomó el trabajo de registrar los archivos y dar tormento á la historia; y habiéndole dicho el conde de Salms que el rey su amo temia la desaprobacion pública, contestó: *Recaiga sobre mi el vituperio.*

En su consecuencia, el tratado de particion fué firmado en San Petersburgo el 25 de julio (5 de agosto) 1772. Decia:

«En el nombre de la Santísima Trinidad:

»El espíritu de faccion, las turbulencias y la guerra intestina con que el reino de Polonia se encuentra agitado hace varios años, y la anarquia que se aumenta diariamente hasta el punto de aniquilar toda idea de gobierno regular, hacen temer bastante que este Estado se haya trastornado enteramente, comprometiendo los intereses de los Estados vecinos, y que llegue á encenderse una guerra general, como ha resultado ya la de Rusia contra la Puerta. Las potencias limítrofes tienen sobre la Polonia pretensiones y derechos que no han podido nunca hacer valer y que se esponen á perder, si no se los aseguran, restableciendo tambien la tranquilidad y el buen órden en aquella república, procurándole una existencia política más conforme á los intereses de los paises comarcanos.»

Adjudicósele, pues, á la Rusia los dos gobiernos de Polosk y Mohilef, es decir, cuatro mil quinientas cincuenta y siete millas geográficas, con un millon ochocientas mil almas; al Austria las trece ciudades del condado de Zips, hipotecadas en otro tiempo por el rey de Hungria Segismundo, y la antigua Rusia Roja, cuya superficie era de mil trescientas sesenta millas geográficas y tres millones trescientos mil habitantes (6). Aquel importantísimo territorio por las salinas que contiene, ponia á la Polonia bajo la dependencia del Austria con un objeto de primera necesidad; y como se decia que aquellas salinas pertenecian en otro tiempo á la Hungria, á los paises de Halicz y de Vladimiro, formóse de aquellas provincias el reino de Galitzia y el de Lodimiria, aunque separado de la Hungria.

Así fué que la mayor parte, pero la menos fértil, tocó á la Rusia; la más productiva al Austria; la más pequeña á la Prusia (sólo cuatrocientos noventa mil habitantes); pero era para ella de gran importancia, pues redondeaba sus Estados y le

---

(4) Decia al baron de Bretuil, embajador de Francia: «Sé que he echado sobre mi reinado una vergonzosa mancha; pero se me perdonaria si se supiese cuánto lo he repugnado, y cuántas circunstancias se unieron para violentar mis principios y resoluciones, contrarias á todas las escesivas intenciones de la injusta ambicion rusa y prusiana. Después de haber pensado mucho en ello, sin ocurrírseme medio de oponerme sola á los proyectos de aquellas dos potencias, creí que manifestando pedidos y pretensiones exhorbitantes se negarian y romperian las negociaciones; pero grande fué mi admiracion y mi dolor cuando recibí el consentimiento absoluto del rey de Prusia y de la czarina. Nunca he tenido mayor pesar; lo mismo le sucedió al señor de Kaunitz, que se habia opuesto constantemente con todas sus fuerzas á aquel cruel arreglo.» Carta del baron de Bretuil al vizconde de Vergennes, de fecha 23 de febrero de 1775, citada por FLEISSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. VII, pág. 124.

(5) Las tres potencias espusieron sus derechos en los escritos impresos con los títulos siguientes:

Jurium Hungariæ in Russiam minorem et Podoliam, Bohemiæque in Oswicensem et Zatoriensem ducatus prævia explicatio. Viena, 1773.

Esposicion de la conducta de la corte imperial de Rusia con respecto á la serenísima república de Polonia, con la deduccion de los títulos, en los cuales funda su toma de posesion. Petersburgo, 1773.

Esposicion de los derechos de S. M. el rey de Prusia al ducado de Pomerania y á otros varios distritos del reino de Polonia, etc. Berlin, 1772.

Obras refutadas por un caballero polaco en el folleto titulado *Derechos de las tres potencias aliadas sobre varias provincias de la república de Polonia*, etc.

(6) Es de notar que en la carta se habia asignado por límite al Austria el rio Podgorge. Ahora bien, no existiendo en realidad este rio, dióse su nombre al Gobrocza, y este error geográfico hizo ganar al Austria un considerable territorio por la parte de la Volinia y la Podolia.

proporcionaba una comunicacion entre las provincias prusianas y el Brandeburgo.

Puede concebirse cuál seria la indignacion de la Polonia, pero los más ardientes patriotas habian perecido en la guerra ó en los suplicios; otros muchos habian emigrado, los restantes estaban desunidos. Impidióse en las provincias ocupadas á los senadores acudir al senado ó á la dieta, cuyo porvenir se veia amenazado. No por eso dejó de hacer la dieta una enérgica oposicion al desmembramiento del pais. Korsach, anciano enfermo, habia dicho á su hijo en el momento de su marcha: «Hago que te acompañen á Varsovia antiguos servidores, con órden de que me traigan tu cabeza, si no resistes con todo tu poder á los que se atreven á atentar contra nuestra espirante nacionalidad.» En efecto, el *senatus consilium* exhibió contra aquel acto muchos motivos, recordó las seguridades de integridad de territorio que las tres potencias le habian reiterado, y las acusó de haber fomentado la anarquia de que se valian entonces como de un pretexto. Semejante resistencia irritó á los gabinetes, que prorumpieron en cargos severos; y «con el objeto de que ninguna ilusion disminuyese á los ojos de la nacion polaca el peso de los hechos verificados, se fijó un término para que resignasen á ellos. Pasado éste, declaráronse sus majestades libres de toda renuncia y decididos á emplear los medios que juzgasen más prontos y convenientes para hacerse plena justicia.» (7)

Clamaron los grandes contra aquel tono imperioso, contra inculpaciones y cargos contrarios á las costumbres diplomáticas. Pidieron que las tropas se retirasen antes de la convocacion de las dietinas, para que no impidiesen la libertad de los votos. Pero la contestacion fué un manifiesto y el envio de treinta mil hombres, con órden á los generales (son espresiones de Federico) «de operar de concierto, y marchar contra los señores que quisieran intrigar ú oponer obstáculos á las innovaciones que se debian introducir en su patria.» De esta manera se impuso la formacion de dietas, negándose á someter á las potencias neutrales que se habian presentado como garantes, las pretensiones aducidas por los espoliadores, y todo se consumó. Obligóse á la Polonia á conservar aquella tan viciosa constitucion que se habia tomado como motivo para fraccionarla, prohibiéndole cambiar su *libertad* sin consentimiento de las tres potencias cómplices, y sólo sí se pronunciaba la exclusion contra todo rey extranjero, con objeto de evitar la influencia de los demas potentados.

Las leyes *cardinales* fueron presentadas por los embajadores que (¡cosa inaudita!) asistieron á las deliberaciones. Decíanse que las leyes que no se cambiasen en aquella dieta quedarian confirmadas; que no se podria elegir por rey sino á un antiguo noble y propietario; que los hijos y nietos de aquel que fuese elegido no podrian suceder á la corona sino después de un intérvalo de otros dos reinados; que la corona seria siempre electiva con un gobierno libre compuesto de tres Estados, el rey, el senado, la órden ecuestre, y con el objeto de que esta última participase igualmente del gobierno; en el intérvalo de las dietas, se estableció un consejo permanente encargado de vigilar por la ejecucion de las leyes establecidas sin poder legislativo ni judicial, se componia del rey y de los miembros, que se tomaban en igual número del senado y de la órden ecuestre. Esta fué una nueva traba para la autoridad real ya tan restringida. Pudo el rey, distribuyendo los bienes confiscados á los jesuitas, obtener un aumento de dotacion y el derecho de nombrar todos los miembros del consejo permanente. Atribuyósele más tarde la facultad de interpretar las leyes en los intérvalos de las dietas, y se establecieron las bases de un código para constituir un tercer estado, favoreciendo á las ciudades y á los aldeanos. Pero después se abandonó el proyecto redactado por Zamoiski, sobre todo porque suprimia el tribunal de la nunciatura y toda apelacion á Roma, exigia el consentimiento del rey para publicar las bulas y breves pontificios, y disminuia las inmunidades del clero.

Reinaba entonces en Constantinopla Mustafá III, que observando las leyes de la moral como buen musulman, no podia creer que los reyes tuviesen que recurrir á la mentira: así es que fué varias veces engañado por Federico y Catalina, que la tomaban como blanco de sus burlas. Federico habia usado con él un lenguaje amigable mientras habia tenido interés en escitarle contra la Rusia. Cuando se reconcilió con esta potencia, cambió de tono, hasta el punto de escandalizar al honrado mahometano. Asustábase Mustafá de la preponderancia de la Rusia, sobre todo por la influencia que adquiria en Polonia; y mandó al kan de los tártaros y á los demás príncipes de Moldavia y Valaquia el vigilarla. Pero el embajador ruso le aseguró que las tropas enviadas á Polonia no tenian por objeto más que asegurar la libertad de la eleccion y de la religion. Puede concebirse su indignacion cuando supo que Catalina habia mandado la eleccion de un hombre, cuyo único mérito consistia en una intimidad inmoral con ella. Creyendo que la justicia debe presidir á la política, queria romper al momento la paz; pero intimidados ó ganados los ulemas, le hicieron presente que el Coran prohibe atacar á los que dejan en paz al imperio. Decidióse por sugestion suya á desterrar al kan de los tártaros Crym Guerai, que le aconsejaba declarar la guerra, y á quien decia «¿qué puedo hacer yo solo? Todos están afeminados, corrompidos: no aman más que las casas de recreo, las músicas, los harems; trato de restablecer el órden y las antiguas costumbres, y nadie me secunda.»

Pero cuando informado de las violencias que se hacian á la Polonia, no pudo obtener con sus re-

(7) Nota del conde de Stackelberg, plenipotenciario de Rusia.

clamaciones que la Rusia evacuase el pais y que volviese la libertad á los senadores; cuando solicitado tambien por la Francia, que habia enviado tres millones á su embajador para corromper al divan, tuvo que quejarse además de una violacion de territorio; irritado de tanta mala fe, hizo encerrar en las Siete Torres al embajador ruso, declaró la guerra, y llamó á Crym-Guerai para dirigirla. Pronto le suscitó la Rusia embarazos en Asia, enviando agentes para sublevar los cosacos del Don, los calmucos y los príncipes cristianos de la Georgia, prometiendo libertarlos del yugo de la Turquia, y aquel baron de Tottleben, tan terrible á los polacos, dió aun en aquellas comarcas pruebas de su ferocidad.

Resultó de aquí que las esperanzas que se alimentaban por el lado de la Turquia no tardaron en desvanecerse. La Inglaterra adulaba á la Rusia para separarla de la Prusia, lo que le impidió romper el silencio. Los filosofistas y principalmente d'Alembert y Voltaire habian puesto en juego todos sus artificios para conmover la opinion en contra de los polacos, y ridiculizando á éstos animaron á sus asesinos (8).

Entregada la Francia á la indolencia y al goce de la paz, se cuidó poco de un pais remoto, ó creyó que ya no debia esperar que se repusiera. Fué por su parte una culpa inescusable; pues sosteniendo á la confederacion del Bar y á la Turquia, que se mostraba generosa, le hubiera sido fácil conservar aquella barrera de la civilizacion europea. Cuando conoció que habia habido no sólo bajeza, sino error político, en dejar cumplirse el asesinato de la Polonia, el gabinete quiso escusarse diciendo que no se le habia instruido de él sino después de haberse verificado; escusa peor que el mal. Amenazó entonces, negoció con los Paises-Bajos y con la Inglaterra, y no fué más allá. Carlos III de España fué el único que se mostró decidido á sostener á la Polonia; pero aislado, y distante como estaba, tuvo que aceptar las escusas del Austria.

Contra esta potencia fué principalmente contra quien se indignaron los señores polacos. Los rusos y los prusianos eran en efecto enemigos declarados y aspiraban á vengarse de haber sido un tiempo siervos de la Polonia; pero el Austria aparentaba ser su amiga y tutora; á los polacos debia el no haber caido bajo el yugo de los turcos cuando Sobieski libertó á Viena sitiada; y sin embargo, se habia concertado con sus enemigos naturales para desmembrar á su salvadora. Entre los señores polacos, unos se suicidaron, otros afrontaron la pobreza, dejando confiscar sus bienes por los invasores, antes que consentir en prestarles homenaje. Los demás llenaron á la Europa con sus quejas y apelaron á la posteridad.

De esta manera se encontraba roto el equilibrio establecido por la paz de Westfalia. Las tres potencias predominaban, y la Inglaterra se agrandaba por otra parte, de tal manera, que la Francia se encontraba como de segundo órden; fué un espanto general el que se estendió por toda Europa al ver considerada la fuerza como única medida del derecho, lo que comprometia la seguridad de todo el mundo.

Estanislao II, que, aunque recordando que era deudor del trono á Catalina, no olvidaba que habia nacido polaco, se aprovechó de aquella tranquilidad momentánea para restablecer el órden en el ejército y en la hacienda; pero se gobierna más con el carácter que con el talento: indignada la nobleza, no esperaba sino el momento de tentar de nuevo la fortuna, y la esperanza que alimentaba fué sostenida por el sucesor de Federico II, que parecia resuelto á devolver á Polonia su independencia. Los polacos aumentaron, pues, su ejército; y á pesar de las reclamaciones de Rusia, se ocupaban en formar una constitucion nueva, con arreglo á las ideas que acababan de despertarse en Francia, tanto como era posible en un pais en que no habia tercer estado, y el campesino era siervo.

Las potencias solicitaban la alianza de la Polonia, desde que se habia tranquilizado; pero Federico Guillermo obtuvo la preferencia (1790), luego que el marqués Luchisini, su ministro, reveló el ofrecimiento hecho por la Rusia de cederle toda la Gran Polonia, si permanecia neutral en la guerra contra la Turquia. Dícese tambien que el emperador de Austria le habia propuesto la adquisicion de Dantzick y de Torn, que ambicionaba, á condicion de dejar al Austria aumentar la Galitzia, pero desmintió aquella noticia.

Lo que importaba á la Polonia era acelerar su nueva constitucion, mientras que las potencias que

---

(8) Voltaire escribia á Federico: «Dícese que sois vos, señor, quien habeis ideado la particion de la Polonia: lo creo porque hay en ello genio, y el tratado se ha hecho en Postdam.» A Catalina el 29 de mayo de 1772: «Nuestros don Quijotes welches (los franceses) no pueden reprenderse ni bajeza ni fanatismo; han sido muy mal instruidos, muy imprudentes y muy injustos... Mi heroina adoptaba desde entonces un partido más noble y más útil, el de destruir la anarquia en Polonia, devolviendo á cada uno lo que cree pertenecerle, y comenzando por sí misma.» Cantaba *Los reyes que se reparten la torta*, y escribia además á Catalina: «El último acto de vuestra tragedia parece muy hermoso,» y se decia feliz «por haber vivido bastante tiempo para ver el gran acontecimiento.»—Cartas publicadas por lord Brougham en 1845.

Uno de los libros modernos en que más se conserva el espíritu del otro siglo, son *Los fastos universales*, etc., por Buret de Lonchamps, con las adiciones de Lejeune, en Bruselas, 1825. Este último, después de haber hecho el elogio de los reyes filósofos, y particularmente del «más grande hombre de aquella época,» se ve precisado á desmentirse á sí mismo diciendo: «El corazon sufre y se aflige al ver á aquellos dos príncipes, tan dignos por su filosofia de la admiracion de la posteridad, concertarse, unirse para pisotear las leyes de la moral, para hacer ceder á la fuerza y á la violencia, la justicia y los derechos más sagrados, despojar á una nacion de sus posesiones, sin otro motivo que el inmoderado deseo de su engrandecimiento.»

le eran hostiles no podian impedirle hacer el bien. Pero esta era la obra de personas prudentes, que no querian obrar precipitadamente, destruir lo pasado, ni imponer á un pueblo instituciones antes de haber medido la oportunidad. Ahora bien, el pueblo consideraba como un derecho precioso la elegibilidad del rey, al paso que ellos juzgaban necesario el abolirla. Tuvieron, pues, que preparar los ánimos á ella. El mayor obstáculo procedia de la fraccion rusa. Se componia de personas que teniendo la práctica de las dietas, y el arte de dilatar las cosas, se entretenian en miserias, suscitaban incidentes, proponian enmiendas, y cuando no podian impedir una deliberacion, inclinaban á los autores de la proposicion á exageraciones que hacian resaltar los inconvenientes y las dificultades. En aquellos debates se disminuian las fuerzas, y el tiempo se perdia. Comenzaban otra vez las potencias vecinas á mezclarse en los asuntos de la Polonia, y ya se decia descaradamente que era su intencion indemnizarse de los gastos de la guerra haciendo una nueva particion del pais. Los patriotas, que con tanto valor como buen sentido y lealtad, habian dado ya una Carta á las ciudades inmediatas, por la cual todos los habitantes de aquellas ciudades eran declarados libres y sometidos á una legislacion única, juzgaron entonces necesario unirse al rey.

Nueva constitucion.— Estanislao debia, en fin, creerse feliz con salir de la servidumbre en que la Rusia le tenia hacia veinte y cinco años, y haber adquirido una constitucion nacional. Animábase con la idea de llegar á ser el legislador de su pais, y obtener la admiracion de la Europa, dispuesta entonces á alabar semejantes medidas. Redactó, pues, él mismo una constitucion: y algunas maquinaciones que puso por obra el partido ruso para verificar en sentido contrario una revolucion las destruyó, y promulgó su obra. Fué el primero que le prestó juramento, y todos los demás señores, después de él, en medio de una inesplicable alegria. Confirmaba en ella los antiguos derechos de la aristocracia como principal sosten de la libertad, como asimismo la Carta concedida á las ciudades. El poder legislativo debia residir en los Estados, el poder ejecutivo en el rey y en el consejo de Estado, llamado custodio de las leyes; el poder judicial en los tribunales. La dieta se dividiria en dos cámaras, la de los nuncios y la de los senadores; el *liberum veto* quedaba abolido, como tambien toda confederacion, y establecida la inviolabilidad del rey, y ser hereditario el trono en los descendientes de Federico Augusto de Sajonia (9).

Es inútil estendernos sobre aquel estatuto que no tuvo efecto, y que fué juzgado demasiado liberal por unos, demasiado tiránico por otros. Era particularmente odioso á los señores, á los que arrebataba la esperanza de ascender al trono. Concertáronse, pues, para unirse á la Rusia. Desde el momento en que Catalina se reconcilió con la Puerta (1791) desaprobó enérgicamente lo que se habia hecho en Polonia, para imponer al pais del envilecimiento en que le queria tener; y escribió á su embajador en Varsovia: «Recordad al rey que he propuesto los medios de evitar la desmembracion de la Polonia. En la actualidad no cesan de invitarme á una nueva particion. Decidle que me opongo y opondré mientras no vea declararse en mi contra al rey y á la nacion. De otra manera, depende de mí el borrar á la Polonia del mapa de Europa.

La muerte de Leopoldo II, la libertó del obstáculo que temia, y obtuvo de su sucesor y de Federico Guillermo II, que tanto uno como otro no sostendrian la promesa que habian hecho de mantener la integridad de la Polonia y la libertad de su constitucion; y dado este paso, Catalina alentó á los polacos á que restablecieran sus antiguos privilegios, y á poner su confianza en la magnanimidad, en el desinterés que dirigian sus pasos; después declaró, en su cualidad de protectora de los refugiados, que iba á hacer entrar tropas en el pais para restablecer el antiguo órden de cosas. No queriendo los polacos abdicar su derecho de nacion independiente, se dispusieron á pelear, apelaron á las potencias, y confiaron al rey una autoridad dictatorial. Pero el Austria guardó silencio. La Prusia dijo que no queria ni debia mezclarse en ello, y al mismo tiempo se unió á la Rusia para introducir en Polonia la antigua anarquia.

Kosciusko.—La revolucion francesa acababa de

---

(9) Referiremos el preámbulo de aquella constitucion, como muestra de la ampulosa elocuencia que agradaba á Estanislao:

«En el nombre de Dios, Estanislao Augusto, por la gracia de Dios y de la voluntad de la nacion, rey de Polonia, etc., en union de los Estados confederados, en número doble, que representan á la nacion polaca.

»Persuadidos de que la perfeccion y estabilidad de una nueva constitucion nacional, son las únicas que pueden asegurar nuestra suerte; ilustrados por una larga y deplorable esperiencia sobre los inveterados vicios de nuestro gobierno; queriendo aprovechar el estado en que actualmente se encuentra la Europa, y sobre todo en los últimos momentos de la época afortunada, que nos ha devuelto á nosotros mismos; emancipados del yugo envilecedor que nos imponia la preponderancia extranjera; prefiriendo á nuestra felicidad particular y nuestra misma vida, la existencia política, la libertad interior de la nacion que nos ha sido confiada, y su independencia esterior, deseando merecer las bendiciones y recompensas de nuestros contemporáneos y de la posteridad, á despecho de los obstáculos que las pasiones pueden oponernos, y sin considerar más que el bien público; queriendo, en fin, asegurar la libertad y mantener intactas las fronteras: por todos estos motivos, hemos decretado la presente constitucion con toda nuestra firmeza de ánimo, y la declaramos sagrada é inviolable hasta que la nacion, después del término prescrito, declare, por su espresa voluntad, que es necesario cambiar una de sus disposiciones,» etc.

estallar á la sazon, y el espanto de los reyes alentaba á los que les resistian. Kosciusko, valiente guerrero lituano, que se habia puesto al frente del movimiento, habia tenido cuidado de protestar que la sublevacion de la Polonia era enteramente otra cosa que la de Francia, y que consideraba como enemigos de la patria á los que querian establecer círculos y sociedades particulares. Ocurrian mientras tanto en Varsovia escenas que recordaban la Convencion francesa; pero tal vez eran suscitadas por los enemigos de la Polonia. En fin, los rusos se pusieron en marcha; y pasando libremente por el territorio de la Galitzia, ocultaron sus movimientos á los polacos, que fueron vencidos. Estanislao declaró al principio que estaba resuelto á perecer con su patria; pero héroe siempre á medias, se desalentó y consintió en la confederacion, que desde aquel momento fué llamada confederacion de la corona; Felix Potocki, hombre vendido á los extranjeros, y que se habia elevado á fuerza de bajezas, llegó á ser mariscal. Todo volvió, pues, á su antiguo estado; revocóse hasta la carta dada á los ciudadanos, y se dijo al pais: «El instante está próximo en que la república verá asegurada su libertad y su independencia, en que el ciudadano gozará de todos sus derechos. Nacion, tú harás justicia á los que han arriesgado su fortuna y su vida, y afrontado las injurias para devolverte tu felicidad.»

En este estado de cosas, el rey de Prusia declaró (1793) que las máximas jacobinas esparcidas por la Gran Polonia le obligaban á ocuparla; anunciando después que obraba de inteligencia con la Rusia, incorporó, para su seguridad, Dantzick y Thorn á sus Estados con la mayor parte de la Gran Polonia, llamada después Prusia meridional. Al mismo tiempo Catalina hizo saber que habia resuelto en union del emperador, restringir la república polaca, con objeto de hacerla más prudente y más tranquila. La dieta quedó estupefacta. Pensó Estanislao en abdicar una corona que no podia ya conservar sin vergüenza (10), pero faltóle el valor para adoptar aquel noble partido.

La Rusia dispuso persecuciones y confiscaciones contra los que se habian opuesto á sus miras: escluyó de la nueva dieta á todo el que habia mostrado apego al estatuto del 91; los diputados que, aunque elegidos bajo el imperio del terror, se opusieron con calor á sus voluntades, fueron presos (11); y fué preciso resignarse al tratado propuesto (22 julio 1793). Estipulaba que Rusia tomaria cuatro mil quinientas cincuenta y tres millas cuadradas, con tres millones once mil seiscientos ochenta y ocho habitantes; que la integridad de los demás seria garantizada á la Polonia, así como la soberania, y que seria libre de constituirse como quisiera; que la Rusia dejaria á los católicos romanos que pasaban bajo su dominacion el pleno y libre ejercicio de su religion.

Los polacos se habian persuadido que de esta manera separaban á la Rusia de la Prusia; pero la Rusia les mandó satisfacer las exigencias de esta potencia, hizo poner presos á los que se oponian, habló de jacobinos y conspiraciones, y como la dieta guardó silencio todó el dia y una parte de la noche, se consideró este silencio como una aprobacion. Adjudicáronse, pues, á la Prusia mil sesenta y una millas cuadradas, con tres millones quinientos noventa y cuatro mil seiscientos cuarenta habitantes; la república quedó reducida á tres mil ochocientas sesenta y una millas cuadradas, comprendiendo tres millones ciento cincuenta y tres mil seiscientos veinte y nueve habitantes, y se unió indisolublemente á la Rusia, es decir, que renunció á su independencia. No tocó nada de esta nueva particion al Austria, en atencion, decian, á que se le habian asignado secretamente compensaciones en otras partes.

Confiando siempre la dieta en las seguridades dadas, se dedicó á reformar su estatuto; pero apenas determinó algunas disposiciones que agradaban menos á la Rusia, cuando aquella potencia comenzó de nuevo á amenazar; y su ministro, que era al mismo tiempo general del ejército, le impuso la ley. Llegó, pues, al estremo el descontento, y Kosciusko preparó una rebelion que el ejemplo y tal vez las sugestiones de la Francia hicieron estallar en Cracovia (1794), donde se proclamó la constitucion del 91 y la integridad del reino. Los rusos fueron asesinados en Varsovia, y en todas partes por donde se encontraban diseminados. Vilna y Grodno contestaron á la señal, y las venganzas comenzaron en todas partes. Elevados personajes fueron enviados al suplicio como traidores, el débil Estanislao fué respetado; pero se confió el gobierno á un consejo nacional.

La Rusia, la Prusia y el Austria hicieron de concierto marchar tropas para impedir que se estendiera el incendio; los polacos fueron vencidos, y el mismo Kosciusko, hecho prisionero, esclamó: *Finis Poloniæ*. Suvarof se apoderó de Praga, arrabal de

(10) «Treinta años de esfuerzos, durante los cuales, queriendo hacer siempre el bien, he tenido que luchar con toda clase de pesares, me han reducido al grado de no poder siquiera esperar servir á mi patria de una manera útil, ni desempeñar mi deber con honor. Las circunstancias son tales, que mi deber tambien me prohibe toda participacion personal en medidas que producirian la ruina de la Polonia. Conviene, pues, que resigne un cargo que no puedo sostener dignamente. Deseo ver ocupado por un hombre más feliz un puesto que «de todos modos mi edad y mis enfermedades dejarian pronto vacante.» Aquella carta estaba dirigida á Catalina que no le contestó.

(11) Kimbar decia: «¿Qué le importan los sufrimientos á la virtud? Su esencia es despreciarlos. Se nos amenaza con la Siberia, sus desiertos tendrán encantos para nosotros, recordándonos nuestro valor. Vamos, pues, á Siberia; conducidnos vos mismo, señor; allí vuestra virtud y la nuestra harán palidecer á nuestros enemigos.»

Varsovia, después de una encarnizada lucha, en la que doce mil de sus defensores, de veinte y seis mil que eran, perecieron peleando; los demás trataron de retirarse al otro lado del rio, pero diez mil cayeron prisioneros y dos mil se ahogaron. Los jefes de la sublevacion que no pudieron refugiarse en Francia fueron conducidos á Rusia.

El Austria, que ambicionaba Cracovia y sus dependencias, se entendió con la Rusia, que se hallaba indispuesta con la Prusia; y se convino entre ellas una nueva particion. En su consecuencia, la Rusia obtuvo la Curlandia y la Semigalia, Vilna, la Volnia y otros territorios, que componian dos mil treinta millas cuadradas, con un millon ciento setènta y seis mil quinientos noventa habitantes. Los Estados de Curlandia y Semigalia se sometieron; y Pedro Biron, último duque, se retiró á Silesia, donde vivió hasta 1800, con una renta de 50,000 ducados. El Austria se apoderó de la Cracovia y de varios palatinados, que formaron la Galitzia occidental, que comprendia ochocientas treinta y cuatro millas cuadradas, y un millon treinta y siete mil setecientos cuarenta y dos habitantes. La Prusia, que fué invitada á acceder á esta nueva particion, obtuvo novecientas noventa y siete millas cuadradas y novecientos treinta y nueve mil doscientos noventa y siete habitantes. Pretendia tambien obtener á Cracovia, y queria mantenerse en ella con las armas; pero la Rusia amenazó, y fué preciso ceder. Envióse á Estanislao una órden de abdicacion; y recibió hasta su muerte (1798) una pension de doscientos mil ducados. Las desgracias con que aquel príncipe, amante, hechura y víctima de Catalina, tuvo que pagar el trono á que le habia hecho ascender, han hecho á la posteridad indulgente con respecto á él. El sistema político del Norte se encontró cambiado por aquellos acontecimientos, y anulados los tratados de Oliva y Moscou, en los cuales se apoyaba aquel sistema, la Prusia, la Rusia y Austria fueron limítrofes.

Pablo I, sucesor de Catalina, ofreció á Kosciusko, que habia permanecido preso, su libertad y una tierra de mil quinientos siervos, á condicion de prestarle obediencia. Aceptó la primera y se negó á lo demás; pidiendo sólo ir á unirse á Washington, y aprovecharse á su lado de una libertad que habia ayudado á conquistar. Recibió sus pasaportes y dinero; pero, engañado en sus esperanzas, volvió á Francia. Acogido con afan, se le miró pronto con envidia; después quedó olvidado en una casa cerca de Fontainebleau. Cuando en 1807 Napoleon, que pensaba invadir la Polonia, quiso servirse de su nombre, Kosciusko, que no se formaba ilusiones sobre el resultado de sus promesas, negó su cooperacion; y la proclama hecha á la nacion polaca en su nombre, fué una impostura. Viajó por Italia, se fijó después en Soleura, donde murió el 16 de octubre de 1817. Sus restos fueron depositados en la catedral de Cracovia, entre Juan Sobieski y José Poniatowski. Su nombre vivió en todos los corazones polacos con la esperanza de mejor porvenir.

CAPÍTULO XIV

TURQUIA.—CATALINA II.

Mustafá.—Mustafá III, hijo de Acmet III, sucedió á Otman en el debilitado trono de Constantinopla (1757). Instruido por las desgracias y lecciones de su padre, su ánimo se habia fortificado con el estudio y la reflexion. Laborioso y amigo de la justicia, dió su confianza á Mehemet-Raghib, bajá de Egipto, uno de los mejores visires de la decadencia. Aquel ministro hizo reformas oportunas y restableció la Hacienda. Indujo á su amo á quitar á los kislar-agás, gobernadores del serrallo, la administracion de los fondos destinados al sostenimiento del harem, lo que hizo más poderoso que lo que habia sido el empleo del gran visir, emancipándole de las cábalas interiores. La coleccion de sus cuarenta y nueve relaciones oficiales es considerada por los turcos como un modelo de estilo. *Sefinet* (barco), antologia de prosa y versos árabes, es muy estimado, como tambien la *Historia de los tratados con Nadir* y la de la *paz de Belgrado*.

El Imperio turco tenia rentas, si no mejor ordenadas, al menos más pingües que las de las demás potencias europeas. El *miri*, ó tesoro público, se componia de la capitacion que se paga desde la edad de catorce años, del producto de las salinas y de los dominios de la corona, de las aduanas del impuesto sobre el café, el tabaco y las drogas. El *kasna*, ó tesoro privado, percibia los tributos de los hospodares de Moldavia, Valaquia y Ragusa, los impuestos de Egipto, diez por ciento de las ventas de los bienes-raices, las multas, las confiscaciones y las sucesiones sin heredero. El poder se fundaba únicamente en los soldados, como en Rusia, Prusia y Austria. Las tropas turcas soportan mejor las fatigas militares que las de los príncipes europeos, atacan con impetuosidad, resisten con tenacidad, hasta que ya no tienen esperanza de vencer; pero cuando pierden esta esperanza, se dispersan sin remedio.

Observador rígido de la ley y de la religion á causa de la soledad en que vivia, Mustafá hacia ejecutar con implacable severidad las ordenanzas suntuarias del Imperio; y paseándose por las calles, seguido del verdugo, le hacia destrozar ó estrangular á los que usaban trajes demasiado ricos. Si el pueblo, acostumbrado á las profusiones de Mahmud, le acusaba de avaricia, contestaba que cuando llegase el caso, conocerian lo contrario. En efecto, reparó los caminos y puentes, fundó escuelas y bibliotecas, hizo traducir al turco los *Aforismos* de Boeerhaave, y el *Príncipe*, de Maquiavelo, con la refutacion hecha de este libro por Federico II: pronunciaba él mismo discursos en las academias. Se esforzaba en remediar la decadencia del Imperio; é indignándose de las últimas cesiones de territorio hechas á los cristianos, hubiera deseado la guerra, siquiera por sentimiento religioso, pero Raghib le detenia, oponiéndole las decisiones de los ulemas, y los enormes gastos á que era necesario atender.

Vahabitas.—El Imperio parecia dislocarse por todas partes. De vez en cuando algunos bajás, ó bien los mamelucos de Egipto, negaban la obediencia, y la Puerta no tenia bastantes fuerzas para domeñarles. El jeque Mahomet, hijo de Abd-el-Wahab, habia fundado en 1730 la secta de los wahabitas, que reconociendo al Profeta rechazaban toda tradicion. Ibn-Seud, que reinaba en Dreich en el golfo Pérsico, la dió estension, y poco á poco hizo progresos en Arabia, hasta que la veremos amenazar, no sólo la existencia del trono, sino la de la religion musulmana.

Montenegro.—En la época del imperio servio, Montenegro pertenecia al territorio de Zeta y cuando concluyó aquel imperio, aquel pais hubiera pertenecido á los turcos sin la firmeza de sus príncipes, y sobre todo de los hijos de Estéban Cherno-

jewich, que rechazaron el yugo. Ivan, uno de ellos, que se habia retirado á las montañas, alentó con su ejemplo á los suyos á la defensa, é hizo una ley que disponia que el que abandonase su puesto, seria escluido de la compañia de los hombres, para ir á hilar con las mujeres. Cediendo su hijo Jorge á las sugestiones de su mujer, que era una Mocénigo, se decidió á ir á concluir sus dias á Venecia. Resignó, pues, la autoridad al metropolitano de Cettigna (1516). Desde aquel momento encontrándose reunidos los poderes temporal y espiritual, los montenegrinos fueron gobernados por el vladika ú hospodar, aunque los turcos que habian quedado superiores, hubiesen conseguido someterlos á la capitacion. En la época de las hostilidades entre la Puerta y la Rusia, los montenegrinos volvieron á levantar la cabeza. Pero en 1712, desde que los turcos se desembarazaron de aquella enemiga, hicieron marchar contra ellos sesenta mil hombres, que fueron de pronto rechazados, hasta que habiendo sorprendido con astucia á los jefes montenegrinos, se vengaron con la matanza. Esta fué la primera señal de la separacion, pues desde entonces los montenegrinos no reconocieron otros jefes que los rusos. Medio siglo después, como ya hemos dicho, un desertor croata, llamado Estéban Petit (1767), que se hacia pasar por Pedro III, proclamó la intencion de libertar á los cristianos, diciendo que era enviado de Dios para enaltecer los altares, y vengar su santo nombre de los ultrajes de los infieles. Al mismo tiempo que Catalina escitaba bajo mano á los griegos á rebelarse contra los turcos, exhortaba á estos últimos á entregarle el perturbador de la paz. La Puerta envió tropas, y hecho prisionero Estéban fué degollado (1).

El amor que habia dado un trono á Poniatowski destinaba otro á Gregorio Orlof, á cuya instigacion Catalina queria llevar la guerra al Mediterráneo, emancipar á la Grecia, y fundar un nuevo reino cristiano. Otros ministros preferian conquistar la Tartaria, la Europa y la Crimea, y Federico II decidió á la czarina á adoptar este último partido. En efecto, los turcos fueron vencidos en Kagoul, los rusos se apoderaron de Bender, donde encontraron trescientos cuarenta y ocho cañones; y éste fué el principio de la independencia tártara.

La diversidad de religion perpetuaba la enemistad entre los conquistadores y vencidos. Los armenios, que gozaban en Constantinopla de la libertad de su culto, se habian asociado entonces á los cismáticos; pero los misioneros creyeron en su celo indigna aquella asociacion: resultó de ello entre los cristianos turbulencias que comprometieron su tranquilidad, y despertaron la atencion de toda la Europa.

Griegos.—Los griegos hacian todos los negocios de los turcos, que siendo ignorantes, desde el primer momento de la conquista habian tenido que valerse de ellos para la administracion; y algunas familias privilegiadas del barrio de Constantinopla llamado el Tanal, dirigian la diplomacia y la hacienda *(fanariotas):* gente apegada por interés á los dominadores; pero que podia tambien, favoreciendo á sus hermanos, descubrir los secretos y enervar las fuerzas del Imperio. Muchos insulares acudian á Constantinopla para servir entre los fanariotas, ó en las casas de comercio de Esmirna; otros recorrian el Mediterráneo como agentes de los turcos. Todas eran gentes pobres y sin cultura, que no eran visitadas en sus islas sino por algunos corsarios y los misioneros católicos, que procuraban insinuarse en todas partes bajo la proteccion de los embajadores. Penetraban en los presidios, consolaban á los moribundos, asistian á los apestados, á pesar de las contrariedades que les hacia esperimentar el sínodo griego. Establecian escuelas, á las que atraian á los niños, instruyéndoles sin oposicion en Esmirna, y sobre todo en los parajes en que los griegos habian dominado en otro tiempo. Los padres asistian á veces á la enseñanza con sus hijos; las pompas de la Iglesia católica les agradaban, y adornaban con flores y follajes las procesiones del Corpus.

El amor á la patria y á la religion sobrevivia indestructible en el alma de los griegos, y se manifestaba, ora con frecuentes sublevaciones, ora con la continua resistencia que oponian con las armas en la mano cierto número de los suyos refugiados en las montañas á sus dominadores, que les denigraban con el epiteto de ladrones (*cleftas*). Gregorio Papaz-Ogli (hijo de sacerdote), de Larisa, que estaba al servicio de la Rusia, exaltado con brillantes esperanzas, se encargó de insurreccionar al pais. Fingiendo Catalina especulaciones comerciales mandó dos barcos, los primeros con pabellon ruso que se vieron en el Mediterráneo, con el objeto de proporcionar socorros á Papaz-Ogli, y algunos de sus emisarios penetraron en el Montenegro, con pretexto de comprobar la identidad de Pedro III.

Panayoti Benaki, primado de Calamata, y Mauro-Mikali, jefe de los mainotas, se entendieron con Gregorio Orlof, cuyos dos hermanos, Teodoro y Alejo, hacian preparativos en Cerdeña, Liorna y Mahon, para abastecer á la escuadra que se armaba secretamente en el Báltico, de siete navíos de línea, cuatro fragatas y algunos barcos de trasporte. Aquella escuadra se dió en efecto á la vela, pero en un estado tan miserable, que fué para la Inglaterra, adonde primero arribó, como un motivo de

(1) Los montenegrinos volvieron á empuñar las armas siempre que la Turquia estaba en guerra con una potencia cristiana; después en 1796 dieron muerte al bajá que peleaba contra ellos, y su independencia data desde aquel momento. En 1820 el gran señor trató de someterlos, pero en vano: intentólo de nuevo en 1832. En 1879 Montenegro contaba 286,000 habitantes en una sola extension de 9,433 kilómetros cuadrados. El tratado de Berlin (13 de julio de 1878) dobló su territorio por la parte que habia tomado en la guerra contra Turquia.

burla. Pero tomó allí provisiones, y oficiales ingleses se encargaron de su mando, principalmente el lord escocés Elphinstone. Después cuando engañado Mustafá se fortificaba en el Danubio, y la Europa, engañada tambien como él, creia aquellas fuerzas destinadas á obrar contra la Suecia, desembarcaron en Coron, al mando de Teodoro Orlof. Al momento á los doscientos veinte hombres que saltaron en tierra, se unieron los mainotas, que acostumbrados al pillaje, saquearon á Misitra de una manera horrible. Al mismo tiempo se apoderaron los rusos de Navarino (*Pylos*), proclamando que Catalina protegia la fe griega, y ponian sitio á Modon y á Coron. Batidos en tierra, vencieron en el mar en la extraordinaria jornada de Gesmé (julio de 1770), en la que la escuadra otomana fué incendiada, y la ciudad arruinada por la explosion de sus polvorines.

Era una cosa nueva una victoria naval de los rusos; y si hubiesen atacado los Dardanelos, tal vez se hubieran apoderado de Constantinopla. En efecto, el almirante Elphinstone entró en el canal, hizo tocar á zafarrancho y preparar el ataque, pero la envidiosa oposicion de Orlof le decidió á retirarse. Mustafá fué sostenido por Hassan Bey, valiente marino, que resucitó la gloria de Barbaroja, de Dragut, pero habia mucha desproporcion entre ambos partidos en los conocimientos militares. El baron polaco de Tott obtuvo la confianza de Mustafá presentándole un mapa del imperio ruso y del teatro de la guerra, y fué encargado por él de reformar la artilleria turca y fortificar los Dardanelos, amenazados por los rusos. Grande fué la admiracion del gran señor, al verle acostumbrar á los artilleros á disparar tres tiros por minuto. El baron de Tott hizo aun otras reformas; pero disgustado del carácter de aquel pueblo y de su gobierno, abandonó el pais. Si hemos de dar crédito á Federico II, «los generales de Catalina ignoraban la táctica y la castrametacion; los del sultan sabian aun menos; es preciso, pues, para formarse una idea de aquella guerra, figurarse á miopes dándose de palos con ciegos.» Aquellas campañas parecieron, en efecto, cubrir de gloria á las armas rusas, y los aduladores que Catalina tuvo siempre en gran número, las ensalzaron hasta las nubes (2).

Entonces se sublevaron todos los griegos. Los rusos se adelantaron por la Valaquia y otros por Crimea, donde los tártaros se declararon independientes.

Ali-Bulat-Kapan, que asistia á la edad de quince años (1741) á una batalla entre los turcos y los abisinos, fué hecho prisionero por estos últimos, y vendido en el Cairo. Gracias á su habilidad, ascendió por grados hasta llegar á ser uno de los veinte y cuatro beyes que gobernaban el Egipto. Habiéndose desembarazado de sus colegas con el asesinato, los hizo reemplazar por veinte de sus afiliados, y con su apoyo se apoderó de la dominacion del pais, con el título de Ali-Bey. Continuó pagando el tributo á la Puerta; pero cuando ésta se encontró comprometida en la guerra con los rusos, se declaró independiente, y envió á Mohammed-bey, llamado Abudah, á conquistar la Siria al frente de ochenta mil hombres. Dejóse vencer el lugar teniente, y se rebeló contra su amigo, naciendo de ahí la guerra civil. Batido Ali (1772) cerca del Cairo, se refugió con sus tesoros en Gaza, donde fué protegido por Daher-Omer, jeque de San Juan de Acre (1773), con cuya ayuda conquistó á Joppe. Púsose después en marcha para recobrar el Cairo; pero Abudah le derrotó y dió muerte.

No sabia sin embargo la Rusia aprovecharse de las turbulencias que habia escitado. Federico II no juzgaba oportuno contribuir á su engrandecimiento proporcionándole dinero. Viena miraba con envidia su incremento; y como habia ambicionado siempre la Moldavia y la Valaquia como dependencias de la Hungria, declaró que no consentiria nunca en que se reuniesen á la Rusia. Kaunitz hubiera querido verificar una alianza con la Turquia, pero, contrariado por la devocion de Maria Teresa, no pudo más que aconsejar aquella alianza y sostener su utilidad. Fué, pues, firmado un tratado en Constantinopla por el cual la corte de Viena se comprometia con aquella potencia á libertarla de los rusos con las negociaciones y las armas, mediante ciertas posesiones que obtendria en pago, y un adelanto de cuatrocientos mil florines (3). El Austria dirigió, en efecto, algunas notas á la Rusia;

---

(2) El príncipe de Ligne dice, hablando del modo de pelear de los rusos y los turcos: «Veo á los rusos, á quienes se les dice *sed esto y aquello*, y lo son. Aprenden las artes liberales, como el *médico á palos* toma sus grados. Son infantes, marinos, cazadores, sacerdotes, dragones, músicos, ingenieros, cómicos, coraceros, pintores y cirujanos. Veo á los rusos que cantan y bailan en la trinchera, en la que nunca son reemplazados, y esto en medio del tiroteo, de los disparos de cañon, de la nieve y del fango; políticos, atentos, respetuosos y obedientes, tratan, ojo avizor, de leer en las miradas de sus oficiales el mandato para prevenirle. Veo á los turcos, que pasan por no tener sentido comun en la guerra, y que la hacen con cierto método, dispersarse con objeto de que la artilleria y el fuego de los batallones no pueda alcanzarles; apuntando maravillosamente, y disparando sobre objetos reunidos, encubren con aquellas descargas su especie de maniobra, se ocultan en las sinuosidades, en los huecos ó en las ramas de los árboles; después se adelantan en grupos de cuarenta ó cincuenta, con una bandera que corren á plantar delante para ganar terreno; hacen disparar á los primeros con la rodilla en tierra, y después pasar á retaguardia para volver á cargar sus armas, sucediéndose de esta manera hasta que vuelven á avanzar como un torbellino con su bandera. Aquellos estandartes son una especie de nivel para impedir que ninguna cabeza de aquellas bandas cubra á la otra; imagínense terribles aullidos, y gritos de *Allah* que alientan á los musulmanes y espantan á los cristianos: y además cabezas cortadas que hacen un terrible efecto.»

(3) Ferrand no ve en esto más que una astucia del Austria para sacar dinero á la Puerta; es sin embargo cierto

pero se apaciguó tan pronto como obtuvo su parte en el desmembramiento de la Polonia, y asegurado la independencia de la Moldavia y de la Valaquia, dejando comprometida á la Puerta, que habia pagado ya una quinta parte de la suma estipulada.

Paz de Kainargi.—Continuó, pues, la guerra. Los rusos querian volver á los tártaros de Crimea la independencia de que gozaban en tiempo de los Gengiskanidas, antes de ser sometidos por Mahomet II en 1471, y hacer de la Morea un principado para Orlof. En efecto, en la paz que se hizo en Kainargi entre la Puerta y la Rusia (1774), después de siete años de guerra, los tártaros de Crimea, de Buyak y de Kuban fueron reconocidos libres, con la única obligacion de reverenciar como califa al gran señor, que enviara al nuevo kan la pelliza de cibelina, el turbante y la cimitarra, nombraria los jueces y se recordaria su nombre en las oraciones de las mezquitas. La navegacion, los viajes, las peregrinaciones y el comercio debian ser libres en el territorio de ambos imperios. La Rusia restituyó la Besarabia, la Moldavia y la Valaquia, á condicion de que se trataria bien á aquellas provincias; y lo mismo sucedió con las islas del Archipiélago. Pero conservó varias fortalezas en el Dnieper y en Crimea, con la ciudad de Azof y las dos Cabardias. Tuvo que evacuar la Georgia y la Mingrelia, sin que la Puerta pudiese percibir tributo, ni sacar de allí niños y doncellas. Aquel artículo no fué ejecutado; pero bastaba á Catalina que estuviese escrito, con objeto de que le valiese los aplausos de los filántropos.

La Turquia perdia en los tártaros su baluarte al Norte, como tambien el medio de perjudicar á los cristianos, y los que habian sido hasta entonces sus defensores podian llegar á ser sus enemigos. Además, los rusos no disimulaban su intencion de apoderarse del mar Negro, lo que les haria dueños de Constantinopla, por la posibilidad de rendirla por hambre cuando quisieran. No podia, pues, durar la paz, ni ser observados los convenios que la arreglaban; así es que se reprodujeron con frecuencia las diferencias.

La Turquia habia tenido además que ceder la Bukovina, para conservar la amistad del Austria. Fué tambien inquietada en lo interior por diferentes desastres. El naufragio de setenta buques cargados de granos para Constantinopla escitó varias sediciones, en la que sobre todo se señalaron las mujeres por su furia. El bajá de Bagdad negó el tributo, é hizo caer la cabeza del capidyí enviado para cobrar el suyo. El capitan bajá que recorria el Archipiélago para percibir el tributo anual, habia desembarcado en Coos para asistir á la oracion del viernes; mas sesenta y seis esclavos cristianos se apoderaron del navío almirante y le condujeron á Malta. Quedó consternado el imperio al saber que el estandarte sagrado, que tenia la cimitarra de Alí y los nombres de cuatro discípulos del Profeta, estaba en poder de los enemigos; pero el rey de Francia le rescató, y devolvió al sultan.

Abdul-Hamid.—El nacimiento de un heredero del trono, negado á los predecesores de Mustafá, fué festejado con diez dias de licencia, sin distincion entre los musulmanes y los griegos, entre los judíos y los francos. Pero como Selim no tenia más que doce años cuando murió su padre, Abdul-Hamid sucedió á Mustafá, después de haber pasado catorce en el Serrallo (1774). Era un príncipe de buen carácter; pero ignorante y débil; encontró tan exhausto el tesoro, que no pudo hacer á las tropas la liberalidad acostumbrada, y éste fué el primer ejemplo de semejante omision.

Catalina no habia dejado respirar á la Turquia sino para prepararse á la guerra, y cuanto más condescendencia mostraba aquella potencia, mayores eran sus pretensiones, alimentando la idea de arrojar á los musulmanes de la Europa, y atraerse las alabanzas de los filósofos como libertadora de la Grecia. El nombre otomano era un motivo de burla en Petersburgo, donde todas las artes celebraban la caida del islamismo y la insurreccion de los griegos. El segundo hijo de Pablo I recibió en el bautismo el nombre de Constantino, y se le dió una griega por nodriza. Entre tanto Catalina proseguia sordamente el curso de sus usurpaciones; sus embajadores propagaban las ideas de rebelion; todo hospodar rebelde encontraba proteccion á su lado; pretendia hasta mezclarse en los asuntos interiores de la Turquia, é imponerle el estrañamiento de los oficiales que no habia podido corromper. Heraclio, señor de Kachet y de la Kartilinia, como tambien Salomon, señor de la Georgia y de la Imeretia, fueron inducidos, tanto con promesas como con amenazas, á prestar homenaje á la czarina por los paises de su obediencia.

Sahim-Guerai habia sido ascendido al empleo de kan de la Crimea para ser juguete de la Rusia, cuyo embajador era un espía encargado de desacreditarle cerca de los suyos. Aquellos pueblos detestaban las costumbres rusas; y por esto persuadió á Guerai á que pidiese el cordon de Santa Ana y el grado de teniente en la guardia de Catalina. Inspiróle gusto á la profusion, al lujo, á la licencia, al aparato militar y á la idea de tener una marina: de esta manera le ocasionaba gastos que le obligaban á establecer impuestos que escitaban el descontento. Los morzas (nobles), alentados por el embajador, se sublevaron; el kan huyó implorando el socorro de la Rusia, que no aguardando más que aquella ocasion, entró en el pais sin más efusion de sangre que la que abundantemente corrió en el cadalso. Vengado de esta manera el kan fué escarnecido, y concluyó por ser entregado á los turcos, que le sentenciaron á muerte.

Catalina, que acababa de estipular la independencia de la Crimea, notificó á la Europa que por *amor al buen órden y á la tranquilidad* habia tenido que ocupar aquel pais; y que le reunia á su

---

que el gabinete de Viena hizo entonces algunas proposiciones á la Rusia. Véase SCHOELL.

Imperio, para *sostener la paz y la felicidad.* De esta manera se vengaba la larga humillacion que los tártaros habian hecho sufrir á la Rusia. Suvarof hizo, dicen, degollar á treinta mil por órden de Pablo Potemkin, nuevo favorito de la czarina, hombre sin instruccion, incapaz de sentimientos generosos y de miras elevadas. Aquel medrado, que recibió el sobrenombre de *Táurico*, fué el encargado de organizar la Táuride á la rusa, y verificar la fusion de ambos paises. Cumplió su cometido con tal ferocidad, que la mayor parte de los habitantes emigraron, y mientras que el kan se habia mostrado muchas veces al frente de cincuenta mil hombres, no se contaba ya en el pais, dos años después de la reunion, más que diez y siete mil habitantes varones.

Potemkin, mimado por la fortuna, quiso ofrecer á su soberana y querida un espectáculo de magnificencia y mentira, de que se habló en aquella época tanto como de los acontecimientos militares. Reunió en el Boristenes un ejército más numeroso de lo que era necesario para una ceremonia; y poniendo por obra todo el talento de los pintores de decoraciones, presentó á las miradas la engañosa apariencia de un pais floreciente. Las orillas del rio estaban cubiertas de ciudades; pero eran ciudades pintadas en tela: se veian catedrales construyéndose, buques botándose al agua, y aldeas que se edificaban; los tártaros eran arrojados á latigazos á las costas, con el objeto de que pareciesen pobladas; y rebaños que se habian llevado de cuatrocientas leguas á la redonda, pastaban la hierba que pisaban por primera vez. Aquella representacion costó más que algunos establecimientos útiles. Entre los pueblos bárbaros que atravesaban el séquito real, los unos ocultaban las mujeres para sustraerlas á la licencia de los extranjeros, otros se apresuraban á ofrecérselas. No se veia allí más que un espectáculo. Catalina se dejaba engañar para engañar á la Europa sobre las fuerzas de su imperio y sobre su propia actividad: hasta los reyes se unieron á su comitiva; José II la acompañó hasta Querson, ciudad que habia fundado, y mandado poner en una de sus puertas la siguiente inscripcion: *Camino de Constantinopla.* El rey de Polonia gastó tres millones en tres dias que permaneció allí (4). Potemkin consiguió su objeto, que era impedir que se diese crédito á las quejas que se suscitaban de todas partes contra su administracion; y el mundo que filosofaba, es decir, que no examinaba, cantó otra vez los pacíficos triunfos de la industria y de la civilizacion.

La Crimea proporcionaba á la Turquia, no sólo soldados sino grano; así es que se pedia á voces que el sultan tratase de recobrarla; pero Abdul-Hamid, sintiéndose incapaz de resistir á la Rusia y al Austria reunidas, tuvo que resignarse á aquella nueva usurpacion. Reprimió con los suplicios á los insurrectos hospodares, hizo asolar las costas de la Morea, que los rusos habian sublevado, y renovó las concesiones hechas á los principados de Moldavia y Valaquia, concediéndoles nuevos privilegios y garantias contra todo acto arbitrario por parte de los oficiales del imperio y de los hospodares. Fijóse el tributo de la Valaquia en seiscientas diez y nueve bolsas, y en ciento treinta y cinco el de la Moldavia (5).

Sin embargo, habiendo conocido Abdul-Hamid que la Rusia meditaba su ruina, se preparó á resistir y pidió á la Francia ingenieros y artilleros (6). El ejército fué reorganizado, y la flota equipada con una maravillosa prontitud. Manifestando el divan una energia que no era de esperar después de tantas condescendencias, pidió que se separase al cón-

(4) Segur ha descrito minuciosamente aquellas fiestas y diversiones. Referiremos algunos fragmentos de las cartas del príncipe de Ligne á una dama francesa:

«Aun me parece soñar cuando en una carroza de seis asientos, que es un verdadero carro triunfal adornado con cifras de brillantes, me encuentro sentado entre dos personajes sobre cuyos hombros me hace dormir el calor, y oigo decir al despertarme á uno de mis dos camaradas: *Tengo treinta millones de súbditos,* dicen, *sin contar más que los hombres.—Y yo veinte y dos,* responde el otro, *contándolo todo.—Tengo necesidad,* añade el uno, *lo menos, de seiscientos mil soldados, del Kamschatka hasta Riga.—Con la mitad,* contesta el otro, *tengo lo necesario.*

»Todos los que poseian tierras en Crimea, como los morzas, ó aquellos á quienes la emperatriz se las habia regalado, como á mí, le juraron fidelidad. El emperador se acercó á mí; y cogiéndome por el collar del Toison de oro, me dijo: *Sois el primero de la órden que ha prestado juramento con señores de barba larga.* A lo que contesté: *Vale más, tanto para V. M. como para mí, que esté con caballeros tártaros que con caballeros flamencos.*

»Pasamos revista en coche á todos los embajadores y grandes personajes. ¡Dios sabe cómo les parecimos! *Antes que firmar la separacion de trece provincias, como mi hermano Jorge,* dijo Catalina á media voz, *me hubiera dejado disparar un pistoletazo.—Y antes que dar mi dimision como mi hermano y cuñado* (Luis XVI), replicó José, *convocando y reuniendo á la nacion para hablar de abusos, no sé lo que hubiera hecho.* Sus majestades imperiales hacian algunas veces, mirándose, ciertas proposiciones sobre el pobre turco. Yo, como aficionado á la bella antigüedad y á un poco de novedad, hablaba de resucitar la Grecia; Catalina de hacer renacer los Licurgos y Solones; pero José, que se ocupaba más de lo futuro que de lo pasado, de lo positivo que de las quimeras, decia: *¿Qué diablo hacer de Constantinopla?*»

(5) La bolsa está valuada en quinientas piastras y la piastra vale tres pesetas.

(6) Se lee en los dos despachos del bailio Agustin Garzoni, embajador de Venecia en Constantinopla, del 10 de noviembre de 1785: «La Francia, que ha tenido siempre interés en la existencia de aquel imperio, conoció que habiéndosele despojado del principal baluarte de la Crimea, debia considerarse su destino como muy vacilante. Concibiendo después alarmas, envió á aquella corte un considerable número de oficiales pagados por ella, de todo género y profesion, para introducir el órden, la disciplina y la ciencia entre los turcos, y ponerlos en estado de resistir á los ataques de sus enemigos.»

sul ruso de Moldavia, instigador de las rebeliones; que las tropas se retirasen de la Georgia, y que los buques rusos que pasasen el estrecho quedasen sometidos á la visita; en fin, cediendo á las solicitudes de la Inglaterra y de la Prusia, como tambien á las intrigas del gran visir Coya Yusuf-bajá, se decidió á declarar la guerra para recobrar la Crimea. Púsose al ministro ruso en las Siete Torres, y se proclamó á un nuevo kan de los tártaros. Este fué un motivo de alegria para Catalina, á quien Potemkin habia hecho concebir ideas de conquista, y que creia, con toda la Europa, que nada era más fácil que dar el ultimo golpe á aquel decadente imperio. Esta era tambien la ambiciosa creencia de José II; pero Maria Teresa conocia mejor la verdad de las cosas, y no podia olvidar que en el momento en que tenia á toda la Europa por enemiga, sólo la Puerta no se habia dejado seducir por las instancias de la Francia y de la Prusia á declararse su enemiga. Tan pronto como José II le sucedió, buscó la alianza de la Rusia, á falta de la de Francia; para el efecto compró á Potemkin, confiriéndole el título de príncipe del imperio; y prodigóle después lisonjas en su viaje á Petersburgo. Estrechóse, pues, la alianza entre ambas cortes, y se prometieron no contrariarse en los engrandecimientos que proyectaban, la Rusia por el lado de la Turquia, el Austria por el de la Baviera. Catalina aconsejaba tambien á José II apoderarse de la Italia y de Roma, para ser verdadero emperador de Occidente, al paso que ella renovaria el imperio de Oriente (7). En su consecuencia, aunque la Francia hizo presente á aquel monarca el peligro de unirse á una potencia, cuyos engrandecimientos debia temer, José declaró que proporcionaria cien mil soldados á Catalina para sostener sus pretensiones contra la Puerta. Lascy dirigió sobre las fronteras de la Hungria el mejor ejército que el Austria ha tenido. Potemkin se adelantó por la Crimea, y Romanzof entró en la Ukrania; pero envidiosos el uno del otro, no hicieron nada decisivo.

El Austria no tenia el menor agravio contra la Puerta, escepto las piraterias de los berberiscos, que el gran señor no podia reprimir, á pesar de todos los esfuerzos. Sin embargo, José II habia intentado dos veces sorprender á Belgrado; lo que hizo recaer sobre él el vituperio en proporcion del mal resultado que tuvo. Habiendo después declarado la guerra (1788), quiso dirigirla él mismo con su sobrino Francisco, que fué después de él el último emperador de Alemania. Pero la tortuna no respetó á los Césares; y cuando contaba ya con nuevas adquisiciones, vió sus Estados hereditarios invadidos, ocupadas la Transilvania y el Banato y derrotados á los suyos en Slatina. La peste y las lluvias le salvaron de mayores reveses; más tarde, cuando las enfermedades forzaron á José á retirarse, el anciano Laudon tomó el mando general, sin que le opusiera obstáculos la presencia del rey. Conoció que Lascy habia sido batido siempre por su sistema de cordon defensivo, que oponia á los turcos largas líneas muy débiles, de lo que resultaba que eran siempre rotas á despecho de la disciplina, por el choque irregular y los ataques parciales que produce el órden oblícuo. Dispuso, pues, sus tropas en masas colocadas á ciertas distancias, prontas siempre á recibir el choque del enemigo y á acudir á todos los puntos débiles. Atrevido é impetuoso, supo, operando con movimientos de tropas en lugar de sacar partido de las posiciones, restablecer las cosas, aunque tenia miras estrechas, y se vió obligado á hacer la guerra con arreglo á las tradiciones austriacas: consiguió además apoderarse de Belgrado.

Suvarof.—A la sazon tomaban los rusos por asalto á Otchakof, donde perecieron cuarenta mil hombres: á su cabeza se encontraba Suvarof, carácter estraño, que conociendo la índole de los soldados rusos, ocultaba mucha instruccion bajo formas originales y estravagantes, afectando el entusiasmo de la religion y del servilismo. Acostumbró tambien á los suyos á no creer nada imposible. Como Cromwell, se pretendia iluminado por visiones celestiales, hablaba un lenguaje enfático, oscuro, y se arrodillaba delante de los popes pidiéndoles su bendicion. En medio del invierno montaba en camisa en un caballo cosaco; se le veia salir enteramente desnudo de su tienda, y cantar como el gallo, para despertar al ejército á la hora de la diana. Visitando los hospitales, recetaba sal y ruibarbo á los que creia realmente enfermos, y hacia dar de palos á los demás, pues los soldados de Suvarof no debian estar enfermos. Además dedicaba todo su talento á hacer ostentacion de obediencia, así es que escribia á la emperatriz: *¡Alabado sea Dios, gloria á Catalina! Ismail, está á vuestros piés; Suvarof ha entrado en la ciudad.*

Selim III.—Habiendo sucedido Selim III á su tio (1789), que le habia considerado siempre como á un hijo, pidió la paz sin obtenerla. Organizó, pues, doscientos cincuenta mil hombres, hizo alianza con la Prusia, que se habia separado entonces de los moscovitas, y en su consecuencia, con la Polonia, la Suecia, y además con la Inglaterra y la Holanda (1790); la Prusia se comprometia tambien á declarar la guerra á la Rusia y al Austria para restablecer el equilibrio, y á restituir la Galitzia á la Polonia. Pero Leopoldo II, que sucedió á José II, y no tenia su mania guerrera, buscó la paz. Era además necesaria, porque todas las potencias tenian que oponerse á los temibles ejércitos de Francia y á sus ideas más temibles aun. Firmóse el tratado en Szistova entre el Austria y la Puerta (4 de agosto 1791) con arreglo al *statu quo* de 1788, por el que se comprometia el Austria á devolver sus conquistas, principalmente la Valaquia y la Moldavia; y la Puerta el distrito de la orilla izquierda del

(7) Sabemos este hecho por el mismo José. Véase Domms. *Denkwurds meiner Zeit*, t. I, pág. 420.

Alto Unna. Los prisioneros de guerra fueron devueltos gratuitamente por la Puerta; primer ejemplo de este hecho que es contrario á las ideas religiosas de los musulmanes. Aquella guerra, emprendida sin motivo plausible, costó al Austria trescientos millones y trescientos mil hombres; además, poco faltó para que se viera comprometida en una guerra con la Prusia y la Polonia, que hubiera sido decisiva.

Paz de Jassy.— Continuaba, sin embargo, la Puerta sufriendo derrotas causadas por los rusos, mandados por Suvarof; pero entró tambien en negociaciones con ellos. La paz de Jassy (5 enero de 1792) estableció el Dniester, como límite entre ambos imperios. Cedia la Rusia, la Besarabia, Bender, Akkerman, Kilia, Ismail y la Moldavia; la Puerta se comprometia á tener á raya las piraterias de los berberiscos y las incursiones de los tártaros.

Aunque los ulemas asegurasen que los que habian muerto peleando iban al paraiso con los mártires, el mal éxito de las empresas militares producia el descontento de los musulmanes, que lo espresaban con diarios incendios; así fué que Selim se volvió feroz y suspicaz, y no se atrevia á salir de su palacio. Cuando la revolucion francesa se hizo amenazadora para el mundo, se unió á las potencias cristianas para reprimirla, pero en vano. El espíritu de reforma, comun al siglo XVIII, invadió á los mismos turcos, y Selim puede ser contado entre los demás reyes y ministros innovadores de la Europa. Cercenó el poder de los visires, reduciendo el divan á la forma de los consejos de Estado europeos; trató de regenerar el carácter nacional y reprimir la licencia de los genízaros; pero aquella milicia le derribó del trono (1807).

Con respecto á la Rusia, no sólo tenemos que enumerar sus victorias. Introdújose en sus ejércitos la peste en su primera guerra con los turcos; y como los generales mandaron no creer en ella, llegó á ser terrible. A fines de 1770 invadió á Kief, después á Moscou: el gobierno aseguraba que era una epidemia, y en su consecuencia, no se adoptaban precauciones; las tres cuartas partes de los habitantes de Moscou abandonaron la ciudad; morian hasta ochocientas personas diarias, y perecieron sesenta mil, con el acostumbrado acompañamiento de ferocidades y supersticiones que no nos atrevemos á decir sea sólo atributo exclusivo de los bárbaros. Cuéntase que sucumbieron ciento treinta mil víctimas, antes de que el invierno, muy riguroso aquel año, hiciese cesar el mal.

De los mongoles, de los cuales los más orientales son llamados con propiedad mongoles, habitan al norte de la muralla de la China y en el desierto de Kobi, donde dependen del celeste imperio, en el cual sus antepasados han dominado. Al norte de su territorio, en rededor del lago Baikal, residen los buratas, que son los más feroces de aquella nacion. Al Oeste, en la vertiente meridional y septentrional del Altai, andan errantes los calmukos ó elutos, divididos en kochot, soniores, derbet y torgos, que se designan con el nombre de Derben-Oret, es decir, los cuatro pueblos confederados. Los kochot, llamados tufanes por los chinos, eran los antiguos dueños del Tibet; se les distingue en negros y amarillos, y el dalai-lama es elegido entre estos últimos: todos son súbditos de los chinos. En 1758 una parte de los soniores, todos los derbet y los torgos entraron en Rusia, donde ocuparon las estepas del Volga. El vice-kan Dondudidaschi, instituido por el dalai-lama, rogó á Isabel nombrara á su hijo su sucesor, lo que hizo, asignándole una pension de 500 rublos.

Son valientes ginetes; cada jefe de familia posee de ciento á cuatro mil caballos; la Rusia sacó de ellos gran partido en la guerra de Siete Años, asolando á la Prusia. Pero los soniores y los torgos veian con disgusto el que la emperatriz introdujese entre ellos el cristianismo, la agricultura y las quintas, cuando querian conservar su existencia nómada y su lamismo; escitáronles, pues, los sacerdotes á abandonar el pais. Habiendo hecho en secreto los preparativos, se pusieron en marcha en el otoño de 1770, con sus mujeres, hijos, esclavos y rebaños, saqueando los establecimientos de pesca y comercio situados en el Volga y el mar Caspio. Los cosacos del Jaik les impidieron el paso; mataron á muchos, y detuvieron á los demás. De ciento treinta mil familias de que se componia la emigracion hicieron volver á doce mil trescientas cuarenta y dos; las restantes se abrieron paso y ganaron el imperio chino, que los acogió y no quiso devolverlos á la Rusia, á pesar de sus reclamaciones.

Catalina era tan tenaz en sus designios como insaciable en sus placeres y astuta en su política. Después de la paz de Kainargi, se ocupó con ardor en hacer su imperio floreciente y embellecer sus residencias. Ya la prosperidad la habia reconciliado con sus súbditos; deslumbrólos entonces con las recompensas que distribuia, y los monumentos que hizo construir para inmortalizar sus victorias. Concedió á la nobleza, á la que Pedro III habia emancipado de la esclavitud, privilegios con respecto á los bienes y á las personas. Supo hacerse perdonar del pueblo mostrando devocion, al paso que eran sus partidarios los filósofos por su afectada incredulidad. Todos los años reunia á los ministros de los diferentes cultos en una comida de *tolerancia*. Acogió á los jesuitas proscritos y les permitió establecer en Rusia un colegio. Prodigó elogios y recompensas á los soldados y generales. Introdujo la inoculacion, sometiéndose ella misma, como tambien su hijo y los principales personajes. Amaba las fiestas, la magnificencia; y el ejemplo de su corte hacia tomar á los señores rusos las maneras francesas, al mismo tiempo que leian las obras, tambien francesas, en traducciones hechas por ella misma ó de órden suya.

Natural en la vida privada, hábil en disimular en la vida pública, la cólera y la venganza no la llevaban más allá del grado necesario. Avara de

distraccion, no se encontraban en su corte sino hombres groseros y viciosos que no pensaban más que en esplotar su generosidad, y en su consecuencia en adularla.

Religiosa por política, filósofa por moda, instruida en la historia, sus ministros no eran casi más que secretarios á quienes dictaba sus despachos. Sólo Panin concibió la idea de un gobierno templado, y se atrevió á proponerlo á Catalina, que le hubiera aceptado á no ser Berstouchef. Anhelosa de engrandecerse en la opinion pública, más deseosa de parecer que de ser, llamaba á los extranjeros, prometiéndoles privilegios, libertad de culto, y la facultad de irse cuando quisieran, pero los dejaba morir de hambre; fundaba ciudades, y aquellas ciudades quedaban sin habitantes; daba impulso al comercio, y todo en favor de la Inglaterra; favorecia las artes, pero sólo los extranjeros se dedicaban á ellas; y descuidó los medios lentos que la hubieran ayudado á vencer la supersticiosa ignorancia, y á desarraigar las costumbres brutales de la servidumbre. Sintiendo la necesidad de engrandecerse en la opinion pública, decia que la verdadera gloria consistia en la aprobacion de los hombres de genio, y la buscaba prodigando á los dispensadores de la fama los rublos y las alabanzas. Recibia al momento las obras publicadas en Francia. Enviaba á Buffon los objetos raros que encontraba en sus Estados, con cartas laudatorias, á las que él contestaba llamándola «cabeza celestial, digna de gobernar á todo el mundo.»

Cuando se vieron los enciclopedistas molestados en Francia, pensó en llamarlos á San Petersburgo, para que pudiesen terminar allí su obra. Propuso á d'Alembert encargarse de la educacion de su hijo. Hizo ir á Diderot, y le manifestó mucho agrado y complacencia hasta que éste le habló de los derechos del pueblo y del porvenir; charlataneria que la asustó, pues su liberalismo no iba más allá que el de Federico. En la singularísima correspondencia que Catalina siguió con Voltaire, es de observar con cuánta galanteria solicita la aprobacion de este rey de la fama: y unas veces se olvida hasta el punto de hacerle un grande elogio de su galan y cómplice: «el mayor de los Orloff, que tiene el alma de un romano, y es digno de los mejores tiempos de la república;» otras veces aspira á ser elogiada por Voltaire con motivo de la desmembracion verificada para propagar la tolerancia religiosa; ya le deja entrever la idea de emancipar á los siervos del Imperio, ya la de libertar la Grecia. Voltaire le contestaba con cierta familiaridad protectora: *Llegará un tiempo, señora, siempre lo digo, en que la luz vendrá del Norte. Por más que diga V. M. imperial, os he hecho estrella, y estrella sereis.*

Con objeto de conformarse al estilo filosófico, Catalina convocó en Moscou á una comision para preparar un código que, segun las ideas de entonces, debia regir las cien razas que habitan el imperio. Diputados de cada una de ellas, del senado, del santo sínodo, de cada colegio, de la nobleza, de las ciudades, de los aldeanos libres, de los de la corona, de los soldados agrícolas, de los cosacos, acudieron á las órdenes de la soberana que los asalariaba, y que los emancipaba de la pena de muerte y de los demás castigos corporales. Las instrucciones que dió á aquellos legisladores, de los cuales muchos no sabian siquiera escribir, eran enteramente filantrópicas, tan llenas de benevolencia é ideas liberales, como inoportunas. Háblase en ellas á gentes educadas en una docilidad absoluta para con los popes ó sacerdotes, con el lenguaje de los prosélitos de Voltaire; cítanseles máximas y fragmentos de Montesquieu, todo para el mayor bien y gloria del imperio. Cuéntase que en la primera discusion á que dió lugar aquella mascarada hecha en honor de la filosofia francesa, un samoyedo, que razonaba con más sensatez que los utopistas, esclamó: «Somos gentes sencillas y rectas, hacemos pastar á nuestros rengíferos, y no tenemos necesidad de otro código: haced más bien uno para los rusos, nuestros vecinos, y los gobernadores que nos enviais, á fin de reprimir sus latrocinios.» Pronto confesó Catalina (lo que desde luego habria podido prever) la imposibilidad de la empresa (8); despidió, pues, á los legisladores, distribuyendo á cada uno una condecoracion de oro, que vendieron á los joyeros.

Los libelistas no la perdonaron, sin embargo, y no sin razon; pues en el curso de un reinado de cuarenta años, lleno de acontecimientos muy diversos, mostró cualidades notables y vicios innobles. Nadie podrá desconocer en ella el vigor de carácter, la habilidad y una inagotable energia. Confirmó la abolicion de la cancilleria secreta; determinando los crímenes de lesa majestad, organizó el senado director; estableció la Academia, dotándola de pensiones para que pudiesen viajar, durante tres años, los doce miembros más distinguidos. A las espediciones científicas que dispuso, debemos los trabajos inmortales de Pallas y de Gmelin y el diccionario de Adelung. Envió jóvenes á Pekin bajo la direccion de un archimandrita ó arzobispo para aprender el idioma y las ciencias, invitando á aquel emperador á que hiciese otro tanto; estableció tambien colegios para las mujeres; de tal manera, que los rusos hicieron más progresos en saber y en política que los que habian hecho hacia un siglo. Pero aquella civilizacion no

(8) Cuando Federico supo el proyecto, felicitó por él á la emperatriz; devolviéndole después al conde de Solms, escribió debajo de él lo que sigue: «He leido con admiracion la obra de la emperatriz, y no he querido espresarle todo lo que pensaba, porque no me creyese un adulador. Pero puedo deciros á vos, sin ofender su modestia, que es una obra varonil de nervio, digna de un grande hombre. La historia cuenta que Semíramis mandó ejércitos; la reina Isabel pasó por buena política; la emperatriz reina manifestó mucha firmeza al principio de su reinado; pero ninguna mujer habia sido aun legisladora: ésta era una gloria reservada á la emperatriz de Rusia.»

engendrada, sino trasplantada, era francesa. Se hacian ir de fuera los maestros y los libros: resultó de esto que aquella nacion no tuvo nada de caballeresco, y en su rápido paso de la tosquedad al refinamiento, no conoció aquella edad intermedia en la que se obra por nobles arranques y sentimientos religiosos.

Habiendo aumentado las guerras la deuda pública, alteró Catalina las monedas é introdujo el uso del papel. Fundó un banco agrícola para adelantar sumas á los propietarios y á los ayuntamientos; un monte de piedad, casas de asilo para viudas, huérfanos, niños espósitos y mujeres embarazadas, un colegio de medicina, escuelas de marina á la inglesa, para instruir á sesenta y cinco discípulos. Cuando supo que diez barcos mercantes de sus Estados habian pasado del Archipiélago al mar Negro, se alegró tanto como de una victoria. Cuando fueron descubiertas las islas Aleutianas, envió á ellas naturalistas y sabios á esplorarlas. Catalina alimentaba grandes designios, y se proponia principalmente abrir tres canales: el primero, entre los mares Blanco y Caspio; el segundo, entre el Caspio y el Báltico, el tercero, entre este último y el mar Negro. Los ingleses estaban casi solos en posesion del comercio del Norte; llenaban el Báltico con sus barcos, el imperio con sus mercancias. Los franceses se veian con disgusto obligados á trasportar sus vinos por manos británicas, para que pudiesen llegar á aquellas comarcas, en lugar de tener ellos mismos el beneficio, y sacar de allí el cáñamo y los demás artículos necesarios á la marina. Aprovecharon, pues, un momento de disgusto para hacer con Catalina y á cargo de reciprocidad y franquicias, aquel tratado que dejó de tener efecto en la época de la Revolucion.

La czarina reorganizó la administracion del reino, dividiendo la Rusia en cuarenta y tres gobiernos generales, de los cuales cinco se encontraban en Asia, y comprendian una gran estension de territorio con poca poblacion, y se subdividian en círculos de cuarenta á cincuenta mil habitantes. Mejoró la justicia y templó sus rigores; no pudiendo abolir la servidumbre, reglamentó la sujecion de los siervos, así como en otras partes se garantizaba la posesion de la tierra; distribuyó á sus favoritos millares de aldeanos, y así la condicion de estos siervos (9) se empeoró con la educacion á la francesa, que hacia á los señores cada vez más estraños á las costumbres moscovitas.

(9) Adquisiciones y conquistas hechas por Catalina:

		Millas cuadradas.	Almas.	Años.
	Suma anterior.	9,054	5.895,270	
Polonia.	Primera particion.	2,019	1.300,000	1772
	Segunda »	4,553	3.011,680	1793
	Tercera »	2,030	1.176,590	1795
	Por el acta de sumision los ducados de Curlandia y Semigalia.	452	407,000	1795
Persia.	Provincias de Kokhet, Carduet, y Daguestan; el pais de los Ossetas, y otras dependencias de la Georgia, con una parte del Chirvan, al norte del Kur.	600	206,000	1787
Turquia.	Azof con su territorio, Kerts y el pais entre el Bog y el Dnieper. .			
	Por la abdicacion del kan y el convenio de Constantinopla, la Crimea, la isla de Taman y parte del Kuban. .	1,025	250,000	1774 1783 1784
	Por el tratado de Jassy, la llanura de Otchakof entre el Bog y el Dniester. . .	410	150,000	1792
	Por la sumision del czar Salomon, la Mingrelia, el principado de Imeretia, el pais de los abanes, de los chekianos, de los circasianos y otros de la Georgia.. . .	1,800	600,000	1795
	Los cosacos del Don y del mar Negro. . . .	4,628	260,000	
	Total. . .	17,517	7.361,270	

A la muerte de Catalina, la Rusia tenia:

Ejército de tierra.

Guardia imperial.	11,300 hombres.
Infanteria.	181,740 »
Caballeria.	83,170 »
Artilleria é ingenieros.	29,060 »
Batallones de guarnicion..	83,200 »
Cuerpos particulares, inválidos, etc. .	34,680 »
Total de fuerzas regulares. . .	423,150 »
Tropas irregulares, cosacos, etc..	100,000 »

Escuadra.

Navíos de línea de 110 cañones.	8
— — de 74 »	22
— — de 66 »	20
Fragatas de 44 »	1
— de 38 »	14
— de 32 »	7
— de 28 »	5
Bombardas de 6 »	4
Corbetas de 16 »	2
Buques costeros de 12 á 18 »	17
Brulotes.	4
Total de buques..	104
Galeras.	200

CAPITULO XV

SUECIA.

En proporcion que la Rusia se elevaba con rápidos acrecentamientos, la potencia que le habia hecho temblar en el siglo anterior decaia cada vez más. La paz de Nystadt habia arrebatado á la Suecia sus posesiones en el golfo de Finlandia: no le habia dejado dinero, ejército, escuadra ni reputacion, y el pais se encontraba reducido casi únicamente á las mujeres y niños para cultivar las tierras y hacer centinela. Víctimas los señores suecos de los caprichos de un rey romántico, quisieron evitar nuevos atentados imponiendo al pais una constitucion; pero aquella constitucion destinada á preservarle del despotismo, no hizo más que precipitarle en la anarquia. Los Estados, compuestos aun de cuatro órdenes, la nobleza, el clero, la clase media y los aldeanos, debian reunirse lo menos cada tres años, y permanecer juntos mientras quisieran, pero nunca menos de tres meses. Durante las sesiones, el poder legislativo les pertenecia enteramente, de manera que el rey y el senado no podian siquiera oponerse á las resoluciones directamente contrarias á sus prerogativas. El derecho de paz y de guerra les pertenecia tambien, como asimismo el de arreglar la moneda; tenian la autoridad ejecutiva y judicial, y podian llamar á sí los negocios de los tribunales ordinarios. En los intérvalos de las sesiones, la autoridad administrativa se dividia entre el senado y el rey, que no se diferenciaba de los senadores más que por un voto doble, y que no pudiendo hacer la guerra, reclutar tropas, disponer de los empleos ó rentas, ni abrir los despachos dirigidos á los ministros extranjeros; era un fantasma de soberano.

No hay necesidad de decir que aquella oligarquia se complacia en rebajarle. En la dieta de 1723, se le pidió cuenta de un rubí de la corona que decian haber sido vendido; y se vió obligado de presentar todas las joyas. La órden que habia dado de detenerse en el primer patio los carruajes de los senadores, cuando los suyos entraban en el segundo, pareció un asunto de Estado. Citóse á un centinela por haber impedido el paso á dos señoras, y habiendo dispuesto el rey ponerle en libertad, como dependiente de él, clamóse como si fuese un ataque á la libertad, y se convocó una dieta para deliberar sobre ello. El periódico el *Honrado sueco* sostenia que el rey no poseia otra prerogativa que la de ser rey, y que ésta la perdia tan pronto como violaba su reglamento; además, aquel periódico exageraba las atribuciones de las dietas. Los aldeanos, á quienes la esperiencia habia enseñado que la autoridad real era para ellos una proteccion contra los abusos aristocráticos, pidieron su restablecimiento; pero los nobles se mantuvieron firmes, y en el *Reglamento de las dietas* estendieron, por el contrario, la autoridad de aquellas asambleas hasta atribuirles la iniciativa de las leyes.

De esta manera se veian destruidas la influencia esterna y la concordia interior. Una descarada corrupcion reinabá en las emprobrecidas filas de la nobleza, y las dietas eran como un mercado, cuyos miembros se vendian á agentes asalariados por las potencias extranjeras. El pais se veia dividido entre las dos facciones de *sombreros* y *gorros;* los unos se inclinaban á la Francia, los otros á la Rusia. Lo que una proponia era desechado por la otra; las intenciones eran calumniadas, y las medidas más perjudiciales á la patria encontraban defensores. No habia ya libertad individual, imparcialidad, justicia ni respeto á la propiedad; las ideas de derecho y de moral se veian confundidas. Los *sombreros* propusieron conquistar la Livonia (1738), y fué preciso para ello la guerra con la

Rusia. Los suecos fueron derrotados y se hizo recaer la culpa en los generales Lewenhaupt y Buddenbrock, que fueron decapitados.

Federico de Hesse-Cassel, marido de Ulrica-Leonor, hermana de Cárlos XII, valeroso al frente de los ejércitos, soportaba con impaciencia las pequeñas contradicciones, y se irritaba de las trabas constitucionales, sin atreverse á romperlas. Dejábase dirigir por el conde de Horn, y reducido á la nulidad, ostentaba un fausto que le permitian sus grandes posesiones en Alemania. Aficionado á las ciencias, fundó la academia de Upsal; dedicado á la galanteria, se apasionó de Eduviges de Taube; y cuando tuvo varios hijos de ella, encontró á un obispo bastante complaciente para declararle que era lícito contraer un doble matrimonio: casóse, pues, con su querida, y Ulrica, siempre amada de los suecos, le dejó obrar.

Casa de Holstein.—Como no tenia hijos de esta princesa, Adolfo Federico de Holstein, cuñado de Federico I, fué designado para sucederle (1751). El nuevo soberano supo declinar la dominacion de la czarina, que queria tomar á aquel reino bajo su proteccion, como á la Polonia. Ayudáronle á ello los potentados que tenian interés en disminuir la influencia de la Rusia. Durante la guerra de Siete Años, impulsada la Suecia por los *sombreros*, hizo mucho mal á la Prusia, aunque arruinándose ella misma sin hacer ninguna adquisicion; lo que hacia esclamar á un contemporáneo: «El tesoro público carece de fondos, el pueblo de pan, los campos de trabajadores, y las minas de obreros.» Cuando el dinero ruso hizo que prevaleciesen los *gorros*, dirigieron éstos los negocios tan mal como sus rivales, é intentaron procesos contra sus adversarios.

No teniendo Adolfo Federico, como su predecesor, riquezas propias, se encontraba á merced de las dietas; éstas exigieron que la reina, á la que se acusaba de haber empeñado sus alhajas para formarse un partido, se humillase hasta presentarlas; disputaron al rey el derecho de educar á su hijo, y le nombraron un ayo; y en fin, le quitaron hasta el derecho de firmar, obligándole á mandar hacer una estampilla con la cual el senado pudiese firmar por él. No pudiendo oponerse á aquellas exigencias, abdicó, y el trono quedó vacante seis dias; después se decidió á volver á ascender á él. Pero en una nueva dieta, en la que Luis XV prodigó el oro á los *sombreros*, que deseaban destruir la constitucion de 1719, los *gorros*, sostenidos por la Rusia, la Dinamarca y la Inglaterra, vencieron, sin otro resultado que el mostrarse tan deseosos de venganza y dinero como incapaces de restaurar la Hacienda.

Gustavo III.—Aquellas luchas que agitaron fuertemente el interior del reino, no tuvieron ninguna influencia fuera, y no ofrecen interés sino en razon del poeta é historiador regio (1) que las ha contado, y que ha llamado á ascender á aquel trono, consiguió terminarlas. Gustavo III (1771), uno de los príncipes más ilustres del siglo, firme en sus designios, tan hábil en disimularlos como en aprovecharse de las turbulencias de sus vecinos, emprendió destruir aquel vergonzoso yugo. Aguardando un momento y una ocasion favorables, se mostraba ocupado de literatura y versos; al mismo tiempo ganaba la voluntad de los soldados y del pueblo; habiéndose después puesto á la cabeza de su ejército, convocó á la dieta; y después de haber comulgado, presentóse á ella con las insignias reales y con el martillo de plata de Gustavo Adolfo. Viéronse los Estados obligados á jurar la nueva constitucion que les presentó, y aquella revolucion tan rápida no costó una gota de sangre. «El rey, que se habia levantado por la mañana como el monarca de más trabas de Europa, se encontró en dos horas tan absoluto como el rey de Francia, ó el gran señor; el pueblo vió con placer pasar el poder de manos de una insolente aristocracia á las de un rey que poseia la estimacion y el amor de la nacion.» (2)

Constitucion.—Por la nueva Carta conservaba el rey los Estados; no podia sin ellos hacer ó derogar las leyes, declarar la guerra y establecer nuevos impuestos, escepto en el caso de defensa; pero podia convocar las dietas donde y cuando le agradase. Diez y siete senadores de nombramiento real tenian voto consultivo, y la corona era dueña de pronunciar las decisiones, de hacer los tratados de paz y de alianza, con el mando de las fuerzas de tierra y mar, el nombramiento para los altos empleos civiles y militares, y el derecho de conferir la nobleza. Abolióronse las comisiones extraordinarias de justicia, y se prohibió designar á nadie con los nombres de *gorros* y *sombreros*. Se hace el cargo á Gustavo de haber destruido las libertades de su país. No profanaremos este nombre aplicándole á la anarquia. Haremos notar solamente que aquella revolucion fué vista con disgusto por la Dinamarca, que deseaba se debilitase una potencia vecina, y por la Rusia, que buscando con afan un pretexto para intervenir en el país, como en Polonia, no quiso nunca reconocer el cambio que acababa de operarse, y sostuvo de esta manera el partido de los descontentos.

En proporcion que la nobleza espiaba atentamente la ocasion de apoderarse del poder, Gustavo ponia cuidado en impedirla. Emancipó á los aldeanos de las tasas personales, y restableció los antiguos usos nacionales, entre otros el *Eric gata*, ó el viaje á caballo del rey por el reino. Por lo demás se abstuvo de tomar venganza. Aunque emplease por lo comun la lengua francesa, fué el primero, después de Carlos XII, que habló y escribió la lengua nacional. Embelleció con edificios y mo-

(1) GUSTAVO III.—*Escritos políticos.*

(2) SHERIDAN.—*Historia de la revolucion de Suecia*, Lóndres, 1783.

numentos la capital, que en tiempo de su predecesor habia sido presa de un incendio. A imitacion de su tio Federico II, introdujo muchas mejoras, abolió las fiestas que eran muy numerosas, el tormento, las visitas domiciliarias, simplificó los procedimientos judiciales, restableció la libertad de la prensa, procuró, haciendo adoptar un traje nacional, refrenar el lujo de los particulares, al paso que el de la corte era escesivo; estableció casas de trabajo y refugio para los huérfanos y ancianos, bajo la vigilancia de la órden caballeresca de los Serafines, además un banco de descuento y seguros contra incendios. Protegió á la agricultura, á fin de que la Suecia pudiese atender á sus necesidades, concedió entera libertad al comercio de granos; hizo adoptar mejores métodos en la esplotacion de minas y en la navegacion; favoreció la pesca de Groenlandia, y distribuyó generosamente socorros durante el hambre que asoló á toda Europa. Prohibió la destilacion del aguardiente del que se hacia un abuso increible, y se reservó su venta como monopolio real. Dió una nueva version de la Biblia, y dejó á todos los cristianos la libertad de su culto.

La literatura comenzó tambien á florecer en aquella época. La academia de Upsal, que desde el año de 1720 publicó sus memorias en latin, fué real en 1766; la de Estokolmo, para la cultura de las ciencias prácticas, fué erigida en 1739; Luisa Ulrica fundó otra en 1753 para las letras, que dió á luz las antigüedades del Norte. El conde Höpken, los senadores Scheffer, Hermanson y Fersen, los poetas Oxenstiern y Gyllemborg, los historiadores Botin y Celsio, los poetas dramáticos Adlerbeth y Kelgern, pertenecian á la academia sueca fundada por Gustavo. Todos los años daba un premio al elogio de un hombre ilustre; y el primero á quien se adjudicó fué al mismo Gustavo. Algunos escritores se dedicaron á determinar la lengua, y entre los filósofos debemos mencionar á Olaus Rudbek, aun cuando no fuese más que por haber sostenido que la Suecia habia sido el primer pais habitado, la Atlántida de Platon, la cuna de la civilizacion (3). En la historia, Jacobo Wilde recurrió á los sagas para destruir los sueños de Juan Magnus, concernientes á las antigüedades nacionales, y espuso la constitucion del pais (4). Olof de Dalin, canciller de la corte, fué encargado de escribir en lengua vulgar la historia del pais, hasta 1611, pero no tiene crítica. La de Andrés Botin, que llega hasta 1389, no es digna de estima. Olof de Dalin habia recibido del rey aquella mision por su *Argos sueco*, periódico que habia publicado en su juventud: se hizo el legislador del gusto; pero como poeta no tiene otro mérito que cierta verbosidad cómica. La epopeya fué intentada por Shjöldebrand en la *Gustaviada*, por Celsio en el *Gustavo Wasa*, por Gyllenborg en el *Pasaje del Belt*; poemas todos que se han perdido. Las producciones del talento fueron, por lo demás, pocas en número, y no podia ser de otra manera en un pais pequeño y pobre en recursos. Sin embargo, las dietas proporcionaron ocasiones favorables á la elocuencia, y el espíritu religioso que predominaba entonces ocupaba vivamente á los teólogos. El nombre de Carlos Linneo basta para honrar á las ciencias. Cristóbal Polhen se inmortalizó con atrevidas construcciones; y varios inventos, tanto en matemáticas como en física, se deben al célebre visionario Manuel Svedenborg.

Era natural que las innovaciones que se hacian en el pais causasen descontento, que fué fomentado por la nobleza, sobre todo en las provincias. Las considerables sumas gastadas en sostener en la corte un lujo que se modelaba por el de Versalles estinguieron el entusiasmo que habia excitado el triunfo de una política diestra sobre una imprudencia que carecia de fuerza. La prohibicion del aguardiente produjo en la Dalecarlia una rebelion que fué preciso reprimir con las armas. En fin, el espíritu de oposicion se declaró en la dieta de 1786, hasta tal grado, que la mayor parte de las proposiciones del rey fueron desechadas.

Entregada Catalina de Rusia á sus ambiciosos proyectos, queria estar segura de no encontrar obstáculos en aquella potencia tan vecina. Invitó, pues, á Gustavo á visitarla, y parece que en medio de las fiestas se pusieron ambos de acuerdo. Pero aunque prodigándose mútuamente las consideraciones, ni uno ni otro olvidaban, Catalina la influencia que habia perdido en Suecia, Gustavo el deseo de vengarse de las intrigas que fomentaba en ella, y sus sarcasmos contra su fastuosa pobreza.

Cuando estalló, pues, la guerra entre la czarina y la Puerta, renovó Gustavo la antigua alianza de la Suecia con Constantinopla, y ocupó la Finlandia rusa al frente de treinta y seis mil combatientes. Pensaba caer sobre San Petersburgo y dictar allí la paz, cuando fué detenido en sus proyectos por la nobleza sueca, que siempre en espectativa para volver á apoderarse de la autoridad, le acusó de haber violado la constitucion declarando la guerra sin el parecer de los Estados; y á instigacion de Catalina, varios oficiales concluyeron un armisticio. Pero el pueblo deseaba la guerra contra la Rusia, y el clero, la clase media y los campesinos pedian se continuase. Cierto el rey de este apoyo, se decidió á consumar el abatimiento de la nobleza. Haciendo frente á la violenta oposicion de la Dieta (1780), dijo que hubiera podido en el mes de agosto de 1772 obtener una monarquia absoluta, que habia renunciado á ella espontaneamente; pero que no sufriria volviese la anarquia; é hizo poner presos á veinte y cinco nobles de los más turbulentos.

(3) *Atlantica, seu Manhzin vere Japheti posterorum sedes ac patria*, 4 vol. con atlas.

(4) *Sueciæ historia pragmatica, quæ vulgo jus publicum dicitur.*

Publicó entonces un nuevo *estatuto ó acta de union y seguridad*, por el cual reservaba al rey el derecho de gobernar y defender el reino, de declarar la guerra, hacer la paz y las alianzas, administrar la justicia y nombrar para los empleos. Reducido el senado á no ser más que un tribunal supremo de justicia, no debia ya tomar parte en el gobierno; á todos los suecos se les declaraba ciudadanos libres con iguales derechos, bajo la proteccion de las leyes; los empleos no podian concederse sino al mérito, escepto los de la corte reservados á la nobleza; todos gozarian de la libertad individual y del derecho de propiedad.

Paz de Varela.—Las tres órdenes inferiores se adhirieron á estas disposiciones: los nobles protestaron é hicieron dimision de sus empleos; pero venció la firmeza de Gustavo. Obtuvo subsidios para continuar la guerra; mas si bien se hubiera podido terminar al principio con un solo golpe, costó después tres años de sangre. Multitud de pequeñas acciones, tanto por tierra como por mar, nada decidieron; pero, por fin, la victoria de los suecos en Suenksund produjo la paz de Varela (1790), que volvió las cosas á su antiguo ser.

De costumbres Gustavo muy depravadas, quiso recabar de su mujer el que se prestase a otras caricias, para asegurar un heredero al trono: consintió ella, pero después de un divorcio secreto con el rey, y un matrimonio con aquel que la hizo madre de Gustavo IV. El hecho se refiere de esta manera (5); y como Gustavo III legó á la universidad de Estokolmo una caja de hierro que no debia abrirse sino cincuenta años después de su muerte, se creia encontrar en ella la revelacion del misterio. Cuando llegó el término esperado con tanta ansiedad, se abrió solemnemente la caja, y no se halló más que un abultado manuscrito titulado: *Cartas, memorias, bagatelas, planes de fiestas, anécdotas de mi reinado*, pero nada importante (6).

Habiendo estallado á la sazon la revolucion francesa, no debia agradar á un rey que habia reprimido las pretensiones de sus súbditos. Así es, que animado de un espíritu caballeresco, cuando los demas reyes no escuchaban más que la ambicion y la política, resolvió ponerse al frente de los príncipes emigrados (1792) y libertar á Luis XVI; pero el coronel J. J. Ankarstrœm le dió muerte, en un baile, disparándole un pistoletazo para vengar á su clase y á sí mismo. El suplicio impuesto al regicida causaria horror aun en los siglos más feroces.

---

(5) Véase BROWN, *las cortes del Norte* (inglés) y el libro XVIII de la presente obra.

(6) GEIGER, *Nachgelassenen Popiere König Gustavos III von Schweden.*

CAPÍTULO XVI

DINAMARCA

A partir del tratado de Estokolmo (1720), por el cual Federico IV terminó la guerra que duraba hacia veinte años, comienza para la Dinamarca una larga paz esterior. Renunciando aquel príncipe á la esperanza de recobrar las provincias que le habia arrebatado la Suecia, abolió los privilegios de que gozaba aquella nacion en el Sund, y que al mismo tiempo que ponian trabas al comercio danés, eran entre las potencias del Norte un manantial perpetuo de diferencias (1).

Groenlandia.—La peste de 1349 habia interrumpido toda comunicacion con Groenlandia; y si algunos buques holandeses arribaban allí era con el mayor sigilo. Afligido Hans Egede, pastor de Vogens, en el obispado de Drontheim, de que el cristianismo hubiese perecido en aquellas comarcas, equipó, formando una compañia, tres buques, con los cuales arribó á Groenlandia. Construyó allí una casa que fué llamada *Godhaab* (Buena Esperanza), y trató de ganar aquella poblacion á la fe, con la caridad é insistencia de un apostol. Tosca, ignorante y envidiosa á la vez, creyó ver en él á un sér sobrenatural; después, cuando él mismo la desengañó, ledespreció y costó gran trabajo obtener que dos de sus naturales fuesen enviados á Dinamarca. Cuando volvieron éstos destruyeron las estrañas ideas que circulaban sobre aquel pais entre sus compatriotas: algunos recibieron el bautismo; pero no realizando la compañia beneficios en su comercio, se decidió á disolverse. Otra que el rey envió por su propia cuenta, fué diezmada por el frio (1728). Quiso Egede permanecer sin embargo en el pais, cuando el resto de la espedicion le abandonó. Después de él, Zinzendorf hizo pasar allí tres hermanos moravos, que fundaron una nueva colonia para *trabajar en la viña del Señor*, lo que hicieron con bastante fruto.

Federico trató tambien por otra parte de reanimar el comercio; pero no siempre con éxito. La compañia de las Indias, que rica en otro tiempo, poseia á Tranquebar y factorias en las costas del Malabar, en Bengala y Bantam, se habia debilitado por su culpa y por las guerras con el rey de Tangor. Pensaron en darle una nueva vida; pero se veia siempre combatida por los holandeses: compró, sin embargo, á los franceses la opulenta isla de Santa Cruz, en las Antillas.

Cristian VI.—Cristian VI estableció tambien una compañia de seguros y una escuela de comercio y economia rural (1730), que sugirió la idea de prohibir las mercancias extranjeras y fundar un banco en el que se recibieran telas en depósito por las dos terceras partes de su valor. Estableció tambien una compañia en Nera para la fabricacion de alquitran, pez, pólvora, negro de humo, piedras de chispa, colores y pieles. Vigiló con rigurosa atencion la religion y las buenas costumbres, protegió á la universidad de Copenhague erigiendo nuevas cátedras y obligó á los señores á tener una escuela en cada aldea.

Hamburgo conservaba aun tanto poder, que habiendo dispuesto el senado una contribucion de cuatro por ciento sobre los capitales (1732), aquella ciudad dió por la simple declaracion de cada uno 120.000 rixdalers, lo que equivalia á una suma de 12.000,000 (2). Habia especulado sobre la mo-

(1) *Algunas particularidades relativas á la historia de Dinamarca, por un oficial holandés.* Haya, 1789.

ROMAN, *Memorias históricas é inéditas sobre las revoluciones acaecidas en Dinamarca y Suecia en los años de* 1770, 71 y 72.

(2) BARMANN, *Crónica de Hamburgo;* 1832.

neda danesa, atrayéndola á su mercado con un cambio ventajoso. Resultaron de aquí diferencias, que sin embargo no tuvieron consecuencias, y fueron acalladas mediante 1.000,000 de marcos de plata pagados á Dinamarca.

Federico V.—Federico V, uno de los príncipes más ilustres del siglo, señaló el primer año de su reinado con beneficios (1746). Alivió las cargas del pueblo, aceleró el curso de la justicia y fundó una sociedad general de comercio, para convertir á Copenhague en depósito de todas las mercancías del Báltico. Concedió un privilegio á otra sociedad para el comercio de Berberia: habiendo comprado al mismo tiempo los derechos de la sociedad de las Indias Orientales y de Guinea, declaró á todos sus súbditos libres para traficar con aquellas comarcas. Hizo esplotar las minas, formó un jardin botánico y estableció un cuartel de inválidos en Copenhague, un instituto de educacion para las artes y oficios en Christianshafen, una academia de bellas artes y militar, un teatro italiano y danés. Holberg escribió para secundar las intenciones de aquel príncipe, hombre respetable por sus conocimientos, su amor al bien y sus diferentes viajes, pensó en procurar á su nacion libros, de que carecia, sobre historia, derecho público y literatura, y se encuentran en él destellos de genio á falta de arte esquisito.

El ministro Ernesto de Bernstorf, apellidado el Colbert escandinavo, gran administrador, ya que no gran político, indicaba á su amo las medidas que habia de adoptar, y vigilaba su ejecucion: *Para hacer mucho*, decia, *no se debe hacer más que una cosa á la vez*. Hizo asignar á Klopstock una pension, con la cual pudo concluir su *Messiada;* llamó á Copenhague al teólogo Cramer, al físico Kratzenstein, á los historiadores Mallet y Schlegel, á los literatos Dusch y Sturz; lo que produjo la emulacion de algunos daneses. Sugirió al rey la idea de hacer emprender un viaje á Arabia, para conocer las costumbres orientales, en interés de la arqueología bíblica; y el filólogo Michaelis, el naturalista Forskal, discípulo de Linneo, Carsten, Niebuhr, un médico y un dibujante fueron designados al efecto. Niebuhr fué el único que volvió sano y salvo, y la descripcion que dió de aquel pais es la mejor que poseemos.

Estableciόse tambien en la Islandia una sociedad de sábios, llamada de los *Invisibles;* se ocupó en dar á conocer las antigüedades del pais, y publicó el *Espejo de los reyes*. Fué reorganizada después en Copenhague en 1779 por Juan Erichson y por Findsen, con objeto de estender en Islandia los conocimientos útiles y prácticos, y conservar allí la pureza del idioma.

En los reinados anteriores se habia disputado con calor la sucesion al ducado de Holstein-Gottorp. La casa soberana de éste reinaba en Rusia y Suecia, y se habia indispuesto con la rama danesa. Deseoso Pedro III de vengar los desafueros hechos á su familia, se propuso recobrar el Sleswig, que la Dinamarca habia ocupado en 1714, é hizo marchar tropas á él. Los daneses le opusieron sesenta mil hombres, y penetraron en el Mecklemburgo, mientras que su escuadra, compuesta de veinte navíos de linea y once fragatas, se presentaba á la altura de Rostock. El asesinato de Pedro III dió fin á las hostilidades (1762), y Catalina II renunció, en nombre de su hijo, á la porcion ducal del Sleswig ocupada por los daneses; cedió además la parte de Holstein poseida por la rama de Gottorp. En cambio, los condados de Oldemburgo y Delmenhorst fueron asignados, en union del obispado de Lubeck, á la rama segunda de Eutin, con el título de ducado y un título en la dieta germánica, lo que constituyó la línea de Holstein-Oldemburgo.

Cristian VII.—Ascendió al trono Cristian VII á la edad de diez y siete años (1766); vivo y de talento, una mala educacion le habia inclinado á entregarse á los placeres más bien que aplicarse á los negocios. Mientras que viajaba por Europa, se vió la corte agitada por las intrigas de tres mujeres (1768), la viuda de Cristian VI, Carolina Matilde de Gales, hermana de Jorge III, hermosa, brillante, mujer del rey, y Juliana su suegra, que odiada de su yerno, aspiraba á ver á su hijo Federico, príncipe hereditario (3), ascender al trono, lo que hacia que detestase á Matilde, y aun se aumentó este odio cuando fué madre.

Struensée.—Volvió Cristian, gastada la salud y exaltado el ánimo; confiόse al médico Struensée, hombre instruido y ambicioso. Este favorito supo ganar el favor de la reina mostrándole un respeto que le negaban los demás cortesanos á ejemplo del rey, é inoculando á su hijo la vacuna, operacion temida entonces: en fin, habiéndola reconciliado con su marido, llegó á ser su amante y su oráculo. Despidiόse entonces al virtuoso Bernstorf, y se confió el ministerio á Struensée. Falto de los conocimientos necesarios, pero aficionado á Helvecio, á Voltaire y á las ideas que se llamaban entonces filosóficas, procedia locamente á ciertas mejoras, fuesen ó no morales, apropiadas ó no al pais. Su política esterior consistia en permanecer amigo de la Rusia, sin depender de ella, en no indisponerse con la Suecia, y en su consecuencia, en cesar de fomentar en ella las facciones; en entablar relaciones con la Francia y en no pedir á la Europa sino ventajas comerciales. En lo interior, se proponia dejar solamente al rey la decision de todos los negocios, cuya relacion debia hacérsele por escrito y en aleman; no aceptar otros proyectos que los que se dirigiesen á economias; hacer que entrasen todas las rentas en una sola caja y en dinero contante; suspender todo gasto que no fuese necesario. Alimentaba además dos hermosas ideas: conceder los empleos al mérito, no al naci-

(3) Este título se les da á todos los príncipes daneses, por su derecho hereditario á la corona patrimonial de Noruega.

miento, y emancipar á los campesinos; queria vender al efecto los bienes comunales y aliviar las gabelas.

Mientras que el rey se entregaba á los placeres, en lo que le permitia su enervado cuerpo, Struensée aseguraba con la reina el gobierno, y acumulaba las innovaciones. En efecto, abolió muchos empleos, disminuyó el número de las fiestas, proclamó la libertad de la prensa, enfrenó la policia y le prohibió la entrada en el domicilio, introdujo la loteria de Génova, permitió el matrimonio entre primos y cuñados, y la union del adúltero con su cómplice después de la muerte del esposo; en fin, suprimió la diferencia entre los hijos naturales y los legítimos. Estas eran obras sacadas de sus autores predilectos, y le hacian pasar por ateo á los ojos de algunos y por un charlatan en el ánimo de la mayor parte: aun aquellas de sus disposiciones, que eran buenas, descontentaban por el método que empleaba; el clero y la nobleza lamentaban la supresion de sus privilegios; la prensa se desencadenaba contra él, y tuvo que reprimirla; el pueblo, al que trataba de ganar distribuyéndole carne y vino, le despreciaba, y su preferencia declarada en favor de los alemanes y de su idioma desagradaba á todos. Cuando después se intentó un golpe decisivo, licenciando la guardia de infanteria (1771), el tumulto que resultó reveló en él el espanto que degrada sin remedio al que le experimenta.

Conociendo el peligro, quiso entonces retirarse; pero la pasion de la reina no se lo permitió. Sin embargo, Juliana se ocupaba en prepararle el ataud: fué asaltado el palacio del rey por los conjurados que ella dirigia, y le obligaron á firmar la órden de arresto de su mujer y de su ministro. Ambos fueron presos, y puesto á la cabeza del gobierno con los cómplices de la traicion, el príncipe hereditario Federico (1772). Instruyóse el proceso de Struensée sobre aquellas acusaciones de que es tan difícil justificarse. Imputábansele, entre otros crímenes, el haber acostumbrado al príncipe á los trabajos manuales, lo que habia hecho realmente para conformarse á los preceptos de Rousseau. Disculpóse bien; pero tuvo la bajeza de confesar sus relaciones con la reina. Sus enemigos clamaron contra ella, y combatida entre su dignidad de mujer y de reina, y su debilidad como amante, concluyó por convenir en ello (4). Pronunciόse, pues, el divorcio, y fué condenado Struensée á muerte, con Brandt, ministro de los placeres del rey. No se atrevieron á poner en duda la legitimidad del príncipe real. De esta manera fué como un hombre, que hubiera podido hacerse bendecir del pueblo, no consiguió otra cosa que atraerse el odio con su arrogancia y ligereza.

El ministro Gulberg sugirió al príncipe hereditario la ley del indigenato (1774), segun la cual sólo los naturales podian ser llamados á los empleos y dignidades, y admitidos en los colegios y maestrazgos. Aplaudióse aquella reaccion contra el favor prodigado á los extranjeros; pero pronto se vió á gran número de obreros alemanes marcharse, quedar vacíos los talleres, cerrarse muchas fábricas y caer todo en el desórden. Fué mejor inspiracion la de abrir el canal de Kiel, entre el Báltico y el mar del Norte, con objeto de evitar el dar la vuelta al Jutland, y favorecer de esta manera á la compañia de las Indias occidentales, que posperó.

Cuando cumplió el príncipe real Federico la edad que le daba derecho á ser admitido en el consejo (1786), llamó al *gran* Bernstorf, reformó varios abusos, activó la emancipacion de los campesinos, y decidió que todos los vínculos que les apegaban al terruño cesasen desde el primero de enero de 1800. Sucedió después á su padre el 13 de marzo de 1808.

---

(4) Un anónimo, testigo ocular, dió entonces á luz las *Ilustraciones auténticas sobre la historia de los condes de Struensée, y Brandt*, que fueron después impresas en aleman. Segun él, no consiguiendo el baron Schack Rathlow, fiscal de aquel proceso, hacer confesar nada á la reina con preguntas capciosas, la atacó por el sentimiento, afirmándola que Struensée habia confesado el adulterio; pero que puesto que ella negaba y él no podia dudar de su palabra, los jueces se verian obligados á condenar al ministro por crímen de lesa majestad, como calumniador de la reina. Afectóse con aquella insinuacion, y preguntó si su confesion salvaria á Struensée. Schack hizo una señal afirmativa, y le presentó al momento á la firma un papel en el que se reconocia culpable. Tomó la reina la pluma, y escribió *Carol...* pero habiendo levantado la vista y conocido la feroz alegria que brillaba en las miradas de Schack, arrojó la pluma, se entregó á trasportes de indignacion, y cayó desmayada. Entonces Schack le cogió la mano, le hizo escribir el resto de su nombre, y se marchó con el fatal papel. El periódico oficial de Copenhague de 17 de enero de 1852 publicó una carta fechada en el convento á 10 de mayo de 1775, dirigida á Jorge III de Inglaterra, y en la cual protesta moribunda que era inocente.

CAPÍTULO XVII

GRAN BRETAÑA.—ERA DE LOS JORGES.

Hemos podido ver al mediodia de la Europa declinar al paso que el Norte se engrandecia, y á la Inglaterra ponerse al frente de la política de aquella época, dirigir las negociaciones de la paz y proporcionar subsidios para las guerras. Sus anteriores revoluciones le habian hecho obtener la realizacion del gobierno parlamentario, cuando ningun otro pais le poseia aun. Agrada, pues, fijar las miradas en aquella isla, en la que la constitucion y las leyes eran inconmovibles, los empleados estaban sometidos al juicio de la publicidad, y los ministros eran responsables, bajo un jefe inviolable que no ejercia más que una direccion aparente.

La preponderancia política de la Gran Bretaña aumentaba cada dia en Europa en proporcion de lo que se estendia y crecia el lujo, el deseo de los placeres y el espíritu mercantil. Los reyes, que en sus necesidades, siempre crecientes, se dirigian en otro tiempo á la Holanda como á un banco universal, recurrian entonces á la Inglaterra. Su situacion, que le ofrecia la ventaja de no tener que temer ni ataques imprevistos ni disputas por sus fronteras, les permitia gozar de una libertad bastante templada para no llegar á ser turbulenta, bastante viva para dar impulso al pais, y mantener á la Europa atenta á aquellas discusiones, de las que resultaban ideas de franquicias y de órden desconocidas en otras partes. De esta manera eran la admiracion de todos los hombres de Estado; al mismo tiempo su constitucion la hacia estenderse para subsistir, y le imponia por unidad de accion la obligacion de producir riquezas y procurarles constantemente una salida; de aquí una especie de heroismo mercantil.

Jorge I.—Los dos partidos que dividen la Inglaterra son el alma del pais lejos de destrozarle. Siendo los whigs los custodios de la libertad, y los torys los del órden; inclinándose los unos al movimiento, y los otros moderándole; asemejándose los primeros á la vela, sin la cual el barco no puede adelantar, y los segundos al lastre que lo sostiene en la tempestad. Pero cuando la *buena reina* Ana dejó el trono á Jorge (1714), elector de Hannover, lo que hacia ascender, en lugar de una antigua dinastía normanda, á una familia originaria de Italia que habia crecido en Alemania, ambos partidos parecieron cambiar sus funciones. Creyendo los whigs deber sostener la dinastía protestante, se hicieron realistas; decidiéndose los torys por la oposicion, para combatir una dinastía originada por una revolucion. Ninguna cosa hay más extraña que ver á los torys, descendientes de los antiguos católicos, ensalzar á Strafford y á Laud, hacerse defensores de la libertad, y á los whigs, sucesores de las cabezas redondas, que juraban por la palabra de Milton y de Locke, por los actos de Pym y Hampden, arrastrarse al pié del trono; pero ante todo, deseaban un rey protestante, y los mismos torys no se hubieran declarado por el pretendiente sino en tanto que hubiera renunciado al catolicismo. Por otra parte, el pretendiente tenia á su favor á muchos escoceses y aun mas irlandeses, todos católicos; pero el temor del papado fué el verdadero apoyo de los dos primeros reyes de la casa de Hannover, que de otra manera hubieran sucumbido en medio de la befa, como Ricardo Cromwell, á quien no eran en nada superiores, si no hubiera sido por la fuerza del ministerio whig y la persuasion en que todos estaban en que era necesario optar entre la casa de Brunswich ó el papismo.

Estraño Jorge I al pais, sin talento, acostumbrado á los usos de una pequeña corte, y en su consecuencia, con poca aficion á las pompas de una grande, ignoraba las costumbres, la constitu-

cion, el genio y hasta la lengua del pais: no tenia ninguna de las cualidades que hacen respetable la nulidad ó incitante la licencia: cruel, tenaz y de mezquinas ideas, no era á propósito para conciliarse los ánimos, aunque fuese económico del tiempo y de las rentas públicas, y amigo de la paz, si bien manifestaba aptitud para las armas. Dió cima á la constitucion con el *Acta de Septenalidad*, en virtud de la cual la cámara de los Comunes debia durar siete años: regla que si es falsa en teoria fué no obstante conveniente en la práctica para sostenerse en tiempos borrascosos, dejando la confusion de las frecuentes elecciones, y haciendo á la cámara más fuerte, como que casi la emancipaba de la corona y de los pares.

Jorge tuvo al principio por ministro á Cárlos, vizconde de Townshend: Marlborough, Roberto Walpole y los demás whigs que habian vuelto al favor, pidieron que se formase causa al anterior ministerio del que Bolingbroke era el jefe; y fué condenado por haber consentido en la paz de Utrecht, que, sin embargo, era su obra maestra, la que habia conseguido la aprobacion de los parlamentos. El conde de Oxford fué, pues, conducido á la Torre; Bolingbroke y Ormond huyeron á Francia, donde emularon á los libertinos de la regencia, y alentaron al pretendiente, que se titulaba Jacobo III. Aquel príncipe intentó una espedicion á Escocia; pero batido y puesto en fuga, vió á los jacobitas castigados de una manera atroz, y no le quedó más que el recuerdo de haber sido servido en la mesa de rodillas: los que habian favorecido la invasion fueron castigados con bárbaros y multiplicados suplicios, y se decretó que todos los años, en el dia-aniversario del advenimiento de Jorge al trono, se quemaria en efigie al papa, al pretendiente, al duque de Ormond y al conde de Mar.

Walpole.—Walpole, quizá el ministro más grande de Inglaterra, adoptó por objeto de toda su política el sentar sobre bases sólidas la casa de Hannover, y como medio la paz de la Europa y la alianza con la Francia. Habiendo dejado la reina Ana una deuda de 53.681,000 libras esterlinas, por la cual se pagaba un interés de seis y ocho por ciento, comenzó por reducirla al cuatro, ofreciendo reembolsar á aquellos que no se contentasen. Idea nueva entonces, pero que no obstante se adoptó, y se decidió que se formaria un fondo de amortizacion *(sinking-fund)* con las economias producidas por la disminucion del interés. Amante del poder, apeló para conservarle, á los actos más contradictorios: prudente á veces, y á veces temerario, suave, insinuante, y sin embargo vigoroso en las precisas ocasiones; nada literato, poco versado en la historia, grosero en los modales, corrompido en las costumbres, poseia espíritu práctico y conocimiento de los hombres de la corte y de su nacion. Separábase de sus partidarios cuando podian contrabalancear su poder; no queria émulos, más bien queria enemigos, y fué el primero que conservó por veinte años la direccion de los negocios con el apoyo de la mayoria de las Cámaras. Tenia por colega á Townshend, su cuñado, hombre atrevido, impetuoso, y de medidas vigorosas, cuya mujer sabia mantenerlos acordes en las máximas fundamentales. Con un rey que no comprendia el inglés, y que en su consecuencia no asistia al consejo de ministros, el gobierno estaba en manos de aquellos agentes, y su papel principal consistia en manejar la cámara de los Comunes. Ahora bien, Walpole la arrastraba con su palabra y seducia á la nacion con proyectos que ofrecian grandes beneficios. Decia saber el precio de todo inglés, en atencion á que no habia uno que no hubiese vendido su voto. Es cierto que este sistema de corrupcion, del que se acusaba como de un crímen á Walpole, era un mal necesario, cuando los miembros del parlamento no tenian en su mayor parte otro interés en sostener al gobierno que el suyo personal. Así es que Shippen, jefe de los jacobitas esclamaba: *Roberto y yo somos hombres honrados, él para el rey Jorge, yo para el rey Jacobo; pero todos éstos no quieren más que empleos, sea de Jorge sea de los jacobitas.* Hizo, pues, Walpole lo que la época reclamaba, y lo hizo bien, en atencion á que bajo el mando de reyes nulos y viciosos organizó la paz y preparó la guerra; y consiguió el doble objeto de consolidar las instituciones inglesas con la dinastia hannoveriana, y aumentar la influencia de las clases medias, aumentando las riquezas con una hábil administracion.

En el acta de institucion, habia jurado Jorge no comprometer á la nacion en guerras para la defensa de sus posesiones continentales, y no escoger por ministros y consejeros de Estado más que á individuos británicos; pero no cumplió sus promesas. Introdujo un sistema de corrupcion tan odioso como el despotismo, y se complació en imponer sus voluntades al Parlamento, que se prestaba gustosamente á los gastos y á las espediciones relativas á sus posesiones de Alemania, como tambien á la defensa del Hannover contra Carlos XII, que por vengarse favorecia al Pretendiente. Habia venido Jorge á Inglaterra acompañado de sus amigos y de sus damas, que formaban lo que él llamaba la *cábala de Hannover*. Trabajaba el rey frecuentemente con ellos en la cámara de la princesa de Eberstein, después duquesa de Kindar, su querida ó su mujer, que ambiciosa ó venal, tenia gran influencia en los negocios públicos; su otra querida, la condesa Platen, no era menos avara, pero sí menos poderosa; y los ingleses honraban á una y á otra con los más pomposos títulos. Consiguieron, en union del conde de Sunderland, yerno de Marlborough, derribar á ambos ministros, y hacer entregar la cartera á Sunderland y á Stanhope.

Una idea semejante á la de Law fué propuesta á la Inglaterra por el caballero Blount, con el nombre de *Sistema del mar del Sur*. Existia desde tiempo de Guillermo III una deuda, llamada deuda de

las *anualidades irredimibles*, que ascendia á cerca de ochocientas mil libras esterlinas al año. Propúsose hacer rescatable aquella deuda, y la compañia del mar del Sur ofreció, en concurrencia con el banco, 7.000,000 y medio para el reembolso, oferta que fué aceptada. Pudo, pues, la compañia adquirir las deudas no rescatables, que ascendian á 15.000,000 de esterlinas, y las rescatables, que se elevaban á 16; ahora bien, condujo el agiotaje con tanta habilidad, que las acciones ascendieron hasta el mil por ciento (1). Cediendo los agiotistas al atractivo de riquezas adquiridas sin trabajo, se daban gran tono, ostentando con descaro el lujo, la corrupcion, la inmoralidad, el ateismo. Pero el juego no les duró ni un año: las acciones bajaron hasta el 150, y aun más: desconcertada y abatida la nacion, acusó al rey, á los ministros y á la cábala hannoveriana; pidió el castigo de los culpables, resultando de ahí la revelacion de los más sucios fraudes, de ventas simuladas en favor de Sunderland, de Stanhope y de las queridas del rey. Fueron, pues, condenados, y hasta se trató de hacer abdicar al rey. Walpole, que habia hecho todo lo posible para impedir aquella empresa, fué llamado entonces; y habiendo vuelto á subir al momento las acciones, propuso trasmitir *(ingraft)* al banco por valor de 9 millones de acciones de la compañia, como tambien otros tantos á la compañia de las Indias Orientales, y dejarle 20 á ella misma. Aquella medida apaciguó las inquietudes por el momento; pero no pudo realizarse.

Sin embargo, con objeto de restablecer el crédito público, presentó Walpole un bill de reduccion de la deuda, cuyo resultado fué ventajoso á la nacion; trató tambien de proteger al comercio, y libertar á la Inglaterra de la necesidad de sacar del Norte las primeras materias. El gobierno británico se mostró menos rigoroso en las esclusiones comerciales: abolió los monopolios, escepto el de la compañia de las Indias, é intervino lo menos posible en los intereses del comercio. Sin renunciar al sistema mercantil, se conoció que una constitucion en la que las fuerzas individuales tienen su mayor desarrollo es buena, y es útil á los gobernantes favorecer la accion de la industria y libertarla de trabas. En su consecuencia se modificaron las tarifas de aduanas en un sentido favorable al comercio, lo que aumentó la riqueza pública, y con ella la gloria y prosperidad del pais.

Jorge II.—Una indigestion de melon llevó al sepulcro al rey Jorge I (1727), que dejó una deuda de 30.267,000 libras esterlinas, negociaciones dificultosas, obligaciones de subsidios que cumplir, y amenazada la constitucion. Habia descuidado siempre á su mujer y tratado con mucha dureza al príncipe de Gales, que le sucedió á la edad de cuarenta y dos años. Inferior el nuevo rey á su padre en talento y conocimientos políticos, era obstinado, colérico y observador severo de la etiqueta. Se complacia en las paradas militares, y no tenia, como su padre, ningun gusto por las artes y ciencias. Consideraba su interés como el bien público, y eligiendo por ministros á hombres que le convenian personalmente, sus aversiones, sus simpatias eran la regla de su política, en la que dejaba mezclarse á las queridas, que sostenia por fausto y sin pasion. La Walmoden, entre otras, asistia á los consejos; pero la fuerza de la constitucion redujo á aquella influencia femenina á que no tuviese accion sino sobre los débiles, y sólo pudiese únicamente distribuir algunos empleos y condecoraciones de la Jarretiera. Jorge II tenia mucha confianza en su mujer Carolina de Brandeburgo-Anspach, hermosa, de talento y amiga de los literatos, principalmente de Leibniz y Samuel Clarke. Ocultando su deseo de dominar, ejercia su imperio sobre su marido y sobre sus tituladas queridas, y gobernaba como regente siempre que Jorge se ausentaba.

Continuó Walpole sosteniendo la faccion de los whigs y sus opiniones, es decir, el principio de libertad. Aquel ministro, el mayor tal vez que ha tenido la Inglaterra, encargado de sentar sobre bases sólidas el gobierno contra los que querian hacerle retrogradar, como tambien contra los que querian precipitarle en la anarquia, incurrió en la animadversion de ambos partidos. Sólo la paz podia salvar á la Inglaterra, y supo mantenerla, á pesar de la inclinacion del rey, de los gritos de la multitud, de la impertinencia francesa, de la astucia española, de la ambicion del Austria, y del naciente poder de la Prusia. Desgraciadamente los veinte años que pasó en el ministerio le hicieron despreciar á los hombres, cuyas bajezas y móviles secretos habia visto. Atacado diariamente en virulentos libelos, se hacia defender por periódicos asalariados; toleró las conspiraciones, inspiró paciencia al gobierno, y venció la oposicion que se daba el nombre de jacobita, aunque estaba compuesta de un conjunto de elementos diversos. Habia obtenido ó secundado la rehabilitacion del abyecto Bolingbroke, que después de haberla comprado con dinero y bajezas, no cesaba de escitar á la oposicion á que presentase bills populares, cuya no admision hizo odioso al ministerio. Townshend se retiró entonces, y Walpole se mezcló cada vez más en la política continental. Hizo el gabinete austriaco, de francés que era, uniéndose al emperador y á la Holanda; de esta manera pudo hacer obtener, sin guerra, á la Gran Bretaña, lo que el tratado de Utrecht le dejaba que desear, y aumentó tambien su autoridad adquiriendo el aura popular. No hizo tomar parte á la Inglaterrra en la guerra de Polonia sino como mediadora; impulsa-

(1) Tal era la mania de las especulaciones de banco, que un desconocido se presentó un dia en la bolsa diciendo que tenia un proyecto que daria á conocer dentro de un mes; que en el interin debian suscribirse á él, y que los que pagasen al momento dos guineas, serian inscritos por valor de ciento, que producirian cada año otras tantas. Recogió en una mañana 2,000 guineas, con las cuales se fugó.

do por los clamores de la muchedumbre, se la hizo á la España, pero con lentitud y sin éxito.

La oposicion, que veia con disgusto el dinero y la sangre inglesa prodigada en Alemania, y á soldados extranjeros sostenidos con peligro de la libertad, clamó contra Walpole con gran violencia en repugnantes libelos, bajo la direccion del hábil orador Guillermo Pulteney. Vióse, pues, precisado para reponerse del descrédito en que habia caido, á adoptar medidas en desacuerdo con sus ideas, y alteró su hermoso sistema de amortizacion, creado para disminuir las contribuciones. Opinaba con los economistas, que las contribuciones indirectas eran más ventajosas que los impuestos directos; y queria simplificarlas contra el parecer del parlamento, aboliendo las pequeñas contribuciones vejatorias é incómodas, y sustituyendo á los derechos de aduanas el *accise* ó impuesto sobre el consumo, del que pensaba sacar lo bastante para suprimir el territorial. Comenzó gravando el café, el té, el cacao, después la sal, el tabaco, el vino; y aunque procedió paso á paso, con objeto de no asustar á los consumidores, la oposicion descubrió el ardid y dió el grito de alarma. El calumnioso *Craftsman* y los demás periódicos de la oposicion covirtieron la palabra *accise* en un objeto de espanto como si debiese derrocar la constitucion; y una vez irritada la plebe, Walpole no pudo conseguir su objeto. Pero cuando la oposicion se lisonjeaba ya de que Jorge se disgustaria de su ministro, se enojó, por el contrario, contra los lores que le combatian, y á despecho de los *titeres de Bolingbroke*, Walpole permaneció en su puesto.

Si la Revolucion habia hecho al poder ejecutivo responsable, la cámara, que estaba dominada por un pequeño numero de miembros, y de cuyos debates estaba prohibido á los periódicos dar cuenta, no lo era. Peroaquella sistemática corrupcion mostraba el poder del parlamento, pues los ministros no hubieran comprado votos impotentes. Ahora bien, no se podia remediar esto sino haciendo absoluto el poder ejecutivo, ó dando publicidad á los debates, para que todos compareciesen ante el tribunal de la opinion. Esto no era posible sino recurriendo á medios tortuosos: así es, que unos los referian como verificados en el pais de Liliput, otros en un capítulo de frailes, ó empleando otras alegorias. Pero durante el largo ministerio de aquel hombre de Estado que despreciaba la literatura, las protecciones corruptoras cesaron para las letras; resultó de ello que los escritores se dirigieron al público, y que las creaciones del ingenio llegaron á ser una propiedad.

La oposicion inventó las más diestras maquinaciones para derribar á Walpole y hasta se le acusó de concusion. Tan pronto resistia como se doblegaba; en fin, habiendo descuidado por escesiva confianza intrigar en pro de sus favoritos (2), tuvo minoria, y entregó su cartera á Jorge II, que vertió lágrimas. El grave archidiácono Coxe hace de él un héroe, un santo; otros le convierten en un Seyano y *padre de la corrupcion*, lo que prueba cuán dificil es gobernar después de una revolucion. Pero, para sostenerse veinte y cinco años en el poder la inmoralidad no basta: para hacer frente tanto tiempo á las pasiones estremas, á la lealtad generosa de los jacobitas y al ideal republicanismo de los calvinistas; para conseguir, en fin, vencer los partidos, como Marlborough habia vencido á los enemigos, era preciso reunir el carácter, la sagacidad y el valor. No se encontró nada irregular en su conducta cuando se examinó atentamente, y conservó su influencia sobre el rey, al paso que la discordia reinaba en el ministerio formado por Pulteney y presidido por Pelham. Los torys, que siempre habian permanecido unidos, recobraron el favor de la corte, aunque la falta de talentos en su partido hizo conservar aun á los whigs los principales empleos de la administracion. Ambos partidos acallaron sus odios; tal vez porque las cosas se habian llevado al estremo en tiempo de Walpole, y porque el pueblo conoció que el cambio de ministerio no producia un cambio de sistema.

El pretendiente Carlos Eduardo, conocido con el nombre de *caballero de San Jorge*, no habia cesado de mantener inteligencias en el pais. Los terribles ataques dirigidos contra el ministerio, las tempestuosas discusiones, cuya noticia llegaba hasta él, hicieron que el descontento subiese al colmo y que sólo fuese necesario una chispa para hacer estallar la guerra. Hizo, pues, con ayuda de los auxilios de la Francia, un desembarco en la costa de Lochabyr (1745), á donde arribó con doscientas mil libras escasas, dos mil fusiles y seis mil sables. El pueblo se arrojaba á sus piés; pero, «¿qué podremos hacer nosotros? esclamaban los escoceses; somos pobres, y estamos desarmados; no comemos más que pan negro.—Le comeré con vosotros, contestaba Eduardo, seré pobre como vosotros, y os traigo armas.» Encontrándose pronto á la cabeza de los clanes de los Cameron y Macdonald, hizo proclamar á su padre y entró en Edimburgo. Aunque no tenia más que dos mil quinientos montañeses, sin caballeria ni cañones, el desesperado valor con que combatian puso en fuga á los ingleses, y le hizo dueño de todo el reino. Los escoceses de la llanura admiraban á un príncipe «que se acostaba en el suelo, comia en cuatro minutos y batia al enemigo en cinco.» Componian himnos en honor suyo, y sátiras contra Juan Cope, general de los enemigos; todos tenian su retrato

(2) *Memoirs of life and administration of sir Robert Walpole, with original correspondance and authentic papers.* 1798.

Sobre la administracion Walpole dan mucha luz las *Memoirs of the reign of George the II and George the III by* HORACE WALPOLE, *now first published from the original mss. with notes by sir Denis le Marchant.* Londres, 1845.

en las cajas de tabaco; algunos daban dinero para la empresa; pero sólo las montañas contestaban á los ecos de las cornamusas.

Sin embargo, Carlos Eduardo se propuso conquistar la Inglaterra, que habiendo perdido la flor de sus soldados en Fontenay, se encontraba desguarnecida de tropas. A la noticia de su marcha se cerraron los almacenes y la bolsa en Lóndres; Jorge tuvo dispuestos barcos para huir con sus tesoros; y si Eduardo hubiese caminado rectamente sobre la capital, hubiera puesto en gran peligro la fortuna de la casa de Hannover. Difirió, pues, con la esperanza de ser reforzado por aquellos cuya timidez hacia se limitasen á promesas, y por su confianza en las inteligencias que tenia en el reino. Mientras que el gobierno ponia precio á su cabeza, él, por el contrario, prohibia á los suyos hacer algun insulto á Jorge; pero durante aquel tiempo los ingleses reunian tropas y dinero: después de haberle rechazado de la Inglaterra, entraron en Escocia, y la guerra se terminó con la batalla de Culloden (27 abril de 1746). El duque de Cumberland trató tan horriblemente á los heridos, que se le apellidó *El carnicero de la Escocia*. El caballero de San Jorge anduvo errante cinco meses por las montañas de la Escocia con inauditas fatigas, perseguido por asesinos, y siempre amenazándole la muerte; en fin, consiguió refugiarse en el continente. Se le ensalzó como á un héroe; y aunque haya sido embellecida la verdad, es cierto que arriesgó su vida, pero le faltaba la energia necesaria para dirigir el movimiento. Inspiraba el entusiasmo, pero no tenia ni firmeza para reponerse en los reveses, ni compasion para dulcificar los padecimientos de los que defendian al último de los Estuardos. No supo después sostener en París la dignidad de la desgracia, y en el momento en que las cabezas caian en Escocia por su causa, se mostraba en todas partes y pedia distracciones á la intemperancia, como á menudo lo hacen los hombres cuya esperanza se ve destruida.

Cuando la jornada de Culloden evidenció la nulidad del partido que soñaba en una restauracion, cuando la pérdida de sus esperanzas tranquilizó los odios, y una generacion enteramente nueva se aseguró en el gobierno, dedicáronse sériamente á los trabajos parlamentarios, y como la Revolucion no tenia ya necesidad de ser protegida, se inclinaron á las ideas prácticas. Entonces surgieron los grandes oradores como Chatam, Grenville, North, en la alta cámara; Cambden, Erskine, Mansheld, entre los pares judiciales; Burke, Windham, Romilly, Wilberforce, Wilkes, Withbread, Dundas, Sheridan, y otros en la cámara de los Comunes, rara reunion por cierto de talentos superiores.

Guillermo Pitt.—Ya Guillermo Pitt y lord Holland (Enrique Fox) habian aparecido en el ministerio. Fox habia admirado siempre á Walpole; Pitt se encontraba entre sus adversarios. El segundo fué secretario de Estado; Pitt se puso al frente de la oposicion, y su elevacion, á despecho de Walpole, probó que la opinion era más poderosa que el favor. En efecto, Fox se retiró y aceptó el puesto subalterno, pero lucrativo, de pagador general. Nada manifiesta más una revolucion en las opiniones, que el advenimiento al poder de aquel Pitt, hijo de un simple escudero, que habia ascendido tanto á fuerza de elocuencia, de odio á los franceses y de reputacion de probidad. Desde aquel momento empieza la *administracion de Pitt*, que dotado de un alma elevada, de un carácter enérgico, de un talento superior y de una ardiente elocuencia, supo ganar la voluntad del rey sin avasallarse á sus voluntades, contrariando á veces sus miras, y sirvió al pais con preferencia al monarca. Reveló la Inglaterra á sí misma, tal como ha salido de una lucha secular, lucha que le ha valido la conquista de sus instituciones, lucha en la cual cincuenta años se han empleado en consolidar la nueva dinastia, y ha dado por base á aquellas instituciones una monarquia aceptada por el pais. Comunicó á la nacion un ardor intrépido, un carácter inflexible, un patriotismo enérgico, casi instintivo, y la hizo triunfar de la coalicion de los soberanos de la casa de Borbon.

Se ha dicho con razon que poseia las virtudes de un romano y la urbanidad de un francés; pues su patriotismo era enteramente del género antiguo, es decir, arrogante, dispuesto á sacrificar el interés de las demás naciones y la justicia. Quiso conquistar, ejercer una monarquia universal; inclinó á los ingleses á hacerse dueños del mar; por él la Inglaterra dominó como soberana absoluta en los gabinetes y en los mares; mantuvo la paz en sus colonias, á las cuales añadió el Canadá y la Luisiana, arrebatadas á Francia, cuyas factorias á más destruyó en la India; y si la guerra de Siete Años hubiese durado, se hubiera apoderado de todas las colonias francesas. Se dedicó á lo menos á impedir la union de los europeos, para mantenerlas en una comun opresion con el título de equilibrio. Hizo tambien cesar las persecuciones contra los partidarios del Pretendiente, como tambien la ley de guerra que pesaba sobre los escoceses, admitiendo en las filas del ejército á muchos jacobitas, blanco de las persecuciones.

Durante aquel tiempo los whigs, siempre en posesion de los altos empleos, vigilaban sin cesar para impedir á los torys hacer despótico al gobierno, y por otra parte el que la democracia se convirtiese en radical.

Murió Jorge de repente, á la edad de 77 años (1760); y si la Inglaterra vió aumentar su comercio y prosperar sus armas, no fué á aquel príncipe á quien fué deudora de ello, sino á la actividad de sus habitantes y á la decadencia de la marina francesa. En su reinado se adoptó el calendario gregoriano, y se autorizó la sociedad de los anticuarios (1752); el gobierno compró el museo de sir Hans Sloane, y la coleccion de manuscritos llamada *Harleianna* que se reunió á la de los manuscritos

relativos á la historia de la Inglaterra, llamada *Cottonianna*, y á la biblioteca del rey.

Federico Luis, príncipe de Gales, habia permanecido en Hannover de órden de su padre, por temor de que llegase á ser el centro de la oposicion, y aun más después de haber impedido su matrimonio con la princesa de Prusia, por animosidad personal contra Federico Guillermo. En efecto, los oposicionistas y los literatos, como Swift, Pope, Thompson y otros adversarios de Walpole, se unieron al príncipe. Chersterfield, y Bolingbroke, muy hábil en censurar con gracia los abusos de los whigs, aunque incapaz de reformarlos, le escitaron contra la corte, lo que agrió las disidencias que existian ya entre padre é hijo: Jorge II llegó hasta desterrarle de su presencia (1738). Habiendo muerto el príncipe de Gales trece años después, á la edad de cuarenta y cinco años (1751), respiró Jorge II con más libertad. Como Federico Luis no dejaba mas que un hijo que apenas tenia doce años, se habia previsto el caso de una minoria en una ley que confiaba la regencia á la madre, asistida de un consejo. No tuvo efecto aquella ley, en atencion á que cuando la muerte del abuelo, Jorge III tenia ya veinte y dos años, y sucedió en el trono.

Jorge III.—Habia crecido sin ningun conocimiento de los negocios; pero se le amaba porque habia nacido en Inglaterra, porque habia sido educado á la usanza del pais, en ideas de piedad y de moral, y porque tenia los derechos hereditarios que á veces sirven de mérito. La aversion de muchos ingleses, la indiferencia de la mayor parte con respecto á los reyes anteriores, habia ya cesado; no podia ya tratarse de usurpador al tercer descendiente de aquella raza. La responsabilidad de la sangre de los legitimistas que se habia derramado no recaia sobre él; en fin, tenia un carácter firme, una voluntad fuerte, poca penetracion, pero aptitud para los negocios. Los torys, que habian permanecido siempre separados del trono, aunque fueron sus apoyos naturales, volvieron á los sentimientos realistas. Apoyado, pues, en ellos, y no conociendo que los derechos nacionales eran en adelante inatacables, Jorge III tuvo algunas ideas de aumentar sus prerogativas reales. Este era el sistema de Bolingbroke y de sus colegas, que cansados de la corrupcion parlamentaria, creian que un rey patriota podria hacerlos inútiles haciéndose más fuerte que la cámara de los Comunes. Ahora bien, lord Bute, cortesano tan hábil como incapaz político, y que poseia la confianza de Jorge, se habia inspirado con aquellas ideas; y aunque Pitt permaneció en el ministerio, le arrebató su influencia. Firme en su continua idea de engrandecimiento y en su aficion á la guerra, que tan bien le habia salido en América, en la India, y en Alemania, queria Pitt declararla á la España (1761) para evitar las consecuencias del pacto de familia entre este pais y la Francia. Pero siendo contrariado en este designio, presentó su dimision y encontró un campo más libre en las filas de la oposicion, aunque, sin embargo, no tuvo parte en sus repugnantes intrigas, que detestaba á la par qae las de la corte. El triunfo popular que le recompensó de su caida se aumentó cuando se conoció qne habia previsto con exactitud; pues Cárlos III, muy mal dispuesto en favor de los ingleses desde que habian atacado á Nápoles, comenzó las hostilidades; y fué preciso declarar la guerra á la Francia y á la España.

El ministerio de lord Bute, que es el primero que ha salido de las filas torys después del advenimiento de la casa güelfa, se habia propuesto aumentar la autoridad real, hacer cesar la corrupcion y las cábalas oligárquicas, separar á la Inglaterra de sus costosas alianzas en el continente, y concluir la guerra con la Francia. Pero si es cierto que consiguió esta última idea, la corrupcion fué más profunda, por la necesidad de sostener al ministerio contra el odio y el desprecio popular. Se indignaban contra aquel ministro, que se habia elevado sin otro mérito que el favor del rey, y que siendo escocés, concedia todos los empleos públicos á escoceses, en una época en que aun no era completa la fusion entre ambas naciones, y en que no se encontraban todavia cicatrizadas las heridas de 1745. La irritacion era, pues, universal. Si se da crédito á los periodistas, la Inglaterra estaba sumida en la miseria y entregada al despotismo. En efecto, la posicion de los ministros era cada vez más difícil desde que la prensa reproducia cada uno de sus actos. Preciosa salvaguardia de la libertad, era una continua traba para el gobierno. Entre los libelos de la época, las *Cartas de Junio*, publicadas por un autor desconocido, con diversos intervalos, desde 1769 hasta 1772 fueron en estremo célebres. Llenas de una fria é inexorable ironia contra los actos de los ministros, aquellas cartas, si se atiende á la elocuencia y talento de que abundan, y al conocimiento que manifiestan de los decretos de los diferentes gabinetes, debia ser su autor un personaje de elevada categoria; pero nunca se dió á conocer. Habia más encarnizamiento en el *North-Briton*, que redactaba Juan Wilkes con descaro y talento. Preso por delito de imprenta, se defendió con osadia, conociendo estaba apoyado por la opinion pública, que sostenia que en su cualidad de miembro de los Comunes, no podia procederse contra él. El parlamento declaró sus libros, y un poema sobre las mujeres, sediciosos é infames, fueron quemados por mano del verdugo, y Wilkes huyó. A su vuelta fué sentenciado. Tres veces le eligió diputado el pueblo de Lóndres, y otras tantas le rechazó la cámara. En medio de tantos ataques, conoció lord Bute que no tenia otro medio de resistir sino recurrir á la corrupcion y compró un sostenedor.

Carlos J. Fox.—De aquel lord Holland, á quien hemos visto ardiente sostenedor de Walpole y del poder arbitrario, nació Carlos Jacobo Fox (1749-1806), que habiendo entrado en el parlamento á la edad de diez y nueve años, fué perpetuo contra-

dictor de Pitt y defensor de las doctrinas populares. Su padre, que poseia grandes riquezas mal adquiridas, le habia acostumbrado á emplearlas en el juego y en los placeres; pero al mismo tiempo le habia enseñado á hablar con osadia de todo; de esta manera adquirió el joven Fox el genio parlamentario y la estrategia oratoria; supo demostrar y atacar, como conviene hacerlo en una nacion positiva. Fox y Pitt, rivales en gloria y talento, los dos letrados, ambos amaban las sociedades brillantes y placeres de la mesa, y eran igualmente ambiciosos; Fox era aficionado al dinero; Pitt no. Fox estaba dotado de aquella facundia sin adornos que procede del corazon, y que llena de lógica y juicio sobrecoge el ánimo; Pitt tenia muy pocos conocimientos prácticos, y era casi estraño al derecho; pero poseia gran audacia, y era sentencioso y fecundo en alusiones clásicas; produjo gran efecto con sus discursos sencillos, que en ocasiones llegaban á ser vehementes é irresistibles. Supo sobre todo ganarse la confianza y el afecto de la muchedumbre.

Lord Bute compró á Fox, encarnizado whig, que se dedicó á reclutar votos para el ministerio; de tal manera, que se adoptó el tratado de paz por el cual la Gran Bretaña adquirió el Canadá. Pitt, que habia hecho todo lo posible para que no se admitiesen las condiciones, continuó favorecido por la opinion pública, oponiéndose á lord Bute, que inducia al rey al absolutismo. Aunque Jorge III y sus ministros tratasen varias veces de librarse de su oposicion, llamándole á tomar parte en la direccion de los negocios, se negó constantemente á ello, á menos que no se admitiesen las condiciones que juzgaba necesarias para garantizar las libertades públicas. La oposicion obtuvo entonces una de las más importantes en la inamovilidad de los jueces.

Lord Bute cedió el puesto al ministerio de lord Grenville, que no menos impopular que su predecesor, puso al rey en la impotencia queriendo hacerle absoluto. Tuvo entonces que recurrir á los whigs; viéronse pues elevarse con el duque de Cumberland, y con lord Rockingham otros whigs más morales, si bien menos hábiles, que se negaban á los espedientes que el honor no podia confesar.

Burke.—Entonces figuraban en el parlamento nuevas notabilidades, y entre los whigs sobresalia Edmundo Burke, pobre irlandés, que se habia formado con sus artículos en los periódicos tal reputacion, que el marqués de Rockingham le regaló la suma necesaria para que pudiese entrar en el Parlamento. Manifestó en él una elocuencia nueva, rica en imágenes, florida y majestuosa. Enemigo del filosofismo y de la soberania popular, la propiedad era á sus ojos el único manantial de los derechos civiles; y creia que importaba, ante todo, consolidar la constitucion del pais tal como era. Fox, al contrario, impelia á las innovaciones, y esperaba dominar en los Comunes, no solamente á la autoridad real, sino tambien á la aristocracia.

En esta larga y continua lucha entre el patriciado de los propietarios y la plebe de los industriales, el hombre de Estado encuentra ejemplos tan elevados, como en el estudio de la república romana; pero precisamente, porque se trata de un estado de lucha esencialmente normal, no se tendria razon en querer juzgar las medidas y los hombres con arreglo á las ideas absolutas, y se haria mal en pretender que se aventurasen las muchas ventajas que van unidas á un desórden, antes que resignarse á éste ó contentarse con demolerlo por vias oblicuas, largas y no siempre morales.

CAPÍTULO XVIII

COLONIAS ANGLO-AMERICANAS (1).

El reinado de Jorge III reclama de nuestra parte una ojeada sobre Asia y América, para observar allí hechos de la mayor importancia, no solamente por la lucha que se continuaba entre la Inglaterra y la Francia, que es el carácter político de la historia europea en el siglo anterior, sino porque tambien estas dos potencias aseguraron en aquellas comarcas la superioridad de la civilizacion europea, que con el comercio se ingerta en la antigua y decaida civilizacion de la India, y con las colonias se desarrolla con vigor en el territorio americano.

La Inglaterra habia tomado poca parte en el descubrimiento de la América, en atencion á que era aun débil en el mar en comparacion de los portugueses y de los españoles, cuya envidia no queria escitar; pero cuando Isabel se hizo enemiga de Felipe II, pensó tambien en humillarle, presentándose como concurrente en los paises septentrionales de la América. Favorables aquellas comarcas al cultivo, no ofrecian, sin embargo, metales preciosos, que eran considerados entonces como la única riqueza. Fué, pues, necesario atraer allí á los colonos con el cebo de los privilegios que ninguna nacion moderna habia aun concedido. Segun los términos de las concesiones hechas á sir Humphrey Gilbert, que estableció una colonia en las comarcas descubiertas por Cabot, todos podian gozar en ella las ventajas concedidas al título de ciudadano inglés, reservándose solamente la corona el quinto del producto de las minas de oro y plata. El valor y la ambicion no bastaron á triunfar de aquel pais salvaje, y el mismo Gilbert pereció en él.

Virginia.—Walter Raleigh, su cuñado, cuyo extraño destino hemos visto (1580), obtuvo el mismo privilegio y envió á Ricardo Grenville con colonos, que arribaron á la isla de Roanoke; pero soñando el oro en todo, se diseminaron por los alrededores, sin ocuparse en proveerse de asilo, ni atender á su seguridad; tanto, que fueron destruidos por el invierno y los salvajes. Una segunda espedicion enviada por el mismo Raleigh (1586) no tuvo mejor suerte; dirigiendo, en fin, su atencion á otras empresas, cedió su privilegio á una compañia mercantil de Lóndres (1588).

Sin procurar aquella compañia adquirir posesiones, se contentó con hacer en las costas el comercio con los salvajes. Pero aquel comercio procuraba tales beneficios, que acudieron en multitud á aquellos parajes, después de lo cual, una compañia de Lóndres y otra de Plymouth, que se formaron, fundaron establecimientos en las islas de Isabel y Viña de Marta (1606). Favorecidos los colonos por Jacobo I, que estableció en aquellos puntos el gobierno monárquico, que no podia hacer aceptar en Inglaterra, fundaron á James-Town en la orilla del Powhatan. Pocos en número en medio de los salvajes, no supieron permanecer unidos, y todo iba lo peor posible, gracias á las rapiñas y á las cábalas, cuando habiendo obtenido, en fin, el capitan Smith la autoridad suprema, supo establecer el órden, y comenzó á some-

(1) Además de los historiadores contemporáneos, y sobre todo de DAVID RAMSAY, *The history of american revolution* (Lóndres, 1791), que tomó parte en aquella revolucion, véanse FRED. GENZ, *Die Ursprung und die Grundsätze der Americanischen revolution*, 1800; los italianos BOT. Y LONDONIO; y MAC. GREGOR, *Historical and descriptive sketches of the maritime colonies of British America*, 1828; y además las obras recientes de los americanos y particularmente la de BANKROFT y W. POUSIN, *Del poder americano, origen, instituciones, espíritu político, recursos militares, agrícolas, comerciales é industriales de los Estados-Unidos*. Paris, 1843.

ter á los salvajes, tan pronto con negociaciones, como con las armas (2).

Cuando se vió que la colonia prosperaba, aunque en vano se buscó en ella oro, la compañía mandó nuevos colonos, y el rey le dió instituciones más liberales; pero las malas costumbres y los ataques de los salvajes la minaban poco á poco. Lord Delaware puso algun remedio al mal (1610), y dirigió su atencion sobre la agricultura, al mismo tiempo que rechazaba vigorosamente á los salvajes; pero la profunda inmoralidad de los colonos, impulsados únicamente por la sed de oro, destruia las medidas de prudencia y rigor. Familiarizáronse, sin embargo, poco á poco los salvajes con los colonos; mejoróse el cultivo cuando se concedieron los terrenos en propiedad; se introdujo el tabaco en el país, á donde se llevaron negros para cultivarle; habiéndose destruido después el monopolio, los cultivadores, libres y ricos entonces, pidieron y obtuvieron un estatuto á la manera inglesa. Jacobo I, y aun más Cárlos I, trataron de restringir aquella forma de gobierno libre. Sin embargo, los de Virginia permanecieron fieles á aquel príncipe, aun cuando triunfó Cromwell. El lucrativo comercio del tabaco atraia gente al pais: enviáronse doncellas de familias honradas para casarse; algunos sentenciados, á quien el rey Jacobo desterró allí, adoptaron mejor vida: pero una conspiracion urdida por los salvajes estuvo á punto de esterminar la colonia, en la que asesinaron á muchos habitantes.

Maryland.—En este estado de cosas, lord Delaware, perseguido en Inglaterra y en la colonia como católico, obtuvo una extension de pais (1632) en el Potomak, que fué llamada *Maryland*, y poblada de católicos. Aquellos desterrados ganaron el afecto de los salvajes con su humanidad y justicia; y á pesar de las persecuciones de la intolerancia puritana, prosperaron en la paz con un gobierno á la inglesa, bajo la ilustrada direccion de Carlos Baltimore. Calvert, que dió leyes al Maryland, fué el primero que estableció legalmente la perfecta libertad de conciencia; y de la paridad de todas las sectas cristianas formó la base del nuevo Estado.

Nueva Inglaterra.—La compañía de Plymouth habia, durante aquel tiempo, echado los cimientos de la *Nueva Inglaterra* (1607). Pero las dificultades hacian abandonar la empresa, cuando habiendo producido la guerra civil las disensiones religiosas de la Inglaterra, ciento veinte puritanos, partidarios de Brown, fueron á buscar la tolerancia que no encontraban en Europa, y compraron á los salvajes un territorio, en el cual fundaron la Nueva Plymouth (1620). Felices en su miserable condicion, con verse libres, se dieron una constitucion enteramente popular, en oposicion á la religion y á la política de Europa. Pero la comunidad de bienes que habian establecido, destruia los afanes individuales, tan necesarios para hacer prosperar la industria.

Massachusets.—Otros puritanos, perseguidos por Carlos I, fundaron en Massachusets la ciudad de Salem, después Charleston, con un gobierno á la inglesa, pero libre de la soberania del rey, tanto política como sacerdotal. El acta de aquella fundacion merece conservarse: «Nosotros los abajo firmados, que, para la gloria de Dios, el progreso de la fe cristiana y en honor de nuestra patria, establecemos esta colonia en remotas playas, nos convenimos por mútuo y solemne consentimiento ante Dios, en formar un cuerpo de sociedad política, con intencion de gobernarnos y trabajar en el cumplimiento de nuestros designios. Convenimos, en virtud de este contrato, en promulgar leyes, ordenanzas, actas, y, segun lo exija la necesidad, establecer magistrados á los que prometemos sumision y obediencia.» Este es el primer paso de una sociedad política, establecida segun las estrictas reglas del derecho; ejemplo que otros seguirán, y llegará á ser el gérmen de la libertad futura.

Rhode Island. — Aquellas colonias se poblaban, no por la lucha protestante entre católicos y reformados, sino por la divergencia de éstos con la Iglesia anglicana. No obstante el ejemplo de los tolerantes católicos de Maryland, el fanatismo religioso atizaba los odios, las sectas se multiplicaron en perpetua lucha unas con otras: la cruz y el san Jorge, que figuraban en la bandera de la Inglaterra, parecieron signos de idolatria á Rogerio Williams: destrozáronla, pues, sus partidarios; y como fueron desterrados por aquella causa, marcharon á establecer otra colonia, la de la *Providencia*. Rechazada mistress Hutchinson por sus doctrinas fanáticas, fundó otra que unió á la anterior (1631), con el nombre de *Rhode-Island*. Estableció un gobierno enteramente popular con tolerancia de las opiniones, lo que contribuyó á hacerla floreciente.

Habiendo sido desterrado Weelwright, cuñado de mistress Hutchinson del Massachusets, se estableció en el pais del nuevo Hampshire y del Main; pero aquellas dos provincias, por falta de concordia entre los que las ocupaban y por reclamarlas los colonos primitivos, fueron reunidas al Massachusets.

Connecticut.—Hooker, ministro de los congregacionalistas, salió tambien del Massachusets con sus discípulos (1633), y se estableció en el Connecticut, en un territorio fértil y un clima agradable; á aquella colonia se unió la de Newhaven, compuesta de ingleses perseguidos.

Entre los territorios asignados á la compañia de Lóndres y á la de Plymouth se encontraban instalados los holandeses. Asustada la Inglaterra de su activa concurrencia, ocupó en plena paz el pais de sus vecinos, que fué cedido al duque de York (1664), y recibió, en lugar del nombre de Nueva Bélgica, el de *Nueva-York*. Una parte de

(2) Véase Libro XIV, cap. 13.

aquel pais fué cedida á lord Berkeley y á sir Jorge Carteret, que la llamaron Nueva Jersey; pero como no prosperó la colonia la cedieron á la corona.

De este modo en medio de los tumultos europeos se iba estendiendo una fundacion que, aunque es el hecho más importante de aquel siglo, apenas se halla indicado en sus historiadores: ya hemos dicho que allí se dió el primer ejemplo de la igualdad de todas las religiones. La Virginia es el primer Estado del mundo que se formó de comunidades independientes, esparcido sobre dilatada superficie y con gobierno fundado sobre el sufragio universal; de modo que en él se vieron desde un principio la soberania del pueblo, la libertad del comercio, la independencia de las sociedades religiosas y el voto universal. Este Estado y el de Maryland se constituyeron tan bien desde su cuna, que pocos fueron los progresos que tuvieron que hacer para llegar á la emancipacion. Las demás colonias les imitaban más ó menos, y prosperaban á pesar de las incesantes guerras con los salvajes y de las pretensiones del rey Carlos (1654).

Cromwell arrebató á los franceses la Acada ó Nueva Escocia, al norte de la Nueva Inglaterra, pais abundante en pesca, y á propósito para el comercio de pieles que se hacia con los salvajes. Las colonias se unieron entre sí para defenderse mancomunadamente; y aprovechándose de las turbulencias de la Inglaterra, se gobernaron como Estados independientes. Se hubieran elevado desde entonces á un alto grado de poder, si la intolerancia puritana no hubiera producido continuos males.

Acta de navegacion.—Cuando se restableció la monarquia en Inglaterra, se esforzó Carlos II en asegurar en las colonias la autoridad real; impúsoles trabas y contribuciones (1663), mandó que los trasportes entre ellas y la madre patria no se hiciesen sino en buques ingleses, y que el tabaco, el añil, el algodon, el arroz y las maderas de construccion no pudieran exportarse sino para Inglaterra. Al mismo tiempo decretó el parlamento que todos los delincuentes serian deportados á América, lo que era degradar el pais en la opinion. Este motivo y otros agravios irritaron á los de Virginia, y resultó una guerra civil, en la que vencieron los realistas.

Carolina.—Carlos II trató de contener el espíritu de independencia de aquellas colonias; pero, en realidad, no consiguió más que aumentarle; y cedió á algunos lores, sus cortesanos, un territorio muy estenso, que fué llamado la *Carolina* (1663). Aquellos señores pidieron á Locke una constitucion para el pais; y el filósofo redactó una, pero absurda, llena de fastuosos títulos y de trabas á la propiedad. La colonia hubiera perecido, por las diferencias entre los habitantes y los propietarios, sin la libertad de conciencia, que atrajo á ella mucha gente.

La lucha de Carlos II con el parlamento permitió á las colonias obrar como si hubiesen sido independientes, y traficar con las demás naciones, á despecho del Acta de navegacion. Cuando después Jacobo II pensó en dar alguna fuerza á la autoridad real y en someter las colonias á su gobierno, poco faltó para que resultase una rebelion; pero habiendo sustituido la casa de Orange á los Estuardos, aunque restringiendo Guillermo la constitucion colonial, concedió grandes ventajas al comercio (3), y aquellas concesiones conjuraron el peligro.

Guillermo Penn.—Quedaba entre las colonias del Norte y las del Sur un estenso pais, en el que ya Gustavo Adolfo habia tratado de procurar un asilo á los que se encontraban perseguidos en Europa por sus opiniones religiosas. Carlos II se lo concedió á Guillermo Penn (1644-1718), hijo del almirante, ardiente cuáquero, mediante un pequeño tributo, con derecho de hacer leyes conformes á las de Inglaterra, y la promesa de que el rey no estableceria nuevas contribuciones sin el consentimiento de Penn y de la asamblea. Raynal presenta á Penn como uno de los mayores bienhechores de la humanidad; Montesquieu, como un Licurgo moderno, Franklin y otros como un diestro charlatan. La constitucion que publicó antes de su salida de Inglaterra no era más que un cebo, pues una vez llegado al pais, sustituyó otra enteramente en interés suyo. Se atribuyó, en lugar de concederle al pueblo, el nombramiento de los consejeros y empleados públicos, como tambien el poder ejecutivo, con el derecho de oponer su *veto* á las decisiones del consejo, y tratar con los indios para las adquisiciones de territorio. Impuso á los colonos una contribucion perpetua, que corta al principio, se aumentó diariamente, y produjo grandes riquezas á sus descendientes. Estableció tambien una sobre las propiedades, teniendo cuidado de esceptuar á sus herederos, que pretendieron sostener aquel privilegio contra el voto unánime de los habitantes, y esto fué una simiente de discordia (4). Sin embargo, cuando no le estraviaba su interés, Penn hacia

---

(3) Cuando la revolucion de 1688 las colonias americanas inglesas contenian sobre 200,000 habitantes en esta forma: 44,000 el Masachusets, Plymouth y Maine; 12 mil el nuevo Hampshire y Rodas, de 17 á 20,000 el Connecticut; de modo que toda la Nueva Inglaterra contaba 76 mil habitantes: Nueva York tenia lo menos 20,000, la mitad Nueva Jersey, la Pensilvania y Delaware sobre 11 mil, 20,000 el Maryland, 50,000 la Virginia, y las dos Carolinas con la Georgia 8,000.

(4) Los colonos le presentaron en 1707 una reclamacion que comienza de esta manera: «Nosotros y el pueblo representado por nosotros, oprimidos y arruinados por la mala administracion y manejos de tu delegado, por la detestable conducta, repugnantes procedimientos y enormes exacciones de tu secretario, sucumbimos bajo el peso de las injusticias, y de las opresiones arbitrarias de tus malos ministros que abusan de los poderes que te ha concedido la corona, y que por lo menos suponemos, que dominando tu ánimo, son causa de que nos hayas dejado hasta ahora sin consuelo,» etc. Se sabe que los cuáqueros emplean constantemente el *tú*, en lugar del *vos*.

prudentes reglamentos. La secta á que pertenecia enseñaba el trabajo, la paz, la tolerancia religiosa, las virtudes frugales, la sencillez, y alejaba de Filadelfia, fundada por Penn en la confluencia del Delaware y el Schuylkill, el insultante contraste del lujo y la mendicidad (5).

Los franceses habian establecido tambien colonias en aquellas comarcas, y hubieran podido contribuir en gran parte á la civilizacion del Nuevo Mundo; pero nunca tuvieron la perseverancia que hace prosperar los establecimientos tomando cariño á un pais, y proponiéndose fijarse en él; y esto sin proyectos feroces de esterminio, sin querer conseguir el objeto á despecho de los obstáculos y de la conciencia. Además, el despotismo feudal y monárquico no permitia aquellas concesiones tan necesarias á la prosperidad de las colonias; la proscripcion de los protestantes arrebataba la asistencia de gran número de brazos é inteligencias. Sin embargo, los franceses eran amados de los naturales del Canadá, por su tolerancia y facilidad en adoptar sus costumbres; éstos á su vez eran inclinados á varias cualidades y defectos de los franceses, á la impetuosidad en la guerra, al gusto hácia las aventuras y placeres del momento, más bien que tratar de gozar de una prosperidad duradera.

Todo inducia á creer que los franceses y los ingleses no podian permanecer mucho tiempo en paz en aquella vecindad. En efecto, habiendo tratado aquellos últimos de monopolizar el comercio de peleteria con los iroqueses, resultó de esto una guerra que trastornó el estado floreciente de las colonias. Peleóse con éxitos diversos; y en aquellas luchas, el feroz valor de los salvajes se unió al de los europeos hasta que el tratado de Utrecht aseguró la Acadia á la Inglaterra (1713).

No pudieron los franceses resignarse á aquella pérdida. Espiando sin cesar el momento de recobrar un territorio tan importante, y no encontrándose bastante fuertes, incitaban y armaban contra la colonia á los salvajes, que sin cesar renovaban sus ataques. Por otra parte, los españoles atacaban con encarnizamiento á los salvajes arrojándolos sobre la Carolina, donde encontrándose en gran peligro los colonos, reclamaron la ayuda de los propietarios: no habiendo podido obtener nada de éstos, pensaron en hacerse independientes bajo la proteccion del rey, y lo consiguieron. Quedó, pues, abolido el gobierno avaro y desastroso de los propietarios, como tambien la constitucion de Locke (1719); y pronto, dividida en septentrional y meridional, prosperó la Carolina, en la que todos fueron llamados á tomar parte en la confeccion de las leyes y en la votacion del impuesto.

Georgia.—Pero no tuvo nunca bastante poblacion para poder estenderse por la pantanosa llanura del Mediodia, que permaneció desierta, hasta que ciertos filántropos concibieron la idea de trasladar á ella de Inglaterra á los pobres que carecian de pan en su patria. De esta manera comenzó la colonia, á la que se dió el nombre de *Georgia*, tomado del rey que fundó la ciudad de Savannah (1733). Más tarde, el suizo Pedro Pury llevó á ella á cuatrocientos de sus compatriotas, y fundó á Purisburg. Pero los propietarios no quisieron admitir á los colonos á participar de sus derechos; prohibiéronle tambien el empleo de los negros y del ron, leyes más morales que oportunas. Languidecia, pues, la colonia, cuando la no represion del contrabando escitó á los españoles á hacer la guerra á los ingleses (1740); y la Georgia que se encontraba espuesta á los primeros ataques, sin tener hombres ni municiones con que defenderse, fué invadida por el enemigo; pero su resistencia fué tan enérgica, que se vió obligado á retirarse.

Cuando la guerra por la sucesion de Austria, que hizo enemigos á los franceses y á los ingleses, los primeros invadieron la Acadia, los otros se apoderaron de Luisburgo, ciudad de la isla Real, escelentemente situada, pues dominaba el golfo de San Lorenzo y los bancos de pesca de Terranova, al mismo tiempo que era el baluarte del Canadá. Habiendo intentado locamente Shirley, hombre aventurero, aquella empresa, y conseguido su objeto, pensó hacer otro tanto en el Canadá; pero cuando la paz de Aquisgram (1748), la Inglaterra restituyó sus conquistas, y volvió las cosas al estado que *debian estar* antes de la guerra.

Quedaban, pues, sin determinarse las fronteras entre las colonias inglesas y el Canadá, lo que habia causado ya las diferencias anteriores. Además, los franceses se habian establecido en la Luisiana, á orillas del Misisipí; pais tan estenso como fértil. Su proyecto era reunirle al Canadá, ocupando las tierras intermedias, que llamaban territorio del Oeste, de manera que pudiesen encerrar á los ingleses en el semicírculo formado por los montes Alleghanys. Habian fortificado al efecto los lagos Ontario y Erié, y las fuentes de Ohio. Ahora bien, habiendo obtenido del rey los mercaderes ingleses un estenso territorio en el Ohio (1751), los franceses se opusieron á que lo ocupasen. Los canadenses reclamaron aquella tierra como de su pertenencia, y dijeron á los enviados franceses: «Padres, es demasiado venir á fundar en nuestras tierras y apoderarse de ellas por fuerza. Padres, los ingleses son blancos y vosotros tambien; nosotros estamos en un pais intermedio, que ha sido destinado para residencia nuestra por el gran Sér de arriba. Pedimos, pues, padres, que os retireis, como lo han hecho vuestros hermanos los ingleses.»

Pero ni los *padres* ni los *hermanos* se retiraron, y la guerra tuvo que decidir á cuál de los dos usurpadores habia de corresponder la vertiente occidental de los Alleghanys. Los turbulentos acadios fueron arrojados de su patria y dispersados

---

(5) Bernardino de Saint-Pièrre preguntó á Rousseau por qué como Penn no habia ido á establecer una colonia. Rousseau respondió: *¡Qué diferencia de tiempo! Entonces se creia, hoy no se cree ya en nada.*

por las demás colonias, dejando despoblado el pais. La discordia entre colonos y la madre patria, y la impericia de los ministros de Jorge II, valieron á los ingleses frecuentes reveses. Pero cuando Guillermo Pitt ascendió al ministerio con enérgicas intenciones, todo cambió de aspecto: redobláronse los esfuerzos, y se recobró á Luisburg y á otros puntos importantes. Wolf se portó como un héroe en Quebek (1759), y murió vencedor (6). Estrechados los franceses en Montreal, se vieron precisados á capitular, dejando todo el Canadá á merced de los ingleses, y el poder francés arruinado en la América septentrional. Poco después fué firmada la paz de Paris (1763), que aseguró á la Inglaterra el Canadá, la isla Real y la Luisiana, sin contar el que obtuvo de España la cesion de las dos Floridas.

Poseyó, pues, la Inglaterra todo el pais que se estiende desde la bahia de Hudson hasta el golfo de Méjico, y desde el Atlántico hasta el *padre de los rios*, como llaman los indios al Misisipí, que forman una extension de más de mil doscientas millas de Norte á Mediodia, y de mil de Este á Oeste. De aquellas colonias, el Nuevo Hampshire, el Massachusets, Rhode-Island y el Connecticut estaban en el Norte y en el Este; Nueva-York, Nueva Jersey, la Pensilvania y el Delaware en el centro; en fin, Maryland, la Virginia, las dos Carolinas y la Georgia en el Mediodia. Aquellas comarcas, muy á propósito para la agricultura, contaban cerca de dos millones de blancos, pero sólo tenian un corto número de ciudades.

La Nueva Inglaterra no era, pues, un establecimiento de industria y comercio, como las factorias de Africa, ni una dominacion sobre pueblos agrícolas de otra raza, como el imperio británico en la India y el imperio español en Méjico y en el Perú, sino un establecimiento religioso, en el que la libertad civil se mostraba desde su orígen inseparable de la libertad del culto. Lo que admira en aquel pais es la infinidad de sectas religiosas. Los puritanos fundaron á Boston, los cuáqueros á Filadelfia, los anglicanos á Nueva-York, los católicos á Maryland: aquel orígen hizo que estas diferentes creencias se soportasen mútuamente, y que existiese la *libertad* de cultos en América antes de que se practicase la *tolerancia* en Europa.

(6) Herido en la cabeza y temiendo que su ejército se desanimase, volvió á presentarse con la frente vendada; pero pronto le hirió otra bala en el vientre. Disimuló aun esta herida y continuó aun dando sus órdenes, cuando una tercera bala le hirió en el pecho. Obligado á retirarse, y conociendo se acercaba su fin, hizo que le alzasen un poco para ver la batalla; pero oscureciéndose su vista, pidió noticias á un oficial; despues, cuando oyó decir que el enemigo se habia pronunciado en dispersion: *Estoy contento*, dijo, y espiró. ¿Basta esto para compararlo con Epaminondas? Adviértase que el tebano murió afianzando la libertad de su patria, y Wolf murió en el Canadá por el capricho de un príncipe de Alemania.

Habiéndose formado aquellas colonias bajo la direccion y á espensas de personas particulares, el gobierno no trató sino más tarde de sacar ventajas. Algunos de los colonos eran ciudadanos libres, que habian ido al pais á buscar la libertad de conciencia; otros malhechores deportados, otros indigentes que habian sido llevados allí á trabajar, y que después de haber permanecido cierto tiempo siervos, para pagar los gastos de su viaje y de su primer establecimiento, se habian hecho libres. Algunos señores obtenian tierras, en las que fundaban el feudalismo á la manera inglesa. Era, como se ve, una estraña mezcla de fugitivos, especuladores, entusiastas, gente perdida, que formaban, sin embargo, un pueblo laborioso, que conocia que el primer interés de una asociacion política es tolerarse unos á otros.

No se vieron, pues, allí los excesos de las colonias españolas contra los naturales; pero su fria destruccion fué tal vez mayor. Pues si los españoles se entregaron al principio á atroces violencias, entraron después en sociedad con los indígenas, tanto, que en el dia ambas razas se encuentran mezcladas, y un dia serán una, gracias á la libertad. Por el contrario, los anglo-americanos rechazaron toda mezcla, atacaron constantemente las razas indígenas, y aun en el dia continúan su obra, arrojándolos á los desiertos más allá del Misisipi, sin que la civilizacion y la igualdad republicana hayan conseguido vencer la preocupacion que existe contra los hombres de color.

El gobierno de los propietarios se habia conservado en la Pensilvania y en el Maryland; el poder real se habia estendido á las demás colonias, escepto Connecticut y Rhode-Island, que conservaba la constitucion que les habia concedido Cárlos II. Separadas las colonias en gobierno é intereses, pero ricas y pobladas, ya dejaban conocer los elementos de la confederacion. En 1637, contrajeron una alianza defensiva contra los salvajes. En 1690, tuvieron un congreso en Nueva-York, en el que concibieron el proyecto de conquistar la Nueva Francia, independientemente de la madre patria, pero la liga proyectada causó recelos al ministerio inglés.

La Inglaterra no ejercia sobre ella su soberania, sino defendiéndolas y favoreciéndolas, y empleaba en gastos de utilidad pública las contribuciones, que, segun algunos autores, apenas ascendian, entre todas las colonias, á 3.000,000 de francos; pero con respecto al comercio, quiso tener toda la ventaja.

Los privilegios concedidos á aquellas colonias estaban en oposicion con una máxima fundamental de las colonias modernas, que pretende que la madre patria les mande las mercancias y esporte de ellas los géneros. En su consecuencia, en el reinado de Jorge I, un bill estrechó los vínculos entre las colonias y la metrópoli con gran ventaja de esta última (1745). Pero los colonos, que creian no haber perdido ninguno de sus derechos como in-

gleses trasladando su residencia fuera de Inglaterra, opusieron tal resistencia, que se sostuvo el antiguo sistema. Varias veces la Inglaterra trató de restablecer allí el monopolio; pero los americanos le anulaban con el contrabando, sobre todo con los holandeses. La isla de Man, situada á distancia de veinte millas entre la Inglaterra y la Irlanda, reino independiente en otro tiempo, reunida después á la monarquia escocesa, después al reino de Inglaterra, habia sido concedida en feudo á sir Jorge Stanley, de cuya familia pasó á Juan Murray (1764). Pero encontrándose feudo de la corona, emancipada de las leyes del reino, servia de mercado al contrabando americano, lo que hizo que el Parlamento decidiese comprarla, y por consiguiente los americanos no pudieron continuar el comercio. Las manufacturas no podian prosperar mucho en un pais en el que los habitantes eran sencillos y poco numerosos, y la mano de obra muy cara. Dedicábanse más bien á la agricultura, y se esportaban bueyes del Norte, granos del centro, tabaco, añil y algodon del Mediodia; añádase á esto el pescado y las maderas de construccion. La Inglaterra fijaba los precios de manera que pudiese contrabalancearse el de las primeras materias que sacaba en gran cantidad de aquellas comarcas, con el de los productos manufacturados que mandaba en corto número. En su consecuencia el dinero era allí muy raro, y se suplia con un papel impreso y con las pólizas de tabaco en depósito. Por otra parte, la incertidumbre de los límites de los territorios asignados á los diferentes propietarios multiplicaba los pleitos y los abogados, que eran los únicos que se enriquecian.

La Virginia prosperaba más que todas las demás colonias. Fundada por la aristocracia inglesa, conservó su carácter; las leyes, y principalmente la concerniente á las sucesiones, favorecieron la formacion de las grandes propiedades cultivadas por esclavos. De esta manera adquirieron los amos la costumbre y el carácter del mando: no teniendo necesidad de ocuparse de trabajos serviles, pudieron perfeccionar su inteligencia con estudios desinteresados; por esto es por lo que este pais ha tenido y tiene aun el privilegio de producir los hombres más distinguidos por su talento, así como los Estados del Norte los ofrece más aptos para la industria, el comercio y el trabajo perseverante. Los primeros colonos, brownistas, independientes, puritanos como eran, dieron á la legislacion y á las costumbres un aspecto judaico, sujetándose á una rigorosa observacion en las formas esteriores, y ostentando gran rigor en las penas. Así es que se leia á la cabeza de la ley de Connecticut: *¡Que muera el que adore á otro dios que al Señor!* Asociábanse á esto las ideas protestantes, la igualdad de todos como inspirados y santos, la conciencia universal como árbitra del bien y del mal, y la soberania del pueblo, como principio del poder. La fraternidad puritana, que se desarrolló después en filosofía política, hacia que se tuviesen en cuenta detalles descuidados entonces para prevenir y satisfacer las necesidades sociales, tales como el sostenimiento de los pobres á espensas del público, el establecimiento de caminos y la educacion pública, tanto elemental como superior.

El espíritu democrático se establecia y propagaba de esta manera, y en un corto espacio de tiempo las colonias habian crecido en número y poder: el rápido acrecentamiento de Boston, Nueva-York y Filadelfia manifestaba á qué prosperidad estaban destinadas aquellas ciudades. Habian producido magistrados, administradores y guerreros; la vida de caza y comercio habia fomentado el espíritu de libertad y oposicion que los primeros fundadores introdujeron. Originales bajo el aspecto de las ideas y de las instituciones, separados por un estenso mar de la metrópoli, á la que habian ayudado en sus guerras como aliadas libres, conocian poder pasar ya sin una dependencia que, si les habia sido útil en un principio, era á la sazon onerosa por los derechos que la madre patria pretendia ejercer; y porque el espíritu nacional distinto, que hace que cada pueblo sea una individualidad independiente, habia llegado á su madurez. Se veian detenidas por la necesidad de ser protegidas contra amenazadores vecinos, como los franceses en el Canadá, los españoles en las Floridas. Pero cuando estos últimos paises fueron cedidos á la Inglaterra por la vergonzosa paz de 1763, este motivo desapareció tambien.

Al empuñar las armas en la guerra de Siete Años, los americanos habian aprendido la disciplina y esperimentado sus fuerzas. Pero orgullosos los oficiales ingleses con un despacho real, despreciaban á los de las colonias, y el gobierno fomentaba los celos dando más sueldo á los primeros; de esta manera es como se agriaban las malévolas disposiciones.

La guerra de Siete Años habia dado el predominio á los ingleses en Europa y en América; creyeron en su consecuencia poder tratar á los pueblos con la misma arrogancia que ostentaban con los reyes, y como habian contraido enormes deudas en la última guerra, se quiso, después de haber agotado en la madre patria las combinaciones fiscales más ingeniosas, que las colonias, en provecho de las cuales se habia hecho, contribuyesen á pagarla. Se impuso pues (1764) una ligera tasa sobre los objetos que no sacasen directamente de la metrópoli, como telas, muselinas de la India y té; y después (1765) el que se pusiese un sello en el papel que se habia de emplear en las transacciones públicas: el producto de esta contribucion debia servir para los gastos de la administracion, y el escedente para pagar la deuda del Estado. Pitt y la oposicion combatieron aquella acta, pero Townshend decia: «Ahora que esos hijos establecidos por nuestros cuidados, alimentados por nuestra bondad, protegidos por nuestras armas, han adquirido más fuerza y riqueza, ¿se habian de negar á ayudarnos á soportar cargas siempre en aumento?» El

coronel Barre contestaba: «¿Hijos establecidos por nuestros cuidados? Por el contrario, vuestra opresion es la que los forzó á huir á América, y buscar un refugio entre inesplicables sufrimientos. ¿Alimentados por vuestra bondad? Han crecido, por el contrario, porque los abandonasteis; y cuando comenzasteis á ocuparos de ellos, fué para enviarles agentes con el objeto de maquinar contra su libertad y asolar sus bienes. ¿Protegidos por vuestras armas? Ellos son, por el contrario, los que las han empuñado para vuestra defensa, y abandonando su activa industria, bañaron las fronteras con su sangre, al paso que en lo interior consagraban á vuestro consuelo los ahorros de sus familias. El espíritu de libertad que animó á aquel pueblo en su orígen, creedme, le animará siempre.

Es un principio de la constitucion inglesa, y de las demás constituciones de orígen germánico, que nadie debe pagar contribuciones á menos que las haya votado; además una larga costumbre habia hecho creer á los americanos que estaban exentos de ellas; así es que clamaron contra un acto arbitrario que vejaba sus intereses. Formaron asociaciones, pero fueron disueltas: presentaron reclamaciones, pero lord Grenville, ministro obstinado y arbitrario, las rechazó, y una medida que debia aliviar las cargas del pueblo de Inglaterra, haciendo entrar en las arcas del tesoro 300,000 libras esterlinas, encontraba gran apoyo en las cámaras.

No quedaba pues otro recurso á los americanos que la resistencia abierta. Los de Virginia fueron los primeros que recurrieron á ella, y los demás habitantes de la Nueva Inglaterra siguieron su ejemplo, negándose á recibir los productos ingleses; medio terrible de arruinar un pais que no vive sino del trabajo de sus manufacturas. Mientras los hombres de órden organizaban la resistencia legal, el pueblo se entregaba á demostraciones violentas: ataudes, sobre los cuales se veia escrito *libertad*, eran llevados al cementerio; quemaban las resmas del papel sellado; y para no tener necesidad de él, interrumpieron los actos públicos para los cuales se habia declarado necesario. Organizóse una sociedad de *hijos de la libertad* para alimentar aquella fermentacion popular.

Más perjudicada se encontró la industria inglesa con la completa prohibicion de sus mercancias de lo que habria producido el papel sellado; la oposicion apoyó en el parlamento los agravios de las colonias, y ascendida al ministerio con Pitt, propuso la revocacion de las anteriores medidas. Esta revocacion dió motivo en Inglaterra á fiestas aun más bulliciosas que en América. Pero además de que siempre se inclina el ánimo á creer debilidad las concesiones hechas por un gobierno á los votos populares, una declaracion unida á la nueva acta decia «que las colonias estaban de derecho subordinadas á la metrópoli, y dependian de la corona y del parlamento de Inglaterra, en quien residia la autoridad y el pleno poder de hacer las leyes y estatutos á que estaban obligados á obedecer.» Ahora bien, en la cuestion de impuesto, los derechos de la metrópoli habian sido discutidos. No sólo se habia sostenido que no pertenecia al parlamento establecer aquel impuesto, porque las colonias no tenian representantes en su seno, sino hasta se le habia negado á la madre patria toda supremacia y poder legislativo. La declaracion pareció, pues, tiránica, y se comenzó desde entonces á meditar y preparar la independencia de las colonias. El parlamento obró con una imprevision muy á propósito para irritar aun más. Después de haber abolido el papel sellado, trató de imponer un ligero derecho sobre los vidrios, los colores, el té y el papel que se introdujese en el territorio. Los americanos se opusieron á ello con igual firmeza, prohibiendo la introduccion de aquellas mercancias. Massachusets invitó á las demás colonias á unírsele (1769): las tropas que se habian enviado para reprimir aquel espíritu de resistencia no sirvieron para otra cosa que para aumentarla, y en una asamblea general que hubo en Boston se adoptó el partido de confederarse y no permitir la entrada en sus puertos á ningun buque mercante inglés.

Fué la consecuencia la ruina de muchas casas en Inglaterra, lo que determinó al nuevo ministro, lord Norh, buen rentista, pero mal político, á abolir los derechos (1770), dejando existente sólo el del té, no por el producto que se esperaba de él, sino con el objeto de conservar el dogma de la supremacia. Los jefes de los americanos no se engañaron; y adoptando la esclusion decretada contra las demás mercancias, dejaron subsistir la del té. Pareció entonces restablecida la tranquilidad, al menos en lo posible entre ánimos tan exacerbados.

Franklin.—Benjamin Franklin, de Boston (1706-1790), habia nacido pobre: pero, laborioso y económico, comenzó por ser cajista. Habia después publicado un periódico y un almanaque de verdades prácticas, dedicándose con particularidad á la física. El crédito que de esta manera habia adquirido entre los americanos, dió peso á sus consejos en aquellos primeros movimientos, ora para moderarlos cuando era necesario, ora para asegurar su efecto, y hacer que sus compatriotas fuesen fuertes antes de reclamar lo que una vez negado ó seguido de un fracaso, hubiera retardado siglos enteros el cumplimiento de sus votos. Enviado á Lóndres como agente de las colonias, consiguió interceptar cartas muy hostiles del gobernador Hutchinson, que aconsejaba á los ingleses reprimir con vigor aquel deseo de independencia. Como se dieron á la prensa, los americanos pidieron la destitucion de Hutchinson (1773) por su hostilidad contra el pais; y aunque el rey persistió en negarse á ello, le hizo poco después reemplazar por lord Gage, que tenia el mando del ejército. Las colonias consideraron esto como un motivo para unirse estrechamente entre sí, formando cada una de ellas comités que estaban en correspondencia con el comité central de

Boston, para vigilar el sostenimiento de la libertad. Este fué un verdadero gobierno independiente. No faltaba más que un impulso, que no tardó en darlo el parlamento con sus imprudentes medidas.

Ya hemos dicho que los americanos se habian negado á recibir el té inglés: sacaban, por el contrario, este artículo de la Holanda, de contrabando. Resultó de esto, que la compañia de las Indias Orientales reunió diez y ocho millones de libras de té, su principal artículo de comercio, acumuladas en sus almacenes. Lord North propuso, pues, para salir de sus embarazos pecuniarios, permitir la esportacion del té sin el derecho acostumbrado de un chelin, y establecer almacenes en América, que pagasen sólo tres peniques por libra que se vendiese. Pasó la proposicion, y hasta se añadió el monopolio, lo que produjo la ruina de los comerciantes de América, que sacaban el té de Inglaterra, y la de los comerciantes al por menor. Mas, ¿qué hicieron entonces los americanos? Adoptaron la resolucion de pasarse sin té, y no admitieron los buques que le llevaban El que se pudo desembarcar permaneció en los almacenes hasta que se pudrió ó fué arrojado al mar.

El ministro North, conjunto de violencia y de debilidad y hombre confiado en la superioridad de las tropas subordinadas, no vió ya otro medio de arreglar los negocios de las colonias más que el castigo, y á este efecto decretó el bloqueo del puerto de Boston (1774), abolió la constitucion del Massachusets, autorizó al gobernador para enviar á Inglaterra á los americanos rebeldes, á fin de que fuesen juzgados, y le envió tropas que sostuviesen la ejecucion de tales órdenes.

Los americanos de las colonias se consideraron agraviados mancomunadamente por el perjuicio causado á Boston y á Massachusets. Rechazaron, pues, unánimemente las mercancias británicas, y los habitantes de los puertos declararon que no consentirian nunca en enriquecerse con detrimento de sus hermanos.

En diez años de debates todos habian podido estudiar las bases de la legislacion; no sólo habian sido proclamadas las teorias de Sidney y Locke, sino puestas en ejecucion. Los periódicos de las colonias discutian las cuestiones capitales, y los artículos de Adams, en la *Gaceta de Boston*, sobre el derecho canónico y feudal, merecian ser reimpresos en Inglaterra. Las asambleas eran frecuentes para tratar de la administracion interior. Así es, que aunque las colonias fuesen de formacion reciente, se encontraba ya en ellas una osadia y una esperiencia dignas del salon de Westminster. La division en whigs y en torys habia pasado de la metrópoli á las colonias, donde se llamaba con este último nombre á las personas ricas, enemigas de los trastornos y favorables al rey; pero eran por esto mismo inferiores á los whigs, defensores de la libertad, cuya exaltacion era sostenida por el pueblo, dispuesto siempre á dar más crédito á los que más se agitan. Este se habia aumentado con la vacilacion del parlamento inglés, que con sus medidas á medias, amenazaba antes de herir, ó se detenia después de haber amenazado. La prensa propagaba el amor á la libertad, tanto en América como en Europa. Llamábase en Boston árbol de la libertad, á un álamo bajo el cual se reunian. Al momento se comenzaron á plantar árboles de la libertad; y las reuniones se convirtieron en conventículos revolucionarios. No se hablaba aun de independencia, y sí solo del derecho de imponerse las contribuciones que debian pagar, y de la injusticia que existia en querer hacerles pagar para el lujo de Lóndres lo que les era necesario para su propia seguridad. Pero semejantes movimientos no se detienen por lo comun en el primer arranque, y pronto llegaron hasta negar la obediencia al gobernador Sin embargo, en lugar de la anarquia que el enemigo aguardaba, espontánea y de repente se observó la disciplina religiosa, y se adoptó una actitud defensiva, constituyendo un congreso general de las colonias en Filadelfia. De esta manera el peligro comun hacia fraternizar á los que al principio no habian podido entenderse para rechazar á los salvajes cuando éstos los amenazaban aisladamente.

El vigor de lord North encontró violenta oposicion en el seno del mismo parlamento, algunos de cuyos miembros sostuvieron los derechos de los americanos con el mismo ardor que los suyos propios, mostrando que la libertad de aquellas coloiias era hermana y pupila de la inglesa; que debia enviárseles el ramo de olivo y no la espada; que podria exigirse de ellas que participasen de los perjuicios de la madre patria, pero que esto debia hacerse constitucionalmente; y que el mejor medio de empeñarlas en el socorro de las necesidades comunes consistia, en hacerles amar el gobierno de la metrópoli, pues de otro modo era de prever que se perdiesen para ésta.

Pitt habia sido vuelto á llamar por la opinion pública al ministerio y premiado con el título de par y de conde de Chatan; y aunque el estado de su salud no le permitia soportar el peso de los negocios, y aunque por haber aceptado estos títulos y una pension de 3.000 libras esterlinas, él que siempre habia blasonado de integridad, habia disminuido en popularidad; sostuvo no obstante la causa de la justicia y de la humanidad con tal calor, que pareció imprudencia á los enemigos de los americanos, al mismo tiempo que les decia que sus consejos bien seguidos causarian más bien, que mal podian causar sus profecias. «Recordad, milores, que los hombres de espíritu libre y emprendedor que fueron á refugiarse á aquella tierra, lo hicieron por no someterse á los principios serviles y tiránicos que entonces dominaban en nuestro pais: ¿qué mucho que los descendientes de tan generosos varones se indignen al verse arrebatar los privilegios á tanta costa comprados? Si el Nuevo Mundo hubiera sido poblado por hijos de

otro reino, hubieran llevado consigo las cadenas de la esclavitud, los hábitos de la servidumbre; pero éstos, que huyeron de Inglaterra porque en ella no se encontraban tan libres, deben conservar la libertad en el mundo en que la recobraron.»

La Europa tomaba interés en aquella resistencia legal contra la opresion; y en una época en que el entusiasmo habia sucumbido á una árida incredulidad, sintióse renacer la necesidad de creer en alguna cosa: se tenia gusto en discutir sobre los derechos ajenos, á falta de los suyos; y la mayor parte eran favorables á los americanos, tanto por la inclinacion que se siente hácia personas que sostienen derechos amenazados, como por el deseo de ver humillado el despotismo inglés.

Esta era la disposicion de los ánimos, cuando se abrió el congreso de Filadelfia, en el que se determinó que cada colonia no emitiria más que un solo voto, y del que surgió una célebre *declaracion de derechos*. Después de una esposicion en la que se recordaba que el Parlamento británico, después de la última guerra, se habia abrogado el derecho de dictar leyes é imponer contribuciones á las colonias de América, que habia estendido la jurisdiccion de los tribunales del almirantazgo, hecho á los jueces, á los gobernadores y á los consejeros dependientes de la corona, sostenido tropas durante la paz, declarando que los acusados de traicion podian ser trasladados á Inglaterra para ser juzgados; que se habia cerrado el puerto de Boston y abolido la constitucion de Massachusets; los miembros del congreso añadian, que los colonos tenian derecho á la vida, propiedad y libertad, como los primeros emigrados, sus antepasados; que el parlamento inglés no podia hacer leyes para ellos, porque nadie los representaba en su seno; que no debian ser juzgados sino por sus pares y vecinos; que poseian la facultad de reunirse para discutir sobre sus intereses y dirigir peticiones al rey. Abolieron, pues, todos los actos inconstitucionales, y decidieron de comun acuerdo, que no se introduciria ningun artículo ni ningun producto manufacturado de orígen inglés, y que no se haria ninguna esportacion para la metrópoli. Dirigieron al rey una carta respetuosa en la forma, pero más atrevida que lo que acostumbraban á recibirlas; y otra á la nacion inglesa, en la que le hacian presente que la libertad se encontraba amenazada en la de sus hermanos de Ultramar.

El entusiasmo de los americanos fué grande con las actas de aquel congreso; todos los que sufrian asociaron á ellas su voto fraternal, y éste fué el objeto de las conversaciones de toda la Europa. Sin embargo, las demás potencias, para causar perjuicio á la Inglaterra, dejaron publicar en todas las gacetas aquella declaracion de derechos respecto del Estado, sin conocer su peligrosa influencia sobre la imaginacion de los pueblos.

El rey de Inglaterra y el parlamento que le obedecia, estaban, sin embargo, alerta, y presumiendo demasiado de sus fuerzas, rechazaron las peticiones de los americanos, sin escuchar tampoco las de las ciudades que pedian por ellos. Pitt, cuyos consejos habian hecho prosperar á Inglaterra más que las victorias de Malborough y que por sus achaques se habia retirado del ministerio, habia vuelto á tomar el papel para él más agradable de oposicion, y decia: «Milores, la historia ha sido siempre mi estudio predilecto, y orgulloso con ser inglés, me he dedicado con placer y atencion á estudiar los grandes ejemplos del patriotismo griego y romano. Pues bien, ¡no veo en aquellas dos tierras clásicas de la libertad, un pueblo ó un senado cuya conducta sea más noble y más firme que la del congreso de Filadelfia! Meditando sobre los actos y discursos de aquellos prudentes diputados, me he dicho: las jactancias y manejos de nuestros ministros son impotentes para degradar semejantes caractéres, como las fuerzas de nuestras islas y algunos millares de esclavos del Asia armados para subyugar un pais en el que, en un espacio inmenso, se respira la pasion de la libertad y de todas las virtudes que la consolidan. ¡Ciegos ministros! ¿no veis que la América tiene sus Hampden y sus Sidney? El espíritu de oposicion que le anima en el dia es el mismo que animaba á nuestros antepasados cuando se resistian á las contribuciones arbitrarias, y cuando en tiempos remotos decretaban que á ningun súbdito de la Gran Bretaña podian imponerse tributos sin su consentimiento. Felicitémonos de que la voz de los whigs, fieles custodios de nuestra constitucion, resuene allende del Atlántico. A nosotros pertenece, fieles whigs, el reconocer más que nunca á los anglo-americanos por hermanos. Tienen nuestros sentimientos, hablan nuestro idioma; su ardor patriótico se ha encendido en el nuestro, el nuestro tendrá tambien necesidad de ser escitado por su energia. A nosotros pertenece solicitar su reconciliacion con la madre patria. No hay que perder un momento. Esta reconciliacion puede ser aun el terror de la Francia y de la España, y evitar vínculos sacrílegos; no rebajará, pues, nuestra gloria. Nuestro ejército no ha sufrido aun derrotas en América... ¡Qué! ¿causan admiracion estas palabras? Los ministros afectan no temer á milicias sin esperiencia; yo todo lo temo de milicias libres. ¿Pero cuáles son los medios de reconciliacion? ¿Revocar primero un acta y después otra? ¡No, no! revocad á la vez todo lo que humilla, todo lo que exaspera á vuestros hermanos, y comenzad por alejar de Boston un ejército que parece no estar allí sino para aguardar una afrenta. No separaré un momento la vista de este grave asunto; en todas partes me ocuparé de él sin descanso; llamaré á la puerta de ese ministerio dormido y confuso, y le despertaré con el sentimiento de su propio peligro.»

El ardiente Wilkes decia en la cámara de los Comunes: «Se pretende castigar á los americanos como culpables de rebelion. ¿Pero es su estado presente una rebelion, ó una resistencia conveniente y justa á escesos de autoridad que infringen

la constitucion y atacan la propiedad y la libertad? Una resistencia coronada por la victoria es una revolucion, no es una rebelion. La palabra *rebelion* está escrita en la espalda del insurgente que huye; la de *revolucion*, en el pecho del guerrero que triunfa. ¿Quién sabe si por premio de nuestras locas amenazas, arrojarán los americanos la vaina después de haber sacado la espada; y si dentro de pocos años festejarán la gloriosa era de la revolucion de 1775, como nosotros celebramos la de 1688?

Lord North creyendo indecoroso el descender á concesiones, hizo prohibir todo comercio con las trece provincias, declarar buena presa todo buque, y para escitar al pueblo ordenó que se hiciesen rogativas y hubiese solemnes ayunos con objeto de atraer las bendiciones del cielo sobre las armas británicas. «¡Pues qué! exclamaba Burke, ¿se nos convoca al pié de los altares con la guerra y la venganza en el corazon? El Salvador nos ha dicho: *¡Que la paz sea con vosotros!* pero nosotros, celebramos este ayuno público sin que nuestro corazon se halle poseido de otro deseo y nuestros labios pronuncien otra palabra que la de la guerra, guerra contra nuestros hermanos. Mientras nuestras iglesias no se hayan purificado de este abominable oficio, las consideraré, no como templos del Señor, sino como sinagogas de Satanás.» ¡Feliz la causa que encuentra para defenderla una elocuencia tan ardiente!

Habiendo recibido nuevos refuerzos lord Gage (1775), envió tropas al Massachusets para destruir los almacenes de armas de los americanos. Encontraron en Lexington milicias nacionales, á las que atacaron sin haber sido provocadas; y estas primeras hostilidades fueron desgraciadas para los ingleses.

Washington.—Entonces se reunió un nuevo congreso en Filadelfia, que proclamó la confederacion de las trece provincias, que se unieron para participar tanto de su mala como de su buena suerte. Nombró por presidente á Juan Hancok, creó un papel-moneda y un ejército central, cuyo mando fué confiado á Jorge Washington (7). Este rico plantador de la Virginia, que habia adquirido, peleando contra los franceses en el Canadá, la reputacion de hombre prudente más bien que la de guerrero feliz, no se presenta en la historia como un verdadero héroe: sin tener principios notables ni viva elocuencia, no alcanza magníficas victorias; pero tiene un juicio sólido, un profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, una estremada paciencia para aguardar y sufrir los ataques de los exagerados que echan á perder las obras de los verdaderos patriotas. «Simple soldado, dice de él Lafayette, hubiera sido el más valiente; oscuro ciudadano, todos sus vecinos le hubieran respetado; con un corazon recto como su talento, se juzgó siempre á sí mismo y á las circunstancias. La naturaleza, al crearle espresamente para aquella revolucion, se honró á sí misma; y para mostrar su obra, le colocó de manera que cada una de sus cualidades debia llegar á ser inútil, si no hubiera sido apoyada por las demás.» (8) General supremo durante nueve años, no ganó ninguna de las grandes batallas destinadas á inmortalizar, y las ventajas decisivas fueron conseguidas por otros; pero tuvo el mérito de crear un gobierno donde era tan difícil reunir los intereses y los sentimientos comunes, haciéndoles prevalecer sobre las disidencias.

Washington reunió veinte mil hombres de milicias, sacadas de varios Estados, con usos diversos y una disciplina diferente: en algunos, los soldados nombraban á sus oficiales; á menudo sucumbia la subordinacion al espíritu de libertad; para todos, el servicio no era más que de un año. Sin embargo, Washington supo establecer el órden y la disciplina. Bloqueó á Boston, adonde habian llegado nuevas tropas á lord Gage, con órden de emplear el rigor; y se peleó en rededor de aquella ciudad con diferentes éxitos, multiplicando aquellas escaramuzas de puestos avanzados, que sin embargo (como decia más tarde La Fayette al vencedor de Arcola y de Marengo) debian decidir del destino del universo.

El congreso, aunque no pudo decretar nada con plena autoridad, en atencion á que sus miembros no eran otra cosa sino delegados de las diferentes colonias, y sus decisiones tenian que someterse á las ratificaciones particulares de cada una de ellas, el congreso preparaba la guerra con moderacion y actividad, sostenia el crédito, y publicaba proclamas para justificarse á la faz del mundo (9); estableció nuevos gobiernos en las

---

(7) *Vida, correspondencia y escritos de Washington*, con una introduccion de M. Guizot. Paris, 1839, 4 t. en 4.°

(8) *Memorias de* La Fayette.

(9) «Colocados en la dura alternativa de someternos sin condiciones á la tirania de los ministros irritados, ó resistir con la fuerza; después de haber comparado los peligros de ambos partidos, hemos hallado que nada era más insoportable que una voluntaria esclavitud. El honor, la justicia, la humanidad nos prohiben abandonar cobardemente la libertad que hemos recibido de nuestros generosos antecesores, y que nuestra inocente posteridad tiene derecho á heredar de nosotros. No podemos sufrir la infamia de abandonar las futuras generaciones á una miseria inevitable, dejándoles por herencia la servidumbre. Nuestra causa es justa, nuestra union perfecta, nuestras fuerzas son grandes, y en caso de necesidad, no dejaremos de ser socorridos de fuera. La mayor prueba de la proteccion divina y el vínculo de nuestro feliz éxito, es no haber querido emprender esta terrible lucha sino cuando nuestras fuerzas estaban ya reunidas, preparados nuestros medios de defensa, y cuando nuestro ejército habia adquirido con el ejercicio de las armas el vigor necesario para sostenerlas. Alentados con esta consoladora reflexion, declaramos á los hombres y á Dios que emplearemos todas nuestras fuerzas en la defensa de la libertad, las armas que el benéfico

colonias (1776), y concedió patentes de corso para perseguir á los buques ingleses.

El punto estratégico de los ingleses parecia ser el Canadá. Así es, que para convertirlo lord North en un apoyo, concedió á los habitantes fronteras más estensas, el libre ejercicio del culto católico, con los diezmos al clero, un consejo legislativo nombrado por el rey, usos ingleses en lo criminal, y franceses en lo civil. Pero los salvajes de aquella comarca, á quienes los ingleses querian hacer declarar contra las colonias reveladas, les contestaron, segun dicen: *Quereis que tomemos parte en una cuestion entre el padre y los hijos. No tenemos costumbre de mezclarnos en querellas domésticas ajenas.—¿Pero si los rebeldes atacasen esta provincia*, preguntaban los ingleses, *no nos ayudariais á rechazarlos?—Desde que la paz se ha hecho*, contestaban los salvajes, *se ha enterrado el hacha cuarenta piés debajo de tierra.* Como los ingleses insistiesen, diciéndoles: *Cavad y la encontrareis.—No*, contestaban; *el mango está podrido y no podríamos servirnos de él.*

Otros les contestaban: «¡Escuchad, hemos ahorrado diez y seis chelines para comprar ron: os los daremos, y beberemos agua; iremos á caza, y si matamos algun animal, venderemos la piel y os entregaremos el dinero que nos den. Pero no querian hacer la guerra. Ahora bien, el Canadá no quiso tampoco abrazar la causa de los insurrectos, por lo que Washington se resolvió á invadirlo (1776). Quebec fué sitiado por un puñado de hombres mal equipados y, á pesar del valor de Arnoldo, la plaza no tardó en ser abandonada, á la llegada de nuevos refuerzos. Habiendo derrotado Washington á Howe, que habia sucedido á lord Gage, pudo libertar enteramente á Boston y retirarse á la Nueva Escocia, mientras se obtenian victorias en las provincias meridionales.

Resuelto el gobierno inglés á hacer todos sus esfuerzos para terminar la guerra de un golpe, concluyó un innoble mercado de hombres con los pequeños príncipes del imperio, comprometiéndose á pagar treinta thalers por cabeza, y otros treinta por cada soldado que matasen ó por tres que estropeasen. Era un verdadero asesinato el que cometian aquellos príncipes con sus súbditos para procurarse dinero; pues no se veian precisados á ello ni por las obligaciones de un tratado de alianza, ni por comunidad de intereses políticos.

Con ayuda de este abominable tráfico, se pudo hacer ascender el ejército de tierra á cincuenta y cinco mil hombres, pero tanta infamia decidió á los que vacilaban aun, y determinó al congreso americano á romper enteramente con la madre patria, y á declarar independientes las colonias, á fin de poder, bajo este título, reclamar socorros extranjeros y obrar con más resolucion.

Un opúsculo de Tomás Payne, titulado el *Sentido comun*, dió á las opiniones un nuevo ardor; el autor manifestaba las ventajas de la independencia, dirigiendo los dardos del sarcasmo sobre la condicion anterior. A cada colonia se le invitó á que se diese la forma de gobierno que creyese mejor, y todas se apresuraron á hacerlo. La forma popular prevaleció en paises donde las fortunas eran medianas, sencillas las costumbres, y en las que no existian clases privilegiadas. El sistema representativo fué generalmente adoptado, que se modificó segun las circunstancias particulares. Dividióse el poder legislativo entre la cámara de representantes que proponia las leyes, y el senado que las sancionaba: la eleccion se hacia directamente; la autoridad judicial permanecia distinta; todas las religiones eran protegidas, y los ministros del culto escluidos de los empleos públicos.

Declaracion de independencia.—La independencia existia, pues, de hecho aun antes de que el congreso, á propuesta de Enrique Lee, declarase libres é independientes las colonias. «Creemos, decian, como una verdad evidente (1776), que todos los hombres fueron creados iguales con derechos inalienables; que en el número de estos derechos están la vida, la libertad y el poder de buscar la dicha; que para asegurar estos bienes es para lo que se establecieron los gobiernos, cuyo poder legítimo se deriva del consentimiento de los súbditos; que corresponde al pueblo, siempre que una forma de gobierno contrarie sus fines, cambiarle ó abolirle, y fundar uno nuevo apoyado en estos principios, ordenándolos de la manera que le parezca ha de producir mejor su felicidad y seguridad. La prudencia prescribe no cambiar por motivos frívolos y pasajeros un gobierno establecido después de muchos años; y la esperiencia nos demuestra que los hombres se inclinan más á soportar los males mientras son tolerables, que hacerse

---

Criador ha puesto en nuestras manos, y á las cuales nuestros enemigos nos han precisado á recurrir, resueltos como estamos á morir libres antes que á vivir esclavos.

»Pero para alejar las sospechas que podrian nacer de aquella declaracion entre nuestros amigos y consúbditos, les aseguramos que nuestra intencion no es romper la union que subsiste hace tanto tiempo entre nosotros. No hemos empuñado las armas por la ambicion de separarnos de la Gran Bretaña; no peleamos por la gloria ó las conquistas. Ofrecemos al mundo admirado el espectáculo de un pueblo asaltado sin pretexto, sin ofensa, por enemigos no provocados que se vanaglorian de humanidad y civilizacion, cuando no nos ofrecen otras condiciones que la servidumbre ó la muerte.

»Hemos empuñado las armas para defender una libertad que habíamos recibido con la vida; para conservar los bienes adquiridos con nuestra honrada industria y los sudores de nuestros abuelos. No las depondremos sino cuando las hostilidades de nuestros injustos agresores hayan cesado, y con ellas el peligro de que vuelvan á renacer.

»Poniendo toda nuestra confianza en la bondad del Juez supremo é imparcial que rige el universo, le suplicamos el que nos proteja en esta lucha, á fin de que pueda terminarse en favor nuestro, y hacer que el corazon de nuestros adversarios se avenga á una razonable reconciliacion, libertando de esta manera al imperio del azote de la guerra civil.»

justicia á sí mismo aboliendo las instituciones á que están acostumbrados. Pero cuando una nueva série de abusos y usurpaciones dirigidas hácia un mismo objeto, revelan el designio de reducirlos á sufrir un despotismo absoluto, es de su deber destruir semejante forma de gobierno, y atender con nuevas instituciones á su propia seguridad. Esta ha sido precisamente la paciente tolerancia de estas colonias, y ésta la necesidad que las precisa á cambiar el antiguo sistema de gobierno: la historia del rey de la Gran Bretaña es una serie de reiteradas injurias y usurpaciones que se dirigen á establecer una soberania absoluta: bastará para probarlo presentar la serie de hechos al juicio imparcial del mundo.» Sigue la enumeracion de los agravios; después añade el congreso: «Por cada una de estas opresiones hemos implorado justicia en términos respetuosos; pero á nuestras reiteradas súplicas se ha contestado con nuevas injurias. Un príncipe que se ha señalado con actos tiránicos no es digno de gobernar á un pueblo libre.

«No hemos descuidado en recurrir á nuestros hermanos los ingleses, informándoles de los atentados de su cuerpo legislativo para estender sobre nosotros una autoridad ilegítima. Les hemos recordado las circunstancias de la emigracion y de nuestro establecimiento en nuestra comarca; hemos apelado á su magnanimidad natural suplicándoles por nuestros comunes vínculos, que desaprobasen las usurpaciones que concluirian inevitablemente por interrumpir nuestras relaciones; pero han permanecido tambien sordos á la voz de la justicia y del parentesco. Nos encontramos, pues, en la necesidad de separarnos de ellos, y tenerlos, así como al resto del género humano, como amigos en la paz y enemigos en la guerra.

«En su consecuencia, nosotros, representantes de los Estados-Unidos de América, reunidos en congreso general, invocando al juez supremo del universo en testimonio de la rectitud de nuestras intenciones, en nombre y por la autoridad del buen pueblo de estas colonias, proclamamos y declaramos solemnemente: «Que estas colonias unidas son y tienen derecho á ser Estados libres é independientes, emancipados de toda sujecion con respecto á la Corona de Inglaterra; que toda conexion entre ellos y la Gran Bretaña es y debe ser totalmente disuelta: y que como Estados libres é independientes, tienen derecho de hacer la paz y la guerra, contraer alianzas, establecer relaciones de comercio y hacer todo lo perteneciente á Estados independientes. En apoyo de esta declaracion, confiamos firmemente en la divina Providencia, comprometemos mútuamente nuestro honor, nuestros bienes y nuestras vidas.»

Los Estados-Unidos de la América sepentrional (10), como se titularon, conservaron cada uno su constitucion particular, con el derecho de cambiarla, reservando al congreso lla direccion de los negocios políticos, la conciliacion de las diferencias entre los distintos Estados, el derecho de terminar los impuestos, contratar empréstitos y organizar el ejército y la escuadra.

Habia, pues, desaparecido todo medio de acomodamiento; y sin ejército, sin tesoro, sin aliados era forzoso resistir á una nacion aguerrida y formidable. Lord Howe continuaba la guerra sin interrumpir las negociaciones que podian producir un arreglo; los americanos se vieron obligados á abandonar á Nueva-York, que fué incendiada; lo mismo aconteció con Rhode-Island, y Washington se vió precisado á retirarse delante del enemigo. Si Howe hubiese marchado sobre Filadelfia, el peligro hubiera sido más; pero se estableció en cuarteles de invierno, lo que dió á Washington tiempo de reparar sus fuerzas y devolver el valor á los suyos; así es que no tardó en volver á recobrar la ventaja. No sólo los ingleses enviaban contra los insurgentes partidas alemanas que llegaban á ser feroces, sino que no vacilaron en impulsar á las hordas de los caníbales á lanzarse sobre las colonias. Más tarde, ocupó Howe tambien Filadelfia; pero á Burgoyne que peleaba en el Canadá, le fué tan contraria la fortuna en Saratoga, que fué hecho prisionero con su ejército y enviado á Europa.

El congreso discutia en grande en los asuntos de órden superior; pero vacilaba en las cosas pequeñas; hacia la guerra y no se atrevia á recurrir ni á las quintas ni á las imposiciones, porque sólo la primera era de sus atribuciones, y las otras pertenecian á las asambleas particulares: en efecto, cada una de las colonias, diseminadas en un estenso territorio, fundadas en diversas épocas, con elementos diferentes, tenia su gobierno y su unidad distinta y celosa. En la época en que se agitaban grandes intereses, los hombres más distinguidos de toda la América se reunian en el congreso, que manifestaba gran vigor; pasado este tiempo volvian á sus hogares, para dirigir cada uno su propio pais; el gobierno general era confiado á personas medianas, y aquella obediencia que se fundaba únicamente en la opinion se relajaba.

Washington consideraba, como jefe del ejército, que no podria tener fuerzas suficientes sin un gobierno central. Nombrado presidente, comprendió lo que era necesario para dar un gobierno á la América. No existian allí reminiscencias militares, restos del feudalismo, sino personas refugiadas en paises remotos para obtener la libertad. Los agricultores, los industriales temian el poder armado; no permanecian más que un año en el servicio, para que las armas no pudiesen comprometer la libertad; en este corto espacio de tiempo eran indóciles á la disciplina, porque se creian siempre ciudadanos; no querian, pues, otra cosa que la ley civil, con-

(10) Eran el Nuevo Hampshire, Massachusets, Rhode-Island, Connecticut, Nueva-York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, las dos Carolinas y Georgia.

servando bajo sus banderas la de su propio pais, y repetian sus quejas en los periódicos. Washington no era un héroe que arreglase la nacion á sablazos; habia manifestado su genio organizador manteniendo en pié un ejército con soldados que no permanecian más que un año bajo sus banderas, sin almacenes, sin municiones, lo que fué un verdadero prodigio. Si el congreso queria que no hubiese más de cinco mil soldados: *Muy bien*, decia Washington, *si podemos obligar al enemigo á atacarnos con menos de tres mil.* Dando poca importancia al entusiasmo de los nuevos combatientes, porque sabia que se vence menos con él que con la perseverancia (11), insistia sin cesar en tener un ejército permanente, que le dispensara de tener que tratar sin cesar con cada Estado. No era, pues, partidario de la leva en masa, que parece á los teóricos la mejor arma de los insurrectos; y como conocia á los soldados, preferia la guerra segura y defensiva á la brillante y peligrosa. Queria la libertad de la América y no su propia grandeza: resultaba de esto que se dirigian contra él acusaciones en sentido opuesto por el congreso y por el ejército, y tenia la heroica paciencia de aguardar que el tiempo corrigiese los juicios igualmente errados. En fin, consiguió obtener la confianza; y el 10 de mayo de 1779, el congreso declaró: «Que se confiaba enteramente á la prudencia y talentos del general Washington, espresó el deseo de que, fuese por delicadeza escesiva ó por desconfianza de sí mismo, no temiese sujetarse á su propio juicio, y le invitó á no comunicar á la asamblea sus designios sino cuando fuese necesario ó lo permitiese la rapidez de los movimientos militares.

Sin embargo, los destinos americanos se debatian menos en los campos de batalla que en los gabinetes y en el parlamento. Pitt proclamaba con movimientos apasionados magníficas espresiones y sonoras hipérboles, la necesidad de hacer á cualquier precio la paz con los americanos. Como se propusiese en la apertura de las cámaras de 1777 votar en la contestacion al discurso de la corona las gracias que habitualmente se daban al rey, comparando la gloria de entonces de los ingleses con la de los antiguos conquistadores, esclamó: «No puedo ni quiero tomar parte en felicitaciones por una calamidad. Es un deber instruir al rey hablándole el lenguaje de la verdad, y mostrándole el desastre que nos amenaza. Ese pueblo, que en otro tiempo desdeñábamos como rebeldes, le tenemos ahora por enemigo. No tenemos que pelear contra bandidos y salteadores, sino contra patriotas libres y virtuosos. El estado desconsolador de nuestros ejércitos es conocido: nadie más que yo estima las tropas inglesas; sé que son capaces de todo, escepto de lo imposible. Ahora bien, la conquista de la América inglesa es imposible, no vacilo en decíroslo; no podreis conquistar la América.

»¿En qué situacion nos encontramos en ella? No conocemos todos los peligros; pero sabemos que en tres campañas no hemos conseguido nada. Podeis acumular los gastos y los esfuerzos, reunir todos los socorros que se venden ó se prestan, traficar, hacer tratos con esos pobres pequeños príncipes de Alemania, que venden y mandan á sus súbditos á la carniceria de un príncipe extranjero; lo podeis, pero no podreis avasallar á la América. ¿Cómo? ¡lanzar sobre ellos esos mercenarios hijos del saqueo y del asesinato, abandonar tanto á los americanos como á sus propiedades á la rapacidad de ese furor asalariado! ¡Si, como soy inglés, fuese americano, no dejaria nunca las armas de la mano mientras hubiese un soldado extranjero en mi pais! ¿Quién, para aumento de males y desastres de la guerra, os ha autorizado á asociar vuestras armas á la maza y al hacha de los salvajes?»

Habiendo contestado lord Suffolk: *Hemos podido sin vergüenza servirnos de los medios que Dios y la naturaleza ha puesto en nuestras manos;* Pitt le replicó en estos términos: «¿Debia yo aguardar esto en este pais y en esta cámara? ¿Qué idea se ha formado de Dios y de la naturaleza el noble lord? ¿Cómo se atreve á justificar con la ley de Dios la infamia de invocar las matanzas de los caníbales que atormentan, destrozan y devoran á sus víctimas, beben su sangre y convierten en trofeo su cabellera? Apelo á los ministros de nuestra religion, para que la venguen de tan sacrílega inculpacion; invito á los obispos á interponer la santidad de su estola, y á los jueces la pureza de su toga, para salvarnos de semejante profanacion; os invito á todos, milores, á vengar la dignidad de vuestros abuelos, de vuestro carácter y el de la nacion. Veo entre estos retratos al inmortal padre del noble lord á que contesto; veo á lord Elfingham, glorioso destructor de la *armada*, temblar de indignacion. En vano hubiera defendido la religion y la libertad de la Gran Bretaña contra la tirania romana, si errores más culpables que los de la inquisicion se hubiesen introducido y consagrado entre nosotros. Enviais caníbales, deseosos de sangre, ¿contra quiénes?... Contra vuestros hermanos protestantes. La España, que introdujo en sus filas perros de guerra... no se alabará ya de su

(11) Washington escribia en 1778: «Imaginad tantas teorias como querais, hablad de patriotismo, citad ejemplos en la historia antigua, grandes acciones verificadas con su socorro; pero todo el que edifique sobre esta base como suficiente para sostener una guerra larga y sangrienta, conocerá al fin que se ha engañado. Es preciso adoptar las pasiones de los hombres como la naturaleza se las ha dado, y conducirse con arreglo á los principios que en general dirigen sus acciones. No quiere esto que yo escluya toda idea de patriotismo: sé que existe, y que hay mucho hecho en las circunstancias presentes; pero me atreveria á afirmar que una guerra importante y duradera no puede ser nunca sostenida por él solo; que es preciso además una perspectiva de interés y recompensas. El patriotismo puede impulsar á hacer mucho, á sufrir mucho y sobrepujar por algun tiempo las mayores dificultades; pero todo esto durará poco, si el interés no viene en su socorro.»

supremacia en barbarie, pues nosotros hemos soltado contra nuestros compatriotas otras fieras!... ¡Que dispongan los prelados una ceremonia lustral para libertar á nuestro pais de semejante borron, de un crímen tan monstruoso! ¡Milores! soy viejo y estoy gastado, débil, no podria decir más; mas no hubiera podido descansar esta noche mi cabeza sobre la almohada, si no hubiera exhalado ni indignacion.»

Lord North, que habia llevado la flema hasta el grado de dormir durante las más violentas filípicas, se conmovió en realidad, y envió comisionados á América para conseguir á cualquier precio una reconciliacion; pero era ya demasiado tarde. Los americanos sabian cuán peligroso es confiar en el perdon de un amo irritado, y ya habian tomado gusto á la independencia. Quedaba, pues, decidida la guerra, y Keppel, gran capitan, aunque con poco favor en la corte, fué el elegido para dirigirla por mar. Sacando el congreso fuerzas del peligro, confirió una autoridad dictatorial á Washington, contrató empréstitos, y venciendo los rencores nacionales, pensó en buscar la alianza de los franceses. Benjamin Franklin y Arturo Lee fueron enviados para negociar; encontraron á la Europa, y sobre todo á la Francia, llenas de admiracion hácia las sencillas virtudes de un pueblo nuevo, que, celoso de sus derechos, resistia con improvisadas masas á los que hacian temblar á la Europa. Los clásicos los comparaban á los Fabios y á los Curcios; los filántropos leian en la declaracion de la independencia un manifiesto contra los tiranos, y en su éxito la posibilidad de cumplir todo lo que se esperaba; todos los corazones nobles palpitaban por aquella guerra, que era la única entre todas las luchas políticas y dinásticas de aquel siglo, que respondia á las ideas entonces más en boga. Además, Franklin, ilustre ya con sus descubrimientos de física, era admirado por sus modales y traje de estremada sencillez. Los filósofos, directores de la opinion y dispensadores de la gloria, le contestaban entre los suyos, y popularizaban su fama; y él, lleno de delicadeza con su aire benigno, se reia de sus exageraciones, aunque aprovechándose de ellas.

La Francia deseaba borrar la vergüenza de la guerra de los Siete Años, los filósofos la impulsaban á propagar y á sostener los principios generosos. Todo el mundo se regocijaba de la humillacion de una potencia rival. Pero las rentas se hallaban en mal estado, y no convenia á un rey alentar la revolucion. Turgot manifestaba que no convenia ayudar á las colonias, en atencion á que Inglaterra, para domeñarlas, se veria obligada á debilitar sus fuerzas, al mismo tiempo que no estaba lejano el momento de tener las metrópolis que abandonar sus posesiones remotas y sacar partido de las relaciones comerciales. Entre tanto el gabinete de Versalles permanecia indeciso. Declaraba á los corsarios norte-americanos y sus presas excluidos del reino, pero los dejaba entrar; no reconocia públicamente á sus embajadores, pero los escuchaba en particular, y permitia además trasladar á América armas y víveres.

Sin embargo, después de la derrota de Burgoyne, los enviados americanos pidieron al gabinete francés una decision categórica: de lo contrario anunciaban la intencion de hacer un arreglo con Inglaterra, y unirse á ella contra la Francia. No quedaba, pues, á esta potencia otro recurso que elegir entre dos guerras, la una de gloria, la otra en la que todo era pérdida. Pero en lugar de reconocer abiertamente la independencia de los americanos, y declarar con ellos la guerra á la Gran Bretaña, encubrió el tratado de alianza bajo la apariencia de uno de comercio (1778). En él no se concedia, sin embargo, ninguna ventaja á Francia; por el contrario, ésta adelantó diez y ocho millones en dinero, reembolsables después de la paz y sin interés, y garantizó un empréstito contratado por ellos en Holanda; pero lo nuevo é importante en toda Europa era que de esta manera se legitimaba el principio de insurreccion.

Ya algunos voluntarios habian pasado de Francia á América bajo el mando del jóven marqués de La Fayette, que abandonaba, para ir á pelear, los derechos aristocráticos en medio de los cuales habia crecido, los goces de la fortuna y una jóven esposa de elevada familia y grandes virtudes. Algunos polacos fueron tambien á derramar su sangre por la libertad que habian perdido en su patria. Sin embargo, aquellos voluntarios, así como los de Irlanda y Alemania, llenos de ambicion y poco dispuestos á la subordinacion, costaban mucho, sin ser de gran ventaja. Así es que la llegada de La Fayette fué al principio poco agradable. Este escribió al congreso: «Mis sacrificios me dan derecho á dos gracias: la una es la de servir á mis espensas; la otra, comenzar á servir como voluntario.» Es cierto que aquella intrépida juventud era menos útil aun por su valor que por la opinion que se formaba de que la causa de las colonias tenia la aprobacion de la Europa. En fin, Luis XVI mandó descaradamente tropas á las órdenes del conde de Estaing, é hizo salir la escuadra.

La España se habia contenido en un principio sólo por el temor de que el ejemplo se propagase en sus colonias; pero después, venciendo el deseo de la venganza las demás consideraciones, se presentó en la cuestion como mediadora, y ofreció á la América del Norte unirse á ella, á condicion de que le asegurara la posesion de las Floridas, renunciara á la pesca de Terranova, á la navegacion en el Misisipí, y á los territorios situados en la orilla oriental de este rio (1779). La primera condicion era de poca importancia, las otras dos fueron negadas. En su consecuencia España no quiso reconocer la independencia del Norte-América, venganza pueril é insignificante, ya que declaró la guerra á la Gran Bretaña, y envió su escuadra á unirse á la francesa mandada por el conde de Orvilliers. Las fuerzas combinadas ascendian á sesenta y seis navíos de línea; esta era la mayor escuadra que habia ame-

nazado á la Inglaterra; al mismo tiempo sesenta mil hombres dirigidos sobre las costas de Bretaña y Normandia estaban dispuestos para una invasion, tanto más temida cuanto que las turbulencias de la Irlanda eran un motivo de inquietud interior.

Pero las enfermedades diezmaron la escuadra, y no se verificó ningun hecho digno de tan grandes preparativos. Irritados entonces los ingleses de la alianza de los rebeldes con los franceses, desplegaron todo el patriotismo y tenacidad propia de las aristocracias; renunciaron á las luchas de partido y ofrecieron al gobierno dinero y buques. La proposicion de reconocer la independencia de las colonias se aventuró de nuevo en las cámaras, pero Pitt, que poseido de odio contra la Francia queria la humillacion de esta potencia, y no se interesaba por el Norte-América sino en cuanto lo consideraba inglés, cesó de defenderle cuando la esperanza de una guerra con la Francia brilló á sus miradas. Gastado por los años y por su ardiente energia, se presentó al parlamento por última vez sostenido por su hijo Guillermo: «Soy feliz, dijo, al ver que la tumba no se ha cerrado aun para mí, y que aun puedo levantar la voz contra el desmembramiento de esta antigua monarquia. ¿Cómo se han atrevido á aconsejar semejante sacrificio? ¿Oscureceremos la gloria de la nacion con un cobarde abandono de sus derechos y de sus más preciosas posesiones? Un pueblo que era, hace diez y siete años, terror del mundo, ha de descender en el dia, hasta decir á su implacable enemiga: *¡Tomadlo todo con tal que nos deis la paz!* Si nos vemos precisados á elegir entre la paz y la guerra, y si la paz no puede conseguirse con honor, ¿por qué no comenzar la guerra sin vacilar? No sé cuáles son las fuerzas del reino, pero tiene ciertamente las suficientes para defender sus justos derechos. Y además, milores, toda situacion vale más que la desesperacion. Hágase al menos un esfuerzo, y si es preciso, sucumbamos como hombres de valor.» De esta manera se espresaba con una voz débil; y cuando el ministro le interpeló para que le declarase los medios de someter el Norte-América, Pitt se esforzó tanto para responder, que tuvo un ataque de apoplejia que le llevó pocos dias después al sepulcro.

La guerra se redujo al principio á encuentros marítimos, sin estenderse al continente. En veinte combates que se dieron, la Inglaterra no perdió siquiera un navío de línea. La mayor parte de los encuentros dejaron indecisa la victoria, escepto el que se dió entre la Dominica y las islas Santas (12 de abril de 1782), en el que Rodney se apoderó de cinco navíos de línea, comprendiendo en ellos el que montaba el almirante Grasse, que fué hecho prisionero. Sin embargo, la España hacia sin descanso la guerra. Recobró á las Floridas, sitió á Gibraltar, y aunque Rodney se ilustró introduciendo provisiones en aquella plaza, y arruinó la marina enemiga en el cabo de San Vicente, se indemnizó apoderándose de un convoy inglés que hacia rumbo hácia las Indias, de valor de cuarenta y ocho millones. Menorca, que servia de refugio á los armadores ingleses, fué tambien sitiada por el duque de Crillon (1781); y el fuerte de San Felipe, que pasaba por inespugnable, se vió obligado á capitular. Sin embargo, el general Elliot defendia intrépidamente á Gibraltar, y valiéndose de una nueva invencion, incendiaba las baterias flotantes, que se creian á prueba de fuego. Se hubiera visto, sin embargo, precisado á ceder, si el almirante Howe no hubiese acudido á su socorro.

Las potencias del Norte se declararon neutrales. Como la Holanda ayudaba á los franceses, los ingleses la declararon la guerra, golpe de audacia que admiró; y aprovechando con alegria la ocasion de arruinar un comercio rival, asolaron sus establecimientos en las Antillas, en la Guyana, en el Malabar y en la costa de Coromandel.

La alianza de la Francia habia reanimado el valor de los americanos, y Filadelfia habia sido libertada: sin embargo, sufrian cruelmente con los desastres que los ingleses causaban en sus posesiones, donde se conducian como salvajes. Las rentas estaban en desórden, los billetes desacreditados, y en su consecuencia habia desaparecido la probidad. Las magistraturas estaban en poder de personas cuyo único mérito era la exageracion. El congreso era impotente, como acontece en gobiernos nuevos, y el ejército se veia reducido á vivir de rapiñas. Además, el antiguo odio contra los franceses se reanimaba entre los americanos, que no olvidaban su orígen británico; y como se veia que no hacian lo necesario, resultaban continuas diferencias. Las sectas se habian enardecido, como sucede siempre que se despierta el entusiasmo: los realistas, que abundaban en las colonias meridionales, escepto en la Virginia, se regocijaban de los males de la patria, y los castigos no hacian más que agriar los ánimos.

La llegada de los refuerzos franceses puso á Washington en estado de volver á tomar la ofensiva; é hizo frente á las traiciones, á las disidencias y á las rebeliones, mientras que los franceses obtenian brillantes victorias en las Antillas. Lord Cornwallis se apoderó de las dos Carolinas y penetró en la Virginia; pero Washington, La Fayette y Rochambeau le cercaron, y precisaron á rendirse prisionero con todo su ejército (1781).

Paz de Paris.—Este terrible golpe hizo sucumbir al ministro North, y la Inglaterra se declaró cansada de una guerra en la que todas las victorias producian desastres, y todos los sacrificios eran una causa de ruina. Ya North habia negociado una paz separada con la Francia: el ministro Rockingham la concluyó con la Holanda y la España, después tambien con los Estados-Unidos. En fin, el parlamento reconoció la independencia americana. Concertáronse los preliminares en París, donde los republicanos obtuvieron más de lo que esperaban; pues no pudiendo la Inglaterra mantener sujetas á las colonias, conoció que era preciso con-

cederles más de lo que deseaban la España y la Francia. En su consecuencia, la Inglaterra reconoció á los trece Estados como pais libre y soberano. Como cada Estado era dueño de sí mismo, el congreso no pudo comprometerse sino á recomendar la restitucion de los bienes confiscados á los ingleses y á los realistas; en efecto, la mayor parte de los Estados se negaron á ello, y la Inglaterra tuvo que indemnizar á los que habian sufrido, con dinero ó tierras en la Nueva Escocia. Se declaró libre el Misisipi y la pesca en el banco de Terranova entre ambas naciones. Las fronteras comprendian territorios habitados por pueblos independientes, y desconocidos á unos y á otros. Quedaron, pues, mal determinadas, y poco faltó varias veces para que la guerra se encendiese de nuevo. La cuestion se decidió por fin en el tratado de 9 de agosto de 1842.

La Francia hizo entonces una paz, que le valió más derechos con respecto á la pesca de Terranova, y la esclusiva propiedad de las islas de San Pedro y Miquelon. Conservó á Tabago, restituyendo la Granada y las Granadinas, San Vicente, Santo Domingo, San Cristóbal y Monserrate. Recobró con aumento sus posesiones en la India y en Africa, el Senegal y la isla de Gorea. Las restricciones del puerto de Dunkerque quedaron anuladas. La Inglaterra renunció en favor de la España á todas sus pretensiones sobre Menorca y las dos Floridas; por su parte, esta potencia le restituyó las islas de Bahamá y de la Providencia, y le concedió la facultad de cortar maderas de tinte en la bahía de las Honduras. Abandonada la Holanda, se resignó á ceder á la Gran Bretaña la ciudad de Negapatam, y la libre navegacion en los mares de la India.

Los grandes sacrificios que la Inglaterra se habia visto precisada á hacer, hicieron sucumbir al ministerio, pero el que le reemplazó, llamado *ministerio de coalicion*, porque reunia en su seno á los diferentes partidos, dió su asentimiento al tratado de paz, que se firmó.

Mucho habia hecho la Gran Bretaña, sin aliados en medio de poderosos enemigos, con la guerra interior y la division en el seno de las cámaras con salir de semejante crisis con honor. Las vacilaciones en un principio, las atrocidades cometidas en el curso de los acontecimientos, los consejos de venganza que habia escuchado, habian destruido toda esperanza de dar feliz solucion á una guerra que costó á la Inglaterra tres millones de súbditos, un territorio de un millon de millas cuadradas, cien mil soldados, y 100.000,000 de libras esterlinas añadidos á la deuda nacional. Sin embargo, no perdió todo cuanto parecia que debia temerse, porque el comercio interrumpido se reanimó en breve con más ardor; y se procuró sacar más ventaja de las tierras incultas y del ahorro de las inmensas sumas que desde la paz de Aquisgram le habian costado el tener en estado de defensa las colonias. La Francia habia esperado arruinar el comercio y el poder de la Inglaterra; pero si consiguió hacerse reconocer la independencia de sus colonias, no le produjo ninguna ventaja, y dió un ejemplo que pronto redundó en detrimento suyo.

En el Canadá los franceses habian concedido al principio muchas tierras en nombre del rey, en feudo ó franco alodio, á oficiales civiles ó militares, que pasaban su feudo á otros, por una renta perpétua. El gobernador tuvo allí una autoridad absoluta hasta 1663, en cuya época se estableció un tribunal que se regia por la jurisprudencia de Paris. Tan pronto como los ingleses adquirieron aquella colonia, prometieron darla instituciones representativas, como á sus demás posesiones; en el ínterin, la corona se reservaba el derecho de establecer tribunales de justicia para juzgar los asuntos civiles y criminales «conforme á la ley y á la equidad, y en lo posible á las leyes inglesas. Esta medida indicaba la intencion de no contrariar bruscamente las costumbres francesas; pero como de todos modos se trataba de introducir las leyes inglesas, los del Canadá se descontentaron. La lucha empeñada con las demás colonias aconsejaba no irritar á ésta, para que no se decidiese á unirse á aquéllas. En su consecuencia, se confirmaron las prescripciones de las leyes de Paris y el ejercicio de la religion católica, añadiendo la institucion del jurado á la manera inglesa. Lord North hizo aprobar aquel bill (1774) á pesar de los whigs, que clamaban porque se envilecia la nacion adoptando las leyes y religion de otro pais. El favor concedido á la nacionalidad francesa se llevó hasta el esceso de no dar ya tierras á colonos ingleses; después, á contar de 1795, cuando no existian los mismos peligros, y cuando era importante abrir una salida al escedente de la poblacion, y un refugio á los *realistas* americanos y á los soldados de los ejércitos licenciados, el jóven Pitt presentó otro bill para que en el Alto Canadá se estableciese la legislacion inglesa. Las propiedades fueron regidas con arreglo á las costumbres británicas. Concedióse el *habeas corpus*, y en todas partes quedaron las leyes de aduanas reservadas al gobierno, que, sin embargo, otorgó á la legislatura provincial la disposicion del producto, conforme á la declaracion de 1778, por la cual el parlamento británico renunciaba á hacer percibir las contribuciones en provecho de la metrópoli. De esta manera es como fué regido el Canadá hasta la revolucion de 1840. Poblado, como lo estaba en su mayor parte, de emigrados franceses, continuaba quejándose, y fomentaba los rencores que existian entre la Inglateira y los Estados-Unidos.

Mientras que sus destinos se decidian en Europa, los Estados-Unidos eran presa de una violenta agitacion, y Washington tenia que sufrir las amarguras y contradicciones reservadas á aquel que sirve á su patria. Después de haber apaciguado la sedicion y rechazado á los enemigos, Washington, sin escuchar la ambicion ni adoptar otro guia que el puro celo de la libertad y el amor á la

patria, hizo dimision del generalato. Después con el cansancio de los negocios públicos, que se apodera siempre de aquellos que tienen una gran parte en las vicisitudes republicanas, se retiró á su casa de Mount-Vernont, para gozar en ella de una tranquilidad más honrosa que el trono de Napoleon.

Hombre honrado, más bien que héroe á la manera antigua, cuando se penetró de la idea del deber, cumplió sin pretensiones. Firme en su conviccion, atrevido en ejecutar lo que era conforme á su manera de ver (12), no se asustaba de los obstáculos, confiaba en la Providencia, y más fuerte que sus pasiones, y que las de los demás, siguió invariablemente una conducta tan sencilla como tranquila. Modesto y paciente no aspiró á gobernar á los hombres, ni á ofrecerse á su admiracion; pero se conservó siempre el mismo, ora cultivando sus posesiones, ora rigiendo los destinos de la América del Norte. Después de haber luchado diez años para fundar la independencia de su pais, luchó otros diez para constituir el gobierno; y no perdió nada de su confianza en la causa que defendia, nada de su probidad y desinterés.

Atacado violentamente por el partido democrático, supo no mostrarle resentimiento. Sólo escribió á Jefferson, que era su jefe: «Nunca hubiera creido, no diré probable, sino posible, cuando empleaba los mayores esfuerzos para establecer una política nacional enteramente nuestra, y preservar al pais de los horrores de la guerra, que todos los actos de mi administracion fuesen comentados, desfigurados de una manera grosera é insidiosa, con términos tan exagerados y tan inconvenientes, que apenas se podrian aplicar á un Neron, á un malhechor famoso, y hasta á un bribon comun. Pero basta, ya me he escedido en espresar mis sentimientos.»

El irlandés Conway se habia mostrado muy contrario de Washington; pero habiendo sido herido mortalmente, le escribió en estos términos: «Pudiendo todavia llevar por algunos momentos la pluma, los aprovecho para manifestaros mi sincero dolor por haber hecho ó dicho algo que pueda desagradar á vuestra escelencia. Al concluir mi carrera, la justicia y la verdad me inclinan á declarar mis íntimos sentimientos. Segun mi parecer, sois un grande y escelente hombre. ¡Ojalá goceis mucho tiempo del amor, estima y veneracion de estos Estados, cuya libertad habeis sostenido con vuestra virtud!»

Pero el Norte-América se sentia debilitado por las luchas que habia sostenido; no tenia dinero, industria ni concordia interior. El pueblo y los exaltados, que conciben siempre excesivas esperanzas, se irritaban al desengañarse de ellas. Se lisonjeaban de que el gobierno, en su debilidad, sucumbiria por sí mismo, y que volverian al yugo inglés, así como los hebreos echaban de menos las cebollas de Egipto. La virtud ayudó á los verdaderos patriotas. Acostumbrados los oficiales á considerarse hermanos á las órdenes de un padre, sintiendo el separarse y dejar á la patria espuesta á las tramas de los realistas, formaron la sociedad de los Quinientos, á las órdenes del general Knox, para socorrerse mútuamente en caso de indigencia. El peligro que aquella sociedad podia ofrecer, que era el de constituir un órden hereditario que amenazase al Estado, fué conjurado por su trasformacion en una asociacion de pura beneficencia. Se propuso, para extinguir la deuda, un impuesto de cinco por ciento sobre las importaciones; pero como no se adoptó, se quebrantó el crédito. Cada pais hacia además leyes de comercio, segun sus intereses particulares; la exportacion no era ya protegida por el pabellon inglés, al paso que era preciso pedir á la Inglaterra gran número de objetos manufacturados; resultaron de esto insurrecciones parciales, y la Gran Bretaña tomó de ello ocasion para excluir á los americanos de sus puertos.

Todo este malestar procedia de la falta de union entre paises tan separados unos de otros, tanto por la distancia como por la diferencia de intereses, y cuyos decretos encontraban trabas en la oposicion de uno solo. Conocíase, pues, la necesidad de estar unidos para pagar las deudas comunes, y reprimir entre todos la turbulencia de cada uno, lo que debia producir la reforma del pacto federal hecho en el fervor de la lucha. Segun éste, la asamblea no era soberana y legislativa; y sí sólo una reunion de diputados cuyos poderes estaban de tal manera circunscritos, que sus decisiones debian ser ratificadas por cada uno de los Estados, de lo que resultaba que á menudo fracasaban ante la inercia ó resistencia de uno solo de sus miembros. Se conoce en semejante constitucion la influencia del derecho protestante, de que hemos hablado en otra parte.

Tenia en su contra á los *federalistas*, que sin negar la soberania de cada Estado querian, por el interés comun, que todos se fundiesen en uno solo para constituir un poder central ilimitado que ejerciese su accion sobre todos los Estados, como los Estados particulares la ejercian sobre cada individuo, y bastante fuerte para obligar tanto á los Estados como á los particulares á seguir las prescripciones de la ley; que este poder dispusiese del

(12) En el curso de la revolucion francesa, escribia á La Fayette que se quejaba de las calumnias de que era blanco: «No hagais mucho caso de dichos absurdos, y sin reflexion manifestados en el primer trasporte de una esperanza engañada. El que reflexione conocerá las ventajas de que somos deudores á la escuadra francesa y al celo de su comandante; pero en un gobierno libre, no se puede acallar la voz de la muchedumbre; cada uno habla como piensa, ó por mejor decir, sin pensar; y en su consecuencia, juzga los resultados sin considerar las causas... Es propio del hombre irritarse contra todo lo que destruye una esperanza lisonjera y un proyecto favorito, y es un vicio muy comun condenar sin exámen.»

ejército y de la marina; en una palabra, que los trece Estados llegasen á ser una nacion. Los *demócratas* conocian tambien la necesidad de un poder central, pero le reducian á una alianza entre los Estados independientes: pero temiendo el predominio de todo poder robusto, querian aquella independencia exorbitante que conduce al individualismo, y que sacrifica al deseo de libertad la fuerza de la asociacion. Franklin y Jefferson eran de esta opinion; Washington y Adams participaban de la de los federalistas. Algunos propusieron tambien una monarquia templada (1787) á las órdenes del hermano del rey de Inglaterra; en fin, decretóse la nueva constitucion en el congreso de Filadelfia, y se puso en ejecucion en 1789.

En esta constitucion se vió proclamada la igualdad nativa de los hombres en un pais en que aun subsistia la esclavitud (13).

Constitucion.—Antes de la Revolucion, los Estados tenian cada uno una constitucion, sin otro vínculo entre sí que la soberania de la Inglaterra: cuando se rompió este vínculo, la confederacion que se habia formado para la guerra, no perjudicó en nada á la independencia particular de los Estados, y la Union que reemplazó á la soberania británica, modificó aquella independencia sin destruirla. A fin de que el gobierno federal pudiese representar un cuerpo único con respecto á las demás potencias, se le concedió todo lo concerniente á la paz, á la guerra, á la diplomacia y á los tratados; además lo que contribuia á facilitar la comunicacion de los Estados entre sí, las monedas, los caminos, la policia, los arreglos comerciales, los correos (14) y la reconciliacion de las diferencias de Estado con Estado. En los casos de competencia, el gobierno federal obra de una manera directa inmediata, sin recurrir á otra autoridad. La ley emana del congreso, está confiada á los empleados civiles nombrados por el poder federal.

La soberania del gobierno no es completa sino en el *distrito de Colombia*, pais de ciento cuarenta y siete kilómetros cuadrados, regido solamente por las leyes federales, y directamente por el presidente y el congreso. La ciudad de Washington ha sido fundada en este distrito en una posicion admirable, y enriquecida después con monumentos públicos. Pero su poblacion apenas llega á 110,000 habitantes, y sus casas están esparcidas en un gran espacio, en atencion á que no se encuentra en un punto comercial.

En lo concerniente á la administracion interior, á las relaciones entre los ciudadanos, al progreso de la vida intelectual y moral, á la civilizacion material, los americanos prefirieron las leyes particulares y la soberania de cada Estado, en atencion á que no existia entre ellos una homogeneidad suficiente para que el poder federal representase fielmente las ideas y costumbres de todos. De esta manera quisieron combinar la independencia de cada uno con la seguridad de todos, y veinte y cuatro legislaciones diferentes rigen los negocios de los diversos Estados. Con objeto de evitar las diferencias demasiado pronunciadas en la forma de gobierno, se convino solamente en algunos puntos comunes, por ejemplo, en gobernarse en república y observar la division originaria de los poderes. Los gobernadores son nombrados, para un tiempo más ó menos largo, por la autoridad legislativa ó la eleccion popular. La cámara baja se renueva por lo comun todos los años, y la alta es elegida por dos, ó á lo más por cuatro; otros principios generales son más bien admitidos por sentimiento que determinados por escrito, como la igualdad política, y en su consecuencia el sufragio universal; la soberania de la razon comun, y la autoridad legítima del pueblo; la perfectibilidad humana, y por consiguiente la emancipacion de todo respeto supersticioso á lo pasado en la aplicacion del derecho social. Estas doctrinas ingertadas en el fondo de la legislacion inglesa y en el protestantismo, producen cierta uniformidad que se revela tambien en las costumbres. Con respecto á las formas, el poder ejecutivo reside en el presidente, responsable de los actos de su gobierno, sin veto absoluto. Si muere, es reemplazado por el vicepresidente hasta concluir los cuatro años asignados á la duracion de sus funciones.

A la apertura de sus sesiones, el presidente espone en un mensaje los negocios que se deben tratar; y en atencion á que no hay ministros como en Inglaterra para sostener la discusion, se nombran para examinar cada clase de negocios, comisiones permanentes, cuyo jefe presenta las conclusiones, y proporciona á la cámara los documentos pedidos. El presidente y el senado nombran todos los empleados públicos, incluso los jueces del tribunal supremo, que pueden, como ya hemos dicho, derogar hasta las leyes, declarándolas contra-

---

(13) Cuando se declaró la independencia, la esclavitud reinaba en todas partes; pero durante aquella guerra la Pensilvania adoptó una medida que debia pronto destruirla. El Massachusets la declaró incompatible con las leyes, y lo mismo hicieron todos los Estados al Norte del Potomak, menos el Maryland y el Delaware. Podian hacerlo, en atencion á que los esclavos no formaban sino una décimaquinta, ó vigésima parte de la poblacion. Pero en los Estados del Mediodia la proporcion era aun mucho mayor, y todo el trabajo doméstico y agrícola estaba confiado á los negros: conservóse allí, pues, la esclavitud. Aumentóse después con la adquisicion de la Luisiana y la Florida. Fué autorizada en los Estados nuevos, como el Misuri: en 1790 habia en la Union 697,000 esclavos; en 1820 1,538,000; en 1840 2.847,000; en 1860 3.979,741. La sangrienta guerra civil de 1861-65 no reconoció otra causa que la de querer los Estados del Sur sostener la esclavitud. Más desde 1866 esta mancha no empaña ya el esplendor de la república.

(14) La Carolina no quiso admitir la tarifa general, decretada en 1828. El sistema de comunicaciones ó caminos en que la concordia era tan importante, se estableció, no por la via de la autoridad, sino por medio de las negociaciones.

rias á la constitucion. Los que desempeñan empleos dependientes del gobierno de la Union no pueden tomar asiento en las cámaras.

El sentimiento espontáneo del pueblo, los intereses actuales y las ideas nuevas están representados por una cámara, que, con frecuencia, dura dos años, á razon de un diputado por cada cuarenta y ocho mil almas (15); los antecedentes, la esperiencia política, la reflexion y la tradicion tienen por órgano el senado, elegido por seis años por las asambleas legislativas de los diferentes Estados, no en proporcion del número de habitantes, sino en razon de dos individuos por Estado, representa tambien de esta manera el antiguo sistema de las colonias. De este modo los Estados-Unidos figuran una sola nacion en la cámara baja, y una liga de Estados independientes en el senado. Este participa del poder ejecutivo por la vigilancia que ejerce sobre este poder, y el asentimiento que debe dar, no sólo al nombramiento de los embajadores y empleados nombrados por el presidente, sino tambien á la ratificacion de los tratados. Para que las dos autoridades paralelas no chocasen entre sí, se dió al poder judicial una autoridad desusada, pues cuando el congreso traspasa sus facultades, el ciudadano agraviado puede demostrar ante los tribunales que la ley es inconstitucional; y si aquellos lo reconocen así, queda ésta sin efecto.

Los Estados-Unidos tomaron, pues, de la constitucion inglesa lo mejor que tenia, es decir, la justa combinacion de los tres poderes esenciales, separándose de la viciosa organizacion de cada uno de ellos. La constitucion de Inglaterra no decidia en el caso de desacuerdo entre los dos poderes soberanos; en los Estados-Unidos, se estableció que en el caso en que el presidente desechase una ley se admitiria como tal en la sesion siguiente si las dos cámaras la votaban con dos terceras partes de mayoria. Unicamente no se ha decidido nada en el de disentimiento entre ambas cámaras.

El derecho electoral varia en los diferentes Estados, pero es siempre democrático; en algunos es preciso tener, ó una renta de setenta y cinco á cien francos, ó un capital ó propiedad de setecientos á mil doscientos francos. En las provincias del centro y del Este todo individuo que pague una contribucion al Estado ó sirva en la milicia está llamado á dar su voto, escluyéndose los mendigos y los que son perseguidos criminalmente; el voto se da por bolas. Desde 1866 los hombres de color tienen los derechos de ciudadano. Para tomar parte en la eleccion de presidente, basta tener veinte y un años y residir cinco en el territorio de los Estados-Unidos.

Tanta estension concedida al derecho de sufragio produjo la necesidad de estender la instruccion entre el pueblo; así es, que no hay pais en que las escuelas, los periódicos, las comunicaciones por el correo sean tan numerosas. Las legislaciones particulares están basadas sobre la ley comun inglesa, con muchas modificaciones. Las sustituciones han sido abolidas; pero nada obliga á la particion forzada de las propiedades. Sin embargo, no se ha visto hasta ahora, por parte de los testadores, desproporcion viciosa. Con más frecuencia el hijo mayor de un cultivador sucede á su padre: deja á sus hermanos los capitales ó les da hipotecas, y se entregan al comercio ó compran tierras en los paises vírgenes.

La pena de muerte es muy rara; un procurador criminal ahorra á los que han perdido los gastos de la prosecucion; y en el procedimimiento civil, los norte-americanos no han rechazado, como los ingleses, las innovaciones útiles por amor á las formas anticuadas.

Los norte-americanos, á fin de fundirse en un solo pueblo sin perder su individualidad, conservaron, no la tolerancia, sino la entera libertad de religion, de conciencia, de la prensa y de la enseñanza, hasta el grado de no tener culto asalariado y dispensar á los cuáqueros del juramento en los juicios y del servicio militar, porque estas dos cosas no son conciliables con sus creencias. En suma, la parte espiritual del hombre ha sido sustraida á toda ley.

Después de lo que antecede y de las discusiones de estos últimos años, no decidiremos el que esta constitucion sea perfecta; pero sí diremos que es la mejor posible, si tenemos en consideracion la inaudita prosperidad del pais. Es cierto que la nueva república tenia la ventaja de poseer un territorio inmenso, sin vecinos que le amenazasen, y en su consecuencia, sin guerras esteriores; así es que el ejército federal no escede de doce mil hombres, y el departamento de la Guerra, que absorbe como un abismo las rentas de la Europa, no tenia antes de 1861 más gasto en los Estados-Unidos que de 21 á 27.000,000 de francos. La misma causa evitaba los peligros interiores, en atencion á que la industria encontraba un campo sin límites; que el hombre podia desarrollar libremente su actividad contra la naturaleza y dar libre curso á sus inclinaciones, sin quitar nada á otro. No hubo, pues, ni ociosos, ni mendigos, azotes de las repúblicas; pues todos los que querian encontraban trabajo y medios de enriquecerse. Gracias á la pasion comun, á la libertad, sin fanatismo religioso, sin arrogancia de privilegios, ni turbulencias de gentes ociosas, sin costumbres de dominacion ni servilismo, las ideas democráticas tomaron en aquel pais un desarrollo inaudito y una gran eficacia.

Esta constitucion fué adoptada, á pesar de la oposicion de los que la encontraban ó demasiado

(15) Por adicion á la constitucion de 1811, se dispuso que se enviaria un representante al congreso por cada treinta y cinco mil habitantes, comprendiendo en ellos las tres quintas partes de esclavos; que los territorios en que se encontrasen ocho mil individuos varones serian representados en la cámara por un diputado que tomaria parte en la discusion, pero no en la votacion.

lata ó demasiado circunscrita (1789). Tanto los federalistas como los antifederalistas, como se llamaba al partido aristocrático y al de los demócratas, se unieron para conceder la presidencia á Washington, hácia quien se habia aumentado la veneracion desde que habia abandonado el poder.

Pero cuando la revolucion francesa hizo estallar en el mundo un nuevo incendio, los demócratas se pronunciaron enteramente por ella, declarando que era una verdadera obligacion sostener á un pueblo amigo y libre. Los federalistas quisieron guardar la neutralidad, y trataron con la Inglaterra. El partido antifederal prevaleció entre el pueblo. Sin embargo, cuando Washington resignó el poder, se le dió por sucesor á Juan Adams, federalista, que habia sido enviado á Versalles con Franklin (1797), y encargado después de otras misiones diplomáticas. Dotó á su pais de una fuerza marítima que pronto le elevó á la categoria de las primeras naciones.

CAPÍTULO XIX

LA INDIA.

La India estuvo siempre dividida en muchos principados, uno de los cuales era el predominante (1). Poco tiempo después de Alejandro, se levantó en Palibotra á las orillas del Ganges y cerca de Patna un príncipe que extendió su dominacion desde el golfo de Bengala hasta el Indo; y el reino de Magadha, y era importante todavia en el siglo VII. Los naturales consideran como centro de la civilizacion del pais el que está situado entre el Ganges y el Yomna, llamado por esto Madhyadessa, pais del medio, ó Aryavartha, morada de los héroes; varias de cuyas ciudades tuvieron sucesivamente el título de capital. La última fué Canoya, situada en la ribera occidental del Ganges, de importancia en los siglos IV, V y VI, cuando los Sasanidas reinaban en Persia, y que decayó cuando la conquista árabe. A la muerte del rey Harcha-Vardhana, celoso budista, volvieron á prevalecer los bracmines, y fué rota la unidad política cesando los Maha-radjas.

Los arabes y los persas hacen memoria de tres reinos principales, que estaban en relacion con el Asia occidental, á saber, el de Cabul, el de Sind y el de Malvah. El primero fué fundado en los primeros siglos de la era vulgar por un aventurero turco que habia ido del Tíbet, profesaba el budismo y prosperó al decaer los Saanidas. Los reyes de Sind, que poseian el valle inferior del Indo con los paises al Oeste y Sudoeste del mismo, profesaban tambien el budismo. El reino de Malvah comprendia el Guzerat y el golfo de Cambaya, y era rico por sus producciones y por la afluencia de comerciantes extranjeros.

El impetuoso apostolado de los árabes los llevó en breve á este pais, y el Sind fué conquistado por Mahomed, general ommiada que edificó mezquitas y vió abrazar á muchos la religion del Profeta. Formáronse en el pais conquistado señoríos independientes entre sí, pero que reconocian la autoridad espiritual del califa de Bagdad, y de ellos los principales eran los de Multan y Mansura. La mayor parte de la India quedó independiente, y en el Cabul sucedió á la dinastia budista otra bramana, la cual atravesó el Indo y se estendió por el moderno Lahore. Posteriormente, á mediados del siglo X, el turco Alp Tekin tomó á Gazna y dió principio al imperio de los Gaznevidas que en breve sujetó á Cabul y gran parte del Asia. El rey de Cabul, privado de su capital, no tardó en ceder muchas de sus posesiones situadas al occidente del Indo, estipulando sin embargo la libertad del culto budístico y bramínico (990?). Mahamud el gaznevida (1001) comenzó las correrias contra los idólatras, pasó al Indo dando muerte á todo el que rechazaba el islamismo; las mujeres y los niños fueron hechos esclavos, los ídolos y templos demolidos, y las riquezas fueron presa de los soldados. Matura, donde nació Crisna, y donde habia mil palacios de mármol é innumerables templos, fué arruinada; Canoya fué ocupada con sus siete castillos y se tomaron las fortalezas donde se habian refugiado los antiguos gobernadores. En Sumenat, situado en las costas del Guzerat, metrópoli del culto de Siva, cuya piedra sanaba las enfermedades incurables, se habia rounido una multitud de adoradores, los cuales no opusieron resistencia esperando que el dios los vengase; pero fueron pasados á cuchillo. Sólo la muerte de Mahamud (1028) detuvo los progresos del islam.

Los indios habian aborrecido siempre el mezclarse con los extranjeros, pero entonces los tomaron horror; las ciencias, refugiadas en el valle de Cachemira y de Benares que quedó libre, se aisla-

(1) Véase tomo IV.

ron mucho más; los reyes de Cachemira excluyeron á los extranjeros y las mujeres fueron relegadas al fondo de las habitaciones cuando al principio se mostraban en las fiestas sin velo á los estranjeros (2).

Antes de la conquista europea, los musulmanes y los naturales, los unos dominadores, los otros avasallados, vivian en la India sin mezclarse. El islamismo no habia encontrado acceso sino en la parte septentrional entre los patanos y los afghanes, gracias á los restos que habian dejado allí los ejércitos de las dinastias tártaras, y al gran número de persas y árabes que existian á sueldo de los príncipes conquistadores. Formóse de esta manera un total de cerca de diez millones de mahometanos, ó lo que es lo mismo una décima parte de la poblacion. Diferentes de los naturales, habitaban las capitales, las ciudades de comercio y las plazas fuertes, nunca los campos ni el interior del pais, donde el indio conservaba su religion de Brahma ó de Budha, que viene á ser en suma el panteismo, sus castas, sus infinitas prescripciones y el odio á los extranjeros.

Cada una de las grandes divisiones del imperio era gobernada por un *subab*, representante del emperador, y al cual las instrucciones de Akbar marcaban su deber en estos términos: «que atienda á la oracion antes que á todo, que no piense sino en hacer bien á los hombres, y que no los trate con demasiada dureza; que se acostumbre á la prudencia, que no descubra sus secretos sino á un corto número: el magistrado fervoroso por la justicia debe multiplicarse bajo su administracion, no imponer el suplicio de la dilacion al que pida reparacion de una ofensa; debe saber que su empleo es el de un tutor: que el más sólido fundamento de su poder es el afecto del pueblo, y que cuando le ha obtenido, puede dormir tranquilo. Que mantenga bajo el yugo de la razon al favor y la desgracia; que se esfuerce en impedir la desobediencia con buenos consejos; cuando no lo consiga, que castigue á los rebeldes con reprensiones y amenazas; que haga que se apoderen de ellos, que los encarcelen, maltraten y mutilen de algun miembro; pero que no les quiten la vida sino en casos estremos, y después de maduras deliberaciones.» De este modo prosigue con sus consejos, demasiado genéricos para un código.

Además del *subab* habia los *fusdares*, que le acompañaban á todas las espediciones militares que hacia dentro de los límites de su jurisdiccion, y que se honraban con el título de *nababs* ó tenientes que les dieron los europeos, y que más tarde fué sinónimo de subab ó virey musulman, al paso que el nombre de *radjah* era el conservado á los vireyes indios. Estos empleos eran revocables, y los déspotas se complacian en cambiarlos á menudo, á fin de que los titulares no pudiesen adquirir demasiado poder. Pero habiéndose relajado la centralizacion, se envalentonaron los nababs hasta el grado de hacerse independientes, y trasmitir la autoridad á sus herederos. No daremos aquí la série de los oficiales subalternos. Al paso que las decisiones judiciales para los musulmanes eran pronunciadas por el cadí, segun los términos del Coran, los indios se sujetaban á árbitros, elegidos con más frecuencia entre los bracmines. En varias comarcas se mantuvieron los príncipes indígenas pagando tributos, algunos hasta en territorios muy estensos, como los reyes de Misore y de Tangore, y no se introdujo ningun cambio en el gobierno interior.

La conquista no destruyó tampoco un elemento integrante de la antigua constitucion, la aldea. Se da este nombre á un espacio de algunos millares de acres, cuyos habitantes forman un municipio presidido por un *potail*, que vela por los asuntos generales y de buen órden; tiene por colegas á un *karnun*, que anota en un registro los gastos del cultivo y los productos; un *tallier*, que informa sobre los delitos, y otros oficiales para los demás cuidados necesarios. Aquellas aldeas existian desde tiempo inmemorial, sin haber casi sufrido alteracion en los límites, ni variacion las familias, y sin que los cambios políticos hubiesen trastornado su economia interior; pequeñas repúblicas inmutables, bajo las estensas monarquias tan variables del Oriente. En la mayor parte subsiste una especie de comunidad de bienes y trabajos, de lo que resulta que cada uno se aprovecha de la ayuda de todos. La cosecha, después de apartada la cantidad necesaria para el pago del impuesto, se reparte á proporcion del terreno que cada uno ha cultivado, y unos van al mercado, otros se dedican á algunas industrias en los diferentes oficios. En algunas aldeas, las tierras cambian todos los años de dueño.

El impuesto se repartia y cobraba de diferentes maneras, estimando la cosecha cuando aun no se habia recogido. Un *dewan* tomaba en arrendamiento general las tierras de una provincia, el *zemindar* subarrendaba los diferentes distritos que distribuia entre los cultivadores (*ryots*) ó entre las aldeas; de esta manera era el recaudador de los impuestos, y se encontraba revestido con ciertos poderes, hasta con el mando de las tropas de su distrito: en suma, era una especie de príncipe, con jurisdiccion civil y criminal.

Se podria, pues, comparar este estado de cosas al feudalismo, escepto el que nuestros feudatarios eran realmente propietarios de las tierras, y percibian los impuestos para sí, al paso que en la India sólo el emperador era considerado como único propietario. Es cierto que el ryot gozaba plenamente de los derechos de propiedad, pues no se le despojaba de ellos sino cuando faltaba á sus obligaciones, y podia trasmitirla á otros.

En lo más elevado de la escala, el gran mogol,

(2) Memoria de Reinaud leida en la sesion pública de la Academia francesa en 1845.

sucesor de Tamerlan, era el titulado depositario de una ilimitada autoridad. Las provincias eran administradas en su nombre por los subabs, que á menudo se hicieron señores de ellas. Al lado de ellos existen muchos príncipes indígenas de antiguas dinastías. Inferior á esta aristocrática y administrativa gerarquía, estaba la aldea. De esta manera es como se encontraban reunidos el despotismo en la cima, la aristocracia y el feudalismo en medio, el municipio y la república en lo más bajo de la escala.

Akbar.—En Baber ó Babur, es en quien habia comenzado el imperio del Gran Mogol en Agra (3), sucedióle Humayum (1530), después Akbar el Grande (1555), séptimo descendiente de Tamerlan. Este príncipe emprendió acabar la conquista musulmana de la India domeñando á los afghanes, que al principio de su reinado ocuparon á Agra, Delhi y casi todas sus posesiones. La derrota que les hizo sufrir en Paniput fué el fundamento de su grandeza. Pronto les arrebató sus inespugnables fortalezas, y los rechazó de puesto en puesto. Conquistó el Guzerat, invadió la Bengala, á Cachemira y al Sind. Empleó cuatro años en la conquista del Decan, y pudo, en fin, adoptar el título de emperador (1602). Fué el verdadero fundador del imperio mogol; desgraciadamente guerras no interrumpidas le impidieron dar á aquellas vastas comarcas el órden y la administracion. Los quince *yusbas* ó principados le producian anualmente 9.074.388,125 rupias, es decir, cerca de mil millones de pesetas.

Las *Instituciones de Akbar* que nos ha conservado su ministro Abul Fazel, nos dan á conocer detalladamente la magnificencia de su corte, y los reglamentos administrativos y judiciales que emanan de aquel príncipe. Atraia á los sábios, y hacia traducir las obras sanscritas y turcas al persa ó al indio; era aficionado tambien á la pintura, á pesar de los preceptos de su religion. Habiéndo querido oir discutir sobre los dogmas de los diferentes cultos que dominaban en su imperio, concibió un escepticismo que le inclinó á la tolerancia; y parece que se habia lisonjeado de conciliar la fe cristiana, la de Mahoma y la de Brahma, formando sólo una masa general. Sustituyó la fórmula: *No hay otro Dios que Dios, y Akbar es su profeta*, á la que habia enseñado Mahoma. En el calendario reformado por órden suya, el mes solar reemplazó á los períodos lunares.

Geanguir.—Tuvo por sucesor á Abul Geanguir (1605), ó conquistador de la tierra, á quien se debieron buenas medidas de policía. Hizo abrir de Agra á Lahore un camino de cuatrocientas cincuenta millas, plantado todo de árboles, con pozos y posadas; y sometió á tributo á los reyes de Visapur y Golconda.

Aurengzeb.—Shah-Djihartn, su hijo y sucesor, trasladó su residencia á Delhi. Dividió en vida suya el imperio entre cuatro de sus hijos (1659), lo que produjo guerras civiles. En fin, Aurengzeb, que se señaló por sus victorias, habiendo hecho, con la máscara de devocion, perecer á sus hermanos y encarcelado á su padre, quedó dueño del imperio. Su tesoro consistia en gruesas barras de oro y en pedrería, en cuyo número habia un diamante de doscientos ochenta quilates, que se habia encontrado en el saqueo de Golconda. Se admiraba principalmente su *trono del pavo* real, por el que está sobrepuesto á él todo de oro macizo sembrado de piedras preciosas, con un enorme rubí en el pecho, del que cuelga una perla de cincuenta quilates. Doce columnas incrustadas de perlas sostienen el dosel. Aurengzeb permanecia raras veces en las ciudades, y habitaba más á menudo en campamentos movibles: tres inmensos palacios de madera ligera, cuyas piezas se desmontaban, eran trasladados por trescientos camellos y cincuenta elefantes, á un dia de jornada uno de otro; de esta manera encontraba un palacio en cada punto en donde llegaba. En su comitiva iban centenares de camellos con sus tesoros, perros, panteras enseñadas á perseguir gacelas, toros para cazar á los tigres; fastidioso seria enumerar los millares de hombres y animales empleados para el agua, la cocina, y el guardaropa, los archivos, las armas y la reparacion de los caminos. Cuando se habia llegado á un sitio bastante estenso, aquel medio millon de viajeros acampaba en derredor del palacio del gran mogol, hácia el cual se dirigian en línea recta las tiendas, que se ponian y quitaban en un momento.

Celoso por la religion musulmana, reprimió con numerosos edictos la relajacion que se habia introducido en tiempo de Akbar, y persiguió á los indios, cuyas pagodas cambiaba en mezquitas. Volvió á poner en vigor el edicto de Akbar que libertaba de impuestos á aquel que habia mejorado sus propiedades, y alivió las cargas de los musulmanes para aumentar las de los indios. Generoso para con sus amigos, fué implacable para los vencidos; y habiéndose prolongado su existencia hasta la edad de ochenta y ocho años, pudo estender mucho sus conquistas.

El Decan, que era el imperio más antiguo é independiente de Delhi, fundado por el musulman Hassan-Baku (1417), que se rebeló contra el sultan Mahomet I; y su descendencia fué llamada la dinastía de los Baminas. Cuando se estendió en 1526, se formaron los cinco reinos de Amedabad, Berar, Amednagur, Visapur y Golconda. Habiéndose unido, sometieron al príncipe indio de Bisnagar ó Carnate, y destruyeron su capital, que tenia veinte y cinco millas de circunferencia, y contenia magníficos edificios y pagodas con techos de oro. Aquellos reinos sucumbieron uno después de otro, y los dos últimos fueron conquistados por Aurengzeb.

El imperio mogol comprendia á la muerte de

(3) Véase Libro XV, cap. 8.

aquel monarca (1706) cuarenta provincias (4), que se estendian desde el grado treinta y cinco hasta el diez de latitud; y sacaba de ellas diez mil millones de francos, aunque los productos valiesen nada más que la cuarta parte de lo que valian en Inglaterra. Pero al momento comenzó el imperio á declinar. Los príncipes que se disputaban el trono se derribaron alternativamente, el lujo y la licencia no cedian en nada á la crueldad que hacia correr la sangre entre hermanos. Durante aquel tiempo los radjás y los subabs se hacian independientes, de tal manera, que el poder del gran mogol se redujo casi á confirmar el sucesor del nabab difunto, entregándole la patente imperial.

Nanekismo.—En las comarcas del Norte, entre el Indo y el Kamna, habia muerto con olor de santidad, en 1539, en la provincia de Lahore, un tal Nanek, á cuyo sepulcro acudian los devotos y los discípulos que habia reclutado sin distincion de nacion y reunido bajo el nombre de *siks*, es decir, escolares. Arjunmal, su sucesor, coleccionó la doctrina del maestro en el *Pothi* ó biblia, y de aquí procedió la *secta de los siks*. Rechazando las tradiciones bramínicas, adora á un Dios único é invisible, convirtiendo el amor del prójimo en base de la moral; recomienda, por lo demás, practicar la tolerancia y evitar las discusiones; abolió las castas, conservando, sin embargo, la distincion de las tribus; prohibe todo contacto con extranjeros; permite tambien comer carne, escepto de vaca; los ídolos y toda clase de imágenes están excluidas de sus templos; las mujeres gozan de más libertad. Al iniciado en aquella secta se le regala un sable, un fusil, un arco, una flecha y una lanza, además una taza de agua en la que se disuelve azúcar meneándola con un puñal.

Los siks fueron una nacion guerrera bajo el mando de sus *gurús* ó maestros, jefes espirituales que á menudo lucharon contra el gran Mogol; se mezclaron á las guerras civiles, pero perdieron después toda influencia secular. El pais se dividió entonces entre varios *sirdars* ó jefes, apellidados *singhs* ó leones. Habian ascendido al puesto de gran Mogol á Mohammed-Shah, que reinaba en 1739, cuando fué atacado por Nadir-Shah. Después de haber asolado á Delhi, el restaurador del imperio persa dejó el trono á Mohammed; pero le arrebató las provincias situadas en la orilla occidental del Indo.

Apenas se habia alejado Nadir, cuando la provincia de Berar se separó del imperio de los maratas. Aud se hizo tambien independiente bajo el mando de Acmed-Shah (1747), sucesor de Mohammed; después hizo lo mismo Bengala. De esta manera se veia reducido el Mogol á no comprender más que una parte de las provincias de Delhi y de Agra. En el reinado de Alemguir II (1753), Amed, rey de los abdalos, nacion afghana del Candahar, sitió á Delhi, saqueó todo lo que habia quedado, y destruyó hasta las murallas para robar las piedras; después fué asolada aquella ciudad por tercera vez por los maratas, bajo el mando de Jihan-Shah (1760), y registraron hasta los sepulcros; pero habiéndolos atacado el rey de Candahar, dícese que mató quinientos mil. Entre los gobernadores musulmanes que después de la invasion de Kuli-kan aspiraron á hacerse independientes, Dawust-Ali-kan, nabab de la provincia de Arkate, donde estaban situadas Pondichery y Madrás, se hizo tan temible, que los radjás indios imploraron el socorro de los maratas.

Entre tanto, potencias más temibles aumentaron su poder en aquellas costas: éstas eran los portugueses, los holandeses y los franceses. Los primeros penetraron en el pais cuando se dobló el cabo de Buena Esperanza, y adquiriendo vastos dominios, de los cuales los despojaron casi enteramente los holandeses que tenian en Asia establecimientos muy considerables desde las islas de la Sonda hasta las costas del Malabar (5). Ya en el reinado de Francisco I habian intentado los franceses establecerse en la India; pero, rechazados por las tempestades, no doblaron el cabo de Buena Esperanza. Enrique IV dirigió tambien hácia aquella parte la atencion de sus súbditos, y estableció en Bretaña una compañia de las Indias Orientales que, después de haber mandado, sin adelantar nada, algunos buques (1604), no tardó en disolverse. Aun fracasaron otras tentativas, lo que hizo que los armadores franceses se dirigiesen más bien hácia Madagascar. Richelieu trató de reanimar el comercio de las Indias, y formó al efecto una nueva compañia con grandes privilegios; pero no pudo prosperar. Otra establecida por Colbert, con una dotacion de 15 millones y un privilegio por cincuenta años, se engrandeció poco á poco hasta el punto de producir la envidia de los holandeses. Francisco Martin, que habia formado un establecimiento en Pondichery, en la costa de Coromandel, se vió precisado á cederle á los holandeses, que pensaron en asegurarse allí, trasformándole en una terrible fortaleza (1693). Aquella plaza fué, sin embargo, restituida, cuando la paz de Ryswick, á la compañia francesa con las fortificaciones. Habiendo vuelto Martin en cualidad de gobernador, hizo que fuese

(4) Es decir: Agra, Aud, Behar, Bednore, Bengala, Canara, Carnate, los Sircars, Cochin, Koimbetur, Delhi, Dindigul, Allahabad, Gutich, Guzerat, Madura, Malabar, Malwa, Multan, Misore, Orisa, Tinevelli, Travancor, que en el dia forman las posesiones inmediatas de la Inglaterra; Berar, Serinagor, posesiones cercanas tambien; Adjemir, Adoni, Concan, Conddapah, Doulatabat, Candesch, Visapur, que en el dia forman el imperio de los Maratas, dependiente de los ingleses; Cabul, Cachemira, Candahar, Sind, que forman el Afghanistan, Assam y Butan, aun independientes por tributarios de los chinos; Nepal, príncipe independiente, y el Lahore y Pendjab pertenecen á los siks.

(5) Véase tomo VII, cap. 16 y 17.

una de las más importantes que los europeos tenian en Asia (1697), donde fué la capital de las posesiones francesas; y el número de sus habitantes ascendió desde quinientos hasta veinte mil, entre europeos, indios y musulmanes.

Aquellos acrecentamientos no siguieron siempre en progresion por el desórden de la misma compañia que caminaba á su ruina, cuando Law pensó en devolverle la vida uniéndola á las compañias de Occidente, de la China y de Africa con el nombre de compañia perpetua de las Indias. Ya hemos visto el éxito no menos brillante que efímero de aquella empresa; pero la compañia sobrevivió al naufragio de Law, y dirigió su atencion sobre Pondichery, que habia continuado prosperando por esfuerzos particulares. Dumas, que fué enviado allí de gobernador, la puso en un estado floreciente, con su administracion á la vez hábil y vigorosa. Obtuvo del gran Mogol Mohammed-Shah, el privilegio de acuñar moneda, lo que fué muy ventajoso: y la adquisicion de Karikal y de su territorio (1739), comprados á un pretendiente al reino de Tanjore, mediante una corta suma de dinero y promesas de socorro, fué aun más útil.

Los franceses habian formado otros establecimientos en la península indiana. Se habian asegurado el comercio de la pimienta en las costas de Malabar; llevaban á Surate los tejidos y alhajas de Lion, y parecia que habian de rivalizar con las colonias de las grandes naciones marítimas, tanto más, cuanto que tuvieron la felicidad de tener al frente de sus establecimientos á tres hombres de gran mérito, Dupleix, La Bourdonnais y Bussy.

Debióse á La Bourdonnais la prosperidad de otro establecimiento formado por los franceses entre Madagascar y las Indias, en las islas de Francia y de Borbon.

Dupleix.—Chandernagor, en Bengala, cedido á la compañia francesa por Aurengzeb, en 1682, por cien mil libras, florecia bajo el gobierno de Dupleix. Después de haber permanecido allí doce años, fué nombrado gobernador general de Pondichery, donde tomó el título de nabab, concedido por el gran Mogol á su predecesor, y ostentó un fausto oriental; se hizo tambien reconocer, como radja, y pensó en estender hasta Bengala el poder y el comercio de la Francia. Estableció un director general en Chandernagor y mandó barcos á Siam, á Camboya, á la Cochinchina y á los demás mercados. Al mismo tiempo aumentó las tropas de la colonia, las sometió á una exacta disciplina y alentó su valor, con objeto de poder ejercer influencia en las disensiones intestinas de la Península. La compañia inglesa se habia establecido tambien en Bengala en la segunda mitad del siglo precedente, y habia obtenido del nieto de Aurengzeb la autoridad de comprar las tres aldeas de Govindpur, Chattanutty y Calcuta, donde se hizo el fuerte de Guillermo.

En 1696, la rebelion de un zemindar indio, llamado Suba-Singa en Bengala, proporcionó un pretexto á los holandeses de Chinsura, á los franceses de Chandernagor y á los ingleses de Chattanutty para pedir el que se les permitiese fortificar para su propia seguridad; y se aprovecharon del permiso para rodear sus factorias con obras de fortificacion. Habiendo sido curado de sífilis Kuli-kan, que inquietaba á los ingleses, por el médico Hamilton, renovó, en el año de 1715, en reconocimiento á este servicio, el privilegio de la compañia, y hasta la autorizó para estender sus adquisiciones.

A la llegada de Dupleix, los europeos no eran considerados en la India, sino como mercaderes; pero cuando conoció el pais, vió la posibilidad de dominar en él, y disimuló aquella idea mientras pudiese parecer la loca ó temeraria. Su proyecto, muy sencillo, consistia en poner cuerpos europeos al servicio de los príncipes indios, persuadido de que pronto adquiririan preponderancia. Consiguió en efecto de esta manera, dominar en el pais de Carnate, después en el Decan, sobre treinta y cinco millones de habitantes, es decir, sobre casi la mitad del imperio del Mogol, y destruia ó formaba segun le convenia establecimientos extranjeros.

A los ingleses daban envidia posesiones de los franceses, y si éstos favorecian á un nabab, era un motivo suficiente para que le cobrasen odio; así es que aquellas dos naciones continuaban haciéndose la guerra en aquellas comarcas, mientras que permanecian en paz en Europa. Habiendo rechazado los ingleses la proposicion que habia hecho la Francia de considerarla como neutral en la guerra que acababa de estallar (1754), los jefes de las colonias francesas se pusieron á la defensiva. Hecha la paz, Dupleix trató de continuar sus vastos proyectos, en la conviccion de que la compañia francesa no podria luchar contra la compañia inglesa mientras no fuese una potencia continental. Desgraciadamente los jefes estaban en desacuerdo y envidiosos unos de otros, y La Bourdonnais, en lugar de unirse á Dupleix, que meditaba la conquista de Madras, quiso tener él solo la gloria de arrebatar á los ingleses su más rico establecimiento en Coromandel.

Madrás estaba dividida en ciudad blanca de los europeos, y negra de los judíos, banianos, armenios, mahometanos, idólatras, negros, rojos y cobrizos. La Bourdonnais tenia órden del ministerio, que no conocia las localidades de no conservar ninguna de las conquistas que se hubiesen hecho: en su consecuencia aceptó 10.000,000 de libras por el rescate de aquella ciudad; pero Dupleix, que apreciaba su importancia, rompió la capitulacion; saqueó é incendió la ciudad, lo que hizo se maldijese el nombre francés. Opuso después á su rival tantas trabas en sus nuevas espediciones, que La Bourdonnais se retiró, y volvió á Francia, donde fué encerrado en la Bastilla.

Nada más favorable podia suceder á los ingleses, que reuniendo fuerzas, no sólo recobraron á Madrás, sino que sitiaron á Pondichery. La magní-

fica defensa de Dupleix, que precisó á los ingleses á retirarse, corrió un velo sobre las culpas que hubiera podido cometer. Una vez perdido Madrás, Dupleix dirigió sus esfuerzos sobre el Decan y Carnate, que se disputaban varios príncipes rivales. En medio de sus discordias consiguió, después de novelescas hazañas (6), instalar en la subabia de Decan á Musa-Fersing, su protegido, que aumentó considerablemente los territorios franceses de Pondichery y Karical, y le cedió el Masulipatnam con sus alrededores.

Pero la compañia inglesa, sin declarar abiertamente la guerra, ayudó en el Carnate al adversario de Dupleix, que mal sostenido por sus aliados y por el pusilánime gabinete de Versalles, concluyó por sucumbir. Osado en medio de las dificultades é inagotable en espedientes, supo reponerse, y sus victorias produjeron un entusiasmo inesplicable en Europa: decíase que sólo las tierras obtenidas de Chandasaeb producian 39 millones; y parecia deberse contar anualmente con una renta de 50 millones: éstas eran quimeras como las de Law. Hecha la liquidacion, los directores de la compañia se encontraron perdiendo 2 millones, y culparon á Dupleix, como si no hubieran debido prever que sus vastas empresas debian costar mucho dinero, y que seria preciso aun mucho más para recoger después el fruto. Irritados, pues, con verse engañados en sus especulaciones, resolvieron darle un sucesor, y el gabinete los secundó tanto más, cuanto que los ingleses pedian que fuese llamado, porque no hacia más que atizar la discordia en Asia. Entonces los gabinetes de Francia é Inglaterra se unieron para reconciliar ambas compañias (1754), y ponerlas bajo un pié de perfecta igualdad de fuerzas, de territorio y comercio en las costas de Coromandel y Orisa, á fin de que pudiese cada una gozar en paz de sus posesiones, sin mezclarse en las cuestiones de los príncipes indígenas.

Dupleix estaba indignado de que su sucesor hubiese negociado con los ingleses, en lugar de emplear las tropas que habia llevado en sitiar á Tricinapali, cuya adquisicion hubiera asegurado á las colonias francesas la dominacion é inmensas ventajas. Cuando se ve lo que los ingleses han hecho desde aquella época, se cree que aconsejaba el mejor partido; pero le fué preciso obedecer. Habia adelantado 13.000,000 de su peculio, lleno de confianza en la victoria, y ésta se la habian arrebatado. Derramando lágrimas, fué como abandonó el teatro de su gloria. A su vuelta, se negaron á tener en cuenta sus adelantos, y se instruyó un proceso á aquel que estuvo á pique de hacer á la Francia dominadora del Asia: «He sacrificado, escribia, mi juventud, mi fortuna y mi vida en colmar de riquezas á mi nacion en Asia; amigos desgraciados, parientes demasiado débiles han consagrado todo lo que tenian al éxito de mis designios: actualmente estoy en la miseria. Me someto á todas las formas judiciales, y como el último de los acreedores pido lo que se me debe..... Trátanse mis servicios de fábulas, se rien de mis solicitudes y se me trata como al último de los hombres..... Lo poco que me queda está secuestrado, y me veo obligado á pedir prórogas para no ser metido en una cárcel.» Después de haber consumido lo que poseia en solicitar una audiencia de los jueces, murió pobre (1763), el que habia tenido á su disposicion los tesoros de la India.

La compañia francesa poseia entonces en las costas de Orisa y Coromandel á Masulipatnam con cuatro distritos, Pondichery con un estenso territorio, Karical y la isla de Cheringam; posesiones considerables pero muy separadas para prestarse mútuamente ayuda. El marqués de Bussy, lugarteniente de Dupleix, habia sostenido la influencia francesa en el Decan, y hubiera sido conveniente confiar las cosas á su esperiencia. En lugar de esto, el gabinete francés envió al conde de Lally, irlandés, oficial pundonoroso y de valor (1756); pero imprudente, y que no tenia ni la política ni la moderacion necesaria en paises remotos y en tiempos difíciles. Por instinto nacional detestaba á los ingleses, y decia que su política consistia en estas cuatro palabra: *No más ingleses en la península*. Pero ignoraba las leyes, los intereses, la política de la India, y se obstinaba en no escuchar á los que le hubieran podido instruir. En aquel pais repugnaba el trabajo á las clases elevadas; las bajas tienen profesiones determinadas, y se creerian deshonradas si se dedicasen á otra: así sucede con el aldeano que cultiva una tierra no sembrada por él; con el faquin, á quien es preciso llevar debajo del brazo una carga que tiene costumbre de llevar en la cabeza; con el soldado, que deba abrir la trinchera que debe proporcionarle abrigo, y con el ginete que siega la yerba para su caballo. Es preciso, pues, que una innumerable turba siga á los ejércitos; ahora bien, no habiendo podido Lally reunir los brazos necesarios, forzó, sin consideracion á las castas y sin distincion de trabajos, á los habitantes de Pondichery á ayudarle, destinando al mismo cañon el paria y el bracmin, ó haciéndoles llevar juntos la misma carga, lo cual era atropellar de una manera inaudita el órden social y el órden religioso á la vez. Su adversario Coote, por el contrario, hombre frio, resuelto y moderado, sabia influir sobre todo lo que le rodeaba y aprovecharse de los errores del enemigo.

Las primeras empresas de Lally tuvieron buen éxito, pues rechazó á los ingleses en toda la costa de Coromandel, pero siempre escaso de recursos, ninguna de sus empresas obtuvo resultado: perdió con el rigor y las amenazas la voluntad de los administradores y de los numerosos agentes á quie-

(6) Cuéntase que un oficial francés, llamado Latouche, rodeado de ochenta mil enemigos, penetró de noche en un campo con trescientos compatriotas suyos, mató mil doscientos, asustó á los demás, y los dispersó sin haber perdido más que dos soldados.

nes aprovechaban los abusos; el mismo ejército se rebeló contra él, y los ingleses bloquearon á Pondichery. En medio de la discordia, de las rebeliones y del hambre, resistió Lally á fuerzas veinte veces superiores á las suyas; pero en fin, reducido á la última estremidad, rindió la plaza, y fué conducido prisionero á Inglaterra.

Con la toma de Pondichery concluyó la dominacion de los franceses en la India; donde no conservaron sino factorias insignificantes, al paso que Coromandel y Bengala aumentaron considerablemente la grandeza de Inglaterra. Cuando se hizo la paz de 1763, sé restituyó Pondichery á la Francia, pero en ruina y con un territorio limitado. Tambien recobró la Francia á Karical, Chandernagor y las demás factorias de Bengala (1769), pero á condicion de que no construiria fortificaciones.

La Francia habia perdido tambien en diez años sus establecimientos de Africa, una parte de los de América y todo el Canadá. Sentia por esto grande irritacion; y como le era preciso un objeto, se desencadenó contra Lally, cuyas acciones fueron interpretadas en el más desfavorable sentido, acusándosele hasta de traicion. Habiendo sido informado de ello, logró permiso para salir de Inglaterra y disculparse; y escribió á Choiseul: *Os traigo mi cabeza y mi inocencia.* El parlamento fué nombrado (cosa absurda) para juzgar y sentenciar sobre campañas y sitios en un pais y en situaciones que ignoraba completamente. Absuelto Lally de los crímenes de lesa majestad, fué condenado como culpable de haber hecho traicion á los intereses del rey y de la compañia, y abusado de su autoridad. Fué, pues, enviado al cadalso á la edad de sesenta y seis años (1766), con una mordaza, sin que le fuese posible resignarse á su suerte. ¡Su sentencia fué más tarde anulada por Luis XVI! (7)

No pasaremos en silencio el nombre de uno de aquellos héroes benéficos, cuyos pacíficos méritos recrean el alma en medio de la relacion desoladora de las conquistas. Pedro Poivre (1719-1786), de Lion, destinado á las misiones extranjeras de San José, estudió cuidadosamente las leyes y costumbres de la China y de la Cochinchina, á donde debia ser enviado. Pero fué hecho prisionero por un barco inglés; y habiendo perdido un brazo de resultas de una herida, tuvo que renunciar al estado eclesiástico. Cuando recobró su libertad, recorrió con detencion los establecimientos europeos en la India y en Africa; de vuelta á Francia con mucha instruccion, propuso á la compañia de las Indias establecer un comercio directo con la Cochinchina, y trasportar á las islas de Francia y de Borbon los árboles de especias, reservados á las Molucas. Enviado con este objeto, obtuvo, en efecto, establecer una factoria francesa en Fai-fo: sobrepujando después las dificultades suscitadas por la envidia de los holandeses, que castigaban con la muerte la extraccion de un arbusto esplotado exclusivamente por ellos, y esparcian falsas cartas geográficas para extraviar á los navegantes, consiguió sustraerles diez y nueve plantas de nuez moscada. Mal secundado por los directores de las colonias, á la sazon en discordia, anduvo de isla en isla, tratando con los príncipes, y obteniendo árboles de clavo, arroz seco, árboles tambien de pimienta y canelos, que distribuyó entre los colonos. Los desastres de la compañia en aquella época disminuyeron los resultados de su constancia; pero cuando, después de su disolucion, fué nombrado intendente de las colonias, se dedicó con actividad á reparar los desastres, y á realizar los nobles proyectos de La Bourdonnais.

Bengala es la provincia más occidental del gran Mogol: regada por el Ganges, produce con gran abundancia arroz y toda clase de frutos. Detestando Suya-al-Daula, sucesor de Allaverdi, en Bengala, Behar y Orisa, cordialmente á los ingleses, sorprendió á Calcuta, su principal factoria (1756), tal vez á instigacion de los franceses, y aquella plaza se vió obligada á rendirse. Como encontró

(7) «Grandes fueron, sin duda, los errores de Lally, y á él se le debe el haberse consumado la pérdida de la India. Es preciso, sin embargo, confesar que suplió en lo posible los inconvenientes de su carácter con un brillante valor, un ardor indomable y un apego absoluto á los intereses del rey y de la patria. Inspiraba á los mismos ingleses, en medio de sus acumulados reveses, una admiracion mezclada de terror. Si una série de faltas parciales pudiese equivaler á un crímen capital, no habria una persona revestida de una elevada autoridad que pudiese lisonjearse de ser inocente. Si sólo el mal éxito forma el crímen, independientemente de la intencion, todo general vencido deberia concluir en el cadalso. No es, pues, de admirar que la opinion pública haya reformado la sentencia del parlamento, y Voltaire se hizo órgano de la opinion general, cuando dijo que la ejecucion de Lally era *un asesinato cometido con la espada de la justicia.* D'Alembert dió una palabra que, cruel en la forma, tenia un gran fondo de verdad, y era que: *Todo el mundo tenia derecho de dar muerte á Lally, escepto el verdugo.* En efecto, nadie era menos propio que Lally para el puesto que se le habia designado. Tenia un carácter impetuoso, violento, muy irascible, cuando se necesitaba guardar consideraciones y contemporizar. Estaba dominado por una sola idea, cuando los intereses en que se encontraba mezclado eran diferentes y complicados. No queria obrar sino con arreglo á lo que habia visto ó hecho en otras partes, en Alemania, en España, en los Paises-Bajos, donde las circunstancias, las personas y las cosas eran muy diferentes. Despreciaba y oprimia á los indios, cuando era preciso ganar su voluntad y seducirlos; esperimentado en la guerra metódica de la Europa, usaba del rigor sistemático de un general aleman donde se necesitaba el talento feliz y flexible de un Clive y de un Bussy... El destino se habia permitido una sangrienta ironia llamándole á un teatro que no era el suyo. Un caballero leal, soldado valiente y hábil oficial, subió al cadalso, acusado de ignorancia, cobardia y traicion. Si la historia puede esplicar aquella terrible catástrofe, el historiador no puede referirla sin una emocion profunda.» BARCHON DE PENHOEN, lib. VI.

pocas mercancias y oro, creyó que lo habian ocultado; y para obligar á los prisioneros á revelar sus tesoros, los encerró en el *infierno negro*, calabozo de diez y ocho piés de largo y once de ancho, que no recibia otra luz que la que entraba por dos aberturas practicadas en un solo costado. Así es, que en doce horas que permanecieron allí, perecieron sofocados veinte y tres. Indignáronse los ingleses de Madrás al recibir aquella noticia; y dirigiendo al momento el almirante Carlos Watson su escuadra al Ganges, se adelantó hasta Calcuta, que reconquistó.

Clive.— Roberto Clive (1725-1774), hijo de un hidalgo no muy acomodado del Shropshire, habia manifestado desde su infancia mucha intrepidez. Habiendo pasado á las Indias, sufrió allí las contrariedades reservadas á todos los caractéres enérgicos. En fin, dedicándose á la carrera militar, para la cual no habia sido educado, se formó en la escuela de las dificultades (8). Aquel nuevo Cortés poseia, como el conquistador de Méjico, fuerza de resolucion, prontitud en adoptar un partido y rapidez en ejecutar; sabia inspirar su entusiasmo á los soldados, imponer á las naciones extranjeras, obrar por su propia voluntad, y, sin embargo, someter á su patria lo que habia conquistado sin ella. Colocado á la cabeza de las tropas: *No conviene mantenerse á la defensiva*, dijo, *ataquemos;* y presentó la batalla al feroz nabab, en la que recibió golpe mortal. Habiéndole sucedido su general Mir-Jafier, pagó 2.006,000 de libras esterlinas á los ingleses, 230,000 á lord Clive, y además una pension de 60,000 libras. Pero no supieron los vencedores reprimir la avaricia, y aumentando sin cesar sus nuevas exigencias en proporcion de la condescendencia del nabab, tuvo que abandonarles, para seguridad de los pagos á que se habia comprometido, tres distritos próximos á Calcuta, que fueron el núcleo de su futuro imperio. Después, cuando comenzó á negarse á sus pretensiones, le derribaron poniendo en su lugar á Cosim Ali-Kan que les cedió otros dos distritos, además de inmensas sumas á los fautores de la rebelion. Conociendo, en fin, la parte vergonzosa de su posicion, quiso sustraerse al yugo; con esta intencion aumentó su ejército, y cayendo sobre los ingleses hizo en ellos gran matanza.

En aquella época la Francia habia vuelto á ser enemiga de la Inglaterra. Ahora bien, la compañia francesa, en lugar de unirse á los príncipes de Bengala con perjuicio de sus comunes adversarios, adoptó una neutralidad pusilánime que le hizo negar sus socorros á Suya-al-Daula (1760). Habiendo sido, pues, vencido aquel nabab, los ingleses, ricos y poderosos, hicieron con actividad la guerra para reponerse de la humillacion á que los habia reducido Dupleix; y un corto número de batallones europeos triunfaron de los inmensos ejércitos de ambas confederaciones.

(8) Véase su vida escrita por Juan Malcolm.

El gran mogol Shah-Alem II habia sido rechazado por los maratas hasta de Delhi, última ciudad que le quedaba, y habian puesto en su trono á su hijo Jewan-Bukt. El príncipe depuesto se refugió en la corte de Suya-al-Daula, nabab de Aud, que le detenia en un honroso cautiverio. Allí se refugió tambien Casim-Ali, arrojado por los ingleses, que volvian su autoridad á Mir-Jafier como príncipe de Bengala. Siguióse la guerra, pero Cosim se separó del nabab de Aud, y cesó de tener pretensiones á Bengala. Suya-al-Daula se retiró á Delhi, y habiendo recobrado Shah-Alem su libertad, propuso á la regencia de Calcuta, si le restablecia en Delhi darle Gazipore y Benarés, que le abrian el Bundelconda, cuyos diamantes eran su objeto de envidia. No fué así del todo. Pero Clive negoció un tratado de paz, por el cual los ingleses consolidaron, aumentaron sus posesiones, y obtuvieron del gran mogol la investidura de las *devanias* de Bengala, de Behar y de Orisa, que contaban 10.000,000 de habitantes, y producian una renta líquida de 36.000,000 de francos.

Cuando llegó Clive á Madrás, conoció la oportunidad de que la Inglaterra se hiciese dueña del pais (1761), y escribió á la compañia: «Hemos llegado al momento que yo preveia hace tanto tiempo, en el que se trata de decidir si lo tomaremos todo por nuestra cuenta ó no... El imperio del gran Mogol (no exagero) puede estar mañana en nuestro poder. Estos paises no tienen afecto á ningun gobierno; sus tropas no están ni pagadas como las nuestras, ni mandadas, ni disciplinadas. Un ejército europeo poco numeroso basta, no sólo para defendernos de todos los príncipes indígenas, sino para hacernos dueños y temibles hasta el grado de que ni los franceses, ni los holandeses, ni ningun otro enemigo se atreverá á atacarnos. El nabab cuyo partido adoptemos, no podrá menos de llegar á tener celos de nuestro poder ó envidia de nuestras posesiones; la ambicion, la crueldad y la avaricia no cesarán de conjurarse para nuestra ruina. Cada victoria no nos valdrá sino una tregua momentánea; la destitucion de un nabab será seguida de la exaltacion de otro, que tan pronto como pueda sostener un ejército seguirá el camino de su predecesor, es decir, que llegará á ser nuestro enemigo... Es preciso, pues, que seamos nababs, al menos de hecho ya que no de nombre... y tal vez tambien, de nombre y de hecho.»

No se debe, pues, imputar solamente al maquiavelismo de los europeos su predominio en Asia, sino á la preponderante influencia que una voluntad determinada adquiere naturalmente sobre personas vacilantes y desunidas, como lo eran aquellos nababs, subabs y radjas, que después de haber obtenido á precio de oro sus señoríos de un imbécil tirano, tenian necesidad del valor y ambicion de tiranos extranjeros para destruirse entre sí. Los ingleses tuvieron el arte de cubrir su dominacion con formas antiguas, dejando subsistir á un subab nacional, de tal manera que los indios creian reci-

bir del gran Mogol órdenes que en realidad procedian de Calcuta.

Maratas.—Cuando los ingleses estuvieron libres de la enemistad de los franceses, vieron á los maratas elevarse contra su poder. Llamábase de esta manera una antigua tribu del Decan originaria de las montañas del Mahrat, en el reino de Visapur; tal vez no son otros que los piratas, que desde principios del siglo de la era vulgar, infestaron los mares de la India. Poblacion de bandidos, proporcionaban escelente caballeria á los príncipes de la península, y pertenecian á la casta de los vaisias ó mercaderes; pero el padre de Sevadgi, soldado aventurero al servicio del rey de Misapur, que habia recibido de aquel príncipe un jaguir en el Carnate, con el mando de diez mil hombres, procedia de la de los chatrias ó guerreros. Habiendo atraido á su partido el jóven Sevadgi (1645), por su valor, á un gran número de valientes, salió con ellos de Punah, su pais natal; creció en medio de las disensiones interiores, ayudado, sobre todo, de las partidas procedentes de los paises montuosos que se estienden desde las fronteras del Guzerat hasta las del Canara, pais menos civilizado, donde hay más intrepidez, y al cual reunió en un cuerpo de nacion. Conquistó una parte del Visapur, como tambien la fortaleza de Sultana, y no habiéndole opuesto fuerzas suficientes Aurengzeb (1674), se proclamó soberano; después ocupó todos los puertos de la costa occidental del Decan, escepto los que pertenecian á los portugueses ó á los ingleses. Aurengzeb hizo la paz con el hijo de Sevadgi, concediendo á los maratas el diezmo de todas las rentas del Decan, á quienes se les autorizó para que pudiesen recaudarlo por medio de arrendadores hereditarios propuestos por aquéllos.

Habiendo avanzado en edad Jahon, nieto de Sevadgi (1717), abandonó el gobierno al primer ministro *(peischwah)*, que desde aquel momento fué una especie de mayordomo hereditario. Tiene el derecho de nombrar el gran rey, que permanece encerrado en Sattara, al paso que el peischwah domina como jefe de una oligarquia de pequeños príncipes confederados.

Una parte de aquellos jefes de los maratas pertenece á las castas nobles de los bracmines y de los chatrias, otros son de orígen reciente. Los principales forman una confederacion de *doce hermanos*, y cada uno es dueño de su pais, pero bajo la soberania del radja y del peischwah. Aunque varios de ellos hayan llegado á ser soberanos de la confederacion, conservaron al peischwah las distinciones honoríficas propias á su clase. Habia, de esta manera, una familia real, á la cual no quedaba ningun poder sobre el trono de sus padres, y al lado de ella, una de maestres de palacio hereditario. Cuando esta última está casi legitimada por el tiempo, jefes que han adquirido influencia se levantan contra ella y usurpan su poder, pero conservando el simulacro y el título; es decir, que el hecho respeta el derecho, y que en oposicion á lo que sucede en Europa, se busca la dominacion y no la clase.

Las tropas indígenas no son pagadas, y los príncipes del pais confian ciertas comarcas á jefes militares, con la obligacion de atender al sostenimiento de las tropas: todo el que goza reputacion de valor, encuentra fácilmente mercenarios, su apoyo le anima á usurpar la autoridad, y pronto puede llegar á ser príncipe de una gran estension de pais, deribar el antiguo rey, ó hacerse ceder por él el ejercicio del poder.

Haider-Ali.—De esta manera es como obró Haider-Ali (1718-1782), que se elevó por sus propias fuerzas, de una de las más humildes clases, al gobierno de Misore, y después á la soberania. Sin educacion, pero diestro y dotado de una prodigiosa memoria, aprendió siete ú ocho idiomas indios, y además el difícil arte de gobernar y conducirse en medio de aquella política oriental tan complicada. Protegió la industria, y administró una justicia severa é imparcial. Oprimiendo menos á sus súbditos que lo que lo hacian los colonos, sacaba, sin embargo, rentas más considerables, sabiendo ejercer en grande y sistemáticamente las depredaciones y el saqueo, que son una de las principales partes de la táctica india: alistaba á infinitas masas de aquellas castas, para las que el robo es una profesion, y las protegia. Disciplinaba sus tropas y ganaba su afecto, tanto que los desordenados indios pudieron hacer frente á los ingleses. En lugar de comprar la dominacion y la victoria con torrentes de sangre, á ejemplo de Tamerlan ó Nadir, como si hubiese adivinado la táctica europea, se presentaba de repente ocultando sus movimientos, operando con fuerzas más considerables sobre un punto dado. Así es, que fué apellidado con razon el Federico de Oriente.

De esta manera á la guerra de europeos contra europeos sucedia la de toda la India musulmana (1747). Deseoso Haider-Ali de grandes empresas, se hizo dueño del Bangalore, y dejó aquel pais á título de vasallo al radja de Misore, que le defendió contra los maratas. Pero, fuese por su propia seguridad como dicen, fuese por ambicion, se apoderó de Seringapatnam, capital del Misore, y encerró al radja en el palacio, sin otro derecho que el de dar algunos diplomas, y hacer inscribir su nombre en las monedas. Por lo demás, no le arrebató sus tesoros, y compró al gran mogol el título de príncipe de Misore, y *Sera*, como tambien el de *heft hezeray*, ó jefe de siete mil hombres, y lugarteniente del emperador. Favorecido por la fortuna, no tardó en dominar tambien en el pais de Bednor, de Kanara, Curga, Sunda y Calcuta; y proclamando que las Maldivas habian dependido mucho tiempo de los soberanos malabares, adoptó el título de *rey de las doce mil islas*. Encontróse así poseedor de una renta de 110 millones, doscientos mil soldados, de los cuales veinte y cinco mil eran de á caballo, y un cuerpo de mil doscientos franceses.

Asustados los ingleses, se unieron á los maratas y al nizam del Decan; pero Haider-Ali supo desunirlos; hasta ganó al nizam á fuerza de oro, é invadió con él las posesiones inglesas. Habiendo sido derrotado el nizam, Haider sostuvo solo, con un arte admirable, el peso de la guerra, ayudado con admirable inteligencia por su hijo Tippo-Saib; después la terminó bajo las murallas de Madrás con un tratado, segun el cual, el nabab de Arkate, hechura de los ingleses, tuvo que abandonar la ciudad de Oscotta con su fortaleza, y pagarle un tributo de 1.400,000 libras al año.

Empeñáronse los ingleses en borrar aquella afrenta, haciendo en el Indostan ventajosas espediciones. Hiciéronse en efecto dueños, con perjuicio de Shah-Alem, de Cora y de Allahabad, que cedieron, en calidad de soberanos, á Suya-al-Daula, nabab de Aud, obligándole á un tributo de 25 millones. Con aquel nuevo vasallo, hicieron la guerra á Rohilkend; y, habiéndole subyugado, reunieron su territorio al de Suya al-Daula, aumentando su tributo en 4.000,000, y reservándose la provincia de Benarés, ciudad santa, cuya posesion les permitió estenderse hasta la estremidad de Bengala.

Tan felices éxitos les hicieron abandonar la moderacion, y no disimulando ya la ambicion, impusieron como ley su voluntad, dieron á los indígenas sus nacionales por jueces y administradores; arrebataron toda autoridad al subab, que, tributario de la compañia y dependiente de ella, no pudo ya hacer la paz ni declarar la guerra, nombrar sus ministros, mandar las tropas, administrar las rentas, administrar la justicia á sus súbditos. Gran número de agricultores, arruinados por las estorsiones que se sucedian, dejaron despoblados y eriales terrenos fértiles; muchos tejedores de seda se estropeaban ó mutilaban antes que sufrir las vejaciones á que les esponia su industria. Los talleres quedaron sin brazos, y la cosecha disminuyó. El monopolio de los oficiales de la sociedad habia destruido la industria nacional, que producia mercancias buscadas en Occidente hacia siglos; y el pais quedó pobre, mientras que absorbia el dinero de la Europa y de la América. Las municiones de guerra fueron las únicas mercancias inglesas llevadas á Bengala que tuvieron aumento. Las hambres, las epidemias eran fomentadas por la insaciable avaricia de los monopolizadores, de los cuales uno, que llegó desnudo al pais, envió catorce millones á Europa. Una innoble corrupcion se habia introducido en todas partes; se mezclaba á la política para aprovechar donativos, que tuvieron siempre gran parte en las negociaciones orientales, y que la ley pudo restringir, pero no prohibir. No habia allí leyes que protegiesen á las personas, ni autoridad que pudiese hacerse respetar. La infancia de la industria impedia todo desarrollo de la riqueza pública, y una poblacion cuyo idioma, usos y religion eran muy diferentes, era asolada por gentes que la distancia de sus mandatarios ponian al abrigo de toda responsabilidad. Los jóvenes ingleses trataban de procurarse allí un empleo, para reunir lo más pronto posible algunos centenares de miles de libras esterlinas, y volver á casarse á Inglaterra con la hija de un par, comprar una *aldea* y figurar. ¿Qué podia hacer, con semejante estado de cosas, un jefe honrado? Lord Clive escribia, en 6 de mayo de 1766, á Pulz, gobernador de Madrás: «¿Creeis que la historia ofrece otro ejemplo de un hombre que teniendo 40,000 libras esterlinas de renta, mujer, hijos, padre, madre, hermanos y hermanas, abandone su patria y todos los goces de la vida para encargarse de un gobierno tan corrompido, tan insensato, tan exhausto como éste de todo principio de razon y de honor?»

Sin embargo, bajo su aparente riqueza, la India permanecia pobre; el dinero se encontraba en manos de un corto número de personas allegadas á los ingleses, y que no pensaban sino en oprimir cada vez más al pais. Una sequía espantosa destruyó la cosecha del arroz, principal alimento de aquellas comarcas, y los especuladores compraron el resto; de tal manera, que los ricos apenas podian procurarse con que vivir. En medio de aquella horrible hambre los vínculos de la sociedad fueron rotos; pero los de la supersticion se sostuvieron, pues no se atrevieron á dar muerte á los animales; y el buey y la vaca disputaron impunemente su alimento á personas que morian de hambre. Tres ó cuatro millones de habitantes perecieron en Bengala.

Con un territorio tan rico, tan estenso, con el privilegio del comercio de Oriente y con insaciables exacciones, la compañia se vió, sin embargo, obligada á solicitar un socorro de millon y medio de esterlinas en lugar de pagar á sus accionistas el dividendo de doce y medio por ciento que les habia prometido. Habia sacado anualmente de Bengala 36.000,000 durante diez años, sin contar 200.000,000 saqueados por sus dependientes: pero el orígen de tantas riquezas se habia agotado con las guerras, las revoluciones, las estorsiones; los habitantes que se libertaban del hambre quedaban en la miseria; y sin embargo, los directores, cuyo bien entendido interés hubiera sido tratar de remediar aquel estado de cosas, declaraban en su carta general del mes de marzo de 1771, «que era llegado el momento á propósito para aprovecharse por todos los medios posibles de las ventajas que prometia la posesion de Bengala.» ¡Tan sin entrañas se muestran los especuladores!

Aquellas miserias eran ignoradas en Inglaterra, á donde no llegaba sino la noticia de las victorias de Clive, victorias tanto más alabadas cuanto que contrastaban con los reveses sufridos en América: así es que Pitt decia á las cámaras: «Hemos perdido en todas partes gloria, honor y reputacion, escepto en la India, donde un hombre que nunca habia aprendido el arte de la guerra, que jamás habia sido contado entre nuestros ilustres generales, enriquecidos mucho tiempo con el dinero del

pueblo, se ha manifestado verdadero general, ha atacado con pocos recursos y un puñado de hombres á un gran ejército, y le ha vencido.» Pero cosas horribles se decian de él en la India: se creia que hacia un innoble monopolio del betel y del tabaco, y hasta del arroz, único alimento del pais, para cometer los más detestables abusos del poder. Fueron coleccionadas aquellas quejas por Burgoyne, que las presentó en Inglaterra, donde Clive que habia gobernado á medio mundo á su antojo, sin tener que dar cuenta á nadie, se vió precisado á dar esplicaciones á todos como ciudadano. Alteróse su salud, y consumido por una enfermedad del hígado, murió á la edad de cuarenta y nueve años, retirado de la sociedad, y dejando un nombre que no morirá; pues, sin otro estímulo que la necesidad de los peligros, supo ser gran general, gran administrador y detenerse á tiempo. La historia está aun en duda sobre sus culpas.

Constitucion de la compañia.—El parlamento pensó entonces en modificar la constitucion de la compañia, constitucion de que conviene aquí dar conocimiento. Al principio los accionistas se reunian de vez en cuando para tratar de sus intereses, y al separarse encargaban á una junta el despacho corriente de los negocios. La suma más corta daba derecho á entrar en ella; pero después del acta de union, fué preciso un capital de 500 libras esterlinas para asistir á la asamblea de los propietarios, y de 2,000 para formar parte de la junta. Un presidente y un vice-presidente dirigian las deliberaciones de las asambleas, en las que se elegian á los directores anuales. Habia convocatorias generales en marzo, junio, setiembre y diciembre, y además siempre que habia necesidad, ó lo pedian nueve accionistas á lo menos. El tribunal de los veinte y cuatro directores se reunia cuando lo creia conveniente, y la presencia de trece de sus miembros bastaba para que fuese el número suficiente. La compañia estaba, pues, modelada con arreglo á la constitucion inglesa. Los propietarios de acciones correspondian á la nacion, sus asambleas al cuerpo electoral, y el presidente, asistido de los directores, al rey y al parlamento. Los directores se dividian en diez comisiones, á saber: de correspondencia, de procedimientos, del tesoro, de almacenaje, de contabilidad, de compra, de navegacion, de comercio, de administracion interior y de vigilancia.

En las tres presidencias de Bombay, Madrás y Calcuta, independientes una de otra, la autoridad suprema pertenecia á un gobernador, asistido por la administracion de un consejo, cuyos miembros eran nombrados por antigüedad, en número diferente, entre los empleados civiles de la compañía: todas las decisiones se adoptaban por mayoria de votos. Como el presidente y los consejeros podian acumular varios empleos, se reservaban los más lucrativos, y con objeto de obtenerlos, se adulaba al presidente, cuya voluntad lo podia todo. La compañia sostenia en pié un cuerpo de tropas numeroso, reclutado en Inglaterra ó entre los desertores de las demas colonias, y además otro de indígenas (*cipayos*), que se sujetaron á obedecer á oficiales europeos.

Con respecto al comercio, el de telas, que fué siempre el principal, lo hacia un secretario (*banyan*), que se trasladaba á los pueblos convenientes con un cajero y servidores armados. Llevaba por lo menos consigo á cierto número de agentes subalternos (*gomastah*), que, distribuyéndose en los diferentes puestos, fijaban en ellos su residencia (*cutcherry*), donde se instalaban, con criados armados y otras personas de su servicio (*hircanahs*). El gomastah trataba con los corredores (*dallahs*), y éstos con los *picars* ú hombres de armas, que en fin negociaban con los tejedores; de esta manera habia entre éstos y la compañía cinco agentes. El tejedor, como sucede siempre, no estaba en estado de comprar los instrumentos y las materias, y mantenerse durante el trabajo; buscaba, pues, adelantos á crecido interés: cuando concluia su pieza de tela le llevaba al banyan, que la depositaba en un almacen. Finalizada la estacion y terminadas las comisiones, el banyan y sus agentes examinaban cada pieza y la pagaban al tejedor, con una rebaja de quince, veinte y veinte y cinco por ciento del precio convenido. En una palabra, el banyan era el anillo de comunicacion entre la raza indígena y la europea. Los indios ricos compraban aquel título á un precio elevado, para proporcionarse la ocasion de traficar por su propia cuenta bajo el nombre inglés. Se concedia á los comerciantes libres, es decir, á los de la compañía, el privilegio de hacer en el pais el comercio bajo su propio nombre, prestando juramento de habitar, tanto ellos como sus familias, en el lugar designado por la compañía y hasta el término prescrito, no escribir ni hacer escribir nada concerniente al comercio de la compañía en la India á otros que al tribunal de los directores.

Organizóse el sistema judicial en 1726, con cuatro clases de tribunales., á saber: uno llamado del corregidor (*mayor's cour*), en cada una de las tres presidencias; otro de apelacion, otro de primera instancia, y otro finalmente con el nombre de tribunal de las cuatro sesiones, que reunia las atribuciones de los jueces de paz y de las jurisdicciones inferiores. Dos tribunales administraban además la justicia á los indígenas segun sus leyes, el uno para lo criminal, y el otro para los asuntos civiles; el presidente nombraba ó destituia á los jueces cuando queria. Un tribunal supremo compuesto de jueces ingleses, independientes del gobernador, debia decidir en última instancia con arreglo á las costumbres británicas; ésta era una contradiccion fundamental con el derecho nacional. Los de Bengala veian á personas armadas atravesar su pais, para prestar ayuda á la ejecucion de sentencias fundadas en leyes que no entendian, é imponer contribuciones á los *zemindares*, es decir, á los antiguos arrendadores hereditarios, grandes propietarios en-

tonces, á quienes se reverenciaba como único resto de los antiguos príncipes. Atacados en su religion y en sus costumbres, los indios se oponian á menudo con la fuerza á aquellas ejecuciones, y la sangre corria; de manera que el parlamento se determinó á cambiar aquel órden de cosas.

Pero no contentándose con esto la compañia, quiso estender su poder á todos los súbditos británicos que se encontrasen en la India, aunque no fuesen sus agentes; y poco á poco obtuvo que todo el que llegase á aquel pais sin su autorizacion, fuese vuelto á enviar como infractor de la ley.

Ya se habia discutido en Inglaterra el punto de si una compañía privilegiada para el comercio podia ejercer soberania, y si sus adquisiciones debian pertenecer á la nacion. Parecia estraño, en efecto, que la calidad de accionista en una sociedad confiriese el derecho de hacerse conquistador y legislador. El parlamento se abstuvo de decidir, mediante la obligacion que adoptó la compañia de pagar 400,000, libras esterlinas más que antes.

Entretanto las ruinosas guerras y la mala administracion debilitaban á la compañía: nadie pensaba más que en robar; la deuda ascendió á 220 millones de francos, sin contar las deudas particulares de las cuatro presidencias, y esto cuando el capital no escedia en todo de 120 milllones.

Regulating act.—Ayudóla, pues, el parlamento, reduciendo los dividendos al seis por ciento; cesó de tener parte en la retribucion anual, y cambió además la organizacion interior de la sociedad (1775). Un gobernador general, nombrado por cinco años, debia residir en Bengala, con un consejo de cinco miembros designados por la compañia y establecidos por la corona. Las demas presidencias dependieron de este funcionario, y no pudieron declarar la guerra ni hacer tratados sin su asentimiento. El derecho que todo propietario de una accion tenia al principio á votar en la asamblea general, se restringió á los que tuvieran dos; la duracion de las funciones de los veinte y cuatro directores se fijó en cuatro años, y aquellos directores tuvieron que renovarse actualmente por sextas partes. Continuóse el privilegio á la compañía por un tiempo limitado, con la obligacion de pagar una retribucion de 400,000 libras esterlinas y dar cuenta de todos sus actos al gobierno.

Los comerciantes volvian á Europa con inmensas riquezas que la fama aumentaba, lo que hizo ascender enormemente las acciones (9); pero cuando se quiere que el arbol dé fruto, no se deben destruir las raices. Agotado Bengala, no producia ya la renta de costumbre; y así la compañia hubiera hecho quiebra, si el ministerio no la hubiese robustecido con 31 millones y medio, y perdonado 9 millones que debia pagar anualmente, con la condicion de reconocer al gobierno el derecho de inspeccion en las operaciones políticas, y de dejarle enviar á aquellos lugares un plenipotenciario; pero estos comerciantes, acostumbrados á no tener otra ley que su voluntad, hicieron que fuese ilusoria esta medida; y aquel elevado cargo envidiado por su importancia, fué impotente á reprimir todo aquel sistema de espoliacion.

Hastings.—Warren Hastings, gobernador general en 1774, trató de hacer algunas reformas; intentó restablecer el desórden de la hacienda, suprimiendo los gastos inútiles y los muchos empleos, disminuyendo tambien los gastos de recaudacion, haciendo que la administracion fuese central y fuerte; en fin, estableciendo corporaciones provinciales para oponerse á los abusos. Fué contrariado por aquellos cuyos excesos queria reprimir; la necesidad de recurrir á espedientes, en relacion tal vez con el carácter indio, pero repugnantes á las ideas inglesas, le hizo impopular, y todos sus actos fueron considerados por el peor lado. Se queria que conservase la integridad del territorio, y se le prohibia hacer la guerra, imputándole después sus consecuencias; se le pedia sin cesar dinero, y se desaprobaban los inmorales medios con cuya ayuda se lo habia procurado, como vendiendo la alianza y las armas de la Gran Bretaña á tiranos implacables ó á nuevas ambiciones. El parlamento inglés causaba tambien mucho mal por su continua intervencion en materias que no entendia. Hastings supo limitar la conquista y asegurarla; pero entonces no habia nada estable, ninguna idea fija ni en política exterior, ni sobre constitucion interior. No habia dinero, poder, y sobre todo, opinion pública. Fuese, pues, para evitar el producir descontentos, ó para aprovecharse el mismo Hastings, dejó que volviesen las cosas á su antiguo estado.

En fin, fueron oidas en Inglaterra las quejas de los desgraciados indios (1783). Carlos Fox, entonces ministro, propuso á la cámara una reforma que tenia por objeto conciliar los intereses de los accionistas y los del Estado, confiando los de la compañia, no á una asamblea general, sino á siete directores nombrados por la cámara de los Comunes; á esto debia unirse una reforma del gobierno, que debia aumentar su poder.

Todos los medios, tanto buenos como malos, se pusieron por obra para hacer fracasar aquellas proposiciones; pero cuando Guillermo Pitt ascendió

---

(9) El dividendo de la compañia de 1744 á 1756, ascendió al ocho por ciento; desde 1756 á 1766, á seis; en 1767, á seis y un cuarto; después, hasta 1769, á diez; enseguida á once, doce, á doce y medio; en fin, en 1772 bajó de repente al seis por ciento.

El primero de mayo de 1773, la situacion financiera de la compañia era la siguiente:

	Activo.	*Pasivo.*
En Europa y otras partes. *Libras esterlinas.*	7.784,689	9.219,114
En la Inda y China. . . » »	6.397,299	2 032,306
	14.181,988	11.251,420
Por lo cual quedaba un capital activo de.. . . .	2 930,568	
Pero como el capital primitivo era de..	4.200,000	
La compañia se halló en descubierto por.. . . .	1.269,432	

al ministerio, consiguió hacer adoptar el *bill de la India*, concediendo, sin embargo, al rey, el nombramiento de los directores. Estableciόse, pues, un nuevo gobierno de nombramiento real, con seis consejeros encargados de los negocios de la India, bajo la presidencia del secretario de Estado, á los cuales la junta de los directores debia presentar toda su correspondencia con la India. El gobierno central supremo se componia de un gobernador y tres consejeros; el rey podia destituirlos. Toda conquista ó engrandecimiento, toda alianza ofensiva ó defensiva con los príncipes indios, fué declarada contraria al honor y á la política; por lo demás, se concedió gran libertad al gobernador general bajo su garantia personal. Pero si semejante acrecentamiento de fuerzas remediaba los pasados males, se conoció después que tenia graves inconvenientes. Los súbditos ingleses dependian de los tribunales de Inglaterra en los delitos cometidos en la India, y los diferentes gobernadores podian hacer prender y trasladar á Inglaterra todo individuo sospechoso. Estableciόse un nuevo tribunal de justicia para conocer en las concusiones, exacciones y actos de violencia cometidos en aquellos gobiernos.

Hastings fué citado ante aquel tribunal, y su proceso ha permanecido como uno de los monumentos más curiosos. Sheridan, diputado irlandés, que se habia elevado á la categoria de los más distinguidos oradores, atacó al nuevo Verres en un discurso improvisado que pareció el colmo de la elocuencia. Después de haber espuesto las violencias de aquella administracion, prosiguió en estos términos: «¡Necesidad de Estado! se dirá; no, milores; aquella déspota imperiosa conserva aun alguna generosidad. Tiene el paso atrevido así como la voluntad es rápida, la mano terriblemente tenaz; pero lo que ella hace lo confiesa; desdeña toda otra justificacion que la de los grandes motivos que le pusieron en la mano el cetro de hierro. Pero una necesidad de Estado que engaña con astucia, que procura ocultarse detrás de los pliegues de una toga de juez, que trata de sacar alguna miserable justificacion de algunas noticias inferiores, no es necesidad de Estado. Arrancadle la máscara, y no vereis más que una baja y vulgar avaricia, una mezquina especulacion que se oculta bajo un fastuoso disfraz, y difama el honor público en provecho de un fraude privado.»

En contra de la costumbre, Sheridan obtuvo repetidos aplausos en el parlamento; Burke, Fox y Pitt dijeron unánimemente que nunca habian visto, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, un ejemplo semejante del poder del genio y del arte para conmover y dominar los ánimos. Votóse la acusacion de Hastings ante la cámara de los lores, y la viva palabra de Sheridan le persiguió con menos ardor, pero con más insistencia. Desarrollando Burke los cargos con no menos vehemencia y solemnidad, describió la historia de las Indias, la de las costumbres del pais, y los horribles padecimientos que habian sufrido. A la menor dilacion en el pago del tributo, los propietarios eran presos; por lo que tomaban prestado á usura para reembolsar los documentos que se habian visto precisados á firmar, y pagaban hasta 600 por 100; los que no podian satisfacer eran presos, se les ataba los dedos con cuerdas, y se les introducian clavos ó espinas; otros eran atados de dos en dos por los piés, y se les colgaba por ellos, golpeándoles en las plantas, hasta que se separaban las uñas. Después se les pegaba en la cabeza hasta que les saltaba la sangre por la boca y los oidos; en fin, cuando todo su cuerpo era destrozado por tantos golpes, se les frotaba con el jugo de ciertas yerbas venenosas. Tales eran los tratamientos que Hastings hacia sufrir á los indios, además de las angustias morales que tenian que sufrir cuando el padre y el hijo eran atados juntos para ser azotados, de manera que tanto uno como otro no podian preservarse de los golpes sin esponer al otro. Las mujeres eran aun más dignas de conmiseracion; se les arrancaba de su retiro rodeado de misterio, para ser espuestas desnudas á brutales violencias.

Un estremecimiento de indignacion y de piedad se propagó desde la Inglaterra á toda Europa, y resonó hasta el Asia, pero los procedimientos requerian un tiempo tan dilatado, que aquel proceso habia ya llegado á ser impopular, cuando Hastings pronunció su defensa: «Acusado en la cámara de los Comunes, dijo, de haber asolado las provincias que les están sometidas en la India, me atreveré á decirles, que son las más florecientes del pais. ¿Y quién las ha puesto en tal estado? Yo. Lo que otros habian conquistado, yo lo he conservado y aumentado. He dado forma y consistencia á vuestra dominacion en aquellas comarcas; las he custodiado con ahinco; he enviado ejércitos á través de paises desconocidos, para socorrer á vuestras otras posesiones, con una economia que aun no se conocia; he evitado la pérdida, he salvado el honor y garantizado la libertad de los demás establecimientos. Las guerras que he sabido terminar no habian sido comenzadas por mí sino por vosotros ó mis predecesores. He separado á un miembro de la gran confederacion india, mediante una justa restitucion; he mantenido relaciones secretas con otro, y le he convertido en amigo; me he servido de un tercero para mis negociaciones, y de hostil que era, le he convertido en instrumento de paz. Cuando á gritos me pediais la paz, y estos gritos eran oidos por aquellos que eran la causa, os resistia; aumentaba mis solicitudes, al mismo tiempo que haciais mayor audacia del enemigo. Obtuve, sin embargo, una paz honrosa, y me atrevo á esperarlo, duradera con un gran Estado (los maratas); he proporcionado los medios de hacerla con otro (Tipo-Saib). Comunes de Inglaterra, ¿cómo me habeis recompensado? Con la desgracia, la confiscacion, la humillacion y las eternas acusaciones.» Aquel proceso que duró des-

de 1786 hasta 1795, se terminó con la declaracion de la inocencia de Hastings. Habiéndosele vuelto la libertad é indemnizado de sus pérdidas, se retiró de los negocios, y llevó una existencia pacífica (10).

Muchas personas disputaban, no sólo á la compañía sino á la misma Inglaterra, el derecho de hacer conquistas en la India, y principalmente Fox, Burke, Sheridan, por los principios filantrópicos que resonaban á la sazon por todas partes. Veíase, pues, precisado Pitt á defender las conquistas con la palabra al mismo tiempo que otros lo hacian con las armas en la mano; y los héroes comerciantes, á su vuelta á su patria, encontraban en ella, en lugar del triunfo, una acusacion. El mismo ministerio reprobó varias veces las adquisiciones de territorio; ¿pero, podian obrar de otra manera? Cada pais sometido tenia un Estado vecino, que llegaba á ser inmediatamente enemigo y atacaba si no era atacado; una vez batido, reunia otras tropas y volvia á la carga: de aquí la necesidad de destruirle y de encontrarse de esta manera en contacto con un nuevo vecino, que llegaba á ser un nuevo enemigo. Carlos Cornwallis (1802), sucesor de Hastings, marchó con la resolucion declarada de restablecer la paz y de conservarla; pero su gobierno fué una contradiccion perpetua con los sentimientos y las ideas que le habian valido la popularidad, y que eran los suyos propios. En vez de usar economia, hizo gastos enormes; en lugar de someterse al parlamento, se emancipó de su autoridad; en lugar de procurar la paz, se agitó en una incesante guerra. Pero como se gobierna más con el carácter que con la inteligencia, se concilió los ánimos: todo lo que procedia de él parecia justo; y aunque carecia de grandes cualidades tanto militares como administrativas, manifestó que se puede ser honrado en política. Se le votó una estatua en el palacio del tribunal de las Indias, y una pension de 5,000 libras esterlinas por veinte años.

A fines del siglo pasado, la situacion esterior del gobierno inglés en las Indias era estremadamente brillante; pero la administracion interior estaba en un estado espantoso (11). Allí como en toda el Asia, el territorio pertenece al monarca: éste le concede al cultivador, mediante una retribucion que sostiene las arcas del gobierno indo-británico, heredero de los antiguos señores del pais. No existe, pues, division en grandes dominios, como en el feudalismo, pero sí en fraccionamientos de pequeñas enfiteusis que el arrendatario subdivide además entre los cultivadores. El gobierno impone contribuciones sobre los primeros, los primeros sobre los segundos, y éstos sobre los terceros, que cansados de tanto peso, no tienen siquiera con que comprar un puñado de arroz en un pais tan fértil; y como en Irlanda, todos sufren el hambre.

Al lado de aquellas desgraciadas clases las hay privilegiadas: los bracmines, que no hacen nada; los arrendatarios de algunas tierras exentas de impuestos (*lakiradjars*); los comerciantes de las ciudades; las grandes familias musulmanas, y lo que quedaba de la nobleza indígena. Estos son otros tantos cuerpos diversos sin el vínculo comun; hay además los habitantes mezclados de sangre inglesa é india, y que son muy diferentes. Lo mismo acontece con los súbditos británicos, que no pueden adquirir la benevolencia de la raza india y musulmana, ni cambiar las costumbres que protegen su indolencia y su indiferencia. Los padres se niegan á enviar á sus hijos á la escuela, y hacen más caso del último *pundit*, que de todos los sábios de la sociedad de literatura y ciencias asiáticas. El corto número de los que estudian saben mil cosas inútiles, el cálculo de las *slokas*, las minuciosidades de la gramática y de la prosodia, las representaciones de los templos y sus divinidades, pero no poseen ninguna ciencia aplicable. Los bracmines y los kiradjars (sábios ó preceptores) tienen mucho interés en mantenerlos en su ignorancia y en su antigua condicion.

Así es, que aunque la conquista comercial se haya terminado, y en gran parte la conquista política, á pesar de la cercanía de los seiks y del rey de Lahore, la moral y religiosa no se ha comenzado aun. Sólo los maratas hubieran podido hacer, si hubiesen estado más unidos, lo que los tártaros han hecho en China; pero han sido destruidos en el espacio de medio siglo por los ingleses.

Cornwallis habia introducido una reforma jurídica y financiera, pero no era buena. Habia tratado de establecer sobre las formas antiguas una aristocracia territorial á la manera inglesa, declarando á los zemindares propietarios de las tierras, cuyo impuesto debian pagar al gobierno; si no lo hacian, debia venderse una porcion de sus tierras en pequeñas partes. Aquellas ventas se multiplicaron de tal manera, que representaban en 1796 una renta de 28.700,000 rupias, es decir, un décimo de

(10) Este proceso costó 100,000 libras esterlinas al gobierno, y 6?,000 al acusado. La compañia le concedió una pension anual de 4,000 libras esterlinas, con los atrasos de veinte años, que ascendieron á 3.000,000 de pesetas.

(11) En 1794, las rentas de la India eran de 8.276,770 libras esterlinas, los gastos é intereses de la deuda de 6.633,931; pero aquel estado próspero no duró, y en 1798 las rentas eran de 8 059,880, los gastos de 8.178,620. Al fin de la administracion de lord Wellesley en 1806, los ingresos eran de 15.403,409; los gastos de 15.672,017. De esta manera la deuda que, en 1793, era de 15.962,743, ascendió en 1797, á 17.059,192, y en 1805, á 31.638,827.

En 1856-57 el presupuesto de Indias era de 825 millones de pesetas y la deuda de 1,600 millones. Después de la revolucion de 1857 elevóse la deuda á 2,753 millones. La compañia fué disuelta en 1858 y el Estado se incautó de su activo mediante una renta perpetua del 10 por 100 del capital social.

las tres provincias de Bengala, Behar y Orisa. Resultó de esto que la clase de los zemindares se disminuyó sin que se elevasen los *ryots*, como lo habia esperado Cornwallis obligando á los zemindares á darles un arriendo fijo é inalterable. Cuando el zemindar no pudo ya aumentar á su antojo la renta que el ryot le pagaba, buscó cuidadosamente todas las ocasiones de despedirle, á fin de hacer un arreglo mejor con otro. Si el ryot reclamaba justicia, la lentitud de los procedimientos le dejaban espuesto á la venganza del zemindar, y los gastos le arruinaban. En 1796 una reforma introdujo un procedimiento más espeditivo para los zemindares con respecto á los ryot, por el permiso que se les concedió de vender tambien las rentas, lo que hizo que los ryots quedasen á merced de los propietarios.

Cornwallis creó tribunales; pero no sabiendo los jueces evitar las fórmulas, no sentenciaban sino sobre un corto número de casos, y las dilaciones no hacian más que multiplicar los contratos de mala fe. Creyóse remediarlo estableciendo un impuesto sobre los que pleiteaban; pero aquel impuesto impedia á la mayor parte obtener justicia; al mismo tiempo el número de los pleitos se aumentó más de lo que se podia creer; los crímenes y las partidas de salteadores se aumentaban tambien en la misma proporcion,

No se hacian detestar menos los ingleses en las costas del Malabar. La presidencia de Bombay socorrió á Ragobah, que se elevó, asesinando á su sobrino, á la categoria de peischwah de los maratas occidentales. Haider-Ali, que hacia dos años que guerreaba inútilmente contra los maratas, viendo entonces el odio que los ingleses se atraian protegiendo al tirano Ragobah, concluyó la paz y se unió contra el enemigo comun al nizam de Decan y á los franceses, que los asuntos de América habian hecho declarar la guerra á la Inglaterra. La compañia se salvó por su prontitud en aquellas críticas circunstancias (1778). Atacó los establecimientos franceses de Chandernagor, Karical y Masulipatnam; redujo á Pondichery á capitular, y al mismo tiempo despertó diestramente los antiguos odios de los maratas y del nizam contra el usurpador del Misore. Sin embargo, Haider no se asustó; asoló el pais de Carnate y se apoderó de Arkate, pero se vió precisado á retirarse delante de nuevas tropas, y vió que de un mismo golpe le arrebataban á Calcuta y Mangalore, y destruian su escuadra. El general inglés Eyre Coote le precisó á aceptar la batalla y le derrotó: batióle de nuevo, pero sin avasallarle, y refuerzos franceses repusieron su fortuna.

Importaba menos á los ingleses abatir á Haider-Ali que destruir los establecimientos de la Francia y la Holanda. Arrebatáronle á esta última potencia Paliacate, Bublipatnam, Negapatnam, Chinchura, la bahia de Trinquemale, y una parte de Ceylan. La Holanda pidió, pues, socorro á los franceses, que enviaron una gran escuadra á las órdenes del bailío de Suffren. Aquel experimentado capitan restableció la fortuna de Heider-Ali, que fué apoyado, por otra parte, por las victorias de su hijo Tippo-Saib. Sin embargo, los ingleses suscitaban contra Haider la enemistad del nizam y la de los maratas, se apoderaban de Rednor, una de las más importantes plazas del Malabar, pero su mayor ventaja fué la muerte de Haider-Ali, tan implacable como hábil enemigo.

Tippo-Saib.—Su sucesor Tippo-Saib continuó la guerra con vicisitudes diversas. Después, cuando se verificó la paz entre la Francia y la Inglaterra, la primera recobró á Pondichery, Karikal y Chandernagor, y la Holanda sus antiguas posesiones, menos Negapatnam, que quedó de los ingleses. Sólo entonces Tippo-Saib deseó la paz, y fué firmada, en efecto, con la compañia inglesa en Mangalore (1784); las conquistas y los prisioneros fueron tambien restituidos por ambas partes. Pero Tippo-Saib odiaba á los ingleses tanto como su padre: más orgulloso y menos inteligente que él, se creyó elegido por el Profeta para exterminar en la India los nazarenos, y perseguirlos hasta los infiernos. Repetia que queria mejor vivir dos dias tigre que dos siglos cordero: el tigre era su símbolo; todo lo comparaba á él, y tenia varios de ellos domesticados. Amaba la guerra por sí misma, sobre todo contra los europeos, por fanatismo religioso. Pródigo y avaro, franco é intrigante, enérgico é indolente, no tenia constancia sino en su valor y en el amor á sus hijos.

Residia habitualmente en Seringapatnam, en una isla formada por el Cavery, y como su padre, se dedicaba á arreglar la administracion. Favorecia las artes, la agricultura, los descubrimientos, y se aprovechaba en la guerra de los inventos que hacian los europeos. Desde que se levantaba recibia los partes de diferentes oficiales, y daba sus órdenes. A las nueve entraba en su aposento, donde dictaba cartas á varios secretarios. Se mostraba después al pueblo en un balcon elevado, donde «los elefantes le tributaban homenaje» desfilando delante de él, y doblando las rodillas. Después de su desayuno entraba en la sala de audiencia, donde rodeado de sus parientes y cortesanos recibia y escuchaba á los que iban á hablarle; varios secretarios escribian sus decisiones ó le leian los despachos que los correos ponian á sus piés. Indicaba inmediatamente las respuestas que debian darse, las firmaba y les ponia su sello. Llevábanle después los caballos últimamente comprados ó los cañones que habian llegado; y cuando todo habia concluido, se retiraba á eso de las tres. A las cinco y media volvia á la sala de audiencia; después observaba desde lo alto del terrado las evoluciones militares; en fin, á las seis y media comenzaba su descanso. Reunia entonces á los nobles en su palacio, magníficamente iluminado; y la noche se pasaba entre danzas y refrescos, en compañia de las más seductoras bayaderas. Trescientas de ellas habian sido arrebatadas á las principales familias

por órden suya. Desde la edad de once años eran entregadas á los caprichos del amo; cumplido despues su tiempo de servicio, abandonaban la corte para estenderse por el pais, ó entrar en alguna pagoda.

Tippo-Saib se sirvió para conseguir su objeto de la ayuda de los franceses, que en la tormenta de su revolucion, buscaban por todas partes enemigos á la Inglaterra. Oficiales franceses disciplinaban sus tropas y dirigian su artilleria. Tenia en pié setenta mil hombres y gran número de aliados. Bonaparte, que se encontraba entonces en el Cairo, envió á la India varias pomposas proclamas, en las que anunciaba que iba á ir á romper la tirania británica. Pero los ingleses se apresuraron á obligar á Tippo-Saib á hacer la paz con ellos, y á licenciar á todos los oficiales extranjeros. Cuando después la batalla de Abukir hizo abortar los triunfos de que se lisonjeaba la Francia, y los grandes designios á que Napoleon se creia destinado á dar cima en Asia, lord Mornington, gobernador de la India, cesó de guardar consideraciones á Tippo-Seib. Habiendo reunido un cuerpo de tropas y encontrado fácilmente pretextos, marchó sobre el Misore. La campaña fué, pues, terrible y encarnizada; pero no podia ser dudosa. Las primeras derrotas abatieron el ánimo de Tippo-Saib, que encerrado en Seringapatnam, fué muerto peleando con el valor de un soldado (1799). Entonces todo el Misore sufrió el yugo de los ingleses, y la única potencia que pudo secundar á la Francia se vió anonadada. Un príncipe de la familia desposeida por Haider-Ali fué investido con el título de radja, con el objeto de disfrazar la usurpacion, y con la esperanza de ganar la voluntad del nuevo elegido con un beneficio.

Pero un enemigo destruido debia ser pronto reemplazado por otro. Primero fueron los maratas, luego los birmanes y después de éstos los afghanes, que son aun en el dia (1889) el tormento de la Inglaterra.

En medio de aquellas vicisitudes se aprendia á conocer mejor el pais; y la relacion de Holwell destruyó en parte las prevenciones que se habian concebido con respecto á la ignorancia y á la idolatria de aquellas poblaciones. Los filósofos se apoderaron de ellas para demostrar la superioridad del culto indio sobre el nuestro; se exageró la antigüedad de los libros sanscritos, se declamó con una elocuencia febril contra la civilizacion, que introducia sus desafueros en medio de naciones, próximas por su inocencia, al estado de naturaleza tan preconizado, y decian gozarian de una felicidad sin nubes, si la supersticion no hubiese introducido entre ellas sus atrocidades. Otros, por el contrario, se dedicaron á estudiar aquellos pueblos con inteligencia y tranquilidad. Descubrióse una lengua muy antigua, rica en monumentos inestimables, que atacaban la esclusiva veneracion profesada á los clásicos griegos y latinos; edificios no menos admirables por su antigüedad que por su belleza, doctrina que adelantaba en varios siglos las invenciones que la Europa cree son su mayor gloria.

En 1784 Guillermo Jones fundó en Calcuta la sociedad Asiática, para publicar las obras originales de aquellos pueblos, discutir su historia y sus creencias. Estableciéronse imprentas y periódicos en aquella ciudad, como tambien una academia de medicina y un jardin botánico. Publicáronse en Serampur, establecimiento danés, á cinco leguas de Calcuta, residencia de los misioneros establecidos para la conversion de los indios, ediciones de la Biblia en los diferentes dialectos de la India, bajo la direccion del doctor Carey, sin contar diferentes clásicos de aquella nacion.

El abate Dubois, misionero, asistió en 1801 á la muerte del radja de Tanyaore, en la isla de Ceylan, depuesto por los ingleses. Dejaba cuatro mujeres legítimas, que se disputaron el honor de ser quemadas con él; y dos de ellas fueron elegidas por los bracmines: después de haber abierto una fosa, colocaron en ella la pira, hecha de madera de sándalo, con urnas de manteca. El convoy fúnebre llevó el cuerpo del difunto, magníficamente vestido, rodeado de los principales oficiales y bracmines. Detrás de ellos iban las dos viudas, adornadas con pedreria y rodeadas de sus amigas, que llorando, las alababan á porfia como seres ya celestiales, y reclamaban de ellas algun recuerdo. Llegadas en presencia de la hoguera, pareció que vacilaban al ver la muerte tan próxima. Sin embargo se acostaron, en medio de los ritos y aspersiones de los bracmines, al lado del difunto, al que abrazaron con sus manos entrelazadas; después la llama que habian encendido los parientes y el *gurú*, no tardó en rodearlas; y los cantos entonados por la multitud y por los bracmines sofocaron sus gritos. Dos dias después, se recogieron las cenizas y restos, de los cuales una parte fué confiada, después de haberla encerrado y sellado, á treinta bracmines, que la llevaron solemnemente á Benarés, para arrojarla en las aguas santas del Ganges. La otra, mezclada á arroz cocido, fué comida por doce bracmines en expiacion de los pecados cometidos por los difuntos. Los objetos de oro y las alhajas que no destruyeron las llamas fueron considerados como preciosas reliquias. El gurú del rey y los tres bracmines que habian prendido fuego á la pira recibieron, el primero un elefante, y cada uno de los otros uno de los palanquines de las personas quemadas. Repartiéronse entre los demás bracmines regalos de todas clases y 25,000 rupias, y los doce que se habian comido las cenizas obtuvieron doce casas espresamente construidas para ellos; en fin, un gran mausoleo cubrió el lugar de los sacrificios, que llegó á ser objeto de piadosas peregrinaciones (12).

---

(12) Hay varias *historias de la India inglesa*, pero

La Inglaterra ha tolerado hasta el dia semejantes sacrificios, como tambien las sangrientas fiestas de Jagrenat, porque sacaba de ellas dinero.

puede, sobre todo consultarse á JAIME MILL, cuya obra ha sido terminada por Wilson.

RAM MOUN ROY.—*Exposition of the practical operation of the judicial and revenue systems of India.* Lóndres, 1832.

BARCHOU DE PENHOEN.—*Historia de la conquista y fundacion del imperio inglés en la India.* Paris, 1840. Este divide la historia en cinco épocas: 1.ª desde la llegada de los ingleses á Bengala hasta su conquista y la de Behar y Orisa; 2.ª lucha con Francia sobre la preponderancia; 3.ª guerra con el imperio de Misore que concluyó con Tippo; 4.ª guerra con los maratas, por la cual los ingleses se apoderaron de la India; 5.ª guerra con los birmanes y el Cabul.

C. de BIOENSTIERNA, *Ensayo sobre el imperio indo-británico.*

W. ADAMS.—*Informe del estado de la educacion pública en Bengala y en el Behar.* Londres.

Carta publicada por órden de la Cámara de los Comunes. Un gran atlas de la India con la escala de una pulgada por cuatro millas inglesas fué publicado por el tribunal de los directores de la compañia.

CAPÍTULO XX

INTERIOR DE INGLATERRA.—LITERATURA.

La Europa habia creido que la Inglaterra, después de la pérdida de sus colonias de América y de una desastrosa guerra, rebajaria su orgullo, tanto más cuanto que la muchedumbre se agitaba en lo interior y la Irlanda se sublevaba. Pero además de que se indemnizó grandemente con sus adquisiciones en la India, estipuló con los Estados-Unidos contratos de comercio que le aprovecharon más que su soberania como metrópoli. Nunca la libertad habia dado un mentís más solemne á las doctrinas económicas formuladas en aquella palabra de lord Chatam: *Cuando la América fabrique un solo clavo perecerá la Inglaterra.*

Derecho marítimo.—La importancia que el mar habia adquirido, sobre todo durante la guerra de América, hizo que se estudiasen tambien en teoria las numerosas cuestiones que nacen del ejercicio del derecho internacional. Ya manifestamos en otra parte las reglas principales de esta ciencia en lo correspondiente á las naciones beligerantes y á las neutrales (1). La Francia se habia acercado, con la ordenanza de 21 de octubre de 1744, á los principios emitidos en el *Consulado del mar*, esceptuando el embargo de los buques neutrales, con cargamento enemigo, y no decidiendo la confiscacion sino con respecto á las mercancias y al contrabando. Declaraba, no obstante, buena presa todo artículo producido ó trabajado en un pais hostil, esceptuando el cargamento de los buques neutrales, navegando directamente desde el puerto enemigo, donde habian cargado, á un puerto de su nacion. Estaba además prohibido á los barcos neutrales el trasladar mercancias de un puerto enemigo á otro, cualquiera que fuese su propietario. Sólo los buques daneses y holandeses podian darse libremente á la vela desde uno de sus puertos á otro neutral, cualquiera que fuese el propietario de las mercancias, á menos que no se estuviese en estado de bloqueo; privilegio que se estendió á los demás pueblos mediante convenios particulares. La Inglaterra admitió tambien para la Holanda la máxima de: *Libre el barco, libre la mercancia.*

Cuando Federico II adquirió del Austria la Silesia, se comprometió á pagar un empréstito hecho por Maria Teresa á negociantes ingleses, y que habia sido garantizado con las rentas de aquella provincia. Pero habiendo detenido la Inglaterra á varios barcos con pabellon y cargamento prusiano, sin tener en cuenta las reclamaciones de Federico, aquel príncipe reunió una comision de cuatro ministros, bajo la presidencia de Cocceyo, para examinar si por represalias, tenia derecho á embargar el empréstito silesiano. Su decision fué afirmativa; pero la Inglaterra protestó, y resultó de ello una discusion relativa á los principios del derecho marítimo, discusion que creemos supérfluo esponer estensamente, en atencion á que se apoya en gran número de hechos y convenios particulares. Bastará decir que la Prusia sostenia la libertad de los mares, como tambien la neutralidad marítima, y rechazaba el derecho de visita, escluyendo, sin embargo, el caso de contrabando. Sin resolver la cuestion fundamental, se convino cuando la alianza de Westminster (1756), en un arreglo por el cual la Prusia levantó el embargo de la deuda silesiana, y la Inglaterra pagó una indemnizacion de 24,000 libras esterlinas por las pérdidas sufridas (2).

Pero en la guerra marítima de 1756, la Ingla-

(1) Véase tomo VII.

(2) Véase á MARTENS, *Causas célebres del derecho de gentes*, t. II.

terra quiso establecer que los neutrales no pudiesen hacer en tiempo de guerra ningun comercio que no fuese permitido en el de paz. Trataba, como ya hemos dicho, de impedirles el traficar con las colonias, al paso que la Francia los habia autorizado á ello. Los holandeses se aprovecharon de aquella facultad; pero habiendo sido capturados sus barcos por los ingleses, resultaron discusiones que sostuvieron hábiles publicistas: principalmente Hubner (3) sostuvo que la bandera neutral cubre todo cargamento, aunque pertenezca al enemigo, esceptuando sólo el contrabando. Pero cuando se reconoció la independencia de la América del Norte, la Inglaterra abandonó aquella pretension, que resucitó después en la época de la Revolucion. En el tratado de amistad entre la Francia y los Estados-Unidos (1778), se estipuló que los buques libres harian libres las mercancias: aquel convenio lo estendió la Francia á todas las potencias neutrales, con prohibicion á sus nacionales de capturar á los buques neutrales, aun cuando se diesen á la vela desde un puerto enemigo á otro, con tal de que no estuviese bloqueado, y no llevasen contrabando de guerra.

Viendo entonces la Inglaterra amenazada su superioridad marítima por la alianza de la Francia y de la España con los Estados-Uunidos, se volvió hácia la Rusia, pero en lugar de hacer un tratado, Catalina proclamó la neutralidad armada. Sostuvo, pues (1780), que los buques neutrales podian navegar libremente de puerto á puerto, y por las costas de las naciones beligerantes; que las mercancias pertenecientes á súbditos de las potencias enemigas serian libres en buques neutrales, escepto en el caso de contrabando; que se consideraria únicamente como puerto bloqueado aquel que lo fuera en efecto, en atencion á que una declaracion de bloqueo no podia bastar. A la Inglarerra, que no profesaba aquellos principios, no agradó aquella declaracion; las demás potencias se adhirieron á ella más ó menos; en fin, la libertad de los neutrales pareció reconocida cuando se hizo la paz de Versalles (1783).

Para atender á los gastos de la guerra de América, la Inglaterra habia tenido que pensar en nuevos impuestos. Los derechos de entrada y salida producian en 1774 2.000,000 y medio de libras esterlinas. El presupuesto de la casa real ascendia, en tiempo de Guillermo III, á 700,000 libras esterlinas: no fué aumentado ni por la reina Ana, ni por Jorge I, que pudo, sin embargo, ahorrar 23,000 para dárselas en dote á una de sus hijas naturales. En tiempo de Jorge II excedia de 1.000,000, lo que le permitió, después de hacer grandes gastos, dejar un ahorro de 170,000 libras esterlinas. Si bien el parlamento fijó en 800,000 libras la dotacion de Jorge III, tuvo dos veces que pagar sus deudas hasta la cantidad de 1.000,000.

La deuda pública, que ascendia en 1739 á 54.000,000 de libras esterlinas, subió hasta 78 con la guerra de sucesion de Austria; á 146 con la de Siete años y á 257 con la guerra de las colonias. Ya todas las rentas las consumia el pago solo de los intereses, y varias veces se temió por el crédito público. En fin, Guillermo Pitt consolidó la deuda y aseguró el pago regular de los intereses, constituyendo un fondo de amortizacion para la única deuda que existia entonces. Después el bill de 17 de febrero de 1792 dispuso se crease un fondo especial de amortizacion para cada empréstito, á razon de uno por ciento. De esta manera el gobierno es el único comprador regular de las rentas, y así puede sostener una especie de equilibrio en el curso de los efectos públicos. ¡Cosa admirable! todas las naciones de Europa sucumbieron bajo el peso de la deuda contraida en el trascurso de la guerra de América; la de Inglaterra, á pesar de los reveses de sus armas, fué para ella como un nuevo vínculo entre el gobierno y los súbditos: fué un refugio para los capitalistas, un estimulante para la industria y el comercio. Como la existencia de la constitucion se unia al crédito del gobierno, éste fué cada vez más fuerte; pues la nacion tuvo interés en sostener el crédito, así como el gobierno se encontró obligado á sacrificarlo todo para sostener las libertades públicas, con objeto de obtener la votacion de nuevos impuestos.

Lord Chatam, que murió en 1778, no dejaba otra cosa á sus hijos que su ejemplo. El parlamento pagó sus deudas, é hizo construir un monumento en Westminster, «en testimonio de las virtudes y habilidad de Guillermo Pitt, bajo cuya administracion la Divina Providencia elevó á la Gran Bretaña á un grado de prosperidad y gloria desconocido en los siglos anteriores.»

Pitt.—Su hijo (1759-1806), del mismo nombre, tenia diez y ocho años cuando murió su padre; y toda su riqueza consistia en una educacion sólida y severa. Dedicóse al foro, y al mismo tiempo seguia las sesiones de los parlamentos, escuchando á los oradores y ejercitándose él mismo en los diferentes asuntos. Cuando entró en él, á la edad de veinte y un años, atacó, en union de Burke, jefe nominal de los whigs, y de Fox, su jefe real, el ministerio de lord North, que vió caer á impulso de su impopularidad. Después de algunas alternativas, se formó el ministerio Fox, llamado de la *coalicion*, en el cual se encontraban reunidas las opiniones más discordantes, y aunque desacreditado, consiguió terminar la guerra de América. El golpe maestro de este ministerio fué el bill de las Indias, de que ya hemos hablado, y que se dirigia á arrebatar enteramente á la compañia el gobierno de aquellas comarcas, para confiarle á una comision nombrada, no por el rey, sino por la cámara de los Comunes. Esto era cambiar la constitucion, y conceder al cuerpo electivo una superioridad peligrosa para el poder ejecutivo. Jorge III, que lo conoció, se opuso á ello con todo su poder, y protestó que

(3) *Del secuestro de los buques neutrales.*

se volveria al Hannover antes que someterse á semejante servidumbre. En efecto, el bill fué desechado, y Fox fué reemplazado por Pitt (1783), á la edad de veinte y cuatro años, en medio de una violenta oposicion. Habiendo estudiado á fondo la constitucion de su pais y el estado de sus riquezas y recursos, conoció Pitt que no habia necesidad de destruir ninguna de las fuerzas que contenia, sino hacerlas contribuir todas á lo que se emprendiese para el engrandecimiento de la Inglaterra. Fiel á este sistema, resistió veinte años, con tanta sangre fria como elocuencia, habilidad y valor á los ataques de sus adversarios, y reintegró los principios conservadores. No sólo brilló como su padre por las circunstancias y los arranques repentinos; y no sólo tuvo que dirigir el Estado en tiempos normales, y defenderse de las intrigas de los reyes y de sus favoritas, sino que tuvo que habérselas con una revolucion y con los pueblos. Además, le fué preciso establecer un nuevo órden social y ponerse al frente de las reformas que la opinion reclamaba, pero que los excesos cometidos en Francia hacian temer y detestar.

Pero la libertad inglesa es muy diferente de la que predicaban entonces los filósofos. Si algunas veces los lores afectaban apasionarse á ésta, y le elevaban estátuas en sus parques, tenian gran cuidado de desterrarla del parlamento. Un escritor moderno (4) ha notado que los ingleses fueron siempre celosos admiradores de Venecia, aquella reina de los mares, que contaba mil años de gloria. Ahora bien, su intencion general era establecer una aristocracia como la de Venecia, en la cual veian el tipo de la perfeccion: era tambien el pensamiento de los más fervorosos whigs, como Harrington y Algernon Sidney. Lo consiguieron en la época de la revolucion de 1688; y aquellos grandes liberales fueron los que fundaron el sistema protector, en interés de los grandes propietarios. A Guillermo III le costaba trabajo el resignarse al papel de dux, al cual le querian reducir, pero los príncipes de la casa de Hannover, sus sucesores, Jorge I y Jorge II, tuvieron que circunscribirse á él de grado ó por fuerza. Lord Chatam trató de destruir aquella oligarquia que desde varias generaciones servia para barrer los escalones del trono con su manto cargado de bordados de oro, y devolvió á la nacion su dignidad. Su hijo caminó por sus huellas, llamando al poder á las clases medias, colocando la industria al lado de la aristocracia. De esta manera preservó á la Inglaterra del contagioso ejemplo de la revolucion francesa. No por esto se puede decir que existiese en el pais una democracia, y hasta 1832 la Inglaterra ha persistido en modelarse con arreglo á la constitucion veneciana.

Pocos meses necesitó para obtener la confianza de muchos influyentes personajes; aventuró, pues, otro bill de las Indias, en el que se concedia la jurisdiccion á la corona. Los Comunes le rechazaron obstinadamente. Pero enardecido entonces Pitt, disolvió la cámara, y sostenido por la nueva, consiguió sus fines. Apoyado por el rey y por los Comunes, emprendió reformas interiores, y concluyó con la Prusia y la Holanda el tratado de Los (1786), que restableció en el Norte la superioridad de la Inglaterra, disminuida por la guerra de América. Su tratado de 1786 con la Francia es tan notable como uno de los más liberales que se hayan hecho en su sentido, pues la Inglaterra se obligaba á recibir los vinos franceses bajo el mismo pié que los de Portugal; pero éste era un privilegio ilusorio, en atencion á que estos últimos eran preferidos en el pais, al paso que la Francia no imponia sino un ligero derecho á los productos de las fábricas inglesas.

Contribuian, pues, tanto las pérdidas como las victorias á la grandeza de la Inglaterra, que ya no tenia rivales en los mares. Ahora bien, causa admiracion el ver que aquellos ineptos Jorges no impidiesen á la nacion el caminar á paso de gigante, y que negocios destinados á cambiar la faz del mundo fuesen llevados á buen fin en medio de las vergonzosas puerilidades ó de las sucias intrigas de la corte. El mérito se debe á las instituciones. Lóndres, capital de un imperio desmesurado, ensanchó sus calles y se embelleció con nuevos edificios; el magnífico hospital de Greenwich se abrió para los marinos inválidos; varios reglamentos mejoraron la administracion, y la prosperidad pública se fundó en el perfeccionamiento de la agricultura, de la industria y del comercio.

En 1757, la Inglaterra llegó á tener hasta trescientos treinta y siete mil hombres sobre las armas, sesenta y un navíos de línea, y otros trescientos cincuenta y tres barcos de guerra. Los hombres de Estado tuvieron gusto en notar que de veinte heridos sólo uno sucumbia, y que de catorce mil hombres que cruzaron varios meses, en 1760, por el golfo de Vizcaya, sólo veinte cayeron enfermos, gracias á los inteligentes cuidados que se tenian con las tripulaciones. Las partidas de ladrones que esplotaban con descaro el pais en tiempo de Jorge I, fueron destruidas. Organizóse la milicia urbana, se regularizó el servicio de las armas. Los bienes confiscados á los escoceses por la rebelion de 1745, fueron restituidos por consejo de Pitt.

La Inglaterra habia abolido en Escocia, con motivo de la insurreccion, las jurisdicciones patrimoniales y los clanes, sin otro objeto que dispersar las mesnadas, dispuestas siempre á seguir un jefe hereditario. Pero resultó de ello un trastorno total en las costumbres y en el carácter nacional. Los campos y las montañas se despoblaron en provecho de las ciudades; el comercio y la industria multiplicaron las relaciones de la Escocia con la Inglaterra, lo que abrió la puerta á las ideas y usos extranjeros.

En el antiguo sistema de los clanes, llamados de

(4) ISRAELI en su *Coningsby*.

otra manera *descendencias*, el jefe trataba cual si fuera padre á aquellos que dependian de él; no aumentaba nunca los arrendamientos, ni buscaba brazos fuera de la parentela. Cuando se rompió este vínculo, paternal y magistral á la vez, en lugar de subdividir los bienes todo lo posible, para darlos á un precio bajo, y aumentar de esta manera el número de los soldados y vasallos, se formaron, elevando el precio, grandes enfiteusis, y se despidieron á los que no estaban en estado de pagar, para dar la preferencia á los hombres de la llanura, que iban á cultivar las tierras de la montaña. Aumentóse, pues, el valor de los bienes-raices; de lo que resultó que los propietarios, que en 1750 no sacaban más que cinco á seis mil libras esterlinas de sus tierras, recibian hasta ochenta y cien mil á fines del siglo. Los ricos se encontraron entonces en la mayor prosperidad, al paso que los arrendatarios se empobrecian cada vez más. Los campos se poblaron de rebaños en lugar de hombres, y numerosas emigraciones se dirigieron hácia el Canadá y la Nueva Escocia. La Inglaterra habia previsto aquel desastre, y dejó á la Escocia, mediante algunas indemnizaciones, sus leyes municipales, ciertas ventajas honoríficas y algunas otras concesiones. Pero la industria ganó en proporcion de lo que perdian los agricultores. Glascow, que apenas contaba catorce mil habitantes en 1707, tenia ciento cincuenta mil á fines del siglo, y en el dia (1889) contiene más de seiscientos mil. La aduana de su puerto ha producido en 1840 novecientas mil libras esterlinas, al paso que en tiempo de la union las de todo el reino no producian más de treinta y cuatro mil.

En aquella época Jorge Whitefield (1741), teólogo anglicano, introdujo una nueva secta, llamada de los metodistas, rígidos observadores de los principios del calvinismo. Pronto se manifestó en ella una division verificada por Juan Wesley, que combatia la predestinacion, y que se hizo amar por su celo en socorrer las clases pobres.

Un sentimiento de tolerancia y de filantropia, en oposicion á los intereses del pais, inclinó á los ánimos á ocuparse tambien de los negros; y los cuáqueros, que habian abolido la esclavitud entre ellos, presentaron al parlamento una peticion pidiendo que se prohibiese la trata. Fueron apoyados por los metodistas; el pueblo adoptó el proyecto con afan; las universidades de Oxford y Cambridge, como tambien varias ciudades opinaban de la misma manera. Wilberforce las apoyó bajo el aspecto religioso, Fox por filantropia; y el ministerio se vió obligado á pedir informes sobre los hechos que se le denunciaban. La cuestion fué sometida por Pitt á la cámara de los Comunes; y desde entonces data el movimiento, no interrumpido después, cuyo objeto es la emancipacion de los negros y la abolicion de la trata; movimiento que aplauden los filántropos, al paso que otros no ven en él sino una astucia de la Inglaterra para debilitar las colonias de las demás potencias en América, arrebatándoles los brazos que necesitan en sus posesiones de las Indias. ¡Feliz la política cuyas astucias están conformes á las más santas leyes de la humanidad!

Cuesta trabajo creer que la Inglaterra, que era entonces objeto de la admiracion de los hombres de Estado, conservase en una época en que el grito de reforma resonaba en toda Europa, tanto rigor contra los católicos, á los cuales continuaba reprochando una intolerancia hacia mucho tiempo olvidada. La buena reina Ana habia promulgado con respecto á esto las más severas ordenanzas; y si la casa de Brunswick olvidó las concernientes á las personas, no sucedió lo mismo con las correspondientes á los bienes; pues las hizo aun más crueles con la esperanza de desposeer á los católicos. En la época en que Federico II toleraba á los jesuitas, Catalina II dejaba construir en San Petersburgo una iglesia católica, y Gustavo III abria otra en Estokolmo; pareció traslucirse una idea del mismo género en la Gran Bretaña, pero el pueblo se opuso á ella con furor. Habiéndose naturalizado los judíos en 1753, la indignacion pública fué tal, que fué preciso abandonar esta medida. Gran trabajo costó el hacer adoptar en 1751 la reforma gregoriana del calendario, y esto únicamente porque era obra del papa. Las ideas avanzaban sin embargo, y en 1775 las cámaras adoptaron una fórmula de juramento que no conteniendo nada repugnante á la religion romana, fué prestado por la mayor parte de los católicos. Después, á propuesta de Jorge Saville, se derogó una parte del acta de los años 11 y 12 del reinado de Guillermo III, que condenaba á encierro perpétuo á los obispos y sacerdotes católicos que tuviesen una escuela, y escluia á los católicos, tanto del derecho de heredar, como del de comprar tierras. Todos, no obstante, se vieron obligados á prestar un juramento que se resentia de los antiguos temores anglicanos: tuvieron que jurar no tomar parte en las conspiraciones, ni auxiliar al Pretendiente; no creer que se pudiese asesinar á los herejes, negar la obediencia á un príncipe escomulgado, ni que el papa ú otro príncipe ó prelado tuviese poder ó jurisdiccion en el reino.

Lord Gordon.—Tratóse de hacer otro tanto en Escocia, pero protestaron varios sínodos. Formáronse asociaciones en el pueblo para impedir se hicieran concesiones á los católicos; pasaron de aquí á los hechos, y no se restableció la tranquilidad, sino después de una declaracion formal de que no se disminuirian en nada los rigores decretados contra ellos. Aquellas asociaciones tenian por jefe á Jorge Gordon, mezcla de entusiasmo, artificio y locura. La cámara se divertia con su estraño traje, y con el calor no menos estraño con que no cesaba de manifestar los peligros con que el papismo rodeaba á la religion y á la libertad. Escitó de tal manera el fanatismo en Lóndres, que la *asociacion protestante* pidió que se derogase la ley favorable á los católicos. Una inmensa mul-

titud dividida en cuatro cuerpos con lazos blancos (2 junio de 1780) se encaminó hácia las cámaras á las que llevaban la peticion, apoyada por ciento veinte mil firmas. Fácil era prever un tumulto. En efecto, mientras duró la discusion de la proposicion, y aun más cuando fué desechada por ciento noventa votos contra seis, irritada la muchedumbre, comenzó á derribar las capillas católicas, después á saquear á Lóndres, cebándose sobre todo en los católicos y sus partidarios. Abrió las cárceles, incendió varios edificios y asaltó la Bolsa. Fué preciso proclamar la ley marcial, y llamar tropas. Hubo cuatrocientas cincuenta y ocho personas heridas y otras muchas murieron bajo los escombros de las casas que demolian. Cuando se sofocó el tumulto, perseguido Gordon por crímen de alta traicion, fué absuelto por el jurado; otros jefes sufrieron un rigoroso castigo. Tranquilizáronse los ánimos, al arrebatarse á los papistas la enseñanza, lo que disipó el terror pánico de que eran presa.

De esta manera es como las repugnancias religiosas hacian sostener al pueblo inglés los antiguos escesos de la tirania, y el gobierno se veia precisado á ceder, aunque Fox proclamase que era vergonzoso convertirse en instrumento de las pasiones populares, y levantase la voz contra el *test*.

Irlanda.—Como el efecto de aquellos odios se hacia sentir cada vez más en la desgraciada Irlanda, habia pedido muchas veces, aunque en vano, que su comercio y su industria quedase libre de trabas, y para sustraerse al monopolio de los dominadores, se formaban asociaciones con objeto de rechazar las mercancías inglesas. Algunas otras asociaciones armadas alegaban, protestando de su fidelidad, la intencion de defenderse contra una invasion francesa; y contaban en sus filas hasta cincuenta mil hombres. El gobierno inglés no se atrevió á impedirlas, por su sistema de legalidad, y por no provocar los ánimos á la resistencia. Habiéndose alentado, pues, los irlandeses, declararon su separacion del parlamento inglés, y el de Dublin derogó todos los decretos dados contra los católicos, y pidió además la libertad de comercio. Comprometido el parlamento inglés en guerras esteriores, derogó las leyes que prohibian la esportacion de las lanas irlandesas, ó ponian trabas al comercio de cristales con las colonias.

La *capitulacion* de Limerick, concedida por Guillermo III á los católicos irlandeses en 1691, aseguraba á los que se sometian al gobierno sus bienes y privilegios, como antes del reinado de Carlos II, y el libre ejercicio de su religion, en lo que lo permitian las leyes del reino. Ahora bien, aquellas leyes prohibian el papismo, de tal manera, que llegaban á ser tiránicas, y varias veces los irlandeses habian presentado quejas que no se habian tenido en cuenta. Ninguno de ellos tomó parte en el movimiento escocés de 1745. Pero temblaban bajo el yugo; y como no tenian entonces un personaje influyente que los refrenase, los niños blancos *(white boys)* y los niveladores se sublevaron contra los exorbitantes arrendamientos y contra los diezmos exigidos por el clero protestante. Aunque sin esperiencia, organizaron lo mejor que pudieron su sociedad, comprometiéndose á guardar el secreto, y bacer cada uno lo que le mandase la asociacion. Espedian órdenes personales, acompañadas de amenazas á los contraventores; resultaban de ellas terribles efectos, tales como asesinatos, robos de doncellas, incendios, devastaciones de las propiedades y rebaños, con respecto á aquellos que se manifestaban demasiado exigentes para con sus arrendatarios, daban sueldos demasiado cortos ó despedian á sus inferiores. Los males que produce un pueblo en revolucion, están en proporcion de la opresion que ha sufrido. Ahora bien, no eran aquellas insurrecciones políticas, sino rebeliones sociales; y es falso que los insurrectos se uniesen á los orangistas.

Arturo Young, inglés y protestante, que viajaba por Irlanda en 1778, se espresaba de esta manera: «El propietario de un terreno ocupado por colonos católicos, es una especie de déspota que no reconoce, en todas sus relaciones con ellos, otra ley que su propia voluntad... No concibe el que sus criados ó cultivadores violen una órden suya, y nada le satisface sino una sumision absoluta, y puede con la mayor seguridad castigar con azotes ó palos toda falta de respeto á su persona. El desgraciado que manifestaba querer defenderse, era al momento molido á golpes. Matar á uno en Irlanda, es cosa de que se habla de una manera que confunde las ideas. Habitantes respetables me han asegurado que muchos arrendatarios se creerian honrados si su señor se dignase recibir en su cama á sus mujeres ó á sus hijas; gran indicio de la corrupcion producida por una larga servidumbre. Hasta he oido hablar de personas á quienes les fué arrancada la vida, sin que el homicida tuviese que temer la indagacion de un jurado, y semejantes casos se veian todos los dias antes de que la ley hubiese recobrado algun imperio. No hay viajero indiferente que no haya visto en los caminos á los criados de un hidalgo, arrojar con violencia al foso á toda una fila de carretas de pobres aldeanos, para dar paso al carruaje del amo. Que se vuelquen ó se rompan, el mal se sufre en silencio; si las víctimas lanzasen la menor queja, se les contestaria á palos... Si un pobre hombre se dirigiese á los magistrados para pedir justicia contra un hidalgo, se consideraria como un ultraje hecho á éste... El pobre sabe demasiado su condicion para pedir justicia. No podria obtenerla sino en un caso, cuando un rico toma su defensa contra otro rico; pues en semejante caso el amo le protege como protegeria al carnero que destina á su mesa.»

Pero el grito de la independencia americana resonó en Irlanda, pais más maltratado que los de ultramar, aunque no fuese colonia, y las discusiones á que el Norte-America daba lugar parecian

concernirle á ella misma. Fué preciso abolir en ella algunas *leyes* penales, admitir á los hijos á participar igualmente de la herencia, y suprimir la expropiacion del padre hecha por el hijo cuando éste se hacia protestante. Ya la Inglaterra habia tenido que reclutar en Irlanda tropas para América: cuando se declaró enteramente la guerra, los irlandeses, cuyos puertos son los primeros que se encuentran viniendo del Nuevo Mundo, pidieron que la Inglaterra los defendiese de una sorpresa; pero les contestó como á Accio en los últimos dias del imperio romano: «No lo puedo; defendeos vosotros mismos.» Entonces un súbito entusiasmo invadió la Irlanda. En pocas semanas se disciplinaron y repartieron por el pais cuarenta mil hombres, donde protestantes y católicos se confundieron bajo el nombre de *voluntarios irlandeses;* el año siguiente ascendian á ochenta mil. De esta manera desapareció el peligro de una invasion; pero la Irlanda aprendió á conocer sus fuerzas, y sus regimientos no tardaron en proclamarse soberanos, no reconociendo proceder de nadie sus derechos de ciudadanos armados. Lo selecto de la nacion se puso al frente de los regimientos; reuniéronse en épocas determinadas, formáronse asociaciones para rechazar las mercancias inglesas; nombráronse representantes; aprobáronse ó criticaron los actos del gobierno y del parlamento; en resúmen, constituyeron uno militar, y presentaron peticiones en la punta de las bayonetas. La principal tuvo por objeto la libertad de comercio y un parlamento independiente, y muchos protestantes se reunieron para reclamar la abolicion de las leyes penales, esto es, de las leyes que castigaban de muerte á los católicos. Enrique Grattan dirigió el movimiento nacional (19 junio de 1782). Apoyado por sesenta mil hombres armados, proclamó la independencia del parlamento irlandés, y declaró que nadie podia hacer leyes obligatorias al pais sino el rey, los lores y los Comunes irlandeses. Obtenida la independencia (1783), pensaron los irlandeses en la reforma del parlamento, asamblea servil y temerosa, y esta reforma que fué pedida por los voluntarios; pero el parlamento se negó á adherirse á la convencion armada.

La Inglaterra habia dado á la Irlanda los derechos civiles de que ella misma gozaba, es decir, las garantias que aseguraban la libertad individual y la propiedad, el jurado y lo demás; pues como la conquista era feudal, los barones irlandeses tuvieron que ser tratados como los feudatarios ingleses. Cuando éstos fueron destruidos por Enrique VIII, los vencedores y los vencidos no formaron más que una sola nacion; la cuestion religiosa borró la diferencia de raza. Los colonos se instalaron en Irlanda para convertirla, y ofrecieron á los del pais derechos iguales á los de los ingleses, desde el momento que aceptasen la reforma religiosa. Habia, pues, paridad, y la independencia era un derecho que los irlandeses no hicieron sino reclamar; pero el caso era muy diferente en el Norte-América, donde era preciso romper las cadenas.

La mejor parte tocó á los protestantes, que de hecho se encontraban en posesion de los derechos; al paso que careciendo los católicos de pan en un pais en el que la miseria es el estado normal, y en el que se mueren de hambre todos los años, no sacaban ningun provecho de la independencia. El parlamento se vió, no obstante, obligado á conceder algo á los católicos. Revisó las leyes que les impedian comprar, poseer y tener caballos, ejercer libremente su culto, poder desempeñar las funciones de tutor; hizo lo mismo con las que imponian penas contra los sacerdotes y profesores. Dispuso que los jueces fuesen inamovibles, y concedió á los habitantes el *habeas corpus*, preciosas garantias para todos, pero especialmente para los católicos, porque se veian oprimidos.

La revolucion francesa llegó tambien á turbar la marcha regular de las cosas; violentos movimientos determinaron una reaccion más violenta aun; y el 2 de julio de 1800 la Irlanda fué reunida á la Gran Bretaña, que adoptó el nombre de *Reino Unido de la Gran Bretaña.*

El rey Jorge III, que no era aficionado á las reuniones, ceremonias ni fausto, se dedicaba á la agricultura; su ejemplo mantuvo á la corte en los límites de la decencia y buenas costumbres. En él, la perseverancia suplia á la falta de instruccion. Pero de repente comenzó á dar señales de demencia (1788). Todo el mundo creyó que cesando el rey de reinar por sí mismo, Pitt iba á sucumbir; Fox acudió de Italia para sostener al príncipe de Gales, partidario decidido de la oposicion. Pero el ministro batalló hasta que pudo hacer declarar curado al rey, y capaz de recobrar la fácil representacion que la constitucion del pais da á la corona; esto permitió á Pitt permanecer al frente de los negocios.

La prosperidad esterior disponia los ánimos en favor de la constitucion y del rey, y los inclinaba á concesiones, lo que aumentó en el parlamento la influencia de la corona. Aquel acrecentamiento de influencia hizo pensar en una reforma electoral, á fin de hacer más regular la representacion nacional. Pitt, aunque conservador, la propuso; y si no hubiese inspirado la revolucion francesa, por los escesos de la democracia, el espanto á las innovaciones y á hacer prevalecer á los torys, la Inglaterra se hubiera librado de las largas guerras con la Francia, tan desastrosas para ambas naciones, y gozado desde entonces de las ventajas que no comenzaron para ella sino en 1831.

Literatura.—La libertad de pensar y decir todo lo que se quisiera en política y en religion, alentaba al exámen, generalizaba la inteligencia de los intereses comunes, y permitia tratar con independencia cualquier asunto que fuese. Impedia al mismo tiempo que las ideas escépticas y subversivas, que los proyectos de una generosidad inconsiderada se estendiesen demasiado, pues les faltaba el

atractivo de la prohibicion y de la persecucion; además sufrian la prueba de la discusion y de la práctica, en atencion á que los ingleses no tenian costumbre de creer sin exámen. Si es cierto que Tomás Payne predicaba una democracia irreligiosa, tambien lo es que era combatida por Burke. Viéndose reducidas las opiniones á no contar con el apoyo de la fuerza, sino sólo con las razones, enérgicos adversarios surgian para rechazar los ataques, sobre todo, entre el clero, que no se habia deshonrado, como en Francia, con la persecucion jansenista. La verdad encontraba de esta manera armas iguales, independientemente de la ventaja que goza siempre una opinion antigua. Añádase á esto que no se hace una gran revolucion en cada siglo, y que aquella de que salian los ingleses habia sido tan larga, tan variada en sus fases y tan fecunda en notables resultados, que debian temer comprometerse en una nueva.

Citaremos entre las obras de controversia el *Ensayo sobre la naturaleza y sobre la inmutabilidad de la verdad*, por Beattie; la *Religion natural*, de Wollaston; las *Pruebas del cristianismo* y la *Teologia natural*, de Paley. Leland defendió la revelacion; lord Littleton pretendió probar la verdad con la *Conversion y el apostolado de san Pablo*. Varios escritores contestaron á Woolston, que reducia los milagros de Cristo á alegorias, entre otros West y Sherlock, que examina la *Resurreccion de Cristo* segun las reglas del foro inglés. Warburton, autor de la *Divina mision de Moisés*, se declaró contra la irreligion de Hume. Whiston, teólogo y matemático, aplica en la *Nueva teoria de la tierra*, las doctrinas newtonianas á la esplicacion de la creacion, del diluvio, del juicio final, segun la Escritura. En general, después de la primera mitad del siglo, los escritores se presentan más sérios, más morales, y rechazan el desprecio sistemático de sus antecesores, con respecto á la religion y á las leyes.

Los ingleses continuaban, sin embargo, cultivando su literatura nacional, que así como su constitucion, es una transaccion entre principios diferentes, un equilibrio artificial. Su decidida predileccion por lo romántico y por lo perteneciente á la Edad Media, la impaciente audacia del genio poético, que traspasa los límites de lo ordinario, habia sido templado por los ejemplos de italianos y franceses, como tambien por el estudio de los griegos y latinos; cuando, en fin, se abrió, en el reinado de la reina Ana, el siglo de oro de su literatura. Una filosofía que se limita al hombre, sin sondear los misterios interiores de la naturaleza; el espectáculo de las pasiones, sin cesar en accion en la tribuna y en los círculos, hacia que la atencion se concentrase sobre algunos puntos y épocas especiales; y de aquí la riqueza de investigacion y de esposicion que distingue á los autores de aquel tiempo, ora en la historia ó en las novelas, ora en los ensayos.

Richardson.— Samuel Richardson, de Derby (1689-1761), pasa por el primer novelista del mundo. *Pamela*, *Clarisa Harlowe* y *Grandison* escitaron, á pesar de su prolijidad, y aunque no se encontraban en ellas incidentes románticos, urbanidad afectada ni exagerada galantería, gran curiosidad é interés general. Y eso en tal grado que, dándose á luz aquellas obras con ciertos intervalos, se dirigian de todas partes cartas al autor para que apresurase la publicacion demasiado lenta, suplicándole unos que no dejase sucumbir á Clarisa y otros que Lovelace se convirtiese. Voltaire abandonaba sus trabajos para leerla con despecho, Diderot con admiracion; tanto poder tiene lo natural y lo patético. Aunque la forma epistolar es fatigosa, Richardson saca de ella doble interés, el de la relacion y el de la narracion. Nadie le iguala en lo patético, en la elocuencia de las pasiones, en la ciencia con que sondea los secretos del corazon humano. Describe sobre todo los caractéres de las mujeres, con gran variedad de imágenes y observaciones, con un estilo enérgico y gracioso, que sabe apropiar á los personajes. Rígido moralista, no sufre la más pequeña mancha en la menor virtud; y procediendo dogmáticamente presenta fisonomias frias, impasibles, en las que todo está regularizado y equilibrado.

Fielding.—Enrique Fielding, de Sharpam-Parte, (1707-1754) quiso rivalizar con él haciendo la guerra á toda clase de bufonadas, satirizando las cosas ridículas y los falsos juicios humanos; y trasformó á Lovelace, que embelleció, en *Tom Jones*. Esta novela ofrece infinidad de caractéres, todos diferentes, de los cuales varios son originales, y multitud de aventuras que, sin salir del curso ordinario de las cosas, afectan el ánimo y en ciertos momentos inspiran el terror. Tanto uno como otro de aquellos escritores elevaron la novela á la altura del drama, ofreciendo caractéres con colores más verdaderos y familiares y con el movimiento animado de la escena para lisonjear el gusto de la mayoria. Descendieron hasta los más pequeños detalles que el teatro no admite. Es singular, que descripciones tan vivas y verdaderas de la sociedad se deban á hombres que las frecuentaron tan poco. Richardson fué impresor y nada más hasta la edad de cincuenta años, y se complacia en contar historietas á los niños y á las jóvenes. No conoció la alta sociedad sino cuando el duque de Warthon, de quien sacó el retrato de Lovelace, le encargó la impresion de sus audaces opúsculos. Fielding era un escribano, muy asíduo á las ocupaciones muy poco poéticas de su estudio.

El conde de Chesterfield, en sus *Cartas á su hijo*, puede dar una idea de las opiniones dominantes entonces en la alta sociedad de Inglaterra. El fondo es enteramente aristocrático, y se encuentran en él falsas apreciaciones de la virtud, con escelentes máximas prácticas. Su frase es orgullosa y no natural, como la de Thompson, Mallet y Hawkesvorth, campeones de un método que no tuvo duracion.

En la época en que el teatro inglés comenzaba

á estenderse por el extranjero, en que el autor trágico David Garrick (1616-79), penetrándose admirablemente de los caractéres y de las situaciones, daba á conocer á Shakspeare mejor que todos los comentadores, sus compatriotas abandonaban su método nacional por el francés, en el cual Thompson y Young compusieron tragedias muy medianas. Sin embargo, la *Juana Shore* y la *Juana Grey*, de Rowe, *El Avaro*, de Fielding, *El Buen hombre* de Goldsmith, son buenas composiciones dramáticas, como tambien varias comedias de Ricardo Cumberland, y sobre todo *La Escuela del escándalo* (*School of scandal*) de Sheridan.

Pero el siglo de la reina Ana habia hecho preferir lo correcto á lo original. Johnson, que hizo un diccionario de la lengua inglesa, escribió muchos artículos en los periódicos y describió las vidas de los poetas ingleses; ostentando constantemente una prudente crítica, no dejó de denigrar lo natural, y los artífices de preceptos se abrogaron el derecho de dar reglas al genio. Sus críticas y el *Hermes ó indagaciones filosóficas sobre la gramática en general*, por Jaime Harris, son una obra maestra de análisis. Hugo Blair, además de sus sermones, que algunos son de una facilidad afectuosa, dedujo lecciones de retórica de ejemplos particulares, en lugar de sacarlas de las grandes fuentes de la verdadera elocuencia. Roberto Lowth mide con el compás de la escuela la inspiracion profética de la poesia de los hebreos. Los *Comentarios*, de Guillermo Jones, sobre la poesia asiática, abrieron un nuevo campo á la imaginacion y á la crítica, dándoles á conocer los poemas y dramas de una literatura de la que se ignoraba hasta el nombre.

Sterne.—Otros más atrevidos recurrian á todo lo que hay de sublime entre el pueblo, al sentimiento, á las fuentes de las ideas universales. Al frente de todos se encuentra á Lorenzo Sterne (1713-1768), «el pobre Yorick,» ministro y predicador irlandés. Sin hablar de sus sermones, tienen sus cartas un encanto que no permite dejarlas, una vez comenzadas á leer. Su *Viaje sentimental* está lleno de deliciosas observaciones. ¿Quién no se hace amigo del tio de Tobias en el *Tristam Shandy* y de su escudero, feliz imitacion de Sancho Panza? En el género descriptivo, que agrada mucho á los ingleses, Sterne presenta á la vista el mundo que conoce. Se aprovecha del menor detalle: en él se ve la tabaquera del fraile, el mendigo, el sacerdote, el perro, el coche de que os habla; tal como les encontrais: admira la semejanza. Aventuras tan sencillas, truncadas ó suspendidas á su antojo, os parecen al principio una niñada, y sin embargo, no podeis dejarlas. Pronto quedais fascinados por la mezcla de buen sentido y paradoja, de probidad y licencia, de entusiasmo é ironia, que tan pronto hace reir como arranca lágrimas, y que, burlándose, os da á conocer nobles ideas y elocuentes protestas en favor de la humanidad. El encanto de aquella naturalidad incomparable hace olvidar los muchos plagios y el cinismo de muchas descripciones. Los elogios y las apasionadas censuras no le faltaron á Sterne segun bajo el aspecto que se le considere; pero aquel aire de abandono, de burla, de distracciones confidenciales á las cuales se entrega voluntariamente el inglés cuando la confianza le ha hecho abandonar su reserva esterior, ejerció gran influencia sobre la literatura.

Goldsmith.—El irlandés Oliverio Goldsmith abandonó su patria á pié después de una tempestuosa juventud, para recorrer la Holanda, los Paises-Bajos, la Francia, la Suiza, la Italia, ganando con su flauta y sus canciones un abrigo y el alimento, ó sosteniendo tésis en un convento, y observando al mismo tiempo el mundo bajo sus diferentes fases. Sus poemas de *El Viajero* y de *La Aldea abandonada*, y aun más su *Vicario* de *Wakefield*, tan lleno de sencillez y conviccion, le valieron gran celebridad, pero sin que le libertase de la pobreza. Creyó, pues, que más le valdria escribir una *Historia de Inglaterra* y diferentes resúmenes, lo que le hizo popular.

La crítica es lo que más conviene al genio positivo y observador de los ingleses. Así es, que además de las aplicaciones que les hemos visto hacer á la novela, tanto moral como cómica, contaron gran número de escritores, cuyo talento se ejercitó en ensayos sobre el hombre y sobre la sociedad. Otros, sin embargo, pidieron á las Musas sus inspiraciones.

Thompson.—El escocés Thompson (1700-1748) llegó á Lóndres, pobre y descalzo, sin más recurso que su poema del *Invierno*, que habia compuesto antes de saber las reglas del arte. Gran trabajo le costó, en medio de las preocupaciones de la política encontrar un impresor: arrancado después á la miseria por lord Spencer, compuso *El Verano*, *La Primavera* y *El Otoño*, *El Castillo de la indolencia* y algunas tragedias medianas. Cubrió con la abundancia de imágenes la pobreza del género descriptivo, y á veces se eleva á sentimientos nobles y verdaderos. Si no tiene ni el genio, ni la precision, ni la sóbria dulzura de los antiguos, se anima á veces á la vista de los campos; posee la poesia doméstica, que tanto conviene á los ingleses; y abunda en detalles verdaderos, en emociones sencillas, en aspiraciones religiosas, en los recuerdos de gloria nacional, en las armas, en los viajes y en la libertad.

Young.—Fué de esta manera precursor de muchos poetas meditabundos, entre los cuales se cuenta á Arturo Young. Tenia ya Young sesenta años, cuando habiendo visto morir á su mujer, á su hija y al prometido de ésta, fué atacado de melancolia, y llegó á ser un inmortal poeta escribiendo sus *Noches*. Son continuas lamentaciones, reflexiones fantásticas, y una ostentacion de dolor esquisito, que atormenta inútilmente prolongándose; aun más, fastidia: pues cuando Young se apodera de una idea como la hora que suena, el invierno que se acerca, la hoja que cae, la desenvuelve bajo mil aspectos antes de abandonarla, con una monoto-

nia de patética filosofía que no afecta al corazon por su estremado afeite.

Hemos tenido que deplorar la suerte de los escritores italianos del siglo de Leon X, reducidos como se veian á mendigar la proteccion de las cortes, y á pagarlas con elogios. En Inglaterra, el gobierno era libre, y los reyes no protegian el saber; pero la aristocracia, que habia asegurado su poder, se rodeaba de fausto, y el brillo de la literatura le agradaba tanto como otro cualquiera. Los escritores con reputacion se resignaban á aquel patrocinio y mendigaban pensiones, ya del ministerio, ya de los Mecenas, en dedicatorias destinadas á trasmitir á la posteridad la bajeza del autor, y el nombre del gran señor que á veces le habia remunerado con algunas guineas. No hay autor que se abstenga de ello. Young tiende sin cesar la mano, y su talento contrae una costumbre de servilismo que se revela en la manera acompasada de sus obras.

Tomás Gray es más sentido y más variado porque es natural. *El Cementerio de la aldea* y *El Colegio de Eton* ofrecen imágenes tiernas, libres de las pomposas puerilidades de la época. Pero consideraba la poesia como una diversion, y se avergonzaba de dedicarse á ella, preocupado como estaba con la historia que nadie conocia mejor que él. Juan Collins fué ensalzado hasta las nubes, sobre todo por su oda *sobre las Pasiones*. Guillermo Cowper, puritano y melancólico, agradó á muchos lectores, espresando sentimientos íntimos, como tambien la verdad y las alegrias de la religion; pero su aceptacion no fué general.

En Escocia, Alan Ramsay escribió *El Gentil Pastor*, drama campestre que llegó á ser popular. Roberto Burns, aldeano del Ayrshire, compuso, con ideas escogidas y feliz descuido, canciones que viven en los corazones, porque están llenas de simpatia hácia las criaturas. Después de haber sido acariciado algun tiempo por la moda, se le dejó morir pobre y melancólico. Aquellas poesias nacionales, y aun más las de Jorge Crabbe, agradan como una reaccion contra el énfasis, las ambiciosas singularidades, el misticismo y el oropel de los eufemistas. Tomás Chatterton simuló á antiguos poetas, esforzándose laboriosamente en imitar los arcaismos de ortografia, de lenguaje y de ideas, con tanto éxito, que engañó á sus contemporáneos. Pero, engañado él á su vez en sus ambiciosas esperanzas, se suicidó después de haber sufrido varios dias las angustias del hambre. Aun no habia cumplido diez y ocho años.

Juan Armstrong escribió el *Arte de conservar la salud*, en una poesia correcta y tan llena de color como lo reclama el género didáctico para ser tolerado. Otro médico, Erasmo Darwin, imitando á David Harley, que un siglo antes habia proclamado el materialismo, dió un completo sistema de él en la *Zoonomia*, en el que se reducen las ideas á movimientos animales. Mezcla en él buenas observaciones patológicas á hipótesis extravagantes y mal fundadas, y supone, á pesar de su materialismo, un espíritu vital superior á la materia, cuyos movimientos provoca. Publicó, como compañera de esta obra, *Los Amores de las plantas*, poesia burlesca y afectada, en la que ennobleció tanto la facultad sensitiva de los vegetales como rebajó la de los hombres.

Macpherson.—De repente surgió un prodigio de imaginacion en aquel siglo, cansado de razonamiento y crítica. El escocés Jacobo Macpherson (1738-1796), de mediano talento, se presentó como descubridor de otro Homero en las montañas de su patria. Si se le da crédito, se habian conservado fragmentos de Ossian, contemporáneo de Caracalla, en la memoria de los montañeses, y reuniéndolos se podrian formar poemas tan regulares como la *Iliada* y la *Odisea*. Humillada la Escocia políticamente, se regocijó al poseer un grande hombre que pudiese oponerse á los de Inglaterra, y celebró á Ossian con celoso patriotismo. Los lectores quedaron admirados de aquellas descripciones, diferentes de las de los demás poetas, y nieblas, vientos que silbaban al través de los árboles, sombras que cabalgaban sobre las nubes, brisas marinas que hacian suspirar las arpas, llenaron de poesia y deleitaron á un siglo cansado de lo positivo. Entonces se multiplicaron las comparaciones; y personas hábiles encontraron que el grosero bardo de la Caledonia habia sido con frecuencia superior á Homero, Píndaro y á la Biblia. Entretanto gozaba Macpherson en silencio de su gloria; pero no le faltaron contradictores, siendo Johnson el más encarnizado de todos. Discutióse largamente sobre la autenticidad de aquellos poemas, sin llegar nunca á la prueba decisiva de presentar el manuscrito original sobre el cual habia trabajado el intérprete, ó algun montañés en estado de recitar un solo fragmento. Es la verdad que Macpherson habia recogido cierto número de nombres propios y reminiscencias nacionales, y que habia formado con todo ello una obra llena de adjetivos é imágenes exageradas, sin verdad y de una sencillez monótona. Pero, con objeto de disfrazarse, habia tenido cuidado de separarse de las ideas habituales, y esparcir un color vago, fantástico y sentimental. La reputacion de Ossian ha sucumbido; sin embargo, aun se conoce su influencia en las obras de más de un gran poeta de nuestra época.

Ya se puede conocer, por esta rápida enumeracion, cuánto habian progresado los escoceses en la senda del saber. La universidad de Edimburgo contaba principalmente escritores fáciles y profundos; formóse en aquella ciudad una sociedad de libre discusion y exámen, de la que surgieron, no génios, pero sí hombres de talento que, buscando en la historia y en la esperiencia un apoyo en favor de las ideas filosóficas modernas, desarrollaron una benévola filosofia, sin incurrir en las consecuencias á que se veia arrastrado el ardor francés, aunque le sucedia á veces incurrir en los defectos de

la escuela francesa. Adan Fergusson supo preservarse de ellas en su docta *Historia de la república romana*. Conyers Middleton, que habia escrito desde Roma una carta para demostrar la conformidad que existia entre la religion cristiana y la de los paganos, publicó una *Vida de Ciceron*, en la que están apreciadas, con más cuidado que elevada inteligencia, las circunstancias en medio de las cuales vivió aquel gran hombre.

Robertson. — Guillermo Robertson, de Borthwik (1721-93), escocés, excelente hombre, dedicado enteramente á su familia, habia él mismo educado á sus hermanos. Predicaba á personas convencidas; es decir, que, limitándose á esponer una buena y sana moral, señaló los males que existian cuando el nacimiento del cristianismo, y los saludables remedios que produjo. Por lo demás, modelaba sus ideas con arreglo á las del gobierno, y su estilo por el de los escritores de Lóndres, modificando su frase á cada momento como los demás escritores escoceses por miedo de ser tachados de bárbaros. Su tranquilidad se deja conocer demasiado en su descripcion de uno de los períodos más agitados de la Europa, la *Historia de Cárlos Quinto*, y le impide comprender el animado choque de las pasiones y de los partidos. Aunque no tenga la risa sardónica de la escuela volteriana, posee su frialdad, y sus reflexiones, tan propias de la época en que escribia como desacordes con la de los acontecimientos, son del mismo género (5). Tratando de un asunto muy fácil, analiza, descompone, dibuja parte por parte, sin vigor sintético para comprender el conjunto, y sin imaginacion para dar vida á lo que le ofrecia la sensacion. A fuerza de buscar la verdad con ostentacion, pierde el sentimiento; y después de haberse leido, no se conoce, ó, lo que es peor, se conoce mal á Carlos Quinto, á Leon X, y sobre todo á Lutero. La *Historia del descubrimiento de América* era una parte necesaria de la de Carlos Quinto; pero la consideró como un episodio, y hallándola demasiado larga hizo de ella una obra aparte. Aun no le pareció que pudiese formar parte del cuadro académico que habia preferido, todo lo particular y propio que tenia, como los rasgos característicos de la barbarie ó de la conquista. Así es que los puso en las notas.

Hume.—El mismo defecto domina en David Hume (1717-1776), tambien escocés, que mal visto en su patria por el escepticismo que habia convertido en sistema, buscó en Francia lecciones ó aplausos. Llegó á ser uno de los escritores que trataron con más éxito la historia filosófica, sacrificando hasta el gusto á las ideas en boga, la verdad y aun el amor á la libertad, al deseo de hacerse aplaudir. Como los demás autores escoceses, modifica y corrige las frases por miedo de que revelen una nacion no educada, como se decia que era la suya; y con formas académicas se propuso escribir una historia de Inglaterra, «que desagradase á los torys, á los wighs y á todos los cristianos.» En efecto, la suya es un ataque interminable contra la nacion inglesa; no comprende el lento y trabajoso desarrollo de aquella constitucion, y la cree acabada y perfecta desde su orígen. Se complace en asignar á los acontecimientos pequeñas causas; no sufre ni goza con la humanidad. Despreciando la religion no comprende cuánta influencia tiene sobre la sociedad y las revoluciones, ni el apoyo que prestaba á las libertades políticas (6). Escribir una historia sin tener en cuenta las pasiones de los tiempos á que se refiere es imposible. No se mezcló al movimiento de su pais; y habiéndosele ofrecido en París catorce tomos de la correspondencia de Jacobo II, y las relaciones de los embajadores franceses en Lóndres, no los creyó dignos de exámen. Cuando se posee en tan corto grado el sentimiento del deber de historiador, no se escriben sino generalidades, ni se consolidan más que preocupaciones. Retórico perpetuo, no tiene nunca calor para conservar la impresion verdadera de un hecho ó de una idea. Hasta en el idioma introduce giros y espresiones francesas.

Tomás Smollet (1771), además de varias novelas, continuó la *Historia de Inglaterra*, de Hume, sin tener sus defectos, pero sin heredar tampoco sus cualidades.

Gibbon.—Eduardo Gibbon (1737-1794) es con mucho superior á los anteriores historiadores. Jóven aun, la lectura de las *Variaciones*, de Bossuet, le hizo católico. Descontento su padre le envió á Lausana, donde poco dispuesto á sufrir el martirio, se sometió y volvió á la fe de su patria. Elegido para el parlamento en la época de la insurreccion americana, no se sintió conmovido con aquellos animados debates en los que se trataba la causa de la humanidad; y sin pronunciar siquiera una palabra, votó con el ministerio, «silencioso en su banco, sano y salvo, pero sin gloria,» y sin considerar aquellas discusiones sino como «distracciones de los negocios interpolados con los estudios.» (7) Así es, que idólatra de la fuerza y de la autoridad, Roma le inspira como habia inspirado á Polibio y á Juan Villani; pero no ve mas que la Roma pagana; y «el 15 de octubre de 1764, divagando mientras estaba sentado en las ruinas del Capitolio, á la hora en que los franciscanos descalzos cantaban vísperas en el templo de Júpiter, surgió en su mente la idea de describir la decadencia y caida de aquella ciudad.»

Esta es su inspiracion y su defecto. Nada le pa-

(5) Dice hablando de Voltaire: «No sólo me indicó los hechos sobre los cuales debia detenerme, sino las consecuencias que debia deducir de ellos.»

(6) «Hume tenia tanto odio á la religion, que odiaba á la libertad por haber sido la aliada de la religion, y sostuvo la causa de la tirania con toda la habilidad de un abogado, afectando la imparcialidad de un juez.» MACAULAY, *Ensayo sobre Milton*.

(7) *Cartas*.

rece grande sino Roma, y ésta ha de ser la Roma imperial. El cristianismo, que trastornaba aquella admirable organizacion, es una rebelion; los mártires, que debian revelar el despotismo sanguinario, una mentira; los Padres que predicaban una moral y dogmas diferentes, una locura; los germanos, que se atrevian con su salvaje libertad á declararse contra aquella tirania armónica, en que la nacion no tenia más que someterse en cuerpo y alma á las órdenes imperiales y al edicto del pretor, eran bárbaros. No hace, pues, caso de todo lo moderno, del parlamento de su patria, ni de los capuchinos de Roma, de San Anastasio ni de Scanderberg, de los arrianos ni de los conciudadanos de Washington. Su crítica frívola y burlona no cree ni en la generosidad ni en la libertad, y adopta siempre el partido de aquel que hace sufrir. No ostenta la fastuosa elegancia de su estilo sino en describir los triunfos de la fuerza brutal. Aunque superior en saber á los enciclopedistas, sacrificó á la moda haciéndose su discípulo, él, que podia erigirse en maestro y censor, é inmoló su propio genio en el altar de la sátira y de la incredulidad. Si se considera la inmensa erudicion de este autor, el arte con que bebe de las más diversas fuentes, su paciencia en registrar tomos, que cansarian á benedictinos, y se compara el miserable resultado que obtuvo, no se encontrará un argumento más poderoso para probar cuán estéril es la materia que carece de talento y entusiasmo (8). Sus *Memorias* manifiestan, á veces, que hubiera sido capaz de entusiasmo, si no le hubiera contenido la moda ó el temor que le inspiraban los filósofos, aquellas trompetas de la fama.

(8) «Nadie ha espuesto la historia al través de lentes más falaces que lo han hecho Gibbon y Hume, lo cual es consecuencia, no tanto del poco cuidado en referir los hechos, cuanto del punto general desde el cual los consideraban. Hume nos dió la historia de las facciones; Gibbon la de las oligarquías: pero los hombres ¡oh! los hombres quedan olvidados en el uno y en el otro: ninguno de ellos los ha contemplado en conjunto lo necesario para hacernos conocer que habian escrito una historia en algo diferente de una crónica de dinastías, aun cuando esté esta crónica artificiosamente dispuesta. Doctos, elegantes y rebuscados por índole, se atuvieron constantemente á la elegancia privilegiada de la vida; y no hicieron más que tocar por encima la vida humana, nos presentaron regularmente su esqueleto, pero no tuvieron habilidad para encarnarlo y animarlo. Amigos de permanecer siempre en las cortes, no tuvieron genio para comunicarse con las turbas sin cetro y sin laureles. Cada uno de estos escritores pretende poseer como cualidad aquello de que más carece: Hume con su cortesana ostentacion de candor, no es cándido nunca: Gibbon, filosofando incesantemente, rara vez es filósofo.» BULWER, *The student.*

Hemos tomado con gusto estos testimonios escritos muchos años después de habérsenos motejado con tanto ahinco nuestras apreciaciones. Tambien encontramos, en las *Memoirs of the life of sir S. Romilly* (1841), una carta de Mirabeau del 15 de marzo de 1785, en la que juzga á Gibbon como se nos ha hecho un cargo de haberlo verificado nosotros siete años antes de la publicacion de esta carta. «He leido la elegante Historia de M. Gibbon, y esto me basta. Digo *su elegante* y no *su estimable* historia, véase porqué. Nunca, segun mi modo de ver, ha reunido de mejor manera la filosofía, las luces que la erudicion puede dar sobre los tiempos antiguos, ni las ha dispuesto con un órden más feliz y fácil. Pero, sea que M. Gibbon haya sido seducido, ó querido parecerlo, por la grandeza del imperio romano, por el número de sus legiones, por la magnificencia de sus caminos y de sus ciudades, ha descrito un cuadro odiosamente falso de la felicidad de aquel imperio, que aniquilaba al mundo y no le hacia feliz. Este mismo cuadro le ha sacado de Gravina, del libro de *Imperio Romano.* Gravina merece indulgencia, porque era escusado por una de las grandes ideas que engañan tan fácilmente, sobre todo al genio. Así como Leibniz, estaba ocupado en el proyecto de un imperio universal, formado de la reunion de todos los pueblos de Europa bajo las mismas leyes y el mismo poder, buscaba un ejemplo de esta monarquia universal en lo que habia sido el imperio romano desde Augusto. Gibbon puede decirnos que tuvo la misma idea; mas yo le contestaria que escribia una historia y no establecia un sistema. Por otra parte esto no esplicaria, y sobre todo no escusaria el espíritu general de su obra, en la que se manifiestan á cada momento el amor y la estimacion á las riquezas, el gusto á los deleites, la ignorancia de las primeras pasiones del hombre, y sobre todo la incredulidad hácia las virtudes republicanas... Me estraña muchísimo que sea inglés; á cada instante tengo tentaciones de decirle: *¿Vos inglés? No por Dios. Esa admiracion por un imperio de más de doscientos millones de hombres, en el que no hay uno solo que tenga el derecho de llamarse libre; esa afeminada filosofía que tributa más elogios al lujo y á los placeres que á las virtudes, ese estilo siempre elegante y nunca enérgico, anuncian á lo más un esclavo de un elector de Hannover.*

Se lee en ellas: «En Lausana, la noche del 27 de junio de 1787, entre las once y las doce, concluí la última página de mi trabajo en un pabellon de mi jardin. Habiendo dejado la pluma, paseé dos ó tres veces por una calle de árboles de acacias, desde donde se dominan los campos, los lagos, las montañas; el aire era suave, el cielo estaba sereno, el disco argentado de la luna se reflejaba en las aguas; toda la naturaleza enmudecia. No disimularé una primera emocion de alegria en el momento en que devolvia mi libertad y debia tal vez establecer mi reputacion; pero pronto se disminuyó mi orgullo, y una humilde melancolia se apoderó de mi corazon pensando que me despedia del antiguo y querido compañero de mi vida, y que cualquiera que debiese ser la duracion de mi obra, los dias del historiador serán en adelante muy cortos y precarios.»

Historia Universal. — Emprendióse en aquella época otra obra histórica de largas dimensiones, y fué la *Historia universal por una sociedad de literatos.* Es una compilacion de veinte y seis tomos en fólio en la edicion de 1736, que los autores mejoraron en la de 1747, con arreglo á las aclaraciones consignadas en la traduccion alemana, después aun más en la de 1779, mucho más compendiada. Psalmanazar, Sale, Swinton y Bower fueron sus principales autores; estaban animados de leales in-

tenciones, y dieron á menudo pruebas de una sólida erudicion; pero habiendo hecho cada uno de ellos una parte del trabajo, el mérito es diferente. Prolijo en ciertos puntos, estéril en otros, se notan en ella miras diversas, repeticiones de hechos, asertos contrarios. Los nombres de los artistas y de los literatos están sólo en algunas sucintas notas, como si no se hubiese tenido otra mision que la de contar acontecimientos esteriores. La obra no es siquiera una historia universal, sino un conjunto de historias particulares. Los autores se privaron de esta manera de la única é inmensa ventaja de las historias universales, que es comprender á la vez los acontecimientos de diferentes paises. Como era una empresa sin ejemplo, encontró gran número de suscritores, y el libro fué traducido á todas las lenguas literarias; pero carece de las ventajas de las contradicciones vivas é insistentes de que el autor puede quejarse, pero que contribuyen á mantener constantemente en espectativa. Hombres de mérito hicieron en la traduccion alemana correcciones y adiciones, que independientemente de lo demás, proporcionaron ocasion á indagaciones y discusiones históricas. Pero, en resúmen, aquel largo trabajo no hizo adelantar un paso al arte histórico ni á los conocimientos en aquella parte, sino en lo que corresponde á los contemporáneos.

La literatura más efectiva de la Inglaterra se encontraba en el parlamento. Allí se ostentaba aquella elocuencia de accion enteramente instantánea que inspirándose con las pasiones contemporáneas, parecia superior á todo lo que le habia precedido. Voltaire decia: «No sé si las meditadas arengas que se pronunciaban en otro tiempo en Atenas y en Roma, son superiores á los improvisados discursos del caballero Windham, de lord Carteret, de Pulteney y de Sheridan.» Aquella elocuencia carece, sin embargo, de prestigio para los oyentes de otra época, en atencion á que tenia más bien á la mira el efecto inmediato que el arte y la gloria futura, no siendo la palabra sino un medio secundario de poder en medio de aquellas tempestades. Además, se circunscribe, por la naturaleza de la constitucion, á fórmulas, á una apelacion continua á los precedentes, á los cuales se une hasta en las revoluciones, sin cesar de establecer comparaciones con lo pasado, en el momento mismo en que era batido en brecha. La utilidad es su objeto único, y no el deseo de brillar; vive de genio, y no de gusto y de elegancia; no ostenta grandes teorias, ni ideas generales; pero sí una aplicacion continua y una sencillez llena de energia.

Si al principio del siglo las armas de los oradores se embotaron contra la inmovilidad de Walpole, que no poseia el arte de la palabra, pero sí la táctica parlamentaria, pronto se vió surgir á Pitt, Fox y Burke. Erskine fué el primer abogado que introdujo en el foro el gusto literario y una brillante elocuencia; después, en una época en que la libertad de la prensa no se habia estendido aun, la tribuna inglesa contribuyó á poner en circulacion en Europa multitud de ideas políticas. No debe, pues, causar admiracion que haya resultado de ahí una especie de idolatria en favor de la constitucion británica.

Ya hemos dicho cómo se habian establecido las leyes en Inglaterra, y cuán apegado era el pueblo á su nacionalidad, hasta el grado de rechazar toda innovacion que la acercase á otros pueblos. Ahora bien, mientras que el derecho británico dictaba las decisiones de los tribunales, se estudiaba en las escuelas el derecho canónico y el romano, que no tenia ningun efecto social. El último formaba parte de la educacion literaria, el primero era abandonando las gentes de negocios; distincion perjudicial, sobre todo en un pais en que la constitucion llama á tantos ciudadanos á tomar parte en la legislacion y en el manejo de los asuntos públicos.

Blakston.—Esto es lo que quiso remediar Guillermo Blakston (1723-1780), nacido en Lóndres. Después de siete años de tenaces estudios para desenredar el caos de las leyes de su patria, abrió un curso de derecho en Oxford (1753); y la juventud, á la que presentó un horizonte enteramente nuevo, le acogió con entusiasmo (9). Pronto conocieron todos la utilidad de una cátedra de derecho nacional, y Blakston, que fué llamado á ella, publicó sus lecciones con el título de *Comentarios sobre las leyes inglesas* (1765). Los habitantes de la Gran Bretaña aprendieron á conocerse á sí mismos; la admiracion que se tenia ya en favor de la constitucion inglesa se aumentó entre los extranjeros, y no se consideró ya en ella solamente un asunto de práctica y costumbres. Blakston no examina las mejoras posibles; acepta lo que es, manifiesta las relaciones civiles y políticas tales como son, indica los orígenes y los comenta, pero sin pretender alterarlos. Su libro es, pues, un monumento de erudicion, un manual precioso, pero no un ensayo de filosofía legal. Esto es lo que declara abiertamente desde un principio: «Se ha disputado mucho, dice, y sin descanso, sobre el orígen de las diferentes formas de gobiernos; pero éste no es mi objeto: de cualquiera manera que hayan comenzado, cualquiera que sea el derecho en virtud del cual existen, hay y debe haber en todos una autoridad suprema, incontestable, absoluta, en la cual residen los derechos de la soberania, colocada en manos de aquellos en quien deben presumirse existen las cualidades buscadas en las administraciones supremas, es decir, la sabiduria, la bondad y el poder.»

¡Qué diferencia entre estas ideas y las de los enciclopedistas, en virtud de las cuales se pretendia ponerlo todo en duda, todo regularizarlo, no con arreglo al hecho, sino con arreglo á abstracciones filosóficas!

---

(9) Debe leerse su *Discurso de apertura*, para ver cuántos títulos invoca, y cuántas escusas hace valer para justificar su empresa, y manifestar la necesidad de estudiar las leyes de su patria.

CAPITULO XXI

EL IMPERIO.—MARIA TERESA Y JOSÉ II.

María Teresa conservó en el trono, en medio de los tristes ejemplos de la época, su dignidad de mujer. Poseia en alto grado el sentimiento de su cualidad de emperatriz y de austriaca; y si Federico II se burló de su devocion, sus contemporáneos no hablaban de ella sino con una admiracion que transmitian á sus descendientes, á pesar del acrecentamiento de los impuestos y del impulso más rigoroso que se dió á la administracion. No volvió nunca á Lombardia en los cuarenta años de su reinado. Si trató á la Hungria, á la que todo lo debia, como una conquista, en lugar de secundar sus progresos debe acusarse más bien á la constitucion que á intenciones malévolas de su parte. Si no favoreció la literatura nacional, colmó á Metastasio de beneficios, y considerando á los paises que le estaban avasallados, sacó de ellos más partido que su padre. Tuvo un buen ejército, formó una escuela de artillería, y estableció un colegio militar que recibió su nombre, como tambien otro en la Nueva Viena.

El Austria tenia su hacienda toda en desórden y una enorme cantidad de papel-moneda. En 1703 se habia creado el banco de Viena, que fué un manantial de abusos; y aunque proporcionó subsidios al tesoro, no podia bastar á los gastos de tenaces guerras (1). Maria Teresa trató de introducir algun remedio en aquel estado de cosas. Protegió las manufacturas estableciendo escuelas de hilados, porque la lana y el algodon se llevaban del estranjero; llamó obreros de Francia, Holanda, Sajonia y Suiza; puso trabas, conforme á las ideas á la sazon en boga, á la esportacion de las primeras materias; estableció un consejo áulico de comercio, sometido inmediatamente al gobierno, con una caja ricamente provista, capaz de adelantar de 10 á 100 mil florines á los que quisieran hacer especulaciones: quince consejeros particulares dependian de aquel consejo, cada uno con su caja especial. Estableció sociedades de agricultura que debian distribuir premios, y una escuela de comercio en Viena, como tambien otra para el grabado en cobre y piedras duras; en Fiume una sociedad para refinamiento de los azúcares, como en Bohemia para las telas, y otra para traficar con Egipto. La Croacia, la Dalmacia, la Istria y el Tirol criaban gusanos de seda, como en la Italia; y la introduccion de los carneros de Berberia y de Anatolia contribuyó á la mejora de los rebaños. Estas diferentes medidas valieron elogios á María Teresa, aunque todas no hayan durado tanto como su reinado.

Su esposo y su hijo, el uno de carácter enteramente aleman, y el otro que se pagaba de filósofo, habian tomado aversion á la etiqueta española, lo que la determinó á suprimirla. Era, sin embargo, celosa de todo lo que aumentaba el lustre de su casa. Dió el título de *Alteza real* á las archiduquesas, é hizo renovar para ella el de *Majestad apostólica;* fundó la órden militar que lleva su nombre, y restableció la de San Estéban de Hungria.

No pudiendo resignarse Maria Teresa á considerar como perdidas las provincias que habia cedido regularmente, y deseosa de reparar sus pérdidas, trató constantemente de indemnizarse de ellas con nuevas adquisiciones, ademas de la considerable parte de la Polonia, de que se apoderó contra su conciencia, segun dicen; hizo con el duque de Módena un convenio, en virtud del cual este ducado entró después en la casa de Austria, arrebató tambien á la Puerta la Bukovina, entre la Transilvania y la Galitzia. Queria oir ella

(1) Fr. Nicolai *(Reisen durch Deutschland,* 1781) da la mejor estadística de la monarquia austriaca y la historia del banco de Viena.

misma á sus ministros, á los encargados de negocios extranjeros, y á los hombres distinguidos por su saber. Pero además de que tenia poca instruccion, le costaba trabajo el comprender; resultando de ello confusion é incertidumbre en sus proyectos (2).

El príncipe de Kaunitz, de una familia morava, que unia á la ligereza de un francés la penetracion de un italiano y la profundidad de un austriaco, dirigió sus consejos durante cuarenta años. Afectando la indolencia y la molicie, sabia mejor que ningun otro lo que hacia ó podia hacer cada Estado, y su inteligencia abarcaba grandes combinaciones; pero en contra de la mayor parte de los hombres, trataba siempre de hacer aparecer á otra persona que á él en la escena, reservándose el dirigirla él solo. Probo y discreto, ocultaba bajo un aspecto de franqueza estraordinaria un profundo disimulo: su objeto supremo era el engrandecimiento de la casa de Austria; y cuando creyó que podia conseguirlo, no vaciló en rechazar la política de varios siglos, y unirse á la Francia.

Maria Teresa no dejó nunca á su marido tomar la menor parte en el gobierno; y aunque detestó á la Francia, no pudo impedir la funesta alianza del Austria con esta potencia. *La emperatriz y mis hijos*, decia, *son los que componen la corte; yo no soy más que un particular*. Desprovisto, pues, de ambicion y dignidad, se dedicó al comercio, en el que hizo fructificar los capitales que sacaba de la Toscana. Prestaba dinero al gobierno, y contrató los suministros militares, el arriendo de las aduanas de Sajonia y hasta los forrajes para el ejército de Prusia, en guerra con la emperatriz (3). Gastó mucho tambien en escudriñar los secretos de la naturaleza, principalmente el de hacer oro, y fundir varios pequeños diamantes para formar uno solo. Por lo demás, jovial, benéfico, fué siempre estraño á la ambicion, y murió el 15 de agosto de 1765. Maria Teresa no dejó nunca el luto de aquel de quien habia tenido diez y seis hijos, de los cuales nueve vivian. Una de sus hijas se hizo monja; Maria Cristina se casó con el hijo menor de Augusto III, rey de Polonia, y el cincel de Cánova la ha inmortalizado. Amelia se unió al duque de Parma, Carolina al rey de las Dos Sicilias. A Maria Antonieta le estaba reservado un destino más brillante, seguido pronto de una terrible catástrofe. El segundo de sus hijos obtuvo la Toscana; el tercero se casó con Beatriz, heredera de Módena, y recibió el gobierno del Milanesado; Maximiliano obtuvo títulos y el obispado de Munster.

(2) «Maria Teresa era cruel, y quizás ningun soberano ha llevado á un punto más alto la desolacion y ha tratado á los pueblos conquistados ó hasta los neutrales, invadidos por sus ejércitos con más barbarie, ó ha opuesto una fria indiferencia á sus lamentos y ruegos.» SISMONDI, *Historia de los franceses*, XXVIII, 411.

(3) OBRAS DE FEDERICO II.

José II.—El mayor, José II, que fué elegido emperador (1765), daba grandes esperanzas: era jóven, lleno de talento é instruccion, mostraba hácia la guerra más gusto que el que por lo comun se tiene en Austria; habia vivido en el mundo derramando beneficios. Maria Teresa le amaba poco, juzgándole tosco y duro de corazon (4); y durante el tiempo que reinaron juntos, estaban poco acordes, ella deseando conservar con la paz lo que habia adquirido, y él aspirando á aumentarlo con la guerra.

Habia estudiado el derecho público más de lo que acostumbran los príncipes; los filósofos le habian deslumbrado más bien que iluminado. Contrajo con la lectura de los economistas, á la sazon en auge, con la conversacion de los hombres instruidos y en sus viajes, la mania de reformas que existia en todas partes. Como su madre le impedia dedicarse á ellas, se aumentó en él esta mania, tanto más, cuanto que las súplicas y quejas se dirigian, como acontece siempre, al heredero del trono. Apenas se vió libre en sus acciones (1780), á la edad de cuarenta años, quiso apresurarse para recuperar el tiempo perdido; y como no podia reformar el imperio, se dedicó á poner las reformas por obra en sus provincias hereditarias, donde se proponia introducir de repente la unidad y centralizacion que veia en Francia, á despecho de los privilegios, de las costumbres y de las nacionalidades.

En efecto, habia en aquella herencia doméstica, cuya adquisicion habia sido tan larga, tantas naciones como provincias, con lenguas, costumbres y civilizaciones diferentes: en ciertos parajes, como en Hungria, el feudalismo estaba en pleno vigor, y en otros se encontraba moderado por leyes y costumbres; además habia casi en todas partes Estados compuestos de dos órdenes privilegiados y de algunos diputados de las ciudades reales, que participaban con el rey del derecho de establecer impuestos, sin que los ciudadanos tuviesen representacion, y en ciertos puntos los aldeanos eran siervos.

Sin embargo, José soñaba en un gran sistema de unidad administrativa, en el que todos participasen de las cargas y ventajas de la sociedad. Comenzó por abolir el feudalismo, el derecho de mayorazgo, las servidumbres personales, las cazas reservadas, los servicios personales, los diezmos, los Estados provinciales, toda clase de dependencia que no fuese la del soberano, que debia como padre hacer todo lo que quisiera. Poniéndose desde luego á la obra, formó gobiernos divididos en círculos, cada uno con un capitan para vigilar la ejecucion de la ley, y proteger á la clase media contra los feudatarios. En cada gobierno se esta-

(4) Segun Coxe, decia á un célebre artista: *Enseño á mi hijo á amar las artes para que le civilicen. Tiene el corazon duro.*

bleció un tribunal con dos cámaras, una para los nobles, otra para el pueblo, reservando las apelaciones á otro supremo, y la decision en última instancia dependia del de Viena. Un director de policía dependia del gobernador, y una sola contribucion debia reemplazar los impuestos parciales.

De esta manera aplicaba las generalidades abstractas á la sazon en boga, y que se dirigian á un fin determinado sin tener en cuenta los medios. Las provincias se quejaron al verse despojadas de sus privilegios protectores y antiguos. Los servicios personales eran derechos reales, los diezmos una *co-propiedad*, de tal manera, que su repentina supresion era un ataque á posesiones reconocidas. La contribucion única se encontró menos ventajosa al pueblo de lo que parecia en teoria; pues en ciertos paises ascendia hasta sesenta por ciento del producto líquido.

Habiendo dado José mayor libertad á la prensa, no resultó una sola obra literaria ó política que sobreviviese, y sí un diluvio de folletos sobre el gobierno, en atencion á que todo el mundo queria meterse á dar consejos. El emperador escuchaba á todos aquellos doctores, y multiplicaba inconsideradamente las innovaciones; pero con intenciones rectas y gran superioridad sobre su nacion, la dejó atrasada á las demás. En primer lugar, la filosofia no le hizo olvidar las costumbres despóticas. Una vez convencido de la bondad de una cosa, no se preocupó de las razas, costumbres, sentimientos y derechos nacionales ó extranjeros: los hombres eran para él una materia bruta que el operario podia modelar á su talante: el que resistia era un rebelde; se mezclaba en toda clase de frivolidades; en la calidad de los trajes, en las campanas; pretendia cambiar en algunos años lo que el genio del pueblo no produce sino en el espacio de siglos, y como si hubiese tenido el presentimiento de que sus dias habian de durar poco, publicó en los tres primeros años de su reinado trescientas sesenta y seis ordenanzas generales para todos los Estados, además de las particulares, destinadas todas á morir pronto. Introdujo en el ejército, siguiendo los consejos de Lascy, la economia y el órden que han permanecido siendo el carácter de las tropas austriacas. Pero, no contento con aquellas mejoras, hasta se proponia hacer que todos sus súbditos hablasen el mismo idioma.

Su código civil y el criminal (1786-1787), redactados de prisa, reclamaron prontamente interpretaciones y cambios. La autoridad legislativa y ejecutiva es atribuida en ellos indivisiblemente al emperador. Todos están sometidos á las leyes, y son aptos para heredar, tanto muebles como inmuebles. El matrimonio es un contrato civil; en su consecuencia el divorcio es permitido; y los hijos naturales heredan á sus padres que han permanecido solteros. El derecho de primogenitura queda abolido en él; el padre no posee el usufructo de los bienes de su hijo, es solo su tutor, y de esta manera se sustituia el espíritu social al de familia. Los crímenes están clasificados segun atacan al Estado, á la sociedad ó al individuo. José abolió la pena de muerte, pero no para los crímenes de Estado; y considera como tales una série de actos que no son siquiera escepcionales. Prodiga los palos y la marca en el rostro; conserva al mismo tiempo los horribles calabozos en que se intercepta hasta la respiracion con macizas rejas, y en los que apenas bastan el pan y el agua á la vida del prisionero; dispone que las penas no perjudiquen á la mujer, hijos ó parientes del condenado; pero confisca los bienes del criminal de Estado, sin consideracion á sus herederos. Envia á los blasfemos á los calabozos; pero añade los palos á los trabajos forzados á los perturbadores del culto, á los escandalosos, á los libertinos y á los condenados por infracciones de bandos (5). Creó los crímenes políticos, que eran castigados por el jefe del consejo de gobierno. El relator de aquellos procesos debia ser desconocido; y el juez podia á su antojo someter al culpable al ayuno y mandarle apalear, con tal de que no escediesen de cien golpes cada vez. Aquel príncipe que proclamaba la libertad, prohibió la introduccion de las mercancias extranjeras; y el que habia viajado tanto, prohibió viajar antes de la edad de treinta y tres años, y decretó la *contribucion de los ausentes*, sobre los propietarios que iban al estranjero, y la confiscacion de sus bienes presentes y futuros, cuando prolongaban su ausencia. Pronunció penas graves contra los que emigraban, y alentó con recompensas la delacion de los culpables; castigaba con una multa de 300 florines, ó con seis meses de trabajos públicos, á los

(5) El primer código oficial es el de Suecia, llamado *Landslagh*, ó ley del pais, que fué compilado en 1442, é impreso en 1608, y en el cual están refundidos los diez códigos provinciales de aquel reino. Después en 1618 Gustavo Adolfo dió el *Stadtlagh*. En 1747 Federico II de Prusia mandó á Samuel Cocceyo que redactase un código general, el cual no se puso en vigor hasta 1795. En Austria desde 1753 se habian ocupado en preparar un código, y en 1767, Azzoni, principal redactor de aquel trabajo, presentó ocho tomos que contenian el derecho romano y el derecho germánico refundidos y reunidos. Deseando Maria Teresa que estuviese simplificado y compendiado, encargó al profesor Horten revisar el total. En 1786 apareció la primera parte del código civil relativo á las personas y derechos de familia, revisada por Kees; el resto fué revisado por Martini, y se ensayó en Galitzia antes de estenderle á todos los Estados. Aprovecháronse durante aquel tiempo, de las observaciones de los jurisconsultos, de las universidades, y de las discusiones á que daba lugar entonces el código francés. El código austriaco, redactado, en fin, por Zeiller, fué promulgado el 5 de junio de 1811, comentado por él mismo, y después por Scheidlen. Y se hizo de él una crítica severa por Savigny *(Von Beruf unserer Zeit für Gesetzgebund und Rechtswissenschaft*, 1815), partiendo del principio de su escuela, que no conviene compilar los códigos. Sin embargo, Pardessus decia *(Periódico de los Sabios*, octubre de 1842), que el código civil austriaco tiene menos estension que el francés, es más completo, más metódico, y está mejor redactado.

jueces ó jefes del municipio que no les hubiese impedido el salir, y con una multa de 150 florines á los comandantes de las fronteras que dejasen pasar á alguno.

Trató de fomentar el comercio húngaro; y como los puertos de Fiume, Zengh y Carlstadt estaban muy distantes para el trasporte de granos, vinos y pieles, trató con la Puerta de obtener la navegacion en el mar Negro, como tambien la exencion de peajes de las mercancias en pabellon austriaco, sin pagar más que tres por ciento de su valor. Concedió tambien un privilegio á una compañia italiana, que prosperó trasportando el grano húngaro desde Fiume y Trieste á Génova y Marsella; pero se arruinó con las guerras de Turquia.

José escribia á sus ministros: «El comercio austriaco paga anualmente 24.000,000 de florines por mercancias extranjeras, de donde se sigue que sin las minas se encontraria aniquilado. Con objeto de favorecer la produccion del pais y reprimir la moda, he prohibido las mercancias extranjeras; sé que esto ha causado cierto rencor entre los comerciantes; pero no puedo conceder más que un término para volver á exportar los objetos extranjeros que existen en el pais. Soberano de un gran imperio, debo comprender con una mirada el conjunto de mis Estados, sin escuchar los clamores de algunas provincias que no se conocen más que á sí mismas. El bien de los particulares es una quimera, y lo sacrifico al bien general...» Este principio que en boca de los filósofos no era más que una absurdidad pagana, llegaba á ser homicida en manos de un príncipe.

Las diferencias religiosas fueron para él un escollo. Después de la reforma se habian adormecido en Alemania, pero no extinguido; y como renacian frecuentes disputas sobre la aplicacion de los derechos, muchos príncipes habian tenido intencion de poner acordes á los calvinistas y á los luteranos. En 1621 Guillermo IV, landgrave de Hesse-Cassel, habiendo convocado á los teólogos en su capital, decidieron que una de las sectas no desaprobaba á la otra en lo correspondiente á los dogmas de la predestinacion, de la gracia universal, de la aplicacion de los méritos de Jesucristo, del bautismo y del exorcismo. Pero este mandato de paz no produjo sino una recrudescencia de odios y escritos, en los que se mezcló la política.

Ahora bien, la política habia hecho desear aquella union al primer rey de Prusia; y era favorecida por su mujer Sofía Carlota y por Leibniz; en su consecuencia, se reunió un sínodo en Berlin en 1705, para tratar de los medios de entenderse; pero terminó tambien con anatemas. El rey hizo sin embargo construir una iglesia comun á ambos cultos, en cuyo altar se encontraban colocadas la confesion de Augsburgo y el catecismo de Heidelberg. Su sucesor no se ocupó de aquella fusion; pero los disidentes se aprovecharon de ella, pues conocian la necesidad de resistir á los católicos, porque la union debia concernir únicamente á los puntos esenciales á la salvacion, sobre los cuales se estaba ya de acuerdo. El sabio teólogo Cristóbal Matias Pfaff, canciller de la universidad de Tubinga fué el gran promovedor; y tuvo por opositor á un hombre de tan elevado mérito como Ernesto Salomon Cipriano de Gotha. Tolerante Federico II por indiferencia, dejó á cada uno de sus súbditos observar las ceremonias que quisiesen, y el tiempo hacia la union menos difícil, destruyendo los odios nacidos de convicciones profundas. Uniéronse algo, renunciando los calvinistas á la predestinacion, los luteranos á la presencia real. Es cierto que quedaba la diferencia política, concediendo los luteranos al príncipe todo el poder eclesiástico, deduciendo los reformados la autoridad de la union de todos los fieles; pero no se prestó atencion á ello hasta nuestra época.

Cierto número de protestantes se habian introducido en el pais de Salzburgo, y aunque se les habia arrojado de él, habian quedado algunos en el valle de Tefferegg, en el que se encontraban ignorados ó tolerados. Habiendo llegado á aquella diócesis el baron de Firmian, como príncipe arzobispo, pensó en espulsarlos, y aunque recurrieron al cuerpo evangélico, y los mismos reyes se interpusieron, los arrojó, sin permitirles llevar consigo lo que poseian. Eran más de veinte mil, de los cuales diez y ocho mil fueron á establecerse en la Lituania prusiana, los demás pasaron á América, y toda la Europa se conmovió con la emigracion de Salzburgo.

Maria Teresa, que creia de gran importancia las prácticas de devocion, hasta el grado de espiar su cumplimiento en el seno de las familias, no quiso conceder á sus súbditos la libertad del culto, aunque invocasen la paz de Westfalia; permitió sólo á los disidentes del Austria, de la Estiria y de la Carintia, emigrar á Transilvania. Sin embargo, las sugestiones de Kaunitz, imbuido en las ideas filosóficas, le hicieron introducir restricciones á la autoridad pontificia; decretó tambien la espulsion de los jesuitas, cuyos bienes se destinaron á la instruccion pública.

El *Jus ecclesiasticum*, de Van Espen (6), en el que los derechos de los príncipes están constantemente sostenidos contra los del sacerdocio, estaban muy esparcidos por Alemania. Ahora bien, escitóse la opinion pública contra los pontífices, no por jansenistas, escritores demasiado refinados, ni por filósofos burlones en una nacion grave y pesada, sino por un prelado católico, Juan Nicolás de Hontheim, obispo sufragáneo de la metrópoli de Tréveris, afamado por su integridad y piedad. Publicó en 1750 la *Historia diplomática*, de Tréveris; después dió á luz en 1763, con intencion de unir á los disidentes católicos, un pequeño libro *Sobre el estado de la Iglesia y el poder legítimo del*

(6) Véase tomo VII.

pontífice romano (7), que reimpreso con continuas adiciones, llegó á ser el manual de su partido. Trata de establecer en él, que el poder eclesiástico no se ha concedido á un solo personaje infalible y autorizado para publicar leyes obligatorias á todos los cristianos, sino que se ha dado á toda la Iglesia, que le ejerce por medio de sus ministros. El primero de ellos es el obispo de Roma, jefe visible de la Iglesia; pero la Iglesia podia trasferir este poder á otro obispo cualquiera; y como esta institucion tiene por objeto mantener la unidad de la Iglesia, no tiene más prerogativas anexas que aquellas sin las cuales se disolveria la union, como presidir los concilios generales, mantener las leyes eclesiásticas, proponer otras nuevas, promulgarlas, y dispensar de ellas. El derecho de confirmar ó trasferir á los obispos, de pronunciar en la apelacion de sus juicios y otros derechos accidentales, ataca los de las iglesias particulares y de los obispos, y no está fundado sino en las falsas decretales. Era su conclusion que debian suprimirse los abusos y escesos del poder pontificio, y que los disidentes volverian al seno de la Iglesia; que lo mejor seria que el mismo papa la moderase espontáneamente, antes de que los príncipes lo hiciesen.

De esta manera es como con cierto aspecto de conciliacion agrió los ánimos contra el pontífice, escitando la envidia de los príncipes, y exhortándolos á disminuir sus poderes. Toma de los protestantes y de los galicanos sus objeciones y su odio, sin tener en cuenta sus refutaciones: como por lo demás tiene poco arte y amontona palpables contradicciones, llega á enseñar el medio, no de reunir los ánimos, pero sí de completar el cisma.

Estando su obra en latin, no circuló tanto entre el pueblo como en los libros franceses; bastó, sin embargo, para sacudir la somnolencia habitual de los alemanes. Varios hombres distinguidos participaban de aquella manera de ver, como Stoch y Oberhauser; lo que hizo que las ediciones y tradiciones se multiplicasen, y con ellas las máximas antipapales. Roma condenó el libro; pero los obispos no hicieron caso de esta censura. Venecia le dejó reimprimir. Fué refutado por Ballerini, Mamachi y otros muchos. El jesuita Francisco Antonio Zacarias, escribió el *Antifebronius* (Pesaro, 1767) y el *Antifebronius vindicatus* (Cesena, 1771); pero el autor contestó con tanta erudicion como osadia, protestando siempre de su catolicismo. Es cierto que se retractó á la edad de ochenta y ocho años; pero viendo que se hablaba mucho de ello en Roma, añadió una esplicacion que destruia en gran parte aquella retractacion (8).

En medio de aquella fermentacion, se envió por primera vez un anuncio á Baviera (1786), y comenzó á ejercer la jurisdiccion. Los príncipes del imperio concibieron recelos, y comenzaron á decir que las relaciones de su Iglesia con Roma debian arreglarse segun los privilegios y concordatos de cada una; que la corte de Roma habia perdido sus derechos, por no haberse sometido á la obligacion de convocar un concilio cada diez años. En este estado de cosas, los cuatro principales prelados de Alemania se reunieron en Ems cerca de Coblentz, y decidieron que los obispos, como sucesores de los apóstoles, tenian el poder inmediato de atar y desatar, que los religiosos no pueden recibir órdenes de los superiores que residen fuera de Alemania; que las bulas y dispensas de Roma no tienen fuerza sino con la aprobacion de los obispos. Sacaron, pues, en consecuencia, la necesidad de cambiar la forma del juramento, disminuir los impuestos pontificios, y quitar al nuncio toda intervencion en los asuntos eclesiásticos.

Diferentes prelados se adhirieron á aquella declaracion. Se celebraban matrimonios en virtud de dispensas concedidas por los obispos, y no se atendia á las reclamaciones del papa. El pontífice se dirigió al clero inferior, lo que fué tachase de abuso, y produjo infinidad de quejas. Los derechos pontificios fueron debatidos en multitud de escritos. Enseñóse la independencia de los obispos en los púlpitos, y se proclamaba que tienen voto resolutivo en los concilios, que son todos iguales, que pueden dispensar hasta de la observancia de los cánones generales, y que una ley papal no obliga sino en tanto que consienten en ella los obispos. El escrito de Eybel, titulado *¿Qué es el papa?* causó gran ruido: se propuso, segun dicen, al emperador establecer un concilio nacional, con objeto de hacer inútiles las apelaciones á Roma, como tambien los envíos de dinero. Los príncipes eclesiásticos creian de esta manera asegurar su independencia, y abrian el abismo en el cual debian engolfarse, veinte años después, su poder territorial y eclesiástico.

José II encontraba, pues, los ánimos preparados; y secundando tambien su disposicion bajo este aspecto, se dedicó á restringir la prerrogativa pontificia, tal vez más allá de los límites católicos. Revocó el edicto de Fernando II, que prohibia en Austria todo otro culto que el catolicismo; permitió á los judíos dedicarse á cualquier oficio y comercio, pero no llegar á ser propietarios; y los admitió á los derechos de ciudadania bajo el mismo pié de igualdad. Aseguró á los protestantes de Hungria la libertad religiosa, como tambien á los griegos no unidos, admitiéndolos á todos los empleos, sin otro

(7) JUSTINI FEBRONII, *jurisconsulti: De statu ecclesiæ et legitima potestate romani pontificis liber singularis ad reuniendos dessidentes in religione christiana compositus.* Bouillon (Francfort, en 4.°).

(8) JUSTINI FEBRONII.—*Commentarius in suam retractationem*, 1781.

juramento que el que les permitiera su creencia. Los niños varones nacidos de matrimonios mixtos debian ser educados en la fe católica, si era ésta la del padre; y sino, á voluntad de los padres; las hijas debian seguir la religion de la madre.

Conforme á su idea, á la sazon dominante, de reunir en su mano la direccion absoluta de todas las fuerzas de la monarquia, José no toleraba las relaciones de sus súbditos con Roma, ni las libertades eclesiásticas, únicas que habian sobrevivido. Mandó, pues, que no se publicase ningun breve sin su asentimiento; abolió los recursos á Roma para los asuntos reservados, y autorizó á los obispos á dar dispensas en caso de parentesco. Quiso tener en Lombardia el derecho de nombrar los prelados, de que gozaba en los demás paises de sus Estados; y notificó al gobernador que se creia autorizado á disponer de todos los beneficios eclesiásticos. Nombró arzobispo de Milan, sin dar cuenta al cuerpo municipal ni al papa; y habiéndosele quejado el pontífice, José volvió el breve, por no estar conforme á los términos convenientes. Hizo traducir la Biblia al aleman, y proponia poner la liturgia en lengua vulgar, suprimir de las iglesias los ornamentos y ciertas imágenes, las procesiones, las peregrinaciones, las hermandades; hizo borrar de los breviarios el oficio de Gregorio VII, y de todos los parajes donde se encontrasen las bulas *In cœna Domini* y *Unigenitus*, prohibiendo discutir sobre las proposiciones contenidas en ellas. Libertó á los monasterios de la subordinacion con respecto á los superiores que residiesen fuera del pais, como quiera que cada fundacion debia ser regida por provinciales dependientes del obispo, y que no debia ni enviar diputados á capítulos que se verificasen en pais extranjero, ni tener tampoco extranjeros por jefes, ni permitir á ningun fraile hacer el viaje á Roma. Escluyó enteramente las órdenes dedicadas á la vida contemplativa, á saber: los cartujos, los carmelitas, los olivetanos, los camaldulenses, las claras, los capuchinos, cuyos bienes pasaron al fisco; después los benedictinos, los premonstratenses, los religiosos del Cister, los de San Pablo, los dominicos, los trinitarios, los servitas y los franciscanos; y parece que su intencion era no conservar más que á los piaristas. De esta manera suprimió dos mil veinte y cuatro monasterios, sin dejar subsistir más que setecientos, y redujo el número de los frailes de treinta y siete mil á diez y siete mil. Los que toleró, se vieron obligados á dedicarse á la enseñanza; y los dispensó de cantar en el coro, y de las demás obligaciones perjudiciales á la salud.

Convertido en administrador de lo temporal de la Iglesia, estableció con los bienes confiscados un fondo religioso (9), del cual destinó una parte al sueldo de los curas-párrocos, y de esta manera aumentó su número. Quitó á los obispos de Lombardia la direccion de los grandes seminarios, que reemplazó con una escuela de teologia única en Pavia, á donde trasladó el colegio germánico de Roma; nombró naturalmente para él á profesores partidarios de las doctrinas modernas, á las que se daba en Italia el nombre de jansenistas, como á Pedro Tamburini, corifeo de aquella escuela, y á José Zola, autor de una historia eclesiástica hasta el tiempo de Constantino. Circuló la noticia de que su intencion era confiscar todos los beneficios y hacer que el clero estuviese á sueldo del Estado. Aun más, José tasó los gastos de los funerales, determinó las horas en que habian de tocar las campanas y tener abiertas las iglesias. Prohibió que hubiese pomposas exequias, en atencion á que la tumba nivela todas las desigualdades; dispuso que se enterrasen los cadáveres desnudos dentro de un saco (10), que se quitasen de las iglesias los exvotos, que no se hiciesen procesiones sino en la época de las Rogaciones y del Corpus; que aun en este dia no se sacasen imágenes y banderas muy grandes; que no se tocasen las campanas en las tempestades; que cesase toda devocion al Sagrado Corazon y al cordon de san Francisco; que no se mezclasen en los sermones controversias contra los que profesan una religion diferente, ningun ataque contra obras impresas en los Estados austriacos, sino que, por el contrario, se tratase en los sermones de ilustrar la inteligencia y mejorar el corazon. Por esto es por lo que Federico II llamaba á José *mi hermano el sacristan*, y decia que tenia deseos de aprender de él, pero le faltaba paciencia para instruirse (11).

José queria tambien abolir en el Imperio todo derecho diocesano extranjero. Se apoderó de los

---

(9) «No es cierto que los fondos religiosos estén sólo destinados á favorecer mi gobierno, como se murmura en Roma; sino que deben ser un beneficio para mis pueblos; y como tanto su existencia como el descontento que han manifestado pertenecen al dominio de la historia, pasará ciertamente á la posteridad, y llegará á ser un monumento, que espero no será el único que recuerde la época de mi reinado. He abolido los conventos supérfluos y las hermandades, más supérfluas aun, y destinado sus bienes á dotar nuevas parroquias y mejorar las escuelas. Los fondos del Estado y los de la Iglesia son enteramente diferentes, escepto en que no puedo dispensarme de confiar á los funcionarios del Estado la administracion de los últimos. Mi hecho no puede ser juzgado sino por su objeto, y los efectos no pueden apreciarse sino por los que producen al cabo de algunos años. Veo bien que la lógica de Roma no es la de mi pais; por esto es por lo que hay tan poca armonia entre la Italia y el imperio germánico.» *Carta de José II.*

(10) Ordenanza del 23 de agosto de 1784, revocada en 1785.

(11) José II escribia en 1781 al cardenal Arzan: «Desde el momento en que he ascendido al trono, he convertido á la filosofia en legisladora de mi imperio. El Austria recibirá una nueva forma, se disminuirá la autoridad de los *ulemas*, y se restablecerán los derechos del soberano en su antiguo brillo... Detesto la supersticion y los saduceos; suprimiré, pues, los conventos. A ellos se debe la decadencia del espíritu humano... Los principios del monacado, desde Pacomio hasta nuestros dias, son entera-

bienes que poseian en Austria obispos de otras partes, y fundó nuevos obispados. Kaunitz contestaba á las reclamaciones, que toda consideracion debe ceder ante la obligacion en que se encuentra un monarca, de ejecutar un sistema reconocido conforme al bien de sus súbditos y á la prosperidad de la monarquia. El mismo emperador verificaba todo esto con el absolutismo de un hombre convencido de que obra bien. Contestaba á un superior de un convento que le hacia presente sus escrúpulos: *¡Pues bien! idos adonde no haya semejantes prescripciones;* y á un obispo que, después de haberle hecho un largo discurso sobre sus propios deberes, le pedia sus instrucciones: *La instruccion es que quiero ser obedecido.* El obispo de Goritz, que vaciló en publicar el edicto de tolerancia, fué llamado á Viena para ser reprendido, y depuesto el gobernador de la provincia. Un sacerdote suizo, llamado Plorer, habia sido nombrado director del seminario de Brunn: mas como el obispo no le admitiese por su cualidad de jansenista, fué promovido por el emperador á las mismas funciones en el seminario de Viena, y el arzobispo Migazzi, que tambien le rechazaba, cayó en desgracia, y se le autorizó para dejar su silla. La universidad de Bonn se fundó por protestantes para estender las máximas de José II.

El peregrino apostólico.—No viendo Pio VI donde se detendria aquella série de inconsideradas innovaciones, se asustó; y habiendo sido vanas sus manifestaciones y las *respetuosas reflexiones* que varias veces habia dirigido al emperador, se propuso visitarle en persona. ¡Cuánto habian cambiado los tiempos de la época en que los papas citaban ante su tribunal á los Césares para dar cuenta de los ultrajes hechos á la fe ó á la justicia! En vano los que conocian los probables inconvenientes de semejante viaje trataron de disuadirle. Confiando Pio VI en su causa, y en la eficacia de su majestuoso talante y de su viva elocuencia (1782), se puso en camino, después de haber orado toda una noche sobre el sepulcro de los santos apóstoles. José II habia escrito ya al Padre Santo que recibiria aquella visita como una prueba de afecto; y que con respecto á lo que habia hecho, «no podia imaginar ni encontrar un ejemplo capaz de hacerle derogar lo que habia ejecutado.» (12) Después de haberle hecho cumplimentar en Ferrara por un husar protestante, y haberle dado por guardia un cuerpo compuesto en su totalidad de merodeadores, salió á su encuentro para tributarle aquel honor, pero evitó entrar en una discusion séria, y no dejó que nadie le visitase sin su permiso. Kaunitz, á quien el papa presentó la mano, se la apretó como si fueran iguales, y no le habló sino de bellas artes. Manifestándose Pio VI dispuesto á aprobar ciertas medidas con tal de que se modificasen, le hizo comprender que no lo creia necesario. Profundamente afligido el pontífice de la inflexibilidad de José, y avergonzándose de un vano ceremonial y de una embustera veneracion hácia la Santa Sede cuando se la despojaba de sus principales privilegios, abandonó á Viena, después de haber permanecido en ella un mes como un suplicante, al pié de aquel mismo trono que los rayos del Vaticano habian conmovido más de una vez (Coxe).

José devolvió su visita al papa en Roma, donde vivió como un simple particular, comiendo en la posada. Se notó que en lugar de servirse del magnífico reclinatorio que se le habia preparado en San Pedro, se arrodilló en el suelo. Sin embargo, aquel viaje le hizo realmente conocer la dificultad de reducir al papa á no ser más que el obispo de Roma, y se dejó persuadir á aceptar el indulto que el papa le ofrecia por el nombramiento de arzobispo de Lombardia y de sus beneficios consistoriales. Determinóse en un concordato, que los grandes beneficios y los oficios eclesiásticos, reservados á Roma, pertenecerian al duque de Milan y Mantua, y que el papa anularia la bula de institucion. De esta manera tuvo que ceder el papa hasta el nombramiento de los obispos de Italia al príncipe que habia abolido hasta el convento adonde habia ido á conferenciar con él (13).

---

mente contrarios á las luces de la razon, y vemos revivir en los frailes á los israelitas que adoraban al becerro de oro de Betel... El poder de los obispos consolidado por mí, destruirá pronto estas falsas creencias; en lugar del fraile daré á mi pueblo el sacerdote; en lugar de la novela de las canonizaciones, el Evangelio; en lugar de las controversias, la moral.»

(12) Carta del 11 de enero de 1782.

(13) El baron de Zach comunicó al historiador Schœll una carta de José II que revela singularmente el carácter é intenciones de aquel monarca con respecto á las materias religiosas. Fué escrita con motivo del viaje que Pio VI queria hacer á Viena, y dirigida á un príncipe soberano eclesiástico de Alemania, que se supone ser Clemente de Sajonia, elector de Tréveris.

Haupstein, 23 de setiembre de 1781.

«¡Cuán obligado os estoy por el interés que tomais por la futura salvacion de mi alma, salvacion que espero conseguir, sin desearla, sin embargo, muy próxima! Desgraciadamente no tengo conmigo sino la *Instruccion* del Gran Federico á sus generales, los *Sueños* del mariscal de Sajonia, y otras estravagancias semejantes.—Mi Quesnel, mi Busenbaum, y hasta el ortodoxo Febroni se han quedado en mi biblioteca. ¿Cómo habia de poder contestar detalladamente á las importantes preguntas, divididas en cinco puntos, que vuestra A. R. tiene á bien dirigirme? No tendria tiempo para ello, si una fuerte lluvia no me pusiese en el caso de moralizar un rato con vos, en lugar de hacer ejercicio.

»Siguiendo el órden que me habeis trazado: 1.° con respecto al *exequatur* real, me ha parecido que cuando el jefe visible de la Iglesia, *como vos le llamais,* hace salir del Vaticano alguna órden dirigida á los fieles de mis Estados, su jefe muy palpable y real, que soy yo, debe estar instruido en ello, é influir en algo.

»2.° La abolicion de ciertas órdenes está reconocida

En la política esterior, José se separó del papel de conservador de sus antepasados, abandonándose á una vaga ambicion cuando el fluctuante favor de los gabinetes hacia imposible la ejecucion de grandes proyectos. Despues de haber procurado en vano separar á su madre de la alianza francesa, quiso al menos evitar la de Rusia con Prusia; y no confiando en los ministros, pidió á Catalina permiso para pasar como simple particular á sus Estados, y conocer de cerca la maravilla del siglo. La encontró, como ya hemos dicho, en su viaje triunfal á Crimea (1780); y habiéndola seguido hasta San Petersburgo, la encantó con sus buenos modales y vastas ideas; á su vez quedó sorprendido de las debilidades y grandeza de la czarina; de aquella mezcla de barbarie y lujo. De esta manera se formó una alianza contraria á los intereses del Austria. Catalina lisonjeó diestramente los fastuosos proyectos que alimentaba entonces en secreto, y sobre todo el relativo al Escalda, pues hubiera tenido ella en Ambères, con el nombre de su aliada, un puerto de descanso para los buques destinados á largas navegaciones.

En la paz de Munster, Felipe IV se habia visto precisado á dejar arrebatar, á las diez provincias belgas que le habian permanecido adictas, todas las ventajas comerciales, y sufrir se cerrase á sus súbditos el Escalda, en interés de los Estados generales de Holanda. El acrecentamiento de esta potencia habia hecho que la Francia considerase á los Paises-Bajos católicos como su barrera; y en el tratado de Utrecht (1713) se habian cedido al Austria, con obligacion de mantener guarnicion en una línea de fortalezas. Esto era sacrificar los fieles flamencos á los rebeldes holandeses, y Carlos VI procuró en vano, fundando la compañia de Ostende, conceder alguna ventaja á sus súbditos. En vano intentó Kaunitz, cuando la paz de Aquisgram, romper aquel yugo, y Maria Teresa se negó á pagar subsidios á los holandeses por las guarniciones que habian sido impotentes á detener á los franceses. Habian dejado que aquellas fortalezas se desmoronasen, y la Holanda continuaba permaneciendo en ellas, pero sin cuidarse de conservarlas.

Cuando José II viajó por aquel pais, resolvió demolerlas casi todas; y sin cuidarse de las reclamaciones de los Estados generales, declaró que no habia necesidad de barrera contra la Francia, pues era una potencia amiga; arbitrariedad que tuvo el castigo muy pronto, cuando la Francia, en revolucion, se arrojó sobre aquel territorio sin encontrar obstáculos. La molicie con que la Holanda se quejó en aquella ocasion animó á José á suscitar sus pretensiones, y ocupó violentamente territorios sobre los cuales tenia aquella jurisdiccion. Contestó á las quejas, como tenia costumbre, y mucho fué el hacer que se aviniera á una conferencia en Bruselas (1784). Pero los exorbitantes artículos que

---

por vuestra misma A. R. como de autoridad puramente soberana. Si, por política pidiera yo licencia sobre esto al Padre Santo, tendria eternamente que arrepentirme de haber reclamado de él lo que no le pertenece, y haciéndole creer que no conozco mis derechos le induciria más en error.

»3.° Con respecto á la privacion de los beneficios en el caso de contravencion á las leyes, vuestra A. R. tiene la bondad de reconocer que ni indirectamente tengo derecho para hacerlo, privando de las temporalidades á los contraventores. Pero siendo siempre el camino indirecto el recurso del débil y del pícaro, yo, que no soy ni uno ni otro, prefiero el recto.

»4.° En lo correspondiente á las dos bulas *In cœna Domini* y *Unigenitus*, vuestra A. R., desaprobando la primera, hace á Bonifacio la justicia que se le debe. Parece que la palabra *arrancarlas* de los rituales le inquieta. ¡Pues bien! si quiere, en lugar de arrancarlas en su diócesis, haga pegar encima de ellas una hoja de papel blanco, en la cual estén escritas estas palabras: *obedientia melior quam victima*, sentencia que si tengo buena memoria, Samuel dijo á Saul con motivo de algunos amalecitas salvados de la matanza, y entonces la cosa seria más útil.

»La bula *Unigenitus* es posterior, me parece, á todo concilio ecuménico, en su consecuencia, se encuentra bien distante de la infalibilidad de un juicio de la Iglesia universal; fué aceptada por unos y no por otros. Me parece, pues, que la órden que doy de que no se hable más de ella no es escesiva. Felizmente mis buenos austriacos, mis pocescos (bohemios), mis valientes húngaros no conocen á Jansenio ni á Molina. Si alguno les hablase de ellos, preguntarian si son cónsules romanos, y añadirian que no los han oido nombrar nunca en sus escuelas. Estamos tan atrasados en las cuestiones de la gracia y del probabilismo, que yo mismo no he conocido más que un lebrel que se llamaba Molina, y que por sí solo sabia perseguir la liebre. Se guardará, pues, silencio en mis Estados sobre esta materia, y bueno hubiera sido que se hubiera hecho otro tanto desde hace treinta años en todas partes.

»5.° En fin, la censura de Viena parece inquietaros. Pensaria tambien en ella, si no conociese bien á los hombres para saber que hay pocos que lean, y aun menos que comprendan, y muy pocos que se aprovechen ó hagan caso de lo que han leido; conozco algunos, que no saben siquiera lo que escriben. Con seres organizados de esta manera, la prohibicion es más de temer que los malos libros, pues la primera hace leer los segundos. Sin la primera prohibicion que tentó hasta nuestros primeros padres, nos pasearíamos desnudos en el paraiso terrenal, y no hubiéramos oido hablar de las cinco graves cuestiones sobre las cuales contesto á vuestra A. R., no como un legislador, sino como un buen soldado, que tiene la fe del carbonero, y se contenta con el buen sentido. Sí, creo firmemente y con placer, que se ha aquietado su amistad. Si repugno algo, no es creer en las verdades de mi fe, sino en las forzadas aplicaciones que se han hecho de ella. En fin, me lisonjeo que nos encaminemos juntos y por el camino más recto hácia nuestra salvacion, desempeñando los deberes del destino á que nos ha destinado la Providencia y haciendo honor al pan que comemos. Vos comeis el de la Iglesia y protestais contra toda innovacion; yo como el del Estado, y defiendo ó reivindico sus primitivos derechos.

»Persuádase vuestra alteza de mi amistad y no vea sino franqueza y confianza en lo que he tenido el honor de decirle. Seré siempre de V. A. R. bueno y afectísimo primo.

JOSÉ.»

propuso se dirigieron todos á abrir la navegacion del Escalda, y á procurar á sus súbditos la facultad de traficar directamente con las Indias y en los puertos de los Paises-Bajos. Declaró obstinadamente que consideraria toda oposicion como una declaracion de guerra.

Hubiera sido el colmo de la cobardia el ceder á aquella violadora arrogancia de los tratados. Los Estados colocaron, pues, una escuadra en la embocadura del Escalda. Advertido José II por Kaunitz para que tomara sus precauciones, contestó: *No dispararán.* Poco tiempo después, Kaunitz le dirigió un despacho que no contenia sino estas palabras: *Han disparado.* En efecto, los holandeses, sin asustarse de las amenazas, inundaron el pais, en lo que fueron ayudados por la Francia: resultó de esto que deseoso Kaunitz de conservar la amistad de aquella potencia hizo aceptar su mediacion.

Tratado de Fontainebleau.— Insistia José en que quedase libre el Escalda y que se le cediese Maestricht; pero se contentó después con 10 millones de florines; mas como los holandeses se negaron á pagarlos, Luis XVI dió cuatro y medio. Abolióse el tratado de las Barreras y las trabas impuestas á los flamencos. Los holandeses se vieron obligados á atender al derrame de las aguas, de manera que no pudiesen perjudicar á Flandes.

Ya hemos hablado de las desgraciadas empresas del emperador contra la Turquia.

Nunca habia atacado la casa de Austria de aquella manera las costumbres de los demás pueblos y los principios del derecho público; así es que los publicistas y gabinetes clamaban, y estalló un descontento general entre los pueblos. Hubo una insurreccion declarada en Transilvania. Habiéndose puesto en Hungria al frente de la sublevada muchedumbre Nicolás Urz, llamado Horjah, pedia la abolicion de la nobleza; y adquirió tanta fuerza, que los imperiales tuvieron que entrar con él en parlamentos; pero habiéndose en fin apoderado de él por traicion, le hicieron perecer en la rueda. A su vez los nobles se resistian abiertamente á la ejecucion de los derechos que abolian la servidumbre y el uso de la lengua nacional, é imponian la contribucion única y el reclutamiento militar; y lo que sobre todo pareció un ultraje á los húngaros, fué la traslacion á Viena de la corona angélica, á la cual la nacion creia adherida su existencia. Y las quejas promovieron tanto ruido, que José II se vió precisado á restituirla, restableciendo los Estados provinciales y la antigua constitucion.

Ya hemos narrado (14) la revolucion por la cual se hizo independiente una parte de los Paises-Bajos de la Flandes, mientras que la otra con el título de Paises-Bajos Austriacos permaneció sometida al Austria. Si se prestara atencion, en las transacciones políticas, á las conveniencias de los pueblos, hubiera sido preciso formar de aquel pais un nuevo reino de Borgoña, que, fuerte entre Alemania y la Francia, hubiera evitado los rios de sangre vertida por las rivalidades de aquellas dos potencias. Carlos Quinto habia pensado en ello; pero no llegó á la ejecucion. La parte del Norte fué la única que consiguió constituirse; pero tuvo que sufrir más la del Mediodia, espuesta como estaba á los tiros de todos bajo la dominacion de príncipes distantes, tales como los monarcas austriacos.

Los belgas son gentes positivas, de poco entusiasmo, cuidadosos de sus intereses, estraños á la guerra, eminentemente tradicionales, y acostumbrados hacia mucho tiempo al régimen municipal, lo que hacia que fuesen casi independientes un pais de otro. Las diferentes provincias sometidas al Austria (15) gozaban cada una de una constitucion particular que el emperador se habia obligado á conservar por el tratado de Utrecht; en el caso contrario, podian negarle la obediencia, segun los términos del artículo cincuenta y nueve de la *Alegre entrada,* artículo que contenia uno de aquellos privilegios borrados solamente por la época moderna, es decir, el derecho de resistir á los príncipes que violaban los convenios jurados (16). El Austria las tenia como en usufructo; además, le eran útiles, aunque separadas, ya como barrera contra la Francia, ya por ponerla en relacion con las potencias marítimas; su prosperidad indica además que el gobierno estaba en armonia con el génio y las costumbres del pais. En 1717, el gobernador, marqués de Prie, quiso disminuir sus privilegios; pero Bruselas se sublevó y le echó. Annessen, jefe de la sedicion, fué decapitado por los austriacos; los belgas le consideraron como un mártir, y los pedazos del hacha que habia servido para herirle fueron vendidos como reliquias.

José II llegó á trastornarlo todo en aquel pais, como habia hecho en Italia. Pero el comercio, la libertad, la fe salvaron la nacionalidad belga, produciendo una revolucion que merece ser estudiada, porque se asemeja en el fondo á la de 1830, aunque las circunstancias sean diferentes (17).

---

(14) Libro XV, cap. 23.

(15) Es decir, los ducados de Brabante, de Güeldres, de Luxemburgo; los condados de Flandes, de Hainaut, de Namur; los señorios de Malinas y de Tournany.

(16) *Sus súbditos tienen el derecho de cesar de prestarle servicio, hasta que se reparan las contravenciones.*

(17) T. H. JUSTE, *Historia de la revolucion belga desde* 1790, *precedida de un cuadro histórico del reinado de José II, y seguida de una ojeada sobre la revolucion de* 1830.

Véase tambien á GERLACHE.—*Historia del reino de los Paises-Bajos desde* 1814 *hasta* 1830, *precedida de una ojeada sobre las grandes épocas de la civilizacion belga,* etc. Bruselas, 1842.

Existia tan poca unidad, que el marquesado de Arlom, en el Luxemburgo, era poseido por el rey de Prusia, como tambien la ciudad de Güeldres, los condados de Fauque-

José comenzó con tal diluvio de ordenanzas, que en 1786 el consejo de Flandes le hizo presente que Carlos Quinto no habia dado tantas en cincuenta años como él en cinco ó seis. Después, aunque el clero era muy poderoso en medio de una poblacion que fundaba su moral en una religion profunda, prohibió las procesiones y peregrinaciones, suprimió los conventos y confió la instruccion á los seculares. Sustituyó á los seminarios diocesanos uno general en Lovaina, con profesores elegidos por él; y en el *plan de los seminarios generales*, no disimuló la intencion de «sustituir á la teologia católica las ciencias, la física, la química, la agricultura y la economia política; la voluntad de hacer suceder á la educacion monacal y al egoismo de los conventos, el entusiasmo de la patria y el afecto á la monarquia austriaca; destruir la hidra ultramontana y establecer el reinado de las luces.»

Los seminaristas le presentaron todos unidos una peticion reducida á quedar sometidos á sus respectivos obispos en lo correspondiente á la disciplina y al dogma, no recibir lecciones sino de profesores y libros aprobados por la autoridad episcopal. La universidad de Lovaina, que se decia fundada para ser el baluarte y el sosten de la fe católica, se declaró contra la nueva enseñanza, y José la trasladó á Bruselas. Creyendo que su hermana, gobernadora de aquellas provincias, tenia demasiada indulgencia, la llamó reemplazándola con el conde de Trautsmandorf, á quien concedió una autoridad ilimitada. Despidió al nuncio apostólico; llamó á Viena al arzobispo de Malinas, para justificarse de haber esparcido ejemplares de la bula contra Eyber; depuso y desterró al de Namur, reprendió á otros, y mandó órdenes que disponian «que su edicto sobre el establecimiento del seminario general en Lovaina debia ser obedecido sin dilacion ni réplica.» (18) Suprimió los conventos de monges regulares que no se atemperaron á aquella intimacion; abolió las abadias y las iglesias, y la tan benemérita sociedad de los bollandistas ó escritores, casi todos jesuitas, que trabajaban en la célebre coleccion de las *Actas de los santos*, comenzada por Juan Bollando. Como después varios obispos reclamaron contra el peligro de las almas, mandó, sopena de destierro y de confiscaciones, al arzobispo de Malinas, ir á examinar las doctrinas y á los profesores de Lovaina. Pero habiendo sentado aquel prelado, como una de las primeras cuestiones, saber si pertenece sólo á los obispos predicar y catequizar, en qué consiste la supremacia papal y otras cosas semejantes, Trautsmandorf prohibió á los profesores contestar y á él proseguir el exámen.

José II reformó después totalmente el antiguo gobierno; sujetó al consejo de Estado y á los demás cuerpos constitucionales á un gobierno central; suprimió las justicias patrimoniales, estableciendo nuevos tribunales dependientes del supremo de Bruselas. Destruyó las estipulaciones de la *Alegre entrada* y anonadó la nacionalidad de los Paises-Bajos, declarándolos provincias de la monarquia austriaca. En fin, mandó «á todos sus súbditos, sin distincion, obedecer sin réplica ni dilacion todas las órdenes de sus agentes, aun cuando pareciese que se escedian de los límites de su autoridad.» (19)

De ahí provino una sorda indignacion, y después, como se quisiera trasladar un preso á Viena, en contra del derecho de los brabanzones de ser juzgados en su pais por sus conciudadanos, el pueblo se sublevó, los Estados negaron los subsidios anualmente pedidos, y aumentándose la osadía espusieron sus agravios. El consejo de Brabante abolió los nuevos tribunales; la archiduquesa Maria Cristina y su marido el duque de Sajonia-Taschen se vieron obligados á prometer el restablecimiento de los antiguos privilegios.

Los belgas se manifestaban dispuestos ó resignados á obedecer; pero pretendian, como parte interesada, que se consultase á los Estados. En lugar de atender á su solicitud, José envió tropas. Sin embargo, habiendo recibido á sus diputados en Viena, prometió restablecer el antiguo órden de cosas, escepto el seminario de Lovaina; y encontrándolos firmes en su negativa, derogó sus concesiones, la amnistia y los privilegios. Contestaba á Kaunitz que queria inclinarle á un arreglo: *El fuego de la rebelion no se apaga sino con sangre;* puso en una reclamacion del cardenal de Frankerberg: *El arzobispo debe doblegarse ó romperse.* Mandó, pues, tropas para terminar los asuntos religiosos, y añadia: *La más ó menos sangre que pueda costar semejante operacion, no debe tenerse en cuenta.. Recompensaré á los soldados como si hubiesen peleado contra los turcos* (20). Pero cuando vió á los brabanzones llamar en su ayuda á Dios y á su espada para hacer cumplir convenciones violadas, confederarse y armarse, se asustó; y desvaneciéndose sus sueños de bien público, conoció que habia perdido la opinion que habia querido convertir en un ídolo. Derramó lágrimas y declaró que habia sido engañado con falsas relaciones, pidiendo de nuevo parecer á Kaunitz, que le alentó á nuevas concesiones, pero era demasiado tarde. Dirigióse José II al papa para que invitase á los

---

mont y Dalem, con la ciudad de Vanloto, por los holandeses; el ducado de Bouillon, por la Tour-d'Auvergne; el ducado de Enghien, por los de Aremberg; el obispado de Liège, Tongres y Huy, con el condado de Horn, pertenecian al imperio germánico.

(18) En una correspondencia particular de José II con Kaunitz, que se encontró en Bruselas, á los sacerdotes se les trata de impostores, al obispo de Malinas de *enredador* é *imbécil*, la resistencia del prelado de *farsa*, y se permite un *paralelo bastante chistoso entre ambos Ambrosios.*

(19) Art. 12 del edicto de 1.° de enero de 1787.

(20) Carta del 31 de octubre de 1789.

obispos á la sumision: pidió socorros, pero el Imperio no se prestó á proporcionárselos. La Prusia fomentaba, por el contrario, aquellos odios: la Francia tenia otras cosas á que atender; la Inglaterra habia sido ofendida y vendida por él; la Turquia le amenazaba; los Estados hereditarios se agitaban. Sus tropas mandadas por Rhoder fueron batidas; la Flandes se sublevó tambien; bombardeóse á Gante, pero la guarnicion fué rechazada, como la de Bruselas; y la desolacion de las aldeas no impidió que el grito de independencia resonase de ciudad en ciudad.

Pero, como acontece siempre, comenzaron las disensiones interiores. Los partidarios del abogado Van-der-Noot se inclinaban á favor del Austria, y no reclamaban sino un freno contra las usurpaciones, y un sistema mejor de representacion en los Estados, cuyos privilegios defendian. Pero el abogado Vonck, lleno de ardor en favor de las teorias revolucionarias, y no contentándose con una igualdad que es la nivelacion bajo el despotismo, aspiraba á la independencia y la soberania. Los vonckistas se apoyaban en sus solas fuerzas; los demás confiaban en el extranjero, y sobre todo en la Prusia, deseosa de debilitar el Austria. Ahora bien, asustándose la falsa política del gabinete austriaco de las antiguas franquicias que reclamaba Vander-Noot, adulaba á los vonckistas; es decir, escitaba á las masas, mientras que perseguia á los moderados que hubiera sido posible satisfacer.

En un principio (1790), ambos partidos obraban de acuerdo, y se firmó una confederacion de los Estados belgas unidos, estableciendo un congreso soberano de aquellos Estados, de los cuales cada uno conservaba su independencia. Semejante oligarquia desagradó á los vonckistas, que no admitian la idea de fiarse en los extranjeros, y decian que no se debia diferir para aguardarlos, sino cifrar toda su confianza en el pueblo é insurreccionarse. Pues aunque se sintieron impulsados á tomar las armas y la victoria coronó su causa, los aristócratas vencieron, y castigaron á sus adversarios con la prision y la confiscacion. José pudo regocijarse de que la ambicion, que le habia causado su ruina, se tornaba tambien en detrimento de sus enemigos; pero murió sin haber visto su caida.

José intentó, con respecto al Imperio, escesos de poder del mismo género, aunque no era más que el jefe electivo. Anunció su designio de corregir varios abusos, y principalmente los de la cámara imperial de Veztlar en lo respectivo á jurisdiccion. Esta ejercia en union del consejo áulico la alta justicia de Alemania. Pero si este consejo, que funciona á vista del emperador, permaneció en los límites del deber, el otro abusó de la especie de independencia de que gozaba, y fué acusado de prevaricacion, descuido y parcialidad; por otra parte, sus miembros, hostiles unos á otros, formaban dos facciones enemigas, que recíprocamente se ponian trabas. Los emperadores habian procurado varias veces remediarla: pero siempre habian aplazado la reforma para ocasion más oportuna. José quiso realizarla, pero oponíanse á ello las consideraciones, los decretos contradictorios, las antiguallas inoportunas y las disputas de categoria, y se pasaron diez años en discusiones, de gran importancia entonces y de ningun interés en el dia. Como consecuencia de una antigua costumbre, los emperadores podian dar bonos de pan (*panisbriefes*), con el privilegio de obtener el portador de ciertas fundaciones pias, alimento, vestido y alojamiento. José quiso estender aquel derecho á todas, y hacer sostener por ellas á sus propios servidores; pero la mayor parte se negaron á ello, y el emperador comprometió en vano la autoridad de que se hallaba revestido. Se conoció cuán débil era esta autoridad, cuando José, que no tenia hijos, quiso hacer elegir por rey de los romanos, no á su hermano, sino á su amado sobrino Francisco, preferencia que introdujo la discordia en la familia imperial.

Baviera.—Los atentados de José en Baviera causaron en el Imperio graves descontentos. Habia sido regida por Maximiliano José III (1745-1777), que tenia tambien inclinacion á las mejoras á la sazon en boga. Aquel príncipe fundó en Munich la academia de Ciencias, á la cual concedió el monopolio de los almanaques, y cuyos trabajos fueron dirigidos por dos protestantes alsacianos muy distinguidos. J. Enrique Lambert, matemático, y C. Federico Pfeffel, jurisconsulto é historiador, que publicó el tomo octavo de los *Monumenta boica*. El espíritu literario se despertó, pues, en el pais, que estaba infestado de ladrones y vagabundos; y como era vano cualquiera otro remedio, el elector encargó al baron de Kreitmayer, su vicecanciller, hacer un código criminal, que trazó con caractéres de sangre, y en el cual el tercer robo, que escediese de treinta kreutzers, ó el primero de valor de 20 florines, era castigado con la horca: el sacrilegio, las hechicerias, los pactos con el diablo, con la hoguera; el que mataba debia sufrir la muerte; el suicida enterrado debajo del cadalso y confiscada una tercera parte de sus bienes; por último, se conservaba el tormento. Llenóse, pues, la Baviera de cadalsos: sólo en diez y ocho años se contaron en el distrito de Burghaosen, mil y cien víctimas, tanto que el pueblo ya no prestaba atencion á aquellos atroces suplicios. Los dos códigos civil y judicial (1786-1787), superiores entonces á cualquiera otra legislacion en Alemania, introdujeron algun remedio en aquel estado de cosas.

Aquella casa electoral, descendiente de la rama menor de los Wittelsback, habiéndose extinguido en 1777, debia suceder á ella el elector palatino, jefe de la rama primogénita. Pero la electora viuda de Sajonia suscitaba pretensiones á los bienes alodiales; José reclamaba, en cualidad de emperador, algunos feudos con que aquella casa habia sido investida separadamente; Maria Teresa reivin-

dicaba otros como reina de Bohemia y archiduquesa de Austria, pero en realidad para dar cuerpo á otra idea de aquella época, la de redondear sus Estados. Desenterraron de los archivos un diploma de 1426 (21), y Carlos Teodoro, elector palatino, consintió en el desmembramiento por suceder tranquilamente en el resto de la herencia. En su consecuencia, el Austria ocupó los paises de que se formó el círculo del Inn, sin dar nada á las líneas interesadas; pero José, que aspiraba á redondear su ducado patrimonial, cambiando la Baviera por los Paises-Bajos, encontró una compensacion muy corta. Comenzó, pues, á destruir las fortalezas que se veia obligado á sostener, y despidió la guarnicion holandesa. En fin, propuso á la casa palatina cederle los Paises-Bajos con el título de reino de Borgoña, acallando con dinero las pretensiones de los colaterales.

José creia poder atreverse á todo en el estado de aniquilamiento en que se encontraban la Francia, la Inglaterra, la España y la Holanda por la guerra de América. Federico II gozaba en paz de los frutos de la guerra, y el emperador no creia que quisiera arriesgarlos por defender los intereses de un tercero. Pero si José hubiese verificado su proyecto, la Prusia se hubiera visto rodeada de las posesiones del Austria, que hubiera comprendido toda la Alemania meridional. Conoció además Federico, de cuánta importancia le seria el convertirse en centro del descontento de toda la Alemania. Con la vigorosa resolucion de una política superior al egoismo, rechazó ventajosas proposiciones; y si se habia manifestado usurpador en otras circunstancias, se levantó entonces para defender la constitucion del Imperio, amenazado, decian, por aquella ambicion sin límites.

Tratado de Teschen. — Maria Teresa se obstinó en querer un arreglo; José se opuso á ello, hasta el punto de amenazarla con trasladar á alguna otra ciudad la residencia imperial; y deseoso de medir de nuevo sus fuerzas con el antiguo adversario de su casa, aceptó la guerra: púsose con Lascy al frente de cien mil hombres; pero el anciano Laudon, que no se encontraba á gusto en la presencia del emperador, se retiró. Habiéndose interpuesto la Francia y la Inglaterra, se hizo la paz de Teschen (1779), enteramente en ventaja de Carlos Teodoro, que constantemente se habia opuesto á la guerra. Pero aquella tentativa por parte de José II determinó una confederacion que tenia por objeto evitar nuevos abusos de la fuerza y conservar la constitucion. Organizóse, pues, la liga de los príncipes (*Furstenbund*) entre Federico, la Sajonia y el Hannover; adhiriéndose varios Estados á ella (17 agosto de 1786). La muerte de Federico impidió á los confederados llevar á cabo esa liga; pero ésta fué la primera idea de la unidad germánica bajo el patrocinio del rey de Prusia, á la cual aspiraron después constantemente los sucesores de este príncipe.

Cuando José II visitó la Toscana, quiso que su sobrino el archiduque Francisco, su próximo sucesor, fuese á educarse á Viena bajo la direccion del conde Colloredo, á quien la corte de Florencia habia juzgado inepto para aquel cargo; y tambien pensaba á despecho de los tratados incorporar la Toscana al Imperio y contentar á Fernando, futuro gran duque y hermano de Francisco, dándole un arzobispado en Alemania; con esto se puso tambien en pugna con su hermano Leopoldo (22).

Federico II habia verificado cambios considerables sin cuidarse de los intereses individuales, y como si hubiese obrado sobre materia bruta. Pero existia en su pais más centralizacion de poder, su pueblo estaba más acostumbrado al sistema militar, y habia más genio en el legislador; en Austria una vigorosa aristocracia, un caracter flemático y costumbres estacionarias, eran otros tantos obstáculos; multitud de mariscales y generales impedian regenerar el ejército. Las innovaciones del monarca prusiano concernian al ejército y á la administracion, al paso que José sólo atacó la inteligencia y el sentimiento. Ahora bien, Federico fué bendecido, y su nacion se elevó á la categoria de las primeras; José fué mal visto, y su poder se encontró minado; así es que esclamaba, en la amargura de su corazon: «Si no hubiese conocido los deberes de mi Estado, si no hubiese estado convencido de que la Providencia quiere que lleve mi diadema con la suma de deberes afectos á ella, mi corazon se veria destrozado al pensar en mi desgraciada suerte, y mi más ardiente deseo seria dejar de existir. Pero conozco tambien mis intenciones, y espero que cuando ya no exista, la posteridad apreciará con justicia lo que he hecho por mi pueblo.» (23)

---

(21) Schœll (tom. XLI, pág. 280) examina los documentos presentados con aquel motivo y no los encuentra exactos.

(22) ZOBI, *Historia civil de la Toscana*, II, 343.

(23) Paganel se pregunta al terminar la *Historia de José II* (Paris, 1843), que es más bien el panegírico: «¿Por qué, á pesar de tan graves errores, inspira aquel monarca tantas simpatias?» Puede verse en su obra la contestacion á esta pregunta.—Ramshorn, *Kaiser Joseph II und seine zeit*, Leipzig, 1845, hace tambien el elogio de aquel príncipe, le supone la intencion de unificar y centralizar la Alemania, idea que á lo más la tuvo con respecto al Austria.—El historiador inglés de la casa de Austria le juzga con mucha severidad, hasta el grado de negarle buenas intenciones y hablar sin cesar de locos proyectos, de insensatos designios, de carácter inquieto, de doblez, etc. Véase el capítulo CXXIX. «Algunos observadores, que se pagan de apariencias, atribuyen los hechos de José II á su ardiente deseo de hacer la felicidad de sus súbditos; y á la verdad sus edictos, sus cartas, sus dichos están llenos de una ostentosa filantropia; pero todo atestigua que escondian el despotismo y la ambicion bajo el velo de la benevolencia y de la filosofia.

»El feliz conjunto de grandes dotes y apreciables cuali-

De esta manera, al finalizar su vida, se encontraba José II batido por los turcos; veia á la Gran Bretaña, la Prusia y la Holanda unidas contra sus pretensiones; la Hungria y los Paises-Bajos en insurreccion y estallando en todas partes quejas; todos sus proyectos habian fracasado; el trono se encontraba conmovido en el momento en que tenia más necesidad de solidez, y aquel príncipe no trasmitia á sus herederos sino el odio á las innovaciones. Arrepentido y resignado en su lecho de muerte, enviaba saludos y felicitaciones al ejército, «cuya gloria habia sido siempre el objeto principal de sus cuidados.» Después con sentimientos más humanos añadia: *No siento el trono, un solo recuerdo me pesa, y es el de haber hecho pocos venturosos y muchos ingratos.* El mismo compuso su epitafio: *Aquí yace José II, desgraciado en todas sus empresas*; é inscribió estas palabras en su testamento: «Ruego á los que, en contra de mi voluntad, no haya hecho justicia, me perdonen, por caridad cristiana ó por humanidad. Un monarca en el trono no deja de ser un hombre, como el pobre en su cabaña; y ambos sujetos á los mismos errores.»

---

dades que reunia José, se hallaba contrapesado por un carácter inquieto y un desordenado amor á las innovaciones; defectos que desde su primera edad con gran trabajo pudo dominar la emperatriz su madre, y que se hicieron con el tiempo más desenfrenados por la inflexibilidad de su alma, por su genio despótico que tenia orígen en su alto nacimiento y en una educacion demasiado estrecha. Era en él habitual la doblez y se reia de las más solemnes obligaciones, lo cual le enajenó el amor de sus súbditos y la confianza de sus aliados.

»Un monarca verdaderamente instruido en las cosas del Estado, consultará siempre, antes de obrar, el genio y las disposiciones de sus súbditos, y sabrá hacer que redunden en bien general sus preocupadas opiniones y hasta sus mismas supersticiones. José por desgracia suya y de sus pueblos no conoció esta regla tan sencilla, y se afanó en derribar instituciones consolidadas por el tiempo, y en destruir opiniones á quienes habia hecho sagradas el trascurso de los siglos. Quiso en un momento lo que era obra de muchos años; aunque parecia justo ó especioso en teoria, no hizo distincion entre lo que podia y no podia hacerse, y quiso regular los derechos de las naciones y de los individuos ateniéndose á máximas abstractas.

»Su mente, para valerme de una espresion de Federico II, era un almacen en *que estaban confusamente hacinados, despachos, órdenes y decretos.* Promulgaba leyes sin haber removido los obstáculos que se oponian á su ejecucion, cambiándolas con igual precipitacion. De aquí el diluvio de edictos y órdenes que emanaron de él, muchas de las cuales estaban tan mal concebidas ó eran tan ambiguas, que nunca fueron ejecutadas. Al correo que llevaba una órden seguia casi siempre otro portador de su modificacion; y no habia ley que no fuese ampliada ó restringida por subsiguientes decretos. José reunia en sí estas dos cualidades estremas: obstinacion é irresolucion. Temerario para concebir, no sabia ejecutar con vigor; hinchado con su propio saber y despreciador del de los demás, decia á menudo «que nada podia hacerse sin él, y examinaba las cosas pequeñas con tanta atencion que era imposible se fijase convenientemente en las grandes.» COXE, cap. 129.

Leopoldo II—.Llamado á sucederle su hermano Leopoldo, habia sabido ya en Toscana merecer los elogios del pueblo, y habia introducido, tanto en el régimen eclesiástico como en el órden temporal, reformas muy atrevidas. Pero el ejemplo de su hermano y las turbulencias de la Francia, á la sazon en revolucion, dieron otra direccion á sus ideas.

Cuando Leopoldo obtuvo tambien la corona imperial, declaró que los Estados provinciales eran, segun su modo de ver, el fundamento de la monarquia, y que se ocuparia del bien público de acuerdo con la nacion. Interrogados sus súbditos por el príncipe, imploraron de todas partes sus antiguos derechos; palabra mal sonante que tenian cuidado de paliar refiriéndose al reinado de Maria Teresa. Después de haber revocado la nueva contribucion rentística, Leopoldo restableció los antiguos impuestos, suprimió los seminarios generales, como tambien el absolutismo de la policia y de la administracion, las trabas impuestas al comercio en nombre de la libertad, y aquellas reformas del sistema judicial que habian producido tantos abusos. Destruyó, en una palabra, lo que habia hecho su hermano, manteniendo, sin embargo, el edicto de tolerancia, por el cual José II habia confirmado todas las innovaciones eclesiásticas.

Los gérmenes de revolucion se extinguieron en Hungria, en Lombardia, en Bohemia, con aquel que los habia sembrado. Los madgyares pretendian que, habiendo violado Maria Teresa el diploma de Carlos VI, y no habiendo sido coronado José II, los derechos de la casa de Austria al trono apostólico habian cesado, y que podian elegir libremente un rey. Determináronse, sin embargo, á nombrar á Leopoldo en consideracion á sus buenas cualidades; pero le impusieron, en el diploma de inauguracion, condiciones por el estilo de aquellas que los franceses dictaban entonces á Luis XVI, de tal manera, que quedaba reducido á un magistrado público. Habiendo reunido Leopoldo una dieta general en Buda, lo que no se habia visto hacia medio siglo, declaró que no aceptaria ni condiciones ni discusion sobre los derechos que habia heredado. Habiendo reclamado varios regimientos húngaros el de prestar juramento á la nacion, y pedido que ningun extranjero fuese admitido á servir en los cuerpos nacionales, Leopoldo hizo poner presos á los oficiales, los trasladó á los regimientos alemanes, los reemplazó en los suyos por oficiales austriacos, y no quiso firmar otra capitulacion que la de Carlos VI. Escuchó solamente, como acto voluntario, los votos emitidos por los Estados, prometiendo que no daria empleos sino á los indígenas, que la dieta seria trienal, y que se votarian las contribuciones cada tres años; que habria un consejo nacional, independiente de toda otra autoridad que la del rey, y que podria hacer reclamaciones sobre las ordenanzas contrarias á las leyes; que los Estados atenderian á la enseñanza; que la lengua húngara se-

ria de uso general, y que la mayor parte de los oficiales militares serian elegidos entre los nacionales. Después de su coronacion, prometió solemnemente que sus sucesores se harian coronar en los seis meses que siguieran á la muerte del anterior monarca.

Leopoldo concluyó con la Prusia la paz de Reichenbach, que salvó al Austria de una tempestad en la que corria gran riesgo de perder, por lo menos, la Lodomiria y la Galitzia. Terminó tambien la guerra con la Puerta. Anuló, además, en Bélgica toda violacion de la *Alegre entrada* y de los privilegios provinciales. Proclamó que la antigua constitucion era excelente, y que, en su consecuencia, no habia ya motivo para las rebeliones causadas por los actos arbitrarios de su hermano. Pero ambos partidos se negaron á toda comunicacion con el emperador; y habiéndose unido para resistirle, pidieron la independencia y un gobierno popular. Veinte mil voluntarios dispuestos á marchar á una señal de Van-der-Noot podian dar mucho que hacer al Austria. Pero los Estados obraban como el emperador, es decir, despóticamente, lo que hacia clamar á Vonck. Por otra parte, la revolucion francesa avanzaba con tan terrible energia, que parecia más digna de temer que la dominacion austriaca. Ya habia cesado el entusiasmo, no quedaba sino un odio mútuo, el temor á los franceses y la pérdida de toda esperanza de socorros extranjeros. En su consecuencia, cuando Leopoldo, después de haber concluido la paz con sus enemigos, se manifestó resuelto á hacer que los belgas volviesen á la obediencia, los Estados pidieron negociar, y ofrecieron la corona al archiduque Cárlos. Sin embargo, los austriacos ocupaban á Bruselas, y las potencias hicieron en la Haya un convenio, por el cual el emperador confirmaba los antiguos derechos y privilegios, concedia una amnistia y abolia las ordenanzas de José II; declaraba, además, que no habria quintas, que los Estados votarian los impuestos; que los jueces superiores serian elegidos de una propuesta en terna hecha por los tribunales supremos, y con el carácter de inamovibles; en fin, que tanto estos tribunales como los Estados serian consultados en la publicacion de nuevas leyes, en las de aduanas y en la reforma de la administracion judicial.

No se restableció, sin embargo, la tranquilidad en el pais, y las ideas de los patriotas franceses hicieron se invocase en él una igualdad opuesta á sus costumbres. Nuevas pretensiones y varias infracciones contra la amnistia produjeron turbulencias y negociaciones, de manera que Leopoldo murió antes de haberse terminado nada (1792). Dejaba quince hijos, de los cuales el mayor le sucedió con el nombre de Francisco II. Este príncipe estaba destinado á encontrarse, no ya con revoluciones de los príncipes, sino con las de los pueblos, y á dejar concluir entre sus manos el Imperio germánico.

CAPÍTULO XXII

ESPIRITU Y LITERATURA EN ALEMANIA.

Además de los soberanos de la casa de Austria, la Alemania vió en el curso de aquel siglo á cuatro de sus familias ascender á tronos extranjeros, á saber, la de Brandeburgo, la de Sajonia, la de Hannover y la de Hesse-Cassel. No se aprovechó, sin embargo, de ello, primero por su debilidad, después porque el interés de los paises hereditarios era siempre sacrificado al de las nuevas coronas, de manera que la Alemania se veia comprometida en todas las cuestiones de Europa (1).

La preponderancia de la Prusia se dejaba conocer en el régimen militar que se estendia por todas partes, en el número de los oficiales, en el gusto á las paradas que perjudicaba al verdadero arte, y al cual el mismo Federico renunció después de haber hecho el ensayo. En el Palatinado habia once generales por cada mil quinientos hombres. En Baviera, diez y ocho mil soldados estaban divididos en treinta regimientos, con un feld-mariscal y tantos oficiales, que componian la tercera parte del ejército.

Aunque cuidándose tan poco Federico de la Alemania, que manifestaba públicamente su preferencia en favor de los sentimientos y literatura de la Francia, llegó á ser el ídolo de la nacion, que considerándole como su tipo, y regocijándose con ver volar su nombre de boca en boca por toda la Europa, dió á aquel siglo el nombre de Federico.

Es cierto que la Alemania recobró durante la guerra de Siete Años su gloria militar eclipsada por la bandera francesa, que fué objeto de los más vivos odios. El fausto á que se habian acostumbrado los príncipes, á ejemplo de Luis XIV, cedió tambien á la sencillez que Federico aparentaba. La misma casa de Austria, en otro tiempo tan celosa de la etiqueta española, se separó poco á poco de ella, sobre todo, cuando los príncipes de Lorena fueron á ocupar el trono. Howard, el bienhechor de los presos, se negó á ser presentado á José II, porque no queria arrodillarse delante de un hombre, y el emperador le dispensó de aquella humillante ceremonia, que abolió.

Pero la admiracion que se concedia á los franceses, aunque de mal grado, hacia que pareciesen bárbaras la literatura y las costumbres nacionales. Querian modelarlas á la manera de Francia, y de aquí resultaba un odioso desden á las instituciones, á la vez que la idea de una renovacion general. El ejemplo de la corte de Berlin desacreditó cada vez más la lengua alemana: iban á ella de Francia los profesores; los *Bremische Beytrage* inclinaban á los escritores, tanto con el precepto

---

(1) La historia de las demás familias inmediatas y soberanas del Imperio seria demasiado larga. Se mezclaron á menudo en las guerras del Imperio ó de sus vecinos; con más frecuencia se ocuparon de introducir en su pais las mejoras que se realizaban en Europa.

Entre aquellos príncipes se distingue Leopoldo Federico Francisco de Anhalt-Dessau, que viajó, como lo hacian casi todos, pero con más conocimientos y aficion á las artes y á las inscripciones antiguas. Llamó á Dessau á los mejores artistas, para embellecerle con edificios, escuelas y teatros. Bernardo Basedow quiso poner en práctica las teorias de Juan Jacobo Rousseau acerca de la educacion, introduciendo métodos que si no eran buenos, destruian al menos antiguas preocupaciones. Federico le llamó á Dessau para fundar allí un establecimiento de enseñanza al cual atrajo hombres de corazon, que habiéndose separado después fueron á fundar otros.

Uno de los príncipes más dignos de recuerdo fué Cárlos Federico de Baden, que abolió el tormento en 1767, cuando no se trataba de arrancar al delincuente la confesion de circunstancias que no podia ignorar. Simplificó los procedimientos, reorganizó el gobierno, introdujo en el pais las manufacturas, la cria del ganado vacuno, la de los carneros merinos, y declaró libres á los aldeanos en 1782.

como con el ejemplo, á imitar el método francés, lo que se hizo constantemente, escepto bajo el aspecto de la claridad. Se llegó hasta querer desnaturalizar la lengua, y Plattner proponia disponer las palabras segun el órden lógico; cosa apenas tolerable en los aforismos.

Juan Cristóbal Gottsched (1700-1766) trató en sus escritos y en sus traducciones de afrancesar la literatura, tarea en la que fué ayudado tambien por su mujer, muy instruida en la lengua francesa, como tambien en el inglés, en el latin y en el griego. Hacia versos y composiciones como se hacen temas en la escuela, con modelo y reglas imprescriptibles; pero se formó gran reputacion adulando á los dispensadores de la fama. Su *Poesia crítica* es un manual de reglas tomadas de los franceses; y se ve por los ejemplos que cita en aquella obra, por la *Retórica razonada* y por el periódico *Die tadlerinnen*, cuán pocos alemanes escribian con regularidad (2).

Debemos decir que los famosos ascéticos Spencer, Godofredo, Arnold, y sobre todo Böhme, tenian mucho del carácter nacional; lo que hizo que, escuchados del pueblo más bien que de la clase instruida, se estendiesen con mucha rapidez.

El gran Leibniz, que en la misma teologia y en la filosofia supo acomodarse sin servilismo al gusto general, conoció la posibilidad de una restauracion del idioma nacional, pero bastante distante. En el ínterin se sirvió del francés como más conocido, y sembró su latin de galicismos. La filosofia de Wolf conservaba un método escolástico fastidioso, y sus obras parecian graves por su aspecto sistemático. Federico II, hombre resuelto, enérgico, estaba cansado de aquella filosofia lenta y pedantesca, de una poesia sin vigor, de una retórica sin gusto, y de una lengua tan inculta, que Gottsched podia ser citado como la gloria de ella. Se atrevió á publicar en 1770 una crítica de aquella literatura que no conocia; y discutiendo los remedios que se habian de emplear, sentaba que los franceses, los ingleses y los italianos se habian instruido apropiándose el modo de pensar del siglo de Augusto; que el defecto más general de las universidades alemanas era carecer de un método universal en la enseñanza de las ciencias; que hubiera sido bueno suavizar la lengua añadiendo vocales al fin de las palabras; adoptar en todas partes el mejor tratado de lógica, es decir, el de Wolf, el mejor dialéctico, es decir, á Bayle; reformar el mal gusto de los espectáculos públicos, en los que se representaban los abominables dramas de Shakspeare, con gran diversion del pueblo, que acudia á aquellas farsas dignas de los salvajes del Canadá, en oposicion á todas las reglas teatrales. El *Goetz de Berlichingen*, decia á más Federico, es una imitacion detestable; y, sin embargo, la platea aplaude y pide que se *repitan* aquellas repugnantes escenas. En suma, el rey detestaba la originalidad y bien sabia por qué. Voltaire no habla de aquella literatura sino para desearle más viveza y menos consonantes. Este juicio, frívolo é incompetente, fué aceptado por toda la Europa, y los hombres de mérito abandonaron todas las obras alemanas por ir en busca de los libros franceses é ingleses.

Cristian Thomasio conserva el sello nacional en sus *Pensamientos ingénuos, sérios y jocosos* ó *Diálogos burlones sobre diferentes libros*, principalmente sobre obras nuevas. Pero fastidiado después de las pedanterias de la universidad, adoptó las ideas de Locke, y abrió el camino á la nueva filosofia francesa (1785).

Entonces fué olvidado Leibniz, y se aficionaron al escepticismo burlon. Se veian los bustos de Voltaire y de Rousseau en los gabinetes de los electores eclesiásticos y de los canónigos de los diez y seis barrios. Federico II concedió libertad de imprenta en las materias religiosas, pues la atencion se distraia de esta manera de las cuestiones políticas. *Razonad todo lo que querais*, decia, *y sobre lo que quisiéreis, con tal que obedezcais;* y tuvo el triste valor de profesar el materialismo en el elogio del insensato La Mettrie. Cristóbal Martin Wieland (1733-1813), que habia pasado de una piedad escesiva á una incredulidad burlona y á un epicureismo lleno de quietud, fué el escritor más conocido. Es otro Voltaire, con mayor erudicion y metafísica; en lugar de tratar de los sucesos contemporáneos, dirige sus fastidiosos epígramas sobre Alcibiades y sobre los abderitanos. Su *Oberon*, en el que desplegó todas las riquezas del género fantástico, hizo se le apellidase el Ariosto aleman.

Grandes escritores se asociaron tambien á la obra de destruccion; entre ellos Edelmann, Bahrdt y Basedow; y Lessing no considera, en la *Educacion del género humano*, las diferentes religiones sino como un progreso del espíritu humano. Inclinándose á Espinosa, se declaró contra los incrédulos; pero sólo porque pensaba que una religion mala valia más que ninguna; introdujo una filosofía fácil y el culto á los placeres, y se anticipó en ochenta años á Strauss. Contra él se levantaron, sin embargo, los mejores escritores, incluso Semler, el cual no obstante perjudicó más que ayudó á su causa, pues quiso establecer la formacion sucesiva del dogma católico, por lo cual modificó la autenticidad de los libros sagrados, teniendo por

(2) «Los decretos de los emperadores y otros documentos (dice Gottsched), dan á conocer la historia de la lengua romana. Se habló correctamente en el siglo de la reforma, mezclando, sin embargo, á ella palabras españolas é italianas, que se habian introducido por la corte y por algunos servidores extranjeros. Pero en la época de la guerra de los Treinta Años, habiendo sido inundada la Alemania de extranjeros y de indígenas, la lengua sufrió tanto como el pais, y las actas imperiales están llenas de términos que nuestros abuelos habian repudiado. Después de la paz de Munster y de la de los Pirineos, la lengua y la influencia francesa predominaron, y la Francia fué propuesta como modelo de toda elegancia.» *Gedanken Wegen Verbesserung der deutschen Sprache*, párrafo 24.

la única interpretacion legítima la literal, y suponiendo que Cristo y los Apóstoles se atuvieron á un sistema de acomodamiento predicando verdades meramente locales y pasajeras.

Nicolai y otros muchos con él, se regocijaban de la irreligion y del gusto francés; en su consecuencia, con los preceptos de Batteux en la mano, combatian toda osadia literaria. No atreviéndose á atacar desde un principio la inclinacion religiosa de los alemanes, introdujeron las ideas nuevas, bajo la apariencia de nuevas interpretaciones de la Biblia, publicándolas en la *Biblioteca germánica*; pero pronto se alentó la trivialidad, y la tolerancia del protestantismo dejó propagar lo que se llamaba el libre pensamiento; vióse entonces sucumbir la teologia ante la incredulidad, y la frivolidad dogmática reemplazar el exámen. Eran estas novedades tanto más dañosas, cuanto que la literatura en Alemania no constituia solamente un pasatiempo, sino tambien una ocupacion seria, una palanca de movimiento.

Formáronse como reaccion contra la incredulidad y contra los enciclopedistas, sociedades de teosofistas, que admitian en el cristianismo doctrinas exotéricas, y comunicaciones con la Divinidad, tanto por la meditacion como por los medios naturales. Ya los sectarios de Manuel Swendenborg se habian estendido mucho por Suecia y fuera de ella. Aquel visionario, favorecido, decia, por las revelaciones del cielo, queria haber encontrado la esplicacion del Apocalipsis, y escribió las *Maravillas del cielo y del infierno, como tambien las de los mundos planetarios terrestres*. Si se creen los celosos partidarios que ha dejado en este mundo, ha sido trasladado vivo á otras regiones.

Pascual Martinez, judío portugués renegado, habia introducido una teosofia cabalística de la que se establecieron varias logias en Francia después del año de 1754; pasaron de allí á Alemania: los adeptos eran llamados martinistas, y se sabe que el famoso Saint-Martin era del número de ellos. Los *rosa cruz*, que desde su recepcion consideraban á los que no estaban afiliados, «como miserables esclavos del fanatismo y de la tenebrosa superstición,» continuaban tambien existiendo.

Creyendo Adam Weisshaupt, profesor de Ingolstadt, que valia más recurrir á medios secretos que atacar la opinion con la publicidad, estableció una sociedad que tenia por objeto aniquilar toda superioridad eclesiástica y política, y volver al hombre á la igualdad primitiva, de la cual habia sido arrebatado por la religion y los gobiernos; era su intencion dirigir á aquellos últimos al bien, como instrumentos. Las personas más capaces de todos los paises debian pertenecer á la secta, para prepararse con una obediencia ciega á llegar á ser dignos de mandar. Los iniciados no debian considerar en la afiliacion sino una sociedad literaria; y conforme iban adelantando en los grados establecidos, debian observar las personas que mereciesen ser admitidas é indagar su vida, sus obras, sus inclinaciones. Los *areopagitas* estaban divididos en dos clases, la de las preparaciones y la de los misterios: la primera se subdividia en los grados de novicio, mineral é iluminado menor y mayor: la segunda comprendió los de sacerdote, regente, filósofo, hombre-rey. Debian aceptar los empleos para servir á la órden, y valerse de las mujeres y hacer prosélitos, principalmente entre los empleados, sirvientes de príncipes, libreros, maestros de posta y profesores. Pasaban á los diferentes grados por medio de difíciles ceremonias; todas contribuian á un fin, el cual, sin embargo, no era conocido sino del sacerdote; y al iniciarlo se le hacia conocer el desprecio de las coronas y de los tronos y posponerlos á los símbolos de la virtud; háblase de la propiedad como una usurpacion, cuyos siniestros efectos se manifestaban; y en la casta guerrera se hacia aborrecer la tribu mercantil (Die Kaufmannschaft). Los que tenian el grado superior eran Weishaupt, Massenhausen, Zwaks y Mertz. Cada uno de los adeptos no conocia más que la clase de que formaba parte, y la que le estaba subordinada. Todos eran conocidos de los superiores por nombres convencionales. Cuéntase que al ver Weishaupt tantos prosélitos en todas las condiciones, esclamó: ¡Oh hombre! ¿qué es lo que no se le puede hacer creer? Con tanta estension, con esploradores en todas partes y una administracion compacta y secreta adquirieron grande influencia. El baron de Knigge, hannoveriano, uno de los más ardientes sectarios, trató de hacer servir la fracmasoneria á aquellas afiliaciones de innovadores que, en su orgullo, comparaban á Cristo al dalai-lama, y tomaban el nombre de *iluminados* (*aufklarer*). Representaban en sus ritos, modelados por los de Eleusis, el pasaje de la pretendida igualdad natural á las miserias sociales que tenian la pretension de reformar.

El napolitano Constancio de Constanzo, enviado á Berlin para el servicio de la asociacion, inspiró sospechas á Federico, que lo participó á Baviera. Carlos Teodoro reprimia allí las innovaciones que se fomentaban en otras partes, y habia prohibido las sociedades secretas. Los fracmasones habian obedecido, pero no los iluminados, que se retiraron con arreglo á nuevas órdenes. Los demás príncipes no se asustaban de ellos, en atencion á que bajo el aspecto de las ideas los creian justos, y en cuanto al punto de vista de las reformas, confiaban en la policia y en el ejército, y algunos creyeron que les quitarian su influencia asociándose á ellas; y así Federico II fué iniciado en las logias por el mayor Bielfed y José II por el baron de Born, y lo mismo todos los príncipes del Rhin; connivencia que se asemejaba á la sancion. De esta manera es cómo las doctrinas preparaban la mina á que pronto debia prender fuego la guerra, para destruir aquel decrépito edificio, del que Voltaire decia que no era ya ni santo, ni romano ni imperio.

Habiendo ascendido al trono de Prusia Federico Guillermo (1786), se estendieron por el pais las

sociedades secretas y místicas, por reaccion contra la incredulidad introducida por su predecesor. Tenian por jefes al general Bischoffsverder, sajon, hombre probo y hábil, que habia prometido al rey ponerle en comunicacion con el cielo, y á G. Cristian de Wolmar, ministro de Estado, miembro de varias sociedades secretas, y principalmente de los *rosa-cruz*. Fué el autor del *Edicto de religion*, en el que se dice que las tres confesiones serian mantenidas en la antigua forma, como tambien la tolerancia religiosa, comprendiendo en ella á los hernutos, á los memnonitas y á los hermanos bohemios; que, sin embargo, nadie debia buscar prosélitos, y sobre todo los sacerdotes católicos. Desaprueba á los iluminados que niegan los dogmas y se convierten en socinianos, deistas, naturalistas, desconociendo que la *Biblia* es la palabra de Dios. Los ministros que no estuviesen convencidos debian renunciar sus empleos. Esto fué para los racionalistas un grave motivo de descontento, que se aumentó cuando se pusieron ciertos límites á la libertad de la prensa.

Los ataques dirigidos contra la fe no dejaban, pues, de encontrar resistencia. En la misma academia de Federico se habia empleado la ciencia en demostrar la verdad de la religion. Euler sostuvo á la Divinidad y al cristianismo en sus *cartas francesas* dirigidas á la sobrina del rey. El naturalista Lamberti fué poeta en sus *Cartas cosmológicas*, en las que, calculando la inmensidad de los cielos y de los espacios, reconoce en ellos la existencia de Dios. Jorge Hamann se hizo adversario declarado de la escuela enciclopedista; gran talento, pero oscuro, se le llamaba el Mago del Norte, y decia: «Mis escritos son difíciles de comprender, porque escribo en un estilo elíptico como los griegos, alegórico como los orientales; el profano y el incrédulo no pueden menos de encontrar mi estilo absurdo, porque me espreso en varios idiomas, hablo alternativamente el de los sofistas, el de los satíricos, de los cretenses, de los árabes, de los blancos, de los negros, de los criollos, y mezclo la crítica á la mitologia, los principios y los enigmas.» Mendelsohn sostuvo la inmortalidad del alma, y popularizó á Platon. Federico Jacobi refutó tambien el materialismo y el escepticismo de Hume, y demostró en su novela de *Waldemaro* la incapacidad de los reformadores de la época. El poeta Matias Claudio declaró la guerra á los racionalistas y dió á conocer al místico Saint-Martin. Convertido Stolberg al catolicismo, publicó una *Historia de la religion cristiana*, que llegó á ser el libro de moda.

Federico Novalis de Hardenberg (1772-1801), demostró en su corta existencia gran capacidad; consideraba á la naturaleza como una revelacion de las armonias divinas, como una simpatia entre el hombre y toda la creacion. Una inspiracion religiosa y melancólica le dictó sus *Poesias de fe y de amor* y sus *Himnos á la noche*. Llamaba á la filosofia su mal de patria, y estudió en Espinosa y en Fichte los dos extremos que todo lo identificaban, ora en el *yo*, ora en la divinidad. Vacilando entre ellos, entrevió la verdad, esperó en una unidad que comprendiera todo el mundo, de tal manera, que no habria más que una sola ciencia, un solo espíritu; y, aunque protestante, no encontró otro remedio á los males sociales que el verdadero catolicismo aplicado á la humanidad.

Así como los enciclopedistas en Francia, Kant pretendió asegurar la ciencia y dirigirla conforme al bien general en lo que corresponde al conocimiento trascendente, la vida, el hombre. Aunque manifestaba respeto á la ciencia y á la fe, se dejó llevar por el vértigo de las nuevas ideas. Opuso, sin embargo, á los discursos atrevidos, al espíritu ateo y á las doctrinas superficiales de la corte de Berlin, una filosofia enteramente severa de que pronto hablaremos.

Bernardo Basedow, de Hamburgo, talento poco comun, no dejó en *Filaletia*, ó sistema de la sana razon, de buscar como objeto la utilidad práctica en la filosofia, que definia como la exposicion razonada de los conocimientos que pueden ser de ventaja general. Trataba de establecer la analogia como principio de la razon suficiente, é hizo popular la metafísica. Pensaba tambien en mejorar la educacion, proponiendo reglas racionales y costumbres opuestas á las que estaban en boga, como el ejercicio al aire libre, trajes holgados, cabellos cortos y el cuello desnudo, todo con gran escándalo de los rutineros. Excluia de los estudios el latin y el griego, y queria que además de la memoria se cultivase tambien el entendimiento.

Voss traducia á Homero, á Virgilio, á Teócrito, á Hesiodo, á Horacio y Shakspeare, pero sin saber darles su colorido respectivo. Adelung 'dió á luz un diccionario y una gramática, ambos estimados, aunque restringió la pureza del lenguaje al antiguo marquesado de Misnia y á un pretendido siglo de oro.

Jacobo Bodmer, de Zurich (1698-1793), se declaró adversario de la literatura afrancesada, pero para unirse á los ingleses, cuya natural gravedad conviene más á los alemanes: tradujo á Milton, escribió, á imitacion de *El Espectador* de Addinson, *El Pintor de las costumbres*, publicó los *Minnesingers*, y sostenido por su juventud, continuó una guerra de pluma y sátira contra el desconsolado Gottsched. Vió ensalzado hasta las nubes su pobre poema de *Noé* por una generacion de escogidos talentos que se consideraban como discípulos suyos.

Tales eran Haller, ilustre naturalista, Wieland, y el superior á todos Federico Klopstock (1724-1803). Su *Mesiada* no es un poema de escuela como tantos otros que nacian y morian en Alemania. Inspirado por la Biblia, describió la vida del Hombre-Dios; y como la quietud de la Divinidad, que no está sujeta á las pasiones, debia hacerla monótona, lo evita variando los caractéres de los Apóstoles y de los espíritus celestiales, como tambien con

el lirismo que á intervalos hay en su poema. Los incrédulos le atacaron con encarnizamiento por odio á un asunto religioso; Gottsched le atacó por despecho de no seguir sus huellas. Klopstock siguió trabajando en la miseria y guardó silencio, hasta el momento en que el rey de Dinamarca le asignó una pension. En fin, pudo esclamar: «Lo he esperado de tí, celestial mediador, y he podido terminar el cantar de la nueva alianza; la terrible mision se ha concluido, y tú me perdonarás mis inciertos pasos. Siento mi corazon inundado de alegria, derramo lágrimas de ternura. No pido recompensa. ¿No he disfrutado ya de la alegria de los ángeles celebrando al Señor? Me he afectado hasta el fondo de mi corazon, mi sér se agitó en sus repliegues más íntimos. ¿No he visto yo correr las lágrimas de los creyentes? ¿Y no seré yo tal vez acogido por ellos en otro mundo con estas lágrimas celestiales?» Cuando le sorprendió la muerte, murmuraba un pasaje de la *Mesiada*. Cantóse un trozo de ella al rededor de su ataud. ¿Quién por dria desear un homenaje más solemne?

Al paso que los partidarios de Wieland no sabian sino repetir Grecia, Parnaso y Musas, los *nuevos bardos*, siguiendo las huellas de Klopstock, no conocian más que las cacerias ó los ángeles, las mitologias germánicas ó cristianas, pero sin poseer el arte de poner acordes estos dos elementos. Otros como Salomon Gesnner cantaban los campos y los pastores que no se hallan en la naturaleza; otros como Gellert y Pfeffel escribian fábulas sencillas; otros, en fin, abrazaban la carrera de las armas maldiciendo á los austriacos y aplaudiendo á Federico, como Kleist y Gleim, el *granadero prusiano*, pero no sabian tratar de la vida real.

Historia.—Los historiadores, que no tienen á la vista sino á sus pequeños príncipes y la debilidad del imperio, y que carecen del vivo sentimiento de la patria y del ciudadano, no estienden sus miradas por un vasto horizonte; hacen indagaciones inexactas y minuciosas, y brillan por sus conocimientos especiales, pero no por lo sublime de su arte. Comenzaron á mediados del siglo á mejorarse siguiendo ejemplos extranjeros; pero nunca poseyeron ni una exposicion elegante, ni un colorido vigoroso, ni tampoco belleza de formas. Graye y Guthrie dieron la traduccion de la *Historia universal* por una sociedad de literatos ingleses, con buenas notas, y añadiéndole tomos enteros, cuando creian que disminuia el interés de aquella obra. Juan Cristóbal Gatterer consideró la historia universal desde un punto de vista elevado, desterrando el sistema absurdo de las cuatro monarquias primitivas, y presentando á la antigüedad bajo un aspecto desacostumbrado, aunque las costumbres de escuela le hayan impedido alcanzar el golpe de vista de conjunto, que es la condicion principal de una buena historia universal.

Schrokh compendió una *Biografia universal*. Otros buscaron, siguiendo las huellas de Gatterer, las doctrinas, las particularidades, una multitud de materiales, nuevos tesoros, dando cuenta de sus descubrimientos sin formar juicio sobre ellos.

La revolucion producida por Kant en el mundo moral inclinó á los historiadores á examinar más á fondo los acontecimientos y á dar á sus trabajos una significacion más elevada, un carácter más noble. Su *Idea de una historia general con un objeto cosmopolita*, enseñó á trazar la marcha de la humanidad, con arreglo á un pensamiento *à priori*, considerando como demostrada por los acontecimientos la perfectibilidad del género humano. Entonces la historia pragmática sucedió á las estériles colecciones de acontecimientos que no hacen más que grabarse en la memoria. Hubo tambien escritores, como Kant, que la consideraron más filosóficamente, y hasta con más poesia, tratándola casi como una epopeya, siguiendo el hilo principal, y sin esponer, no solamente lo que habian leido, sino sus impresiones y los juicios que emitian.

Augusto Luis Schlozer (1737-1809), menos hábil y más ingenioso que Gatterer, supo evitar sus defectos considerando á la historia como «la coleccion sistemática de los hechos, con los cuales se puede conocer el estado de la tierra y del cielo, con ayuda de las causas más ó menos remotas que los produjeron.» No se podia, pues, escribir la historia de cada pueblo sin una apreciacion general de los destinos del género humano; y adquiria de esta manera la historia independencia y espíritu elevado y científico. En su *Historia general del Norte* desechó muchas fábulas; fué el primero que dió á luz la estadística, aunque la alteró no valuando á los pueblos sino por almas y números. *Su Correspondencia histórica y política*, en la que razonaba sobre los acontecimientos diarios, daba que reflexionar á los mismos gabinetes. Pero la risa que escitaba sobre las miras mezquinas de los pequeños Estados, y sobre los vicios de la constitucion germática, no inclinaba á buscar los medios de mejora.

Herder.—Puede clasificarse en la misma línea que Schlozer á Julio Augusto Rémer y á Luis Timoteo Spittler, autor de una *Historia eclesiástica* y de un *Bosquejo de la de los Estados europeos*, en la cual dirigió la atencion sobre otras cosas que los tronos y las batallas. Sin detenernos en la historia de la civilizacion del *género humano* por Adelung, en *la de la humanidad* por Iselin, y en el *Resúmen de la historia de la humanidad* por Meiners, citaremos á Juan Godofredo Herder de Mohrungen (1744-1803), que conoció la importancia de los cantos populares, y coleccionó, no sólo en el Norte, sino en todos los paises las *voces de los pueblos*. Encontrando las ideas de lo noble y de lo bello más desarrolladas en la nacionalidad que en los individuos, quiso componer una historia de la humanidad, deducida de los designios de Dios manifestados en sus obras; ahora bien, después de haberse abierto el camino con sus *Ideas sobre la historia de la humanidad* que hemos analizado en otra parte, para encontrar la tradicion más remota,

la clave de toda filosofia y de toda mitologia, se dejó estraviar por interpretaciones fantásticas, adoptando como guias sentimientos vagos é indeterminados; hasta se inclinó al panteismo, aunque despreció á Voltaire.

Muller.—Juan Muller, de Schafíhouse (1752-1809) cambió de estado y de opiniones, tuvo instintos generosos, pero sin objeto de demolicion ó de reedificacion, hasta la época de su muerte. Su mejor obra es la *Historia de la confederacion helvética*, que anima el patriotismo, y que da color al sentimiento de las bellezas naturales: «Rousseau, decia, me revela la omnipotencia de un hermoso estilo. ¿No ha encantado á todos los que saben pensar en Europa? ¿No tiene á todo el mundo á sus piés, escepto á sus compatriotas? Yo quiero, pues, poseer este eficaz instrumento. No se hizo sino tartamudear desde la emigracion hasta Erasmo, de Erasmo á Leibniz se escribió, de Leibniz á Voltaire se razonó; yo hablaré.» Pero adoptó un tono declamatorio que sienta mal á la historia: destruye el interés general con los detalles, y no conoce el secreto del arte que consiste en no hablar de sí. En su misma *Historia universal* se detiene en hechos particulares, sin ninguna idea general; no es por otra parte sino un bosquejo de las lecciones, que daba á sus discípulos. Pero tiene el mérito de haberse separado de la sátira contemporánea para reconocer la grandeza, aun bajo otras formas que las de nuestra sociedad, y jamás cesó de manifestar amor á la libertad.

Crítica. Lessing.—Libertar á la crítica de las trabas de la escuela, en la que no se podia jurar sino por De Batteux, y dar á su patria una prosa y nuevas apreciaciones de lo bello, este fué el mérito de Efrain Lessing de Cameirts (1729-1781). Emprendió examinar los dramas extranjeros representados en Francia, y se atrevió á censurar á Voltaire, no sobre algunos detalles de sus obras, sino sobre los caractéres y sentimientos espresados en ellas, y con objeto de desterrar la elegante afectacion, no temió hacer frente á la trivialidad. Vindicó en gran número de artículos de periódicos, á la literatura alemana de lo que la habia denigrado la academia de Berlin, y se puede decir que la estética nació con él. Ya Winckelmann habia comenzado á observar con desusada penetracion los monumentos de Roma; y asociando en la *Historia de las bellas artes* la teoria á la realidad, vió las cosas de una manera nueva, aunque fué admirador esclusivo de la antigüedad. Los secuaces de Winckelmann eran enteramente idealistas: Lessing quiso, pues, hacer que el individuo volviese á lo real. Aunque haya incurrido en el esceso opuesto, tiene el mérito de haber sostenido lo natural contra lo artificial, y atacado el oropel clásico y el ceremonial francés. Rejuveneció la crítica dando en Laocoon los límites de la poesia y de la pintura. Pero la ignorancia en que estaba de las obras maestras del arte antiguo le fué perjudicial; algunas de sus doctrinas parecieron falsas en las aplicaciones, aun aquellas que establecia como capitales. Pretende sin razon circunscribir la pintura á los límites asignados a las artes plásticas, y trazar entre las bellas artes una línea infranqueable, separando la poesia que es el alma de todas las demás.

Multitud de escritores se dedicaron entonces á examinar las razones de lo bello. Baumgarten, de Berlin, discípulo de Wolf, y por éste de Leibniz, fué el primero que dió «la forma sistemática á la teoria del gusto, que tituló *estética*,» definiéndola el arte de las bellas ideas, al mismo tiempo que la presentaba como un sentimiento, de tal manera, que llegaba á depender de la moral. La dividió en teórica y práctica, colocó lo bello en el conocimiento de lo sensitivo perfecto, que consiste en que se dirijan las ideas á la unidad, en la belleza del ordenamiento, y en la de la espresion de las ideas y de sus objetos, á cuyo mérito se oponen las contradicciones en los pensamientos, el desórden de las ideas y de los objetos, la espresion falsa ó viciosa. Esta no era más que una primera tentativa; pero desde entonces la estética debió una existencia independiente á Mendelsohn, á Eberhard á Sulzer, y llegó a ser una parte de la filosofia. Este último, metafísico de reputacion, escribió una *Teoria universal de las bellas artes* (1772), proponiéndose restablecerlas en su destino, esto es, que fuesen útiles á la sociedad, y se formasen buenos ciudadanos por medio de las bellezas. Tieck y Hagerdorn dirigieron su atencion sobre la pintura y la poesia antigua; Herder, Heinsius, Göthe, la suya sobre el dominio todo del arte, fundando la estética en la psicologia; Schiller aplicó á la estética la doctrina de Kant.

Schlegel.—Guillermo Schlegel, de Hannover, ofreció el curso de literatura dramática más estenso y profundo. Su hermano Federico supuso que no podia haber verdadera ciencia, sino en el conocimiento del todo. Estudió, pues, todas las lenguas, se hizo contemporáneo de los romanos, de los griegos, de los caldeos y de los indios; y de la comparacion de las palabras que espresan las ideas primitivas dedujo el orígen comun de los hombres. Manifestó en la *Historia de la literatura antigua y moderna*, que conocia todo lo que la poseia de los griegos, el genio romano, la inspiracion hebrea, el desarrollo intelectual de los modernos, ofrecen de grande y de bello; y todo lo dirigió hácia el objeto que le pareció ser el único propio á obtener la renovacion de las letras y de las ciencias, es decir, la union de la fe con el saber. Aquel genio observador se dedicaba á examinar con escrupulosidad los textos de los clásicos y suministró mejores ediciones de ellos; y animándose á fuerza de paciencia, introducia las dudas sobre las obras antiguas, eliminaba ciertas partes, y apoyaba con razones filológicas las observaciones filosóficas de Vico, para quien Homero se convertia en un tipo ideal. De esta manera se introdujo una crítica nueva, que no sólo se cuida de lo que fué, sino de lo que podia ser; que funda sus conjeturas en lo po-

sible, y manifiesta, por lo que han hecho los más diferentes genios, á donde podia llegar un genio nuevo.

Nobles almas se reunieron para defender las doctrinas nacionales, escitar los sentimientos, despertar las tradiciones; uniéronse los doctos á los ignorantes; formáronse sociedades y círculos, siquiera no fuesen más que para leer los periódicos. La literatura alemana recobró algun vigor; y si al principio habia imitado á la francesa y á sus formas clásicas, se encontró entonces en libertad, y dirigiendo sus miradas á los ingleses, se atrevió á intentar la originalidad. En las fuentes alemanas fué en las que bebió Augusto Burger, que en el curso de una existencia desgraciada, llegó á ser el poeta popular, describiendo en sus baladas las tradiciones vulgares: aunque se espresa en tono familiar y hasta á veces ordinario, otras se eleva hasta lo sublime. Las obras del tierno Holty aparecen llenas del presentimiento de un fin próximo.

Entre los *humoristas* el padre Jorge de Lichtenberg, así como Lessing, creia que la revelacion era una faz del progreso del espíritu humano, y tendia á espiritualizarlo todo. Se mofaba de la fantasia de sus contemporáneos, y parodió las teorias de Lavater en su *Fisonomía de las colas*.

Teatro.—La mania hácia lo ampuloso y declamatorio se habia introducido en el teatro desde Lohenstein, y los actores, resplandecientes de oropel, se presentaban henchidos y erguidos, con una enorme espada y algunos trajes heroicos, gritando, pateando y recitando con tono enfático períodos ampulosos. Traducian y representaban, con preferencia á los productos del pais, las piezas de Corneille, Molière y las farsas italianas. Pero cuando en 1708 Stranitzki hizo representar en Viena una comedia alemana, fueron grandes los aplausos, y quedó olvidado el estúpido Hanswurst. Lessing, que publicó críticas incomparables sobre el arte dramático, dió tambien ejemplos de él. *Mina de Barnhelm*, llena de sal cómica; *Sara Sempsom*, drama lastimero, exento de las declamaciones de Diderot; y *Emilio Galotti*, en que traslada el hecho de la Virginia romana á lo interior del hogar doméstico. Engel, su discípulo, dió buenos preceptos sobre la mímica. Las comedias de Ifland y de Kotzebue, débiles en estremo, se dirigen más bien al efecto que á la descripcion real de la sociedad; la moral es en ellas charlatana y sentenciosa, y ofrecen una idealidad de vicios y virtudes.

Schiller.—El escritor más ilustre del teatro aleman fué Federico Schiller (1759-1805). La lectura de Klopstock le habia hecho concebir sentimientos religiosos y enérgicos; pero siguió los errores de la época en sus primeras composiciones. En sus *Bandidos* opone á la sociedad, en la que los bribones llegan hasta aparecer virtuosos, la seductora pintura de una partida de ladrones que son culpables sin ser viles. El efecto producido por aquella pieza fué tal, que varios jóvenes abandonaron la existencia de la ciudad para dirigirse á los bosques. Manifiesta además en el *Amor y la Intriga*, el triunfo del egoismo calculado sobre las generosas pasiones de la juventud, que no saben doblegarse á las exigencias de un mundo injusto. El *Don Carlos* y la *Conjuracion de Fieschi* están llenos del republicanismo que entonces lo invadia todo, y del presentimiento de mejoras indeterminadas aplicado á personajes de otra época, lo que les quita el mérito de la verdad. Aquellas piezas le valieron el título de ciudadano francés, que le decretó la Convencion. Pero cuando la carta llegó á Schiller, los seis miembros que la habian firmado habian perecido de muerte violenta, y pudo conocer cuánto difieren las aplicaciones de lo que ofrecen de seductor las teorias.

Schiller está muy distante de tener la fecunda variedad, la profundidad patética y la poderosa originalidad de Shakspeare. Hijo de su siglo, destruye la verdad de sus personajes atribuyéndoles ideas y sentimientos de otra época; dogmatiza cuando deberia pintar y conmover; no crea séres reales como el poeta inglés, pero les da gran interés con el carácter moral que hizo dominar después en sus nuevas composiciones. En efecto, la lucha entre las resoluciones virtuosas y la intolerancia de toda autoridad moral disgustaba á Schiller de la sociedad, y un penoso sentimiento de duda se dejó conocer á menudo en sus obras. Pero si, en fin, la filosofia de Kant no le dió la certidumbre, le enseñó que la idea de un Dios, que el sentimiento del deber son ideas necesarias á la existencia del hombre, y que debe inclinarse con respeto delante de ciertos misterios. Tomó entonces tanto en la poesia lírica como en el arte dramático, sus inspiraciones de una fuente más elevada, y buscó el interés en el triunfo de la parte moral del hombre sobre la parte material, demostrando el poder del libre albedrío, y haciendo, como él decia, la tragedia digna de los altos destinos de la época.

Entonces escribió la trilogia de *Wallenstein*, más fiel á la historia que sus anteriores composiciones: se encuentran en ella caractéres gigantescos, cuya tosquedad se halla disminuida por el arte, y siempre un ideal de bondad y virtud está colocado como correctivo al lado del triunfo de la perversidad. *Maria Estuardo*, *Guillermo Tell* y *La Doncella de Orleans* pertenecen al mismo sentimiento, aunque en este ennoblecimiento de la naturaleza humana se aficionase á ciertos tipos metafísicos más bien que á la realidad, y por más que de su proceder resulte la vana investigacion, que es un suplicio para la inteligencia. Escribia: en efecto: «Cada dia estoy más convencido de que no he nacido poeta. Si de cuando en cuando tengo algunos arranques poéticos, lo debo á mis continuas meditaciones sobre asuntos metafísicos.»

Sus dramas fueron representados en la corte de Weimar, que en tiempo de la regencia de Ana Amalia de Brunswick, fué llamada la Atenas de la Turingia. Lo selecto de los literatos disfrutaba allí la tranquilidad de la paz en medio de los desastres

de la guerra de los Siete Años, y del hambre de 1772. Estos eran Seckendorf, Einsiedel, Knebel, Voigt, el novelista Musæus, Herder, que segun el dicho de Richter, era una poesia más bien que un poeta; Bertuch, que creaba allí la industria, é Illand que hacia representar sus comedias; Wieland, habia sido llamado á aquella corte para ser maestro del príncipe. Wolfang Gœthe habia establecido y dirigia un teatro para un pequeño número de elegidos, ante quienes hacia representar todas las obras maestras de todas las naciones, con la más precisa y erudita imitacion de trajes y usos. Unas veces todo estaba dispuesto para un teatro antiguo: el coro bajaba á la orquesta, y se representaba una comedia de Terencio ó la *Ifigenia;* otras, dramas de Shakspeare ó la *Sacontala* indiana, traducidos por Schlegel, el *Mahoma,* de Voltaire; la *Fedra,* de Racine; las comedias de Carlos Gozzi, traducidas por Schiller y Gœthe.

Gœthe.—El talento de Schiller se consumia entre aquellos tranquilos goces, al mismo tiempo que gastaba su cuerpo, y murió en 1805. Gœthe (1749-1832) fué el único representante supremo que quedó de la literatura alemana: poeta lírico, épico, dramático, romancero, crítico, físico y sin rival en todos géneros. Comenzó con el *Werther,* espresion dolorosa de una sociedad que, agitada por la incertidumbre entre un pasado que se destruia y un porvenir á que se aspiraba sin saber cómo conseguirlo, se encontraba maltratado por una inmensa actividad interior y la monótona cadena del mundo esterior. Su *Werther* produjo suicidios verdaderos y multitud de imitadores, de los que se burló en el *Triunfo del sentimentalismo,* combatiendo tambien el suicidio en el *Noviciado de Guillermo Meister.* En efecto, su destino fué siempre el dar á conocer una obra maestra, verla imitada por una turba servil, satirizarla entonces, y después de haberle mudado de piel como la serpiente, ofrecerse á las miradas bajo un aspecto enteramente diverso.

Su primer ensayo dramático fué el *Gotz de Berlinchingen,* en el que personifica de una manera poderosa á los feudatarios en su última época; ofrece á las miradas sin regla ni proporcion, pero variados como la naturaleza, barones, clérigos, trovadores, bohemios, pueblos, tribunales secretos, toda la sociedad germática. No mencionaremos los diferentes ensayos que hizo sobre asuntos griegos, italianos y extranjeros, en los que siempre supo trasladarse á la sociedad que describia. *Fausto,* que es su más célebre obra dramática, comprende al universo, desde Dios hasta el sapo, desde el paraiso hasta el aquelarre, desde el palacio de los reyes hasta el laboratorio del alquimista. Avaro de ciencia y de placeres, Fausto hace pacto con el diablo Mefistófeles, con objeto de poder hartarse de ellos. Este, espíritu burlon, en todo materia y sentidos, sin elevarse nunca más allá de los intereses positivos, no busca sino el placer: hay en él una burla para toda virtud, un sarcasmo para todo sentimiento y una sonrisa para todo padecer. Mefistófeles le da la ciencia, pero mostrándole su nulidad; le ofrece el amor, pero precipitando en un abismo de oprobio y miseria á una doncella sencilla; y esclama cuando la ve perderse: *No es la primera.* De esta manera el hombre de corazon se encuentra vencido por el de cabeza; y todo pone de relieve á Mefistófeles, que es el mal encarnado. Margarita, que no es sino puro amor, se encuentra conducida inevitablente al pecado, al infanticidio y al cadalso. Después de la muerte de su amada, Fausto se entrega á los placeres; conoce las torpezas de la política, los delirios de la ciencia, la locura de las creencias, y todo se resuelve en fin en una unidad impersonal.

Es, pues, el mismo problema de la existencia del mal que se presentaba á Job; pero al paso que el árabe le resolvió con ayuda de una consoladora providencia, Gœthe no encuentra en un siglo de crítica atrevida é incrédula, sino burla, orgullo y desesperacion, y afirma que el mal es infinito, eterno é irreparable. Aquel complicado é inesplicable drama en el que cada uno puede encontrar lo que quiere (4), obró sobre el carácter aleman, suscitando multitud de escépticos que, satirizando el saber y sin fe en el amor, renegaban de la idealidad, para adoptar un aire de buen tono y de incredulidad.

Gœthe no se preocupaba por esto. *Con la frente tranquila y las manos ardientes* modela sus personajes independientemente de su propia individualidad, sin corazon, vanagloriándose de insensibilidad, sin cuidarse más que de la forma y del efecto, no pensando más que en reproducir como un espejo las imágenes que le afectan. Unas veces se le toma por un griego ó por un émulo de Propercio; otras os traslada á Oriente; un momento después á la cuna del cristianismo ó entre los trovadores, y siempre con ingénua sencillez, figuras atrevidas, flexibilidad, gracia ó sublimidad en la espresion, segun le acomoda.

Añádanse á estas producciones infinidad de artículos, traducciones, trabajos capitales sobre la óptica ó la botánica, é innumerables cartas; lo que le valió una veneracion sin límites, pero no sin con-

(4) Göthe escribia á Eckermann: «La fama y la popularidad se adquieren con menos frecuencia por el mérito verdadero que por los defectos. Mi *Fausto* agradó especialmente por lo bajo y lo oscuro, y ofreció el atractivo de un problema insoluble. La atmósfera sombria de la primera parte complació mucho á los lectores. No procureis comprender el pensamiento que me dictó esta primera obra. *Fausto* es una estravagancia singular; cada escena de la primera parte forma un conjunto completo, un cuadro aislado, un mundo aparte. *Gil Blas, Don Juan* y hasta la *Odisea* están concebidos con arreglo al mismo principio. La primera parte emana de una situacion á la vez apasionada y dolorosa, interesante por consecuencia; la segunda revela un mundo más vasto, más elevado, más puro y menos apasionado. El que no ha vivido un poco y observado mucho no comprenderá lo que significa el fin de *Fausto.*» *Gespräche mit Göthe.*

tradiccion. Lo bello no es, ha dicho (5), sino el resultado de una feliz exposicion; y ésta pareció ser su divisa. Es un colorista sin igual; pero con respecto al fondo, es indiferente entre la patria y el extranjero, entre Brahma, Júpiter y Cristo; toda religion, toda filosofia es buena para él; poco le importa el gobierno inglés ó el de Turquia, Bayle ó Bossuet; todo lo que existe es bueno; es prudencia dejar decir y dejar obrar; es una felicidad el mirar desde la tranquila costa á aquel que se encuentra agitado por la tempestad. Con este refinado egoismo ve las opiniones elevarse y sucumbir, sin cuidarse de ello; ve á su patria y al mundo trastornados, sin interesarse: tiene necesidad de conservar sus aguas limpias, para que reflejen las orillas. Es cierto que combatió el cinismo volteriano, pero para precipitar á los ánimos en la indiferencia. Aplaudió algunos genios nacientes; pero porque aguardaba alabanzas en cambio, dispuesto á aniquilar á todo el que hubiera atacado su divinidad. Por lo demás, no guió su siglo, como hubiera podido hacerlo, siendo un hombre de genio, sino que se dejó arrastrar por la corriente. No favoreció los arranques de su patria contra el extranjero, ni sus esfuerzos en favor de la libertad; así es que se le debe colocar entre aquellos á quienes se admira sin amarlos, que el poder acaricia sin temerlos, y la multitud respeta sin bendecirlos.

(5) *Kunst und Alterthum*, 116, f. 181.

CAPÍTULO XXIII

FILOSOFIA.

El principal mérito de la Alemania consiste en haber dado en la filosofia el mayor paso de la era moderna, y determinado todos los que le han seguido. Antes de dar cuenta de él, indaguemos en qué estado se encontraba esta ciencia de las ciencias, que observa y juzga todas las demás.

La filosofia de Locke, por pobre que sea, tendrá el mérito de haber llegado á ser popular; otros dirán vulgar, por el estremado abandono con que esplica los actos del espíritu, eliminando sin escrúpulo todo lo que la incomoda. No existen ideas innatas (habia dicho Locke), y todas se derivan de los sentidos y de la reflexion. Pero ¿cómo puede derivarse de los sentidos la idea de sustancia? En vez de dedicarse á esta investigacion, Locke niega rotundamente que exista la idea de sustancia, sólo porque no puede deducirse de los sentidos, ni tampoco acomodarse con su axioma, segun el cual, aquéllos nos dan inmediatamente la idea de los cuerpos que están fuera de nosotros.

El vulgo aceptó ciegamente sus asertos; pero d'Alembert, que no obstante le proclamaba el Newton (1) de la metafísica, conoció que aun quedaban dos cosas por esplicar. Siendo las sensaciones modificaciones interiores del alma, ¿cómo sucede que aparecen esteriormente? ¿Cómo los olores, los sonidos, el calor y el frio que existen fuera de nosotros, los creemos en nosotros? ¿Cómo pensamos lo que no existe en nosotros? Los sentidos nos ofrecen, además, diferentes sensaciones independientes; ahora bien, ¿de qué manera las refiere el alma á un solo sugeto? Cuando cojo una bola de nieve, siento el frio, la resistencia y la pesadez: ¿cómo estas tres distintas cualidades sensibles se reunen en la idea sensible de una bola de nieve? Causa admiracion el que después de cuestiones de semejante importancia, d'Alembert negase tambien la idea de las sustancias, y confundiese las sensaciones exteriores con los juicios que se mezclan á ellas.

Condillac, 1715-80.—El abate Esteban de Condillac, de Grénoble, pretendió esplicar las dificultades suscitadas por d'Alembert; pero ni siquiera las comprendió, porque tomaba como punto de partida la materia del conocimiento, y no la forma. Así como Locke procede de Bacon, Condillac de Locke, y se le atribuye el mérito de haberle hecho inteligible, cuando se le podria preguntar si él mismo le ha comprendido. En efecto, nos le presenta como sensualista puro, al paso que Locke, si cree la sensacion necesaria, no por eso escluye las demás operaciones del alma. Es cierto que no las esplicaba, y que sólo se proponia combatir á Descartes, que suponia ideas anteriores á los juicios. Ahora bien, la pequeñísima parte que Locke habia dejado á la reflexion (2), Condillac la suprimió reduciéndolo todo á los sentidos; de este modo la psicologia se convierte en un ramo de la zoologia; el hombre es un mero eslabon de la cadena animal y sus facultades el desarrollo múltiple y variado de

(1) Newton escribia á Locke, el 16 de setiembre de 1693, que destruia, segun su parecer, las bases de toda moral, con el principio que sentaba en su primer libro, y que le consideraba como un partidario de Hobbes. Véase la carta publicada por Dugal Hewart, en el discurso preliminar de la *Enciclopedia británica*.

(2) Locke (dice Condillac) distingue dos fuentes de nuestras ideas: los sentidos y la reflexion. Más exacto seria reconocer una sola, ya atendiendo á que la reflexion no es su principio sino la sensacion misma, ya á que más bien que fuente de las ideas, es el canal por cuyo medio se derivan éstas de los sentidos.» *Tratado de las sensaciones.*

la primera sensacion. La *atencion* es la percepcion del objeto presentado por los sentidos, y si es doble se llama *comparacion*; si el objeto de la atencion es remoto, esta es la *memoria*. Sentir la diferencia ó la semejanza de dos objetos, es el *juicio*; una série de juicios constituye la *reflexion;* deducir un juicio de otro que lo contiene, es *razonar*, es decir, que no se puede razonar sin sensacion, y el conjunto de todas estas facultades se llama *entendimiento*. Si se consideran las sensaciones como agradables ó desagradables, tendremos el génesis de las facultades relativas á la voluntad, que es el deseo que se ha hecho fijo por medio de la esperanza. La reunion de todas las facultades relativas á la inteligencia ó á la voluntad constituye el alma humana, que en su consecuencia es engendrada por la sensacion.

Aquella unidad pareció una maravilla. Se creyó que era una cosa inmensa eliminar el sugeto y reducir hasta las facultades más activas del alma á un solo principio pasivo. En una época en que se predicaba la esperiencia, se complacieron en aquella suposicion de una estátua animada, á la cual el filósofo da á su antojo un sentido después de otro. El olfato, la vista, el oido, el gusto no bastan para asegurar que existe algo fuera de ella, en atencion á que no los causa sino modificaciones internas. Las sensaciones de frio y calor no producen más; pero cuando la estátua se mueve, encuentra alguna resistencia á su tacto, y se apercibe de alguna cosa que no es ella; ahora bien, esta sensacion de solidez es el puente con cuya ayuda la inteligencia sale fuera de sí, y por medio de juicios derivados de este *hecho* y facilitados por el hábito, llega á darse cuenta de la existencia de los cuerpos. Llamábase á esto análisis en el lenguaje de la época, y nadie se levantaba para decir á Condillac: «Esa suposicion es absurda, pues la esencia del hombre es estar provisto de todos los sentidos, y la vida intelectual exige, no el ejercicio de una facultad después de la otra, sino el simultáneo de varias facultades. Ahora bien, ¿cómo concedeis al tacto la facultad de juzgar, si es enteramente interior, y no se refiere á ningun punto de nuestro cuerpo ó del espacio fuera de nosotros? ¿Cómo nos hablais de observaciones, vos que procedeis siempre por hipótesis, como la de la estátua y la de los dos niños abandonados en un desierto?

Pobre razonador, Condillac no examina más que la superficie: ignora enteramente la idea de la causa; cree en la sensacion, pero no se pregunta cómo se siente; atribuye todos los progresos á la habilidad con que nos hemos servido del lenguaje, pero no inquiere de dónde nos ha procedido esta habilidad. Responde á las objeciones con acepciones, y habla á cada paso de las trasformaciones de la sensacion, pero sin decirnos por qué medios se efectúan, ni de dónde salen los nuevos elementos: y ¿qué otra cosa es la *sensacion* que siente, juzga, abstrae, dura, etc., sino lo que llamamos *alma?*

La asociacion de las ideas no es, segun él, sino una costumbre; cuando una sensacion se despierta, las demás le siguen unidas entre sí por la fuerza de la costumbre. ¡Pero las sensaciones y las costumbres no hacen al hombre superior á los brutos, la impresion no produce las generalidades, las comparaciones, el juicio! Pues bien, todo esto lo da la palabra. ¡El enlace del habla con los pensamientos, que ya Locke habia indicado muy á la ligera, fué reproducido por Condillac, quien sostiene que los signos son los que engendran la reflexion, la abstraccion, el raciocinio y las demás facultades que constituyen la superioridad de inteligencia del hombre sobre las bestias: al habla es á la que debemos la costumbre de asociar las ideas, de las cuales salen de la memoria sábias combinaciones; con la palabra el hombre adquiere las maravillas de la inteligencia y de la civilizacion; por ella piensan las sensaciones!

Este poderoso estimulante del pensamiento es, sin embargo, tambien la causa de los errores, cuando el hombre se extravia en las generalidades del lenguaje y adopta como realidad las abstracciones que ha creado. Debe, pues, acercarse lo más posible la palabra á la sensacion, descomponer las ideas complejas en ideas simples, y llegar hasta la imágen fija ofrecida por los sentidos.

Alábase á Condillac por el estudio que hizo del lenguaje; pero si le dió un desarrollo más particular, tanto á él como á las operaciones de la inteligencia, no introdujo nada fundamental en la filosofía. Ya desde Descartes se habia conocido la imposibilidad de comprender bien los elementos del lenguaje, ni conocer los del pensamiento y su formacion; y á esto es á lo que precisamente se llega reflexionando sobre el lenguaje, en el cual se descompone la idea y la conciencia, de donde se se sigue que la gramática es la relacion entre el idioma y el pensamiento. Algunos escritores compusieron, pues, gramáticas generales, al frente de las cuales está la de Port-Royal, en la que se encuentra ya establecida la distincion entre las palabras subjetivas y las objetivas, es decir, las que denotan los objetos de nuestra inteligencia, ó bien su forma, su manera, que son los dos diferentes aspectos bajo los cuales considera el alma los objetos.

El lenguaje hace, pues, que el espíritu halle en nuestros conocimientos elementos objetivos y formales; ahora bien, esto contraria la doctrina de Locke, pues las ideas de relacion nacen, no de las sensaciones, sino de la actividad sintética del espíritu. Condillac ignora esta distincion, que le hubiera salvado del error de la sensacion trasformada. Sacerdote, se aparta de las estremas consecuencias; y aunque argumentando como materialista, pone, sin embargo, la residencia de la sensacion en los órganos, no en el alma, y á veces se coloca al lado de los idealistas, cuando asegura que nosotros no conocemos sino nuestro pensamiento (3).

---

(3) *Arte de pensar.*

Hume, 1717-76.—El sensualismo habia llegado en Inglaterra hasta las últimas consecuencias con más imaginacion y talento. David Hume admitió sin escepcion la teoria de Locke, segun la cual no tenemos conocimiento sino por los sentidos. Pero Loche se habia contradicho al diferenciar nuestros conocimientos *primitivos* de los demás que proceden de la esperiencia. Ahora bien, Hume conoció bien que las ideas *à priori*, es decir, universales y necesarias, no pueden proceder de los sentidos. La ciencia, dice, merece confianza sólo á condicion de que todos sus elementos lleven el sello de la necesidad y de la universidad; ahora bien, nuestras ideas son efecto de impresiones variables y de puros hábitos; luego no hay ciencia verdadera. El axioma de que *todo efecto tiene una causa* es imposible deducirlo de la esperiencia, que no nos presenta sino hechos singulares, y nunca la conexion que existe entre ellos y su causa, y aun menos su necesidad. En lugar, pues, de concluir que existe fuera de los sentidos otro orígen de conocimientos, Hume negó este axioma, y dice que los hombres no admiten esta regla sino por costumbre; es decir, por no dudar del arbitrario juicio de un filósofo, supuso á todo el género humano en error, y suprimió el fundamento más general de la actividad humana. Razonó, pues, de esta manera: «Las ideas, los juicios y todas las demás modificaciones de la inteligencia son sensaciones debilitadas, y en su consecuencia menos ciertas que las sensaciones propiamente dichas. Pero hasta toda certidumbre necesaria falta á éstas, en atencion á que ninguna razon nos inclina á creer que corresponden á los objetos.»

En efecto, nuestros juicios relativos al órden físico están fundados en la nocion de causa; los relativos á la moral implican la nocion de virtud y libertad; los que pretenden esplicar el orígen y concebir la unidad del mundo físico y moral á la vez, implican la de un principio universal. Ahora bien, estas tres ideas de causalidad, virtud y Dios son, segun Hume, puras hipótesis, ideas ficticias. La esperiencia nos presenta las relaciones de sucesion y simultaneidad entre los fenómenos, pero no demuestra que uno se derive de otro. Suprimida la idea de la causa hace se destruyan todos nuestros juicios; pues no podemos esplicar los fenómenos sino aplicándoles esta nocion, y sólo por ella podemos creer en la existencia de los cuerpos, pues creemos en ellos en tanto que son causa de nuestras sensaciones.

No se sostienen mejor las nociones en las cuales se fundan los conceptos morales, pues el hombre no puede ser movido sino por el interés personal. Careciendo de todo motivo racional la idea de generosidad y abnegacion, que existe en la virtud, no queda más que la duda. La idea de libertad se desvanece tambien, pues no es posible una eleccion libre sin motivos; y no puede haber otro motivo donde no hay sino una sensacion que impulse irresistiblemente la voluntad.

Por otra parte, los sentidos no ofrecen un medio de llegar á Dios, si se separa la idea de considerarle como causa. El hombre adora, pues, en un principio los fenómenos de la naturaleza, benéficos ó terribles, y por via de abstraccion los trasforma en dioses, y fuera del mundo sensible, creando otro en su fantasia. Hume destruyó, pues, el elemento de Locke, la sensacion, convirtiendo á ésta en una percepcion de pura apariencia, y á la naturaleza en una mezcla de percepciones y fenómenos. La necesidad que Locke sacaba de la causalidad, se desvanece cuando niega esta causalidad, y la cree una ilusion de la costumbre; al paso que el mundo no es sino una fantasmagoria abandonada al acaso.

No hay filosofia posible si se desconoce la conexion que existe entre la causa y los efectos; ahora bien, la esperiencia, único orígen de nuestras ideas, no nos presenta ninguna idea de esta conexion; no puede, pues, haber filosofia, y el talento humano es incapaz de conocer otra cosa que ciertos hechos acaecidos al mismo, y que recuerda.

Berkeley, 1684-1753.—El obispo irlandés Jorge Berkeley habia llegado por otro camino á la misma negacion. En el problema fundamental de la filosofia, de *¿cuál es el orígen, y cuál la certidumbre de nuestros conocimientos?* Locke habia contestado: *Los sentidos;* Berkeley, para destruir en sus fundamentos el materialismo, que se derivaba de esta respuesta, contestó: *La idea.* Estas son á primera vista soluciones muy diferentes: sin embargo, este último se creia discípulo de Locke y tenia la conviccion de que seguia sus teorias.

El teorema de Locke, de que *no existe sino la sensacion*, era insuficiente para un talento razonador. ¿Cómo un conjunto de sensaciones supuestas en un ser que no posee más que la facultad de recibirlas y conservarlas puede llegar á ser razon? ¿Cómo pasar del mundo que nos revela el tacto á aquel que nos revela la vista? Las sustancias no pueden sernos conocidas sino por las cualidades que les son inherentes. Mas nosotros no podemos concebir ninguna cualidad como inherente á una sustancia corporal; pues las cualidades ó son primarias ó secundarias; las secundarias, como el color, el olor, el sabor, no las concebimos inherentes á ella, y Descartes mismo ha demostrado que existen en nosotros más bien que en los cuerpos; en cuanto á las primarias, es decir, á la estension, militan en su favor los mismos argumentos empleados contra las otras. Como no conocemos á los cuerpos sino por la estension, el mundo material es únicamente un fenómeno, y no nos es dado percibir sino ideas. Todos estos órdenes de ideas son simplemente signos convencionales, palabras de una lengua en la cual nos habla Dios, que es la única causa eficiente. De esta manera es como Berkeley, partiendo de la sensacion, llegaba al mismo punto que Malebranche, que partia de la inteligencia; y como no admite sino ideas, se llamó á su sistema *idealismo*, aunque mejor debia llamársele *ideismo*.

Pero al querer destruir la materia para no conservar más que la idea, Berkeley proporcionó al materialismo armas muy fuertes. Helvecio dedujo de él que la superioridad del hombre sobre el bruto consistia únicamente en la mejor conformacion de la mano; Hume sacó de ella todos los argumentos de su escepticismo; y Condillac fué su plagiario en su *Tratado de las sensaciones.*

Estas fueron, pues, las consecuencias de las doctrinas de Locke; el sentido comun se asustaba al verlas, y se dedicó á examinar el error y á buscar un remedio.

Escuela escocesa.—La escuela escocesa, que se derivaba tambien de Berkeley, afligida de este vacío y creyéndose, sin embargo, ardiente admiradora de Locke, buscó qué barrera habia traspasado para caer en el abismo de dudas que sólo el vulgo podia tener, y en el que la filosofía se habia aislado de la política y de la religion. Shaftesbury fué el primero que proclamó un sentimiento moral, como orígen del sistema de las acciones. Despues de él, Hutcheson comenzó la reaccion contra el escepticismo, pero creyendo que bastaba reconocer en el hombre un instinto moral «independiente de la utilidad y del bienestar personal, de los sentimientos y de las pasiones, de la verdad y de la razon especulativa, como tambien de la idea que nos formamos de la Divinidad.» A esta oscura causa es á la que referia la moralidad de las acciones; ¿pero qué base darle? ¿Cómo creer que este instinto no nace de nuestros dogmas, de nuestros actos anteriores, de la educacion? Esplicaba el hecho por el hecho, haciendo de la moral una ciencia que se avergüenza de sí misma, y que busca alguna base en lo presente, en el fenómeno actual y tangible, en la experiencia.

Reid.—El escocés Tomás Reid (1710-1796), de sólido talento, atacó tanto el escepticismo como el ideismo con la doctrina del sentido comun, y con ayuda de principios primitivos independientes de la educacion (4). Bacon habia dicho que la ciencia consiste en la observacion de los hechos y en la induccion, que uniendo las cosas semejantes, da luz á las ideas generales. Esto es lo que emprendió la escuela escocesa, estendiendo esta regla á la filosofía. Esta no debe pretender esplicar las causas y las sustancias, en atencion á que no podemos conocer de la realidad sino los hechos ó los fenómenos que observamos y que debemos contentarnos con describir bien. Entre los hechos, los unos pertenecen á los sentidos, y los otros son tambien objeto del sentido íntimo; los primeros corresponden á la física, y los segundos á la filosofia. De las dos proposiciones contradictorias de Locke: *Todos los conocimientos se derivan de los sentidos; y existe un conocimiento* à priori. Hume habia negado la última, renegando del sentido comun. Reid se atuvo á éste, y dedujo que no todo procede de los sentidos; que se encuentran en el espíritu humano algunas verdades fundamentales, independientes de la esperiencia, por las cuales, no sólo el vulgo, sino los mismos filósofos razonan, y se ven precisados á razonar si quieren ser entendidos, y para que se pueda discutir con ellos. Desde que un hombre las concibe, no puede menos de adherirse á ellas; la facultad de conocerlas, es innata y comun á todos los hombres, con tal que el talento haya llegado á la madurez y se vea libre de las preocupaciones. Su conjunto constituye el sentido comun. Uno de los axiomas fundamentales es la veracidad del testimonio de los sentidos; el otro, que no hay efecto sin causa eficiente.

Aplicando el principio general, Reid encuentra que adquirimos la idea de los cuerpos por medio de la *impresion* que hacen sobre nuestros órganos, de la *sensacion* que resulta de ella en nuestra alma, de la *percepcion* de la existencia y de las cualidades sensibles de los cuerpos. Como la sensacion no puede ser causa de la percepcion de la existencia del cuerpo, debe admitirse en el espíritu una actividad innata que la inclina á juzgar á través de las sensaciones de la existencia del mundo exterior. Emprendia, pues, fortificar los principios del sentido comun contra la filosofia, que pretendia aniquilarle. Pero, haciendo que la sensacion no tenga nada de semejante con la percepcion, arrebata la certidumbre al conocimiento y recae en el ideismo que queria combatir. Cree, en oposicion á Locke. que la sensacion es precedida por el juicio, con cuya ayuda se reconoce la existencia real, y que la primera operacion de la inteligencia es la síntesis, y no la análisis. Pero si de esta manera derrotaba á los partidarios de Locke, no por ello creia que el juicio supone una idea simple, general, pues nó se puede juzgar de que una cosa existe sin tener idea de su existencia.

Combatiendo tambien Tomás Brown, de Kirkmabrech (1778-1820). á Hume, no cree que la percepcion inmediata de Reid baste á probar la existencia del mundo exterior; y propone en su lugar la *sugestion de las ideas* como causa de todos los fenómenos intelectuales y morales.

Stewart, 1753-1828.—Siguiendo siempre Dugald Stewart, de Edimburgo, el método experimental de la escuela escocesa, afirma que todas las ideas no se derivan de la sensacion, y que el hombre puede formarse ideas generales dando nombres á las cosas. Fué, pues, el jefe de los nominalistas modernos. Reid habia negado todo intermedio entre el objeto percibido y la inteligencia que percibe; pero si el objeto percibido por un individuo existe realmente, las ideas generales no existen sino en la inteligencia: carecia, pues, Reid de un medio de es-

(4) Antes que los escoceses, el francés Buffer habia definido el sentido comun diciendo: «que es la disposicion que la naturaleza ha concedido al hombre, ó manifiestamente á la mayor parte, para que unida al uso de la razon, pronuncien un juicio comun y uniforme sobre objetos diferentes por el sentimiento íntimo de su propia perfeccion; juicio que no es consecuencia de ningun principio anterior. *Tratado de las primeras verdades,* cap. V.

plicarlas. Stewart creyó más á propósito negarlas, y afirmar que no son sino nombres. No conoció que los nombres no pueden esplicar el acto, por el cual el espíritu imagina séres posibles, y en mayor número que todos los séres que ha percibido por los sentidos: á esto es á lo que no bastan las ideas de las cualidades percibidas en los mismos individuos, y que les son adherentes; es preciso que la inteligencia conciba estas cualidades en sí mismas, es decir, aisladas de los individuos y como puramente posibles. Los signos no bastan tampoco á esplicar cómo se llega á las ideas generales, cuando no se admite que estas verdades sean una cosa real.

Así es que el problema del orígen de las ideas generales no está resuelto por la escuela escocesa, y desde Descartes la filosofia habia retrocedido á la duda y al materialismo.

Wolf.—En Alemania, después de Leibniz, que pudo ser inventor, aunque erudito, y no perder nada de su profundidad ingeniosa, aunque todo lo leyó y todo lo aprendió, Cristian Wolf (1679-1754), de Breslau, á quien ya hemos mencionado entre los publicistas, se esforzó en reducir á pocos y sencillos los principios esparcidos de la filosofia y á esponerlos con método geométrico. Sentó, como reglas supremas de la moral, la obligacion de perfeccionarse á sí mismo, y con este objeto dedicarse á perfeccionar á los demás. Se atenia, pues, á su sola razon, y deducia todo su sistema con una lógica rigurosa, de tal manera, que agradó aunque su edificio no tuvo base. Dividió la filosofia, la que definió la ciencia de todo lo que es real y posible en teórica y en práctica: la primera, subdividida en lógica y en metafísica, comprende la ontologia y la teologia; la segunda, se divide en filosofia práctica general, en ética, en derecho natural y en derecho político. Los que le siguieron añadieron la estética. Si es cierto que determinó mejor sus ideas con ayuda de este método estrictamente matemático y una exacta terminologia, tambien lo es que incurrió á menudo en el formalismo. Pronto Joaquin Lange demostró que conducia al ateismo, hasta el grado de prohibirse en las escuelas. Fué mejor combatido por Crusio, que hizo á Dios autor árbitro del mundo, y principio único de la moral.

Pero después los sectarios de Leibniz y los de Wolf se dejaron tambien suplantar en Alemania por los que, prefiriendo la variedad de las aplicaciones á la unidad del principio, se abandonaban al empirismo de Locke. Algunos de ellos oponian el eclecticismo al predominio esclusivo de un sistema. Así es que el estético Sulzer trasladó al otro lado del Rhin la filosofia de Hume; Basedow sentó como principio de la verdad la felicidad, el asentimiento interior y la analogia; Mendelsohn y algunos otros mezclaban á lo moderno una dósis de antigüedad; Titens espuso las consecuencias de las doctrinas de Locke, sin incurrir en el materialismo. La mayor parte se acomodaba al escepticismo no tanto por conviccion como por el vacío que encontraban en el dogmatismo (5).

Kant.—Ya era tiempo de sustituir otra filosofia á ésta, y cambiar de camino para llegar á la certidumbre. El que verificó esta revolucion filosófica fué Manuel Kant (1724-1804), de Kœnigsberg, que realizó con más resolucion que ningun otro, la idea de los modernos, de que el objeto único de la filosofia es el espíritu humano en sí mismo, separado de todo lo que toca, reflexiona y supone.

Lejos de haber brillado de repente la verdad á su vista, encontramos su doctrina encadenada á la de sus predecesores, de la que se deriva á manera de corolario. Cuando Descartes desarrollaba el problema fundamental: *¿Puedo yo saber alguna cosa? ¿Qué puedo saber?* dijo, que los sentidos nos engañan, de manera que sólo podemos estar seguros de que no existe nada cierto.

Sin embargo, al paso que duda de todo, no puede dudar de su propia existencia; es decir, de que el sér que duda existe. Estableció, pues, su axioma fundamental: *Pienso, luego existo.* La existencia del alma es, pues, para él más cierta que la del cuerpo; la idea de la existencia está indispensablemente comprendida en la del sér perfecto; Dios existe, pues, ciertamente, y como no puede menos de ser veraz, no ha podido querer engañarnos; de lo que se deduce que los cuerpos existen.

Descartes partia de esta manera de un acto de fe; pero cesó de observar la conciencia, después de haber visto solamente el pensamiento, y no fundó al mismo tiempo la autoridad de la conciencia y la de la pura razon. Propagó la máxima de Galileo, de que las propiedades secundarias de los cuerpos existen sólo en el sugeto, y hace residir la esencia de los cuerpos en la estension; en lo que erró, por no haber observado que todas nuestras sensaciones, aun en las subjetivas, hay siempre una parte que se encuentra fuera del sugeto. Los argumentos de que se sirve para las cualidades secundarias, fueron empleados por Bayle para demostrar que las cualidades primeras, y entre otras la estension, son subjetivas. Dice, sirviéndose de un argumento *ad hominem*, que no percibimos la estension sino por una sensacion, y que siendo ésta subjetiva, la estension debe serlo tambien. Partiendo Kant de esto, no tuvo más que inventar el término de *forma de sentido esterior*, para significar la aptitud que posee el sugeto de tener la percepcion del espacio. Pero debe buscarse, con preferencia en los inventores, el método que sobrevive aun á los vicios de la aplicacion. Descartes habia dejado el ejemplo de deducir toda

(5) Después de los pobres tratados de Stanley y de Jonsius, Deslandes publicó el primero una *Historia crítica de la filosofia* (Amsterdam, 1737) concibiéndola como historia del espíritu humano. Grande objeto al cual no supo dirigirse constantemente.

la metafísica de un dato psicológico; ahora bien, debia llevarse más adelante la observacion de la conciencia, y antes de sacar las deducciones, reconocer todas las creencias que se nos presentan tan necesarias como la existencia del pensamiento. Esto es lo que emprendieron los escoceses, que no inventan, pero invierten los antiguos errores; niegan como Locke, pero tambien convienen en algo; afirman la autoridad de las facultades primitivas, y ponen en el camino de la verdad.

Habiendo encontrado Kant débiles los razonamientos de la filosofia escocesa, volvió á adoptar el problema del conocimiento en el punto en que lo habia dejado Berkeley y d'Alembert; y sentó ante todo la necesidad de construir una ciencia que esplique la posibilidad de la esperiencia esterior. ¿Pero esta ciencia ha de resultar de las únicas nociones ofrecidas por la esperiencia, ó existen algunas que sean independientes de las sensaciones, y no producidas sino por la inteligencia? Locke habia admitido estas últimas; el mismo Condillac convenia en que no era posible que los hechos diesen razon del orígen del conocimiento: esto es tan cierto, que partia de hipótesis, y concluia en el razonamiento. De esta manera demostraba, á pesar suyo, que la ideologia debe establecerse *à priori*, dirigirse por la esperiencia interior, y por lo que se adquiere en lo esterior. Teniendo Leibniz odio á la filosofia vulgar, rechazó la tabla lisa de Locke, y pensó que la sensacion nace de la fuerza íntima del alma; ahora bien, existen en el alma percepciones de que no tiene conciencia. Si las hay compuestas, dice, tambien las hay simples; y llamó á éstas unidades primitivas *mónades*. Una sustancia simple no puede recibir de fuera ni una sustancia ni un accidente. El alma es una mónade; no podria, pues, recibir nada esterior, y la sensacion no es más que un cambio que el alma produce en sí misma, con ayuda de una fuerza extrínseca. Esta es la *fuerza* representativa, razon suficiente de las sensaciones, esencia y naturaleza del alma. Resulta de esta fuerza que el alma debe tener sensaciones, pero no que debe tener una sensacion más bien que otra. Sin embargo, Dios crió al alma de tal manera, que nacen de su fuerza representativa una série de representaciones, de las cuales cada una tiene su razon suficiente en la representacion interior; y Dios ha determinado de esta manera la série completa de los estados de cada alma. Así es, pues, que cuando los demás filósofos todo lo niegan, suponiendo al alma una tabla lisa, Leibniz le concedia demasiado, deduciéndolo todo de ella.

Kant admitió como base, siguiendo á Locke, que todos nuestros conocimientos proceden de la esperiencia (6). Pero vió que Locke no habia examinado si esta esperiencia era posible cuando únicamente se atribuyen las sensaciones al espíritu; y afirmó que el conocimiento *à priori* es necesario y universal. La lógica se consolidó desde que sus reglas se hicieron independientes de las aplicaciones. Las matemáticas progresaron cuando se buscaron las propiedades constantes; asimismo, la metafísica no podrá constituirse sino en tanto que sus leyes sean consideradas independientemente del objeto. Kant quiso, pues, aplicar al sugeto del conocimiento las indagaciones dirigidas hasta entonces sobre el objeto, así como no pudiendo Copérnico esplicar el mundo haciendo girar los cielos en rededor del hombre, hizo girar á éste en rededor del sol. Es preciso, pues, hacer antes la crítica del instrumento propio de la inteligencia.

En toda proposicion existe un elemento general y lógico, y elementos particulares, variables y accidentales. Cuando se dice un *asesinato*, se supone un asesino y una víctima; las circunstancias varian, el instrumento difiere; pero queda el principio general de que todo asesinato procede de un asesino, y generalizando, que todo accidente tiene su causa. Este elemento general constituye, segun Kant, la *forma*, y los otros particulares la *materia* del conocimiento. La *materia*, pero no la *forma*, la da el Eterno; la forma resulta, pues, de lo interior del individuo; los conocimientos son, pues, ó subjetivos ú objetivos. Pero como la materia no entra en el conocimiento real sino por la forma, lo objetivo no nos es conocido, sino por lo subjetivo. Es preciso en el estudio partir de la idea de la forma y no de lo objetivo. La metafísica cambia, pues, de punto de partida. Resulta de esto, que el sensualismo y la ideologia caen por su base, en atencion á que pasan de la materia á la forma, del objeto al sugeto, del ser á la idea, de la ontologia á la psicologia.

Reid habia visto que el conocimiento *à priori* no tiene nada que ver con las sensaciones; pero que es suscitado en nosotros por ellas. No indagó cómo esto sucede; por el contrario, Kant lo adoptó como punto de partída. Le pareció que los objetos no eran sólo un agregado de sensaciones, sino de sensaciones (*materia*) y de cualidades correspondientes al espíritu (*forma*). Las sensaciones son el elemento material de la sensibilidad; el tiempo y el espacio, forma de nuestras percepciones, son el elemento formal. El entendimiento reune los materiales que proporciona la esperiencia, con ayuda de las cuatro categorias ó formas de la conjuncion de la materia, á las concepciones independientes de la esperiencia; y estas categorias unidas á las dos formas de las intuiciones sensibles, dan los principios constitutivos del entendimiento. Estendiendo su doctrina á verdades de otro órden, descubrió Kant que nuestro espíritu ó divide la idea en varias partes, lo que se llama *análisis*, ó reune estas partes en una idea, que es lo que constituye la *síntesis*. Por los juicios analíticos atribuimos al asunto un predicado que le es esencialmente inherente, como cuando se dice: *El trián-*

(6) La crítica de la pura razon comienza por un dogma que no tiene nada de crítica. «No cabe duda que todo nuestro saber comienza con la esperiencia.»

gulo es una figura de tres lados; y por los juicios *sintéticos* el predicado es alguna cosa más de lo que se concibe en el asunto, como cuando se dice: *El cielo está sereno.*

Ahora bien, ¿cómo estos diferentes juicios pueden comenzar en nuestro espíritu? El juicio analítico supone hecho ya el juicio sintético, en atencion á que no se descompone sino lo que ya está compuesto. Es preciso, pues, dirigir la atencion sobre los juicios sintéticos; y se encuentra que algunos de ellos se refieren á la esperiencia (*empíricos*) y que otros se hacen *à priori.* No se encuentra, pues, dificultad en la formacion de los primeros; pero carecen del apoyo de la esperiencia los juicios *à priori.* ¿Mas de dónde proceden los predicados de estos juicios? Los sentidos no los proporcionan; nos vemos, pues, precisados á sacarlos de nosotros mismos, y creer, pues, que existe en nosotros una energia maravillosa de la que emanan los predicados específicos de las cosas. Estos predicados, que existen en nosotros *à priori*, deben ser necesarios y universales.

Debe, pues, dedicarse la filosofia á enumerar estos predicados, sin los cuales los objetos percibidos por nosotros no existirian, y á describir la manera con que nuestra inteligencia aplica estos predicados á las cosas y forma de ellos los objetos de sus conocimientos. Fué, pues, preciso emprender la crítica general, tanto de la *razon teórica*, como de la *razon práctica*, y de una tercera que estableció la alianza de la primera con la segunda. Con respecto á la primera, debe distinguirse en la sensibilidad la *materia* proporcionada por los sentidos y la *forma* anterior á la esperiencia; pues para producir las ideas, no basta la sensibilidad pasiva, sino que es preciso una operacion activa de la inteligencia, á la que se le puede llamar espontaneidad.

Una vez coleccionadas las intuiciones para formar las ideas, la inteligencia las reune para formar los juicios. Ahora bien, todos éstos se refieren á la *cantidad*, á la *cualidad*, á la *relacion*, ó á la *modalidad*; de estos cuatro modos fundamentales nacen doce categorias: unidad, pluralidad y universalidad; realidad, negacion y limitacion; sustancia y accidente, causalidad y dependencia, accion y reaccion, posibilidad, existencia y necesidad con sus contrarios; estas categorias, puras concepciones de la inteligencia, que reunidas á las visiones de la sensibilidad por un mediador, que es el tiempo, componen el objeto del pensamiento, y por ellas se preparan todos los juicios, que aunque no proceden de la esperiencia, son leyes universales de la inteligencia.

El acto que refiere los juicios á la unidad, es el razonamiento, por el cual la razon obra de diferente manera que la inteligencia, y sus funciones consisten en buscar la condicion absoluta, de la que se sacan las consecuencias con ayuda de las premisas. Así como hay tres formas generales del razonamiento, la categórica, la hipotética y la disyuntiva, así tambien tres ideas, se establecen en la condicion absoluta de la unidad para cada forma de razonamiento. Ahora bien, ninguna de estas ideas puede darlas la experiencia, que no corresponde sino á los fenómenos, y que no representa una cosa absoluta y general. Semejantes nociones existen, pues, *à priori*, y considerada en sí misma, es *pura* la razon.

En suma, el conocimiento humano se compone de un elemento empírico y de otro que se deriva de la inteligencia; las nociones de la razon pura no tienen ninguna realidad objetiva, en atencion á que obran, no sobre las intuiciones, sino sobre las formas de los juicios producidos por la inteligencia. Abandonamos la razon cuando queremos encontrar, por medio de estas nociones, existencias fuera del mundo sensible, al paso que la experiencia es el límite del conocimiento humano; lo mismo sucede cuando no nos servimos de las nociones de la razon para ordenar nuestros juicios, sino que queremos aplicarlas á los datos de la experiencia; de lo que resultan las antinomias. Las leyes que llamamos leyes de naturaleza, son las de nuestra inteligencia que las impone á la naturaleza.

Kant, verdadero revolucionario, que desprecia á sus adversarios (7) y no transige nunca con ellos, tiene el mérito de haber distinguido mejor que ningun otro moderno, la sensibilidad de la inteligencia, la intuicion de las ideas, y visto que todas

---

(7) Si se quiere comparar á Kant con los que le han precedido, se puede consultar el cuadro siguiente:

«*Locke*, dice: La primera operacion de la inteligencia es el análisis.

Los ideólogos: La primera operacion de la inteligencia, es la síntesis, ésta no combina sino las sensaciones.

La filosofia trascendental: La primera operacion de la inteligencia es la síntesis; y no sólo combina las sensaciones, sino tambien algunos elementos subjetivos que existen en nosotros además de los sentidos.

Condillac: Todo el saber humano se deriva de las sensaciones.

Kant: Todo el saber humano comienza con las sensaciones, pero no se deriva enteramente de ellas.

Leibniz: Hay nociones *à priori* que tienen architipos conformes con ellas.

Kant: Hay nociones *à priori:* éstas no tienen architipos á los cuales sean conformes, sino que son simples formas sin valor real.

Leibniz: Las verdades necesarias contienen la razon determinante y el principio regulador de las existencias, es decir, las leyes del universo.

Kant: Las verdades necesarias contienen las condiciones formales de la esperiencia; y son las leyes, no de las cosas en sí mismas, sino de los fenómenos. Las cosas en sí mismas no pueden conocerse ni *à priori*, ni por datos adquiridos. El órden *à priori* es puramente ideal; es el órden de los fenómenos constantes, que combinados con los fenómenos pasajeros y accidentales de la sensacion, constituyen los complejos de los cuerpos y del *yo*, como tambien la naturaleza fenomenal. Fuera de esta última, las verdades necesarias carecen de valor.

las operaciones del entendimiento pueden reducirse á juicios; en su consecuencia, que se debia analizar lo primero las funciones del juicio. Viendo Locke que algunas ideas se derivan de las sensaciones, sacó en consecuencia que las sensaciones eran el orígen de todas; conociendo Kant que algunas no pueden derivarse de ellas, concluyó que las ideas no son proporcionadas por los sentidos: con el primero se llega hasta negar toda vida intelectual fuera de los sentidos, caminando directamente al materialismo; el segundo produce una reaccion poderosa; y mientras que los enciclopedistas dicen: *tocad, comparad y juzgad*, Kant reconoce una revelacion de la conciencia independiente de los sentidos: las ideas, segun él, proceden todas de la esperiencia; pero ésta no basta para esplicarlas todas, y pueden resultar de la reflexion del alma sobre sí misma.

Pero se puede preguntar á Kant si realmente se forman juicios sintéticos *à priori*, es decir, aquellos en que el predicado no se deduce de la esperiencia. De seguro los ejemplos que pone no son tales (8). Siendo, pues, falsa la suposicion, resultaba que la indagacion del problema general de la filosofia, de saber cómo los juicios sintéticos son posibles *à priori*, era errónea.

No es tampoco cierto que las cuatro categorias sean las condiciones de la percepcion intelectual; pues no son más que las condiciones de la existencia de las cosas esteriores. Pero aun admitiendo las categorias, Kant dejaba sin esplicacion la naturaleza de la percepcion intelectual, es decir, como es posible la relacion de identidad entre la cosa particular en el objeto y la universal en el alma. No hace, pues, bajo cierta apariencia de originalidad, más que desarrollar la teoria de Reid, aunque este filósofo no atribuye nada innato al espíritu, sino que supone una energia creadora del mundo esterior, y sujeta á leyes inevitables. Pretendia haber refutado el ideismo de Berkeley; pero no hizo, en efecto, sino trasladarle de los sentidos á la inteligencia; pues si nuestro espíritu proporciona el objeto de las sensaciones, incurrimos en un ideismo universal, que declara al hombre incapaz de saber nada.

Después de haber negado la causalidad, Hume declaraba la metafísica imposible como ciencia. Kant aceptó aquella decision, en atencion á que nuestro saber no se estiende más allá de los límites de la esperiencia. Pero añadió que la metafísica es un hecho, como disposicion natural de nuestro espíritu. En efecto, al ver á los fenómenos encadenarse, nos inclinamos naturalmente á indagar si el mundo tuvo un principio, si tiene un límite con relacion al espacio, si hay cuerpos invisibles. La esperiencia no resuelve estas cuestiones: de lo que resulta que nuestro espíritu tiende á traspasar los límites que aquélla le designa. Es cierto, además, en la solucion de semejantes problemas, que la razon llega á conclusiones contradictorias.

¿De dónde procede, pues, aquella *ilusion trascendental*, por la cual la razon se ve precisada á establecer una realidad superior á lo sensible? ¿De dónde nace el conflicto de la razon consigo misma, cuando saca en consecuencia unas veces que el mundo está limitado, otras que no lo es, algunos que es eterno, y otros que es temporal?

Kant se dedica, pues, á indagar el orígen de la metafísica natural, y demuestra que la razon es la facultad de deducir consecuencias particulares de principios generales. Ahora bien, la ilacion de todo raciocinio puede considerarse como cosa condicional, desde donde se remonta uno á un principio que es la consecuencia de otro raciocinio, hasta que es preciso detenerse en uno absoluto ó en un incondicional fundado en la esencia de la misma razon, y que llega á ser el fundamento de toda unidad de razon. Este es un principio sintético *à priori;* y si, como lo pretendemos, se niega la existencia de semejantes juicios, toda la metafísica del criticismo se destruye.

Como facultad trascendental, la inteligencia puede definirse la *facultad de las ideas;* y la razon la *facultad de lo absoluto*. Kant determina enseguida los diferentes razonamientos categóricos, hipotéticos ó disyuntivos, de los que se saca, en consecuencia, la idea *psicológica* del *yo*, la idea *cosmológica* y la *teológica*. Deduce que todos los juicios se fundan en los paralogismos trascendentales por los cuales, haciéndose superior la razon á la esperiencia, llega de la idea á la cosa en sí misma. Este es un gran error que podemos evitar, si en lugar de conceder que la sustancia sea una categoria, creemos que es una cosa en sí misma, y que el sentido íntimo que nos indica el *yo* como una sustancia, es infalible; en fin, que la regla de que no hay efecto sin causa, es real y absoluta.

Después de haber admitido que la sensibilidad no ofrece sino simples percepciones, Kant la excluyó del campo filosófico; y la razon pura se reduce de esta manera á simples posibles. Las ideas de Dios, alma, bien y mal exceden del círculo de la esperiencia, y están, pues, destituidas del valor real. Negando Kant esta conclusion, se vió precisado á apelar á la naturaleza y á rechazar las consecuencias de su propio sistema, reedificando con la fuerza de la voluntad lo que destruia por la fuerza de la razon. Recurrió, pues, á la razon práctica, que tiene por objeto el bien y el mal; y después de haber proscrito lo absoluto en la inteligencia, piensa en reintegrarlo en la moral. La voluntad está determinada por un elemento material y otro formal, es decir, por motivos que obran sobre la sensibilidad, y tambien por motivos desinteresados relativos solamente á la razon pura, que se reducen á este *imperativo categórico:* «Atemperemos nuestras acciones á una norma que pueda ser considerada como ley general de los séres razonables.» A esa proposicion se unen tres postulados:

(8) Rosmini lo demuestra hasta la evidencia.

la libertad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. En efecto, si el hombre no fuera libre no podria atribuir sus determinaciones sino á sus inclinaciones; el hombre debe dirigirse hácia un ideal de virtud superior al empirismo de los goces, lo que implica un progreso perpétuo, únicamente realizable con la inmortalidad. Su objeto supremo no es la felicidad al cual hubiera bastado sólo el instinto, es la virtud. Ahora bien, la armonia entre la virtud y la felicidad supone una causa independiente de la naturaleza, dotada de inteligencia y de voluntad, es decir, Dios.

Los principios de la razon práctica y de la razon teórica quedarian separados, si el hombre no poseyese una facultad particular de aplicar al mundo de la naturaleza las ideas del mundo de la libertad. Esta es la facultad de juzgar, y tiene dos modos: ó considera la concordancia de los medios en las formas de las cosas, de manera que pueda procurarse un sentimiento de placer, y es *estética;* ó sólo la considera lógicamente para obtener el conocimiento de las cosas, y es *teológica*. La crítica del juicio estético es la teoria de lo bello, es decir, del sentimiento de la concordancia entre la imaginacion y la inteligencia; y la teoria de lo sublime, es el sentimiento de nuestra impotencia en abrazar con la imaginacion las ideas que nos presenta la razon. La crítica del juicio *teológico* contiene la teoria de la naturaleza, segun la relacion de los medios con los fines.

Kant creyó poder suplir de esta manera á la imperfeccion de los métodos precedentes, y proponiéndose combinar el principio sensualista de Bacon con el idealista de Leibniz, distinguió mejor que todos los filósofos modernos la sensacion del entendimiento, la intuicion de las ideas; y observó que todas las operaciones del entendimiento pueden reducirse á juicios, por lo cual conviene ante todas cosas investigar las funciones del juicio. Espuso el todo de una manera estravagante, erizada de neologismos y fórmulas, que no hablan más que á la fria razon. Pero aparece más bien en aquellos análisis rigorosos, entusiasta que pretende ser hombre estraordinario, y no el tranquilo investigador de la verdad; se conoce al talento orgulloso que se considera como superior él solo á esta pobre humanidad, juguete del acaso y de la ilusion. En vano se lisonjeó de destruir con la crítica el verdadero escepticismo. Colocando la legislacion suprema de la naturaleza en las únicas facultades de nuestra inteligencia, vacila; además, nuestras facultades no pueden alcanzar el conocimiento de las causas y de los efectos, reservados á la intuicion esperimental.

Leibniz ha dicho, y la filosofia de la historia lo confirma, que la mayor parte de los sistemas tienen razon en las cosas que afirman, y sólo no en las que niegan. Esto se verifica en Kant. Talento muy penetrante, admirado y poco leido, falso en el conjunto, fué muy útil á la verdad por sus numerosas miras, pues evitó el empirismo mezquino, y dirigió la atencion sobre los elementos simples y trascendentales de nuestros conocimientos. Fijó tambien su penetracion en la historia, y dice que así como Copérnico ha encontrado que el sol es el centro del sistema planetario, se concluirá por hallar que el hombre es el centro del sistema moral. Admitia, en efecto, una ley, una distincion de todas las cosas, y con mayor razon del hombre, cuyas disposiciones naturales deben desarrollarse enteramente para un fin, no, sin embargo, en el individuo, sino en la especie; pues al paso que los individuos perecen, la especie es inmortal, y se aprovecha de las mejoras de cada generacion. El problema más importante al que la naturaleza impulsa al hombre á resolver es establecer una sociedad civil y general que mantenga el derecho y la libertad de cada uno; y se podria componer una historia universal bajo un plan de la naturaleza, que tuviera por objeto asegurar una sociedad civil perfecta. Kant asignó tambien límites ciertos á la jurisprudencia y demás ciencias que se unen á ella, é introdujo en la primera principios formales. Pero los sofismas de la época y las creencias protestantes le hicieron, como á otros pensadores contemporáneos suyos, establecer el sistema de la fuerza; es decir, un estado social en que todos estuviesen reprimidos en el ejercicio de sus derechos, de manera que no pudieran, cuando quisiesen, perjudicar á sus semejantes: tirania espantosa é imposible.

Kant permaneció desconocido en su patria hasta el momento en que los periódicos se dedicaron á ensalzarle y á analizarle contribuyendo á ello principalmente Reinhold, profesor de Jena, que sustituyó á su fraseologia técnica un lenguaje más popular. Entonces una verdadera turba siguió sus huellas y exageró sus defectos. Muchos filósofos que aparentaban ser partidarios del criticismo, llegaron á ser dogmáticos pretendiendo analizar todas las funciones, y se estraviaron, menospreciando la esperiencia, en hipótesis trascendentales y ridículas sobre materias de que la inteligencia humana tiene clara intuicion.

Kant habia declarado que desconocemos las cosas en sí mismas; otros negaron que existiese nada fuera de la esperiencia humana, y se ensalzó la *gran nada* como un descubrimiento sublime. Otros, por el contrario, quisieron sacar del espíritu humano lo superior á aquello que se puede conocer. Si Kant, á pesar de la crítica, se alababa de establecer un cálculo duradero de las facultades del espíritu humano, sus partidarios establecieron sin preparacion los límites del talento, indicaron las bases de las ciencias por nacer, y el punto á que era únicamente permitido aspirar. Introdujo términos nuevos para nuevas ideas; y sus discípulos redujeron la filosofia á espresiones técnicas, lo que era separar al pueblo de la ciencia que le es propia. Él era erudito, y ellos denigraron la erudicion, queriendo sacarlo todo de su cabeza; el estudio enciclopédico se estendió, y distrajo á los talentos de los estudios clásicos.

Fichte.—Kant se habia preguntado: *¿Cómo podemos conocer?* y resultó el criticismo: *¿Qué es lo que existe?* y resultó el dogmatismo. Contestándose, Kant se habia detenido en la duda. Juan Fichte, de Ramenau en Lusacia (1762-1814), contestó: El *yo*, y pretendió establecer un nuevo sistema para reducir á la unidad la materia y la forma, como tambien para esplicar la relacion entre las representaciones y los objetos.

Kant demostraba, llegando á la negacion, que nuestra inteligencia es limitada, es impotente, y que es preciso recurrir á una razon superior que penetre en las verdades esenciales de las cosas, y no induzca el pensamiento, sino que lo construya. Toda realidad desaparecia en Kant, escepto las ideas, entre las cuales aparecia el *yo* representativo. El *yo* fué adoptado por Fichte como única verdad absoluta, de tal manera, que la psicologia se convirtió de repente en ontologia. De aquí su *Doctrina de la ciencia*, en la que sostiene que la conciencia y los objetos, la materia y las formas son producidas por un acto del *yo* y coleccionadas por la reflexion. Hizo ver que conocia el defecto del criticismo; pero él tambien al pretender esplicarlo todo, dejó muchas cosas sin solucion. Las leyes lógicas, en las cuales se apoya y son las formas del pensamiento, no pueden trasladar nuestro conocimiento hasta la existencia real, y la esencia del sugeto ó de un objeto. El sistema de Fichte es pues el último complemento del de Kant; porque desembaraza una idea nueva de las reservas y contradicciones en que el sentido comun la habia envuelto desde el principio en este último sistema; pero con su artificiosa dialéctica rechaza el sentimiento de la realidad.

Su moral renueva la de los estoicos, esponiendo elocuentemente las ideas del deber puro y de la abnegacion. Obrar es el tema constante de la filosofia de Fichte: desecha el formalismo de las escuelas, que oculta á menudo el vacío del fondo, y aborda las cuestiones capitales, aunque desdeñándolas mientras permanecen en estado de especulacion. De esta manera es como aquel estoico patriota, creyendo únicamente en el alma, construyó la moral y la política entera sobre la independencia espiritual. Da á la filosofia el nombre de teoria de la ciencia, base de todas las ciencias. Debe tener, pues, primeramente, un principio cierto, absoluto, inmediato, que la garantice á ella misma y á todos los conocimientos humanos; segundo, una forma sistemática que sirva de tipo á cada ciencia. La esencia del *yo* consiste en tener la conciencia de sí mismo: se crea, pues, á sí mismo por el acto de su conciencia, y en su consecuencia piensa en lo que no es *yo*; es decir, en el mundo esterior y hasta en Dios. En lugar, pues, de partir del hecho de la conciencia, Fichte parte de la actividad del pensamiento, replegándose sobre sí mismo. Por donde se ve que este filósofo confunde lo activo con lo pasivo en una sola esencia, y que hace pasivo lo activo, y viceversa.

Aquel ideismo trascendental, que fué el tránsito entre el idealismo subjetivo de Kant y el objetivo de Schelling, elevó á los talentos á los más sublimes problemas; y mientras que el siglo habia estado sumergido en la materia, Fichte representó la vida de la inteligencia como la única verdadera. De aquí nació en el hombre, enorgullecido con el poder, que la imaginacion intelectiva da á su talento una confianza, diríamos casi una osadia, que se reveló con una magnificencia próxima á lo ridículo, cuando Fichte, *Mesias de la razon pura* (9), dijo desde su cátedra: *En la próxima leccion me ocuparé en crear á Dios.*

No se detuvo en esto el movimiento; y poco contento Schelling con buscar como Kant el conocimiento de la facultad de conocer, pretende llegar al de las ideas engendradas por la facultad tambien de conocer. Kant habia dicho que sólo la razon era cierta, y que todo lo demás era duda. Fichte dedujo que la existencia del mundo depende enteramente del espíritu humano, y que la razon crea lo que concibe. Ahora bien, Schelling pretende que si el pensamiento produce todo lo que comprende, los seres no existen sino conforme al pensamiento, y que el mundo es idéntico á la inteligencia, de tal manera que la filosofia natural tiene por tipo la de la inteligencia humana; y emplea en demostrarlo el doble poder del método y de la imaginacion, la física y la poesia. Después de él, buscando Hegel el absoluto de las cosas, cuyo conocimiento es el objeto de la ciencia, lo definió, lo que *es en sí, por sí, para sí;* definicion en la que identifica el objeto y el sugeto.

Escuelas muy diferentes nacieron de este método de Kant, como en otro tiempo de Sócrates. A la pregunta de *¿Qué es lo que existe?* no habia hecho más que dudar; Fichte contestó, El *yo;* Schelling, El *yo* y el *no yo identificado*, aunque inclinándose al *no yo*, es decir, á la naturaleza, lo que le encaminaba al panteismo. Pero encontrándose irreconciliable la identidad absoluta, otros filósofos se dirigieron al dualismo de Kant, prefiriendo la parte material con Oken, otros la intelectual con Hegel.

Kant afirma que la idea se asegura sólo á sí misma; Fichte añade que sólo la idea asegura el sér; Schelling proclama después que el sér produce al sér; en fin, Hegel pretende que la idea sea el sér, y de esta manera llega al panteismo. Las consecuencias de este sistema, que sus discípulos no disimulan, destruyen la moral y sublevan el sentido comun, que invoca un cambio en favor de principios más sanos y más sólidos.

---

(9) De esta munera es como le llama Jacobi en una hermosísima refutacion de su doctrina.

CAPÍTULO XXIV

ESPAÑA.

La España, que en una época se habia encontrado á la cabeza de las naciones, habia quedado muy atrasada. Envuelto Felipe V de Borbon en las guerras que señalaron el principio del siglo, y precisado á secundar la política de su abuelo, habia hecho cesar la decadencia, sin hacer, sin embargo, comenzar el movimiento ascendente. La intolerancia queria aun sangre, y en 1725, trescientos individuos, sospechosos de islamismo, fueron presos en Granada por el Santo Oficio, despojados de sus bienes, y sentenciados á prision ó á destierro. En 1732 se renovó el edicto que obligaba en conciencia á denunciar á todo el que se inclinara á una de las religiones judías, mahometana ó luterana, ó hiciese pactos con el diablo. En tiempo de Felipe V, sólo la ciudad de Málaga vió cincuenta y dos autos de fe, y Arcos setenta y cuatro.

La energia de las luchas que estallaron durante la guerra de sucesion, dió á Felipe V un pretexto para arrebatar á Aragon y á Valencia sus constituciones; después hizo cambiar en las cortes de 1713 el órden de sucesion al trono de Castilla: desde entonces las hembras no debian ser llamadas á suceder sino después de la extincion de las líneas masculinas, en las cuales existiria el derecho de representacion (1). La nueva dinastía daba á la España, como en compensacion de las pérdidas que le habia ocasionado, el sentimiento de órden y el ejemplo de la disciplina. Se le enseñó un nuevo arte militar; el ceremonial fué menos severo, y el ministerio del cardenal Alberoni demostró que la España era aun capaz de ocupar el primer lugar en Europa. Los grandes no eran partidarios de Felipe, porque faltaba á las consideraciones que ellos pretendian. Pero el pueblo no odiaba tanto á él como á la reina; princesa intrigante, que prosiguió la obra del engrandecimiento, comenzada por Alberoni, y que hizo recobrar lo que los tratados de paz anteriores habian arrebatado á su familia. Cediendo á algunos escrúpulos que concibió sobre la validez del testamento de Carlos II, abdicó Felipe V á la edad de cuarenta y un años (1724), ó más bien se libertó del peso de la soberania sin haberla tenido, y no conservó más que las rentas, pues se reservó 3 millones anuales, sin contar los tesoros reunidos en San Ildefonso; retiro delicioso que habia costado 45.000,000 de duros.

---

(1) Se ha discurrido mucho sobre esta ley, cuando Fernando VII murió sin dejar hijos (1833). Algunos la han confundido sin razon con la ley sálica, que escluyó para siempre á las mujeres del trono. Existe en vigor en Francia, y en los antiguos electorados, como tambien en los paises que proceden de derechos feudales ó pactos hereditarios, como en las casas de Sajonia, Brandeburgo (escepto el reino de Prusia) y Hesse. En la sucesion en *línea cognática pura*, los herederos varones y hembras de la misma línea tienen igual derecho; aunque en igualdad de grado los varones son preferidos á las hembras aun mayores, arreglándose por lo demás en la representacion segun el derecho romano, de manera que la hija de un varon es preferida á su tio, si éste es hermano posterior al padre de la heredera. Esto es lo que sucede en Inglaterra y en Portugal; lo mismo se practicaba en Castilla, Aragon y Navarra, paises que por este motivo cambiaron muchas veces de dinastias. Felipe V quiso impedir aquella trasmision del reino á extranjeros, introduciendo la sucesion cognática mixta, que no llama á las hembras sino cuando ya no existe en una línea un heredero varon descendiente de varones. Aquella ley fué abolida por Fernando VII, en la pragmática de 29 de marzo de 1830, con el objeto de que la sucesion recayese en su hija con detrimento del infante Don Cárlos, su hermano; no hizo de esta manera más que restablecer el antiguo órden de sucesion, y conformarse á lo que las Córtes de 1789 pidieron á Cárlos IV.

Luis.—Felipe V habia hecho además voto de no volver á ceñirse la corona; pero cuando murió de viruelas el infante Luis, que le habia sucedido, una comision de teólogos declaró que cometeria un pecado mortal si no volvia á empuñar las riendas del gobierno. La reina le animó por amor al poder, de manera que se decidió «á sacrificar su propia felicidad al bien de sus subditos.» Entregóse enteramente á merced de Guillermo de Riperdá, de Groninga, que habia ido á Madrid de embajador de los Estados Generales y habia adquirido el favor del rey, y aun más el de la reina, cuyas venganzas y ambicion servia. Aquel ministro concebia grandes proyectos para devolver la prosperidad al reino, á las manufacturas, al comercio, y prometia maravillas al pais; pero por último, se conoció que todo eran palabras, y la indignacion pública obligó al rey á destituirle (2).

Fernando VI.—Ya hemos hablado de intrigas con las que Isabel trastornó á toda la Europa para dar tronos á sus hijos. No cesó en ellas cuando el advenimiento de Fernando VI (1746), que aunque la aborrecia, le tuvo mucho respeto, no tanto por generosidad como por debilidad de carácter. Melancólico por continuo temor á la muerte, inerte como su padre, sin su talento, fué apellidado el *Sabio*, porque consiguió á fuerza de economia, restablecer la hacienda, y dejó 60.000.000 en el tesoro, en el que habia encontrado un déficit de 45. Repuso la marina, y declaró que no queria hacerse vasallo de la Francia. El gabinete se inclinaba á los ingleses, cuando ascendió al ministerio don José de Carvajal, hombre de un talento limitado; de maneras ásperas, puntilloso en la etiqueta, pero de un juicio sólido y muy honrado. El marqués de la Ensenada se hizo, por el contrario, partidario de la Francia: ministro escelente, introdujo varias mejoras en la hacienda y en la industria, y se inmortalizó (tan atrasado se encontraba el pais) abriendo el gran camino de Guadarrama entre ambas Castillas, que se habian visto privadas hasta entonces de comunicaciones entre sí. Pero las intrigas de los ingleses produjeron su destitucion, y poco faltó para que se le formase causa. El sistema inglés hubiera prevalecido entonces sin la reina Bárbara de Portugal que, menos intrigante que Isabel de Farnesio, se contentaba con mantener á su marido en paz con su pais y con el Austria, y reunir dinero para no verse espuesta á carecer de pan después de la muerte de su esposo. Bárbara era muy poderosa en la corte; el confesor del rey no tenia menos poder, como tambien Carlos Brochi, célebre músico conocido con el nombre de Farinelli, que disipaba con sus cantos los accesos de hipocondria de Fernando: nada, pues, se le negaba, y sin embargo, no se hizo arrogante ni avaro, y dió siempre consejos honrados, y á veces hasta saludables.

La España se hallaba como siempre en guerra con los berberiscos, y ni siquiera alcanzó tregua sino mucho después. Habia recobrado con mucho trabajo en 1720 á Ceuta de los moros, que se habian apoderado de ella veinte y tres años antes, en tiempo del emperador de Marruecos Muley-Ismael. Cuando la marina española creció en poderío, fué difícil á los berberiscos procurarse los objetos de primera necesidad, hasta el grado de verse obligados á tratar con la ciudad de Hamburgo, para que les proporcionase armas y municiones; en cambio de sus presas (1750). Los anseáticos habian obtenido muchos privilegios en España y en Portugal, por las facilidades que ofrecian en el trasporte de los géneros de Africa y América. Ahora bien, conociendo Fernando que ayudaban á los berberiscos inquietando el comercio y la seguridad de la Europa, les cerró sus puertos, y se negó á toda mediacion, mientras no renunciaran á su arreglo con los argelinos. Más tarde, los esfuerzos de los españoles fracasaron en una nueva guerra contra los berberiscos; en fin, se hizo la paz con Marruecos en 1780, celebrándose con pompa.

Tambien se arreglaron las largas disputas de España con Benedicto XIV (1753). Se convino en que el rey nombraria todos los beneficios consistoriales, y los simples que exigiesen residencia, escepto cincuenta y dos reservados al papa, que no los conferiria sino á españoles (3). En su consecuencia, se abolieron las *cédulas bancarias*. Llamábase así á una especie de contratos entre la cámara apostólica y el candidato, que se obligaba á dar cierta suma, y, si no la tenia, pagaba un interés exorbitante; de modo que así una quinta parte de la renta de los beneficios pasaba á Roma. Suprimióse tambien la costumbre de abandonar al papa el despojo de los muertos y el producto de las vacantes; reservándose, por el contrario, en provecho del nuevo titular ó de obras pias, y se destinó una parte á establecer recompensas en favor de la industria y de los servicios militares. La Santa Sede recibió como indemnizacion 900,000 escudos romanos al interés de tres por ciento, y conservó además las dispensas de matrimonio, que le producian millon y medio. La bula de la Santa Cruzada, es decir, la dispensa para comer carne ó lacticinios en los dias de cuaresma, que se pagaba á razon de tres reales por persona, se declaró perpetua en lugar de revocarla cada cinco años.

Carlos III.—Habiendo perdido Fernando á la rei-

(2) Riperdá fué encerrado en el alcázar de Segovia, de donde una jóven, á la que habia seducido, le hizo escapar después de quince años de encierro. Habiéndose fugado á Inglaterra, después á los Paises-Bajos, volvió al protestantismo, cambiando por tercera vez de religion, y tal vez se hizo turco cuando fué á mandar un ejército á Marruecos contra los españoles.

(3) El número del clero español se ha exagerado. Segun Jovellanos, comprendia, en 1787, ciento ochenta mil personas, de las cuales setenta mil pertenecian al clero secular.

na, su mujer, se aumentó su melancolia; ya no recibió ni habló á nadie, no se mudó de ropa blanca, no se afeitó ni se acostó, y al poco tiempo siguió á su esposa al sepulcro. Tuvo por sucesor á su hermano Carlos III (1759), que ocupaba desde la edad de veinte y cuatro años (4) el trono de Nápoles. Isabel de Farnesio, que veia escedidas sus esperanzas, salió del retiro en que se encontraba hacia trece años para ejercer de nuevo el poder, que conservó mientras vivió. Farinelli fué despedido, y se retiró á las cercanias de Bolonia. Si Carlos III no fué uno de aquellos grandes monarcas cuya fuerza de genio basta para regenerar al pais, preparó al menos las mejoras futuras. Rico de cualidades naturales que no habian sido cultivadas, se dominaba á sí mismo, tanto en la tempestad como en la calma; de costumbres puras, muy religioso sin ponerse bajo la dependencia de Roma y de los confesores, era tenaz en sus opiniones, y su pasion por la caza le hacia descuidar sus deberes. Disputáronse el manejo de los negocios el ministro Gerónimo Grimaldi, genovés, y el marques de Esquilache, amigo de Carlos. Este último, que habia sido encargado de la hacienda y de la guerra, introdujo varias mejoras. Hizo poner alumbrado en Madrid, prohibió usar armas, capas largas y sombreros gachos (1766), proscribiendo además otros abusos. El pueblo, que de buen grado se declara contra los ministros de Hacienda, se sublevó para matarle; y no habiendo podido apoderarse de él, pidió su destitucion, la disminucion del precio del pan y del aceite, la facultad de usar capas largas y sombreros chambergos. Fué preciso para tranquilizar aquel tumulto que el rey enviase á cuatro jesuitas, que con el crucifijo en la mano concedieron todas sus exigencias, razonables ó no. Este era un acontecimiento inaudito en España, y Carlos III conservó rencor á los franceses, de quienes sospechaba haber sido los instigadores; pero el duque de Choiseul supo hacer recaer su descontento sobre los jesuitas, haciéndole comprender que una sublevacion que les habia sido tan fácil calmar, no podia proceder sino de ellos mismos. Carlos le creyó y trabajó activamente en la destruccion de la órden. Con objeto de evitar otras desgracias, el conde de Aranda, nuevo ministro, hizo salir de Madrid á seis mil ociosos y entrar veinte mil hombres de tropa, lo que le permitió enfrenar al pueblo. Mejoró tambien la política administrativa, modeló el ejército por el de Prusia, aumentó la marina, restringió el tribunal de la Nunciatura y disminuyó los lugares de asilo, estableció escuelas para suplir las de los jesuitas, y la Inquisicion, que no era posible abolir, fué moderada entonces. Queria, siguiendo las ideas que á la sazon estaban en boga, poner límites á la autoridad real; pero el rey, que lo conoció, le envió á Francia de embajador.

Entre los ministros de Carlos III, don Pedro Rodriguez de Campomanes, hombre instruido y hábil, se ocupó en disminuir los impuestos, destruir la mendicidad y las trabas que embarazaban al comercio de granos. Antonio José Olavide, natural de Lima en el Perú, que habia contraido en sus relaciones con Voltaire y Rousseau ideas filantrópicas é irreligiosas, que no disimulaba, fué el encargado de fertilizar á Sierra Morena, en la que estableció una colonia de suizos, franceses, alemanes y bávaros, con una constitucion á la moda del dia, y, cosa inaudita, tolerando en ella á los protestantes. Habiendo ido allí á predicar un capuchino, se mezcló tambien en las cosas seculares. Los colonos presentaron, pues, una queja contra Olavide, que, acusado de opiniones anticatólicas, fué condenado, después de dos años de un proceso, por la Inquisicion á permanecer ocho años encerrado en un convento bajo la vigilancia de dos frailes que le instruyesen en la fe. Se le prohibió montar á caballo ó andar en coche, acercarse á la corte ni á ninguna gran ciudad á distancia de veinte millas; tuvo que vestirse de paño burdo amarillo, y se le prohibió que leyese otras obras que las de Fr. Luis de Granada. Habiendo conseguido huir á Francia, fué ensalzado como un mártir por los filósofos; pero vivió bastante para desengañarse y escribir *El Triunfo del Evangelio* (1803).

Carlos III estableció las sociedades económicas de *Amigos del pais* para el progreso de las artes y de la agricultura, consagrando á ellas las rentas de los beneficios vacantes. Las colonias no habian cesado de empeorar bajo la dominacion de los últimos príncipes de la casa de Austria, y durante la guerra de sucesion, cuando la Inglaterra y la Holanda interrumpian las comunicaciones con la metrópoli. Fué preciso que la España se separase de su sistema de exclusion, para que no careciesen de lo necesario y permitiese á los franceses traficar con el Perú. En su consecuencia los habitantes de San Maló, que tenian un privilegio de Luis XIV, llevaron allí mercancias francesas á precios moderados, lo que hizo que no se pidiesen más á España. Así es que desde que se estableció la paz, Felipe cerró los puertos del Perú y Chile á los buques franceses, y arrojó de los mares del Sur las escuadras que ya no eran necesarias. Sin embargo, con objeto de ganar la voluntad de la reina Ana, se concedió á la Gran Bretaña no sólo el *asiento*, sino tambien la facultad de mandar todos los años á Puertobello un barco de quinientas toneladas, cargado de mercancias de Europa. Los abusos cometidos por los ingleses y la opresion de los españoles produjeron la guerra de que ya hemos hablado (1740), y que concluyó con libertar á estos últimos del *asiento*, dejándoles arreglar el comercio á su gusto, mediante una indemnizacion de cien mil libras esterlinas á la compañia inglesa.

Introdujéronse entonces diferentes mejoras. En lugar de mantener el tiempo fijo y periódico de las expediciones, con detrimento de los negociantes y en ventaja de los defraudadores, se permitió

(4) Véase el capítulo XXVIII.

se mandasen *buques de registro* en el intérvalo por comerciantes de Sevilla ó Cádiz, con licencias compradas al consejo de las Indias. Aumentóse el número de tal manera, que en 1748 se renunció á los galeones, y el comercio no se hizo ya sino en buques particulares. Es cierto que aquel comercio se encontraba lleno de trabas por la antigua costumbre de reglamentarlo todo.

La falta de comunicaciones hacia que la España ignorase la condicion de sus colonias, y que el gobierno languideciese en ellas. Carlos III quiso remediarlo estableciendo barcos-correos que saliesen todos los meses de la Coruña para la Habana, y cada dos meses para el rio de la Plata; cada uno de ellos podia llevar la mitad de su cargamento de mercancias españolas y volver con igual cantidad de géneros americanos. La concesion se estendió después, y todos los súbditos españoles fueron admitidos á traficar con las islas de Barlovento, Cuba, Española, Puerto Rico, la Margarita y la Trinidad; después tambien con la Luisiana y las provincias de Yucatan y Campeche. No era un corto mérito el atacar una preocupacion que databa de hacia dos siglos; los resultados fueron inmediatos, pues en diez años el comercio se duplicó en algunos puntos, triplicándose en otros.

Cuando se conocieron las ventajas de la libertad, se abolieron las penas muy rigorosas que existian contra toda correspondencia entre las provincias situadas en los mares del Sur; ley tiránica, tanto como perjudicial, que impedia equilibrar la escasez y la abundancia, obligando á que todo fuera de España.

La administracion interior de las colonias se mejoró durante el ministerio de don José Galvez. Habiéndose aumentado la poblacion y los negocios, los jueces de que se componian las audiencias no bastaban, y los sueldos no estaban ya en relacion con los empleos. Hízose, pues, una reforma general, por la cual se cambió la division de las provincias, formándose los vireinatos de Méjico, el Perú, la Nueva Granada, y otro que comprendia el Rio de la Plata, Buenos-Aires, el Paraguay, el Tucuman, el Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Chucas, con las dos ciudades de Mendoza y San Juan: hubo además ocho capitanías generales independientes del Nuevo Méjico, ó sea: Guatemala, Chile, Caracas, Puerto-Rico, Santo Domingo, Cuba y la Habana, la Luisiana y la Florida. Pero el vicio existia en la raíz, y la union de aquellas comarcas con la metrópoli causaba siempre una inmensa traba. Era preciso eludir con la astucia los pesados impuestos y las severas restricciones; el comercio clandestino absorbia más de la mitad de las rentas reales; el resto atendia á los gastos de una administracion complicada, de tal manera que no entraban más de cuarenta millones anuales en tesoro español.

Deseosa Inglaterra de dominar en el Océano, soportaba con envidia la competencia de la España; y en todo el curso de aquel siglo se dedicó á destruir la marina de aquella potencia y á disminuir sus posesiones trasatlánticas, para sujetarla á la servidumbre en que tenia á Portugal. Ya la tenia encadenada con su fortaleza de Gibraltar, después amenazaba á sus posesiones de América, y durante la guerra que hizo á los príncipes de Borbon, arrebató á la España las islas Filipinas y las Floridas (1763), dándole en compensacion posesiones en otro tiempo francesas, es decir, la Luisiana. Pero tardando la España en ocuparla, gustó la Luisiana el placer de la independencia, y el procurador general de la colonia, La Fernière, se propuso establecer en ella una república. Los habitantes se negaron á suspender su comercio con la Francia y con sus islas, lo que obligó á recurrir á una sangrienta represion.

Los españoles tuvieron tambien que pelear con la Inglaterra por las Malvinas, islas próximas á la punta meridional de la América, tambien meridional, que concluyeron con quedarse con ellas. Después se batieron con los portugueses por la colonia del Santísima Sacramento, en la orilla septentrional del rio de la Plata, que era un asilo de contrabandistas; y obtuvieron en cambio una gran estension de terreno junto al rio de las Amazonas. El distrito del Paraguay que habia permanecido de la España, fué erigido en vireinato de Buenos-Aires, y su importancia comercial se aumentó considerablemente.

Como hemos visto, obligada España por pacto de familia, tomó parte con Francia en la guerra de la independencia de los Estados-Unidos. Aseguró con la paz de Versalles Menorca, recuperada después de setenta y cuatro años de separacion y las dos Floridas, cediendo á los ingleses las islas de la Providencia y de Bahama, con la facultad de cortar madera de caóba y palo campeche en la costa de los Mosquitos, y otras ventajas. Habia perdido en aquella guerra veinte y un navíos de línea, y muchos barcos más pequeños; su deuda se habia aumentado en 250 millones, y sus colonias habian aprendido con el ejemplo, que una revolucion coronada por el éxito es legítima. No lo olvidaron. Cuando Humboldt visitó los dominios de España en el Nuevo Mundo ocupaban setenta y nueve grados de latitud; sn longitúd igualaba á la de Africa; su superficie era dos veces mayor que la de los Estados-Unidos, y escedia mucho en extension al imperio británico en la India. Algunos años después no le quedaba ya á la España una pulgada de terreno.

El último ministro de Carlos III fué el conde de Floridablanca, hombre mediano, pero que sabia discernir el mérito y no concebir recelos. Aunque partidario del clero, reprimió sus pretensiones en los asuntos seculares, y obró con noble desinterés. Resulta de las cuentas que presentó al rey, que en los once años de su ministerio, se suprimieron los mendigos en Madrid y en las demás ciudades, empleando para ello las limosnas reales, con una parte de las rentas del clero y de

los adelantos de los prelados: hizo menguar la vagabunderia de los gitanos, abriéronse canales de riego y de navegacion, y se construyeron edificios, ora llamando á estranjeros, ora mandando á los nacionales á instruirse fuera de su pais; estableciόse un jardin botánico, suprimiéronse ciento noventa y cinco vedados de caza, y se construyeron trescientos veinte y dos puentes, sin contar gran número de ellos que fueron reparados: en fin, se establecieron las primeras diligencias entre Madrid, Bayona y Cádiz.

Banco de San Carlos.—Con objeto de dar valor á los bonos reales que se habian emitido sin consideracion, se estableció un banco, con el fondo de 75 millones, y la confianza que inspiró fué tal, que las acciones ascendieron desde 2,000 reales hasta 3,040: prosperidad pasajera, pero muy provechosa. Una nueva tarifa abolió ciertos impuestos onerosos ó perjudiciales; en su consecuencia, el producto de las aduanas se aumentó desde 60 hasta 130 millones de reales. Habiendo quedado casi libre el comercio con las Indias, produjo en 1788 55.456,949 reales, cuando en 1778 no producia más que 6.761,291. Estableciόse una compañia para el comercio de las Filipinas con un capital de 80 millones de pesos. Los barcos que debian cargar para Europa las mercancias de la India, ó llevar á España la plata de las Indias españolas, se daban á la vela en Cádiz, y después de haber doblado el cabo de Hornos, hacian escala en la costa de Perú, donde tomaban el dinero necesario para las compras; desembarcaban después en las Filipinas, para volver directamente á Cádiz por el cabo de Buena Esperanza. Así es, que la España que en tiempo de Felipe V apenas contaba siete millones y medio de habitantes, tenia once á fines del siglo, y el producto de su industria y agricultura se habia triplicado.

Los viajes de Behering y Cook hicieron conocer á los ingleses la importancia del pais de Nutka, cadena de montañas ó selvas impracticables, excepto en sus risueñas orillas á lo largo del mar, todas llenas de golfos y puertos, con una temperatura tan suave á semejante latitud, que las plantas de Europa se aclimataron allí. Desde 1774, los españoles se habian establecido en el puerto de San Lorenzo para la pesca de la ballena y otros cetáceos, que era allí muy abundante. El comercio de cueros y pieles atrajo á él á los buques ingleses, rusos y franceses, tanto que se consideró al puerto de Nutka como el principal mercado de la costa Noroeste de la América. Los españoles, que concibieron celos, enviaron gente para construir allí un reducto, y detuvieron un barco inglés que era portador para obrar del mismo modo. Pero la Inglaterra obtuvo con sus armas y con un tratado una completa reparacion de las pretendidas injurias que se le habian hecho; consiguió la libertad de navegar y pescar, tanto en el mar Pacífico como en sus costas, y pronto ondeó su bandera en las ruinas del fuerte español (1789).

Carlos IV ascendió al trono á la edad de cuarenta años (1788), cuando comenzaba la revolucion francesa, cuyos acontecimientos debian tener tanta influencia sobre su futura suerte.

Felipe V no trató de introducir en España ni las costumbres ni la literatura de la Francia; sin embargo, estableció en ella, á ejemplo de su pais natal, una academia real (1744), que abolió el gongorismo y dió á luz un escelente diccionario. Fundó tambien la academia de la Historia (1735), que se dedicó á indagaciones de erudicion nacional. Pero la influencia francesa se dejaba conocer tanto en España como en toda la Europa; y cuando ciertos autores permanecian apegados á sus clásicos hasta imitar sus incorrecciones, otros introducian el descuido refinado de sus vecinos. El teatro conservó mejor las formas nacionales, aunque á veces produjesen, mezclando á ellas las formas francesas, monstruosidades sin carácter.

Francisco Raucés Candamo, José de Cañizares, Antonio de Zamora y Gerardo Lobo, se encontraban al frente de los conservadores; y el *Origen de la lengua española*, de Gregorio Mayans y Ciscar, está escrito en el sentido de sus doctrinas. Los innovadores tenian por jefe á Ignacio de Luzan, que compuso una *Poética* (1737) en quinientas páginas en folio, apoyada en autores y ejemplos franceses. Pretendia volver la poesia á su objeto primitivo, el de servir de ayuda á la moral, y hacer renunciar al vuelo del pensamiento para conseguir la elegancia: tambien coloca en grado inferior á los modelos franceses la desordenada fecundidad del antiguo teatro español. Luis José Velazquez piensa de la misma manera (5): es un hombre de gusto, pero incapaz de retroceder á los tiempos pasados y adivinar su originalidad. En medio de tantas discusiones y reglas, no surgió ningun poeta digno de memoria en una literatura que habia comenzado con tanta energia. Nada parecia original sino alguno que otro *auto sacramental*, género que después fué prohibido por Carlos III en 1765.

Sin embargo, cuando Vicente Garcia de la Huerta dió á luz su *Judia de Toledo* (1778), pieza concebida segun el antiguo método, fué acogida con entusiasmo patriótico. Aunque sostuvo el gusto nacional, se dejaba conocer algo francés en ella; y en catorce tomos de composiciones del *Teatro español*, publicadas por él (1785) en oposicion á los galicistas, no se atrevió á insertar sino comedias de capa y espada, y un solo *auto*. No nombra siquiera á Lope de Vega, aunque reproduce muchas de las piezas de Calderon, y se complace en sus prefacios en maltratar á los autores extranjeros que le habian sido desfavorables, principalmente á Quadrio, Bettinelli y Tiraboschi, cuyos juicios habian sido menos moderados. Don Juan Lopez de Sedano coleccionó (6) con igual timi-

(5) *Origen de la poesia española*, 1774.
(6) *Parnaso Español*, 1768.

dez las producciones líricas. Pero de este género hubo muy pocos cuyo nombre se conociese en el extranjero. Citaremos á Iriarte, autor de graciosas fabulas; á Juan Melendez Valdés, cantor de amores y escenas pastoriles, á quien acreditaron sus canciones populares; y á Moratin, que escribió elegantes y sensatas comedias.

Fray Gerundio, 1714-83.—La imitacion más feliz del *Don Quijote* se debe al jesuita Isla, de Segovia, que en la *Vida de fray Gerundio de Campazas* (7), ridiculizó el estilo cuidado y á los malos predicadores. Gerundio habia aprendido de los capuchinos, á los que su padre trataba con generosidad, gran número de textos sueltos que no comprendia, muchas proposiciones teológicas que entendia mal, pero que gracias á los aplausos de los buenos capuchinos le habian formado una reputacion en su pueblo. Su padre le envió, pues, á las escuelas, y en ellas el autor imitó la enseñanza pedantesca, las graves disputas sobre ortografía, la ignorancia magistral del humanista que cita ya, vengan ó no á cuento, pasajes latinos, y maravilla á los discípulos con títulos de libros estravagantes y el ampuloso estilo de las dedicatorias. Existe una entre otras de un aleman, dirigida «á los tres únicos soberanos hereditarios en la tierra y en el cielo, Jesucristo, Federico Augusto, príncipe electoral de Sajonia, y Mauricio Guillermo de Sajonia Zeitz.» Gerundio es inducido á hacerse fraile por un predicador que le envuelve en los artificios de su elocuencia, y por un lego que le hace presente los placeres de los novicios, los goces más grandes aun que procuran, una vez que se ha subido al púlpito, los donativos devotos, sin contar la confianza femenina. Fray Blas, predicador el más afamado del convento, sabia ganarse el favor de las mujeres, unas veces por el arte con que arreglaba su pelo y su hábito, otras con suaves palabritas, ó composiciones inesperadas que escitaban la curiosidad Una vez comenzó de esta manera: *Niego que Dios sea uno en esencia y trino en persona.* Todos se quedaron estupefactos; mas él continuó en estos términos: *Esto es lo que dicen el ebionita, el marcionita, el arriano, el maniqueo; pero*, etc. Otra vez subió al púlpito y esclamó: *¡A vuestra salud, caballeros!* Todo el mundo comenzó á reirse, mas esto no le impidió continuar de esta manera: *No hay de que reirse, caballeros; pues Jesucristo, por su encarnacion, ha atendido á vuestra salud, á la mia y á la de todos.* Gerundio se formó con arreglo á aquellos modelos: creció su fama, y el autor nos regala algunos de sus sermones, mezcla estravagante de sagrado y profano, sin conexion ni sentimiento.

Aquella sátira, exagerada como lo son todas, y que atrajo sobre el jesuita la cólera de todas las órdenes monásticas, nos demuestra, sin embargo, hasta qué grado de corrupcion habia llegado la elocuencia, cuando su único asilo era el púlpito, los desvaríos de la escuela, las mezquinas pretensiones del estilo castigado, un escesivo estudio de armonia, una erudicion afectada, un laborioso é intrincado período y el afan de buscar lo estraño y lo inesperado.

El español José Somoza describió tambien en 1760 el modo de vivir en Madrid, que era el de una gran parte de la Europa. «Todo hidalgo después de levantarse aguardaba al barbero, cuya operacion era mucho más larga que en el dia, y la cual nadie desempeñaba por sí mismo. Después el peluquero comenzaba el peinado, á untar con pomada y empolvar la cabeza, en lo cual se empleaba aun más tiempo. Entonces solamente era cuando se comenzaba el gran trabajo de vestirse, en el que tardaban, los que lo hacian con más prontitud, lo menos tres cuartos de hora, tantas eran las piezas que habia que ponerse y los broches que tenia el traje, desde los que sostenian el cuello hasta los que sujetaban el calzado. Terminada esta arquitectura, nuestro hombre se ceñia su espada, y rogaba á Dios que hiciese buen tiempo, en atencion á que iba á hacer frente á la intemperie del aire á pié firme y con la cabeza descubierta, fuera la que quisiera la estacion.

»Cuando iba á pié le era preciso la mayor precaucion para preservar del barro sus medias de seda blanca y sus zapatos á la *mahonesa*. He conocido á un jóven oficial que se formó una gran reputacion por haber atravesado todo Madrid en invierno sin mancharse de lodo. Era un talento de cierta importancia en una época en la que todos debian ir pedestremente, lo que no hacen en el dia, sino los comerciantes y las personas de negocios.

»Entonces aquellos que tenian menos dependencia se veian sujetos á ciertas conveniencias, arregladas á un ceremonial inexorable, que no dejaba un solo dia de descanso. Se celebraban tres pascuas, la de Navidad, la de Epifania y la de Resurreccion. Habia además el dia del santo y el de cumpleaños. Faltar á uno de aquellos deberes, ocasionaba la enemistad de dos familias. El menor viaje exigia una visita general de despedida que todos pagaban al dia siguiente; lo mismo sucedia á la vuelta. Cuando era el dia de un santo cuyo nombre fuera comun, el extranjero que se encontraba en una ciudad, hubiera creido que estallaba un incendio ó una sedicion, tanta era la gente que circulaba por las calles, tropezando unas con otras y gritando. A los pobres artesanos les mataba el trabajo ocasionado por tantos parroquianos como era preciso peinar, calzar y vestir en aquellas grandes circunstancias. Esta era la sociedad en los dias solemnes.

»Se comia á la una de la tarde, se comia más que en el dia, y era preciso más habilidad para saber comer que para ganar con qué hacerlo. Se ponian en las mangas unas especies de embudos

(7) *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, escrita por el licenciado don Francisco Lobon de Salazar*, 1758, 1770, dos tomos en 4.°

de carton, en atencion á que se habia convenido que no se debia hacer nada con las manos mientras estuviesen protegidas con aquel adorno. Se habian inventado otras cosas para preservar de manchas el traje y el cuello de la camisa; pero ninguna era tan complicada y tan singular como aquella de que se servian para dormir la siesta, costumbre general de nuestro clima. He visto al célebre Jovellanos dormir con la nariz sobre la almohada, pero sin tocarla más que con la frente para no despeinarse.

»Sólo á las personas que no tenian que hacer visitas por la tarde les era permitido el librarse de su peinado cubriéndose la cabeza con una redecilla. Estos salian cubiertos con una capa escarlata; pero no por eso disfrutaban de más comodidad en su paseo, pues las medias de seda y los escarpines no les permitian separarse de la acera. Sin embargo, la condicion de los hombres era mejor que la de las mujeres, pues podian al menos apoyar el pié en el suelo, al paso que, subidas ellas en grandes tacones de madera, andaban de una manera no segura y peligrosa, como gallinas que escarban la tierra. Ajustadas implacablemente dentro de un cuerpo de ballena, ¿qué ejercicio podian hacer? ¿y cómo no habian de haber caido al menor impulso? Aquel corsé era una cosa tan inamovible, que ciertas madres daban de mamar á sus hijos á través de un agujero abierto en la tela llena de ballenas; de manera que las pobres criaturas, acercando sus sedientos labios á aquella inflexible muralla, buscaban inútilmente el calor del seno materno.

»Todos los dias pasaba el hidalgo por tres metamórfosis: la capa y el gorro por la mañana, el uniforme militar al medio dia, y el traje galante después de comer, para asistir á las corridas de toros. La gravedad española conservaba el silencio y el decoro para las reuniones. Nada más grave y patético que lo que se llamaba un refresco ó una colacion. Colocadas las señoras en un estrado, formaban un frente de batalla formidable, sin dar otra señal de sensibilidad y vida que el movimiento regular y monótono de los abanicos. Habia después otra línea paralela de señores por órden de dignidad, categoria y método. Parecia una reunion de personajes, no para divertirse, sino para escuchar la terrible justicia del valle de Josafat. No habia música, baile, ni conversacion graciosa é interesante; sólo los jugadores de naipes, colocados en medio de las salas, tenian el derecho de gritar y decir todo lo que querian, marcando las peripecias del juego con puñetazos sobre el tapete verde.

»Terminado aquel importante asunto, todas las famílas se retiraban. Era preciso tanto tiempo para desnudarse como habia sido necesario para vestirse. Mientras se desarmaba la cabeza de la señora que abandonaba un enorme gorro y una gigantesca peluca, la cabeza del esposo se libraba tambien de una bateria de rizaduras que la circundaban con sus algodonados tupés. ¡Cuántas escenas de éstas he presenciado siendo niño! La forma y el volúmen de los autores de mis dias se desvanecia á mis ojos tan afligidos como sorprendidos, y concluian por disminuirse hasta el punto de ser para mí su fisonomia y estatura desconocida.

»La última de las ocupaciones ostensibles de todos los dias para nuestros padres, era dar cuerda á sus relojes. No era un corto trabajo, pues cada hidalgo tenia dos, cada uno con dos cajas. Todo era doble en aquellos felices tiempos: se usaban dos relojes, dos pañuelos, dos cajas de tabaco.

»Eran costumbres con toda la inocencia posible, pero llenas de formalidad. Todo era fórmula para el propietario, el mercader, el rico, el noble y el pechero. La fórmula dominaba en la educacion del niño, en la matrícula de los profesores, en la eleccion de una carrera. Si adoptabais el uniforme ó si os embarcábais para América, volviais sin saber que hubiese antípodas; todo, segun la fórmula, por respeto al mismo ídolo. La mayor parte de los hijos de familia iban á la corte, es decir, á Madrid, donde pasaban su vida pretendiendo, estudiando el almanaque real, hasta que encanecian sus cabellos. Pero de todas las profesiones, la más ceremoniosa en sus costumbres, ideas y hábitos desapareció ante la civilizacion, como el nenúfar y los agáricos con el cultivo. Quiero hablar de los abates que inspiraron tantas sátiras y canciones, objetos de curiosidad, admiracion y diversion para el bello sexo, que los consideraba con tanta atencion y admiracion como los jóvenes botánicos tienen por la singular planta que se llama mandrágora.»

No se nos hará el cargo de entrar en detalles frívolos, si se reflexiona que la existencia de nuestros padres se pasaba en futilezas del mismo género. Pazini, que ha tratado el mismo asunto, es más elegante; pero sus cuadros no tienen más delicadeza.

CAPITULO XXV

PORTUGAL.

Después de la guerra por la sucesion española, que valió al Portugal la colonia del Santísimo Sacramento, Juan V permaneció treinta y cinco años en paz; pues se encontró bastante lejos para no mezclarse en miserables cuestiones por las cuales los reyes ensangrentaban la Europa. Sólo á España, que habia preso á algunos malhechores en el palacio del embajador portugués en Madrid, negándose á conceder satisfaccion, le declaró la guerra; lo que puso en peligro no sólo las fronteras, sino tambien las colonias, y el arreglo entre ambas potencias fué muy difícil.

El fausto de Juan V, desgraciado imitador de Luis XIV, no aprovechaba más que á los franceses y á los ingleses, de quienes dependia el pais aun en las cosas más necesarias. Resultaba de esto que el reino se empobrecia á pesar de sus ricas colonias. Aquel príncipe gastó enormes sumas en adquirir el título de *Fidelísimo* y establecer en Lisboa un patriarca, legado *ad latere*, con supremacia sobre los obispos de Portugal y de las Indias. Cuando obtuvo Juan V la creacion de esta dignidad, con objeto de darle mayor esplendor, instituyó setenta canónigos mitrados con el sueldo de 5,000 cruzados cada uno; y cuéntase que en su reinado pasaron á Roma 500 millones de pesetas. Fué un dilapidador clerical en medio de dilapidadores guerreros.

Sencillo y tosco á pesar de su lujo, Juan V reprendia á sus ministros á palos. Reprimió al Santo Oficio que todavia en 1745 celebró un auto de fe en que pereció el poeta dramático Antonio José; y sus mismos defectos le valieron el afecto del pueblo, al que amaba tanto como á la justicia. Fundó la Academia portuguesa que dió pocos resultados. Tenia, sin embargo, por presidente al literato más célebre de la época, Francisco Javier de Meneses, conde de Ericeyra (1673-1743), autor de la *Henriqueida*, compuesta con todas las condiciones necesarias para formar un poema, menos el genio. Estableciόse otra academia con objeto de reunir los materiales relativos á una historia de cada obispado portugués y de todo el Portugal; debiéronse en ella al efecto cuestiones, y los jesuitas ocupaban el primer lugar.

Habiendo sido atacado Juan V de apoplegia, entregó el cuidado de los negocios al padre Gaspar, capuchino, de la ilustre casa de Govea, hombre escelente, pero incapaz de administrar un reino. Vivió entonces el pais al acaso, y el pueblo permaneció sumergido en la ociosidad, en la indigencia y en la miseria, contento con poder satisfacer sus venganzas particulares. Cuando murió Juan V, que, rey de los paises más ricos del mundo, habia construido el acueducto de Lisboa y el palacio de Mafra, no se encontró en el tesoro el dinero necesario para sus funerales.

Pombal.—Su sucesor José habia crecido en la ignorancia, y llegado de esta manera á la edad de treinta y cinco años (1750), nombró por su ministro á don Sebastian José Carvalho-Melho, conde de Oeyras, despues marqués de Pombal (1699 1782), que pronto le dominó, y resolvió reponer al pais. El infante don Francisco se habia puesto á la cabeza de una partida de calaveras con los cuales cometia en la capital toda clase de escesos: otras partidas, mandadas por otros señores, se oponian á sus violencias y los imitaban; tanto, que no pasaba una noche sin vias de hechos y sin efusion de sangre. Carvalho, que era de elevada estatura y de vigoroso cuerpo, se unió á uno de sus amigos para combatir á aquellos perturbadores, y se dedicaron á mantener el órden con ayuda del desórden. Hombre de poca educacion, adquirió viajando la esperiencia del gobierno y de la política; hizo conocimiento con los filósofos, y las decisivas máximas de

estos reformadores le persuadieron que, para crear ciudadanos, un Estado y un espíritu público, bastaba escribir una constitucion. Indujo, pues, al rey á las innovaciones, con una energia que se asemejaba á la violencia.

Pensó que la primera cosa que habia que hacer, era espulsar á los jesuitas, á los cuales dió el golpe mortal, y humillar á los nobles que le trataban con altivez, aunque pertenecia á ellos, sin ser de la primera nobleza, y se habia casado con una mujer de elevado linaje (Arcos). Le atacaron de todos modos, hasta por el ridículo, pero Pombal los dejó obrar, y continuó adoptando enérgicas medidas. Hizo que volviesen á entrar en el fisco gran número de propiedades, tanto en Asia como en Africa, que los reyes habian concedido á varias familias; puso trabas á los matrimonios entre los *hidalgos*, disputó á los hijos los títulos de los padres, prohibió á la Inquisicion conducir á nadie al cadalso sin la aprobacion del rey, destruyó los registros en que estaban asentados los nombres de los que habian sido sentenciados por ella, lo que era para su posteridad una nota de infamia; suprimió la distincion entre los cristianos nuevos y los viejos, atacó por todos los medios posibles la jurisdiccion romana, rechazó la bula *In cœna Domini* y limitó á las cosas del dogma la dependencia del clero respecto del jefe supremo de la Iglesia, disminuyendo la facultad de testar á favor de manos muertas; y los escritos del conde Oeyras reprodujeron todo lo que habia sido dicho por Sarpi y por Giannone contra el poder eclesiástico. Reformó la universidad de Coimbra haciendo predominar en ella las ciencias matemáticas llamando á hombres distinguidos de Italia é Irlanda. Fundó el colegio de nobles, y dotó á los hospitales y escuelas con los bienes de las congregaciones suprimidas, y pensaba establecer en Mafra una órden rival de los religiosos de San Mauro. Fué poderosamente ayudado en el cumplimiento de sus designios por la tentativa de asesinato dirigida contra el rey, y por el tribunal de *Inconfidenza* (1), cuya institucion se remonta á aquella época. Existe en esto un misterio de iniquidad que fué bastante á deshonrarle.

Terremoto de Lisboa.—El dia de Todos Santos de 1755, un horrible terremoto se dejó sentir en una estension cuatro veces mayor que toda Europa: en los Alpes, en las costas de Suecia, en las Antillas, en el Canadá, en Turingia y en las costas del Báltico. Remotos rios variaron de curso; se secaron las fuentes termales de Toplitz, que volvieron á correr de nuevo, llenas de ocre ferruginoso, é inundaron la ciudad. En Cádiz se elevó el mar veinte metros más que ordinariamente; en las pequeñas Antillas, donde la marea no pasa nunca de setenta y cinco centímetros, llegó á siete metros y destruyó las dos terceras partes de Lisboa, y quince mil habitantes, otros dicen sesenta mil, arrancados á sus ocupaciones domésticas, fueron muertos ó enterrados vivos. El mar se elevó seis piés más que en las grandes mareas, hizo naufragar á los buques, destruyó los edificios, corrompió las provisiones y esterilizó los campos. El incendio producido por los fuegos encendidos en las casas, y que nadie podia pensar en apagar, aumentó las ruinas: lluvias á torrentes fueron, para los que habian sobrevivido y se habian refugiado con la corte en tiendas en los campos, causa de enfermedades y muertes. Otras ciudades tuvieron tambien que sufrir aquel desastre, sobre todo Coimbra y Braga; Setubal quedó sepultada con todos sus habitantes.

Pombal adquirió gloria sin mancha, dedicándose á remediar aquella desolacion; pero tratando de rejuvenecer el pais, obró con la precipitacion inconsiderada que estaba entonces de moda. Vacilante en la política, deseoso del bien mas sin tener inteligencia, si se le ensalzó en Francia, adonde se consideraban más las ideas que los hechos, éstos le presentaron animado por el odio y la avaricia, cuidadoso de asegurar el despotismo con ayuda de la calumnia y el terror. Se proponia restablecer el órden material, y preparó el desórden moral zapando las instituciones y las creencias nacionales. Las más minuciosas ordenanzas se sucedian unas á otras: sobre la venta de las castañas, sobre la forma de los sellos de correos, sobre las viñas, de las que debian arrancarse una tercera parte para sembrar trigo, aun en las tierras que no eran propias para ello. Quiso renovarlo todo sin escuchar consejos ni sufrir contradiccion, sin aguardar la obra del tiempo, sin estar en estado de sostener la discusion. Obrando de esta manera es como pudo procurar enormes riquezas á su familia, y satisfacer su pasion de venganza. Favoreció la marina, pero descuidó los ejércitos de tierra, á fin de que la nobleza no tuviese esa ventaja. Humilló á los nobles, aunque ambicionando la alianza de éstos con sus parientes; espulsó á los jesuitas, y conservó las órdenes mendicantes; abolió el monopolio del tabaco, y estableció el de la sal; hizo traducir á Voltaire, Rousseau y Diderot, y quemar á Raynal; aplaudió las nuevas doctrinas, y prohibió toda clase de periódicos en Lisboa, adonde no queria que llegase el correo más que una vez cada semana; reprimió la Inquisicion, después le dió el título de majestad para hacerla servir á sus venganzas, y nombró á su hermano gran inquisidor. Fué *espíritu fuerte*, y al mismo tiempo dió crédito á los milagros del obispo de Osma, enemigo de los jesuitas; destruyó el poder de aquella compañia y el de los nobles, para sustituir á él el despotismo ministerial; confiscó sus bienes, pero para enriquecerse á sí mismo y á los suyos, en quienes acumuló títulos, empleos y honores.

De esta manera estableció un poder ilimitado, que debia convertirse en tirania. Ya ostentando un rigor oriental, habia sentenciado á la horca, *ipso facto*, á los que se habian hecho culpables de robos; pero á menudo hacia ahorcar como ladrones

(1) Véase antes pág. 269.

á los que se quejaban de las miserias que no sabia remediar, y se cuenta que envió sumariamente al cadalso á ciento en un dia. Veinte mil cruzados de recompensa estaban prometidos al que denunciase un ciudadano por haber denigrado los actos públicos, ó conspirado contra personas empleadas en el ministerio; hasta declaró crímen de lesa majestad toda resistencia á la voluntad del soberano, es decir, á la suya. Sus órdenes terminaban por lo comun con esta frase: «A pesar de toda ley en contra.» Habiéndose atrevido Pedro Antonio Correa Garcao, apellidado el Horacio portugués, redactor de la Gaceta, á decir algunas verdades, fué encerrado en calabozo donde murió. Habiendo publicado el obispo de Coimbra una pastoral contra los malos libros que circulaban libremente, y sobre todo contra la *Doncella de Orleans*, el ministro le hizo encerrar en un subterráneo.

Brasil.—El Brasil era siempre la riqueza de Portugal, y desde que se habia libertado de la dominacion holandesa, se habia repuesto con la industria. Una mezcla de brasileños y emigrados europeos se habia establecido, como ya hemos dicho (2), en el distrito de San Pablo, contiguo á las posesiones españolas; era aquél un conjunto de pícaros, emprendedores y quimeristas, á los que se les habia dado el nombre de *mamelucos*, por su semejanza con los de Egipto.

Habiéndose enriquecido, principalmente con el comercio de esclavos, detestaban á los misioneros, que introduciendo la religion cristiana, trataban indirectamente de destruir la trata. Se arrojaban, pues, sobre las parroquias: y como Urbano VIII amenazase á los agresores con la escomunion, arrojaron á los jesuitas de sus ciudades; después estendieron entre los salvajes la idea de que no habia diferencia entre su religion y la creencia de los adivinos brasileños; nombraron un papa, sacerdotes y obispos, que celebraban misa y oficios, y confesaban; además, trazaban figuras estravagantes é imitaban las contorsiones de los adivinos; lo que agradaba á los indígenas y los separaba del cristianismo, que confundian con sus ritos nacionales.

La colonia, que al principio se componia de un corto número de familias, se habia aumentado considerablemente, y contaba veinte mil almas además de los esclavos. Habiéndose declarado libre, y confiando en la fuerza brutal, comenzó á devastar los territorios cristianos del Paraguay, sin cuidarse de las amenazas de Madrid ni de Roma. Pero, en fin, el pontífice permitió á los colonos usar armas de fuego, y así lograron reprimir á los bandidos de San Pablo.

La actividad de aquellos aventureros se dedicó entonces á buscar oro, que hasta entonces se habian limitado á recogerlo en la arena y el limo depositado por las aguas. Obligaban á este trabajo á los negros, que todas las tardes debian entregar á su amo cada uno la octava parte de una onza. Poco después de haber proclamado su independencia, descubrieron la abundantísima mina de Jaragua. Pero los tesoros que producia no satisfacian la ambicion de los mamelucos, que por todas partes buscaban el precioso metal. En efecto, habiéndose internado algunos de ellos hasta cien leguas por un pais intransitable, y en medio de belicosos salvajes, descubrieron la mina de Sabara (1690); otros penetraron en las montañas auríferas, donde fundaron la Villa-Rica, que veinte años después de su fundacion, pasaba por la ciudad más opulenta del mundo: multitud de aventureros acudieron á ella; pero los primeros que la habian ocupado pretendieron dictar leyes y condiciones á los recien llegados: resultó de esto la guerra, en la que perdieron los de San Pablo. Poco después quiso don Pedro, regente de Portugal, tener su parte en aquel rico botin, y envió á Antonio de Alburquerque al distrito de las minas, en calidad de gobernador. Cuando consiguió, con ayuda de tropas organizadas y hábiles medios, someter á ambas facciones, fundó en el pais una ciudad regular á la que se llamó Rio Janeiro, y promulgó reglamentos concernientes á la esplotacion de las minas y á la reparticion del producto entre el Estado y los colonos.

Pero cuando don Pedro llegó á ser rey por muerte de Alfonso VI, faltó á los convenios hechos con la Francia en tiempo de la guerra de sucesion, y se unió á la Inglaterra, en lo que fué imitado por Juan V. Los armadores ingleses quisieron castigar á aquellos príncipes, atacando á su comercio; y el capitan Duclerc intentó sorprender á Rio Janeiro. Teniendo pocas tropas fué rechazado y se vió precisado á capitular; después le asesinaron en union de muchos de los suyos en el momento en que entregaba las armas. Duguay-Trouin se vengó bombardeando á Rio Janeiro (1711), que abandonado por la guarnicion, se libertó de su ruina pagando una indemnizacion de 600,000 cruzados. Si á esta suma se añaden las mercancias de que se habian apoderado, cinco buques de guerra y más de treinta mercantes capturados ó incendiados, el daño escedió de veinte y siete millones de pesetas.

Hecha la paz, Rio Janeiro se repuso, y llegó á ser el depósito del producto de las minas (1713). Los paulistas trataron de levantar la cabeza; pero fueron reprimidos, y Villa Rica prosperó hasta tal grado, que la décimaquinta parte del oro que correspondia á la corona escedia anualmente de doce millones. Habiéndose dedicado á buscar los paulistas otras minas, descubrieron en las costas del Cármen las de Mariana, después las de Cujaba y Goyaz; resultó de esto que la corona desde 1730 á 1750 recibió por su parte 25 millones al año, sin contar lo que se defraudaba, siempre en mucha cantidad. Sin embargo, como si no hubiera sido aun suficiente, todavia se descubrió una mina de diamantes, la más rica que existe.

(2) Véase tomo VII, pág. 134.

Encontrábase, pues, muy floreciente el Brasil, y enriquecia, no el comercio de Portugal, sino el de Inglaterra; en efecto, por el tratado de Methuen los portugueses se proveian de la Inglaterra no sólo de sus manufacturas, sino tambien de los granos, pescados salados, paños, cueros que cambiaban por el vino del pais y el oro del Brasil. Pombal quiso disminuir este despotismo de la Inglaterra; pero no se atrevió á libertar de él á su pais. Con el objeto de que no pudiese llevarse todo el oro del Brasil por su monopolio universal en Portugal, prohibió toda estraccion de oro, y dispuso que se limitase la actividad del comercio británico á la esportacion. Resultaron de ahí continuas visitas á los almacenes y á los libros comerciales, vejaciones que aumentaron las quejas; y después el gabinete de Lóndres mandó á Pombal dar una ordenanza tan mezquina como imprudente.

Creyó tambien hacer prosperar las manufacturas indígenas imponiendo un derecho de cuatro por ciento á todas las mercancias extranjeras, bajo pretexto de la reconstruccion de las aduanas, que el terremoto habia destruido. Concedió á una compañia el monopolio del comercio con la China y con las Indias (1754); pero esto fué en realidad un monopolio para Feliciano Velho de Oldemburgo, en el que el rey iba á medias con su ministro. Otra compañia, en la que Pombal era el principal interesado, obtuvo el privilegio de la trata de negros. Con objeto de arrebatar á los ingleses el monopolio de los vinos de Oporto, forzó á los propietarios á venderlos á un precio determinado, á una *sociedad de los vinos* de la que se hizo nombrar protector, con un enorme sueldo. Llegó á ser tal el descontento, que estalló la rebelion en Oporto; Pombal la sofocó con sangre, privó á la ciudad de todas sus ventajas, y le impuso fuertes multas. Diez y ocho ciudadanos fueron enviados á la horca, veinte y seis á galeras y noventa y nueve desterrados. Otros muchos emigraron, algunos arrancaron sus viñas antes que cultivarlas para otros.

Fué mejor inspirado abriendo el canal de Oeiras, el único que existe en Portugal, y mitigando la suerte de los deudores insolventes. Introdujo en el Brasil las plantaciones de la caña de azúcar, del arroz, del añil, del café y del cacao. Riéronse sus detractores cuando bizo construir en Lisboa vastos almacenes para depositar el algodon, del cual se enviaron diez mil libras como muestra en 1772. Pero en 1806, ya llegaban de ciento treinta á ciento cuarenta mil balas, de cuatro arrobas cada una; y aquellos grandes almacenes no bastaban para el café, el azúcar y el añil del Brasil. Engañado en la esperanza de apoderarse de los tesoros de los jesuitas en el Paraguay, trató Pombal de anular la cesion de la isla del Santísimo Sacramento, y se negó á adherirse al pacto de familia de los Borbones. Resultó de esto la guerra con la Francia y la España, cuya única ventaja fué procurar un ejército á Portugal. Debióse esto al conde de Lippe-Buckeburg, que venció la repugnancia de los portugueses al servicio militar; pero sin embargo, no consiguió su objeto tan completamente, que no le fuese preciso recurrir al alistamiento de extranjeros.

Maria I.—José se veia en tal dependencia de su ministro, que los cortesanos decian: *Vamos á encontrar al rey en su jaula*. Privado ya del habla por un ataque de apoplegia, espiró en 1777, sucediéndole su hija Maria con su marido Pedro III. Al momento el grito de los pueblos y de los prisioneros de Estado se levantó contra la tirania de Pombal; y aunque hizo que se hallasen en las arcas del rey 48.000,000 de cruzados, y 30.000,000 en la de diezmos, fué despedido con honores y pensiones. El tribunal de *inconfidenza* fué suprimido, volvióse á abrir el de la nunciatura; suprimióse el impuesto sobre la sal, y se firmó un tratado con la España. Como las quejas de ochocientas personas que acababan de salir de las cárceles de Estado se elevaban continuamente contra Pombal, se residenció su administracion, y se vió obligado á mumerosas restituciones, al mismo tiempo que tuvo que defenderse de furiosas invectivas. Habiéndose revisado los procesos de los pretendidos regicidas, quince jueces, dicen, de diez y ocho que eran, los declararon inocentes; en su consecuencia fueron rehabilitados y reintegrados en sus empleos, mientras que Pombal fué declarado por unanimidad digno de un ejemplar castigo. Sin embargo, como podia contestar á cada cargo que se le hiciese, *El rey lo ha querido así*, le perdonó la reina toda pena aflictiva, y le dejó sus bienes, cuya renta ascendia á trescientas mil libras. Sólo se le desterró á veinte leguas de la corte, y murió poco tiempo después. Añádese que los descubrimientos hechos en aquellos procesos aumentaron la habitual hipocondria de la reina, hasta tal grado, que no estuvo más en estado de gobernar, y que mientras vivió (hasta 1816) D. Juan, príncipe del Brasil, firmó por ella.

CAPÍTULO XXVI

ESTADOS GENERALES.

La Holanda conservaba el amor á la patria y á sus antiguas costumbres. Los pesados impuestos establecidos sobre las tierras, los contratos, el lujo y los objetos de consumo, al mismo tiempo que inclinaban á los habitantes á un género arreglado de vida, estimulaban á la industria y cada ciudad se dedicaba á un ramo particular de comercio ó fabricacion. Dueños de las sedas de la Persia y de las drogas del Asia, los holandeses se visten de telas de lana, se alimentan con pescados y frutas; los adornos de su casa se reducen al aseo y á las flores, y no conocen la economia cuando se trata de la beneficencia pública ó de la instruccion. La imprenta era en su pais completamente libre.

Ya hemos dicho lo que pensamos de su libertad (1). El advenimiento de uno de sus ciudadanos al trono de la Gran Bretaña, comprometió de grado ó por fuerza á la Holanda en todos los movimientos de la Europa, siquiera no tuviera en ello ningun interés. Su oro fué el más poderoso auxiliar del Austria en la guerra de la sucesion de España; sin embargo, la paz no fué ventajosa á la Holanda, y hasta la puso en estado de conocer cuánto la habia despoblado y empobrecido. La adquisicion de las plazas fuertes de *frontera* no obtuvo otro resultado que pesados impuestos y nuevas hostilidades (1747); y las guerras contra la Francia, mal dirigidas, como lo fueron, produjeron una revolucion interior.

Guillermo IV.—Aunque la casa de Orange no dirigiese ya el gobierno desde principios del siglo, no cesaba de intrigar y tener gran influencia en los asuntos públicos. Sus partidarios, que eran en gran número, hacian la oposicion al gobierno: comenzaron á decir que queria sacrificar el ejército de tierra á la marina; y habiéndose reunido muchos de ellos en Terweere, ciudad que habia permanecido independiente, obligaron al burgomaestre á proponer por estatuder y capitan general al príncipe de Orange. Habiendo sido aprobada esta eleccion por la ciudad, pasó la proposicion á los Estados de la provincia; y pronto Guillermo IV (1747), sostenido por tropas austriacas é inglesas, fué proclamado *estatuder general*, empleo hereditario aun en las mujeres, y al cual se reunió el del gobernador de las islas orientales. Príncipe virtuoso, favoreció lo que era el alma de su pais, es decir, las manufacturas y el comercio, sin descuidar las ciencias y las artes, siendo un hombre instruido. Generoso y tolerante, tuvo un gran poder porque era amado, pero gozó poco de él.

Guillermo V.—Sucedióle Guillermo V, su hijo (1751), á la edad de tres años, bajo la tutela de Ana, su viuda, é hija de Jorge II de Inglaterra. Secundada aquella princesa por el duque Luis Ernesto de Brunswick, feld-mariscal de la república, continuó las reformas comenzadas por su marido; se mantuvo neutral en la vergonzosa guerra de los Siete Años; se aprovechó de la decadencia de la marina francesa, protegió las ciencias, y reunió en la sociedad de Harlem los esfuerzos diseminados, á los cuales no habia faltado hasta entonces más que proteccion. Cuando murió, el duque Luis quedó de tutor del jóven príncipe; y llegado Guillermo V á la mayor edad, le suplicó le ayudase con sus consejos. Pero ya habia comenzado la decadencia absoluta de la república. El comercio disminuia á pesar de los esfuerzos del gobierno, y la pesca del arenque se habia hecho muy poco productiva.

Los filósofos franceses encontraban tantos partidarios en Holanda, que Luis de Brunswick se creyó precisado á restringir la libertad de la prensa: prohibió el *Emilio*, de Rousseau, mandando además

(1) Véase tomo VIII, al final del capítulo 22.

que las obras de los protestantes, relativas á la religion, debian ser aprobadas por la universidad de Leida. Otras agitaciones promovian tambien en el pais los jansenistas que se habian refugiado en él, y tenian un enérgico campeon en el célebre Quesnel. La iglesia de Utrecht, en particular, se dejó llevar por aquellos sectarios; todo el capítulo habia apelado contra la bula *Unigenitus*, y se hacia ordenar á los sacerdotes por obispos de aquella opinion.

Desde la reforma se habia desempeñado en Utrecht la jurisdiccion por vicarios apostólicos: eligióse entonces un arzobispo sin observar las formas regulares. Quejóse de ello Roma, y como no se la escuchó, resultó un verdadero cisma, que fué sostenido por el célebre jurisconsulto Van-Espen, que no se ha resuelto aun en nuestros dias.

La mayor parte de las ciudades estaban gobernadas aristocráticamente. En Amsterdam, el consejo se componia de treinta y seis miembros y doce burgomaestres, que desempeñaban las funciones de cuatro en cuatro, dirigiendo la hacienda, y nombrando para los empleos. El consejo presentaba catorce candidatos al estatuder, que elegia entre aquel número á nueve regidores para administrar la justicia; y la apelacion de sus decisiones era al tribunal de Holanda, en el que tomaban asiento ocho diputados holandeses y tres zelandeses. Los Estados de Holanda, presididos por el gran pensionario, se componian de los diputados de las diez y ocho ciudades y de diez diputados de la nobleza, que no tenian más que un solo voto colectivo: la nobleza de la provincia de Zelanda estaba representada por el príncipe de Orange, las ciudades por los diputados. Güeldres se componia de la confederacion de las ciudades de Arnhein, de Zutphen y Nimega. Cinco ciudades tenian derecho á votar en la asamblea provincial de Utrecht, y la nobleza comprendia todos los propietarios. En la Frisa, cada bailío tenia por representante á un noble y á un rico vecino; en el Over-Issel, todo propietario de una tierra noble que valiese veinte y cinco mil florines, tenia asiento en los Estados. Los diputados de las siete provincias formaban la asamblea de los Estados Generales y el consejo de Estado. La soberania no residia en los primeros, sino en las asambleas provinciales; el consejo de Estado tenia el poder ejecutivo. El estatuder debia ser protestante, y apoyándose éste en los ingleses, así como los Estados generales en la Francia, resultaban dos facciones que se contrariaban. Cuando se aseguró la paz con el tratado de las Barreras, se disminuyó el ejército; y como se pensó que permaneciendo en adelante la Inglaterra aliada de la Holanda, era inútil mantener una escuadra, cayó en un estado deplorable. Por esto se decia que la Holanda podia pagar todos los ejércitos de Europa, y no resistir á ninguno.

Durante los diez primeros años, Guillermo V marchó de acuerdo con los Estados Generales; pero pronto se vió volver á presentarse el partido llamado de Lovenstein y de Wit, que trasformado segun las ideas del momento, y adoptando el título de patriota, trataba con la máscara de la filosofia de destruir la casa de Orange. A este partido pertenecian los grandes negociantes y los *mennonistas*, especie de anabaptistas de una devocion escesiva, de una humildad afectada, y los *descontentos*, cuyo número se habia aumentado con todos aquellos que en vano habian esperado obtener del rey empleos y recompensas. La multitud los secundaba porque gritaban mucho.

Los oligarcas que gobernaban las ciudades, y cuya revolucion de 1747 habia restringido los poderes, la veian con malos ojos. Los orangistas no estaban satisfechos con ver á Guillermo favorecer con preferencia á sus antiguos adversarios, con la esperanza de ganarlos á su partido. Por otra parte los príncipes de Orange sufrian, como parientes de la familia real de Inglaterra, de los odios que recaian sobre ella, ó del favor de que gozaban. Cuando estalló la guerra de América, el pais se dividió en dos partidos: los patriotas pedian el aumento de las fuerzas marítimas para proteger al comercio contra los ingleses; los orangistas querian ejércitos de tierra, para proporcionar á los ingleses los socorros que estaban obligados á prestarles; y tanto se hizo, que Inglaterra contestó á la solicitud de neutralidad con una declaracion de guerra á Holanda.

Terrible fué el golpe para los orangistas, que se habian dedicado siempre á mantener la paz. La *asamblea de los regentes patrióticos* redactó un proyecto de reforma, segun el cual debian conservarse los Estados y el estatuder, atribuyendo á los primeros la plena soberania con una independencia absoluta, y la direccion del ejército, al paso que el estatuder, escluido de las asambleas, es decir, del gobierno, no tenia que nombrar ni los empleados públicos ni los oficiales superiores de las tropas. Conforme á este proyecto se establecieron *compañías francas* de ciudadanos, se separó á todo católico del gobierno, y se difundieron calumnias y libelos. La irritacion de los holandeses llegó á su colmo, cuando vieron desorganizada la marina en el momento en que estallaba la guerra con la Inglaterra. Renovaron entonces sus antiguos prodigios, y armaron catorce navíos de línea, diez y ocho fragatas, que contenian mil doscientas ochenta bocas de fuego y ocho mil hombres, que en catorce meses costaron más de cuatrocientos mil florines. Manifestaron aun en la batalla de Doggerbank un heroico valor (5 agosto de 1781). Al mismo tiempo se entregaban á un comercio muy activo, hasta tal grado, que en 1780 dos mil quinientos de sus navíos pasaron el Sund, de donde las potencias del Norte rechazaban á todo corsario y á todo buque de guerra.

Pero la Inglaterra era muy superior. La pequeña isla de San Eustaquio, depósito de mercancias de todas las naciones, que se cambiaban en ella, era de gran importancia para la Holanda, y se encon-

traba allí, sólo de mercancias holandesas, sobre 16 millones de florines, además de cuarenta buques ricamente cargados. Presentóse á su vista Rodney, y la precisó á rendirse. Hizo lo mismo en Surinam, Demerary, y en las demás islas ricas en géneros coloniales, capturó además muchos buques, y se apoderó de los establecimientos del Malabar y de Coromandel. En vano se alentaba á los particulares con grandes primas á fin de que se armasen en corso; en lugar de obrar, se disputaba. Las desgraciadas empresas hechas en las islas orientales manifestaron la debilidad de la Holanda; después en la paz que se concluyó por la mediacion de la Rusia, los ingleses le restituyeron sus posesiones, pero después de haber causado á sus comerciantes un inmenso perjuicio, y obligado á la república á dejar el comercio libre con sus colonias (2).

Otras desgracias se añadieron á éstas. Exasperados los negros de la colonia de Berbice por los crueles tratamientos, se habian rebelado varias veces; en fin, se arrojaron sobre los habitantes con el furor á que determinan los grandes sufrimientos, y no se pudo volver á sujetarlos sino á costa de mucha sangre, y cuya consecuencia fueron grandes quiebras que acabaron con el crédito.

Después de haber escapado á los esfuerzos de temibles enemigos, los holandeses se vieron espuestos á sucumbir á un desastre natural. Veian los diques que defendian su existencia romperse de cuando en cuando, y ocasionar perjuicios y gastos incalculables. Pero hácia el año de 1730 notaron que un gusanillo desconocido y que habia sido traido de Oriente por los barcos, roia los pilotes; y como no se les ocurria ningun remedio para ello, temian que el mar volviese á conquistar el terreno que le disputaban. Conjuraron, sin embargo, aquel peligro, cambiando su sistema de construccion; y los diques, que se hicieron desde entonces de piedra, pudieron proteger las estacadas y romper el choque de las olas. La sociedad de Harlem propuso diferentes veces, como asunto de concurso, el medio de tapar las hendeduras que de cuando en cuando se formaban en los diques, y su celo le valió el título de Academia nacional de las Indias. Hubo otros desastres naturales, sobre todo en 1760 por temblores de tierra, incendios, roturas de diques; una terrible tempestad rompió los vidrios pintados por Gonda, lo cual fué una irreparable pérdida para el arte. En 1770 una terrible epizootia diezmó los rebaños; en el año siguiente, el fuego destruyó el colegio del almirantazgo en Harlingen, después el teatro de Amsterdam con el barrio próximo, y en 1774 el mar inundó á La Haya.

Entristecidos los ánimos se declaraban en contra del gobierno. Hasta entonces la oposicion se habia compuesto de aristócratas; luego los mismos demócratas ataron el poder de los magistrados, y quisieron hacer más popular el gobierno; la Francia los sostuvo para destruir la influencia inglesa. Guillermo V insistia en reponer la marina y poner las fortalezas en estado de defensa: pedia en su consecuencia dinero; pero las dilaciones propias de aquel gobierno y de la nacion, como tambien la mala disposicion de los ánimos, hacian que nada se determinara. El pueblo gritaba contra la traicion, y hacia el cargo al statuder de haber descuidado el aumento de la marina en connivencia con la Inglaterra. Pretendióse, pues, derribarle, y se dedicaron á atacar al duque de Brunswick, su brazo derecho. Su severidad en la disciplina y en la jurisdiccion militar le habian producido enemigos. Su preponderante influencia sobre el ánimo de su pupilo habia aumentado la envidia que escitaba. Algunos burgomaestres propusieron al estatuder reemplazar al duque, cuyo destierro pedia la opinion pública, con una comision permanente de dos diputados por cada Estado. En vano se mostró indignado Guillermo; en vano las indagaciones provocadas por el mismo duque demostraron su inocencia: se vió precisado á abandonar el pais, sin que los periódicos cesasen por esto de incomodarle. El príncipe de Orange presentó á los Estados Generales una *primera memoria*, en la cual hacia presente con energia y sencillez la condicion del pais, y todo lo que habia hecho para reponer la marina y evitar la guerra. Pedia que las leyes le pusiesen al abrigo de los calumniosos ataques y de los incesantes escándalos que ponian trabas á toda buena medida, á fin de que el estatuder no fuese el único en el pais que se hubiese obligado á sufrir inpunemente las injurias.

Federico II interpuso muchas veces su mediacion para reconciliar á las facciones, y sostener al estatuder, pero los innovadores contaban con la Francia, que les prometia impedir la intervencion de otras potencias. Los periódicos se desencadenaban con un furor siempre en aumento; las sociedades secretas se multiplicaban, los *cuerpos francos* de los ciudadanos armados, que debian sostener las pretensiones de los patriotas, se componian en gran parte de enemigos del príncipe de Orange, y se ejercitaban sin cesar en el manejo de las armas: todos los dias tenian nuevas exigencias y continuas querellas con las guarniciones. Los setenta y seis regentes formaron una confederacion cuyo principal objeto era atender á los males de la patria, restablecer el verdadero gobierno republicano y la religion reformada.

En medio de tantos movimientos, se paralizó completamente la autoridad del statuder. Algunos desórdenes, nacidos en la provincia de Utrecht de resultas de la pretension de aquella ciudad de nombrar los cuerpos municipales, fueron imitados en otras partes y dieron impulso á la guerra civil; habiendo querido después Guillermo restablecer el

---

(2) P. J. Dubois.—*Vida de los gobernadores generales, con el compendio de la historia de los establecimientos holandeses en las Indias orientales.* La Haya, 1763.

Dirk Van Hogendorf.—*Berigt nan den tegenwoordigen Toestand der Batafsche Bezittinger in Oast-Indien, nan den Handel op dezelve.* Delft, 1789.

órden con la fuerza, los Estados de Holanda le suspendieron del empleo de estatuder ó capitan general de su provincia, aunque, segun su constitucion, fuese inamovible y soberano. Tan limitada se encontraba su autoridad, que no podia siquiera aumentar la guarnicion de una fortaleza sin el consentimiento de los Estados. Y sin embargo, estaba rodeado de una pompa real; sus armas ondeaban en las banderas en union de las de la república; sólo á él se le hacian los honores militares en el palacio de los Estados, que era su residencia, y en el cual habia una puerta que sólo se abria para él. Era, pues, difícil que no desease mayor autoridad, tanto más cuanto que tenia en su favor á la muchedumbre. Urdió, pues, una rebelion popular contra los pensionarios; pero se descubrió la trama, y tuvo que retirarse á Güeldres, donde ejerció un poder absoluto, lo que no le impidió encontrar allí una resuelta oposicion.

Federico Guillermo, sucesor de Federico II y cuñado del príncipe de Orange, tenia gran interés en conservar la paz: envió, pues, como mediador con plenos poderes al ministro Gortz, que generalmente era querido (1786), pero le fué imposible reconciliar á los partidos. Hasta se dió una verdadera batalla en Amsterdam. El gabinete de Versalles fomentó las esperanzas de los republicanos, que, poniendo á la cabeza de las tropas al general Van-Russel, arrebataron aun al estatuder esta porcion de su autoridad. La Holanda armó y extendió un cordon á lo largo de sus fronteras, bajo el mando del rhingrave Federico de Salm. En fin, Guillermo fué declarado depuesto de las funciones del estatuder y de almirante general. Su mujer, que le habia alentado á la resistencia, resolvió dirigirse en persona á La Haya con la esperanza de obtener con su presencia que se devolviese la autoridad á su marido. Pero, al llegar á la frontera, fué rechazada bajo escolta. Era aquélla una afrenta inaudita, por lo que pidió venganza al rey de Prusia, su hermano, que, no habiendo obtenido satisfaccion declaró la guerra á la república. Los prusianos se arrojaron con impetuosidad sobre el territorio de la Union. Los republicanos se encontraron incapaces de resistir á la invasion extranjera; el rhingrave de Salm, faltándole lealtad y valor, dejó se apoderasen de Utrecht y de la Haya; una estremada sequía hizo inútil el rompimiento de los diques, y los prusianos terminaron en tres semanas la conquista de un pais que los españoles no habian podido someter en ochenta años, y Luis el Grande en varias campañas. Reducida tambien Amsterdam á capitular, se reunieron los Estados Generales, que derogaron los decretos dados contra el príncipe de Orange, á quien se restableció; pero no obtuvo el acrecentamiento de autoridad, consecuencia de las revoluciones abortadas, pero se mostró moderado: con respecto al rey de Prusia, ni siquiera exigió sus gastos. Pero hizo alianza con la república y con Inglaterra; de lo que resultó que después de haber intrigado en vano la Francia, perdió vergonzosamente las arterías y el dinero que habia gastado en adquirir preponderancia en la Holanda.

CAPÍTULO XXVII

CONFEDERACION HELVÉTICA.

Después de haber sido reconocida la Suiza por la paz de Westfalia, habia permanecido tranquila, sin que cambiasen sus fronteras. Si todas las confederaciones son débiles en su mútua union, escepto en el caso del peligro, es esto mucho más cierto con respecto á la confederacion helvética, á la que se deben añadir los disentimientos religiosos y la comun dominacion sobre ciertas adquisiciones antiguas. Dominando los cantones alternativamente sobre aquellos paises, favorecian sucesivamente á sus correligionarios, y se acusaban recíprocamente de injusticia y abuso. Parecia á los católicos que Berna y Zurich se unian, con detrimento suyo, á la Holanda y á la Inglaterra; los reformados hacian el cargo á los católicos de verificar la liga Borromeo, y de su amistad con la España y la Saboya. A tal grado llegaron las cosas, que Zurich y Berna empuñaron las armas contra los cantones católicos; pero aquella guerra se terminó por medio de un mediador.

Los suizos no poseen, como los demás reformados, un libro simbólico que les sea propio; y la primera confesion helvética, en 1536, no tenia ya valor desde que Calvino habia hecho prevalecer el dogma de la predestinacion. Todos los calvinistas de Francia se atenian á este dogma. Pero como desagradaba á muchos, Moisés Amyraut, ministro de Saumur, escribió la defensa de Calvino, modificando de tal manera la doctrina de la predestinacion, que no diferia casi de la gracia universal de Lutero. Disputóse mucho en Francia entre los reformados; sin embargo, fué aceptada, y se estendió de allí á Suiza. Los ortodoxos de aquel pais no quisieron oponerse á ella; y los gobiernos de Zurich, Basilea y Ginebra adoptaron un libro simbólico (1) en veinte y seis artículos, en los que están condenadas las doctrinas de Amyraut y las del suizo Luis Cappel, que pretendia que los puntos diacríticos en la escritura hebrea eran de orígen reciente. Los reformados alemanes protestaron (1679). De aquí odios y persecuciones. Berna estableció su tribunal de religion para vigilar sobre las creencias y las costumbres de los ciudadanos, sin descuidar las prisiones y los destierros; en una palabra, era una inquisicion. Sólo el tiempo pudo apaciguar los ánimos; y poco á poco el *Consensus* fué considerado como una fórmula, no de fe, sino de doctrina.

El territorio de Togenburgo causó otra guerra contra el abad de San Galo, que, sostenido por el Imperio, pretendia ejercer allí una autoridad despótica: aquella guerra continuó con mucha crueldad hasta 1718, y fué la última lucha religiosa. Ya se habian apaciguado las disensiones por el tratado de Aarau, que concedió la libertad de cultos (1712). La paz pública, estipulada en Baden, arregló todo lo concerniente á las posesiones comunes, ora bajo el aspecto del derecho civil, ora bajo el de los asuntos religiosos. Después de la revocacion del edicto de Nantes, y más tarde en la época de las persecuciones de Luis XV, gran número de reformados se habian refugiado en Suiza, donde introdujeron su industria. Comenzaron el cultivo de la vid en el pais de Valdo, y los alrededores de Vevey les deben sus risueños ter-

(1) *Formula consensus ecclesiarum helveticarum reformæ circa doctrinam de gratia universali et connexa, aliaque nonnulla capita.*

raplenes. Establecieron en Lausana un seminario sostenido por varias potencias protestantes. Desde entonces continúa el equilibrio entre los diversos cultos; pero mientras la gente educada se dejaba invadir por el filosofismo, el pueblo ignorante conservaba una devocion no exenta de supersticiones.

Cuando Luis XIV invadió el Franco-Condado (1668), los cantones determinaron el contingente que cada uno de ellos debia proporcionar, en caso de peligro; comprendia entre todos noventa y tres mil hombres, divididos en tres cuerpos de ejército. Entre tanto los cantones arreglaban ó alteraban su constitucion interior. Los patricios dominaban en Lucerna, Berna, Friburgo y Soleura; la alta ciudadania ó las familias en Zurich, Basilea, Schaffhausen, Ginebra y San Galo, teniendo subyugados los campos, y hasta en los cantones democráticos habia una nobleza, procedente de servicios prestados y hereditaria, pero sin privilegios legales.

Los señores gobernaban sabia y arbitrariamente, á la vez que las ciudades tiranizaban á los habitantes de los campos, ilotas á los que no concedian otro derecho que el de trabajar y pagar. Arrogantes y ambiciosos bailíos castigaban sus menores faltas con crueldad, y los aniquilaban á fuerza de multas. Si reclamaban, los magistrados eran sostenidos en los consejos y en los tribunales por sus parientes y por todos los nobles, y su impunidad alentaba á los subalternos. En 1653, los aldeanos comenzaron á clamar contra los impuestos, contra el precio de la sal, y contra la disminucion de valor de las monedas gastadas. Los del canton de Lucerna fueron los primeros que tomaron las armas, después los de Berna, Soleura y Basilea, y así como en otro tiempo los condes y los señores se habian libertado del poder imperial para adquirir el dominio hereditario de su territorio, y las grandes ciudades se habian sustraido á la autoridad de los condes, del mismo modo los aldeanos querian sacudir el yugo de las ciudades, y obtener igual libertad. Su tentativa era intempestiva, y se vieron precisados, tanto por las armas como por los suplicios, á someterse de nuevo, sin embargo se introdujeren algunas mejoras.

Veíanse en la confederacion ejemplos de todas las clases de gobierno, de democracia absoluta en Schwytz, de estrecha aristocracia en Berna, de oligarquia en Lucena, de monarquia constitucional en Neufchatel, de poder teocrático en Porentru; de todas las combinaciones municipales en Basilea, Zurich, Ginebra y San Gal; y de la caprichosa agitacion de las facciones de la Edad Media entre los grisones, distribuidos en ciento cincuenta repúblicas rurales, no conexionadas entre sí, sino por los partidos de los Plantas y de los Salis. Tambien se veian todos los grados de dependencia en los paises sometidos, en los cuales dominaban alternativamente los partidos.

En 1481 se verificó la primera dieta, á la que todos los cantones enviaron diputados. Decidióse después que se reuniria todos los años y que se haria la convocatoria en Zurich. Reunióse primero en Baden en Argovia, y el año de 1712 en Frauenfeld en Turgovia; cada canton mandaba dos diputados.

En medio de las guerras de gabinete que fueron para la Europa una causa de abyeccion más bien que de ruina, la moderacion de los jefes helvéticos supo resistir á las intrigas de los reyes, que querian arrastrar á la Suiza en sus contiendas. El pais mejoró entonces; y sin contar las artes y la industria, fué patria de hombres notables, tales como Rousseau, Bodmer, Hottingler, Steinbückel, Bernulli, Euler, matemático, el astrónomo Lambert, los naturalistas Saussure y Bonnet, los médicos Hallez, Tissot y Zimmermann, el historiador Müller, Lavater, cuyas teorias sobre la fisonomia han sido ya olvidadas, pero no sucede lo mismo con sus himnos patrióticos en el pueblo; y Gesnner, que pintando la tranquilidad pastoril, encantó á las imaginaciones.

La Suiza no era sin embargo el pais poético de la franca libertad: el amor á las riquezas y al poder habia invadido los corazones de sus habitantes. Adulando á los extranjeros, y sirviéndolos no sólo con las armas (2), sino tambien con las intrigas, trataban de adquirir títulos, condecoraciones y collares. Alimentando los pequeños cantones rencores contra los que eran ricos y predominaban, pensaban fortificarse con alianzas extranjeras, y los embajadores de las potencias fomentaban los odios entre hermanos. Humildes los suizos fuera de su pais, eran orgullosos en él. Un corto número de oligarcas dominaban sobre una despreciada multitud, y un imprevisor egoismo les hacia preferir el canton á todo el pais, y su clase al canton.

Al mismo tiempo, pues, que los grandes no eran menos serviles que los de las monarquias, el pueblo se encontraba mucho peor. Nadie se cuidaba de la educacion, ni de las necesidades que se dejaban sentir. No se permitia á los súbditos elevarse con la instruccion al nivel de aquellos que dominaban, ni ocupar los empleos civiles, militares ó religiosos. Hasta la industria y el comercio estaban prohibidos en algunas localidades, en atencion, decian, á que era el privilegio de las grandes ciudades. La libertad de la prensa asustaba á los gobernantes, y en su consecuencia, el silencio que se guardaba sobre los asuntos del pais, impedia que se formase un espíritu público. Así es que, aunque los suizos habian permanecido ochenta años sin guerras intestinas, la tranquilidad se habia visto con frecuencia turbada por los odios interiores siempre renacientes, aunque sin objeto elevado, pero en detrimento de su dignidad con respecto al extranjero.

---

(2) La Suiza tenia millon y medio de habitantes, de los cuales una tercera parte pertenecia á los cantones de Berna y Zurich. Treinta y ocho mil de ellos permanecian por espacio de cuatro años al servicio del extranjero.

No mencionaremos sino algunas de estas diferencias. En el canton de Zug, la familia de Zurlauben ocupaban hacia dos siglos las principales dignidades, gracias al dinero que la Francia distribuia de regalo por su mediacion, y que ella concedia sólo á un corto número de personas, en lugar de repartirlo entre todos los ciudadanos. Resultó de ahí el descontento, y el partido que se llamaba de los *afables*, encontró oposicion en el de los *rudos*. Sostenidos estos últimos por el Austria, y teniendo á su cabeza á Antonio Schumacher, vencieron á sus rivales, rompieron la alianza con la Francia, y persiguieron á aquellos que les eran favorables. Estos rigores desagradaron, lo que devolvió pronto á los Zurlauben su influencia, y se continuaron aceptando las innobles gratificaciones de Francia.

Dos partidos agitaban el canton de Appenzell con los mismos nombres de que hemos hecho mencion: de los doce distritos de aquel canton, los que se encontraban situados al pié de los Alpes seguian el culto católico; los demás, en las dos orillas del Sitter, profesaban la religion reformada: existia, pues, enemistad entre los miembros de un mismo cuerpo.

En Berna, la reforma habia enriquecido al Estado concediéndole los bienes del clero; el patriciado fué, pues, allí más poderoso, y más ambicioso, resultando una ansiosa envidia: todos procuraban elevarse, intrigar y sacrificar el interés público al de la familia; y los grandes no se cuidaban sino de sujetar al pueblo con la obediencia, el pensamiento con la censura, y la vida con el espionaje. Es cierto que, como las demás tiranias, ésta favorecia los progresos materiales, la agricultura y la industria; pero como ellas tambien, no queria que se pensase en ello. Haller y Bonstetten no entraron en el senado; aquellos cuyo genio amenazaba eclipsar á sus compatriotas, tuvieron que ir á brillar á otra parte. Tschiffelli, que fundó en Berna la *Sociedad económica*, encontró obstinadas contradicciones, y hasta á la universidad se la fué dejando perecer. Una conjuracion que tenia por objeto estirpar la oligarquia, costó la vida á Henzel, que la habia urdido (1749).

Suscitáronse tambien diferencias en Friburgo entre la clase media y la aristocracia, que habia circunscrito á un corto número de familias el derecho de tomar parte en los consejos *secretos*. Los aldeanos de Gruyères marcharon armados contra la ciudad; pero Berna los apaciguó (1784).

Además de los trece *loables cantones*, la Suiza tenia diez aliados, á saber: la abadia de San Galo, la ciudad del mismo nombre, separada de la anterior por una muralla, el Valés, el principado de Neufchatel, las ciudades de Vienne y Mulhausen, las tres ligas grisonas y la república de Ginebra.

Después de haber pertenecido el principado de Neufchatel á la Borgoña, luego al Imperio y á las casas de Chalons, Hochberg y Longueville, cupo en herencia á Federico I, rey de Prusia, que juró respetar sus leyes y sus costumbres; era una de ellas la que concedia á la ciudad el derecho de percibir los impuestos y rentas del príncipe en todo el pais. Sin embargo, Federico II los arrendó en 1748. Desagradó esto á los habitantes, pero aun causó mayor disgusto el que Federico II quisiese introducir en el pais, en 1766, un solo medio de recaudacion. Los ciudadanos declararon entonces depuesto de sus derechos de ciudadano á todo el que pretendiese ó participase del arriendo. El comisario real protestó, y pidió que se redactase un código para arreglar los derechos recíprocos; vióse entonces un nuevo espectáculo, y fué el de un gran rey discutiendo con sus súbditos ante un tribunal de canton, y fué elegido como juez el de Berna. Pero habiendo ganado el rey su causa, los ciudadanos se sublevaron tumultuosamente; y habiendo hecho fuego sobre la muchedumbre desde sus ventanas, Gaudot, procurador general, fué asesinado. Pronto comenzó la reaccion: varios fueron sentenciados á muerte, otros á destierro, y todos desarmados. En fin, se restituyó el arriendo del impuesto á la ciudad, se garantizó la constitucion, se declaró la caza libre, se mejoraron las leyes en favor del pueblo, y se estableció una asamblea al comun, sin cuyo parecer no podia verificarse ningun cambio.

Entre los grisones, aliados de los suizos, la influencia habia sido siempre disputada entre los Planta y los Salis. Logrando vencer estos últimos, se habian apoderado de los empleos, de los arriendos, de los derechos, del mando de las tropas al servicio del extranjero y de las magistraturas de la subyugada Valtelina. Queriendo los Planta arrebatarles aquella supremacia, hicieron ascender á 60,000 florines el arriendo de los portazgos, cuando se sacaron á subasta; solicitaron de las potencias extranjeras que los ascensos de los oficiales fuesen por antigüedad, y acusaron á los magistrados de venalidad. Resultaron de esto escándalos y animosidades. La irritacion llegó á su colmo, cuando el Austria, violando el derecho público, hizo poner preso, de acuerdo con los Planta, ó gracias á su connivencia, á Semonville, embajador de la república francesa en el territorio grison.

En Ginebra, los miembros de la república estaban repartidos en cuatro clases: los simples *habitantes* sin ningun privilegio, todos protestantes; los *naturales*, que no podian aspirar á ningun empleo público ni á hacer el comercio; los *villanos*, que tenian parte en el gobierno y en la legislacion, pero no en los primeros empleos; y por último, los *ciudadanos*. Habia además los *súbditos extranjeros* que habitaban el territorio, pero sin tener parte en los derechos de ciudadania.

La república habia aumentado su poder con la paz y la industria; pero los enriquecidos afectaban la superioridad, y la clase inferior que se habia civilizado, los soportaba con trabajo, lo que hacia se contrariasen alternativamente. Los franceses refugiados en el pais después de la revocacion del edicto de Nantes, contribuyeron á atizar el fuego.

Habiéndose puesto el abogado Fazio y un tal Lachesne á la cabeza del pueblo, pidieron que las leyes, de que no se tenia á veces conocimiento sino por las sentencias que se daban, se promulgasen por medio de la prensa; que no se votase de viva voz, sino con bolas; que el derecho de presentar al consejo de los doscientos los miembros que se habian de elegir se quitase á los veinte y cinco, y que no pudiesen tomar asiento en aquel consejo más de tres miembros de una misma familia. Viéronse obligados á condescender á aquellas exigencias; y se añadió que ninguna ley seria ejecutoria sin la aprobacion del consejo general que debia reunirse cada cinco años. Convencidos Lachesne y Fazio de haber conspirado, fueron sentenciados á muerte (1707). Habiéndose reanimado las turbulencias, se abolió el edicto de 1570 (1738), y otro nuevo *edicto de pacificacion* conservó los derechos del pueblo sin atacar las leyes.

Ginebra en la paz fué entonces, por su industria, una de las ciudades más ricas del continente. Bonnet, Burlamachi y Rousseau eran nombres gloriosos para el pais. Voltaire, que habitaba en las cercanías de Ferney, atraia á los curiosos de toda la Europa: las revoluciones suizas de que se burlaba eran, decia, «tempestades en un vaso de agua;» y para contrariar el rigorismo calvinista, construia un teatro á dos pasos de Ginebra.

La prosperidad aumentó el lujo, tambien aumentó la arrogancia de los consejos, y tiranizada la plebe, no cesaba de hacer oir sus quejas. Las *Cartas de la Montaña* (1764), escritas por Juan Jacobo Rousseau, hicieron estallar el incendio, que se ocultaba hacia tanto tiempo, proclamando que la soberania del pueblo es inenajenable é imprescriptible, de manera que puede, siempre que la acomode, desposeer de ella á aquellos á quienes la ha confiado. Aplicando los ginebrinos aquella doctrina al caso actual, decian que los consejos no eran soberanos con respecto á la asamblea de los ciudadanos, sino que la autoridad de los consejos pertenecia absolutamente á los ciudadanos, es decir, á los mil cuatrocientos individuos que eran los únicos que gozaban plenamente de los derechos de ciudadania.

Los vecinos nombraron, pues, algunos de ellos para que hiciesen sus *representaciones* al consejo, y le obligasen á que las pasasen á la asamblea general, á fin de que ésta hiciese justicia. Los nobles *negaban* que la asamblea tuviese ninguna jurisdiccion sobre el pequeño consejo, y los nombres de *representantes* y *negativos* fueron denominaciones de partido. La sentencia por contumacia que el gran consejo pronunció contra Rousseau, aumentó aun más la irritacion de los ánimos. Se predicaban en los *círculos* las máximas que agitaban después las asambleas y las elecciones. La Francia y los cantones de Berna y Zurich se interpusieron como mediadores, pero no habiendo tenido éxito su tentativa, estableció la Francia un cordon militar que perjudicó mucho á la industria; se propuso tambien fundar en Versoix una ciudad que debia arrebatar á Ginebra su comercio, pero los ginebrinos empuñaron las armas, y la Francia se vió precisada á dejarlos arreglarse solos.

Después de nuevas agitaciones (1768), convinieron en un gobierno democrático, y prometieron un código. Pero era muy difícil el hacerlo, en atencion á que ciertas leyes antiguas eran muy oscuras, y otras estaban dictadas por un riguroso calvinismo que hubiera producido disensiones; además, tenia en su contra á los *representantes*, que atraia á su partido á los *naturales*, artesanos en su mayor parte, nacidos de refugiados franceses, y sin más derecho que el de ridiculizar á sus tiranos. Habiendo enseñado la esperiencia á los *representantes* la fuerza que da la union, formaron círculos y asociaciones, en las que se obligaban á seguir la opinion del jefe: era su proyecto introducir una democracia completa, hasta tal grado, que la Francia concibió recelos, é intervino como mediadora. Pero pareció que se atacaba la independencia del pais, y la Francia tuvo al fin que renunciar á su mediacion. Entonces estallaron las disensiones con más fuerza (1782); hasta corrió la sangre, y se estableció un *comité de seguridad*. La Francia, que habia renovado su alianza con la Suiza en 1777, para la recíproca defensa de ambos paises, pensó en tranquilizar los partidos de otra manera que con exhortaciones. Entendióse al efecto, con la Saboya y con Berna; y habiendo ocupado á Ginebra, estableció en ella un gobierno conforme al reglamento de 1738, sosteniendo á los *negativos* y humillando á la democracia, hasta tal grado, que apenas quinientos ciudadanos tenian el derecho de sufragio, y que los demás, reducidos á un forzado silencio, fueron además desarmados. Pero pronto aquella dura tirania produjo una sangrienta reaccion.

La condicion de los paises avasallados era aun más penosa, pues la dominacion de las repúblicas es siempre de las más deplorables. Argovia y el pais de Valdo dependian de Berna, que dominaba tambien, en union de Zurich, en el condado de Baden y en el Rapperschwill, con Friburgo, en los cuatro bailíos del lado de la Francia; con Zurich y Glaris, en los *oficios libres* del Norte, mientras que la parte del Mediodia dependia de los ocho cantones. Estos poseian tambien la Turgovia y el condado de Sargans, además del Rheinthal que dividian con Appenzell. En la vertiente meridional de los Alpes, el canton de Uri daba leyes á la Levantina; Uri, Schwitz y Unterwal, á la Ribera y á la Bellinzona, los doce cantones juntos, á Lugano, Locarno y Valmaggia; la Valtellina obedecia á los grisones.

Eran paises pobres, entregados á merced de ignorantes magistrados, que habiendo comprado su empleo, no pensaban sino en indemnizarse con usura; lo que llamaban entre ellos, haber hecho un buen gobierno. Lo más frecuente era que el bailío comprase su empleo á sus conciudadanos; luego le

volvia á vender á alguno de los súbditos, y después de haber ganado bastante, se volvia á su casa con la bolsa bien provista y además el título (3). De aquí procedió una justicia venal, tolerancia en los escesos, y lo que es aun más, venderse la impunidad en los futuros desafueros. La Levantina, que se atrevió á sublevarse (1775), fué castigada con severas ejecuciones y con la pérdida de sus privilegios. En la Valtellina, todo delito podia rescatarse con dinero, escepto el homicidio probado (4). Pero como los procesos producian dinero, no contentos los podestás con buscar los delitos, procuraban hacerlos cometer: al efecto, mantenian á desgraciadas criaturas para seducir á algun galan, y acusarle después; escitaban á las sublevaciones, á fin de tener de esta manera un pretexto para las confiscaciones (5).

Encontrábase, pues, el pais lleno de descontentos; habia cesado toda confianza entre el gobierno y los súbditos; no existia ningun espíritu público, ninguna grandeza en las intenciones, ningun patriotismo, pues se consideraba como extranjero, no sólo al que vivia fuera de los límites del canton, sino al mismo aldeano, y hasta al vecino de la ciudad. Zimmermann describe en estos términos el orgullo de las pequeñas ciudades aristocráticas de la Suiza: «Las cabezas son allí tan vacias como las calles... Un horrible fastidio es el patrimonio de las personas de clase, que creen su compañia demasiado honrosa para la clase media... No hay ningun punto en que pese sobre las personas una tirania más odiosa que en aquellas pequeñas repúblicas, en las que no sólo un ciudadano se erige en dueño y señor de sus conciudadanos, sino que tambien el horizonte intelectual de aquel miserable déspota, llega á ser el de toda la ciudad. El omnipotente y pretencioso magistrado la echa de dictador del universo por serlo de su ciudad, y en su pequeñez se tiene por el mayor hombre del mundo. El ciudadano honrado se presenta con temor y trémulo ante aquella terrible majestad, porque puede perjudicarle desde primera instancia. La cólera de un senador es más terrible que el rayo, pues éste hiere y pasa, al paso que la otra permanece siempre. Las mujeres de los consejeros son orgullosas afectan gravedad, gobiernan, mandan, vituperan é injurian á su antojo. De su favor ó disfavor depen de la reputacion, el crédito, la felicidad... Les faltan las palabras para espresar su desden hácia aquel que ha escrito un libro... El mancebo que aspira á adelantar no es protegido, conocido, amado ni admitido en ningun círculo; se le considera como un loco ó un estravagante, que, en lugar de procurar el hacerse agradable á los grandes de su pais, y vivir como todo el mundo, quiere

---

(3) El siguiente es un ejemplar de estos convenios:

«Los infrascritos, considerando nuestra larga y constante amistad, para considerarla más y más, aumentar nuestros intereses y elevar nuestro crédito, hemos establecido el siguiente convenio que ha de ser observado inviolablemente bajo palabra de honor y con el mayor secreto y precaucion que fuere posible.

1.° »Repartir por mitad los beneficios de todos los empleos que se dieren al uno ó al otro en la Valtellina, inclusos el vicariato de 1771, el oficio de tirano de 1774, el de 1773, el gobierno de 1773, el de 1775, las sindicaturas, y finalmente todos los empleos que podamos tener y que nos parezcan convenientes á nuestras miras, para lo cual se deberán hacer siempre las adquisiciones de comun acuerdo.

2.° »Proporcionarse mútuamente las delegaciones *loco dominorum*, los arbitrajes, las remisiones y en suma todas las ocasiones de ganancia que fuere posible, y repartirse los productos por mitad, como tambien los regalos ó presentes que uno ú otro reciba, todo bajo palabra de honor.

3.° »Llevar una cuenta exacta de todo lo que concierne á la presente compañia y formar una general al terminar el tiempo de cada destino, sin perjuicio de repartirse anualmente las utilidades.

4.° »Si hubiere gastos cuyos pormenores no pudieren especificarse enteramente, el uno debe confiar en la honradez y buena fe del otro.

5.° »Cada uno de los dos infrascritos pondrá un fondo destinado á la adquisicion de los objetos de la sociedad, el cual deberá ser empleado segun las circunstancias y como mejor convenga, especialmente en la compra de destinos y para ocurrir á cualquier evento, etc.

6.° »Para que florezca esta sociedad es indispensable que cada uno de los asociados tenga respecto del otro una honradez, una amistad y una confianza ilimitadas; por lo tanto los dos asociados prometen no tener nada secreto el uno para el otro, y ser, por el contrario, impenetrables para todos los demás. Y para evitar toda posibilidad de mala inteligencia entre ellos, se establece que cuando no puedan arreglarse de otro modo, se someta á la suerte la decision de sus diferencias.

»Si uno de los asociados quisiere renunciar al presente convenio, debe advertirlo al otro á lo menos un año antes para que pueda disolverse la sociedad y terminarse la cuenta.

»En fe de lo cual hemos puesto aquí nuestros sellos y firmado de nuestro puño dos copias conformes.

»Brusio 6 de enero de 1770.

PEDRO DE PLANTA DI ZAZIO. GAUDENZIO DE MISANI.»

(4) La siguiente es una carta de seguridad: de estas tambien se daban en blanco.

«Nos... juez de malhechores con mero mixto imperio, y con la autoridad de la espada como de nuestras cartas credenciales, etc

»En virtud de la presente y de cualquiera otra, etc... libramos y absolvemos y damos por libre y absuelto de cualquiera pena pecuniaria ó corporal, ó de cualquier modo aflictiva del cuerpo, en que incurra ó pueda incurrir, al señor... por haber... así como tambien por todas las cosas anexas, conexas, incidentes, emergentes ó en cualquier modo dependientes de las antedichas, librando, anulando, mandando, queriendo, restituyendo, etc.

»Lo cual hemos venido en disponer en virtud de nuestra autoridad con que, etc., y atendida una composicion hecha hoy con nosotros y que nos ha sido pagada en nombre de la cámara Dominical. Dado en... en el palacio de nuestra residencia á...

»Lugar del sello. Firmado N. N. N. N. Canciller.»

(5) En el libro XI de nuestra *Historia de la diócesis de Como*, discurrimos largamente acerca de esto.

mejor leer y emborronar papel en su casa... Cuando ve, pues, que la ignorancia y la orgullosa estupidez alcanzan más estimacion que la sana razon, que la opinion es dirigida por la charlataneria de los hombres más ineptos; cuando observa que se desprecia al que sabe, que se trata á la filosofía de miserable delirio, y á la libertad de espíritu de rebelion; cuando, en fin, conoce que no es posible adelantar sino sujetándose á una complacencia servil y á una humilde sumision, ¿qué le queda que hacer al jóven honrado, sino refugiarse en la soledad?» (6).

Aunque en el resto de Europa se habia cambiado el sistema militar, en Suiza existia aun el antiguo. Muchas veces las personas honradas habian propuesto renovar el pacto federal y restringirle. Hirzel de Zurich, Urso de Lucerna, Zellwerger de Appenzell trataban de estender sus doctrinas y establecer la concordia; pero sus reuniones causaban recelos á los gobiernos, que tenian demasiadas censuras que temer, al paso que no agradaban á los pueblos que creian ver en la pretendida unidad la inminente esclavitud de todos. En todas partes se habian introducido los fracmasones, sobre todo en Ginebra, en Soleura y en el pais de Valdo, lo que dió nacimiento á la sociedad helvética, cuyas sesiones anuales se verificaban en los baños de Schinznach (1761); su objeto declarado era *oponerse al individualismo cantonal*. Pero como las mismas leyes masónicas no conducian á la unidad, fueron después reformadas, fundiéndose la asociacion con la de los *Iluminados* de Alemania; y el grande Oriente, constituido en Ginebra en 1786, adquirió en breve preponderancia sobre la magistratura de aquella sociedad.

La Suiza no se encontraba, pues, de ninguna manera preparada á los movimientos que se hallaban prontos á estallar, ni á las agitaciones producidas por el ejemplo de la Francia, ni á la guerra, cuando toda la Europa afilaba apresuradamente sus armas.

(6) *De la soledad.*

CAPÍTULO XXVIII

ITALIA.

Ambiciones femeninas y cuestiones de herencia trastornaban en aquella época á la pobre Italia, destinada á ser siempre presa de los fuertes.

El tratado de Utrecht habia dado la Cerdeña al emperador Cárlos VI, y la Sicilia, con el título de rey, á Victor Amadeo, duque de Saboya. Después de haber recibido allí la corona este príncipe y haber abierto el parlamento, al que pidió consejos y prodigó promesas, volvió á Turin, dejando en la isla una débil guarnicion y muchos descontentos. Era sobre todo muy mal vista de sus nuevos súbditos, una junta que estableció por sus diferencias con el papa, diferencias de las que ya hemos hablado: y siendo tiránica despojaba á los que no querian obedecer al rey y desobedecer á Roma; hasta pronunciaba sentencias de muerte, de tal manera, que la Italia se llenó pronto de desterrados sicilianos

Pero Isabel de España y Alberoni habian formado proyectos con respecto á aquella isla. Ahora bien, mientras que conspiraban con Victor Amadeo para invadir el Milanesado y el reino de Nápoles, que pertenecian al emperador, atacaron la Cerdeña con una escuadra considerable (1718), se apoderaron de ella, y la gobernaron tan mal como los austriacos; después se dirigieron á Sicilia, con tan imponentes fuerzas navales y tan numerosas tropas de desembarco, que no se hubiera creido á la España nunca en estado de verificar un armamento tan formidable. En todas partes los españoles hicieron proclamar á Felipe, dando por razon el que Victor Amadeo habia violado los privilegios de los silicianos, y en su consecuencia perdido el derecho de reinar sobre ellos.

Entonces se concertaron la Francia, la Inglaterra y la Holanda para determinar á Victor Amadeo á ceder la Sicilia al emperador, y contentarse en cambio con la Cerdeña, de cuya isla tomó su casa el título real. Era, pues, preciso conquistar una y otra. En efecto, la Sicilia fué asolada en una implacable guerra (1), hasta el momento en que la España consintió, por el tratado de Lóndres, en evacuar ambas islas (1720). De esta manera reunió el emperador el ducado de Milan y las Dos Sicilias. Restablecióse en este último pais el tribunal de la monarquia en 1728; y el rey pudo aun tener capilla real, es decir, cubrirse la cabeza recibiendo el incienso durante la misa solemne, juzgar y conceder dispensas en materias eclesiásticas. Pero la dominacion alemana era insoportable á los sicilianos, que la encontraban mezquina en comparacion del esplendor español. Tiránico por su viveza natural y su poco respeto á sus antiguos derechos, conspiraban y se agitaban, sin alcanzar más que cadalsos y la pérdida de sus privilegios.

Pronto se encontró de nuevo trastornada la Italia, por las intrigas de una reina de España. Isabel de Farnesio queria á cualquier precio asegurar un principado á su hijo don Carlos. Habia hecho, pues, insertar, en el tratado de la *Cuádruple alianza* (1728), que «si su tio, heredero presuntivo del ducado de Parma, no dejaba hijos, don Carlos le sucederia.» Esto es lo que aconteció; Roma, que se atribuia la soberania directa sobre Parma, protestó (1731), mas no fué escuchada. Otro Estado iba á quedar vacante, en atencion á que Cosme III, gran duque de Toscana, no podia ya esperar herederos de su hijo Juan Gaston. En vano habia pedido que el senado de Florencia pudiese admitir á

(1) Los hechos de aquella guerra han sido descritos con bastante estension por Burigny, que Bolta se ha limitado á traducir para toda la historia de Sicilia, sin corregir las numerosas inexactitudes que Blasi (Filoctetes) y después Lanza, habian ya señalado.

las mujeres á la herencia, en virtud de la misma autoridad de que él habia usado concediendo el poder á los Médicis; y esto en interés de su hija, casada con el elector palatino. Isabel de Farnesio se entendió con la Francia y la Inglaterra para que se asegurase aquella sucesion á su hijo don Carlos. Cosme consideró esto como una intolerable usurpacion: en efecto, estas dos potencias no tenian ningun derecho á aquel Estado extranjero, y aun el de éste era bien pequeño; pues habiéndose estinguido la familia con la que el pais habia contraido una obligacion, recobraba su independencia y la libertad de disponer de sí mismo. El mismo Cosme lo proclamaba, declarando que la Toscana no tenia ningun lazo feudal con el Imperio, y que su casa la poseia, no por investidura de Carlos Quinto, sino por la eleccion de los cuarenta. Pero la política de la época tenia en consideracion las conveniencias y no los derechos.

Cosme multiplicaba los empleos y los daba en dote á las muchachas, aumentando así las familias que dependian enteramente del gobierno, hasta para la manutencion.

Juan Gaston.—Cuando murió Cosme III en medio de la indignacion pública, su sucesor Juan Gaston (1723) tenia cincuenta y cuatro años, y se hallaba gastado por la licencia; queria más bien continuar sin hacer nada que cuidarse de un pais del que no tenia que aguardar más que un usufructo de poca duracion. Dejándose, pues, dirigir por Julian Dami, su ayuda de cámara y agente de sus placeres, abandonó los negocios á sus ministros, para no pensar más que en procurarse goces sensuales. Tenia muchachos de malas costumbres llamados *ruspantes*, porque eran pagados con un ruspo cada semana; y el pais que habia sido devoto bajo la dominacion del padre, se hizo libertino en tiempo del hijo. Yolanda Beatriz, viuda del hijo mayor de Cosme, animaba la corte de su cuñado, atrayendo á ella afamadas bellezas y á literatos, entre otros al improvisador Bernardino Perfetti, que recibió en Roma la corona de poeta. Restauróse la universidad introduciendo la libre enseñanza, esto es, prescindiendo de la obligacion de atenerse á temas y programas señalados de antemano: se estableció una cátedra de derecho público confiada á Pompeyo Neri y un observatorio dirigido por Tomas Perelli: se restituyó la cátedra de filosofia á Pascasio Giannetti, con el cual enseñaban al mismo tiempo en Pisa, Caraccioli, De Soria, Corsini, Framond, Rallo, Capassi, Fancelli (2), y en el instituto florentino el magistrado Gori, el doctor Lami, Salvini, Targioni y Cocchi: permitióse edificar en Santa Cruz un monumento á Galileo: desde 1729 á 1739 se hizo la cuarta edicion del Diccionario de la Crusca; y el clérigo Antonio Bandini, autor del elogiado *Discurso económico*, pidió autorizacion para extraer las arenas de las marismas.

Si por casualidad Juan Gaston abandonaba la ociosidad, era para oir á los potentados tratar en vida suya de su sucesion. Aun cuando decidieron la cuestion de soberania, pensaron tambien en los bienes alodiales de la familia de Médicis. Los muebles, las joyas, las obras maestras de arte, el fideicomiso de Clemente VII, las adquisiciones procedentes de las economias, del comercio ó de las confiscaciones; las mejoras hechas en los puertos, en los palacios, en las fortalezas; el acrecentamiento de la artilleria, sobre todo, los feudos que los Médicis habian unido al ducado, como los de Pontremoli y la Lunigiana, correspondian, de derecho, como propiedades privadas á la electora palatina. Pero la España ambicionaba tambien aquellos despojos; ahora bien, como oia murmurar la palabra de independencia para la Toscana, estableció guarniciones en sus fortalezas (1731). Juan Gaston se vió obligado á firmar el tratado de Viena (3) que habia dispuesto sin él de sus Estados; no fué, sin embargo, sin protestar formalmente contra semejante ataque á la independencia florentina y con la condicion de que sólo se publicaria á su muerte. El emperador, que ni siquiera habia sido informado de ello, admitió lo que ya se habia hecho á condicion de que no seria inquietado en su otra herencia. De repente llegó don Carlos á Florencia armado (1732); y cuando los vasallos iban, segun costumbre, el dia de San Juan á ofrecer á caballo su homenaje, fué él quien recibió el juramento en lugar del gran duque, como príncipe hereditario.

Francisco II.—Entonces se inundó de tropas españolas la Toscana; pero de repente los que deciden de la suerte de los pueblos cambiaron de idea, y determinaron que se daria aquel pais al duque de Lorena que se encontraba desposeido (1735), en cambio del que habia perdido, y la Toscana se cubrió de tropas alemanas. Fué en efecto ocupada á la muerte de Juan Gaston, en nombre de Francisco (1737), esposo de Maria Teresa, que pretendió que se le perjudicaria en el cambio de la Lorena por la Toscana, si no se añadian además los bienes alodiales; por otra parte la electora le declaró á su muerte heredero universal. El gobierno austriaco en Toscana comenzó por exigir una *colecta universal* de que sólo se eximia al clero para pagar la deuda contraida para mantener las tropas españolas; se prohibieron los juegos de azar, escepto en el casino de los nobles; se redujo la loteria á juego real y se dieron en arriendo las rentas toscanas por 4.220,450 libras florentinas, de las cuales 2.800,000 recibia el gran duque para su patrimonio; tambien participaba de las ganancias de los asentistas. Tanto dinero salió del Estado en todo el tiempo que el gran duque fué emperador (1745-65), que la Toscana quedó empobrecida; entonces tambien dejó de tener diplomacia propia confundiéndose con la austriaca.

(2) FABRONI, act. *Academiæ pisanæ*.

(3) Véase la pág. 169.

Richecourt, déspota, pero ilustrado, desempeñó la regencia hasta que cayó en el descrédito. Su émulo Carlos Ginori, rico y diestro gobernador de Liorna, consiguió sucederle. Pero el uno murió de tristeza y el otro de alegría. Le reemplazó el marqués Antonietto Botta Adorno, desacreditado por sus hechos de Génova y de Bruselas: tanto se conculcaba la opinion pública: La Toscana tuvo que suministrar tropas para la guerra de los Siete Años, y como fuesen derrotadas, el emperador pidió mil hombres más á pesar de lo pequeño del pais, y de no estar acostumbrado; con esto fueron muchos los que emigraron, hasta que se tomó el partido de dar en vez de hombres sesenta mil florines para pagar alemanes. De los cuatro mil hombres que se enviaron, apenas volvieron trescientos. Después tuvieron los toscanos que hacer un *donativo* con ocasion del casamiento de José II; y como algunos obispos con humildísimas palabras trataran de que se eximiese de él al clero, recibieron de Viena las respuestas más bruscas, diciéndoles que su majestad imperial no queria oir más reclamaciones ni quejas sobre el asunto, que pagasen como debian y todo quedaria terminado. El obispo Piccolomini, de Pienza, fué destituido, preso y desterrado por haber resistido á las ordenes soberanas.

Leopoldo I.—Gimió la Toscana al verse reducida á provincia de un soberano distante de ella. Sin embargo, los potentados convinieron, cuando el tratado de Hubertsburgo, en que no podria nunca reunirse al imperio, sino que perteneceria á la rama segunda de la casa de Austria-Lorena. En su consecuencia, Pedro Leopoldo con quien comenzó una nueva era, fué á reinar al pais (1765).

En este estado de cosas, otra sucesion aun más importante, la de Carlos VI, estaba en cuestion. Isabel de Farnesio removió el cielo y la tierra para casar á la heredera de aquel príncipe con su hijo don Carlos; mas habiendo fracasado su intriga, procuró obtener, á menos para él, el Milanesado y las Dos Sicilias; pero el Milanesado era ambicionado por Carlos Manuel III, rey de Cerdeña, que comparaba la Italia á una alcachofa, que debia comerse hoja por hoja; conociendo desde entonces de qué peso seria una alianza en los movimientos que se preparaban, queria hacérsela pagar con aquel rico territorio.

Intrigábase, pues, y se reunian tropas, cuando un acontecimiento muy lejano trastornó de nuevo el pais. Fué éste la eleccion del rey de Polonia, y el rompimiento que se siguió entre la Francia y el Austria. Cárlos Manuel adoptó el partido de la primera y ocupó con ella el Estado de Milan. Pero la España, ó más bien Isabel, envió á Toscana una escuadra que para arrancar el reino de Nápoles á la opresion austriaca, comenzó por asolar implacablemente la Mirandola, Piombino, el ducado de Massa y Carrara; después el infante don Cárlos atravesó lentamente á la cabeza de un numeroso ejército, los Estados Pontificios, tratándolo como á país conquistado. Así como el Milanesado, el reino de Nápoles se encontraba desguarnecido de tropas, por la imprevision del emperador y de Zinzendorf; los ánimos se hallaban exasperados contra los austriacos, de manera que el nombre de la España fué proclamado en todas partes. Don Cárlos hizo su entrada en Nápoles, cuyos privilegios y magistrados conservó, inauguró su dominacion derrotando á los austriacos, que acudieron tardiamente, y pronto consiguió con su escuadra apoderarse de toda la Sicilia.

Los austriacos hicieron los mayores esfuerzos para arrebatar Parma y Plasencia á los españoles y arrojarlos del Milanesado. Diéronse sangrientas batallas en el Oglio, en la Secchia y en Guastalla. Entonces Luis XV volvió á examinar el proyecto, tantas veces concebido, de hacer independiente á la Italia, para evitar las continuas ocasiones de guerra. La Lombardia se dividiria entre Venecia, Génova y el Piamonte; la Toscana se devolveria á sus ciudadanos: segun el proyecto, ningun príncipe de Italia debia tener posesiones fuera de ella. Pero la ambiciosa Isabel de Farnesio puso trabas á todo, y los reyes se pusieron, en fin, de acuerdo en el tratado de paz que se firmó en Viena.

Tratado de Viena.—En lo concerniente á la Italia, se confirmó la Toscana al duque de Lorena; y en cambio de aquella presa que no habia podido obtener, obtuvo don Cárlos las Dos Sicilias con los puertos del Estado de Siena y Porto Longone. Liorna quedó libre. Los territorios de Novara y Tortona, separados del Milanesado, se concedieron al rey de Cerdeña. Parma fué devuelta al emperador; pero al retirarse los Farnesios, se llevaron consigo las riquezas de su casa, y embellecieron á Nápoles con las obras maestras de arte que sus antepasados habian reunido allí. Aun se estaba con las armas en la mano, cuando la guerra por la sucesion de Austria imprimió nuevos sacudimientos á la Italia, y despertó todas las ambiciones. Cárlos Manuel hizo presentes sus derechos sobre el Milanesado, y se unió á la Francia para dividirlo; pero reflexionando después que no le convenia dejar prevalecer á los franceses en Italia, se comprometió, con Maria Teresa (1742), á defender la Lombardia, bajo la singular reserva de que podia separarse del tratado, notificándolo con un mes de anticipacion Venecia quiso permanecer neutral, aunque Maria Teresa amenazase con lanzar contra ella á los piratas de Signa. Traun, gobernador de la Lombardia, trató tan groseramente al duque de Módena (4), que le convirtió en un enemigo para su soberana.

---

(4) Renaldo de Este habia sido restablecido en aquel ducado en 1707; adquirió la Mirandola (1710), pero desesperó de obtener á Comacchio, cuando el emperador renunció á sus pretensiones con respecto al papa. Durante la guerra de los franceses y de los españoles contra el emperador, Módena fué ocupada por el mariscal de Maillebois (1734) y se le impusieron grandes contribuciones. Habiéndose retirado Reinaldo á Paris, fué después restablecido en su capital, y Francisco III le sucedió el año siguiente.

Nápoles empuñó las armas para secundar á la España, que ambicionaba á Milan y Parma; el duque de Montemar, que habia contribuido en gran manera á la conquista del reino, desembarcó entonces en Orbitello, y habiéndose unido á las tropas napolitanas, violó el territorio de la Iglesia por el cual se adelantó. Los españoles recurrieron en Roma, con objeto de alistar soldados, á tales seducciones y violencias, que irritado el pueblo con ver á los maridos, á los hijos y á los padres arrebatados á sus familias, se sublevó. Hizo frente con piedras, armas terribles de la muchedumbre, á los fusiles y cañones; en fin, fué preciso negociar con él, y licenciar á aquellos que habian sido incorporados en los regimientos españoles. Estos se vengaron en los campos; pero lo pagaron con su sangre. El cardenal Alberoni, que no podia olvidar la política, emitió la idea de oponer á aquellos extranjeros una liga de todos los príncipes italianos de la que seria jefe el pontífice. Pero el papa se contentó con proclamar un jubileo.

Las inesplicables lentitudes de Montemar dejaron á los aliados prevalecer; Cárlos Manuel llegó hasta Bolonia persiguiendo al duque de Módena, y Lobkowitz, que daba caza á los españoles, presentó á las miradas de los romanos un ejército de bárbaros. Marchó sobre Nápoles, haciendo circular una proclama de Maria Teresa, llena de las más magníficas promesas. Pero indignado, tanto el pueblo como la nobleza de que se tratase de tentar su fidelidad, se agrupó en derredor de su rey, como los húngaros en derredor de ella. Cárlos voló á la defensa del pais sin cuidarse del territorio neutral, y derrotó á los austríacos en Velletri (11 agosto de 1744). El conde de Gages, que habia sido enviado para reemplazar á Montemar, consiguió rechazar á las tropas austríacas, marcando horriblemente su paso con las horcas en que dejaba colgados á los desertores. Al mismo tiempo la peste ejercia sus estragos en ambos campos.

Adoptando la Francia abiertamente el partido de los españoles, envió tropas al otro lado de los Alpes: diéronse grandes batallas, y todos los príncipes fueron vencidos uno después de otro. Otros españoles, mandados por el infante don Felipe, se apoderaron dos veces de la Saboya; ocuparon á Tortona, Pavia, Valencia, Asti y Casal; precisado Cárlos Manuel á acudir apresuradamente á conjurar el peligro, fué derrotado en Bassignana; pero reparó aquel fracaso en la victoria de Plasencia sobre los españoles y los franceses; después de la cual ocupó la mayor parte del Genovesado y Finale.

El marquesado de Finale habia pasado de la casa de Carretto á los españoles, que le habian reunido al ducado de Milan. Cuando los franceses habian salido de Italia en 1707, los imperiales se habian apoderado de él; después Cárlos IV lo habia vendido á los genoveses por 1.200.000 pesetas, como feudo dependiente del imperio. Fuéles confirmada su posesion en el tratado de la cuádruple alianza en 1718, y por el de Viena en 1725 Sin embargo, Maria Teresa le cedia entonces (1743) como una propiedad personal al rey de Cerdeña, por el único motivo de que importaba al Piamonte tener una comunicacion inmediata con las potencias marítimas.

Génova no era ya la reina de los mares; pero conservaba la energia de carácter, la actividad y el amor á la libertad. La aristocracia que dominaba allí no excluia al mérito, y recordaba su origen plebeyo. Sus capitalistas poseian 14.000,000 de renta en los bancos de Francia. Protestó contra semejante usurpacion; y habiéndose unido á la Francia, á la España y á Nápoles por el tratado de Aranjuez, facilitó á los Borbones el paso por Lombardia. Pero después de la victoria de Plasencia (1745), los austriacos ocuparon á Génova, abandonada por sus aliados.

Sublevacion de Génova.— Si los alemanes se habian mostrado feroces y ambiciosos en toda aquella campaña, aun lo fueron más en Génova, donde el marqués Botta Adorno, su general, de quien era patria aquella ciudad, los excitó con toda la hiel que le animaba. Nunca se habian impuesto condiciones más duras á una ciudad vencida. Los habitantes se vieron precisados á abrir todas sus puertas, los fuertes, y á entregar las armas; estipulóse, además, que los ejércitos austriacos tendrian facultad de atravesar libremente el territorio de la república que el dux y cuatro senadores se dirigirian á Viena en el término de un mes, para pedir perdon de haber usado de un derecho sagrado, el de defenderse contra agresores; que se pagaria al momento una suma de 50,000 genovinos, á título de gratificacion, á los soldados; después, con objeto de conformarse á la clemencia de la soberana, el general austriaco fijó en 9.000,000 de florines la contribucion que la ciudad tenia que pagar en el término de quince dias, sin lo cual seria entregada al saqueo. Si Génova se hubiese fiado de la plebe, no hubiera tenido que sufrir aquellas vergonzosas condiciones. Al mismo tiempo un navío inglés bloqueaba el puerto, como aliado de los austriacos, asolando y apoderándose hasta de los buques que arribaban, lo que amenazaba á la ciudad de una hambre inminente. No era esto suficiente para la brutalidad del enemigo, cuyas pretensiones se hacian mayores á medida que se verificaban las concesiones. El innoble Botta contestaba á las reclamaciones que no dejaria á los genoveses sino ojos para llorar.

Aun quedaba otra cosa al pueblo. Habiendo levantado su baston un aleman contra un muchacho, el grito que lanzó dió la primera señal; secundáronle los suyos: pronto se sublevó el populoso barrio de Portoria; y creciendo el tumulto se estendió terrible, impetuoso por toda la ciudad. Los croatas, los panduros y toda aquella feroz soldadesca sucumbieron al número; mujeres y niños arrastraban los cañones á donde se hubiera creido impo-

sible llevarlos. Improvisáronse en un momento artilleros y carabineros; y los genoveses demostraron que si no sabian vencer, sabian al menos reprimir los excesos de la victoria. Los frailes, los sacerdotes hicieron oir palabras de misericordia, pero no de cobardia. Aquel Botta, que habia desafiado al populacho, comprendió entonces lo que valia, vióse precisado á retirarse devorando su impotente rabia, y el grito de *¡viva Maria!* anuncia la salvacion de Génova.

Indignóse del atrevimiento Maria Teresa y envió refuerzos para castigar al pueblo genovés de aquella fidelidad que habia aplaudido en los húngaros, y que llamaba entonces rebelion, en lugar de considerar en ella el derecho de una nacion libre. Por el contrario, la Europa se admiró de aquel inesperado heroismo, en medio de la debilidad del siglo. Pero como el interés que se toma por el débil no impide unirse al fuerte, la admiracion hubiera sido estéril, si, por el suyo propio, la Francia y la España no se hubiesen decidido á sostener á Génova. Los franceses hicieron pasar á ella oficiales y armas; y mientras que el conde Schulenburg-Oyenhausen cercaba vigorosamente la ciudad por la parte de tierra y los ingleses la atacaban por mar, el duque de Boufflers sostuvo con su esperiencia el valor del pueblo, que vió disiparse la tempestad. Poco quedóle que hacer al duque de Richelieu, que después tomó el mando, y no retiró sus tropas sino cuando se restableció el gobierno oligárquico. El pueblo habia salvado á la patria, él era el que habia vencido á sus enemigos; la aristocracia le volvia á imponer el yugo.

Tratado de Aquisgram.—Hartos, ó cansados al menos los príncipes de causar tantos males á la pobre Italia, hicieron la paz de Aquisgram (1748). El objeto que se habian propuesto, con tanta sangre derramada, se habia conseguido: en efecto, Maria Teresa heredaba, aunque mujer, los Estados de su padre, pero le fué preciso pagar la ayuda que habia recibido del rey de Cerdeña, con la cesion del Alto Novarés, del Vigevanasco y del territorio situado allende el Po. Restituyóse Finale á Génova con su antiguo Estado. Asignóse el ducado de Parma y de Plasencia, que Victor Manuel ambicionaba, al infante don Felipe, hermano de don Cárlos, asegurando á este último las Dos Sicilias que con él salió de la infeliz condicion de vireinato dependiente de reyes lejanos en que habia estado por espacio de tres siglos. La Francia, que habia sido protectora de los débiles, no reservó nada para ella.

Francisco III, de Módena, que despojado de sus Estados, se habia refugiado en Venecia, volvió á su ducado, aumentado con el señorío de Novellara, por la estincion de la familia de los Gonzagas (1737). Pasó después á Lombardia (1754), en calidad de gobernador, en nombre del archiduque Fernando, donde permaneció hasta su muerte. Su hijo Hércules Reinaldo se casó con Maria Teresa (1780), heredera de Alberico II, de la casa de Cibo Malaspina, último duque de Massa y príncipe de Carrara, y que, habiendo muerto sin hijos, dejó sus dominios á Maria Beatriz de Este. (5) Al momento fijaron los austriacos sus miradas en aquella rica herencia, y casaron á Beatriz con Fernando, hijo de Maria Teresa. De esta union resultó una nueva dinastia de duques de Módena, que ha querido unirse á los recuerdos italianos haciéndose llamar casa de Este.

El pueblo italiano no habia intervenido tanto en la paz como en la guerra sino para sufrir. Sin embargo, la recíproca envidia de las potencias hizo que no quedase otra dominacion extranjera al otro lado de los Alpes sino en el Milanesado, del que además se hallaban separados ricos cantones.

Dos Sicilias.—El reino de las Dos Sicilias tenia un suelo fértil, una poblacion llena de vivacidad, con fronteras muy bien defendidas y la ventaja de dominar en dos mares. Así es, que bastaba que cesase la opresion de pesar sobre aquel reino, para que pronto no existiese el deplorable contraste que ofrecia la belleza del territorio y la desgracia de los habitantes. Cárlos de España no encontró allí caminos, puentes ni manufacturas; la moneda estaba en un desórden inesplicable, el comercio de granos se encontraba lleno de trabas; las dehesas reales se estendian por cincuenta millas de longitud, y por una latitud que variaba de tres á quince millas, con prohibicion de plantar allí un árbol; los bienes comunales eran allí muy considerables; y las propiedades particulares, sujetas á la servidumbre de pastos, no podian cercarse. Feudos, fideicomisos, privilegios de caza, de hornos y de molinos ligaban las propiedades y multiplicaban las gabelas, los procesos y los leguleyos. Contábanse en el reino hasta diez mil feudatarios, verdaderos opresores del pueblo, que tenian el nombramiento de jueces y gobernadores, é imponian peajes, diezmos, servicios personales y primicias de todo género. Treinta y un mil frailes, veinte y tres mil monjas, cincuenta mil sacerdotes poseian ricas propiedades, exentas de todo impuesto. No habia un solo tribunal de justicia en las catorce provincias, al paso que los asesinatos ascendian á varios millares al año y los ladrones á treinta mil. Eran tantos los envenenamientos en la capital, que fué preciso establecer una *junta de venenos*; al mismo tiempo las cárceles estaban llenas de contrabandistas y cazadores furtivos.

Carlos, coronado en Palermo (1736), trató de remediar aquel estado de cosas; y las fortalezas, la hacienda, los procedimientos judiciales, la moneda y los estudios llamaron su atencion. Una *magistratura de economía* encargada de buscar los

---

(5) Aquel dominio habia pasado á Antonio Alberico, marqués de Malaspina en 1444. Extinguida su dinastia, Ricarda, su heredera, se casó con Lorenzo Cibo, sobrino de Inocencio VIII, y en su consecuencia pasó este feudo á la familia genovesa de los Cibos.

medios de hacer florecer el comercio y acrecentar las rentas, aumentó en tres millones las entradas del tesoro, examinando solamente la legitimidad de las exenciones del clero. Queriendo Isabel de Farnesio que su hijo Cárlos se mostrase digno, le envió millon y medio de pesos, que le sirvieron para recobrar gran número de feudos y dominios que habian sido vendidos ó hipotecados. Los jabeques napolitanos, mandados por José Martinez, pelearon contra las galeras berberiscas con un valor, que no cedia en nada al de los caballeros de Malta. Cárlos obligó á cada provincia á formar un regimiento, cuyos oficiales debian pertenecer á las primeras familias: de esta manera los separaba de sus castillos para unirlos á la nueva dinastia; y se aseguró, en la campaña de Velletri, de que no habian degenerado de su antiguo valor. Viendo cuán provechosa era en Liorna la actividad de los judíos, los acogió, y concedió privilegios en sus Estados. Estipuló con la Puerta, en favor de sus súbditos, privilegios tambien iguales á aquellos de que gozaban los súbditos de las demás potencias, exigiendo que su pabellon y sus costas fueran respetadas por los berberiscos. Nombró cónsules para todos los puntos adonde se dirigia el comercio; fundó lazaretos y un colegio náutico; pero creia, segun las ideas de la época, favorecer el comercio gravando á su entrada las mercancias.

La Sicilia habia sido desgraciada en el reinado de Felipe IV, más desgraciada aun en el de Victor Amadeo, y á poca diferencia bajo la dominacion del emperador Carlos VI, que la obtuvo en compensacion de la Cerdeña, infestadas sus costas de piratas, lo interior del reino por partidas de ladrones, y trastornada por las excomuniones del papa. Encontrábase además sujeta con el peso de las cadenas feudales; y de apenas un millon y doscientas mil almas de poblacion, tenia sesenta y tres mil religiosos de ambos sexos.

Después de haber restablecido Carlos III la tranquilidad, la hizo gobernar por una junta compuesta casi enteramente de sicilianos. Quiso que los beneficios se confiriesen esclusivamente á éstos, sin reservarse más que el nombramiento del arzobispo de Palermo; y cuando la terrible peste de Mesina, en 1743, hizo pasar á la isla víveres y médicos. Un concordato que verificó con el papa le permitió disminuir los privilegios, como tambien el número de los sacerdotes, de las casas eclesiásticas y de los asilos. Los juicios para la conservacion de la fe habian permanecido siendo de los prelados; pero habiendo perseguido el arzobispo Spinelli á cuatro ciudadanos por crímen de herejia (1746), el pueblo vió en esto una tentativa para introducir la Inquisicion española, y se sublevó. Carlos derogó los autos del Santo Oficio, y dispuso que el tribunal eclesiástico procediese por las vias comunes, y no pudiera sentenciar, sin comunicar sus autos á la autoridad secular.

Las leyes del pais eran un conjunto estravagante de derecho romano, bárbaro, árabe y normando; eran decretos angevinos, constituciones aragonesas, pragmáticas de los vireyes, y costumbres locales. A menudo, entre todo aquel fárrago, no estaban previstos ciertos casos, y el juez era entonces árbitro de la vida y honor de los ciudadanos. No habia reglas para los procedimientos ni publicidad en los juicios; Cárlos remedió aquel estado de cosas publicando el *Código Carolino* (1755), obra de Pascual Cirilo, y otros, más loable como tentativa que por sus resultados.

Cárlos enumeró los beneficios de que le era deudor el pais en el decreto en que instituia la órden de San Genaro, como para achacar el mérito al santo protector del reino. Aquel príncipe seguia en todo los consejos de Tanucci, que conforme al liberalismo de la época, queria debilitar la aristocracia y el papado, pero desconocia el creciente poder del tercer Estado. En su consecuencia, no se ocupaba lo bastante de las tropas, del comercio, de la division de las propiedades, de la moderacion necesaria en el ejercicio de la prerogativa real, ni de la necesidad de sustituir la lealtad á los artificios de los curiales. Tanucci era otra de las medianías ensalzadas hasta las nubes por los dispensadores de la fama.

Cuando en la guerra de 1741 Cárlos III envió su ejército contra el Milanesado con el de los españoles, una escuadrilla inglesa se presentó de repente delante de Nápoles. El vice-almirante Mathews, que la mandaba, declaró que si el rey no daba la órden en el término de dos horas con el reloj en la mano, para que se retiraran sus tropas, bombardearia su capital. Obedeció, pero indignado. Cárlos se contristó de tal manera con aquella humillacion, que concibió la idea de trasladar la residencia real á lo interior del pais, al abrigo de semejantes peligros. Comenzó entonces en Caserta la construccion de un edificio que cada vez se admira más, cuando se considera el poco tiempo que empleó en hacerle. Aprovechándose el arquitecto Vanvitelli de los restos de la antigua Capua, situada en las cercanías, y de Pozzuoli, que no está lejos, como tambien de los mármoles en que abunda la Pulla y la Sicilia, construyó aposentos y jardines que, rivales de los de Versalles en la magnificencia, le son superiores en la posicion y el gusto. Un verdadero rio, llevado á través de los montes y de los valles por un acueducto admirado con justicia, cae reunido, y después en cascadas en aquella deliciosa morada.

Apasionado hasta el esceso á la caza, construyó para entregarse á aquel placer, un palacio en Capodi-Monte, y otro en Portici. Contestó á los que le decian que aquel edificio estaba expuesto á las erupciones del Vesubio: «Que la inmaculada Vírgen y san Genaro lo evitarian.» Quiso tener en su capital el teatro mayor del mundo (1757). Aun se admira más el hospital de los pobres *(Albergo)*, en el que los indigentes no sólo están alojados y alimentados, sino instruidos además en diferentes oficios; con lo cual se prrparó el cami-

no para la desaparicion de los lazzaroni, oprobio de aquel admirado pais. Cárlos fundó otro en Palermo.

Es á la vez un prodigio y un gran testimonio de la riqueza de Italia toda aquella magnificencia desplegada por Cárlos cuando salia de dos guerras desastrosas, y apenas acababa de tomar posesion de aquel pais debilitado por una larga opresion. En este estado de cosas, murió Fernando VI de España (1759), y Cárlos III fué llamado á sucederle, y Nápoles perdió el monarca que durante veinte y cinco años la habia restaurado con verdaderas mejoras, y lisonjeado con mayores esperanzas.

CAPÍTULO XXIX

LA REFORMA.

Después de haber sido la Italia, durante medio siglo, un campo de batalla, en el que la guerra era tanto más desastrosa, cuanto que era hecha por el extranjero, se arregló para gozar de la paz más larga de que la historia conserva recuerdo (1748-1796) bajo la dominacion de nuevas dinastias que le han sido impuestas por la fuerza, pero que al menos demuestran el deseo de reparar los males que le habian causado los gobiernos anteriores. Acusados los italianos de ser inclinados á la doblez y al disimulo, vicios del oprimido, no tomaron parte en la política seguida por sus príncipes; á lo más se ejercitaban en la administracion y en la judicatura, bajo la dependencia del extranjero, aplicando sus leyes. Cuando cesaron de temer y esperar, cayeron en una muelle inaccion. Una política frívola reemplazó á la enérgica franqueza; ineptos amores y una sosa galanteria hicieron afeminados á los hombres.

En Lombardia, durante la dominacion española, las mujeres habian permanecido separadas de la sociedad masculina; y habiendo reunido el duque de Osuna una vez en Milan, en un baile, la nobleza de ambos sexos, resultó de ello tantos chismes, que se guardó bien de renovar el esperimento. Pero el príncipe de Vaudemont, último gobernador de la Lombardia en nombre de la España, que habia recibido una educacion francesa, reunia con frecuencia á la nobleza en su palacio, y tambien en una de sus casas de recreo, que adquirió fama de galanteria. Introdújose entonces la moda de los cortejos, colmo de la depravacion, pues persigue al hombre en el seno de su familia, y da á las mujeres otro confidente que el padre de sus hijos. El cortejo era reconocido públicamente, y á veces hasta se estipulaba en los contratos matrimoniales. Hasta la energia del vicio faltaba, aseguran, á semejantes uniones; ¡pero cuánto no debian corromper, inclinando á la mujer á buscar las dulzuras de la intimidad en otra parte que en su familia, y á los hombres á consagrar toda su vida al servicio de una mujer elegida por conveniencia más bien que por afecto, y á rodearla de cuidados por ostentacion! De esta manera la voluntad se acostumbraba á la somnolencia, bajo el imperio de la moda, que aprisionaba el cuerpo en incómodos vestidos, y precisaba á todos á dedicar varias horas á sufrir la tirania del fastidioso peluquero.

Los bienes-raices, además de los que pertenecian á manos muertas, eran inmovilizados por fideicomisos, ó se encontraban acumulados en poder de un primogénito que atraia á sí toda la herencia, sin dejar á sus hermanos otro partido que hacerse sacerdotes ó presentar por todas partes su holgazana y ambiciosa pobreza. No habia ejército, escepto algunos regimientos reclutados con enganches; un corto número de hidalgos compraban un vano grado en los ejércitos extranjeros. El clero no tenia que luchar en aquellas grandes cuestiones que desarrollan los grandes talentos. A lo más se mezclaba en frívolas aunque encarnizadas contiendas, de un jansenismo abastardado en Italia por la proteccion de los fuertes. La misma literatura se resentia de aquella debilidad general, reducida como estaba á ostentar una locuacidad elegante y necedad cubierta con los afeites de la belleza. La poesia tenia que sujetarse diariamente á nuevas humillaciones para solemnizar con sus cánticos los menores acontecimientos de la vida pública ó privada. Las artes estaban divididas en corporaciones, que ponian trabas con sus pretensiones, é impedian por espíritu de cuerpo toda innovacion. Reglamentos administrativos eran otros tantos obstáculos á las industrias para prescribir ó prohibir ciertos procedimientos, algunas veces por

ignorancia, y siempre con detrimento de su libre desarrollo.

Las franquicias de los nobles impedian el curso de la justicia, y alentaban los abusos. Los jurispertos feudales juzgaban los procesos bajo la influencia del señor que los asalariaba. Los impuestos gravaban muy desigualmente, y esta desigualdad se advertia lo mismo en la comparacion de un pais con otro pais, que en la de una persona con otra. Una saca de lana del valor próximo de 260 pesetas para ir de Liorna á Cortona debia tocar en diez aduanas y pagar por cuarenta y cuatro razones diversas 31'66 (1). En la Romania, para sostener la baratura se obligaba á los ayuntamientos á comprar granos y venderlos con pérdida cuando pasase de cierto precio, de donde vinieron las deudas y quiebras de los ayuntamientos. Tambien estaba prohibido que el grano *volviese la espalda á Roma* aun cuando fuese necesario venderlo á paises más distantes; así es, que de Perusa no podia llevarse á Civita di Castello, ni de Terni á Espoleto. En las marismas de Siena no se podia extraer más que poco y con licencia, y ésta fué la principal causa de la decadencia de aquel pais. Los pueblos gravados considerablemente para atender á las necesidades de la guerra, se hallaban abrumados de deudas; y las rentas públicas estaban arrendadas á asentistas tiránicos, que para cumplir sus compromisos en el erario pretendian tener á su disposicion la chusma policiaca, y castigaban el contrabando con las penas que sabia eludir el crímen.

Aquellos principios de una filantropia nada racional ni práctica, aunque proclamada con rectas intenciones, que hemos visto difundidos por Europa, habian penetrado tambien en Italia, y hallaron personas, que con sensatez los aplicaron á las cosas italianas. No se asustaron los hombres generosos al ver que el pueblo no los comprendia; pero de aquella indolencia popular nació en ellos el deseo casi general de dirigirse con preferencia á los soberanos, para pedirles y aguardar de ellos mejoras, al paso que en otras partes se trataba de obtener haciéndoles la oposicion.

En la jurisprudencia, se trataba de sustituir á la pesada erudicion, los procedimientos de un análisis luminoso, y la autoridad de una doctrina lógica á las argucias escolásticas de la curia; en la economia se buscaban las aplicaciones más bien que los sistemas, y se perseguia lo ideal, no tanto en lo vago como en la lenta trasformacion del mundo real. Leon Pascoli, de Perusa, esponia, en su *Testamento político*, ideas relativas á un comercio regular en los Estados de la Iglesia y á la navegacion del Pó. Los planos del sienés Bandini, buen economista, concernientes al desagüe de las marismas de Siena, fueron adoptados por Jimenez. La república de Venecia creó para el botánico Pedro Arduino, de Verona, la primera cátedra de economia rural que ha existido en Italia en la universidad de Padua (1765). Aquel sábio proveyó un jardin de todas las plantas útiles, cuyo cultivo enseñó indicando las que seria conveniente introducir é ilustrando con sus consejos á las sociedades agrícolas, cuyo número se aumentaba á la sazon en el territorio veneciano. Antonio Zanoni, de Udine, mejoró en el Friul el cultivo de la vid y de la morera, hizo un comercio activo con la América española, estableció en su patria una sociedad agrícola, como tambien una escuela de dibujo para las telas de seda, y escribió sugiriendo buenas ideas prácticas. En la misma comarca, el conde Fabio Asquini, tambien de Udine, reanimó la agricultura, hizo recobrar su antigua reputacion á la vid indígena, introdujo la morera, la patata y la rubia vegetal, conoció el uso de la turba, y propuso planes para remediar la destruccion de los bosques que ya se deploraba. El marqués de Manfrini plantó tabaco en Nona, en Dalmacia. El conde Carburi, naturalista, el añil, el azúcar y el café en Cefalonia, donde el gobierno veneciano abrió, en 1760, una academia agrícola económica; ocho años antes habia establecido en Florencia la sociedad de los georgófilos, que era tambien una cátedra de agricultura.

El fraile Juan Maria Ortés, veneciano, de talento estraordinario, dió por fundamento á la economia política, la *ocupacion*. Este es su punto de partida, para todos los análisis particulares de las funciones sociales; y fué poco entendido por su concision y oscuridad. Trató tambien *de la religion y del gobierno de los pueblos* (1788), obra en la cual estableció que la Iglesia representa la razon comun, y el principado la fuerza comun; por medio de esta última la razon de todos está defendida contra la fuerza de cada uno; de donde resulta que los dos ministerios de la Iglesia y del principado, combinados juntos, forman el gobierno. El florentino Fernando Paoletti es enteramente práctico en sus *Ideas sobre la agricultura*, en las que sugirió sábios procedimientos. Publicó después las lecciones que daba sobre aquel arte á sus feligreses en los *Verdaderos medios para hacer feliz á la sociedad*; libro leido y ensalzado hasta fuera de Italia. Viendo el piamontés Mauricio Solera, que no habia en su pais caminos, puentes ni manufacturas, que era escaso el dinero y descuidado el gobierno, pensó en remediarlo aumentando el numerario con un papel-moneda emitido por un banco, que proporcionaria de esta manera al gobierno los medios de dedicarse á grandes empresas, y á los particulares facilidad y medios para mejorar la situacion de sus respectivos negocios. Juan Bautista Vasco, de Mondovi, proclamó entonces verdades nuevas, sobre todo en el Piamonte; á saber, que no se deben sujetar las artes y oficios á corporaciones, ni reglamentar administrativamente las manufacturas; que no se debe fijar el precio del pan ni el interés del dinero; y con ob-

(1) CARLI, *Ensayo econ. polit. sobre la Toscana.*

jeto de impedir la acumulacion de los bienes, llegó hasta proponer abolir el derecho de testar. El jesuita Francisco Gemelli, de Orta, profesor en Sassari, fué empleado por el ministerio Bogino para reformar la agricultura en Cerdeña, antes de convertir, como él queria, en verdaderas propiedades las tierras sujetas á la ley de pastos. Gemelli publicó con este objeto el *Reflorecimiento de la Cerdeña por las mejoras de su agricultura* (1796), obra en la que trató de la antigua prosperidad de aquella isla, después de la comunidad y de la cuasi comunidad de las tierras, asociando siempre los preceptos á los ejemplos.

El veneciano Jacobo Nani, además de su plan para la defensa de las lagunas, y otros escritos sobre la guerra, dió impulso á la estraccion de los combustibles fósiles, como tambien instrucciones con respecto á esto y reglas para la mineria. Trató de todas las partes de la economia, y propuso las mejores aplicaciones. El conde Juan Reinaldo Carli (1720-1795), de Istria, hombre de grande erudicion, emitió, refutando las paradojas de Paw sobre los americanos, ideas que los descubrimientos subsecuentes no han desmentido. Sostuvo que no podia ser una cuestion aislada la libertad del comercio, sino que era preciso sujetarla á la forma de gobierno, y que es una locura no querer más que agricultores ó manufactureros. En su obra sobre el censo, dió reglas prudentes para esta importante operacion. Indaga la historia de las monedas desde Carlomagno, dedicándose á pacientes investigaciones sobre su bondad, su valor, sus alteraciones, con objeto de determinar las justas proporciones, tanto que María Teresa le confió la presidencia del consejo supremo de comercio y de economia pública, establecido en Milan.

Pompeyo Neri, de Florencia, que habia contribuido con Carli á formar el catastro milanés, publicó una *Relacion* preciosa, y observaciones sobre el precio legal de las monedas. Pretende que los gastos de fabricacion sean de cuenta del Estado; pero todo el mundo sabe cuán ruinosa ha sido esta costumbre á la Inglaterra (2). Juan Francisco Pagnini, de Volterra, trató de la misma materia; escribió después un tratado *Del justo precio de las cosas*, y predicó la libertad de comercio para la Toscana. El marqués Cárlos Ginori, de Florencia, introdujo en el pais la fabricacion de porcelanas, de máquinas hidráulicas para trabajar las piedras duras, y las plantas exóticas; y bajo su direccion, se dió á la vela en Liorna para América el primer barco con pabellon y tripulacion toscana. Targioni Tozzetti, que demostró que las ciencias naturales pueden hablar un lenguaje elegante y correcto, indicó, en el *Discurso sobre la agricultura toscana*, los defectos y los remedios. Ludovico Ricci, de Módena, trató del pauperismo y de los medios de evitarlo. Desaprueba las limosnas, las donaciones, las casas de trabajo y las boticas gratuitas, las inclusas y los asilos para las mujeres de parto, como tambien los grandes hospitales y los dotes á doncellas, en atencion á que la poblacion se pone siempre al nivel de los medios de subsistencia, verdad con la que se honra á Malthus. En conclusion arguye que el gobierno debe dejarlo todo á la caridad privada, ocupar los mendigos en trabajos de utilidad pública y proteger el comercio, sin necesidad de más.

Siguiendo otro órden de ideas, el piadoso Juan Borgi, albañil y literato, conocido en Roma con el nombre de Tato Giovanni, se compadecia de los muchachos abandonados dia y noche en las calles; los reunia, les daba de comer, los corregia con rigor rústico, pero benévolo; y desdeñando los consejos de aquellos que establecen principios sin cuidarse de la práctica, como tambien de la proteccion que pone trabas, sostenia á más de cien muchachos, les enseñaba diferentes oficios y los divertia, todo esto sin teorias, pero con arreglo al buen sentido práctico, y con lo que completa la ciencia supliéndola á menudo, es decir, con el buen corazon. Ya en 1765 el jesuita Francisco Sanvitali, habia disertado sobre el modo de enseñar á hablar á los sordo-mudos; despues Pascual de Pietro fué á estudiar las escuelas de esta clase establecidas en toda Europa, y en 1783 envió á París á Tomás Silvatri, el cual volvió luego para enseñar á aquellos desgraciados en Roma, sostenido por el cardenal de Pietro.

El conde Felipe Re, de Reggio, introdujo plantas desusadas, y publicó unos *Elementos de agricultura* apropiados á la Lombardia, aplicando á ellos las teorias físicas y químicas. Enseñó tambien la cria del ganado lanar y á cultivar las flores; estudió las enfermedades de las plantas y quiso demostrar que los italianos no necesitaban aprender la agricultura de los extranjeros. Vicente Dandolo, farmacéutico de Venecia, sustituyó á las prácticas de rutina los nuevos descubrimientos de la química, y se enriqueció al mismo tiempo que ilustró al pais; después introdujo en Italia los merinos de España y mejores métodos para el cultivo de las viñas, el gusano de seda y las abejas.

En el reino de Nápoles, Antonio Genovesi mereció bien de la juventud escribiendo para ella un tratado de lógica, y haciendo inteligibles sus escritos al pueblo. Habiendo fundado Bartolomé Interi una cátedra de comercio, él fué el llamado á desempeñarla. Proclamó la libre circulacion de las mercancias, aun la de granos, y la justicia de someter los bienes eclesiásticos á los mismos impuestos que los demás; y como experto en las ciencias morales, no cayó en los extravíos inhumanos de los ingleses, y vió el influjo de las costumbres intelectuales y morales sobre la economia pública. Se pronunció contra las malas prácticas de la agricultura, que tambien se esforzó en destruir Juan Presta, de Gallípoli, proponiendo nuevos procedi-

(2) La Francia hizo lo mismo en tiempo de Colbert, desde 1679 á 1689, y de nuevo en 1695.

mientos para la preparacion del tabaco y del aceite. El abate Fernando Galiani, de Foggia, mixto de Maquiavelo y de Aretino, escribió, con arreglo á las ideas de Locke, sobre las monedas, sobre la utilidad del lujo, sobre el libre interés del dinero, y pretendia tambien la libertad para el numerario y el tráfico de granos; dió á luz sobre esto diálogos en francés, que encantaron por su verbosidad y elegancia á la sociedad parisiense; pues muy unido como estaba á los enciclopedistas y á sus amigos, se burlaba, aunque lleno de beneficios, de la religion y del pudor (3). Su talento y sus inagotables chistes le valieron reputacion, halagos y disgustos.

Felipe Briganti, de Galípoli, en el *Exámen analítico* del sistema legal y civil, se hizo adversario de Mably, de Rousseau y de otros escritores del mismo género, que pretendian volver al género humano á la pobreza; sostuvo que tanto el hombre como la sociedad tienden á perfeccionarse, y que los elementos de la perfeccion social son la actividad y la instruccion. José Palmieri, de Lecce, hizo suprimir, como magistrado, los peajes, ciertos monopolios y el derecho sobre la exportacion del azafran; sugirió la idea de arrebatar á la nobleza las prerogativas reales, el derecho de jurisdiccion, y combatió la preocupacion de que el comercio envilecia. Sostuvo que la capitacion y el impuesto sobre la sal eran desastrosos; declaró una guerra á muerte á los bandidos, peste del reino; y en todos sus escritos se apoyó, no en utopias, sino en una práctica inmediata.

Melchor Delfico, de Teramo, aventuró verdades que no se habian oido. En las *Indagaciones sobre el verdadero carácter de la jurisprudencia romana* (1791), se separó de la admiracion clásica para presentar al gran pueblo, como opresor de las libertades nacionales, y autor de leyes que trasmitieron á los modernos el despotismo y la intolerancia. Sin hablar de sus trabajos históricos, en los que coleccionó las objeciones de los enciclopedistas sobre la incertidumbre é inutilidad de la historia, pudo hacer abolir en su pais la servidumbre de los pastos; examinó el orígen de los abusos introducidos en la administracion de la dehesa de Pulla llamada Tavogliere; trató de introducir en el reino la igualdad en la justicia y la uniformidad en los pesos y medidas; en fin, propuso la libertad de las propiedades feudales.

Se conoce que los italianos daban pruebas, en sus ideas de progreso, de una juventud sin esperiencia y llena de fe, cuyos votos comprendian á la vez, aunque en vano, la realidad y lo ideal. En ellos como en los historiadores se conoce que fueron educados por los libros, no en los negocios, y que los libros eran franceses (4). Por otra parte, el desacuerdo entre los escritores y las masas impedian á los primeros llegar hasta sentir el poder del pueblo; y sólo le consideraban como un objeto de caridad ó solicitud para las clases elevadas.

Académicos.—Aunque Parini nos ha acostumbrado á considerar á la nobleza lombarda como ociosa y galante, varios de sus miembros trataban de contribuir al bien del pais. Una *Sociedad palatina* compuesta de los primeros señores del pais, se formó para dar ediciones importantes, tales como las *Antigüedades de la Edad Media* y los *Escritores de las cosas italianas*, por Muratori, trabajos que abrieron el camino á las colecciones de erudicion, en las cuales los extranjeros adquirieron después ventaja. Una *Sociedad patriótica* se ocupaba en estender lo que ya se conocia y los procedimientos útiles en la agricultura y en las artes; concedia premios y subvenciones, y tenia á su disposicion un terreno público para hacer esperimentos. Las academias perdian de esta manera la frivolidad que las habia desacreditado. La de Mantua propuso por objeto *indagar los abusos de las leyes criminales y los medios de remediarlos;* y poco después, *determinar una escala de los delitos y penas, dar los caractéres de la certidumbre á las pruebas judiciales; y en fin, trazar las reglas de una instruccion pronta y fácil.* Otra cuestion buena para la época, sobre la cual llamó la atencion, fué la de saber si *la poesia influye en el bien del Estado, y cómo puede ser objeto de la política.* La academia de Padua propuso por asunto de certámen examinar la cuestion de libertad de comercio. Carlos Beltoni, de Brescia, que se dedicó con actividad á mejorar la conducta de sus compatriotas y á estirpar los frecuentes homicidios, propuso por dos veces un premio de cien cequies para el autor de las mejores novelas morales, y otros ciento á la misma academia de Padua para aquel que supiera hallar los medios de despertar en los jóvenes de corta edad el amor á sus semejantes. Las academias italianas sabian, pues, ocuparse de algo más que de sonetos.

Pero volvamos la hoja. Alvise Cenovio, vene-

(3) Esto no le impedia incomodarse contra la ligereza de alguno de sus semejantes. Así es que escribia á Marmontel en 30 setiembre de 1778 (edic. de M. C. de S. M.): «Preguntad, pues, al abate Morellet lo que viene á hacer aquí. ¿Basta tener en las piernas unos calzones de terciopelo, efecto de la munificencia de madama Geoffrin, para disertar á la vez sobre el comercio de granos y el uso de las semicorcheas? Vale más, sin embargo, disparatar sobre la música arenando el campo del baron de Holbach, y hasta padecer una indigestion, que declamar contra la Iglesia, cuando se reciben 30,000 pesetas al año para rogar por ella. Esto es lo que debe insinuarse con política á ese mordaz, demasiado fiel al nombre que le ha dado el patriarca.»

(4) Estas palabras nos fueron reprendidas como «crueles y no verdaderas,» pero el señor Ferrara en la *Biblioteca del Economista* (tomo 3, pág. 61) se encargó de defendernos negando toda originalidad á nuestros economistas, y tratando de demostrar que Filangieri no tiene nada de nuevo; que Genovesi copia á los fisiocratas, y lo mismo Beccaria que sostiene el producto neto y Verri.

ciano, hombre instruido y versado en el inglés, que regaló al arsenal de su patria y á la universidad de Padua muchos libros é instrumentos, ofreció á la academia de esta ciudad 100 cequíes *para el que indicase los medios más eficaces para que floreciese el comercio veneciano;* pero el gobierno se opuso á ello, porque no convenia que un cuerpo dependiente suyo tratase de cosas de administracion pública sin que él se lo mandase (5).

El conde Pedro Verri (1728-1797), de Milan, cuya vida estuvo dedicada á decir y alentar á todo el que decia verdades útiles, reunió una sociedad en la cual se redactó el *Café*, série de artículos del género del *Espectador*, de Addison, con objeto de estender, sin mucha trabazon, pero con la osadia que á veces convence más que la misma verdad, máximas de buen sentido. Verri satirizó la indolencia de algunos nobles y la supina ignorancia de otros; se proponia: «domeñar la pedanteria de los palabreros, la charlataneria de los fanfarrones de la baja literatura, la preocupacion continua é inquietud por las pequeñeces, que han influido tanto sobre el carácter, la literatura y la política italianas.» Discutió después en tono sério cuestiones económicas, y en sus *Consideraciones sobre el comercio del Estado de Milan*, trata de la antigua prosperidad de la Lombardia, de su decadencia presente, y de los medios de hacerla renacer; combatió las leyes que incomodaban al comercio de granos y el arriendo de los impuestos reales; y si fué defectuoso en el exámen de ciertas cuestiones en el dia fundamentales y apenas enunciadas entonces, se apoya siempre en la esperiencia. Tomó tambien algo de los fisiócratas. Sin embargo, conoció la utilidad que resulta en el comercio del trasporte y del trabajo necesario para que los productos estén al alcance del consumidor. Conoció que el dinero no tiene valor sino en tanto que representa las cosas que se pueden obtener con él; estas eran, no obstante, ideas en él sin trabazon, y de las que no sacó las consecuencias.

Verri manifestó cuánta importancia concedia á la propiedad, cuando exhortaba ardientemente á los oradores de las provincias milanesas, convocadas por Leopoldo II, á pedir una constitucion, cuya base fuese la garantia de la *propiedad*, haciendo, con mucho talento, derivar de ella las garantias públicas. Escribió contra el tormento y publicó una historia de Milan. Si esta obra fué juzgada incompleta bajo el aspecto de los hechos, y pobre bajo el de la crítica, se hizo servir á los mismos hechos para probar ciertas tésis á la usanza de la época, rechazó, sin embargo, los fabulosos orígenes de la ciudad, investigó las instituciones y usos, demostró la prepotencia de los pocos y cómo ésta cae ante la union de los muchos. Siguió las vicisitudes del clero, aunque con el espíritu hostil de la época, como tambien los progresos y decadencia de la libertad, esponiéndolo todo de una manera familiar, con una instruccion variada y dando útiles consejos. No publicó más que un tomo de esta obra; el otro fué coleccionado lo mejor posible de sus manuscritos; pero su patria se cuidó tan poco de ello, que no se vendió más que un ejemplar en vida del autor. Así es que se quejaba de verse tan poco apreciado, y de no tener que esperar otra cosa sino el olvido de parte de personas corrompidas é intrigantes (6). Las naciones que han sufrido mucho ceden al desaliento, en el que se teme el mal y el bien. Las remuneraciones tardias son muy frecuentes en Italia, y á más deben pasar á través de los odios contemporáneos.

Beccaria (1735-1793).—El marqués César Beccaria, de Milan, se eleva, en su opúsculo titulado *Del estilo*, de las reglas y preceptos que no forman ni un orador ni un poeta. Se propuso, viendo el estilo abandonado al mero impulso del sentimiento, someterlo otra vez, como parte de la metafísica, á las reglas del análisis y del raciocinio. Consideraba las ciencias de lo bello, de lo útil, de lo bueno, es decir, á las bellas artes, á la política y á la moral, como fundadas sobre el conocimiento del hombre y sobre la idea de la felicidad, de tal manera, que tenian los mismos principios más ó menos extensos. Hermosa aurora de aquella grande unidad á que ahora se encaminan las ciencias. Segun él, el placer de las cosas materiales no se deja sentir en el alma sino por medio de sensaciones, de donde se sigue que la belleza del estilo depende inmediatamente de la espresion de las sensaciones y del sentimiento excitado en el alma por las palabras que la representan. La bondad del estilo consiste, pues, en las sensaciones accesorias agregadas á las principales, y producirá tanto más placer cuanto sensaciones más interesantes se acumulen en rededor de la idea capital. Pero es preciso conocer los límites allende los cuales esta acumulacion llegaria á ser perjudicial, y encontrar además los medios para modelar el alma á este

(5) Este hecho lo refiere un gran laudador de las cosas venecianas. CICOGNA, *Inscripciones venecianas*, tomo III.

(6) «Después de haber trabajado varios años y gastado mucho para poner en manos de los milaneses una historia de su patria, y un libro que pudiesen indicar sin avergonzarse á los extranjeros que tuviesen curiosidad de conocerla, no he obtenido de la ciudad de Milan una señal que me indicase que se habia apercibido de que habia escrito. Pero sabia que así sucederia antes de emprender semejante trabajo, y conocia *rerum dominos gentemque togatam*. En Toscana, en la tierra firme veneciana, en Romaña, hay sentimientos patrióticos y amor á la gloria nacional. Allí, al menos, creo que, una medalla, una inscripcion pública, un diploma de historiógrafo, alguna señal de vida se me hubiera dado, al menos, con objeto de animar á la imitacion; pero nosotros vivimos languideciendo *in umbra mortis*. Se ignoraba el nombre de Cavalieri; la Agnesi está en el hospital, Frisi y Beccaria no han encontrado en Milan más que obstáculos y amarguras. El colmo de la felicidad para aquel que honra á su patria, es conseguir ser olvidado de ella. Tal vez lo he conseguido.» M. S.

sentimiento vivo y pronto que produce en ella multitud de variadas sensaciones.

Todos los hombres, segun él, nacen con igual aptitud para las artes humanas; y cree que con igual instruccion y los mismos ejercicios llegarian á hablar y escribir todos del mismo modo. Tal vez sostenia esta paradoja para quitar toda escusa á los que acusan á la naturaleza de madrastra de su incapacidad. Su pequeño libro *De los delitos y de las penas* tuvo más boga (1764). Inocentes y culpables, convictos y sospechosos, ciudadanos y proscritos, todos eran tratados de la misma manera, encerrados en cárceles (7), ¡y qué cárceles! interrogados después en secreto y puestos á menudo en el tormento. La apreciacion de los delitos era injusta, algunas veces absurda, la aplicacion de las penas siempre atroz, las leyes inciertas, los jueces arbitrarios y la sociedad ignorante de los motivos porque se le arranca á uno de sus miembros. Beccaria, con arreglo á las ideas entonces de moda, escribia su libro, que conserva, en efecto, los caractéres y el desórden de la inspiracion. Pedro Verri reprendió la indolencia de este autor, que, «por amor á la reputacion literaria y á la libertad, y lleno de compasion por las miserias de los hombres, esclavos de tantos errores,» imprimió al fin ocultamente su libro.

Aquella obra pasó desapercibida en su patria, como acontece por lo comun, hasta el momento que llamó la atencion en el extranjero. Agradó por su tono sentencioso, ardiente, absoluto, por su vehemencia, llevada á veces hasta la declamacion, sobre todo porque no se encontró en ella ni conjunto de citas ni fastuosa ostentacion de matemáticas, ni la burla tan de costumbre entonces, sino un aire de bondad y de conviccion cándida. El abate Morellet la tradujo al francés, poniéndola más en órden (8), y los enciclopedistas la ensalzaron hasta las nubes con la satisfaccion que se esperimenta en encontrar sus propias ideas en otro. Voltaire la comentó con el talento que manifestó en la defensa de Calas, de La Barre y de Lally. Aquella osadia parecia cosa nueva (9); la sociedad de Berna hizo acuñar una medalla al autor; lord Mansfeld no pronunciaba su nombre en el parlamento sino con respeto; los soberanos aplaudieron sus reformas; Catalina II las adoptó; su patria le perdonó.

Beccaria no era en realidad un inventor; pero habia reunido en un corto número de páginas lo que se encontraba diseminado en un número infinito de opúsculos y gruesos tomos. Se apoyaba en las ideas filosóficas de la época, y encontrándose hasta un grande hombre sin saberlo, quiso atribuir el mérito de su trabajo á los franceses y á los enciclopedistas, á los que confundia en una admiracion irreflexiva (10); pero recibir el impulso é imitar son dos cosas diferentes.

Los antiguos habian respetado al hombre en su cualidad de ciudadano: con respecto á lo demás, no se tenian en cuenta ni sus sufrimientos ni su vida. El cristianismo enseñó á venerar el hombre como hijo de Dios. Pero entre los bárbaros, el homicida se rescata con dinero, y se conservan atroces penas como en la antigüedad, por crímenes absurdos. Hasta la época de Luis XIV, los códigos son sanguinarios; y los buenos ingenios de entonces hablan de suplicios con un tono ligero. Montesquieu no puso al poder penal de la sociedad otra restriccion que el espíritu de dulzura y equidad, y manifestó lo que habia de absurdo en las formas jurídicas, como lo habia hecho ya el jesuita Spee y otros, que se habian pronunciado en contra de los procesos de hechiceria. Servan, abogado general en el parlamento de Grénoble, se ocupó en aplicar á las leyes criminales las mejoras indispensables indicadas por Montesquieu. Rizzi escribió en aquella época sus *Observaciones sobre la jurisprudencia criminal y sobre las pruebas judiciales*; hermoso libro, pero escrito en latin y erizado de citas, lo que hizo que no se leyese.

Ahora bien, Beccaria fija límites al legislador y al juez: el primero no debe pronunciar sentencias; el segundo no interpretar la ley; el uno debe hacer que todos sepan y comprendan sus órdenes, el otro esponer los motivos de las sentencias y condenas. No deben existir acusaciones clandestinas, prisiones arbitrarias, procedimientos secretos; ni haber semipruebas, ni obstinacion en descubrir á los culpables, y en su consecuencia á los que militen en favor de la inocencia, hasta que se hayan agotado los argumentos de criminalidad, y menos aun tormentos y suplicios exagerados. La única medida de la gravedad del delito, es el daño que causa á la sociedad. El crímen de lesa majestad debe circunscribirse á las acciones que realmente la atacan; aquellas en que el castigo no deshonra, no deben castigarse, y sin razon se persiguen culpas que dependen únicamente del juez supremo. El juez deberia tener por asesores á jurados sacados por suerte.

---

(7) Véase la pág. 261 y siguientes.

(8) Los motivos de todos los cambios que se reducen á trasposiciones, están indicados en la edicion sin fecha de 1776.

(9) «Obra tan atrevida y luminosa, que se ha dudado que haya salido de un pais en que reinaba la Inquisicion.» De esta manera se espresaba J. P. Brissot, de Warville, que comenzó con esta misma obra, su *Biblioteca filosófica del legislador, del político, del jurisconsulto*, porque consideraba aquel tratado *como base de los trabajos hechos sobre aquella parte*, y como el *primer libro filosófico que hubiese salido á luz de aquel género*. En las *Noticias de la república de las letras* (Berna, 6 de julio de 1781). *El tratado «De los títulos y de las penas,»* se dice en él, es *el primero que ha abierto los ojos sobre los abusos de las leyes penales.*

(10) Véase una de sus cartas al abate Morellet, en la que su veneracion apasionada hácia los escritores menos dignos es tan estraña, como el olvido que comete con respecto á los dos nombres más ilustres.

En general, Beccaria tiene razon cuando ataca á las legislaciones presentes; no acontece lo mismo cuando se remonta á las causas: entonces no tiene bien en cuenta las relaciones entre las penas y la forma de los gobiernos. En los constituidos en ventaja de todos y por voluntad general, toda violacion de la ley es mala; en los gobiernos escepcionales, en que el capricho del príncipe hace la ley, ¿puede exigirse una obediencia absoluta? Si las leyes condenan al celibato á la mitad de la juventud, ¿cómo se puede ser severo contra el libertinaje? Si se circunscribe la riqueza en manos de un corto número, ¿con qué razon se castigan los robos y los fraudes? ¿cómo condenar los delitos contra el Estado, donde no hay patria? Para conformarse á la filosofia, entonces de moda, Beccaria sostuvo con Rousseau, que *las virtudes de familia, siempre mediocres*, se oponen al ejercicio de las virtudes públicas, y que el poder paternal es una tirania (11). Llega hasta llamar, con el filósofo de Ginebra, á la propiedad un *derecho terrible* que tal vez no es necesario (12); al paso que habia dicho que *el objeto de la reunion de los hombres en sociedad, era gozar de la seguridad de las personas y bienes*. Funda tambien, con Sidney y Rousseau, la sociedad sobre un contrato social, aunque haya dicho en otra parte que pertenecia á la naturaleza del hombre (13). Haciendo aquel pacto, los individuos cedieron una porcion de su libertad al soberano para disfrutar de la otra con seguridad. Ahora bien, nadie puede ceder el derecho de que le quiten la vida; en su consecuencia, la pena de muerte es ilícita (14); y el castigo debe medirse, no con arreglo al impulso criminal, sino con respecto al perjuicio social. Beccaria pretende que el derecho de perdon sea arrebatado al legislador, y castigada la ociosidad política; que el poder público no tiene derecho para castigar sino en tanto que hace todo lo posible para evitarlo; y termina diciendo, con la noble exaltacion que no está exenta de estravios: «Para que toda pena no sea una violencia de uno solo ó de varios contra un ciudadano privado, debe ser esencialmente pública, pronta, necesaria, la menor de las penas posibles en circunstancias dadas, proporcionada á los delitos y dictada por las leyes.» (15).

El desórden en que se encontraba la moneda es la causa de tantos libros publicados sobre esta materia, especialmente desde que en 1751 se tradujo la obra de Locke sobre la moneda y sobre los intereses. Tanto Beccaria como Neri sostuvieron que el valor intrínseco del dinero debe equivaler á su valor legal, sin contar la liga y los gastos de fabricacion. Llamado á la nueva cátedra de economia pública, compuso lecciones *Sobre la agricultura y las manufacturas*, obra más original que el libro *De los delitos y de las penas*. Dejando á un lado las frases ociosas y las digresiones, sentó como base la *mayor cantidad de trabajo útil*, es decir, aquel que produce más grande cantidad de producto negociable. Siguiendo esta teoria, más avanzada que la de los valores cambiables, de Smith, proclamó la division del trabajo, antes que el mismo Smith le hubiese convertido en su principal título de gloria. Determinó la manera de regularizar el precio de los trabajos; analizó las verdaderas funciones de los capitales productivos y el movimiento de la poblacion; propuso una medida decimal sacada del sistema del mundo, moderó la libertad del comercio de granos; y sin embargo erró con los economistas, declarando que las manufacturas eran estériles y en la doctrina del producto neto.

Tenia poca confianza en su pais, del que decia: «en una ciudad como Milan de ciento veinte mil habitantes apenas se notarán veinte mil personas que deseen instruirse, y que rindan culto á la verdad y á la virtud.» En efecto, algunos murmuraban contra él; pero el gobernador le tomó bajo su proteccion. Su carácter benévolo hizo tambien adquirir crédito á las doctrinas que profesaba. Escribió contra la loteria, y aunque su empleo le diese derecho á asistir á los sorteos, no se presentó nunca. Pacífico, sin embargo, y hasta tímido, no creia que se debiese sacrificar su tranquilidad al amor de la verdad; y cuando el mundo le conoció, guardó silencio.

No contentándose Cayetano Filangieri (1752-88), de Nápoles, con considerar algunos puntos particulares de la ciencia, comprendió en la *Ciencia de la legislacion* la economia política, el derecho criminal, la educacion, la propiedad, la familia y hasta la religion. Conciudadano de Vico, creyó tambien en la omnipotencia de los legisladores; concentró todas las funciones sociales en manos del monar-

(11) Esto era lo que en parte él mismo habia sufrido. Habiéndose enamorado de Teresa Blasco, que era menos rica que él, le tuvo su padre encerrado cuarenta dias. Cuando se le puso en libertad, se casó con ella; pero sin presentarla en casa de su padre, adonde sólo la llevó cuando fué madre. Cuando ésta murió, César se volvió á casar después de cuarenta dias de viudez.

(12) «Hombres á quienes el derecho de propiedad (terrible é innecesario) no ha dejado más que una existencia desnuda.» *De los delitos y de las penas*, párrafo 22. Tambien Genovesi elogia la comunidad de bienes.

(13) «La moral, la política y las bellas artes, que son las ciencias de lo bueno, de lo útil, y de lo bello, se derivan todas de una única ciencia primitiva, á saber, la educacion del hombre. No se debe esperar que hagan los hombres nunca rápidos y profundos progresos, sino se dedican á encontrar sus principios primitivos; no es posible, además, sino indagan las verdades políticas y económicas en la naturaleza del hombre, QUE ES LA VERDADERA FUENTE.» *Indagaciones sobre el estilo.*

(14) Rousseau tradujo á la letra sus argumentos contra la pena de muerte y Kant los refutó. En la traduccion de Collin de Plancy (1823) se insertan todos los comentarios de Voltaire, Diderot, etc.

(15) Cap. 24.

ca dándole una continua intervencion en todo. A él fué al que pidió la reforma del pueblo regularizando las masas, como se pretendia hacerlo entonces, con arreglo al modelo de los filósofos, y confiando al individuo los destinos del género humano. El derecho no preexiste, pues, segun él, á la legislacion, y no dura perpétuamente en la historia y en la naturaleza humana; los filósofos son los que hacen la legislacion, y á ellos es á los que pertenece borrar tambien todo lo pasado, destruir las leyes de la Edad Media dejadas por «los iroqueses de la Europa;» á ellos pertenece el hacer surgir hasta los génios (16). Considera primero el objeto de la legislacion, la bondad absoluta de las leyes, y sus relaciones con la forma de gobierno, con el carácter de las naciones, con el clima, la naturaleza, la situacion del pais y las religiones. En lo concerniente á las leyes económicas y políticas, camina tanto en el bien como en el mal por las huellas de los economistas; cree en las ventajas de una sola contribucion, y desaprueba los grandes capitales.

Por lo demás, estas osadias en él y en otros, más bien que anticipaciones de la verdad que los tiempos traian consigo, era efecto del retraimiento en que se hallaban los italianos, apartados de los negocios; de lo que resultaba que no apreciaban los obstáculos producidos por los hechos y por la necesidad á las máximas especulativas y abstractas. La misma falta de libertades y garantias legales los impulsaba á esta vaguedad y exageracion, que no podia corregirse sino con la esperiencia. Pero las alucinaciones que esperimenta aquel que ha vivido en las tinieblas no se curan sumergiéndole en ellas: le es preciso, por el contrario, una luz completa. Jóven y benévolo Filangieri, persuadido de que basta anunciar la verdad para hacerla adoptar, no calculó las dificultades, y en su consecuencia es ilimitada su esperanza. El gobierno ingles, todo histórico, que conserva tantos abusos porque protegen tantas libertades, le parecia deber reformarse con arreglo á las ideas especulativas de la época; mostrándose sin embargo bien informado con respecto á varios de sus pormenores llenos de dificultades, y aunque alabando la institucion de los jurados, la cree en general peor que el poder absoluto, y desaprueba las facultades reservadas á la corona, como tambien la cámara alta, y su influencia para modificar las leyes.

En lo que corresponde á lo criminal, abraza menos las leyes penales que las que regularizan los procedimientos y revela con calor los abusos, aunque adopte tambien como base, cuando trata de construir, los falaces sistemas de los pactos sociales. Por lo demás, en vano se buscaria en él novedad alguna. Su veneracion hácia los filósofos de la época, de los que tradujo páginas enteras, y de quienes adoptó ciertos argumentos, le hizo buscar tambien el orígen del derecho penal en el de defensa, que á cada uno pertenece en el fantástico estado de naturaleza; y esto, aunque todos los grandes pensadores, aun los de Grecia, hubiesen proclamado que no se debe castigar un culpable porque ha faltado, sino para impedir los futuros desafueros y para mejorarle. Después de haber indicado felizmente los puntos de contacto existentes entre la instruccion judiciaria en Inglaterra y la de los romanos, pide el procedimiento público y contradictorio; se pronuncia en contra del secreto, de los calabozos, y rechaza el sistema de acusacion por el ministerio público; pretende que pertenezca libremente á todo ciudadano.

Atribuyendo, con los filósofos franceses, una importancia suprema á la educacion, traza el plan de una pública, en la que los jóvenes, sustraidos al afecto doméstico, sean modelados por la autoridad como á ella le conviene.

Montesquieu no habia aspirado á la bondad absoluta sino á la relativa á los tiempos y lugares, buscando la razon de las leyes que menos conformes parecen al ideal. Filangieri, por el contrario, admitió la bondad absoluta de las leyes y consideró la sociedad más bien en sus imperfecciones que en sus resultados. Montesquieu examina las razones de lo que se hizo; Filangieri indica lo que se debia hacer, suponiendo siempre en el individuo un sentido más recto que el sentido comun, y dándole el poder de arreglar las leyes á la medida del progreso social. Filangieri, queriendo hacer una legislacion universal, muestra que no comprende el curso de la humanidad; y en la bondad absoluta y relativa de las leyes y en la madurez de las naciones, ignora la filosofia histórica. Para dar reglas generales de legislacion, habria debido en primer lugar analizar las de la perfectibilidad humana, y acaso entonces habria descubierto el vicio de los preceptos abstractos que aspiraban á inmovilizar un arte que nada vale sino en cuanto se plega á las variables relaciones sociales (17).

Se hace un cargo á Filangieri por su facundia prolija predicatoria y la improvisacion teatral con que espone verdades á propósito para agitar los ánimos. Pero debe reflexionarse que en aquella época se creia que la elocuencia convenia á las ciencias; testigos Hutcheson, Smith, Buffon, Raynal, Beccaria, Rousseau, y tal vez la creyó él más necesaria para sacudir el letargo del egoismo y

(16) «La autoridad lo puede todo cuando lo quiere, por medio de una ligera recompensa concedida con una brillante demostracion. Hace nacer los genios, y crea los filósofos; forma *legiones enteras* de Césares, Escipiones y Régulos, sin más que comprimir el resorte del honor.» *Ciencia de la legislacion*, II, 16.

(17) Nápoles ha producido siempre ilustres jurisconsultos además de hombres eruditos y eminentes por su doctrina, como son Domingo Antisi, Juan Vicente Gravina, Cayetano Argento, Nicolás Capasso, Giannone, Vico, y posteriormente Palmieri, Galiani, Briganti, Galanti, Delfico, Pagano, Cárlos Franchi, Francisco Rapolla, etc.

para revelar los ultrajes hechos á la humanidad. Pero bajo aquel fausto no se distingue, como en los enciclopedistas, el orgullo personal; Filangieri ama verdaderamente á la humanidad, deplora los males, busca con sinceridad sus remedios. A esta expansion de la benevolencia es á la que debe la influencia que ejerce sobre los lectores; ahora bien, seria de desear que todos los jóvenes de veinte años le experimentasen, aunque tomasen de su obra algunas ideas incompletas ó exageradas (18).

Aquel libro era la obra de un jóven de treinta años, es decir, en una edad en la que apenas se comienza á conocer el mundo. Filangieri murió á la edad de treinta y seis, antes de haber podido aprender cuánta distancia hay entre las leyes reales y las posibles; antes de haber podido conocer en el ministerio de Hacienda, al que fué llamado, las dificultades prácticas y la imposibilidad de renovar de un golpe y radicalmente á un pueblo. Fué al menos bastante feliz para no ver en una inminente revolucion, á sus utopias desvanecerse ante las severas lecciones del infortunio; y si no tuvo que ostentar su elocuencia en los parlamentarios debates de su patria, tal vez debió á su prematura muerte no haber lanzado el último suspiro ahorcado de una entena en uno de los barcos de Nelson.

Tal vez tambien en otros tiempos intenciones tan osadas hubieran merecido la reprobacion del poder, pero á la sazon una tranquilidad general adormecia á los gobiernos, que seguros por sus tratados con los fuertes, no se cuidaban de la crítica de los débiles, licenciaban sus soldados, dejaban arruinar sus plazas fuertes, y únicamente por hacer algo, cedian al movimiento que impulsaba á las innovaciones, á condicion de que fuesen su obra. Aunque no admitiesen á ninguno de aquellos filósofos en los gabinetes, ó á lo más los destinasen á alguna magistratura consultiva, prestaron oido á sus proyeetos, y permitieron que obtuviesen la publicidad escasa que los libros conseguian, cosa entonces aristocrática. Regularizar mejor los impuestos y hacerlos producir cada vez más; hacer floreciente la agricultura y suprimir las lucrativas vejaciones de los asentistas; abolir las jurisdicciones eclesiásticas y feudales; obligar al clero y á la nobleza á contribuir á las cargas públicas; hacer la justicia más pronta y mejor; dar más seguridad á la inocencia, más instruccion al pueblo, son los resultados que aprovechan á los mismos gobiernos, pues ninguno de ellos se propone, con deliberado intento, embrutecer á sus súbditos. Concedíase, pues, entera libertad á los publicistas para dedicarse á resolver aquellos problemas; pero ningun autor italiano tocaba las bases del poder, ni procuraba sacar al pueblo de su nulidad, bajo el aspecto de la representacion política, ni arrancarle de la frívola indiferencia con que miraba los asuntos públicos.

Lombardia austriaca.—Aunque el Austria sea conservadora por naturaleza, la Lombardía cesó de declinar bajo su administracion. A principios del siglo, las desgraciadas guerras dinásticas la habian abrumado de impuestos. Cuando se le aseguró á Cárlos VI perdió cada vez más su espíritu militar, no proporcionando sino un regimiento de dragones acantonado en Hungria á las órdenes del conde Marulli. Los lombardos se quejaban de que se mantuviesen en su patria tan pocas tropas extranjeras, las cuales habrian consumido sus producciones; y estas quejas eran tanto más vivas, cuanto que los alemanes enviaban á Lombardía los víveres y uniformes para sus tropas, en vez de dejar en el pais el dinero que de él sacaban. Aprovechando la fertilidad del terreno, y mejorándolo, se difundia el bienestar, y el comer bien y la vida pacífica formaban las delicias de gobernantes y gobernados.

Maria Teresa, aunque ni una sola vez llegó á visitar estas provincias, trató de mejorar su administracion, y dejó libre la accion de los municipios, cuya institucion, procedente de los gloriosos tiempos de la Edad Media, bastó para hacer que el pais no cayese en la última miseria, y que reanimándose prontamente se cubriera de caminos, canales y otras obras de utilidad general. La apertura del canal de Paderno (1777) terminó la obra comenzada en una época de libertad, de unir Milan con el Tesino y con el Adda. Proyectóse tambien el establecimiento de un hospital para los pobres, y de una casa de correccion para las culpas leves. El temor del hambre en las fértiles campiñas de la Lombardía sugeria estraños impedimentos á la circulacion de los granos, consiguiendo el producirle. Más graves inconvenientes resultaron aun de conceder la recaudacion de los impuestos á los arrendadores, que se permitian los más irritantes abusos, con objeto de enriquecerse más pronto, y tenian esbirros á sus órdenes para registrar á su antojo el interior de las casas y hacer prisiones. Una ordenanza dada en tiempo del gobernador Firmiani hacia á los padres responsables de sus hijos, y á los amos de sus criados, en lo concerniente al contrabando del tabaco. La tranquilidad doméstica se veia turbada: infames delatores se convertian en instrumentos de atroces venganzas, y nadie se atrevia á dejar ni de dia ni de noche una ventana abierta, por temor de que un malévolo arrojase un paquete de tabaco ó de sal, y causase la ruina de la familia denunciándola.

(18) Segun Leo, Filangieri y Becaria, son culpados de haber roto las barreras que los usos y costumbres habian opuesto en Italia á la invasion de aquellas ideas francesas que propagando una falsa sensibilidad, llevaban á perdonar á los malos con perjuicio de los buenos. El mismo Leo desaprueba á Botta porque muestra simpatia por los reformadores que precedieron á la revolucion, destructores de cuanto las naciones tenian de propio y de histórico; y dice que ante todo conviene observar con qué intencion se hicieron las cosas.

Los filántropos levantaban la voz contra semejantes abusos; y en efecto, el comercio de granos se vió libre de sus trabas: en 1766 se arrendaron las rentas, pero con restricciones que hacian necesaria la presencia de un agente del fisco; después en 1771, quedaron libres; lo que hizo ganar al tesoro 100,000 ducados al año. Desde 1771 hasta 1779, se dedicaron á mejorar la fabricacion de la moneda; después se dió un tarifa para todo el Estado. El Estado, que no contaba en 1749 más que novecientos mil habitantes, tenia un millon ciento treinta mil en 1770; y los ancianos recuerdan aquella época con placer, comparándola tal vez con las que la siguieron. Milan vió entonces sus casas numeradas y alumbradas sus calles; tuvo un jardin público, médicos y farmacéuticos repartidos en justa proporcion. Los mejores profesores fueron llamados á la Universidad de Pavia, sin que una baja envidia hiciese escluir á los extranjeros. Scarpa, Borsieri, Rezia, Spallanzani, Tissot, Mangili, Nessi, Carminati, Franck y Brambilla hicieron hacer progresos á la historia natural y á la ciencia médica. Mascheroni, buen poeta, y Jorge Fontana hacian honor á las matemáticas. Bertola y Teodoro Villa daban preceptos y ejemplo de elocuencia y poesia; Nani y Cresmani sentaban los principios de la jurisprudencia criminal; Volta preparaba descubrimientos que debian verificar una revolucion en la física y en la química; Natali, Zola y Tamburini difundian máximas que se juzgaban liberales en aquella época, al paso que en realidad suprimian el único obstáculo que aun contiene á los reyes, el respeto á la Santa Sede. El observatorio fundado en Brera en 1766 por el jesuita Boscowich, de Ragusa, fué después ampliado en 1773. Abrióse tambien un gimnasio imperial y se estableció una biblioteca. Creóse en las escuelas palatinas una cátedra de economia política y de arte notarial; más tarde se fundó tambien una de hidrostática é hidráulica. Instituyóse un monte-pio para los productores de sedas, con objeto de que los particulares no se viesen precisados por la necesidad á venderla precipitadamente.

Soave.—Organizáronse tambien escuelas elementales; y se confió la vigilancia á Francisco Soave (1743-1816), de Soma, uno de aquellos hombres que, si no hacen adelantar la ciencia, contribuyen á ponerla al alcance de todos. Publicó en union de Campi, del canónigo Fromond, de Amoretti y de Allegranza, una *Coleccion selecta de opúsculos interesantes*. Dió después á luz muchos libros desde el alfabeto hasta la filosofia, necesariamente incompletos, sobre todo en esta última parte. Se apoya en Condillac y en Locke, cuyo *Ensayo sobre las ideas* tradujo, «y á quien llamaba el primero y el más grande de los metafísicos.» (19) Sin embargo, pronto sus obras sirvieron de texto, gracias á su claridad y facilidad; lo que redujo aquella enseñanza á una pedanteria, cuyo resultado era engendrar la presuncion de ser filósofo, sin haber siquiera entrevisto sus primeros resplandores.

El gobierno no concebia recelos de los innovadores. Carli fué llamado á la presidencia del consejo supremo de comercio y de economia pública, en el momento en que el egoismo ofendido presentaba en Viena acusaciones contra Verri; la emperatriz le nombró miembro de la junta creada para los asuntos de hacienda, y después del consejo supremo de economia. La misma emperatriz dió una pension á Jorge Giulini, que reunia las memorias históricas de Milan; y Kaunitz le escitó á continuar aquel trabajo. Se asignaron doscientos escudos de pension á Argellati por su *Bibliotheca scriptorum mediolanensium*. Por otra parte, los mismos gobernadores protegian á los pensadores contra las persecuciones de sus conciudadanos. Imputábase á Vallisnieri haber mejorado su propio museo á espensas del de Pavia; y Firmian proclamó su inocencia en una carta. Sucumbiendo Borsiezi á las persecuciones de los estudiantes y de sus colegas, iba á abandonar su cátedra, cuando Firmian le escribió para alentarle, por ser necesario que permaneciese allí para *honor de aquel establecimiento* (20). Los cobardes que se apresuran á arrojar la piedra al mérito perseguido, no desperdiciaron un momento para hacerle jnsticia cuando le vieron apoyado por los poderosos. La juventud quiso tenerle entonces por rector perpetuo; y cuando, nombrado médico de cámara, marchó en una modesta silla, le escoltó gran trecho.

José II viajó en 1769 por Lombardia, adonde no habia ido ningun emperador desde en tiempo de Carlos Quinto. Creó una magistratura suprema, llamada *camerale*, en la que Carli, Beccaria y Verri tuvieron entrada: el banco de Santa Teresa, para consolidar las deudas públicas; un tribunal de cuentas para examinar y publicar los gastos del Estado y sus rentas. Después de morir su madre, se precipitó en las innovaciones que fueron menos apreciadas por el pueblo, porque no se habian preparado, y habiéndose hecho tirano por amor de libertad, dejó escapar el presente por anticipar el porvenir.

Los gobernadores, que tenian antes mucho poder para hacer el mal é impedir el bien, cesaron de estar investidos con un poder exagerado, cuando Kaunitz concentró el gobierno en Viena. José reunió después en un consejo de gobierno al super-

(19) El autor de la *Protologia*, el padre Hermenegildo Pini, es muy superior, aunque esté casi ignorado.

(20) Verri exagera denigrando á aquel personaje como á un ignorante de orgullo estúpido. Pero Villemain exagera tambien, convirtiéndolo en restaurador de la Lombardia, y alma de los filósofos de aquel pais. (*Curso de literatura francesa, lecciones* XXI y XXII). «La academia sábia y generosa que se formó en Milan bajo la proteccion del conde de Firmian» no era más que una reunion de amigos, en la casa de Verri: no era una academia, ni á Dios gracias estaba protegida.

intendente, la comision eclesiástica, el tribunal heráldico y de salubridad, la comisaria general y la congregacion de Estado. Estableció agentes de policia, que armados con un palo de dia y un fusil de noche, se servian de uno y otro. Cambió los antiguos nombres de muchas cosas, sin más objeto que innovar. Dió un codigo de procedimientos más expeditivo, pero cuyos defectos ya hemos señalado (21). Hizo poner presos en un solo dia á todos los mendigos; y como su sostenimiento era costoso, les devolvió la libertad, bajo juramento de no mendigar más. De esta manera obraba apresuradamente, y deshacia del mismo modo. Arrebatando á las corporaciones la autoridad para concentrarla en el ministerio, desposeyó al pais de las formas tradicionales de la administracion que un previsor legislador reforma sin destruir, y que son para los pueblos la última bandera contra los abusos. Pero Jorge obraba con buenas intenciones. Dirigió á los jefes del departamento una circular sobre el modo de despachar los asuntos públicos, invitándolos á no cuidarse de las formalidades para atender á lo esencial, á escuchar á todo el mundo sin distincion de clases, lenguaje ni religion, pues el deber de un príncipe es no considerar la propiedad del Estado como suya, ni como creados para él millones de súbditos, sino creerse formado por la Providencia para serles útil. Añadia que el aumento de las rentas no forma un buen ministro, que los súbditos no están obligados á contribuir sino con aquello que es de absoluta necesidad para el sostenimiento de la autoridad, de la justicia, del buen órden y del bien del Estado; en fin, que el rey debe recaudar las contribuciones de la manera menos onerosa, y rendir cuentas al público del empleo que hace de ellas.

Piamonte.—El Piamonte, pais anfibio, dice Alfieri, donde el gobierno y la corte eran franceses, las costumbres y las creencias italianas, el rey Victor Amadeo II habia emprendido tambien mejoras. Promulgó, con el concurso de Corsignani y Bersini, un código que debia servir para toda la monarquia, aseguró el pais con fortalezas y reclutas de tropas contra las empresas del extranjero. Embelleció á Turin con edificios. El presidente Pensabene y Francisco Aguirre, que habian sido sus apoyos durante sus contiendas con el papa en Sicilia, le indujeron á suprimir á los jesuitas y á los sacerdotes regulares para restablecer la universidad, y sujetar la enseñanza á reglas uniformes.

Carlos Manuel III.—Victor II abdicó de repente á la edad de setenta y cuatro años (1730), y se retiró á Chambery con Carlota Canale de Cumiana, que se habia unido á aquel príncipe por un matrimonio morgánico Cárlos Manuel empuñó el cetro, despues de haber suplicado á su padre renunciar á aquella resolucion. Pero pronto la falta de ocupaciones, de brillo y de cortesanos pesó á Victor, que trató con intrigas de volver á apoderarse del poder. En su consecuencia, Cárlos Manuel se vió obligado á ponerle centinelas de vista en el castillo de Rívoli, teniéndole separado de su mujer, que le habia sugerido aquella intempestiva ambicion; despues, cuando creyó poderlo hacer sin peligro, los reunió, y le devolvió su residencia de Moncalieri (1732), donde murió lleno de resignacion.

Carlos Manuel III, que hasta entonces habia permanecido separado de los negocios, y cuya educacion habia sido muy mediana, manifestó más cualidades que las que se esperaban de él; y secundado por los consejos del marqués de Ormea, el Richelieu del Piamonte, ayudó con una lentitud prudente al desarrollo de la prosperidad en sus Estados. Ya hemos visto las ventajas que le produjo la guerra, tanto que aseguró por el tratado de Worms una buena parte del Milanesado: con respecto al ducado de Plasencia, que pretendia, obtuvo en compensacion una renta de 328,000 libras, igual á la que producia aquel pais.

El *Codex Carolinus*, que promulgó (1770), pasa por una obra maestra. Reprodujo en él el de Victor Amadeo II, añadiéndole nuevas leyes, para asegurar los efectos; y dispuso la publicacion, «á fin de que todas las provincias, ciudades y municipio obtuviesen el beneficio de una legislacion uniforme.» Procuró armar bien á sus tropas. Revisó él mismo é hizo imprimir, aunque estuviesen reprobadas por la censura, las *Revoluciones de Italia*, de Denina; y contestó á los que le motejaban por esta novedad: *Prefiero los talentos modernos á los viejos pedantes.* En otra ocasion dijo: *No conozco mejor método de estudios para un Estado, que elegir buenos maestros y dejarlos enseñar á su manera* (22).

El conde Juan Bautista Bogino (1701-1784), ministro de Estado, imprimia á la administracion mejor direccion. Se ocupó en terminar el catastro, reformó la moneda, procuró hasta entenderse con los demás príncipes italianos para hacerlas uniformes en la Península; se dedicó á renovar los estudios, hasta entonces descuidados, y libertó á la Saboya de las manos muertas y de los lazos feudales.

Erigida la Cerdaña en reino, cesaba de ser una de aquellas provincias de que se sirve la diplomacia como de un punto de apoyo para igualar los pesos en la balanza. Convertida en propiedad inalienable, adquiria mayor importancia, por su reunion á la pequeña Saboya, que con la España de extenso territorio. Bogino hizo conocer su valor, y procuró entonces hacer desaparecer poco á poco las desigualdades establecidas por la España, proteger la agricultura con bancos de socorro, destruir los salteadores, las venganzas sangrientas, y las rivalidades entre las dos facciones en que se dividia la isla. Volvióla á poblar por medio de colonos,

(21) Véase el cap. 21.

(22) ROBERTI.

sobre todo, con personas de Tabarca. Hizo describir por diferentes sabios aquel ignorado pais; fundó en él las universidades de Cagliari y Sassari; de lo que resultó que la lengua italiana se hizo más general que la española, y fué muy económico en dar empleos en la isla á los extranjeros.

Sin embargo, el temor á las innovaciones penetró en el reino, como tambien el respeto á absurdas preocupaciones. Trabas que se destruian en otras partes se sostenian y fortificaban allí. En torno de la corte se estendió un aire mefítico, y Alfieri, Lagrange, Denina, Berthollet, Bodoni tuvieron que renunciar á respirar el aire de su patria.

Toscana.—Los príncipes loreneses que sucedieron á los Médicis encontraron á la Toscana sujeta á una dulce obediencia, y entregada á los abusos del poder. El estatuto florentino, reformado en 1415, suplia las imperfecciones de los estatutos parciales de que subsistian cerca de mil quinientos, y tomando lo mejor de la antigua jurisprudencia, reprimia el feudalismo. Pero Cosme I trató de buscar dinero, apoyo y concurrencia de extranjeros, repartiendo feudos, y se formaron muchos señoríos casi imperiales como granducales. Subsistian aun cuarenta y siete feudos, y sus arrogantes señores insultaban las leyes. La familia Borbon habia sido investida por los emperadores del feudo del Monte de Santa María, situado en el confin de los Estados del papa, y en lugar montuoso, y por lo tanto propio para facinerosos y bandidos á quienes empleaban los marqueses para sus demasías. La parte de la familia que allí habitaba era pobrísima; otra parte, por el contrario, muy rica, se situó en Cortona y era envidiada de sus primos. Uno de éstos, Juan Bautista, con nueve hermanos de igual valor, y principalmente Raimundo, fraile apóstata y libertino, insultó al marqués Anton Maria de Cortona. Reprendido por la regencia, se dió á la vida de bandolero, y se hizo terrible en todas las cercanias. Apresado, y reducido á prision en Cortona, acudieron á las armas sus hermanos; Raimundo con más de cien satéliles, fué á ponerlo en libertad; y sólo con el envío de tropas pudo acallarse el terror de las ciudades vecinas. Entonces los Borbones volvieron al territorio pontificio, y fray Raimundo y otro hermano fueron después condenados á galeras por asesinos; y los demás encerrados en un convento de Franciscanos, de donde salian á robar de cuando en cuando. Habiendo asaltado el castillo de Pian Castagnajo en el territorio de Siena, fueron rechazados, pero costó mucha sangre. Por tanto, la regencia (1754) puso precio á sus cabezas, y publicó edictos impregnados de la ferocidad de aquella legislacion; premióse al que asesinó alguno, y se comenzó un proceso, que embrollado por los privilegios, duró muchos años, faltando el efecto del ejemplo, aunque aquéllos fueron castigados (23).

(23) ZOBI, *Historia civil de la Toscana*, lib. II, c. 4.

Las leyes del gran ducado, aunque sabias, las más veces, eran ampulosas y oscuras en el estilo, y como no se abolian las anteriores, causaban un inexplicable embrollo muy oportuno para los malvados. Las penas eran por lo comun atroces y desproporcionadas, estando aun en vigor los sanguinarios edictos de Cosme I con los rebeldes (24). Como en todas partes el sistema de hacienda era complicadísimo, estaba mal separado el patrimonio público del alodial de los Médicis; y Cosme III intentó añadir á su patrimonio privado todos los bienes inmuebles urbanos ó rústicos del Estado (25), y las adquisiciones hechas ya por el beneficio de las tierras, ya por las confiscaciones ó penas pecuniarias, sucesiones, impuestos y regalias. La deuda pública que al advenimiento de los Médicis no pasaba de cinco millones de ducados, llegaba á su salida á los catorce; cantidad enorme para una poblacion apenas de novecientos mil habitantes y que se veia privada de sus antiguos recursos. El comercio habia decaido así por las razones generales, como por haber continuado traficando los primeros duques con evidente daño de sus súbditos, á los cuales estaban tambien cerrados los puertos de Africa y de Levante, desde que la Orden de San Estéban se consideró en guerra perpetua con los musulmanes. Las manos muertas, las encomiendas de Malta y de San Estéban, los fideicomisos, las múltiples servidumbres de pastos, monteria y de cortar leña, perjudicaban á la propiedad, y hasta la obra de secar las marismas se hizo ilusoria por el derecho que habia de apacentar los ganados en los campos sembrados; y en algunos lugares debian permanecer las tierras tres años en barbecho, y sembrarse uno. El aldeano estaba obligado á tener limpios los fosos de los caminos, y estar con su persona y sus carros á las órdenes del municipio. En otros puntos, el vecino tenia derecho á hacer una nueva siembra después que el propietario cogia la cosecha.

En Toscana, desde el Concilio de Trento, competian al nuncio las causas relativas al fuero eclesiástico; las de apelaciones interpuestas por los obispos con facultad de inhibir los secuestros y conceder la restitucion *in integrum*, nombrar escribanos, doctores en teologia, derecho canónico y civil, en medicina y en artes; dispensar los defectos de nacimiento ó corporales para ser ordenados; otras dispensas relativas á los beneficiados, ya de pecados ocultos, ya de casos reservados; conmutar votos, perdonar juramentos para poder negociar; legitimar bastardos, y dispensar otras irregularidades excepto el homicidio y lesa-majestad; entrar cuatro veces al año en monasterios de mujeres con tres señoras honestas; enajenar y gravar con censos los bienes eclesiásticos por causa evidente de utili-

(24) V. GALLUZZI, *Hist. del Gran Ducado.* PIGNOTTI, *Hist. de la Toscana.*

(25) *Motu propio* del 6 de diciembre de 1721.

dad; tomar posesion de los beneficios vacantes; conceder indulgencias por siete años y dispensas para comer alimentos prohibidos.

Subsistia además el tribunal de la Inquisicion. Un tal fray Cimiro, comisario de la Inquisicion en Siena, hizo prender y golpear fuertemente al marido de una querida suya porque se oponia á tales tratos. El capitan de justicia formó causa sobre el hecho, y el vicario del Santo Oficio arrestó al torpe fraile que halló medio de escaparse; sus cómplices fueron condenados, y se convino en que en el Santo Oficio no entrarian más que nacionales. Esto dió motivo para hablar de la Inquisicion y examinar sus hechos; pero habiéndose estendido los fracmasones por el pais, hasta el grado de contar, decian, treinta mil en Florencia, el Santo Oficio se asustó y puso presos á varios, entre otros á Tomás Crudeli, que ostentaba más fuego en sus discursos y más ideas en sus versos, que lo que era de costumbre entonces. Encerrado, pues, é imputándosele tambien secretos é irreligiosos pactos con el inglés Storch, sufrió las angustias de un procedimiento secreto, que prolongó la necesidad de enviar á Roma los documentos de su instruccion; por fin, el gobierno lo mandó sacar de las prisiones eclesiásticas y ponerlo en las suyas. Terminóse el proceso y se le desterró por toda su vida á su casa de Pioppi, donde se le impuso la penitencia de recitar los salmos penitenciales una vez al mes, lo que tuvo que jurar sobre los Evangelios (26).

Leopoldo I.—Ya Francisco de Lorena habia comenzado á destruir los abusos y las trabas, á libertar las propiedades, á aniquilar los restos del feudalismo, atrayendo á sí el poder legislativo y judicial. Aceptó el calendario gregoriano aboliendo la era pisana (27), y reorganizó la administracion, la eleccion de los empleos del ejército, y las demás prerogativas. Maria Teresa nombró tutor de Pedro Leopoldo al marqués Botta Adorno, grande insulto hecho á la opinion pública que prorumpió en maldiciones aun en medio de los aplausos de la corte. Después el mismo Botta fué enviado de comisario imperial á Pavia con una pension de ochenta y cuatro mil francos á cargo de la pobre Toscana. Leopoldo tenia poco talento, pero recta voluntad y arte de elegir los consejeros, entre los cuales sobresalieron Angel Tavanti, buen hacendista; Francisco Gianni, Julio Rucellay y Pompeyo Neri. Dedicóse á las reformas creyendo que no cumplia al bien de los pueblos ni á la seguridad de los príncipes aquel lujo de soldados, de policía, de cárceles, de obstáculos á la libertad; y tal vez sus reformas sean las únicas del siglo pasado que hayan sido duraderas, porque se fundaban en la naturaleza de aquel pueblo, y en las necesidades de progreso que toda nacion educada esperimenta.

La antigua república, formada por la agregacion sucesiva de pequeños Estados, cada uno con sus privilegios y su jurisdiccion particular, habia dejado un órden de justicia civil muy vicioso, y leyes que variaban y eran diferentes en la ciudad, en los campos y en las provincias. Los Médicis habian tratado siempre de concentrar en sus manos el poder directo é indirecto de la soberania, sustituyendo las costumbres monárquicas á los antiguos usos democráticos, y reduciendo el Estado á patrimonio doméstico. El tribunal supremo que tenia las atribuciones del señorío, quedó reducido á tribunal civil; el senado, de cuarenta y ocho notables, perdió su jurisdiccion; el consejo de doscientos jefes de familias plebeyas subsistia sólo en el nombre, habiendo pasado los negocios al fisco y al consejo privado. Las universidades de artes conservaban sus estatutos y tribunales propios, de modo que en Florencia habia treinta tribunales además del supremo. Los empleos por lo general eran hereditarios; y los que antes solian darse por votacion popular, para evitar intrigas se daban por suerte, obteniéndoles generalmente hombres ineptos á quienes era preciso ponerles asesores; y el Estado pagaba á unos y á otros. Además los florentinos teniaa privilegios sobre el campo y las provincias, y el territorio de Sena se consideraba todavia como pais de conquista. Leopoldo uniformó la legislacion, y separando á los magistrados inútiles, y reduciendo el número de jueces á un número menor y de individuos escogidos, promulgó una nueva ley de procedimientos, y encargó á José Vernaccini, y después á Miguel Ciani, redactar un código que continuó Lampredi, pero que interrumpió la Revolucion. Conociendo que la severidad impedia mucho menos los crímenes que los castigos moderados pero prontos y ciertos, acompañados de una exacta vigilancia, suprimió la pena de muerte, á la que la sustituyó de trabajos forzados. Abolió toda inmunidad, todo privilegio personal ó derecho de asilo; y al mismo tiempo el tormento, la confiscacion, los procesos por crímen capital, el juramento de los presos, las delaciones secretas, las acusaciones contra los parientes, los *procesos de cámara*, que se instruian secretamente y en los que los acusados no podian defenderse; las declaraciones de los testigos oficiales, las sentencias en rebeldia. Las multas debian formar un fondo destinado á indemnizar á

---

(26) Véase á Antonio Francisco Pagani, *Hist. de la Inquisicion de Toscana*, Florencia, 1783. En aquellos tiempos debió causar mucha impresion el apólogo de Crudeli, en que un hombre viendo devastado su jardin por una liebre, acudió al rey y éste llegó con un ejército entero que arruinó el jardin, la casa, y hasta las cercas é

Hizo en menos de una hora tales daños
Que las liebres de un reino unidas todas
No hubieran ciertamente
Causado tal desastre ni en cien años.
Pueblos, si entre vosotros hay pendencia,
No llameis que os ayude un rey potente;
Sírvaos de advertencia
Que no se empeñe nunca en vuestras guerras
Y que no entre jamás en vuestras tierras.

(27) Fué en 1750. Los protestantes de Alemania le habian aceptado en 1700; la Inglaterra no se decidió por él hasta 1751.

los que habian sido presos injustamente. Estos eran los buenos ejemplos que daba el padre de Francisco I.

Los Médicis habian destruido la libertad, pero no los inconvenientes que produce, y entre otros el sistema de las aduanas, que aislaba á las ciudades unas de otras, donde los estatutos locales imponian derechos y medidas funestas á la industria. Leopoldo (1781) sustituyó á aquel estado de cosas una contribucion única en todo el gran decado, permitió á toda mercancia entrar, salir y circular libremente; declaró libre el tráfico de la seda, los precios de venta, el comercio de los bienes de toda clase; estableció una única tarifa, construyó caminos nuevos, abrió canales y lazaretos, y protegió á aquellos que establecian manufacturas. Rompió los lazos que los gremios de arte y oficios imponian al ejercicio de la industria; abolió los servicios personales de los aldeanos, los monopolios, las exenciones, los fideicomisos; descargó á las propiedades de la servidumbre del pasto público, que impedia cercar las tierras; hizo vender los bienes comunales; confió la administracion de los ayuntamientos á los que tenian interés en su prosperidad, es decir, á los mismos propietarios, sin dependencia del gobierno; fundó casas de educacion hasta para las doncellas, hospitales para los pobres, conservatorios para las artes, y mandó se enterrase en los cementerios y que se considerase ciudadano de Toscana al extranjero que tuviese en ella propiedades. La uniformidad de la legislacion produjo entonces una reparticion más igual de derechos y fortunas. La agricultura se repuso; Jimenez, Ferroni, Fantoni se ocuparon del desagüe de las marismas, y la de Siena se cultivó y se pobló en lo posible. El éxito fué aun más completo en el valle de Nievole, en el de Chiana y en los alrededores de Pietrasanta, adonde se llamaron habitantes de fuera sobre todo de la Romaña, dándoles subvenciones y tierras á bajo precio (28).

Leopoldo abolió los arriendos del impuesto, que pesaba fuertemente sobre el pueblo y producia poco al tesoro; renunció á ciertos monopolios esclusivos que eran onerosos á sus súbditos y á la obligacion impuesta á cada familia de comprar una cantidad determinada de sal. Permitió libremente el cultivo del tabaco, la venta de los aguardientes, y las fundiciones de hierro: no sólo llenó los vacíos causados por aquellas reformas, con una recaudacion más económica, sino que aumentó las rentas en 1.237,969 libras al año; y en el espacio de treinta y siete años, redujo la deuda pública de 87 millones y medio á 24, empleando en ellos su propia fortuna y el dote de su mujer. Gastó 30 millones en mejoras, y dejó cinco en el tesoro á su sucesor, después de haber embellecido la capital y los sitios reales. Con el objeto de que la Toscana gozase de la paz y lo aparentase, suprimió todos los buques de guerra, y en su consecuencia, á los caballeros de San Esteban. Proyectaba además una constitucion bastante liberal para la época de la cual se hizo un esperimento en 1772 en algunos pueblos, otro en 1774 en el territorio de Florencia, y otro por último en 1777 en el gran ducado, todos muy poco á gusto de los nobles. (29)

«Persuadido de que el mejor medio para adqui-

(28) Respecto del reinado de Pedro Leopoldo, son interesantes las notas puestas á la *Vida de Ricci por de Potter*, 2.ª edic. Bruselas, 1827. La vida es más que otra cosa, una diatriba escrita con poco criterio y menos exámen.

(29) De Potter publicó, no la constitucion de Pedro Leopoldo, sino una Memoria del senador Francisco Maria Gianni, refugiado en Génova en 1799, escrita en 1805. Esta memoria es un panegírico de Leopoldo hecho con cortés discernimiento. En ella se enumeran los reglamentos sucesivos del gran duque preparatorios para una constitucion, partiendo del principio de que para gobernar dignamente á los hombres en sociedad, no debe ser la constitucion un acto arbitrario de la voluntad de los reformadores, sino que debe apoyarse en las cualidades físicas y naturales, y ser compatible con el carácter de la nacion para quien está destinada. Lepoldo dirigia precisamente todas sus reformas á organizar el gobierno de manera que la nacion se hiciese capaz de recibir una ley fundamental purgada de los principales defectos de la antigua legislacion y de los vicios de una administracion que jamás habia oido los votos del pueblo, ni modificado con arreglo á éstos las resoluciones del poder, ni dado cuenta de sus actos sino en secreto y al príncipe. Tales cosas no habrian servido más que de obstáculo á las asambleas si anticipadamente no hubiesen sido reformadas.

Venian después las asambleas comunales para recibir las peticiones de los habitantes, discutirlas y examinar cuáles eran las que merecian ser enviadas á las asambleas provinciales. En éstas se elegian los diputados encargados de componer la Asamblea general y de exponer en ella los deseos de los pueblos y de las provincias. Por este medio se queria hacer llegar al trono la expresion de las necesidades del pais. El gran duque y la nacion debian concurrir á la formacion de las leyes, siendo aquél el encargado de su ejecucion, y concediéndose el derecho de peticion á todos los ciudadanos. Con tanto discutir en tantas asambleas, debia acostumbrarse á éstos á conocer los intereses locales y comunes y las leyes: cosas que hasta entonces habian sido un arcano.

La base de su política era la perfecta neutralidad con las demás naciones, aun con las berberiscas, tanto por mar como por tierra; no hacer alianzas ofensivas ni defensivas con ninguna ni recibir proteccion; no fabricar fuertes, y dejar los existentes sin artilleria; ejército muy poco numeroso y compuesto de naturales del pais; libertad completa de comercio sin restricciones ni aun provisionales; no obligar nunca al Estado á pagar subvencion alguna á la casa real fuera de las consignadas en la lista civil; no aumentar el territorio ni cambiar ninguna parte de él; no dar á los príncipes de la familia reinante beneficios eclesiásticos dependientes del patronato régio, ni conferirles empleos civiles ni militares en el Estado. El gran duque nombraba los empleados judiciales, militares y civiles y los obispos de la manera prescrita en la constitucion. Así en la misma época en que se decia que *el rey era todo y la nacion nada*, aquel austríaco proclamaba los derechos de la nacion é

rir el gobierno la confianza del pueblo, es hacer conocer á los ciudadanos los motivos de las órdenes que se hacen sucesivamente necesarias é informales claramente del empleo de las rentas públicas, en atencion á que el misterio inspira la desconfianza y hace desconocer las intenciones del príncipe y de sus agentes,» Leopoldo hizo publicar el estado de las rentas y las principales disposiciones relativas á las diferentes fuentes de la prosperidad pública. El mismo dió cuenta de lo que habia hecho en un libro titulado *Gobierno de la Toscana en el reinado de Leopoldo II.*

Pero como todo lo hacia él, el pueblo ni entendia ni se cuidaba de los negocios públicos, despreciando cada vez más su estudio, viéndolo reservado para el gobierno. Así Leopoldo pudo hacer y deshacer sin temor, lastimar intereses y opiniones y ser déspota filósofo.

Obstinado en reformar costumbres é ideas, llegó á poner límites hasta al lujo de los ricos y á los gastos de la toma del velo en los conventos de monjas. Las lisonjas de los cortesanos y de los aduladores le envanecieron; y cuando le faltaron los hombres ilustres que habia encontrado, no supo elegir otros nuevos. Pompeyo Neri, que aunque reformador, parecia lento á la impaciencia de Leopoldo, murió disgustado, y decia: «La buena fe es como la moneda, que si el soberano la deteriora, él es el primero que siente los peligrosos, grandes y continuos efectos de su extravío: lo mismo sucede respecto de la fe pública, que si una vez se altera, el soberano es el primero que experimenta las siniestras consecuencias de la desconfianza que ha inspirado. Por eso el soberano en todas partes, cumpliendo con la esencia de la soberanía, es y debe ser siempre el mejor caballero de su país.» (30)

Leopoldo, por el contrario, desmoralizaba el poder con su doblez, y mientras decretaba que no se admitiese ninguna acusacion no firmada, enviaba órdenes á los tribunales para que admitiesen las delaciones anónimas; mientras prohibia los procesos ecónomicos y fiscales, los autorizaba todavia con investigaciones secretas; y aunque estableció una compensacion para los acusados declarados inocentes, jamás se dió á ninguno (31). La libertad de cortar leñas despobló las cumbres del Apenino. El presidente del buen gobierno era odiado, pero no temido. Se contrapuso al preboste y á sus esbirros un inspector de polícia; pero se embrollaban el uno al otro, y el inspector Chelotti, fomentando bajamente la vil aficion de Leopoldo á espiar las acciones de los demás y á escuchar delaciones (32), tuvo más influencia con él que si hubiera sido su ministro; y abusó de tal manera de ella, que produjo una verdadera sublevacion en Florencia (9 de mayo de 1774), en que quisieron los granaderos matar á los esbirros. El Gran Duque pudo calmarla derramando no poca sangre y castigando principalmente á los soldados, con lo cual dió al traste con lo poco que quedaba de órden militar; después licenció por completo la guarnicion, confiando la defensa y el mantenimiento del órden en el ducado á compañias cívicas (1780). De este modo quitaba la fuerza al gobierno.

Otro de los escollos en que tropezó fué su intemperancia en las cuestiones religiosas. Las ideas del siglo impulsaban á los gobiernos á desear la independencia; y los príncipes, desconociendo que es necesario que la religion no sea esclava ó enemiga, sino libre cooperadora, y posponiendo la fuerza de los sentimientos y de los hábitos, querian separar á la Iglesia de la nacion y hacer que ésta hollase la autoridad sagrada para que después se dejase hollar más á mansalva por la profana. Aspiraban, pues, á emanciparse de aquella tutela bajo la cual habian crecido durante la Edad Media, á anular los privilegios que los súbditos podian oponer á su única voluntad, y á extender la autoridad temporal aun sobre las materias eclesiásticas. A las decisiones de los papas se sustituian las de los diplomáticos. En la época de la paz de Utrecht se dispuso de los feudos de la Santa Sede sin siquiera consultarla, y el Austria adquirió al lado acá de los Alpes, la preponderancia de que gozaba antes el papado. Los pontífices tuvieron que luchar en aquel siglo con el deseo de emancipacion de los príncipes.

Clemente XI, 1700.—Ya hemos hablado en otra parte de las bulas sobre el jansenismo y sobre las misiones de la China; bulas publicadas por Clemente XI, aquel digno pontífice, que fué uno de los primeros en favorecer los estudios orientales. En el momento en que los turcos amenazaban á Corfú, intentó despertar el espíritu de las cruzadas, impuso una contribucion á todo el clero de Italia, envió á Venecia el dinero procedente de la cámara apostólica y de los cardenales, instó á los reyes de Portugal y España, al gran duque y á la república de Génova á sostener el Estado de San Marcos. Le parecia que importaba sobre todo al emperador, como rey de Hungria, rechazar á los turcos; pero aquel príncipe lo dilataba por temor de que la España se aprovechase de ello. Clemente pensaba, pues, como los papas de otro tiempo; y cuando los españoles invadieron la Cerdeña, se encolerizó contra Alberoni, hasta el punto de negarle las bulas de arzobispo de Sevilla y de llegar

---

inspiraba al pueblo los sentimientos de una sana libertad civil.

Por último, aquella constitucion se fundaba sobre un derecho de peticion extensísimo, suponiéndose siempre que el príncipe satisfaria las necesidades del pueblo en el momento en que las conociese.

(30) Decisiones de Juan Buenaventura Neri-Badia, tomo II, pág. 466.

(31) Zobi, *Historia civil de la Toscana*, tom. II, página 437.

(32) Hubo año en que solo los espias costaron 73 mil escudos.

á un rompimiento con Felipe V. Prestando oidos á las reclamaciones del obispo de Lipari, con respecto á ciertas rentas que se le debian, escomulgó á cinco diócesis de Sicilia; pero Victor Amadeo, que era entonces rey de aquella isla, prohibió obedecer al pontífice (1715), en virtud del privilegio atribuido á la monarquia siciliana. De aquí deplorables trastornos en aquella desgraciada isla, que se encontraba privada de los consuelos de la religion, al mismo tiempo que Victor castigaba de una manera atroz á aquellos que obedecian el entredicho del pontífice. Dos facciones surgieron armadas una contra otra, y cerca de tres mil eclesiásticos que se habian inclinado ante los rayos de Roma, fueron á buscar un refugio al lado del papa, que gastó en su sostenimiento 60,000 escudos romanos, y abolió el tribunal de la monarquia siciliana. Victor Amadeo se encontraba ya, pues, indispuesto con la Santa Sede, cuando el papa pretendió que tuviese que recibir de él la investidura de la Cerdeña, por la antigua soberania del pontífice sobre las islas: á la negativa de Victor, Clemente XI cesó de dar la investidura á los obispos, y las sillas permanecieron vacantes.

Inocencio XIII, 1721.— Inocencio XIII (Miguel Angel Conti), que sucedió por muy poco tiempo á Clemente XI, terminó la diferencia relativa á la Sicilia, y dió la investidura del reino á Cárlos VI, libertándole de la prohibicion de reunir á ella la corona imperial.

Benedicto XIII.—Después de él, Benedicto XIII (Pedro Francisco Orsini) (1724) estableció que en el reino de las Dos Sicilias se decidiesen los asuntos eclesiásticos, escepto las causas mayores, en primera instancia por los ordinarios, en segunda por los arzobispos, y en apelacion ó última por un juez revestido de dignidad eclesiástica, y nombrado por el rey con autorizacion del papa. De esta manera se encontró restablecida de hecho la judicatura siciliana. Por su parte, Cárlos VI cedió á Comacchio, que habia sido ocupado con violencia, sin reconocer, sin embargo, ningun nuevo derecho á la silla pontificia.

Cuando Felix V abdicó el papado que le habia conferido el concilio de Basilea, Nicolás V se obligó á no disponer de ningun beneficio en los Estados de Saboya. Resultaron de aquí grandes contiendas; en fin, Benedicto XIII dió fin al desórden de Cerdeña reconociendo á Victor Amadeo por rey de la isla, con derecho de patronato sobre las iglesias reales, y de presentacion para las sillas metropolitanas, los obispados y las abadias. Por su parte, Victor prometió emplear en bien de la Iglesia las rentas de los beneficios vacantes, y obtuvo por *via de tolerancia*, el que las bulas romanas fuesen visadas por el rey.

Benedicto XIII habia sido dominico: acostumbrado á obedecer, aceptó la tiara por obediencia, y nunca se separó de las costumbres del claustro. No quiso guardias; sus aposentos estaban dispuestos con una sencillez monástica: á menudo iba á comer á la Minerva con sus hermanos de religion, y besaba la mano del padre superior. No permitia que los sacerdotes se arrodillasen delante de él, y obrando como un obispo ó un párroco, visitaba las iglesias y los hospitales. Alejó á sus sobrinos de Roma, pero se sometió á la influencia del cardenal Coscio, enteramente popular; suprimió la loteria de Génova y otros onerosos impuestos; pero no conociendo el valor del dinero, gravó con esto el estado de las rentas. Canonizó á Gregorio VII, cuyo oficio mandó que se recitase, á cuya órden se opuso con la fuerza la corte de Viena.

Clemente XII.—En el tempestuoso cónclave que siguió á su muerte, se vió aparecer por primera vez, con el partido imperial y el franco-español, al saboyardo; lo que contribuyó á multiplicar las exclusiones. En fin, Lorenzo Corsini fué proclamado con el nombre de Clemente XII; tenia setenta y nueve años (1730), y nunca habia conocido los negocios; pero poseia un talento justo, y sus intenciones eran buenas. Abandonó al odio público á los favoritos de su predecesor, y se propuso por objeto devolver la concordia á los príncipes que se disputaban los restos de la Italia, aunque defendiendo los derechos de la silla pontificia, cualquiera que fuera el que los amenazara. Continuó la obra de su homónimo, embelleciendo el Vaticano, cuyas colecciones de obras maestras enriqueció; hizo colocar en el Capitolio el Museo Albani, que se compró en 76,000 escudos.

Benedicto XIV. — Después de su muerte, la lucha en el cónclave duró seis meses, en atencion á que los celos se oponian á aquel que designaba la eleccion de las potencias; en fin, se proclamó al hombre en quien menos se pensaba, á Próspero Lambertini (1740), de Bolonia; tenia sesenta y cinco años, y no se recomendaba tanto por sus severas costumbres como por sus buenos escritos (33), por la ciencia canónica, y, sobre todo, por un carácter amable y por su condescendencia con las ideas de la época.

Con el objeto de que su clero no permaneciese atrasado en medio de los progresos del siglo, fundó en Roma cuatro academias para las antigüedades romanas, las cristianas, la historia eclesiástica y la de los concilios, el derecho canónico y la liturgia. Formó un museo cristiano, compró para el Vaticano la biblioteca Ottobuoni, que poseia tres mil trescientos manuscritos, y creó las cátedras de química y matemáticas en el colegio de la Sapienza, con una de pintura y otra de escultura en el Capitolio. Los padres Boscowich y Cristóbal Maire midieron por órden suya dos grados del meridia-

(33) Las obras de Lambertini fueron publicadas por el jesuita Manuel de Acebedo, 12 tomos (Roma, 1747 y siguientes). Los cuatro primeros contienen su más importante obra, *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione*, dirigido á deshacer los argumentos de los protestantes y tambien á hacer más prudente á la curia romana en decretar los honores de los altares.

no; regularizó los derechos de las iglesias de Oriente, haciendo grandes concesiones; reprimió las supersticiones estableciendo prudentes reglas para la santificacion; disminuyó el número de los dias feriados, renovó las antiguas penas contra el duelo, arregló la justicia en Roma, y quiso que el comercio fuese libre entre la capital y las provincias. El hijo de Walpole le elevó un monumento en Inglaterra con esta inscripcion: «Amado de los católicos, estimado de los protestantes, papa sin nepotismo, monarca sin favorito; y á pesar de su talento y su saber, doctor sin orgullo y censor sin severidad.»

Con respecto á los derechos pontificios, ascendido Benedicto XIV á la Santa Sede en medio de las contiendas, y no teniendo tal vez, como boloñés, grande idea del papado, se habia decidido, por interés de la paz, á disminuir sus pretensiones. Se reconcilió con la España cediéndole la colacion de los pequeños beneficios, escepto cincuenta y dos; lo que hizo perder á la dataria 34,000 escudos al año (34). Obró del mismo modo con el rey de Cerdeña, al que confirió el título de vicario perpétuo en cuatro feudos disputados, á condicion de que ofreceria cada año un cáliz de oro de valor de 1,000 escudos. Confirmó una ordenanza del rey de Portugal, al que concedió el título de *Fidelísimo*, en cuya ordenanza se mandaba que los bienes de las personas sentenciadas por la Inquisicion se confiscasen en provecho de la cámara real, y que las apelaciones de este tribunal fuesen, no al papa, sino al rey. Le autorizó además para que confiriese todos los obispados y abadias del reino, y sacase del clero sumas de dinero para hacer la guerra en la India.

Clemente XIII.—La Rusia, la Prusia y la Inglaterra, potencias preponderantes, eran herejes; se habian establecido obispos griegos en Polonia; habíase levantado el partido protestante en union de los frebonianos en Alemania; los ingleses ponian trabas al comercio de las colonias; en los mismos paises católicos se manifestaba una incredulidad orgullosa y servil. Era, pues, cada vez más difícil la posicion de los papas. Sin embargo, el veneciano Cárlos Rezzonico (1758), que sucedió á Lambertini, rechazó su condescendencia. En su celo por conservar la integridad del patrimonio de la Iglesia, encontró indigno que las potencias se abrogasen el derecho de disponer del ducado de Parma y de Plasencia, antiguo feudo de la Santa Sede; pero de esta manera se enajenó la voluntad de todas las ramas de la casa de Borbon. El parlamento de París declaró injusto, ilegal, contrario á la autoridad de las potencias, el breve que publicó con respecto á esto. Un cuerpo napolitano amenazó con invadir el Estado de la Iglesia; pero el pontífice dijo: *Aun cuando tenemos fuerzas que oponerle, nos abstendremos de hacerlo, no queriendo como padre comun estar en guerra con ningun príncipe cristiano, y aun menos con los príncipes católicos. Espero que los soberanos no harán recaèr su enojo sobre mis súbditos, inocentes de este asunto. Si de mí tienen queja, y piensan derribarme, como mis predecesores, elegiré el destierro antes que hacer traicion á la causa de la religion y de la Iglesia.* Aquel digno lenguaje no impidió el abuso de la fuerza: los franceses ocuparon á Avignon y el condado Venesino (1768), al paso que los napolitanos invadian á Ponte Corvo y Benevento. Queriendo tambien el Portugal ostentar vigor, prohibió como crímen capital, publicar el breve pontificio ó guardarle en su poder. Venecia disminuyó la jurisdiccion eclesiástica. Clemente se hallaba combatido entre la idea del deber y las exigencias de los reyes, que además se unieron para pedir la abolicion de los jesuitas. Ya hemos referido lo que resultó; pero nuevos embarazos surgieron al pontifice por parte de Parma.

Parma.—Don Felipe (1748), que habia llegado á ser duque, acostumbrado al lujo de la corte de Luis XV, con cuya hija querida, Maria Luisa Isabel, se habia casado, no podia acomodarse á sus módicas rentas; en su consecuencia, el rey de España, además del pago de sus deudas, le asignó una pension de 250,000 libras. Confió la hacienda á Guillermo de Tillot, de Bayona, hombre hábil y desinteresado, y de las ideas de la época. Paziandi, á quien se llamó de Roma, reorganizó la universidad, en la que enseñaron Valdrighi, el hebrai-

(34) Encontramos un ejemplo del deplorable sistema de concesiones á que la corte de Roma se veia reducida por las insaciables exigencias de Isabel de Farnesio. Como no encontraba corona que dar á su tercer hijo, le hizo nombrar por su marido arzobispo de Toledo, que es el primero y más rico de España, aunque no tenia más que siete años. Clemente XII negó las bulas de investidura, que le hubieran vuelto escandalosamente á la época de Marozia y Lecapene; pero se vió molestado por todas partes, y todos sus despachos se interceptaban y abrian descaradamente. En vano fué que asignase al príncipe-niño una gran pension sobre aquel arzobispado: se queria á la vez el lucro y el honor. En fin, el sucesor de Gregorio VII se resignó á soncedérselo, añadiendo esta cláusula, que, «una vez llegado el infante á la edad canónica, seria confirmado en la dignidad archiepiscopal, si tenia la aptitud exigida para ello por los cánones.» Esta cláusula pareció ofensiva, causó increible descontento, hasta el punto de que el papa la anuló; y para colmo de debilidad, nombró al cardenal infante. Regocijóse la corte de Madrid, y en *cambio* se decidió que se daria á los cardenales el título de *eminencia*, en lugar del de *ilustrísima*. Aun no fué esto bastante: la corte de España pidió que se reuniese el arzobispado de Sevilla al de Toledo, y á pesar de las prescripciones del concilio de Trento, el papa consintió en ello. El primero producia 100,000 escudos, y el segundo 200,000. El rey de España exigió luego después al papa la facultad de exigir el diezmo de todos los bienes eclesiásticos; y el papa Benedicto XIV la concedió, recomendando verbalmente que no se sirviesen de él para inquietar la tranquilidad de los príncipes católicos. Varios cabildos se opusieron á aquella medida; pero la Inquisicion castigó á los que se atrevieron á desaprobar la concesion de la Santa Sede, y las armas reales los redujeron á la obediencia.

zante Derossi, Silvane, el padre Venini, Angel Mazza, Pageol, Capretta, Bella, Huberti, Giordani; el obispado de Parma fué dado á Torchi, afamado por su elocuencia, y se llamó á Parma á Bodoni de Saluzzo, tipógrafo superior. Nombróse ayo del jóven Fernando, hijo del duque, al abate Condillac: y Millot escribió para él el primer *Curso de Historia universal;* Mably los *Discursos sobre el estudio de la historia,* con arreglo á la escuela filosofista francesa. Muy lejos de inspirarle la idea de la omnipotencia del príncipe, sus Mentores le manifestaban la necesidad de limitarla, y respetar los derechos de los pueblos, cuyos males procedian de la injusticia de los gobernantes. Pero parece que sobrecargaban la memoria de su discípulo, en lugar de fortificar su juicio; lo que hizo que una dama predijese que harian de él un hombre á los diez años, y un niño á los veinte.

Habiendo sucedido Fernando á su padre á la edad de catorce años (1765), concedió toda su confianza á Tillot, que pensando enteramente como Aranda y Pombal, no tardó en indisponerse con la corte de Roma; comenzó por negarle el tributo que reclamaba por la investidura; impidió las liberalidades de los fieles para con la Iglesia; declaró que los establecimientos de manos muertas no podian adquirir la entera propiedad de los bienes-raices, y que aquellos que les correspondiesen debian conferirse á un seglar ó ser vendidos en el término de un año, de cuya prohibicion sólo se esceptuó á los hospitales y á las inclusas. Aquellos que habian pronunciado votos monásticos tuvieron que ser considerados, como si hubiesen renunciado á todos los bienes y herencias ocasionales, escepto á una renta vitalicia; quedando además sujetos al impuesto los inmuebles que hubiesen correspondido á los eclesiásticos desde el último catastro. Roma consideró esto como un agravio, y aun más, la pragmática de 1767, por la cual se prohibia á los súbditos del duque litigar delante de un tribunal extranjero, y principalmente de Roma; solicitar de una autoridad extranjera una pension eclesiástica, encomienda ó dignidad, á la cual estuviese anexa, ora una jurisdiccion, ora una prerogativa. Los beneficios, con ó sin cura de almas, las pensiones, las abadias ó las dignidades del Estado que gozaban de jurisdiccion, no podian conferirse sino á súbditos y con consentimiento del duque; y ningun escrito de Roma tenia valor sino en el *exequatur ducal.*

Clemente XIII declaró aquellos actos temerarios y nulos (1768), como promulgados sin autoridad: los que habian tenido parte en ellos fueron escomulgados, y el papa se sirvió de la palabra *nuestros* hablando de los ducados de Parma y Plasencia. Fernando protestó sin asustarse, y sacó de los archivos las pruebas de la independencia de su Estado; hizo poner presos á los jesuitas, que fueron trasladados á los confines de los Estados pontificios, con prohibicion de atravesar hasta el territorio ducal; desmintió el breve del papa, diciendo que era imposible que tuviese por autor á un pontífice tan sabio; en fin, abolió la Inquisicion y varios monasterios, reglamentando los demás. Las cortes de Francia, España y Nápoles, unidas por el pacto de familia, sostuvieron su causa. Francisco III de Módena le imitó, aboliendo las inmunidades de los bienes eclesiásticos y varias fundaciones religiosas: hasta se armó para sostener sus derechos al ducado de Ferrara; pero las grandes potencias le detuvieron interponiéndose.

Clemente XIV.—Reducido el papa á la cruel alternativa de dar órdenes desobedecidas, ó de recurrir á espedientes que reprobaba la opinion, gemia en el fondo de su corazon. Murió al fin (1769), y los príncipes se apresuraron á darle por sucesor, no al más digno, sino al más inclinado á complacerles en su comun reclamacion. Fray Lorenzo Ganganelli fué el preferido. Sábio y de ingenio, escritor feliz, no obstante ser una calumnia alabar las cartas que corren con su nombre (35), contestó á uno que queria aconsejarle que no se hiciese franciscano: *¿Si hablais de piedad, donde brilla más que entre los servidores de San Francisco? ¿si se trata de ambicion, no es éste el camino por el cual consiguieron la tiara Sixto VI y Sixto Quinto?* Decia de los escritores filosofistas: *Combatiendo al cristianismo, han manifestado la necesidad que existe de él;* de Voltaire: *No ataca tan á menudo la religion sino porque le incomoda;* de Rousseau: *Es un pintor defectuoso en las cabezas, y no es hábil sino en los ropajes;* del autor del *Sistema de la naturaleza: Es un insensato que cree que después de haber arrojado al dueño de la casa, puede gobernarla á su manera.*

Se dice que habia obtenido la tiara, comprometiéndose á abolir los jesuitas. Pero habiendo conocido pronto que seria quitar á la Santa Sede un poderoso apoyo, todo lo puso por obra para que los potentados se contentasen con hacerles sufrir una reforma. Con este objeto, procuraba dulcificar á sus enemigos manifestándoles condescendencia: así fué que no promulgó la bula de costumbre *In cœna Domini,* guardó silencio sobre los impedimentos que se oponian á enviar dinero á Roma, sobre la jurisdiccion del Santo Oficio y las adquisiciones del clero, y se esforzó en una correspon-

(35) El autor de las cartas de Clemente XIV se cree sea Luis Antonio Caraccioli, de Paris, de la congregacion del Oratorio, famoso por su habilidad en remedar los gestos y las maneras de los demás. Estuvo en correspondencia con altezas, papas y cardenales; viajó mucho y publicó infinidad de obras muy leidas, principalmente en las provincias y por los sacerdotes, que se servian de ellas para hacer sus sermones, pero que son todas inferiores á las cartas de que vamos hablando, por cuya razon algunos creyeron que no eran suyas; pero Caraccioli publicó los originales en cuestion, que evidentemente son una traduccion del texto francés. Habiéndole retirado una pension que tenia de la Polonia y otra del Austria, murió muy pobre en su patria el año de 1833.

dencia particular, en restablecer la paz en medio de tantos ánimos quimeristas. Volvió á bendecir al duque de Parma, y suspendió el monitorio; en cambio, el infante propuso su mediacion para con las cortes de la casa de Borbon; pero éstas persistieron en pedir la abolicion de los jesuitas. Clemente XIV los satisfizo tambien en este punto, y entonces la Francia le restituyó Avignon: Fernando IV, Benevento y Ponte Corvo. Se entendió con el rey de Cerdeña para abolir, ó al menos disminuir los asilos; pues los delincuentes (el mismo papa lo confiesa en su decreto) se atrevian á construir en los pórticos y en el terreno de las iglesias, cabañas para abrigarse, tener en ellas armas y mujeres de mala vida.

Sin embargo, los príncipes redoblaban los esfuerzos para emanciparse de Roma; la Baviera escluia de toda dignidad eclesiástica á cualquiera que no fuese natural del pais. Maria Teresa habia disminuido el número de las corporaciones religiosas, é intentó poner bajo tutela las manos muertas; arrebató á los eclesiásticos la censura de los libros, para investir con él al gobierno (36). Abolió la inquisicion, suprimió las cárceles de corona y los asilos; confió á una junta economal las materias mixtas eclesiásticas, y á otras las reformas relativas á los establecimientos piadosos y á las parroquias; mandó á los obispos de Lombardia suprimir la bula *In cœna Domini* (37). Después de ella, José II acumuló con precipitacion las innovaciones con desprecio y detrimento del poder eclesiástico. Cambió, abolió, revisó, como lo hemos visto, y favoreció en su colegio teológico la enseñanza de las doctrinas jansenistas (38). Pero mientras los jansenistas de Francia hacian sólo oposicion al gobierno, los de Italia halagaban á los monarcas; aquellos tendian á hacer independiente á la nacion de un poder que llamaban extranjero; éstos querian abolir la única potestad italiana que podia refrenar el dominio extranjero, levantando la corona sobre la tierra.

Pio VI. —Hemos visto á Pio VI (1775) llamado al pontificado después de un largo cónclave, dirigirse á Viena, á consecuencia, del temor que le inspiraban las continuas innovaciones; paso peligroso que no produciendo resultado, comprometió la autoridad de la Santa Sede. Cuando volvió el papa á Roma, José II mandó al gobernador de la Lombardia que sus decisiones, en lo que concernia á los monasterios y á la tolerancia religiosa, debian ser sostenidas: prohibió toda discusion sobre la bula *Unigenitus*; mandó que los libros se sometiesen á la censura real, y las bulas al *regio exequatur;* que se hiciese la inspeccion de los seminarios en nombre del rey, lo mismo que el nombramiento de los obispos, que debian jurar fidelidad al soberano. Prohibió además á todo súbdito recurrir directamente á Roma por dispensas. Ya hemos visto los medios que se adoptaron con respecto á estas medidas.

Venecia tenia tambien sus diferencias con el pontífice. Ya hemos visto que aquella república se habia reservado una gran libertad en las materias religiosas, libertad que se habia aumentado con los consejos del fraile Pablo Sarpi, y de lo que resultó que el clero permaneció siempre sujeto al Estado. La Inquisicion tuvo poco poder; pero sus funciones eran desempeñadas por el magistrado público, como sucedió esto, por ejemplo, en el proceso de José Beccarelli, de Brescia, especie de quietista que fué sentenciado á galeras. Sin embargo, aquella república no perdió la benevolencia del papa, que hizo todos sus esfuerzos para provocar una cruzada, con objeto de sostenerla en su guerra contra los turcos, en la que perdió la Morea. La cuestion relativa al patriarca de Aquilea fué la que los indispuso. Como la jurisdiccion de este prelado se estendia á los dos Friuls, veneciano y austríaco, se convino el que una vez seria elegido por la república y otra por el archiduque; pero después, ya fuese por destreza, ya por connivencia, el derecho de nombramiento no era ejercido sino por Venecia. Celosa en estremo Maria Teresa de sus derechos, reivindicó éste; resultando un debate en el cual el papa fué elegido por árbitro. Benedicto XIV decidió que aquella silla se dividiera en dos (1751), la una en Udine, la otra en Aquilea. Venecia se creyó vejada con aquella sentencia: despidió á los nuncios y amenazó á Ancona; en vano se interpusieron los reyes; pero habiendo sido elegido papa el veneciano Rezzonico, se decidió el asunto silenciosamente (1768). Habia quedado, sin embargo, algo de resentimiento, y de aquí procede que la república se lanzase tambien á las medidas entonces en boga. Así es que sometió á todos los frailes al ordinario, lo que perjudicaba especialmente á los jesuitas, á los que se acusaba de independencia; y restringió la facultad

---

(36) En el Milanesado fué siempre suave la censura, tanto, que algunos profesores que salieron de Nápoles y del Piamonte con Victor Manuel, no encontrando allí bastante libertad para sus opiniones, fueron al Estado de Milan á imprimir sus libros.

(37) Aseguraba que la habia introducido san Cárlos por medios indirectos y sin el régio *exequatur*. A esto repuso Pozzobonelli, arzobispo de Milan, que entonces no se consideraba necesaria esta formalidad, y que no podia creer que el santo, su predecesor, se hubiese valido de subterfugios.

(38) Otra cuestion teológica agitó la Lombardia. El clérigo José Guerrieri, de Crema, administraba con frecuencia la comunion á algunos de sus feligreses durante la misa, lo que hacia que ésta se prolongase con perjuicio de los demás sacerdotes. Habiéndosele prohibido, sostuvo que era *derecho inviolable* de los fieles el comulgar durante la misa; al silencio perpetuo que le impuso el obispo, obedeció, como suele hacerse con tales prohibiciones, buscando votos y multiplicando los recursos: por lo cual el papa le hizo canónigo de Busseto y publicó una encíclica *(Cerliores)* en que se declaraba que no es necesario á la integridad de la misa el dar tambien de comulgar á los fieles, y que es laudable que esto se haga sin perjuicio de los demás actos de piedad.

de testar en favor de las manos muertas, fijó el máximum del número de frailes en cada convento, abolió aquellos que no tenian doce individuos, regularizó su disciplina, prohibiendo sus relaciones con superiores extranjeros, y la salida de dinero para Roma (39). Venecia fué la primera potencia católica que sometió al impuesto los bienes eclesiásticos sin licencia de Roma; escluyó la bula *In cœna Domini*, y desposeyó al papa de la colacion de los canonicatos y de los beneficios con cura de almas, escepto la de los obispos. Prohibió que nadie vistiese el hábito eclesiástico antes de los veinte y un años, y pronunciase votos antes de los veinte y cinco; que ninguna bula fuese obligatoria sin la aprobacion de la señoria, y ninguna dispensa valedera si no era dada por el patriarca. Pareció á Clemente XIV que la república usurpaba los derechos de la Iglesia, y le dirigió una admonicion con la mansedumbre de lenguaje que demasiado reclamaban los tiempos; pero el senado contestó con altivez, y se atribuyó la decision de los asuntos eclesiásticos.

En la época de la insurreccion de Córcega, Paoli, que conocia la importancia de la Santa Sede, suplicó al papa que la tomase bajo su proteccion, y que remediase los desórdenes introducidos en la iglesia corsa durante la guerra civil. Clemente XIII pidió el auxilio de la república de Génova; y no habiéndolo conseguido, envió á la isla un visitador apostólico. Pero la república enemiga de la Sede pontificia, aunque no tanto como los venecianos, considerando esto como una especie de ataque á su soberania, envió fragatas y órdenes para oponerse á ello, al mismo tiempo que virulentos libelos incitaban los ánimos. El visitador desembarcó en la isla, á pesar de la recompensa de 6,000 escudos prometida al que le entregara, y llevó bendiciones, que alentaron las esperanzas. De acuerdo Paoli con él, hizo mucho bien bajo este aspecto, alentando de esta manera al clero á grandes beneficios para la libertad de la patria; lo que no impidió al jefe corso castigar severamente, y hasta con la pena capital, á los sacerdotes y á los frailes culpables. Al mismo tiempo, daba asilo á los judíos y acogia hasta á los jesuitas, admirable liberalismo para aquella época.

Giannone.—Nápoles, cuya dependencia de la Santa Sede era más inmediata, estaba en condiciones de estudiar sus derechos más exactamente, por lo que el canónico se vió reducido á cuerpo de doctrina regular. Nicolás Capasso y Cayetano Argenti se habian pronunciado en otro tiempo francamente en favor de la prerogativa real. Pedro Giannone (1676-1748), de Ischitella, habia escrito, á pesar de las ocupaciones del foro, una *Historia civil del reino de Nápoles* (1724). Esto era ya un progreso, no sólo conocer, sino proclamar que la historia no consiste sólo en los hechos. Distinguió además la conexion que hay entre éstos y la jurisprudencia, é hizo progresar y desarrollar simultáneamente, como elementos de la nueva civilizacion, el derecho imperial, el canónico, el feudal y el municipal. Pero carecia de conocimientos y aun más de arte; hizo, pues, de todo esto una obra pesada, indigesta, con muchos errores cronológicos é importantes omisiones; no compulsó los documentos inéditos, al paso que hacia liberalmente contribuir las ideas y hasta las expresiones ajenas no sólo en algun período sino en páginas enteras (40). Esclavo de la letra de la ley como un abogado, tan desdeñoso del pueblo como humilde vasallo de los reyes (41), falto de toda filosofia de la historia si ya no profesaba el fatalismo (42), el progreso le asustaba de tal manera, que temia que la prensa perjudicase al genio por la erudicion, á la educacion por la multiplicidad de libros, á la difusion de las grandes ideas por la multitud de los malos libros (43). Siempre atento á la lucha entre las dos potencias para elevar el poder del príncipe con detrimento del eclesiástico, no sólo pecó por esceso de parcialidad, sino que tambien se permitió chistes contra la Iglesia y su disciplina. Indignáronse de tal manera sus compatriotas, que «fué insultado varias veces brutalmente por el pueblo.» (44) Refugióse, pues, en Viena, donde mien-

(39) La república de Venecia nombró una comision eclesiástica para que le diese cuenta del dinero que salia anualmente para Roma. Del informe de esta comision resulta que se enviaba fuera del Estado: por renta de beneficios eclesiásticos, 1.040,000 reales al año; por pensiones eclesiásticas, de 288,000 á 312,000 reales; por 28 bulas de institucion canónica para sedes patriarcales y episcopales en diez años, 20.000,900 reales, sin contar los gastos de viajes á Roma; por bulas de abadias, prioratos, etc., 200,000 reales en 10 años; por 140 bulas para pensiones concedidas, 312,000 reales; por 225 bulas para iglesias parroquiales, 520,000 reales; por 127 bulas para casas de canónigos, 320,000 reales; por 45 bulas para la colacion de 150 beneficios simples. 50,000 reales. En el año de 1778 llegaron de Roma á Venecia 1,130 rescriptos, indulgencias, privilegios de altares, dispensas para órdenes, diplomas de santos, etc., por la suma de 198,000 reales, además de 589 dispensas matrimoniales, cuyo coste no se sabe, pero que puede calcularse en 4.000,000.

(40) Sin que repitamos lo que otros han dicho, podemos añadir que la vida de Toledo está copiada de la de Miccio sin citarlo siquiera.

(41) Escribia á Cárlos VI en la dedicatoria: «El mayor bien de que podemos estar orgullosos en su felicísimo reinado, es el de haber, con el decoro de la majestad imperial, hecho valer entre nosotros y para nuestro provecho, sus derechos legales y sus altas y supremas regalías.»

(42) «La institucion del ducado de Benevento... fué acaso, no arte... como suelen serlo todas las cosas de este mundo, que si se mira su orígen, salidas de pequeñísimos principios se elevan á la cumbre; llegando allí es fuerza que retrocedan y vuelvan á su estado primitivo como nos lo enseñan las leyes de las cosas del mundo, leyes indispensables que no puede evitar ni remediar la sabiduria humana.» L. IV, c. 2.

(43) *Historia civil*, VIII, p. 272.

(44) SORIA.

tras se condenaba su libro en Roma, Cárlos VI le asignaba 1,000 florines al año. Pero le suprimió esta renta cuando perdió el reino; y Giannone anduvo errante de uno á otro lado, encontrando contradictores á sus falsedades, y enemigos á sus mordaces ataques. Publicó en Ginebra el *Triregno*, libro lleno de herejias. No habia, sin embargo, abandonado su religion materna; pues habiéndose dejado atraer por un espia á una aldea que dependia del rey de Cerdeña á celebrar la Pascua, fué preso. Aunque se retractó y la Inquisicion le volvió á bendecir, el rey le tuvo preso hasta su muerte. Aquella persecucion le valió una reputacion de escritor liberal, que está muy distante de merecer.

Queriendo tambien Carlos III de Nápoles convertir en brillo y riqueza del reino las exorbitantes rentas de los eclesiásticos, se dirigió al papa para que le autorizase á disminuir el número de los sacerdotes, conferir los obispados y beneficios, prohibir los legados á manos muertas, y solicitaba además el derecho de proponer un cardenal y tener voto de exclusion en el cónclave. En fin, se convino en que el rey podia exigir una contribucion sobre los bienes eclesiásticos (45), para formar las encomiendas de las órdenes de San Carlos y San Genaro, y que habria en Nápoles un tribunal mixto para los litigios entre eclesiásticos y seglares.

El marqués Tanucci, ministro del rey Carlos y de su sucesor, lleno de celo por la omnipotencia real, segun las ideas de la época, firme en sus proyectos, cualesquiera que fuesen, despótico hasta el punto de no cuidarse de la historia ni del carácter nacional, procuró, sin embargo, verificar mejoras. Los nobles fueron llamados á la corte, y de ese modo privados de poder. Mandóse á los jueces que no sentenciasen sino sobre un texto de ley precisa, y que hiciesen imprimir los motivos de sus decisiones. Galanti, que recibió la mision de visitar al reino, no disimuló los males del pais en la bella *Descripcion* que dió de él (46).

Habiendo sido presos varios fracmasones, en lugar de hallarlos culpables, Tanucci hizo acusar á don Genaro Pallanti, presidente del tribunal (*capo di ruota*) que los habia hecho prender (1751). Abolió los diezmos eclesiásticos, prohibió hacer nuevas adquisiciones á los establecimientos de manos muertas, como tambien el recurso á Roma, y restringió la jurisdiccion eclesiástica y el número de los sacerdotes á diez, después á cinco, por cada mil almas. Declaró que las bulas, tanto antiguas como nuevas, no tendrian valor sin el asentimiento real; definió el matrimonio un *contrato civil;* elevó el número de obispos sin contar con el papa, sometiéndolos todos al rey. Declaró la guerra á los jesuitas, que hizo trasladar de repente al territorio de la Iglesia, en número de cuatrocientos, segun dicen. Hizo asignar una pension «al hijo del hombre más grande, más útil al Estado, que el reino ha producido en aquel siglo, y el más injustamente perseguido,» es decir, al hijo de Giannone.

Cuando vacaba la nunciatura, los príncipes católicos podian presentar tres candidatos, de los cuales el papa elegia uno. Clemente XIII quiso disminuir aquella facultad á las potencias de primer órden, pero no encontrándose Nápoles comprendida en aquel número, declaró que no admitiria por nuncios sino á prelados que le acomodasen. Habiéndose de esta manera indispuesto el gobierno napolitano con la corte de Roma, comenzó á poner obstáculos á las bulas y breves, y trabas á su publicacion. Quitó á la Santa Sede el espolio de los obispos y la renta de las sedes vacantes, con lo que hizo limosnas á los pobres. Suprimiéronse las diferentes retribuciones que percibia la cancilleria romana, como tambien el patronato, siempre que un feudo ó fondo de cualquiera clase que fuese estuviese anejo á un beneficio. Reservóse al trono el nombramiento de los cien obispados de Sicilia, y se abolió el tribunal de la Inquisicion en la isla; además se estableció un obispo para los griegos unidos, sin siquiera participárselo al papa. De diez y seis mil que eran los religiosos mendicantes quedaron reducidos á dos mil ochocientos; hízose de manera que los obispos diesen las dispensas para los matrimonios; en fin, se suprimió el tribunal de la nunciatura.

Estando considerada la Sicilia como antiguo feudo de la Iglesia, todos los años la víspera de san Pedro, por un convenio de 1479 entre Sixto IV y Fernando de Aragon, un condestable ofrecia de regalo al pontífice una hacanea y seis mil escudos. Se habia suscitado tambien una dificultad á principios del siglo XVIII, en atencion á que tanto Felipe de Borbon como Cárlos de Austria querian ambos pagar aquel tributo; después Carlos III se obligó solemnemente á él, al recibir la investidura en 1739. Mas Tanucci aconsejó al rey librarse de aquella ceremonia, que se podia considerar como humillante, aunque no tachar de ilegal, como lo sostuvieron multitud de retóricos. Fernando IV se decidió, en 1777, á ofrecer la hacanea y los 6,000 ducados; pero el príncipe Colonna, que daba cumplimiento á aquella ceremonia con el título de gran condestable del reino, declaró que tributaba aquel homenaje á los santos apóstoles: Pio VI contestó que recibia el tributo feudal del reino de Nápoles. Lo mismo sucedió los años siguientes; pero en 1788 no se envió la hacanea; sólo un plenipotenciario del rey ofreció á la secretaria de Estado 7,000 ducados como oblacion á la tumba de los santos apóstoles; mas como se negasen á recibirlos porque faltaba la hacanea, los depositó en casa de un banquero, á disposicion de la cámara apostólica.

(45) Cuatro por ciento. Se calculó que debia producir 1.000,000 de ducados (sobre 17.000,000 de reales).

(46) Encontró en el feudo de San Genaro de Palma, á quince millas de Nápoles, que los servidores del baron eran los únicos que habitaban casas, al paso que dos mil aldeanos no tenian más abrigo que cuevas y cabañas.

Pio VI se quejó entonces de que el rey se queria sustraer á la obligacion de vasallaje, y se dieron á luz muchas obras en las que se discutia la cuestion con pasion y mala fe (47). Bajo el mando del nuevo ministro Caraccioli, cuando la revolucion dejaba sentir ya sus bramidos, se convino en que todo nuevo rey ofreceria á San Pedro 500,000 ducados de plata; que al papa perteneceria el derecho de conferir los beneficios menores, pero sin darlos más que á los nacionales; que elegiria á los obispos de una lista de tres candidatos presentados por el rey; que daria las dispensas matrimoniales, confirmando las que hubiesen sido concedidas por los obispos durante las diferencias; que cesaria el homenaje de la hacanea, y que no se calificaria más al reino de vasallo del papa.

En Toscana la resistencia á Roma no era cosa nueva, pues hasta el débil Juan Gaston, en 1732, prohibió al arzobispo Martelli que publicase el sínodo diocesano, diciendo: «que se le haga entender que no puede ingerirse sino en lo meramente espiritual, y que no queremos proceda contra los seglares con penas temporales, cualquiera que sea el título que pueda alegar.» Julio Rucellay, jefe de la jurisdiccion, se manifestaba siempre hostil á las pretensiones eclesiásticas, en cuyo espíritu animó á la regencia y al jefe de ella Richencourt. Francisco de Lorena, sostenido por Rucellay y por Pompeyo Neri, limitó las adquisiciones de las manos muertas, quitó al Santo Oficio la censura de los libros, puso dos asesores para los procesos de aquél y prohibió las misiones y algunas procesiones de Florencia. Quejóse de esto Benedicto XIV; algunos obispos se opusieron, entre ellos el de Chiusi, que escribió á Rucellay; pero éste, diciéndose ofendido, habló de ello á la corte imperial y al papa, el cual indujo al obispo á que escribiese una carta de retractacion, cuya bajeza demuestra á qué estado habia llegado la Iglesia.

Pedro Leopoldo todavia avanzó más, animado por los ejemplos de su hermano José II; pero si las reformas de éste eran de filósofo (dice Botta), las de Pedro Leopoldo eran de jansenista. No hay para qué decir que fué ardiente perseguidor de los jesuitas, los cuales tenian en Toscana diez colegios con una renta de 146,671 francos. Leopoldo dió el decreto de supresion al arzobispo de Florencia, y viéndolo vacilar, «Obedezca, dijo, y obedezca pronto á quien está sobre él; esto será un mérito para Dios y para los hombres. De otro modo, sabré haceros obedecer.» (48) Así suprimió la inmunidad de los bienes eclesiásticos, abolió los asilos, las ermitas, la mendicidad, dos mil quinientas hermandades y muchos frailes, entre otros los barnabitas, que se dedicaban á la educacion (49). Decidió que los superiores serian responsables de la observancia de la regla, y que los curatos se darian por concurso. Hizo difícil la admision de nuevas monjas; prohibió publicar censuras contra los que violasen el precepto pascual; mandó predicar contra las flagelaciones, las peregrinaciones y todas las devociones no aprobadas por el gobierno. Los tribunales episcopales se vieron precisados á sujetarse á las causas eclesiásticas, y éstas debian discutirse en lenguaje comun; los obispos tuvieron que dar á los curas la autorizacion de absolver en los casos reservados; prohibió las procesiones, escepto la del Corpus; las imágenes piadosas tuvieron que estar continuamente descubiertas, y en fin se abolió el tribunal de la nunciatura (50).

Pedro Leopoldo era animado á obrar de aquella manera por Escipion Ricci, obispo de Pistoya, que descubrió y corrigió graves desórdenes en los monasterios de monges de su diócesis (51), pero confundiendo con la supersticion ciertas prácticas al menos inocentes, prohibió el *Via crucis* y el *Sagrado corazon*, y estendió los libros de Quesnel y de otros jansenistas, que suscitaron cuestiones ignoradas hasta entonces en Italia. Fué escandaloso el proceso contra dos monjas acusadas de quietismo y confesas de obscenidad, y la conducta de Ricci para con ellas fué tal, que Pio VI la desaprobó recomendándole modestia y prudencia. Con esto se dió el gobierno por ofendido, y Piccolomini, ministro de Negocios Extranjero, escribia al pontífice: «Su Alteza Real se lisonjea de que el Padre Santo haciendo sobre esto mejores reflexiones, se determinará á dar á aquel prelado alguna muestra de mayor inclinacion y afecto, y á su Alteza Real algun motivo para no estar tan disgustado del envilecimiento en que ve que la corte romana pone á los obispos cuando no sacrifican sus derechos y

(47) El centenar de folletos que se publicaron, embrollaron una cuestion sencillísima, sólo porque no se quiso atender á la historia y distinguir los tiempos; y lo que es peor, se miró aquella disputa nada más que como una contienda entre el rey de Roma y el de Nápoles, sin atender al punto capital que estaba detrás de aquella accidental y en nuestra opinion frívola apariencia.

(48) ZOBI, *Op. cit.* L. IV, c. 3.

(49) En Toscana en 1784 habia 7,957 sacerdotes seculares, 2,058 clérigos inferiores, 2,433 clérigos regulares, 1,627 monges legos, divididos en 213 conventos, y 7,670 religiosas en 136 monasterios.

(50) Publicáronse entonces muchas memorias sobre la jurisdiccion eclesiástica y real, de las cuales las de Rucella y son las mejores. Una menos secreta que las demás, relativa al estado de la Toscana y enviada á Viena en 1745, dice entre otras cosas la siguiente: «La historia de las disputas de jurisdiccion entre la corte romana y el poder civil, puede reducirse á esto: la corte romana jamás cesó de pretender como suyos los derechos de los demás, para poder después concederlos como gracia á aquellos que debian poseerlos de justicia, y que fatigados de tan eterno conflicto, se contentaron con disfrutarlos á cualquier precio, sin reflexionar que este cambio de título permitia al clero reivindicar últimamente, como lo hacia siempre, aquello sobre lo cual parecia haber adquirido un derecho al cederlo.»

(51) Muchos escritos de aquel tiempo atestiguan la depravacion del clero, principalmente del regular.

su obligacion, para dejar enteramente libres los que Roma pretende.» (52) Ricci continuaba declamando contra «las pretensiones hildebrandescas, y el imperio de los frailes y de los cardenales,» añadiendo: «los jesuitas y los frailes en general, son una secta perniciosa y venenosa que no olvida nunca sus supuestas ofensas, ó por mejor decir, cualquier justa y cristiana oposicion que se les haga.» (53) Inducido por aquel prelado, publicó el gran duque dos clases de instrucciones pastorales, en las que mandaba reunir el clero en sínodo lo menos cada dos años, para tratar de cincuenta y siete objetos que estaban indicados en ellas: como: componer mejores libros de oraciones, breviarios y misales; examinar si convenia emplear mejor el italiano en la administracion de los sacramentos; restituir á los obispos la autoridad usurpada por la corte de Roma; dar al clero una enseñanza uniforme para que todos estuviesen conformes con la doctrina de san Agustin sobre la gracia; examinar las reliquias y las imágenes milagrosas, separando las que fuesen menos auténticas; suprimir las capillas particulares y las fiestas supérfluas.

Sínodo de Pistoya.—Conforme á esta órden, Escipion Ricci convocó un concilio en Pistoya (1786) al cual fueron convidados Fabio de Vecchi, de Siena, el abate Tanzini, de Florencia, y otros de fuera del pais y pertenecientes al partido que se llamaba regalista. Tamburini y Palmieri estaban especialmente encargados de redactar los decretos, los cuales eran despues discutidos, participándose diariamente al gran duque el estado de los trabajos del concilio. La discusion mayor recayó sobre el contrato civil del matrimonio, queriéndose separarlo de la bendicion de la Iglesia, y suplicándose al duque que lo decretase así de su plena autoridad. Tambien lo invitaron á disminuir las fiestas y los juramentos; y en suma, se siguieron las indicaciones de los franceses que les exhortaban á imitarlos. En las siete sesiones se decidió: que los obispos son los vicarios de Cristo y no del papa, sus poderes proceden inmediatamente de Cristo para el gobierno de sus diócesis, y estos poderes no pueden alterarse ni ponerse trabas á ellos; que los mismos sacerdotes deben tener voto deliberativo en los sínodos diocesanos, y como el obispo, decidir en materias de fe.» El concilio determinó además lo que sigue: «No habrá en las iglesias más que un solo altar; la liturgia será en lengua vulgar y en alta voz; no habrá más cuadros que representen la Santísima Trinidad, ni imágenes que sean más veneradas unas que otras; el limbo de los niños es una fábula, la Iglesia no puede producir dogmas nuevos, y sus decretos no son infalibles sino en tanto que están conformes á la Sagrada Escritura y con la tradicion auténtica; la indulgencia no absuelve sino de las penitencias eclesiásticas; la existencia de un tesoro superabundante de los méritos de Jesucristo, y su aplicacion á los difuntos es una invencion de los escolásticos; la reserva en los casos de conciencia, y el juramento de los obispos antes de su consagracion, deben quedar abolidos. La escomunion no tiene más que un efecto esterior; los príncipes pueden establecer impedimentos dirimentes al matrimonio.» Más de doscientos sacerdotes se adhirieron á aquella doctrina, que decian, era la de san Agustin sobre la gracia; aceptaron las cuatro proposiciones de la iglesia galicana y los doce artículos del cardenal de Noailles; aprobaron las reformas introducidas por el gran duque y por el obispo de Ricci; y se mandó adoptar el catecismo que acababa de publicar Antonio de Montazet, arzobispo de Lion (54). Los unos se asustaban al ver á la Italia invadida por Calvino, pero los otros se regocijaban de que se reprimiese la jactancia papal.

Pedro Leopoldo deseaba que se aprobase su encíclica por todos los obispos; y como varios prelados se negasen á hacerlo aisladamente, pensó en reunir un sínodo; pero le hizo preceder de una conferencia en el palacio Pitti, entre tres arzobispos y quince obispos de su Estado, que podian llevar consejeros y canonistas, con tal que no fuesen frailes, á fin de preparar un concilio nacional. La mayor parte de los asistentes se adhirieron al sínodo de Pistoya; pero algunos se mostraron contrarios, sostenidos por el descontento general del pueblo, y de aquellos á quienes se trataba entonces de fanáticos; de manera que Leopoldo conoció que un sínodo le haria perder su causa.

Sin embargo, Ricci continuaba marchando por el mismo camino: hacia decir los salmos en italiano, cambiaba algunas palabras del *Ave María*; quitaba de las iglesias los ornamentos preciosos,

---

(52) Primera memoria, 21 de julio de 1781. La carta 3 de agosto dirigida al teólogo ducal, comienza:

«Enoja á S. A. R. el mal humor, la animosidad y orgullo con que el Padre Santo trata los asuntos de Toscana,» etc.

(53) Carta del 10 de julio de 1782, dirigida al secretario Seratti. Acerca de que Ricci tuviese correspondencia con los jansenistas ultramontanos, no deja la menor duda su panegirista De Potter. La iglesia cismática de Utrecht dirigió una exhortacion al obispo de Colle cuando se supuso que habia reunido su sínodo diocesano: la trae Zobi, *Op. cit.*, tom. III, doc. 125.

(54) Véase la *Historia de la asamblea de los arzobispos y obispos de Toscana, celebrada en Florencia el año de* 1787. Florencia 1788.—*Puntos eclesiásticos redactados y remitidos por S. A. R. á todos los arzobispos y obispos de Toscana, con las respuestas de cada uno de éstos.* Florencia, 1788. En el frontispicio de esta obra hay una estampa con figuras simbólicas y debajo un geniecito con un libro abierto en el cual se lee: *Enciclopedia.* Ricci sostiene en ella absolutamente los principios jansenistas, y presenta como modelo al sínodo jansenista de Utrecht celebrado en 1763, exhortando á los obispos toscanos á imitarlo recibiendo en el concilio á los curas como jueces, y precaviéndose contra las intrigas de la corte de Roma, que dice se valdria de los frailes y del nuncio para inutilizarlos. Tambien desaprueba el índice de los libros prohibidos, y recomienda muchos que están inscritos en él.

los breves y las memorias de indulgencias (55). En varias iglesias se celebró la misa en italiano, y el pueblo prorumpió en carcajadas al oir *Demos gracias á Dios y marchad, la misa está acabada.* Pero cuando Ricci quiso hacer desaparecer el altar en el que los habitantes de Prato veneran el cinturon de la Santísima Vírgen, el pueblo se sublevó é invadió la iglesia á mano armada, cantando y tocando de la manera prohibida por Ricci. Quemó el trono y los escudos de armas episcopales, como tambien los libros que contenian las innovaciones. Enterró las cartas pastorales en las tierras de donde exhumaba las reliquias, y comenzó á hacer procesiones, cantar letanias, venerar á las imágenes en oposicion á las órdenes de Ricci. Después, numerosos escritos se difundieron acusando de crasos errores á dicho prelado; la resistencia se estendió por todas partes, hasta en los cabildos de las dos catedrales; de tal manera, que se suprimieron las reformas, y que reducido él mismo á huir, hizo dimision de su silla.

Pio VI hizo examinar las actas del sínodo de Pistoya en el cual se hallaron doctrinas peligrosas; después condenó, por la bula *Auctorem fidei* cinco de sus proposiciones como herejes, y otras setenta como cismáticas, erróneas, escandalosas, calumniadoras y maliciosas: Ricci, á quien el papa habia tratado por espacio de ocho años de inducir á una retractacion, denunció aquella condena como injusta al gobierno; pero así las cosas, la Italia se vió trastornada, y Ricci, cada vez más odiado como partidario de los franceses, tuvo, en fin, que reconocer su error (56).

Desde la época en que Pio VI, bajo el nombre de Angel Braschi, desempeñaba las funciones de tesorero, habia manifestado una integridad ejemplar y desaprobado la abolicion de los jesuitas; elevado al pontificado, protegió las obras de la propaganda (57).

(55) Al mismo tiempo promovia la devocion á santa Catalina de Ricci. Consérvanse veinte cartas de Ricci al obispo Gregoire, todas hostiles á Roma.

(56) En la carta de 1.° de agosto de 1799, después de las persecuciones que vinieron tras la breve libertad á la francesa, dice: «Firmemente unido de corazon y de espíritu á la cátedra de San Pedro, creo y apruebo lo que ella cree y aprueba; lo que ella desaprueba y rechaza, yo tambien lo rechazo y desapruebo... Protesto contra todo aquello que contra mi íntimo sentimiento ya en el sínodo de Pistoya, ya en alguno de mis escritos pueda haberse insinuado en contradiccion aquella doctrina, y declaro y afirmo, que lo tengo por condenado y anatematizado,» etc., etc.

Zobi la titula *Carta arrancada*, ap. al t. III, p. 178. ¿Pero qué razon hay para suponer una vileza de Ricci? Estando completamente libre hizo una retractacion más ámplia todavia en 1804 cuando Pio VII pasó por Florencia, el cual dijo en el consistorio, que éste habia sido el mayor consuelo de su viaje á Francia. Ricci murió el 27 enero de 1810.

(57) La congregacion de la Propaganda hizo imprimir hácia el año de 1789, el *Catecismo romano*, en árabe; la *Gramática* y el *Vocabulario kurdo*, el *Alfabeto tibetano* y el de *Ava*.

Francisco Beccatini, que ha escrito una *vida de aquel príncipe* en el estilo lleno de elogios de un retórico, dice (cap. III) que los Estados pontificios eran los peor administrados que habia á la sazon, escepto la Turquia. Estaba prohibida toda esportacion de granos, y el comercio lleno de trabas; la administracion de las subsistencias tenia el derecho de comprar todo aquello que necesitase, y pagarlo al precio que ella misma fijase; enriquecia además á quien le acomodaba, concediendo permisos de salida para los géneros. Más de una quinta parte de las tierras de las fértiles playas del Adriático permanecian improductivas, hasta el grado de autorizar á los propietarios vecinos á cultivarlas por su propia cuenta. Las mismas vejaciones que para los granos existian respecto de las carnes y del aceite, el tribunal inspector de los víveres tasaba los ganados segun su capricho, y monopolizaba todo el aceite, vendiéndolo después más caro; no habia manufacturas; la introduccion de los objetos de fabricacion extranjera era muy costosa, y en su consecuencia el contrabando muy grande; las rentas territoriales estaban arrendadas en 400,000 escudos, cuando hubieran podido producir sin esfuerzo el doble. En los once años que reinó Clemente XIII acaecieron doce mil homicidios, de los cuales cuatro mil se verificaron en la capital.

Pio VI pensó en poner algun remedio á aquel estado de cosas; pero fué ineficaz. Muy bueno, elocuente y majestuoso aquel pontífice, se complacia en mostrar sus dones naturales, yconfiaba en la impresion que suponia deber producir en los demás. Ya su predecesor habia hecho construir como monumento á las bellas artes el museo Clementino; Pio VI le aumentó considerablemente; dióle además su nombre, que una vanidad perdonable le hacia esculpir en todas partes, y encargó al célebre anticuario Ennio Quirino Visconti describir sus riquezas. Añadió á San Pedro la sacristia donde la riqueza suple á la belleza; agrandó el palacio Quirinal, y mejoró el puerto de Ancona y la abadia de Subiaco. Gastó enormes sumas en desecar las Lagunas Pontinas, haciendo entrar en su cauce el Amaseno y el Ofanto, y abriendo el largo canal, llamado rio Sixto, por el cual las aguas desembocan en el mar, y dejan en seco terrenos que se cultivaron. Es de sentir que aquellos trabajos, dignos de los antiguos romanos, tuviesen por objeto formar un principado para sus sobrinos, que favoreció hasta un grado de que no se tenia ejemplo hacia mucho tiempo. Entendia poco de la política de los gabinetes; no debemos, sin embargo, pasar en silencio, que en medio de la tempestad que amenazaba entonces al pais, algunos cardenales le sugirieron un proyecto digno de los tiempos de la grandeza pontificia; se trataba de unir la Italia en una confederacion, bajo la supremacia de Roma; pero la liga italiana causaba más temor al Austria que la invasion enemiga, y la Santa Sede se veia amenazada por un volcan próximo á estallar, sin conocer ningun medio de evitar su erupcion.

CAPÍTULO XXX

ITALIA.—ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS.

Es cierto que al ver la marcha de las cosas, la prudencia humana diria: ha concluido la época de Roma; Roma se disuelve; los monarcas después de haber atraido á sí toda la autoridad pública se hacen despóticos, pero en vez de tiranizar á sus pueblos realizan tambien las mejoras predicadas por los filósofos. Unos y otros estaban de acuerdo en hacer el bien de los pueblos, que satisfechos con que se ocupasen de ellos, creian que iban á gozar en la indolencia de una tranquila felicidad.

¡Pobre prudencia humana!

Toscana.—Hoy sabemos que estaban á punto de realizarse grandes sucesos que debian cambiar el órden y la naturaleza del progreso, de las ciencias, de los sabios, de las aplicaciones de los reyes, de las pretensiones de Roma; y que tantas mejoras parciales sugeridas por los literatos, iniciadas por los príncipes, perderian toda su importancia en un movimiento universal, que renovaria la sociedad. Ya los italianos habian debido reflexionar al ver sucumbir de repente lo que habia sido obra de un momento. Así habia sucedido, menos en Toscana que en otras partes, porque en realidad las reformas no habian sido allí radicales, y el pueblo se habia dedicado á recibirlas con cierta benévola inercia. Sin embargo, andaban los ánimos inquietos por aquel flujo de innovaciones; y en los terremotos que afligieron la Romania toscana, en las tinieblas persistentes, en las enfermedades epidémicas se quisieron ver señales de la desaprobacion del cielo por las reformas que hacia Leopoldo; el descrédito de éste era universal hasta el punto de echarse de menos los tiempos de los Médicis (1). Y cuando Leopoldo partió para sentarse en el trono imperial (1790), dejando encargada á la regencia «que no tuviese condescendencia alguna con la corte de Roma, cuando se tratase de jurisdiccion ó de autoridad, principalmente en las materias eclesiásticas y en los negocios de empeño,» se suscitaron vivas reclamaciones. Pistoya se amotinó para anular las innovaciones de Ricci; en Liorna los mozos de cuerda, llamados *venecianos*, prorrumpieron en insultos, especialmente contralos judíos, cuyo barrio hubieran saqueado si el arzobispo no les hubiese dicho que sólo lo harian pasando por encima de su cuerpo; imitáronlo otras ciudades y hasta Florencia, que hacia dos años y medio habia abandonado estas ruidosas manifestaciones de la voluntad popular; y entonces se vió lo que es un gobierno sin fuerza, y que no bastan para reprimir el descontento ni los esbirros ni el sable.

Leopoldo, ya que temiese la revolucion francesa, ya que se hubiese desengañado por la realidad, obró tiránicamente en el último período de su vida; restableció la pena de muerte para los delitos políticos, diciendo que se habia engañado; hizo condenar á ciento ocho personas, entre las cuales habia nueve mujeres, sin defensa ni publicidad; agravó las penas haciendo llevar á muchos á las galeras de Mesina (2); en compensacion re-

(1) Lo atestigua su moderno y ardiente panegirista Zobi, *Ob. cit.*, tom. II, p. 357; y concluye que los toscanos, «á escepcion de muy pocos, le vieron partir con indiferencia y algunos con completo júbilo.»

(2) En el despacho de Leopoldo á la regencia se queja fuertemente de que en tan breve tiempo se hubiese destruido su obra de tantos años. Ordenó severos procesos disponiendo que los encarcelados fuesen puestos á bordo de los bajeles napolitanos, los cuales recibirian de la corte las órdenes necesarias por lo tocante á su destino. «A ellos, decia, deberán tambien mandarse todos los presos más ó menos culpables, sin excepcion ninguna, hombres y mu-

cogió noventa y cuatro huérfanos y parientes ancianos de los presos. Desahogando sus iras sobre los hombres del pueblo, dejó libres á los jefes; en breve abandonó á la indignacion popular á sus áulicos Ricci y Gianni; prohibió que se imprimiese ningun escrito sobre materias religiosas sin el *placet* del gobierno: después hizo que su hijo y sucesor le reconociese la cantidad de 1.113,562 escudos como deuda particular, sin espresar por qué título, y olvidando las escesivas compensaciones que el Estado hubiera podido exigir de él (3).

Fernando III.—Fernando III, que le sucedió, se apresuró á restablecer muchos de los abusos que su hermano habia desterrado para congraciarse con el pueblo; modificó por medio de decretos el código Leopoldino volviendo á establecer la pena de muerte para los reos de Estado, como si de la demasiada suavidad hubieran provenido las sublevaciones, la inquietud del pais y tanta afluencia de malvados: al mismo tiempo se dulcificaron las leyes contra la deshonestidad, que antes llegaban hasta permitir las indagaciones domésticas; se limitaron las atribuciones de los jueces y de los tribunales de policia, que podian *económicamente* condenar á las penas de azotes, destierro y relegacion; pusiéronse de nuevo trabas al comercio siguiéndose la carestia de los víveres, hasta que se declaró libre la circulacion interior.

Los tres arzobispos pidieron á Fernando III que aboliese las leyes Leopoldinas. Celebró una consulta acerca de esto; y entre otras cosas respondió: que no le parecia justa la peticion hecha por el clero para que no fuera la policia la que hiciese las informaciones para los ordenados, «los informes de aquella (decia) buscados y aceptados sagazmente sirven de mucho provecho; por esta razon el gobierno no debe mostrar desconfianza de ellos;» insistia tambien en que debe considerarse á los obispos como á los demás magistrados del Estado, y que deberian reconocer sus facultades como procedentes del soberano; y realmente les fueron restituidas algunas, tales como la de tonsurar á los clérigos, permitir misiones y visitar las diócesis sin el régio *exequatur*. En lo demás, siguió las huellas de su hermano, empleando menos espias; y habiéndose hecho toscano, separó los intereses del pais de los de la casa de Austria.

Venecia.—Venecia habia sido despojada de la Morea por la paz de Passarowitz, y reducida al territorio que conservó hasta el momento de su caida; poseia el ducado, es decir, las islas y lagunas comarcanas; las provincias de Padua, Vicenza, Verona, Brescia, Bérgamo, Crema, la Polesina de Rovigo y la Marca de Treviso, que comprendia á Feltro, Bellune y Cadore; al norte del golfo, el Friul y la Istria; al Levante, la Dalmacia veneciana, con las islas que dependen de ella; una parte de la Albania, es decir, el territorio de Cattaro, Butrinto, Parga, Prevesa, Vonizza, el mar Jonio, las islas de Corfú y Paxos, Santa Maura, Cefalonia, Teaki, Zante, Axo, las Estrofades y Cerigo. En 1722 los estadistas le daban 4.500,000 almas; las rentas públicas ascendian á 6.000,000 de ducados, y la deuda á 28.000,000 (4).

En el gobierno, la soberania pertenecia al gran consejo, compuesto de todos los patricios que habian cumplido veinte y cinco años, contándose en él á veces hasta mil doscientos miembros; eran precisos doscientos para los casos ordinarios, ochocientos en las circunstancias graves, para evitar las coaliciones y los planes ambiciosos. El gobierno

---

jeres... y así como cuando yo hice la reforma de las leyes penales de Toscana, creí poderla hacer de aquella manera por la índole dulce y pacífica de la nacion, y conozco ahora que me he engañado; con sumo sentimiento mio me veo obligado á ordenar al consejo de la regencia que publique prontamente un edicto en que se expresen estas mis razones... Me veo obligado á restablecer la pena de muerta en que incurrirán todos aquellos que traten de sublevar el pueblo, ó ponerse á la cabeza del mismo para cometer excesos y desórdenes.» 17 de Junio de 1790.—En otro despacho del 21 dice: «Pues el pueblo ha dicho que quiere poner en libertad á todos los presos, el consejo los hará trasladar á la fortaleza de Belvedere, á las puertas de la cual se pondrán cañones, mandando venir de Liorna los artilleros. Los seis mil armados... dispersarán al pueblo si se agrupa ó amotina haciendo fuego si es preciso.» En el dia 24 decia: «Ni el consejo ni ningun juez deberá mezclarse en hacer gracia ó permuta de pena, reservándome este derecho... y no queriendo por esta vez hacer gracia á ninguno.»

Este y los siguientes despachos son referidos por Zobi; sin embargo, se queja de que yo he sido rigoroso con su Solon. El disentimiento es carácter de la libertad, pero la palabra *adulacion* es baja y podria fácilmente devolverse á los panegiristas de príncipes.

El mismo en el tomo III, pág. 25, dice: que Leopoldo «concertó con su hijo el gran duque el sacrificio de su ilustre amigo (Ricci), y que corrieron voces de que el emperador, mediante una estratagema, sacó á Ricci sus cartas, que de haber quedado en sus manos hubieran podido comprometerle. Si esto es cierto, como tenemos motivo para creer, deberemos convenir á nuestro pesar, que Leopoldo aprendió demasiado bien la triste ciencia alguacilesca del infame favorito Chelotti.

(3) Zobi, II, 561.

(4) El ducado valia unos 17 reales. Hé aquí el balance de 1783:

	Ducados.
Entradas: por arrendamientos.	1.399.613
derechos de la metrópoli. . .	1.469,523
en tierra firme.	1.016,677
en Dalmacia.	29,335
en Levante.	94,564
Cargas de la metrópoli.	562,444
en tierra firme.	510,634
en Dalmacia.	66,722
en Levante.	84,503
Los gastos ascendian á.	6.624,669
de los cuales las milicias de mar y tierra y las fortificaciones absorbian.	2.097,612
La instruccion pública. . . .	51,818
Las obras públicas. . . .	119,255

estaba confiado al senado elegido anualmente por el gran consejo y compuesto de ciento veinte miembros, además de los magistrados patricios mientras duraba su cargo; la ejecucion concernia á la señoria ó colegio formado del dux, de seis consejeros, de tres jefes del tribunal de los Cuarenta, y de diez y seis sabios. La justicia la administraban cuatro tribunales electivos, tres de ellos componian el tribunal civil de los Cuarenta y el otro formaba el de lo criminal, cuyo presidente tenia asiento en la señoria, y los miembros en el senado. Los *abogadores* desempeñaban en aquellos tribunales las funciones del ministerio público. El consejo anual de los diez tenia la administracion de la policía; elegia de su seno á dos inquisidores negros por año, y en la señoria un inquisidor rojo por ocho meses, lo que constituia la inquisicion del Estado.

El magistrado de los *ejecutores contra la blastemia* cuidaba de las representaciones escénicas y prohibia las de argumento sagrado. Los nueve procuradores de San Marcos, cargo el más eminente después del de dux, defendian á los pobres y á los pupilos y vigilaban los institutos piadosos y el cumplimiento de las últimas voluntades. Era destino gratuito y vitalicio, y los que lo ejercian estaban dispensados de cualquiera otro cargo, á excepcion del de embajadores cerca de las testas coronadas. Escepto el dux y el procurador de San Marcos, las demás magistraturas eran temporales; así es, que el gran consejo hacia hasta nueve elecciones cada semana, además de las que pertenecian al senado. Los empleos tenian poca remuneracion; eran honoríficos y dispendiosos en las provincias y en las cortes extranjeras, donde los patricios sostenian sin evitar gastos la dignidad de su patria y la suya propia (5).

No habia entre las familias nobles ninguna distincion, ni aun la de primogenitura; no existian títulos, ni diferencia en el traje. Algunas, sin embargo, habian conseguido los empleos más importantes y una clientela entre los patricios pobres á los que se llamaba barnabitas (6); atacaron de esta manera al gran consejo, y atrajeron al senado el nombramiento de los empleos principales, ó al menos la presentacion; pusieron trabas con sus lentitudes al poder deliberativo del gran consejo; después lo trasladaron todo del senado al colegio, y en fin, de éste á los inquisidores: de esta manera un tribunal llegó á ser gobierno, gracias á su poder sin límites y sin apelacion. Para conseguir este resultado, le fué preciso cerrar el libro de oro á los nuevos nobles, que hubieran introducido en el consejo ideas más atrevidas, y que constituyeron un tercer estado de *ciudadanos originarios;* el mismo pueblo se dividió en ciudadanos y plebe, no pudiendo ésta dedicarse más que á ciertas profesiones y al tráfico interior. Cada barrio de la ciudad tenia sus privilegios y gobierno, lo mismo le acontecia á cada gremio.

Así como en todas las oligarquias, los abusos y las malversaciones eran muchas en el ejército y en la hacienda. Habia mucho desórden en las posesiones de ultramar; los empleados robaban el dinero y vendian la justicia, al mismo tiempo que malversaban las sumas destinadas por la república al sostenimiento de las fortalezas y de los puertos. En tierra firme, un carácter pendenciero y turbulento hacia que fuesen frecuentes las riñas y los asesinatos. Los *ilustrísimas* (llamábase así á los patricios) ostentaban una arrogancia de que los plebeyos se vengaban ejerciendo la tirania cada uno en su pequeño círculo. Pero si la nobleza provincial, viéndose pospuesta á la veneciana, miraba mal al gobierno, la plebe le fué siempre benévola y respetuosa. En la capital se fomentaba la corrupcion para distraer á los ánimos de los negocios públicos (7). Aunque la costumbre tratase de acercar los nobles á los plebeyos con diferentes grados de patronato (8), el orgullo de los primeros estaba en relacion con la nulidad de los segundos; y desde sus palcos escupian al patio, ocupado por plebeyos.

Todo el genio sombrío de aquel tribunal de los Diez, de que se asustaba Montesquieu, se reducia á emplear un espionaje abyecto, á impedir el desarrollo de las virtudes fuertes, á dar cierta apariencia de regularidad á las malas costumbres. Desterró una vez, pero pronto tuvo que volver á llamar á las *beneméritas prostitutas*, en atencion á que sus casas y el locutorio de los monasterios eran los únicos lugares donde se pudiesen reunir las gentes libremente para entretenerse en la música, en cenas, en galanteos, sin causar recelos al gobierno, porque tenia allí espias. El establecimiento llamado *Ridotto* (Retiro) era una escuela de inmoralidad. Se encontraban en él setenta tapetes verdes,

(5) Los podestás ó corregidores de Bérgamo, Brescia, Verona, Plasencia, Padua y Treviso, el lugarteniente de Udine, el proveedor general de Dalmacia, los embajadores en Roma, Madrid, Viena y Paris; el *noble*, en Petersburgo, tenian cortísimos sueldos señalados arbitrariamente. Sólo el bailiato ó embajada de Constantinopla producia bastante aunque sin gravámen para la república.

(6) De la iglesia de San Bernabé, en rededor de la cual vivian. Descendian de los hijos segundos de las principales familias, y de aquellas que habian sido agregadas al patriciado con motivo de la guerra de Chioggia. Aquellas cuya inscripcion en el libro de oro databa de la guerra de Candia, eran aun bastante ricas.

(7) Se decia proverbialmente: «Por la mañana una misita, después de comer una barajita, y por la noche una mocita.»

(8) Era tal, que los que tenian el mismo nombre (*senso*) se consideraban en cierta manera como aliados. En los bautismos de los patricios los padrinos eran siempre más de dos; llegaron á ser á veces hasta ciento cincuenta, y siempre plebeyos. Aun más, el sacerdote estaba obligado, bajo pena de destierro, de intimar severamente á los que hubieran sido patricios el retirarse.

sobre los cuales un juego frenético consumia las fortunas. Aquella guarida estaba presidida por los nobles, que asalariados por las compañías de contratistas, eran los únicos que permanecian con la peluca y la toga de magistrado, mientras que todos los demás usaban caretas. Los embajadores y los ministros iban á buscar á aquel sitio las alternativas de las doradas ilusiones y de las devoradoras angustias. En 1774 los correctores de licencias ducales obtuvieron que se cerrase el Ridotto; pero no dió cumplimiento al decreto, siendo el juego un cebo para los extranjeros (9).

Baffo.—Un grande indicio de depravacion es la celebridad que adquirió Baffo. Escribiendo en dialecto veneciano se encenagó en la licencia; y no retrocedió ante ninguna de las frases más técnicas de las casas de prostitucion para atacar la moralidad, el honor, la virtud, é instalar en el locutorio y en el altar los símbolos más obscenos, representar lo que la imaginacion puede crear, ó la historia pagana recordar de más lúbrico. Aquel infame que gritaba *¡viva el vicio!* negaba á Dios, y queria sustituir á su culto «la santa sencillez de la edad de oro;» triunfaba en medio de Venecia á la que infestaba, y alentaba el juego, las intrigas amorosas, los placeres fáciles que procuraban las misteriosas góndolas y la máscara, que nunca se avergüenza (10).

Labia se indignó de aquel descaro; y lleno de amor hácia su patria, y de celo hácia su religion, rechazó con las mismas armas la invasion de las ideas extranjeras, el desórden de las costumbres, el gusto apasionado por el teatro, los cortejos, la mania de destruir los conventos, cuando se toleraban los lupanares y las casas de juego. Tantos escesos hicieron que por un momento se adoptasen medidas escesivas. Cerráronse los cafés, multiplicáronse las leyes suntuarias y se prohibieron los libros impíos. Pero pronto fué preciso ceder al impulso de la moda. Los cafés se volvieron á abrir; ostentóse un inaudito lujo en las fiestas dadas por la república, y los teatros venecianos eclipsaron con su esplendor á los de todo el mundo.

Una ley muy severa prohibia á los nobles y á los que dependian de ellos, toda clase de relaciones con los ministros extranjeros que residiesen en Venecia y con los que dependiesen de sus casas; de tal manera, que si alguno daba en la suya un convite, en el que no queria admitir á más personas que las convidadas, ponia en la puerta á un criado con la librea de un embajador extranjero. El dux vivia solo, por las grandes consideraciones que su clase le obligaba á guardar. A muy pocas personas se les permitia viajar, lo que hacia que las costumbres se conservasen con toda su originalidad. Los barnabitas, cuyo número era muy considerable, formaban una clase muy peligrosa, como sucede siempre con los nobles pobres en un Estado libre. Contaban entre otros privilegios el que permitia á sus mujeres mendigar vestidas de seda; y de sus filas salian escamoteadores, ladrones, jugadores, pleitistas y solicitadores de votos en las elecciones (*bróglio*). Obligados para vivir á moverse mucho, inquietaron varias veces á la república; en 1762 urdieron una conspiracion con objeto de trastornarla y derribar á los inquisidores. Intentaron otra en 1775, y de una manera más peligrosa en 1782; pero semejantes movimientos fueron reprimidos por aquella organizacion judicial tan fuerte. Humilde el pueblo hasta la bajeza, evitaba en todo lo posible el mezclarse con aquellos fastuosos patricios, teniendo aparte con sus iguales una existencia alegre, sin gloria y sin necesidades, ni aun intelectuales.

El Estado se encontraba, pues, concentrado en la ciudad, la ciudad en un corto número de familias, y su única fuerza consistia en la debilidad de los que obedecian. La política esterior no se ocupaba ya de Venecia sino como de una presa ambicionada. Los turcos la dejaban en paz, aunque algunas veces perseguian á sus barcos; la alabada prudencia de sus senadores se limitaba á permanecer neutrales entre las potencias que se hacian la guerra en Italia, para no interrumpir su comercio con ellas. El temor de ver á las provincias avasalladas sublevarse, les hacia evitar la guerra. Venecia no quiso adoptar, como toda la Europa, los ejércitos permanentes y nacionales; y por otra parte, en tiempo de guerra destruia la unidad del mando colocando á un proveedor al lado de los generales.

No tomó parte en la guerra de sucesion, y la Italia quedó destrozada sin consultarla. Las potencias violaron su territorio siempre que les convino. Buques ingleses y austriacos surcaban con toda seguridad el golfo que llamaba suyo, y el emperador abrió en Trieste un puerto franco con fortificaciones y un arsenal. Los fondos reservados para las grandes necesidades fueron consumidos; aumentóse

---

(9) Verona tenia tambien un célebre casino. Habiéndose presentado algunas señoras en 1773 con tontillos menos voluminosos que de costumbre, hubo un escándalo, y toda la ciudad tomó partido en pro ó en contra. Enardeciéronse los ánimos hasta tal grado, que para darles el tiempo de tranquilizarse, se cerró el casino. Pero esto no bastó; el asunto tuvo que verse en la magistratura suprema de la república, y José Torrelli, buen literato, escribió con respecto á esto graves apologias.

(10) La máscara, moda característica de Venecia, consistia en la capa ó capote, el sombrero de tres picos, y la careta que cubria la mitad superior del rostro. Se permitia aquel traje desde el 5 de octubre hasta el 16 de diciembre; después desde el dia de San Esteban hasta fines del carnaval; luego el dia de San Marcos, los quince dias de la fiesta de la Ascension, aquellos en que se verificaba la creacion del dux y sus solemnes banquetes, como tambien en otras fiestas estraordinarias y en la época de las visitas de los príncipes. Entonces el patricio podia abandonar la toga y la peluca, y pasearse por todas partes con el rostro cubierto con la careta y con el sombrero en la cabeza; hablar con los ministros extranjeros en la plaza, en los casinos y en el teatro, pero no en su casa.

la deuda hasta doscientos millones, y se vieron precisados á pedir prestado hasta á los extranjeros, á pesar de la ley que se oponia á ello. Apenas conservaba el comercio sombra de su antiguo esplendor: hasta producia una especie de deshonra, en atencion á que estaba prohibido á los nobles; los venecianos quisieron remediar esto en 1784, incitando á los patricios á dedicarse á las especulaciones. La marina mercante no contaba más de cuatrocientos á quinientos buques en el mar; la militar tenia sólo doce navegando, y veinte eternamente en astillero. El odio á las innovaciones hizo que los navíos conservasen su antigua forma (11); al mismo tiempo los procedimientos de química permanecian siendo un secreto, como tambien los de las construcciones navales.

Distamos mucho de querer insultar á Venecia para absolver á los que le hicieron traicion; pero creemos que toda potencia que rechaza las reformas que exige la época, marcha á una ruina próxima. Apresurémonos á decir que la ciudad fué declarada puerto franco en 1735, á ejemplo de lo que el emperador habia hecho con Trieste y el papa con Ancona. Goldoni se regocijaba al volver de sus viajes, de ver á Venecia alumbrada, mientras que las calles de las ciudades que habia visitado permanecian en la oscuridad (12). En 1770 el senado hizo recopilar todas las *leyes de máximas de gobierno* que constituian el código feudal, ó más bien la coleccion de proyectos de decreto desde el año de 1328 en adelante: el magistrado de aguas procuró reunir en un cuerpo las ordenanzas relativas á los puertos y lagunas. En 1786 se promulgó un código para la marina mercante, como tambien las primeras leyes orgánicas sobre la esplotacion de las minas (6 de marzo 1679, y 18 de setiembre de 1784), y se preparaban los estatutos civiles y criminales que fueron presentados al senado en 1789. Volvióse á abrir el libro de oro en 1775 por veinte años, con intencion de inscribir en él hasta cuarenta familias de tierra firme ú otras que tuviesen una renta de 10,000 ducados y nobleza de cuatro generaciones. No se presentaron más que seis. Pero la tradicion del amor á la patria y á las grandes cosas no se da con el diploma.

Todo esto prueba que Venecia no estaba tan decrépita; pruébalo tambien la expedicion del almirante Emo contra los berberiscos y la gigantesca obra de las murallas, dique mármóreo opuesto al mar, *ausu romano, ære veneto* desde 1744 á 1782. Y como es costumbre hacer grandes fiestas á los ídolos que están para ser derribados, se conmemoró la espléndida acogida hecha en todo el Estado á José II y á Pio VI (13).

Las demás repúblicas se veian tambien reducidas á no ser más que municipios sin importancia política. El cardenal Alberoni atentó un dia á la independencia de San Marino (1739); pero las quejas que se suscitaron, determinaron al papa á devolver á aquella pequeña república su antigua independencia.

En Luca la censura romana y el ostracismo ateniense habian sido reemplazados por el *discolato* (ó destierro). En efecto, si algun ciudadano noble ó de la clase media se distinguia por su riqueza ó por su mérito, los senadores inscribian su nombre en una papeleta, y cuando se hallaban veinte y cinco de acuerdo, era considerado como *discolato* y era desterrado. Aquella inquisicion, que se repetia cada dos meses, hacia que desapareciese, produciendo la desconfianza, toda franqueza en las conversaciones, é inclinaba á los ciudadanos á ocultarse en la mediania. Los jueces eran llamados de fuera; y pasado el tiempo de su empleo, quedaban sujetos á una causa. Hacíanse leyes suntuarias de minuciosísima severidad (14), y en 1748, para *impedir la extraccion del dinero del Estado,* se prohibió á la clase noble «todo vestido que no fuese de color negro, tanto á los hombres como á las mujeres, aunque fuese el traje de boda para ir al altar;» se vedaron los paños, medias, cintas y guarniciones extranjeras ó que hubiesen sido elaboradas fuera del Estado; al que los tenia ya, se le permitia llevarlos para el campo hasta que se concluyesen. En 1762 se repitió la órden, bajo pena del *discolato* para los nobles, y cincuenta escudos de multa al sastre que hubiese confeccionado vestidos de telas extranjeras. Por lo demás, se protegia á la industria, y los ciudadanos adquirian en la administracion pública aptitud para los negocios. Las *familias de la clase media originaria*, de las cuales se contaban doscientas veinte y cuatro cuando se cerró el libro de oro, en 1628, encontrándose en 1787 reducidas á ochenta y ocho, se decidió que su número seria lo menos de noventa, además de las diez de nobles personales, que reemplazaron á las antiguas casas extinguidas.

Cerdeña.—Estando Victor Amadeo III, cuando su advenimiento al trono de Cerdeña, á la edad de cuarenta y siete años (1775), muy prevenido en contra de los ministros de su padre, sobre todo de Bogino, los despidió á todos. No era enemigo de las innovaciones; pero hizo en plena paz, para sostener las tropas, gastos que arruinaron á las rentas, y dió nuevas fuerzas á la aristocracia, no admitiendo más que á los nobles en los empleos de

(11) Angel Emo hizo el esperimento de un buque de setenta y cuatro con palos unidos; pues al principio eran tambien los palos maestros de un solo pedazo de abeto, de los altísimos que se encontraban en los bosques de Avrouzo y Cansoglio.

(12) *Memorias*, tomo I, pág. 253. En 1756 se construyó el edificio para la feria por el arquitecto Macaruzzi; era de madera y tan bien dispuesto, que en cinco dias se armaba y en otros cinco se desarmaba.

(13) Descríbela ZICOGNA, *Inscripciones venecianas*, en San Jorge Mayor.

(14) Algunas han sido publicadas por MINUSOLI en el tomo X del *Archivo histórico*.

oficiales. Mejoró los caminos y el puerto de Niza. Reconoció á la academia de Ciencias, fundacion privada de Lagrange, Saluzzo y Cigna, á la que dotó con los bienes de las abadías secularizadas; aprobó la formacion de la sociedad de agricultura, prohibió enterrar en las iglesias, y siguiendo el consejo de Gerdil, ir á estudiar á Pavia, que estaba infestada de jansenismo. Contrajo una nueva alianza de familia con los Borbones, casándose con una hija de Felipe V, y dando á su hijo una hermana de Luis XVI (15), como tambien dos de sus hijas á los dos hermanos de aquel príncipe.

De esta manera se consolidaba sucesivamente aquella monarquía, la única que no ha esperimentado revoluciones y cambios dinásticos. Como se conoció desde un principio, destinada á sostenerse con las armas, fué la única que mantuvo en su seno el espíritu militar; y sus treinta y cinco mil soldados, sus quince plazas fuertes no contribuyeron poco á ello. En tiempo de Cárlos Manuel llegó á un estado floreciente la escuela militar dirigida por Alejandro Papacino, de Antoni. Este oficial escribió para uso de los discípulos, la *Arquitectura militar*, el *Exámen de la pólvora*, el *Uso de las armas de fuego*, la *Artillería práctica* y otras obras que se tradujeron al francés. Existe además de él una relacion de la guerra de 1753 (16). Bertola enseñaba al mismo tiempo el arte de la defensa y ataque de las plazas; él fué el que dirigió la construccion de la Brunetta, admirable fortaleza que cerraba á los franceses el Val de Susa.

Génova, que estaba bien fortificada, no tenia más de mil quinientos hombres sobre las armas; lo mismo sucedia en Módena; Parma no tenia más que la mitad, la pacífica Luca doscientos; la Toscana cuatro mil; el papa de cinco á seis mil, con las fortalezas del Pó, Ancona y Civitavecchia. Venecia tenia tropas en Peschiera, Porto Legnano y Palma-Nova, en Italia; en Zara y en Cattaro en la Dalmacia; en Corfú, en el mar Jónico. Su arsenal estaba aun rico; mantenia en estado de navegar quince barcos de alto bordo y catorce más pequeños, pero sus dos mil soldados eran extranjeros. Ocupado Tanucci en Nápoles en hacer la guerra al clero, concedió poca atencion á las fuerzas militares. Sin embargo, José Palmieri, autor del *Arte de la guerra;* el príncipe de San Severo, que inventó un nuevo sistema de táctica; Alfonso de Luna, que escribió el *Espíritu de la guerra*, hicieron adquirir reputacion á aquel país. Fernando, cuando aun no era más que príncipe, manifestó tambien gusto hácia los soldados, los cadetes, los marinos, los ejercicios, y llamó al inglés Acton para reorganizar el ejército.

En efecto, éste abolió los privilegios; confió á los granaderos el servicio de los guardias de corps, como se verificaba en Austria; licenció las tropas suizas, formó dos regimientos de españoles, irlandeses y flamencos; conservó el regimiento real de Macedonia, compuesto de griegos, á los cuales añadió un batallon de cazadores albaneses; envió al extranjero oficiales inteligentes para instruirse; estableció dos academias para los cuerpos facultativos, con buenos profesores; hizo ir de Francia y Suiza á oficiales instructores para los ingenieros, la marina, el arsenal, y formó en Capua un cuerpo de instruccion. Pero todos aquellos extranjeros querian verificar reformas costosas é inútiles; llevaban consigo á protegidos, para colocarlos en los empleos, esperados en vano por los nacionales, en recompensa de honrosos servicios. Acton hizo tambien construir, con enormes gastos, galeras y navíos de línea, cuando hubiera sido mejor tener buques ligeros para las comunicaciones con Sicilia, é impedir á los jabeques berberiscos infestar las costas: por el contrario, no permitió á los buques mercantes el usar cañones, como los de los ingleses.

La Lombardía, á la que Mantua y Milan hacian fuerte, no contaba más de cuatro mil hombres, reclutados en las cárceles por medio de enganches; eran la hez del pueblo. Los franceses habian intentado, en 1705, el alistamiento por fuerza, pero fué en vano. Cuando de nuevo lo intentó María Teresa en 1759, huian los mozos. José II esceptuó á aquella provincia; después cuando estalló la guerra de sucesion, habiendo pedido Francisco II mil trescientos reclutas para completar los regimientos italianos de Belgioyoso y Caprara, el Estado ofreció por quedar exento 100,000 cequíes cada año hasta la paz. Sin embargo, apenas cambiaron los tiempos, cuando los italianos volaron á los combates; en 1801 la república cisalpina tenia sobre las armas veinte y dos mil soldados; la república italiana dispuso una reserva de sesenta mil hombres. Los italianos acompañaron á los franceses en todas sus gloriosas y mortíferas campañas; en 1812, habia setenta y cinco mil sobre las armas, y cuarenta mil marchaban á perecer en las nieves de Rusia invocando á sus santos, dice un extranjero, pero como héroes.

Por lo demás, los italianos no prosperaron, en aquellos cuarenta y ocho años, en proporcion de los demás pueblos menos favorecidos que ellos. Las bellas artes se corrigieron; pero no florecieron, pues los ricos empleaban con preferencia su oro en objetos de un lujo frívolo; los municipios dejaban los gastos al gobierno; y la religion, que perdia influencia, no alentaba bastante el arte. El gusto francés, que se hacia general, prueba la pérdida del carácter nacional. Es que, en efecto, el cuidado de los intereses de la patria, que despierta el ánimo y le alienta, estaba abandonado á los gobiernos llamados paternales; las ideas liberales no se proclamaban sino con licencia de la autoridad y por tanto eran

(15) Clotilde, que murió en 1802 en olor de santidad.

(16) Próspero Balbo, que ha escrito su elogio en las *Memorias académicas* de Turin (1805, p. 283), da cuenta de lo que el Piamonte ha hecho para los progresos de la ciencia, de las fortificaciones y de la artillería.

ineficaces y no impedian á los gobiernos el ser déspotas; además, el pueblo no las comprendia, no luchaba, no perdia su timidez moral, ni llevaba tampoco á los sentimientos de su conciencia unidos los sentimientos de civilizacion, que debieran haber impreso en él las doctrinas que entonces se enseñaban. En lugar de los enciclopedistas, la Italia tenia á los jansenistas; se daba más importancia á un jesuita que atacaba á Dante, que á un filósofo que atacara á Dios; y se disputaba sobre el derecho del papa á la hacanea, cuando el Evangelio se encontraba en peligro.

En las ciudades se conservaban una cortesia enervada, el chichisbeismo, la aficion á los banquetes y á las comodidades: la imprenta, muy escasa en sus producciones, no tanto hallaba obstáculos á su progreso en la censura, cuanto en la negligencia del público; la agricultura llamaba la atencion del gobierno y de los doctos; pero los fideicomisos y las manos muertas la tenian encadenada: los innumerables conventos socorrian las necesidades de la pobreteria, pero con su imprudente limosna la aumentaban: las contribuciones eran cortas, pero no se aprecia el estado de la hacienda por la suma de los tributos, sino más bien por el uso que se hace de éstos en beneficio de la nacion.

Si un corto número de personas leian los libros de los enciclopedistas, si otras daban su nombre á las lógias masónicas, la mayor parte vivian en una existencia tranquila y agradable; se deseaban mejoras, pero no se querian con afan; y las innovaciones de Leopoldo y las de José II fueron mal acogidas, aun en la parte que podian tener algo de racional.

Después de la muerte de este último príncipe (1790), los lombardos hicieron oir sus quejas con toda la energia que les habia dejado la costumbre de la obediencia. El emperador Leopoldo II, que tenia buenas intenciones y no temia la verdad, levantó entre los lombardos una voz parecida á la del heraldo de Atenas: el que pueda dar un buen consejo, que suba á la tribuna y hable, y dispuso que cada ciudad enviase dos diputados. Entonces Pedro Verri exclamó: «La majestad de Leopoldo II invita generosamente á sus súbditos á que le informen de sus necesidades y de sus males, á que envien diputados á la corte que puedan de viva voz indicar lo que convenga para esclarecer estos objetos. No se podia desear suceso más fausto que éste: otro tan feliz no ha visto esta provincia hace muchos siglos. Antes apenas eran toleradas las manifestaciones públicas; el que las promovia tenia que sufrir la tacha de intrigante, importuno y fanático. Ahora se invita, se anima á los hijos á presentarse al padre, á los hombres á acudir al hombre soberano, á los seres que padecen á exponer sus lamentos ante el monarca sensible y virtuoso. Si no lo exponemos todo, la culpa será nuestra; si con peticiones indiscretas é importunas desacreditamos la causa pública, nuestra será la culpa; si ignorando malamente los principios buscamos un sistema precario, y la revivificacion de las antiguas preocupaciones más bien que el reinado estable de la razon, nuestra será toda la culpa. No es verdad que la larga opresion de las generaciones pasadas y de la presente, enflaquecida por una serie de actos arbitrarios del poder ministerial, hayan reducido los ánimos á la nulidad, degradándoles hasta el punto de considerar como quimera la virtud y como delirio el amor de la patria. Este es el momento de trasmitir nuestros nombres á la historia cubiertos de infamia, ó de tal manera que nos honremos á nosotros y honremos á nuestros hijos ante los siglos venideros... Las vicisitudes pasadas no han dejado en los ánimos otro sentimiento más que el temor; ni de nuestos padres recibimos otro precepto más que el de la sumision y el envilecimiento, cohonestado con el honroso nombre de prudencia. La veracidad ingénua, la caridad por la patria, el amor á la justicia, el entusiasmo noble en favor de la verdad, todos los ímpetus de un corazon bueno y enérgico desaparecieron. Cada cual reconcentró su pensamiento en su familia, y con el nombre de patria se promovieron indirectamente los intereses de algunas pocas clases, considerándose como enemigo de la patria al que hablaba de librar á los ciudadanos de la opresion de ciertas clases privilegiadas. Los hombres vulgares educados en tales principios y desprovistos de toda idea de bien público, no aspiran más que al restablecimiento de aquel sistema; pero si una vez cayó al primer impulso, no es racional que lo construyamos otra vez sobre la misma base. Una hoja de papel, que ni aun estaba firmada por el monarca, aniquiló en un momento la Congregacion de Estado, todas las instituciones municipales, todas las administraciones que la piedad de nuestros mayores habia fundado para aliviar la indigencia. Todo el sistema antiguo era, pues, precario; no tenia por base una constitucion, ni podia alegarse obstáculo legal ninguno contra la voluntad de un ministro. Así, lo peor que puede sucedernos es volver á tan precaria situacion. El Milanesado quedó sujeto al despotismo desde que cesaron de reinar sus naturales príncipes; bajo el gobierno español se ejercia este despotismo por algunas corporaciones poderosas, pero después, aunque éstas fueron gradualmente privadas de sus privilegios, y todo ha venido al fin á quedar al arbitrio de un solo hombre.

»El determinar cuál de los dos despotismos es más funesto, seria propio de una academia: lo que ahora hace á nuestro propósito es penetrarse de que conviene salir del estado de abyeccion en que gemimos, y convertirnos de esclavos descontentos, en súbditos racionales y fieles al nuevo monarca, que quiere que seamos hombres y que es digno de mandar á hombres. Conviene pedir una constitucion, esto es, una ley inviolable aun en los tiempos venideros, la cual asegure á los sucesores del monarca nuestra fidelidad de buenos y leales súbditos...

»Conviene que esta constitucion se halle garantida y defendida por un cuerpo permanente interesado

en custodiarla, y cuya voz pueda libremente y en todas épocas dar aviso al monarca de los atentados que andando el tiempo pudiera el ministro promover para invadirla.»

El tono enfático de estas palabras manifiesta que los lombardos consideraron como un gran beneficio esta primera consulta que les hacia el soberano, esta primera esperanza de una constitucion sancionada. Los diputados fueron en efecto á Viena, y entre una infinidad de peticiones que hicieron, las más de ellas dirigidas á abolir las innovaciones, sólo porque lo eran, solicitaron de comun acuerdo que se restableciese la congregacion general del Estado, representacion del pais. Leopoldo se avino a restablecerla, dándole el derecho de tener un diputado en Viena y la inspeccion sobre los gastos públicos; al mismo tiempo se restableció el buen sistema comunal que José II habia trastornado, restituyéndose á los municipios la inspeccion sobre el censo, sobre los víveres, los caminos, la salud pública y la policia urbana.

Parma.—Du-Tillot gobernaba en Parma con prudencia y habilidad en nombre del infante Fernando, y contentaba á la vez á la España y á la Francia. Económico con magnificencia, firme con dulzura, sabia arreglarse para que las cortas rentas cuyo empleo tenia que regularizar, pudiesen bastar no sólo á las necesidades, sino tambien al esplendor del ducado. Era su proyecto casar al infante con Maria Beatriz de Este, heredera de Módena, lo que hubiera constituido un gran Estado en la Italia Central. Pero esto fué bastante para atraerle el odio del Austria, que casó á Beatriz con el archiduque Fernando, y dió al infante Maria Amalia, que era otra hija de Maria Teresa (1769). A ejemplo de sus hermanas, dominó á su esposo más jóven que ella, y supo librarse de las trabas que la etiqueta española oponia á sus placeres. El duque, que hasta entonces habia sido muy devoto, soltó la rienda á sus pasiones, y se rodeó de libertinos, lo que produjo desórden en la hacienda; mas como Tillot se permitiera hacerle algunas observaciones, se le comenzó á mirar mal (17).

La duquesa habia negado á los ministros de Francia y España ciertas distinciones de costumbre, Cárlos III se quejó de ello; Luis XV escribió al duque, á quien reprendió en union de su mujer, mandándoles con el tono que corresponde á un abuelo, restablecer la ceremonia en su antiguo pié, separarse de las malas compañias que les rodeaban, y sujetarse en todo, durante cuatro años, á Tillot, cuyo elogio hacia sin reserva. Hasta envió, para vigilarle, á Boisgelin, al mismo tiempo que la España mandaba, con el mismo objeto, al señor de Revilla. Aunque entregada la corte á los placeres, se llenó de intrigas. Los infantes no podian resignarse á aquella humillacion, y no disimulaban su odio á Tillot, que se les imponia como un tutor; de manera que la Francia y la España se vieron obligadas á darle un sucesor, colmándole de pruebas de su satisfaccion (18). Fué reemplazado por Llano; pero Amalia fingió estar enferma por no verle, é invirtiendo la etiqueta, en lugar de recibir á los grandes, no admitia sino á personajes subalternos, mientras que su marido se entregaba de nuevo á sus lúbricos placeres. El rey de España se dirigió á Maria Teresa para que *pusiese fin á la conducta violenta é inconsiderada de su hija*, y José II la amenazó hasta con un monasterio. Pero la infanta, en lugar de ceder, se llevó consigo á su marido á Liorna, para separarle de Llano. En su consecuencia, Maria Teresa cesó toda correspondencia con ella, imitándole tambien en esto los reyes de España y Francia, cuando la cartera se quitó al ministro. Entonces tuvo que presentar escusas el duque á Cárlos III y volver á llamar á Llano (1773), que incomodado sin cesar por el odio de los infantes, concluyó por pedir el retiro. Fué reemplazado por el conde de Sacco, de quien precisamente habia recomendado no fiarse.

Dos Sicilias.—Fernando IV, que habia ascendido al trono de las Dos Sicilias, no tenia ninguna inclinacion al saber, que despreciaba: no era aficionado más que á la lucha y á la caza; sus gustos y sus modales eran vulgares. Maria Teresa, que consideraba siempre el reino de Nápoles como usurpado á su casa, quiso al menos procurarse influencia en él, casando á su hija Carolina con Fernando, con la espresa cláusula de que tendria entrada en el consejo de Estado. Ingertaba en aquel reino la política austriaca, que imperó de esta manera en toda la Italia escepto en el Piamonte.

Imperiosa Carolina por carácter y por las insi-

(17) Estos hechos, sobre los cuales los escritores italianos han guardado silencio, los refiere SCHŒLL.

(18) Véanse algunos datos estadísticos concernientes á la administracion de Tillot:

	Lib. torn.
En los veinte y dos años últimos, el tesoro habia recibido.	78.853,788
Y gastado.	78.729,896
Quedaban.	123,892
Las rentas del infante cuando Tillot se hizo cargo de la administracion, ascendian á .	1.526,072
Las habia hecho subir á.	3.014,317
Aquel aumento resultaba:	
De los impuestos nuevos, y del aumento de los antiguos.	750 737
De las economias en la recaudacion. . . .	730,510
Añadiendo á esto las pensiones que el infante recibia de los reyes de Francia y España y el producto de las encomiendas españolas, los ingresos ascendian á. . .	3.794 061
Los gastos á..	3.296,672
Quedaba, pues, en caja todos los años un fondo de.	524,388

nuaciones de su madre, queria separar al rey de la corte de Madrid y del pacto de familia (1776). Con objeto de conseguirlo hizo despedir á Tanucci, dándole por sucessor al marqués de la Sambucca, su hechura, á quien agregó después el caballero José Acton (1784), que luego puso al frente del Estado. Acton tenia aptitud para la marina, pero no para el gobierno. Dócil y adulador en estremo, y cuidándose poco de un pais que no era el suyo, conoció que la reina era el todo: dedicóse, pues, á ganar su voluntad; y ocupado únicamente de su fortuna, escitó después tanto descontento como esperanzas habia hecho nacer al principio.

Promulgáronse en aquella época buenas y malas leyes; Miguel Jorio preparó un código de comercio y de marina que se quedó en proyecto. No se pudo hacer uniforme la administracion comunal, ni sustraerla á los feudatarios; las artes y oficios se encontraban aun sujetos á las corporaciones, la industria del gusano de seda se hallaba llena de trabas que le imponia el monopolio real. Los habitantes de Torre de Greco, amenazados siempre por el Vesubio, se habian dedicado con intrepidez á la pesca del coral, y su audacia les habia procurado grandes riquezas; pero languideció aquella industria hasta llegar á ser nula tan pronto como el gobierno quiso mezclarse en ella y darle reglas en el *Código coralino*. Favorecióse, sin embargo, la roturacion de las tierras, y se poblaron las islas desiertas; estableciéronse los archivos reales para la conservacion de las hipotecas. Los empleados de la curia, azote de aquel pais, fueron el objeto de algunas medidas de represion; prohibiéronse los juicios arbitrarios, pero se conservaron los procedimientos inquisitoriales como tambien el tormento y las penas bárbaras contra los rateros. Los que leian á Voltaire eran sentenciados á tres años de galeras, y á seis meses de cárcel los lectores de la *Gaceta* de Florencia. Los caminos estaban tan infestados de ladrones, que el gobierno se veia reducido á recomendar á los viajeros ir en caravanas. Los berberiscos no cesaban de atacar las costas. La nobleza no tenia armas ni poder, y no pudiendo refrenar al rey, era el azote del pueblo. La propiedad se hallaba concentrada en un corto número de manos; al mismo tiempo los no propietarios estaban gravados con contribuciones tan diferentes como arbitrarias; fuertes derechos de entrada y salida pesaban sobre las mercancias; todo pagaba contribucion, hasta el agua del cielo, además de las obligaciones personales, tales como el trabajo de los campos, el servicio de correos. David Winspeare ha enumerado trescientos noventa y cinco derechos sobre las cosas y personas, que subsistian aun cuando el advenimiento de la familia de Napoleon. La justicia y la jurisprudencia se hallaban en el estado más deplorable (19), y al cabo de doce legislaciones que sucesivamente se habian establecido, la aplicacion tenia que ser incierta y arbitraria. Por el juicio llamado del *truglio*, el fiscal y el defensor régio de los acusados podian transigir trocando la cárcel en destierro ó galeras sin terminar el proceso, y sólo con el objeto de desocupar las prisiones. Se perpetuaban los pleitos con apelaciones sin fin, recursos de nulidad y súplicas al rey.

El tribunal de las subsistencias examinaba arbitrariamente las mercancias en las fronteras de los Estados Pontificios, impidiendo la salida de todos los granos, del ganado, del numerario, y castigando á su antojo á los delincuentes. No sufrian menos perjuicio las tierras del Abruzzo marítimo; estaban sujetas á la servidumbre del pasto de invierno (*regii estucchi*) hasta el punto de que no se las podia cercar, cultivar en ella granos ni plantar árboles: daba lástima el verlas. Suprimiéronse aquellos abusos por las reclamaciones de Melchor Delfico (20).

El rey, que habia visitado las huertas de la Lombardia, quiso ensayarlas en su pais. Fundó, pues, en San Luccio una colonia, á la cual dió la forma de un Estado independiente, con sus leyes, su milicia propia y un gobierno en comun entre los jefes de familia. Era un capricho del rey; pero la cria del gusano de seda prosperó en aquella pequeña república, en la que se introdujeron los telares para la fabricacion del gro de Nápoles.

La Sicilia estaba administrada como una provincia cuyas franquicias se eludian, dejábase dominar en ella el feudalismo, decaer la agricultura y se la llenaba de contribuciones. Partidas de ladrones infestaban los mal cuidados campos, y un tal Testalonga de Pietraperzia tenia tres muy numerosas á sus órdenes; al mismo tiempo las costas estaban expuestas á los ataques de los berberiscos. Tanucci hizo poblar á Ustica, isla que servia de refugio á aquellos piratas; pero no por eso dejaron de ir á ella y llevarse á los colonos. Las escaseces eran muy frecuentes en aquel granero de la Italia. Así es que como no era bastante prohibir la exportacion de granos, se tenian reservados grandes almacenes de trigo, y un capital (*Colonna frumentaria*) destinado especialmente á comprarlo en caso de necesidad. Habiendo concedido el marqués Fogliano, virey, al genovés Gazzini la autorizacion de exportar granos, el pueblo atribuyó á esta concesion la carestia que sobrevino en el precio de los

(19) Nos queda impresa la *Defensa de Cecilia Fargó, acusada de brujeria en Nápoles*, 1770, hecha por el abogado J. Raffoele.

(20) Las *Memorias sobre el reino de Nápoles* por ORLOF, son de gran interés aunque estén escritas con pasion. El *Ensayo sobre las revoluciones de Nápoles*, de VICENTE CUOCO, pinta con sus verdaderos colores el estado del reino en aquel tiempo, y es en mi concepto una de las obras que contienen más sólidas doctrinas políticas y económicas. Véanse tambien GALANTI, *Descripcion geográfica y política de las Sicilias;* y ARRICHI, *Ensayo histórico para el estudio de las revoluciones de Nápoles.*

cereales (1773): pronto incendió la casa de Gazzini, se apoderó de los cañones que existian en los buques fondeados en el puerto, dió libertad á los presos, y hubiera asesinado al pusilánime virey, si el arzobispo Filangieri no le hubiese favorecido en su fuga á Mesina. Jorge Caraffa, general sexagenario, sofocó el motin con el rigor; pero Filangieri contribuyó aun más á apaciguarle con la dulzura. Al mismo tiempo el parlamento se habia reunido en Cefalú, en Sicilia, para hacer justicia á las quejas; Fogliano fué destituido, y el gobierno se reformó, pero mejoró poco. No hubo más sangre derramada que la del cadalso.

Domingo Caracciolo, marqués de Villamarina, fué enviado á la isla en 1781, con el título de virey. Se habia hecho amigo en sus viajes de Diderot, d'Alembert, Garat y otros; imbuido en ideas innovadoras, se dedicó á introducirlas sin discernimiento. Sofocó las divisiones que se habian atizado á propósito de pais contra pais; hizo abolir la Inquisicion; reorganizó el parlamento de tal manera, que los barones no fuesen los únicos á quien se pudiese elegir, y que contribuyesen tambien á las cargas públicas (21). Decia no querer reconocer más que al rey y al pueblo. Escribió *Sobre la estraccion de los trigos de Sicilia*, y queria que la administracion tuviese el derecho de impedirla. La escuela de que procedia, hacia que él mismo se alabase, que se burlara de los que le denigraban, que desafiara la opinion pública, y ridiculizara la devocion á la Vírgen de la Carta y á Santa Rosalia, frecuentando las reuniones de las bailarinas y cantatrices. Nombrado ministro en Nápoles, á pesar de ser innovador y enemigo del feudalismo, se sobrecogió tanto con la toma de la Bastilla, que murió.

El reino se veia asolado por desastres naturales, siempre memorables. Ya en 1743 la peste habia diezmado los habitantes de Mesina. Después comenzaron en febrero de 1783 horribles terremotos, que redujeron aquella ciudad á un monton de ruinas. Conmovióse toda la Calabria, abrióse el terreno, y sepultó las aldeas y los habitantes. El mar que creció barrió las costas; y cebándose horrorosamente el hambre y las enfermedades en una poblacion espuesta á las intemperies y á las privaciones de todo género, hicieron aun más terrible el desastre.

Existian, pues, en Italia gobernantes animados de buenas intenciones, pero que haciendo y deshaciendo apresuradamente sin esplicar sus motivos, quebrantaban la fe pública, y no pensaban en satisfacer la razon que comenzaba á brillar. La educacion se hallaba muy estendida, pero no profunda, y limitada sólo á ciertas clases. La literatura hacia consistir la reforma en cambiar de modelos, y se sujetaba á la imitacion; no esperimentaba la necesidad de la originalidad que nace de verdades sentidas vivamente y espresadas en el lenguaje de todos. La sociedad creia un presagio de felicidad la languidez de las almas y el abatimiento de los caractéres. La situacion política no ofrecia ninguna de aquellas grandes cosas que, cuando de veras se quieren, desarrollan las grandes facultades. Habia una necesidad de mejoras que asustaba cuando se llegaba á tocar en los puntos esenciales. En semejantes circunstancias, en las que sólo un retórico puede ver un siglo de oro, se encontraba la Italia cuando fué sorprendida por la revolucion francesa.

(21) Aunque Caracciolo enfrenó las exorbitantes pretensiones de los barones respecto de derechos y prestaciones feudales, éstos subsistieron todavia por mucho tiempo, tanto que en la constitucion de 1812 leemos: «Los pechos y recargos introducidos solamente por la prerogativa señorial quedan abolidos sin indemnizacion. Por tanto, cesarán los impuestos de gallinas, capitacion, humo, carruajes; la obligacion de trasportar con preferencia los géneros del baron, de vender primeramente los productos del mismo, y todas las tareas personales y prestaciones serviles procedentes de la condicion de vasallo y de señor. Quedan igualmente abolidos sin indemnizacion los derechos y privilegios exclusivos que prohiben á los ciudadanos moler el grano ó la aceituna en otros molinos distintos de los del señor; el detenerse en otros mesones, fondas ú hosterias que no sean del mismo, y el vender comestibles ó líquidos en sitio diferente de sus tabernas ó establecimientos, con todos los demás privilegios y derechos análogos establecidos por sólo la prerogativa señorial y por la fuerza baronial.»

CAPÍTULO XXXI

LITERATURA ITALIANA.

La vanidosa pobreza de la literatura, en el curso del siglo XVII, tuvo por remedio principal el cansancio causado por los Arcades; los cuales en vez de recurrir á la naturaleza y á la fuente inagotable de los sentimientos, procuraron imitar á los escritores de los siglos XIV y XVI, y especialmente á Petrarca y Costanzo, buscando en ellos, no solamente el arte, sino tambien los pensamientos y la pureza enervada del estilo; con lo cual revistieron la apariencia de clásicos sin tener la sustancia, con mucho aprecio de sí mismos y ninguno del público, con la ambicion de la rima y de la frase, y evitando los modos naturales de decir las cosas, para dar por resultado una afectacion de fantasia, una relamida elegancia, una locuacidad toda artificio, una ciencia de relumbron, y la pretension necia de que podian elevarse los asuntos triviales y antipoéticos con sólo envolverlos en palabras sonoras. Lo hinchado ó lo bufon, estilos ambos detestables, prevalecian en la literatura italiana, así como las canciones bucólicas, las poesias burlescas, las composiciones para bodas, para grados ó para toma de hábitos (1), amores y celos, que no procedian nunca del corazon, y sí de la cabeza. Entonces se comenzaba haciendo sonetos para las colecciones, como en el dia se escriben artículos sentenciosos en los periódicos ¡y felices aquellos á quienes sus producciones valian un diploma de la Academia! La espresion de algunos es pura, el giro armonioso. Su prosa tiene nobleza y magnificencia, sus versos armonía; pero nunca se encuentra en ellos pasion ni verdadera elocuencia. Otros oponian á la fastidiosa indignacion de los escritores del siglo XVII una abundancia fácil, que no era sin embargo natural. Nos limitaremos á citar, entre un número infinito de escritores, á algunos de los que versificaron menos mal (2).

El boloñés Francisco Maria Zanotti, hombre universal, desempeñó una cátedra de filosofiia en su patria, llegó á ser secretario y después presidente del instituto de Bolonia, y sobre las tareas de este instituto escribió ocho tomos de comentarios. Sus sonetos, que se consideraron de los mejores, pue-

(1) Chiari decia: «He cantado á tantas monjas, que lo menos cuento seiscientas... He perdido la piel en las rejas y en los bancos de los locutorios...» Y Parini: «¡Cuántas tomas de hábito, cuántas profesiones!... ¿Y qué, no es posible coronar á un doctor, hacer á una monja, ó á uno fraile, sin sonetos ni canciones?»

(2) No he creido que hubiese necesidad de justificarme con los franceses ni con los alemanes por la libertad con que he juzgado á sus compatriotas. El temor de la franqueza y el odio á toda verdad no disfrazada, carácter de una crítica flacamente soberbia, me obliga á excusarme con los italianos. He sido educado con las obras que examino en este libro; he amado á Rousseau, me he conmovido con Raynal, he reido con Voltaire y con Beaumarchais, la Iliada de Cesarotti me ha parecido un *non plus ultra;* he puesto á Fantoni al nivel de Horacio, á Roberti con Anibal Caro, á Baretti con Boileau, á Turchi, Dios me perdone, con Massillon. Madurarse no es mudarse: ahora pido lo que otras veces he solicitado, que contra mi juicio se lancen dicterios y calumnias, reconozco el derecho de hacerlo; pero que no se les opongan los juicios de otros críticos, porque ellos tienen su modo de pensar y yo el mio, y podria exclamar con Séneca: «es vergonzoso el juzgar por el voto ajeno.» Esto lo ha dicho *Tiraboschi ó Guinguené ó Milizia ó Cicogna.* Está bien. ¿Pero tú que dices? el periódico A ó el hipercrítico B han resuelto esa cuestion de esta ó de la otra manera. Está bien. ¿Pero tú cómo la resuelves? ¿Y hasta cuándo estarás sujeto al freno de otro? Tráenos algo de lo tuyo.» *Turpe est ex commentario sapere. Hoc Zeno dixit: tu quid? Hoc Cleantes: tu quid? Quosque sub alio moveris? Aliquid et de tuo profer.* SENECA, *Ep.* 33, 7.

den apenas pasar como buenos. Escribió para una señora un arte poética, que Parini compara á las de Horacio y Aristóteles. La poesia es, segun él, «el arte de versificar por un objeto de placer;» la comedia, «es la representacion de algun acontecimiento que trata de disponer los ánimos á la alegria y á la risa.» En suma, no supo aprovecharse sino de las formas y de las superficies.

Cotta de Tenda cantó á Dios y á sus obras en una larga série de sonetos, en los que acumula las sutilezas teológicas y las dficultades físicas. Una piedad del mismo género hizo componer á Salandri un soneto sobre cada uno de los títulos de la letania de la Virgen. Pablo Rolli, autor de poesias elegantes y vacías de sentido, fué maestro italiano en la corte de Lóndres, tradujo á Milton, é hizo imprimir los clásicos italianos, pero

Aire puro de clima sereno,
Claro sol, quieto mar y suelo ameno

le volvieron á llamar á su patria. Los que se contentan con el colorido, pueden hacer el elogio de los sonetos de Cassiani y de Minzoni, ídolos de su época; pero ídolos que tienen corazon y no sienten, que versifican sólo por hacer versos, y que despues de leidos no se sabe á qué siglo pertenecen (3). Los *amores* monótonos de Luis Savioli pueden creerse una traduccion de un contemporáneo de Tibulo. Lo mismo sucede con Fiorentino, y tambien con Vittorelli, el *Anacreonte italiano*, que continuó hasta 1835 cantando á Doris é Irene. Pignotti ha dejado, además de una historia mediana de la Toscana, varias fábulas en las que hay color y gracia, á veces tambien naturalidad, pero que son más difusas que lo que permite el género. Aprovecha todas las ocasiones que se le presentan de zaherir á los sacerdotes y frailes: era la moda de la época. Aurelio Bertola, que fué uno de los primeros en dar á conocer la literatura alemana al otro lado de los Alpes, escribió fábulas más sencillas, pero en las que hay menos elegancia; tradujo á Gessner, lo que tambien hicieron Soave y otros; pero eran necesarios distintos ejemplos en el pais de los *Arcades*.

Juan Bautista Casti, de Montefiascone, sacerdote secularizado, escribió cuentos abominables. Escribió también *un poema tártaro* sazonado con alusiones á los amores de Catalina de Rusia, y otro titulado los *Animales parlantes*, imitacion de una imitacion, fastidioso como tiene que serlo una fábula espresada en gran número de cantos, en la que no se encuentra más que una política insignificante, un liberalismo de café y un estilo improvisado. Es, sin embargo, moda el admirarle, y José II le hizo suceder como poeta de la corte, al correcto Metastasio, con una pension de 3.000 florines; elogiáronle aquellos para quienes la literatura es un pasatiempo y el literato un bufon; y él, pasando de corte en corte, en cada una de ellas satirizaba á los demás; de suerte que al fin todos los príncipes se encontraron objeto de sus canciones satíricas.

Los poemas didácticos parecian convenir perfectamente á una literatura que trataba de manifestar un aspecto científico; hiciéronse gran número de ellos, entre los cuales citaremos el *Cultivo de las montañas*, por Lorenzi, fantasia fácil de un improvisador, y la *Rizeida*, de Spolverini, de Verona, que trabajó veinte años en embellecer una materia tan ingrata.

Cárlos Frugoni, natural de Génova, y contra su voluntad ciudadano de Soma, vivió en la indigencia hasta que llegó á ser poeta de la corte en Parma, y secretario de la academia de Bellas artes. Cantó todos los acontecimientos de aquella corte; dirigió todos los espectáculos, y terminó sus dias en una posicion holgada. Fué escritor de limitados pensamientos y ninguna correccion; buen colorista pero mal dibujante; aunque algunas veces quiere sostenerse con una ciencia prestada (4). Acostumbrado á trabajar sobre asuntos encargados, no buscó nunca la inspiracion ni aun en el amor; no fué mejor inspirado por el odio, del que se hizo con frecuencia instrumento. *Poeta de la alta sociedad*, atestó de ripios, de lugares comunes y de invenciones mitológicas, sus poesías de circunstancias, para matrimonios, misas nuevas y doctorados, con motivo de las campanas ó de los almireces que le fastidiaban ó en honor de las gentes ricas que le convidaban: de esta manera fué el versificador más fecundo de una época en la que los versos llovian. Así es que fué considerado como jefe de una escuela de pretendidos poetas, artífices de sonetos y opúsculos en alabanza, no sólo de los reyes, sino de todo el que poseia una casa de campo ó daba convites: composiciones en las cuales se unia la ambicion á una prolijidad descuidada y á una petulante sonoridad, á semejanza de las muñecas que se ven en los escaparates de las tiendas, muy cubiertas por de fuera con telas esplendentes, pero que por dentro son de estopa.

El conde Gaston Rezzonico, secretario de la academia y poeta del mismo género, se dedicó con el objeto de aumentar la edicion de las obras completas de Frugoni, á recoger todo lo que su pluma

(3) Monti refiere que habiendo preguntado á Minzoni dónde habia aprendido aquel estilo, respondió: «en *Dante, en los Profetas y en Ariosto.*» Magnífica escuela.

(4) Espera que después de su muerte
«Me harán justicia los remotos tiempos,
Jueces más imparciales, y en mis obras
Verán no sólo la exterior belleza
De formas y de imágenes, y el fácil
Don de cantar, sino tambien el brillo
Del difícil estilo, descubriendo
En él envueltas, como la matrona
En su vistoso y adornado traje,
Cosas que de las artes y las ciencias
Cuerdamente deduce el buen poeta.
«Este, dirán entonces, las ilustres
Escuelas conocia y frecuentaba.»

habia escrito en ratos ociosos, por gusto, por complacencia en la animacion de la mesa, ó por broma en el carnaval; después tuvo el valor de decir en su prefacio, que convenia dar á aquellos nueve tomos, «por su materia y el estilo, los nombres de las nueve musas, como hizo Grecia con los libros de la historia de Herodoto.» La alabanza exagerada es el peor vituperio; y en efecto, amigo Rezzonico de los hombres más distinguidos de su época, en su patria y fuera de ella, no llegó, á pesar de ello, más que una poesia basada sobre malas imitaciones, y una prosa pobre é incorrecta á la vez que ampulosa y arrogante; pero en cambio sus obras encontraron quien las imprimiese y elogiase.

Los *Versos libres de tres escelentes autores* (1757) merecen, por lo en moda que estuvieron, una mencion particular; prosa rimada, continuo martilleo de fantasias triviales y afectadas, fárragos de vocablos inútiles ó de frases antiguas desfiguradas, en que los autores, careciendo siempre de pasion y afecto, toman por fuego lo ampuloso del estilo, por noble y correcto lo hinchado y afectado, y con circunstancias pueriles rebajan y ridiculizan los más elevados asuntos. La contemplacion del desvan desde su cama induce á Frugoni á meditar sobre las razones de lo bello, de cuya meditacion le distrae el criado que le entra el chocolate.

Bettinelli (5) describe, en la erupcion del Vesubio, las ratas arrojadas de sus madrigueras. Y sin embargo, tales autores se presentaban como modelos en las escuelas, en lugar de los clásicos, y en compañia de Petrarca. Además, Bettinelli se burló en un pequeño poema de la mania de las colecciones; se atrevió en la tragedia de *Jerjes* á presentar en la escena la sombra de Amestris, y dió, en fin, en la *Resurreccion de la Italia*, una historia mediana, pero la mejor de aquella época. Escribió tambien ciertas cartas de Virgilio desde el Elisio, en las cuales hace una eleccion rigorosa de los poetas, y da consejos para disminuir su número pretendiendo que se cierre la Academia de los Arcades por cincuenta años; que las demás no reciban sino al que jure ser mediano toda su vida, y que se imponga una fuerte contribucion á las colecciones y á los periódicos (6).

¡Qué estraña idea se tenia de la poesia cuando se daban á Lorenzi asuntos de física para improvisar! Frugoni hacia sesenta sonetos seguidos contra el avaro Ciaco, y Casti dirigia ciento á uno á quien debia tres julios; toda la academia milanesa de los *Trasformati* deploraba en verso la muerte del gato de Balestreri, y los habia que se unian para traducir cada uno en octavas un canto del *Bertoldo*. Sin embargo, se iban á buscar á clases aun mas inferiores, es decir, entre los improvisadores (7) á los que se coronaba en el Capitolio, como la Corilla apellidada la Olímpica, y Perfetti, á quien se dió por asunto de prueba doce temas sobre las ciencias.

Baretti.—Aquella inagotable fecundidad escitó la mordaz locuacidad de Jose Baretti (1716-1789), de Turin, á quien sus editores colocan entre los buenos críticos y los distinguidos escritores. Compuso poesias que no valen más que las de aquel siglo. Durante su permanencia en Inglaterra aprendió tan bien la lengua inglesa, que pudo hacer un diccionario, y escribir en inglés una defensa poco lisonjera de los italianos (8) Comenzó después á tender el *Látigo literario* «sobre las costillas de los modernos necios y miserables que andaban todo el dia borrajeando comedias obscenas, tragedias insulsas, críticas pueriles, novelas triviales, disertaciones frívolas, y prosa y poesia de toda especie que no tenian la menor sustancia, ni la cualidad más pequeña que pudiera hacerlas deleitosas ó aceptables para los lectores y el público.»

---

(5) En las cartas sobre el epígrama, Bettinelli describe con agrado una visita que hizo á Voltaire. Invitado después el filósofo de Ferney por Bettinelli á ir á verle á Verona, le contestaba: «Bien veis que no debe convenirme ir á un pais en el que se embargan á las puertas de la ciudad los libros que lleva uno en su equipaje. No tengo deseos de pedir á un dominico permiso para hablar, pensar y leer; y os diré con toda franqueza, que la esclavitud de la Italia me causa horror. Creo que la basílica de San Pedro es hermosísima; pero prefiero un buen libro inglés escrito con toda libertad, á cien mil columnas de mármol.»

(6) Otro jesuita, el español Arteaga, autor agudo é ingenioso de las *Revoluciones del teatro musical*, dió tambien que clamar á las medianias de la época. Hizo el cargo á la lengua italiana de ser *pusilánime*, y de no tener en prosa «un escritor que reuna los votos de la nacion.» Repetia que la literatura no debe ser «un objeto de diversion y de placer,» sino «un instrumento de moral y legislacion.» (*Revoluciones*, etc., tomo I, pág. 183; tomo III, pág. 95 y siguientes). El y Lampillas, Scherlock, Serrano, Andrés y otros extranjeros se ocuparon en criticar la literatura italiana, que habian aprendido á conocer durante su larga permanencia en el pais. Otro jesuita español, llamado Tentori, escribió un ensayo de *Historia civil de la república veneciana*.

(7) Se citan entre las más célebres á Teresa Bandettini (Amaryllis etrusque), á Livia Accarigi, á Fortunata Fantastici, al mordaz Mateo Berardi, al napolitano Gaspar Mollo, que improvisaba en latin, como Gagliuffi, etc.

(8) Pretende disculpar los cortejos diciendo, que todo en ellos es inocente; y los pinta con peores colores, presentándolos afeminados. «La alta sociedad, dice, va á misa entre diez y once de la mañana; las señoras elegantes van acompañadas de sus criados y de sus cortejos. Uno de éstos que acompaña á su dama, debe, á la entrada del templo, adelantarse algunos pasos, levantar el tapiz, mojar sus dedos en el agua bendita, ofrecerla después á la dama, que le da las gracias con un leve saludo, y se santigua. Los criados presentan la silla á su ama y á su cortejo; concluida la misa, entrega ella su devocionario á su criado ó á su galan, coge su abanico, se levanta, se persigna, hace una cortesia al altar mayor, y marcha precedida de su cortejo, que le vuelve á ofrecer agua bendita, levanta de nuevo la cortina delante de ella, y le da el brazo para volver á su casa.» *The Italians*, c. 30.

En efecto, el campo de la bella literatura estaba lleno de charlatanes y de escritores de versos sueltos. Los que escribian sobre las ciencias eran vulgares, impropios y oscuros. La escuela jesuítica sacrificaba al número la concision, la fuerza y la palabra propia, y por medio de reiterados epítetos, de términos truncados, de un estilo flojo y muelle al fin de los períodos, seco en los demás, de hemistiquios y frases clásicas, trataba de ostentar una dignidad que no se apoyaba en las cosas. Nadie podria soportar en el dia la armoniosa y vana elegancia del padre Roberti, de Bassano.

Algarotti.—La vida del conde Algarotti (1712-1764) fué una série de triunfos. Es festejado en París por los sábios. Augusto III, de Sajonia le encargó recoger cuadros para su galería; Federico de Prusia le adopta por compañero en sus viajes y en sus orgias; es aplaudido por los filósofos; pero escribe como sus contemporáneos; es pesado y vacío; sus versos son contorneados, é introduce en ellos frases de buena ley, dirigiéndose siempre al efecto; por lo demás, nada tiene que llegue al alma, en que haya vigor y concision. Su *Neutonianismo para las damas*, traducido á todas las lenguas, es ridículo para los sábios, inútil para los ignorantes. En sus *Ensayos*, género cómodo, pues evita tratar completamente un asunto; lejos de imitar la naturalidad de los ingleses, busca frases pomposas y fastidia con sus citas. Siempre entre las tropas y los generales, conservó algo de esta clase, y trató del arte militar de manera, que mereció los elogios de Keith, Schwerin y Federico; ¿pero le habian acaso leido? Hasta en sus viajes, que sin embargo interesan siempre por las impresiones personales del narrador, encuentra medio de fastidiar con sus necias reflexiones y un lujo de citas, en lugar de tratar de hacer conocer á sus compatriotas los intereses, las ideas, las costumbres, los progresos de los pueblos, á fin de inspirarles, con la comparacion, el deseo de mejorarse. En una palabra, en todas partes arrebolaban la aderezada frase en lugar de pensar en hacerla brillar con los mismos colores de la inspiracion.

Este mismo rumbo seguia tambien la elocuencia del púlpito, amplificacion laboriosa de sentimientos triviales que dejaba frio el corazon, no convencida la mente, indiferente la voluntad, reduciéndose todo á voces y voces, á oraciones y declamaciones, y faltando aquella melancolia evangélica que es el fondo de tal elocuencia, aquel estilo nutrido en las Sagradas Escrituras que esplica al pueblo la palabra divina con plácida y familiar dignidad.

Barretti tenia un gran campo para estirpar vicios si no se hubiese limitado á criticar la forma; si hubiese comprendido la ventaja de la osadia y de la sinceridad en el arte; si á la intencion sensata hubiese asociado sentimientos elevados, grandes miras y las nobles inspiraciones del patriotismo que tanta fuerza prestan. ¡Pero cuán poco sabe, cómo desprecia lo que no comprende! ¡Cómo se detiene siempre la forma, hasta el punto de no ver en el libro *De los delitos y de las penas* más que «una cosaza escrita muy bastardamente!» ¡Cómo abusa sin consideracion de la sátira contra personas que valen más que él! ¡Cómo se entrega al odio y á la envidia! Esto es lo que le indujo á hacer una encarnizada guerra á Carlos Goldoni.

Goldoni, 1707-93.—A pocos hombres ha concedido la naturaleza más dotes que á este veneciano; pero no cultivó aquellas preciosas cualidades, y su patria perjudicó á su talento. No era permitido mezclarse en la política, y hubiera sido lo bastante para perderle el que un noble se creyese ofendido. Por otra parte, el teatro se encontraba en manos de los empresarios, deseosos de atraer á él á la multitud lisonjeando su gusto; así es que se conocia más en esto la parte deplorable que en el divorcio que existia entre los literatos y el pueblo. Aquéllos hacian comedias de un arte frio, convencional, que nadie leia, y que hacian dormir cuando se representaban. El pueblo tenia por proveedores á personas de distintos oficios que bosquejaban comedias, cuyos actores improvisaban el diálogo saliendo á la escena con máscaras, caractéres genéricos que valian para toda intriga. Los actores eran sastres, zapateros, tejedores que por la noche se disfrazaban de Ninos y Arbaces. Los Sacchu, arlequines, se hicieron famosos en este arte. Un trabajador en seda, el napolitano Cerlone, inventor de las máscaras de polichinela y del doctor Fastidio, compuso multitud de bosquejos para aquellas improvisadas piezas llenas de jocosidades, verbosidad, rasgos satíricos, bufonadas y trasparentes alusiones, cuyos actos se prolongaban indefinidamente con trasformaciones á la vista y matanza general. Goldoni se deja llevar de la fuerza de estas circunstancias con la inercia del que peca. No tiene rica variedad de gusto, ni el arte para describir con fuerza los caractéres; pinta, no la vida sino la sociedad, que aplaude todo lo que hay en el hombre de rudo y característico; de donde se sigue que el que quiere representarla se encuentra reducido á la fatuidad de los hombres, á la coqueteria de las mujeres, á la lucha de las frívolas vanidades. En efecto, Goldoni describe costumbres siempre triviales, pasiones superficiales, hombres miserables, que alardean de honradez, mujeres sin delicadeza, fisonomias desprovistas de la generalidad, que es la única que puede darles una belleza productiva y duradera. Pero nadie maneja mejor que él la escena y el diálogo; nadie indica mejor en los caractéres, aunque los suyos sean siempre prosaicos, la mezcla que se encuentra en la sociedad, sin recurrir á exageraciones novelescas. En ninguna parte se encuentra su abundancia familiar de estilo. Su *Caprichudo benéfico* deja conocer lo que hubiera sido si hubiese nacido francés. Si el acaso le hubiese colocado entre los sieneses y florentinos, á los que él llamaba *textos vivos*, ¿qué progresos no hubiera hecho hacer á la lengua italiana, lengua que debió tanto bajo este aspecto á Fagiuoli, quien no tiene otro mérito que la diccion?

Lleno de amargura y de disgustos por las persecuciones que sufria en su patria, como sucede siempre, Goldoni la abandonó por la Francia. Pero al referir los aplausos que le consolaban en el extranjero, decia: *Me parecia encontrarme en mi patria.*

Carlos Gozzi, 1720-1804.—Barretti hubiera querido hacerle superior á Cárlos Gozzi, que viendo aquel favor popular, se habia propuesto demostrar lo absurdo que era, atrayendo á necias farsas una multitud que tambien era considerable. Escribió, pues, las *Tres naranjas*, fábula de pura imaginacion; y habiendo escedido los aplausos á lo que él esperaba, se alentó á hacer otras. Comprendió en realidad el sentimiento de la influencia popular; así es que proclamó que no se debia abandonar la comedia del arte, fruto nacional, sino mejorarla, y no embarazarse con los preceptos, sino secundar los vuelos de la imaginacion. Este es en efecto el medio de conseguir producciones nuevas, pero á condicion de dejarse guiar por la razon. Dejóse, por el contrario, llevar por una fantasia sin freno. Ponia en escena los acontecimientos del dia, las cuestiones literarias; parodiaba las ampulosas metáforas de Chiari, y el estilo forense de que se acusaba á Goldoni; á veces el autor se dirigia al patio, otras señalaba con el dedo un espectador; provocaba á risa y se aplaudia la interpelacion, aunque siempre fuese tosca y fuera de lugar. Esto es lo que le ha hecho perder todo atractivo entre las personas de gusto. Pero si una predileccion absurda ha hecho decir á Baretti, que Gozzi era el hombre más extraordinario que se conocia después de Shakspeare, es cierto que encontró en el extranjero admiradores en aquellos que son idólatras de la imaginacion ó de la paradoja. Schiller ha traducido alguna de sus fábulas; otras fueron leidas desde la cátedra en Halle.

Chiari, de quien ya hemos hablado, escribió multud de comedias y novelas, en las que una afectacion estremada, una pomposa necedad y una mezcla de enfático y vulgar hace perder todo su mérito á una rica imaginacion. Vivió «espiando el gusto poético y prosaico de los lectores,» (9) y supo atraer al público al teatro, sobre todo en las comedias de aparato, con decoraciones, fuegos, trasformaciones; y gustó de la embriaguez de los aplausos, al mismo tiempo que supo hacerse indiferente á los ultrajes (10). Las afrentas cesaron con su vida; pero su recuerdo pereció con ellas.

Luis Riccoboni, de Módena, hizo representar buenas composiciones en Venecia, donde dirigia una compañia de cómicos, é hizo conocer á los franceses así como tambien dió á éstos una idea de las costumbres italianas. El piamontés Camilo Federici, escribió á imitacion de Kotzebue, desgraciado modelo, multitud de comedias de una intriga complicada, en las que no se encuentra ni vivacidad, ni descripcion de caractéres, ni facilidad en el diálogo, sino personajes lastimeros y un estilo declamatorio.

El duque de Parma abrió en 1770 un certámen anual para las composiciones teatrales. Aquella idea le habia sido sugerida por Albergati Capacelli, mal hombre, talento flexible é ingenioso, que tenia buenas ideas sobre el arte, y fué uno de los fundadores de un teatro en Bolonia, destinado á servir de modelo á los actores asalariados. Se encuentra en sus composiciones arte y moralidad; pero no ofrecen naturalidad en las fisonomias, ni soltura en el diálogo. Uno de los premios del certámen de Parma fué adjudicado al napolitano Pedro Nápoli Signorelli, que escribió tambien una historia crítica de los teatros, sin gusto, pero llena de aquella vanidad de pais que se llama patriotismo. Avelloni, que se aprovechó del talento de Beaumarchais y otros, hace decir contra la clase media espresiones satíricas por los criados y las personas de baja ralea; hay, sin embargo, soltura

---

(9) De todas aquellas miserables cuestiones entre Baretti, Chiari, Goldoni y Gozzi, pueden sacarse datos sobre la condicion económica de los literatos de entonces. Por dos libras venecianas ó dos y media, se compraba un tomo de doscientas páginas ó más; la gaceta de Gozzi costaba cinco sueldos. Tenian, pues, que venderse los manuscritos por nada. Las traducciones se pagaban á tres ó cuatro libras cada pliego; Chambers, y Middleton fueron traducidos por seis libras. Metastasio no sacó un real de la impresion de sus dramas, cuyas diez ediciones produjeron diez mil luises al editor. Por el *Dia* se pagaron ciento cincuenta cequíes á Parini; por las obras de Morgagni, menos de cien luises. El precio comun en Venecia de un soneto, era el de medio filipo. Cárlos Gozzi calcula que á razon de doce libras cada pliego en 12.°, se pagaba menos por un verso, que por cada puntada de un zapatero. Los *empresarios* pagaban unas trescientas libras por una comedia á Goldoni ó á Chiari; y, segun Gozzi, valian tres cequíes las piezas de aparato, treinta las que estaban escritas, y cuarenta un drama. Se notó como una cosa estraordinaria, que en la representacion del *Convidado de Piedra*, comedia de aquella clase, se recogieron en la puerta seiscientas setenta y siete libras. Véase á TOMMASEO, *Vida de Chiari.*

En Bolonia habia alquilado un teatro, por tres meses, en sesenta cequíes. Habia en Venecia cuatro teatros donde se representaban comedias; el precio del billete más caro era de una libra, de dos paolos y medio la ópera séria, y paolo y medio la ópera bufa. El teatro de San Benito se abria al medio dia; los de San Moisés y San Samuel á las tres, y la entrada costaba quince sueldos; otros se abrian á la oracion. Los mejores actores para los principales papeles recibian de sesenta á setenta luises al año, al paso que en Inglaterra cobraban sobre setecientos.

(10) Véase lo que dice de la manera con que se trataba en su época á ciertas personas: «Desde el momento en que se habla de alguno, todo el mundo se cree permitido examinar su vida, señalar las cosas que menos deben observarse, interpretar sus acciones. Las cosas que le conciernen no son consideradas como son en sí mismas, sino como cada uno quisiera que fueran. Si un literato vive separado del resto de los hombres, es un salvaje, un ingrato; si frecuenta las reuniones numerosas, es un perezoso, que funda su crédito en las preocupaciones de la sociedad.» *Poeta* II, 2.

en el diálogo y hasta verdad en aquellos caractéres, que pudo observar por sí mismo.

Las demás partes del arte dramático no eran más brillantes; lo que hacia decir á Voltaire: *Los buenos teatros están en Italia, los buenos dramas en Francia.* Después de Rinuccini, el drama se entregó á lo maravilloso y á lo inconveniente. *El Rapto de Céfalo*, por Chiabrera, para no citar á otros peores, es un fárrago de mitologia y alegorias en el que habla el Océano, el sol, la noche, los signos del zodíaco, y salta el lector de la tierra al cielo, del aire al mar. Hay en el *Dario* de Francisco Beverini catorce cambios de decoraciones en tres actos, con campo, máquinas, elefantes, caballeria é infanteria. Habia entonces, para satisfacer á aquel gusto á los golpes teatrales, maquinistas muy hábiles, sobre todo en las cortes de Florencia y Turin. Representóse en Venecia en 1675 *La Division del mundo*, en la que se vieron aparecer todas las partes de la tierra, con sus símbolos, por medio de maravillosos mecanismos. Ya delante de César se presentaba un globo en la ciudad Utica, sin que se viese como se movia, y se dividia en tres partes; ya se veian aparecer en el aire anagramas, hemistiquios, divisas formadas con fuego; ya salian amores sin velo, acompañados de la música, además de un buen séquito de las metáforas de moda (11). No hablemos de los errores históricos y morales; pues nadie hacia caso de las palabras ni chocaba ver volar por medio de una mina los edificios de Persépolis. Sin embargo, perfeccionándose la música, contribuyó á mejorar las composiciones. Se comenzó á hacer hablar á los héroes con menos afectacion y puerilidad; los asuntos históricos reemplazaron á los de pura imaginacion, y se separó lo sério de lo cómico. El número de los actos se redujo de cinco á tres; se suprimieron los prólogos, las arias quedaron para fin de la escena, y disminuyeron las decoraciones.

Zeno, 1668-1750.—Esta reforma se debia en parte á Silvio Stampiglia, de Roma, y aun más á Apóstolo Zeno, veneciano muy erudito. Redactó mucho tiempo el *Diario de los literatos de Italia*, en el cual tomaron parte Maffei, Vallisnieri y otros; corrigió y terminó la obra de Vossio *De historicis latinis;* comentó la *Biblioteca de la elocuencia italiana*, por Fontanini, escritor mordaz, á quien no tuvo consideracion, y concibió la primera idea de la *Coleccion de los cronistas italianos.* El arte dramático le valió más gloria y honores. Se le adjudicó el título de poeta imperial *(Poeta cesáreo)* por Cárlos VI, de quien dijo: *No creo haber sido amado nunca de un amigo tanto como del emperador.* Conseguia éxito, sobre todo en los asuntos sagrados y en la oratoria; pero en general sus intrigas son lentas, prolijas sus escenas y embarazosos sus incidentes; además, la precipitacion perjudicaba en él á la elegancia.

Metastasio, 1698-1782.—Pedro Trapassi improvisaba por las calles de Roma, donde habia nacido, hasta que habiéndole oido Gravina le llevó consigo y helenizó su nombre en el de Metastasio, y le legó al morir una pingüe herencia. Pronto la gastó el jóven poeta; y precisado entonces á trabajar, se dedicó á componer dramas. Mariana Bulgarelli (la Romanina), cantatriz que gozaba de gran reputacion, atribuyendo su éxito á la belleza de los versos de Metastasio, emprendió, uniéndose á él por los vínculos del corazon, dirigir su genio poético. Llamado á Viena como poeta imperial, fué el protegido de Maria Teresa. Los reyes le trataron con mucho honor, y á porfia le hacian regalos. Todos los literatos medianos solicitaban de él algunas palabras de política, á las cuales la vanidad da el valor de juicios. Las mujeres que le protegieron en vida, le han formado una reputacion en la posteridad, y el voto de la mitad del género humano vale de seguro algo. La dulzura de su estilo, cualidad que le distingue particularmente, hace se

---

(11) En la *Dorinda* de no sé quién, la protagonista dice:

Niso amado y amante,
Si llegaras á ver cuánto me cuesta
Este rigor fingido,
Sé que de mi dolor piedad tendrias.
Yo quisiera, pudiendo,
Arquera afortunada,
Del arco de dos labios
Dardos de amor lanzar contra su seno;
Y de los brazos mios
Hacer firme y tenaz zona á tu talle,
Pero, sufre en silencio.
Tal vez llegará un dia
En que á pesar del hado
Podrás, caro bien mio,
Templar en vivo fuego tus deseos.

En otro drama aplaudido en casi todos los teatros de Italia, Hércules habla de este modo:

Damas, con vuestras gracias
¿Qué no podeis vosotras?
Haceis con los cabellos
Laberintos para héroes.
Sólo una lagrimilla
Que de mágicas fuentes se desprenda
Un proceloso Egeo
Forma que alma, valor, todo sumerge.
Y el viento de un suspiro
De engañadores labios exhalado,
Del campo de la gloria
Arrancó palmas y secó laureles.

En el *Helvio Pertinaz*, de Averara, un personaje dice:

Como reloj de sol está mi pecho
De aquel sol que ilumina el alma mia;
Los celos le hacen sombra todo el dia
Y de estilo le sirve el cruel rigor.
Si es de rueda, su rueda es el tormento;
Si es de polvo, su polvo está en la arena;
Para medir el tiempo está la pena,
Mas no pasa las horas el dolor.

le perdonen hasta sus numerosas incorrecciones gramaticales; pero incurre en la afectacion por haber cometido la falta de elegir asuntos elevados, que no se prestan á la perpétua armonia y á la galante fraseologia del melodrama. Componia tan á disgusto, que con objeto de vencer su pereza y repugnancia, tenia horas fijas para dedicarse al trabajo, pues no se puede decir á la inspiracion. Usa siempre de los mismos caractéres, de las mismas situaciones; en todas sus composiciones se encuentran amantes que hablan de muerte, criminales de profesion, mujeres que prosiguen atroces venganzas, y sentencias tan frecuentes como las de un predicador. Conculcó la verdad histórica: una princesa de Cambaya invoca las *furias del Averno;* un rey de Persia habla de las *orillas del pálido Leteo* y de la *negra antorcha encendida en el Flegetonte;* los babilonios de *Semiramis* invocan á *Himeneo;* Astiages, padre de Ciro, hace sacrificios en el templo de la diosa Triforme; Abel invita á *las gentes* á cantar las alabanzas del Señor; y tres doncellas chinas se ocupan en preparar un espectáculo, para lo cual la primera elige la tragedia de *Andrómaca*, la otra una égloga con el nombre de *Lycoris*, y la tercera cuenta un viaje en el que se habla del *tocado y de la encantadora belleza.*

Dobló y hasta triplicó la intriga de sus piezas dramáticas; multiplicó los reconocimientos con ayuda de los medios artificiales, y abusó de los *apartes* y de los monólogos obligados, teniendo como estereotipadas las esclamaciones contra el hado ó las estrellas y ciertas espresiones de amor, insípido aun en boca de los héroes. A cada paso salta con una comparacion, especialmente en las árias finales, comparaciones que interrumpian el movimiento del afecto que deseaba espresar; manoseó, no pintó las pasiones, deteniéndose en rasgos muy generales, sin distinguir ni de paises ni de edades. La rapidez de la composicion le hace incurrir en la exageracion; y el heroismo llega á ser de esta manera fanfarronada, el amor desabrimiento. No siempre se impone, sin embargo, las mismas trabas que Zeno y Alfieri; pero, disponiendo las situaciones con arte y conociendo maravillosamente la decoracion escénica, elige con felicidad el lugar de la accion, y sabe presentar imponentes golpes teatrales. Aquella superabundancia de símiles, que en él debilitan la accion, introdujo en la música mil variedades, adornos é imitaciones de sonidos. Pero entonces el acto se terminaba con un aria, como en el dia se termina con un concertante; entonces abundaba el recitado, y en nuestros dias se ha desterrado, lo cual es causa de que sus dramas hayan desaparecido del teatro. Seria rigoroso el quererle juzgar como un autor trágico; pero no se le puede disimular el que puso en moda amores y necedades de que la Italia no tenia necesidad.

Maffei, 1675-1753.—La primera buena tragedia es la *Merope*, de Escipion Maffei, que, urdida con sencillez y pureza, anuncia la inteligencia de la antigüedad; pero la variedad de los estudios del autor le impidió darle la perfeccion de las formas que perpetúan las obras. Fué, sin embargo, uno de los mejores autores trágicos de la época. En la *Verona ilustrada* se eleva desde los estrechos límites de una ciudad á consideraciones generales, y se espresa de una manera muy rara en su época, sobre los problemas capitales de la Edad Media. Victor Amadeo II le encargó coleccionar las inscripciones y monumentos para los pórticos de la universidad de Turin, y dió con su *Historia diplomática* una introduccion al arte crítico.

Los errores vulgares de la magia y los aristocráticos de la caballeria fueron combatidos por Maffei con el acompañamiento de erudicion al que sólo la pasion por el bien puede hacer recurrir. Tartarotti, que negaba los aquelarres nocturnos de hechiceras, se escandalizó cuando Maffei negó enteramente la magia, y le acusó de incredulidad. Su historia de la *Doctrina de la Gracia Divina* le hizo perder el afecto hasta de los jansenistas. El padre Concina queria designarle como hereje, con motivo de su *Tratado de los teatros antiguos y modernos;* pero Benedicto XIV le escribió: «No se deben abolir los teatros, sino tratar de hacer que sus representaciones estén de acuerdo con la moral cristiana.» En suma, Maffei escribió sobre todo; sabia mucho y tenia aun más presuncion. Una señora á la que preguntaba, *¿Qué dariais por saber tanto como yo?* le contestó: *Daria mucho más por saber lo que vos no sabeis.* Voltaire le dirigia felicitaciones como al Varron y al Sócrates de la Italia; lo que no le impedia publicar bajo un pseudónimo una virulenta censura de su *Merope*, que envidiaba. En su patria Maffei esperimentó las amarguras con que la Italia paga á todo el que trata de honrarla (12). No podríamos pasar en silencio el *Galeazo Esforcia*, de Alejandro Verri, tragedia en la cual se atreve á sacudir el freno del arte para acercarse á la verdad.

Alfieri.—Víctor Alfieri (1749-1803), de Asti, aristócrata partidario de la libertad, tal como se predicaba entonces, es decir, de una libertad abstracta, no habia leido más que los escritores franceses. Despreciólos, sin embargo, como tambien á Rousseau, á quien imita y copia; asimismo desprecia á sus predecesores, desprecia á la Italia, desprecia á los filósofos y á los incrédulos, no menos que á los devotos y á los ignorantes; desprecia á la nobleza á que pertenecia, y á la plebe que detestaba; en fin, desprecia al publico y se pro-

(12) Escribia en las *Observaciones literarias*, tomo IV, artículo 2: «El que se presenta de nuevo en escena, parece que no cree ser bastante señalado y distinguido, si con alguna frase directa ó indirecta no procuraba atacarme y hacerme mal... esto es lo que gana en Italia el que sacrifica su vida y sus facultades en cultivar y promover el estudio de las letras, aunque sin más fin que el deleite propio del bien ajeno.»

puso dar á Italia un nuevo teatro. En él toda pasion se convierte en rabia; rabia de estudio, rabia de libertad, rabia de amor. De la cólera y del desden sacó una energia tan opuesta á la flaqueza laudatoria de su época, que pareció originalidad. Viendo á todos esforzarse por imitar la dulzura de Metastasio, se hizo rudo y epigramatico; suprimió los artículos, despojó á la lengua de todo encanto, al verso de toda armonia (13). Pretende no conocer las obras maestras francesas; al paso que es enteramente francés en la forma, buscando la pureza con riesgo de caer en monotonia, sujetando su imaginacion para que no se estravíe lo romántico, y ostentando retórica en las pasiones: sólo que es la república lo que idolatra en lugar de la monarquia.

Debe creerse que no conocia á los españoles, ni á los dos grandes autores alemanes, sus contemporáneos; y apenas conoció por la mala traduccion francesa á Shakspeare, á quien admiró, pero se apresuró á olvidarle para permanecer *original*. No estudió el griego sino ya avanzado en edad, para leer los clásicos en el original (14). ¡Pero cuánto se ha separado de ellos! ¡Cuán diferente es su sencillez de la suya! El estilo de los griegos es sencillo, el suyo es todo arte; para ellos la accion es el medio de pintar los caractéres y las costumbres, para él es el objeto. Hay tambien en ellos falta de intriga; pero la suplen con la variedad de los desarrollos accesorios y la riqueza de los detalles. Su diálogo dista mucho de poseer el movimiento fácil que se nota en los griegos, y el abandono que es en ellos tan natural. Estos proceden con independencia; Alfieri, por el contrario, artificialmente ligado y hasta encadenado á la trama; en ellos todo vive y se mueve; en él á fuerza de máquinas cesa el movimiento; al querer alcanzar lo ideal, cae en lo abstracto y lo reduce á la supresion de lo verdadero, por lo cual en vano se buscan en él personajes reales; no se encuentra nunca más que al autor.

No os incomodeis, oh maestros, por esta crítica; hablo de un hombre eminente con quien no hay necesidad de usar de las fórmulas tímidas debidas á la venerable mediania.

Alfieri cambió tres veces de estilo, lo que indica que no habia fijado bien el camino que debia seguir. Pero para él el mérito consiste en conformarse á todas las reglas, y no en convertir á la tragedia en la representacion de una época ó en el análisis de una pasion; así es, que los juicios que han emitido sobre sus obras algunos críticos (15), y aun él mismo, no van más allá del arte, y parecia que consideraba los obstáculos como apoyos, por lo cual se complacia en multiplicarlos. *El parecer* que escribió acerca de sus diez y nueve primeras tragedias, bajo una apariencia de soberbia, es la más humilde confesion. Sus reformas son puramente negativas: se limitan á no recurrir á los confidentes, á las sombras visibles, á los truenos y á los relámpagos, á los reconocimientos con ayuda de billetes, cruces, espadas y otros pequeños *recursos* de costumbre. «El que ha observado el argumento de una de mis tragedias, dice, las conoce casi todas. El *primer* acto es muy corto, el principal personaje no se presenta en la escena sino en el *segundo*; en el *tercero* no hay ningun incidente, y muchos diálogos sin importancia; el *cuarto* tiene vacíos en varias partes de la accion, que el autor cree haber llenado y disimulado con cierta pasion en el diálogo. Los actos *quintos* son muy cortos, y con frecuencia todos accion y espectáculo; los moribundos hacen un brevísimo recitado. Este es, en resúmen, el plan muy semejante de todas aquellas tragedias »

En efecto, las hizo en esqueleto. Nunca describe, nunca se separa de la unidad rigorosa de accion: arrastrado como lo es por el amor á lo bello, no comprende que se pueda lograr sino haciendo convergir sentimientos múltiples. Una vez fijado el objeto, marcha á él rectamente, sin coger una flor en su camino (16); de aquí su innovacion, que consiste en prescindir de los accesorios que emplea la tragedia francesa, pero sin poner nada en su lugar.

---

(13) Merecen observarse los estudios que hizo acerca de un verso de su *Filippo:* acto IV, escena 5.ª Primero puso:

Ai figli che usciranno dal tuo fianco (á los hijos que nazcan de tu seno)

No le gustó el *usciranno* y corrigió:

A quei che uscir den dal tuo fianco figli;

Después puso:

A quei figli che uscir den dal tuo fianco;

Y por último:

Ai figli che uscir denno dal tuo fianco.

(14) «Más vale tarde que nunca. Encontrándome á la edad de cuarenta y ocho años bien cumplidos, y habiendo ejercido, bien ó mal, desde hace veinte años, el oficio de poeta lírico y trágico, sin haber leido nunca ni los trágicos griegos, ni á Homero, ni á Píndaro, nada en una palabra, me ha causado cierta vergüenza, y al mismo tiempo me ocurrió una loable curiosidad de ver lo que habian dicho aquellos padres del arte.» *Vida*, cap. 24.

(15) Puede además leerse, entre éstos, á Capacelli, que tenia inteligencia de la escena, y á Casalbigi, que conocia los teatros griego, inglés y francés, sin elevarse por esto á consideraciones generales. Alfieri siguió sus consejos.

(16) «Mi método en este arte (y con frecuencia mi carácter lo exige imperiosamente, á pesar mio) es caminar á grandes pasos, siempre que lo puedo, hácia el desenlace. Así no me resuelvo de ningun modo á admitir lo que no es muy necesario, aun cuando de ello pudiese resultar un gran efecto.» *Vida de Alfieri.*

Destierra los confidentes (17) y los actores secundarios, que obran por afecto hácia los principales personajes, mas bien que por sentimiento propio; pero sus personajes hacen sus confianzas al público, y reducidos á un corto número (18) y sin ningun episodio, se ven obligados á ser verbosos, á analizarse á sí propios, y á revelar sus mismos sentimientos, inclusos los que exigen más disimulo. Poco erudito para identificarse con una época y reproducirla, tenia demasiado orgullo y aspereza para plegarse al carácter de los tiempos y de los hombres; trasformaciones que el poeta dramático necesita. Rehace á su modo los acontecimientos y los personajes imprimiéndoles un sello uniforme con sujecion á abstracciones y sin matices. ¿Cómo el interés que no resulta sino de la lucha puede fijarse sobre aquella Rosmunda, que ningun crimen, ningun sentimiento de venganza contiene en sus feroces pasiones? Las declamaciones de la *Conjuracion de los Pazzi*, cuyo objeto, entonces vulgar, es denigrar á los papas, dice mucho menos que la historia de aquel acontecimiento en su desnudez. Así como el lugar de la escena es tan indeterminado en sus piezas que se puede creer que tan pronto pasa en una plaza pública, como en un aislado gabinete; las tintas que emplea son genéricas, y Cosme no difiere de Creonte, ni los Pazzi de Antígono ó Micol. Neron, que segun Tácito parecia creado para ocultar el odio bajo el velo de las caricias, es en él siempre amenazador y furioso. Hasta su concision es otra infidelidad, pues es la misma en boca del taciturno Felipe II que en la de Séneca, el filósofo que discurre.

Por otra parte, ¡cuán horrible es el mundo que describe! siempre espantosas catástrofes, tiranos que no tienen igual en los infiernos, y criminales que se presentan como son. Sólo la fatalidad, es decir, el irresistible castigo de un Dios, puede hacer tolerable en la escena griega algunos hechos que rechaza el teatro moderno, como una hija solicitada por su padre. Con respecto á la tragedia romana, aunque Alfieri se haya atrevido á introducir al pueblo en *Virginia* y en los dos *Brutos*, ha debido recurrir á pasiones personales y exageradas para escitar el interés que no sabia sacar del movimiento público. Si se confiesa incapaz de tratar los asuntos modernos, es que hay necesidad en éstos de particularizar y de separarse de las generalidades que lo apartado de los tiempos permite en los asuntos antiguos. El *Saul* es tal vez su obra maestra, porque no se desdeñó descender en esta composicion á particularidades enteramente especiales del pueblo hebreo, ni de aventurarse á formas líricas á que tanto horror manifiesta en otras obras.

Pero la tragedia de Alfieri no es puramente literaria, es tambien política, cosa nueva entre italianos, y debe agradecérsele el haber hablado siempre de la Italia, ayudando de esta manera á sostener su nombre vivo cuando todo lo demás habia perecido, y de haber querido servirse de la tragedia para inspirar elevados sentimientos. Pero por lo demás, despreciando á su siglo, recurrió á lo pasado, y fomentó los odios, que nunca son fecundos, sin conocer los progresos y las necesidades de la sociedad moderna. Hace detestar la servidumbre, sin hacer amar la libertad; destruye toda sensibilidad, escepto el horror á los tiranos, sobre los cuales concentra la atencion, despreciando al pueblo; pero los tiranos que pinta son tan atroces, que no pueden los modernos ser comparados con ellos; de manera que aun el odio que escitan se dirige igualmente contra lo pasado. De esta manera es cómo dió á la Italia un teatro nuevo, pero no nacional. Sin embargo, escribia á Casalbigi: «Creo firmemente que los hombres deben aprender en el teatro á ser libres, fuertes, generosos; á entusiasmarse por la verdadera virtud, á no sufrir ninguna violencia, á amar á la patria, á conocer sus derechos y á ser en sus pasiones fogosos, rectos y magnánimos.»

Quiso poner la política en escena en las comedias que tituló el *Uno*, los *Pocos*, los *Muchos* el *Antídoto*, y en las que es una innovacion presentar los héroes bajo un aspecto prosaico. En la *Tirania*, exageracion de las exageraciones de Rousseau, sostiene la antigua libertad, hace la guerra á las artes y á la industria; los pueblos cristianos son, segun él, más esclavos que los orientales; y con objeto de vencer á los tiranos, dice que deben unirse todos para no obedecer; como si cuando todo el mundo estuviera de acuerdo, fuese posible la tirania (19). En el *Príncipe y las letras* niega que el favor real produzca hombres de mérito, y, por el contrario, se propuso demostrar cuán nociva es para éstos la proteccion. Lanza tambien en sus numerosas poesias gran número de dardos contra los poderes. Exalta en la *Etruria* á Lorenzino de Médicis el tiranicida; deja conocer en sus *Sátiras* un orgullo misántropo, y agrada siempre, porque tiene lo que falta á sus contemporáneos: pasion. Cuando acaeció la Revolucion, no la comprendió, ó la comprendió demasiado; como conde, le repugnaba el dominio de los abogados; injurió bajamente á los franceses, y creia tan firmemente que se trataba de una tempestad pasajera, que dedicó á la posteridad alguna de sus tragedias, y hacia al

(17) Hay dos confidentes en el Felipe II, que figuran perfectamente.

(18) La parodia más ingeniosa de Alfieri, es el *Sócrates*, tragedia *una*, del napolitano Gaspar Molo, que reduce todos los personajes á uno solo, y el discurso á un laconismo durísimo.

(19) Aquella idea se le habia ocurrido ya al bufon de Felipe II, cuando le preguntaba: *¿Qué haria tu majestad, si cuando tú dices sí, todo el mundo dijese no?* Esto dice tambien con corta diferencia Lamennais en las *Palabras de un creyente*.

principio de aquel inmenso movimiento, una edicion de sus obras con fecha adelantada: ¡tal era la conviccion en que estaba de que nada podria aprender de la revolucion francesa!

La falta de energia que caracteriza á aquella época hirió tambien á Alfonso Varano que, queriendo retroceder á las ideas de Dante y á su vigor, compuso las tragedias de *Santa Inés*, de *Demetrio*, de *Juan de Giscala*, cuya concepcion es bastante atrevida y rico el estilo. Las *Visiones* hicieron que se le llamase por un siglo fácil el nuevo Dante, pero, además de la monotonia de la idea, ostenta una dignidad afectada, y sus prolongadas descripciones no tienen nada que ver con el gran poeta florentino.

Cesarotti.—Mucho más atrevido, el abate Melchor Cesarotti (1730-1808) se atrevió á entrar en lucha con lo más ilustre que habia, y creyó que conseguia la victoria. Infundió el gusto francés en los círculos venecianos, que, así como los de Paris, aunque menos activos, gustaban de una instruccion fácil, é imitando se hizo jefe de escuela. De un talento muy cultivado, y conociendo varios idiomas, redactó informes académicos sin ser pesado, y juzgó con gusto á sus contemporáneos; pero insensible á las bellezas sencillas y al vigor de una primitiva literatura, tradujo á Demóstenes aderezándole á la moda del siglo, y hasta echándole á perder con una afectacion pedantesca á pesar del odio que profesaba á la pedanteria. No contento con haber exagerado las austeras formas de Homero traduciéndole en una poesia fastuosa (20), quiso rehacerle, y escribió una *Muerte de Hector* en la que redujo al poeta griego á las proporciones que quisieran imponerle las escuelas. Además sus censuras, tan frívolas como las de La Motte, proceden de que le considera bajo el aspecto menos filósofo; es decir, que no concibiendo en la civilizacion más que el refinamiento, mutila las osadias, hace dignos á los dioses, razonables á los hombres; sustituyó la política á la elocuencia, la etiqueta á la imaginacion, y vistiendo al coloso con la chupa y la peluca de su época. Cesarotti consiguió más éxito en el *Osian*, pues pudo emanciparse impunemente con este bardo, y adornar á su manera las medianas concepciones de aquel escocés, que los engañados contemporáneos hacian superior á Homero y á Isaias. Multiplicando Cesarotti las comparaciones entre el bardo caledonio y el cantor de Aquiles, da tambien siempre la palma al primero; pero los mismos extranjeros confiesan que vale mucho más en version italiana que en los postizos fragmentos de Macpherson. Apasionóse la Italia; y volviendo sus *musas* la espalda al Olimpo, al Himeneo y á las Gracias, no cantaron más que la niebla, las sombras, los abetos, las arpas agitadas por el viento, y las melancolias fantásticas (21).

Lengua italiana.—La lengua italiana era mal estudiada: la Academia de la Crusca dormia, algunos pedantes continuaban el frívolo y fácil trabajo de hojear los autores clásicos para enriquecerla, Alberti de Villanova concibió la idea de un nuevo diccionario, y lo hizo menos mal que la Academia, por haberlo hecho solo. Aquellas exageraciones que hacian pretender por una parte que la pureza consiste sólo en las espresiones admitidas, y negar por otra al más hermoso dialecto el derecho de idioma nacional, dividian á los escritores en pedantes, como Corticelli, Vanetti, Branda, Bandiera; y en *libertinos*, como la mayor parte de los lombardos, de los traductores y escritores de obras científicas (22), que repetian *de las cosas, de las cosas*, como si las cosas pudiesen decirse sin las palabras, ó las ideas espresarse sin la lengua.

El conde de Napione, hombre tan erudito como el que más, trató de disuadir, en el *Uso y las cualidades de la lengua* italiana, del empleo del latin y francés como hacian los piamonteses, sus compatriotas, y dió reglas que parecieron muy laxas á Cesari, rigurosas á Cessarotti. Este último quiso reducir á teoria su propia práctica, en el *Ensayo sobre la filosofia de la lengua*. Aplica al italiano las doctrinas del francés De Brosses; se hace, pues, superior á la turba de gramáticos, para considerar el lenguaje en sus relaciones con el bien general: combatiendo aquéllos que creen al italiano muerto, quiere que se le rejuvenezca, como se hace con los demás conocimientos, admitiendo las espresiones y formas extranjeras; luego, con objeto de evitar el abuso de la innovacion, pretende que se regularice por una asamblea de hombres instruidos; consejo desastroso y remedio mezquino (23).

---

(20) Puede bastar como muestra la protasis:

Del hijo de Peleo, de Aquiles, oh Diosa,
Cántame la ira, ira fatal.

(21) La obra maestra del osianismo fué el *Nacimiento de Cristo*, por Pelegrin Gaudenzi, que fué ensalzado hasta las nubes, y presentado como modelo á los jóvenes.

(22) Se lee en uno de los primeros números del *Café*, periódico de Milan: «¡Cómo los autores del *Café* se inclinan á preferir las ideas á las palabras, y son muy enemigos de toda injusta traba que se quisiera oponer á la honrada libertad de sus ideas y de su razon, han adoptado el partido de hacer una renuncia solemne á la pureza de la lengua toscana!» Alejandro Verri, uno de sus redactores, se desdice después en la traduccion de Jenofonte: «No hay ciertamente señal más manifiesta de que un talento es servil, que el falsificar las costumbres, las maneras, las opiniones, el idioma de otro. Por esto es por lo que nuestros literatos se quejan, pero sin provecho, de que nuestro idioma está echado á perder por la mezcla que se ha hecho de él con su hermana la francesa. Un estraño dialecto compuesto de dos lenguas, no sólo se habla, sino tambien se escribe,» etc.

(23) Entre los autores de poesias en diferentes dialectos, se debe mencionar á Juan Meli, de Palermo (1740-1815), verdadero poeta á quien todos los sicilianos saben de memoria, y á Juan Pozzobon, de Treviso (1713-1785), que publicaba todos los años un almanaque titulado *Schilson*,

Los literatos italianos no iban con el pueblo: así es que la mejor consagracion faltaba á sus sistemas, á saber, la aplicacion práctica; suscitaban cuestiones que el pueblo no comprende, ó escitaban sentimientos que no abriga; de tal manera, que se hacian estravagantes ó tenian que seguir las huellas de los extranjeros. De aquí la influencia francesa tan general en la segunda mitad del siglo pasado, y que se revelaba ya en Metastasio, que tomaba ideas y planes de Racine, ya en los controversistas, sobre todo en Napoli, que pedian argumentos á los partidarios de las libertades galicanas, ya en los economistas, que repetian y aplicaban las teorias extranjeras. Edificios, cuadros, dramas, sátiras, novelas, todo manifiesta en Italia una fastidiosa imitacion francesa. De Francia iban las modas aunque no fuesen aplicables á los italianos; representábanse las comedias francesas en Venecia, y en Bolonia se imprimia en 1761 un periódico francés. Parini se burlaba de los nobles, que no encontraban mérito sino en lo procedente de Francia, ya se tratase de un sastre, ya de una tésis filosófica. Maffei ridiculizó en su *Raguet*, á los que llenaban de palabras francesas el idioma nacional; Chiari no cesaba de quejarse de los que, *nacidos en Milan, pensaban en francés; que parecian creer que no se imprimia nada malo en Francia*, y de que las *damas ignoraban la lengua toscana para tartamudear el francés;* y añadia: «Hemos adoptado los trajes, el lenguaje, los vicios de los extranjeros, sin abandonar, sin embargo, nuestras innumerables preocupaciones.» El veronés Becelli, autor olvidado de doctrinas más avanzadas que el siglo, se quejaba de que los autores italianos no cesaban de leer y traducir las obras extranjeras, afectando alabarlos para deprimir á los escritores nacionales.» (24)

Passeroni.—Citaremos, entre los que estuvieron exentos de esta mania, á Juan Carlos Passeroni (1713-1802), de Niza, hombre escelente, que rimó *tercetos* y fábulas con profusion. Escribió principalmente una *Vida de Ciceron* en ciento y un cantos, y once mil noventa y siete octavas, en las que aprovecha la menor circunstancia (metodo que Sterne aprendió de él) para hacer digresiones sobre las costumbres. Su lenguaje es siempre correcto (25), y tiene un aire de candor que le hace amar, aunque su abundancia degenere en una verbosidad débil y sin idea y su franqueza en groseria.

G. Gozzi.—Gaspar Gozzi (1713-1786), de una de las primeras familias venecianas, en la que no sólo él, sino tambien su mujer, su hermano y sus tres hijas hacian versos, vivió siempre pobre (26); lo que le obligó á hacer gran número de traducciones de diferente mérito, y á limitarse á menudo á poner su nombre en obras escritas por personas sin esperiencia. Sus *Sermones* son de los mejores que tiene la literatura italiana. El *Observador* es una série de artículos vivos y ligeros que halagan el oido, pero dejan vacío el ánimo. Se le ha hecho el cargo de ser demasiado veneciano; sin embargo, en vano se buscarian en aquellas anécdotas la descripcion de los últimos tiempos de la república; no se encuentra sino historietas, chascarrillos genéricos y sin color. Este es el carácter de sus demas obras, muchas en número, aunque el idioma sea más correcto en ellas, el estilo más sóbrio y natural que de costumbre. En la academia de los Granelleschi, establecida por Gozzi y por su hermano, bajo los auspicios de un imbécil sacerdote, con nombres y símbolos en relacion con la oscuridad de su título, se proponia depurar el gusto con ayuda de sátiras groseras, haciendo una encarnizada guerra á Chiari, á Goldoni, á los versos de Martelli y á la afectacion francesa; contribuyó bien ó mal á reanimar el amor al idioma toscano y al espíritu nacional.

Otros escritores se revolvian para salir del surco; pero creian no poder conseguirlo sino siguiendo las huellas de otro. Juan Fantoni (1755-1807), cuyo nombre arcádico era Labindo, se hizo partidario de Horacio hasta en el metro y en las frases; y mezcló, de la manera más estravagante, ideas nuevas y modas osiánicas. Sus Augustos y sus Mecenas son el marqués de Malaspina, *raza de héroes, terror de fieras*, los generales y almirantes de su época. Habiendo dirigido Horacio imprecaciones contra los primeros navegantes, maldijo tambien á aquellos que atacaban al *inviolable reino del rayo*. Sin embargo, desde el fondo de la Lunigiana, dirigió sus miradas al extranjero, y sus versos se dirigieron á Rodney, Vernon y Eliot, *que desafia á la muerte sobre el hercúleo límite de Gades;* á Washington, *cubriendo á la naciente libertad de la América de la cólera de la madre patria*. Conoció que las desgracias de la Italia procedian de la relajacion de sus costumbres y de su indolencia (27), y se

---

como quien dijera el desmelenado, del que se tiraban hasta ocho mil ejemplares. Hubiera podido hacer mucho bien si hubiese insertado en él otra cosa que sátiras y burlas. El milanés Balestrieri tradujo la *Jerusalen libertada* á un dialecto (vernacolo) que ha envejecido ya Hemos citado en otra parte á algunos de los que han versificado en dialecto veneciano.

(24) Prefacio del *Teatro de Maffei.*

(25) Parini se declaraba deudor á Passeroni, de haberle separado de incrustar en sus versos frases anticuadas, y haberle hecho aplicar al vulgo las espresiones proverbiales empleadas por los antiguos escritores toscanos.

(26) Esto es lo que le hacia decir: «Hijos, no hagais nunca versos, porque perderíais la salud y el juicio, no tendríais apenas que comer y nunca estaríais tranquilos.»

(27) En 1791 cantaba así:

Invan ti lagni del perduto onore,
Italia mia, di mille affani gravida:
Tu fosti invitta fin che il tuo valore
E le antiche virtu serbasti impavida...
Or druda e serva di straniere genti,
Raccorcia il crin, breve la gonna, il femore

comprometió, si el *huracan de las guerras transalpinas bajase amenazador de las fronteras de Saboya, á defender*, cual nuevo Alceo, *la trémula libertad contra los tiranos*. Dedicó sus últimas odas á aquellos «cuyo nombre y manos no se mancharon en los últimos diez años del siglo XVIII.» El parmesano Angel Mazza, por el contrario, se sirvió de los escritores ingleses: como Fantoni, se acerca á los poetas modernos, huye del descuido de Frugoni y del barbarismo afectado; pero ostentando saber creándose dificultades y cubriéndose de circunloquios, sostiene cierta elevacion propia, que se asemeja á la oscuridad y que parecia nobleza. Se acuñó una medalla en honor suyo con el título de *Homero en vida*; últimamente no se ha temido compararle á Dante (28).

José Parini, de Milan (1729–1799), superó á todos los demás. Fastidiado de la elegancia no natural, de la insípida abundancia, de la facilidad pródiga de sus contemporáneos, se hizo más sobrio, digno y altivo, en lo que se escedió de la medida, en atencion que toma á veces lo contorneado por lo gracioso, lo inusitado por la nobleza, y viste con latinismos y perífrasis, sentimientos que corresponden á la muchedumbre. Se habia propuesto separar la poesía de las futilidades corruptoras, para convertirla en auxiliar de la civilizacion, en espresion de la sociedad y de las necesidades de la época, haciéndola atacar los errores y aplaudir el mérito. Se propuso en cada una de sus odas un objeto elevado y social (29). Obró aun más de esta manera en un poema del *Dia*, en el que irónicamente describe la vida afeminada de los jóvenes señores italianos, y predica la igualdad natural de los hombres, el respeto que se debe á los criados, á los artesanos. Lo compuso en versos libres; pero no pertenecia á esos talentos medianos, que dejan el arte en el punto en que le han encontrado. Cuando Baretti los leyó, dijo que vencia su antipatia hácia aquel metro, y Frugoni esclamó: *¡Por vida del cielo! me creia ser maestro en hacer versos libres, y conozco que no soy aun siquiera discípulo!*

En la literatura grave las cuestiones jansenistas y las que produjo el concilio de Pistoya hicieron que se dieran á luz multitud de libros. Entre varias obras teológicas Luis Muratori, de Vignola en el ducado de Módena (1672–1750), compuso una (30) en la que propuso reglas de crítica sobre la apreciacion de las cosas religiosas, y principalmente reprueba el voto de llegar á la efusion de sangre para sostener á la inmaculada Concepcion, voto emitido por una sociedad que se habia fundado en Palermo. Toda la Sicilia se conmovió. Los jesuítas hicieron renovar aquel voto, por lo cual turbóse la tranquilidad de Muratori, como tambien por haber defendido los derechos de la casa de Este contra Comacchio. Los pontífices tuvieron, sin embargo, afecto hácia él, quien ensalzó á los jesuitas por su gobierno en el Paraguay. Hemos hablado ya tanto de sus honrosos trabajos, que no tenemos más que proclamar de nuevo el reconocimiento que se le debe. Increible parece que haya podido terminar en un año sus *Anales de Italia*, obra de gran exactitud, pero cuyo estilo es pobre y cansado. Nada pudo obtener para su gran recopilacion, ni del Piamonte, ni de las repúblicas. Habiendo llamado en el prefacio á los corsos *ferocium atque agrestum hominum gentes*, un corso le amenazó con darle muerte, si no se retractaba de aquellas palabras. El rey de Cerdeña cuando invadió el ducado de Módena le preguntó: *¿Cómo me tratarás en tus anales?* y él respondió: *Como vuestra majestad trate á mi patria.* Hombre admirablemente asiduo al trabajo; cuando salia de la biblioteca solia pasear con un tonto, y á menudo se quedaba en la plaza viendo

---

Sulle piume adagiato, i di languenti.
Passi oziosa e di tua gloria immemore.
Alle mense, alle danse i figli tuoi
Ti siegnon sconsigliati...
Ebbra tu dormi a tui nemici in braccio.
La verginella dal materno esem pio.
Lascivia apprende. . . . .
. . . . e in mezzo al tempio
Notturni furti sogghignando medita.
. . . . . Lo sposo consapevole...
Delle vergogne sue divide il prezzo,
E con baci compatri i torti vendica...
Cinta di mirto, profumata, ignudo.
Il petto—eh! abbassa vergognosa il ciglio.
Squarcia le vesti dell'obbrobrio; al crine
L'elmo riponi, al sen l'usbergo: destati.
Dal lungo sonno, e sulle vette Alpine
Alla difesa ed ai trionfi apprestati.

En vano te lamentas de la pérdida de tu honra, Italia mia, abrumada de mil afanes; tu fuiste invencible mientras impávida conservaste tu valor y las antiguas virtudes. Ahora, manceba y sierva de gente estraña, recogido el cabello, corta la saya, blandamente sentada sobre almohadones de plumas, pasas en el ócio tus lánguidos dias, olvidada de tu antigua gloria. Tus mal aconsejados hijos te siguen á los festines y á los bailes... Ebria, duermes en brazos de tus enemigos. La doncellita aprende lascivia en el ejemplo materno... y aun en la iglesia piensa sonriéndose en nocturnos y clandestinos entretenimientos... El esposo consentidor... participa del precio de su vergüenza, y venga sus agravios con besos comprados... Coronada de mirto, perfumada, desnudo el pecho.—¡eh! baja la vista y ruborízate. Rasga las vestiduras del oprobio; vuelve á cubrirte la cabeza con el yelmo, el pecho con la coraza; despierta de tu largo sueño, y en las cimas de los Alpes apercíbete á la resistencia y á la victoria.

(28) «Sus cualidades le hacen, después de Dante, el primero de los poetas filósofos y sagrados.» *(Biografía de los italianos ilustres)*. Pero se encuentra después que «Leonarducci y Salandri quizá sean superiores á él por la grandeza de las ideas, la correccion del dibujo, y la majestad del estilo.

(29) En un escrito que publiqué sobre el siglo XVIII, impreso en 1833 y reimpreso varias veces, se considera á Parini como un poeta social y civilizador.

(30) *De ingeniorum moderatione in religionis negotio.*

los polichinelas, esquivando las conversaciones que le obligaban á fijar su atencion.

Francisco Cancellieri, romano, ilustró varios puntos de erudicion eclesiástica, y sobre todo en lo correspondiente á las secretarias de la biblioteca del Vaticano y á las capillas pontificias. El dominico Concina, controversista severo y rigorista, atacó con razones, y tambien con acritud, la relajacion de los jesuitas, los teatros, el uso del chocolate durante el ayuno, los préstamos á interés; pero su *Historia del probabilismo* le suscitó numerosos opositores (31). Fué defendido por Juan Vicente Patuzzi (1714-1783), de la misma órden, y atacado por Francisco Antonio Zacarias, que sostuvo, en el *Diario de la historia literaria de Italia*, la prerogativa papal contra Febronio, Tamburini y Ricci. El *Uso de la lógica* en materia de religion, por monseñor Muzzarelli, campeon de la misma opinion, contiene buenas cosas, como tambien Mamachi y Bianchi, de Luca, que refutó á Giannone (32). Mansi, arzobispo de Luca, que hizo reimprimir corregidos y adicionados los *Anales*, de Baronio, y la *Coleccion de los concilios*, de Labbe, fué, por el contrario, atacado como probabilista.

Habiéndose emprendido en Luca una traduccion de la Enciclopedia, con notas que contenian correcciones, se confiaron las ciencias sagradas á aquel prelado; pero á una invitacion del papa, desistió de una tarea en la que el peligro era real y el remedio ilusorio.

Deplorando Labbe Zorzi, veneciano, los males causados por aquella enciclopedia, dió á luz un prospecto en el que anunciaba una italiana que debia ser irreprochable. Discutia los defectos y los errores de la obra francesa bosquejando un árbol enciclopédico diferente del de Alembert, y daba como muestra dos artículos, el uno sobre la libertad, el otro sobre el pecado original. Pero murió el mismo año, á la edad de treinta y dos años, y su proyecto con él.

Bernardo Rossi, muy instruido en el hebreo, dió impulso á los estudios bíblicos. Antonio Mussi componia para el Colegio teológico de Pavia *lecciones de elocuencia sagrada*, en las que, si á veces carece de gusto y de dignidad, sale sin embargo del carril pedantesco, y manifiesta que siente la grandeza de los Padres. Teodoro Villa daba tambien en aquella Universidad buenas reglas de elocuencia; pero ni aquellos doce escritores, ni el mismo Parini conocieron que no es únicamente un lujo de talento, y no indicaron los verdaderos medios de hacer pasar las palabras del oido al corazon, de remover los sentimientos, de determinar las resoluciones. Monseñor Juan Marchetti, de Empoli, criticó á Fleury con más eficacia que vigor, en lo que tenia de antiromano. El dominico José Orsi opuso al mismo Fleury y á Natal Alejandro una historia eclesiástica en que se declara partidario del pontífice, escrita en estilo suelto y limpio, pero prolijo (33). Los estractos que da de autores que nadie lee ya, son claros y exactos. Opuesto á los jesuitas, un papa que los tenia en gran estimacion, Clemente XIII, le revistió con la púrpura.

Pablo Doria, partidario de Descartes, y á quien Vico tributó elogios, combatió á Locke como sensualista disfrazado, y por no haber comprendido las ideas innatas. Le hace el cargo de suponer que en metafísica los principios son ciertos como en geometria; admitir la sustancia infinita, y por ella el conocimiento de Dios, después de haber escluido sin razon la metafísica. Tal vez aquella refutacion preservó á los italianos del empirismo del autor inglés, hasta que Genovesi, y después de él Baldinotti, le dieron á conocer, sobre todo este último, divulgando el *Ensayo sobre el entendimiento* (1775), y tratando con arreglo á sus ideas, de la formacion de la sociedad y de la del lenguaje. Condillac no tardó, como continuador de Locke, en invadir las cátedras, y toda la filosofia se redujo á análisis de las ideas.

Scarella propuso, en sus *Elementos de lógica, ontologia, psicologia y teologia natural* para el seminario de Brescia (1792), una doctrina nueva del silogismo particular, conciliando los principios de la contradiccion y de la razon suficiente; combatió el escepticismo tanto como á los escolásticos, é hizo consistir el principio de la certidumbre en el *predicado* que se ve claramente existir ó no en el sugeto.

Jacobo Estellini, de Soma, estableció la filosofia sobre los sentidos y la razon, ó sea toda la naturaleza humana, sosteniendo que el bien depende del equilibrio de las facultades humanas. En su tratado sobre el *Orígen y progresos de las costumbres*, determina tres épocas de la naturaleza humana, en la primera, los *sentidos* dominan al alma cuando los instintos predominan, lo que escluye toda honradez y justicia; en la segunda, la lujuria, la vanidad, la ambicion se mezclan á la justicia; preséntase después la tercera época del *comercio mútuo* entre el alma y el cuerpo, cuando aparecen la verdadera

(31) Véase como muestra de la moderacion que distinguia á aquellas cuestiones, el título de uno de los libros publicados contra él: *Retractacion solemne de todas las injurias, falsos asertos, falsificaciones, calumnias, groserias, imposturas, desafueros impresos en diferentes libros por el fraile Daniel Concini, contra la verdadera Compañia de Jesus, para añadir á manera de apéndice á las dos infames cartas teológico-morales contra él reverendo padre Renzi, de la misma compañia.* Venecia, 1744, en 4.°

(32) No nos olvidamos de Marcelo Eusebio Scotto que enemistándose con sus hermanos los jesuitas, publicó violentísimos escritos contra ellos y principalmente la *República de Solipsi.*

(33) Los veinte y un tomos en 4.° llegan hasta el año 600. Felipe Angel Becchetti, dominico florentino, les añadió otros diez y siete, hasta 1378; después reasumió su obra en doce hasta 1587. El abate Rohrbacher hace el mejor elogio de José Orsi, copiándole en su *Historia universal de la Iglesia católica.*

virtud, los preceptos morales y las leyes. Este era un desarrollo en sentido contrario de las ideas de Vico; pues éste buscaba la moral de las naciones por medio de la del individuo, y Stellini hizo la historia de las costumbres de los individuos con arreglo á la moral de las naciones.

Apiano Buonafede escribió con variedad y muchos conocimientos la *Historia y cárácter de cada filosofía*; en la cual imita el estilo satírico de Voltaire, sin poseer su delicadeza. Atacado por Baretti, le contestó con la misma groseria, pero con más talento. Genovesi proclamó la libertad de la filosofía, cuando las escuelas se encontraban aun divididas entre Aristóteles y Descartes. A menudo se sujeta al sentido comun, y cree que se debe filosofar sobre las ideas que se pueden tener, y no buscar enigmas. Los caractéres de lo verdadero son, segun él, la claridad y la evidencia; y no se debe partir de las demostraciones establecidas, para contestar á difíciles objeciones. Confesaba no saber nada de lo que todo el mundo sabe.

Por el contrario, Segismundo Gerdil (1718-1812), de Samoens en el Joucigny, inducido á hacerse apologista por la *Historia de las variaciones*, emprende establecer en la *Introduccion al estudio de la religion*, obra escrita en un italiano algo prolijo, que los principales hombres han florecido sin aquella tan alabada libertad del pensamiento; defiende la escuela itálica de Pitágoras contra los empíricos; la inmortalidad del alma y la naturaleza de las ideas, segun Malebranche, contra las doctrinas de Locke; la religion y la sana economía, contra Raynal; las prácticas de la educacion contra Rousseau, que decia que era el único, de todos sus contradictores, que merecia ser leido del todo. Trata del duelo en contra de las preocupaciones comunes; habla de la libertad y de la igualdad en contra tambien de las preocupaciones filosóficas; combate el lujo contra Melon, la inmaterialidad de la sustancia pesada contra Hobbes; demuestra con cuánta injusticia llama Voltaire al emperador Juliano modelo de los reyes, y Montesquieu el príncipe más digno de gobernar á los hombres. Aquel valiente polemista se ejercitó tambien en otras ciencias, sobre la eternidad de la materia, sobre lo infinito absoluto; defendió tambien á Descartes contra Wolf y Boscowitch. Victor Amadeo le nombró maestro del príncipe su hijo. Después de haberle empleado Benedicto XIV en diferentes trabajos, le dió en recompensa el capelo de cardenal; pero las turbulencias que acaecieron no le dejaron más que su abadía de la Chiusa, de la que hubiera podido ascender al trono pontificio, si no hubiese sido escluido por el Austria.

Los filósofos encontraron un adversario en Nicolás Spedalieri (1741-1795), autor de los *Derechos del hombre*, en los que niega la existencia de un contrato social (34), sacando de la naturaleza misma del hombre y de su innato deseo de la felicidad, derechos imprescriptibles é inenajenables. Si esto no sufre ninguna dificultad con respecto á los derechos principales, falta la base cuando se trata de la propiedad y de los derechos civiles; así es que confunde á menudo los derechos con las leyes. La intencion era honrada, pero no sucede lo mismo con el resultado; pues aquella subjetividad conduce á la guerra de todos contra todos, y Spedalieri no evita aquella consecuencia sino recurriendo á la religion cristiana, es decir, destruyendo su propio sistema.

Jurisprudencia.—Muchos jurisconsultos se dedicaron á casos especiales ó á discusiones particulares, pero pocos á la ciencia general. El florentino Juan Lampredi, además de sus estudios sobre la filosofía de los etruscos, de sus escritos para refutar á Rousseau y á Samuel Cocceyo, publicó *Juris publici universalis, sive juris naturæ et gentium theoremata*, obra que se adoptó como texto en varias universidades, y en la que sostiene que una ley inmortal precede siempre á las leyas positivas. Mario Pagano, de la Lucania, se dedicó al exámen de la legislacion romana, y dió, con arreglo á las ideas de Vico, los *Ensayos políticos sobre los principios, progresos y decadencia de la sociedad*, en los que observa la marcha de la vida social. Pero en lugar de tener fe en el progreso, no distingue sino constantemente la decadencia, y añadiendo al sistema de su modelo el sensualismo entonces de moda, se manifestó vacilante en sus conclusiones. Pereció mártir de la revolucion de Nápoles, y con él el médico Domingo Cirillo, á quien Linneo, cuya botánica habia estendido y comentado, se declaraba deudor del conocimiento de varios insectos; trató tambien de las cárceles y de los hospitales, pronunciándose contra los abusos de aquellos receptáculos de la miseria humana.

Azuni (1749-1827), de Sassari, publicó un *Diccionario universal razonado de la jurisprudencia comercial*, aunque diferente del de Savari, en atencion á que se dirige á demostrar los principios del derecho comercial, y á resolver las cuestiones que hace surgir. Pudo separarse del fárrago del legista, y no fraccionar la materia, de tal manera, que en cada uno de sus artículos presenta un tratado completo. En lugar de deducir sólo de los hechos los *Principios del derecho marítimo de Europa*, se remonta al derecho general. Ha escrito además en francés sobre el orígen de la brújula; se le debe tambien en esta lengua una historia de la Cerdeña, y otros trabajos de jurisprudencia ó erudicion.

Vigilio Barbacovi, de Trento, sostuvo, como canciller, las pretensiones del príncipe obispo de

---

(34) Tal vez seria más exacto decir que parece negarlo; pero pretende en otra parte que, «en cualquier estado que el hombre se encuentre, debe estar en él por su voluntad y consentimiento; de otra manera se violentaria su derecho de libertad, que siempre está en vigor, y que nunca puede perecer.» *De los derechos*, etc., lib. I, cap. 12, párrafo 3.

aquella ciudad, contra el magistrado civil. Como la mala administracion judicial era el objeto de las quejas generales, el príncipe obispo, á instancia de José II, encargó á Barbacovi hacer en *dos meses* un código judicial, que encontró, aunque abundante en excelentes reformas, tantas oposiciones, las unas fundadas, absurdas las otras, que no pudo ponerse en ejecucion. A Barbacovi se le censuró generalmente por el público durante su ministerio, y el príncipe le despidió. En este estado de cosas acaeció la reforma, que trastornó el pais de Trento hasta venir á ser una provincia austriaca. Barbacovi hizo entonces su apología, y buscó elogios que creia merecer. Seria, sin embargo, injusto el negarle un verdadero mérito en algunas cuestiones particulares, como sobre la decision de las causas dudosas, y sobre el juramento en materia civil.

Varios escritores se ocuparon de historias particulares; pero en su mayor parte se sujetaron á la erudicion, y se contentaron con coleccionar con celo y paciencia los documentos, inscripciones y actas públicas (35). Angel Fumagalli sacó de los archivos de su monasterio de San Ambrosio, en Milan, preciosos documentos, y publicó una *Diplomática* como tambien las *Disertaciones longobardas milanesas;* Carciani coleccionó las leyes de los bárbaros, sin asegurarse de su autenticidad. Gabriel Lancelloti, de Palermo, se dedicó al mismo trabajo, con respecto á las monedas y á las inscripciones sicilianas; Marcos Fantuzzi dió á luz ochocientos sesenta y cinco documentos pertenecientes á la Edad Media.

Los *Rerum italicarum scriptores*, de Muratori, con diferentes continuaciones y discursos sobre las *Antigüedades de la Edad Media*, son de gran importancia. Felipe Argellati, que dirigió la edicion de aquellas obras, compiló además la *Bibliotheca scriptorum mediolanensium*, trabajo de pura paciencia, y que no está completo (36).

Otros escritores quisieron deducir principios, y una narracion ordenada de las noticias. Esto es lo que hizo Verri con respecto á los Ezzelinos, Maffei con Verona, el padre Ireneo Affo, con mucha crítica, pero en un estilo descuidado, con la ciudad de Guastalla y el ducado de Parma; Pedro Verri con Milan, reduciendo la relacion á demostraciones de teorias preestablecidas. José Rovelli, en sus *Discursos preliminares á la historia de Como*, dirigió una mirada sobre la condicion general de la Italia. El canónigo Lupi proclamó, en el preámbulo del código diplomático bergamasco, verdades que han sido adoptadas después.

El canónigo Rosario de Gregorio, de Palermo, publicó los escritores árabes y las noticias cúficas relativas á la Sicilia; después de la muerte de Biasi, que compuso la historia civil de aquella isla, fué nombrado historiógrafo, y supo asociar la erudicion á la crítica en su *Introduccion al estudio del derecho público siciliano*, como tambien en sus *Observaciones sobre la historia del pais*. Domingo Scina, su compatriota y discípulo, hábil físico y matemático, escribió con erudicion la historia literaria antigua y moderna de su isla natal; y Napoli Signozelli describió, en un apasionado libro, las vicisitudes de la cultura intelectual de las Dos Sicilias.

El maltés José Vella adquirió una triste celebridad por su *Código diplomático de Sicilia bajo el gobierno de los árabes* (1789), traduccion de los documentos descubiertos por él en la abadia de San Martin de Palermo, y que ilustraban la dominacion árabe y normanda en la isla. Esta obra aumentaba infinitos derechos á los feudatarios con cartas de Roberto Guiscardo y de los Rogeres que les daban muchas regalias. Poco tardó en descubrirse que todo habia sido una impostura suya, por lo cual fué condenado á larga prision y á resarcir el erario los gastos de la impresion.

Denina.—Habiendo criticado el piamontés Carlos Denina (1731-1813), en una comedia, los métodos de enseñanza, fué espulsado de su cátedra por los jesuitas, y de esta manera adquirió reputacion. Sus *Revoluciones de Italia*, que el rey Cárlos Manuel III quiso hacer imprimir á pesar de la censura, son la primera historia completa de aquel pais. Mal contada, pero exacta en los hechos, se encuentra en ella bastante penetracion en la manera de considerar las causas y sus consecuencias; llena de digresiones, segun la costumbre de la época, es más religiosa y menos filosófica que lo que permitia su siglo. Las *Revoluciones de Alemania*, del mismo autor, son inferiores en mérito, y aun más las *Vicisitudes de la literatura*.

Francisco Settimani fué perseguido por Cosme III y desterrado á diversos puntos porque imprimió en Colonia las *Historias*, de Varchi y de Nardi, y escribió varias cosas contra los Médicis. Desterrado para siempre de Toscana, después de treinta años de ausencia, quiso volver, y habiéndolo conseguido en 1744, escribió la historia de las virtudes y de los vicios de los Médicis, donde ha-

(35) Citaremos á Giulini para Milan, á Frisi para Monza, á Gorner para la iglesia veneciana, á Rossi para el territorio de Aquilea, á De Giovanni y á De Gregorio para la Sicilia, á Dal Borgo para Pisa, á Tiraboschi para Módena, para los príncipes de Este, y para los frailes humillados; á Affo y á Pacciaudi, para los Estados de Parma, á Fantuzzi para Rávena, á Bandini para Florencia, á Barrufaldi para Ferrara, á Juan Bautista Verri, para la Marca de Treviso, á Pellegrini para los príncipes lombardos, etc.

(36) Se le acusa de ser el plagiario de Juan Andrés Irico, de Trino, su colega en la biblioteca Ambrosiana. La misma acusacion de plagio ha sido dirigida á Beccaria, con respecto á Verri, contra Foscarini en cuanto á Gozzi, contra Denina respecto del abate Costa de Avignano. Se ha dicho tambien que la traduccion de Estacio se vendió al cardenal Bentivoglio por Frugoni, y que Savioli no habia sido más que el editor de los *Amores* compuestos por Angel Botta, lo que se repitió al publicar Monti la *Bassvilliana*. Estos son los últimos recursos de la envidia, cuando no puede negar el mérito.

bla de éstos tan escandalosamente, que la obra quedó inédita. El gran duque Leopoldo dió á Riguccio Galluzi el encargo de escribir la historia del principado de los Médicis, facilitándole los archivos, siendo su principal objeto que expusiese las controversias con la corte romana. Carlos Antonio Marin (1745-1815), de Brescia, eligió un hermosísimo tema en la *Historia civil del comercio de los venecianos* (1798); es una obra importante y rica, aunque no sea siempre exacta. Jacobo Filiasi, autor de una obra titulada *De los venecianos primeros y segundos*, da á luz, en apoyo de la historia, observaciones geográficas y naturales, á las cuales añade otras sobre el comercio y artes de Venecia.

Melchor Delfico, de quien ya hemos hablado, sostuvo, dedicándose á ilustrar las antigüedades de Adria Picena, que la antigua civilizacion itálica habia sido indígena; que los tirrenos y los pelasgos no eran más que un solo y mismo pueblo. Habia dejado conocer, en su prefacio á la *Historia de san Marino* (1805), la opinion de que la historia es «contraria á los nobles progresos de la moral, haciéndonos siempre ver los anales de la virtud en desproporcion con los voluminosos relatos del vicio y del error.» Desenvuelve después esta tésis en los *Pensamientos sobre la certidumbre é inutilidad de la vida* (1806), en los que repite las objeciones de la escuela enciclopédica, contra aquella ciencia. Ha dejado inédito un *Ensayo filosófico sobre la historia del género humano*, en el que, admitiendo la sociabilidad como natural, busca, con arreglo á las ideas generales que no deben desdeñarse, las primeras formas civiles, la formacion de los gobiernos y el orígen de los cultos, apoyándose en razonamientos que en verdad tienen valor.

El marqués Francisco Otieri, florentino, paje de Cosme III, describió las guerras hechas en Italia, con motivo de la sucesion de España; pero dejó su obra sin concluir. Castruccio Buonamici, de Luca, contó en un latin elegante, la guerra que hubo en Italia entre los austriacos y Carlos III, escribiéndola con cierta hostilidad á los primeros, contra quienes habia combatido. Angel Fabroni, de Florencia, escribió en latin veinte tomos de *Vidas* de los italianos ilustres, obra continuamente citada por los que quieren aparentar que juzgan por sí propios, sin tomarse para esto ningun trabajo. Fabroni espera «que no se le dirigirá el cargo de imprudencia, por dedicar á José II» la vida de Lorenzo de Médicis y de otros miembros de aquella familia; y promete no despreciar ningun cuidado para que el diario de los literatos «sea juzgado digno del príncipe á que ha sido dedicado.»

Marcos Foscarini (1695-1763), que fué dux de Venecia el último año de su vida, estudió la política de las cortes en las cuales habia estado de embajador, y dió datos exactos sobre cada una de ellas. Su *Historia secreta* de la corte de Viena (37) es sobre todo curiosa. Su otra *Historia de la literatura veneciana*, que no terminó, es muy rica en documentos, está mejor escrita y redactada con más crítica (38).

Monseñor Justo Fontanini, del Friul, cuyo celo en defensa de los derechos pontificios llegó hasta atraer sobre él la desaprobacion de Roma, tuvo vivos debates con varios literatos. Dió á luz la *Historia de la elocuencia italiana* (1706), en la que se encuentra más erudicion que solidez en los juicios. Angel Quirini, obispo de Brescia, donde hizo construir la catedral, publicó datos sobre la literatura de aquella ciudad en el siglo XV; publicó las Cartas de Reginaldo Polo y la Vida de Pio II además de diferentes obras de controversia (39). Cuéntanse entre el número de los mejores cronologistas á Eduardo Corsini, que ilustró de una manera que no ha sido excedida, los fastos áticos, las olimpiadas y después la série de los preceptos de Roma. El padre Juan Bautista Martini, de Bolonia, compuso la *Historia de la mímica;* pero se limitó á la hebraica y á la griega, y aborreciendo la afeminacion de la de su tiempo, principalmente la religiosa, aconsejaba que se le diese su sencillez primitiva.

Javier Quadrio (1695-1750) trató, en la *Historia y la razon de toda poesia*, un argumento desflorado ya por Muratori en la *Perfecta poesia*, pero este último se sujeta á la causa eficiente, al paso que Quadrio se apega al sugeto de la poesia: el uno es

---

(37) «He escrito en Viena la *Historia secreta del emperador Cárlos VI.* Esta obra tiene por objeto demostrar los desórdenes ocurridos en aquella corte con la introduccion de un gobierno de españoles, habiendo seguido muchos á aquel príncipe cuando abandonó la España para ir á tomar posesion de la corona imperial. Descúbrense en ella las razones por las cuales César amó tanto á los españoles, principalmente á los catalanes, hasta el punto de llevar consigo á infinidad de ellos á Viena, que compusieron el consejo de Italia, y conceder á los demás pensiones y otras liberalidades. Encuéntrase en ella la relacion de las rivalidades que ocurrieron en la corte entre las dos facciones, alemana y española, los medios de corrupcion, las dilapidaciones, los desórdenes de la administracion de la hacienda, y otros vicios que alteraron el gobierno y debilitaron de tal manera las fuerzas de la casa de Austria, que al principio de la guerra de 1733, cuando ocurrió la muerte del rey de Polonia, Augusto, la potencia austriaca no sostuvo, ni con mucho, la opinion de predominio que habian concebido de ella todas las cortes, por falta de conocer suficientemente los males que la habian minado interiormente.» *Archivo historico*, t. V, p. XVIII.

(38) Habiendo preparado Tartarotti, con quien se hallaba indispuesto, una crítica de aquella obra, no sólo Foscarini hizo prohibir su impresion por la censura de Venecia, sino que tambien obtuvo de Maria Teresa que se mandase á la alta cámara del Tirol se suspendiese su publicacion.

(39) Voltaire le dirigió muchas veces alabanzas, entre otras en aquella estrofa, más necia que profana:

«A vos pertenece instruir y agradar;
En más de un escrito vuestro brillan,
Tanto la gracia de Jesucristo,
Como las tres gracias de Homero.»

superior en la teoria, el otro en la delicadeza de las observaciones, en la forma y en las cosas de erudicion, aunque á menudo incurra en faltas. Define la poesia: «La ciencia de las cosas humanas y divinas, espuestas al pueblo con imágenes formadas con palabras unidas con medida» y por reglas señala la autoridad, el uso y la razon. Muchos jesuitas espulsados de España fueron á Italia donde adquirieron el derecho de ciudadania literaria, escribiendo sobre asuntos indígenas y en la lengua del pais. De este número fué Juan Andrés de Valencia, que en el *Orígen y progreso de toda literatura*, aventuró otros juicios que los de rutina, y dió á conocer á los árabes de quién era partidario. Pero al fin de aquellos laboriosos tomos se encuentra que aprovechan poco, en atencion á que no proporciona, con ayuda de ejemplos, el juzgarse por sí mismo.

Tiraboschi.—Gerónimo Tiraboschi (1731-1794), de Bérgamo, hombre de una erudicion inmensa, de un corazon excelente y animado de las mejores intenciones, ilustró en la *Historia de la literatura italiana* (1772-82), puntos difíciles, determinó las fechas, restituyó las obras á sus verdaderos autores, y leyó con conciencia aquellos de que hablaba; pero no se inspiró. No da á conocer sus opiniones ni su mérito relativo; nunca presenta un juicio que le sea propio; no agrupa las ciencias ni los autores: confunde el genio con la mediania, nunca se eleva al punto de vista crítico, desde el cual se conoce la unidad armónica y la significacion real de las obras de un escritor. Síguese de esto que llega á un resultado directamente opuesto á aquel que habia anunciado, diciendo que queria «escribir sobre la literatura y no sobre los literatos de la Italia.» Varios escritores emprendieron la tarea de combatirle con una acrimonia que no merecia; y el buen bibliotecario se quejaba de la manera de atacarle sin contestar á él. A menudo confesó que se encontraba en error, pero con la molicie de un hombre que fluctúa entre dos opiniones, ó que juzga como la mejor la última que ha conocido (40). Sin embargo, su obra, de la que nosotros hemos tomado mucho, proporcionará siempre escelentes materiales.

Juan Maria Mazzuchelli, de Brescia, concibió la idea de un diccionario de los literatos antiguos y modernos de la Italia. No terminó más que la A y la B: cada uno de sus artículos puede considerarse como completo; pero aun en este órden alfabético tienen el inconveniente de aislar al hombre de sus contemporáneos; además, el autor no se estiende en sus juicios particulares, y se detiene en detalles biográficos sin importancia, al paso que no piensa en dar idea de las obras. El *Ensayo sobre el arte histórico*, de Galeani Napione (1773), reproduce las ideas de los escritores franceses, principalmente de Rapin, de d'Alembert y de Henault.

Al hablar de las ciencias, tendremos que ocuparnos de otros varios autores italianos; pero no pasaremos aquí en silencio á Bertola, autor de una *Filosofia de la historia*, por la razon de lo presuntuoso de este título. Rebajando á los ingleses y á franceses, cree que los métodos más seguros son los de los italianos, que á decir verdad no define. En su primer libro trata de las causas; en el segundo de los medios; en el tercero de los efectos. Ahora bien, llama causas á los climas, á las instituciones, á las religiones, á los gobiernos, á las costumbres, á la política; éstas son amplificaciones de los temas conocidos de Maquiavelo, de Bodin, de Montesquieu. Los medios son otras causas secundarias, como las guerras, el comercio, las colonias, las artes, las ciencias, los caractéres; cosas todas que presenta mezcladas, lo mismo que los títulos para sus pequeños capítulos, compuestos de vagas reflexiones. El autor examina en los cinco capítulos, el análisis de los efectos, las épocas florecientes, las conquistas, la decadencia, las revoluciones y las ruinas. Termina proclamando la actual perfeccion, que preserva en adelante á los pueblos de todo trastorno; pocas reformas quedan que hacer, segun él, y se verificarán pacíficamente. Con respecto á una revolucion, la *Europa no tiene ya que temerla*. En el año 1787 era cuando se espresaba de esta manera Bertola.

(40) «Siento no poder contestar á su política, dando la razon á ambos.» III, 434.

CAPITULO XXXII

ERUDICION.—ANTIGÜEDADES.—NUMISMÁTICA.

No faltaron hombres laboriosos que cultivasen la lengua latina, sobre todo en Italia y Alemania. El paduano Jacobo Facciolati supo más que ningun otro poseer la pureza; escribió los *Fastos de la Universidad de Pádua*, pero pobremente, y comenzó el *Diccionario de la latinidad*, terminado después por Egidio Forcellini, natural tambien de Padua (1).

Los jesuitas tuvieron latinistas distinguidos. Gerónimo Lagomarsini trabajó toda su vida en preparar una edicion de Ciceron, pero no encontró á nadie que adelantase los gastos: dió á luz con estensas notas la de las *Epístolas* de Julio Poggiano. Ragusa, siempre afamada por sus latinistas, produjo á Benito Stay, á Cárlos Nocetti y á Boscowitch que se ejercitaron en verso, sobre las filosofías cartesiana y newtoniana, sobre el arco iris, sobre la aurora boreal y sobre los eclipses; á Bernardo Zamagna, que tradujo la Odisea, Hesiodo y otros autores; y á Raimundo Cunich, que dió la version latina de la Iliada, cuyo estilo es laborioso y puro: hombre excelente, animaba á la juventud, con la que aplaudia y derramaba lágrimas. Nicolás de las Laste fué un poeta latino lleno de delicadeza; pero Julio César Cordara, que publicó con el nombre de *Quintus Sextanus* discursos contra los falsos eruditos, después églogas militares y otras composiciones, adquirió mayor reputacion. El florentino Angel de Eley, autor de sátiras italianas llenas de fuerza, escribió tal vez mejor el latin que su propio idioma. Estéban Morcelli, de Brescia, no tuvo rivales en la inscripcion latina, cuyo ejemplo y precepto dió á la vez.

(1) Fué de más utilidad para los estudiantes el del turinés Pasini; la gramática latina de Fernando Porretti, paduano, fué adoptada en todas las escuelas.

Los *ejercicios sobre Vitrubio*, por Juan Poleni, ayudaron á la inteligencia de aquel autor. El doctor Bianconi escribió cartas sobre el gran circo y sobre Celso, que creia, con más estravagancia que fundamento, contemporáneo de Augusto; y contó sus viajes á Alemania. Monseñor Guarnacci, de Volterra, reunió un museo de antigüedades nacionales, y pretendió atribuir á su pais, en los *Orígenes itálicos*, la cuna de la civilizacion. El turinés Paciaudi reunió antigüedades cristianas y diferentes objetos encontrados en Veleya, que se acababan de exhumar. Contribuyó á la creacion de la universidad de Parma y de la biblioteca de aquella ciudad. Se le debe tambien la *Historia de la órden de Malta*. Se prestaba al mismo tiempo atencion á las antigüedades sagradas, pues lo merecian; y ya hemos mencionado las obras de Boldetti, Bottari, Mamachi, Buonarroti, Marangoni y Ciampini.

Juan Bautista Passeri se ocupó útilmente de las antigüedades etruscas, y sobre todo de las tablas eugubinas y de la lengua etrusca; pero no siempre pudo contener el vuelo de su imaginacion. Monseñor Marini ilustró las actas de los hermanos Arvalos (llamábanse así los sacerdotes de Ceres y Baco), y estudió los papiros y otras materias concernientes á las diferentes partes de la arqueologia. Mazzocchi (1684-1771), de Pádua, que pasó por un prodigio de erudicion, dió pormenores sobre el admirable anfiteatro de su ciudad natal y sobre otros varios objetos, pero principalmente sobre las dos tablas de Heracleo. Compuso del conjunto de sus lecciones sobre la Biblia, en la universidad de Nápoles, su precioso *Spicilegium biblicum*. Luis Lanzi se ocupó de los antiguos etruscos, refiriéndolo todo á orígenes griegos; Dempster habia comenzado un museo etrusco; y nuevos descubrimientos proporcionaron al senador Felipe Buonarrotti hacerle numerosas adiciones. Iniciado por él en aquel

estudio, el buen helenista Gori se apasionó de él hasta el punto de verlo todo en los etruscos, y el orígen de las artes y las diferentes costumbres. Hizo grandes servicios á la arqueologia y á la epigrafía; Juan Lami (1697-1770), del Val de Arno, hombre de gran erudicion y de alegre carácter, amaba la belleza y los goces, y le ayudó útilmente en sus trabajos. Defendió contra Leclerc y los socinianos la decision del concilio de Nicea concerniente al *Logos* (2); demostró en el libro titulado *De eruditione apostolorum*, que aquellos hombres sencillos eran demasiado ignorantes para haber sacado de Platon la idea de la Trinidad; y habiéndose puesto en pugna con los jesuitas, les atacó con sátiras latinas é italianas que no tienen ningun valor literario. Hizo surgir peores diferencias con sus *Noticias literarias*, periódico que se daba á luz todas las semanas, y cuya osadia llegó hasta tal punto, que se suprimió. Lami publicó en las *Delicias de los eruditos toscanos*, muchos documentos preciosos de la biblioteca Ricardiana, y se proponia escribir la historia de la iglesia de Oriente; pero no la puso en ejecucion.

Numerosos descubrimientos y viajes que entonces se hicieron avivaron el gusto á las antigüedades. Además del Herculano y de Pompeya, se encontraron los templos de Pestum, en 1752, en una selva; las ruinas de Veleya, ciudad destruida en el siglo IV, en 1761, en el territorio de Plasencia. Los príncipes y los papas hacian escavaciones á porfía en la quinta de Adriano, y exhumaron otros restos antiguos; Hancarville, Wheler, Choiseul-Gouffier, Spon, Revet, Stuard, etc., revelan las artes de la Grecia; Chardin, Norden, Pokocke, Niebuhr, las de Arabia, Egipto y Palmira. En 1726 se fundó la academia de Cortona, cuyas actas están consagradas á esclarecer la civilizacion etrusca; en 1736, la de Florencia, llamada Colombaria, igualmente destinada al estudio de las antigüedades, y ademas la Academia Herculana.

Habiendo cesado de ser la anticuaria un objeto de curiosidad, una lid abierta á una erudicion enojosa y á argucias hipotéticas, enseñaba á dejar á un lado las observaciones accesorias que no nacen de la inspeccion de los monumentos ni sirven para esplicarlos, y asimismo dejaba de acumular citas prefiriendo interpretar, con ayuda de la filosofía, las religiones, la política y la civilizacion.

Winckelmann, 1717-68.—Winckelmann, hijo de un zapatero de Brandeburgo, falto de recursos, pero apasionado al estudio, fué á visitar á Roma, en donde la proteccion de los cardenales Archinto y Albani le abrió el camino en el cual supo hacerse un nombre inmortal hasta que fué asesinado en Trieste. En un tiempo en que la arqueologia no se ocupaba más que de la erudicion, Winckelmann la dirigió sobre las artes del dibujo, de las que publicó una historia (1764), tomando este nombre en el sentido griego de sistema, y con consideracion á la existencia del arte, pero no á las vicisitudes de los artistas. Deben verse, en su prefacio, los toscos errores de sus predecesores: conjeturas temerarias, obras recientes aceptadas por antiguas, asertos fundados en remiendos poco diestros, descripciones hechas menos para instruir que para deleitar, yerros de viajeros que observa yendo en posta, errores cometidos por los dibujantes.

Winckelmann vió las cosas con sus propios ojos, y segun él, el estudio de la antigüedad no era digno del sabio si no trataba de depurar el gusto y de ilustrar la historia de la humanidad. Es cierto que incurrió en algunos errores de hecho, que procede con poco órden, que afecta erudicion en la descripcion de los monumentos, y que aquel aire de inspirado que afecta á veces no le sienta bien. Se encuentra uno, sin embargo, seducido por su entusiasmo hácia lo bello, y por una elocuencia que rivaliza con la idea del artista. El conde de Caylus (1692-1765), que siguió tambien aquel camino, cedia tanto en erudicion á Winckelmann como le era superior en ser artista; pero se cansó en pequeños trabajos, al paso que Winckelmann tuvo ocasion de hacerlos grandes. No consideró en el arte antiguo más que la parte industrial y voluptuosa; y la manera con que copió los monumentos manifiesta que no conocia su importancia. El fué el que enseñó á separar los bronces de los mármoles, y á disponerlos segun las épocas, los lugares y los asuntos; lo cual permitió á Winckelmann hacer felices aproximaciones y razonadas hipótesis.

Heyne.—El sajon Cristian Heyne hubiera permanecido tejedor como su padre (1729-1812), sin los tres sueldos por semana que pagó su padrino para que recibiese lecciones de un maestro de latin. Fué después socorrido por otros, y de esta manera llegó á ser, ganándose siempre laboriosamente la vida, un distinguido latinista. Empleado como escribiente en la biblioteca del benéfico ministro Bruhl, con 100 escudos de sueldo, la guerra de siete años le sometió á duras pruebas; cuando concluyó, fué llamado como profesor á Gotinga, donde comenzó á adquirir fama, interpretando á los autores, no con las minuciosidades filológicas y de pura erudicion que estaban entonces en uso, sino tratando de hacer comprender la poesia, el gusto, las bellezas. Aprendió desde entonces á considerar la mitologia como un depósito de símbolos, ó la reunion de las tradiciones de diferentes épocas y pueblos, y buscó las alteraciones que habian sufrido en su idea primitiva, para hacerlas servir de suplemento á la historia.

Heyne estudió los monumentos con menos imaginacion que Winckelmann; pero con más juicio y detenimiento de los textos; fundóse, pues, en nociones positivas, y no en brillantes hipótesis; corrigió numerosos errores históricos, cometidos por Winckelmann concernientes á las épocas de las artes, y refutó los motivos que habia asignado á

(2) *De recta patrum Nicenorum fide*, 1730.

sus progresos ó decadencia. Se dedicó tambien á estudiar, tanto como se podia entonces, los monumentos etruscos, y aun más, los bizantinos. Sus preciosas ediciones de Tibulo, y sobre todo de Virgilio, le libertaron de rivales. Supo librar á la academia de Gottinga, en la cual sus disertaciones ilustraron ciertos puntos dudosos, del espíritu de disputa y de las sutilezas modernas; y además ésta le fué deudora de una reputacion que la protegió contra el furor de las armas.

Visconti.—Faltaba un talento que abarcando en su conjunto el arte, consiguiese profundizar el asunto, el tiempo, el mérito de cada trabajo, que siguiese las vicisitudes del gusto, y leyese en los monumentos la historia de la humanidad. Esto es lo que hizo Ennio Quirino Visconti (1751-1818), de Roma. Dotado desde su infancia de una prodigiosa memoria, pronto reunió un tesoro de conocimientos que le pusieron en estado de conocer la antigüedad con una sola mirada. Las escavaciones del Herculano y de Pompeya produjeron en toda la Italia el deseo de nuevas pesquisas, y en Roma más que en ninguna otra parte. Clemente XIV pensó en reunir las riquezas arqueológicas, comprando las que se hallaban esparcidas, y dedicándose á descubrir otras. A Visconti se le puso al frente del museo que recibió el nombre de aquel pontífice, y que fué enriquecido por la munificencia de Pio VI. Visconti en la *Esplicacion del Museo Pio-Clementino* mostró que unia á una erudicion segura, el arte de esponer con claridad lo que antes tenia un aire de misterio, evitar las pomposas digresiones y sujetarse á lo que era particular á cada obra. Concibió la idea de clasificar en los monumentos, en primer lugar las divinidades del cielo, del mar, de la tierra, de los infiernos; después los héroes, la historia antigua y romana, los eruditos, los filósofos, los sábios; en fin, lo concerniente á la historia natural, los usos, las artes; y cada clase está distribuida segun la época y el mérito de las obras. Describió después los sepulcros de los Escipiones, desenterrados en 1780. las ruinas de Gubio exhumadas por los cuidados del príncipe Borghese; en una palabra, todo lo que aparecia entonces nuevo, y todo lo que habia sido mal interpretado con respecto á antigüedades. Cuando la Francia arrebató á la Italia sus riquezas artísticas. Visconti fué llamado á Paris en clase de conservador del Museo de los antiguos, que dispuso segun su método. Continuó en él sus trabajos; y habiendo hecho hacer Napoleon una magnífica edicion de la *Iconografia griega y romana*, coleccion de los retratos auténticos que habia encargado á Visconti, se la regaló á las personas que le señaló el autor; género nuevo y delicado de generosidad.

Los estudios orientales que se cultivaban con un objeto religioso, se encontraban limitados al hebreo y al árabe, lenguas para las cuales los papas trataron siempre de establecer cursos en las universidades. El concilio general de Viena (1311) impuso su fundacion para formar misioneros destinados á predicar á los judíos y á los musulmanes; Además las cuestiones suscitadas por la reforma aumentaron el número de los orientalistas aun fuera de la Italia y en otras clases además del clero. Así es, que Guillermo Postel publicaba en Paris, en 1538, los alfabetos de la lengua hebrea, caldea, siriaca, samaritana, árabe, india (*etíope*), griega, georgiana, servia, iliria, armeniana, latina (3), tratando de reducir muchas lenguas á la unidad, con lo que anticipaba la filosofia comparada. Conrado Gessner hizo conocer en 1565 en el *Mitrídates*, ciento treinta lenguas y dialectos, y dió veinte y dos versiones de la oracion dominical con numerosas comparaciones. *La introduccion á las lenguas caldea, siriaca y armenia*, de Ambrosio (1539), y el comentario *De ratione communi omnium linguarum ac litterarum*, del suizo Bibliander (Buchmann), en 1548, se dirigen al mismo objeto. El cardenal Richelieu hacia comprar por Brébes, embajador en Constantinopla, hermosísimos caractéres orientales para la imprenta real, y poner en prensa varios libros para los misioneros. El francés Claudio Duret (4) trataba del orígen, de la belleza, de la perfeccion, de la decadencia, de los cambios y modificaciones de cuarenta y cinco idiomas, y mencionaba hechos estremadamente curiosos aunque inexactos. Samuel Bochart (5) buscaba con gran riqueza de conocimientos el orígen de los pueblos, siguiéndoles en su dispersion. Los trabajos de David Michaelis, profesor de Gottinga, sobre la exégesis bíblica, son tambien dignos de notar. Jorge Cruciger dió á luz en 1629 la *Armonia de las lenguas griega, hebrea, latina y germánica*; Luis Thomasini, del Oratorio, queria hacerlas proceder todas del hebreo (6). Habíanse publicado en Amsterdam diccionarios javaneses y maleses; y el gran orientalista Erpenio daba una gramática árabe, que permaneció siendo la mejor hasta salir á luz la de Sacy.

Citaremos en Inglaterra, además de los hebraizantes, á Pokocke, traductor de Abul Faradj, y á Hyde, que trató de la religion de los persas.

En Italia Gregorio XIV habia hecho fundir caractéres orientales é imprimir varias obras. Clemente XI compró gran número de manuscritos orientales de Abraham Echelense, y otros manuscritos árabes, coftos, etiopes, de Pedro della Valle, é hizo dirigir por José Simon Assemani, natural de Trípoli, que habia vivido siempre entre los maronitas, el catálogo de los manuscritos siría-

---

(3) *Linguarum duodecim characteribus differentium alphabetum, introductio ac legendi motus longe facillimus.*

(4) *Tesoro de la historia de las lenguas de esta universidad*, 1613.

(5) *Geographia sacra*, 1675.

(6) *Método de estudiar y enseñar cristianamente la gramática ó las lenguas, reduciéndolas todas al hebreo*, dos tomos en 8.°. Leida, 1693.

cos y árabes del Vaticano (7): encargóle, además, diferentes trabajos de erudicion oriental. Adler se dedicó á las antigüedades cuficas, así como Munter y Mingarelli, á las cofto-menfíticas: el colegio de la Propaganda, con la biblioteca que le estaba aneja, favoreció estos estudios. El *Œdipus ægiptiacus*, del jesuita aleman Kircher, publicado en Roma, fué el primero que fijó la atencion en los geroglíficos, que decia habian sido inventados por los sacerdotes para mantener sus doctrinas ocultas, y que con charlatanismo se alababa de poder esplicarlas. Jablonski, su compatriota, lo continuó en el *Panteon egipcio* (1750), en el que escudriña, con arreglo á la idea del inglés Wilkins, el sistema religioso de los egipcios, interpretando con ayuda del cofto, los nombres de las divinidades; al paso que De Guignes (1809) pretendia esplicar los geroglíficos por medio del chino. Jorge Zoega, que se habia aficionado al griego y á las antigüedades, habiendo abandonado la Jutlandia, su patria, para dirigirse á Roma y abrazar el catolicismo, puso en órden los manuscritos del museo Borgiano, hizo imprimir las medallas egipcias, y Pio VI le encargó describir los obeliscos de Roma, lo cual hizo en una obra; pero los subsecuentes descubrimientos le han dado un mentís. Habia estudiado la lengua cofta, y sospechado la existencia de un elemento fonético en la lengua sagrada.

Entre tanto los jesuitas habian dado á conocer la lengua china, trayendo á Europa y traduciendo los libros canónicos y algunas de las obras maestras literarias de aquel imperio. Los padres Gaubil, Amyot y Premare hicieron grandes servicios; y la *Notitia linguæ sinicæ*, de Premare, tratado de literatura, deducido de gran número de ejemplos, es lo que se ha publicado hasta ahora mejor por los europeos. Fourmont hizo con ayuda de una jóven china y por órden de Luis XIV, un diccionario y una gramática de aquella lengua; para cuyas obras hizo grabar cien mil tipos; reunió, además, gran número de libros indios y chinos. Su discípulo Freret, erudito universal, anotó treinta y dos diccionarios, clasificando las lenguas é indagando su origen, sus relaciones, su genio gramatical; trabajo que le ayudó á su *Disertacion sobre los principios generales del arte de escribir*. El padre Gerbillon fué el primero que dió á conocer en Europa la lengua manchú (8). El danés Ziegenbald publicó en 1716 una gramática tamula; el italiano Veschi, compuso en aquella lengua obras destinadas á estender el cristianismo; el padre Pons dió en 1740 la primera nocion del sanscrito, admirando el análisis gramatical de los bracmines, y manifestándose versado en su filosofía. Algunos misioneros adquirieron un conocimiento tan profundo del idioma indio, que pudieron componer en sanscrito el *Ezur Vedan*, hasta el grado de hacer creer á los enciclopedistas que era un libro original que se remontaba á diez mil años. Otros daban conocimiento de las opiniones del pais.

El padre Giorgi proporcionó datos curiosos sobre el Asia central en el *Alphabetum thibetanum* (1762), porque eran los primeros. La Europa no tuvo otro libro sobre esta materia hasta que se dió á luz la gramática de Schrœter en 1826, y la de Cosme de Körös en 1834, que es mejor. Estéban Borgia vendia hasta su vajilla para comprar objetos raros, sobre todo, los que mandaban de remotos paises los misioneros. Formó un museo en Velletri, é hizo imprimir el sistema *brahmanicum*, de Juan Werdin, conocido con el nombre de P. Paulino de San Bartolomé, que demostró en las analogías las semejanzas de la mitología bracmínica con las de otros paises.

Mientras que los misioneros estudiaban la India bajo el aspecto religioso, los ingleses hacian otro tanto con miras comerciales. Ahora bien, la necesidad de conocer las leyes y las costumbres de un pueblo que no sólo querian conquistar sino gobernar, los inclinó á conocer una lengua y una literatura tan rica. Hastings fundó en Calcuta una academia oriental (1784), de la que surgieron las *Instituciones de Akbar* por Gladwin, las *Leyes de Manú* por Jones; después una serie de *Transacciones*, en la que Jones, Wilkins, Colebrooke, Prinsep y Wilson dieron á luz lo que la literatura y la filosofía de aquel pais produjo de mejor. Formábase en Lóndres una reunion para estender las obras más importantes, aunque el clero inglés se opusiese á una difusion que juzgaba peligrosa.

Court de Gebelin (9) quiso, para demostrar los progresos de la humanidad, sacar una gran síntesis de los conocimientos que se habian coleccionado. No considera la mitología antigua sino como símbolos de la religion; forma una gramática universal, con un corto número de documentos, ensayando sin embargo fundar la filología comparada; refuta, tratando de la historia natural del lenguaje y de la escritura, los sistemas precedentes, pero sin proporcionar uno bueno; y reconociendo la importancia de la etimología, sabe distinguir la raiz de los afijos, y ver que ciertas proposiciones y terminaciones tienen ó producen siempre el mismo valor en todas las lenguas.

De Guignes, muy versado en varias lenguas, fué el primero que unió en su *historia de los hunos* (1756), las vicisitudes de la Europa á las del interior del Oriente, y reveló una multitud de naciones del Asia central, cuyo nombre apenas era conocido. Anquetil-Duperron, que habia estado en la India durante la dominacion francesa, aplicó la erudicion á las religiones, publicando los libros sagrados de la Persia y el *Upanishad* de los bracmines (1771).

---

(7) *Bibliotheca orientalis.*
(8) *Elementa linguæ tartarica.*
(9) *Mundo primitivo, analizado y comparado con el moderno*, 1773-1784.

El desinteresado amor á la ciencia inducia á los alemanes á meditar sobre los descubrimientos ajenos y á dedicar á ellos su crítica sutil y atrevida; así es que pronto crearon una ciencia nueva, la lingüística. Ya Leibnitz habia proclamado ideas muy elevadas sobre la filologia, conocido que las lenguas podian ayudar poderosamente á la historia de los tiempos remotos, y ofrecian el mejor medio de comprobar la semejanza de los pueblos. Los conocimientos positivos se aumentaron por los cinco sábios, entre los cuales se encontraba Niebuhr, enviados á Oriente por Federico V, rey de Dinamarca, para conocer los idiomas, la historia, los monumentos de la Arabia y del Egipto. Pallas publicó en 1786 un *Vocabulario de todas las lenguas del mundo*, y en 1800 el español Hervas el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas;* Adelung dió á luz en Berline su *Mithridates*, en 1804. Mientras que aquellos escritores, así como Freret y otros cien, reconocian el partido que era posible sacar para nuestra historia de la del Oriente, los filósofos esperaron encontrar en ella orígenes que diesen con respecto á las ciencias y á la humanidad un mentís á lo que indicaba la Biblia; y se apresuraron á deducir antes de haber comprobado las premisas.

La numismática se encontró tambien en su verdadero objeto, que es ayudar á la historia. Ezequiel Spanheim habia descrito casi todas sus partes (10), pero se habian hecho después de él multitud de descubrimientos. Las sábias memorias de Vaillant en la academia francesa acostumbraron á aquellas ciencias á mayor rigor, sobre todo con respecto á la serie de los soberanos. Pelegrin estudió las medallas autónomas, es decir, acuñadas por ciudades ó Estados, sin nombre de príncipe. Bartelemy ilustró la paleografia con mayor erudicion.

José Eckel (1737–1798), jesuita austriaco, pensó en formar un conjunto de toda la ciencia numismática: dió á conocer, en las *Nummi veteres anecdoti*, más de cuatrocientas medallas inéditas; hizo seguir aquella obra del catálogo del gabinete de Viena, después de la *Doctrina nummorum* (1792–1798), en que la numismática está comprendida por completo. Adoptó el órden geográfico de Pellerin mejorándole, y distribuyó las medallas romanas segun los fastos; introduciendo en la discusion, crítica, talento, gran erudicion, y no obstante sin ostentacion. Así es que se podrá corregir en adelante algun error en su obra, y llenar los claros; pero será difícil desposeerla del primer lugar en esta clase de trabajo.

Habiéndose dedicado Domingo Sestini, de Florencia, á la historia natural y á la numismática, hizo á aquellas dos ciencias servicios en sus viajes, que llevó hasta Oriente, y cuya relacion escribió. Encargado por el ministro británico Ainslie de hacer una coleccion de medallas griegas y romanas, adquirió mucho gusto para aquella clase de estudios, y dió á luz la geografia numismática (11) y después varias descripciones de museos y medallas. Ha descrito además todas las medallas conocidas en el *Sistema geográfico numismático*, en catorce tomos en folio, que ha quedado manuscrito.

El ardor con que se buscaban las medallas antiguas incitó á acuñar las falsas. Desde 1565 Juan Cavino llamado el Paduano, hábil grabador, asociado á Angel Bassiano, las acuñó griegas y romanas, que su rareza hizo buscar aun más por los aficionados. Otros imitaron aquel fraude, principalmente Parmigiano, Miguel Dervieux, francés, establecido en Florencia, Casteron en Holanda, en Lion Cogornier, que falsificó las medallas muy raras de los treinta tiranos; el aleman Werber, que murió en Florencia, y Becker, el más célebre de todos. Resultó de esto que no fué la menor tarea del numismata distinguir las medallas falsas de las verdaderas (12).

(10) *De usu et præstantia numismatum.*

(11) *Classis generalis geographiæ numismaticæ populorum et regum.*

(12) Véase nuestra Arqueologia, cap. VIII.

CAPÍTULO XXXIII

BELLAS ARTES.

Las bellas artes son exactamente las compañeras de la literatura; encuéntranse en ellas los mismos errores, los mismos esfuerzos para salir de ellos, las mismas mejoras efectuadas á medias. Al mismo tiempo que cesaban las metaforas del siglo XVII, la mania hácia lo estravagante desaparecia; pero era reemplazada por lo voluptuoso y lo amanerado, á lo cual se dió el nombre de *churrigueresco*, género que tiene por carácter un dibujo recargado y tortuoso, fantasias vagabundas, un Olimpo con sus perpétuos valles de Tempe; lo que hace que pudiese compararse aquella época del arte al periodo poético de los Arcades. Esto es lo que pedia, sobre todo en Francia, la frivolidad de los grandes señores y los negociantes enriquecidos; esto es lo que necesitaban los libertinos, á los que agradaba aquel método, al que la Pompadour ha dejado su nombre. Eran preciso para aquellos pequeños aposentos, pequeños cuadros, de asuntos familiares y lúbricos, y se abandonaba por necedades pastoriles todo el estudio de la historia, todo trabajo de erudicion, cosas que los filósofos desdeñaban; y el único medio que se conoció en él fué la facilidad en la práctica, la prontitud en la ejecucion. La asociacion de las tres hermanas que tanto se habian engrandecido en las iglesias, se habia perdido desde que se hicieron cuadros y estátuas sin carácter para las galerias y museos. En Italia, la pintura de los palacios y de las iglesias elevó siempre á los artistas á gran altura, pero copiando los pintores á la naturaleza, elegian mal los modelos; disponian sus composiciones con arreglo á ciertas recetas, por decirlo así, que existian en la práctica; querian obtener un gran relieve, y le buscaban con ayuda de estravagantes contrastes, y de una mezcla de brillantes colores sin gradaciones. Perdido se encontraba el género de los Carracci, y la escuela boloñesa habia arrojado sus últimos resplandores con Pasinelli, pintor lleno de fuego, y sin eleccion en sus composiciones; con Cignani, que dió mucha redondez á los objetos, y trabajó veinte años en la Asuncion de Forli, la cúpula más notable de aquel siglo. Formaron dos escuelas, de las cuales ninguna pasó de mediana.

Los Aldrobandini se dedicaron á la perspectiva; pero con menos éxito que los Galli, de Bibiena, que eran muy buscados para las pinturas al fresco, las decoraciones y la disposicion de las fiestas. Fernando escribió además sobre la arquitectura, é introdujo innovaciones en los teatros, dandoles la magnificencia moderna, facilitando los cambios de decoraciones. Parma, Milan y Viena quisieron poseer teatros construidos por aquel artista; pronto las diferentes cortes llamaron á porfia á sus hijos, á su hermano Francisco y á sus discípulos; despues á Mauro Tesí, ayudado de los consejos de Algarotti. De esta manera adquirió la escuela boloñesa el primer lugar en la perspectiva, como lo habia obtenido en otro tiempo en la figura.

La escuela genovesa disuelta por la peste de 1657, se repuso imitando á Moretto. Andrés Carloni, Pelegrin Piola y Banchero de Lestri obtuvieron alguna reputacion, como tambien Parodi, escultor y arquitecto de un estudio variado, de quien se admira un salon en el palacio de Negroni. Restablecida la academia de Turin en 1736, por Beaumont, pudo aprovecharse de los cuadros flamencos, cuya galería real heredó del príncipe Eugenio. Obtuvo en 1778 un nuevo reglamento, pero no adquirió artistas notables. Citaremos á Domingo Olivieri, inagotable en escenas alegres, y á Bernardino Galliari, maestro hábil en la perspectiva. Venecia cita con orgullo á Canaletto, que estendió por todas partes las vistas del pais de su nacimiento, y enseñó á usar con habilidad de la

cámara óptica. El gobierno de aquella república pensionó á personas que velasen por la conservacion de los cuadros y los restaurasen, lo cual fué el principio de un nuevo arte. La Rosalba se manifestó llena de gracia y de majestad en la pintura al pastel.

José II decia haber visto en Roma dos maravillas: el anfiteatro y el primer pintor de Europa. Queria hablar de Cignaroli, muy amanerado en su color, más bien epigramático que digno en sus invenciones. Lanzi describió con placer una sacra familia de aquel pintor en Parma: San José da en él la mano á la Virgen y al niño Jesus para pasar un pequeño puente; y con objeto de hacer ver el artista el cuidado del santo, le representa sin que note que se le cae su manto de los hombros, y que la punta se moja en el agua. Esta es una mezquina idea.

Mengs.—Rafael Mengs, que nació en Bohemia, llegó á ser en Roma el artista mas afamado. ¡Pero qué diferencia entre él y los maestros del arte! ¡Cuánto difiere su brillantez de lo verdadero! ¡Qué convencionales son sus dibujos y colores! Parece que él mismo desconfiaba de los aplausos, que sus contemporáneos tributaban á su mediania pedante y eléctica; pues se dedicó contínuamente á aprender. Espresando en esto su biógrafo Azara (1) la opinion contemporánea, le coloca en un lugar superior al de Rafael Urbino, al que precisamente hace el cargo de lo que constituye su mérito, es decir, de haber copiado la naturaleza, en lugar de haber reproducido la belleza ideal que, segun él, caracteriza las obras de Mengs.

Pompeyo Batoni, de Luca, que después de haber estudiado en Roma sobre Rafael y los mejores maestros, inventó un colorido variado y trasparente, aunque convencional. Manejó el pincel con habilidad, sin tener un estilo que le fuese propio, y llevó del teatro al caballete una idea vaga y confusa de lo antiguo, y una estéril mania de innovacion.

José Cades preparaba á los admiradores de los clásicos estrañas burlas, improvisando dibujos en el estilo que se deseaba, dibujos que los conocedores creian de Rafael ó de Miguel Angel, así como los literatos adoptaban como obra del genio las falsificaciones osiánicas de Macpherson (2).

Juvara.—A principios del siglo, Felipe Juvara (1685-1735), de Mesina, dominaba en la arquitectura. Habiéndole llevado el duque de Saboya á Turin, que tenia necesidad de reponerse después de tantas guerras, y de llegar á ser italiana embelleciéndose, construyó allí varios edificios. La iglesia de la Superga, en la que sobre todo se señaló, no ofrece la majestad que nace de una idea grande y sencilla: los adornos no están empleados en ella con sobriedad; pero se encuentra gran habilidad, unida á cierta originalidad de inventiva bien entendida, y libre de la mania de innovar. Nada se hacia en Italia sin pedir al menos su parecer; hizo después en Lisboa el plano del palacio, y el de una iglesia para el nuevo patriarca. Ejecutó otros trabajos en España, donde se le encargó construir el palacio del rey, cuando acaeció su muerte. Rico en inventiva y versado en el estudio de los mejores modelos, no conoció el mérito de la sencillez.

La complicada fuente de Trevi honra al romano Nicolás Salvi, que hizo además muchas restauraciones. El pintor florentino Servandoni fué llamado por varias capitales de Europa para dirigir las fiestas y decoraciones teatrales. Queriendo añadir al atractivo de la música y de la representacion el del golpe de vista, supo asociar á la belleza mágica la verdad, que habian creido hasta entonces poder dispensarse. Oppenord trataba de aplicar á la iglesia de San Sulpicio en Paris, comenzada en 1646, una de las fastuosas fachadas que tenia costumbre de hacer, cuando Servandoni presentó un modelo enteramente nuevo, con líneas rectas, en el que las columnas se hallaban distribuidas con regularidad segun los órdenes, y ofrecian una correccion á la que no se estaba acostumbrado hacia mucho tiempo. En Francia, Poussin y Puget, los dos mejores pintores del siglo anterior, no habian dejado escuela. Nicolás Couston enseñó la escultura de Coysevojx, que hizo varios trabajos para Luis XIV en la ancianidad de aquel príncipe. Llevó de la Italia el gusto á los imitadores de Bernini, como se puede ver en varias de sus estátuas que adornan el jardin de las Tullerias; le ayudó en sus obras su hermano Guillermo, cuyos caballos á la entrada de los Campos Elíseos se citan con elogio.

El método de los Couston fué exagerado por Lemoine. Bouchardon (1698-1762); estudió en Italia, cuando la escuela de Bernini habia ya caido: trabajando para Mariette, autor de un tratado de las piedras grabadas (1750), pudo adoptar un gusto diferente del que estaba entonces en boga, y se atrevió á reprobar los trajes que carecian de verdad y estaban entonces en uso en el teatro. Trabajó en San Sulpicio, en la fuente de Neptuno, en el parque de Versalles, y aun más en el de la calle de Grénèlle. La estatua ecuestre de Luis XV fué fundida por él en un sólo trozo, pero si es menos amanerado que sus compañeros, no por eso posee la sencillez. El flamenco Miguel Stoltz trabajó tambien en San Sulpicio siguiendo el estilo de Berni-

(1) «Mengs vino al mundo para restaurar las artes. Si la trasmigracion fuese admisible, podria decirse que algun genio de la floreciente Grecia habia pasado á él.»

(2) Casanova, discípulo de Mengs, mandó á Winckelmann, que los compraba, dos de sus cuadros, como pinturas antiguas de gran precio, descubiertas en la campiña de Roma, y el sabio arqueólogo daba una pomposa descripcion de ellos en su historia. Cárlos III hizo poner preso, por ladron, á un individuo que vendia pinturas del Herculano, ante las cuales se maravillaban los anticuarios, y que los ingleses pagaban muy caras. Pero el pretendido ladron probó que aquellos frescos eran suyos, é hizo otros semejantes en su prision, con gran sorpresa de los admiradores de lo antiguo.

net. Nacido en Paris, habia pasado diez y siete años en Roma, donde hizo en el Vaticano el San Bruno rehusando la mitra que le ofrece un mensajero del cielo. Sin decir más de lo restante, ¿no es un absurdo rehusar el regalo de un ángel?

Pigal, 1714-85.—Débilmente dotado por la naturaleza Juan Bautista Pigal, obtuvo tantos favores y elogios, que se creyó superior á los antiguos: él fué el que terminó el monumento erigido en memoria de Luis XV. Encargado de esculpir una estátua de Voltaire para la biblioteca, la hizo desnuda, siguiendo el consejo de Diderot, y resultó la anatomía de un anciano (3). El monumento del mariscal de Harcourt, que sale de su sepulcro como un repugnante cadáver para hablar á su mujer, es tambien una obra estravagante; el del mariscal de Sajonia en Estrasburgo, que pasó por la maravilla de la época, es aun peor.

Falconet.—Estéban Falconet (1716-1791), nacido de padres pobres (4), entró en relaciones con Lemoine, y adelantó tanto con este maestro, que seis años después ejecutaba el *Milon de Crotona*, que le valió su admision en la Academia. Célebre ya por varias obras sagradas y profanas, en las que, para conseguir la originalidad, incurria en lo estravagante y rivalizaba en las decoraciones de teatro. Fué llamado por Catalina II para modelar la estátua de Pedro el Grande. Le representó pasando á caballo una roca escarpada (5), y trabajó en ella doce años, rodeado de obsequios por la czarina; pero, ignorando el arte de las cortes, cayó en desgracia de la emperatriz, y fué recompensado miserablemente de sus trabajos. Escribió sobre las bellas artes, combatiendo á Mengs, Caylus, Jaucourt, Winckelmann y otros, que no reconocian mérito sino en los antiguos: demostró que el caballo de Marco Aurelio en el Capitolio, los de Venecia, los de Balbi en Nápoles carecen de mérito, y en general sucede lo mismo con todos los de los antiguos, por haber despreciado ciertos detalles de venas, arrugas, pelos, en los cuales hacia consistir la superioridad de los modernos. Hacia la guerra á todo el mundo para ensalzarse á sí mismo; pero debe, sin embargo, conocerse que enunció á veces cosas muy racionales.

Las costumbres viciosas y disolutas se habian introducido tambien en la pintura. Las actitudes de Coypel son amaneradas; Parrocel sabe agrupar las masas y distribuir la luz; Watteau pinta decoraciones y hace grupos campestres; Boucher trata todos los géneros, y llena sus cuadros de mujeres de abultado seno.

Los Vanloo.—Luis Vanloo, hijo de Jacobo, que era pintor en Ecluse, fué educado en Francia en el taller de Juan Corneille, artista estimable. Habiéndole obligado un duelo á fugarse á Niza, dejó allí reputacion de gran dibujante, hábil en la pintura al fresco. Su hijo, Juan Bautista, fué enviado á Roma por el príncipe de Carignan, donde aprendió la ciencia bajo la direccion de Benito Luti, cuando ya poseia el arte. Llamado á Paris por el príncipe de Carignan, y alojado en su palacio, representó en él las metamórfosis de Ovidio: habiéndose dirigido después á Lóndres, pintó en esta ciudad toda la corte é hizo gran número de retratos. De esta manera llegó á ser muy rico; pero las especulaciones de Law le hicieron perder todo lo que habia ganado. Retocaba con ligereza, con impaciente osadia: daba á sus retratos un aire teatral, y después de Watteau, no habia nadie que tuviese mejor colorido que él. Fué superado por su hermano Cárlos, á quien su aficion á las cómicas detuvo algun tiempo en Paris como pintor de decoraciones. Habiéndose dirigido después á Roma con Boucher, adquirió en ella gran reputacion; guardóle después el rey de Cerdeña en Turin para pintar los palacios de aquella ciudad. Lleno aquel artista de reminiscencias, no rechazó lo natural; corrigió la manera escénica, entonces dominante; pero no siguió el buen camino en el colorido. Varió poco sus cabezas, que no tienen la suficiente espresion. Como los demás artistas de su familia, no sabia leer ni escribir. Llegó á ser, sin embargo, en Paris el ídolo de la sociedad, viéndose aplaudido en el teatro y colmado de honores. Pero aquellas escesivas alabanzas fueron compensadas con estremadas censuras.

Vernet.—Claudio Vernet, de Avignon, adoptó, dirigiéndose á Italia, el gusto á pintar marinas, y durante una borrasca se hizo atar á una entena para contemplarla. Después de haber trabajado veinte y dos años en aquel pais, se le encargó por Luis XV pintar los puertos de Francia, trabajo en el cual se libertó de la afectacion dominante, y consiguió variar un asunto uniforme. Ejecutaba con facilidad composiciones muy variadas, y sabia apreciar á aquellos que se distinguian en otros géneros. A Pergolese le hizo adquirir felices inspiraciones; protegió á Bernardino de Saint-Pièrre; su hijo Cárlos sostuvo la gloria de su nombre, y después Horacio, su nieto.

Greuze.—Juan Bautista Greuze (1725-1805), que

---

(3) Pigal al natural representa á Voltaire.

El esqueleto ofrece á la vez el hombre y el autor.
El ojo que le ve sin estraño adorno,
Se asusta de su flaqueza.

(4) Cuando Catalina II le concedió un grado que le conferia el título de *altamente nacido: en efecto*, dijo, *he nacido en una buhardilla.*

(5) Es una masa de cuarenta y dos piés de largo, veinte y uno de alto, y veinte y siete de ancho, que pesa tres millones de libras. El mayor obelisco no pesa más que un millon; es, pues, el cuerpo más grande que los hombres han puesto en movimiento. Marin Carburi, de Cefalonia, le trasladó unas veinte verstas por el hielo, haciéndole rodar sobre rodillos de bronce, hasta que llegó á la orilla del agua; allí fué suspendido entre dos fragatas que le condujeron á San Petersburgo. El trasporte costó 70,000 rublos. Carburi hizo imprimir la descripcion de aquella operacion laboriosa, verdaderamente digna de admiracion, y que se debe leer, comparándola con la relacion de Fontana.

nació en Tournus, excitó la admiracion por sus cuadros de género. Los pintores á la moda le acusaban de trivialidad porque era exacto, lo que le decidió á hacer el viaje á Roma; pero perdia con él bajo el aspecto de la originalidad: pensó, pues, que valia más estudiar el hermoso cielo del pais, sus bellas mujeres, y coleccionar la poesia en la vida, y no en las reminiscencias; no sabia representar reyes, héroes, griegos ni romanos. *He empapado mi pincel en mi corazon*, decia. No mirando sólo con los ojos del cuerpo en lugar de pintar cafés y cocinas, representaba escenas de afecto, *El padre paralítico*, *La buena Madre*, *La Maldicion paterna*, *La Hermana de la caridad*. Sobresalió tambien en lo teatral, y repite los mismos caractéres de cabezas, aunque se encuentre en su acabado su primera costumbre de pintor de retratos. Descuida los ropajes, y busca demasiado el relieve. Lebas, Cars, Martenaise, Macret, Massard, Porporati y mejor todavia Flipart han reproducido sus obras con el buril; pero murió pobre y olvidado de su pais, que se encontraba entonces absorto en la política.

En aquella época, al paso que Julien, Houdon, Moitte y Chaudet inclinaban la escultura hácia lo antiguo, en la pintura el gusto noble y juicioso, pero académico de Vien, Menageot, Barbier, Regnault, Vincent, sucedia á los caprichos de Vanloo y Boucher. El principal representante de aquella escuela fué Jacobo David (1750-1825), nieto de Boucher, en cuyo método se educó. Dirigióse á Roma, donde no tardó en cambia de estilo en presencia de las obras de los maestros; y considerando el arte por su lado sério, se llevó á su vuelta su cuadro de la *Peste de Marsella* (1780). Pronto fué seguida aquella obra del *Juramento de los Horacios* (1786), en el que se respira ya el soplo de la Revolucion; de la *Muerte de Sócrates*, *de Helena y Paris*, de *Bruto* y otros cuadros que le colocaron en primer lugar. Era otro aspecto aquella reaccion del clasicismo que prevalecia entonces, no en la práctica, sino en los sentimientos; lo cual le hizo ídolo de la Revolucion y del Imperio.

Al paso que en Italia se conservan los palacios durante siglos enteros, como monumentos tradicionales, en Francia el espíritu mercantil y de la moda hace se verifiquen tan continuos cambios, que no se encuentran en Paris habitaciones particulares, que cuenten un siglo de existencia sin variaciones esenciales. La fachada de San Justo y la del hospital en Lion honran á de La Monce en Paris; Jacobo Gabriel manifestó un verdadero mérito en las columnatas de la plaza de Luis XV, en la escuela militar, en el Campo de Marte, en el tercer órden del patio de Louvre; sus planos tienen siempre grandeza, y á prudentes elevaciones y formas correctas, asocia la unidad de carácter. Boffrand, de Nantes, trabajó mucho en el extranjero; hizo en Paris la fachada del Luxemburgo, la Inclusa y el Pozo de Bicetre. Francisco Blondel construyó en Metz la abadia real de San Luis, las casas consistoriales y el palacio del obispo; convirtió á Estrasburgo en una ciudad regular y fuerte, con cien puentes, y lo mismo hizo en Cambray. Estableció en Paris una escuela de arquitectura, en la que queria que los discípulos estuviesen instruidos en todas las bellas artes y en el trabajo práctico. Publicó un Curso, cuya primera parte concierne á la belleza ó á la decoracion; la segunda á la comodidad ó á la distribucion; la tercera á la solidez. Es una obra más prolija y complicada que lo que por lo comun se hace en Francia. Jacobo Dionisio Antoine manifestó buen gusto en la casa de moneda, majestuosa y sólida por fuera, bien dispuesta por dentro, y en el Palacio de justicia, en el que construyó las hermosas galerias en derredor del patio. Volvió á poner en uso para los Archivos los ladrillos huecos, cuya ligereza no perjudica á la solidez, como tambien el órden dórico antiguo, del que después se abusó hasta la saciedad. Goudovin, que se dió á conocer cuando se habia entrado ya en mejor senda, construyó la escuela de medicina con una armonia en las partes de gran efecto.

Soufflot, 1714-81.—Santa Genoveva, que es el mayor monumento francés de aquel siglo, se debe á Soufflot, que habia construido ya el gran hospital y el teatro de Lion. La cruz de este edificio es griega, de un estilo elegante, y más variado que lo que tal vez conviene á una iglesia; y el peristilo, con sus columnas corintias de sesenta pies, es el más elevado que existe, así como la cúpula, formada de tres bóvedas concéntricas. Soufflot revocó muchos palacios con arreglo al gusto de Palladio que habia estudiado en Italia. El puente de Neuilly por Perronet es uno de los mejores monumentos de la Francia.

Aunque Inglaterra hubiese tenido pintores (6), pero no escuela, no produjo trabajos notables á escepcion de acuarelas. La religion no llamaba á los artistas á pintar el terror y la esperanza en las iglesias, y el entusiasmo no es en ellos una cualidad dominante; así es que prefieren el paisaje, los retratos, las fantasias y las escenas de sus poetas. Tomaron en su consecuencia por modelos á los venecianos y á los holandeses, y aunque recomendasen lo antiguo en preceptos, se abandonaron al capricho, descuidando la forma.

Reynolds.—Josué Reynolds (1723-1797) se aficionó á la pintura de Rafael, leyendo el tratado de Richardson; así es que fué una felicidad para él poder ir á Italia á estudiar las obras del gran artista. Pero antes que dedicarse á copiar á los clásicos, creia que era necesario inspirarse con sus obras, y confiar después en su propio genio. De vuelta á su patria, fué considerado como el mejor pintor de

---

(6) Pueden encontrarse en
HORACIO WALPOLE, *Anecdotes of peinture.*
ALLAN CUNNINGHAM, *The lives of the most eminent british painters and sculptors*, 5 tomos.

retratos; débil en el dibujo, pero copiando escrupulosamente á la naturaleza, procuró lo acabado con estremada terquedad, y decia que nada es imposible á un trabajo bien dirigido; pero á fuerza de retocar sin cesar mostraba poca seguridad de pincel y era algo seco. El castillo de lord Egremont fué adornado por él con veinte cuadros que son las mejores obras de aquel pais, sobre todo la *Muerte del cardenal de Beaufort*. Mucho contribuyó Reynolds á la fundacion de la academia de bellas artes de Lóndres. Habiendo sido elegido presidente, se impuso voluntariamente la mision de pronunciar en ella discursos sobre las artes, que han sido impresos, como tambien un viaje á Holanda, en el que aprecia con sabiduria las pinturas de aquel pais.

Aumentóse entonces el número de los artistas en Inglaterra. Jorge III los autorizó para formar una asociacion, y poder hacer una exposicion todos los años. Benjamin West, sucesor de Reynolds, fué á la vez afectado y descuidado como los italianos de aquella época. Su *Cena* y su *Paralítico curado*, cuadros por los que se le pagaron 300 libras esterlinas y que aun se ven en la galeria de Lóndres, no hacen más que aumentar el deseo de llegar á la sala, en la que están conservados los maestros italianos. Obtuvo más éxito en las marinas que en el paisaje; el *Combate de* la *Hogue* y la *Muerte de Wolf* le valieron una reputacion popular; pero todo su mérito procede de haber sido reproducido con el buril. En el grabado deben tambien considerarse las obras de Hogarth, que siempre ingenioso y racional en la idea, sabe sacar una moralidad profunda de un incidente ligero, ora sea sério, ora burlesco el asunto que trata; é igualaria á los flamencos si supiese imitarles en el colorido.

Podríamos tambien citar á Wilson, Gainsborough y algunos otros, gracias á los cuales la escuela inglesa adquirió un sistema particular y vigoroso, á pesar de su imperfeccion. Hízose popular Barry cubriendo como ciertos artífices de frescos italianos los techos con inmensas alegorias gigantescas sin doctrinas ni originalidad. Flaxman ilustró con vigorosos dibujos las obras de Hesiodo, Homero, Esquilo y Dante.

Los suecos citan con orgullo á su escultor Sergell que en 1779 hizo en París la estátua del espartano Atriades, y en su patria construyó un gran número de monumentos y estátuas, contándose entre las más notables la de Psyquis y Cupido. La melancolia acortó sus dias.

Dedicábanse muchos á la parte teórica de las artes. Juan Pedro Zanotti, de Bolonia, pintor estimable, escribió una obra que se tituló *Advertencias* para el uso de un jóven que se dedicaba á la pintura, y además la *Historia de la Academia Clementina*, aprobada en 1708 por Clemente XI, y organizada por Marsigli. Como acontece comunmente á aquel que habla de las personas de su tiempo, irritó á los talentos medianos por mostrarse avaro de los elogios que les prodigaba, sucediéndole lo mismo con los hombres superiores, pues los colocaba casi al mismo nivel. Don Luis Crespi, hijo del pintor José María, llamado el Español, compuso la *Felsina pittrice* (1769) y otras obras de arte, en las que se notan los defectos de su tiempo con una osadia que no podria perdonársele. El canónigo Lazzarini, de Pesaro, educado en la escuela boloñesa, fué tambien un pintor mediano y en las composiciones siguió la costumbre de todos. Reynolds lleva la timidez hasta la contradiccion en sus discursos, de que ya hemos hablado, aunque en ellos enuncia preceptos convenientes. Mengs razona con una sabiduria pedantesca y busca teorias abstractas en un arte en que el mérito consiste en concebir bien y ejecutar mejor. Redujo los pintores á Rafael para el dibujo y la espresion, á Ticiano para el colorido, y al Correggio para la gracia y el claro-oscuro; lleva la idolatria por la antigüedad hasta el estremo de proponer la *Niobe* como tipo de la *Virgen dolorosa*.

Dedicáronse los alemanes á estudiar las bellas artes con un sentimiento más lato, convirtiendo la estética en una rama de la filosofia, es decir, dándole por base el conocimiento de la naturaleza humana. Ya hemos tributado á Lessing, á Winckelmann y á Sulzer los elogios que se les deben. Pero la eficacia práctica de sus doctrinas no se hizo sentir en Alemania, donde no hubo escuela. Segun Winckelmann, la idea de lo bello está en Dios, de donde emana para pasar á las cosas sensibles que son su manifestacion. Amó únicamente el clasicismo griego en su forma más bella, y de sus discípulos, unos hicieron del ideal una abstraccion inanimada, otros propusieron como objeto del arte la imitacion de lo antiguo. Contra este falso ideal mantuvo Lessing las razones de lo real, de lo individual, de lo viviente, en una palabra, de lo característico, por lo cual vino á parar al estremo contrario.

Diderot tomó de ellos algunas ideas, segun su costumbre para atacar á lo amanerado. Sus cartas á Grimm, sobre la esposicion de 1765, llamaron la atencion por una crítica de un talento original, en la que existian muchas verdades, aunque apasionadas. Watelet, Levesque, Mengs y otros hicieron para la *Enciclopedia* artículos sin trabazon en su género, é incoherentes con respecto al método, compilando lo que otros habian escrito.

Algarotti, en el *Ensayo sobre la pintura*, es tan superficial como en todo lo demás; pero aun menos que Rezzonico, y otros artífices de preceptos y secretarios, que deliran por el bello ideal, reproduciendo algunas frases convencionales. La *Historia de la pintura*, de Lanzi, agrada por cierta claridad; pero fracciona la materia, y carece de la práctica que hace que los juicios de Vasari sean instructivos y francos, hasta cuando se engaña. Por lo demás, aquellos escritores, así como Reynolds, se limitaban á recomendar la imitacion edética de los modelos, más bien que recurrir á la naturaleza.

Milizia.—Por el contrario, Milizia, ostentando

mucha audacia (7), se coloca como verdadero Baretti de las artes, pronunciando sus sentencias con un tono que se creeria independencia y originalidad, si no se notase que copia á los enciclopedistas, cuyas mezquinas máximas adopta, sin cuidarse siquiera de hacer desaparecer las contradicciones (8). Sin que hablemos de las omisiones que hizo de pintores extranjeros, debemos decir que olvidó tambien muchos de los italianos (9). Apasionado, violento y sin consideraciones, denigra á Miguel Angel (10) y ensalza á Mengs. Creemos sin embargo que hizo bien atacando sin consideracion los abusos de moda, y rebajando las construcciones modernas en su comparacion con los antiguos edificios.

D'Agincourt que habia ido á Roma á pasar algunos dias, permaneció en esta ciudad cincuenta años y emprendió rehabilitar las artes de la Edad Media. Pero con sentimiento se nota que todo lo ha rebajado, sin respetar la primitiva tosquedad; encuéntranse en el texto ideas de escuela, y no sabe separar la corteza para conocer la inspiracion y el sentimiento. Seria á lo más exigir mucho de un siglo, en el que no se notaban continuamente en la Edad Media sino errores é ignorancia. Estos estudios y el gusto á la arqueologia, que se habia reanimado, debian disgustar á la frivolidad que dominaba en todo. Es cierto que los tiempos estaban generalmente distantes de ser propicios á las bellas artes en Italia. Las inspiraciones de la religion languidecian; enriquecíanse las galerias con grabados más bien que con cuadros; ostentábase el lujo en objetos efímeros y en imitaciones francesas. Teníanse, sin embargo, á la vista los grandes modelos; la casualidad descubria á otros, tanto más observados, cuanto que eran nuevos. Las ruinas de las termas de Tito, las pinturas de San Juan de Letran, los mosaicos de Palestrina fueron descritos por el abate Amaduzzi, por Gazzola; las del ducado de Plasencia, por el inglés Mayer, por el francés de la Gardette y por Paoli; así como los monumentos romanos por Contucci y por Galeotti.

No faltaron protectores generosos á los artistas. El cardenal Albani reunió en su quinta, cerca de Roma, tantas riquezas, que después de haber llenado con ellas más de un museo, aun produce admiracion. El Parnaso que hizo pintar por Mengs es la mejor obra de ese pintor. El cardenal Valenti hizo dibujar por el español La Vega once de las galerias de Rafael en ochenta hojas; reunió en su quinta, cerca de la puerta Pia, objetos raros de todos los paises, y sugirió á Benedicto XIV la idea de reunir al museo del Capitolio, una galeria de cuadros. Aquel pontífice compró las preciosas antigüedades de Francisco Vettori. Además del museo que comenzó á formar Clemente XIV, reunió la coleccion de papiros, descrita por Marini, y adoptó medidas para que las antigüedades que se descubriesen, no fuesen destruidas ni se vendiesen. Pio VI heredó su misma aficion á las artes. El príncipe Marcos Borghese formó un hermoso museo. El embajador de España Azara, Gabino Hamilton, Jenkins, lord Harvey, conde de Bristol, escitaban á los artistas con su ejemplo y su munificencia. Hancarville, enviado estraordinario de Inglaterra en Nápoles, fué el primero que se ocupó de los vasos de barro antiguos. Entonces se quisieron tener en las casas imitaciones de las galerias del Vaticano, de las paredes de Herculano, de los peristilos de Pesto con aquel órden dórico desconocido de los romanos y de la época del renacimiento: alhajas, adornos, piedras labradas, candelabros, reprodujeron tambien el arte antiguo. Fuera de Italia el elector de Baviera favoreció las bellas artes: Federico Augusto de Sajonia enriqueció el *Augusteum* con antigüedades de la coleccion de Chigi; fué aumentado por Federico Augusto II, que fué rey de Polonia, y colocó en él las tres primeras estátuas que se encontraron en Herculano, compró en 4.800,000 libras la galeria de los duques de Módena, y en 17.000 ducados la *Virgen*, de Rafael, que estaba en San Sixto de Plasencia. Resultó de ello que esta coleccion no fué inferior á ninguna del otro lado de los Alpes, más que á la de Paris en las obras maestras italianas. Aquel monarca fundó la escuela de pintura en Dresde, que Federico Cristian, su sucesor, organizó después sobre mejor pié, con arreglo al plan del poeta Federico Hagedorn.

Grabadores.—El grabado que estendia las obras maestras multiplicándolas, fué llevado á su perfeccion. Francisco Bartolozzi, en Inglaterra, labró para Angélica Kauffmann, pintora de gracioso talento, pero sin seguridad en el toque ni vigor en la espresion, una reputacion superior á su mérito, grabando sus obras en Inglaterra, y conservó siem-

---

(7) *Diccionario de las bellas artes, Memorias de los arquitectos.*

(8) Así es, que en la palabra *Americana*, se burla de los que creen en las grandiosas construcciones del Perú, en atencion á la imposibilidad en que se encontraba una nacion que no conocia las máquinas de hacer otras semejantes; pero no encuentra nada que objetar sobre las de los egipcios; después en la palabra *fabricar*, dice: «En Méjico y en el Perú, los edificios eran grandes masas de piedras labradas, trasportadas desde mucha distancia, y unidas perfectamente sin argamasa.»

(9) Por ejemplo, Raynaldo, que levantó en el siglo XI la fachada de la catedral de Pisa; Felipe Calendario, arquitecto quizá, y de seguro escultor, del palacio del dux de Venecia; Tomás Formentone, vicentino, autor de la Lonja de Brescia; Baltasar Longhena, arquitecto de Santa Maria de la Salud y del palacio Pésaro en Venecia; los arquitectos militares piamonteses Bertola, Devinanti Pinto; tampoco nombra á Marchi Pacchiotto de Urbino, y olvida tambien al conde Alfieri, piamontés, y los milaneses Omodei, Richini, Meda, Mangone, Bassi, Seregni.

(10) Ha tomado de Reynolds la blasfemia que tanto se le reprendió, de que la cabeza de Moisés se asemeja á la de un macho cabrío, como tambien de otros, muchas cosas que se suponen suyas.

pre un poco de afeminada dulzura. Para conformarse al gusto inglés, trabajó en el punteado, en cuyo género se encuentra en primer lugar. Volviendo después á las líneas cruzadas, se hizo admirar por su gracia. Era octogenario cuando hizo la *Degollacion de los Inocentes*, de Guido. Abraham Raimbach, habil escultor suizo, grabó las obras de David Wilkie. Muchos introdujeron el grabado en negro, fácil y brillante.

Juan Bautista Piranesi, arquitecto veneciano, publicó vistas de Roma notables por la verbosidad, pues iban acompañadas de descripciones que otros le escribian, pero que él hacia pasar como suyas, aun á sus autores. No es éste sino uno de los numerosos rasgos de aquella estravagancia, que le hacia injuriar y llegar á las manos con todo el que se encontraba en relacion con él. Juan Volpato, nacido de padres pobres en Bassano, fué empleado por Remondini en su tipografia; la ocasion le hizo llegar á ser grande; Bartolozzi le llevó consigo á Venecia, donde permaneció hasta que una sociedad le invitó á que grabase en Roma las galerias del Vaticano: fué ayudado por el napolitano Rafael Morghen (1758-1833), que llegó después á ser su yerno; y sus obras, buscadas por los aficionados, se pagaron muy caras. Sostuvieron luego su gloria José Longhi, milanés, y Garavaglia, que formaron una buena escuela: tambien la formó escelente Toschi en Parma. Francisco Ghinghi, de Siena, trabajó las piedras duras con admirable arte, como tambien Cárlos Costanzi, de Nápoles. Las piedras grabadas por Sirletti, Natter, Pazzaglia, Amartini, Marchand, Cades, Capparroni, Rega, Cerbara, y sobre todo las de Pichler, soportan la comparacion con las de los antiguos. Lippert reproducia con exactitud las piedras antiguas, con sus señales en vidrio y azufre. Los mosaistas se ejercitaban en hacer para el Vaticano admirables copias de los cuadros de los grandes maestros; se sabia que los antiguos pintaban por medio del fuego, pero se ignoraba su procedimiento: la Academia Real propuso por sugestion del conde de Caylus, un premio al que le encontrara, el que fué obtenido por Bachilière.

Arquitectura. Vanvitelli.—De esta manera comenzaba en Italia la reforma de las bellas artes. Luis Vanvitelli, oriundo de Utrecht (1700-1773), y arquitecto ya de San Pedro á la edad de veinte y seis años, construyó en Nápoles la iglesia de la Anunziata, muy rica en columnas, aunque en parte estén cubiertas; él hizo triunfar el buen gusto, á pesar de algunas incorrecciones. Presentósele una ocasion bien rara, cuando Carlos III quiso erigir en Caserta una residencia que no cediese á la de ningun rey de Europa. El plano concebido por Vanvitelli se distingue por su unidad grandiosa, y tuvo la felicidad de ver concluido el edificio, sin aquellas variaciones en la ejecucion, que á menudo ofrecen otras obras de arquitectura. Trajo el agua desde la distancia de doce millas para adorno de los jardines, horadando cinco veces las montañas para su paso, y sosteniéndola tres veces por encima de los valles, por medio de un puente con tres filas de arcos sobrepuestos, de quinientos treinta y nueve metros de longitud y cincuenta y nueve de altura; obra que no cede á ninguna de los antiguos. Vicente Paterno Castelló, príncipe de Biscari, en Sicilia, se inmortalizó tambien con el puente-acueducto de treinta y un arcos que echó sobre el Simeto.

El conde Pompei, de Verona, se aficionó al arte haciendo construir un palacio, y publicó los *Cinco órdenes de arquitectura civil de Miguel Sanmichiel*. El estudio de aquel libro le inclinó á combatir los errores entonces en moda, y ejecutó varios trabajos en su patria, principalmente la aduana y el pórtico, en el que Maffei dispuso las lápidas antiguas. Otro patricio de aquella ciudad, Gerónimo Dal Pozzo, escribió sobre aquel arte y ejecutó tambien trabajos. En Vicencia continuaban recordándose los ejemplos de Palladio, y Oton Calderari, excelente artista, al que faltaron ocasiones para brillar, y podria pasar por pertenecer á otro siglo. Bartolomé Ferracino inventó, sin haber estudiado, máquinas hidráulicas muy ingeniosas; reconstruyó en Bassano el puente de Palladio y reparó varios diques de algunos rios. Fernando Fuga, de Florencia, trabajó mucho en Roma, donde principalmente hizo el palacio de Monte-Caballo y la fachada de Santa Maria la Mayor; agrandó el hospital del Espíritu Santo, construyó el palacio Corsini, en Nápoles, y edificó la Casa de refugio para ocho mil pobres. Nicolás Gaspar Paoletti adquirió fama, trasladando á Poggio-Imperiale una bóveda, en la cual habia pinturas de Rosselli. Cerati, vicentino, erigió en Padua el observatorio y el hospital, y embelleció el Prado del Valle. José Camporese (1763-1822), de Roma, trataba, estudiando á los antiguos, de libertarse del mal gusto. Decia, sin embargo, con verdad: «Si se suprimen de los edificios barocos, los zigzags, los cartones, las ondulaciones, las molduras amaneradas y otras semejantes licencias del arte, ¿quién ha hecho nada mejor entre los modernos?» Hizo el plano de la iglesia de Genzano, y trabajó en el museo del Vaticano, en que el vestíbulo y la sala de la *Carroza* son, sobre todo, dignos de elogio; después fué empleado, durante la ocupacion francesa, en descubrir y restaurar los grandes restos antiguos, diseñar la plaza del Popolo, el antiguo jardin y dirigir las fiestas imperiales.

José Pedro Marini, de Foligno (1734-1808), discípulo de Vanvitelli, fué á Milan para restaurar el palacio ducal, y dirigió allí importantes construcciones, entre otras la quinta real de Monza, con un jardin inglés, cosa entonces nueva, y los dos teatros reales. Consiguió sobreponerse á los obstáculos y doblegarse á las necesidades; conocia los defectos de los que le habian precedido, y habia tomado del método francés una facilidad sin grandeza y formas sin relieve. Porack trabajó tambien en Milan en el mismo género y con el mismo gusto; Simon Cantoni, de Lugano, más correcto, aunque

menos conocido, construyó en el Milanesado varios palacios, y en Génova, la hermosa sala del Consejo, en la que para evitar el peligro de un incendio, sustituyó al techo de madera una atrevida bóveda sin claves. Su compatriota Yocundo Albertolli trabajó en aquella ciudad como adornista, y resucitó el gusto de los artistas del siglo XVI, adornando con estucos las obras de las iglesias y palacios de Florencia, de Nápoles y Lombardia. Introdujo en la academia milanesa, nuevamente creada, un gusto muy correcto en los adornos arquitectónicos, y publicó una série de ejemplos de ellos.

El pintor Jacobo Travallesi adquirió, estudiando los antiguos, una elegancia espontánea, resultando de la disposicion armónica y suave de las líneas, de la nobleza de la espresion, más que de lo esquisito de las posturas, de la riqueza de los accesorios y del brillo de los colores. Comenzó á darse á conocer en Florencia, donde pareció que resucitaba al Guido y á los Carraci: llamado después á Milan como profesor de pintura, dejó en la corte y en otros puntos trabajos dignos de estimacion en su conjunto, aun cuando pecan en los detalles. De Milan surgió tambien el amable Andrés Appiani (1754-1818), que rechazando francamente en los frescos de San Celso los vicios de sus contemporáneos, asoció la fuerza á la ligereza, la vivacidad á la armonia, la correccion al atrevimiento. Ya anciano, representó en el palacio del virey en Milan, la apoteosis de Napoleon con gran magnificencia de imaginacion y todo el encanto mitológico, que habia vuelto á ser de moda: obras graciosísimas que hicieron que no fuesen tan celebradas las sucesivas, por más que tuviesen mayor carácter de franqueza y originalidad.

Sin embargo, Roma no podia presentar en escultura más que pobres ensayos; y si el culto de Bernini habia cesado, los caprichos, lo rebuscado, la ostentacion del mecanismo aun continuaban. Esto es lo que se ve en el Pio VI, de Agustin Penna, en la sacristia del Vaticano, en los ángeles de San Carlos en el Corso, por el mismo Penna, y en la tan alabada Judith de Andrés Lebrun. Las sirenas de la plaza Fontana en Milan, por José Franchi de Carrara, están mejor ejecutadas.

Canova.—Habiendo llevado á Roma á Antonio Canova (1757-1822), de Possagno, el embajador veneciano, Gerónimo Zulian dudó de sí mismo, cuando encontró en aquella ciudad un gusto tan diferente de aquel que él se habia formado, y aquella insultante indulgencia con que las personas de reputacion honran á los principiantes. Supo, sin embargo, asociar tanta naturalidad al arte antiguo en su grupo de *Dédalo é Icaro*, que consiguió aplausos. Hamilton y Volpato obtuvieron que se encargase del sepulcro que un particular hacia erigir al papa Ganganelli. Creó su genio á sus propios ojos con aquel grandioso trabajo; y librándose de los malos ejemplos, representó al pontífice con nobleza, mostrando, en los pliegues y detalles de su traje, que de ningun modo cedia en habilidad mecánica á los que la ostentaban. Simbolizó la *Templanza* y la *Mansedumbre* de muy diferente manera de lo que se hacia comunmente, y tal vez sea lo mejor que Canova haya hecho. Tenia entonces veinte y cinco años (11) Canova continuó el monumento del papa Rezzonico, en el cual manifestó que, en la inmensidad de San Pedro, la correccion adoptaba fácilmente una pobre apariencia. Pero si los sectarios de lo estravagante habian encontrado medio de obviar aquel inconveniente con masas de gran efecto y concepciones raras, Canova consiguió el mismo objeto componiendo con más amplitud, aunque con regularidad; y con poco sentimiento que se tenga, se permanece en éxtasis delante de aquella figura del

---

(11) «Se trata de un fenómeno singular, señor conde y estimable patrono; por esta razon es por la que os escribo. ¡Qué preámbulo!

»En esta iglesia de los Santos Apóstoles, de los padres conventuales, á la puerta de la sacristia, enfrente de una de las dos naves laterales, el escultor veneciano Antonio Canova ha erigido un mausoleo al papa Ganganelli. Base lisa, dividida en dos gradas. En la primera se encuentra una hermosa mujer llamada la *Mansedumbre*, tan llena de dulzura, como el cordero que se encuentra al lado de ella. En la segunda está la urna, en la cual se apoya por el lado opuesto una hermosa jóven, la *Templanza*. Elévase tambien sobre un plinto un sitial antiguo, en el cual se encuentra sentado, muy cómodamente, el papa, vestido muy papalmente, quien estiende horizontalmente su brazo derecho y su mano, en el acto de imponer, pacificar y proteger.

»Este es el mausoleo. Todo él es de mármol blanco, escepto el zócalo inferior y el plinto con el sitial, que es de lumaquela: el conjunto es muy agradable; la luz le viene de arriba con moderacion, lo que hace que todo se destaque con suavidad. La composicion posee la sencillez que parece la misma facilidad, aunque es bien difícil. ¡Qué calma! ¡qué elegancia! ¡qué disposicion! La escultura y la arquitectura, tanto en la totalidad como en las partes, son á lo antiguo. Canova es un antiguo de Atenas ó de Corinto, no sé de cuál de estas partes. Creo que si en los mejores tiempos de la Grecia se hubiera tenido que esculpir un papa, no se hubiera esculpido de otra manera.

»Desde hace veinte y seis años que me encuentro en esta capital del universo, no he visto nunca al pueblo de Quirino aplaudir ninguna obra tan generalmente como ésta. Los más conocedores artistas y las personas inteligentes la consideran, entre todas las esculturas modernas, como la que más se acerca á lo antiguo. Los mismos ex-jesuitas alaban y bendicen al papa Ganganelli de mármol. Este es ciertamente un milagro de aquel papa, en quien recaerá más gloria por aquel monumento, que por la supresion de los jesuitas.

»Es una obra perfecta, lo que está demostrado por las críticas que hacen de ella los adeptos de Miguel Angel, Berni, etc., que creen defectos lo más hermoso que existe en hermosuras, y que llegan hasta decir que las ropas, la forma, la espresion, son anticuadas. ¡Tenga Dios piedad de ellos!...

»Vuestro afectísimo servidor y amigo.

»Francisco Milizia.

»Roma, 21 de abril de 1787.»

pontífice orando, con tan sublime sencillez. ¡Con cuánto placer se fija la vista cansada de las estravagancias abrumadoras que adornan aquel templo, el mayor de la cristiandad, sobre aquel monumento!

Canova debió á aquellas diversas ocasiones el magnífico desarrollo de su talento. Pero estudiaba sin descanso y lo hacia todo por sí mismo; y si esto le impedia el hacer mucho, las pocas obras que creaba ganaban en perfeccion. Reunia, en efecto, las cualidades diseminadas entre varios artistas: sabiduria de composicion, espresion en las fisonomias, dibujo castigado, vigor de cincel y paciente habilidad para concluir las estremidades, los cabellos, y dar al mármol la suavidad de la carne, hasta el grado de acusársele de barnizar sus estátuas. Pero contestaba á los cargos de la envidia con nuevos trabajos, y proclamado príncipe de la escultura, redobló su actividad. Su monumento de Cristina de Austria, en Viena, con sus nueve estátuas de tamaño natural, es un verdadero poema. Su *Magdalena* no es, como tantas otras, una pecadora acostada en toda su estension y en una postura más voluptuosa que penitente, sino que, por el contrario, la sobriedad del relieve y la decadencia de la persona alejan de la compuncion toda idea profana. Como se le acusaba de ser frio, hizo á *Hércules* y *Lycas*, el *Teseo* y el *Centauro*, el *Amor* y *Psyquis*, grupos llenos de vigor, en los que se encuentra bien representada la naturaleza. Modela tambien los bajo-relieves de una manera notable, y no confunde sus efectos con los de la pintura.

El escultor posee menos que ningun otro artista la libre eleccion de los asuntos, y Canova tuvo que resignarse á representar á Napoleon de semidios, á Fernando de Nápoles de Minerva, y á princesas figurando musas y divinidades. Este es un hermoso campo sin duda para los que quieren denigrar á aquel maestro, demasiado ensalzado tal vez por sus contemporáneos. Si, empero, la *Venus* y el *Perseo* que hizo para reemplazar, en el Belvedere, las obras maestras arrebatadas por los franceses, son inferiores, no admitimos que se deba sacar en consecuencia que el arte moderno ceda al clásico, sino solamente que no adopta todo su vuelo cuando se reduce á la imitacion.

CAPÍTULO XXXIV

MÚSICA Y PANTOMIMA.

La ópera habia comenzado por un espectáculo, en el que se encontraban asociadas la poesia, el canto, la instrumentacion y la decoracion. Sepáranse después; la poesia llega á ser secundaria, luego suprimen este accesorio en las sinfonias, y poco después se separó el espectáculo de la palabra por medio de los bailes, y al fin dominó sobre toda la instrumentacion. Las representaciones que dirigia el pintor Servandoni, de quien ya hemos hablado, no consistian sino en perspectivas; y figuró en las Tullerias la *Historia de Pandora*, con ayuda sólo de decoraciones. Cítanse varias de las que ofreció durante diez y ocho años á las miradas de los encantados parisienses, principalmente la *Bajada de Eneas á los infiernos*, con siete cuadros.

Después el baile entró en competencia con la ópera; y desde que comenzaba, reinaba el silencio en los palcos, los que absolutamente se cuidaban, durante el canto, de charlar, jugar y comer. Las bailarinas tenian, para hacerse aplaudir, medios fáciles de adivinar.

Varias de las fiestas que hemos descrito prueban que los bailes pantomímicos eran conocidos hacia mucho tiempo en Italia. Acompañaron como intermedio las primeras representaciones teatrales, tales como la *Calandra*, y el pais produjo escelentes compositores de aquel género, como Ballasarini, que dispuso las fiestas que se dieron en la corte de Catalina de Médicis y de Enrique III. Durandi se distinguió en aquel género en Inglaterra. Turin fué sobre todo famosa por sus intermedios de baile. Eran á menudo alegorias, y la que se presentó en Lóndres en 1709 merece mencionarse: representaba los dos gobiernos, monárquico y republicano. Armado el rey de una gran maza, comenzaba por bailar solo, después daba á su primer ministro un puntapié, que hacia otro tanto con su subalterno; éste lo repetia á un tercero, y así sucesivamente hasta el último, que le recibia en silencio y sin moverse. El gobierno republicano, por el contrario, se figuraba con un baile vivo en círculo, en el que los bailarines se sucedian alternativamente y sin distincion.

Algo más razonable se comenzó en la corte de Luis XIV, en la que Quinault y Lulli dieron más decoro á los personajes y á las acciones, y adaptaron la música al asunto que se representaba. De esta manera fué el baile una parte integrante del drama, refinándose hasta tal grado, que los profesores de baile teatral enseñaban hasta diez y seis clases de danzas.

Los alemanes le perfeccionaron, y le hicieron histórico. Hilwerding pensó en 1740 desterrar las indecencias, y convertirlo en un arte de imitacion, con verdad de trajes, usos y movimientos; hizo bailar en la corte de Dresde el *Británico* de Racine, el *Idomeneo* de Crevillon, la *Alcira* de Voltaire. El francés Noverre introdujo aquellas innovaciones en París, y publicó cartas que pretendian convertir la música en la primera de las ciencias. Aplicólas á varios de sus bailes en los teatros de Stuttgard, Viena y Paris. Pronto se introdujo tambien el baile en Italia con el *Telémaco*, de Pitraot. Gaspar Angiolini, director del teatro de Viena, fué un maestro distinguido en aquel género, é introdujo tambien en Austria la pantomima cómica (1).

Pueden citarse curiosas anécdotas de las memorias de aquella época sobre la condicion del teatro en aquel tiempo, además de lo que ya hemos di-

(1) Además de Arteaga, *Revoluciones del teatro musical*, varios autores han escrito sobre esta materia, principalmente dos jesuitas españoles, Vicente Requena y Antonio Gimeno.

cho. Ostentábase gran magnificencia en los espectáculos músicos. Ciento treinta y nueve trajes nuevos, sin contar los de los comparsas, se hicieron en Parma con motivo de las nupcias ducales. A los cantores se les pagaba con liberalidad; y á una cantatriz se la apellidó la *Ciento veinte*, por el número de cequíes que ganó en un carnaval: pronto los honorarios ascendieron al triple, sobre todo con los eunucos, que entonces aumentaron. Además, habia muchas pretensiones y terquedades entre la gente del teatro. Las *virtuosas* llevaban el compás con su cetro y su abanico, sonreian á los palcos, tomaban tabaco, trataban al apuntador de asno, se aflojaban el traje para cantar mejor, y cuando concluian se iban medio desnudas. Guadagni, que desempeñaba el papel de Aecio, se disfrazaba de Teseo en la última escena, para tener el placer de pelear contra el Minotauro; una hermosa actriz no quiso nunca cantar *larga mercede*, de Metastasio, y se obstinó en decir *ampia* (2).

Ya á la orquesta se atribuia la importancia principal; componíase la música antes de la letra, se descuidaban los recitados, y la ópera bufa, aunque apenas acababa de nacer, ya estaba prostituida. Además, la música de iglesia era más escandalosa que la del teatro: hacia mucho ruido, y una vez se contaron hasta cuatro mil *Amenes*; después como los instrumentos de viento estaban prohibidos por ciertos ritos, se les hacia tocar fuera del templo y los asistentes aplaudian (3).

No es de admirar que la música haya adquirido en las sociedades modernas un imperio desconocido á los antiguos. El vulgo se contentaba entonces con pan y espectáculos; entre los modernos, careciendo de ocupaciones, y teniendo necesidad de distraerse una multitud de personas acomodadas é instruidas, tratarian de mezclarse en los asuntos públicos, si los gobiernos no pensasen en divertirlos y aturdirlos. Por tanto, desde el momento en que los menestrales alegraban los banquetes públicos, vemos siempre á la música desempeñar un gran papel en la sociedad y aumentarse su importancia á medida que ésta se refinaba. Cada rey tenia á su servicio compañías de música; la ópera pasó de la Italia á los demás paises; y en el siglo pasado, varios reyes, no sólo tocaban un instrumento, sino que componian música. El regente de Francia hizo la *Panthea;* el rey Jorge establecia en Lóndres la ópera italiana en 1719, y enviaba á Hendel en busca de las mejores voces. Leopoldo I la introdujo en Viena; Carlos VI compuso una que se cantó por los primeros personajes de su corte, al paso que él mismo tomaba parte en la orquesta, y que sus dos hijas bailaban en la escena (4). Federico II, tan económico en sus gastos, sostenia un teatro con su peculio, y enviaba los billetes de convite.

La escasez de buenas tragedias y comedias realzaban el mérito de la ópera, á pesar de sus defectos y de su influencia corruptora; Farinelli y Razumoffski debieron á la belleza de su voz entrar en el consejo de los soberanos. En la misma Francia no era degradarse cantar en público. Además de Paris, otras ciudades tenian teatros, conciertos y academias de música; todo el que no sabia cantar y tocar un instrumento no era considerado como con una educacion perfecta. Se habia abandonado el laud y la tiorba, después de haber hecho las delicias del siglo anterior, para ceder el puesto al violin y al clavicordio (5); pero el violin y acompañamiento parecian inferiores en categoria, tanto que el regente no encontró uno para ejecutar las tocatas de Corelli.

En la corte de Francia dominaban á la sazon el sistema de Lambert y el de Lully, reverenciado como inventor porque no se conocia ni á Carissimi, ni á Cavalli, ni á los demás á quien imitó. Apenas un aria de Lully comenzaba con un *presto* de movimiento animado y de marcadas cadencias, cuando todo el auditorio principiaba á acompañarle. Era una música fácil, espresiva, armonizada, que se ejecutaba sin esfuerzos, y que no cansaba á los cantores. Exigia más inspiracion que estudio; y en efecto, en tiempo de la regencia el mosquetero Destouches compuso una ópera sin conocer el contrapunto; pero en todas partes habia prevalecido la música italiana, y la Italia produjo muchos escelentes cantores; sobre todo Bolonia y Nápoles fueron favorecidas bajo este aspecto. Baltasar Ferri, de Perusa, «que sin descanso subia y bajaba dos octavas completas en un trino continuo y muy exacto, sin acompañamiento,» conseguia estraordinarios aplausos. Se le salió á recibir á tres millas de Florencia; retratos, medallas y sonetos en honor suyo llovian de todas partes. Farinelli, cuya voz tenia cuerdas vigorosas y flexibles, recibia en Madrid 40,000 libras al año, y todas las noches cantaba delante de Fernando VI. Dos cantatrices, Victoria Tesi. de Florencia, y Faustina Bordoni, de Venecia, obtuvieron tambien en aquella época gran reputacion.

En el drama, en lugar de hacer progresos en la espresion musical, no se buscaban sino las dificultades, *floriture*, *strascichi*, *tremulos*, *fintas*, *sincopes* y otros floreos, así como la imitacion de los sonidos materiales de los objetos indicados por las palabras. Resultaba de esto que los cantores pretendian el primer lugar, y exigian que tanto el poeta como el compositor accediesen á sus pretensiones. Los más eminentes entre estos últimos habian, sin

(2) Véanse las obras de Chiari, sobre todo el *Teatro moderno de Calicut.*

(3) CALOGERA, *Obras*, t. IV, pág. 407-410. CHIARI *Cartas selectas*, II, 147.

(4) COXE.

(5) El piano no fué inventado, como se ha dicho, por el aleman Schroeter, sino por Bartolomé Cristofori. de Padua, que le llamó címbalo de martillitos. Lotti le mejoró después. CARLI, *Obras*, t. XIV.

embargo, notado que la verdadera melodia es la que afecta al corazon; y la revolucion comenzó por la música de iglesia con Luis Viadana, que inventando el bajo continuo, sostuvo mejor la armonia y la proporcion entre los sonidos. La rima adquirió tambien una cadencia más sensible, y la declamacion musical llegó á ser un género de formas particulares. Antonio Bononcini, de Módena, y el toscano Bernardino Pasquini, fueron alabados por la música de oratorio y de iglesia; el estilo del primero es elevado, y combinado con arte; el otro fué colmado de favores por Maria Cristina y otros príncipes. El veneciano Benito Marcel no tenia aun veinte años, cuando escribió un curso de enseñanza musical; compuso los cincuenta primeros salmos traducidos por Giustiniani, y escribió tambien dramas y sátiras. Francisco Durante, de Frattamaggiore, se inclinó á lo patético, y no se ejercitó sino en la música sagrada.

Estas mejoras pasaron de la iglesia al teatro. Jacobo Carissimi moduló los recitados con mayor gracia y sencillez. Rossi y Corelli tuvieron ideas más claras de la armonia, y abandonaron por la espresion las *fioriture*. Corelli habia introducido ya muchas sinfonias, y como se mejoraban las escuelas instrumentales, se pudo disponer mejor la orquesta: en esto fué en lo que se distinguió el sajon Hasse, que dirigió muchos años la de Dresde.

El aria aparece libre de la forma de recitado en el *Jason*, del veneciano Francisco Cavalli, representado en 1649; pero se le llamaria mejor una especie de minué. Cetti comenzó á hacer oir en el *Doris* (1663) arias en las que pudo ostentar su habilidad de compositor; Scarlatti adoptó melodias de una espresion igual á la de las palabras; introdujo el recitado obligado, que después perfeccionó Vinci. Continuaron progresando Leo, Sarro, Porpora, Fea; y por último Juan Bautista Pergolese, de Jesi (1710-36), el cual estudió á la naturaleza y poseyó todos los tonos, desde la sublimidad religiosa á la juguetona cancion, y desde el *Stabat Mater* hasta la ópera bufa. Inimitable por su sencillez sublime, elevó la armonia al mayor grado de excelencia; y habria enmendado sus defectos, si no hubiera muerto á los veinte y seis años. En vida no tuvo más que silbidos; pero apenas murió, fué apellidado por todos el Rafael de la música, y no se comprendia que hubiese nada superior á su *Sierva señora* y al monólogo de Vinci en la *Dido*, de Metastasio. Nicolás Jomelli (1714-74) se inmortalizó con el *Miserere*, y en muchos dramas de Metastasio perfeccionó la música teatral, y fué la delicia de Europa.

José Tartini (1692-1770), de Pirano, que dirigió cincuenta años la capilla de San Antonio en Padua, descubrió el tercer sonido que se produce tocando dos cuerdas al unísono; escribió sobre su arte, y manifestó una notable habilidad de ejecucion en el violin, cuyas cuerdas varió adoptando otras más gruesas y agrandó el arco. Cedia á Corelli en la armonia filosófica; pero le era superior en felicidad de motivos. D'Alembert ha dicho que sus sonatas son un sentimiento y un lenguaje, más bien que un sonido y una armonia. Antes de componer leia algunos sonetos de Petrarca, así como Mengs se inspiraba, para sus cuadros, con las arias de Corelli. Las artes son hermanas.

Juan Paisiello, de Tarento, discípulo de Durante, estendió el uso de los instrumentos de viento y las sinfonias, pero de manera que no apagasen la música vocal. Tambien introdujo el final en la ópera séria, los coros en las arias; y á la unidad del pensamiento reunia mil variaciones: su *Te Deum* y su *Loca por amor*, son modelos de un género opuesto. Domingo Cimarosa, de Nápoles, fué perfectamente acogido en varias cortes de Europa, cuyos regalos le manifestaron su satisfaccion; puso en música más de ciento veinte óperas, que se distinguen por sus felices efectos escénicos, por la unidad de las partes y la riqueza de los acompañamientos. *El Matrimonio secreto* se representa aun en el dia. Antonio Maria Sachini, tambien de Nápoles, discípulo de Durante, permaneció mucho tiempo en Inglaterra. Agrada por sus aires afectuosos y fáciles, por la dulzura y melodia. Su *Edino en Colonna* pareció en Francia el colmo del arte. Otro napolitano, llamado Cafariello, sabia adoptar los motivos al sentimiento del poeta. No podemos pasar en silencio á Pachierotti, filósofo de la música, y á Fernando Bertoni, de Salo.

Rameau.—Al mismo tiempo otros artistas perfeccionaban las teorías. Juan Felipe Rameau, de Dijon, publicaba en 1724 su primera coleccion de sonatas para el clavicordio, empleando cinco claves en lugar de nueve. Dos años después, suprimió además las tres claves de *do*, sin dejar más que la de *fa* para la mano izquierda, y la de *sol* para las notas agudas, sistema que aun se sigue en el dia. Se habia pronunciado contra el gusto francés en su *Tratado de la armonia* (1722), pero nadie prestó á ello atencion, hasta el momento en que consiguió la aplicacion de sus preceptos, es decir, doce años después. Diez y siete óperas compuestas en pocos años atestiguaban su fecundidad, y aunque los partidarios de Lulli le encontrasen duro y estremado, su música prevaleció. Entonces su *Sistema del bajo fundamental* se estendió, y durante medio siglo no se escribió sino con arreglo á fórmulas cómodas, pero reconocidas contrarias en la aplicacion que proporciona la esperiencia. Tanto Rameau como Tartini buscaban la esplicacion filosófica de la armonia, con ayuda de ingeniosos esperimentos acústicos. Es cierto que semejantes medios no se encontraban al alcance del vulgo de los compositores, y que reducian á puro cálculo la filosofía de un arte cuyo principal poder reside en el sentimiento, y en el cual las esplicaciones de la acústica no dan nunca cuenta del ritmo.

Sin embargo, estas indagaciones hicieron se fijasen en la música los talentos mas selectos, tales como Rousseau, d'Alembert y Diderot. Pero al

paso que el primero pretendia escluir todas las ventajas y todos los medios de espresion que la armonía suministró á la música, decia d'Alembert: *Como geómetra creo de mi deber protestar contra el abuso que se hace en música de la geometria.* Juan Bautista Martini, de Bolonia, gran compositor de música sagrada, escribió tambien sobre las relaciones de la música con las matemáticas, é hizo la coleccion más estensa de los tratados compuestos sobre este arte. Asoció á la teoria una escelente práctica, aunque mostrando más arte que genio; y obtuvo de todos los soberanos testimonios de satisfaccion que no querian otorgar á los pensadores. En los tres volúmenes de la *Historia de la música* no se remonta más allá de los griegos. Queria que se conservase á la música sagrada la grandeza y hacerla majestuosa, sin recurrir al estruendo propio de la plaza pública ni á los melindres del teatro.

El Adivino de la aldea, de J. J. Rousseau, que sostenia con Grimm que no hay buena música más que en Italia y que ningun compositor superaba á Pergolese, segregó á los franceses, por su fácil y graciosa sencillez del sistema de Rameau. El italiano Duni, después el francés Filidor, compositores de óperas cómicas, así como Monsigny, contribuyeron á hacer olvidar del todo la pesada música francesa.

Gretry.—Esta revolucion fué completada por Andrés Gretry. Nacido en Lieja y ya sensible á los cuatro años al ritmo musical, se enamoró del estilo italiano en una ópera del Pergolese, y refundió los métodos mezquinos de las escuelas de su patria. Llegó á Italia con una estravagante compañia, cuyas aventuras refiere en sus memorias. *Las bellezas de aquel pais*, dice, *fueron la primera leccion de música que recibí en Italia: el canto de las lindas milanesas dejó un eterno eco en mi alma.* Las bellas colinas de Roma, las iglesias y los palacios le produjeron igual ó mayor efecto. Se dedicó á la música religiosa, que por los cuidados de Clemente XIII se despojaba de lo que habia conservado de profano. Por último, habiéndose aplicado á la del teatro, conoció su propia pujanza. Luego que venció las primeras amarguras que aguardan en Paris á los que van allí en pos de gloria, se vió ensalzado á las nubes; y en cuarenta y cuatro óperas llegó á ser creador de una música francesa amable, alegre, sencilla como la sociedad. Buscó el sentimiento más que el ruido, la gracia más que la fuerza, la inspiracion más que la ciencia, y decia: *Quiero cometer faltas; nada perderá la armonía* (6). Después de haber atravesado la révolucion se dedicó á escribir en 1801 un libro mediano, en el que emprendió defender las ideas filosóficas contra la reaccion que comenzaba entonces (7).

Gluck, 1714-87.—Al paso que la música se reformaba en la ópera cómica, los partidarios de la música francesa persistian en seguir los antiguos errores en la ópera séria, cuando apareció el célebre Cristóbal Gluck; asociando á la profundidad de la ciencia armónica de los alemanes la inspiracion de melodia de los italianos y el racionalismo de los franceses, obtuvo las combinaciones armónicas, las melodias, la espresion conveniente, y creó la verdadera música dramática en el *Orfeo*, que se representó en Viena en 1774. La *Armida* el *Alcestes*, las dos *Ifigenias* manifestaron hasta donde puede llegar el genio musical. Gluck se apoya enteramente en la severidad de la espresion dramática, compone sonidos mesurados, con ayuda de armonias espresivas que se deslizan de frase en frase, y rechaza las dulces pausas de la cadencia natural; por esto es por lo que no posee los giros grandes y simétricos, las ondulaciones de canto, ni las inesperadas transiciones de los compositores italianos.

Piccini, 1728-1800.—A Gluck le sostuvo la proteccion de Maria Antonieta; pero sus numerosos adversarios llamaron á Paris á Nicolás Piccini, de Bari, discípulo de Durante, que de un golpe se colocó en un lugar superior al de sus contemporáneos con la *Zenobia*, de Metastasio. Introdujo varias innovaciones, los semitonos en lo patético, más arte en los trozos concertantes, y los instrumentos de viento en las orquestas. Sustituyó á más el género bufo á la espresion graciosa, y la armonia á la música de notas y palabras. Ya habia hecho representar cien óperas, cuando fué á Francia y se formó en este pais el partido de los piccinistas, que convirtieron en un arma sus bellezas para combatir la *verdadera música dramática* en nombre de la *melodia pura*. Pretendian que la música consistia en la melodia y que quedaria trastornada si fuera necesario ceñirse á los antojos de los poetas. Al revés los gluckistas sustentaban que la verdad de la espresion es inseparable de la verdadera belleza dramática, en la cual la poesia y la música deben darse la mano. Músicos y literatos, literatos que nada entendian de música, la multitud de ociosos y de filósofos de índole huraña, entraron con fervor en la lucha, y se abrieron paso algunas verdades en medio de estrambóticos desatinos. Sin

---

(6) Cuando se quejaban de que los compositores convirtiesen la poesia en humilde criada de la música, Gretry, aunque busca con particularidad la espresion, pregunta ¿por qué no se ha de escribir la letra después de la música? ¿por qué el compositor, siempre esclavo, no se ha de encontrar una vez libre en su creacion? ¿Por qué no habrian de escribirse después las palabras que han de traducir al lenguaje comun sus acentos músicos? ¿Quién ha de decidir cuál de las dos artes es más susceptible de servidumbre, la música ó la poesia? *(Ensayo sobre la música.)* Se sabe que Haydn compuso ibremente las *Siete palabras de Cristo*, y que la letra no se añadió sino mucho tiempo después; tambien se adoptó para una de sus melodias la letra del que llaman himno nacional del imperio austriaco.

(7) *De la verdad; lo que hemos sido, lo que somos y lo que debemos ser.*

embargo, no se comprendió que la espresion minuciosa de cada sílaba no puede producir rigorosamente en música más que el recitado, al par que la melodia no es más que un medio de acariciar el oido, órgano que no está dotado de razon. Hay no obstante un punto de reunion cuando sin sujetarse la melodia á ninguna de las sílabas se apodera del sentimiento del actor é imita su espresion en cuanto es dado al arte.

Mozart.—Handel habia elevado á grande altura la música religiosa en Alemania y escitado en Lóndres el entusiasmo en los teatros. Wolfang Mozart (1756-91) hizo la más brillante carrera y sobresalió en todos los géneros. Su *Don Juan* y su *Flauta encantada* son admirables, así como sus misas, su *Requiem*, su música para piano. Es grave, profundo, pensador, cuando Cimarosa muestra flexibilidad y viveza: el uno es más íntimo, el otro más esterior: el estilo del aleman es ámplio y firme, el del italiano es caloroso y de gran empuje: el primero toca al alma, el segundo fascina los sentidos. Gretry, á quien preguntaba Napoleon su dictámen sobre estos dos maestros, le respondió: *Cimarosa pone la estátua en el teatro y el pedestal en la orquesta; Mozart hace lo contrario.*

Haydn, 1732-1809.—El austríaco Haydn, el Miguel Angel de la música, hizo una revolucion en la parte instrumental, que hasta entonces habia sido secundaria, y como acompañamiento de la música vocal. Aprovechando la grande habilidad de sus compatriotas en la ejecucion, creó la sinfonia, no sólo perfeccionando las diversas combinaciones de la orquesta, sino aun más hallando la verdadera forma de las frases, de los períodos, de las dimensiones que convenian á la música aislada de la poesia, cuando es menester suplir la palabra con una combinacion musical, que tiene por objeto escitar en el auditorio el sentimiento que se propone el maestro. Tal era la unidad del motivo que consistia en elegir una forma melódica ó sólo rítmica que encerrase los gérmenes de muchos desarrollos de toda clase que naciesen uno de otro, en tal manera que el compositor pudiera desplegar sobre su tema todas las galas de la armonia, de la modulacion y de la sonoridad de la orquesta. Semejante unidad es imposible sin monotonia en el drama, á causa del cambio de situaciones; y la música sin ayuda de la letra, necesita repetir á menudo formas melódicas á fin de que el oyente pueda dar cuenta de las impresiones que ha recibido de ellas y del sentimiento del compositor. Haydn, que se habia acostumbrado á pintar sin objeto, como dice Gretry, y sin ser guiado por el lenguaje peculiar de los diversos caractéres, no salia airoso en el drama, en que debia sujetar sus ideas á las del poeta. Confesaba deber á la Inglaterra una reputacion que no obtuvo sino muy tarde en su patria, segun acontece muy á menudo.

Sus atrevimientos, estrañas armonias, transiciones artificiales, hicieron estraviar á sus imitadores, que en nuestros dias han ahogado el canto bajo el acompañamiento, buscando las dificultades y las pompas del arte. Beethoven, de Bonn (1772-1827), sobrepujó quizá á Haydn y á Mozart en lo sublime; pero á semejanza de Cromer carece de unidad y de naturalidad; porque ambos sustituyen el capricho de las reglas del arte. Así, después de Gluck y Gretry, que habian meditado la palabra, buscado la espresion rítmica, la declamacion natural, tomándola por base del canto, acabó la música por emanciparse del todo de la letra, y hasta invadió el campo de la música sagrada en que tuvo nacimiento. El canto fué accesorio de los acompañamientos en las composiciones de Mayer, y el recitado se desterró, como habia sido escluida del dibujo la linea recta en el género baroco.

CAPITULO XXXV

CIENCIAS.

Matemáticas.—Las matemáticas, poderosísimo instrumento analítico, se perfeccionaron hasta un punto increible. Pero los debates que se suscitaron sobre la prioridad de los descubrimientos entre Newton y Leibniz dividieron á los matemáticos del continente y á los ingleses, los cuales afirmaban que nada podia añadirse á las teorias de Newton; y habiéndose interrumpido con este motivo la recíproca comunicacion de conocimientos, experimentos y opiniones, la teoria de las fluxiones contribuyó poco á aumentar el imperio del espíritu humano sobre las combinaciones cuantitativas, hasta que las obras de los grandes matemáticos continentales vencieron al cabo las preocupaciones nacionales de los isleños y dieron orígen á los trabajos de ilustres sabios. La *Harmonia mensurarum*, de Rogerio Cotes, la *Miscelanea*, de Moivre, son escelentes escepciones. Cítase con elogio el *Methodus incrementorum*, de Brook Taylor, y la fórmula á que ha dado su nombre comprende el desarrollo de toda funcion. Maclaurin espuso ingeniosamente la doctrina del análisis; pero el teorema que ha recibido su nombre se atribuye á Stirling. El metafísico Berkeley opuso al sistema de las fluxiones y al principio de los límites objeciones deducidas de la imperfeccion del lenguaje; después demostró en fin d'Alembert, en el sentido más sencillo, la aplicacion de estas teorias de los límites, y asignó principios generales al movimiento de los sólidos y de los líquidos.

Julio Fagnani fué el primero que pensó en considerar las cantidades diferenciales no reductibles á la cuadratura de las secciones cónicas, que se refieren á la rectificacion de las elipses, de la hipérbole y de la lemniscata. Demostró que dado un arco de esta curva, que es del cuarto grado, se puede determinar uno de la elipse y otro de la hipérbole, que reunidos son iguales á él (1). Lorenzo Mascheroni, de Bérgamo, concibió la idea de sujetar solamente al compás todas las cuestiones de la geometria elemental. De esta manera presentó un conjunto de proposiciones enteramente nuevas, de las cuales las que se refieren á la division del círculo son notables con particularidad (2). Sus indagaciones sobre el equilibrio de las bóvedas son tambien dignas de estimacion. El padre Gnido Grandi, de Cremona, demostró geométricamente los teoremas sobre la logística y la logarítmica; sirvióse tambien de ciertas curvas correlativas, que inventó para resolver problemas difíciles, sin recurrir al cálculo diferencial, y fué admirado por Newton y por Leibniz. Llamado por el gran duque como matemático, dió pruebas de talento en la hidráulica.

Jorge Vega publicó tablas de logaritmos (1783-1796), calculadas hasta diez decimales; sacó partido de las obras de Vlacq, y refiere que cuando éstas se encontraban agotadas en Europa, se hizo una impresion de ellas en el palacio imperial de la China. No pueden dejar de mencionarse las *Tablas de logaritmos*, de Gaspar Prony, en diez y siete gruesos tomos, aun inéditas, calculadas con arreglo á la division decimal de la circunferencia del globo, y conteniendo los logaritmos de doscientos mil números, cien mil senos, otras tantas tangen-

(1) *Giornale dei letterati di Italia*, t. XXIV.

(2) Bonaparte, que, deseoso de toda clase de gloria, se habia hecho inscribir en el Instituto, y asistia á veces á sus sesiones, tuvo conocimiento en Italia de la *Geometria del compás*, ignorada á la sazon en Francia; y se divertia en apurar á Lagrange con problemas curiosos que resuelve aquel libro de una manera nueva y sagaz.

tes, los unos con catorce, los otros con veinte y cuatro cifras decimales, y con cinco columnas de diferencias.

Parecia que á lo menos el azar podia sustraerse á las reglas matemáticas, mas no obstante pretendieron dominarle. Ya Pascal y Fermat las habian ensayado con respecto á los juegos, y después de ellos Huyghens determinando las combinaciones por analogia. Jacobo Bernoulli trató con toda estension esta materia (3); Laplace la redujo á un cálculo aplicable á los numerosos objetos de conocimientos que surgen de la esfera de una certidumbre absoluta, y entre las cuales sirve de guia para comprender las contingencias futuras y para arrebatar la probabilidad de todos los acontecimientos á la casualidad, nombre que sólo expresa la ignorancia de las causas ó de todos los efectos. Ayudado de diez principios, intentó someter al raciocionio la esperanza, evidenciar la falsedad de ciertas ilusiones y preocupaciones vulgares, particularmente en juegos, y patentizar que la prudencia es un cálculo, en el cual se tienen en cuenta hasta las particularidades más fugaces, que luego no recordamos después de haber fundado en ellas nuestras resoluciones. Fourier añadió á este cálculo el computo de las condiciones de desigualdad; Condorcet lo aplicó á las opiniones en los juicios criminales; otros á la loteria, después á las apuestas, de que particularmente se ocuparon los ingleses, á los fondos vitalicios para los empréstitos públicos, á las anualidades y á las rentas vitalicias, á las elecciones, á los seguros, y en fin, á multitud de problemas políticos y económicos.

Monge.—El análisis de Euler fué deudor á Monge y á Lagrange de la generalidad y la simetria de que tenia necesidad. Gaspar Monge, de Beaune, en particular, hizo un gran servicio á la ciencia creando la *Geometria descriptiva*, en la que á la vez concibe la teoria y la práctica de las operaciones que resultan de una combinacion de líneas, planos y superficies en el espacio. Como la geometria descriptiva habia nacido de la generacion de las cantidades geométricas considerada en las proyecciones de las líneas, del mismo modo la geometria de las trasversales, debida á Carnot, nació de aquella misma generacion considerada con respecto á las intersecciones de las líneas.

Lagrange.—Lacroix reasumió y armonizó los numerosos trabajos relativos al cálculo diferencial é integral. L'Huillier trató de establecer sobre ellos la metafísica reduciendo todas las circunstancias de este cálculo á la consideracion de los límites; en fin, Luis Lagrange (1736-1813), de Turin, dió á luz su *Teoria de las funciones analiticas*. Aun no habia cumplido diez y nueve años, cuando examinando la obra de Euler sobre los isoperímetros, satisfizo el deseo de aquel sabio, que en vano buscaba un método de cálculo independiente de toda consideracion geométrica. Supo tambien dar al teorema de Euler concerniente á una nueva propiedad del movimiento de los cuerpos aislados, una generalidad aplicable á todos los problemas de mecánica (*Principio de la accion mínima*). Euler proclamó el descubrimiento de su jóven émulo, al cual dió el nombre de *Método de las variaciones*. Admirado entonces de toda la Europa, aumentó Lagrange sus trabajos sobre las partes más elevadas de las matemáticas. Franco y sencillo en su trato, *filósofo sin ruido*, como le llamaba Federico, forzó á la envidia á respetarle ya que no á amarle. En su teoria, atento siempre á generalizar los principios, llegó á la metafísica de las funciones primitivas y derivadas, refiriéndolo todo á una investigacion algebráica elemental, separando del análisis toda idea de los infinitesimales, de las fluxiones y de los límites, así como separaba del boato de las formas las construcciones complicadas que perjudicaban á la elegancia y á la uniformidad. Así es, que fué apellidado el Racine de las matemáticas, por haber asociado la elegancia de las formas á la generalidad del método y á la unidad de las ideas. Su estilo ha permanecido clásico en el análisis.

Habiendo publicado Gauss (1801) sus *Indagaciones de aritmética*, añadiéndoles un método original para resolver las ecuaciones que tienen un número primo por esponente de su grado, Lagrange, aunque admirando su obra, se atuvo á las reglas que habia establecido anteriormente para la solucion general de las ecuaciones, é hizo que fuese independiente la teoria del matemático aleman de las ecuaciones y del inconveniente de las raices ambiguas.

La *Historia de las matemáticas*, de Montucla (4), es un hermoso monumento, á pesar de los diferentes errores y de las numerosas omisiones. Se encuentran sobre todo en el prefacio ideas muy sensatas; los errores relativos á la Italia han sido criticados por Pedro Cosali, de Verona, en la *Historia del álgebra*, obra laboriosa, pero que cansa por la aspereza del estilo y por las discusiones estrañas al asunto.

Dinámica.—En la dinámica, los ingleses permanecieron apegados á la letra de los *Principios*; y aunque las cuestiones más complejas que se multiplicaron después, no pueden resolverse sistemáticamente por los mismos medios ni en la misma forma, reclamaron otros más generales y más libres. Vióse á principios del siglo el caso, muy raro entre los matemáticos, de una discusion sobre los principios, con respecto á las fuerzas vivas, es

(3) *Ars conjectandi.*

(4) *Historia de las matemáticas, en la cual se da cuenta de sus progresos desde su orígen hasta nuestros dias; en la que se expone el cuadro y desenvolvimiento de los principales descubrimientos, las contiendas que han producido, y los principales rasgos de la vida de los matemáticos más célebres.* Paris, 1768.

decir, tocante al método que se debia emplear para apreciar la fuerza de los cuerpos en el movimiento. La Alemania, la Italia y la Holanda permanecieron con Leibniz y Bernoulli; la Inglaterra se sujetó á los antiguos métodos; y como por ambas partes el resultado era el mismo, podia no considerarse en ello más que una cuestion de metafísica, y pensar que era posible estimar las fuerzas, ora por el cuadrado de la velocidad, ora simplemente por las velocidades. D'Alembert dió fin á los debates sobre la medida de las fuerzas, reduciendo las cuestiones más complicadas de dinámica á simples problemas de estática.

Surgió otro debate con respecto á la accion mínima proclamado por Maupertuis, pero que otros atribuyeron á Leibniz y á König. La *Mecánica*, de Euler, es el conjunto de la investigacion analítica mejor elaborada que se ha visto.

Lagrange demostró toda la fecundidad del principio de las velocidades virtuales encontrado por Galileo, adoptándole como base de su *Mecánica analítica* (1788), en la que lo combina con el d'Alembert, y lo aplica, con ayuda del cálculo de las variaciones, á todas las circunstancias del equilibrio y del movimiento. Reduce la teoria á fórmulas generales, cuyo simple desarrollo ofrecen las ecuaciones necesarias para resolver todas las cuestiones que se refieren á ellas.

Belidor pretendió reducir todos los problemas de la balística á la teoria de la parábola (5). Refutóle Benjamin Robins, calculando mejor la resistencia del aire (6). Huston dió mayor precision á aquellos cálculos descargando los cañones contra péndulos balísticos. Este problema de las trayectorias ha sido uno de los más agitados, por lo mismo que es muy difícil. Bordé trató de resolver todos los problemas de la balística, determinando sobre todo el verdadero alcance de las diferentes piezas de artilleria.

Cuando Lahire midió con esperimentos la fuerza del hombre y la de sus diferentes músculos, Lambert y Coulomb estendieron sus indagaciones dando la cantidad de accion del hombre y de los caballos.

Jacobo Vaucanson (1709-1782), célebre por la construccion de los autómatas, inventó y perfeccionó las máquinas para hilar la seda. Habiendo sabido los obreros de Lion que trataba de simplificar el oficio de tejer, le atacaron á pedradas; y para vengarse de ellos, inventó una máquina que movida por un burro, hacia telas con flores. Sabida es la manera que tuvo luego Jacquard de resolver el problema.

---

(5) *Bombardier français*. 1734.

(6) *A new theory of gunnery*, 1742. Demostró que cuando una bala se mueve con una rapidez que pasa de cuatrocientos once metros por segundo, el vacío se forma detrás de ella, de manera que es preciso vencer toda la presion de la atmósfera.

Hidrostática.—Newton no habia esplicado bien en la hidráulica, porqué en el agua impulsada por un estrecho orificio en el fondo de un cilindro, el flujo es apenas de cinco octavos del que indica la teoria. Este problema fué estudiado por Daniel Bernoulli, d'Alembert, Euler y Lagrange; pero no consiguieron poner acordes el cálculo y la esperiencia.

Aun se consiguió más con aplicar las doctrinas hidrostáticas á la arquitectura naval. Duhamel logró establecer en Francia una escuela de ingenieros navales. Olivier perfeccionó todos los géneros de construccion, cambió la forma de la quilla y la distribucion de las baterias en las fragatas. Nuevas aclaraciones se conocieron con las obras de don Jorge Juan y las de Bougerer, que, aunque ignoraba las matemáticas, simplificó las teorias hidráulicas, y demostró un problema de gran utilidad sobre el centro de flotacion (*metacentro*). La *arquitectura hidráulica*, de Belidor, es un tesoro de máquinas é indagaciones. La arquitectura naval se refinó en la guerra de la iudependencia de la América; hasta pequeños barcos fueron armados con cañones, y los franceses pusieron en el *Real Luis* piezas de á cuarenta y ocho.

Smeaton esperimentó la accion de los fluidos sobre los molinos; teorias que fueron completadas después por Lagerhjelm y por Forselles (1811-15). Coulomb, autor de la balanza de torsion, valuó las frotaciones, y se comprobaron sus teorias con los esperimentos de Tredgold, y últimamente con los del capitan Morin. Bossut estudió la resistencia del agua en los canales estrechos. Laplace habia dado unas fórmulas complicadas para la atraccion, pero Ivory las simplificó y Pessutti la hizo inteligible aun á los principiantes. Bouguer, de quien ya hemos hablado, volvió á tratar de la teoria de las elevaciones medidas con el barómetro; Deluc corrigió después los defectos de los instrumentos, y Ramon determinó el coeficiente constante, que ha conservado su nombre.

La Italia puede reivindicar buenas aplicaciones en esta ciencia. El boloñés Domingo Cuglielmini hizo adelantar la práctica de la hidrometria en su obra *De la naturaleza de los rios*, y se le llamó varias veces para regularizar el curso de ellos, y para decidir varias controversias. El siciliano Leonardo Jimenez, buen matemático, fué consultado por los venecianos en todos sus trabajos hidráulicos, y dió á luz en Florencia una nueva *Coleccion de los autores que habian tratado del movimiento de las aguas* (1766). El conde Jacobo Riccati, de Venecia (1676-1754), aplicó los cálculos matemáticos á la fuerza de los rios y de las lagunas, y émulo de Bernoulli, Leibniz y Vallisnieri en sus estudios, publicó un *Ensayo concerniente al sistema del universo*. Entre sus hijos, que se distinguieron por su aficion al estudio, citaremos á Giordiano, que se hizo notar por sus talentos en arquitectura, matemáticas y música.

Zendrini, de Brescia, sugirió á los venecianos la

idea de construir sus célebres *murallas;* indicóles además los medios de mejorar el puerto y el aire de Viareggio y Rávena. Sostuvo á Ferrara en una cuestion muy debatida con Bolonia, sobre la direccion que se habia de dar al torrente llamado el Reno. Eustaquio Manfredi, poeta y astrónomo, encargado de la superintendencia de las aguas en el Bolonesado, se dedicó mucho á esta cuestion. Los cálculos de sus cuatro tomos de *Efemérides* se deben á sus hermanas Magdalena y Teresa. El milanés Antonio Lecchi escribió sobre los canales navegables; no se cuida de los cálculos para sujetarse á la práctica en la *Hidrostática examinada en sus principios* (1765), que es la obra más completa de este género. Pablo Frisi, su conciudadano, que trató varios puntos de astronomia y matemáticas, se dedicó con éxito á la hidrostática y á la canalizacion. Los venecianos Riccati aplicaron sus grandes conocimientos matemáticos á los rios y lagunas de su patria, rivalizando en sus estudios con los hermanos Bernoulli, con Leibniz y con Vallisnieri.

Juan Poleni, de Venecia, comentó á Frontin, *De aquæductibus*, y á Vitrubio; fué el primero que encontró esperimentalmente leyes para la corriente de las aguas, reconoció la contraccion de la vena, y la relacion entre los tubos, los orificios y la altura del líquido.

Astronomia.—Ya La Condamine y los demás mártires de la ciencia habian medido el meridiano. Hemos visto (7) anteriormente las precauciones de que se rodearon para comprobar la figura de la tierra; y como los gobiernos se prestaron á aquellas operaciones, fué posible estender los triángulos trigonométricos, y medir los arcos del meridiano en diferentes latitudes. Maskelyne y el baron de Zcha determinaron la atraccion que ejercen las grandes montañas; y Cavendish, la densidad media de la tierra.

Habíase construido un gran sector en Kieff para observar el paso de las estrellas; ahora bien, mientras que Jacobo Bradley, secundado por Molineux, estudiaba allí la paralaje de una estrella fija, conoció que se inclinaba hácia el Mediodia, después al Norte con una declinacion de cuarenta segundos. Este fenómeno le hizo que de hipótesis en hipótesis llegase hasta sospechar que aquellas apariencias procediesen del movimiento progresivo de la luz, combinado con el de la tierra. Descubrió así la aberracion de las estrellas, que se demostró después en los ensayos de Simpson y la nutacion del eje de la tierra; procediendo la primera de la celeridad demostrada de la luz, y la otra de la gravitacion. Brandley habia sido ayudado por Romer, que habia conseguido, después de largas observaciones sobre los elipses de los satélites de Júpiter, descubrir el movimiento progresivo de la luz, y medir su celeridad. Después del descubrimiento de Bradley, pareció ya imposible hacer otros nuevos que tuviesen por resultado cambiar la ciencia, la que se limitó entonces á comprobar la verdad.

Kepler habia adivinado que los movimientos de los astros debian unirse entre sí por medio de sencillas leyes; pero aun quedaba que encontrar una causa física suficiente para hacer recorrer líneas curvas á los planetas: era preciso colocar en otra parte que en cielos sólidos el principio de la conservacion del mundo, y estender á las revoluciones siderales los dogmas fundamentales de la mecánica de los cuerpos. Esto fué lo que hizo Newton extendiendo á toda la materia la ley newtoniana de la gravitacion, patentizábase que los planetas no sólo son atraidos por el sol, sino que se atraen tambien recíprocamente; por donde conocieron los astrónomos, que con las curvas de Kepler no podrian nunca representarse exactamente los movimientos de los cuerpos celestes que la astronomia mitológica habia concebido regularísimos en su carrera, al paso que semejante complicacion de fuerzas los perturbaba perpétuamente. Newton habia tratado de asignar leyes á algunas curvas; pero los problemas de que trataba no podian resolverse con el algoritmo de su época. Calandrini, profesor de matemáticas en Ginebra, donde ayudaba al arreglo de la edicion de los *Principios* de Newton, hecha por los jesuitas, mejoró su *Teoria de la luna*; después de él Stewart, profesor de Edimburgo, descubrió con la ayuda de un método puramente geométrico, el verdadero movimiento de la línea de las ábsides, y Walmesley dió el análisis del movimiento del apogeo lunar.

Si un astro, por ejemplo la luna, gravitase sólo sobre el centro de la tierra, describiria una elipse; pero si tambien es atraido por el sol, su tendencia será ó á aumentar ó á disminuir las dimensiones de su primera órbita; resultando de esto tal complicacion, que á primera vista no parece sino desórden. Así es cómo nació el *Problema de los tres cuerpos*, que Newton no habia ni aun intentado resolver analíticamente, y que lo fué por primera vez por Clairaut (1747); solucion que abrazaba todos los movimientos subordinados de la luna, confirmaba la ley de gravedad simple y desarrollaba el principio de las perturbaciones. Habiendo conocido esto Euler, emprendió las mismas investigaciones bajo un método diferente y obtuvo el mismo resultado, aconteciéndoles lo propio á d'Alembert, Mayer y Simpson.

Así el campo descubierto por Newton se halló conquistado, hasta en sus partes más inaccesibles, por los sabios de que hemos hecho mencion, á la vez que por Lagrange, Laplace y varios otros, quienes á medida que se estendian y generalizaban los procedimientos del cálculo analítico, completaron la teoria de la atraccion, en la que comprendieron las mareas, las desigualdades lunares, el movimiento de los cometas, la figura verdadera de la tierra; quedando de este modo victoriosamente demostrada la ley de la atraccion.

(7) Véase tomo VIII, pág 277.

Aplicáronse entonces á perfeccionar las *Tablas lunares* tan importantes para verificar la longitud marítima. Las Tablas de Clairaut se imprimieron con gran cuidado, así como las de Mayer de Gottinga, que más perfectas aun, fueron comparadas por la oficina de longitudes de Lóndres, y publicadas en 1770 por Maskelyne.

Del descubrimiento de la precision de los equinoccios debido á Hiparco, resultaron dos consecuencias evidentes: 1.° que las mismas constelaciones no se ven en el firmamento durante las noches de cada estacion; de donde se sigue que las que hoy se observan en invierno aparecerán tambien un dia en verano; 2.° que el polo no ocupa siempre el mismo sitio en la esfera celeste, y que desde luego la estrella polar estará á gran distancia del polo dentro de algunos siglos. En vez de esplicar aquellas variaciones con la ayuda de una nueva esfera, como hacian los antiguos, supuso Copérnico que el eje de rotacion de la tierra no es siempre paralelo á sí mismo, sino que se desvia un poco después de cada revolucion completa del globo al rededor del sol. ¿Cuál era, pues, aquella fuerza que modifica todos los años la posicion del eje del mundo, y le hace describir en veintiseis mil un círculo completo de cerca de cincuenta grados de diámetro? Newton conoció que esto procedia de que el globo se encontraba más elevado en el ecuador; pero no estableció matemáticamente esta ley; estaba reservado á d'Alembert demostrar las ideas que no habia hecho más que emitir sobre la precesion de los equinoccios, y reducir á la atraccion hasta las perturbaciones descubiertas por Bradley en la precesion y la oscilacion del eje de la tierra, en el período de diez y ocho años, tanto tiempo precisamente como la interseccion de la órbita y de la eclíptica necesita para que sea recorrida toda la circunferencia. Clairaut y d'Alembert determinaron la figura de la tierra sin partir de las hipótesis inadmisibles de Huyghens, ni de la homogéneidad primitiva, supuesta y no demostrada por Newton, ni de las semejanzas necesarias entre las formas de las capas superpuestas.

Las observaciones simultáneas en las estremidades de un grande arco terrestre son muy útiles para conocer exactamente la paralaje, es decir, la diferencia que resulta segun se contemplan los cuerpos celestes desde el centro de la tierra ó desde su superficie. Halley propuso, pues, observar desde puntos muy remotos, el paso de Venus en 1761 y 1769. Enviáronse, pues, astrónomos á la línea y á los polos; y aunque diferentes circunstancias impidieron la observacion del fenómeno, que fué ciertamente el más esperado y meditado, para conseguir la precision que se deseaba, se pudo determinar la distancia media del sol en 15.313,981 miríametros. El abate La Caille fué tambien enviado al cabo de Buena Esperanza para observar la paralaje de la luna, al paso que Lalande hacia otro tanto en Berlin, y se dedujo de sus cálculos la distancia precisa de aquel planeta á la tierra.

Mairan esplicó las auroras boreales (1754) y La Caille dió nombres á las estrellas del hemisferio austral. Halley, que aplicó las fórmulas newtonianas, al cálculo de las evoluciones de los veinte y cuatro cometas más notables, demostró que se mueven por curvas cerradas, y que vuelven á aparecer periódicamente; pero se encontraba en ellos una variacion que llegaba hasta dos años por cada setenta y seis. El cálculo difícil de aquellas perturbaciones fué establecido por Clairaut, que determinó la época y lugar en que apareceria el cometa de 1758, después de las dilaciones ocasionadas por la atraccion de los diferentes planetas; y como, con gran sorpresa de todo el mundo, lo adivinó con una diferencia sólo de doce dias, se abrió una era nueva para la astronomia.

Habiendo anunciado Lalande, en 1773, un cometa que debia acercarse á la tierra, fué grande la consternacion en todo el mundo. Esto dió ocasion de calcular los efectos que produciria un cometa que se aproximase á la tierra hasta doce ó trece mil leguas, y se pretendió que resultaria de esto un flujo de tal manera violento, que las aguas del mar se nivelarian con las más altas cumbres.

Aun quedaban que determinar las perturbaciones producidas por los planetas más grandes y más próximos. Calculando Euler las causadas por Júpiter en Saturno, descubrió que las desviaciones del curso regular eran periódicas, y no se reproducian sino con mucha lentitud. Así es, que los movimientos medios de Júpiter y Saturno se aceleran y disminuyen en la alternativa de quince mil años; las excentricidades de su afelio completan el ciclo en treinta mil.

Laplace, 1749-1827.—Pero la complicacion de los movimientos celestes y de las fuerzas que le determinan, pareció tal á Newton y Euler, que necesariamente hacia suponer la intervencion de una mano poderosa para reparar de tiempo en tiempo las perturbaciones. Simon Laplace emprendió, por el contrario, la tarea de señalar el órden inalterable y de hacer ver, que en medio de la descomposicion aparente de los elementos planetarios hay uno que es constante, el gran eje de cada órbita, y por consiguiente el tiempo de revolucion de cada planeta; de tal manera, que la gravedad universal basta para mantener el sistema solar. Esta inmutabilidad de los movimientos medios se demostró en la *Mecánica celeste* (1773); enseguida probó Laplace (1784) que la estabilidad de los demás elementos del sistema, procedia de la pequeña masa de los planetas, de la débil elipticidad de sus órbitas, y de su movimiento semejante en su marcha circular al rededor del sol. La gran distancia de Saturno al sol, al paso que Júpiter se acercaba á él, así como la de la luna respecto de la tierra, hacia pensar que el equilibrio del mundo se descompondria algun dia, pero no se sabia determinar el por qué ni la época en que esto tendria lugar, cuando, por último, esplicó Laplace tambien este problema por la atraccion, y demostró que

aquellas perturbaciones eran oscilaciones de un período fijo. Con la maestria del que conociendo á fondo una materia sabe escoger sus puntos principales, reunió en la *Exposicion del sistema del mundo* (1796) los resultados de los estudios matemáticos y astronómicos más profundos, desentrañándolos del conjunto de las demostraciones, y reduciendo el artificio de los cielos á la simple solucion de un gran problema de mecánica.

Habiendo Laplace demostrado las verdades dinámicas, que fueron la base de todo el sistema analítico de las fuerzas, las aplicó asimismo al sistema del mundo, y asentó los principios que debian tener por resultado la inmutabilidad de las distancias medias de los planetas. Después de haber asegurado los métodos de aproximacion, se dedicó á dar una teoria matemática de las desigualdades de los satélites de Júpiter, que hasta entonces no habian sido conocidas sino empíricamente; imaginó métodos variados para calcular las perturbaciones de los cometas, así como los movimientos de los nodos y de las inclinaciones de las órbitas planetarias. Aplicó su teoria de la variacion, con cuya ayuda habia reconocido que la variacion de la excentricidad de Júpiter debia alterar el movimiento de los satélites, á la libracion de la luna, conjunto de fenómenos singulares descubiertos por Cassini, que ofrecian una armonia inesplicable en tan diversos elementos, hasta que La Place los redujo á la gravitacion universal, demostrando la modificacion que la luna ha esperimentado solidificándose á consecuencia de la atraccion de la tierra; esplicando al propio tiempo en qué consiste que siempre nos presente la misma cara. Determinó tambien la verdadera teoria de la ecuacion secular de aquel satélite, que consiste en el cambio de escentricidad de la órbita de la tierra por la accion de los grandes planetas. Demostró, asimismo, que aquella ecuacion secular no se conocia ni en Júpiter ni en Saturno, introduciendo, por último (1808), en la *Mecánica celeste* la funcion llamada *perturbadora*, y en consecuencia de la cual el análisis relativo á un número dado de cuerpos, se simplifica como si no se considerara sino un sólo cuerpo.

Lalande, 1735-1807.—José Lalande, de Bourg-en-Bresse, completó el sistema perfectamente mecánico y dinámico del mecanismo celeste: reunió y combinó en una vasta generalidad todo lo conocido hasta entonces, remontándose á las consecuencias mas remotas, y haciendo pasar al dominio del análisis una multitud de verdades físicas; manejó con mucha maestria el cálculo, y si algunos de sus métodos han caido en desuso, otros servirán todavia por largo tiempo. Halló además el medio de determinar la distancia media del sol sin moverse de su gabinete que se habia buscado con empeño observando los pasos en las más remotas regiones, y esto por medio de las perturbaciones de la luna, en las cuales comprobó tambien los efectos de la aplanacion del esferoide terrestre. Respecto de la luna, dedujo argumentos para combatir el enfriamiento sucesivo de nuestro globo, que Buffon y Bailly habian supuesto con una elocuencia gratuita; demostrando además que en el espacio de dos mil años, la temperatura media de la tierra no habia variado la centésima parte de un grado del termómetro centígrado.

Nunca el análisis matemático habia alcanzado verdades tan profundamente envueltas en las acciones complejas de una multitud de fuerzas. Jamás se habia demostrado con tanta exactitud, por medio de la aplicacion de reglas inflexibles, que la misma ley de gravedad mantiene el órden en la misma variedad, ni probado de tan evidente manera la estabilidad del sistema solar. Con efecto, oscilando las órbitas en derredor de una posicion media, las observaciones deberán atestiguar en los futuros siglos, la regularidad de las revoluciones que anunció respecto de los planetas en grandes períodos.

Estableció tambien en los problemas de las longitudes una perfeccion que la ciencia no hubiera nunca podido esperar ni la náutica hubiera creido necesaria, sujetando á una precision matemática las numerosas perturbaciones de las lunas de Júpiter. Gracias á él, se sujetaron las mareas á una teoria analítica, en la que por primera vez aparecieron las condiciones físicas del problema; de manera que los calculistas pudieron predecir, muchos años antes, la hora fija y la altura, deduciéndolas de las acciones atractivas del sol y de la luna. Y sin embargo, Lalande no queria reconocer en las maravillas de la creacion la mano del Ordenador Supremo.

Lalande contribuyó á todos los descubrimientos que se hicieron entonces, los reunió todos, como partes, en la gran teoria del mundo material. Trabajó por mucho tiempo en la obra titulada, *Conocimiento de los tiempos*, mejorándola y añadiéndola cuanto podia ser útil á los navegantes, aumentándola con los descubrimientos que cada año se hacian. Escribió para sus discípulos un *Tratado de Astronomia*, en que expuso con claridad cuanto habian dicho él y sus predecesores, y después un libro más elemental, la *Astronomia para las mujeres*. En su viaje científico (1751-53) adquirió familiaridad con los amigos de Federico II que de devoto que era le convirtieron á sus creencias, y entonces quiso oir hablar de sí no sólo proclamando sus obras, sino con extravagancias. Es Lalande un buen expositor, claro en los asuntos filosóficos populares, y al morir dijo: «Lo que sabemos es poco, lo que ignoramos es inmenso.»

Bailly, 1736-93.—Juan Bailly, de Paris, escribió la historia de la astronomia á la manera que Montucha la de las matemáticas. Dió libre curso á su imaginacion al tratar de la astronomia oriental y creyó las doctrinas indias de gran antigüedad, fundándose para esto en una gran conjuncion general, observada, segun decia, por los indios, cuando hoy es indudable que se calculó posteriormen-

te incurriendo en no pocos errores. En la parte relativa á la astronomia moderna se manifiesta el autor más imparcial; pero no expone con la debida distincion los descubrimientos capitales, ni esclarece lo bastante el progreso gradual de la ciencia. Su obra, sin embargo, agradó sobremanera por estar escrita en el estilo enfático, propio de la época, y con la vehemencia hija del entusiasmo científico del autor.

Optica.—En la óptica, Euler y Juss perfeccionaron los microscopios, y se debieron singulares descubrimientos al microscopio solar del doctor Liberkun (1743), especie de linterna mágica cuyo sol es la lámpara. El heliostato de Gravesande, los lentes acromáticos de Guder, el heliómetro y el micrómetro objetivo de Bouguer, el panscopio, el panorama, la fantasmagoria fueron innovaciones que se admiraron. El padre Kircher fué el primero que afirmó entre los catóptricos, que se podian hacer con vidrios planos espejos ustorios más fuertes que todos los que se conocian (8). El padre Castel dió en 1725 la idea de un clavicordio acromático. Mariotte estableció las teorias de la luz y del calor; y otros varios sabios estudiaron la fosforescencia de los cuerpos terrestres y la del mar, que atribuyen á pequeños pólipos. Bouguer encontró la gradacion de la luz: Hall estudió su dispersion desigual en los diferentes centros con objeto de corregir el color, con la combinacion de los lentes, en el foco objetivo de los telescopios; idea vuelta á adoptar por Juan Dollond, que perfeccionó el telescopio acromático. Rochon aplicó el prisma á los cristales para descomponer la luz de las estrellas, y encontró el medio de medir con toda exactitud las leyes de la refraccion y de la difraccion. La invencion del cuadrante de Halley, en 1731, proporcionó el medio de hacer observaciones desde los buques. Leroy y Berthoud fabricaron escelentes relojes marinos, y Harrisson hizo otros para las longitudes. El escocés Jacobo Fergusson encontró la rueda astronómica para observar los eclipses de luna (1776); y el mecánico inglés Ramsden fué colocado entre los sábios por el esquisito primor y perfeccion de sus instrumentos astronómicos.

Herschel.—Los telescopios de reflexion se perfeccionaron en Inglaterra; pero los catadióptricos de Guillermo Herschell (1738-1822) obtuvieron una fuerza inesperada; consiguiendo que aumentasen seis mil el tamaño de los objetos, cuando el mayor aumento que antes se habia alcanzado era de cuatrocientas. Pasaba años enteros sin acostarse una sola noche; siempre al aire libre; y creyendo que este método era el mejor para las observaciones, empleaba dias en pulimentar sus espejos, recibiendo el alimento de manos de su hermana. Comenzó sus observaciones en 1774 con un telescopio de veinte piés; concluyó uno en 1787 de cuarenta y cuatro de abertura, con el cual la nebulosa de Orion se vió brillar con viva claridad. Descubrió con aquel telescopio el sexto, y después el séptimo satélite de Saturno, y comprobó la existencia de volcanes en la luna. Pero Lahire calculó que, para distinguir una mancha del tamaño de Paris, basta un lente que agrande cien veces, y que es preciso uno que aumente sesenta mil el objeto para ver un cuerpo que tenga una toesa.

Cuando se perfeccionaron los instrumentos y todo quedó sometido al cálculo, pareció que el cielo recompensaba el trabajo que se habian tomado los hombres, descubriendo otros cuerpos perdidos en su inmensidad. En la noche del 13 de marzo de 1781, Maskelyne observó una estrella movible, que se creyó durante algunos meses ser un cometa; pero, no dibujándose su órbita en forma de parábola, adquirió Herschell la certidumbre de que era un planeta, al que dió el nombre de *Astro Georgiano*, y Bode el de *Urano;* otros le han llamado *Herschell;* porque además de ser él quien lo descubrió, vió y determinó los seis satélites que le rodean.

Geografia.—El conocimiento de nuestro planeta se aumentaba con el del cielo, y todas las ciencias pedian argumentos y pruebas á los viajes emprendidos con un objeto más razonado que los antiguos (9). Ya no se daba, como un siglo antes, la vuelta al mundo para encontrar minas, sino para estender la civilizacion y alcanzar conocimientos. Byron, Wallis, Carteret salieron de los puertos de Inglaterra para visitar los mares del Sur. El duque de Choiseul encargó á Bougainville hacer un viaje al mar Pacífico, en el que escedió á los ingleses en osadia y exactitud: dió la descripcion de aquellas sociedades tan variadas y las delicias de Taiti, y se le debe el descubrimiento del Archipiélago de los Navegantes. Sus compañeros y después los imitadores de Cook observaron los variados fenómenos de la naturaleza, la desdicha infamia ó la decrepitud de la sociedad, la formacion de nuevas islas ó la union de éstas al continente por medio de istmos de coral; y en la comparacion de las costumbres y de las lenguas diversas, hallaron la prueba de las antiguas emigraciones. Sin embargo, más de una vez vieron rechazados fuertemente por los feroces salvajes, los dones que les llevaban, como el trigo, la vid, las legumbres y los animales domésticos.

Al mismo tiempo el aleman Damberger, al servicio de la compañia holandesa, recorrió el pais que media desde el Cabo á Berberia (1781-1797); las costas de este último pais fueron descritas por Desfontaines; el inglés Patterson se dirigió hasta las comarcas de los hotentotes; Boufflers y Golbery visitaron otras partes del Africa; Bruce, la Abisinia; Iserre, la Guinea y el pais de los caribes (1773); Barrow, el Cabo; así como el holandés Stavorinus, que se adelantó hácia Zurate. Saliendo del Cabo Spar-

(8) Véase tomo III, pág. 196.

(9) Véase el Libro XIV, cap. 26 y 27.

mann y Levaillant, se aventuraron á la peligrosa caza de fieras, que hasta entonces se habian libertado del fusil de los europeos y hasta de las flechas del salvaje. Los académicos de Petersburgo (Gmelin, Pallas, Steller, Gueldenstadt, Georgi, etc.) recorrieron el inmenso imperio del czar, del polo al Cáucaso, y revelaron la naturaleza de los paises del Norte. La sociedad de los sábios de la India y la del norte de América hicieron hacer progresos al conocimiento de los paises antiguos y de las comarcas nuevas. La Dinamarca enviaba á Niebuhr á esplorar la Arabia, la Rusia á Pallas y á Gmelin á la Siberia, y al danés Iboes á Marruecos; Ricardo Mondler hizo un viaje al Asia Menor y á Grecia á espensas de una sociedad de hombres estudiosos establecida en Lóndres; y Coxe publicaba los descubrimientos de los rusos y daba á conocer el comercio con la China (1781). La mejor descripcion del Imperio del centro estaba hecha por los jesuitas, cuyas edificantes cartas (1717-1774) eran una abundante mina de datos. El amor á las ciencias conducia á Stedman á la Guayana, á Charlebois, al Japon y al Paraguay; á Boyle al Tiber; al mayor inglés Enrique Booke, á las costas de la Arabia Feliz y á Egipto (1781); á Kernely á los mares australes (1782); á Forster al Norte, al comodoro inglés Billurgs á la Rusia Asiática (1785-1794); á Samuel Turner al Tíbet y al Butan; Ricardo Chandler viajaba por el Asia Menor. Le Chevalier por la Troade; Choiseul-Gouffier despertaba las simpatias hácia la Élade, describiendo sus ruinas y sus inmerecidas miserias; Wolney buscaba en las ruinas del Egipto y de la Siria inspiraciones, elegias y argumentos en favor de la impiedad.

Las narraciones de los viajeros, segregadas las aventuras novelescas, ofrecian más verdad en las descripciones y en las láminas. El *Viaje pintoresco* á la India del inglés Hodget nos presentó espectáculos nuevos; la descripcion de Palmira y de Balbek por Wool y Dawkins (1753-1757) no permitió ya considerar como fábulas las maravillas de un descubrimiento reciente. El baron de Tott trazaba la configuracion del imperio otomano, al cual habia ido á suministrar medios de defensa. Anquetil, Legentil y Sonnerat consultaban á los güebros y á los bracmines sobre los vestigios de una gran civilizacion perdida que algunos ingleses hacian tambien objeto de sus investigaciones, espiando en cierto modo las matanzas cometidas por sus conciudadanos. Legentil se encaminó á la India para observar allí el paso de Venus, y como el tiempo le impidió allí hacer esta observacion, prolongó su morada en provecho de la ciencia, informándose de las corrientes, de las mareas, de los monzones, de las travesias más cortas, y al mismo tiempo de los usos y de las opiniones del pais. Examinó especialmente la astronomia de los bracmines muy ponderada entonces, probó que nada añadia á los conocimientos de los caldeos, y que sus *yugas* son los números de períodos astronómicos.

Mapas de Francia.—Comenzóse entonces á llamar estadística á la geografía política, y Guthrie dió (1770) un *Curso completo de geografía*. Hemos visto tres generaciones de la familia Cassini trabajar en la medida del meridiano á través de la Francia, operacion que condujo después de promover multitud de discusiones, á precisar la forma de la tierra. Los *cassinistas* recorrian la Francia midiéndola y describiéndola, de tal manera, que el reino se encontró cubierto de una red de grandes triángulos entre las ciudades principales, á las que se unian ciudades de segundo órden por triángulos más pequeños. Para hacer el plano de Francia, César Francisco Cassini (1714-87) adoptó la proporcion de una línea por cien toesas, es decir, 1.864,000. Creia que bastarian diez años, y 90 mil libras al año; ordinarias ilusiones de las grandes empresas, que al menos tienen la ventaja de no retraer por temor á los medios de ejecucion. Habiendo hecho suspender las necesidades de la guerra el trabajo, propuso Cassini volverle á emprender á espensas de una sociedad que se reembolsaria con la venta de los mapas. Pero los gastos eran escesivos; varias provincias, lejos de asociarse á la empresa, se oponian á ella, hasta el grado de echar por fuerza á los ingenieros; y Cassini murió antes de haber visto terminada la tarea á que habia consagrado treinta y cuatro años de su vida. Acabábala su hijo Jacobo Domingo, precisamente cuando la Revolucion cambió la antigua division del pais: este trabajo fué, pues, la base de la nueva distribucion. El comité de salvacion pública ayudó á la compañia para que pudiese terminar la empresa; y la Francia dió el ejemplo de un mapa hecho sobre comprobaciones astronómicas; ejemplo que fué imitado por el resto de Europa.

D'Anville, 1697-1782.—Este arte se aplicó tambien á la historia para indagar la geografía de los tiempos pasados. Ya Delisle y los dos Samson habian delineado mapas mejores que los de sus antecesores; pero no estaban exentos de errores, ni conformes á los últimos descubrimientos, ni á las aplicaciones astronómicas. Los mapas para la descripcion de la China, hechos por los jesuitas, aumentaron la gloria de Juan Bautista D'Anville, pero aun más el *Orbis veteribus notus* y los mapas particulares de la geografía antigua, y luego los de los Estados formados después de la caida del imperio romano. Conoció que ante todo le era necesario determinar las medidas lineales de los antiguos, y lo consiguió con una maravillosa exactitud, aunque sea posible alcanzarla mayor. Baste decir que disminuyó más de seiscientas leguas la longitud del mapa-mundi de los antiguos, publicado por Delisle; suprimió lo menos en Italia dos mil cuatrocientas leguas cuadradas y catorce mil en la carta de Samson; ahora bien, la triangulacion que Benedicto XIV hizo ejecutar en aquella época probó que tenia razon. Publicó además doscientos y un mapas y setenta tratados esplicativos, que sirvieron de guia á los descubrimientos, y contribuyeron á la perfeccion de aquella ciencia.

Historia natural. Buffon.—Con estos estudios vino á regenerarse el de la naturaleza que cesó en aquella época de ser secundario de las demás ciencias. Jorge Buffon (1707-1788), llamado á dirigir el Jardin de Plantas más bien por favor que por mérito, pensó en hacerse digno de aquel empleo estudiando á la naturaleza. Quiso que aquel establecimiento, que hasta entonces no habia servido más que para la medicina, comprendiese el conjunto de la ciencia, y concibió á la edad de treinta y cinco años la idea de su *Historia natural*. Escritor puramente descriptivo en su principio, se hizo más tarde zoologista, pero nunca anatómico, aunque conoció la necesidad de comparar la estructura interior de los animales, y ha ilustrado con algunas de sus brillantes ideas el camino que debia seguir su compatriota Daubenton. Le habia elegido para recorrer con su ayuda el vasto campo de la ciencia y suplir á su cortedad de vista, encargándole describir los detalles. Pero mientras que Daubenton obraba sobre hechos individuales, y desde luego al abrigo de los errores, Buffon se dedicaba á las generalidades. Cuando la elevacion de sus ideas no se encontraba sostenida por los esperimentos, suplia á ellos con el vigor del talento previendo lo que él llamaba los *hechos necesarios*; método peligroso de proceder para todo el que no tiene la suficiente fuerza de comprender todas las relaciones del universo, y en efecto se equivocó á menudo. Cree en la generacion espontánea, desdeña los métodos, porque no los conoce. «El verdadero método, dice, es la descripcion completa y la historia exacta de cada cosa en particular.» En su consecuencia, describia los individuos uno despues de otro. Censura la clasificacion de Linneo, deducida de los mismos objetos; al paso que él sin conocer las particularidades, se sujeta á clases generales y arbitrarias, á animales que sirven al hombre, á animales salvajes europeos y á animales extranjeros.

Cuando se maduró su inteligencia, reconoció las semejanzas y las disparidades, así como la admirable uniformidad de la naturaleza, la gradacion en las variedades, la perfeccion sucesiva de las especies, y la preeminencia relativa de los órganos en las diferentes especies. Pero se le hace el cargo de su manera vaga de filosofar, sin cálculo ni esperimento, y con arreglo á teorias preestablecidas, disimulando las dificultades bajo la majestuosa circunspeccion de las palabras.

El mérito que le reconoce la posteridad es haber fundado la parte histórica y descriptiva de la ciencia. Lo que le atrajo la admiracion entre sus contemporáneos, fué un estilo pintoresco y el énfasis que se sustituia entonces á la hermosa sencillez. Por esto se dice que antes de ponerse á escribir, se vestia como para ir á la corte. Un solo viaje hizo, y así tuvo tan pocas inspiraciones grandiosas, siendo en él todo artístico, regularizado y alineado como en el Jardin Botánico. Animado por el orgullo, para no hacer frente á los materialistas, que eran entonces los dispensadores de la gloria, evitó toda idea metafísica sobre la creacion, y desechó las causas finales: todo en el mundo se verifica fortuitamente, escepto que en lugar de llamarlo acaso, lo llama atraccion y naturaleza, términos de que abusa. Su *Teoria de la tierra* agradó por su materialismo: un cometa hace desprender del sol, al chocar con él fragmentos incandescentes, que se enfrian por grados y se convierten en planetas; seres organizados se producen en su superficie á medida que se templa su temperatura, y esto en una larga série de siglos (10). Su otra hipó-

---

(10) Necesitó la masa fluida é incandescente que formó el mundo terráqueo, para llegar á ser consistente y sólida, 2,936 años; la Luna 644; Mercurio 2,127; Venus 3,596, Marte 1,130; Júpiter 9,433; Saturno 5,140: Sus cálculos se estienden tambien á los satélites y al anillo.

Para conseguir el primer grado de enfriamiento, de manera que pudieran tocarse, fueron precisos para la tierra 34,270 años y medio; 7,515 para la Luna; 24,813 para Mercurio; 41,969 para Venus; 13,034 para Marte; 110,118 para Júpiter; y 59,911 para Saturno.

Para hacer que los globos estuviesen á la temperatura actual de calor interior, la tierra tuvo necesidad de 74,832 años; la Luna de 16,409; Mercurio de 14,192; Venus de 91,643. Marte de 28,538; Júpiter de 240,451, y Saturno de 130,821.

Para enfriarse á una vigésima quinta parte de la temperatura actual, es decir, hasta la estincion de la naturaleza viva, necesita la tierra 168,123 años; la Luna 72,514: Mercurio 187,765; Venus 228,540; Marte 60,326; Júpiter 483,121; Saturno 262,020. De donde resulta que la Luna ha podido gozar de la naturaleza animada desde el año 7,515 hasta el 72,514, y no más: la naturaleza se estinguió en ella hace 2,318 años, si es cierto que la tierra disfrutó de la temperatura actual hace 54,832 años. Marte se enfrió tambien hace 14,000 años. Mercurio puede poblarse en la actualidad, y aun subsistirá 162,952. La tierra ha podido disfrutar hace 40,000 años de la naturaleza animada, que permanecerá aun 168,123 años, y es el séptimo globo que ha sido habitado; Venus fué el undécimo, que durará 262,540 años. Saturno fué el décimocuarto globo habitable, y durará 262,020 años. No encontrándose aun Júpiter en un grado de la naturaleza viva, por su mucho calor no se habitará antes de 40,791 años contados desde el dia, y subsistirá aun 367,498 años.

Buffon divide la naturaleza en siete épocas. La primera comprende la de la consolidacion del globo y el primer grado de enfriamiento. La segunda la formacion de las rocas y de las masas del globo, como tambien de los metales: con respecto á esto, afirma que el oro y la plata se encuentran en los paises meridionales; el hierro, el plomo, el cobre, etc., en las regiones del Norte, y que las cadenas de montañas en América y Africa, de Norte á Sur, tienen mayor elevacion bajo el ecuador, lo que prueba la rotacion constante del globo en su forma actual. En todo esto no hay más que sueños. La tercera época presenta al globo cubierto por las aguas que han caido sobre su superficie. Cuando concluyó la incandescencia que multiplicaba los vapores, adquirieron vida las ballenas, los mónstruos marinos, los peces, las conchas, etc., y los bosques se desarrollaron en las altas cumbres descubiertas. Cuando se retiraron las aguas, ocultas en parte en las cortaduras de la tierra, estallaron los volcanes, cinco mil años después de

tesis de la generacion, fundada sobre moléculas orgánicas no tiene valor.

Estas son teorias en oposicion á todos los elementos científicos. Consideróse, sin embargo, en ellas el mejor resultado del sistema de Newton, la más clara esplicacion de la geologia, la más fuerte objecion contra el Génesis. Pero, aun separada de este atractivo, aquella esposicion literaria de hechos inmensos, aquellas épocas de la naturaleza ante-histórica, aquella adivinacion atrevida que invitaba á reflexionar, y á unir entre sí fenómenos distantes en apariencia, debian agradar á un siglo de gusto y ciencia.

Linneo.—Asi como Buffon, nació Carlos Linneo en 1707 (1707-1778); pero el uno vino al mundo en una pobre aldea de Suecia, donde la erudicion era desconocida; el otro en el seno de una rica y noble familia borgoñona en la Francia de Luis XIV. Vióse precisado Linneo á hacer zapatos para vivir, y á luchar contra grandes obstáculos; Buffon no tuvo más que resistir á las seducciones de una vida muelle é indolente. Linneo se presenta paciente y sagaz en la investigacion de los hechos, tanto como ingenioso en su coordinacion; es exacto y riguroso en la esposicion, hasta el grado de rechazar toda elegancia, á menos que no resulte de la sencillez de los medios y de la elevacion de las ideas; circunspecto en sus deducciones, procede siempre con arreglo á hechos positivos y lógicos razonamientos; sabiendo crear hipótesis verosímiles sin adoptarlas como verdades absolutas; apreciando con exactitud cada hecho, cada idea, cada generalidad, no se desdeña de seguir con paciencia los detalles particulares, para lanzarse después á los campos más elevados de la ciencia (11). Buffon no es menos ingenioso; pero con otro órden de ideas. No procura tanto el crear y multiplicar por sí mismo, como el aprovecharse de todas las consecuencias, y funda sobre una estrecha base en la apariencia un grandioso edificio. No se detiene en detalles técnicos, ni en divisiones sistemáticas; y en su atrevido vuelo á través de los espacios desconocidos, se estravia á veces, pero sabe sacar la verdad de sus mismos errores; nada concluye, pero todo lo principia. Antes de reformar Linneo las ideas, reformó el lenguaje, dando una nomenclatura clara y sencilla, en la que el género está indicado por el nombre y la especie por el adjetivo. Además de la denominacion de los vegetales, era preciso ofrecer un medio sencillo y cómodo de encontrar el nombre de una planta descrita, y clasificar un vegetal nuevo; esto es lo que consiguió con el sistema sexual: sistema artificial que él mismo confesaba ser el de la naturaleza que es el objeto de la ciencia. Pero sistema que produjo tanta admiracion, que nadie notó que la clasificacion zoológica descansaba en principios diferentes.

La grande idea, entonces nueva, de un catálogo general y metódico de todas las producciones de la naturaleza, el ponerse en ejecucion, la creacion de una nomenclatura binaria, que comprendia á todos los seres orgánicos sin multiplicarse demasiado las palabras, introduciendo un órden uniforme, ofreciendo la espresion más sencilla y bella de las afinidades más fundamentales de la naturaleza, el arte nuevo de caracterizar rigorosamente y definir los seres, determinando de una manera fija la clasificacion de cada uno, fueron las cosas que inmortalizaron á Linneo. Su clasificacion zoológica es tal, que no puede destruirse. La que se estableció en 1797, y completó en 1818 Godofredo Saint-Hilaire y Cuvier, no hizo más que rectificar y desarrollar la del naturalista sueco. Su sistema de botánica fué, por el contrario, reemplazado antes de concluirse el siglo.

Ya en 1758 Bernardo de Jussieu establecia en Trianon un jardin en el que las plantas estaban clasificadas con arreglo á sus afinidades naturales, y por ellas trataba de resolver el problema final de la naturaleza. Después de él, Lorenzo de Jussieu aplicaba á todo el reino vegetal el sistema de su tio, en la obra titulada *Géneros de las plantas* (1789), haciendo consistir el valor de los caractéres en el grado de importancia y generalidad de los órganos de que proceden; y combinó este valor de los caractéres con su número.

Adanson.—Miguel Adanson (1727-1806), de Aix, discípulo de Jussieu y de Reaumur, escribió la *Historia natural del Senegal*, de donde habia sacado mapas y vocabularios. Dió la primera descripcion exacta del baobab, considerado hasta entonces como una fábula, y de los árboles que proporcionan la goma arábiga. Clasificó las *Familias de las plantas* con arreglo á un sistema opuesto al de Linneo, fundándose, no sólo en la observacion de algunos caractéres, sino en su conjunto: y pronto conoció que aquel sistema podia aplicarse á todos los séres, y formó la enciclopedia de la naturaleza. Presentó, pues, á la Academia (1775) el proyecto de su obra, que debia comprender en veinte y siete tomos «el órden universal de la naturaleza, ó método natural que comprendiese todos los séres conocidos, sus cualidades materiales y sus facultades espirituales, como tambien sus relaciones.» Admirósele, y se juzgó imposible la empresa para un hombre solo; pero permaneció con sus proyectos, pobre, en atencion á que éstos le

---

la sequía y formacion de los continentes, es decir, 50,000 después de la formacion del globo. En la quinta época, los elefantes y demás animales viven en el Norte, cuando la temperatura del clima correspondia en él á la que se encuentra en el dia á diez grados aquende y allende del ecuador. Preséntase después el hombre, el mar inunda al globo desde los polos, adelantándose hácia el ecuador; los continentes se separan. En la sétima se manifiesta el poder y la industria del hombre en secundar las fuerzas de la naturaleza con la invencion de las artes, ciencias, etc., que se propagan desde el Norte al Mediodia.

(11) Godofredo Saint-Hilaire, *Consideraciones históricas sobre las ciencias naturales.*

ocupaban esclusivamente; y cuando el nuevo Instituto nacional le llamó á su seno, contestó que no podia presentarse á él porque no tenia zapatos.

Bonnet.—Se debe una mencion particular á Cárlos Bonnet (1720-1793), de Ginebra, que discípulo de Leibniz y de Reaumur, y teniendo como Buffon, una vista débil, fijó sobre la historia natural la mirada de la inteligencia. Habiendo dicho su maestro que nada se hace á saltos en la naturaleza, buscó el encadenamiento de los seres en la *Contemplacion de la naturaleza* (1764); pero pretendió encontrarle en formas aparentes, en lugar de confesar que reside en las transiciones de que la naturaleza se reserva el secreto. Bonnet fijó en el análisis de las facultades del alma la costumbre de la observacion material, y no concibió la idea sino como una fibra intelectual. Contestó, no obstante, con una profesion de ortodoxia á los que le acusaban de materialismo. Después concibió en la *Palingenesia filosófica* (1769) la idea de una perfeccion sucesiva de los séres que proceden por la sensacion á la vida activa, á la inteligencia, á la beatitud.

Al paso que los unos trabajaban en las clasificaciones, los otros se dedicaban á grupos particulares de las plantas. Pedro Antonio Micheli, de Florencia, estraño á todo sistema, distinguió exactamente las variedades de toda yerba, y aumentó en cuatro mil especies el catálogo botánico. Débesele además una distribucion mejor de las plantas conocidas, segun Tournefort, que él fué el primero que las dió á conocer en Italia (12), y estableció en su patria una academia de botánica. Micheli, Dillen y Hedwig estudiaban las plantas ínfimas, hasta entónces poco consideradas; otros hacian la anatomia de sus órganos, como Hales, que demostraba la rápida circulacion de los jugos y la fuerza aspirante de las raices y de las hojas; Duhamel, que seguia la circulacion de la savia, la formacion de la corteza y de la madera; Bonnet, que observaba las funciones de las hojas; Hedwig, los poros y vasos de las plantas. Wolf reconocia que la fibra vegetal se componia únicamente de celdas. Donati de Padua, que murió en un viaje muy tempestuoso á las Indias y á Egipto (1759), que habia emprendido por órden de Cárlos Manuel III, hizo observaciones muy sagaces sobre el coral, considerándole al principio como una vegetacion. Hizo conocer la gradacion que la naturaleza ha dispuesto entre los vegetales y animales; distinguió las fructificaciones de las diferentes especies de algas en géneros y subdivisiones, y demostró que las plantas marinas no difieren de las terrestres sino en que el pólen es líquido en las primeras, y pulverulento en las demás.

A fines del siglo, se estudió la botánica con pasion. Flores y plantas de lejanas latitudes, especialmente de la Australia, enriquecian nuestros jardines y parques, y la llegada de un arbusto ó una flor era festejada como lo fueron en otro tiempo los galeones cargados de oro mejicano. En Inglaterra los grandes y los ricos se dedicaron con placer á esta ciencia; la Sociedad Linneana se mostró digna de este nombre. Su presidente, Jacobo Eduardo Smich, encontró varias especies nuevas; y Guillermo Acton muchas más. El aleman Juan Godwig fué el primero que conoció los órganos sexuales de las criptógamas, y despues de él Micheli. Guillermo Roth encontró los de las criptógamas acuáticas, y Federico Hoffmann, los de las algas, cuya historia completó el sueco Acario. Boston y Dickson estendieron el conocimiento de las criptógamas; el español Cabanilles dió á luz una obra inmortal sobre las monodelfas, y aplicó el hilo micrométrico de un fuertísimo telescopio á la observacion del desarrollo rápido del agave americano. Despues se hicieron aplicaciones de los nuevos descubrimientos químicos á la botánica; y Priestley, Senebier, Ingenhous, Teodoro Saussure, Crelle, Lavoisier, Duhamel, con repetidos y enlazados experimentos, examinaron y explicaron la respiracion de las hojas y la manera de unirse á la planta la masa de carbono que extrae de la atmósfera.

Con respecto á la ciencia zoológica, Fabricio es el segundo fundador de la etimología; Othon Federico Müller estudia los infusorios; Rumph, Donati y Peissonnel descubren la naturaleza animal de los zoófitos y corales; Reaumur, Deger y Vallisnieri observaron con estrema paciencia las costumbres de los insectos; Camper merece ser llamado por Cuvier un anatómico de génio; Trembley ve los pólipos cortados en pedazos reproducirse, Lyonnet se obstina en arrancar á la naturaleza sus secretos á fuerza de observaciones. Aunque la fisiologia de Haller no tiene por objeto más que el conocimiento del hombre, contiene hechos nuevos é importantes sobre los demás animales. Las concepciones de Vicq de Azyr, no menos bellas que bien espresadas, se elevaron á veces hasta la anatomia filosófica.

Vallisnieri.—Ya hemos mencionado á Daubenton, admirable observador, que no estaba desprovisto de fuerza sintética, por haber hecho con Buffon todos los estudios de detalle. Antonio Vallisnieri, (1661-1730), de Módena, discípulo de Malpighi estudió la generacion de los insectos y la del hombre; declaró, cosa poco conocida entonces, que los antiguos habian errado á menudo, y que su autoridad debia ceder ante la esperiencia.

Spallanzani.—Lázaro Spallanzani (1729-1799), su conciudadano, estudió la generacion, la respiracion, y particularmente la reproduccion de algunos miembros en los animales de sangre fria; hasta creyó que la cabeza del caracol se reproducia. Siguió las indagaciones de Haller sirviéndose del microscopio de Lyonnet para ver, con ayuda de la luz reflejada y no refractada, la circulacion de la sangre, no sólo en el mesenterio sino en el tubo intestinal y en las demás vísceras. Estudió los animales infusorios, y miéntras que Buffon los habia

(12) *Nova genera plantarum*, 1729.

creido privados de organizacion interior, movidos y conformados por un poder eterno, oculto, y Needhan, por una fuerza vegetativa, demostró que procedian tambien de gérmenes. Hizo indagaciones sobre los jugos gástricos, afirmando que producian la digestion, no por fermentacion ó putrefaccion, sino disolviendo los principios de los alimentos; con este objeto sometió su estómago á esperimentos peligrosos. Viajó mucho para aumentar sus conocimientos y el museo de Pavia; ostentó en la descripcion de sus viajes varios géneros de erudicion, y trató de esplicar los manantiales, los fuegos fátuos y la fosforescencia.

Puede verse en Vallisnieri hasta qué grado habia llegado la geologia. Este autor niega que las fuentes se originen del mar, y hablando «de los cuerpos marinos que se encuentran en las montañas, y del estado del mundo antes del diluvio, en el diluvio y después de él,» se apercibe de que las diferentes hipótesis sobre la manera con que quedaron los restos fósiles y fueron abandonados por las aguas en las alturas, no pueden sostenerse; pero no sabe dar una esplicacion que satisfaga. Sospecha, sin embargo, que la causa debe atribuirse á otros diluvios que al de Noé, si sobre todo es cierto que no se encuentran entre aquellos restos huesos de hombre. Cree tambien que abundan más en las montañas próximas al mar que no estén muy elevadas.

Werner.—Abraham Gotlieb Werner (1750-1817), de Lusacia, escribia para los metalurgistas, así es que nunca aspiró al rigor científico, pero en el *Tratado de los caractéres de los minerales* (1774) dió la descripcion metódica con arreglo á los caractéres exteriores, el color, la fractura, la cristalizacion, el peso, la dureza, la trasparencia, á lo que llamó *oritognosia*. Contrajo más mérito en la *geognosia*, ciencia que trata de los extratos, segun la época de su nacimiento, pues redujo á teoria la formacion de la corteza terráquea, aprovechando las observaciones de Pallas, Saussure y Deluc. Clasifica las rocas segun su anterioridad relativa en primitivas, sin vestigios de cuerpos organizados, de transicion, estratificadas y en terrenos de aluvion. Creia que todas, sin esceptuar los mármoles ni los basaltos, eran el producto de la precipitacion de sus elementos componentes sobre el fondo de un líquido en que debieron estar sumergidos. De aquí la escuela de los neptunianos combatida por los vulcanianos, que al fin triunfaron, cuando Desmarais demostró que las montañas de la Auvernia son volcánicas.

Cronstedt, Bergmann, Ignacio Born, Kirwan clasificaron los fósiles con arreglo á la composicion química.

Cristalografia.—No habian dejado de conocer los antiguos que ciertas sustancias naturales se encuentran dispuestas á recibir constantemente ciertas formas; y Plinio describe las del cuarzo y del diamante. Sin embargo, se hizo poco caso de aquella observacion, hasta que Linneo indicó las formas cristalinas de varias sustancias, creyendo su carácter tan absoluto, que supuso que cada forma particular procedia de una sal tambien particular. Romé de l'Isle (13) probó la constancia de los ángulos que se encuentran en sus faces, y concibió la idea de que sus diferentes formas podian reducirse á una sola apropiada á cada sustancia de una manera particular y modificada por rigorosas leyes geométricas. Cuando Bergmann descubrió que los minerales podian dividirse en hojas, de manera que pudiesen separarse, las formas primitivas y fundamentales de cada uno, la mineralogia cesó de ser una lista de nombres, un catálogo de piedras; convirtióse en una ciencia, extremadamente fecunda en hechos y aplicaciones siempre nuevas. Bergmann no dedujo de ellas reglas generales, pero ensayando al mismo tiempo Haüy el ajustar un cristal que se habia roto al caer, notó las variaciones que resultaban, y pudo determinar las reglas constantes de la superposicion de las capas, de tal manera, que una vez conocidas las formas primitivas, es posible indicar cuáles otras formas son capaces de adoptar. Ilustrado por la química, pudo hacer adelantar el conocimiento de las moléculas primitivas, y consiguió, al menos en su mayor parte, determinar un sólido que, ajustado á sí mismo con arreglo á tres dimensiones y á ciertas leyes, reproduciria el cristal con todas sus modificaciones.

Invitado el conde Marcos Carburi (1731-1808), de Cefalonia, por el gobierno veneciano, viajó por el Norte para conocer los procedimientos metalúrgicos y visitar las minas. Cuando fué á enseñar la química á Padua, no encontró siquiera una onza de álcali puro, ni ningun ácido concentrado; vióse, pues, obligado á hacerlo todo. Inventó el mejor método de fundir el hierro, y se sirvió de él para los morteros, con los cuales Emo bombardeó á Tunez; enseñó tambien el uso de un papel incombustible para la artilleria. Dió consejos á Linneo sobre su sistema mineralógico, pues no estaba de acuerdo con él con respecto al origen de las formas cristalinas de los metales. Después del descubrimiento accidental de Lemery, que no supo repetirle, encontró Carburi el medio de solidificar el ácido vitriólico; pero á pesar de Lavoisier, permaneció obstinadamente apegado á la doctrina del flogístico.

Arduino.—Juan Arduino (1714-1795), de Verona, se dedicó á trabajar en las minas de Clausen para estudiar la metalurgia y la mineralogia. Pero faltaban libros que sirviesen de guia en estos estudios, tanto que la primera obra geológica que salió á luz fueron sus *Observaciones sobre la constitucion física de los Alpes Vénetos*, donde estableció la biseccion de las rocas ígneas y sedimentarias, y distinguió las *calcinables* ó de sedimento de las *vitrescentes*, anunciando que entre las de una y otra clase se encontraban más comunmente los depósitos de

(13) *Tratado de cristalografia*, 1772.

metales, los cuales en su opinion eran sublimaciones naturales que acompañaban á la formacion de los pórfidos y de las demás producciones ígneas. Indicó tambien la conversion de la roca calcárea en roca magnésica, y estableció por tanto la division de rocas *primitivas*, de micasquisto y semejantes, anteriores á las granitoideas, impropiamente llamadas primitivas; montes de sedimento, secundarios ó terciarios, y por último, llanuras tambien de transporte. Mucho más exacto que Werner, conoció que se debia tener en cuenta en los terrenos de segundo órden, no la superposicion, sino los innumerables levantamientos, socavaciones, cortaduras, hundimientos y ruinas verificadas por las erupciones volcánicas en todos los puntos de la tierra (14). Sentó tambien otra verdad, á saber, la posibilidad de reconocer la época de la formacion por los paleoteris; pues ha sido preciso, decia, tantas épocas para la elevacion de aquellas montañas, como razas diferentes de cuerpos orgánicos fósiles existen en sus capas (15). El orígen volcánico del globo fué tambien proclamado por él antes de que Werner hiciese triunfar por poco tiempo el sistema neptuniano. El conde Marzari sentó, para refutar este último, la superposicion de los granitos al calcáreo secundario; Antonio Lázaromoro (16) sostuvo tambien y desarrolló la teoria de los levantamientos con una estension y exactitud que dejaron poco que hacer á los que le siguieron.

El conde Marsigli (1658-1730), de Bolonia, sirvió al emperador contra los turcos en obras de fortificacion y en los sitios, hasta el momento en que habiéndose rendido Brisach, después de trece dias de abierta la brecha, el consejo áulico sentenció á muerte al conde de Arco, gobernador de la plaza, y á ser degradado Marsigli, que se encontraba á sus órdenes. No pudiendo hacerse escuchar de los tribunales ni del emperador, se justificó para con el público. Dedicóse entonces á viajar y á estudiar, y fué acogido en Paris como acontece á menudo á las víctimas de una injusticia. Regaló al senado de Bolonia (1712) todas sus colecciones y su palacio, fundando en él un instituto de las ciencias. Escribió sobre el Bósforo de Tracia, sobre el engrandecimiento y decadencia del imperio otomano, y además consérvase de él, el *Danubius pannonico-mysius*, en seis tomos, en el que considera aquellas comarcas como naturalista, como arqueólogo, como hombre político, y en el que da pruebas de admirables conocimientos, aun cuando sus conjeturas han salido falsas.

Pallas.—Otros ayudaban á la ciencia con viajes. Alberto Fortis, de Padua, estudió la Dalmacia; José Olivi, de Chioggia, examinó las costas Adriáticas, y principalmente las *confervas*, nombre que se da al conjunto de filamentos separados que revisten las orillas y el fondo de las aguas estancadas. Simon Pallas (1741-1811) se dirigió al pais de los calmucos y al Asia central: habiendo coleccionado después gran número de datos, se dedicó á importantes trabajos sobre la clasificacion de los infusorios y de los zoófitos, sobre la anatomia de las vértebras, y la zoologia general y fósil, tanto que algunos le proclamaron el primer naturalista del siglo XVIII.

Habia observado Bocaccio que la montaña de Certaldo, su pais natal, estaba llena de conchas marinas (17) Encontrándose Targioni precisamente en aquel punto en casa de un tio suyo, se dedicó á coleccionar testáceos fósiles, y se aficionó á aquella ciencia, á la cual ofreció un digno tributo en su *Viaje á Toscana*. Sir Guillermo Hamilton, embajador de Inglaterra en Nápoles, estudió también con aficion los fenómenos naturales, tan numerosos en el Mediodia de la Italia, y dió cuenta de ellos á la Sociedad Real de Lóndres (1766-1779), verificándolo después en una obra aparte (18). Tuvo por colaborador á José Gioeni, de Catania, que dió á luz la *Litología del Vesubio*, emitiendo teorias é hipótesis que obtuvieron grande aceptacion. Ha dejado, además, una descripcion inédita del Etna. Su país natal, que ofrece tantas ocasiones al estudio de la naturaleza, y en el que habia despertado el gusto á aquella clase de trabajos, dió su nombre á una academia que aun existe en el dia con celebridad.

Habiendo sido preso á causa de un duelo, Deodato Dolomieu (1750-1801), caballero de Malta, natural del Delfinado, estudió en su prision la física, visitó después como naturalista el Portugal y las Dos Sicilias, y formó hipótesis sobre los volcanes en las que suponia que el sitio de la conflagracion se encontraba á una grandísima profundidad. Así como Hamilton, presenció los estragos del terrible terremoto de Calabria (1783); examinó después la forma de las montañas itálicas desde el faro de Mesina hasta la Rhetia, como tambien los materiales empleados en los monumentos de que se halla sembrada la Italia. Durante la revolucion fué profesor de la escuela de minas; acompañó á Bonaparte á Egipto; y hecho prisionero á su vuelta, escribió en los horribles calabozos de Nápoles la *Filosofia mineralógica*.

La ciencia tuvo tambien sus Cagliostros; y Thuvenel afirmó que ciertos individuos podian descubrir con ayuda de la varita adivinatoria, manantiales y minas subterráneas, aun á grandes profundidades. De este número fué Pennet, que le acompañaba; ahora bien, encontró muchas personas en Italia y en otras partes, aun entre los sábios, que prestaban fe á sus asertos (19).

Química.—La química, esta ciencia de las leyes

(14) *Ensayo de litogonia*, págs. 112, 125, 141, c. XVII.
(15) *Diario de Italia*, 1782.
(16) *De los crustáceos*, 1740.
(17) *Filocopo*, VII.
(18) *Campos Flégreos*, 1776.
(19) Entre otros Cárlos Amoretti, de Oneglia, *(Inda-*

que concierne á la constitucion íntima de los cuerpos en sus elementos, es una ciencia de análisis por escelencia; natural era, pues, que siguiese á las demás y que escitase tan vivamente la atencion, pues no sólo da á conocer una série de hechos nuevos, sino un órden tambien nuevo de agentes, cuyo poder se ejerce sobre todos los hechos conocidos. Habia permanecido siendo un conjunto de hechos sin trabazon entre sí, y no se proponia sino fines estravagantes, cuando Jorge Sthal (1660-1734), de Anspach, la sacó de sus divagaciones, introduciendo la teoria del flogístico. Las escuelas se limitaban todavia á solos cuatro elementos; pero éstos no podian servir de norma á la nueva análisis.

Scheele, farmacéutico sueco, verdadero modelo por su método de hacer esperimentos, contribuyó más que ningun otro á dar á conocer los ácidos, y describió lo menos once nuevos, entre otros el ácido prúsico. Encontró el cloro (1774) estudiando el manganeso, y le consideró como un ácido muriático privado de flogístico, es decir, de gas hidrógeno; teoria que al principio fué combatida y después vuelta á acreditar en nuestros dias por Davy, Black, de Edimburgo, discípulo de Cullen, profesor de Glasgow, que habia popularizado la química, estudió el ácido carbónico; Woodward descubrió el azul de Prusia; Bergmann el ácido sulfúrico y las aguas minerales facticias. Fahrenheit produjo un frio más intenso, vertiendo espíritu de nitro en el hielo machacado. Boerhaave adelantó los descubrimientos sobre el fuego, el calor, la luz, el análisis vegetal. Varios siguieron sus huellas destruyendo sus errores, reconociendo la combustibilidad del diamante, el fósforo, el cobalto, el níckel, el manganeso, el platino, ayudando á las artes y tratando de dar á la química una forma científica, es decir, la disposicion sistemática de los hechos.

Sin embargo, las escuelas poseian aun muy corto número de principios elementales. Geber no aceptaba como tales más que el azufre, el mercurio y el arsénico; algunos añadieron la quinta esencia, como Raimundo Lulio; Paracelso une á los cuatro elementos físicos los tres que acabamos de nombrar; además el *elemento predestinado* que resulta de la union de los cuatro elementos elementales. Nicolás Lefèvre sustituye á todo esto la *flema* ó agua, el espíritu ó mercurio, el aceite ó azufre, la sal y la tierra. Becher rechaza aquellas tradiciones al introducir la tierra vitrificable, la inflamable, la mercurial; pero éstas tambien son compuestas, y distingue ciertos cuerpos simples de un número indeterminado.

Los gases que resultaban de algunas indagaciones se referian al aire; pero Black encontró que las cualidades del gas de la efervescencia diferian mucho de él, y que la causticidad de la cal y de los álcalis procedia de la ausencia de aire fijo. Al momento se fijó la atencion en los cuerpos aeriformes. Cavendish afirma que el aire fijo (gas ácido carbónico) y el aire inflamable (gas hidrógeno) son fluidos específicos; el inglés Priestley, reconocia que el aire que queda después de la combustion, y el que procede del ácido nítrico, son enteramente diferentes (1774), y procura esplicar la composicion del aire atmosférico; Rouelle desarrolla el gas hepático en 1773; un año después se encuentra el oxígeno; Scheele considera al aire como mezcla de este gas y del ázoe; Cavendish cree existe en el agua una combinacion de oxígeno é hidrógeno; Berthollet encuentra en el amoníaco una combinacion de ázoe é hidrógeno. Esto desmentia los antiguos cuatro elementos, y destruia el sistema flogístico; Black descubria el calor latente que determina el estado del cuerpo y no se manifiesta sino por el cambio de forma; Bayen renovaba los esperimentos olvidados de Boyle y Rey sobre el aumento de peso que los cuerpos adquieren calcinándose.

Lavoisier (1743-1790). — Combinando Antonio Lavoisier aquellos dos hechos, deduce la nueva teoria de la combustion, que considera como una fijacion del oxígeno. Observando Sthal la facilidad con que vuelven las calcinaciones al estado metálico por medio de una materia grasa ó combustible, imaginó ser el principio de la combustibilidad una sustancia particular denominada *flogístico*, y que en su concepto se desprende del metal al calcinarlo, volviendo á él cuando se le revivifica. De dos caminos que se le presentaban, la casualidad habia hecho que Sthal siguiese el malo. Preocupados sus partidarios con el sistema y los nombres, descuidaron las exactas determinaciones del peso, hasta el grado de obstinarse en creer que el flogístico se separaba de los cuerpos aunque se encontrasen más pesados después de la combustion. Lavoisier reconoció como esenciales las determinaciones numéricas de la cantidad, siendo la química más que ninguna otra una ciencia de cantidad, y teniendo por teorema fundamental que nada se pierde, que nada se crea en la naturaleza, sino que todo cambio de los cuerpos depende de la adicion ó sustraccion de algun elemento. Habiendo examinado Lavoisier el aire que se obtiene de la cal de mercurio sin carbono en vasos cerrados, le encontró respirable. Sacó en consecuencia que la calcinacion y todas las combustiones proceden de que este aire, esencialmente respirable, se combina con los cuerpos, y que el aire fijo en particular es producido por su union con el carbono. Asociando esta idea á los descubrimientos de Black y Wilke sobre el calor latente, saca en consecuencia que el calor que se ha manifestado en la combustion ha sido desarrollado por aquel aire respirable, que antes se habia empleado en mantener el estado elástico.

---

gaciones históricas y físicas sobre la radbomancia) cuyo *Viaje á los tres lagos*, es digno de atencion para la época, por los conocimientos de historia natural en que abunda.

Estas son las dos proposiciones que forman la gloria de Lavoisier y el carácter de la nueva teoria química, con cuya ayuda, siempre armado de la balanza, se dedicó á combatir la del flogístico. Cavendish habia encontrado ya que la combustion del aire inflamable produce agua. Ahora bien, Lavoisier llega á descomponer aquella agua en aire inflamable, y aire respirable (20), fenómeno cuya comprobacion reconoció pronto en todos los óxidos. De esta manera estableció la verdadera base química, y consideró el oxígeno como el principal elemento, clasificando con arreglo á él á los cuerpos compuestos, y aprovechándose de los numerosos hechos descubiertos entonces por Priestley y por Scheele para explicar la combustion de los cuerpos, la respiracion de los animales y la fermentácion de las materias orgánicas. Segun su opinion, el calórico no aumenta el peso de un cuerpo: en su consecuencia le caracterizó de imponderable, y le distinguió en latente y en libre: los gases son vapores permanentes; los sólidos son líquidos destituidos del calórico latente. Añadió que la respiracion es una verdadera combustion que se verifica en el pulmon, y del que se deriva todo el calor animal.

Siguiendo á Guyton de Morveau, que libertó á la química de la charlataneria escolástica, Lavoisier propuso una nueva nomenclatura regular, en la que, por primera vez, las definiciones eran idénticas á los nombres: de esta manera daba á la ciencia nuevos instrumentos y lenguaje. Otros sábios hicieron sobre el cloro y el azufre lo que él habia hecho sobre el oxígeno; conocióse mejor la composicion de los cuerpos cuartenarios llamados sales, y las relaciones de los compuestos entre sí. Ya Mayor (*De spiritu nitro aereo*, 1678) fué el primero que esplicó de una manera racional las uniones y descomposiciones de las sales, cuando se les añade un tercer cuerpo. Newton atribuia aquellas uniones á la atraccion que se ejerce entre los átomos; Francisco Godofredo hizo sobre este asunto trabajos que perfeccionó después Bergmann (1783); y en fin, Davy ha demostrado en nuestros dias el verdadero método de aquellas uniones y descomposiciones, atribuyéndolas á la electricidad positiva ó negativa.

Berthollet (1748-1822).—Claudio Berthollet, que nació en Saboya, y era un gran esperimentador y observador, apresuróse demasiado á sacar en consecuencia de sus indagaciones sobre los productos orgánicos, que las sustancias animales se diferencian por el ázoe de las sustancias vegetales. Reconoció como inexacta la opinion de Lavoisier, de que el oxígeno es el generador universal de los ácidos, pues el cloro y el ácido prúsico desempeñan el mismo papel. Estudió los cloratos, sales terribles en su manejo, y obtuvo la plata fulminante de la combinacion del amoníaco con el óxido de plata: aplicó la propiedad decolorante del cloro al blanqueo de las telas. Sirvióse de ella al momento De Born para la cera; Chaptal, para el papel y quitar las manchas de las estampas y libros. La verdadera composicion del alumbre fué tambien descubierta por Chaptal, la cual facilitó la fabricacion de este importante ingrediente. Pronto no sólo el alumbre, sino tambien los ácidos nítrico, sulfúrico, muriático, la sal de Saturno y otras preparaciones, no se importaron de Inglaterra y Holanda, como tampoco de Andrinópolis la rubia vegetal.

Darcet (1725-1801) dió gran impulso al análisis químico por el fuego, buscando el mejor método para fabricar la porcelana. Encontró que la plata es oxidable y volátil; aumentó considerablemente la lista de los minerales fusibles, y probó tambien que el diamante se volatiliza. Notó examinando los Pirineos, que sus cimas disminuyen de altura, y proclamó que «su historia es la de todas las montañas de la tierra, y que en todas partes, tanto dentro como fuera, la naturaleza desorganiza y recompone.» Luis Brugnatelli (1751-1818), de Pavia, creyó que era necesario un suplemento á la teoria de Lavoisier, en atencion á que no daba razon del calórico y de la luz que se desarrollan en ciertas circunstancias; formó pues una teoría particular, llamada *termoxígena*.

Hízose entonces de moda la química. Lagrange, Laplace y Monge separaban sus miradas del cielo para meditar y aumentar aquellos descubrimientos; abandonaban las señoras el paseo y las brillantes reuniones para acudir á las lecciones de Fourcroy, que dividió la química en general, filosófica, metereológica, mineral, vegetal, animal, medicinal, económica y doméstica. Empleóse el espejo convexo para descomponer los metales, cristalizóse el alcohol y el éter, estudióse la capacidad del calórico y su presion; en fin, todo se hallaba dispuesto para los trabajos que han dado tanta gloria al siglo en que vivimos.

Aereonáutica.—Todas las barreras parecieron ya destruidas por la audacia humana, cuando los hermanos Montgolfier (1783) hicieron ascender globos, en los que enrarecian el aire con ayuda de un brasero sujeto á su parte inferior. El físico Cárlos y el mecánico Roberto les adaptaron un gas mas ligero, el hidrógeno, y sustituyeron el tafetan al lienzo: cuando su ascension en el campo de Marte, los cañones anunciaron á la capital de la Francia que la ciencia acababa de tomar posesion de los espacios del aire. Poco después Blanchart, al pasar de Inglaterra á Francia, pareció trastornar el órden de la naturaleza. En 1785 Pilatre y Romain trataron de combinar los dos sistemas del humo y del aire inflamable; pero éste se incendió, y cayeron precipitados. Arnoldo y su hijo verificaron una ascension en Lóndres; pero la máquina se inclinó, y el padre fué despedido á los aires; el hijo se mantuvo agarrado á las cuerdas hasta que vol-

(20) Pero antes de Cavendish habia indicado Walt la descomposicion del agua, en una carta del 26 de abril de 1783, inserta en las *Transacciones filosóficas*.

vió á enderezarse: repúsose entonces; pero se prendió fuego al globo, y cayó en el Támesis, cuya orilla ganó á nado. Aquellos desgraciados esperimentos hacian que se considerase la aereonáutica como un simple juego por ciertas personas; pero si algun escéptico preguntaba: *¿Para qué serviar?* Franklin contestaba: *¿Para qué sirve el niño que acaba de nacer?*

Aquellos descubrimientos, las discusiones de que naturalmente eran objeto, la mania de saberlo todo que dominaba á los hombres, multiplicaron en Paris los *ateneos*, reuniones en las que se daban á los suscritores lecciones fáciles, es decir, superficiales, al paso que la escuela de la perfeccion permanecia desierta en el colegio de Francia.

Electricidad.—Seguíase tambien, con el furor de la moda, el estudio de otra nueva ciencia, la de la electricidad, uno de los poderes universales, esparcidos en abundancia en toda la materia que nos rodea, y que la naturaleza parece emplear en sus más secretas é importantes operaciones. Los antiguos habian observado que cuando se frota el *electrum* ó ámbar amarillo, atrae los cuerpos ligeros, que después rechaza. Descubrióse tambien en el siglo XVI, que este fenómeno era comun á varios cuerpos, y se le llamó electricidad. Oton Guericke y Hawksbee (1709) idearon una máquina para producirla, lo que permitió á los talentos estudiarla. Las primeras consideraciones científicas con respecto á esto se deben al inglés Estéban Gray, que dividió los cuerpos en conductores y en no conductores. Reconoció tambien que si uno de los primeros se encuentra en contacto con otros del mismo género, la electricidad se disipa; pero que si está rodeado de cuerpos no conductores, es decir, aislado, la electricidad pasa por él, cualquiera que sea la distancia. Dufay demostró (1733) que los mismos cuerpos conductores podian electrizarse, con tal que estuviesen aislados. Añadió que los electrizados atraen á los demás y los rechazan; y dividió la electricidad en vítrea y resinosa, ó en positiva y negativa.

Observando Cuneus, Muschenbroeck y Allamand, que los cuerpos electrizados, espuestos al aire pierden esta propiedad, creyeron que estando terminados por cuerpos eléctricos, podrian recibir mayor carga y conservarla. De esta manera se inventó la botella de Leyden, que descargada sobre personas agarradas por la mano (1746), todas recibian el sacudimiento en el mismo instante cualquiera que fuera la longitud de la cadena. Vatson probó con la esperiencia, que le sentian igualmente y en el mismo momento dos personas colocadas cada una en una extremidad de un hilo de cerca de seis millas.

Franklin, 1706-90.—Franklin observó que las extremidades puntiagudas disipan la electricidad, y que el rayo proviene de la acumulacion de aquel fluido en la atmósfera. Combinando estos dos hechos, logró hacer sensible la electricidad atmosférica por medio de cuerpos terminados en punta, é inventó los para-rayos (21). Desde entonces los fenómenos que antes se manifestaban sólo en un momento de indomable intensidad, pudieron estudiarse detenidamente, observando sus faces sucesivas en su paso á lo largo de los conductores.

Franklin analizó después la botella de Leyden perfeccionada por Watson y Nairne: Epino demostró que las leyes del equilibrio de la electricidad pueden sujetarse á rigurosas investigaciones matemáticas. Beccaria de Mondovi aclaró la teoria de Franklin, comparando la electricidad artificial y la atmosférica; y siguiendo las huellas de Simmer y Cigna, trató de las atmósferas eléctricas, y de la que apellidó *electricidad vengadora*. Más importante aun fué la observacion de lord Mahon sobre los golpes de rechazo ó rayos terrestres, como entonces los llámaron. Valiéndose de una balanza delicadísima, debida á la *torsion* de un hilo metálico, comprobó Coulomb estas tres verdades: que la atraccion y la repulsion de los cuerpos eléctricos varia en razon inversa del cuadrado de sus distancias; que los cuerpos aislados cargados de electricidad, la pierden con arreglo á la proporcion por él determinada; y finalmente, que la electricidad se acumula toda en la superficie.

Hasta aquí los sabios, pero entre tanto la gente fina consideraba estos descubrimientos como cosa de moda: la irritabilidad halleriana y la electricidad eran el tema obligado de todas las conversaciones; todos querian experimentar en su persona el sacudimiento eléctrico, diversion que costó la vida á algunos; y los materialistas creian haber encontrado el modo de derrotar á sus contrarios;

---

(21) Los antiguos emplearon singulares medios para librarse del rayo. Cuenta Herodoto (IV, 9), que los tracios disparaban flechas al cielo cuando relampagueaba, segun él para amenazarlo. Alguno por burla quiso ver en esto la idea de los volantes eléctricos. Plinio refiere que los etruscos sabian arrancar el rayo del cielo y que lo dirigian segun les acomodaba, haciéndole caer sobre un monstruo llamado Volsa que devastaba los alrededores de Volsinio. De aquí poca instruccion puede sacarse, pues Plinio no dice que empleasen los etruscos otros medios sino los sacrificios y las oraciones. Este autor dice haber visto una medalla romana de Júpiter Elicio (el dios que despide los rayos) en que éste está representado sobre una nube, y un etrusco lanza al aire un volante. Buchoul hizo grabar una medalla de Augusto, en que se ve un templo de Juno con la cúspide coronada de astas puntiagudas semejantes á nuestros para-rayos. ¿Pero son auténticas estas medallas? ¿atestiguan un conocimiento de la electricidad ó una supersticion? (V. LABOISSIERE, *Acad. du Gard.*) Plinio mismo dice que los antiguos creian que el rayo no penetraba bajo tierra más de cinco piés, por lo cual Augusto se ocultaba cuando tronaba. El hecho se ha reconocido que es falso. Segun Hámpter los emperadores del Japon se preservan del rayo en una caverna sobre la cual hay un depósito de agua que debe apagar el fuego de la exhalacion. Pero es sabido que la exhalacion mata tambien debajo del agua, Tiberio se ponia en la cabeza una corona de laurel, porque el rayo respeta esta planta: asercion poética, desmentida por la experiencia.

explicando por la electricidad el arcano denominado *alma*.

Volta 1745-1826.—La electricidad parecia uno de los muchos puntos aislados de la filosofia, que no pueden estudiarse sino en sus relaciones internas, hasta que Alejandro Volta, natural de Como, demostró lo contrario por medio de un descubrimiento supremo. Después de haber inventado el *electróforo perpétuo*, luego el *condensador*, y últimamente un electrómetro más esquisito, se dedicó á investigar la electricidad atmosférica, y la formacion del granizo, de las auroras boreales y otros varios fenómenos; mas aunque hábil experimentador, no poseia un espíritu filosófico capaz de establecer teorias exactas, y de aspirar al rigor matemático, ni acertó nunca con la verdadera teoria del electróforo y del condensador, ni con la verdadera causa que produce ó impide el desarrollo de la electricidad en la evaporacion del agua; así es, que sus hipótesis no obtuvieron la confirmacion de los hechos.

Galvani 1737-1798.—En tal estado las cosas, Luis Galvani observó en Bolonia cierto movimiento muscular en ranas muertas sometidas á la accion de un conductor eléctrico, cuando éste se descargaba. Anatómico y no físico, se persuadió de que existia una electricidad animal diferente de la otra. Creyóle el público; los materialistas esperaron ver descubierto el agente físico por el cual los cuerpos esteriores obran sobre el cerebro y revelarse los misterios de la sensibilidad. Los filósofos crearon sistemas para esplicar el hecho. Pero renovando Volta sus esperimentos, sospechó que las partes animales fuesen sólo pasivas, y que los metales obrasen sobre ellas como estimulante esterior. Varió el método de esperimentacion, separó los músculos y los nervios, á los cuales sustituyó fieltros que colocó entre discos de cobre y zinc, y obtuvo los fenómenos eléctricos (1794), aumentó los pares metálicos, y de esta manera se formó la pila que tiene su nombre; instrumento el más poderoso del análisis químico.

Volta sobrevivió treinta años á su descubrimiento, sin añadir nada á él y hasta sin aplicarle. Durante aquel tiempo, Ritter, Carlisle y Davy le empleaban en la descomposicion del agua, dando así nacimiento á la química moderna.

Medicina.—Los estravíos y progresos de las ciencias naturales se dejaban sentir en la medicina, arrastrada como se encontraba por sistemas estraños á ella: astrológica con Paracelso; química y mística con Van-Helmont; exclusivamente química con Silvio; mecánica con Borelli y Boerhaave, pronto se hizo espiritualista.

Boerhaave.—Habiéndose aficionado el holandés Hermann Boerhaave (1668-1738) á Hipócrates, cuando estudiaba las matemáticas y la teologia, se dedicó enteramente al arte de la medicina. Después de las *Institutiones medicæ*, publicó los *Aphorismi de cognoscendis et curandis morbis* (1709), obra recomendable por su estilo y método en que con forma concisa reune los dogmas de su ciencia. Inspiró el gusto á la observacion; pero se entregó demasiado á esplicaciones mecánicas y matemáticas, en las que, segun la costumbre de la época, concedia demasiado á la hipótesis. Nacido muy pobre, dejó cuatro millones á su hija única.

Sthal.—Ya los antiguos habian reconocido la imposibilidad de esplicar los seres orgánicos por medio de la materia inorgánica; otros habian proclamado la influencia del alma, sobre varias acciones de la vida vegetal é involuntaria. Swammerdam desechó la division de los músculos en voluntarios é involuntarios; el arquitecto Perrault admitió el imperio del alma sobre varios movimientos que, gracias á la costumbre, parecen verificarse sin conciencia. Pero viendo Jorge Stahl, de Anspach, que esperimentamos diferentes sensaciones y verificamos diferentes actos sin pensar en ellos, aseguró que las funciones involuntarias son ejecutadas tambien por el alma; citó como prueba los deseos en los fetos, y sostuvo tal vez por ambicion de sistema, que el principio espiritual es el único soberano y el director supremo de los fenómenos, aun de los que no se notan, de la economia animal.

La consideracion de las causas finales, dice en la *Theoria medica vera*, es la más oportuna, y la verdadera fisiologia consiste, no en aplicar las doctrinas físicas á la esplicacion de los cambios corporales, sino en desarrollar las leyes y el organismo por los cuales se efectúan los movimientos vitales. La materia del cuerpo se corromperia, si no la preservase el alma, que hace vivir á este cuerpo, no por su simple union con él, sino por una accion mecánica física, es decir, por la espulsion de las materias agotadas, y la asimilacion de las nuevas. En el ejercicio de sus funciones vitales y nutritivas, el alma obra como en las pasiones violentas cuando no reflexiona en lo que quiere, y se preocupa únicamente en conseguir su objeto. Los órganos son los instrumentos del alma; pero no basta tener conocimiento general de ellos, y las precisiones anatómicas proporcionan pocas luces al médico, que debe, por el contrario, estudiar los movimientos y las causas finales. De esta manera sabrá que la enfermedad es una penosa lucha del alma contra las causas morbíficas. Si la lucha se verifica con toda regularidad, el médico se sujetará á una prudencia expectante (*Ars sanandi cum expectatione*); sino, recurrirá á los medios que la esperiencia ha enseñado como propios para moderar ó provocar las reacciones medicatrices del alma.

Esto era un producto de las filosofias de Descartes y Malebranche; pero cuando Leibniz objetó que el alma inmaterial no podia obrar sobre el cuerpo sino por medios mecánicos, Stahl eludió la dificultad suponiendo que el alma era una cosa material. Podríamos oponerle los efectos orgánicos que se encuentran tambien en el reino vegetal, y no pueden ejercitarse por un alma, en el sentido ordinario de esta palabra.

Así era, que mientras que los sectarios de Boer

haave sostenian que la naturaleza viva se encontraba sujeta á las leyes de la física, los fisiologistas se ceñian á este *animismo*, desacreditando las esplicaciones mecánicas y químicas; y esto, tanto más cuanto que Stahl deducia prácticas racionales de sus quiméricas premisas. En Inglaterra, donde la mayor parte de los médicos seguian el empirismo de Sydenham, los hiatromatemáticos conocieron que ciertas cosas se escapaban tambien á los cálculos de Newton; lisonjeáronse, pues, de reducir por medio del animismo las fuerzas fisiológicas y patológicas á un centro único, como Newton lo habia conseguido por medio de la fuerza física. De esta manera nacia la lucha entre las antiguas y las nuevas teorias, entre el sistema psicológico y el mecánico y químico, de los cuales los unos materializan y los otros espiritualizan la medicina.

Hoffmann.—El primero que la sometió á una fuerza más apropiada á su naturaleza fué Federico Hoffmann (1660-1742), de Halle, cuyo sensibilismo orgánico corresponde al sistema de Leibniz que eleva las fuerzas de la materia hasta igualarlas con las intelectuales. Claro y exacto, de una erudicion amena y moderada, grande aceptacion obtuvieron sus ideas; pero cuando se reflexiona sobre ellas, se conoce que carecen de base sus proposiciones. El cuerpo humano, segun él, ejerce sus movimientos por medio de fuerzas materiales que obran con número, peso y medida: son mecánicas y dependen de fundamentos matemáticos; algunas tienen mayor actividad, gracias al *alma sensitiva*, materia de una delicadeza y energia singulares, éter universalmente esparcido que se encuentra separado de la sangre, sobre todo en el cerebro, y da orígen á todos los movimientos y á la accion de los órganos animales.

Atribuyéndolo todo al alma sensitiva, refutaba á Stahl, que creia que todo pertenecia al alma racional, sin conocer que las mismas razones destruyen su teoria, escepto en que el alma de Stahl obra sobre la máquina humana con la reflexion y la suya por leyes inalterables. Pero como la filosofia de entonces rechazaba lo que era sobrenatural, se concedia á los cuerpos la existencia de un principio, que no es ni materia ni alma: y al que se le llamó *fuerza vital*. Misteriosa era su existencia, pero hizo que se multiplicaran los esperimentos respecto de su accion sobre los nervios, contentándose los médicos con estudiarla en sus efectos sensibles.

Baglivi.—Jorge Baglivi (1669-1707), de Ragusa, exacto observador, adoptó el sistema del solidismo, dividiendo las enfermedades en tres clases: aquellas en que los sólidos tienen una energia escesiva; aquellas en que tienen poca, y en fin, en las que se encuentra exhuberancia en unos y relajacion en otros; teorias que carecian de exactitud, pero ofrecian motivo á miras elevadas, sin las cuales no se abraza el conjunto de una ciencia.

Haller.—Una fuerza fundamental de las fibras, que obra independientemente de los espíritus vitales, admitida ya por algunos como hipótesis, se redujo á sistema, llamado de la *irritabilidad* por Alberto Haller (1708-1777), de Berna; y éste fué el último golpe que se dió á las teorias mecánicas de Boerhaave. Encontró después de muchos esperimentos, que en los órganos provistos de fibras musculares, la irritabilidad obra sin cesar, y escluye de ella á los nervios, cuya fuerza se encuentra subordinada á la voluntad. Negó que éstos trasmitiesen las sensaciones, vibrando como una cuerda de clavicordio, en atencion á que son movidos, y que aun cuando pudieran oscilar lo impedirian los ganglios. Por el contrario, admite en ellos un fluido vital, que parecia probado por los esperimentos de Hill, de Lœvenhœck y de Ledermuller. De esta manera fijó la atencion en el estudio de las fuerzas fundamentales del cuerpo animal, y se encontraron en presencia unos de otros los tres sistemas. El uno negaba la irritabilidad, el otro la sensibilidad y el tercero su distincion: otros diferian en las partes á las cuales se atribuian. La insensibilidad de los tendones fué sostenida por Tissot, de Lausana; Moscati, de Milan, y Borsieri, de Trento, que fué el primero que aplicó entre los modernos con exactitud, la irritabilidad de Haller á la teoria de la inflamacion, destruyendo las antiguas hipótesis de la obstruccion, y esponiendo sin presuncion escelentes observaciones. Los hallerianos se habian fundado principalmente en que no se encuentran nervios en el corazon, que sin embargo, es el órgano más irritable; pero Antonio Scarpa se los presentó, y les hizo ver que no diferian en nada, en su estructura, de los músculos sujetos á la voluntad. No se podia, pues, sacar en consecuencia que el corazon tuviese una irritabilidad independiente de los nervios cardiacos, y sí á lo más, que éstos no influyen absolutamente en sus movimientos.

Después de haber reducido Guillermo Cullen, profesor de Edimburgo, á un verdadero sistema el estudio de los nervios, hizo derivar la fiebre y la inflamacion de las alteraciones de la irritabilidad. De la Escocia y la Irlanda se estendió por toda Europa la doctrina que escluye las enfermedades humorales y hace depender de la fuerza nerviosa los fenómenos de la vida. El toscano Vacca Berlinghieri, aunque en parte refuta á Cullen, sosteniendo que los humores circulantes no pueden ser sometidos á la corrupcion sino fuera de los vasos naturales, y que las alteraciones de los cuerpos, salubres ó perjudiciales proceden de la reaccion de los sólidos sobre los fluidos suscitada por una necesidad física; principio del puro dinamismo y de la escitabilidad de los modernos.

Bichat.—Javier Bichat (1771-1802), de Toirette, dejó al morir, aunque aun era jóven, tres obras capitales: las *Indagaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte;* la *Anatomia general aplicada á la medicina y á la fisiologia*, y un *Tratado de anatomia descriptiva*, no terminado. Distingue la vida animal y la vegetativa, y pretende establecer

la fisiologia sobre la teoria de las propiedades vitales; quiere que no sólo haya desemejanza entre los fenómenos vitales y los fisioquímicos, sino tambien oposicion. Aunque esta doctrina no pueda sostenerse, sus observaciones sobre los moribundos, en quienes estudió la manera cómo cesan las funciones de las dos vidas, son de grande interés. En la anatomia general redujo á ciencia la histologia humana.

Bordeu.—Teófilo Bordeu (1722-1777) estableció los fundamentos de la vitalidad en el organismo, abriendo el camino á la escuela fisiológica, que se generalizó luego en Francia. «El cuerpo animal, dice, resulta de un conjunto de órganos y partes que conspiran al mismo objeto; de esta manera la vida que se deriva de ellos es el conjunto de las vidas especiales de los órganos particulares; su mútua armonia dará el estado normal; una desproporcion producirá el estado morboso. El cerebro, el corazon, el estómago son los tres centros de la vida; debe pues, el patólogo dirigir su atencion sobre las funciones de estos órganos, sobre sus vicios y sus perturbaciones.» Bordeu se adelantó así á Broussais. El pulso es considerado por Bordeu como el indicador infalible de los accidentes más particulares, hasta del sitio y de la cualidad del órgano enfermo, como tambien del emuntorio que debe abrirse á la materia morbosa.

Pablo Barthez (1734-1806) fundó la medicina en el principio vital, porque veia por todas partes fuerzas sensitivas, fuerzas tónicas y fuerzas motrices, regidas por leyes especiales y diferentes. En su concepto, la accion de los medicamentos procede del movimiento impreso á estas fuerzas; el calor natural es producido por este movimiento; la salud es el ejercicio regular de las fuerzas vitales, y la enfermedad resulta de la falta del equilibrio.

Sin embargo, los descubrimientos ó la moda producian nuevos sistemas. Cuando se renovó la química, la quimiatria recobró vigor, y se pretendió hacer servir aquella ciencia de base á la teoria de las enfermedades y de los medicamentos. Pero aunque ilustrase la accion de la naturaleza sobre los séres vivos y los cuerpos orgánicos, era demasiado avanzar el pretender que esplicara la vida.

Los progresos de la química parecieron oportunos á La Mettrie para sostener el materialismo. Tronchin, de Ginebra, alabado por los enciclopedistas, consultado por la alta sociedad, fué materialista: burlándose de los vapores, á la sazon en moda, sostuvo la vacuna y favoreció la higiene popular; era partidario de la práctica más bien que de las teorias.

La obra de Pedro Cabanis (1757-1808) (*Relaciones de lo físico y de lo moral del hombre*) está escrita en el mismo sentido. Viendo á los filósofos descuidar la física y á los médicos la moral, creyó poder reunirlos. «Con un vaso de vino bueno, decia, haceis á un hombre valiente: si la naturaleza esterior fuese, pues, siempre una madre previsora, nuestras facultades podrian adquirir un gran acrecentamiento, así como nuestras costumbres, modificadas por el sexo, por la edad, por el temperamento, podrian llegar á ser escelentes con ayuda del hábito.»

Cuando se encontró la electricidad, varios médicos la aplicaron á la fisiologia, y le atribuyeron las funciones que comunmente se atribuian á los espíritus vitales. Mucho esperó de ella la medicina, y el veneciano Pivati creyó que se podria sacar con ella partido de los medicamentos sin introducirlos en el cuerpo, y sin más que meterlos en botellas de cristal electrizadas. Otros la emplearon con mejor sentido en la parálisis, á despecho de Haller. Giulio, Candi, Vasalli y otros piamonteses se valian mucho de la electricidad.

La creencia en los espectros y en los hechiceros no sólo existia entre el vulgo; Wedal y Hoffmann creian aun en las enfermedades de los endemoniados y en los hechizos, así como los jansenistas en los convulsionarios de San Medardo. El padre Gassner, de Bludenz, en el Tirol, padecia de dolores de cabeza y los supuso obra del demonio. Dedicóse, pues, á leer todos los libros de exorcismo; ejerció después el arte que habia aprendido, curando en nombre de Jesus á los poseidos, los *obsesos* y los *circunsesos*. Llamóle el obispo de Ratisbona para hacerle capellan de honor; pero en 1775 recibió de la corte de Viena la órden de despedirle. Juan Schröpfer, de Leipzg, engañaba á la vista por médio de efectos de óptica.

Mesmer.—Aquella alabada filosofia no libertaba, pues, de las ilusiones á los sabios ni á los pensadores. Antonio Mesmer (1734-1815), de Merseburgo, que se habia dedicado á cultivar las teorias nerviosas, pretendió probar que los planetas influyen sobre los nervios, y aplicó en Viena el iman á obtener curaciones. Pero habiéndole acusado un fraile llamado Hell, de que curaba las enfermedades de la misma manera que él y de que le habia robado su método, Mesmer declaró que no habia necesidad del iman y que bastaba el magnetismo animal escitado por el tacto practicado de cierta manera. Muy en boga estuvo aquel método: distinguidos sabios le desaprobaron, pero sabios no menos afamados le sostuvieron; y Mesmer adormeció, curó la opilacion y devolvió la vista. Curó una oftalmia al profesor Bauer, de Viena; una parálisis al director de la academia de Ciencias de Berlin. Hombre hermoso, elocuente é inspirado, sedujo las imaginaciones. El principio único de todas las enfermedades, proclamado por él, pareció admirable, y todos aplaudian en Viena á aquel amigo de la humanidad, que prometia emanciparla de los médicos.

Pero cuando surgieron los contradictores, cansado Mesmer se alejó; y recomendado por el ministro al embajador de Austria, se dirigió á París. Allí creció su reputacion como todo lo que es de moda. Acudieron á sus asambleas, en las que

magnetizó, unas veces aisladamente con los procedimientos comunes, otras á varias personas juntas, haciéndoles formar la cadena, en la *cámara de las crisis* al rededor de una pila, de la que salian varillas de hierro, por las cuales llegaba el magnetismo á las personas. El médico Deslon se hizo su apóstol variando sus procedimientos; el marqués de Puysegur le dió á conocer en Soissons, en Bayona, en Burdeos, y fué el primero que observó la excitacion intelectual y la doble vista. Los adeptos fundaron la *Sociedad de la armonía* para estender el mesmerismo (22).

Las nuevas formas, bajo las cuales el magnetismo animal se ha reproducido en nuestros dias, no permite tratarle con desprecio; pero acaso actualmente y bajo su aspecto científico, le perjudica el haber servido entonces para ilusiones y charlatanerias. Mesmer encontró muchos sectarios en Alemania, donde las enfermedaces atribuidas al demonio eran en gran número, y muchos los taumaturgos y los energúmenos. Sellé, médico muy erudito, declaró después de muchos esperimentos en el hospital de Berlin, que es posible procurar, con ayuda de fricciones, un sueño artificial, durante el cual ciertos individuos hablan de las cosas de que no podrian dar razon despiertos, y que perciben mejor ciertas alteraciones en su propio cuerpo; pero que es poco verosímil que contesten á preguntas sobre materias que les son desconocidas, y en su consecuencia sobre los medicamentos que les convienen (23).

Otros en lugar de entusiasmarse con los sistemas se sujetaron á la observacion y al método esperimental: así obtuvieron buen éxito Zimmermann en su obra (*De la esperiencia en medicina*) en un estilo popular y claro, con la que combate sin cesar las hipótesis arbitrarias (24); Juan Senebier (25), cuyas reflexiones prácticas son ingeniosas y sólidas, y aun más Juan Jacobo Wepfer, que en sus *Indagaciones sobre la cicuta acuática* abrió el camino á los esperimentos sobre el efecto de los medicamentos heroicos (26).

En Italia no hubo escuelas originales sino mucho estudio y sensatez. Miguel Rosa, de San Leo, en su *Ensayo sobre las observaciones químicas*, y aun más en el *Ensayo sobre los contagios*, rechazó las hipótesis en moda para sujetarse á la esperiencia, aunque no sabe librarse del todo de la indagacion de las causas primeras de los fenómenos morbosos. Adelantó á varios modernos en los esperimentos sobre los zumbidos del oido y pulsaciones de las venas, reconociendo en los humores una fuerza elástica. Beccari, que continuó la gloria de los ilustres médicos de Bolonia, escribió sobre los fósforos, y disipó el prestigio que tenian ciertos casos de abstinencia perpétua (27). Tambien se ilustró en Bolonia el profesor de obstetricia Galli, y en Roma el anatómico y litotomo Flajani. Antonio Cocchi, de Mugello, anticuario y bibliotecario, se aficionó en un viaje que hizo á Lóndres á las opiniones extranjeras que proclamó en su patria, no sin gran oposicion. Espuso con prolijidad las miserias del matrimonio, y las doctrinas de Pitágoras sobre los alimentos. Encontraba en los baños de Pisa un remedio á todos los males, aun á los más opuestos y tenia de sí mismo tan elevada opinion, que escribió en más de cien tomos todas las circunstancias frívolas de su vida. Pasa sin embargo por buen observador en medicina y cirujia.

La universidad de Módena citaba con orgullo los nombres de Scarpa, Spallanzani, Venturi, Spezzani. La escuela de Padua produjo escelentes maestros, gracias á Mazini y á Michelotti, que sin embargo se inclinaban á las doctrinas matemáticas. La costumbre de llevar al discípulo á la cabecera del enfermo la introdujo Juan Bautista Montano, de Verona, desde 1543, y fué seguida por Bottoni y Oddo, pero como consejo particular; en fin, en 1764 fundó la república de Venecia en aquella universidad, una cátedra de medicina esperimental.

Farmacologia.—La polifarmacia y los específicos dominaban en los remedios. Hoffmann acreditó algunos, como las aguas minerales, el higado del azufre volátil y el licor anodino. Alabó mucho el vino, los ferruginosos, el alcanfor y la quina, que estaba desacreditada, sobre todo en Italia; propinaba la sangria, aun por precaucion, y preferia las sales neutras á los purgantes drásticos.

El gobierno francés compraba, con una generosidad digna de servir de ejemplo, los remedios secretos para hacerlos públicos. El célebre secreto de Tabor ó Talbor fué comprado en 2.000 luises, sin contar una renta vitalicia de 2.000 francos. Helvecio vendió en 1.000 luises un remedio para la disenteria, que se encontró ser la ipecacuana.

---

(22) Cuando Mesmer estaba más en boga, el abate José Simon Canini, veneciano, imprimió una disertacion para probar que él se habia anticipado á hacer el descubrimiento, y que habia enseñado al médico judio Laudadio Cases, de Mántua, á obtener con los efluvios magnéticos admirables curaciones. No era hombre vulgar, y el senado veneciano le señaló 10 ducados al mes por haberle ofrecido una calamita artificial y una aguja inclinatoria.

(23) *Conspectus rerum quæ in patologia medicali pertractantur.* Has, 1789-1790.

(24) Cuéntase que Federico II, que no habia creido mucho en la medicina, preguntó á Zimmermann, cuando se le llamó para su última enfermedad: *¿Cuántos hombres habeis muerto?* y que el doctor le contestó: *No tantos como vuestra majestad.*

(25) *Arte de observar.*

(26) Entre los empíricos afamados de aquel siglo, citaremos á Vitali, Buonafede y Busetan (1686-1745), que se hacia llamar el Anónimo, y hacia maravillosas curas. Obtuvo reputacion y títulos que le indemnizaron del de charlatan, que otros le daban. Publicó varias obras con títulos raros, como ésta, por ejemplo: «*Operibus credite.* Facultades, uso y dósis de los doce secretos contenidos en la caja medical, distribuida por el Anónimo,» Palermo, 1726.

(27) *De longis jejuniis.*

Los franceses introdujeron el uso de esta sustancia; los alemanes el de la árnica; los italianos el de la valeriana. Aprendióse sucesivamente á emplear la cicuta, la belladona, el beleño, el acónito, el agua del laurel de rosa, la digital, la casira, de que se servian los habitantes de Surinam para las debilidades de estómago; el líquen de Islandia, y otros muchos remedios que de vez en cuando adquieren fama para ser pronto abandonados.

El opio habia sido ya recomendado por los químicos del siglo XVII, y el ejemplo de Sydenham, Hoffmann y Morton que hizo se emplease en todas las inflamaciones que se creian producidas por astenia. Como acontece con todos los remedios nuevos, sus partidarios le creyeron bueno para todos los males; pero la mayor parte eran de parecer de que obraba más bien sobre los fluidos que sobre los nervios y como seditivo, mientras que Brown sostenia la opinion contraria. Al tratar Miguel Sarcone de las enfermedades particulares en Nápoles, declaró eficaz su uso en las astenias y en las afecciones convulsivas sintomáticas. La farmacopea hizo mayor número de adquisiciones en el reino mineral, gracias á los progresos de la química. Abandonáronse las píldoras, los corales, el unicornio fósil, el benzoar, la madreperla, los diamantes, las tierras silíceas y arcillosas; sustituyéndoles con los solubles, como la magnesia, recomendada por Hoffmann, la cal, y los álcalis contra los cálculos; el fósforo, las preparaciones de antimonio, sobre todo el tártaro emético, el kermes mineral, las flores de zinc, el azúcar de Saturno, diferentes preparaciones de mercurio, y el muriato de barita para las afecciones de las glándulas.

El francés Duran enseñó con charlataneria el uso de las mechas emplásticas para las estrecheces de la uretra, á las cuales se sustituyeron después las de goma elástica, inventadas en 1779 por Bernard. Se habian ya sustituido en la operacion de la piedra al pequeño aparato de Celso el grande del cremonés Juan Romano y de Mariano Santo de Barletta, y después el método de la seccion por el costado, del cartujo Jacobo Beaulieu, mejorado por el holandés Raw. Cuando se divulgó lo que al principio habia sido un secreto, se simplificaron los instrumentos, y se perfeccionaron por el padre Cosme (Juan Baseillac) de Pouy-Astruc, inventor del litutomo. No fijaba precio á sus operaciones; y como las personas ricas le retribuian con generosidad, fundó con el producto de aquellos regalos un hospital especial para los enfermos de cálculos. El florentino Nannoni simplificó tambien las curas quirúrgicas, que cesaron de ser arte de charlatanes.

Concedióse mayor atencion á las enfermedades particulares: distinguióse la escarlatina del sarampion. Dedicáronse mucho á examinar la miliar, que se estendió con un carácter epidémico, como tambien la angina epidémica (crup), que Juan Millar distinguió del asma espasmódico. Aconteció lo mismo con las convulsiones que se atribuyeron al uso del trigo adulterado. Estudióse tambien con cuidado la raquitis y el cretinismo, la debilidad crónica, el espasmo facial, después la pelagra de 1770 en el Milanesado, y el mal de la rosa en los valles de Orvieto. Otros médicos viajaron para examinar las enfermedades de los climas remotos, entre otras la terrible fiebre amarilla de América, desconocida aun en Europa.

Viéronse reproducir varias enfermedades que los médicos tenian por epidémicas á ejemplo de Sydenham. Presentóse varias veces la peste, como en 1708 en Prusia y Alemania, en Marsella en 1721, en la Ucrania en 1737, en Mesina en 1743, en Transilvania en 1755, y en las provincias suecas limítrofes de la Rusia, en 1771. Sin embargo, poco á poco se introducia mayor exactitud en los cordones y lazaretos, aunque no faltaban entonces personas que asegurasen que la peste era epidémica. La *influenza* se cebó en Inglaterra en 1767; después en 1782 en una gran parte de la Europa.

Otros médicos quisieron hacer servir para el diagnóstico un exámen profundo del pulso, subdividiendo sus variedades hasta el infinito (28), ó la auscultacion sobre el tórax dando en él con el dedo; medio propuesto por Leopoldo Auerembrugger (Viena, 1761) para reconocer los vicios del pulmon, fenómenos sometidos en el dia á la nueva semeiótica de la estetoscopia.

Anatomia. Morgagni.—Cuanto más se conoció la importancia de la anatomia patológica, más se estudió con circunspeccion é imparcialidad. Portal, en la *Anatomia medical*, habia añadido á la descripcion de los órganos en el estado natural la de sus alteraciones. En esto es en lo que sobresalió Juan Bautista Morgagni (1682-1771), de Forli, profesor en Padua, aunque parecia que no daba más que una esplicacion, y que no era más que una continuacion del miserable compendio de Bonnet, que habia reunido en el *Sepulcretum* las observaciones patológicas de sus predecesores, mas él añadió muchas suyas, como tambien las de Vasalva. Manifestó respeto á sus antepasados, sin idolatria y sin ocultar los errores en que habian incurrido por haber aplicado al hombre las observaciones hechas sobre los animales. Indagó el sitio y orígen de los males más ocultos; y aunque se critica la prolijidad de sus historias, como tambien su disposicion arbitraria segun los síntomas predo-

(28) Bordeu y el español Solano de Luca contribuyeron á perfeccionar el conocimiento del pulso; y puesto que hemos hecho mencion de otras estravagancias científicas que divirtieron ú ocuparon á nuestros padres, citaremos al célebre médico Hivi-Kiu, que se encontraba en el colegio de los chinos en Nápoles, y adivinaba por el pulso las enfermedades pasadas y futuras. El hábil doctor Cirillo, que fué después víctima de las reacciones políticas en 1799, iba, dicen, á visitarle á menudo, y se admiraba de sus diagnósticos.

minantes, nadie habia asociado en tanto grado como él la anatomia á la patologia (29).

La anatomia hizo no medianos progresos. El holandés Camper, que pereció en la revolucion de 1787, demostró la existencia del aire en las cavidades internas del esqueleto de las aves, señaló tambien las variedades naturales de la especie humana, y los caractéres sacados de la conformacion de los huesos de la cabeza y del ángulo facial, por cuyas reglas clasificó después Blumenbach las razas humanas. Tylor hizo escelentes observaciones sobre la estructura del ojo y sobre la catarata; el escocés Hunter sobre el útero en el estado de preñez. Bianchi, de Turin, opuesto á Haller, estudió el hígado, y suscitó con respecto á él una controversia con Morgagni. Malacarne, de Saluzo, fijó su atencion sobre el cerebelo humano, y fué uno de los primeros que conoció la importancia de la anatomia comparada, á cuya ciencia se dedicó tambien Jacobo Rezia, profesor en Pavia. Fundóse en aquella ciudad la escuela práctica de cirujia por Antonio Scarpa, de Friul. Trabó amistad en Paris con el célebre litotomista fray Cosme, en Lóndres, con los dos Hunter y con Pott, príncipe de los cirujanos, y observó las inyecciones verificadas entonces en aquella capital en personas linfáticas. Félix Fontana, que escribió sobre el veneno de la víbora, sugirió á Pedro Leopoldo la idea del Museo físico de Florencia, y fué llamado á Austria para establecer el de Viena, cuyas figuras de cera se admiran en el dia.

Muchos médicos á fines del siglo continuaban las investigaciones fisiológicas de Haller, limitándose como él á la estructura visible de las partes. Otros asociaban á ellas más anatomia, pidiendo á esta ciencia las pruebas de la irritabilidad. Los trabajos de Sœmmering y Monro sobre el cerebro y la médula espinal, de Vicq d'Azyr y de Scarpa sobre el oido y sobre el olfato, son clásicos en este género. Cruikshank y Mascagni se ocuparon del sistema de los vasos linfáticos, ya descubiertos por Aselli, Rudbeck y Bartolino, probando que existen en todos los cuerpos, y que absorben todos los líquidos animales, escepto la sangre, y que no desembocan todos en el canal torácico. Publicóse, después de la muerte de Mascagni su *Anatomia* para el uso de los que estudian la escultura y la pintura, como tambien el *Prodromo de la gran anatomia*, en el que representó con exactitud y de tamaño natural todas las partes del cuerpo.

El sistema de los humoristas declinaba cada vez más desde que los descubrimientos anatómicos y fisiológicos habian hecho residir la accion vital en las partes sólidas, y depender de ellas la circulacion de la sangre y la secrecion de los humores. Entonces nació el sistema del escocés Brown, segun el cual la salud consiste en una cantidad regularizada de fuerza vital, cuyo exceso ó falta produce las enfermedades. Estas son sólo, pues, de dos clases: las unas en que hay acumulacion de principio irritable (*esténicas*), y las otras en que hay debilidad (*asténicas*); el opio es para estas últimas el remedio soberano.

Frank.—Este sistema fué combatido por Hufeland; adoptóle José Frank (1745-1821), pero no ciegamente: observando con calma y circunspeccion, dió á luz en su *Método para tratar de las enfermedades del hombre*, hermosas descripciones y una escelente introduccion á la patologia y á la terapéutica. Tambien publicó un curso de higiene médica, servicio en que se ocupaban entonces los gobiernos, y al cual pertenecen los socorros que se deben administrar á los ahogados. El inglés Goodwyn demostró que la muerte procedia, en este último caso, de la falta de oxígeno; después Grocy perfeccionó el aparato para la introduccion del aire vital. Se puso coto á los entierros precipitados, estableciendo los cementerios á descubierto y fuera de los puntos habitados. Venel, del cantón de Berna, introdujo métodos ortopédicos. Pasta, de Bérgamo, espresó la idea de que la filosofía se asociase al arte de curar, en su libro *Del valor en las enfermedades*, y en el *Galateo* (30), en el que trata de hacer que los médicos adquieran la austeridad de modales y la prudencia en los sentimientos, indispensables á aquel que se acerca á la humanidad doliente.

---

(29) El senado de Venecia aumentó su pension hasta dos mil doscientos cequíes. Hubo en el trascurso de aquel siglo otros ejemplos de generosas remuneraciones, sobre todo de parte de la república veneciana.

(30) La *Política del médico*, por Alejandro Knipp's Macooppe, profesor de Pádua, es una obra del mismo género; en ella dice, en cien aforismos latinos, los medios y hasta los artificios á que debe recurrir el médico para adquirir crédito. Comienza de esta manera: *Omnis medicina à Deo est... Ars nostra sine religione vel impia vel nihil... Sanctos venerare, religionem illustra, non obnubila... Impium horrendumque est œmulum invidumque virtutis Deum credere.*

CAPÍTULO XXXVI

LUIS XVI.

En medio de las escandalosas miserias que la Francia tuvo que deplorar en el reinado de Luis XV, que parecia haber reasumido la innoble licencia y el profundo egoismo del siglo, los ojos se dirigian con amor hácia el delfin. Complacíanse en repetir sus rasgos de bondad, palabras características, con una benevolencia que se acercaba á la sátira. Divirtiéndose un dia en dibujar magníficos jardines y palacios, como oyese á los cortesanos elogiarlos: *Su verdadero mérito*, dijo, *consiste en que no costarán nada al pueblo, pues nunca se harán.* Habia dicho al embajador de España: *Para que un príncipe pueda disfrutar de los placeres de la mesa, es preciso que tenga seguridad de que en aquel mismo dia ninguno de sus súbditos se acuesta sin cenar.* Queriendo su padre aumentar su pension, le respondió: *Mejor quisiera que disminuyesen los impuestos en igual cantidad.* En una cacería evitó pasar por un campo sembrado; y como los aldeanos cantasen en su alabanza por aquel motivo: *Estas buenas gentes*, dijo, *nos agradecen hasta el mal que no les hacemos.* Cuando nació su hijo, la ciudad de París destinó 600,000 libras á los fuegos artificiales, mas él propuso emplearlas en dotar seiscientas doncellas. Los contratistas y recaudadores generales aumentaron aquella suma con sus donativos, y en un solo dia se verificaron setecientos setenta y seis matrimonios, además de los que resultaron por los dotes que á ejemplo de la corte hicieron los señores.

El delfin era, pues, un tipo de aquella filantropía que se ostentaba entonces embellecida además en él por la religion, que todos los dias veia disminuirse el número de los creyentes. Parecia, pues, nacido para conciliar las personas piadosas y los filósofos, y prometer una era de felicidad, de moral, de economía y de religion. Pero murió á la edad de treinta y seis años (1765), dejando tres hijos, el delfin, el conde de Provenza y el conde de Artois, que fueron después Luis XVI, Luis XVIII y Cárlos X.

El mayor de estos príncipes habia sido educado en sentimientos de piedad que contribuyeron á hacerle tímido, y á inspirarle disgusto hácia los hombres y los negocios, como lo deseaba la du Barry. Adquirió instruccion, pero no la que da la energía; se ocupaba en trabajos de albañileria y cerrajería. Como al traducir la vida de Cárlos I, por Hume, habia leido que aquel príncipe murió en el cadalso por ponerse á la cabeza de los nobles, creyó que el medio de sujetar á los descontentos era usar condescendencia. La alianza entre la Francia y el Austria, obra maestra de Kaunitz, se habia verificado á pesar de la repugnancia de la nacion que recordaba la eterna rivalidad de aquella potencia, las devastaciones de aquel pais por los austriacos, el cautiverio del rey y las turbulencias causadas por la Liga. La víctima espiratoria de aquellos odios fué María Antonieta, hija de María Teresa, casada con el delfin. Perecieron, en las fiestas de su matrimonio, gran número de personas, por el innumerable gentío que atrajeron los fuegos artificiales: algunos hacen ascender el número á trescientas, y otros á mil doscientas: deplorable hecatombe, de que no dejaron de sacarse siniestros augurios. María Teresa inspiraba á la futura reina de Francia los sentimientos altaneros de que ella misma estaba animada, lo que hacia decir á los franceses que la delfina tenia el corazon austriaco. Al mismo tiempo, viva y caprichosa, desconsolaba á su servidumbre por sus infracciones de las reglas rigurosas de la etiqueta (1). La du Barry y sus

(1) El señor de Barante dice de Maria Antonieta en su noticia sobre el conde de Saint-Priest (Paris, 1845), llena

adeptos ponian en ridículo á los esposos que se amaban, sobre todo al devoto delfin, sin gracia en su persona, sin genio vivo; y se anunciaba que seria severo y tiránico porque no se hallaba corrompido como todos los que le rodeaban (2).

Cuando el ruido de los cortesanos que se alejaban del cadáver de Luis XV (1774) para dirigir sus miradas á un nuevo amo, y la alegria del pueblo, que daba gracias á Dios de haber, en fin, compadecido á la Francia, anunciaron á ambos esposos la muerte de su abuelo, doblaron sus rodillas, esclamando: *¡Señor, demasiado jóvenes somos llamados á reinar; ¡Señor, tomad nuestra inesperiencia bajo vuestra guarda!* Era éste el sentimiento vago, pero cierto, de su incapacidad en una posicion tan difícil. Sin embargo, el principio del reinado pareció favorable. Parecia que la juventud que rodeaba á aquellos jóvenes soberanos trataba, cansada de licencia é impiedades, de regenerarse con las ideas tranquilas y benévolas. Los ateos y los materialistas cesaron de estar de moda; la escuela de Rousseau y de los filántropos reemplazó al espíritu de crítica y de irreligion. Dejóse de ostentar depravacion y de reirse de la virtud; un lenguaje de un sentimentalismo exagerado se sustituyó al que manifestaba una galanteria licenciosa: la infidelidad conyugal tuvo que paliarse con la escusa de una gran pasion, de amenazas de suicidio y de sacrificios románticos. En lugar de la *Doncella* y del *Compadre Mateo*, se leyó á Gessner, á Florian, á Delille y á Bernardino de Saint-Pièrre. En vez de las licenciosas cenas, se formaron sociedades de filántropos para socorrer la indigencia, y procurar á los negros la libertad. La moda adornó con espigas los peinados de las mujeres haciéndolos más bajos; perfeccionóse el arte de los jardines ingleses, ofreciendo alegres retiros, y bellezas campestres, como para personas ricas. Maria Antonieta hizo construir en Trianon una cabaña con una reja alrededor. No se hablaba sino del *pobre pueblo*, y se le preparaban escuelas, alimentos, obras y hospitales; Luis XVI usaba en el ojal de la casaca una flor de patata: mascarada sentimental que no retardaba la cuaresma.

Despidióse después á la du Barry y al abate Terray con gran regocijo del pueblo: cesó la correspondencia secreta, que fué arrojada al fuego; y Voltaire escribia: «Si Luis XVI continúa así, no se «hablará más del reinado de Luis XIV. Yo lo es«timo demasiado para creer que haga todas las re«formas con que se nos amenaza. Paréceme que «nació prudente y firme, por lo cual será un rey «benéfico y grande. ¡Felices aquellos que teniendo «veinte años como él, podrán gustar largamente «las dulzuras de su reinado» (3). Cuando después (1774) llamó á Robertó Turgot para dirigir los negocios de la Hacienda, pareció que la misma filosofia personificada habia subido al ministerio, así que los enciclopedistas creyeron ya dado el golpe de gracia á aquella que ellos llamaban la *infame* (4).

Luis XVI, de carácter tímido, encogido, y sin gracia á veces, no tenia con el deseo de hacer el bien, ni la penetracion para conocerlo, ni la fuerza de quererlo. Aunque su predecesor le recomendó, en su lecho de muerte, considerar al Austria como su enemiga natural, conservó la alianza con ella, pero de una manera recelosa que le impedia sacar ninguna ventaja. Se asustaba de las innovaciones porque no las comprendia, ó las comprendia demasiado, y nunca supo dirigir el gobierno, perseverar en el impulso dado, ni ponerse francamente á la cabeza del movimiento. Le era, pues preciso sujetarse á un ministro. Maria Antonieta, que tenia sobre su marido tanta influencia como las queridas habian tenido sobre sus predecesores, se inclinaba al elegante Choiseul; pero no queriendo Luis XVI perdonarle el haber sido enemigo de su padre, prefirió al conde de Maurepas, anciano septuagenario, cortesano frívolo y corrompido, que vivia hacia veinte y cinco años separado de los negocios.

Maurepas conservaba las ideas antiguas. Creia irremediables ciertos abusos, y segun él, la monarquia se encontraba tan sólidamente establecida, que debia resistir con sus propias fuerzas. A la

---

de importancia para aquella época: «Habia introducido en Francia la sencillez de los príncipes de Austria, y las costumbres de Viena de vivir en una sociedad circunscrita y familiar, en la que el trato se encuentra animado por una benévola alegria, en la que se divierten las personas con una conversacion fácil, que á veces adquiere las formas del talento sin poseer el fondo, y en la cual, entregándose á todas las distracciones de la sociedad, no se dirigen las miradas más allá de aquel círculo que contiene la vida, los sentimientos y las ideas. A estas disposiciones unia la reina un corazon generoso, un gran fondo de bondad y una verdadera nobleza de alma, que tanta frivolidad no disminuia nunca.»

(2) FALLOUX.—*Luis XVI.* Paris, 1840.

DROZ.—*Historia del reinado de Luis XVI*, etc., 1839.

SOULAVIE, *Memoria histórica y política del reinado de Luis XVI.*

RANDOT.—*La Francia antes de la Revolucion, su estado político y social en* 1787 *á la apertura de la Asamblea de los notables, y su historia desde esta época hasta los Estados Generales.* Paris, 1842.

Y todos los historiadores de la Revolucion y una infinidad de memorias.

A fines del reinado de Luis Felipe se hizo moda vituperar á Maria Antonieta, presentándola en novelas lúbricas y en historias hipócritamente audaces, con las cuales se queria adular al ídolo de entonces, es decir, al vulgo.

(3) *Corresp. á Mad. d'Epinai.*

(4) Voltaire escribia á d'Alembert: «Si teneis varios sabios de esta especie en vuestra secta, la buena sociedad se verá aniquilada por la *infame*.» Y al rey de Prusia: «Los sacerdotes están desesperados. Es el principio de una gran revolucion. La antigua charla de la *impostura*, fundada hace 1775 años, sucumbe.» El artículo de Turgot sobre la *Existencia*, de la *Enciclopedia*, es el trozo de metafísica más sólido del siglo XVIII.

menor oposicion que le hacia el rey, pedia retirarse. Fácil le hubiera sido aprovecharse del golpe dado por la mano que habia destruido el parlamento, pero cuando el pueblo se acostumbraba ya á la nueva jurisdiccion, y hasta la alababa, retrogradó Maurepas, y volvió á llamar á los magistrados desterrados, recompensando de esta manera la rebelion, dando un centro á la oposicion, una representacion á las clases privilegiadas, y preparando obstáculos á las reformas que aquella época exigia.

Turgot, que habia combatido en vano aquella medida, se dedicó á reparar las faltas del abate Terray y á restablecer el crédito público. Es digna de la historia la larga carta que escribió á Luis. Entre otras cosas decia: «V. M. se ha dignado dispensarme que le recuerde la obligacion tomada consigo mismo de sostenerme en mis proyectos de economia, que siempre, pero ahora más que nunca, son indispensables... me limito, señor, á recordaros estas tres palabras: que no haya bancarrota, ni aumento de impuestos, ni empréstito: no habrá bancarrota ni manifiesta ni enmascarada, con reducciones forzosas; no se aumentarán los impuestos, y la razon está en la situacion de vuestros pueblos y más todavia en el corazon de V M.; no habrá empréstitos, porque todo empréstito merma las rentas libres y lleva pronto ó tarde á la bancarrota ó á aumentar las contribuciones. En la paz no debe tomarse á préstamo sino para liquidar antiguos débitos ó saldar otros hechos á mayor interés. V. M. recordará que al recibir el cargo de interventor general conocí el precio de la confianza con que me honraba; comprendí que me confiaba el bien de sus pueblos, y si me es permitido decirlo, el cuidado de hacer amar su persona y su autoridad. Pero al mismo tiempo conocí el peligro á que me exponia; previ que estaria solo para combatir contra los abusos de todo género, contra los esfuerzos de los que de ellos se aprovechan, contra las preocupaciones que se oponen á toda reforma y que son un poderoso instrumento en manos de las personas interesadas en perpetuar el desórden. Tambien tendré que luchar con la generosidad y la bondad natural de V. M. y de las personas que le son más caras; seré temido, odiado de la mayor parte de los cortesanos, de todos aquellos que solicitan favores; me achacarán todas las negativas, me tratarán de hombre duro porque habré mostrado á V. M. que no debe enriquecer ni aun á los que ama, á costa del pueblo. Este pueblo por el cual me habré sacrificado, es tan fácil de engañar, que acaso me atraeré su odio por las medidas que adopto para defenderlo de toda vejacion. Seré calumniado y con tanta verosimilitud quizá que me quitarán la confianza de V. M. No sentiré perder un puesto que no esperaba y que estoy pronto á resignar en manos de V. M. tan pronto como conozca que no puedo serle útil; pero su estimacion, la reputacion de integridad, la pública benevolencia que os indujo á llamarme, me son más caras que la vida, y corro el riesgo de perderlas tambien sin merecer ninguna reprension.»

Ascendian los impuestos á fines del reinado de Luis XV á 365.000,000, lo que era una carga intolerable por su mala reparticion. Los diezmos territoriales, las rentas feudales, las corveas de los siervos, las rentas sobre el Estado, no entraban en el impuesto directo, es decir, en la capitacion, en el vigésimo ni en la talla; el clero se libraba de él con un *donativo gratuito* de apenas 11.000,000, al paso que disfrutaba de una quinta parte de todas las cosechas. La nobleza pagaba la capitacion y el vigésimo; pero se sujetaban á su declaracion; lo que producia una desigualdad escandalosa é irritante. La talla, que el rey y su consejo podian aumentar á voluntad suya, era envilecedora, en atencion á que se tenia por una señal de pechar; y eran permitidas las exacciones más duras sobre personas que carecian de derechos.

Las rentas públicas consistian principalmente en contribuciones indirectas, peajes, aduanas, impuestos sobre el consumo, monopolios del tabaco, de la sal, de correos y otros (5), que todos juntos ascendian á 300.000,000. Ahora bien, la mayor parte de aquellos impuestos pesaba sobre el pobre, pues el consumo no es con arreglo á la fortuna, sino al número de bocas; el padre de familia cargado de hijos, el artesano que emplea más obreros, pagan más que el millonario.

Las contribuciones indirectas se encontraban arrendadas á sociedades, en las cuales los cortesanos se hallaban interesados; así es que conseguian baratura en la recaudacion, y se enriquecian con las miserias públicas, y los arrendadores enriquecidos daban al rey á fin de año, dentro de un bolsillo de terciopelo, una parte de sus ganancias: ofrenda á guisa de propina, para que no viese la miseria del pueblo esquilmado. Hacíase la opresion tanto más intolerable, cuanto que era diferente de provincia á provincia, habiendo una clase de gabelas en la ciudad y otra en el campo; una para el plebeyo y otra para el noble; una para el artesano y otra para el proletario. Así en unas provincias valia la sal de 8 á 9 pesetas el quintal, en otras á 16, en otras hasta 62; gran fomento para el contrabando que habia llegado á ser plantel de bandidos. A consecuencia de tales complicaciones conocidas solamente de los arrendatarios, el contribuyente no sabia cuánto debia, ni en virtud de qué ley; y no podia hacer reclamaciones motivadas contra el capricho de los recaudadores, personas ambiciosas y groseras. Bajo el pretexto de que les seria imposible cumplir sus compromisos, si encontraban obstáculos, los arrendatarios obtenian un poder despótico, hacian prisiones arbitrariamente y castigaban el contrabando con un rigor brutal.

---

(5) La sola ciudad de Paris producia al tesoro cerca de 80.000,000 de pesetas; esto es, más de lo que sumaban juntas las rentas de Cerdeña, Suecia y Dinamarca.

Cuando un recaudador de las contribuciones no pagaba al fisco, se ponian presos á cuatro de los mayores contribuyentes, hasta que se estinguia la deuda. Llegóse hasta imponer la pena de muerte y la rueda por asuntos de arrendamiento, y las galeras estaban llenas de contrabandistas de la sal. Un horrible subterráneo de Bicetre sin luz ni aire, reservado á los grandes criminales que se libertaban del cadalso denunciando á sus cómplices, tuvo en su seno durante seis semanas á un individuo sospechoso de contrabando; y nunca pudo obtener una reparacion de los arrendadores generales, que se habian hecho omnipotentes.

Otras cargas pesaban tambien sobre el pueblo, como trabajar las carreteras y caminos, y la obligacion de dejar á los comisionados recoger el salitre en las casas, en las que penetraban para asolarlo todo, si no se les pagaba bien. Además, todo era monopolio en la industria; á todo imponian trabas los gremios. En Ruan, una compañia de ciento doce mercaderes era la única que podia hacer el comercio de granos: cuatrocientos noventa mozos tenian el privilegio de trasladarlos, y cinco molinos el molerlos. Lo mismo acontecia en todas partes. Si se introducia vino en Marsella cosechado en otro territorio, se derramaba en la calle, se quemaba el carro y se azotaba al carretero. «De esta manera, dice Turgot, todas las nociones de moral y de equidad se encuentran trastornadas: un vil interés solicita y obtiene, contra infracciones que sólo á él perjudican, las deshonrosas penas que la justicia no impone sino á pesar suyo, y cuando se ve precisada por el interés de la seguridad pública.»

Esto decia Turgot, el cual queria poner remedio á tantos males. Este ministro, independiente en sus juicios, osado sin temeridad, moderado sin ser condescendiente, enemigo de los abusos sin declamacion, rectificaba las ideas de su tiempo y aun les añadia algunas cosas. Emancipóse hasta del predominio de Voltaire, y dogmatizó seriamente en lo que aquél no hacia más que burlarse. Fortificó el sentido comun con su lógica, y convirtió en ciencia exacta las confusas miras de un siglo que mezclaba el mal con el bien, el error con la verdad. Amigo á la vez de Quesnay y de Gournay, queria conciliar á los economistas y á los fisiócratas, pero no se remontaba más allá de cierto egoismo estrecho, en que su benevolencia para con los pobres se veia limitada por la proteccion que concedia á los fuertes, cobijados bajo el asilo del *dejad hacer*. Asociando el celo de un neófito á la perseverancia de un magistrado íntegro y á la conviccion de la omnipotencia del rey, creyó poder destruir abusos arraigados, y hacer pasar de las discusiones de los filósofos en el gabinete, á los proyectos más osados que ha podido sugerir la tribuna. Asocióse á Cristian de Malesherbes, hombre de rectas intenciones como él, y se dedicó á reformar las rentas y la constitucion civil. Aunque los gastos ascendian en 22.000,000 á los ingresos, además de los 15.000,000 necesarios para la amortizacion de una parte de la deuda exigible, dijo al rey: «No habrá quiebra, aumento de contribuciones, ni empréstitos;» y á fuerza de economias se consiguió pagar poco á poco los intereses devengados, y disminuir el *déficit*.

Afectado con la miseria de los aldeanos, á quienes empobrecian los diezmos, y con la pobreza en que vivian los obreros, que crean la riqueza, publicó multitud de edictos, en los que proclamaba la libertad del comercio y de la industria. Disminuyó los derechos que afectaban al consumo, procurando reducirlos á uno solo, del que no estuviesen exentos el clero ni la nobleza. Cerráronse gran número de monasterios, aseguróse una existencia decente á los párrocos, se emancipó la autoridad civil de la eclesiástica, reformóse la instruccion pública, y se reclamó el parecer de los sabios en los asuntos del Estado.

D'Alembert, Bossut y Condorcet fueron oidos en lo concerniente á la navegacion; Lavoisier en lo que correspondió á los nitros; organizóse la escuela de clínica con arreglo á las ideas de Vicq d'Azyr; envióse al abate Rosier á Córcega para estender allí los buenos métodos de agricultura. En una palabra, Turgot queria rejuvenecer á la Francia sin la terrible prueba de la efusion de sangre. Los servicios personales y los gremios quedaron abolidos en 1776. En el preámbulo del edicto, verdadera carta de emancipacion de los obreros, se espresaba de esta manera: «Al dar Dios necesidades al hombre, y al hacer que el trabajo fuese necesario, quiso que el derecho de trabajar fuese propiedad de todos y la primera, más sagrada é imprescindible. Deseamos, pues, abolir esas arbitrarias instituciones que no permiten á los indigentes vivir con el trabajo de sus brazos; que destruyen la emulacion y la industria, y haciendo inútiles los talentos de aquellos á quienes las circunstancias escluyen de una comunidad, sobrecargan á la industria con onerosos impuestos á los súbditos sin ser provechosos al Estado; y en fin, la facilidad concedida á los miembros de las corporaciones para unirse entre sí, obliga á los pobres á sufrir la ley de los ricos, se convierten en un instrumento de monopolio, y suben con esceso el precio de los artículos de primera necesidad.»

Conociendo Turgot los inconvenientes de una legislacion que establece límites al interés del dinero, trató de libertar al comerciante de la usura, por medio de un banco de descuento destinado á evitar las exageradas pretensiones de los capitalistas. Pensaba en dar publicidad á las hipotecas; en hacer uniformes los pesos y medidas; en promulgar un código criminal más equitativo, y en sustituir uno civil á las prácticas consuetudinarias. En establecer administraciones provinciales, que combinadas con las municipalidades, atendiesen á lo que reclamaba el bien particular; en fin, en libertar las rentas feudales, sin vejar la propiedad; hubiera querido, en una palabra, y tal vez lo hubiera conseguido á fuerza de invencion, valor y

perseverancia, evitar la revolucion. Desgraciadamente no conocia, en la rectitud de sus intenciones, que tenia que habérselas con hombres: así fué que provocó una viva resistencia.

«¿Para qué variar? decian los arrendatarios: ¿no nos encontramos bien?» Los nobles añadian: «Si el rey nos quita hoy el derecho de mandar trabajar á los aldeanos, ¿no nos obligará tal vez mañana á trabajar nosotros?» Parecíales á los jefes de los gremios, que era favorecer las manufacturas inglesas, el suprimirlos. Los nobles no consideraban sus actos sino como la venganza de un hombre de la clase media. El parlamento que queria ostentar osadia oponiendo siempre resistencia, se negó á registrar los edictos populares, que abolian los servicios personales en los caminos reales, y los gremios. Turgot no pudo vencer su oposicion sino recurriendo á la violencia y á la formacion de un tribunal presidido por el rey. Pero además de las innobles resistencias del interés, habia algunas fundadas en la razon. Los errores de la escuela á que pertenecia le impedian reconocer cuanta influencia tiene el crédito público sobre la prosperidad, y que era lícito hacer adelantos sobre las rentas anuales. Creyó, pues, que reduciendo todas las contribuciones al único impuesto territorial, afectaria sólo al *producto neto*. Los propietarios se asustaron de aquella única contribucion sobre los bienes-raices que dejaba á las riquezas creadas por la industria exentas de cargas; arruinaba en realidad á la agricultura queriendo protegerla, y privaba al Estado de la inmensa renta de las contribuciones indirectas. Todos le hacian el cargo de obrar con precipitacion, mas él contestaba: «Sabeis cuanto sufre el pueblo; y en mi familia se muere de gota á los cincuenta años.

Guerra de las harinas.—Viendo que las trabas impuestas á la circulacion interior de los granos producia la carestia en ciertas localidades, al paso que acumulaba los trigos en los graneros públicos, declaró libre su comercio; libre en un pais organizado sobre las prohibiciones, así como los filósofos proclamaban la impiedad donde la devocion se habia connaturalizado. Desgraciadamente aquella medida se adoptó en años de escasez; y atribuyéndolo el populacho á las nuevas ordenanzas, corrió vociferando hasta el palacio de Versalles, pidiendo la baratura del pan. Prestó apoyo y concedió la razon el parlamento al pueblo, y Turgot se vió precisado á enviar tropas para apaciguar el tumulto (1775). Resultó de esto la union de los artesanos y el pueblo á la aristocracia para odiar al ministro reformador.

Con sumo gusto conversaba Luis XVI con Turgot y Malesherbes sobre la felicidad futura de su pueblo; aplaudia los proyectos que apenas comprendia, y le faltaba vigor en su ejecucion. Afectábase con los desórdenes que llegaban á sus oidos, y adoptaba con alegria los remedios que se le proponian. *Ved*, decia un dia á Turgut, *yo tambien trabajo;* y le presentó un proyecto para la destruccion de los conejos que roian las plantas de los hortelanos. Otra vez, oyendo en pleno parlamento las reclamaciones, esclamó: *Solo Turgot y yo amamos al pueblo.*

Pero su conciencia se asustaba de todo lo que intimidaba á su debilidad, y un tribunal presidido por él solo le parecia un acto de tirania. Así es que aunque prometió sostener al ministerio, dejó á Malesherbes retirarse, para encontrarle después á su lado, al pié del cadalso. Después de un corto ministerio, más notable por sus intenciones que por sus actos, y en el que el mal compensó el bien, fué despedido Turgot sin esperimentar otro sentimiento que el no haber podido remediar los sufrimientos del pueblo, ni conjurar la revolucion que veia aproximarse. «Sois más feliz que yo, le dijo el rey, pues al menos podeis retiraros.» Aseguróle Voltaire, en su desgracia, el triunfo del favor popular, saliéndole al encuentro y diciéndole: *Dejadme besar esta mano que ha firmado la salvacion del pueblo!* (6)

Necker.—Al despedir Luis XVI á Turgot renegaba de las ideas del bien público; mostraba una vacilacion funesta, y se comprometia rodeándose de personas medianas por temor á los hombres distinguidos. Clugny, que reemplazó á aquel desgraciado ministro, destruyó lo que habia hecho y restableció hasta el inmoral juego de la loteria; y así cuando tuvo después por sucesor á Jacobo Necker, de Ginebra, banquero protestante, se infringieron con este nombramiento todas las costumbres; pero los innovadores se regocijaron. Necker, que se habia enriquecido con el comercio, demostró en el *Elogio de Colbert* que conocia las grandes combinaciones rentísticas; censuró con elocuencia y moderacion en la *Legislacion de los granos* á Turgot y á los economistas, á la sazon muy acreditados, desenmascarando las palabras pomposas con que adormecian los dolores de la multitud. La alta sociedad que reunia en su casa su mujer de talento cultivado y filántropo, habia añadido á su reputacion de integridad la de habilidad. Poseia, pues, la confianza de los negociantes y capitalistas, que se necesitaban para llenar las cajas del Estado. El mismo deseaba desarrollar su esperiencia en un campo más extenso. Pero en la prueba se conoció

---

(6) Habia, sin embargo, escrito este epígrama:

Creo firmemente en Turgot;
No sé lo que quiere hacer,
Pero sé que es lo contrario
De lo que se ha hecho hasta ahora.

Malesherbes ha escrito lo que sigue: «Turgot y yo éramos personas honradas, muy instruidas, partidarias del bien. ¿Quién no hubiera dicho que se obró bien al elegirnos? Sin embargo, no conociendo á los hombres sino por los libros, careciendo de habilidad para los negocios, hemos administrado mal... y sin quererlo, sin saberlo, hemos dado impulso á la revolucion.» Ministros de Italia ó aspirantes á serlo, considerad estas palabras como escritas para vosotros.

que tenia más vanidad que mérito, y que no sabia encontrar sino paliativos insuficientes á aquellos males orgánicos.

La deuda que habian dejado los reyes anteriores y los aprestos de guerra contra la Inglaterra, esplicaban suficientemente el déficit de las rentas. Necker, que habia estudiado superficialmente la economia inglesa, y queria seguir el sistema contrario de Turgot, creyó cumplirlo con empréstitos que no fuesen una carga para el Estado, sino en la parte del pago de los intereses, los cuales los hubiera conseguido con ayuda de economias; sistema falso, que exageraba los efectos del crédito público sin fundarle en sólidas bases. Su reputacion le hizo encontrar prestamistas; verificó sobre seis millones de economias; y los mil espedientes á que recurrió para nivelar los gastos con los ingresos, hacen creer que se ilusionaba. Así como Turgot pensaba que el gobierno habia hecho lo bastante con quitar los obstáculos y *dejar pasar*, Necker, por su parte, queria una administracion laboriosa, atenta al bien del pueblo, cuidadosa de los débiles y dispuesta á defenderles el pan y procurarles trabajo. Estableció asambleas provinciales, á quienes competia repartir los impuestos, mantener en buen estado los caminos, proponer las medidas de interés público; y aunque no tenian el carácter representativo y no podian tratar directamente con el rey, y sí sólo con el ministro de Hacienda, se logró por su medio que contribuyesen al bienestar público, no ya como antes tan sólo unos cuantos agentes del poder, sino tambien los ciudadanos.

Otra innovacion fué la presentacion de cuentas, cuya publicacion obtuvo del rey Necker en 1781. Aquel aventurado llamamiento al pueblo (7) se derivaba del deseo de dar al crédito mejor base, es decir, la confianza pública. Aquel documento daba á conocer de qué modo se habia remediado en cuatro años el déficit anual de 27.000,000, y obtenido un excedente de 10.000,000 sin nuevos impuestos, y sí con ayuda de hábiles empréstitos y minuciosas economias (8).

Los números dicen lo que quieren. Muchos errores hubo en aquel trabajo al lado de muchas omisiones, menos tal vez por malicia que por consecuencia de una ilusion; pero el aire de candor y de conciencia suplia á la poca claridad. Chocóle al público aquella desusada comunicacion, viendo asociada por primera vez la moral á los cálculos, las cifras á las nobles ideas, las cuentas de los gastos y de las rentas á las reflexiones filosóficas, y los misterios del Estado, los elementos de la fuerza y de la debilidad de un gobierno espuestos al público. Las cuentas que se presentaron fueron leidas en los salones y en los gabinetes; y las rentas y la legislacion se convirtieron en objeto de todas las discusiones. Pero á las gentes sensatas no les agradó; causó descontento que el ministro se atribuyese solo el mérito, eclipsando al príncipe; y no satisfizo la idea que se manifestaba de igual reparticion en las cargas. Encontrándose Necker contrariado en sus miras, presentó su dimision; y el pueblo, que ya le amaba, comenzó entonces á adorarle.

Es cierto que Turgot y Necker eran los dos únicos ministros que hubieran podido evitar la revolucion, cuyos pretextos destruian; pues ambos estaban animados de un verdadero deseo del bien público, desinteresado en Turgot, y al cual se unia en Necker el deseo de la gloria (9). Con ellos des-

---

(7) Vergennes decia al rey: «La Francia es una monarquia absoluta; si la opinion pública de Necker prevaleciese, V. M. no deberia extrañar que llegasen á mandar los que ahora obedecen y á obedecer los que ahora mandan.» SOULAVIE, *Mem. hist. sobre el reinado de Luis XVI*, páginas 208 y 213.

(8) Los siguientes datos están tomados de la *Administracion de la hacienda*, de Necker:

Extension del territorio francés, sin contar la Córcega, 26,954 leguas cuadradas de 25 al grado.

Poblacion, 24.676,000 habitantes, ó sean 916 por legua cuadrada.

Ascendian las contribuciones á 584.400,000 pesetas, esto es, 21,684 por legua cuadrada y 24 pesetas 8 céntimos por habitante.

Los gastos formaban la suma de 616.000,000.

La cuenta presentada por Turgot en 1775 y que es la única que no se ha tachado de engañosa:

Presentaba como gastos .	414.445,163 pesetas.
Como ingresos.. . . .	377.287,637 »
Habia, pues, un déficit de	37.157,526 pesetas.

(9) En la cuenta que presentó de su administracion en 1791, decia: «Yo era poco conocido cuando el rey me confió la direccion del real tesoro en 1776, ni yo mismo me conocia: porque sin un auxilio exterior queda uno incierto sobre el grado de su talento y la medida de los medios que posee... Yo habia leido, observado, reflexionado mucho, y desde mi primera juventud me habia ejercitado en los negocios públicos contribuyendo eficazmente á realzar la Compañia de las Indias... Habia tambien presentado las meditaciones dignas de un hombre de Estado cuando en 1775 se discutieron los principios aplicables á la legislacion y al comercio de granos. Estaba entonces muy en boga el sistema de la absoluta libertad, y se le habia hecho extensivo á la exportacion sin regla ó medida, y el reino comenzaba á asustarse por las funestas consecuencias. Pero los filósofos despreciaban la experiencia no admitiendo sino al razonamiento. Mi escrito templó un tanto sus ideas exageradas, oponiéndoles reflexiones de un órden más elevado que las de los economistas; y desde entonces no se permitió discutir la gran cuestion del comercio de granos con aquel soberbio desprecio á los conocimientos prácticos y á las ideas tradicionales; púdose disputar de igual á igual acerca de esta libertad y de sus límites; y creo que en tan delicada controversia terminó la tirania de la teoria. Primera insurreccion afortunada contra aquel reinado filosófico, cuyo despotismo experimentábamos bajo tan diversas formas... Sin embargo, yo debí la eleccion de S. M. á la absoluta decadencia del crédito público, pues viéndose que éste perecia bajo la administracion de los hombres de ley, se quisieron experimentar los conocimientos adquiridos en otra carrera.

aparecieron los ministros reformadores para ceder el puesto á los cortesanos y á la influencia de Maria Antonieta, sin ningun contrapeso.

Calonne.—Un nuevo consejo de Hacienda lo empeoró todo (1783). Hubo en el tesoro un déficit de 210.000,000 por causa de la guerra, y 80 por otros gastos: se habian á más exigido 178 del año siguiente, sin contar el déficit de costumbre, ó de ochenta millones. Pero si habian asustado las severidades de Necker, si la mediania de sus sucesores habia desanimado, la audaz seguridad de Carlos Calonne, á quien las intrigas de la corte hicieron nombrar recaudador general, devolvió la confianza. Hombre de talento, consideraba como un juego lo que habia parecido una obra de Hércules, y se hacia pasar por hábil porque trataba con ligereza las cosas más serias, inclusa la virtud. No faltaba á ninguna fiesta de la reina ó del conde de Artois, y no pensaba en el porvenir. Favorecia á sus recomendados, encontraba dinero para pagar sus desórdenes, rodear á París de murallas, comprar á Saint-Cloud para el rey y á Rambouillet para la reina. Contestó una vez á Maria Antonieta: «Si lo que vuestra majestad desea es posible, está hecho; si es imposible, se hará.» Aquella confianza que manifestaba en todas las cosas hizo que la concibiesen los demás, inventó nuevos medios de procurarse dinero, que adquirieron éxito, como acontece en Francia con todo lo nuevo. Pagáronse los salarios, y Calonne llegó á ser el ídolo de los parisienses; pero cuando se creian llenos todos los vacíos, descorrióse el velo, y se encontró que la deuda pública se habia aumentado en 1,600.000,000.

Aumentáronse, pues, las quejas. La nobleza jóven que habia vuelto de América con ideas republicanas, se unia al tercer Estado para presentar reclamaciones á veces serias; pero á menudo irónicas. La molicie de las costumbres habia introducido una benevolencia general, una especie de igualdad á la inglesa y á la americana. El cabello corto y la levita reemplazaban el traje á la francesa y el pelo largo; hasta podia presentarse un caballero, á ciertas horas sin espada. Debilitábase el respeto al nacimiento; entraban plebeyos en los consejos y en la administracion, y formaban alianzas con familias ilustres. Discutíase sobre todo; y en los festines, en las reuniones, la pedanteria de los filósofos, la filantropia de los economistas se ostentaban libremente, proponiéndose siempre por objeto mejoras, con la esperanza de que las generaciones futuras bendecirian á la que preocupaba tan nobles ideas. Vióse cuando la paz de América el triunfo de la propaganda cosmopolita. Los mismos sábios se regocijaron, sin conocer los peligros que resultaban, de debilitar el principio de autoridad. Elogiábanse las instituciones americanas y las de Inglaterra; hablábase de la necesidad de introducirlas en Francia; lo cual no impedia el afecto hereditario hácia la monarquia. Innovadores, pero no facciosos, deseaban una tribuna para hacer gala de su elocuencia, y ostentar conocimientos que todos creian poseer.

«Con respecto á nosotros, jóven nobleza francesa, dice Segur, sin sentimiento de lo pasado, sin inquietud por el porvenir, caminábamos alegremente por una alfombra de flores, que nos ocultaba un abismo. Jocosos oposicionistas de las modas antiguas, del orgullo feudal de nuestros padres y de sus graves etiquetas, todo lo que era antiguo nos parecia incómodo y ridículo. La gravedad de las antiguas doctrinas nos pesaba; la risueña filosofia de Voltaire nos seducia divirtiéndonos. Sin profundizar la de los escritores más célebres, los admirábamos, como tipo de valor y de resistencia al poder arbitrario.

»La sencillez del traje inglés nos permitia emanciparnos de un esplendor incómodo en las minuciosidades de la vida privada. Consagrando todo nuestro tiempo á la sociedad, á las fiestas, á los placeres, á los deberes poco exigentes de la corte y de las guarniciones; gozábamos á la vez con incuria de las ventajas que nos habian trasmitido las antiguas instituciones, y de la libertad que nos proporcionaban las nuevas costumbres. Así es, que estos dos regímenes lisonjeaban igualmente, el uno nuestra vanidad, el otro nuestras inclinaciones á los placeres.

»Encontrando en nuestros castillos, con nuestros aldeanos, nuestros guardas y nuestros bailíos, algunos vestigios de nuestro antiguo poder feudal; go-

---

Pero los expedientes en que se tenia confianza pertenecian á cualquier hombre, pues eran el órden, la economia, la moralidad en todas las transacciones; el único medio era escoger ó más bien conocer á ciencia cierta que para la administracion de las rentas, un método sencillo, una conducta íntegra, eran preferibles á todas las habilidades admiradas por las medianias...

Pero el restablecer el crédito, por más que sea cosa esencial al Estado, no me habria satisfecho si me hubiese distraido un solo dia de los intereses del pueblo, perpétuo objeto de mi solicitud. Librando á la nacion de los subsidios extraordinarios y superiores á sus fuerzas, la preservaba tambien de los impuestos permanentes, que parecian indispensables para cubrir el interés anual de los empréstitos destinados á las necesidades de la guerra, y evité este aumento con operaciones de órden y de economia.»

Después de enumerar las dificultades que encontraba la verdad con un ministro tímido y soberbio como era Maurepas, se alaba de haber prevenido las exigencias de los tiempos, con la publicacion de las operaciones del ministerio y el establecimiento de las asambleas provinciales: «al referir, dice, mi primer ministerio se ha hablado del nuevo espíritu que encaminaba hácia el interés público todas las ideas de beneficencia. Prisiones, enfermerias, hospitales, hospicios fueron objeto del gobierno, y las mejoras hechas, los nuevos establecimientos planteados durante la guerra, y los actos múltiples de la bondad y compasion del rey hácia los que padecian, dieron al patriotismo agitado por otras disposiciones más generales, un colorido de dulzura y sensibilidad, que ofrecia un espectáculo conmovedor. Hacíase el bien queriéndolo y queríase mandándolo; ningun esfuerzo, ninguna exageracion acompañaba los primeros movimientos de una nacion que obraba por impulso propio, y no tendia á cambiar su genio natural por el que después le fué preparado.»

zando en la corte y en la ciudad de las distinciones del nacimiento; elevados solamente por nuestro nombre á los grados superiores en los campos, y libres por otra parte de mezclarnos, sin fausto y sin trabas, entre todos nuestros conciudadanos para disfrutar de las dulzuras de la igualdad plebeya, veíamos deslizarse estos cortos años de nuestra primavera en un círculo de ilusiones, y en una especie de felicidad, cual nunca la habíamos conocido (10). Libertad, soberania, aristocracia, democracia, preocupaciones, razon, novedad, filosofia, todo se unia para hacer felices nuestros dias, y nunca más terrible despertar fué precedido de un dormir tan dulce y de sueños tan seductores.....

»Nunca se encontró más contraste en las opiniones, en los gustos y en las costumbres: en el seno de las academias se aplaudian las máximas de la filantropia, las diatribas contra la vanagloria, los votos en favor de la paz perpétua; pero al salir se agitaban, intrigaban ó declamaban para impulsar al gobierno á la guerra. Todos se esforzaban en eclipsar á los demás con su lujo, al paso que hablaban como republicanos, y se predicaba la igualdad. Nunca hubo en la corte más magnificencia, vanidad y menos poder. Se atacaba á los potentados de Versalles, y se hacia la corte á los de la Enciclopedia. Era preferida una palabra de elogio de d'Alembert ó Diderot, al más señalado favor de un príncipe. Los prelados abandonaban sus diócesis para intrigar en los ministerios, los abates escribian versos y cuentos licenciosos. Aplaudíanse en la corte las máximas republicanas de *Bruto;* los monarcas abrazaban la causa de un pueblo rebelado contra su rey; en fin, se hablaba de independencia en los campos, de democracia entre los nobles, de filosofia en los bailes y de moral en los gabinetes voluptuosos.

»Como la felicidad vuelve al hombre indulgente y confiado, se permitia la libre circulacion á todos los escritos reformadores, á todos los proyectos de innovacion, á las ideas más liberales y á los más atrevidos sistemas. Todos creian caminar á la perfeccion, sin cuidarse de los obstáculos orgullosos de ser franceses, y aun más de ser franceses del siglo XVIII, que considerábamos como la edad de oro que habia hecho volver á la tierra la nueva filosofia.

»En toda la Europa, las universidades, las academias eran el eco de la filosofia francesa; el amor á la libertad se convertia en un sentimiento universal. Los parlamentos condenaban algunos libros por deber y por costumbre; pero las manifestaciones de aquellos grandes cuerpos y su oposicion al ministerio, hablaban más alto á la opinion que los mismos autores que habian condenado.

»La imitacion de los trajes y costumbres inglesas no era un triunfo sacrificado al gusto, á la industria, á su superioridad en las artes; era la espresion de un sentimiento muy diferente, y que se desarrollaba cada dia más; era el deseo de connaturalizar entre nosotros sus instituciones y libertad...

»Comenzamos tambien á tener *clubs:* los hombres se reunian en ellos, todavia no para discutir, pero sí para comer, jugar al whist, y leer todas las obras nuevas. Aquel primer paso, casi desapercibido entonces, tuvo después grandes y momentáneamente funestas consecuencias. En un principio, su primer resultado fué separar á los hombres y á las mujeres, é introducir de esta manera un notable cambio en nuestras costumbres; hiciéronse menos frívolas, pero menos civilizadas; más fuertes, pero menos amables; la política ganó en ello, la sociedad perdió. Todo se dirigia evidentemente á un objeto sério, y el partido filosófico, que caminaba á una revolucion, se veia aumentado por hombres de consideracion, cuyo objeto, sin embargo, no tenia nada de comun con el suyo.

«Aquellos progresos de la igualdad; este homenaje tributado á todas las clases de mérito personal; este entusiasmo en favor de todos las grandezas filosóficas y literarias, despertaban la imaginacion de los poetas, á los artistas y á los literatos.» (11)

Estos eran los sueños dorados de la aristocracia á orillas del precipicio. A su lado surgia una generacion que sacaba su fuerza del odio, que habia heredado de sus padres oprimidos mucho tiempo, y que se creia maduro, no sólo para hacer cesar las antiguas injurias sino para vengarlas. Esto es lo que comenzó entonces á hacer unas veces con una séria oposicion, otras con la sátira, pero siempre denigrando al rey, á la reina y á la nobleza.

Sin embargo, al mismo tiempo que la sociedad se hacia grave y pensadora, la corte permanecia frívola. Inútiles empleos paliaban los donativos del soberano; sus dos hermanos y la casa de Orleans

---

(10) Muy otra cosa era poco antes, y el príncipe de Ligne escribia: «He visto á los jóvenes nobles enteramente vestidos, la espada al lado á las siete de la mañana. No habia ninguno que fuese á pié por la calle, pero sí á caballo, en traje galoneado, con una gran comitiva y nunca al trote; las grandes señoras con dos heiduques á la portezuela, pages, y una multitud de criados junto al carruaje; los jóvenes temblaban ante sus madres y las jóvenes no se atrevian casi á hablar á las mujeres casadas; los ministros escuchaban sin responder, pero que hacian concesiones, al conocer los méritos, dando una multitud de beneficios y distinciones.

(11) SÉGUR, *Memoria.*—En aquel tiempo (1782) el famoso caballero de industria veneciano Casanova, habiendo visitado de nuevo á Paris, decia de esta capital: «Paris es la ciudad de todo el mundo, en la cual no falta nada, ni al filósofo, ni al artista, ni al literato, ni al devoto, ni al sensual. La mansedumbre exterior de los franceses es tal, que toda clase de personas puede hallarse bien entre ellos; la afabilidad es fingida, pero gusta; las mujeres son puro artificio, pero agradan; los libritos que se publican todos los dias son frívolos y necios, pero divierten; las artes liberales se hallan en pésimo estado, pero no hay pais en que los artistas sean más ricos y donde se encuentre más triunfante el lujo á despecho de la indigencia en que está sumido el Estado.»

ostentaban un lujo ruinoso. Para rivalizar con los ingleses, introducian la moda de los caballos de mucho valor, la de las apuestas, la costosa irregularidad de los jardines, la mania del juego. La reina perdia en él enormes sumas; no menos gastaba en modas y alhajas; y careciendo Luis XVI de resolucion, no sabia más que desaprobar con su silencio aquella prodigalidad y anglomania.

Mientras que las personas ilustradas estudiaban los motivos de la ruina de la hacienda, el pueblo, que achaca los males más bien á las personas que á las cosas, habia encontrado su víctima; y como no se atrevia á atacar al rey por su mucha bondad, clamaba contra la austriaca.

Maria Antonieta.—Buena en el fondo, hubiera podido Maria Antonieta ser tambien una buena reina si hubiese sido bien dirigida. Pero la ambicion de su casa la impulsaba á perjudiciales pretensiones (12), y su débil esposo no sabia negarle nada. Conociendo la necesidad de espansion y de obtener la amistad que se niega á los príncipes, se dedicaba á las intrigas de la duquesa de Polignac; y las imprudencias y ligerezas que aquella dama no sabia reprimir delante de la reina, eran interpretadas por la malignidad en el sentido más desfavorable. Verificábase tambien entonces un cambio en el traje de las señoras, que de magnífico que era, se habia convertido en sencillo y elegante; de estravagante y pesado, en ligero y gracioso. Así es que se preferian las muselinas inglesas á las sedas de Lion cuyas fábricas se arruinaban; y si es verdad que los trajes costaban menos, tambien lo es que era preciso renovarlos más á menudo, hasta tal grado, que los maridos se quejaban de arruinarse con el continuo cambio de adornos.

Maria Antonieta, espansiva, afectuosa y llena de abandono para los placeres (13), iba á los bailes de máscara sin su marido. Fué la primera reina de Francia que admitió hombres á su mesa, y con el objeto de que la etiqueta no fuese una causa de incomodidad, los recibia simplemente vestida de negro; quitábase con frecuencia el guarda-infante, gustábale el fresco de las noches, y tuvo el capricho de ver rayar el dia, lo que nunca habia visto, y aquella peregrinacion antes del alba produjo un escándalo. Franceses que habian sufrido y hasta aplaudido á las queridas de sus reyes, perseguian con innobles y repugnantes injurias á una reina, ligera sin duda, pero que no era depravada, y se componian canciones infamantes que llegaban á oidos del rey. Las personas graves repetian que sus afecciones de familia le hacian sacrificar la Francia al Austria. Cuando José II quiso abrir el Escalda, los parisienses tomaron partido en favor de los holandeses. Aquel emperador llegó después á Paris, cuando las maneras puritanas y las pretensiones de franqueza estaban más en moda. Dedicóse á visitar sin fausto, con maneras enteramente del pueblo, los diferentes establecimientos, admirándose mucho de que Luis XVI no conociese ninguno, y repitiendo sentencias filosóficas. Ahora bien, el público aplaudia sin conocer que nada es más fácil que manifestarse liberal en un pais ajeno.

Fortuitas circunstancias ocurrieron para proporcionar armas á los enemigos de la austriaca.

Saint-Germain.—La esperiencia diaria nos demuestra que los hombres se hacen supersticiosos perdiendo la religion, y crédulos renegando de la fe. Ya hemos tenido ocasion de decir que se trataba de llenar, con la cábala, las doctrinas teosóficas y las sociedades secretas, el inmenso vacío que dejaba el negar á Dios. Y así como Alemania tenia nicolaistas ó iluminados (*aufklärer*), así Francia tenia martinistas y filaletos; pero sobre todo Paris, iniciado en la nueva sabiduria de los filósofos, se habia convertido en juguete y engaño de los impostores. Un aventurero, que se hacia llamar el conde de Saint-Germain, fué presentado en Francia por el marqués de Belle-Isle, al que habia dado consejos. Lleno de erudicion, dotado al menos de gran memoria, estaba en correspondencia con los iluminados de Alemania. Madama de Pompadour le presentó á Luis XV, que se divirtió muchas tardes en escuchar sus estravagancias. Decia que para estimar á los hombres, era preciso no ser confesor, ministro, ni comisario de policia. Se presentaba con ricas pedrerias, y hasta las regalaba; pasaba por inteligente en cuadros, y poseia algunos que los enseñaba con misterio, y sólo á personas muy expertas; escelente medio de obtener juicios favorables. Tratando con escesiva afabilidad á los grandes y á las personas de la sociedad, escitaba la curiosidad con relatos muy estravagantes, en las que decia haber sido testigo ocular de hechos muy antiguos. Tal vez no era más que un espia; pero aquellos *animales de parisienses*, como él los llamaba, creyeron sencillamente que tenia doscientos, quinientos y hasta mil años, y que, gracias á su

---

(12) Maria Teresa le habia dado una lista de personas con quienes debia hacer amistad, y le dijo: *Os recomiendo en general á los loreneses*, esto es, que procurase formarse un partido amigo del Austria.

(13) Madama Campan describe perfectamente la rigurosa etiqueta del vestir de la reina, y cuenta que estuvo un dia mucho tiempo con la camisa de su majestad en la mano, esperando que llegase otra dama que tenia derecho á darla á la reina, la que permaneció enteramente desnuda y temblando de frio. «Aquella etiqueta, á la verdad incómoda, estaba calculada con arreglo á la dignidad real, que no debe encontrar sino servidores, comenzando por los hermanos y las hermanas del monarca. Y no pretendo hablar del majestuoso órden establecido en todas las cortes para los dias de ceremonia; hablo de la minuciosa conducta que observaban nuestros reyes hasta en sus actos más secretos, en sus horas de sufrimiento, en sus placeres, y hasta en sus enfermedades más repugnantes... Cuando la reina tomaba alguna medicina la dama de honor era la que debia quitar el vaso de la cama... Príncipes acostumbrados á ser tratados como divinidades, concluian naturalmente por creer que eran de una naturaleza particular, de una esencia más pura que el resto de los hombres.» *Mem.*, c. 4.

elixir de la inmortalidad, habia asistido á las bodas de Caná.

El veneciano Casanova, que nos ha dejado memorias llenas de delicadeza (14), en las cuales el cinismo de la espresion se iguala á la inmoralidad de la idea, adquirió tambien entonces una deplorable celebridad. Lo mismo aconteció con Estéban Zannowic, jugador de profesion y ladron, que se decia descendiente de Scanderbeg y príncipe de Albania: publicó diferentes escritos en italiano y en francés, encontró á quien engañar en Levante, en Alemania, en los Paises-Bajos, y sacó gruesas sumas de diferentes cortes y de los negociantes holandeses. Preso, en fin, por deudas y por robo en Amsterdam, á donde habia ido á reclamar un millon por pretendidos servicios, se dió muerte por evitar el cadalso (1786).

Podriamos alargar esta lista sin tener siquiera que acudir al rey Teodoro. Ya hemos hablado del doctor Mesmer, que llegó á Paris cuando la curiosidad no podia saciarse con los asuntos públicos que se arrastraban con languidez, ni con las cuestiones adormecidas de los molinistas y jansenistas. Los descubrimientos de la ciencia acostumbraban á los hombres á no creer nada imposible; y la mania de saberlo todo hacia que se confundiese al químico con el mercader de drogas, al físico con el charlatan. Aquellos, pues, que al principio habian vacilado en creer en los fenómenos eléctricos aceptaban, una vez convencidos de su realidad, todas las exageraciones de los embaucadores. Los que se habian reido de los convulsionarios de San Medardo prestaron fe á Mesmer, que trasformaba á los hombres en una perfecta máquina eléctrica, en la que lo que el uno tenia de esceso pasaba al otro, y producia no sólo la salud sino la ciencia. Tanto los médicos como los filósofos, La Fayette como Bergasse, el intrépido parlamentario Epremesnil como el naturalista Jussieu, le creyeron. El rey ofreció en 1781 veinte mil francos de pension á Mesmer, siempre que comunicase su secreto á tres hombres científicos; pero él rechazó tan miserable suma: una comision de académicos lo declaró charlatan: pero una suscricion abierta en su favor entre los curados por él, produjó 340,000 pesetas.

Cagliostro.—Aprovechóse el conde de Cagliostro (1743-1795), de todos los artificios de los charlatanes y de los sabios. Era, dicen, un tal José Bálsamo de Palermo, que comenzó sus robos atrapando sesenta onzas de oro á un platero, á quien le habia prometido hacerle encontrar un tesoro. Viajó por varios paises, hacia creer que habia recorrido muchos más, cambiando de nombre tratando de procurarse dinero con preparaciones químicas, truhanerias, el juego, y prostituyendo á su mujer. Fué recibido en triunfo en Estrasburgo (1780), y se mostró digno de aquella acogida con actos de beneficencia asistiendo á los enfermos sin querer aceptar retribucion, afable con los pobres, huraño con los ricos que solicitaban sus consejos. Habiéndose después instalado en Paris, además de la asistencia de los enfermos, se dedicaba al arte de las evocaciones con tal habilidad, que el naturalista Ramond, que no era un tonto, se persuadió de su poder mágico. Habiéndose dirigido últimamente á Roma, fué allí preso con su mujer, como acusado de fracmasoneria y robo; mas la pena de muerte á que se le sentenció fué conmutada en encierro perpétuo.

El collar.—Durante su permanencia en Paris, en todo el brillo de su reputacion, contrajo gran amistad con Luis de Rohan, gran limosnero de Francia. Este prelado, libertino, vanidoso y frívolo, habia sido embajador en Viena, donde mantenia á su servidumbre permitiéndoles hacer el contrabando. A pesar de estar lleno de deudas, comprometido en innobles intrigas y perdida su reputacion, llegó á ser cardenal, por ser descendiente de una casa de príncipes. No sabia, decia, como un hombre galante podia vivir con menos de un millon y doscientas mil libras de renta. Como oyese hablar de una enorme quiebra: *No se permite*, dijo, *hacerlas tan grandes sino al rey y á los Rohan.* Su ambicion de hombre favorecido de las mujeres y de gran señor, se irritaba con no haber podido hasta entonces conseguir el favor de Maria Antonieta, tanto más cuanto que la consideraba como un obstáculo á su elevacion al empleo de primer ministro. Ahora bien, Cagliostro le persuadió que él podia, con procedimientos ocultos, inspirar por él á la reina una viva pasion; y urdió su trama con la condesa de La Mothe, descendiente de los Valois, que, pobre y seductora, se habia corrompido hasta el fondo de su corazon.

Luis XV habia encargado á Böhmer, joyero de la corte, un magnífico collar, de valor de dos millones, para la du Barry. Pero habiendo muerto á la sazon el rey, Böhmer ofreció aquel adorno á Maria Antonieta por un millon y seiscientas mil libras. Luis XVI se asustó del gasto, y tuvo el valor de negarse á aquella adquisicion; pero Maria Antonieta no tuvo el de renunciar á la joya. La condesa de La Mothe dió á entender al cardenal de

(14) Citaremos la aventura siguiente, entre las que cuenta con una desnudez escandalosa. Persuadió á una anciana, señora muy rica, que poseia un licor mágico para rejuvenecer. Para probárselo, le presentó una mujer pública, disfrazada de vieja; después la hizo acostar, administrándola su licor, y se la presentó fresca y de edad de 18 años. La anciana señora le enseñó entonces sus tesoros, ofreciéndoselos si obtenia igual efecto con ella. Metióla Casanova en la cama, la hizo tomar un narcótico fuerte, y después de haberla hecho dormir de esta manera, le robó todo lo que quiso de su oro y pedreria. Entrególo todo, dice, á un criado de confianza que le aguardaba á la puerta con órden de ir á esperarle á una posada no lejos de Paris, mientras que él iba á llevar cincuenta luises á la prostituta, su cómplice. Aquella jóven recibió el precio de su hurto; pero Casanova no encontró más á su criado, y se quedó sin un cuarto; engañado groseramente á su vez, después de haberlo hecho él con mucha astucia.

Rohan, que iba de parte de la reina, para que hiciese un gran servicio á su majestad, prometiéndole en cambio todo su favor. Tratábase de comprar el deseado collar que la reina pagaria á plazos, y le remitió, en prueba de su mision, un billete firmado de la real mano (15). Lisonjeó esto la vanidad y la lasciva ambicion del prelado; indújose á una mujer pública llamada Oliva á que se fingiese la reina en una cita nocturna, en un bosquecillo de Versalles. El collar fué comprado y se entregó á la condesa de La Mothe para que lo llevase á la reina; pero aquélla marchó para Lóndres, donde le vendió.

Cuando se cumplió el primer plazo fijado para el pago, el joyero se dirigió al cardenal, que no teniendo las 400.000 libras necesarias, le invitó á acudir á la reina. Resultó de esto una esplicacion que reveló las circunstancias del trato, y las culpables esperanzas del cardenal. En lugar de correr el rey un velo sobre el asunto, cedió á su resentimiento, y dió publicidad á lo que era un escándalo doméstico (1785). El cardenal de Rohan fué preso, revestido del traje pontificio, en el momento en que se preparaba á decir misa en la Asuncion y conducido á la Bastilla; la condesa de La Mothe fué presa y se pasó la causa al parlamento.

Conmovióse la sociedad con aquellos inauditos escándalos. Era un cardenal el que se presentaba en un juicio entre un charlatan y una mujer pública; una reina, la que se veia complicada en sucios manejos; en fin, era el mismo rey el que conmovia las bases de un trono atacado hacia largos años; es decir, los privilegios de la nobleza y del clero; aun más, hizo penetrar la maligna mirada del público en los secretos de su lecho, y ofreció al parlamento una ocasion de satisfacer su rencor removiendo aquel innoble lodazal.

No habiendo recusado el cardenal la incompetencia del parlamento, éste le absolvió como tambien á Cagliostro, después de seis meses del más repugnante proceso, y ambos obtuvieron del pueblo ovaciones, que eran otros tantos insultos á la reina, como si hubiese considerado en ellos dos víctimas de las intrigas de la odiosa austríaca. La condesa de La Mothe fué sentenciada á hacer una pública retractacion con la cuerda al cuello; azotada, marcada, y encerrada en la Salpetrière por el resto de sus dias. Pero habiendo conseguido fugarse, publicó una memoria, en la que arrastraba por el lodo el nombre de Maria Antonieta.

(15) Es decir, firmado *Maria Antonieta de Francia* título que no le pertenecia por ser austriaca.

CAPÍTULO XXXVII

PRELUDIOS DE LA REVOLUCION.

Así como los demás gobiernos de la Europa, el de Francia procedia de la conquista y del feudalismo. Algunos señores, iguales entre sí é independientes, se habian impuesto como señores á un pueblo avasallado y reducido á una condicion servil, apropiándose, por via del sable, del derecho de guerra, de la jurisdiccion y del territorio. Con largas vicisitudes y á pesar de la opresion armada de los poseedores, se rehizo después la riqueza mueble, y se elevaron los municipios donde el industrial y el mercader recobraron los derechos de hombre. Pero tuvo que pasarse mucho tiempo antes de que la fuerza renunciase á sus privilegios en manos de la justicia y de la razon, y de que los hábitos de violencia y desigualdad se acomodaran á un órden uniforme; por lo cual se prolongó muchísimo la lucha del privilegio contra la libertad, ó sea de la fuerza contra la justicia.

El rey.—Sin embargo, entre aquellos feudatarios, uno más feliz habia llegado á avasallar á los demás; sus sucesores dieron poco á poco unidad al territorio francés, y estendieron por todo el pais la fuerza pública, representada por el nombre del rey. Habiéndose proseguido aquella obra con largos intérvalos y diferentes medios, resultó gran variedad de privilegios, barreras, derechos de ciudad á ciudad, de provincia á provincia, y todo se fundaba en costumbres, que nunca llegaron á ser ley general ni constitucion.

Dos reyes, el uno ladino, empleando la astucia y la violencia, el otro magnífico, deslumbrando con su esplendor, pudieron concentrar en ellos toda la monarquia. Con Enrique IV habia llegado á ser, no ya cúpula, sino base de la sociedad; el municipalismo habia cesado y la nobleza guerrera se habia trasformado en nobleza de corte. Después de haber empleado Luis XIV, al principio la autoridad para establecer el órden, y luego el órden para fundar el absolutismo, pudo decir: *El Estado soy yo.* En efecto, legalmente nada se oponia á la voluntad del rey, que declaraba la guerra por un capricho, verificaba ligas por vanidad de los ministros, y suspendia sus victorias en Holanda por visitar una querida; prodigaba á sus mancebas los tesoros de Francia, y pretendia cambiar el órden de sucesion en favor de sus bastardos.

Pero si las masas habian ganado con que los reyes de Francia arrebatasen la autoridad á los feudatarios, la concentracion de esta autoridad en ellos solos era en desventaja suya; era como si un juez detuviese en su poder el fruto del hurto, en lugar de restituirlo al propietario robado. Separada la monarquia de la nobleza y del clero, y no representando ya desde Luis XIV los intereses de los pueblos, no trataba más que de fortificarse; compraba servidores, pero no tenia amigos; y todos sus esfuerzos se reducian á procurarse dinero, soldados y el poder arbitrario.

La administracion se dirigia cada vez más al despotismo, y á escluir á los señores de tener parte en la reparticion de los impuestos aun en los paises de eleccion, que se llamaban así porque tenian derecho á elegir sus comisiones á este efecto. Habiendo llegado á ser la ciencia administrativa el arte supremo, era preciso asegurar su producto con enérgicos medios: se arrendaban, pues, las rentas á capitalistas que se llamaban asentistas generales, cuyo poder no tenia límites. Contra las órdenes de prision firmadas en blanco por el rey no habia persona que estuviese segura; comprábanse estas cédulas para deshacerse de un marido celoso ó de un rival afortunado, y la víctima no podia averiguar la razon de su desgracia, pues la única que se alegaba era la voluntad del rey, que las más veces ignoraba el uso hecho de su firma. Así se pudo enviar á Voltaire á la Bastilla, tener veinte y cinco

años desterrado á Maurepas, y por toda la vida en un calabozo al presunto autor de un epígrama contra la Pompadour.

La corte.—Por otra parte, el monarca se veia rodeado de un fausto que debia persuadirle de que era más que hombre. Lo que se llamaba su servidumbre se componia de un gran limosnero, de un gran camarlengo, de un gran maestre del guardaropa, de otro de ceremonias, de un caballerizo mayor, de un montero mayor, con lo menos cuatrocientos oficiales que dependian de ellos: las servidumbres de la reina y la de los príncipes no eran menos numerosas. Habia enormes sueldos concedidos á empleos estravagantes, como á *un acelerador de asados, un corredor de vinos*, empleos comprados, que era preciso respetar ó rescatar con mucho dinero.

Los extravíos de Luis XIV eran venerados como su propia persona, y así puede decirse que los contemporáneos fueron cómplices por la aprobacion que les dieron. La Sevigné habla de ellos, pero sin dar la menor señal de desaprobacion; representábanse en el teatro sus amores bajo formas heroicas, y no sólo por Molière sino tambien por Racine; respetábase lo que no se habria imitado; ni Luis creia ultrajar á la nacion exigiendo que fuesen habilitados para sucederle sus bastardos. Por esto dice Saint-Simon que el rey «habia llegado á ser una especie de deificacion en el seno del cristianismo.» Las régias prostitutas eran cantadas por los poetas, aduladas por los filosofistas y aceptadas como esposas por los marqueses; pudo creerse que Luis XV se reanimaba con baños de sangre, y que para esto se habian robado niños en las calles de Paris, rumor que suscitó una sublevacion y que nada tenia de improbable, pues que al rey todo le era lícito.

El clero.—Los reyes habian llegado á ser omnipotentes, hasta sobre el clero, que en un principio era quien los elegia. Tenia á su cabeza diez y ocho arzobispos y ciento diez y seis obispos, que poseian 5.000,000 de rentas declaradas, aunque tal vez ascendian en realidad al doble. Pero rara vez se encontraban en el alto clero costumbres regulares, doctrina y concordia, en atencion á que el nacimiento y las escandalosas protecciones determinaban las elecciones. Algunos dignatarios se complacian en su permanencia en la corte, y rara vez se presentaban en sus diócesis; los que eran aficionados al estudio incurrian en el fanatismo. Muchas personas gozaban de títulos de abadia y de beneficios, sin ser siquiera eclesiásticos, y las dignidades eran distribuidas por manos nada puras y menos sínceras.

Mucho se ha hablado de aquellos elegantes y perfumados abates, que eran como el adorno indispensable de la alta sociedad, y de los tocadores: que componian madrigales y canciones; decian chistes y se encontraban dispuestos, no obstante su carácter, á ofrecerse á las sátiras de los petimetres de moda. La depravacion habia penetrado hasta en las órdenes religiosas. Se habia abolido en varias la abstinencia de carne, las oraciones de noche, los oficios en el coro, para sustituirles con fiestas, banquetes y conciertos. Suscitáronse entre los capuchinos de París escandalosas diferencias. Los padres de la congregacion de San Mauro, que prestaban tantos servicios, cesaron sus útiles trabajos por sus intestinas discordias; veinte y ocho benedictinos de San German de los Prados dirigieron al rey una peticion para abandonar su hábito, que los ridiculizaba, para librarse de la abstinencia y de los oficios divinos que, decian, los distraian de obras más útiles (1).

La tendencia del clero secular á hacerse nacional se habia manifestado sobre todo en Francia, donde bajo el nombre de *libertades de la Iglesia galicana*, se sostenia el derecho de obedecer en todo al rey, sin que el papa pudiese oponer obstáculos. El clero habia perdido allí aquel poder que habia conseguido en la Edad Media con su union en un solo cuerpo que formaba el catolicismo; así es que nunca tuvo fuerza real en Francia, aunque formó uno de los tres órdenes del Estado, y aunque varios de los principales empleos fuesen desempeñados por eclesiásticos.

La cuestion de los jansenistas y de los jesuitas es uno de aquellos fenómenos que, sin ser nuevos en el mundo, no por eso dejan de ser muy curiosos. Habiéndose aumentado la sociabilidad hasta el esceso, parecia que las rigorosas exigencias de la religion no le convenian. Los jesuitas trataron, pues, de sujetar los preceptos de la Iglesia á los movimientos del siglo. Ciertos talentos severos se escandalizaron y elevaron su voz contra aquella indulgencia, que queria encontrar alguna escusa al pecador, á fin de que su conciencia permaneciese sensible, y que la desesperacion no le inclinase á avanzar cada vez más en el error. Entonces la sociedad más corrompida se declaró por el partido rigorista contra aquel que manifestaba indulgencia por lo pasado contra lo futuro, maldiciendo á aquellos que hacian más accesibles los confesonarios que ella no frecuentaba; y rechazó con el ridículo la union que se intentó entre la perfeccion divina y la debilidad humana. Habiéndose elevado de esta manera el cristianismo á una pureza ideal, superior á las fuerzas ordinarias, la mayor parte declararon que era imposible alcanzarle; y la inmoralidad aumentó, cuando ya no tuvo que combatir contra él.

La cuestion del jansenismo, á la que se dió una publicidad inconveniente, al mismo tiempo que era sostenida por la intriga y la fuerza, desacreditó aun más al clero. En el momento en que el peligro se aumentaba fuera, el clero católico se encontraba dividido en dos campos, que se odiaban y calum-

(1) La asamblea del clero en 1780 es de gran importancia, tanto por la revelacion de los desórdenes que existian, como por los remedios que se propusieron en ella.

niaban, con el furor de partidos rivales. Como si no hubiese sido bastante un diluvio de deplorables escritos, se introdujo la costumbre inglesa de las caricaturas, dibujos más ó menos ingeniosos, en los que la penetracion y la malignidad encontraban donde ejercitarse, ora para adivinar las alusiones, ora para aplicar las exageraciones. El obsceno Dubois obtenia el capelo de cardenal haciendo adoptar por fuerza al parlamento la bula *Unigenitus*, y el arzobispo de Beaumont no admitia en el hospital al que no hacia profesion de fe ortodoxa (1752), y no se permitió al abate l'Epee confesar á los desgraciados que habia hecho cristianos y hombres.

La nobleza.—La pequeña nobleza se habia apoderado de una parte de la autoridad de la alta, cuando poniendo Francisco I y Enrique II por obra la seduccion y la fuerza, cuyo uso autorizaban las guerras civiles, convirtieron á los señores en cortesanos sujetos al rey, á sus favoritos y á sus queridas. Aquel sistema fué completado por Richelieu y por Luis XIV. El rey ennobleció á personajes nuevos; concedió á otros títulos sin autoridad, lo que desacreditó la antigua nobleza, hizo surgir envidias y discodias, y la sometió cada vez más al monarca, que dispensaba los títulos y los empleos. Existia entre los caballeros infinidad de grados. La nobleza de espada miraba con desden á la nobleza de la toga, y ésta reprendia á la otra sus excesos; la nobleza de las provincias acusaba de servilismo á la nobleza de la corte, á la que, no obstante, envidiaba; y sus pretensiones ocasionaban frecuentes duelos y continuos odios. La nobleza de la toga se elevó hasta el grado de rivalizar con la nobleza territorial, que no formaba ya un cuerpo diferente; y los duques y pares tomaban asiento en el parlamento, pero confundidos con los magistrados.

Aunque habian perdido los nobles los derechos que representaban ante el soberano, conservaban aquellos que pesaban sobre el pueblo. Además de las inmunidades y privilegios de que gozaban, obtenian casi exclusivamente los altos empleos; podian hacer dimision de ellos y continuar recibiendo los emolumentos. El duque de Fronsac era coronel á los siete años. En la misma Iglesia, la virtud y la doctrina tenian á veces que ceder el puesto á la sangre; y la púrpura adornaba á ignorantes y á libertinos porque eran príncipes. Las jurisdicciones señoriales, donde la justicia era enteramente arbitraria y sólo estaba sujeta á la voluntad del señor, continuaban subsistiendo. La inmunidad concedida á las tierras de los nobles hacia que la recaudacion fuese difícil y muy onerosa para los plebeyos. Los hidalgos no podian, sin desdecir de su clase, mezclarse en asuntos de lucro; mas luego se presentó el sistema de Law, en el que muchos de ellos entraron con ardor como en una partida de juego. Algunos desempeñaban onerosos empleos sin recibir ningun sueldo, y hasta sin esperanza por el espíritu de cuerpo que produce tanto bien como mal. Pero los viciosos podian entregarse impunemente á las malas inclinaciones, burlarse de sus acreedores, obtener cédulas de prision contra sus enemigos particulares y ejercer vejaciones. Era elegante tener deudas, sostener queridas, ostentar el lujo de sus carruajes á la puerta de las bailarinas de moda, dejando á su mujer la libertad de obrar por su parte segun le agradase.

Nobles arruinados se dignaban algunas veces casarse con la hija de algun banquero, lo que llamaban *abonar sus tierras*; y el enriquecido alcabalero se complacia en dar suntuosos festines á hambrientos hidalgos. Pero si el amor ó el interés determinaban á algunos grandes señores á unirse á los plebeyos, no por eso cesaban las distinciones. El literato y el hombre de talento, bien recibidos en las sociedades aristocráticas, tenian que resignarse á humillaciones. No podian pedir con la espada reparacion de las injurias que recibian, y los palos de los criados contestaron á un desafío de Voltaire (2).

Las ideas de libertad y de igualdad, que los jóvenes de la aristocracia habian tomado de los escritos y de las conversaciones de los filósofos, les permitian emanciparse de varias trabas, pero sin que quisiesen perder ninguna de las ventajas de su posicion social. Admiraban á Inglaterra y su constitucion, y los abusos de su patria les parecian repugnantes; pero la idea que tenian de aquel mismo gobierno inglés fomentaba sus instintos aristocráticos, y sus anhelos liberales se reducian al establecimiento de una cámara de Pares.

Parlamento.—Pero á esto no se hallaba dispuesta Francia por su historia, porque los acontecimientos no la habian inducido aun á concentrar en un solo cuerpo todos los poderes constitucionales, ni á procurarse el prestigio de una representacion nacional. Ya hemos visto que era la naturaleza de los pueblos germánicos, reunir á los jefes de la nacion conquistadora para tratar de los intereses comunes; los vencidos no estaban representados en aquellas asambleas, escepto cuando los obispos daban al-

---

(2) El desprecio hácia los villanos se manifiesta abiertamente en el edicto de Luis XIV contra los duelos, en 1679. Art. 16: «Por cuanto se encuentran personas de innoble nacimiento, que nunca han usado armas, y son bastante *insolentes* para retar á los caballeros, los cuales negándose á satisfacerles por la diferencia de clase, concitan contra aquellos á quienes han retado, á otros hidalgos, de donde á veces se siguen homicidios, tanto más detestables cuanto que proceden de una *causa abyecta;* queremos y mandamos que en semejante caso de llamamiento y combate, principalmente si es seguido de alguna gran herida á muerte, los dichos *innobles* ó *villanos*, que sean aprehendidos ó convencidos de haber promovido semejantes desórdenes, incurran sin remision en la pena de ser ahorcados y estrangulados, confiscándose todos sus bienes muebles ó inmuebles; y por lo que corresponde á los hidalgos que se hayan batido por motivos y contra *personas indignas*, queremos que sufran las mismas penas que hemos dispuesto contra los segundos.»—¡Qué arrogancia!

gunas quejas contra la opresion de los señores. La division de las razas cesó de ser tan absoluta bajo el mando de la dinastia Capeta; fué sustituida por la de clases y la de Estados. Los nobles primitivos, llamados *francos* ó *barones*, eran algunas veces reunidos por los reyes, pero sin regularidad, en asambleas llamadas córtes ó parlamentos. Al principio tomaban asiento en ellas sin más distincion que la que resultaban de los títulos feudales; pero después Luis el Jóven eligió á doce grandes vasallos, que, con el nombre de pares, fueron considerados como consejeros natos del rey. Acudian como los demás á los parlamentos, compuestos sólo de los barones y de los obispos; pero á fines del siglo XIII, los legistas tuvieron entrada en ellos en cualidad de consejeros, y al mismo tiempo salieron los obispos, escepto aquellos que eran pares de Francia, por el derecho de sus diócesis. San Luis alteró el carácter de los parlamentos, haciendo prevalecer en ellos el carácter judicial sobre el político. En efecto, aquel alto tribunal feudal renunció implícitamente á concurrir con el pueblo á la confeccion de las leyes, desde que se dedicó á interpretarlas convirtiéndose en magistratura. Solamente se reservaron el privilegio de registrar los decretos reales. ¿Cómo habria sido posible ceder el puesto á la movible representacion del pueblo, aun cuando se le llamase á la vida pública en medio de los pares, consejeros natos de la corona, y de los legistas, sus consejeros de confianza?

Estados Generales.—No pudiendo, pues, los parlamentos ser un cuerpo legislativo en el que se concentrasen todas las fuerzas vivas de la nacion, fué necesario en las circunstancias más graves, convocar los Estados Generales, á los que el rey llamaba, además de los nobles y el clero, á los representantes del municipio, es decir, á los representantes de la riqueza mobiliaria, ó sea á lo que se llamó después *tercer estado;* y el rey los favorecia porque podian proporcionarle dinero para pagar sus tropas, con las cuales no tenia ya necesidad de recurrir á las fuerzas de los barones. Los Estados Generales fueron convocados por primera vez en tiempo de Felipe el Hermoso; y poco á poco reemplazaron al parlamento en las cuestiones que importaban más á la política, sobre todo en el establecimiento de nuevos impuestos; á las contribuciones se limitaba en efecto su soberano poder; y si acaso en medio de la anarquia de las facciones de los príncipes y de la invasion extranjera, se apoderaba violentamente del gobierno del reino cuando la paz se encontraba restablecida, la opinion no reconocia á los tres órdenes más que el derecho de conceder subsidios, y de resolver de acuerdo con el rey, sobre los grandes intereses de la nacion. Sin embargo, los límites y las formas se encontraban mal definidas, y las recíprocas pretensiones de los tribunales supremos y de los Estados confundian las ideas y los hechos. No tenian tiempo determinado para su reunion; desde 1302, los Estados no se reunieron más que veinte y dos veces. Su última reunion se verificó en 1614, apareciendo en ellos el tercer estado en una posicion humildísima; pues habiendo el lugarteniente civil, á nombre de aquél, dicho al órden de la nobleza: *tratadnos como á vuestros hermanos menores, y os honraremos y amaremos*, los nobles protestaron dirigiéndose al rey y quejándose de que el tercer estado habia olvidado sus deberes hasta equipararse con ellos (3).

En medio de los desastres de fines del reinado de Luis XIV, sus enemigos decian que era imposible convenir con él una paz duradera mientras fuese rey absoluto, y proponian someter el tratado á la ratificacion de los Estados Generales; pero el rey se guardó bien de convocarlos, é hizo contestar á los folletos y á los opúsculos extranjeros, en los que se demostraba la necesidad de restablecer el uso y la autoridad de los Estados Generales, con otros escritos, en lo que se les consideraba como una imitacion extranjera que el pais no admitiria de buen grado. Todavia se decia, y en esto habia más sinceridad y verdad: «Casi todas las fortunas particulares dependen de la autoridad real; á ella están afectos las hipotecas, los enormes empréstitos, las pensiones, los atrasos de las rentas. Si se conmueve, pues, más de las tres cuartas partes de los demás bienes están en peligro de perecer.»

Pensó el regente en reunir los Estados Generales cuando los embarazos producidos por el sistema de Law; pero el abate Dubois, al ¡que pidió su parecer con respecto á ellos, le contestó que los reyes de Francia habian evitado con razon el reunirlos. «El rey, le dijo, no es nada sin súbditos: aunque su jefe sea un monarca, la idea que de ellos procede todo lo que es y todo lo que posee, el aparato de los diputados del pueblo, el permiso de hablar delante del rey y presentarles sus quejas, tiene cierta cosa de triste, que un gran rey debe siempre evitar... No olvideis que la última desgracia de un rey es no obtener la ciega obediencia del soldado... ¡Ay! alejad de la Francia la peligrosa idea de convertir á los franceses en un pueblo inglés.» El regente escuchó su consejo, y prefirió la bancarrota á la convocacion de los Estados Generales.

En cuanto á Luis XV, respondió á los que le aconsejaban que reuniese los Estados Generales: «Si tuviese un hermano y me manifestase semejante opinion, le sacrificaria á la conservacion de la monarquia.»

No eran, pues, los Estados una institucion regular y estable, y sí un medio de resistencia instantánea ó de venganza, que no despertaba ningun sentimiento de derecho y de libertad. Interrumpida su convocacion, se aumentó el poder político del parlamento de Paris; corporacion de legistas qae habia dado al rey el poder ilimitado, á la nacion el dere-

(3) Tomo VIII, pág. 327.

cho comun, y que desde una formalidad sin consecuencia como el registro de las actas reales, habia llegado á mezclarse en los asuntos del Estado. El tribunal supremo de justicia habia comenzado en tiempo de Luis XII á ser un poder mediador entre el trono y la nacion; poco á poco consiguió después el que su autoridad no sólo fuese aparente, sino real. Carlos VII dividió el parlamento general en muchos parlamentos provinciales, y así en todos los puntos donde antes habia un centro feudal, hubo desde entonces una alta magistratura. Todo parlamento podia en aquella época, no sólo resolver sobre causas é intereses privados sujetos á su conocimiento, sino tambien por via de decision general para los casos futuros, lo cual venia á ser una atribucion legislativa.

Después el parlamento de Paris llegó á ser la institucion general más poderosa que ha existido en ningun tiempo. Hallándose á la inmediacion del rey, podia consultarlo y darle consejos, y mirándose como sucesor de la asamblea de los grandes vasallos, extendió sus pretensiones y no quiso limitar á los asuntos del ducado de Francia, las reclamaciones y las modificaciones que exigia al registrar los decretos, sino que aspiró á tomar conocimiento de todos los asuntos del reino. Esto agradaba al rey, que veia más facilidad en hacer que el parlamento adoptase sus decisiones, que en hacerlas aprobar por los Estados Generales; y la nacion que temia las discusiones tempestuosas de éstos, por la desunion reinante entre los tres estados, prefirió un cuerpo semejante y estable que sirviera de contrapeso al poder real. Y efectivamente, el parlamento llenó este objeto, extendiendo sus franquicias hasta llegar á ser una especie de poder constitucional, y en ausencia de los Estados Generales tomó el carácter de asamblea deliberante, y se invistió de la autoridad de registar, esto es, de aceptar las leyes y votar los impuestos. En caso de negativa, el rey podia recurrir á la solemnidad llamada *solio de justicia* que representaba los antiguos campos de marzo y de mayo. Presentábase en el parlamento, se sentaba en el trono, hacia la proposicion y los individuos de la asamblea votaban en alta voz. Si la decision era contraria, el rey mandaba registrar su decreto, y el parlamento tenia que hacerlo, salvo el derecho que le asistia de manifestar que se sometia á un decreto irresistible.

El espíritu de cuerpo y el saber hacian peligrosa la oposicion de aquellas clases que habian llegado á ser independientes por desastrosas especulaciones rentísticas. En un momento de estremada necesidad, los reyes habian vendido los empleos (4); y cuando volvió á aparecer la penuria del dinero, habian creado ya otros nuevos que tambien fueron vendidos. Aquellos empleos habian llegado á ser un patrimonio, y las magistraturas administrativas y judiciales se trasmitian por herencia. Semejante absurdo hacia que conociendo los magistrados que eran inamovibles, se tornasen osados contra las despóticas voluntades de aquel de quien no dependian sus empleos. Tambien en los parlamentos los representantes del rey tomaban asiento en gradas menos elevadas que los consejeros, y no podian hablar sino después de haber doblado la rodilla.

Los derechos del parlamento no se fundaban sino sobre la ambigua interpretacion de la palabra *registrar*; pues, la cuestion era saber si concedia el derecho de reclamar y en su consecuencia el de oponerse á la voluntad real. ¿Pero hasta qué punto podian resistir los parlamentos legalmente? ¿Hasta qué grado podia el rey reprimirlos sin cometer un acto de tirania? Ninguna ley lo decia. Ejemplos anteriores justificaban los golpes de Estado. Si Luis XIV habia despedido al parlamento con el látigo en la mano, los tribunales de justicia presididos por el rey se multiplicaron en tiempo de Luis XV; todo un parlamento fué desterrado en un dia y Maupeou los anonadó del todo, diciendo que el parlamento era fuerte en tiempo de un rey débil y débil con rey fuerte.

De todo esto habia resultado la más desfavorable combinacion para el poder, es decir, la necesidad de combatir la fuerza sobre la cual se apoya, ó de suplir á ella con medios irregulares, que, siempre más escandalosos que eficaces, conducen á graves abusos, como anular las sentencias, establecer tribunales extraordinarios y espedir cédulas de prision. Por lo demás, por poderosos que se hicieron los parlamentos en tiempo de la Liga y de la Fronda, no llegaron nunca á negar los subsidios al rey, que es en lo que consistia la fuerza del parlamento inglés.

No se apoyaba, pues, en nada constitucional el parlamento. La milicia se desdeñaba de sentarse al lado de los togados, recordando que éstos habian ayudado muchas veces al rey á disminuir sus privilegios; las intrigas que aquél habia urdido durante la Fronda mostraban que era un peligro para la paz. El clero sabia que le era hostil; y si, resistiendo á éste y á la corte de Roma, el parlamento se habia conciliado el favor de los filosofistas como tutor de las franquicias nacionales, el pueblo sabia que habia hecho quemar en diez años más pastorales de obispos que libros impíos desde que existia. Entregó á las llamas el *Emilio* en 1762; pero habia prohibido en 1738 venerar á San Vicente de Paul. Su mania de quererlo someter todo á sus decretos le habia hecho confiscar en la antigüedad las primeras imprentas, prohibir el *antimonio* en 1566, no dejar imprimir en 1652 la *Imitacion de Jesucristo* bajo otro nombre que el de Tomás de Kempis, amenazar con la pena de muerte en 1624, á todo el que enseñase de otra manera que por los cuatro elementos de Aristóteles. Los filósofos sabian además que rechazaba las innovaciones; recordaban que habia inclinado á Luis XV á nuevos rigores contra los protestantes, y que á él era á quien se debian atribuir las sentencias de muerte de Calas

(4) Véase tomo VIII, pág. 106.

y del ministro Rochette. Repugnaba además á las ideas de la época que la justicia llegase á ser un patriciado, y que un cuerpo á la vez político y judicial pudiese suspender el curso de la justicia para sostener sus derechos, sus abusos, sus preocupaciones.

Después la controversia jansenista, y aun más la que tuvo lugar por la supresion de los jesuitas, en la cual el parlamento se salió de los límites de un tribunal de justicia, y sentenció en una cuestion que no le estaba sometida, desarrolló en gran manera el talento de los abogados, acostumbrándolos á tratar cuestiones generales; ahora bien, una vez que tuvieron las armas á su disposicion, esperimentaron el deseo de servirse de ellas.

Los parlamentos no se encontraban, pues, en armonia con el rey ni con la nobleza, ni aun con el pueblo, que los consideraba como los defensores de los privilegios que le eran odiosos, aunque estimándolos como oposicion á un poder que despreciaban; pero precisamente entonces declaraba el rey que su corona procedia sólo de Dios y que no dividiria con nadie el poder legislativo.

De esta manera nunca pudieron ponerse de acuerdo el parlamento, el clero y el rey; se trasformaron segun los tiempos, lo que prolongó su duracion; pero contrariándose siempre sin equilibrarse nunca, ó sin que alguno prevaleciese definitivamente de hecho.

La plebe.—Inferior á todo esto se encontraba el pueblo, escluido de toda posicion en el Estado. Los impuestos repartidos con injusticia parecian aun más pesados, y agravaban cada vez más á los no privilegiados, principalmente á la clase agrícola. La desproporcion era aun mayor en los campos, donde las exigencias feudales se añadian á las del fisco real, además del diezmo del producto total de los campos, que correspondia á los eclesiásticos. Existian por otra parte dos especies de servidumbre. El siervo del terruño no podia disponer de su persona ni de sus bienes sin el permiso del señor; pero si estaba cansado de su tirania, podia abandonarle dejándole sus bienes. El siervo de cuerpo, por el contrario, no se emancipaba cediendo lo que poseia, y el señor podia reclamarle en todas partes, y castigarle arbitrariamente. Es cierto que aquella esclavitud no subsistia sino en un corto número de cantones: sin embargo, la Asamblea constituyente se estremeció de horror al referirse las envilecedoras obligaciones á las cuales se hallaban sujetos los desgraciados aldeanos.

En esta clase tan inhumanamente sacrificada era en la que se reclutaba con preferencia el servicio militar. Todo plebeyo de edad de diez y seis á cuarenta años estaba obligado á entrar en suerte anualmente. Pero los habitantes de las ciudades gozaban privilegios que hacian recayese todo el peso sobre los aldeanos; y aun los más valientes no tenian ninguna esperanza de ascenso, estando reservados todos los grados á los nobles y á los ricos, que entraban en el servicio como voluntarios.

Colbert habia protegido el comercio; pero favoreciendo las compañias, que en último resultado constituyen privilegios, y lejos de que los gremios hubiesen sido abolidos, como lo habian pedido en 1614, se habian estendido á todos los mercaderes y artesanos. Nadie podia ejercer otro oficio que aquel en que habia pagado su noviciado, y debia trabajar toda su vida para otros si no podia comprar el título de maestro en el gremio. Severos reglamentos prescribian las calidades, la manera y el color de los objetos fabricados: habia, pues, continuas visitas, confiscaciones y piezas de telas cortadas y quemadas. Así, la institucion de fraternidad fundada en la Edad Media habia degenerado en egoismo y en una enorme tirania, que á gran parte del pueblo excluia del trabajo, que es su derecho y su gloria, exigiendo dinero para poder ejercer un arte, consumiendo el tiempo y alterando la paz con reclamaciones, pleitos y competencias de subordinacion entre los grados de un mismo oficio, entre cerrajeros y herreros, entre ebanistas y carpinteros, entre libreros de nuevo y de viejo; entre sastres y ropavejeros, entre zapateros y remendones.

Es cierto que todos aquellos males databan de antiguo; y además de que el hombre se acostumbra á ellos, tienen siempre correctivos en la ejecucion. Aunque los gremios fuesen una traba para el individuo y constituyesen una insoportable tirania, representaban la independencia; era una gloria ser prior de uno de ellos y llevar la bandera del oficio (5). Se hacian manifestaciones, se oponian obstáculos á las medidas arbitrarias, con tantas más probabilidades de éxito cuanto que el arte habia adquirido mayor desarrollo.

La nobleza francesa habia buscado en tiempo de la Reforma un medio de dominar. Pero el pueblo ayudó al clero para impedir que llegase á apoderarse de todos los bienes y de todo el poder. El calvinismo, que se estendió por el pais y continuó subsistiendo, fomentaba las ideas democráticas, que sobrevivieron aun después de haber sido vencido. Conociéronlo los reyes; y después de haberse servido del pueblo para sujetar á los nobles, se dedicaron á rebajarle. Acariciaron con distinciones personales á los jefes de la clase media; introdujeron una nobleza de toga, para separar del

(5) Cuando se daba una representacion teatral gratuita en solemnidad del parto de la reina, los carboneros tenian el derecho de asistir al palco del rey, las vendedoras de pescado al de la reina. Cuando la reina Maria Antonieta dió á luz al delfin, todos los gremios se dirigieron á Versalles, cada uno con el símbolo de su oficio. Los deshollinadores llevaban una chimenea dorada, de la cual salia el más pequeño del gremio; los portadores de sillas, una silla de mano toda dorada con una nodriza y su criatura que representaba al pequeño delfin; los carniceros llevaban un buey gordo; los zapateros un par de botitas para el recien nacido; los sastres un uniforme del regimiento del Delfin, propio para la criatura. Y viéronse desfilar hasta los enterradores con sus fúnebres insignias.

pueblo las personas instruidas; impidieron las reuniones, y fraccionaron la administracion. De esta manera creia el poder mantener á la clase media en su nulidad; pero los mismos reyes habian disminuido la distancia que existia entre ambas clases. El saber, primero, y después el comercio, ofrecieron á los vencidos el medio de entrar en la clase de los vencedores, aunque siempre por via de escepcion, y aunque la distincion continuaba subsistiendo, si bien ya no significaba nada. La fuerza de la inteligencia se unió, pues, á la de las riquezas, la opinion adquirió energia; las cuestiones de hacienda, de religion, de jurisdiccion hicieron que los talentos meditasen sobre el Estado, y que se reconociese la igualdad de los hombres.

En la asamblea de los Estados, reunida después de la muerte de Luis XI, se pronunciaron discursos maravillosamente libres: el señor de La Roche, diputado de la nobleza de Borgoña, dijo allí que «pueblo significaba la universalidad de los habitantes del reino; que los Estados Generales eran los depositarios de la voluntad comun; que sin ellos nada habia santo ni sólido; y que sin su sancion ningun acto podia tener fuerza de ley. El reinar, exclamó, es un oficio, no un patrimonio; los reyes han sido creados desde su principio por el pueblo soberano, y el que tiene el poder por fuerza ó de otro modo sin el consentimiento del pueblo, usurpa el bien de otro. El Estado es la cosa pública; la soberania no pertenece á los reyes, los cuales existen solamente por la voluntad del pueblo; y en caso de menor edad ó de incapacidad del príncipe, la cosa pública vuelve al pueblo que la recobra como suya.»

Por entonces este pueblo no paró mientes en tales palabras, pero anduvieron los tiempos y llegó la época en que habia que repetirlas. Grande estímulo habia dado para esto la revolucion inglesa, la primera que se hizo á la luz del sol, y que á muchos deslumbró hasta el punto de considerar como el mejor modelo de constituciones la que ella habia producido. Pero Inglatera, aunque derribando varias veces á sus reyes, conservó su inmutable principio, el de la aristocracia hereditaria, lo que hizo que su política no cambiase. Tanto católico como reformado, el gobierno fué siempre intolerante: siempre el derecho de los mayorazgos y las sustituciones fueron cosa santa y legítima; siempre el pueblo se encontró avasallado, y los propietarios eran los únicos representantes de la nacion.

En Francia, por el contrario, la nobleza se arruinaba por el vicio, al paso que la fuerza popular se aumentaba con toda la energia que se usa cuando se reclaman preciosos derechos. Los reveses de los últimos años de Luis XIV habian roto el prestigio que rodeaba á la majestad real, la regencia ostentó la vanidad del vicio, como en otro tiempo hubiera hecho alarde del orgullo de la virtud. Toda persona honrada no puede menos de detestar á Luis XV. En su reinado estallaron los males que en el de su predecesor se habian preparado: la nacionalidad francesa fué invadida por ideas inglesas, ginebrinas y holandesas; los emigrados se vengaban con violentas diatribas; los caballeros hablaban contra la monarquia, el clero no tenia fe; ridiculizábase la historia nacional; hacíase consistir la libertad en criticar todo lo que era antiguo; tratábase de pedanteria el apego y las costumbres del pais, á la nobleza de tirania y á la religion de preocupacion.

Y sin embargo, la nobleza se obstinaba en considerarse no sólo como una institucion ó funcion social, sino tambien como una raza superior; y así, viniendo el orgullo á provocar la ira (6), la gente de inferior clase y pensadora, como Marmontel, cantero; D'Alembert y La Harpe, bastardos; Rousseau y Beaumarchais, relojeros; Diderot, armero, invocaban un órden de cosas en que el mérito no encontrase obstáculos para sobresalir. No componia ya el pueblo un corto número de siervos ó algunos pobres municipios, que procuraban humildemente ganarse la vida, y mantenerse en guarda contra los feudatarios; le formaban la mayoria: y eran éstos los artistas, industriales, literatos y pequeños propietarios. Deseosos de órden y tranquilidad, se habian resignado por de pronto á la obediencia; los reyes habian creido que seria eterna, y se habian dormido al principio sobre la gloria, después en el seno de los deleites. Pero durante aquel tiempo, la clase media habia adquirido saber y riqueza; dominaba con la palabra en las reuniones de artesanos; en el ejército tenian por apoyo á los sargentos y cabos; en el clero, á los curas de aldea; en el pais, á los proletarios; en la opinion á los escritores de moda, y habiéndoles inspirado éstos un vivo deseo de adquirir una semi-ilustracion, mezclaban en las conversaciones diarias cuestiones científicas.

Los hombres sérios, disgustados de las alegrias y de la obscena pereza de principios del siglo, de la vida turbulenta y depravada de Paris, por espíritu de oposicion, se dedicaron á meditar sobre las cosas públicas y á analizar los actos del gobierno. En las sociedades científicas no resonaban otros ecos que los del abuso; los parlamentos lo confesaban; y la prosperidad de la Inglaterra hacia que unos admirasen su sistema representativo, al paso que otros sutilizaban sobre el pacto social y la soberania del pueblo. No surgia ya una cuestion que no se hiciese general. El problema del orígen de las ideas induce á hacerlo proceder todo de la sensacion, y en su consecuencia referirlo todo á ella; el delito resultará, pues, de las convenciones; la medida de las ciencias sociales será el egoismo,

(6) MORELLET *(Mem.* I, 263) refiere que en el parque del duque de Orleans, en Monceaux, habia un puente levadizo, y el que trataba de pasarlo caia en el agua, lo cual servia de diversion á los señores.

y el placer, el objeto de la moral. Un banco trastorna la economía interior del reino. Si se habla del lujo se consigue zapar con él el feudalismo y el monaquismo. Si se trata del predominio entre la agricultura y la industria, se ponen en juego las costumbres, el gobierno, el culto, la historia, la legislacion. Si se trata del comercio, se comprometen debates sobre las aduanas, los privilegios, las exenciones, las prebendas, la administracion, la justicia. Una sátira contra el envilecimiento de las costumbres y la depravacion real viene á ser un libelo contra la sociedad, y porque se pone en duda la necesidad de los ejércitos permanentes, de una gran deuda pública, y del fausto de la corte, se pretende que el estado natural del hombre es la vida salvaje.

Es engañarse mucho el creer á los filósofos amantes del pueblo, deseosos de su regeneracion moral y política, liberales en fin en el sentido en que entendemos en el dia esta palabra. Voltaire encuentra sagrada la legitimidad de su héroe, porque reina «por derecho de conquista y por el de nacimiento.» La gran acusacion que hacia á los jesuitas, era haber subordinado la autoridad del soberano á los derechos de la nacion. Ahora bien; todos los campeones del pacto social no incurrian en este error sino porque confundian á la sociedad con el gobierno, lo que hacia que este último fuese omnipotente (7). Además las doctrinas predicadas por los filosofistas tenian que circular entre las personas instruidas, sin descender hasta lo que ellos llamaban *canalla* (8). *¿Quién,* exclama Voltaire, *quiere tomarse cuidado por los zapateros de viejo y los villanos?* (9) Pretendíase, pues, la libertad del fuerte, que es la inmolacion del débil, y Turgot aceptaba la fórmula más inhumana del egoismo: *cada uno para sí y por sí.* Por otra parte, todas sus mejoras eran castillos en el aire y sólo pura teoria. Sin embargo, cuando los hombres que dirigen la opinion con sus escritos desdeñan la prudencia adquirida por el género humano, y quieren que todo comience en su época, su mirada se acorta, juzgan mal la distancia, se deslumbran con lo que está cerca de ellos, é ignorando lo pasado, se engañan sobre lo futuro.

Era, pues, fácil, cuando el Estado se encontraba sin leyes, las armas sin brillo, la corte sin dignidad, las costumbres sin pudor, aficionarse á la satírica filosofía de hombres que, semejantes á ancianos sin ilusiones que pretendian destruirlas en los demás, predicaban la impiedad, y hablaban de Dios con la misma libertad con que hablaban de los reyes; unos negando su existencia, otros concediéndola, pero haciéndole mudo y sordo, admitiendo recompensas infinitas, pero no penas eternas. Sin embargo, el filosofismo tiene el mérito de haber proclamado ideas iniciadoras, respetables, sagradas, que eran, no suyas, sino cristianas; ideas que los reyes déspotas y los cortesanos corrompidos conculcaban todos los dias y que la Iglesia no aplicaba sino á la esfera espiritual, sin grande entusiasmo por difundirlas en el mundo; y mientras ésta y aquéllos aspiraban tan sólo á conservar su puesto apartándose del movimiento intelectual, los filósofos tuvieron la osadía y la influencia de los que atacan.

Ejército.—Un poderoso ejército da la razon á un déspota contra la libertad; pero de esto era de lo que carecia la Francia que no habia sabido conservarse al nivel de las demás naciones en el arte de la guerra, aunque le habia ayudado mucho el mariscal de Sajonia, Gribeauval, que mejoró la artillería, Folard, Cuiber y Mèril-Durand que discutieron las teorías. El ministro Saint-Germain reformó el ejército apresuradamente, con buenas ideas pero con maneras brutales. Suprimió los cuerpos privilegiados, cambió la forma y el órden de los regimientos, el uniforme, el ejercicio, la disciplina, la escala de los ascensos: queria suprimir el cuartel de inválidos; trastornó después la disciplina, introduciendo las envilecedoras correcciones del palo y de las banquetas, á la usanza alemana. Así es que se le destituyó al momento. Era preciso para ser subteniente, probar con declaracion de cuatro testigos que se pertenecia á una familia que *vivia noblemente.* Como era fácil sobornar testigos, se exigieron pruebas de nobleza hechas heráldicamente (1781); esto era otra imitacion prusiana que sustituia un abuso á otro mayor, y escluia á los plebeyos de una carrera que en otro tiempo era la más honrosa para conseguir la nobleza. No salia, pues, ya el ejército del pueblo, y no habia nada de comun y afectuoso entre los oficiales y los soldados. La clase media se habia esceptuado del servicio mediante una contribucion; y sólo con el objeto de que no faltasen en caso de necesidad, se habian formado regimientos provinciales reclutados forzosamente. Por lo de-

---

(7) En efecto, Rousseau deja al príncipe la vida del ciudadano: «Cuando el príncipe le dice, es preciso al Estado que mueras, debe morir.»

(8) Voltaire escribia á Diderot: «Sea cualquiera el partido que adopteis, os recomiendo á la *infame*. Es preciso destruirla entre los hombres honrados, y dejarla á la canalla grande ó pequeña, para la que ha sido hecha.» *Obras*, t. LX, pág. 403, 25 de setiembre de 1762.—A madama de Epinai: «Queridísima filósofa: os recomiendo á la *infame*, es preciso cerrarla la puerta de los hombres honrados, y dejarla en la calle, donde se encuentra muy bien.» Tomo LIX, pág. 23, 20 de setiembre de 1760. «No nos cuidamos de ilustrar á nuestros lectores ni aclarar nuestras maniobras.» Tomo LX, pág. 355. Exhortaba tambien á Federico de Prusia á destruir á la *infame:* «No lo digo á la canalla, que no es digna de que se la ilustre, y para la cual todos los yugos son propios; dígolo... á aquellos que quieren pensar.» Carta del 5 de enero de 1767. Véanse tambien los textos citados en las notas al capítulo VIII.

(9) Voltaire escribia á Argental: «En mi sentir, el mayor servicio que puede hacerse al género humano es el de separar el necio pueblo de las gentes honradas para siempre: No se puede sufrir la absurda insolencia de los que os dicen: «Quiero que penseis como vuestro sastre y como vuestra lavandera.»

más, las bajas de los regimientos se cubrian por medio de enganches. Así es que un contemporáneo se espresa de esta manera: «En lugar de ver en el servicio á los hijos de familia de todas las clases llamadas por la quinta y por una ley general, no se encontraban sino mancebos, que en su mayor parte no se habian decidido á alistarse sino por algun desarreglo de su conducta ó por ociosidad. Ninguna perspectiva de adelanto se les ofrecia, y era muy raro el que los soldados ó sargentos llegasen á ser oficiales. El corto número de aquellos á quienes la casualidad elevaba de esta manera, no lo conseguian sino después de muchos años de servicio. El nombre que se les daba indicaba suficientemente la rareza de aquellas favorables probabilidades; llamábaseles *oficiales de fortuna*. Sólo los nobles tenian derecho á entrar en el servicio de subtenientes. Aquella antigua costumbre procedia del régimen feudal, y de la preocupacion conservada hasta aquella época, que cerraba á los caballeros franceses todas las demás carreras que no fueran la de las armas, la de la diplomacia y la de la magistratura. Resultaba de aquel resto de nuestras antiguas costumbres, gran dificultad en mantener una completa subordinacion entre oficiales desiguales, es cierto por sus grados, pero que, en su cualidad de *nobles*, se consideraban todos iguales. Todos respetaban á su jefe en las maniobras, en las paradas, en las horas de servicio; pero en los demás actos y en ausencia de él, se encontraban pocas señales de subordinacion. En la ciudad de Paris ó en la corte sucedia necesariamente que todo se encontraba en órden inverso, pues un coronel, noble, de provincia, era inferior á sus jóvenes capitanes ó subtenientes que disfrutaban empleos ó poseian ilustres nombres» (10). Además los grados eran venales, salvo el consentimiento del rey, que no podia negarlo.

Cuando Luis XV se presentaba en el campo con su titulada querida, ¿es de admirar que los oficiales imitasen su ejemplo? El mariscal de Sajonia llevaba en su comitiva una compañia de cómicos; y al concluirse una representacion se anunció al ejército por boca de una actriz, que la batalla de Lawfeld se daria al dia siguiente (11). Las guerras de aquel siglo acabaron de desacreditar á la nobleza; porque mientras que los soldados se mostraban héroes, los oficiales, aunque nobles, se encontraban siempre batidos; y cuando en las relaciones publicadas se hablaba de la *noble sangre* que habia corrido, se preguntaba con razon si la de los soldados era agua.

Así es que cada cosa era temporal, incierta, vacilante entre la necesidad de innovar y la repugnancia de cambiar (12). Los abusos se habian aumentado bajo el imperio de tantas leyes particulares; la contradiccion era perpétua entre las instituciones y la realidad; la filosofia material y voluptuosa inspiró á las clases bajas el desprecio y el odio hácia las clases elevadas, al paso que la alta sociedad ridiculizaba las afecciones legítimas, y se burlaba de aquellas que llevaban consigo la vergüenza. Una nacion valerosa é inteligente sobre todas, generosa á la vez y corrompida, no podia ya venerar á aquellos reyes que ofendian el sentimiento nacional con sus debilidades, la moralidad pública con sus desarreglos, y pretendian no modificarse cuando cesaban de ser necesarios á la unidad, y rodeados de gloria por el éxito de sus empresas, despreciaban á los nobles, que no eran grandes sino por sus desórdenes; y abandonada la conciencia pública á sí misma, en vano hubiera recurrido á la mutilada, avasallada y corrompida Iglesia.

Llega finalmente al sólio un rey bueno, saludado por todas las esperanzas, y este rey se muestra inepto (13), y mientras la nacion francesa va delante de todas, su gobierno se queda á la zaga de los de las demás. Después del golpe de Estado de 1771, se habló en todas las reuniones, y sobre todo entre las damas, de constitucion, de leyes fundamentales, de inamovilidad de los empleos. Afectado el poder con el progreso de las ideas democráticas, hubiera debido unirse para adquirir nueva fuerza. Por el contrario, se quisieron hacer renacer los privilegios. El corrompido gobierno anterior habia destruido la aristocracia de la toga; pareció digno á un gobierno paternal el restablecerla: restituyéronse al nacimiento sus ventajas, dándole las magistraturas y los grados militares. Irritáronse los celos de una clase poniendo á las leyes en oposicion con las costumbres, y se aumentaron las pretensiones de la otra. Atacó nuevamente á la nobleza el vértigo que no le permitiria ver el abismo, y la clase media miró al trono como un poder hostil, y al mismo tiempo conocia que dependia de ella sostenerle ó derrocarle.

---

(10) *Mem.* de SEGUR.

(11) *Memorias del príncipe de Montbarey.*

(12) Lally-Tollendal demostraba en un discurso notable por su moderacion, pronunciado el 15 de julio de 1789, en la cámara de los nobles, que la Francia no tenia constitucion. «No tenemos ninguna ley, decia, que establezca que los Estados Generales son parte integrante de la soberania... No tenemos ley que exija su convocatoria periódica... No tenemos ley que garantice de la arbitrariedad nuestra seguridad y la libertad individual... No tenemos ley que establezca la libertad de la prensa... No existe ley que disponga ser necesario nuestro consentimiento para los impuestos... No hay ley que haga responsables á los ministros del poder ejecutivo... No hay una ley general, positiva, escrita, un diploma á la vez nacional y real, una gran carta sobre la cual se funde un órden fijo é invariable, en la que cada uno aprenda la parte que debe sacrificar de su libertad y propiedad para conservar lo demás, que asegure todos los derechos y defina todos los poderes.

(13) Bastaria para demostrar su ineptitud el diario que llevaba de los actos de su vida y cuyo objeto supremo era la caza. Cuando no cazaba escribia en el diario: *rien. Rien* está escrito el dia en que se tomó la Bastilla.

Los comerciantes eran partidarios de los pensadores. La Francia que Luis XIV habia hecho conquistadora y militar, trataba entonces de recobrar el primer lugar en la paz; y como la marcha adoptada por las demás naciones no se lo permitia, permanecia vacilante; de esta manera no podia convertir al comercio en su principal ocupacion, como la Inglaterra, á la que imitaba odiándola; aun en esto se colocaba en un lugar secundario, arruinando á la vez los dos sistemas manufacturero y agrícola. La prosperidad de la Holanda y de Inglaterra se atribuia á la libertad; acusábase á la política de las pérdidas esperimentados en las colonias (14). Educados los comerciantes en una probidad severa, egoista é igualataria, miraban de reojo las prodigalidades y desórdenes del despotismo, y se preguntaban cómo podia el jefe de una razon social enriquecerse con el empobrecimiento de los demás; por qué se mostraba pródigo para con los cortesanos; por qué esceptuaba de las cargas comunes á la nobleza y al clero; por qué podia hacer á menudo bancarrota, y estar siempre lleno de deudas. En Inglaterra, cámaras regulares pedian cuenta á un ministro responsable, al paso que en Francia habia dicho el rey: *El Estado soy yo;* no podia, pues, la falta recaer sino en el monarca. La union daria la fuerza de resistir, que no daba la constitucion (15).

La opinion.— Encontrábase, pues, atacada la autoridad real á la vez por los intereses y por las ideas. Careciendo la opinion de órganos legales, se manifestaba ora en las insurrecciones, ora en los parlamentos, ora en las municipalidades, ora en el clero. Las canciones y los periódicos despertaban con mayor poder el descontento del estado de las cosas presentes, y el deseo de innovaciones; impugnóse entonces el derecho divino del rey; registróse la historia; imprentas clandestinas estendieron escritos, unas veces razonables, otras con la exageracion propia de una queja que se habia reprimido. Ya Lauraguais habia impreso en el *Manifiesto á los normandos*, que la nacion habia dicho: «Sereis rey con tales condiciones, y os seré fiel. Sino, me convertiré en vuestro juez.» El clero decia en sus manifestaciones: «¿De dónde procede el exámen curioso é inquieto que cada uno se permite hacer con respecto á las acciones, á los derechos y á los límites del gobierno?» Y Malesherbes se espresaba de esta manera el dia de su recepcion en la Academia: «Ha surgido un tribunal que no depende de ninguna autoridad, y que le respetan todas, que aprecia las cualidades y decide del mérito de cada uno; en un siglo en el que todo ciudadano puede por medio de la prensa hablar á la nacion, los que han recibido de la naturaleza un don de instruir y conmover á los hombres, son, en medio de la diseminada multitud, lo que los oradores de Roma y Atenas eran en medio del pueblo reunido.»

La teoria no puede permanecer ociosa en las cabezas francesas. El movimiento revolucionario que habia sido práctico en Inglaterra, y que habia permanecido filosófico en Alemania, fué abandonado en Francia á los literatos, que después de haber, á principios del siglo, pedido proteccion, se veian entonces invocados como protectores, y que con la especiosa facilidad y la imperturbabilidad que da el conocimiento imperfecto de las cuestiones, predicaban ciertas negaciones sistemáticas que sostenian dogmáticamente.

Ya La Fontaine, La Bruyère, Pascal, Molière (16), el mismo Boileau (17), á pesar del deslumbramiento causado por la brillante corte de Luis XIV, habian combatido las dos aristocracias, y sembrado en la multitud gran número de ideas nuevas. Circularon entonces entre el pueblo las lecciones de igualdad que Fenelon habia escrito para el heredero del trono, en las que se denunciaban las injusticias legales. Las *Memorias de San Simon* revelaban las torpezas de palacio, rebajaban al gran rey, pero más aun á la nobleza que le rodeaba, inútil, viciosa y servil. El *Tartufo* ridiculizaba la falsa devocion; pero le era imposible dejar de herir la verdadera piedad, mientras no se encontrase el medio de salvarla del cargo de hipocresia y de mala fe. Por esto el parlamento se habia opuesto á la representacion de aquella comedia, pero fué autorizada por el rey.

Beaumarchais.—Lo contrario sucedió con Beaumarchais (1732-1799). Continuador de Voltaire, y como él inclinado al bien por ideas interesadas, apareció cuando las doctrinas filosóficas eran ya comunes, y las hizo casi proverbiales, aplicándolas de una manera personal. Llegado á París para hacer

(14) Existian en las colonias de América 75,000 blancos, 14,000 hombres de color, y 489,000 esclavos. En 1786, 87 y 88 se introdujeron anualmente 30,000 negros. Las de Asia no eran otra cosa que factorias, pero su comercio era el privilegio de una compañia; otra poseia el del Senegal.

(15) Una anécdota de 1770 da á conocer hasta qué grado estaba unida la clase media para contrarestar los escesos de la nobleza. Una noche en el teatro de Grénoble, los padres del célebre Barnave habian ocupado el único palco que se hallaba libre; pero estaba reservado á un favorito del duque de Clermont-Tonnerre, gobernador de la provincia. En su consecuencia el director del teatro, después el oficial de la guardia, y luego cuatro mosqueteros se presentan para hacerlos salir. Resisten, hasta que llega una órden espresa del gobernador. Entonces dirigiéndose Barnave al patio, cuya atencion habia llamado aquella cuestion: *Salgo*, dice, *por órden del gobernador*. Al momento toda la clase media abandonó tambien el teatro. Reúnese en tropel en casa de Barnave donde se improvisa una cena y un baile, en el que toma parte todo lo mejor de la ciudad. Los vecinos de Grénoble no volvieron al teatro hasta que se les dió una completa satisfaccion. (Véase BERANGER, *Noticia histórica sobre Barnave;* Paris, 1843). Semejantes demostraciones inofensivas y unánimes, asustan mucho más á los que abusan del poder, que todas las imprecaciones más virulentas.

(16) Véase la escena del pobre en el *D. Juan*.

(17) Véase su epístola *Sobre la nobleza*.

conocer un nuevo resorte de relojeria que habia inventado, se dedicó á los negocios y agencias de aduanas; y «en las horas que otros empleaban en cazar, beber y jugar,» escribia comedias á diestro y siniestro. Acogido en la corte, enseñó la música á las hijas de Luis XV, no sin esperimentar allí las mortificaciones entonces inevitables para los medrados. Encontrándole un caballero en Versalles en traje de gala, *Señor de Beaumarchais*, le dijo, *mi reloj va mal; revisadle, pues.—Con mucho gusto; pero tened entendido que entiendo poco de ello.* Y como el otro insistiese, cogió el reloj y le dejó caer. *Ya os habia dicho*, respondió, *que era torpe.* Un proceso en el que se encontraba envuelto le hizo dirigirse á un consejero del parlamento de Maupeou llamado Goëzman: obtuvo una audiencia, y se aseguró su favor mediante cien luises y un reloj de valor. Como perdió su causa, se los devolvió; pero pretendió haberle dado quince luises más. Intentóle el consejero un proceso por calumnia. Beaumarchais adoptó al público por juez en sus *Memorias*, obra llena de vivacidad, mezcla encantadora, á pesar de su inconveniencia, de sátira, comedia, novela, pasquines, en la que se burla con una malignidad llena de sentido de los nuevos parlamentos.

Aunque Beaumarchais no tenia grande ingenio, resumió por su cuenta todos los ataques de sus predecesores, llamando juez al pueblo, del cual habia salido y al cual continuaba perteneciendo aun después de haberse hecho gran señor, y mostrándose tambien escritor del pueblo, petulante, satírico, flexible, maligno, y sobre todo paciente como el pueblo. Habia descubierto una cosa, el nombre que convenia á aquella raza de vencidos y oprimidos, diciendo: *Yo no soy cortesano, ni abate, ni noble, ni hacendista, ni favorito, ni nada de lo que se llama un poderoso: soy ciudadano.* SOY CIUDADANO, palabras y cosas nuevas en Francia, que habian nacido para crecer y que crecieron. El público quedó estupefacto con esta revelacion. Se habia visto á los reyes combatir con reyes, á los parlamentos oponerse á la justicia de los monarcas, á los jesuitas y jansenistas hostilizarse con argumentos y con bulas; pero nunca se habia visto á un hombre solo, á un hombre acusado, sin ascendencia, sin familia, hasta sin un protector, alzar la cabeza, hacerse grande, tratar de igual á igual con el parlamento, y á pesar de ser plebeyo negarse á permitir que lo atropellara un consejero; y todo ¿por qué? Porque era ciudadano.

Entonces todos dieron importancia á sus escritos, los unos por las revelaciones que hacia de los secretos del parlamento de Maupeou, los otros por culpar la conducta de aquel hombre temerario, todos por oir á aquel orador que no pertenecia ni al foro ni al púlpito. Voltaire, que habia leido cuatro veces aquellas *Memorias*, decia: «No hay comedia más divertida, historia mejor contada, ni espinoso asunto mejor ilustrado. Esto es lo que he visto de más singular, de más fuerte, de más atrevido, de más cómico, de más interesante, de más humillante para sus adversarios. Es un verdadero arlequin salvaje que destruye toda una compañía.» El público, que odiaba aquellos parlamentos que se habian introducido á la fuerza y por golpe de Estado, ensalzaba hasta las nubes á Beaumarchais, como á un ciudadano perseguido; y pronto los parlamentos sucumbieron, y el espíritu revolucionario creció.

Por lo demás Beaumarchais no era mejor que sus contemporáneos. Formáronsele varias causas por adulterio, por haber dado muerte á dos mujeres, por malversacion. ¿Mas qué importaba? El pueblo no se cuidaba de la moralidad de su héroe, sino de sus propios instintos que éste halagaba. Donde principalmente lisonjeó Beaumarchais las pasiones populares fué en el *Matrimonio de Fígaro*, comedia en que puso en berlina á los nobles y al clero y atacó á la magistratura con personalidades y un torrente de ideas nuevas. Esta comedia, larguísima, licenciosa, embrollada y de mal gusto, fomentaba las pasiones de la época, y exponia á la vergüenza pública á aquellos nobles abates contra los cuales se habia charlado tanto: verdadera comedia enciclopédica por la multitud de retratos y la audacia del colorido, en que ejerciendo la sátira con cinismo y trivialidad y sacando diestramente de la intriga situaciones fuertes y agradables, se combate la moral, la legislacion, la religion, la política y hasta la metafísica, y se pregunta claramente si los nobles para gozar de tantas ventajas han hecho otra cosa más que tomarse el trabajo de nacer. Fígaro representa la lucha afortunada del pueblo contra la aristocracia, del servidor contra el amo. Fígaro, barbero, lo dirige todo con la astucia y el descaro, mientras Almaviva, gran señor, bello, brillante, generoso, se encuentra con que este criado le disputa los amigos, las queridas y casi la mujer.

Escandalizado Luis XVI, juró no dejar representar nunca esta comedia; Beaumarchais juró que se *representaria hasta en Nuestra Señora;* y el rey de la opinion venció al rey de la fuerza armada. La nobleza fué la primera en ayudar á poner en escena aquel manifiesto de guerra contra sí misma, en el que todos los abusos, cuya revelacion se encontraba prohibida á la prensa, iban á evidenciarse en el teatro, con la exageracion de la sátira y la vivacidad de la accion escénica. Acudió el pueblo en tropel á las representaciones; pero, después de sesenta y cuatro, fué preso Beaumarchais y encerrado en la casa donde se detenia á los jóvenes de mala vida. ¡Esto era un castigo absurdo para un delito triunfante. Poco después su produccion era representada en el Trianon, haciendo Maria Antonieta de Rosina, y de Fígaro el futuro Carlos X.

El gobierno no tenia ya energía para oponerse á la irrupcion de libros cuyos peligros conocia. La censura podia impedir la impresion de una obra, pero no la introduccion de las que iban del extranjero. Ahora bien; los escritores no encontraban

ninguna traba en Inglaterra. En Prusia se podia atacar la religion y el sistema de los demás gobiernos (18); la enseñanza era libre en Holanda, y los calvinistas franceses refugiados en aquel pais, estendian el odio contra sus perseguidores; Ginebra daba el ejemplo de una constitucion republicana. A veces se decretaba que un libro fuese quemado ó rasgado por manos del verdugo; pero aquella severidad estimulaba la curiosidad, y bastaba que un libro fuese prohibido para que circulase por todas partes. Los libros más fastidiosos, tales como la *Filosofia de la naturaleza*, ú obras absurdas, como el *Espíritu*, de Helvecio, se leian, porque estaban prohibidos.

La censura se ejercia por la Sorbona, por el rey y por el parlamento, que diferian en principios, y en su consecuencia las resoluciones no se encontraban acordes. La imprenta real publicó los *Concilios* del padre Hardouin, y el parlamento los hizo secuestrar. El parlamento toleró el *Belisario* de Marmontel, y esta obra fué condenada por la Sorbona, aunque no tenia más falta que la de exponer ligeramente ciertas ideas entonces generales; el parlamento no puso obstáculos á un *Misal* con misa del Sagrado Corazon, y el ministro de Justicia le hizo confiscar. En vano Malesherbes decia, que «el medio de hacer respetar las prohibiciones era el que fuesen pocas;» por el contrario, llovian sin descanso. Freret fué preso en la Bastilla por haber dicho que los francos no eran una nacion distinta, y que sus primeros jefes habian obtenido de los emperadores romanos el título de patricios. El *Espíritu de las leyes*, *La Henriada*, *El siglo de Luis XIV*, los *Elementos de la filosofia de Newton*, eran la admiracion de todos, al mismo tiempo que subsistia la prohibicion de introducirlos en el reino. Libreros é impresores eran de cuando en cuando condenados, y la sociedad sabia por aquellas sentencias los libros que debia leer. La alta clase protegia las obras que zapaban su poder; el autor de un libro condenado por el parlamento era convidado á la mesa de los nobles, y, para vengarse, publicaba las debilidades y las faltas de sus jueces. Además, las intrigas y las protecciones obtenian lo que se negaba á la justicia. No se dejaba imprimir una buena crítica del gobierno ni un sabio consejo, mientras que repugnantes obscenidades circulaban con toda libertad. El rey sentenciaba en 1757 á la pena de muerte á los autores de escritos que tratasen de propagar la irreligion, agitar los ánimos, atacar á la autoridad real ó turbar el órden público; y al año siguiente Helvecio publicaba el *Espíritu*. *La Enciclopedia* fué varias veces prohibida, permitida, reprobada y tolerada. En medio de los inciertos principios y de las vacilantes aplicaciones, la corte, unas veces amenazadora, otras acariciadora, y siempre sin fuerza, perseguia á Rousseau, mientras que acogia á Hume tan osado como él y más irreligioso, y hacia que los jóvenes príncipes le recitasen felicitaciones y cumplidos. El primer ejemplar de la obra del ginebrino De Lolme sobre la constitucion inglesa, fué dedicado á Luis XVI; Malesherbes dió la órden de apoderarse de los papeles de Diderot, pero le hizo avisar para que los ocultase; y no sabiendo éste donde, los entregó al mismo ministro en su palacio. El mismo magistrado, encargado de la direccion de las censuras, se empeñó en que el *Emilio* fuese impreso, y el libro fué quemado poco después por el verdugo.

Muerte de Voltaire.—Si Montesquieu se habia contentado con buscar la razon y la armonia social de las instituciones, Voltaire habia revelado los abusos; y sus opúsculos, tanto sobre la hacienda como sobre la administracion, habian fijado la atencion pública. Cuando después, la edad hubo amortiguado su genio, se habia ocupado en enmendar los errores judiciales, y su nombre bastaba para señalar un proceso á la curiosidad pública. Habitando el pais de Gex, reveló las opresiones fiscales de que era testigo, y obtuvo reparacion. Cuando sucumbió Turgot, le dirigió un homenaje público en la *Carta á un hombre*. Sus consideraciones sobre los procesos de Calas, de La Barre, de Sirven, de Lally habian revelado cuán distantes estaban las formas de aquella antigua magistratura que se respetaba, de ser una garantia de la libertad y vida de los ciudadanos. Habia, pues, aplaudido cuando el único cuerpo que temia, habia sido abatido por los que tenian miedo. Habia aplaudido cuando la única salvaguardia contra la voluntad de la corona habia sucumbido á su omnipotencia. Talento delicado y fanático á la vez, cáustico y licencioso, irónico y severo, estudió los gustos frívolos y obscenos de la multitud, con objeto de agradarla y escitar su maligna curiosidad; dirigióse á los nobles instintos y á las pasiones generosas, al mismo tiempo que las sofocaba bajo las heladas cenizas del egoismo; atacó la injusticia y la hipocresia; venció las trabas del pensamiento imponiéndole otras con su intolerancia; pero dotado de una inflexibilidad maravillosa, rodeado de una popularidad universal, llegó á ser el tipo más correcto de la nacion, ó por mejor decir,

(18) Cuando Prusia pidió en 1843 «no ser el único pueblo de la Europa civilizada que tuviese el derecho de espresar sus ideas sin el consentimiento de su jefe,» se publicó la siguiente carta del conde de Podewilf, secretario íntimo de Federico II, al director de la policía de Berlin:

«Señor: la majestad de mi rey me ha mandado graciosamente haceros saber que permite á los periodistas de esta ciudad la libertad ilimitada de escribir todo lo que quieran sobre lo que acontece aquí, sin prévia censura, porque así como lo ha dicho su majestad, *esto le divierte*, con tal que los periódicos lo hagan de tal manera, que los ministros extranjeros no puedan quejarse, en el caso en que encontrasen alguna cosa que les desagradase. Para hacer que las gacetas sean interesantes, es preciso que no encuentren trabas. Esto se entiende particularmente con los artículos sobre Berlin; y con respecto á las demás potencias, *cum grano salis*, y con gran circunspeccion.» LESUR, *Anuario*, 1843, p. 273.

de la sociedad, de aquella sociedad elegante, hastiada de goces, en la que las señoras de Tencin, Geofrin y Launay pronunciaban sus oráculos, destruian y formaban las reputaciones, los ministerios y hasta las bulas.

Después de haber trastornado la Francia y el mundo con su fecunda improvisacion, cargado de años Voltaire, resolvió volver á ver una vez más en su gloria á aquel Paris de donde estaba desterrado hacia tantos años, y en el que sus contemporáneos llenos de admiracion eran ya para él la posteridad.

Luis XVI quiso oponerse á aquel viaje; después, como de costumbre, cedió á instancias de su ministro Maurepas. «Su vuelta fué, como su desgracia, una prueba de la debilidad de la autoridad. La opinion filosófica era tan grande entonces en los ánimos é intimidaba hasta tal grado al poder, que se le dejó volver á su pais sin permiso. La corte se negó á recibirle, y toda la ciudad salió á su encuentro. No se le quiso conceder una pequeña gracia, y se le dejó disfrutar de un brillante triunfo.

«Es preciso haber visto en aquella época, la alegria pública, la impaciente curiosidad y el tumultuoso anhelo de una admiradora multitud, para oir, contemplar y hasta conocer á aquel célebre anciano, contemporáneo de dos siglos, que habia heredado el brillo del uno y hecho la gloria del otro; es preciso, digo, haber sido testigo para formarse una justa idea de ello. Era la apoteosis de un semidios aun vivo; y decia al pueblo con tanta razon como enternecimiento: *¿Quereis hacerme morir de placer?* Se podia decir que entonces hubo durante algunas semanas dos cortes en Francia, la del rey en Versalles y la de Voltaire en Paris. La primera en la que el buen rey Luis XVI, vivia sin fausto y con sencillez, sin pensar mas que en las reformas de los abusos, y en la felicidad de un pueblo demasiado sensible al brillo para apreciar debidamente sus modestas virtudes: la primera, digo, se asemejaba al pacífico asilo de un sábio, en comparacion del alojamiento de Voltaire donde todo el dia se oian los gritos y aclamaciones de una multitud inmensa é idólatra, que tributaba anhelante sus homenajes al mayor génio de la Europa. En su casa, que se veia entonces trasformada en palacio con su presencia, sentado en medio de una especie de consejo compuesto de filósofos y de los más osados y célebres escritores de aquel siglo, sus cortesanos eran los hombres más notables de aquellas clases, los extranjeros más distinguidos de todos los paises.....

»Su coronacion se verificó en el Teatro Francés: no se puede describrir la embriaguez con que aquel ilustre anciano fué acogido por un público que llenaba todos los bancos, todos los palcos, todos los corredores, todas las puertas de aquel recinto. En ningun tiempo brilló con más vivos trasportes el reconocimiento de una nacion. Desde que se presentó Voltaire, el actor Brizard colocó en su cabeza una corona de laurel que él al momento quiso quitarse, pero que los gritos del pueblo le invitaban á guardar. En medio de las más vivas aclamaciones se repetian por todas partes los títulos y nombres de todas sus obras... Hasta mucho después de haberse levantado el telon fué imposible comenzar la representacion. Todo el mundo estaba ocupado en el teatro en ver á Voltaire, en contemplarle y en dirigirle ruidosos homenajes (19). No pudo resistir el filósofo á aquellos transportes de alegria, y pocos dias después lanzó el último suspiro. Pero las ideas que habia propagado no murieron con él: por el contrario, adquirieron la sancion que da el tiempo y la autoridad del sepulcro.

»Aquel triste espectáculo de un gobierno débil, precisado á obedecer á una opinion pública dominante, se renovó cuando Luis XVI fué impulsado contra su voluntad á sostener la independencia americana. Franklin, que no fué recibido en la corte, se vió rodeado de más brillo que los reyes: y los pensadores, que huian de éstos, saludaban al físico de patriarcales costumbres. Reducido siempre el gabinete á dejarse llevar á remolque, no se atrevió á resolverse á la alianza americana; pero La Fayette proclamó la cruzada en nombre de la libertad, y marchó á derramar aquella *noble sangre* tan apreciada: los jóvenes nobles, futuras columnas de la aristocracia francesa, acudieron á pelear en favor de la destruccion de aquellos privilegios que continuaban existiendo en su patria, y á sacar de ultramar los principios de igualdad, de odio contra el despotismo de los reyes, de los ministros y de los sacerdotes.

»Aquella libertad se presentaba á nosotros, dice Segur, con todos los atractivos de la gloria; y al paso que hombres más maduros y los partidarios de la filosofia no veian en aquella gran cuestion más que una favorable ocasion para hacer adoptar sus principios, para poner límites al poder arbitrario, y dar la libertad á la Francia, haciendo recobrar á los pueblos derechos que creian imprescriptibles, nosotros más jóvenes, más ligeros y más ardientes, no nos alistamos bajo las banderas de la filosofia sino con la esperanza de guerrear, de distinguirnos, de adquirir honor y grados; en fin, nos presentábamos á los filósofos como paladines. Pero sucedió naturalmente que con un carácter al principio belicoso, los partidarios y los campeones de la libertad concluimos por desearla de buena fe. Después de haber leido con avidez todos los libros, todos los escritos que se publicaban entonces en favor de las nuevas doctrinas, llegamos á hacernos celosos discípulos de los que las profesaban, y adversarios de los ensalzadores de los tiempos antiguos, cuyas preocupaciones, pedanterias y antiguas costumbres nos parecian entonces ridículas.»

Con aquellas ideas volvian de América. La Fayette, hombre el menos resuelto del mundo, se presentaba en la corte con el uniforme americano,

---

(19) SEGUR.

y se veia en la placa de su cintura un árbol de la libertad sobre una corona y un cetro rotos. Se le oia decir: *Nosotros los republicanos... nosotros los salvajes... Un rey es un instrumento por lo menos inútil.*

El contraste de estas ideas con las instituciones en las que se obstinaban en conservar sus antiguas formas, se hacia cada vez más chocante. Aun juraba el rey, el dia de su coronacion, perseguir á los protestantes y enviar al cadalso á los duelistas. Mientras que los franceses combatian por la libertad en América, un edicto declaró inhábil para desempeñar el empleo de capitan á todo el que no probase cuatro grados de nobleza, é inhábil tambien á todo plebeyo para ser oficial. Cuando Boncerf demostró en los *Inconvenientes de los derechos feudales,* que no sólo repugnaban á la razon y á la justicia, sino que el interés de los que gozaban de ellos, aconsejaba el rescatarlos, é invitaba al rey á dar ejemplo en sus dominios, el parlamento condenaba el libro al fuego, y á Turgot le costaba trabajo salvar al autor de la prision. La filantropia de los filósofos y la casualidad de algunos procesos ruidosos habian puesto en evidencia los vicios de las formas judiciales, el horror de los calabozos, el abuso de las cédulas de prision; y ya no se debatia una causa sin que se considerasen los agravios. Sin embargo, el parlamento no consintió en dar más garantias al acusado. Cuando Mirabeau, que habia sido víctima de la arbitrariedad, publicó un libro contra las cédulas de prision, haciendo una horrible descripcion de las prisiones de Estado de Vincennes, Luis XVI cambió su destino, y en su bondad las convirtió en graneros; pero el pueblo, admitido á visitarlas, en lugar de alabar la piadosa generosidad del monarca, los convirtió en punto de comparacion para figurarse bajo un espantoso aspecto las prisiones de la Bastilla.

No existia, pues, tirania en Francia y sí relajacion excesiva. Lejos de rechazar las ideas nuevas, se llamaba al ministerio á las hechuras de la filosofia; pero no se tenia la fuerza de sostenerlas ni de combatir las preocupaciones. Una fiebre de innovacion habia invadido las imaginaciones, deseosas de movimiento, de ocupacion, de energia; anhelantes por ejercer sus facultades, y presa de la vaga inquietud que se siente cuando se encuentra uno mal y sin saber cómo obrar para estar mejor. Los políticos, considerando al hombre como una máquina, querian darle la perfeccion de que una máquina es susceptible, y dársela con la resolucion con que se obra sobre la materia. Los filántropos remediaban algunos males; pero el pueblo no queria limosnas, sino justicia; y el entusiasmo de la Francia, efímero, pero poderoso, proclamaba teorias extremadas, porque no se habian discutido ni aplicado, pero lisonjeras, y que con el anhelo de la demolicion hallaban eco en toda Europa.

En efecto, aquellos males y los remedios que aplicaban, no se limitaban sólo á Francia. Del mismo modo que en el siglo anterior Luis XIV y su corte habian dado reglas al mundo, en éste la Francia y sus opiniones ejercian sobre todos los paises una contagiosa influencia; y como para hacer más evidente el imperio de la opinion, aquel reino era gobernado por un monarca débil, al paso que en su rededor reinaban soberanos llenos de energia.

Debido á una lengua ya universal y á una facilidad seductora, las ideas de los enciclopedistas se propagaban por todas partes; anhelábase su voto y se reproducian sus opiniones: igualdad entre los hombres, soberania del pueblo, negacion de todo derecho anterior y superior á las convenciones é inutilidad de los sacerdotes, habian llegado á ser axiomas; y la batalla literaria y filosófica preparaba la batalla política.

Nada contribuyó á ella tanto como la conmocion que sufrieron las ideas de lo justo por la innoble política de aquella época. La paz de Westfalia, tregua indefinida á tanta mortandad, habia rehecho la Europa con arreglo á un derecho provisional, en virtud del cual los reyes se habian declarado señores feudales de sus territorios, pero sin jefe soberano; habian instituido la legitimidad de las dinastias como doctrina social, y el equilibrio como principio diplomático. La política se sostuvo algun tiempo sobre los principios tradicionales, sobre las costumbres nacionales; en fin, sobre las bases morales, aun después de haber destruido las religiosas. Pero en el siglo XVIII se convirtió en un mercado de hombres, renegó del respeto á las opiniones, sustituyó el interés al derecho, las ambiciones dinásticas á las ventajas de los pueblos; no tuvo otra regla que la fuerza material, otro objeto que los engrandecimientos bajo el pretexto de redondear los territorios, y como medios de procurarlo las armas y el dinero. La supremacia pertenece á aquel que tiene el mayor número de súbditos y el ejército más fuerte. Nunca se vió una idea más grande, un objeto más elevado en el movimiento político de aquel siglo. No se encuentran más que alianzas contraidas por el capricho de los reyes, de los ministros ó de los favoritos; naciones hostiles se unen para pelear contra su natural aliado; el hecho de procurar coronas á los hijos de una intrigante princesa se convierte en interés europeo; la diplomacia tergiversa y el egoismo dirige á los gabinetes; verifícanse pactos de familia; el espíritu mercantil opone obstáculos á toda mira elevada, y prefiere al bien, á la tranquilidad de la Europa, las ventajas del comercio, de una casa, de un individuo.

El equilibrio, sueño de los hombres de Estado de aquella época, hubiera podido restablecerse cuando la guerra de sucesion de España; pero la paz se hizo sólo en ventaja de los reyes, como si se hubiese transigido una cuestion de herencia. La guerra sobre la sucesion anterior puso de manifiesto el vicio de aquel derecho público; y sin tener en cuenta los reyes la fe jurada ni las convenciones fijadas con Carlos VI, se arrojaron sobre su

herencia como hacienda sin dueño; y no se consideró ya en la particion el derecho positivo de los pueblos, sino las conveniencias de los reyes. Desde entonces no fué ya la política más que una cosa de conveniencia. Persuadida Maria Teresa de que se le habia arrebatado una propiedad legítima, conservó rencor á la Prusia, y espió todas las ocasiones de recobrar lo que habia cedido. Carlos VI entregó á los corsos después de haberles prometido una amnistia; la Prusia invadió en plena paz la capital de la Sajonia; y antes de declarar la Inglaterra las hostilidades, apresó la escuadra francesa y ensangrentó el Canadá. Luis XV compró la Córcega; prohibióse á Carlos VI y á José II abrir de nuevo el Escalda y comerciar en Oriente; prohibióse tambien á los franceses el paso por el territorio del Imperio. Confederáronse los reyes para intervenir en los Estados de los demás príncipes y mantener gobiernos impuestos por ellos á naciones extranjeras, como la Prusia y la Inglaterra con la Holanda. Mantuviéronse ocultas las declaraciones de guerra para sorprender con toda seguridad, ó los tratados de paz para concluir las devastaciones.

Los cambios introducidos en la organizacion de los ejércitos habian debilitado los pequeños Estados que sostenian el derecho internacional, y los grandes Estados creyeron poderlo todo, con sólo la condicion de ponerse acordes. Cuatro potencias, casi iguales y bastante fuertes para aspirar á ser de primer órden, se propusieron por objeto supremo, estender lo más posible las fuerzas materiales del Estado, y el ejército se convirtió en la última razon de los reyes. Ningun esfuerzo pareció bastante grande para mantenerle, aunque escediese á los que en otros tiempos se habian hecho en favor del honor, de la fe, de la justicia y de la opinion pública. Incurriendo en la exageracion, la guerra tuvo que depender enteramente de la hacienda: si faltaba el numerario languidecia, para reanimarse al momento que se encontraban llenas las arcas. Hasta los pequeños Estados se vieron precisados á enormes sacrificios para mantener muchos hombres armados: hubo, pues, tropas auxiliares reclutadas en el extranjero, estorsiones en el interior, y se hollaron los privilegios que cada pueblo conservaba con tradicional respeto. Calculóse el número de los soldados, y no su valor ó voluntad; la fuerza material de los batallones, mas no lo superior al cálculo, es decir, la fuerza intelectual y moral. Pero el ejército se interpuso de esta manera como una barrera entre la nacion y los reyes. Batido el ejército, ¿qué es lo que quedaba? Presentes se encuentran las fáciles conquistas de la revolucion para decirlo.

Merced á los filosofistas, no existian ya aquellos que llamaba Botta «tiempos deplorables en que las promesas ó las amenazas de la vida futura dirigian el movimiento de la máquina social.» (20) Escríbianse los tratados con estudiada ambigüedad, y se prolongaban las negociaciones para esquivar en lo posible las satisfacciones debidas y proseguir las devastaciones comenzadas. Después estos mismos tratados no eran respetados sino mientras no costaba el cumplirlos sacrificio alguno. Las guerras concluian por inaccion como que carecian de objeto elevado; y se calculaba el equilibrio, no con arreglo á las grandes leyes de justicia, sino por peso y medida. Todos los soberanos no se cuidaron sino de consolidar el poder real, considerando á los Estados como un arriendo y á los pueblos como obreros. Habiéndose amortiguado las libertades y las franquicias en nombre de la centralizacion, no quedaba otro poder subsistente por sí mismo que el de la corona, otra virtud que la de la obediencia. Federico II considera al Estado como una máquina y reduce la felicidad del hombre al bienestar esterior. Entregado Luis XV á groseros deleites, insulta á la decencia y á la moral; en Inglaterra Walpole introduce la corrupcion como medio de gobierno, sustituyendo con la avaricia y el egoismo los sentimientos profundos y generosos de la patria y de las creencias. *¿Qué seria de la Inglaterra*, decia un ministro, *si fuera justa con la Francia?* En Portugal se insulta al buen sentido con absurdos procedimientos seguidos de atroces ejecuciones; José II atenta á la nacionalidad de la Baviera y destruye la de la Polonia; es decir, que los mismos reyes zapan el derecho de la legitimidad que habian establecido.

Los príncipes de Alemania se habian dedicado á imitar la corte de Luis XIV. Traian de sus acostumbrados viajes á Italia verdaderos harems; y todo se volvian festejos, amores, poesias, espectáculos, trajes nuevos, ostentacion de magnificencia y cacerias en parques, formados de bosques enteros: lujo de imitacion, que en vez de ser orígen de urbanidad, lo era de vicios, y que quitaba á la culpa el freno de la vergüenza. Conócense los locos gastos de Federico Augusto, elector de Sajojonia, que prodigó doscientos cincuenta millones de libras con sus queridas, y dió en el campo de Mühlberg un convite que duró treinta dias, al que fueron convidados cuarenta y siete reyes y príncipes. A aquellas ruinosas puerilidades se unian las intrigas, las rivalidades del enervado feudalismo, y los grandes esfuerzos para obtener un título ó una preeminencia, para ascender un grado en la gerarquia. Entre los príncipes obispos habia además el escándalo, y en las órdenes militares religiosas el voto de castidad era un sacrilegio más.

Después de no haber hecho caso de la moral, los reyes se engañaron tambien bajo el aspecto de la conveniencia. Un pequeño feudo de la Polonia se aumenta con agregaciones heterogéneas, que no tienen otro vínculo comun que la administracion: llegando á secularizarse en la época de la reforma, toma lugar entre las potencias de segundo órden; pronto se convierte por sus fuerzas militares en un precioso aliado de los grandes Estados; llega á ser el centro de las afecciones nacionales y protestan-

(20) Libro 47.

tes de la Alemania, de tal suerte, que durante la guerra de Siete Años, separa de ella una mitad del imperio, lo que conmueve la constitucion, aunque la política prusiana no se atreva á completar la separacion. Un *bárbaro*, á quien en el tratado de Westfalia se le habia negado el título de alteza, arrebata á la Suecia el territorio que necesita para fundar una capital; á la Turquia, un mar para tener un puerto; á la Polonia, provincias para tener comunicacion con la Europa, á la que pronto impone la ley. Aun existia una barrera contra él y contra la Turquia, que era la Polonia; mas las potencias la destruyen. Las potencias copartícipes conocieron, aunque tarde, que tenian un amenazador vecino en la proximidad de la Rusia que avanzaba hasta el corazon de la Europa con sus salvajes poblaciones sin duda, pero tambien con sus civilizadas ciudades en las que existian tradiciones y artes. Además, el ejemplo inmoral que se habia dado debia producir sus frutos.

Sintiéndose fuertes los príncipes, trastornaron aquel equilibrio que habian proclamado como principio supremo. Inglaterra sobrepujó á todos los demás Estados en riqueza y comercio; crece su preponderancia con las tempestades del continente, que desencadena ó calma con su oro, y la guerra de América le hace que guarde rencor á Francia. Sálese tambien la Rusia de sus límites y desea un rompimiento, á fin de adquirir la Finlandia y la Turquia. Abierta se encuentra la Italia á todo el que se presente, porque no existe en ella voluntad nacional: de dos potencias preponderantes, el Piamonte no basta para escluir á la Francia y defenderse del Austria, lo que le hace ambicionar el Milanesado y el Estado de Génova. El Austria no puede llegar á sus posesiones sino á través del territorio veneciano y del pais de los Grisones; así es que desea apoderarse de ambos. Fuerte aquella potencia, á pesar de sus pérdidas, abandonó su principio conservador para invadir. Por todas partes tiene vecinos, y por ninguna fronteras; la Lombardia hace que la Italia le sea hostil; la Bélgica le enajena la voluntad de la Francia, y conserva el costoso honor de regir el Imperio, máquina gastada, que se agita de continuo sin movimiento. La Prusia, que ha llegado á ser grande, pierde su fuerza con la muerte de Federico II. Entre las potencias de órden inferior, España no conserva nada antiguo más que la Inquisicion, y sufre la influencia de Francia como Portugal la de Inglaterra, impotentes ambas para obrar por sí mismas. Las repúblicas se encuentran agitadas por los partidos; la Turquia y la Polonia son presa de la anarquia. Existia, pues, un sentimiento de malestar general, y la inquietud que resulta de la necesidad de organizarle sin poseer los medios. ¡Ay del dia en que una poderosa voluntad llegue á chocar con todas estas ruinas!

Algunos persistian adheridos á lo antiguo, y en lugar, de reformarse, esperaban que el mal llegase á su colmo, confiando en poder conservar los antiguos errores, y disponiéndolo todo segun el estado de las cosas actuales, antes de salir al encuentro de lo futuro. Hubo reyes que ambicionaron el título de filósofos, como en otro tiempo el de católico y cristianísimo; hasta acogieron las innovaciones, con tal que fuesen hechas por ellos en provecho suyo. Querian que todo estuviese bajo la tutela del gobierno; cuando la nacion conocia ya que no era menor, pretendian que de él procediese el impulso, cuando le recibia de la sociedad; querian dispensar con medida las luces, cuando el libre exámen en política, en religion, en economia, en filosofia estaba produciendo sus efectos. *Todo en favor del pueblo*, decia Federico II; *nada por medio del pueblo*; y los demás lo repetian después de él. Si el ánimo se complace en ver á príncipes y ministros trabajar en aumentar la prosperidad de los diferentes paises, sus fuerzas, los desarrollos del lujo, no se puede desconocer que envilecian el sentimiento moral no obrando sino en nombre y en favor del absolutismo, sustituyendo á las antiguas costumbres morales y sociales alguna cosa matemática y material. Además, en las innovaciones sugeridas en su mayor parte por un principio únicamente negativo, el bien se encontró estirpado con el mal. Llegóse á demoler más de lo que se habia creido; llamábanse preocupaciones y abusos á las cosas más sagradas y sociales, y los desórdenes renacian de continuo bajo nuevas formas.

Resultó de esto que aquellas irreflexivas innovaciones no echaron raices, y que por todas partes se apresuraban los sucesores á destruir lo que habia hecho aquel que los habia precedido. Pombal habia concentrado en sí toda la actividad de Portugal, y reducido el pueblo á la nada; Maria destruyó sus obras. Desconsolado murió José II de las desgraciadas consecuencias de sus trastornos, y Leopoldo restableció el antiguo órden de cosas. Maurepas destruyó la reforma de Choiseul; Calonne la de Necker. ¿Qué resultó de esto? Que vacilantes los pueblos en sus convicciones, creyeron que nada habia estable, y que podian tambien preparar lo que les pareciese mejor, si bien engañándose, como se habian engañado los reyes.

En la necesidad de organizar la hacienda y de garantizar la tranquilidad, se creyó que nada podia ayudar á la administracion como regularizarla cual si fuera una máquina. De aquí la idea de que la prosperidad de un Estado se fundaba principalmente en las formas administrativas, lo que hizo que todos se lanzaran á las reformas, fuesen oportunas ó no, con tal que fuesen nuevas. Abandonóse la redaccion de los códigos á legistas que no tenian de filósofos más que el nombre, y que al mismo tiempo carecian de doctrinas generales, y del sentimiento de la oportunidad histórica. El poder bárbaro de la Edad Media habia obligado á los papas á ser señores terratenientes, y á tener intereses diferentes de los eclesiásticos. De esto resultaron deplorables conflictos, cuando los reyes es-

citaron las desconfianzas nacionales contra la supremacia pontificia; señalaron los casos en que habia abusado, y después de haber hecho proclamar por los filósofos que los sacerdotes eran los tiranos de los pueblos, los reyes se dedicaron á abatirlos, y Federico II, José II, Pombal, Aranda y Choiseul pretendian el título de liberales, porque eran hostiles al clero. Así el despotismo administrativo, valiéndose de la idea de las mejoras, abolia en toda Europa las libertades públicas y particulares, reducia las asambleas políticas á pura fórmula, suprimia la representacion nacional y hacia desaparecer todos los límites impuestos en otro tiempo á las arbitrariedades.

Los reyes, no teniendo otra norma sino lo que ellos escribian, enseñaron á los pueblos que puede introducirse un derecho enteramente opuesto al dominante, con tal que se escriba, y prepararon aquellos tiempos en que se improvisaron las constituciones, efímeras todas, porque no estaban fundadas sino sobre un papel. Una vez proclamado que el gobierno puede hacer todo aquello que cree útil á la sociedad, todo hasta la injusticia, la leccion no debia ser perdida para la Revolucion. Para mayor escarnio de la opinion aquellos que practicaban el maquiavelismo tomaban por base para sus nuevos códigos las doctrinas de Montesquieu, y proclamaban justicia, tolerancia, filantropia. Suprimian tambien privilegios, mas era para concentrarlos en sus manos; y escitaban agitaciones que resultaban estériles por la falta de libertad. Los ejemplos inmorales viniendo de la cumbre de la sociedad, debian después servir de apoyo para autorizar torpísimas violaciones: como los asesinatos de Rastadt y de Vincennes, el convenio de El-Arisch, vilipendiado por Inglaterra, la violenta política de Napoleon (21) y las represalias de sus vencedores. Y cuanto se habia exagerado el poder real lo demostraron precisamente los monarcas en la oposicion que hicieron á la autoridad pontificia y en la expulsion de los jesuitas. Para sostenerlos en esta senda se manifestó en los respectivos paises un ímpetu exagerado de realismo; y ellos que todavia no habian aprendido cuán necesario es desconfiar de los aduladores, se abandonaron á aquel viento favorable, declararon que no tocaba á los particulares juzgar ó interpretar las voluntades del soberano, y pretendieron que se creyesen justas «las razones que reservaban en su augusto pecho.»

Habíanse abolido las asambleas provinciales en Lombardia, como se habia hecho con los parlamentos en Francia, es decir, con golpes de Estado. Los mismos poderes se desdeñaban de doblegarse ante la opinion pública, poder nuevo; un rey de Inglaterra decia: *Por una guinea daria todas las odas de Píndaro;* y un rey de Saboya esclamaba: *Estimo más á un tamborilero que á todos los académicos.* Irritadas, pues, las personas de talento, se rebelaron contra aquellos que hubieran podido convertirlos en sumisos servidores; descontento el clero, no inculcaba la subordinacron, y Abimelec destruia á Saul.

Mientras que los príncipes marchaban con estos diferentes medios hácia un poder abstracto, rígido y paralizador de todas las fuerzas sociales, y mientras concentraban en sí los elementos esparcidos del poder público, no notaban que se les escapaba éste de las manos. Las controversias religiosas, las revoluciones, las guerras, la ilimitada competencia proclamada por los economistas, los debates de las cámaras y de los parlamentos, las persecuciones políticas y religiosas, que, dispersando á uno y otro lado á los individuos, hacen que las ideas se encuentren en relacion, y que las mismas convicciones hallen en todas partes partidarios, aumentaron en toda la Europa el poder de la opinion pública, y le dieron de hecho la autoridad absoluta que los reyes se abrogaban de derecho.

Debatiéronse cuestiones de derecho político sobre las investiduras de la Toscana y del ducado de Parma, sobre la hacanea que todos los años debia presentar Nápoles al Papa, sobre la Polonia, sobre la América, sobre el estatuderato; cuestiones todas en que los gabinetes se mezclaban en los asuntos interiores de otra nacion, como si fuesen internacionales, y sin oir á los pueblos, en cuya ventaja pretendian trabajar. En los asuntos de América, los mismos reyes proclamaron, por envidia, un liberalismo desacostumbrado y el derecho de insurreccion. De esta manera es como aprendieron los pueblos, en el sacudimiento de la opresion y en la lucha de la resistencia, á conocerse á sí mismos, y concibieron la osadia que no calcula los obstáculos.

Los elementos sociales, tan separados al principio, tendian á unirse ó á fundirse, y á aplicar á la utilidad los descubrimientos de la inteligencia humana. De esto procede el amor á la humanidad, que, por el cambio del sentimiento en idea no se llamó ya caridad, sino filantropia. De esto las mejoras verificadas ó proyectadas para mejorar las cárceles, los hospitales, los colegios de sordo-mudos, la situacion de las clases laboriosas; la guerra al tormento, á la Inquisicion, á los servicios corporales, á la intolerancia religiosa. Pero en aquel culto epicureismo no se consideraban, entre todos los elementos que constituyen al hombre, más que los sentidos, dejando á la razon y al alma el papel de instrumentos, no de objeto; y aquel tono halagüeño de benevolencia y amor universal impedia advertir la incoherencia de los principios, la vacilacion de las opiniones, la imposibilidad de reducir á práctica la teoria.

El clero habia concebido rencor contra los reyes, que restringian en todas partes su poder é invadian

(21) Abrase la historia de Bignon, y aunque defienda sin cesar los procedimientos de Francia, á cada momento as palabras *violacion del derecho de gentes,* se encuentran escritas en el título ó en el márgen.

sus inmunidades; temia á los literatos, que le declaraban la guerra; se fiaba poco de los pueblos, en quienes perecia la fe; se encerraba, pues, en la inaccion, como el náufrago que no se atreve á moverse por temor de volcar la única tabla á la cual se agarra. No opuso, en efecto, ninguna réplica poderosa á la *Enciclopedia*, y así la santa Iglesia, librada primero del dominio de la lujuria, después del de la simonia, luego del de las disputas, se veia entonces acosada por un demonio nuevo, el del miedo. Las órdenes monásticas tenian una existencia privilegiada, tal como la habian permitido los tiempos en los que se desconocia el derecho comun; y se habian desarrollado inconvenientes que no se habian previsto cuando su institucion. Reglas oportunas para épocas de fe habian dejado de ser buenas; el valor de las tierras se habia aumentado desmesuradamente, y su gestion económica durante varias generaciones habia producido grandes riquezas, y las vocaciones disminuian á la par que su causa, es decir, la desigual particion de las sucesiones: así es que decia que las abadías eran una presa para los hombres y un sepulcro para las mujeres.

Cuando todo caminaba, sin embargo, adelante, algunas órdenes se obstinaban en permanecer en la inmovilidad. Abandonándose el clero y los frailes á la relajacion, como acontece de ordinario en los tiempos de tranquilidad, miraban al culto con indiferencia y á los misterios con la incuria que nace de una inteligencia apática. Asi fué que los dogmas fueron declarados una materia oscura é incomprensible; los actos exteriores, que eran los baluartes de la fe, y se encontraban en relacion con las partes esenciales de la doctrina, pasaron por supérfluos, y el campo de Cristo llegó á ser industrial como los demás; entonces pudo verificarse la abolicion de las órdenes religiosas. Era aquello un acto despótico, un ataque á la preciosa facultad que todo hombre posee, de elegir el género de vida que cree más ventajoso para él; era violar los derechos establecidos y legítimos de la propiedad; porque aquellas asociaciones religiosas se habian enriquecido ora con su industria, ora con legados que se les habian hecho á cuenta de obras pias ú oraciones; en una palabra, por los medios con que pueden adquirir los demás individuos. El pueblo los amaba por su caridad y por la instruccion que recibia de ellos. El mismo método con que procedieron los gobiernos impedia suponer en ellos aquella rectitud de corazon y aquella pureza de intencion habitual que obtiene mayores resultados que todos los artificios; si se alegaban, como en el caso de los jesuitas, desafueros, el sentido comun no podia menos de declarar débil al gobierno al cual le faltaba el vigor, la osadia necesaria para castigar crímenes de que les acusaba sordamente.

Aquella abolicion fué, en realidad, un sacrificio que los reyes hacian á la intolerancia filosófica y á la envidia del clero secular; pero de esta manera descubrian la peor de sus debilidades; la de no saber proteger á los débiles. Destruido el cercado, quedó la viña espuesta al viento de la cólera de Dios, que debia azotar á los pastores cambiando en fieras á las ovejas que habian dejado extraviarse.

Conmovióse la educacion en su base. Proclamóse la superioridad de la materia sobre el espíritu, la de la estadística y de la física sobre las enseñanzas del bien y de lo bello; pareció que con ayuda de aquellas ciencias se encontraba asegurada la prosperidad del mundo, en atencion á que el hombre es cuerpo, y que satisfechas las necesidades del cuerpo, lo demás es inútil; creyóse que los profesores eclesiásticos habian pensado demasiado en el alma, y ya se la posponia á lo que se llamaba la realidad: Inglaterra era toda partidaria de Locke y de Hume, esto es, empírica y escéptica; Francia se empequeñecia con Voltaire y Condillac, sumiéndose en la duda y en el sensualismo; el culto de Newton habia desbancado al cartesianismo; el formalismo de Wolf habia alterado y hecho más árido á Leibniz; el sensualismo de Cristiano Tomás lo habia destruido; y la Italia misma tenia en muy poco la posesion de un hombre como Gerdil, mientras Soave la conducia á la chochez de la filosofia de Locke. El mundo debe siempre adelantar; y, sin embargo, los filosofistas querian destruir el cristianismo, esto es, hacer retroceder al mundo diez y ocho siglos, y lanzarlo en este impulso retrógrado hasta los tiempos de Epicuro, y, si era posible, hasta los de Platon. Así como los publicistas del siglo precedente transigian entre lo ideal y lo real, los nuevos escritores, ó fundaban teorias de todo punto inaplicables, como Filangieri, Wattel, De Lolme, ó querian resucitar una antigüedad muerta, como Mably, si bien repudiando sus condiciones fundamentales, una de las cuales era la esclavitud. Tribunos, no legisladores, hacian prosélitos para demoler, no para edificar; Rousseau, presentando casos particulares como tipo absoluto de civilizacion y ley general y necesaria del estado social, llevó el espíritu deletéreo hasta el seno de la familia, llegando hasta recomendar el aislamiento de los brutos, é hizo que las pasiones cortasen de un golpe aquellas dificultades para cuya solucion es más necesaria la paciencia del raciocinio.

Mientras los filosofistas se dedicaban á revolver ideas abstractas, los economistas se precipitaban á promover ideas prácticas, ampliando la esfera de la administracion, creando una ciencia con arreglo á las necesidades, ya de la sociedad, ya de los que la regian; pero contraria á las prácticas vigentes y á la legislacion mercantil, civil y criminal. Estos escritores, cobrando cada vez más osadia, se aventuraron á medir y sondear los fundamentos de las sociedades, y no contentos con buscar lo que más convenia, establecieron sus opiniones como cánones irrecusables, y adoptaron un tono más bien de exigencia que de consejo.

Cambiáronse, pues, de todo punto las ideas so-

bre las cuales se habia apoyado hasta entonces la sociedad: eleváronse á la categoria de dogmas la soberania del pueblo, la igualdad de los hombres, el contrato en que se decian fundadas las leyes de la humana asociacion, y por consiguiente se declaró injusta la nobleza, supersticiosa toda religion, preocupacion, el afecto á ideas antiguas; fueron objeto de admiracion las repúblicas, se vilipendió la caballeresca adhesion al rey, á las damas, á la patria; se dejó de tomar por modelo á la corte; se llamó filosofar al acto de repetir tres ó cuatro frases sonoras, de dudar de todo y de fallar, sin embargo, magistralmente sobre todo. En una palabra, surgieron ideas en abierta contradiccion con el órden establecido, con las formas acostumbradas, con las autoridades reconocidas, con todo el sistema político y religioso: y el vulgo literato queria apresurarse á aplicar los principios, sin haberse puesto de acuerdo acerca de ellos.

Antes los negocios públicos eran un misterio, y sólo el hablar de ellos hacia caer de la gracia del rey á Fenelon y á Racine; pero ya las ciencias políticas se emancipaban, las prácticas gubernativas eran asimiladas á los demás ramos de los conocimientos humanos; la felicidad pública era el tema obligado de los discursos del mundo elegante, como si, no creyéndose ya en la vida futura, se hubiera querido aumentar los goces y disminuir los males de la actual. Hasta las cortes se hicieron filósofas por imitacion; Turgot y Malesherbes, discípulos de la Enciclopedia, fueron ministros; los príncipes secundaban las ideas de los pensadores; pero la sociedad iba mucho más adelante que ellos, y traspasando la esfera política pedia una completa refundicion social.

La ciencia y la opinion habian crecido tanto, que acercándose al trono, impusieron innovaciones; pero existia demasiado desacuerdo entre el movimiento nuevo y las viejas ideas, las costumbres, las leyes y las antiguas opiniones. Las principales acusaciones se dirigian contra la nobleza, contra sus privilegios, contra su aptitud originaria para los empleos y dignidades. En la lucha entre lo antiguo y lo nuevo, los nobles conocieron que debian agruparse para defender lo que poseian del tiempo; ¿pero bastaba esto para defenderlo?

Sociedades secretas.— Extendíanse entre tanto más y más las sociedades secretas, y la de los iluminados instituida por Weishaupt ampliaba las doctrinas y la práctica de los fracmasones. Aquéllas eran: la razon es el único código del hombre; sacerdotes y reyes son cosa inútil; el fin justifica los medios; debe perderse de cualquier manera posible á todo el que pueda perjudicar á la secta; reducida ésta á los extremos *patet exitus*. Decíase que estos sectarios tenian cifras para entenderse en todas partes, llaves para todas las puertas, que imitaban todos los sellos, que sabian escribir á dos manos, que conocian aguas para envenenar ó hacer abortar, y que principalmente trataban de adquirir la confianza y los destinos, para emplearse en servicio de su secta. Además de los antiguos Weishaupt y Knigge, pertenecian á ella los hombres más avanzados; Semler, que profesando en La Haya, introdujo el racionalismo en la teologia y atacó los dogmas de Calvino y de Lutero: en Berlin el librero Nicolai, con Mendelsohn, Biester, Gedike, publicaba con este intento la *Biblioteca germánica universal*, Bahrdt imaginó una secta llamada la Union germánica que debia regular la opinion pública. Zinmerman, Hoffmann y cuantos se manifestaban adversarios suyos, eran combatidos y denigrados. Celebraban reuniones literarias en el que el mayor número no veia más que literatura y ciencia: burlábanse de los escritores que no eran congregados y alababan á los adeptos, y en todas partes no veian más que jesuitas, hasta en los protestantes celosos.

La corte de Baviera sorprendió sus cartas y las hizo imprimir (22) y las comunicó á todos los gabinetes; pero no se atrevió á condenarlas formalmente, y los más de los socios se refugiaron al lado de los príncipes que eran sus adeptos, principalmente del de Sajonia Gotha, de quien Weishaupt habia recibido una pension. Formábanse en todos lados sociedades parecidas, y para no repetir lo que hemos indicado en otro lugar, diremos sólo que en Roma habia una logia de iluminados de Suecia, de Aviñon y de Lion, que formaban un tribunal: Rey, á quien destinó Luis XVI para ministro de policia, recogió en Nápoles muchos documentos relativos á los fracmasones, por lo cual se llenaron de ellos las cárceles.

Ilustrados los pueblos con tantas doctrinas, y cediendo bajo el peso de cargas siempre en aumento, abren los ojos para conocer sus propios intereses; conocen la injusticia que habia en dejar gozar de exenciones á tantas personas y bienes: quisieron destruir á aquellas castas privilegiadas, en las cuales se apoyaba el antiguo edificio. Envidian las instituciones que oponen obstáculos al aumento arbitrario de los impuestos, que es en lo que en adelante consiste la economia política de los reyes; esperimentan la necesidad de aquellas formas administrativas que provocan, cualesquiera que sean la naturaleza y las bases, la manifestacion de todas las necesidades reales, de todas las fuerzas vivas, y por último, aseguran el equilibrio de los intereses; en una palabra, invocan la libertad, como elemento ó garantia de felicidad. Como los gobiernos, por su parte, querian reservarse para sí solos todos los actos de la autoridad pública, sobre ellos solos recaian todas las culpas; se creia que ellos solos contenian á la humanidad, dispuesta á lanzarse al camino de la perfeccion. Era, pues, preciso derrocarlos ó reformarlos.

Ya no se proclamaba sólo en los libros la soberania del pueblo; la independencia americana la

(22) Escritos originales de la orden y secta de los iluminados, 1786.

habia sancionado: habian estallado turbulencias en varios puntos, en algunos otros, revoluciones; y los movimientos de Bélgica, de Holanda, de Lieja, de Aquisgram, de Ginebra inclinaban los ánimos á la democracia. La humanidad parecia necesitar un cambio social que entregase el poder político á la nacion, y realizase lo que existia de justo y verdadero en la filosofia de la época (23).

Toda la historia de este siglo era, pues, un paso dado hácia la Revolucion. La sacudida debia ser tanto más violenta cuanto que las constituciones, en lugar de estar escritas, eran sólo costumbres, que sin garantias, dependian de la voluntad de los príncipes; que no habia pueblo más que en Inglaterra; que en todas partes faltaba la libertad y el órden; que la monarquia era una mentira; así como lo era tambien la gerarquia eclesiástica y el feudalismo; que, en fin, el abismo estaba oculto bajo engañosas apariencias.

La Francia manifestaba abiertamente lo que en los demás paises era más bien una vaga necesidad. Distinguidos literatos habian muerto, pero la literatura venia á ser un alimento general y popular. Estiéndense con rapidez los conocimientos: se lee en todas partes, como lo hacen los estudiantes; adóptase todo sin discutir; todas las nociones se popularizan por medio de los almanaques, de los teatros y de las novelas. Los periódicos no abundan en serias discusiones, pero se dedican á comunicar las ideas que pululan, á estenderlas con rapidez, á hacer gozar más pronto de su efecto, á poner en correspondencia millares de personas de remotas distancias. Un viajero, al que se le preguntaba lo que habia visto de nuevo en Paris, contestó: *Nada, sino que lo que se decia en los salones se repite en el dia en las calles.* En todo se trasluce suma aficion á discurrir sobre la humanidad, por vanidad más bien que egoismo; la sociedad decrépita parecia querer rejuvenecerse con una irrupcion súbita de obras bucólicas, y Robespièrre, Marat, Saint-Just, Couthon, Barèrre, futuros caníbales, comenzaron á figurar ante el público, expresándose en melosos acentos, propios de los pastores de Arcadia. Pero esto mismo no venia á ser sino otro medio de manifestar la desaprobacion absoluta que inspiraba todo lo histórico y antiguo. Se escribia por moda en un tono lastimero, y se declamaba contra la sociedad en el estilo de Tácito y de Juvenal. Conservábase, sin embargo, confianza en sí y en el porvenir, en atencion á que inevitables cambios se presentaban en perspectiva á toda mira previsora.

Luis XV con profundo egoismo habia dicho ya: *Después de nosotros el fin del mundo: nuestros sucesores se encontrarán muy atascados.* Rousseau escribia en 1760: «Creo imposible que las grandes monarquias subsistan aun mucho tiempo; nos aproximamos á la crisis, al siglo de la Revolucion. Fundo mi opinion en razones particulares; pero no conviene decirlo todo, y además, la sociedad demasiado lo ve.» Voltaire decia al marqués de Chauvelin en una carta de 2 de abril de 1762: «Todo lo que veo echa las simientes de una revolucion que acaecerá sin falta, y de que no tendré el gusto de ser testigo. De tal manera se estiende la luz, que á la primera coyuntura habrá una esplosion, y todo será un hermoso embrollo. ¡Felices los jóvenes, cuántas cosas verán!»

Para dirigir una máquina tan próxima á reventar habia quedado Luis, hombre de bien, que sobrado de virtud y escaso de talento, no sabia por dónde andaba. Obligado á cambiar á cada paso de ministros, es decir, de sistema, si los malos le perjudicaban, no le favorecian los buenos. Así, desconfiando de sí propio se entregó en manos de personas de capacidad menor que la suya y de mucha menor probidad; y la monarquia, que se sostuvo con el delito y la afeminacion, no pudo sostenerse con la debilidad. Un tirano ó un grande hombre tal vez habria salvado á Francia, ó atropellado los derechos del pueblo degradado, ó haciéndose árbitro y moderador de las reformas necesarias; pero Luis, oscilando al impulso de ministros, cortesanos, mujer, tradiciones, filosofia, caminaba á tientas, y no inspira interés sino cuando cesa de obrar y comienza á padecer. Una corte imprevisora habia sucedido á la que, en tiempo de Luis XV, ostentaba una profunda corrupcion, y no sabiendo poner al rey á la cabeza del movimiento, pretendió que le detuviese, pero sin inspirarle la energia necesaria. Encontróse, pues, en el gobierno aquella mezcla de injusticia y debilidades, que irrita á la resistencia sin cansarla; la hace, por el contrario, popular, y le da esperanzas de conseguir su objeto. Al ver las tentativas que se habian hecho, la nacion se habituó á creer posibles y fáciles las mejoras, y los hombres de Estado se persuadieron de que para organizar un pais no bastaban las buenas intenciones, sino que eran tambien necesarias ciertas garantias.

(23) En 1766 Federico de Prusia escribia á Voltaire que «la filosofia hacia efecto en la Bohemia y en el Austria, antiguo nido de supersticion.» En efecto, los bohemios urdieron una conjuracion que debia estallar en el solemnísimo dia de San Juan Nepomuceno y sublevar al pueblo para conquistar la libertad contra los señores, abolir los servicios corporales, asesinar á los amos y distribuir entre sí sus campos. Maria Teresa supo apoderarse de los jefes y deshacer la trama con tal sigilo, que casi nadie lo supo. Ella á su vez trató de llevar á cabo legalmente la obra de aquéllos, aceptando un proyecto que se le sometió, en virtud del cual los propietarios de fundos demasiado extensos, debian cederlos á los campesinos que pagarian un censo anual. Esta idea corrió entre los campesinos por obra principalmente de un sacerdote; pero los señores se opusieron fuertemente á este atentado contra sus propiedades, y aquéllos empezaron á levantarse y los señores á castigarlos. Maria Teresa protegió á los oprimidos, los cuales, persuadidos de que la corte estaba de su parte, en 1773 se insurreccionaron en toda la Bohemia y cometieron los horrores ordinarios en un pueblo que se subleva contra una larga opresion. Maria Teresa envió entonces veinte mil hombres que los volvieron al yugo.

La guerra de América difundió por el pais las ideas de insurreccion y de libertad; introdujo en el ejército, que una larga paz habia vuelto á las costumbres civiles, las ideas de la nacion; lo que hizo que las virtudes del ciudadano se uniesen á las cualidades militares. La hacienda se encontraba en el mayor desórden. Llamado á restablecerla un ministro que sabia conquistar la popularidad, no se atrevió á descubrir los males que reclamaban un pronto remedio; no se atrevió tampoco á solicitar del rey las suficientes reformas; y combinando las costumbres de su profesion con la predominante disposicion de su carácter, basó la hacienda sobre el crédito, y el crédito sobre la confianza inspirada por el ministro. Tal vez esperaba que alguna dilacion le proporcionase el medio de encontrar algo mejor, pero no lo consiguió; y así como un enfermo impaciente por curarse se abandona á un charlatan, la corte se entregó en manos de Calonne.

Asamblea de notables.—Pródigo por naturaleza, por sistema, por complacencia, Calonne se asemejaba á aquellos negociantes, que ostentan un lujo deslumbrador la víspera de una quiebra. Parecia que se habia propuesto embriagar á la nacion con una prosperidad ficticia, con objeto de dominar los ánimos cuando llegase el momento de las operaciones osadas, con las cuales creia mejorar la hacienda. Indujo, pues, al rey á una revolucion que debia cambiar la faz de la administracion del reino, aconsejándole convocar la *Asamblea de notables*, como se llamaba al conjunto de personas más eminentes en las diversas clases sociales, para comunicarles medidas que se creian útiles al bien público. Aquella asamblea diferia de los Estados Generales en que los miembros eran designados por el rey; y aunque representando las tres órdenes, no tenia el derecho de conceder, y sí sólo el de aconsejar. Además, los representantes del tercer estado, en corto número, eran todos nobles; y no se les podia creer dispuestos á disminuir los privilegios de las clases elevadas. Los notables habian sido convocados por Enrique IV, después por Richelieu; pero ya no eran los tiempos del primero, y Calonne estaba distante de valer lo que el segundo.

En la sesion de apertura de la asamblea (22 febrero de 1787), que se verificó en Versalles, el ministro pronunció estas palabras en nombre de la corona: «Se ha dicho hasta ahora, *Si el rey lo quiere, lo quiere la ley;* en el dia se dice: *Si conviene al bien público, el rey lo quiere.*» Aquella asamblea hubierá podido evitar muchos males secundando las reformas que Luis XVI aceptaba, é impidiendo nuevos desórdenes en la hacienda; pero, por el contrario, perjudicó, dando la conviccion de que las clases privilegiadas odiaban la igualdad. Con gran escándalo se vió que la deuda era enorme, y se creyeron falsas las cuentas presentadas; de lo que resultaba que el rey habia sido engañado por Necker ó por Calonne. Obligado aquel ministro á circunscribir sus planes, no propuso más que la contribucion del papel sellado y una *subvencion territorial*, impuesto directo que se sustituyó á los demás, que debia pagarse en especie y sin privilegio ni exenciones. Aquellas medidas produjeron una encarnizada oposicion que suscitó un poderoso personaje.

El duque de Orleans.—La casa de Orleans crecia en poder á vista de la corona, y el Palacio real, en cuyo rededor se agrupaba la clase media, causaba recelos al de Versalles. Aquella clase media es la que habia sostenido al regente y favorecia entonces á Luis Felipe José, su biznieto (24), que habia importado de Inglaterra algunas ideas políticas, y aun más vicios; pero los innobles gustos que tenia no le habian impedido dirigir sus miras hasta la reina. Irritado contra la corte, y aun más particularmente contra Maria Antonieta, se lanzó, como su bisabuelo, á las especulaciones, cambiando en bazar el jardin de su palacio, que hizo rodear de galerias con tiendas, al objeto de tener, decian, todos los vicios por inquilinos. Pero se burlaba de la crítica de los parisienses, indemnizándose, denigrando todo lo que hacia la reina, haciéndola odiosa, sin olvidar el ridiculizar al rey. Nuevos placeres eran los que buscaba haciendo la oposicion al gobierno; pues era aficionado á la política como á un entretenimiento, y no se hubiera atrevido á hacer frente al peligro. De esta manera conseguia la popularidad que debia conducirle al cadalso, y valer más tarde el trono á su hijo.

La Inglaterra, cuyas costumbres habia adoptado, fomentaba sus intrigas como causa de turbulencias para la Francia, y tal vez le dejaba entrever una diadema en el fondo de tantos cambios tan mal calculados. Hízose elegir gran maestre de los fracmasones, con objeto de procurarse un nuevo medio de influencia. Estaba apoyado por La Fayette, que habia importado de América la reputacion de héroe liberal, aunque conservando las maneras y aire aristocrático; americano en Versalles, proclamaba como marqués los derechos del hombre, y conservaba en medio de los cálculos y de la corrupcion, el candor que no se tiene más que una vez. Los secuaces de Orleans ostentaban de viva voz y por escrito un patriotismo ferviente, y desaprobaban á cada paso los actos del rey. El pueblo, que consideraba en él al representante de la libertad y de las ideas nuevas, tomó parte en la cuestion de la Asamblea de notables, silbando á los miembros favorables al gabinete y aplaudiendo á los de oposicion. En la necesidad de pronunciarse el rey entre la Asamblea y el ministro, despidió á este último. Continuaron entonces las sesiones sin

(24) Hijo del regente fué Luis (1703-1752), hombre muy piadoso que vivió retirado; de él nació Luis Felipe (1725-1785); y de éste Luis Felipe José (1743-1793), padre del rey de los franceses elevado al trono en 1830 y expulsado en 1848.

producir nada importante, y se terminaron amigablemente, es decir, sin resultado. Sin embargo, el pueblo se habia ilustrado con aquellas discusiones, y cada vez deseaba más una verdadera representacion.

El arzobispo de Tolosa, á quien el rey odiaba porque era tenido por ateo, fué llamado, por influencia de la reina, para presidir el consejo de hacienda; y aquel prelado, en lugar de presentar al parlamento todas las decisiones de los notables para hacerlas registrar á la vez, las presentó una después de otra. Suscitando entonces el parlamento dificultades, se declaró incompetente para revisar nuevos impuestos, y pretendió que era necesario atenerse á los Estados Generales. Después cuando se recurrió al tribunal de justicia presidido por el rey (25), declaró nulo todo lo que se habia mandado. Verdaderamente aquel fué el primer dia de la Revolucion. Luis XVI desterró al parlamento á Troyes. Incitado éste bajo cuerda por el duque de Orleans, sostenido por la opinion pública y por los muchos jóvenes del foro, acusó de despotismo al rey, examinó los derechos de la corona, sembró entre el pueblo ideas de resistencia, y el pueblo le aplaudió como su égida contra el despotismo, proclamándole animado de un espíritu liberal, al paso que aquel cuerpo se oponia á toda reforma. En fin, después de dos meses, se convino en una capitulacion igualmente vergonzosa para ambos partidos, pues el rey renunció á reclamar el impuesto, y el parlamento prolongó la percepcion del vigésimo.

El arzobispo de Tolosa hubiera podido distraer la atencion y ocupar en otra parte el ardor de los ánimos, favoreciendo á los patriotas holandeses, en la guerra que se habia empeñado entonces; medida que no sólo hubiera estado conforme con las ideas que habia emitido como jefe de la oposicion y con las del pueblo y personas ilustradas, sino que además podia restituir á la Francia la influencia que habia perdido. Hubiera sido apoyado por España, Austria, Rusia, entre las cuales se habia hablado de una cuádruple alianza, de la que la Francia hubiera sacado la fuerza que tanto necesitaba. No se atrevió á recurrir á aquel heroico remedio; y el mal éxito de los negocios de Holanda hizo perder á la Francia la consideracion que le habian valido, á principios de este reinado sus triunfos militares y diplomáticos. Encontróse tambien herido el orgullo nacional con las esclamaciones de alegria que lanzaron sus enemigos. Se habia triunfado de la Inglaterra en la guerra de América; pero no se creia fuese un mérito del gabinete, en atencion á que se sabia que á pesar suyo habia tenido que desempeñar el papel de libertador.

Todo el mundo veia que la Francia corria á su pérdida, por los continuos y progresivos errores de un ministro incapaz, por las intrigas de la corte y por la debilidad del rey. Luis XVI anunció en sesion real la intencion de convocar los Estados Generales (1787), y presentó al parlamento dos edictos, de los cuales el uno levantaba un empréstito de 429.000,000 que debian realizarse en cuatro años, y el otro devolvia los derechos civiles á los protestantes (26), á pesar de la oposicion de los notables. Registrólos el parlamento; pero se retractó despues cuando protestó el duque de Orleans. Desterró el rey al príncipe, á quien la persecucion dió importancia, y se le consideró como «una ilustre víctima del poder arbitrario;» pero acostumbrado á los placeres é incapaz de valor, ni de tomar una resolucion demasiado inferior á sus deseos, negoció bajamente su vuelta y la obtuvo. Recibido en la corte con insultos que llegaron hasta escupirlo por detrás, insultos no dispuestos por el rey, pero no castigados, se vengó refugiándose en la más ínfima democracia á quien sugirió ciegamente hasta el patíbulo del rey y despues el suyo.

Entonces el rey, que no habia sabido aprovecharse del golpe de Estado de su predecesor, se dispuso á dar otro nuevo. Tratábase de reducir los miembros del parlamento á setenta y seis, distribuidos en seis audiencias, que se hubieran convertido en tribunales de apelacion, y nombrar un tribunal superior, compuesto de lo selecto del pais, al que se presentarian para su registro los actos de la autoridad real. Aun no se habia promulgado la ordenanza, cuando ya la corrupcion habia hecho aparecer una copia. Viéronse entonces llover las protestas; el rey hizo poner presos en pleno parlamento á los que habian divulgado la medida, celebró solio de justicia en el que mandó registrar los edictos.

De esta manera decretó el despotismo, pero sin haberle combinado bien, ni haberse asegurado de los medios con que sostenerle. Olvidando la nobleza las distinciones, se unió para resistir. El parlamento opuso al absolutismo una declaracion de las formas constitutivas de la monarquia, en estos términos: «La Francia es una monarquia gobernada por el rey con arreglo á las leyes; éstas establecen: 1.° el derecho al trono de la casa reinante de varon en varon por órden de primogenitura; 2.° el derecho de la nacion de consentir libremente los subsidios, por medio de los Estados Generales; 3.° los usajes y las constituciones de las provincias; 4.° la inmovilidad de los magistrados; 5.° el derecho de los tribunales, de ejecutar en cada provincia las voluntades del rey y disponer el registro, sólo en la parte en que estén conformes á las leyes constitutivas de la provincia y á las fundamentales del Estado; 6.° el derecho de

(25) Luis XVI le abrió con estas palabras: *Señores, no pertenece á mi parlamento dudar de mi poder, ni del que le he confiado.*

(26) Escepto la admision á los empleos judiciales y á la enseñanza pública.

todo ciudadano de no ser juzgado sino por sus jueces naturales; 7.° en fin, el derecho, que es la garantia de los demás, de no ser preso, sino para ser puesto inmediatamente á disposicion de los jueces competentes.»

Esto era advertir á la nacion de sus derechos; y la corte habia producido una resistencia, que era preciso ó no provocar, ó destruir. D'Epremesnil, que fué preso, obtuvo los aplausos del pueblo. Varios magistrados se negaron á entrar en las audiencias llamados para reemplazar á los parlamentos declarados vacantes. Ruidosas manifestaciones, escenas de violencia estallaron en varios puntos; formáronse clubs en París, y gabinetes literarios en Bretaña; en todas partes habia reuniones, en las que se hablaba de los abusos que debian destruirse, de las reformas que habian de introducirse y de la constitucion que era preciso establecer. El gobierno dispuso prisiones, que no cambiaron el estado de las cosas. Los soldados que se enviaron á tranquilizar los ánimos con las bayonetas, encontraron resistencia unas veces en masa, otras individualmente, sobre todo en Bretaña y en el Delfinado. Luis XVI, que se divertia en cazar, y que no creia que existiesen voluntades más firmes que la suya, se vió precisado á retirar ambos edictos. Convocó los Estados Generales para principio de mayo 1789, invitando á todas las órdenes á dirigirle informes sobre el mejor método de constituirlos.

Entre tanto el arzobispo, muy mal mirado por el pueblo por ser hechura de la austriaca, pasaba de un error á otro error más grave; y hallándose exhausta la caja del tesoro, se suplicó á Necker que volviese á encargarse de la cartera de hacienda.

Su obra *De la administracion de las rentas* (1784), que iniciaba al pueblo en los misterios que se le querian ocultar, habia sido prohibida; se habia, pues, estendido, y las doctrinas que contenia fueron aprobadas sin exámen. Volvió, pues, en triunfo, y su primer cuidado fué que el rey derogase todas las medidas que se habian adoptado ó propuesto. Al ver al ministro depuesto y restablecido el parlamento, estalló una tumultuosa alegria, y cesó todo respeto en favor de un poder sin voluntad. Formábanse en Paris tropeles de gentes hambrientas (29 de agosto), de pícaros, de contrabandistas, que vociferaban contra el rey, maldecian á Maria Antonieta y á su arzobispo. Los centinelas fueron insultados. Queriendo la policia, por una mezcla de filantropia y de desprecio hácia el pueblo, al que no creia capaz de movimientos sérios, no emplear la fuerza sino con consideracion, obró con la vacilacion que agrava el mal. En fin, varias personas fueron muertas. El duque de Orleans se mezcló á aquella haraposa turba, afectando popularidad.

El parlamento, que no habia dejado de conocer que tendria en la clase media, no auxiliares, sino amos, se negó á registrar la convocatoria de los Estados Generales, si no se verificaba en las formas de 1614, es decir, con el derecho cada órden de deliberar separadamente, y oponer su propia negacion á lo que proponian los otros dos. Esto equivalia á garantizar los privilegios, y hasta aumentarlos, merced al apoyo que prestarian al rey. Así es, que el pueblo, los filósofos, los magistrados se manifestaron hostiles á aquel cuerpo: declaróse la guerra más osadamente á los privilegios; en todas partes se oia hablar de la nacion, de los derechos del tercer estado, de la tirania de una nobleza que engordaba con el sudor del pueblo. Nobles de buena fe hicieron causa comun con el pueblo; nobles de mala, obraron del mismo modo para dominar. Tenian por jefe al duque de Orleans y por partidarios á los jóvenes hidalgos que habian vuelto de América, á los literatos, á los curas de los campos y al mismo Necker, que habiendo nacido plebeyo no podia contar con la nobleza.

Comenzaron entonces todos á clamar; unos decian que todo estaba dispuesto en ventaja de algunos y en opresion del mayor número; que las cédulas de prision eran una espada incesantemente suspendida sobre la cabeza de cada uno; que la censura encadenaba el pensamiento; que la justicia administrada en las provincias por los señores feudales, en las jurisdicciones reales por magistrados que habian comprado sus empleos ó que los habian heredado, era lenta, costosa, arbitraria é implacable. Con respecto á las dignidades civiles, eclesiásticas y militares, se reservaban, decíase, á un corto número de personas. En los nobles recaian las mercedes, que se convertian después en propiedades, por via de supervivencia. Los privilegios tenian llena de trabas á la industria; y hacian que los impuestos fuesen onerosos y desiguales; las dos terceras partes de las tierras pertenecian á la nobleza y al clero, con exenciones é inmunidades; todas las cargas pesaban sobre lo poco que quedaba en manos del pueblo, además de los diferentes derechos feudales, servidumbre de la caza, diezmo del clero y servicios personales. Si el señor se encontraba retrasado con respecto al impuesto ó á los donativos gratuitos, era protegido por sus privilegios; de aquí la necesidad de manifestar más exigencia y rigor con los plebeyos, entregados al capricho de los recaudadores ó de los asentistas. La clase obrera con sus sudores, los comerciantes con su industria, y los literatos con sus luces contribuian á la prosperidad del pais; y sin embargo, ¿qué consideracion gozaban?

Aquellas ideas se publicaban abiertamente en los libros. El conde de Entraigues predicó la república en el *Sino, no*, y declaró que los reyes y la nobleza hereditaria eran el peor azote de Dios. Sièyes, activo revolucionario, estableció con claridad en la obra titulada: *¿Qué es el tercer estado?* la igualdad de las clases entre sí, y relativamente á la nacion. Señaló una de las causas más fuertes de la revolucion ya que no la principal, diciendo: «Los empleos lucrativos y honoríficos se en-

cuentran ocupados por miembros del órden privilegiado. ¿Se lo hemos de convertir en un mérito? Sí; si el tercer estado habia rehusado, ó sino estaba en estado de ejercer aquellas funciones; pero acontece de otra manera. Sin embargo, esta órden ha sido puesta en entredicho; se le ha dicho: *Sean los que fueren tus servicios y tu talento, llegarás hasta aquí y no más adelante; no está bien que adquieras honores.* Las raras escepciones no son más que una burla, y el lenguaje usado en semejantes ocasiones es un nuevo insulto.» La conclusion era: *El tercer estado no fué nada; pretende ser algo; debe serlo todo.* Y cuando Sièyes se espresaba de esta manera las dos terceras partes del territorio eran propiedad de la nobleza y del clero. En la aplicacion se dejaban llevar por utopias. Pero Mirabeau, Talleyrand y él conocian que no era posible reducir el pais á la condicion que él habia indicado sino por medio de una revolucion (27). Oyendo decir La Fayette que el duque de Harcourt, ayo del delfin, le enseñaba la historia de Francia: *Haria bien*, replicó, *en comenzarla en* 1787.

La reunion de las tres órdenes en Vizille, en el Delfinado (22 julio de 1788), fué el verdadero prólogo de la Revolucion; pues, el secretario Monnier hizo adoptar allí los tres grandes principios de la renovacion política democrática, á saber, que los diputados del tercer estado serian iguales en número al de los otros dos órdenes juntos; que los tres órdenes deliberarian en comun y que se votarian por indivíduo.

Enorgullecido Necker con su triunfo popular y embriagado con los aplausos de su partido, afeaba con un fausto de virtud, virtudes reales (28), y creia poder curar la gangrena con miel. Pero no encontró 100,000 libras en el tesoro, cuando eran necesarios varios millones todas las semanas para los gastos urgentes; habiendo ocurrido tambien una gran carestia, hubo necesidad de 70.000,000 para hacer frente á ella. Luchó un año contra todas las dificultades, redoblando sus esfuerzos, sin recurrir, como la primera vez, al charlatanismo; pero no por esto consiguió volver las cosas á un estado satisfactorio. Solamente rentista, no se cuidaba de las reformas políticas; consideraba el déficit como un mal y no como un síntoma, y no pensaba más que en reponer el tesoro. Es cierto que la Francia podia suplir á la falta de rentas; pero miserable el pueblo y lleno de cargas más de lo que se lo permitian sus medios, no lo podia: todo aumento de impuestos le hubiera debilitado, vista la iniquidad de la reparticion. Los remedios intentados hasta entonces no eran suficientes; era preciso un cambio total en el sistema rentístico, es decir, aliviar al pobre, y hacer que los ricos tomasen parte en la carga de los impuestos. Ahora bien, esto no podia verificarse sino por la autoridad extraordinaria de los Estados Generales.

Como su convocatoria no dependia ya de Necker, hubiera debido adoptar medidas para que los diputados se presentasen en la asamblea, no con ideas acaloradas y conocimientos inciertos, sino dispuestos á realizar las reformas reclamadas por el mayor número. Si un ministro fuerte, despues de haber comunicado al rey su energía y haber ganado la voluntad de la reina, se habia aprovechado de las circunstancias, domeñado los privilegios; y si, saliendo al encuentro de las exigencias de la nacion, hubiese dado un gran estatuto, y satisfecho la necesidad que la Francia manifestaba de intervenir en el gobierno, llamándola á discutir sus intereses en un Estado constituido, la Francia se hubiera detenido tal vez en aquella pendiente resbaladiza. Pero hubiera sido preciso quizá poseer profundos conocimientos y una voluntad tenaz, no temer á la corte, á la nobleza ni á los literatos. No es esto lo que se podia aguardar de aquel medio filósofo, rentista-práctico, estraño á la política, que causaba recelos á la corte y se atraia los aplausos del pueblo, no porque le hiciera concesiones, sino porque los sentimientos populares en un agente del poder le parecian una maravilla.

Segunda asamblea de notables, 6 de noviembre de 1788.—Por sugestion de Necker, convocó el rey de nuevo á los notables; pero no se oyeron más que vagos discursos, en los que se descubria la falta recíproca de confianza. Pidióse que se conservasen las antiguas instituciones aristocráticas; pero vencieron los innovadores. Se decidió que los diputados del tercer estado serian en número igual á los de los otros dos reunidos, añadióse sin embargo que se votaria por clases; decisiones contradictorias que indicaban una transaccion que debia ser seguida del triunfo del tercer estado.

Presentó entonces la Francia un inaudito espec-

---

(27) «Si se sostiene por una parte que la nacion no se ha hecho para su jefe, ¡qué locura, por otra, es querer que se haya hecho para algunos de sus miembros!... Todas aquellas familias que conservan la loca pretension de descender de la raza de los conquistadores y de haber heredado sus derechos, ¿por qué el pueblo no los ha de rechazar á las selvas de Franconia? ¿No es una verdadera aristocracia, aquella en que los Estados Generales no son más que una asamblea cleri-nobili-judicial? *¿Qué es el tercer estado?*»

(28) Obstinado en ciertos principios de moral, muy justos en sí mismos *(in Platonis republica)*, que tenia contínuamente en la boca, hacia sin cesar la aplicacion práctica *(in Pomuli fæce)* aplicacion que á menudo era en sentido inverso de lo que hubiera reclamado el estado de las cosas juzgado con exactitud. Así es que un dia decia á Mirabeau: *Teneis tanto talento, que tarde ó temprano conocereis que la moral existe en la naturaleza de las cosas.* El cáustico Mirabeau se reiria en sus barbas de aquel grave apóstrofe, sobre el cual se guardaria bien de tener la menor duda. Además existia vaguedad en sus ideas, exageracion novelesca en su sensibilidad, y luminismo en su alma y en sus opiniones.» BAILLEUL, *Exámen crítico de la obra póstuma de madama de Staël*, t. II, pág. 19.

Todo el mundo sabe que aquella señora fué una ardiente panegirista de su padre, de quien habia heredado algunos defectos, y le representa como un héroe cuando triunfa, como un mártir cuando sucumbe.

táculo: todo se puso en movimiento para la eleccion de los diputados, que debian renovar el aspecto del pais. Aunque el horizonte estaba cargado de nubes, la esperanza general hizo que los ánimos se abandonasen sin remordimientos y sin reserva al deseo de un mejor porvenir. Todos conocian los vicios de lo pasado y creian fácil el corregirlos. El clero se quejaba de la creciente incredulidad: daba, sin embargo, razon á varias acusaciones de los filósofos, proclamaba la tolerancia, y se disponia á soportar su parte de cargas públicas. Lo mismo acontecia á los nobles, que esperaban indemnizarse con ayuda de los privilegios adquiriendo el poder político como en Inglaterra. El tercer estado se atrevia á mucho, porque conocia que estaba sostenido por la opinion pública; pero, en fin, se reducia á pedir igualdad ante la ley.

Todos confesaban los vicios del absolutismo. Cuando en el consejo, disputándose sobre el modo de conferir los grados militares, dijo el conde de Artois: *al rey corresponde distribuir las gracias*, el ministro Saint-Priest respondió: *los empleos no son gracias*. Malesherbes habia dicho: *Pedimos un rey legislador*; Dupont de Nemour: *La causa del mal, señor, es que vuestra nacion no tiene constitucion.* Ahora, bien, ¿no era aquel rey el mejor hombre de Francia? ¿no era su voluntad la de reformar el Estado y hacer felices á sus súbditos?

Esperábase, pues, una constitucion, y los ánimos se ocupaban en bosquejarla, dando lugar en ella á todas las ideas proclamadas por los filósofos. Los unos adoptaban los límites y los contrapesos indicados por Montesquieu; otros soñaban, con Rousseau, la igualdad primitiva; éstos querian, con Mably, volver á los tiempos de Esparta; aquéllos no veian, con La Fayette nada bueno sino en los Estados-Unidos de América. Pero la idea comun era igualar las condiciones ante la ley, abolir los privilegios, aliviar las cargas del pueblo, realizar las vagas ideas de justicia y felicidad que bullian en la mente del público. Una docena de axiomas sobre estos diferentes puntos, más poderosos que la sabiduria de los siglos, circulaban por todas las bocas; y el tono resuelto con que se pronunciaban cubria la parte superficial de los conocimientos. Rœderer en su escrito sobre la *Diputacion á los Estados Generales*, decia: «De cuarenta años á esta parte cien mil franceses se entretienen con Locke, Rousseau y Montesquieu; todos los dias se reciben de éstos grandes lecciones sobre los derechos y deberes de los hombres de Estado; ya ha llegado el momento de ponerlas en práctica.»

¿Pero quién podia temer un conflicto? El rey era bueno y conciliador; los ministros se inclinaban ante la opinion pública; el mismo parlamento habia convocado los Estados: si los ancianos de la nobleza y del clero se apegaban á los honores, á los títulos, á los privilegios, orgullosa la juventud con ostentar en su pecho la condecoracion de Cincinato, se reia de su terquedad. Por otra parte, los grandes choques resultan de las profundas convicciones, al paso que generalmente se inclinaban á un tolerante escepticismo. En otros tiempos corrió la sangre, es cierto; ¿pero por qué causa? Porque no se sabia dar entonces buenas definiciones, al paso que ya la lógica de Condillac bastaba para atenuar todas las pasiones. Es cierto que hacia algun tiempo que los escritores hacian la guerra á la autoridad; pero los grandes trastornos no proceden sino de las clases bajas: ahora bien, no habia un filósofo que hubiese pensado en ellas; no leian, y las teorias proclamadas no eran para ellas; por otra parte, todas aquellas teorias estaban conformes en no querer una revolucion violenta y sí un progreso pacífico. Los mismos que declamaban lo hacian por ejercicio de estilo, satisfechos si se oian aplaudir, ó si podian atraerse el honor de una persecucion. Así fué, que la más satisfactoria y práctica de las revoluciones iba á resultar de las meditaciones de los filósofos y de los votos de los filántropos. Las doctrinas estendidas ya en las clases elevadas descenderian á las inferiores; se haria un catecismo moral, popular y sucinto y el gótico castillo del feudalismo seria reemplazado por un elegante edificio de estilo griego; se fundaria una religion libre de supersticiones, y la felicidad pública tendria por base el conocimiento general de los derechos del hombre.

En efecto, el partido popular venció en las elecciones, ya fuese porque la nobleza bretona se negase á enviar sus diputados, por la razon de que no se tenian en cuenta sus privilegios, y porque se queria doble número del tercer estado, ya fuese porque los nobles tributasen un desinteresado homenaje á las virtudes y al saber de varios miembros de la clase media. Hasta los párrocos fueron nombrados en mayor número que los obispos y los beneficiados de gran renta. En Provenza, el conde de Mirabeau se presentó como candidato, y fué rechazado por los nobles, como deshonrado por su conducta; pero fué elegido con aclamacion por el tercer estado, del que llegó á ser el ídolo: hombre admirable para tener á las masas en movimiento sin dejar que incurriesen en los escesos, y para obtener con su propia autoridad la obediencia que se negaba á los magistrados.

¿Qué no se podia esperar de elecciones tan desinteresadas, y de los poderes concedidos á los elegidos?

Pero cuando se examinaba el fondo de las cosas, se conocia cuán arraigados estaban los males y cuán difíciles eran los remedios, en medio de tantos disentimientos entre la autoridad real, las máximas parlamentarias y la opinion pública, tan variable, y causaba espanto el pensar que no es una mision sin peligro, ni una ejecucion poco laboriosa, el cambiar todas las costumbres de un pueblo. De todos modos era evidente que, con poco que las discusiones se prolongasen, y con ellas la inquietud pública y la parálisis del poder, el pueblo intervendria en decidir, y llegaria á ser dueño de los acontecimientos. Importaba, pues, que el rey adop-

tase la iniciativa. Malouet, diputado de la Auvernia, lo conoció y dijo á Necker: «No espereis que los Estados Generales pidan, ó manden; apresuraos á ofrecer todo lo que los hombres honrados puedan desear razonablemente. No pretendais defender lo que la esperiencia y la razon pública demuestran ser abusivo ó estar gastado: no espongais al acaso de una tumultuosa deliberacion las bases y las fuerzas esenciales de la autoridad real; dad libre curso á las necesidades y á los votos públicos, y preparaos á rechachar, hasta con la fuerza, lo que la violencia ó la estravagancia de los sistemas no podrian exigir sin introducir la anarquia en el pais; proponed lo que sea justo y útil. Pero si el rey vacila, si resisten el clero y la nobleza, todo está perdido.»

Lejos estaban de mirarse de esta manera las cosas en palacio, donde se decia: «Las asambleas se dirigen con un cabello: ¿qué cosa mas fácil, en reuniones en que no se sigue un plan fijo, que suscitar disensiones entre clases que no se tienen buena voluntad?» Entonces diria el rey: *O poneos de acuerdo ó retiraos;* y, despues de haber demostrado la inutilidad de la asamblea, la disolveria y volveria á ser rey absoluto como antes; pero para derramar con actividad y paternal amor sobre una nacion que de largos tiempos cuenta entre sus virtudes el amor á sus reyes, beneficios que estuviesen en armonia con los progresos del siglo.

¡Tanto soñaba aun aquella frívola corte, en la víspera misma de tan terrible despertar!

Bajo la influencia de aquellas ideas fué como se abrieron los Estados Generales, el 5 de mayo de 1789. No hicieron más que decretar una revolucion que se habia ya cumplido. Desde este momento comienza una historia aflictiva y magnífica, que describiremos, en lo que alcancen nuestras fuerzas, en nuestro último libro, y esto, sin separarnos de la sinceridad que nos cuesta grandes amarguras, pero ni un arrepentimiento.

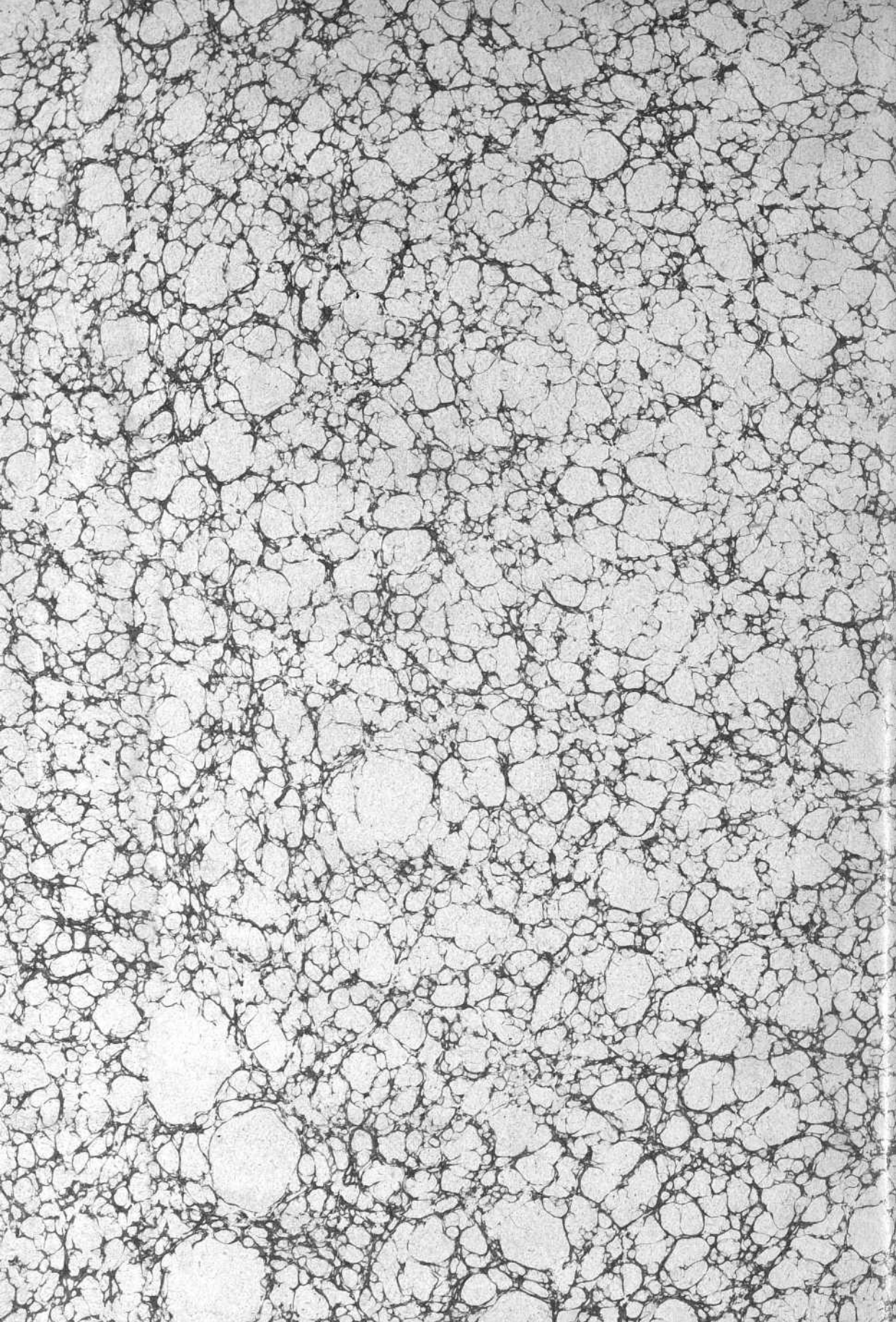
ÍNDICE

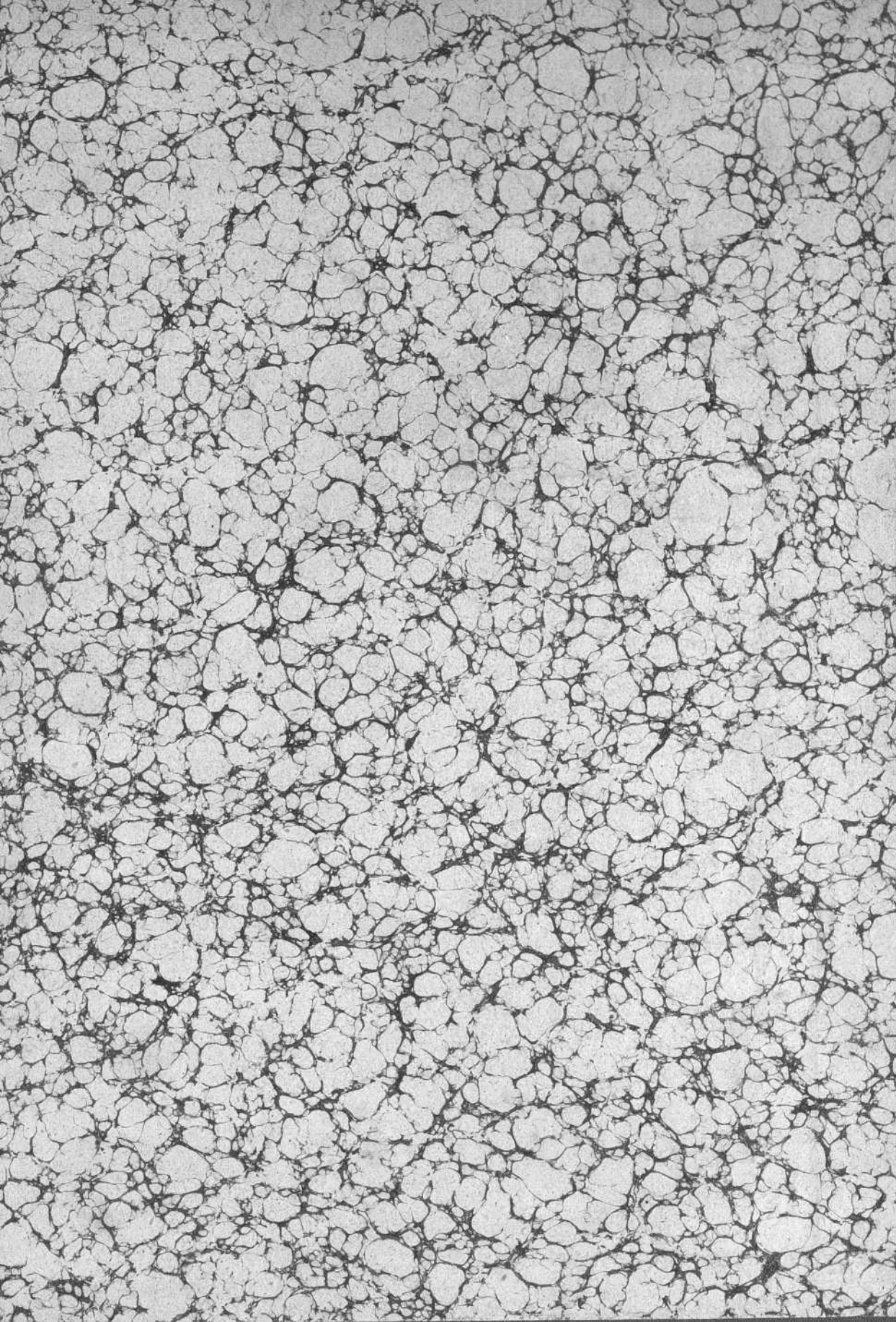
Capítulos.		Págs.
XXX.	Pedro el Grande y Cárlos XII.	5
XXXI.	Italia.—Dominacion española.	20
XXXII.	Venecia..	35
XXXIII.	Saboya.—La Valtelina.—Génova.—Sucesion de Mantua..	38
XXXIV.	Estado pontificio..	46
XXXV.	Influencia de Luis XIV.—Mesina y Génova.—Los Barbetti.—Sucesion española.	52
XXXVI.	Toscana.	59
XXXVII.	Literatura italiana.	64
XXXVIII.	Bellas artes.	81
XXXIX.	Filosofia.	102
XL.	Ciencias sociales..	119
XLI.	Ciencias históricas.	127
XLII.	Ciencias naturales y exactas.	138
EPILOGO		158

LIBRO DECIMOSÉTIMO.

Guerras dinásticas.—Grandeza de la Prusia.—Literatura filosófica é influencia de la opinion.—Incremento ruso.—Predominio inglés.—Libertad americana.—Conquista de la India.—Triunfo de las ciencias.—Preludios de la Revolucion.

Capítulos.		Págs.
I.	Consecuencias de la paz de Utrecht.—Felipe V.	163
II.	Francia.—La regencia.	171
III.	El Imperio.—Carlos VI.	180
IV.	Prusia.—Guerra de la sucesion de Austria.—Paz de Aquisgran.	183
V.	Federico II.—Guerra de los Siete Años.	192
VI.	Interior de la Francia.—Córcega.—Luis XV.	202
VII.	Costumbres.	211
VIII.	Literatura filosófica..	217
IX.	Ciencias sociales.—Filantropia.—Mejoras..	250
X.	Supresion de los jesuitas.	264
XI.	Turquia y Persia..	277
XII.	Rusia.	284
XIII.	Polonia..	290
XIV.	Turquia.—Catalina II.	300
XV.	Suecia.	309
XVI.	Dinamarca..	313
XVII.	Gran Bretaña.—Era de los Jorges.	316
XVIII.	Colonias anglo-americanas.	323
XIX.	La India.	343
XX.	Interior de Inglaterra.—Literatura.	360
XXI.	El imperio.—Maria Teresa y José II.	372
XXII.	Espíritu y literatura en Alemania.	386
XXIII.	Filosofia.	395
XXIV.	España..	405
XXV.	Portugal.	412
XXVI.	Estados Generales.	416
XXVII.	Confederacion helvética.	420
XXVIII.	Italia.	426
XXIX.	La Reforma.	433
XXX.	Italia.—Últimos acontecimientos..	457
XXXI.	Literatura italiana.	467
XXXII.	Erudicion.—Antigüedades.—Numismática.	484
XXXIII.	Bellas artes.	489
XXXIV.	Música y pantomima.	498
XXXV.	Ciencias.	503
XXXVI.	Luis XVI.	525
XXXVII.	Preludios de la revolucion.	536





Cantù
HIS[illegible]A
UNI[illegible]SAL

9

D-1
924